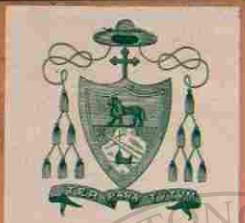
DIDON

JESUCRISTO

BT301
D52
GA1

008960



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PADRE DIDON

DE LA ORDEN DE LOS HERM. PREDICADORES.

JESUCRISTO

Heri et hodie, ipse et in sæcula.

TRADUCCION

DEL SR. LIC.

FERNANDO SEGURA Y TORNEL.

TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria

MÉXICO
LIBRERIA MADRILEÑA
PORTAL DEL AGUILA DE ORO NÚM. 7
Esquina al Callejon del Espíritu Santo.

JUAN BUXÓ Y COMP.
APARTADO DE EL CORREO NÚMERO 291

1894

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
F 45451

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT201
.D5
V.1-2

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

SECRETARIA
DEL
ARZOBISPADO
DE MEXICO.

El Illmo. Sr. Arzobispo, Administrador de la Diócesis de Cuernavaca, ha tenido á bien conceder su superior licencia para que se imprima la obra del Padre Didón, intitulada "Jesucristo," traducida del francés al castellano por Vd.

Y lo comunico á Vd. para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios guarde á Vd. muchos años. México, Octubre 29 de 1893.

Joaquín Arcadio Pagaza,
SECRETARIO.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sr. Lic. D. Fernando Segura y Tornel.
Presente.

063860



Por orden del Rmo. Padre José María Laroca, Maestro General de los Hermanos Predicadores, Nos, los infrascritos, hemos leido atentamente el libro que tiene por título "Jesucristo," por el Padre Didón, de los Hermanos Predicadores, Lector en Sagrada Teología.

No solamente toda la parte dogmática de este libro está conforme á las enseñanzas de la Teología, sino que la parte histórica, á su vez, está notablemente comprendida y expuesta.

El autor muestra á Jesucristo en el medio en el que ha vivido, dominándole por la divinidad del objeto que se propone, y de los medios que emplea. Si algunas veces habla el lenguaje de los adversarios, bien pronto se percibe que quiere sobre todo combatirles sobre su terreno, y lo ha conseguido especialmente cuando invoca contra sus teorías de impiedad, "á priori," los argumentos positivos de la historia.

La misma forma, á la vez sencilla y noble, corresponde á la grandeza del asunto.

Por estos motivos, creemos al presente libro digno de ser publicado.

Roma, 20 de Marzo de 1890.

FR. ALBERTUS LEPIDI,
S. Th. Mag. in Collegio Ss. Thomæ de urbe,
Sacri Regens.

FR. JOACHIM BERTHIER. IO D.
S. Th. Lector.

Imprimatur.

FR. JOSEPH MARIA LAROCA,
Magister Generalis Ord. Prædicat.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rev. Padre,

Il S. Padre ha ricevuto coll' ossequioso foglio di V. P. R. del 15 corrente l'offertogli esemplare dell'opera da Lei publicata col titolo JESUS CHRIST. *Questo filiale omaggio è stato accolto da Sua Santità con particolare gradimento trattandosi di lavoro, che circa un argomento di tanto interesse ai nostri giorni ha già richiamato sopra di sè l' attenzione e gli elogi dei dotti, e che produrrà certo ubertosi frutti a vantagio dè fedeli.*

L'Augusto Pontifice per tanto La ringrazia dell' offerta, Le rende il dovuto encomio per essersi Ella dedicata con la più lodevole cura a porre nella debita luce la persona santissima del Nostro Divin Redentore, e come pegno di paterna benevolenza Le invia dal fondo del cuore l'Apostolica Benedizione.

Nel portar tutto ciò à notizia della P. V. Le porgo i più vivi ringraziamenti per l' esemplare che ha voluto cortesemente inviarmi e con sensi particolare stima mi dichiaro.

Della P. V. Rev. Affmo. nil Signore

Roma, 25 de Octubre 1870.

M. CARD. RAMPOLLA.

R. Padre Didon de P. P. Predicatori, Arcueil.

Reverendo Padre,

El Santo Padre ha recibido, con vuestra carta llena de deferencia del 15 de este mes, el ejemplar que le habéis ofrecido de vuestra obra publicada é intitulada: JESUCRISTO. *Este homenaje filial ha sido acogido por Su Santidad con una satisfacción particular, porque se trata de un trabajo que, tratando un asunto de tanto interés en nuestra época, ha atraido ya sobre él la atención y los elogios de los hombres de letras, y que producirá ciertamente frutos abundantes al provecho de los fieles.*

He aquí por qué el Augusto Pontífice os da gracias del homenaje; El os tributa un justo elogio por haberos aplicado con la más laudable solicitud á poner en la luz que le es debida á la persona santísima de Nuestro Divino Redentor; y como prueba de benevolencia paternal, El os envía del fondo del corazón la Bendición Apostólica.

Al notificaros todo esto, os doy las más vivas gracias por el ejemplar que habéis tenido á bien enviarme; y, con los sentimientos de una particular estimación, me declaro, de Vuestra Reverencia muy afecto en el Señor.

Roma, Octubre 25 de 1870.

M. CAR. RAMPOLLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION.

LA CRITICA Y LA HISTORIA EN UNA VIDA DE JESUCRISTO.

Jesucristo es el gran nombre de la historia. Hay algunos por los que se muere; él es el único que se adora á través de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los tiempos.

Aquel que lleva es conocido de toda la tierra. Hasta entre los salvajes, en las tribus degeneradas de la especie humana, los apóstoles, sin jamás fatigarse, vienen á anunciar que ha muerto sobre una cruz; y la escoria de la humanidad puede ser salvada al amarle. Los indiferentes en el mundo moderno, reconocen que ninguno ha sido mejor para los pequeños y miserables.

Los más gloriosos genios del pasado yacerían olvidados, si los monumentos,—palacios, obeliscos ó tumbas,—si los testimonios escritos,—papiros ó pergaminos, ladrillos, planchas ó medallas,—no nos hubiesen guardado algún recuerdo. Jesús sobrevivió en la conciencia de sus fieles: he aquí su tesitmonio, su monumento indestructible.

La Iglesia, fundada por él, llenó con su nombre los tiempos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y el espacio. Ella le conoce, ella le ama, ella le adora; como él vive en ella, ella vive en él. El es su dogma, su ley moral, su culto. Ella enseña á todos, sin distinción, sin excepción, que él es el Hijo único de Dios hecho hombre, concebido por el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen; que ha venido á este mundo á sufrir y á morir para salvarnos, vencer á la muerte por su resurrección; que ha subido á su Padre, á fin de prepararnos el asiento cerca de él; que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, dando á los buenos la vida eterna, arrojando á los malos en las tinieblas y en la muerte del alma.

Este "Credo" es á la vez un compendio dogmático é histórico, el dogma y la historia popular de Jesús. El creyente puede vivir. En algunas palabras sencillas y profundas, enseña que el mayor acontecimiento de la humanidad es la venida de Cristo; que Dios le ama, puesto que Dios quiere salvarle del mal y darse á él; que la caridad es el deber supremo, puesto que por amor ha muerto su Maestro; que él debe ser vigilante en el bien, puesto que su Maestro será su juez; que no tiene que temer la muerte, puesto que su Maestro la ha vencido y que él mismo está destinado á la vida eterna.

El hombre que cree en esta enseñanza y en este Cristo, puede caminar en la vida; él está armado para defenderse y engrandecer. Nada detendrá su creencia. El discípulo de Jesús se ha hecho el soberano del mundo, no bajo el punto de vista material y brutal,—la violencia no está en el espíritu de su Maestro crucificado,—sino bajo el punto de vista de la justicia, de la bondad, de la abnegación, del sacrificio y de la dignidad moral. Al sembrar esas virtudes como gérmenes de vida, prepara y enriquece el suelo humano, que se hace capaz de todos los cultivos, de todas las cosechas.

Pero lo mismo que la razón de los que piensan busca la inteligencia de los dogmas elementales, pide que se les explique, en la medida de nuestros conocimientos imperfectos y siempre limitados, exige que se realicen los ataques de una filosofía, de una ciencia ó de una literatura hostiles, igualmente ella aspira

á conocer, en detalle, la vida humana y divina de Jesús, las palabras que él ha dicho, la ley que él ha formulado, su manera de enseñar, de evangelizar, de luchar, de sufrir y de morir.

La historia de Jesús es el fundamento de la fe. Doctrina evangélica, teología, moral cristiana, culto, jerarquía ó Iglesia, todo descansa sobre ella. Gracias al trabajo incesante de los doctores, la doctrina de Jesús, su moral, su culto y su Iglesia han sido poco á poco el objeto de las ciencias distintas, perfectas, organizadas, correspondiendo á las aspiraciones legítimas de los creyentes que quieren ser hombres de fe y hombres de ciencia; de la misma manera, es preciso que la vida de Jesucristo sea referida según las exigencias de la historia.

A esta necesidad profunda trata de corresponder la presente obra.

Los partidarios de lo que se llama hoy la escuela crítica, van á decir: El Cristo del dogma y de la tradición, el Cristo de los Apóstoles y de los Evangelios interpretados según la doctrina de la Iglesia, no es y no puede ser el Cristo de la historia. Ese Cristo ideal, Dios y hombre, Verbo encarnado, concebido por un milagro inaudito, llamándose el Hijo único de Dios, en el sentido metafísico y absoluto, multiplicando los prodigios, hablando como el cuarto evangelio le hace hablar, resucitando tres días después de su muerte, ascendiendo al cielo á la vista de sus discípulos, después de cincuenta días, no es un hombre real. No existe sino en la fantasía piadosa de los creyentes, que le han creado de pies á cabeza.

El verdadero Jesús, el Jesús de la historia, ha nacido como todos los hombres, ha vivido como ellos, no ha hecho milagros como ellos, ha enseñado una moral más pura, fundando una religión menos imperfecta que las demás, y como todos los reformadores, en general, sucumben bajo la intransigencia de su medio, él ha sido víctima de la intransigencia judía; él ha muerto como nosotros; no ha resucitado ni vive en Dios.

Yo me he rebelado—perdonéseme la palabra,—no solamente con mi fe de cristiano, sino con mi imparcialidad de hom-

bre, de esta contradicción entre el dogma y la historia, erigida en principio y opuesta como la cuestión preliminar á una vida de Jesús y hombre. Convencido que Jesús ha sido el Dios invisible en un sér humano semejante á nosotros, como historiador yo le veo vivir, tal como es, con esta doble naturaleza.

La cuestión de la Divinidad divide á los espíritus más grandes, desde la venida de Cristo; ella los dividirá sin cesar; ya es un fenómeno extraño que Jesús sólo haya provocado semejante problema que no duerme jamás en la conciencia de la humanidad, un problema con el cual siempre se está seguro de suscitarlo. Yo no me permitiré aquí más que una sencilla reflexión histórica respecto á los hombres sin prevención, á los verdaderos críticos, al espíritu franco.

Esta contradicción violenta de la que Jesús es el objeto, ha sido profetizada. Ella durará tanto como el mundo; ella aflige al cristiano, mas no le admira ni le turba; él ve en ella la señal de su Maestro. Ella es producida desde la vida de Cristo. Mientras que sus discípulos, respondiendo á esta cuestión, le decían: "Vos, sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo," los hombres, los Judíos, decían: "No hay más que un profeta;" otros más ciegos, hacían de el un blasfemador y un revoltoso.

Cuando él abandonó la tierra, mientras que los apóstoles predicaban en las sinagogas judías al Mesías Dios y hombre, lleno de la virtud y de la sabiduría de Dios, los primeros sectarios, los Nazarenos y los Evionitas, no querían ver en él más que á un hombre.

La lucha sobre este punto se prolongó muchos siglos; un filósofo pagano, Celso, sin negar, sin embargo, los milagros de Jesús, se burlaba de su doctrina, que llamaba absurda y de su cruz, á la que encontraba infame; Orígenes, al refutarle, proclamaba altamente la divinidad de su Maestro.

Han transcurrido los tiempos. El Crucificado ha engrandecido destruyendo al paganismo, absorbiendo á la filosofía, destronando al Imperio, conquistando á la tierra, civilizando á la barbarie, creando un mundo nuevo.

¿Quién, pues, tenía razón? los judíos anatematizando á Jesús y matándole; los paganos, como Tácito, Suetonio y el honrado prefecto de Bithynia; Plinio, el Joven, desdeñándole lo mismo que á sus discípulos quienes les parecían una secta despreciable; los filósofos, como Celso oprimiéndole con su tonta sabiduría,—ó los apóstoles, adorando en Jesús al Hijo de Dios?

Si Jesús no fué en relidad más que el hombre deshonrado de los Judíos y del paganismo, ¿cómo ha dejado sobre la tierra una huella semejante? cómo ha fundado una religión que domina al mundo?

La obra es inexplicable; es la prueba popular que Jesús fué lo que la Iglesia afirma.

I

La primera condición de una historia científica es la de ser esclarecida por una crítica sabia, perspicaz, imparcial.

Sin embargo, no se debe confundir la crítica con la historia; pues aunque inseparables la una de la otra, ellas deben permanecer distintas.

En su sentido más general, la crítica es el ejercicio mismo de la facultad esencial de todo sér racional: el juicio. Criticar y juzgar son dos términos sinónimos; porque el juicio, como la crítica, tiene por objeto discernir lo verdadero de lo falso. Este es el primero de los derechos, el más necesario de los deberes de la razón. Cualesquiera que sea el dominio que ella explora: religión, filosofía, ciencias, literatura, estética, aun matemáticas; la razón debe ser atenta, discernir la realidad de las apariencias, lo verdadero frecuentemente inverosímil, y lo falso algunas veces tan plausible.

La crítica, en consecuencia, no puede ser una ciencia especial; ella es más bien una condición de toda ciencia. Ella entra en la lógica misma que fija al hombre las reglas para justamen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Dirección General de Bibliotecas

te pensar y para juzgar sanamente. Esas sencillas consideraciones demuestran la vanidad de aquellos que se atribuyen el monopolio de la crítica. La escuela crítica es la escuela de todo el mundo. Cualquiera puede y debe pretenderla. La tentación más ordinaria del espíritu cultivado es la de criticar más allá de la medida, de querer juzgarlo todo, aun lo que ignora. El sabio modera esta voluntad ansiosa, intemperante; él aprende á no juzgar más que lo que sabe, no olvidando nunca que su saber es limitado y su ignorancia inconmensurable.

Se puede ser un excelente crítico en filosofía y un mal juez en religión y en historia. Ciertos conocimientos humanos no exigen solamente un espíritu especulativo, sino una larga experiencia. Las doctrinas morales serán mejor criticadas por el ignorante que ha experimentado la virtud, que por el escéptico que pone en duda las alegrías austeras del sacrificio. Los santos que viven de la palabra de Jesús, siempre la entenderán mejor que el filólogo helenista que la rechaza y no conoce el sabor. Un catador delicado percibe matices que se escapan al químico.

Aplicada á la historia, la crítica tiene un papel bien determinado. La historia tiene por objeto referir los hechos; ahora los hechos del pasado no siéndonos conocidos sino por los documentos, y los documentos siendo redactados por los testigos más ó menos inmediatos á los hechos mismos, la crítica debe examinar, reunidos, los hechos, los documentos y los testigos.

Ciertos hechos son obscuros: la crítica los separa; hay documentos alterados ó sospechosos: la crítica los señala y los reprueba; y si los testigos son indignos de fe, ella les quita la máscara y los confunde.

Por lo que toca á la vida de Jesús, la crítica preliminar tiene el deber y el derecho de investigar los documentos y los testigos que nos informan sobre esta vida, la antigüedad y autenticidad de los unos, el valor testimonial de los otros; ella debe examinar la naturaleza de los hechos consignados en los documentos y aducidos por los testigos.

Esos problemas han suscitado, sobre todo hace un siglo, en Alemania, en Suiza, en Inglaterra y en Francia, tales debates, que muchos volúmenes bastarían apenas para tratarlos. La refutación de las solucoines erróneas exigiría uno solo para ella. Nosotros no podemos más que trazarla á grandes rasgos y reunir, al motivarlos, algunas conclusiones ciertas.

II

Las obras que nos enseñan en detalle los hechos y las palabras de Jesús, su nacimiento, su vida y su muerte, su doctrina, sus instituciones, su obra, son poco numerosas: algunas epístolas escritas por los apóstoles, algunos capítulos de las actas, y principalmente los cuatro libros conocidos bajo el nombre de Evangelios canónicos.

A pesar de su pequeño volumen, esos escritos son de una riqueza inagotable, por la abundancia de los hechos y de las palabras que enseñan. Su primer mérito como documentos, es su antigüedad. Redactados en los años que siguieron á los acontecimientos, ellos son la expresión sencilla y verídica de los recuerdos que habían dejado en el alma de los discípulos la enseñanza, los preceptos, los ejemplos, la persona desaparecida del Maestro. Dos años y medio de un perpetuo contacto con él, les había poco á poco transformado. Una de las obras esenciales de Jesús, la que aventajó á todas las demás, sin la cual ellas no podían llegar á su fin, fué grabar en la conciencia de sus apóstoles su imagen viva y fiel. ¿No debían anunciarle á toda criatura? y, para anunciarle, ¿no debían conocerle? El solo podía instruirles.

El nada les ha ocultado; él les ha tratado como él se los decía, como amigos. El se ha abierto á ellos plenamente. Ellos han reconocido en él al Hijo único del Padre y al Hijo del hombre nacido de la mujer, escuchado sus palabras de sabiduría y

de santidad, visto al cielo abierto sobre su cabeza y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre; ellos han sido los testigos de su potestad irresistible y divina; ellos han comprendido la razón oculta de sus sufrimientos, de sus dolores, de su debilidad voluntaria, de su mal éxito para con la nación elegida y de su muerte; ellos han visto también la gloria del Resucitado, gloria cuyo esplendor velado al mundo fué reservada únicamente á sus discípulos; ellos han sido llenos interior y visiblemente por un Espíritu. Revestidos de esta fuerza sobrehumana, ellos se han sentido los mandatarios de Cristo, los propagadores invencibles de su fe, los continuadores de su obra; y esos Galileos incultos, ignorantes, tímidos, desechando toda vacilación, todo temor, cincuenta días después de su muerte, en esta misma ciudad en la que había sido crucificado su Maestro, se pusieron á publicar su nombre á la faz del pueblo que había pedido su suplicio y del Sanhedrin que lo había preparado. Ellos le llamaban el "Santo, el Justo, el Autor de la vida;" ellos se reprochaban con dolor el haberle matado; ellos afirmaban que Dios le había resucitado; ellos le decían "el Enviado de Dios, el Profeta anunciado por Moisés;" ellos declaraban que los milagros de los que ellos eran los instrumentos se cumplían por virtud de Jesús el Nazareno; y, en la audacia de su fe, ellos le mostraban como la piedra desdeñada de los arquitectos, convertida, en las manos de Dios, en la piedra angular, y como el único Salvador dado á los hombres. [1]

Su palabra, su valor, su convicción y su celo eran irresistibles. Ni prohibición, ni amenaza, ni azote, ni cadenas, ni suplicios les detenían. Ellos se decían los testigos del resucitado; y haciendo una llamada á la conciencia de sus enemigos, agregaban que el Espíritu Santo, que Dios da á todos los que le obedecen, atestiguaría también la verdad de su palabra. [2]

Esta predicación apostólica es el primer evangelio. El ha brotado del alma de los discípulos inmediatos á Jesús, bajo el

1 Act., III, 14 y sig.; IV, 11.
2 Act. V, 30 y sig.

impulso del Espíritu Santo. Es una palabra divina: la conciencia humana no le ha inventado, ella es el eco de la palabra de Jesús.

Nadie puede negar la antigüedad, la autenticidad.

El historiador, habituado á la evocación de las cosas del pasado, al auxilio de los documentos, ve á los discípulos de Jesús reunidos en el recuerdo y culto de su Maestro. Su unión es tanto más estrecha y más íntima cuanto están más aislados en un medio más hostil. Ellos no son nada para consigo mismos y nada tienen. Toda su fuerza está en la virtud de Dios. Toda su ciencia se resume en ser: Jesucristo. Toda su sabiduría está en él. Todo su tesoro está en él. Todo su destino se limita á él; y como semejantes cosas no existen sino por la fe, la fe es todo para ellos; ella está en Cristo. [1] Ellos se sienten como sus propios miembros, y tienen conciencia que ninguna energía en la tierra ni en el cielo, les separará de su amor. Jamás se encontrará un fenómeno psicológico semejante. Cualesquiera influencia que puedan ejercer los hombres superiores sobre aquellos que les rodean, no llegan á asimilárselos tan plenamente, ellos no les dan forma sino exteriormente, incapaces de infundir su espíritu, como fuerza nueva, viviente y personal. En ese cenáculo es donde toda la vida de Jesús ha sido renovada. Como aquellos á quienes absorbe un gran amor, los discípulos ponían en común sus recuerdos, refiriéndose todos los hechos del Maestro, se repetían sus enseñanzas y las comunicaban á sus neófitos. Los menores detalles de los últimos días tan conmovedores de su carrera, el arresto, el juicio, el Calvario, todas esas escenas dolorosas, punzantes, aparecían de nuevo. Nunca Jesús había estado más vivo en su conciencia. Es propio de la separación y de la muerte concentrar sobre los ausentes y desaparecidos la potestad del recuerdo. Ellos renacen en nosotros, y mirando el fondo del alma, se les halla, se les ve, se les escucha. Jesús estuvo ciertamente en medio de

1 Gal., II, 20.

ellos. Ellos vivían con él en la oración, [1] en la práctica de las virtudes que él les había enseñado por su palabra y su ejemplo. Ahí es preciso buscar el origen primero del Evangelio oral que constituye la primera predicación de los apóstoles y la fuente de los Evangelios escritos.

Los apóstoles pronto han experimentado la necesidad de fijar la enseñanza del Maestro y la historia de su vida. Los primeros fieles debían desear ardientemente conservar en su recuerdo la buena nueva que los enviados de Jesús les predicaban; y los enviados, al dejar á los nuevos convertidos, los jóvenes comunicados organizados por ellos, querían dejarles un testimonio más duradero que su palabra. El Evangelio escrito correspondió á esas exigencias, á esas necesidades.

III

No se puede precisar la duración exacta del tiempo transcurrido entre el principio de la predicación apostólica y la aparición de la primera Memoria escrita. Ese tiempo debió de ser muy corto. La tradición universal de la Iglesia coloca la composición del primer Evangelio entre el año 33 y el año 40 de la era cristiana. [2] Este Evangelio tiene por autor á uno de los apóstoles, á Mateo el publicano. Fué escrito en caracteres hebreos por los Judíos de Palestina y de Jerusalem, [3] en la lengua que ellos entonces hablaban, el dialecto arameo,—una mezcla de caldeo y de siriaco—que fué la lengua de Jesús.

La idea fundamental sobre la cual se concentraba toda la fe de los apóstoles, es que Jesús era ante todo el Mesías de Israel anunciado por los profetas. Ellos se esforzaron en persuadirla á todos los Judíos; su predicción no es más que el testimonio

1 Act. II, 20.

2 Euseb. Chronic.; Irineo, *Adv. hares*; III, 1.

3 Jerónimo, *Adv. Pelag.* III, 1; Ireneo, *Adv. hares*, III, 1; Euseb, Hist. eccles, III, 24; Jerónimo, *De vir illustr.; Fragm. Papiar.*

público de esta verdad, como lo demuestran los fragmentos de los discursos que las actas nos han conservado. [1] Lo que decía Pedro, todos sus compañeros, animados de la misma fe, lo decían; y desde que Jesús les hubo dejado, fieles á sus órdenes llenaron á Jerusalem y á todas las Sinagogas de la Palestina con el testimonio de su fe en el Mesías.

Esta idea inspiró el primer Evangelio; ella es el alma; ella conduce á la unidad á todas las partes.

Es fácil convencerse examinando los parajes proféticos que el autor aduce y de los que su propia narración no es más que el comentario y la justificación histórica. [2] Ese libro debía natural, forzosamente, tener por título la genealogía de Jesús, estableciendo su descendencia davídica, porque el más popular de los títulos mesiánicos, á los ojos de todo Judío, era el título de Hijo de David.

El gran discurso sobre la montaña conviene al legislador de los tiempos nuevos; las numerosas parábolas del Reinado revelan al que venía á evangelizar á los pobres; los anatemas contra los Fariseos y las profecías sobre el porvenir de Jerusalem y del mundo acusan al Juez que tiene el harnero en la mano y que es el señor de los hombres y de los siglos.

Ese carácter marcado del libro explica independientemente de su origen apostólico y de su prioridad sobre los demás Evangelios, la autoridad de que goza y la acción extraordinaria que él ejerció en la evangelización de los Judíos. Jesús, ¿es ó no el Mesías de los profetas? Este fué el gran debate entre los creyentes y los Judíos. El Evangelio de San Mateo contestó con una evidencia triunfante.

Todos los títulos mesiánicos señalados por los profetas se cumplieron en Jesús. El Evangelio lo prueba por la vida misma del Maestro. Su libro es á la vez un cuadro vivo de Jesús y una demostración, una apología popular de su mesiada.

1 Cf. Act., II, 14 y sig.; IV, 8 y sig.; V, 29-30, etc.

2 Cf. Mat. I, 23; II, 6, 15, 18, 23; III, 3; IV, 15; VIII, 17; IX, 5, 20; XII, 18; XIII, 35; XXI, 5, 16, 42; XXII, 44; XXVI, 31; XXVII, 9, 35, 43, 46.

El idioma original en el cual fué compuesto no estaba comprendido fuera de la Palestina; y sin embargo, la mesianidad de Jesús interesaba no solamente á los Judíos de Jerusalem, de Judea, de la Idumea y de la Galilea, sino á todos los de la dispersión. Hablando estos últimos el griego era preciso interpretarles el Evangelio siro-caldeo. Un gran número, según los fragmentos de Papias, [1] se consagraron á ello. Una traducción griega cuyo autor es desconocido [2] siguió muy de cerca al original arameno. Ella se impuso tanto por la autoridad del traductor, como por el consentimiento de la Iglesia; ella eclipsó bien pronto al texto primitivo. Este desapareció después de la destrucción de Jerusalem con el grupo de cristianos judíos que le usaban; si quedó entre las manos de los Ebionitas y de los Nazarenos una versión, ella se alteró como todas aquellas que las sectas modifican, interpelan, mutilan y alteran á merced de sus doctrinas.

Algunos años después, cuando los apóstoles habiendo cumplido su tarea en Judea y dado testimonio á su Maestro en la metrópoli se dispersaron para llevar lejos la buena nueva, uno de los discípulos de Pedro, su intérprete, como le llama Papias,[3] ó su secretario, según la palabra de San Jerónimo,[4] acompaña al jefe de los apóstoles en sus misiones. El se llamaba Marcos y parece ser el Juan Marcos de las Actas.[5]

El se puso en seguimiento de Pedro el año 42, cuando éste perseguido por Herodes Agripa debió alejarse de Jerusalem. En la misma Roma es en donde él vino á anunciar el Evangelio. Ahí obtuvo un gran éxito su predicación. Los hermanos quisieron tener un recuerdo escrito de la palabra del apóstol; y á su petición Marcos escribió su Evangelio. El apóstol aprobó la obra, que revestida de su autoridad fué leída en lo sucesivo por toda la Iglesia, así como lo atestigua San Clemente en el libro sexto de sus Hipostáticas.[2]

1 Eusebio, *Hist. eccles.*, III, 39.
2 Jerónimo, *De vir. illustr.*, III.
3 Eusebio, *loc. cit.*
4 Epist. CXX, qu. 11.
5 Act., XII, 25.

La antigüedad está unánime en afirmar estos hechos.[1]

Comparando ese segundo Evangelio con el primero bajo un golpe de vista, se ve que se distingue desde luego por su brevedad. Todo el elemento Judaico de San Mateo, todo aquello que en la historia de Jesús había sido quitado á la dirección de los Judíos como prueba de que él era el Mesías de Israel, está suprimido: la genealogía davídica, los hechos de la infancia, el sermón de la montaña en la cual la ley nueva del Mesías se oponía á las imperfecciones de la ley antigua y á las tradiciones, á las doctrinas erróneas de los Rabinos, las numerosas parábolas del Reinado de Dios. Se ve que él se dirige á los lectores que ignoran los usos de los Judíos.[2]

La vida pública de Jesucristo, Hijo de Dios, es la que él refiere. Esas supresiones considerables han hecho llamar á este Evangelio un compendio y á San Marcos el compendiador.[3]

No se debe forzar la expresión hasta desconocer la originalidad real del segundo Evangelio. Evidentemente él ha sido compuesto conforme al primero; salvo las supresiones que acabamos de señalar, la semejanza por la elección y el orden de los hechos es innegable. San Marcos ha debido tener á la vista el Evangelio arameno de San Mateo, y de él se ha servido para redactar el suyo en lengua griega. Pero en la narración de los hechos se muestra su originalidad. Una comparación atenta denota que él está informado por otro medio y que ha escuchado á su Maestro el apóstol Pedro. De esta fuente, sobre todo, es de la que él ha debido sacar los detalles nuevos que él realza, el conocimiento más completo de los nombres, de los lugares; en una palabra, todo lo que caracteriza su obra.

1 Jerónimo, *De vir illustr.*, VIII.
2 Cf. Papias, ap. Eusebio, *Hist. eccles.*, III, 39; Clemente de Alej., ap. Eusebio, II, 15. VI, 14; Ireneo, *Adv. her*, III, 1; Epigh., *Haret.*, núm. 6.
3 Cf. Marc., VII, 1-4.
4 Cf. Jerónimo, *De vir illustr.*, c. VIII; August., *De cons Evang.*, I, 4; Eusebio, *Hist. eccles.* II, 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Evangelio de San Marcos no es, como el de San Mateo, una tendencia apologética. El no ha sido concebido ni redactado para demostrar la mesianidad de Jesús. El no es más que la narración popular de su vida pública en Galilea, del desenlace trágico de esta vida y de su resurrección triunfante en Jerusalem.

Sin embargo, él es la buena nueva del Hijo de Dios y prueba implícitamente la divinidad de Jesús. El contiene también, en su forma histórica, la predicación apostólica, tal como Pedro y todos sus colegas la practicaron cuando fueron á anunciar á los pueblos paganos del Imperio el nombre del Salvador, el único que, debajo del cielo hubo sido dado á los hombres.[1] Los hechos ocupan más lugar que los discursos. La potestad de Jesús, á la que todo obedece, está más en relieve que sus enseñanzas. Sin embargo, sus sufrimientos, su condenación por los Judíos, la ignominia de su pasión y de su cruz, no están encubiertas. Los apóstoles no se avergüenzan de su Maestro; ellos saben que su sangre vertida en el Calvario es el medio querido para regenerar al hombre y glorificar á Dios en Cristo.

Se formaría una idea falsa é incompleta de la actividad ardiente de los cristianos en los primeros años de la Iglesia, si se olvidara el celo con el cual trataron de conocer la vida de aquel á quien habían dado su fe y á quien adoraban como al Mesías, al Salvador, al Hijo de Dios.

Inflamados por la predicación de los apóstoles, ellos se inspiraron de las menores palabras y de los actos de Jesús. Muchos entre los discípulos y los neófitos, se esforzaron en fijar por escrito lo que habían escuchado de la boca misma de los testigos. El Evangelio arameno de San Mateo parece haber sido más particularmente el centro de ese movimiento.[2] Se le interpretaba, se le traducía, se ensayaba traer nuevos detalles y ligar los hechos en un orden más conforme á la realidad de la historia. Los frutos de esta actividad literaria no han llegado

1 Act., IV, 12.
2 Cf. *Fragm. Papiar.* Eusebio, *Hist. eccles.*, III, 39.

hasta nosotros; todos esos libros á los que hace alusión uno de los Evangelios, [1] han desaparecido como tantas obras imperfectas que no se imponen á la atención y que sin duda no tienen la fuerza de sobrevivir en el medio en el cual han nacido.

Cuando una necesidad real, legítima, aflige á varios hombres, halla casi siempre un espíritu más vigoroso que sabe corresponder.

La Iglesia naciente apeló á un escrito que le dió un cuadro más completo de la historia de Cristo. Un pagano de Antioquía, tal vez un Judío, un convertido por el apóstol Pablo, seguramente, un hombre que no carecía de cultura y que pasaba por haber enseñado la medicina en la misma Antioquía, trató de corresponder á esa necesidad de los primeros fieles. De ahí el nuevo Evangelio que vino á agregarse al del apóstol Mateo y Marcos, el discípulo de Pedro. San Pablo ha alabado á esta obra en una de sus epístolas. [2] Ella circuló en todas las Iglesias y ella hizo conocer un gran número de hechos y de enseñanzas que no habían sido consignados en los escritos anteriores.

San Lucas llena sus lagunas. La tercera parte de esas narraciones le pertenece en propiedad, y principalmente cinco milagros y doce parábolas. [3] Toda su preocupación es la de conformarse con los testigos que todo lo han visto desde el origen y que han sido establecidos ministros de la palabra. Discípulo de Pablo, compañero de sus viajes, [4] colega de Bernabé, uno de los setenta y dos, ha venido á Jerusalem, [5] ha interrogado á los apóstoles Pedro, Santiago el menor, que se llamó el hermano del Señor, y Juan, el discípulo amado. El conoció ciertamente á la familia de Jesús y á su madre, y el parentesco de Juan Bautista. El tuvo á la vista los diversos escritos á los que

1 Luc. I, 1.
2 II. Cor., VIII, 18.
3 Luc., I; II; VII, 11-18, 36-50; X, 1, 25-42; XII-XVII; XVIII, 1-14; XIX, 1-28; XXIII, 6-12; XXIV, 28-53.
4 II Cor., VIII, 18.
5 Act., XX.

hace alusión en el prefacio de su obra y con toda seguridad los Evangelios de Mateo y de Marcos. Es inverosímil, en efecto, que semejantes documentos, revestidos de la autoridad de los apóstoles y por este título venerados por todos los fieles, no hayan estado en sus manos. El los completó evidentemente con sus narraciones del nacimiento de Juan y de la infancia de Jesús, narraciones sacadas sin duda de una fuente más antigua, como lo atestigua su estilo del todo hebreo.

El los completa aun con esos ricos episodios de los que la vida errante de Jesús estuvo sembrada durante un período de cuatro ó cinco meses, desde el día en que él deja la Galilea, no teniendo en donde reclinar su cabeza, hasta su entrada triunfal en Jerusalem.

Los dos primeros Evangelios son mudos respecto á esta fase importante. El los enriqueció todavía con su narración de la Resurrección y con la de su Ascensión, con la que abre su libro de las Actas.

Mas la originalidad del trabajo de San Lucas está en el lazo cronológico que trata de establecer entre los hechos y, sobre todo, en el espíritu que preside á la elección de los hechos.

El lazo cronológico, aunque imperfectamente reanudado, nos permite, sin embargo, fijar la fecha del nacimiento de Jesús, bajo Herodes, y la inauguración de su ministerio galileo, en el año quinto de Tiberio, lo que sería imposible sólo con San Mateo. El espíritu que le anima no se podría caracterizar mejor que llamándole el espíritu mismo de Pablo.

En el momento en que San Lucas escribió, un nuevo hecho se produjo en la Iglesia naciente. El Evangelio, combatido por los Judíos, encontró en los paganos un favor prodigioso. El pueblo acudía en tropel á la llamada de los enviados y sobre todo de aquel que se titulaba el Apóstol de los Gentiles. Este era un arrastramiento. Al lado del Judío desconfiado, siempre rebelde y perseguidor, se veía al pagano dócil y diligente. La profecía de Jesús se cumplía visiblemente: el Reinado iba á ser quitado al pueblo elegido y transportado al pueblo abandonado

de Dios. El Evangelista era testigo de esta novedad, y sobre las huellas de su maestro Pablo él trabajaba en la conversión de los Gentiles. En el seno de la Iglesia se suscitaban cuestiones, los Judíos convertidos no veían siempre con buenos ojos á los nuevos hermanos paganos; ellos se prevalían contra ellos de su título de hijos de Abraham, amparándose mal de un orgullo secreto contra esos incircuncisos. Ellos hubieran querido sojuzgarlos con las prescripciones de la ley, pero los paganos resistían. La Ley estaba terminada. El Reinado de Jesús rompió sus viejas cadenas. San Pablo defendió la libertad de los hijos de Dios, libres por lo demás, de toda tutela legal, de ese culto imperfecto que él llamaba los elementos de ese mundo.[1] La vida del Maestro estaba llena de hechos de los que el nuevo estado de cosas estaba profetizado, justificado: era preciso producirlos.

El espíritu viviente que velaba sobre los apóstoles inspiró á San Lucas, como había inspirado á San Pablo; y al leer el tercer Evangelio, ahí se halla á Cristo, Salvador universal, tal como los paganos debían verle, tal como Pablo le predicaba y tal como él mismo se había mostrado en su vida pública. El recoge con cuidado un gran número de rasgos omitidos por el primer Evangelio y que, humillando del todo á los Judíos, podían inspirar confianza á los paganos; la salvación prometida al publicano Zaqueo y al buen ladrón, el perdón concedido á la pecadora pública y al pródigo, la preferencia dada al publicano sobre el Fariseo; él ensalza al Samaritano, al excomulgado misericordioso, oponiéndole al sacerdote y al levita sin entrañas; él hace el elogio de muchos paganos, muestra á Jesús orando por sus verdugos, convirtiendo al buen ladrón y al centurión romano.

San Lucas también ha escrito las escenas más arrebatadoras de la vida de Jesús, á quien se complace, á ejemplo de su maestro Pablo, en llamarle "el Señor." Si Marcos es el Evangelista

1 Gal., IV, 3.

de la potestad, Lucas es el Evangelista de la misericordia y de la bondad. La antigüedad, en su predilección por los símbolos, ha dado á Marcos al león como emblema, y á Lucas, la víctima, al toro que se degüella. En todas las páginas de su obra se reconoce á Aquel que salva y que perdona, á ese "Hijo del hombre, venido no para perder, sino para salvar; no para juzgar, sino para perdonar."

La obra ha sido seguramente compuesta antes de las Actas, que son la continuación; y como estas últimas se detienen en el fin de la segunda permanencia de Pablo en Roma, es preciso colocar la redacción del Evangelio antes del año 64.

La persecución de Nerón contra los cristianos, obligó á Lucas á huir de la capital del Imperio en donde Pablo murió; y el Evangelio que allí había escrito fué llevado por él á Acaia y á Beocia, en donde había buscado refugio.[1]

Hacia la mitad del primer siglo, cuando el espíritu que animó á la Iglesia la extendió, llevando á sus apóstoles á la conquista del Imperio, á través de las provincias de Asia y de Grecia, la fe naciente no sólo encontró ahí la hostilidad de los Judíos, ella chocó con las doctrinas paganas y con la cábala judía, con ese conjunto de opiniones que formaban la sabiduría de los civilizados de ese tiempo. Este obstáculo era más temible que las persecuciones: éstas no tocaban sino al cuerpo, mientras que la filosofía humana podía corromper la fe y la palabra de Jesús.

Entre los convertidos del paganismo, muchos estaban imbuídos de esta falsa sabiduría. Todos los siglos y todas las civilizaciones se parecen. El hombre no escapa jamás á las influencias de su medio, sufre las doctrinas como sufre las costumbres, aun sin razonar y, lo más frecuente, sin comprenderlas.

Las doctrinas que componían entonces la atmósfera intelectual, religiosa y moral, han tomado un poco más tarde el nombre de gnosticismo, mezcla confusa del monismo, del panteis-

1 Jerónimo. *De vir illust.*, cap. VII.

mo, del dualismo, del fatalismo, de la theurgia y del ascetismo bizarro, amalgama de especulaciones sobre el principio de las cosas y sobre el universo.

Dos corrientes dominaban: la una partía de un monismo exagerado, que halaga á la doctrina unitaria de los Judíos; la otra se inspiraba en un dualismo irreducible.

Los que seguían la primera, concebían á Dios como á una unidad trascendente y abstracta, desprendida de toda relación con el mundo é impenetrable en sí mismo.

El universo era el producto de fuerzas intermediarias, impersonales, emanadas del principio silencioso y desconocido. Una de esas fuerzas, uno de esos *Eóns*, como se les llamaba, era el Logos ó Cristo superior. El se había unido un instante á Jesús. La Redención, según ellos, se reducía á esto: Jesús había anunciado la Verdad ó al Dios desconocido, él había vencido á las potestades cósmicas, soberanas de este mundo que paralizaban el esfuerzo del sér neumático ó espiritual hacia el Sér primitivo. No se estaba rescatado por la fe en Jesús ni por los méritos del Redentor divino, sino por la Gnosis, ó el conocimiento de Dios, de los espíritus ó *Eones*, de la humanidad y de sus relaciones. Bastaba al hombre estar iniciado en la Gnosis: esta iniciación hacía de él un sér neumático.

Según los dualistas, que renovaban la doctrina de los persas, el mundo está bajo la influencia de dos fuerzas opuestas, emanadas de las profundidades del Sér: la luz y las tinieblas. El mundo material salió de las tinieblas, él es malo en sí; mas la luz triunfará y finalmente librará las partículas brumosas cautivas en el cuerpo. Jesús, para esos herejes, era verdaderamente el Cristo, el Hijo de Dios en persona, pero ellos negaban que hubiera verdaderamente encarnado.[1] Es fácil concebir cuántos peligros debía correr la palabra de los apóstoles ante espíritus que en vez de recibirla como niños, siguiendo la voluntad de Jesús, no pensaban sino en interpretarla con-

1 Ignacio, Ad. Smyrn., II. Cf. Timoth., II, 8-17.

forme á sus opiniones. San Pablo, el fundador de casi todas las iglesias de Asia Menor, había profetizado el peligro y puesto en guardia á los jefes de las comunidades,[1] contra esos maestros que quisieron corromper la fe. Desde en vida suya él les había visto en la obra,[2] y denunciaba su ciencia mentirosa.[3]

Ese peligro es de todos los siglos cultivados. La mayor dificultad para el hombre es el someterse sencillamente al Evangelio, y su mayor tentación es el querer transformarle á su antojo, siguiendo sus propios sistemas.

Los Gnosticos niegan la divinidad de Cristo, al reducirla al papel de Eon ó de fuerza inferior á Dios. Ellos desprecian la relación esencial que liga á Jesús con su Padre, ellos se ofuscan con su humanidad que la pone en contacto con la materia, el principio del mal según ellos, y la reducen á una pura apariencia. Ellos rehusan al Hijo de Dios, y á aquel que así es llamado, una personalidad propia. Los Judíos convertidos, conocidos bajo el nombre de Judaizantes, algunos participan de esos errores, que destruyendo al Cristo, arruinan por esto mismo toda su obra. Ebionitas y Docetas se ligan, negando unos la humanidad real, otros la divinidad de Jesús y amenazando al cristianismo en su cuna. Uno de esos herejes fué Corinto; Irineo nos ha conservado uno de esos grandes rasgos de su doctrina,[4] esta es la misma doctrina de los Ebionitas; él no ve en Jesús más que á un hombre, al cual, en el momento del bautismo, un demiurgo, un Eon, llamado Cristo, bajó. Otro de esos falsos doctores era el diácono Nicolás, cuyas costumbres desarregladas se unían á las especulaciones más insensatas sobre la naturaleza de Dios, sobre la creación y las relaciones entre Dios y el Universo.[5]

Para combatir esos errores, uno de los apóstoles escribió un

1 Ac., XX, 28-31.
2 I. Timoteo, I, 5-7.
3 Id. I, 19 y sig.; VI, 20, 21.
4 Irineo. *Adv. hares.*, I, XXVI, 1.
5 August., *De hares.*, in prine.

cuarto Evangelio.[1] Este apóstol es Juan, el discípulo amado. Todos los jefes de las Iglesias de Asia, y el apóstol Andrés á su cabeza, se lo suplicaron.[2]

Nadie era más capaz que él para atestiguar la verdad.

El no opone una doctrina humana, un sistema filosófico, á las doctrinas humanas, á los vanos sistemas de filosofía. El no es un filósofo: es un testigo. El no conoce más que la palabra de su maestro, y él no dice más que lo que ha escuchado. Mientras que San Pablo en sus Epístolas razona y discurre sobre los hechos evangélicos, sobre la doctrina de Cristo, sobre la obra de la Redención, sobre su muerte y su resurrección, San Juan recogiendo sus recuerdos, inspirado por el Espíritu del que estaba iluminado y que le sugería, como Jesús lo había prometido á sus fieles, todo lo que era preciso decir, San Juan da testimonio; todo lo que él refiere tenía un fin, un solo fin, establecer la fe en Jesucristo, hijo único de Dios, fuente de la vida eterna.

No se trata ya de demostrar por la historia, como lo ha hecho San Mateo, San Marcos y San Lucas, que Jesús es el verdadero Mesías prometido á los Judíos y el Salvador de toda criatura por el arrepentimiento y la fe; se trata de determinar la verdadera naturaleza divina de "Aquel que se apareció en la carne."

¿Qué es el Hijo de Dios? ¿Cuáles son sus relaciones con el Sér divino que él llama su Padre? ¿Qué ha venido á cumplir en este mundo? ¿En qué consiste la salvación de la que él es el autor? La respuesta á estas preguntas es todo el cuarto Evangelio. No es Juan quien habla, es el mismo Jesús; porque únicamente él nos podía dar á conocer su verdadera naturaleza divina. La palabra con la cual abre su escrito y que forma el resumen de todo lo que va á referir, es esta frase de Palabra, Verbo, Logos. "En el principio era el Verbo, y el Ver-

1 Irineo, *Adv. hares.*, III. I. 1; *Clemen. de Alej.*, ap. Euseb., *Hist. eccles.*, VI,14; Tertul. *Contr. Marcion.* IV, 2.
2 *Canon de Muratori:* Jerónim., *De vir illustr.*, CIX.

bo estaba cerca de Dios, y el Verbo era Dios. Sí, el Verbo estaba, al Principio, cerca de Dios. Todas las cosas han sido hechas por él, y sin él nada se ha hecho de lo que ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz lució en las tinieblas, y las tinieblas no le han comprendido."[1]

Esta expresión que tradujo su Sér divino, Jesús jamás se la había dado en los discursos que refiere el propio San Juan. Ella nada tiene de común con el "vóos" de los Griegos, el Verbo de Platón y de Philon el Alejandrino; ella recuerda más bien "la Palabra" de los Profetas y la sabiduría personal de los Proverbios y de los libros de la Sabiduría. Tal vez Jesús la reveló á sus apóstoles, cuando les abrió la inteligencia de las Escrituras.[2] Nada explica mejor lo que es; ella implica su origen eterno del seno del Padre, en el que el "Logos" está siempre vivo, su distinción del Padre del que emana, en la igualdad de una misma vida, y la relación de Dios con este mundo creado por él "Logos" hecho carne. Toda la Teodicea está fundada sobre esta idea, y ha bastado con la palabra divina que la expresa, para merecer á San Juan ser llamado el Teólogo y el Filósofo.

¿Cómo el Verbo, Hijo único del Padre, se ha revelado en su vida humana? Los evangelistas responden á su manera: los tres primeros nos lo enseñan por la narración de sus enseñanzas y de sus actos. El enseñaba, observan ellos, como un Maestro absoluto, perdonaba los pecados, como Dios, mandaba á la naturaleza, como Aquel que no tiene superior, por su propia virtud. El cuarto Evangelio nos instruye por los discursos directos en los cuales Jesús atestigua él mismo su preexistencia, su origen eterno, su comunidad de esencia con el Padre, su potestad de alumbrar, de crear, de salvar, de dar la vida, de juzgar como el Padre.

Y á fin de quedar bien establecido que esos discursos no son composiciones artificiales, ellos se han ceñido á hechos precisos, determinados como tiempo y lugar, con un cuidado particular, una intención marcada. La más transcendental de las revelaciones está presentada bajo una forma sensible y popular que permite leer la verdad divina por imágenes sorprendentes como plugo mostrarla á Jesús.[1]

Los hechos que el Evangelista refiere son todos, con excepción de dos,—la multiplicación de panes en el desierto de Bethsaida y el andar de Jesús sobre las aguas del lago,—tomadas de la vida de Jesús, omitidas por los tres primeros Evangelistas. El milagro de las aguas, muestra en Jesús la potestad de transformar las substancias, igual á la potestad que las cria. La curación á distancia del hijo del oficial de Cafarnaum prueba que la palabra de Jesús es soberana y que ella obra á pesar del espacio. La multiplicación de los panes acusa su fuerza creadora; su marcha sobre las aguas y la tranquilidad impuesta á la tempestad, su autoridad, su autoridad absoluta sobre la naturaleza; la curación del paralítico de Béthesda revela que el mal más inveterado no le resiste; el ciego de nacimiento atestigua que él es el principio de la luz, y la resurrección de Lázaro que él es el Señor de la muerte y de la vida.

Sus discursos, tales como Juan los refiere, por fragmentos, no son más que la expresión de su naturaleza divina, de su vida íntima, de sus relaciones con el Padre, de su igualdad absoluta con El, en esencia, en poder, en actividad. Sin duda, el todo lo tiene del Padre, pero este origen, al establecer su división personal del Padre, es sin perjuicio de su igualdad absoluta, puesto que el Padre todo se lo ha dado desde la eternidad, al engendrarle como á su Hijo único. Y al revelar esos misterios íntimos, se observará que Jesús no emite ninguna doctrina, atestigua solamente hechos interiores de los que tiene conciencia total, hechos trascendentales, puesto que constituyen la vida misma de Dios.[2]

El da, finalmente, la más profunda revelación de su obra,

1 Juan, I, 1.
2 Luc. XXIV, 45.

1 Cf. ch. IV; VI; IX; X; XI.
2 Juan, V; X.

que consiste en comunicar á todos los que creen, el Espíritu de su Padre y el suyo. Esta es la idea que se encuentra en el fondo de las parábolas que el Evangelista ha referido. El Agua viva de que le habla á la Samaritana, el Soplo misterioso de que se trata en la conversación con Nicodemus, la Fuente que brota de la roca, la Luz que ilumina al mundo, el Pastor que apacenta á las ovejas y que las lleva al pasturaje, todos esos símbolos expresan al Espíritu misterioso y divino de Jesús, la fuerza por la cual su obra se cumplió en el secreto de las almas y en la humanidad.

No hay en esos discursos prodigiosos, ninguna metafísica abstracta. Jesús, tal como lo revela San Juan, no es un filósofo como el Jesús de los tres primeros Evangelios. El no viene á demostrar la verdad por razonamientos ni á exponer un sistema religioso. Su palabra es la expresión llena, viva, adecuada á lo que es; la ley moral, es su voluntad y su espíritu, Dios para él, es el Sér viviente, amante, todopoderoso, el Padre, él ha traducido en el lenguaje humano, no la concepción interior que él se ha hecho por una vida sistemática, sino la realidad de que la tiene la percepción inmediata.

Los tres primeros Evangelios refieren lo que se ve en Jesús, el cuarto lo que no se ve. Pero como lo visible siempre tiene su causa invisible, los hechos de los sinópticos tienen su causa oculta en el Dios invisible que está en Jesús y que San Juan revela. Los unos nos muestran al Dios vivo entre los hombres, semejante á ellos; el otro nos habla de lo que es en sí mismo, en el seno del Padre.

Los primeros Evangelios muestran al hombre en Jesús, el cuarto revela á Dios. Todos, aun los profanos, pueden leer los unos, el otro está reservado á quienes ilumina la eterna Luz. El genio dejado á sus pobres claridades humanas, no le comprenderá, pero las almas sencillas le entenderán, á pesar de su sublimidad; y cualquiera que le abra debe recordar la palabra del Maestro: Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán á Dios.

La autenticidad del más divino de los Evangelios jamás ha sido negada entre los antiguos. Una sola secta obscura, los Aloges, la ha repudiado, pero ella no invoca ningún testigo y no se apoya más que sobre razones dogmáticas. Los que niegan al Verbo no pueden aceptar al Evangelio del Verbo.

Casi todos los Padres apostólicos contienen citas muy cuidadosamente realzadas por *el Doctor Funk*.[1]

Nada se puede oponer al testimonio de Irineo, discípulo de Policarpo, también discípulo de San Juan, atestiguando la existencia del escrito johánico.[2]

El ha sido redactado en griego, en Patmos, según unos, en Efeso, según otros. La tradición es incierta sobre este punto, lo mismo que sobre la época exacta de la redacción. Es verosímil que el Apóstol la escribió en su vejez, cuando, por haber sobrevivido á los testigos directos de la vida y de la doctrina de Jesús, él fué rogado por todos los obispos de las Iglesias de Asia Menor, levantara su gran voz para confundir á las negaciones nacientes de las que era objeto la naturaleza de Jesús, y que se multiplicaron durante seis siglos, siempre vencidos por el testimonio del cuarto Evangelio.

Por lo que toca al silencio de Papias, nada arguye contra el cuarto Evangelio. Un nuevo fragmento del obispo de Hierópolis, citado por Tomasius (I, 344), y que lo he tomado del Dr. Aberle,[3] atestigua que él conocía la obra del Apóstol.

Por lo demás, la autenticidad de los cuatro Evangelios canónicos es una cuestión ya resuelta.

Está probado por el fragmento del canon de Muratori que, bajo el pontificado de Pio primero, en 142, existían cuatro Evangelios, que la Iglesia Romana no reconocía otros, que ella los leía en el mismo orden en el que están clasificados actualmente, que ella los tenía como inspirados por Dios, escritos por uno solo y mismo Espíritu.

Está probado, por una comparación sabia y detallada, que

1 Opera Patr. apostol., tomo I, p. 565 y sig.
2 Irineo, Adv. haeres., III, 1, 1.
3 Einleitung in das Neu Test., p. 112.

todos los Evangelios pueden ser reconstituidos, fragmento por fragmento, pero íntegralmente, por medio de citas recogidas en las obras de los Padres de los siglos primero y tercero, desde el autor de la Epístola de Bernabé hasta Tertuliano é Irineo.

Está probado que no solamente desde la mitad del segundo siglo, en 150, existía ya una versión latina de los Evangelios, la vieja Italiana, sino que antes de ella había dos, la una hecha en Africa y la otra en Italia. Está probado, merced al descubrimiento de M. Cureton, que antes de la antigua Italiana existía una versión siriaca, la *Peschito;* que ella había sido traducida al griego, y que el traductor de la Italiana tuvo á la vista esta traducción griega conteniendo en el margen variantes siriacas á las cuales, sobre todo, él se ha referido. Así está probado que las traducciones son contemporáneas de los originales.

Está probado, en fin, por el descubrimiento del Codex Sináitico de M. C. Tischendorf, que en la época misma en la que, según Tertuliano, el manuscrito autógrafo de los Evangelios se conservaba aún en las Iglesias apostólicas, existía una copia contemporánea. Esta copia nos está ofrecida en el Codex Sináitico, anterior á las correcciones de los manuscritos exigidos oficialmente por Constantino.

En tal virtud, hay derecho para concluir que los Evangelios existían desde el primer siglo, y que ellos existían tales como los poseemos. En defecto de los manuscritos originales, autógrafos, cuando menos tenemos traducciones contemporáneas. La crítica está satisfecha. Entre ella y la tradición de la Iglesia, sobre este punto esencial, es total la armonía.

IV

El primer carácter de esos documentos es el de ser, ante todo, en el sentido más rigoroso y más preciso, testimonios.

Ellos no discuten, ellos no exponen ideas, teorías; ellos no explican, ellos refieren hechos, ellos traen palabras, ellos las afirman. De ahí su impersonalidad. El autor desaparece ante las cosas. Si él se revela algunas veces, por ejemplo en el prólogo del tercer Evangelio ó en el cuarto, con una reserva extrema, es para declarar que él no es más que un testigo, quien sobre todo está instruido y que ha visto ó escuchado lo que ha escrito.

No sorprende la expresión de los sentimientos íntimos en los que se desbordaban esos escritores pintando la vida de su Maestro. Ningun entusiasmo, ningun grito de admiración, ninguna reflexión propia. Ellos se acuerdan, he aquí todo; y ellos escriben sus recuerdos según se los sugiere el Espíritu, ó que otros testigos pueden precisarlos mejor.

Ciertos acontecimientos han herido más vivamente á unos que á otros; la narración es más detallada, más viva, más fresca de color. Las circunstancias en las que cada uno de ellos ha escrito, han sido también una de las causas positivas del escrutinio y de la elección de los hechos y de las palabras sin número que ellos habían podido ver ó escuchar en la vida de su Maestro. El círculo de los lectores á los que ellos se han dirigido no ha contribuido poco á modificar su obra. Ellos no podían hablar á los Judíos que negaban la mesianidad de Jesús como á los paganos sin preocupación judía, á los sencillos sin cultura como á los convertidos, nutridos en la Gnosis judía ó griega, á las Iglesias en las que los Judíos pretendían legar la libertad evangélica con la servidumbre legal como á las Iglesias libres de estas cuestiones irritantes. Aquel que había sido admitido, desde la primera hora, en la intimidad del Maestro, quien había concentrado en su alma amante las mejores confidencias de Jesús, quien, más que cualquiera otro, había sido herido por las conversaciones en las que él revelaba su naturaleza divina, su filiación eterna, los profundos misterios de la fe y de la salvación por el Espíritu, debía evidentemente dejar pasar en su testimonio una suavidad, una ternura, un encanto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una vivacidad de recuerdo que nadie iguala. Mas todas estas diferencias se desvanecen en un hecho superior y en una unidad más elevada.

Todo, en la obra de cada Evangelista, viene de Jesús. El y sólo él es á quien se ve vivir, el solo á quien se escucha. El sermón sobre la montaña, las parábolas, las discusiones con los Fariseos y los Saduceos, las instrucciones á los doce apóstoles y á los setenta y dos discípulos, los anatemas contra los falsos doctores, la predicación de la ruina del Templo y de Jerusalem, los anuncios repetidos de su pasión futura y de su muerte, su conversación con la Samaritana y con Nicodemus, las afirmaciones solemnes de su mesianidad, á la faz de los grandes de Jerusalem, bajo el pórtico de Salomón, las declaraciones prodigiosas de su naturaleza divina, de su igualdad con el Padre, de su función mesiánica simbolizada en la roca de Horeb, por las luces de la fiesta de los Tabernáculos, por todos los grandes hechos de la Historia judía y por el culto que recordaba los hechos: todo esto es la palabra de Jesús. Pretender que los Evangelistas y principalmente el cuarto, hubieran prestado discursos á su Maestro, le hubieran hecho hablar, como Tito Livio á los generales romanos, era quitarle el único título que todos reclamaban formalmente, era desconocer el respeto infinito que ellos tributaban á su Maestro, era romper y contradecir, sin ninguna razón positiva, á la tradición universal, no interrumpida, era hacer mentir á aquel que ha dicho con una insistencia solemne: "Lo que hemos visto, lo que hemos escuchado, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que nuestras manos han tocado del Verbo de la Vida;—sí, la Vida se ha manifestado, y nosotros hemos visto, y atestiguamos, y anunciamos la Vida eterna, aquella que ha estado cerca del Padre, y nos ha aparecido,—lo que hemos visto y escuchado, nosotros os lo anunciamos." [1]

1 Efes., I, 1-3.

Así se explica, cómo esos pensadores de Galilea, esas naturalezas incultas, han podido escribir un libro semejante á los Evangelios: ellos no han tenido más que su recuerdo. Si ellos hubieran compuesto un diálogo al estilo de Platon, ó algún tratado del género de Filon de Alejandría, se hubiera creído en su genio; y su genio hubiera parecido sospechoso. Ellos hubieran puesto sus ideas y su creación en la obra. Mas ellos no sabían nada. Todo lo que se puede observar en ellos, es que, bajo la acción constante de Jesús, ellos han despojado poco á poco las preocupaciones populares de su raza, y aceptado, con una fe plena, los ejemplos, la palabra de su Maestro. Ellos no existían propiamente hablando, es su Maestro quien es todo en ellos.

En muchos casos, prefiero, como crítico, el sencillo campesino, al académico avisado y sutil.

El primero me dirá lo que ha visto buenamente; el otro querrá explicármelo. Lo que interesa al historiador, ante todo, es el hecho; la explicación del hecho no viene sino después. En toda hipótesis, antes de explicar los fenómenos, importa comprobarlos. Yo desconfío de esta operación del espíritu muy cultivado: él siempre tuvo á la vista su sistema. El llama á esto un instrumento perfeccionado. ¿No se forma él una ilusión? Este es un instrumento perfeccionado para ver lo que se quiere y para no ver lo que nos conviene.

El carácter testimonial de los Evangelios descansa no solamente en la intención expresa de los redactores, solemnemente formulada por ellos, sino también y principalmente en la voluntad de su Maestro:—"Id, les dijo, al dejarles, enseñad á las naciones y noticiadles todo lo que os he confiado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.' Vosotros sois los testigos de estas cosas.' Vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y daréis

1 Mat., XXVIII, 19, 20.
2 Luc. XXIV, 48.

testimonio de mí en Jerusalem y en toda la Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra." [1]

Su palabra no será un simple recuerdo humano, entregada á los azares de la memoria y de la frágil conciencia; ella será guardada, sancionada por la virtud del Espíritu de Jesús viviendo en ellos, y sugiriéndoles en todo momento lo que es necesario decir." [2]

De esta manera la Iglesia, en una tradición no interrumpida, siempre ha considerado á los Evangelistas.

De esto se sigue, que no se puede distinguir en su obra un elemento propio á los escritores y otro propio á aquel de quien ellos escriben. Todo lo que ha salido de su pluma pertenece á Jesús, ya como acto de su vida, ya como enseñanza de su doctrina. El acto es más ó menos preciso, vivamente descrito, la enseñanza es reproducida más ó menos completa ó fraccionada; mas la una y la otra son parte integrante de la vida y de la doctrina del Maestro.

Ahí está el secreto de la belleza, de la sencillez, de la santidad, de la inmortal virtud de los Evangelios. No es el alma, el espíritu, el genio de los escritores los que han pasado en ellos; es el alma, el genio, el espíritu de su héroe. El vive en ellos, obra, habla, conmueve, alumbra y santifica. Su dulzura irradia y cubre, su atractivo encanta y atrae, sus ejemplos arrastran, su bondad siempre se comunica. Se camina en su séquito, con los pobres que le hacían cortejo, con los pecadores y los enfermos á quienes curaba sus llagas visibles y sus heridas ocultas; se pueden escuchar sus lecciones, como él las daba á la multitud, sentarse con ella, para escucharlas, en la cima de las colinas de Galilea ó sobre la playa de su lago, acompañarle en sus viajes y reconocerle con sus fieles como el Hijo de Dios. No, nadie ha hablado con una potestad semejante y derramado tantos beneficios. Sus confidencias íntimas á sus discípulos, sus despedidas, sus últimas conversaciones en la víspera de morir, nos parecen dirigidas; sus dolores se dejan ver en su aterradora plenitud; su suplicio atroz nos hace llorar como sus amigos al pié de la cruz. Su triunfo prodigioso nos afirma; y, al verle dejar la tierra en la gloria de su Ascensión, nos sentimos llenos de esperanza y de fuerza, porque él nos deja, como á sus fieles discípulos, el Espíritu que ha vencido al mundo y que nos hace ser hijos de Dios.

1 Act. I, 8.
2 Juan, XIV, 16.

Esos documentos guardan una vida, una juventud, una frescura eternas. Ellos son como el Cristo de quien dan testimonio.

El era ayer, es hoy, será mañana. El cielo y la tierra pasarán: su sér, su palabra, jamás. Todos los que sufren, pueden leer los Evangelios, en ellos beberán el consuelo; los que aman pueden meditarlos, en ellos aprenderán el sacrificio; los que quieren el bien pueden interrogarlos, ahí encontrarán el secreto de toda virtud. Los desesperados ahí verán la salvación, y todos los que piensan, si los escudriñan con un corazón recto y sencillo, serán vencidos por esta sabiduría divina que nos instruye del misterio de Dios, descubriéndonos las miserias del hombre y el medio de aliviarlas. ¿Qué otra ciencia vale la pena de vivir?

Hay en la historia dos clases de documentos: los unos son letra muerta, los otros son vivientes; los primeros, verdaderos restos de los pueblos, de las sociedades, de las civilizaciones, de las razas desaparecidas, piedras y planchas grabadas; pergaminos y tiras de papiro cubiertos de geroglíficos ó de caracteres de una lengua desconocida, no pertenecen á nadie; ellos han caído en el dominio de todos, y ellos no tienen el espíritu vivo de un pueblo para interpretarlos; los segundos permanecen en la propiedad de un pueblo, de una sociedad, de una religión viva. Ellos están escritos en una lengua que se habla y que se entiende; ellos son guardados intactos por los que viven y conocen su valor.

Todos los documentos egipcios, asirios, fenicios y otros son de la primera categoría. Los Evangelios ocupan el primer ran-

go en la segunda. Ningún libro merece mejor el nombre de viviente.

Lo que ellos refieren es la vida misma de millones de conciencias que piensan como ellos, se dirigen conforme á ellos, se consuelan en ellos, esperan por ellos. Ellos han nacido en una sociedad religiosa que los mira con justo título como á su bien, sus títulos de familia, uno de sus más preciosos tesoros. Esta sociedad, quien, bajo el nombre de Iglesia, cubre al mundo, presenta á todos su Evangelio; pero no toca más que á ella el interpretarle. Ella es su autor, puesto que él ha nacido de ella. ¿Quién conoce mejor el pensamiento de un libro? ¿Acaso no es el que le ha concebido?

Si fuese preciso probar esta verdad muy sencilla y sin embargo desconocida, yo diría á los que la olvidan, á todos los sugetos que no hacen caso de la Iglesia y de su doctrina tradicional para llegar al sentido de los Evangelios: cuando queréis interpretar los documentos muertos ¿qué método seguís? Ensayáis reconstituir al pueblo al que pertenecen, le evocáis de alguna manera, le reanimáis de sus cenizas, y cuando le veis vivo ante vosotros, con su lengua, sus costumbres, sus doctrinas, con toda su historia, aventuráis la lectura del documento, y dais tímidamente la interpretación, porque la resurrección histórica de una civilización concluída, de un pueblo anonadado, es siempre imperfecta. Ahora, los documentos evangélicos no son documentos muertos, ellos pertenecen á un pueblo vivo, que siempre crece, que habla, que enseña, que no cesa de interpretarlos, de leerlos y de reanimarlos.

¿Con qué derecho el tratarlos como á un simple papiro descubierto en la tumba de alguna momia, ó como á un viejo pergamino olvidado en los archivos de una ciudad devastada?

Si los Egipcios de Ramses volvieran á las orillas del Nilo, serían, yo pienso, los mejores intérpretes de sus escrituras: los egiptólogos no tendrían dificultad alguna en reconocerles. En buena crítica, y sin invocar para la Iglesia católica la autoridad infalible que ella tiene de su Maestro en la conservación

é interpretactón de la fe, pido que se la trate como á toda sociedad viviente é inteligente, y que se quiera admitir que ella mejor que nadie está en aptitud para explicar sus propios libros.

Reconocido este derecho, no tengo ninguna dificultad de aplicar á los documentos que han quedado vivos á pesar de su antigüedad secular, el método que consiste en colocar esos libros en el medio que les vió producirse, y traer al conocimiento de ese medio elementos de gran valor para mejor comprenderlos.

Permítaseme un ejemplo. Hay, en los autores evangélicos, una expresión significativa cuya interpretación es de la mayor importancia: es la expresión Hijo de Dios, aplicada á Jesús.

Los críticos modernos que estudian los Evangelios como á un simple Herodoto ó á un Tito-Livio, dicen justamente que la locución tiene diversos sentidos y que ella se torna algunas veces en sentido metafórico y moral, y que bajo este punto de vista, ella puede aplicarse y se aplica de hecho á los hombres.

Ellos agregan: En este sentido es en el que se le debe aplicar á Jesús.

La cuestión es saber cómo quiso Jesús que se le aplicara y de qué manera los apóstoles se la han dado.

Esta es una cuestión de hecho y de testimonio. La Iglesia, guardiana de la tradición de los apóstoles, repitiendo con ellos y según ellos, de edad en edad, lo que ellos han enseñado, la Iglesia afirma que el título de Hijo de Dios siempre ha sido, desde San Pedro que se lo dió el primero, hasta el presente, un título que implica, no una filiación metafórica y moral, sino una filiación absoluta, en la identidad de una misma naturaleza divina.

¿Qué puede probar la exégesis en oposición con un testimonio semejante? Ciertamente, la razón es libre de rehusar su fe á la palabra de la Iglesia como á la de los apóstoles y á la de Jesús; mas yo no comprendo cómo ella venga á decir á los autores de los mismos libros, ó,—lo que es lo mismo,—á

os guardianes fieles de estas obras: Vosotros no sabéis lo que escribís y leeis.—En verdad, ¿qué puede ella conocer?

Entendida en el sentido católico, la expresión puede parecer estrecha ó chocante á ciertos espíritus; pero si Jesús la ha aceptado en el sentido católico, el historiador no tiene más que consignarla, y falseará la historia si se lo rehusa.

V

Otro carácter de los documentos evangélicos, es el número, la variedad y la indisoluble armonía.

El número es necesario para el valor del testimonio, él la garantiza, él la confirma. Cuatro testigos tienen más peso que uno solo, cuando su palabra, á pesar de las diferencias individuales, permanece concordante.

La variedad no importa menos; el número no existiría sin ella. Cuatro testigos refiriendo la misma cosa en términos siempre idénticos se confundirían en uno solo. La validez del testimonio exige disposiciones que estén acordes en el fondo y que se diversifiquen en el detalle, sin contradecirse. Las narraciones evangélicas comparadas presentan ese carácter. La historia de Jesús, compuesta toda entera con sus narraciones refundidas, dará la prueba al lector; yo no puedo hacer cosa mejor que enviarle á la obra. Sin embargo, yo debo prevenirle que he examinado con una escrupulosa atención las oposiciones contradictorias que ciertos críticos han pretendido ver en la narración múltiple de los cuatro evangelistas; jamás he podido descubrirlas. En verdad, yo me he prohibido reconocer un solo hecho cuando los detalles me probaban que había dos, y de esta manera, muchas contradicciones se han desvanecido. Citaré, como ejemplo, el asunto de los ciegos de Jericó. Yo admito dos milagros, uno á la entrada de la ciudad, otro á la salida; mas yo preguntaré á los exegetas que no han querido ver más que uno solo, sobre qué motivo apoyan su aserto. Si según San Lúcas, cierto ciego fué curado cuando Jesús llegó ¿por qué recusar su testimonio? y si, según San Mateo y San Marcos, otros dos, de los cuales uno es llamado Bartimeo, fueron curados cuando Jesús partió ¿por qué recusar su narración? La tradición era confusa, responden: de ahí la confusión de los narradores. ¿Qué saben ellos, y cómo pueden probarlo?

Citaré todavía las dos genealogías de Jesús, la de San Mateo (I, 1–16) y la de San Lucas (III, 23–38). Dícese que ellas se contradicen; si la primera es verdadera, la segunda no lo es; y por el contrario, si la segunda es auténtica, la primera no puede serlo.

La deducción sería incontestable, con la condición de no apoyarse en una hipótesis errónea. ¿Por qué las dos genealogías no serían verdaderas, la una como la otra? Bastaría sencillamente que ellas fuesen diferentes, que la primera diese los ascendientes de Jesús por Helí de quien José es el heredero legal; lo que hace San Lucas; y que la segunda enumerase los ascendientes de José por Jacob, según la paternidad natural: lo que hace San Mateo. Llámase á esto un expediente. ¿Por qué? Tengo tanto derecho de considerarlo como de la historia. [1]

Una condición esencial para comprender la armonía de los cuatro documentos evangélicos, es el formarse una exacta idea de los escritores que los han redactado. Ellos no pretenden decirlo todo, al referir un hecho ó un discurso. Ellos anotan algunos rasgos, algunos fragmentos, y esto basta á la historia.

Lo que uno ve de perfil, el otro lo ve de frente. Tal detalle ha llamado la atención de este, tal del otro. Resulta de esta libertad dejada á los narradores, omisiones más ó menos voluntarias, cuadros más ó menos completos; concluiríase mal al compararlos, arguyendo de la omisión de un detalle á la falsedad de ese detalle en la narración que lo contiene. El papel

1 Véase el Apéndice B: *Las dos Genealogías de Jesús*.

verdadero del crítico imparcial, en la comparación de los documentos, es el de completar el uno por el otro.

Las diferencias que se observan entre los cuatro evangelistas, tienen causas múltiples y precisas que me limitaré á señalar sumariamente: todas ellas se explican, por poco que se reflexione, por la persona misma del redactor, por el fin que él se proponía, los lectores inmediatos que él había visto, y las circunstancias determinadas, historias del medio en el que había vivido. Esas circunstancias frecuentemente han puesto de relieve á las acciones y palabras de Jesús, quien fué siempre para ellos el modelo que imitar y la regla doctrinal que seguir.

Así, cuando la lucha entre los judaizantes y los paganos, desgarraba á las Iglesias nacientes, es evidente que las palabras del Maestro profetizando la conversión de los paganos, y las escenas conmovedoras donde él ensalzaba su fe cuando la encontraba, debieron despertarse más vivas en la memoria de los discípulos. Esas circunstancias determinaban el fin de los escritores, quienes al dar testimonio de lo que Jesús había hecho y enseñado, afirmaban la fe y cortaban toda cuestión. El círculo de los lectores era de tal manera circunscrito por el fin, como el fin era determinado por las circunstancias; y el Espíritu viviente del Maestro desaparecido daba á los Evangelistas el impulso deseado para discernir lo que era preciso decir, ó para separar lo que convenía aún guardar veladamente. Todo en ellos estaba subordinado á ese espíritu interior que les asistía, mejor sin duda que el genio nacional no inspira á los que refieren la historia de la patria. Cualesquiera que sea su trabajo, —que ellos se recojan para encontrar sus recuerdos, que ellos interroguen á los diversos testigos de la vida del Maestro, que ellos consulten los escritos anteriores,—el Espíritu está ahí para defenderlos contra la falta de atención y el fraude, para mantenerlos en la plena verdad del testimonio.

VI

La indisoluble armonía entre los cuatro Evangelios siempre ha sido reconocida, á pesar de sus diferencias desde la más remota antigüedad. Ella es de tradición universal en la Iglesia. Cada uno de sus libros conteniendo la palabra misma de Dios, era imposible admitir en ellos un desacuerdo. La palabra de Dios no puede estar en contradicción consigo misma. Así, desde la mitad del segundo siglo, las concordancias, las *diatessaron*, como se las llamaba, fueron publicadas para traer á la unidad las cuatro narraciones inspiradas. Esta unidad *á priori* está justificada por el estudio crítico, por una comparación atenta de los documentos. No solamente los tres primeros Evangelios que han sido llamados *sinópticos* á causa de la similitud manifiesta de su plan, concuerdan entre sí, sino que armonizan con el cuarto, á pesar de las profundas divergencias aparentes.

La primera ojeada sobre esta última obra demuestra, en efecto, que él no invoca para nada á sus tres antecesores. Los hechos, el cuadro geográfico y cronológico, los discursos, todo difiere. Ciertos críticos han sido impulsados á sacar de esas diferencias una contradicción, y han formulado este dilema: Si los sinópticos son exactos en la manera de trazar la vida de Jesús, San Juan nos ha dado una historia fantástica, y si los discursos referidos por los tres primeros Evangelios son los verdaderos discursos de Jesús, los de San Juan son una composición artificial; y por el contrario, si el cuarto Evangelio es verídico en sus narraciones y sus discursos, los tres primeros no pueden serlo.

No solamente las diferencias reales, evidentes, que debemos comprobar entre los Evangelios sinópticos y el cuarto, no autorizan á concluir una oposición invencible, sino que ellas más bien demuestran la armonía indisoluble de los cuatro docu-

mentos. San Juan no contradice á sus predecesores, él los completa y los explica, bajo el punto de vista del cuadro geográfico y cronológico de la vida del Maestro, de los hechos que forman la trama de esta vida y de los discursos que resumen su enseñanza.

Los tres primeros Evangelios no han dado por teatro al apostolado de Jesús, más que la Galilea y Jerusalem; la narración de San Juan prueba que antes de anunciar en Galilea el Reinado de Dios, Jesús, durante un año entero, predicó en Judea y se reveló solamente á la metrópoli por la expulsión de los vendedores del Templo. Los sinópticos no hablan expresamente más que del último viaje de Jesús á Jerusalem por la Pascua en la que debía morir; San Juan menciona todos esos diversos viajes en la Ciudad Santa, su retiro en Perea, más allá del Jordán y en Efrem, sobre los confines del desierto. Los sinópticos no comienzan la narración de la vida pública, sino en la época de la prisión de Juan Bautista; el cuarto Evangelio la hace comenzar con el bautismo de Jesús y determina su duración total por las tres Pascuas que menciona.[1] Los sinópticos, no nos dan ningún punto de mira para la clasificación cronológica de los hechos de la vida pública; San Juan los señala con una precisión extrema por los diversos viajes de Jesús á Jerusalem,[2] á las grandes fiestas Judías. Los sinópticos, no habiendo referido las diversas permanencias del Maestro en la metrópoli, no han podido instruirnos de lo que ahí hizo, ni de las enseñanzas solemnes que ahí dió; pero San Juan nos lo refiere con gran riqueza de detalles.

Todas esas informaciones preciosas, como se ve, no contradicen en nada á los sinópticos, ellos llenan sus lagunas, y tienen además el mérito de explicar su narración. Sin ellos es imposible reconstituir el drama conmovedor de la vida de Jesús, de comprender su modo particular de enseñar y de instruir. Las grandes luchas, las enseñanzas más sublimes, han debido tener á la metrópoli judía por teatro y á las autoridades nacionales por testigos. Ahí es en donde debía terminarse la carrera del Mesías, ahí en donde debía producirse con un brillo soberano. La Galilea para Jesús, no ha sido más que un lugar relativamente tranquilo, en donde, lejos del foco de odio que, desde el primer día, le amenazó, pudo evangelizar el Reino de Dios á los pecadores y á los humildes, formar sus discípulos y establecer las bases de su obra en las conciencias fieles destinadas á divulgarla. Pero si él se retiró á Galilea, como lo dicen los sinópticos,[1] Juan sólo nos da el motivo histórico de esa retirada.[2]

Según los tres primeros Evangelios, se observará que Jesús, como Taumaturgo, Maestro y Doctor, obró y habla con una autoridad personal absoluta. Cuando él cura á los enfermos, manda á los espíritus malos, resucita á los muertos, no se le ve invocar á un espíritu superior del cual derive una fuerza; habla, impone las manos, ordena; y los enfermos son curados, los demonios se ahuyentan, los muertos resucitan. Cuando él enseña, la misma conducta: perdona los pecados, como Dios, promulga la ley moral en su propio nombre, como Dios; no es en nombre de Dios como él la impone, es en su nombre. El quiere que sus discípulos reconozcan en él al verdadero Hijo de Dios vivo; y les alaba de haber llegado á esta fe suprema y total.

¿Qué cosa es un sér semejante? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál es la relación real con aquel que él llama su padre? ¿Cuál es en las conciencias su obra propia? ¿Quién es sino el personaje mesiánico anunciado por los Profetas y realizado en él? ¿Cuál es el secreto del Reinado fundado por él?

Los tres primeros Evangelios no refieren más que la palabra de Jesús en donde todas esas cosas han sido dichas en pa-

1 Juan. II, 13; VI, 4; XII, 1; XIII.

2 Juan, V, 1; VII, 2; X, 22. Los sinópticos contienen sin embargo ciertas alusiones á los viajes de Jesús á Jerusalem; pero no estamos informados sobre esos viajes sino por el cuarto Evangelio. (Mat., XXIII, 37; Luc., IX, 51; XIII, 22).

1 Mat., IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.

2 Juan. IV, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rábolas y en signos. Estaba reservado al cuarto Evangelio darnos la plena claridad, colacionándonos los discursos más solemnes y más íntimos en donde Jesús ha expresado, en una lengua que ninguna criatura puede hablar, esos misterios inefables.

Jesús no es un hijo de Dios, él es el Hijo; este es el nombre que él siempre se da. El es uno con el Padre, [1] de la misma esencia; antes que fuese Abraham, antes que el mundo fuese, [2] él era, y él estaba en el Padre. [3] El lo ha recibido todo del Padre: potestad, luz y vida. El juzga, él alumbra, él vivifica. El comunica su Espíritu, y con su Espíritu la vida eterna. El es el más expresivo, la única y perfecta manifestación del Padre. Quien le ve, ve al Padre; quien le ama, ama al Padre. El está en el Padre, como el Padre está en él. [4]

Esas revelaciones trascendentales á toda conciencia y á toda inteligencia creadas no pueden ser aceptadas sino por aquel que da su fe á la palabra de Jesús. Ellas nos transportan á una esfera divina, inaccesible al genio mismo, pero abierta á el alma sencilla y al corazón recto.

No solamente semejantes discursos no contradicen las enseñanzas morales de Jesús y sus parábolas, sino que les dan la única explicación que las aclara.

Si Jesús ha hablado como San Juan le hace hablar, comprendo al Taumaturgo, al Doctor de los sinópticos, á la soberanía absoluta con la cual él obró, y la autoridad propia con la que formula su ley. Así es como el Hijo de Dios,—el único, el verdadero, sin metáfora y sin reserva,—debió mandar y sin reserva; si nó, el Jesús de los sinópticos se convierte en un enigma indescifrable, y se pregunta cómo un sencillo enviado de Dios, ha osado asumir un modo de ser, de obrar y de hablar que nó convenga más que á Dios.

1 Juan, X, 30.
2 Juan, VIII, 58.
3 Juan, XVII, 5.
4 Juan, XIV, 10.

La unidad de los documentos es indisoluble. No se puede oponer uno al otro mas que invocando motivos extraños á la historia. Los que parten de la hipótesis que Jesús no es más que un hombre, están condenados evidentemente á sacrificar todo el cuarto Evangelio, los hechos como los discursos; no se podrían admitir los unos y repudiar los otros, ellos forman un todo indivisible. El escritor que atestigua los hechos garantiza con su testimonio los discursos. Su obra es de una sola pieza, ella se contiene en todas sus partes y se funde con la obra de los tres primeros Evangelios. Es imposible escribir una vida de Jesús conforme á las reglas de toda historia y de toda crítica, sin las informaciones johánicas. La primera condición para trazar la historia de una personalidad superior es poner de manifiesto la conciencia íntima que ella tenía de sí misma; pues bien, este es el objeto principal de San Juan al revelarnos, en Jesús, esta conciencia íntima. El historiador no tiene que investigar si semejante revelación cuadra ó contradice sus ideas y filosofía; su papel es más importante, más desinteresado: él nos debe en su pleno tenor, el testimonio de aquellos que han visto y que han oído.

El primero, el gran error de la crítica moderna, protestante ó incrédula, en el trabajo inmenso y pertinaz que ella ha consagrado á los documentos evangélicos, desde el siglo diez y ocho, en Francia, en Inglaterra, en Suiza y en Alemania sobre todo, ha sido tratar á esos documentos como á una letra muerta. Ella á sabiendas ha olvidado, que ellos no eran libros caídos en el dominio público, sino la propiedad inajenable de la Iglesia católica. A no ser que para ella, la Iglesia no fuese una institución divina, habiendo recibido de su fundador la guardia infalible de su palabra escrita ú oral, ¿podía desconocer ella su elevado valer como sociedad organizada? Y por lo mismo, ¿de dónde tomaría ella el derecho de considerar á sus propios libros como á un simple papiro del viejo Egipto, escapado á la ruina del pueblo, que había ahí trazado algunos caracteres, algunos pensamientos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La tradición indefectible de una religión como la de Jesús, encadenándose sin interrupción desde hace diez y ocho siglos, dejando á cada siglo la impresión vigorosa de su fe, en obras innumerables, eminentes por la doctrina que ellos exponen, por las virtudes que ellos enseñan y por el genio que las concibe,—semejante tradición puede ser ligeramente desechada? ¿No es esto una fuerza poderosa? Y puesto que esta tradición es la guardiana viva de los Evangelios, ¿no es á ella á quien se debe recurrir, en buena é imparcial crítica, para comprenderlos, para saber su origen verdadero y su tenor?

Todo libro separado de la sociedad á la que pertenece y de la que forma un elemento preciso, está á merced de cualquiera.

Los Evangelios arrancados á la tradición religiosa de la que son el más antiguo y sagrado monumento, han sido presa de todos.

Para hacerlos hablar, fué preciso reanimarlos; porque el alma de un documento está en el medio que lo ha inspirado, en las ideas que dominaron ese medio, en las pasiones que lo agitaron, en las costumbres que lo caracterizaron. Ellos han ensayado reconstituir artificialmente ese medio, y, naturalmente, á la Iglesia es á la que han recurrido, á los libros de sus doctores, y aun á las obras que tenían á la vista y trataban de comprender. La escuela de Tubingue, impulsada por Baur,[1] se ha señalado particularmente en esta evocación difícil. Su gran hipótesis ha sido convencida de arbitrariedad y exageración. No ve en el cristianismo primitivo del primero y segundo siglo sino el antagonismo de los judíos cristianos, representados por Pedro, Santiago y Juan, y del cristianismo universalista, representado por Pablo, es limitar el horizonte, dar á un detalle el valor del conjunto, tomar una facción obligada para componer toda una fisonomía. Todos los escritos apostólicos, y los Evangelios en primera línea, habiendo sido

1 Vorlesungen über Nev. Test. Theologie.

interpretados bajo este punto de vista estrecho y exclusivo, se adivina lo que han sido en manos de la crítica y de su escuela.

¿Qué ha resultado de ese trabajo encarnizado para la solución del problema que se ponía á los documentos?

¿Acaso se ha explicado su modo de formación, hallado el secreto de su semejanza y de su divergencia? ¿Se ha penetrado la razón de la unidad indisoluble que los aproxima como á los miembros de un cuerpo? ¿Acaso se ha descubierto el orden exacto de su origen?

Basta recorrer las obras sinnúmero escritas sobre este asunto para comprobar la omnipotencia radical de aquellos que han suscitado esos diversos problemas.

Todas las hipótesis han sido sostenidas.

Unos han admitido á un Evangelio fuente en la cual han debido beber los tres primeros Evangelios.[1] Herder los combatió; nuestros Evangelios, según él, traen su origen de un Evangelio oral. Narradores ambulantes, un verdadero cuerpo de rapsodas, caminaban anunciando la buena nueva; sus narraciones, aprendidas de memoria, embellecidas y enriquecidas, he aquí la fuente de nuestros Evangelios escritos.

Hubo también la teoría de los pequeños folletos,[2] redactados por anónimos, especie de fragmentos históricos de la vida de Jesús, que han servido principalmente para componer la obra de San Lucas.

Se pretendió que el Evangelio de Mateo había sido recompuesto; se creyó en un Mateo primitivo que hubiera desaparecido y hubiera servido para la redacción del primer Evangelio actual, y del segundo, atribuido á San Marcos.

Mas algunos daban á San Marcos la prioridad, y lo consideraban como la fuente de San Mateo y de San Lucas.[3]

Esas hipótesis indefinidas que se suceden las unas á las

1 Eichhorn, *Einleitung in d.* N. Test.
2 Schleiermacher, *Kritisch. Versuch üb. der Schift des Lukas.*
3 Reuss, *Histoire évangélique.* Introd.

otras acusan su fragilidad, porque al sucederse, ellas se destruyen, y no hay una que pueda durar algunos años. Se las olvida en unión de los que las inventaron.

Cuando la crítica que se llama independiente haya puesto de acuerdo á sus representantes más autorizados, tiempo será de examinar sus conclusiones. Hasta entonces, el testimonio de la Iglesia sobre los autores evangélicos y sobre sus obras, puede desdeñar esas voces discordantes que apenas pasan los muros de una escuela ó el círculo de un partido.

Un error no menos grave de la exégesis es el desconocer el carácter testimonial de los Evangelios.

En vez de no ver en ellos mas que la narración de los hechos atestiguados por testigos informados y honrados, se ha tratado de distinguir en sus obras el fondo de la forma; los más moderados han aceptado y discutido el otro; no pensando, tal vez, mas que en atacar la forma, ellos han destruido el fondo.

Así los primeros capítulos del tercer Evangelio han sido, según ellos, una poesía encantadora cuya belleza les llenó de admiración; pero todos esos detalles tan frescos, tan vivos, no eran más que un velo poético para traducir la santidad de Juan Bautista y embellecer la concepción y el nacimiento de Jesús. De esta manera ellos han podido negar la concepción virginal de Cristo.[1]

Todo el Evangelio johánico, conforme al mismo procedimiento, ha sido reputado como una obra de teología y no de historia, que tenía por objeto explicar dogmáticamente, en las teorías trascendentales, la doctrina del autor sobre la naturaleza divina de Jesús.[2]

Esta exégesis, que presenta un carácter de candor y de moderación perfecta, es la ruina de la autoridad de los Evangelios. Por lo demás, ella está en oposición formal con los redactores de esos documentos. Dos de entre ellos testifican que ellos no son más que historiadores que refieren fielmente

1 *Ibid.*
2 Reuss. *Théologie johannique.* Introd.

lo que han escuchado y visto, ó lo que han sabido por boca de los testigos inmediatos á los acontecimientos. A menos de sospechar su buena fe y de atribuirles una mentira vulgar, convienen en recibirles como ellos se dan. Después del siglo diez y ocho, á ningún crítico que se respete se le puede admitir que trate á los Evangelistas de impostores y engañadores, ni aun atenuando el epíteto y reduciendo la trapacería á un artificio literario, á la moda oriental. Se les puede rehusar la ciencia mundana y la literaria de las academias, pero no la honradez y sinceridad.

Todos esos autores han dado su vida por sostener lo que ellos decían ser la verdad. De todas las pruebas de buena fe, no hay otra más sagrada, más triunfante entre los hombres. La simple palabra puede ser sospechosa, la palabra sellada por el martirio y la sangre de los testigos se impone á la confianza de los más escépticos.

VII

La crítica histórica no debe examinar solamente las fuentes escritas y á sus autores, los testimonios y los testigos; ella debe apreciar el contenido de los libros y de los documentos, los hechos y las doctrinas á que ellos se refieren.

¿Qué hechos, qué doctrinas son referidas, expuestas en los cuatro Evangelios y formando la substancia de las disposiciones de cada testigo?—Los hechos de la vida de Jesús, la doctrina que él ha inculcado á sus discípulos y por ellos á la conciencia humana.

Ahora, todos los hechos,—no digo qué hechos, digo todos los hechos importantes, sin excepción, desde el origen de Jesús hasta su salida, su éxodo de este mundo,—son hechos milagrosos. Toda su doctrina relativa á su persona y á su naturaleza, su ley moral lo mismo que las declaraciones solem-

nes por las que él revela su obra y sus relaciones con el Padre que le envía y la humanidad á quien viene á salvar, toda su doctrina es trascendente á la razón; ella es esencialmente profética, porque ella expresa verdades superiores á la experiencia y á las deducciones del hombre. Ella no puede ser aceptada sino por la fe, y su credibilidad no puede ser comprobada sino por los milagros y los hechos que ella engendra en el alma del creyente.

Los Evangelios no son más que una trama no interrumpida de profecías y milagros. No se debe tratar de atenuarla, se la debe reconocer absolutamente y sin vacilación.

Pertenezco bastante á mi tiempo para no ignorar su repulsión violenta contra el milagro, lo trascendente y lo invisible, y su desconfianza hacia los testigos que los atestiguan. Esta repulsión y esta desconfianza inveteradas forman uno de los rasgos de la incredulidad moderna. Las causas de que ellas se derivan son múltiples y profundas; ellas demandarían un largo y penetrante análisis que no entra en el designio de esta introducción. Observaré solamente que los grandes progresos de las ciencias experimentales, sus aplicaciones maravillosas, no han estado sin influencia sobre el estado intelectual psicológico de esta generación.

La cultura exclusiva de las ciencias exactas y naturales ha absorbido el espíritu en la materia; se ha pedido á las fuerzas materiales la explicación de todo; poco á poco se ha tenido en nada lo que estaba fuera de ellas; y, si para obedecer á esa necesidad de unidad indestructible en las inteligencias superiores, se ha buscado el principio universal que dominó á la naturaleza y á la humanidad, en lugar de verla sobre la naturaleza y la humanidad, se la ha buscado ciegamente en la una y la otra. De ahí el positivismo, el materialismo, el panteismo; ellos pesan más ó menos sobre un gran número de espíritus entre aquellos que enseñan á los demás, y su alianza secreta encadena inconscientemente á la multitud. Esos tres sistemas forman una especie de atmósfera difusa en la que se mueve

y respira la masa humana en nuestro siglo y en nuestro país.

Venir á hablar de milagro y de profecía á un tiempo que se doblega por el peso de semejante opinión, es exponerse á ser despedido, aun sin ser escuchado hasta el fin. Si yo no vacilo en hacerlo con la fuerza de una madura convicción, y con la plenitud de mi fe, no dudo seguramente en someter los milagros y las profecías de la vida de Jesús al examen y á la prueba de la crítica.

Mas hay crítica de crítica, como hay peso de peso.

¿Cuál es entonces la crítica verdadera y segura, aquella que garantiza á la vez la legítima independencia del historiador, la verdad de los hechos que él examina, la antigüedad de los documentos y el respeto debido á los testigos?

Hay tres elementos en el espíritu humano: los principios evidentes, los sistemas, las creencias. Los principios son indiscutibles; ellos se reducen todos al principio de contradicción ó de identidad, de causalidad ó de razón suficiente. En virtud de esos axiomas, las cosas absurdas, contradictorias, los hechos sin causa no pueden existir más que en la imaginación. Los principios no se juzgan, ellos juzgan á todos los sistemas y creencias, ellos miden toda verdad.

Los sistemas son un conjunto de proposiciones coordinadas por las cuales ciertos espíritus cultivados tratan de explicar el origen de los seres.

La masa de los hombres es incapaz de construirlos, ella no puede más que aceptarlos pasivamente con una confianza más ó menos ciega. Ellos determinan á menudo las creencias individuales y la opinión de un siglo. Pero los principios primeros de la razón y las creencias están al alcance de todos.

La crítica entonces no puede apoyarse sino sobre tres bases: las verdades primeras, ó los sistemas ó creencias de cada uno. Si ella invoca una creencia por medida, ella no tendrá valor sino con aquellos que aceptan esta creencia; y si ella invoca un sistema particular, ella no tendrá autoridad sino para los partidarios de este sistema. Si, por el contrario, ella apela

003860

á las verdades esenciales y á los principios inmutables de la razón, ella se impondrá á todos, porque la razón confundida de esta manera se impone á todo sér inteligente.

Aquel que juzga los hechos y los documentos, en donde se hallan consignados con el humor de su siglo y la opinión reinante se expone al error, porque los siglos cambian de humor, y la opinión varía. El que los juzga según su sistema personal y su pequeña filosofía se engañará igualmente, porque ninguna filosofía, por extensa que ella pretenda ser, está á la medida de las cosas y no contiene todo lo real.

Es necesario tener una razón más lata y más segura; ahora, la única que presenta bajo este doble punto de vista toda garantía, es la razón con sus axiomas fundamentales, invariables, eternos, absolutos.

Yo pido á la crítica el juzgar con esta luz todos los hechos evangélicos y todos los milagros; espero con confianza su veredicto.

Esta crítica no pertenece ni á un siglo ni á una escuela; universal y necesaria, ella domina todos los sistemas y todos los tiempos. Ella ha sido practicada por todos los hombres que han respetado á su propia razón y que no se han suicidado con el escepticismo. Nadie puede recusarla, á menos de renunciar á su naturaleza inteligente y racional.

Todo depende de ella: creencias y religiones, sistemas de filosofía y ciencias positivas, libros y documentos.

No solamente la religión cristiana, la teología y los libros sagrados de la Iglesia de Jesús no la huyen y la temen, sino que apelan á ella; y yo no vacilo en afirmar que, únicos, entre todas las creencias, las religiones, los sistemas y los documentos, ellos son capaces de afrontarla. Ni la religión de Bouddha, ni la de Zoroastro, ni la de Mahoma, ni los libros sobre los que se basan estas tres religiones, ni el panteísmo, ni el materialismo, ni el positivismo, resistirían á la crítica de la razón llevada á sus principios primeros de causalidad y de contradicción. Su juicio inexorable no dejará en pie sino al monoteismo de los Judíos, á la teología de los cristianos, á los documentos sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. A medida que el hombre moderno, desengañado de los vanos sistemas en boga, renunciará á pedir la medida de lo que él debe tener por verdadero, no consultará ya más á Kant, á Spinoza, Hégel, á Voltaire, ni á ningún maestro del día; él se replegará sobre la razón, sobre las verdades inatacables que forman la base eterna, y tributará justicia á Aquel que ha venido á enseñarle el origen y el objeto de la vida, la Ley santa á la que debe conformrse, la fuerza para obedecerle, en una palabra, á todo lo que alumbra y consuela, encanta y conforta.

El espíritu armado de la verdadera crítica es el guardián vigilante de las fronteras de la historia; rechaza sin piedad á los que quisieran introducir en ella, como hechos reales, á los caprichos y á los sueños de su fantasía; él proscribe y desenmascara á los *obstruccionistas* que pretenden mutilar el dominio de la realidad, suprimiendo los hechos reales, porque ellos no traen la estampilla de su sistema, ó la marca de su cara. La historia es un terreno que actualmente se disputa. Es necesario evitar que los usurpadores le confisquen y se implanten en él. Algunos quisieran convertirla en un fondo reservado al ateismo, al panteismo ó al materialismo; es deber del crítico rehusarlas. La historia no debe pertenecer sino á la razón pura. Ningún papel exige un espíritu más lato y más libre, más desinteresado y más íntegro.

Ahora bien, he aquí lo que la crítica debe preguntarse, en nombre de la razón pura: ¿los hechos sobrenaturales del Evangelio, el origen y el nacimiento de Jesús, su educación y su crecimiento visible, su naturaleza humana y divina, su vocación, los actos de su vida pública y su encadenamiento, su obra, su enseñanza, sus leyes, sus milagros, sus luchas, su manera de vivir y de obrar, su muerte y su resurrección, son verdades históricas que es preciso referir y pintar con toda verdad? No se trata previamente de investigar cómo todas esas cosas han podido producirse, si ellas están á la medida de nuestro

espíritu, más ó menos conformes á nuestras preocupaciones y á nuestra cultura; trátase de saber si ellas existen. Una vez establecidos, la inteligencia podrá ensayar el comprenderlos, explicarlos, demostrar su grandeza y credibilidad; ella no tendrá el derecho de atenuarlos, de negarlos, de mutilarlos y tergiversarlos. El historiador incorruptible no se inquieta por los caprichos de la razón; registra con impasible conciencia lo que comprueba. El no se pregunta si un hecho es ó no milagro, sobrenatural ó natural; le describe tal como le ve.

Todo lo que se tiene derecho de exigir de él, es el ser un testigo concienzudo, íntegro y verídico, es el no aceptar más que las deposiciones de testigos concienzudos, íntegros y verídicos. El debe conservarse á igual distancia de la credulidad que todo lo acepta, aun los absurdos y las fábulas, y de la desconfianza soberbia que rehusa el testimonio, desde que el testimonio pugna con su sistema, su ciencia y su cultura,—lo que se llama indebidamente la razón.

El hombre prevenido es indigno de escribir la historia. El no será jamás más que un falsario.

VIII

Por lo que toca á la realidad de la profecía, llamo la atención del lector sobre este hecho prodigioso que servirá de justificación preventiva á los discursos proféticos de Jesús íntegralmente reproducidos en esta obra. Cristo es más que profeta; él es el grande, el único profetizado. Antes que él hubiese nacido, su historia estaba escrita.

Recorriendo el libro del Antiguo Testamento, á quien ningún crítico negará la antigüedad y la integridad, he aquí, en efecto, lo que todos los ojos pueden leer:

"El Señor dijo á Abraham: *En tu raza* todas las naciones serán benditas. (*Gen.*, XXI).

"Un profeta, Balam, hijo de Bear, dijo: *Una estrella* saldrá de Jacob, y *Un cetro* se levantará de Israel. (*Numer.* XXIV, 15).

"Jacob, moribundo, exclama: El cetro no se retirará de Judá, ni el Legislador de su posteridad, sino hasta que venga *Aquel que debe ser enviado*. El será la espera de las naciones. (*Gen.*, XLIX, 10).

"El será *Un renuevo* del trono cortado de Jessé, y *Una flor* nacerá de su raíz; El espíritu del Señor se posará sobre El. En este día el *Renuevo de Jessé* será expuesto como una señal á los ojos de todos los pueblos: las naciones vendrán á ofrecerle sus oraciones. (Isaías, XI, 1 y sig.)

"Cielos, enviad de lo alto vuestro rocío, y que las nubes hagan descender como una lluvia á *Aquel que es la Justicia Misma;* que la tierra se abra, que *Aquel Que Es la Salvación* sea producido, y que *La Justicia Germine.* (Isaías, XLV, 8).

"El Señor, él mismo os dará un prodigio: La Virgen concebirá y parirá *Un Hijo* que será llamado *Emmanuel.* (*Isaías*, VII, 14).

"Y tú Bethlehém, Epphrata, no eres la menor entre las ciudades de Judá, porque de ti nacerá *El Jefe Que Conducirá A Mi Pueblo á Israel.* (*Mig.*, V, 2).

"Un pequeño Niño nos ha nacido; y un Hijo nos ha sido dado: él llevará sobre su espalda la marca de su principado. El será llamado El *Admirable*, el *Consejero*, el *Dios fuerte*, el *Padre de una Familia Eterna*, el *Príncipe de la Paz.* (*Isaías*, IX, 6).

"Yo escucho la voz de aquel que clama en el desierto: Preparad la vía del Señor, andad derechos en la soledad, los caminos para *Nuestro Dios.* (*Isaías*, XL, 3).

"Decid á la Hija de Sión: *Aquel que es Tu Salvación* viene. El lleva con El la recompensa que el quiere dar, y el plan de su obra le es presente. (*Isaías*, LXII, 11).

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Jehovah me ha llenado con su unción. (*Isaías*, LXI, 1).

"El será quien edificará una casa en mi nombre, y yo haré

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indestructible su reinado, para siempre. *Yo Seré Su Padre, Y El Será Mi Hijo.* (II *Reyes*, VII, 13, 14).

"El Señor me ha dicho: Vos sois Mi Hijo, hoy *Os He Engendrado. Sal.* II, 7).

"El me invocará diciendo: Oh Dios mío, vos sois mi Padre, y el asilo donde encuentro la salvación. A mi vez yo te trataré como á mi Hijo primogénito, yo te elevaré sobre los reyes de la tierra. (*Salm.* LXXXVIII, 27, 28).

"*Yo He Salido De La Boca Del Altísimo, Yo He Nacido Antes de Toda Creatura. Eclesiastes.* XXIV, 5).

"El mismo Dios vendrá y os salvará. Entonces, los ojos de los ciegos verán la luz, y los oídos de los sordos se abrirán. El cojo saltará como el ciervo, y la lengua del mudo cantará cánticos. (*Isaías*, XXXV, 4, 15).

"El absorberá á la muerte para siempre; el Señor nuestro Dios secará las lágrimas de todos los ojos, él hará desaparecer de sobre la tierra el oprobio de su pueblo; porque Jehovah es quien ha hablado. Su pueblo dirá: Ved, *Este Es Nuestro Dios;* nosotros le hemos escuchado y él nos salvará, él es *El Salvador*, nosotros le hemos esperado y nos conmoveremos con la salvación que él nos da. (*Isaías*, XXVI, 6 y sig.)

"El es quien ha encontrado todas las vías de la verdadera ciencia, y quien la ha dado á Jacob su servidor y á Israel su predilecto. Después de esto, él ha sido visto sobre la tierra y él ha conversado con los hombres. (*Baruch*, III, 36, 37, 38).

"El Señor nuestro Dios dijo Moisés á su pueblo, os enviará *Un Profeta como Yo*, de vuestra nación y de entre vuestros hermanos. A él escucharéis, yo le pondré mis palabras en la boca, y él os dirá todo lo que yo le ordenaré. Y si alguno no quiere escuchar las palabras que ese Profeta pronunciará en mi nombre, yo seré quien hará la venganza. (*Deut.* XVIII, 15 y sig.)

"Esta es la razón por la que mi pueblo conocerá mi nombre; por esta razón sabrá en ese día, que *Yo Soy Quien Hablo: Heme Aquí!!*

"Cuán hermosos son, en la montaña, los piés de *Aquel Que Trae La Buena Nueva*, de Aquel que trae buenas nuevas, que publica la salvación, de Aquel que dijo á Sión: Este es el Reino de tu Dios! (*Is.*, LII, 6, 8).

"Se aproxima el tiempo en el cual haré una nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como la alianza que yo hice con sus padres en el día en el que los tomé de la mano para hacerlos salir de Egipto; porque ellos han violado esta alianza, y yo los he tratado como Señor severo. Mas, he aquí, la alianza que haré con el pueblo de Israel: yo imprimiré mi ley en sus entrañas, y yo la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. (*Jerem.*, XXXI, 31 y sig.)

"Yo les daré á todos un mismo corazón, yo esparciré en sus entrañas un espíritu nuevo. Yo quitaré de su carne el corazón de piedra, yo les daré un corazón de carne, á fin de que ellos caminen en la vía de mis preceptos, que ellos guarden mis ordenanzas y las ejecuten, que ellos sean mi pueblo y yo sea su Dios. (*Ezeq.*, XI, 19, y XXXVI, 26, 27).

"Después de esto, yo infundiré mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos serán instruídos por sueños, y vuestros jóvenes tendrán visiones. (*Isaías.*, II, 12 y s.)

"Abriré mi boca para hablar *Con Parábolas*, propondré *Enigmas*, recordando lo que se ha hecho desde el principio. (*Salm.* LXXVII, 21).

"Yo mismo apacentaré mis ovejas; yo las haré descansar, dice el Señor nuestro Dios: yo iré á buscar á aquellas que se han perdido, yo restableceré á las que hayan sido arrojadas. Yo curaré las llagas de las que hayan sido heridas, yo conservaré á las que estén gordas y fuertes. (*Ezeq.*, XXXIV, 15).

"He aquí á mi *Servidor* á quien yo sostendré, á mi *Elegido* en quien yo me complazco. Yo he enviado á mi Espíritu sobre él. El anunciará la justicia á las naciones. El no clamará, él no levantará la voz. No se le escuchará en las calles. El

no romperá la caña rota; él no extinguirá la mecha que arde todavía. El anunciará la justicia conforme á la verdad. El no se desanimará, él no se relajará, hasta que haya establecido la justicia sobre la tierra. (*Isaías*, XLI, 1 y sig.)

"Hija de Sión, llénate de alegría. Hija de Jerusalem, prorrumpe en gritos de alegría; he aquí á *Tu Rey* que viene á ti..... El ha montado sobre una burra y sobre el pollino de la burra. (*Zacarías*., IX, 9).

"He aquí el día que ha hecho el Señor. Regocijémonos y estremezcámonos de alegría. Dad la salvación, Señor, os lo suplicamos. Haced prosperar el reino de *Vuestro Cristo*. Bendito sea aquel que viene en nombre del Señor. (*Salm.* CXVII, 24 y s.)

"El nos ha parecido despreciable, el último de los hombres, un hombre de dolor y que sabe por experiencia lo que es sufrir. Nos apartamos para no verle; le hemos despreciado, no hemos hecho ningún caso. (*Isaías*, LIII, 3).

"Vos sois verdaderamente un Dios atento para ocultaros, el Dios de Israel, único Salvador. (*Isaías*, XLV, 15).

"Mis hermanos me han tratado como á un extranjero, y los hijos de mi madre como á un desconocido, porque me abrasa el celo de vuestra casa y yo me intereso por todas las injurias que os deshonran. (*Salm.* LXVIII, 9).

"Hagamos caer al *Justo* en nuestros lazos, porque él nos incomoda; que él es contrario á nuestra manera de vivir, que él nos reprocha la violación de la ley y nos deshonra, publicando las faltas de nuestra conducta. El asegura que él tiene la ciencia de Dios, y él se llama el *Hijo de Dios*. El se ha hecho el censor de nuestros propios pensamientos. Su sola vista nos es insoportable. El se abstiene de nuestro modo de vivir como de una cosa impura; el prefiere lo que los justos esperan en la muerte, y él se glorifica de tener á Dios por Padre. (*Sabi.*, II, 12 y s.)

"Los reyes de la tierra se han levantado y los príncipes se han ligado contra el Señor y contra su *Cristo*. (*Salm.* II, 2).

"Aun aquel que me estaba muy unido y á quien yo me confiaba y que comía en mi mesa se ha levantado contra mí insolentemente. (*Salm.* XL, 10).

"El oprobio me arroja en el abatimiento, y la aflicción me consume. Yo he esperado á alguno que tomara parte en mi dolor, y nadie lo ha hecho. He buscado consuelos y no los he hallado. Como alimento, ellos me dieron hiel, y como bebida, en mi sed, me dieron vinagre. (*Salm.*, LVIII, 21 y s.)

"Estoy en la turbación por causa de los gritos del enemigo. Los terrores de la muerte me han sobrecogido; el temor y la agitación me han sorprendido, y yo he sido cubierto del horror de las tinieblas. (*Salm.* LIV, 4, 5).

"Mis enemigos hablan contra mí; los que buscan quitarme la vida, juntos conciertan los medios; ellos dicen:—"Dios le ha abandonado, perseguidle, apoderáos de él; no hay quien pueda sacarle de nuestras manos." (*Salm.* LXX, 10, 11).

"Ellos pensaron entonces treinta piezas de plata por mi rescate. Y el Señor me dijo:—Id á arrojar al alfarero esta hermosa suma en la cual me han estimado, cuando me han puesto á precio. (*Zacar.*, XI, 12).

"Oh! espada, revélate, dijo el Señor de los ejércitos. Ven contra *Mi Pastor*, contra el hombre que me está íntimamente unido. Hiere *Al Pastor*, y las ovejas serán descarriadas. (*Zacar.*, XIII, 7).

"No me abandonéis á la mala voluntad de los que me oprimen. Falsos testigos y hombres que no respiran más que violencia se han levantado contra mí. (*Salm.* XXVI, 12).

"Se le ha pedido lo que no debía, y él ha estado en la humillación; mas él no ha abierto la boca. El ha sido llevado á la muerte como un cordero y como una oveja que es muda ante aquel que la esquila, él no ha abierto la boca. (*Isaías*, LIII, 7).

"Yo he abandonado mi cuerpo á los que me hufan, y mis mejillas á los que las arrancaban. Yo no he apartado el rostro de los que me cubrían de salivas. (*Isaías*, L, 6).

rencia, yo he entregado al objeto que más amaba mi alma en las manos de sus enemigos.

"La nación que yo había elegido por mi patrimonio á mi vista ha hecho como el león del bosque, ella ha lanzado grandes rugidos contra mí: este es el motivo por el cual ella se ha convertido en objeto de mi odio. (*Jerem.*, XII, 7, 8).

"Yo descubriré su locura á los ojos de los que le aman, y no habrá hombre que pueda sacarle de mi mano. Yo haré cerrar sus cánticos de alegría, sus días solemnes, sus neomenías, su sábado y todas sus fiestas. (*Oseas.*, II, 10).

"*El Cristo Será Entregado A Muerte*, y el pueblo que haya renegado de él, ya no será su pueblo. Otro pueblo, dependiente de un jefe que debe venir, destruirá la ciudad y el santuario. (*Daniel*, IX, 26, 27).

"Si vosotros os apartáis de mí, vosotros y vuestros hijos.... yo exterminaré á su generación de la tierra que yo les he dado. Yo arrojaré lejos de mi á ese Templo que he consagrado á mi nombre. Israel será la fábula y el objeto de las burlas de todos los pueblos. *Esta Casa Será Derribada*, como un ejemplo de mi justicia. Cualquiera que pase cerca del lugar en donde estaba, será sobrecogido de admiración y le insultará. (*III Reyes.* IX, 6, 7).

"Yo miré, la noche, la visión, y apercibí cómo el *Hijo Del Hombre* que venía sobre las nubes del cielo; él se avanzó hasta el Anciano de los días y le fué presentado. Y él le dió la potestad, el honor y el reinado, y todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas le sirvieron. Su potestad es una potestad eterna que no le será quitada, y su Reino jamás será destruido. (*Daniel.*, VII, 13, 14)."

Ruego al lector observe que estos extractos, cuyo número hubiera podido aumentar, están tomados de la Biblia tal como a conservan los Judios; los libros de que se compone esta Biblia son todos redactados muchos siglos antes de Jesús, y su colección total abraza un periodo de más de catorce siglos.

Esos pasajes fragmentarios forman un cuadro detallado y

completo del Mesías; creeríasele trazado por los Evangelistas después de su aparición.

Ahí se encuentran todos los rasgos esenciales: su raza Abrahamíca, su descendencia de Jacob y de David, su origen virginal, la espera universal de que era objeto, su nacimiento en la pequeña ciudad de Bethlehém, su origen eterno en el seno de Dios, su filiación divina, su nombre de Emmanuel y de Salvador, su huída á Egipto, su retiro en el país despreciado de Nazareth, la venida de su precursor, su unción divina por la plenitud del Espíritu, su función de profeta, de evangelista, de taumaturgo, su carácter de una bondad sin límites y de una dulzura infinita, el misterio que encubre á su naturaleza divina, el fracaso de su apostolado en medio de su pueblo, las persecuciones y el odio con que él fué perseguido, todos los detalles de la muerte que él debía sufrir, su agonía, su traición por treinta dineros, por uno de los suyos, su abandono de parte de sus propios discípulos, su cruz, su sepultura, su resurrección, en fin, su triunfo deslumbrador proclamado á la faz de la tierra, en el gran día de la historia, por la destrucción de la idolatría, por el espantoso castigo de sus perseguidores, por la conquista del mundo pagano, por el establecimiento de su propio reino en medio de este mundo, quien, al atacarle prueba su potestad indestructible y su eternidad.

IX

Todos esos documentos diseminados, esparcidos á través de los siglos, son como las piedras de un edificio prodigioso, talladas y esculpidas, por obreros que no son conocidos y bajo la inspiración de un arquitecto invisible, cuyos proyectos no fueron entregados plenamente á ninguna criatura.

Cuando Cristo apareció, reveló en su persona, en su obra, en su doctrina y en su vida el misterio velado á todas las ge-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neraciones.[1] El cumplió una á una todas las profecías; él realizó hasta en el menor detalle todo lo que ellas habían anunciado; él lo decía á todos, él trató de persuadir á su pueblo.

Los doctores rehusaron comprenderle. Ellos no han sabido penetrar el sentido espiritual del lenguaje simbólico de sus profetas, ni independerse de su orgullo de raza y de religión. Chocados por el elemento de dolor, de humillación y de muerte que formó uno de las caracteres esenciales del Mesías, ellos no han sabido elevarse hasta su naturaleza divina y aliar en una síntesis atrevida ese doble misterio de la divinidad y de la humanidad sufriente que él llevó consigo. Ellos no han podido reconocer la imperfección de su ley que debía desaparecer ante la ley viviente de Cristo; y, aun cuando su ceguera obstinada para con el Mesías hubiese sido anunciada por los profetas, ellos no han dudado de su obstinación y de su ceguera; y ellos se han estrellado contra la piedra del ángulo sobre la que todo el edificio de Dios iba á construirse.

Algunos hombres, algunos elegidos entre los ignorantes y sencillos—los más desdeñados,—han sido los únicos iniciados en la verdad mesiánica. Ellos han descubierto en la escuela de Jesús, lo que los sabios de la nación no habían podido ver. Su fe ha confesado, á la luz del Espíritu, la filiación divina y el misterio pavoroso de los dolores del Hijo del Hombre. Ellos han reconocido en él al León invencible de Judá, y al Cordero de Dios que se deja degollar. A ellos, á esas pobres gentes sin cultura es á las que debemos conocer á Aquel que, estando todo en la forma de Dios, se ha anonadado á sí mismo en la forma de una criatura, obedeciendo á su Padre hasta la muerte, y hasta la cruz,—ese suplicio de los esclavos.

Repudiando á Jesús, y obstinándose en despreciarle, los judíos han perdido el sentido verdadero de su libro. Ellos le conservan y le leen, pero no le comprenden. Para ellos es un libro cerrado y velado. La idea, el héroe, la obra mesiánica

1 Eles., III, 9.

forman el lazo, la unidad, la vida; pues bien, esas cosas se les escapan: ellas no tienen sentido más que en la doctrina, la persona y la obra de Jesús.

Aquí hay un fenómeno único en la historia, le recomendamos á todos los que niegan el profetismo y las profecías.

Toda la Biblia es mesiánica. Estudiada en su espíritu, en su sentido más profundo y más verdadero, ella mira á ese personaje del porvenir, ella le promete y le llama; ella le describe, le figura y le prepara. Los más grandes doctores, entre los Judíos, los targumistas del primero y del segundo siglo, los Onkélos, los Jonathán y los Akiva, jamás han variado en interpretar de esta manera al libro sagrado. Los pasajes que hemos citado no tenían ninguna duda para ellos; y al entenderlos como nosotros, ellos no creían que preparaban su propia confusión; porque es el profeta anatematizado por el Sanhedrín, al solo Crucificado triunfante, á quien pueden convenir las grandes palabras de los videntes de Israel.

Los exegetas modernos, testigos del triunfo persistente de Jesús, no han tenido otro recurso, para debilitar la profecía, que atacar la realidad de la historia evangélica, ó borrar, por una interpretación estrecha, la profecía de esta historia. Ellos han tomado la Biblia, teniendo cuidado al interpretarla, de separar el sentido místico y de desnaturalizar frecuentemente el sentido literal. Esto es un trabajo perdido. El estudio imparcial de los documentos bíblicos conduce á ese resultado: las palabras de los videntes no tienen justificación más perfecta que la historia misma de Jesús; ellas no tienen su sentido pleno más que en él. Ellas pasan siempre el primer plan que ellas trazan, y ellas alcanzan al plan que domina todo, al Mesías y á su obra tales como Dios, en su providencia insondable, las preparó desde el origen de los tiempos y de las cosas.

La religión, enseñada por Jesús y realizada en él, abraza en su vitalidad poderosa á la humanidad entera. Ella es como un gran libro de historia en dos volúmenes. Uno contiene la profecía de lo que debe ser; el otro, la narración de los aconteci-

mientos profetizados. Sólo el Espíritu de Dios ha podido escribir el primero; sólo él ha podido realizar lo que contiene el segundo y permitir á los hombres el comprenderlo y referirlo. Los dos volúmenes están abiertos á todos los ojos. No está en el poder de nadie el falsificarlos. Si los cristianos tocaran al primero, los Judíos elevarían desde los cuatro confines del mundo una protesta; y si los herejes ó los paganos modernos quisieran tocar al segundo, la Iglesia, que lleva á la humanidad, se levantaría para guardar sus Evangelios.

He aquí los dos grandes testimonios de Dios. Así aparece Señor de los tiempos, puesto que él los anuncia aun antes de que ellos sean, y puesto que él los hace llegar, como los había anunciado por la voz de los profetas.

Ninguna crítica, ninguna exégesis, ningún sistema tendrá razón de esta obra colosal; mas Dios se complace en sus relaciones con el hombre, en confundir la vana sabiduría que se prevale contra él, y en desdeñar á esta cultura, que bajo el nombre de ciencia y de filosofía, se encarniza en demoler su obra. La obra subsiste, impasible y creciente, admirando á los que se estrellan contra ella y atrayendo á su luz á los sencillos, á los humildes, y aun á los grandes espíritus, por poco que ellos renuncien á medir á Dios y se apliquen á amarle.

X

Si la profecía existe,—y ya se ha visto con qué potestad histórica ella se impone al espíritu sin prevención.—¿por qué el milagro no ha de existir? Si existe un Jesús profetizado, ¿por qué no un Jesús taumaturgo?

Yo propongo la cuestión no al panteísta, al materialista, al positivista, al escéptico, al incrédulo, al creyente; yo la dirijo al hombre. Antes de ser adheridos á un sistema ó á una creencia, antes de pertenecer á una escuela ó á un siglo, todos somos de la misma naturaleza inteligente y libre, aspirando á la verdad y al bien. Por este título es por el que sentimos unidas á través del tiempo y del espacio, las civilizaciones y las fronteras.

¿El milagro existe ó no existe?

Es imposible se me dirá. Todos los milagros son leyendas ó mitos que no tienen realidad más que en la imaginación que los forja, en la incredulidad ó en la impostura de los narradores. Las profecías no son más que libros redactados después del acontecimiento. La humanidad no conoce ni predicciones ni milagros. Esta es la respuesta del panteista, del materialista ó del positivista. Bajo el punto de vista de esos sistemas, ella es lógica; pero no es esta la respuesta del hombre. El panteismo ¿está demostrado? El materialismo ¿es la verdad? El positivismo ¿es la regla infalible? Si ellos se engañan, si ellos están en el error, como sería fácil demostrarlo, ¿qué vale su respuesta? Y, para aquel que no los acepta, ¿qué representa su dogma de la imposibilidad del milagro?

Hay, por lo demás, una ofensa á la dignidad humana y un atentado al respeto que se debe á todo testigo, en todos esos sistemas condenados á tratar como embaucadores y necios á los que han referido solemne y seriamente, los milagros que ellos han visto, los discursos proféticos que han escuchado.

La crítica comprendida así, no es digna de este nombre. Es una falsa balanza que engañará siempre á los que de ella quieran servirse.

Yo interrogo á la crítica de la razón pura, impersonal.

El milagro es un hecho que se produce fuera de las leyes de la naturaleza, por intervención de fuerzas superiores á la naturaleza y de la fuerza misma quien, al crear á la naturaleza, ha determinado las leyes.

¿La razón puede demostrar que esta fuerza no existe, que ella no es ni inteligente ni libre? Y si esta fuerza existe, ¿la razón puede probar que ella no es capaz de intervenir en la trama de los acontecimientos humanos ó en la sucesión de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fenómenos del universo, y de comunicar á las inteligencias creadas el conocimiento del porvenir?

Jamás, que bien se sepa, en ningún tiempo, en ninguna escuela, en ningún sistema, han sido probadas semejantes conclusiones. Esta prueba, la esperamos hace siglos. ¿Cómo y por quién será suministrada? Ella no existe. Grandes genios revelados contra Dios la buscan, y, no la encuentran, ellos están condenados á la negación sistemática; pero lo que ellos se obstinan en negar en nombre de un sistema, nosotros lo afirmamos tranquilamente en nombre de la razón pura; ahora, los sistemas cambian, y la razón pura es inmutable.

La filosofía científica habla de la inmutabilidad de las leyes: ella confunde la regularidad con la inmutabilidad.—Si ellas no son inmutables, dice, toda la ciencia se hace imposible, porque ella está precisamente fundada sobre ellas.—Este es un sofisma. La ciencia está fundada sobre el determinismo; pues bien, la intervención pasajera de un sér superior al determinismo probada por nuestras experiencias, no impide la regularidad. Esta intervención no es más que un elemento nuevo que se lleva á una unidad más alta, comprendiendo en su círculo inmenso á la naturaleza, al hombre y á Dios que las rige.

La debilidad de la tesis que trata de establecer la imposibilidad del milagro y de profecía es de tal manera evidente, aun para sus adeptos, que, estrechados muy vivamente por la inexorable lógica, ellos se lanzan desde luego á la no existencia de los fenómenos sobrenaturales.

—Ellos no existen, dicen, jamás se han visto.

—¿La prueba?

—Nuestra experiencia científica jamás lo ha comprobado. ¿Qué es lo que puede demostrar una experiencia científica de algunos sabios y de algunos años? Aun cuando ella fuese exacta, ella carece de valor para los siglos que fueron testigos de cosas que no se ven más.

Ya no se ve aparecer la vida en un mundo no viviente: ¿esta experiencia puede autorizarnos á inculcar ese fenómeno prodigioso? Ya no se ve al hombre aparecer en una fauna que no hablaba y que no pensaba: nuestra falta de experiencia ¿nos autorizaría á negar la venida de un primer par humano?

Ya no se ve en ningún pueblo, sobre ninguna ribera, surgir un sér semejante á Jesús; y sin embargo, Cristo ha vivido y él se ha revelado.

Pretender sujetar á una experiencia de un día ó de un siglo, aun cuando ella fuese practicada por académicos impecables, sin preocupación y sin hostilidad, los fenómenos que han llenado la duración anterior de la naturaleza y de la humanidad, parece tan sencillo ó tan soberbio, que se encuentra uno desarmado para responder, por tanta candidez ó presunción.

Se ha tratado de comprender bajo la misma denominación de leyendas, de fábulas ó de mitos, á los milagros tales como los documentos evangélicos los refieren, con los que se pueden leer en los libros sagrados de otras religiones, los de la India, los Vedas, los Lalitavistara, el Lotus de la buena Ley y otros, los de la China, los Kings, el del Mahometismo, el Coran. Esta confusión es injusta y ofensiva.

Es necesario disiparla.

Una distinción esencial debe ser establecida entre lo que yo llamaría el milagro y lo maravilloso.

El uno es un hecho esencialmente concebible, porque en sí mismo no implica ninguna contradicción, porque hay una razón de ser suficiente y una finalidad moral. Lo maravilloso, por el contrario, es frecuentemente absurdo; cuando se busca la causa que hubiera podido producirle, no se la encontrará, y si se quiere descubrir su fin, aparecerá vano é inmoral.

Que se examinen uno á uno y en detalle los hechos milagrosos de que está llena la vida de Jesús, que se les compare con los que se encuentran en los libros consagrados á Boudha ó á Mahoma, y aun con las narraciones de los evangelios apócrifos, y se verá la diferencia entre el milagro que la razón puede y debe aceptar, si está certificado por testigos dignos de fe, y lo maravilloso fantástico que la razón debe inexora-

blemente repudiar, aun cuando fuese atestiguado por pretendidos testigos. No hay testigo contra la verdad. Ella lo domina todo. El que depone contra ella se engaña ó nos engaña. No hay que vacilar; su sangre derramada no probaría mas que la sinceridad de las ilusiones del mártir; él no sería tratado como embaucador, sino como visionario, iluminado ó fanático.

Los milagros de Jesús, referidos por los Evangelios, todos presentan un mismo carácter de fuerza divina, de verdad, de sencillez, de armonía y de bondad. Ellos no tienen nada de bizarro como los que la leyenda ha atribuido á Bouddha y á Mahoma, nada que manifieste la ostentación, el designio de admirar á la multitud y de inspirar el terror. Ellos permanecen siempre impregnados de dulzura y de una infinita misericordia; semejantes á Aquel que los verifica, ellos descubren su potestad bajo la apariencia de una mansedumbre inalterable.

La causa que los produce está en el Dios vivo oculto bajo la humanidad de Jesús, y su razón final es el bien de los hombres. Todos tienen por objeto esclarecer, tocar, mejorar, provocar la confianza é inspirar la virtud. Así ellos están consagrados por la más pura moralidad y la más perfecta santidad.

Los prodigios con los que la leyenda de ciertos hombres ha sido adornada no forman cuerpo con la historia de esos hombres; ellos pueden ser suprimidos, sin que esta historia sea tocada en la trama misma de los acontecimientos. Mahoma se explica con su obra, sus luchas, sus preceptos, sus éxitos, su ascendiente sobre los Arabes,—sin prodigios. Jesús no se explica sin sus milagros. Ellos son un elemento esencial en su misión: por ellos conquistó la fe de sus discípulos, él les convenció de su vocación mesiánica, por ellos ejerció una acción poderosa sobre el pueblo, él pudo afirmar y demostrar la verdad de su doctrina. Hasta después de su muerte, en su supervivencia en el mundo, fué esencialmente milagroso. Su obra es el mayor de los prodigios. Ninguna filosofía de la historia explicará, sin la intervención constante del Espíritu de Dios, esta sociedad inmensa, indefectible, publicando á toda criatura un Dios crucificado, protestando contra todas las pasiones humanas y todos los vicios, contra toda potestad tiránica y toda esclavitud, enseñando la salud por la fe en ese Dios crucificado, por la humildad y la penitencia, por la caridad y el sacrificio.

Una doctrina tal y semejantes virtudes no pueden tomar su punto de apoyo en la naturaleza ni en la humanidad, puesto que la naturaleza y la humanidad les hacen una guerra sin cuartel. Fuera de la naturaleza y de la humanidad no existe más que Dios, y á este Dios revelado en Jesús es á quien es necesario reconocer como al sostén inmutable de la fe y de la santidad de los creyentes.

Todavía señalaré un carácter sorprendente y absolutamente original de los milagros de Jesús. Ellos son todos simbólicos y proféticos: segun la expresión subrayada por el cuarto Evangelio, ellos merecen el nombre de *signos*.[1] Todos ellos traducen visiblemente una de las funciones invisibles del poder divino de Jesús para salvar á la humanidad y transformar las conciencias; ellos profetizan todo lo que ese poder divino debía cumplir en el transcurso de los siglos, en lo más profundo del alma y aun en el gran día de la Iglesia.[2]

XI

Todos los críticos que han tomado por punto de apoyo un sistema particular implicando la negación del milagro, se han visto en la necesidad de proceder á la eliminación de los hechos milagrosos contenidos en los documentos evangélicos. El método merece ser señalado.

1 Milagros.

2 Envío al lector á la misma obra, para la justificación de este punto de vista que aquí me contento con indicar.

Desde que uno se encuentra ante una palabra anunciando el porvenir, se clama á la interpelación.—Esto es añadido fuera de tiempo! se dice—¿Se ha señalado al interpelador y al falsario?—No, pero él es cierto. La profecía no existe. Ella es imposible!—Imposible para los que no admiten á Dios; pero éstos ¿han demostrado hasta la evidencia su sistema?

El procedimiento de eliminación aplicado á los hechos milagrosos es múltiple. La escuela mítica, nacida hace cincuenta años y muerta después, decía: Todos esos hechos son la invención de los primeros cristianos. Ellos tenían en el espíritu un tipo convenido del héroe mesiánico á quien esperaban, y un sér superior llamado Jesús habiéndoles persuadido que él era este héroe, le atribuyeron á él todos esos caracteres.

¿La escuela mítica ha dado una prueba cierta, positiva, de ese trabajo de creación legendaria? ¿Ha explicado por documentos ciertos cómo el obrero carpintero Jesús ha ejercido sin milagro un ascendiente tal sobre sus discípulos, á quienes subyugó al grado de hacerlos sus apóstoles, heroicos por su fidelidad y su virtud? ¿Ha refutado el testimonio de los narradores que afirman y atestiguan la verdad de sus narraciones? ¿Mentían, entonces, glorificando á su Maestro? ¿La historia es acaso un engaño?

No refutaré á las doctrinas muertas.

La antigua escuela racionalista alemana observó el procedimiento literario para desembarazarse del milagro evangélico. Toda la vida de Jesús era en realidad una vida como nuestras vidas humanas. Los más sencillos acontecimientos han revestido un carácter milagroso por la manera con que la refieren los escritores. Ellos poetizan, ellos embellecen; ellos toman una ilusión de óptica por la realidad; los muertos no estaban más que dormidos; los poseídos no eran sino epilépticos ó maniáticos. La ignorancia, la credulidad, la imaginación oriental son las que han dado á la vida de Jesús esta apariencia legendaria y sobrenatural de la que la verdadera ciencia sobrenatural debe despojarla.

Este método, del que los añejos alemanes Semler y Paulus han abusado pesadamente, sucumbió bien pronto ante la risa de la misma escuela mítica.

He aquí los únicos instrumentos de la crítica anti-taumatúrgica, á la orden de los sistemas panteístas, materialistas y ateos. Ellos han sido forjados en Alemania; en Francia, se les ha imitado, se ha sabido hacerles más finos, más sutiles, manejarles con una mano más ligera y más esbelta. No se ha logrado destruir la piedra inmutable de la historia de Jesús.

Es necesario tomar esta historia tal como es ella, ó negarla toda. Quitarle lo que ella contiene de trascendental y de milagroso, es destruirla, no en sí misma,—ella lo desafía todo,—sino en el espíritu de los que ensayan depurarla, como dicen ellos, de todo lo sobrenatural.

En resumen, he aquí, respecto á una vida de Jesús tratada según las reglas de la historia, las cuestiones necesarias y las respuestas netas de la crítica imparcial, que no se apoya sino sobre la razón pura.

¿Como son los documentos ó los hechos de esta vida han sido consignados?

Los cuatro Evangelios.

¿Esos escritos emanan de los testigos inmediatos á los acontecimientos, ó de aquellos que han interrogado á los testigos inmediatos?

Sí.

Su antigüedad, y por esto mismo, su autenticidad, ¿son ciertas apoyadas por las pruebas más convincentes?

Sí. La crítica incrédula, aun ella misma la reconoce.

Los hechos referidos, aunque prodigiosos y milagrosos, ¿son concebibles y no implican ninguna contradicción, sea que se les examine en detalle, sea que se les juzgue en su conjunto?

Ellos son concebibles, su armonía es indisoluble y de una perfecta unidad; ellos tienen por causa la fuerza infinita de Dios interviniendo en la humanidad de Jesús, que es el órgano irresistible; ellos tienen por fin la virtud, la instrucción, la santidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

y la salvación de los hombres, la manifestación de la misericordia infalible de Dios.

¿Los testigos de todas esas cosas trascendentales pueden ser renegados?

No; su vida santa y su martirio atestiguan su sinceridad; ellos prueban, en la especie, no solamente que ellos creen lo que afirman, sino lo que afirman es real; porque su afirmación tiene por objeto hechos palpables, exteriores, sensibles, públicos, sobre los cuales no hay error posible.

XII

Cuando la crítica ha cumplido su obra, probado y elegido los materiales, la historia puede comenzar la suya y construir el edificio.

Los elementos esenciales de la vida de Jesús están suministrados por los Evangelios. El que los examina con imparcialidad, á la luz de una crítica libre de toda idea filosófica, anterior á toda creencia, de una crítica que, sólo bajo este título, tiene el derecho de llamarse la crítica de la razón pura é impersonal, aquel,—si no tiene fe,—debería aceptarlas en su integridad absoluta, sin alterarlos ó atenuarlos, sin omitir un solo hecho, una sola palabra.

Todo en ellos es histórico y real, sobre todo los hechos milagrosos, y las palabras de Jesús más trascendentales por su misterio.

De esta manera las he aceptado en esta obra; ellos se hallan integralmente armonizados y fundidos. Aun cuando mi fe no me hubiere impuesto el deber sagrado de acogerlos sin reserva, mi sola razón de historiador imparcial me lo hubiera ordenado. Lejos de tratar de llevar los acontecimientos de esta vida sin segundo y la doctrina mezclada á esos acontecimientos á las proporciones de mi pensamiento individual, yo me he

esforzado en elevarme á la altura de las cosas que refiero y de olvidarme á mí mismo ante la Sabiduría infinita de quien he reproducido las enseñanzas. Semejante disposición de ánimo es una garantía de fidelidad, porque el hombre es naturalmente inclinado á sustituir sus propios sentimientos y sus propias ideas á los sentimientos y las ideas que él trata de representar. Mezclando lo moderno con lo antiguo es como se altera casi siempre la historia del pasado.

La obra histórica es desde luego descriptiva pictoral. Ella debe pintar los hechos exactamente, reproducirlos con una narración animada y colorida que los haga presentes á la vista del lector, á pesar de los siglos, y que los haga revivir á pesar de la muerte. Yo no creo que ningún libro, bajo este punto de vista, pueda ser comparado á los Evangelios. Las escenas que ellos refieren, los cuadros que ellos dibujan son modelos de estética. Ellos tienen la sencillez y la grandeza, la sobriedad y los detalles expresivos. Sin cuidarse de las reglas del arte que ellos no conocían, seriamente preocupados de referir fielmente, en una lengua apenas correcta, la vida de su Maestro, llenos de sus recuerdos, ellos dejaron un monumento acabado, como historia descriptiva. Reproduzco su narración con una fidelidad escrupulosa, y á fin de darla exactamente, he respetado hasta las incorrecciones algunas veces tan expresivas en su rudeza. Me parece que las profanaría añadiéndoles ó quitándoles algo. Estos son cuadros excepcionales. Las obras maestras no se tocan.

¿Entonces, por qué emprender despues de ellos escribir acerca de Jesús? Los Evangelios son perfectos, y bastan; todo lo que se pueda intentar, es ponerles en concordancia y traducirlos en nuestras lenguas modernas.

Más la historia no es solamente una narración de hechos; si ella es desde luego y ante todo una obra pictoral, ella tiene el deber de poner mano á los hechos y colocarlos en su medio.

Todo acontecimiento está sometido á la ley del tiempo y del espacio. La razón no le concibe sino refiriéndole al punto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del espacio en que se ha verificado, y al punto del tiempo que le ha visto producirse. El punto del espacio nos está indicado por la geografía; el punto del tiempo, por la historia general de los pueblos y de la humanidad. La descripción de un hecho no es completa sino con la condición de mostrarle no solamente en sí mismo, sino en ese doble medio que le cubre. Frecuentemente es incomprensible y queda inexplicado, si le aislamos de su cuadro.

Cuando se escribe sobre los acontecimientos contemporáneos, por los contemporáneos, se supone que ellos conocen el teatro geográfico é histórico de esos acontecimientos, y se les deja, al narrar los hechos, el cuidado de colocarlos en él. Así lo han hecho los Evangelistas escribiendo la vida de su Maestro para los primeros cristianos. Por lo demás, sólo el hecho les bastaba; él contiene siempre algún elemento eterno, superior al tiempo y al espacio, y despreciando intencionalmente quizá, las condiciones de tiempo y de medio, ellos colocan al Hijo de Dios en la inmensidad de los siglos y más arriba de la tierra, y su personaje tenía bastante grandeza para corresponder á todos los siglos y á toda la tierra.

Sin embargo, nosotros que no hemos visto como ellos á Cristo vivir, obrar y hablar; nosotros que no le vemos sino en lo que tiene de eterno; ¿no es permitido volver á colocarle en su cuadro terrestre y humano, en esta tierra de Palestina que ha guardado la huella de su paso y que ha sido la testigo de su vida? ¿No será prohibido ponerle en ese medio social judío, entre los hombres que fueron sus conciudadanos, entre esa multitud que se oprimía entre sus pasos, ante esa sociedad judaica cuyo enojo sufrió y de quien experimentó la obstinación y ceguedad?

No solamente considero esta obra como legítima, sino que me parece indispensable para la inteligencia de la vida de Jesús, de sus hechos y movimientos, de sus dolores, de la forma de sus discursos.

Un hecho se altera aislado de su medio. Por perfecta que

sea una tela, ella necesita su cuadro verdadero y armonioso, para que la gama de los colores y de los tonos no sea falseada y que ella tenga toda su fuerza.

Yo me he aplicado con cuidado á colocar la vida de Jesús en lo que yo llamaré su medio pintoresco ó geográfico y en su medio social y judío.

Dos viajes prolongados me han permitido estudiar de cerca á la Palestina, la tierra de Jesús. Yo la he recorrido lentamente, en todos sentidos, siguiendo las huellas del Maestro desde Bethlehem y Hébron hasta los confines del Tyro y de Sidonia y hasta el nacimiento del Jordán.[1] Me he detenido largo tiempo en los mismos lugares en los que Jesús había vivido más largamente, más ardientemente luchado y sufrido, enseñado más y más amado. Yo he ensayado volver á ver á esos lugares tales como fueron, hace diez y ocho siglos; su desolación presente, sus ruinas amontonadas, las construcciones levantadas por la piedad de los cristianos casi nada han dejado subsistir del estado primitivo. He consultado las tradiciones venerables, interrogado á los viajeros más peritos, sobre todo estudiado los Evangelios, y puedo decir que yo he vivido ahí, en esta tierra en donde se ha cumplido todo lo que ellos refieren.

Los que han combatido la realidad de la historia de Jesús seguramente no han visto la Palestina; si la hubieran estudiado con el Evangelio en la mano, habrían comprendido que el Evangelio no inventa.

Ninguna vida presenta á semejanza de la vida de Cristo una armonía más estrecha con la tierra en donde fué desarrollada. Como la Galilea, con su ciudad de Nazareth, su lago de Tiberiades, su Thabor, sus colinas y sus valles todos verdes, realza bien la figura de Jesús viviendo treinta años desconocido, del apóstol, del doctor popular anunciando el Evangelio del Reino, enseñando á la multitud por parábolas, llevándole al

1 Debo á mi excelente y bravo intérprete, Melhem Ouardy, de Beyrouth, un gran reconocimiento por la adhesión y experiencia que puso á mi servicio.

desierto, y revelando sobre una montaña á sus discípulos su gloria eterna! Cómo la Judea austera, árida con sus montes rocallosos, cómo Jerusalem con su valle del Cedrón, obscurecida por sus tumbas, se armonizan bien con el Profeta despreciado, rechazado, condenado ignominiosamente y muriendo en un suplicio!

Me parece haber tomado, al contacto de la Palestina, de sus ruinas, de los recuerdos sagrados de que está llena, el sentimiento profundo de los hechos evangélicos y de su verdad, de su realidad, de su belleza. Esos hechos son inseparables de esta tierra. Ella puede volverse más triste todavía, más desolada, más muerta; ella los coloca siempre en su luz, en sus valles, en sus colinas ondulantes, en sus caminos por donde Jesús ha pasado y por donde generaciones sin fin pasan y repasan aun después de él.

La reconstitución del medio social en el que vivió Jesús es más difícil que la pintura de los lugares predestinados para verle obrar. Es, quizá, el trabajo más complexo y el más difícil de la historia.[1] Se puede intentar el retrato de un hombre, no el de un siglo, de un tiempo, de una civilización, en un momento determinado de su existencia. Sin embargo, jamás se comprenderá á un hombre público, si no se le estudia en la sociedad á la que pertenece. Ahora bien, una sociedad está formada de millares de elementos que es imposible, á pesar de todos los esfuerzos y con las informaciones más variadas y más exactas, reproducir en su complexidad, su movilidad y su actividad. Todo lo que puede ensayar el historiador

1 Las obras más preciosas para el conocimiento de la sociedad judía en el tiempo de Jesús, y que se pueden llamar las obras fuentes son los libros del Nuevo Testamento, los libros del Antiguo Testamento, los apócrifos del Antiguo Testamento, algunos tratados de Philon, los Talmuds, el *Libro de las antigüedades* y la *Guerra de la Independencia*, de Flav. Josepho, los Libros sibylinos, la gran historia clásica de Roma, Suetonio, Tácito, Plinio el Joven, Dion Cassius, etc. Los trabajos modernos, en Alemania sobre todo, son considerables, y no se puede sino reconocer su importancia. Tanto como la exégesis, en ese país, ha sido estéril, porque ella ha estado casi siempre al servicio de una *tendencia*, igualmente su historia propiamente dicha de los *tiempos cristicos* ha sido fecunda.

sincero, es describir la organización religiosa y política de un pueblo, nombrar y explicar los partidos que se agitan en esta organización, señalar las doctrinas filosóficas, las creencias, las preocupaciones, los hábitos de vida, las costumbres, los usos tradicionales, las pasiones políticas y religiosas. Por imperfecta que sea esta restauración, arroja una gran luz sobre la vida de un hombre. Muchas palabras de Jesús, muchos hechos de su vida se explican por sí mismos, sin que haya necesidad de comentarlos, sólo porque los unos y las otras están colocadas en su medio verdadero.

Cuando ha restablecido los hechos de una vida humana en su cuadro natural, el historiador no ha prosperado mas que en acabar la descripción. Una tarea no menos necesaria se le impone, él debe agruparles en su orden cronológico.

La serie de los acontecimientos es la historia misma. La unidad de una vida no es concebible sin este encadenamiento. Una de las dificultades, uno de los problemas de la vida de Jesús es determinar con exactitud la sucesión de los hechos que los documentos nos han suministrado y que constituyen su vida pública. Los datos cronológicos suministrados por el tercero y cuarto Evangelio y por algunos historiadores profanos, esclarecidos además por la astronomía y la numismática atentamente estudiadas y comparadas, nos han permitido llegar á un resultado motivado. El lector hallará en el primer Apéndice, bajo el título de: *Cronología general de la vida de Jesús*, los motivos que me han autorizado á fijar en el año 747–749 el nacimiento de Jesús, en el año 27–28 la época de su bautismo, en el año 28–29 su ministerio galileo, en el año 30 su muerte. No ignoro las divergencias numerosas que dividen, acerca de estos diversos puntos, á los cronologistas y á los historiadores de Jesús; mas creo que esas divergencias, que no pasan de siete años respecto de la época extrema del nacimiento y de la muerte, que se reducen á un solo año para la duración de la vida pública, son de poca importancia bajo el punto de vista de la substancia misma de la historia. Ellas

autorizan, en todo caso, la libertad del escritor, si al adoptar una conclusión, él la motiva.

Algunos autores han avanzado que la vida pública había durado hasta siete años. Para ser aceptable semejante aserción debería apoyarse sobre los documentos evangélicos y no sobre autoridades posteriores. Ahora bien, se puede discutir, segun los Evangelios, el punto de saber si hubo tres ó cuatro Pascuas en el ministerio de Jesús; pero nada nos permite descubrir una de más ó de menos.

Cualquier sistema que se adopte, la historia entera de Jesús se desarrolla entre dos fechas fijas, incontestables. Nació antes de la muerte de Herodes, acaecida en la primavera del año de 750 ó 751, y murió seguramente antes que Pilatos abandonara la Judea, es decir, antes del año 36 de la era vulgar.

Los hechos de una vida descritos y clasificados siguiendo á una cronología justificada, no resta al historiador más que un deber, el más arduo y delicado, el de explicarles, mostrar la naturaleza, la importancia, el lazo profundo, las causas diversas y las consecuencias, sin alterarles sin embargo, animarles, desfigurarles.

Con un respeto infinito, ante una vida como la de Jesús, es como he ensayado este trabajo. Cada una de sus palabras, cada uno de sus actos me parece como un diamante, una perla preciosa: me he contentado en imitar el arte del joyero, he engastado esas piedras talladas por una mano divina, y no he buscado, al montarlos, mas que darles más relieve y más brillo.

Para comprender las acciones de Cristo y su doctrina, las ciencias auxiliares de la historia, psicología, moral, filosofía, teodisea, sociología, antropología, no bastan. Jesús las sobrepuja á todas. Ninguno le contiene por completo. Su vida, á cada momento, desconcierta lo que llamamos nuestra psicología, nuestra moral, nuestra filosofía, nuestra sociología, nuestra antropología, nuestra débil y tímida teodisea.

Además, apelando á esas ciencias, en la medida en que me

eran familiares, nunca he vacilado en elevarlas á la altura de Jesús y jamás he intentado aprisionarle en ellas. Cuando él las domina, él no las destruye, las esclarece.

El mayor monumento elevado por la teología á la gloria de Jesús es el *Tratado de la Encarnación*, de Santo Tomás de Aquino.[1] Ningún genio ha explicado en una síntesis más poderosa, con una razón más firme, una psycología más exacta, el misterio de Cristo. Toda vida de Jesús debería contenerle por completo, para estar en la plena luz de la doctrina. Debo á ese maestro lo mejor de lo que he ensayado para llegar á lo que se pudierra llamar la fisiología cristiana de esta historia.

XIII

Al comenzar este trabajo, no he dejado de comprender ni su grandeza ni sus dificultades. Las he sentido aumentarse, á medida que la he continuado. Al verla terminada, reconocí sus lagunas y su insuficiencia. No depende de mi voluntad que sea tan indigna de Aquel cuya historia he referido.

Una convicción profunda me ha sostenido: Cristo, viviendo, obrando por su Espíritu en la Iglesia, es la salvación de la humanidad y de las naciones modernas. Unir á él las conciencias de un país y de un siglo, ensayarlo solamente, es dar á ese siglo y á ese país el mayor de los beneficios.

La civilización moderna, con sus aspiraciones ardientes á la justicia, á la libertad y al bienestar de los más pequeños, á la caridad y la paz, nació de Jesús. Si él le ha dado la vida, ¿quién mejor que él pudiera conservarla, dominar el egoísmo, refrenar la violencia, avasallar las locas pasiones que nos devoran? El verificó esas maravillas en el secreto de las conciencias; él no desea de nosotros más que le permitamos cumplirlas en nuestro país.

1 *Summa theolog.*, 3ª part.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La lucha que nos desgarra en el fondo, es la lucha á muerte entre el antiguo paganismo persistente y el reino nuevo del Evangelio. Apóstol, he querido trabajar en este reino nuevo que es el reino de Dios, el reino espiritual de la Iglesia, el reino del hombre libre de todas las servidumbres humanas y de la más terrible de todas, porque él las engendra todas, la esclavitud interior del mal, de la ignorancia y del vicio.

Como Jesús apelaba á la conciencia más que á la ciencia, puesto que él hablaba á todos, ese libro, que ensaya evocarle ante este siglo, se dirige á la conciencia de mis contemporáneos, sin por eso desdeñar la ciencia.

Una preocupación vivaz pretende actualmente que entre la ciencia y la fe el divorcio es consumado, irremediable. Esa preocupación, yo la he combatido toda mi vida con una convicción que la experiencia no ha hecho más que hacerla intratable; la combatiré hasta mi último aliento, y no cesaré de poner en armonía mi fe eterna y mi cultura moderna. Ni en política, ni en historia, ni en ciencia natural, ni en filosofía, jamás se ha señalado un hecho cierto, una ley demostrada hasta la evidencia, que estuviera en contradicción con la palabra de Jesús, tal como la Iglesia la guarda, inmutable é incorruptible. La prueba dura hace muchos siglos; y porque ella es triunfante, la raza de los hombres que ponen su fe, no digo en una conciencia pura, sino en una razón independiente y viril, hambrientos de toda verdad nueva é inflexibles contra las preocupaciones del momento,—hubieran tenido el favor de la opinión,—se perpetúa y se perpetuará.

Sé que entre el Cristo de la fe y los espíritus cultivados de ese tiempo se han multiplicado los errores. Esta obra disipará, tal vez, algunos. Escrita en la soledad y el silencio, lejos de lo que divide á los hombres, fruto de un trabajo largo y perseverante, puedo decir de toda mi vida, no es una obra agitada de polémica, sino una obra tranquila de historia, una obra de fe. Me ha parecido al escribir la vida del Maestro, que su belleza, su dulzura, su sabiduría, su santidad, su caridad, su divinidad radiante á través de sus palabras, sus actos, sus dolores la defenderían mejor que nuestros débiles y nuestros vanos enojos. Quisiera que alguna cosa de El, un aliento de su alma y de su espíritu hubiese pasado á estas páginas. Quisiera comunicar á todos lo que él me ha dado.

A pesar de todo, Jesús es la gran figura en el cielo de los pueblos cristianos. La justicia, vivificada por la caridad tal como él la quería, se ha hecho la ley soberana de este mundo, ella avasalla á todas las conciencias, y aun de aquellas mismas que han perdido la fe de Cristo guardan su moral, olvidando que ella es de él. La potestad del sacrificio, esa palanca que Jesús ha puesto en las manos de sus discípulos, es inagotable; los verdaderos creyentes siempre están prestos á dar su vida, para que la humanidad, en el menor de sus hijos, sea arrancada del mal, de la ignorancia, del dolor y de la muerte.

A Cristo, tal como la Iglesia le guarda, quisiera atraer la vista de esta generación. Se la dice enferma: él la curará; envejecida y desengañada: él la devolverá sus veinte años y sus grandes sueños; pues su discípulo queda como el hombre de la eterna esperanza. Se le acusa de ser positiva, de no creer más que en lo palpable y en lo visible, en lo útil y en lo deleitable: él la enseñará á ver lo invisible, á gustar lo inmaterial, á comprender que el hombre más útil á sí mismo y á los demás, á la patria y á la humanidad, es aquel que sabe inmolarse, y que de todos los bienes, el más delicioso para los refinados es el sacrificio de sí mismo. Se la dice loca de placer y de dinero; quizá por esto es por lo que ella declina, porque el placer mata, y el dinero puede arrastrar á todos los vicios: Cristo la enseñará á desdeñar el placer y á bien emplear sus riquezas que desbordan á medida que la tierra es más sabiamente conquistada.

Siempre el mundo queda sujeto á mil dolores, á mil angustias, á mil tristezas. Los que ponderan la alegría de vivir, bien saben que esta alegría está terriblemente mezclada, y que la muerte es tanto más cruel, cuanto que rompe una vida más

dichosa. Cristo es el único que enseña la alegría de sufrir, porque él es el único que derrama en el alma una vida divina que no sofoca ningún dolor, que la prueba fortifica y que desprecia la muerte, porque ella nos permite mirarle llenos de esperanza.

Me atrevería á tomar la palabra del más grande de los Evangelistas, yo diría: "Esas cosas han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios." Esta es la fe de la Iglesia. Yo la confieso en la plenitud de mi razón y de mi libertad. Yo sujeto este libro á su juicio infalible, aprobando lo que ella aprueba, rechazando lo que ella rechaza, acordándome de las palabras de Jesús: "Quien os escucha me escucha; quien os desprecia, me desprecia."

Flavigny.—Sur—Ozerain. Viernes 6 de Diciembre de 1889.

LIBRO PRIMERO.

LOS ORIGENES DE JESUS.

CAPITULO I.

LOS TIEMPOS.

La vida de Cristo no forma solamente la última escena de un drama nacional que ocupa un espacio de cerca de veinte siglos,—desde Abraham hasta la destrucción del pueblo Judío,—ella llena la historia universal de la que es el centro y el hecho.

En Jesús todo termina y de El todo se deriva. Después de dos mil años, él es la personalidad más viva y la más necesaria, la más contradecida y la más invencible.

Antes de narrar su vida, es necesario examinar el estado de la humanidad, en el momento en que va á nacer Aquel que amaba llamarse el "Hijo del Hombre."[1]

Cada siglo contiene un cierto número de hechos generales que le caracterizan y resumen la vida complexa. Lo mismo que no se podría juzgar á los tiempos modernos, sin señalar

1 Mat., VIII, 20; IX, 6; XI, 19; XII, 8, 32, 40; XIII, 37, 41; XVI, 27, 28, etc.—Marc., II, 10, 28; VIII, 31; XIII, 26; XIV, 21, 62.—Luc., V, 24; VI, 5, 22; IX, 22, 26, 44, 56, 58, etc—Juan, I, 51; III, 13, 14; VI, 27, 34, 53, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dichosa. Cristo es el único que enseña la alegría de sufrir, porque él es el único que derrama en el alma una vida divina que no sofoca ningún dolor, que la prueba fortifica y que desprecia la muerte, porque ella nos permite mirarle llenos de esperanza.

Me atrevería á tomar la palabra del más grande de los Evangelistas, yo diría: "Esas cosas han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios." Esta es la fe de la Iglesia. Yo la confieso en la plenitud de mi razón y de mi libertad. Yo sujeto este libro á su juicio infalible, aprobando lo que ella aprueba, rechazando lo que ella rechaza, acordándome de las palabras de Jesús: "Quien os escucha me escucha; quien os desprecia, me desprecia."

Flavigny.—Sur—Ozerain. Viernes 6 de Diciembre de 1889.

LIBRO PRIMERO.

LOS ORIGENES DE JESUS.

CAPITULO I.

LOS TIEMPOS.

La vida de Cristo no forma solamente la última escena de un drama nacional que ocupa un espacio de cerca de veinte siglos,—desde Abraham hasta la destrucción del pueblo Judío,—ella llena la historia universal de la que es el centro y el hecho.

En Jesús todo termina y de El todo se deriva. Después de dos mil años, él es la personalidad más viva y la más necesaria, la más contradecida y la más invencible.

Antes de narrar su vida, es necesario examinar el estado de la humanidad, en el momento en que va á nacer Aquel que amaba llamarse el "Hijo del Hombre."[1]

Cada siglo contiene un cierto número de hechos generales que le caracterizan y resumen la vida complexa. Lo mismo que no se podría juzgar á los tiempos modernos, sin señalar

1 Mat., VIII, 20; IX, 6; XI, 19; XII, 8, 32, 40; XIII, 37, 41; XVI, 27, 28, etc.—Marc., II, 10, 28; VIII, 31; XIII, 26; XIV, 21, 62.—Luc., V, 24; VI, 5, 22; IX, 22, 26, 44, 56, 58, etc—Juan, I, 51; III, 13, 14; VI, 27, 34, 53, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el orden social, á la Democracia y al Socialismo; en el órden político, al Militarismo y al Parlamentarismo; en el orden intelectual, á la Ciencia experimental; en el orden religioso, al Cristianismo y á la Incredulidad; lo mismo, estudiando el siglo Mesiánico, es imposible dejar de narrar cuatro grandes hechos. La Política romana, el Paganismo, la Filosofía griega y el Judaismo. Ellos rigen y contienen todo; profundamente mezclados, reaccionan los unos sobre los otros, remueven, cada uno á su manera, las conciencias y los pueblos, y su acción providencial explica solamente el movimiento, que desde el origen, lleva á la humanidad á su destino.

¿Qué cosa es el Imperio romano? La reunión bajo un solo cetro de casi todos los pueblos de Europa, de Asia y de Africa, la fuerza más grande de conquista y de organización política que jamás ha visto el mundo.

La Grecia y la Italia, las islas y las costas del Mediterráneo, el Asia Menor y el Asia interior, la Siria y la Fenicia, el Egipto y el Africa Septentrional, la España y las Gaulas, La Germania del Danubio al Rhin: Roma todo lo venció y todo lo conquistó. Sus legiones, sus generales y sus gobernadores cubren la tierra. Las vías estratégicas partiendo del Foro radian al Norte hasta la Escocia, al Oeste hasta la Lucitania y el Océano, al Mediodía hasta más allá de la Thebaida, al Este hasta el desierto de la Arabia.

Por todas partes la autoridad del pueblo romano, su derecho, su lengua, sus costumbres. El resto del mundo, la Germania del Norte, la Armenia, el reino de los Parthos, la India y la China, la Arabia y la Etiopía, he aquí las fronteras del colosal Imperio.

Augusto reina. Concentra en su mano todas las fuerzas y todos los poderes. El es tribuno y procónsul, prefecto de las costumbres y gran sacerdote, "Imperator" en fin. Lleva un nombre reservado á los Dioses. Envía geómetras para medir al mundo, censores para inventariar sus riquezas y contar sus

vasallos. Abre caminos, edifica acueductos, templos y ciudades, da á su pueblo á la saciedad, pan, juegos y fiestas.

Después de haberlo derribado todo, destruído, devorado, descansa la bestia profetizada por Daniel. En su derredor, por un momento, las naciones no sometidas, callan. El universo parece dormir bajo el ala del Aguila romana. La paz es universal. Un gran historiador refiere la gloria del más poderoso de los pueblos; dos grandes poetas la celebran, uno en odas inmortales, otro en la más armoniosa de las epopeyas.

El templo de Jano está cerrado; durante doce años el dios de la guerra no saldrá.

En esta hora de silencio en que duermen las espadas es en la que nacerá Aquel á quien los profetas han dado el nombre de "Padre de los nuevos tiempos" y el de "Pacífico."[1]

Gran fecha para la historia humana. Jamás la potestad política había realizado una obra tan vasta. Esta unidad del todo material y administrativa, esta fusión de casi todos los pueblos del universo conocido, es un trabajo de gigante. ¡Qué arte de vencer y de anexar, de colonizar y de asimilar, de contemporizar y de orar, de organizar la victoria y de ejercer la tolerancia para mejor avasallar! Cuando Roma no pudo hacer de un Estado conquistado una provincia, ella le impuso una especie de vasallaje; en defecto de gobernadores, ella se contenta con reyes indígenas hábilmente escogidos, y esos reyes no reinan por su gracia sino para ser en su mano instrumentos de servidumbre, "*ut haberet instrumenta servitutis et reges*," dice Tácito. Por lo demás, ella exige por doquiera el tributo forzado ó voluntario; y los soberanos á los que ella permite el poder no guardan ese simulacro de independencia, sino con la condición de comprarle á peso de oro, á fuerza de presentes. El Iduméo Herodes, entre otros, el reyezuelo de Judea, conocía la codicia romana y sabía aplacarla.

Lo que Roma no puede suprimir ella le sufre, modificán-

1 Isaías, IX, 6.

dole. ¿No se cree ella bastante fuerte para proscribir una religión á sus vencidos, como el druidismo de las gaulas? ella "romaniza" los dioses y su levantamiento de altares que llevan un nombre galo-romano. Belén se convierte en Belén-Apolo; Camul, en Marte-Camul; Arduina, en Diana-Arduina; y si ella misma se resuelve á devastar, si ella prohibe los sacrificios humanos, por ejemplo, ella dice á los que evita de ofender: A ese precio podréis ser ciudadanos romanos.

Gracias á ese genio político y perseverante, al cabo de siete siglos, ella llegó á edificar su prodigiosa fortuna ante la cual todo palidece: el imperio de Alejandro, las monarquías del Oriente, el Egipto y sus Faraones.

Semejante obra puede admirar al espíritu por sus resultados; ella inquieta y revuelve las conciencias por sus procederes.

¿A qué corresponde ella en la evolución humana? A esa necesidad de unidad que es una de las leyes soberanas de todo sér viviente, puesto que nada sin ella, ni en la humanidad ni en la naturaleza, vive ni engrandece. Después de siglos, llevados lejos de su cuna común, las razas y los pueblos se buscan y se llaman; por lo demás, por esclavizados que estén bajo un poder que ha llevado la centralización al exceso, hélos aquí aproximados. La esclavitud es odiosa, como la conquista y la violencia, porque ella revela el egoísmo y la ferocidad del animal humano; mas la unidad es divina, porque ella comprende á los designios providenciales. Lo que Roma, después de siete siglos de lucha, ha sabido realizar, va á ser la condición misma de una unidad más elevada, la unidad del Reino de Dios.

Las rutas estratégicas serán en lo sucesivo los caminos de los apóstoles, esos conquistadores sin espada, á quienes dirá Jesús: "Id, enseñad á todas las naciones."[1] La ley romana se humillará ante la ley del Evangelio, y á la paz que no es más que la fatiga de la opresión, sucederá la paz que es el equilibrio de la libertad dócil á Dios.

1 Mat., XXVIII, 19.

Así va el mundo. El hombre trabaja, sin saberlo, en la obra eterna; que él obedezca á su mejor inteligencia ó se deje arrastrar por sus más violentos y depravados instintos, permanece el instrumento de Dios, y ejecuta, sin comprenderlo, los planes de los que la Providencia guarda el secreto y de los que no descubre sino muy después su ejecución, el orden poderoso, la belleza y la sabiduría profunda.

Sobre el hecho político, es preciso señalar el hecho religioso. La política se adapta á la fuerza que liga á los pueblos materialmente y por el exterior, la religión es la fuerza que los encadena espiritualmente y por la conciencia. Los Bárbaros en sus bosques; las grandes naciones, los Hindous y los Chinos detrás de sus montañas; los Parthos y los Arabes en sus vastas llanuras y sus desiertos; los Etiopes bajo su cielo de fuego, se sustraían todavía á la vez; pero ninguna raza, ningún país, ningún Estado,—con excepción del Judío,—no escapaba á los engaños del otro. Egipcios y Sirios, Fenicios y Cartagineses, Armenios y Parthos, Griegos y Romanos, Germanos y Celtas, civilizados y salvajes, Aryanos, Sémitas y Turanianos, todos, sin excepción, son arrastrados como por un torrente á las mismas aberraciones religiosas que la conciencia cristiana, cuatro siglos más tarde envolvía con la misma marca, bajo el nombre de Paganismo.

A pesar de la diversidad aparente de las teogonías y de las cosmogonías, de las mitologías y de las leyendas, de los símbolos y de los ritos, de las jerarquías y de las castas sacerdotales, los cultos paganos, en efecto, ofrecen al observador una esencia común que justifica un nombre común. Un mismo sentimiento confuso, irreflexivo de lo divino, un mismo fondo de verdades medio veladas, innatas ó hereditarias: la unidad de Dios, la inmortalidad y la vida futura, la ley y la necesidad de la expiación sangrienta, los reunen á la eterna religión; pero por todas partes las mismas locuras corrompen el sentido divino, y por todas partes los mismos errores desfiguran la verdad religiosa.

Todos, arrastrados por un panteismo más ó menos consciente, identificando á Dios con la naturaleza y confundiéndoles en la unidad de una misma substancia. Ellos deifican á la naturaleza y materializan á Dios. Todos desconocen la unidad transcendente de Dios, y cegados por el antropomorfismo, personifican los atributos divinos como la fuerza del universo. Todos se doblegan bajo el mismo inmutable fatalismo, ellos olvidan la ley moral y ponen la salvación no tanto en el cumplimiento del deber como en los ritos misteriosos, bizarros, inmundos ó crueles. Todos sueñan con una misma inmortalidad miserable y vana, transmigraciones y metempsycosis, con síncope final en el seno de la madrastra naturaleza ávida de crear y de destruir. Todos divinizan al hombre por el apoteósis. Todos sancionan el principio de las castas y la esclavitud, el homicidio y la depravación.

¿Hase visto jamás y se puede concebir una perversión más radical de la esencia misma de la Religión?

En efecto, ¿cuál es su papel en la conciencia y en la humanidad? Revelar á Dios, unir el hombre á Dios, arrancarle del vínculo de las pasiones y de las fuerzas terrestres que le sujetan y le materializan, ordenarle el deber como la ley misma de Dios, sostenerle en la lucha contra el mal, confortarle en el dolor, llenarle de esperanza y de fe en la eterna justicia; y, —puesto que él es culpable,—enseñarle al arrepentimiento, la expiación, y,—puesto que él debe morir,—alentarle ante la inmortalidad, enseñándole á dominar la muerte y á morir en Dios.

Pues bien, todo el Paganismo, el fetiquismo grosero de los salvajes y las religiones sabias del Egipto, las mitologías elegantes de la Grecia y el culto poderosamente organizado de la Roma imperial,—todo el Paganismo no es más que un largo ultraje á ese papel divino. En lugar de revelar á Dios, obscurece, altera y degrada la idea.

Esta potestad indecible, trascendental, superior á toda figura y á toda representación, esta potestad que solo podría, sin

empequeñecerse, traducirse ella misma, la humanidad, llevada por una imaginación sin freno, multiplica los signos. Enardecida por una especie de sensual ebriedad, ella le identifica con la naturaleza, la descompone en mil personalidades, le encarna en la materia, le hace hombre, macho y hembra, dándole los símbolos más extraños, los más fantásticos, los más grotescos y los más cínicos, copiados del cielo y de la tierra, de la flora y de la fauna, y aun de todas nuestras pasiones y de nuestros vicios. ¿Por qué ha retrocedido ella ante ese grosero realismo? Si el universo es Dios, ¿todo en el universo no es divino y sagrado? En vez de levantar el alma á Dios, el Paganismo la doblega bajo el yugo de la naturaleza, y la hace adorar lo que debería dominar, y despreciar lo que debería adorar. El destruye su comercio con lo divino, y agota, por lo mismo, la única fuente de la que el hombre bebe sin fin la verdad y la justicia, la fuerza y la esperanza, el consuelo y la vida.

La conciencia nada tiene que esperar del vano culto de este universo y de las divinidades que le llenan. Cualquier nombre que ella invoque, ¿no es siempre la gran Naturaleza inconsciente quien la oprime por todas partes bajo el peso de sus energías que no se la enseña á dominar? ¿De qué sirven las aguas lustrales, las aspersiones sangrientas de los tauróbolos ó de los crióbolos, las hecatombes y la sangre de los toros de la gran Diosa y de los carneros de Attis? Para qué sirven esas iniciaciones en los misterios, cualesquiera que fuese su nombre ó su procedencia? ¿Los de los Cabires, de Baco y de Ceres, de Osiris ó de Mithra, en Philœ, en Eleusis, en Samothracia, en Lesbos, en Creta ó en Roma? Cuando los iniciados volvían de sus ceremonias secretas, cuando conducidos por el hierophante, ceñida la cabeza con una corona de mirto y purificados por el hydrano, ellos habían revestido á la nébrida, mirado detrás del velo de los templos y el de las mitologías, ¿qué habían visto, que habían sentido en esas noches luminosas? Ellos conocían el enigma sacerdotal, ellos habían penetrado el cisto sagrado, ellos sabían que los dioses no eran más

que la naturaleza y sus fuerzas, y que el destino humano no era también más que esta naturaleza infinita, impersonal, en cuyo seno el hombre no tenía que esperar más que la absorción ó las emigraciones eternas. ¿Qué aspiración al bien podía salir de esos ayunos preparatorios que terminaban en orgías, de esas danzas sagradas que tenían siempre por objeto representar cínicamente y festejar los principios macho y hembra de la naturaleza viviente, ó de las prácticas de una theurgia sensual que pretendía apropiarse las fuerzas mismas de la creación, y que, —actualmente se ve entre los musulmanes y buddhistas,—confundía la ebriedad epiléptica del sistema nervioso con el éxtasis divino?

Todas las trinidades, las de la India y de la Asiria, del Egipto y de la Fenicia, la de Grecia y de Roma, Brahma, Vichnou y Siva, Ahura-Mazda, Mithra y Crraoska, Atoum, Ra y Khéper, Amon, Bel y Ao, Júpiter, Neptuno y Pluton; todos los pares divinos, Brahma y Maya, Kem y Mout, Baal y Astarte; Baal-Amon y Tamth, Iris y Osiris, Moloch y Mylitta, Dionysios y Venus, Amor y Psyquis; todos los genios, los demonios y los héroes, todos los misterios, los Orficas, los de Baco y de Ceres, de Isis y de Mithra, las Thesmophorias de Atenas, las orgías de Samotracia, las Eleusinias y las Bacanales; todos los olimpos y todos los panteones tenían estimación: la misma fantasía en las especulaciones theogónicas y cosmogónicas, la misma crueldad y corrupción en los ritos.

¡Qué cielo aquel que pesaba entonces sobre la humanidad! El vierte sobre ella á torrentes las tinieblas y la muerte; y ella, temerosa y locuela, le adora con pasión. Ningún grito de rebelión se levanta de esa masa ignorante, oprimida y abatida. La esclavitud y el vicio le placen. Los dioses se multiplican sin fin; los cultos, como cadenas siempre más pesadas, sujetan á las almas: se las ama. Ellos piden á los hombres morir y matar á sus hijos: los hombres mueren é inmolan á sus hijos; ellos exigen de las mujeres el sacrificio del pudor: las mujeres se prostituyen.

Los poetas cantan á los dioses y refieren sus odiseas fabulosas. Los filósofos buscan un sentido oculto bajo los mitos y pactan con ellos esos cultos escandalosos. Los políticos hacen del polytheismo y de sus apoteósis un instrumento de reinado. La multitud viciada aplaudía. Arrastrada por sus pontífices, ella se lanza á las fiestas, consulta los oráculos, se humilla ante sus ídolos; y, azotada por sus instintos, ya espantada, ya exaltada por sus dioses, ella prosigue, jadeante, su camino hacia la muerte.

Treinta siglos, el Paganismo ha reinado sobre la raza humana. Ese yugo temible no ha hecho más que agravarse. El es tan pesado bajo el gran pontífice Augusto, en Roma, como bajo los Faraones del Egipto y los reyes de Asirya; su genio fatal empeora con el tiempo.

El panteismo se refina, el número de las divinidades se aumenta sin fin. Roma, la última venida de las naciones paganas, los sobrepuja por la fecundidad con la cual ella puebla su Panteón; ella cuenta sus dioses por millares. Los símbolos se velan en el fondo de los templos, reservados á los iniciados; pero ellos permanecen obscenos. Las mitologías continúan inspirando el genio de los escultores y de los poetas. Los dioses se agrupan bajo un Júpiter soberano. Al buscar la unidad en esta multitud siempre creciente de divinidades, los filósofos no la hallan mas que en el "Fatum" que encierra, como la serpiente simbólica, en un círculo inflexible, á la naturaleza entera, al hombre, al universo y á los dioses.

La superstición aumenta, los astrólogos interpretan el destino, los adivinos de la Caldea y del Oriente invaden á Roma. El cortejo de los pontífices se completa como una casta dominante de la que el Emperador deificado es el jefe. Las Saturnales y las Bacanales son más inmundas que nunca: la seguridad del Estado las hace proscribir. Si la crueldad de los ritos parece doblegarse ante la dulcificación de las costumbres, si la sangre humana corre á torrentes menos oprimidos, la corrupción, en revancha, se ha empeorado. Historia lúgubre: diríase

una marea que oscila entre dos riberas malditas, el homicidio y la voluptuosidad, traqueando á la pobre raza humana á merced de Melkart y de Mylitta.

Y sin embargo, tal es el atractivo del alma humana por lo Verdadero y el Bien, que se ve sobrenadar, hasta en ese diluvio, algunas verdades y algunas virtudes. El sentimiento religioso, por extraviado que esté, subsiste. La idea de Dios, desfigurada y tergiversada, no está sin radiación. La conciencia no puede deshacerse del pensamiento ni escapar á la acción de esta fuerza misteriosa por doquiera presente, en cuyo seno todo el universo es conducido, que espanta y atrae á toda criatura. La ley moral resiste, en ciertos puntos, á todos los desbordamientos. El juramento, la justicia y la humanidad, gobiernan á más de una voluntad y honran á más de una vida. En la universal perdición, Dios se guarda de los elegidos. El tiene sus predestinados que le esperan: espíritus sinceros, corazones heridos apelan y suplican al Dios desconocido. El mal no es más que un accidente: el no sabía destruir las esencias; ahora bien, la esencia del sér humano, está, siempre y en todas partes, ávida de Dios.

Mas esos escogidos son como perlas en el fango. Dios sólo les conoce. El ojo divino de Jesús ha adivinado de lejos á todos los escogidos del porvenir. En ellos, en esos paganos de buena fe, es en los que piensa, en estas palabras profundas: "Muchos vendrán de Oriente y de Occidente y se sentarán convidados en la misma mesa de Abraham, Isaac y Jacob, mientras que los hijos del reino serán arrojados á fuera, en la noche, lejos de la luz y del festín."[1]

¿Qué representa entonces el Paganismo en la historia de la humanidad? La fuerza política, concentrada en Roma, ha realizado la unidad material de los pueblos; mas la fuerza religiosa que se ha expresado tan desordenadamente en los cultos politeistas é idolátricos, ¿qué ha producido? ¿Un movimiento hacia adelante ó hacia atrás, un progreso ó un descenso?

1 Mateo., VIII, 12 y paralelo.

Una ciencia arbitraria y preconcebida de la historia de las religiones ha querido ver ahí una faz regular, teniendo el medio entre el fetiquismo y el monoteísmo: el fetiquismo que, según su teoría, es el punto de partida, y el monoteismo que es el término de la evolución religiosa. Yo no creo que haya lugar á distinguir, bajo el punto de vista religioso, entre el fetiquismo ó el animismo y los cultos politeistas. Ellos son en el fondo, de la misma esencia, puesto que todos, adorando y deificando á la naturaleza, son igualmente physiolátricas. El fetiquismo no es una religión, es uno de los elementos universales y esenciales de las religiones paganas. Todo pagano, el Griego y el Romano lo mismo que el negro de Tombouctou, tiene sus fetiques. El Palladium de Troya, las treinta piedras cuadradas que, en tiempo de Pausanias, rodeaban la estatua de Hermes y que el pueblo adoraba, dando á cada uno el nombre de Dios; la lanza de Marte en Roma, y todos los amuletos en todos los pueblos que trabaja el veneno del Paganismo, aun en pleno monoteismo, no eran más que objetos visibles y maravillosos en los que se encarnaba á Dios ó á una virtud divina.

La humanidad no se desarrolla bajo el mismo plan que la naturaleza inteligente, según la ley de continuidad, y bajo el impulso de Dios siempre obedecido; ella tiene sus extravíos y sus crisis que contienen á la libertad.

Si el Paganismo fuese una ley de nuestra evolución específica, sería también una ley de nuestra evolución individual, porque el individuo al desarrollarse, reproduce las leyes de la especie; y desde entonces, á ejemplo de la humanidad, el hombre pasaría por el fetiquismo y el Paganismo; cada individuo comenzaría por tener sus manitous, después se elevaría á la fase en la que se diviniza á la naturaleza y se multiplica á los dioses. La experiencia demuestra la falsedad de semejante conclusión.

El Paganismo no es una edad normal de la humanidad, es una efermedad, una crisis mortal, un vicio de juventud, un

contagio que, por muchos siglos, ha infestado á toda la raza, —con excepción de la pequeña tribu semita de Abraham. Todos los pueblos que han sido tocados han muerto. Todas las formas que él ha revestido se han agotado. El pasado humano no es más que una inmensa necrópolis en la que el Paganismo ha hundido á las naciones y se ha hundido á sí mismo, con sus víctimas y la turba de sus falsos dioses.

¿Por qué el hombre ha sido atacado por la ebriedad de la naturaleza? ¿Por qué su imaginación ha sido usurpada sobre los derechos de la razón y sobre la revolución primitiva? ¿Por qué en vez de discernir al Sér infinito, le ha desconocido? ¿Por qué se ha avasallado á lo que debía domeñar, y revelado contra lo que debía adorar? ¿Por qué el mal ha prevalecido? Graves cuestiones, tan misteriosas en el individuo como en la humanidad entera. Mas, cualesquiera solución que se las dé, el hecho se impone. El mundo, presa del Paganismo, es un gran enfermo condenado á muerte; el que le curará, dándole con el monoteismo la idea vivificante de Dios, el imperio de la naturaleza y de sí mismo, él, y sólo él, será verdaderamente su libertador.

Jesús le ha libertado, y él se ha conquistado por ello un puesto sin segundo entre los más grandes de los hombres.

Nada humano podría romper á esa fatalidad que tenía á la humanidad cautiva y degradada, "pueblo caminando en las tinieblas," según la expresión de un profeta,[1] extraviándose y sumergiéndose. Aquellos que duden, contemplen dos siglos más tarde: los ídolos se rompen, los templos se grietean, la fe á los dioses muere; poetas y filósofos, políticos y sacerdotes se alían: ¿qué van á hacer esos sabios para conjurar la victoria de Cristo? Ellos tendrán apenas una palabra de censura para esos cultos degradantes, una protesta contra ese furor mitológico que, al multiplicar los símbolos, ha velado á Dios; desesperadamente pagamos hasta en su sin crítica filosofía, su pitagorismo, su platonismo, su evhemerismo, se esfuerzan en buscar el sentido oculto de las leyendas y de los símbolos, y encorvados bajo el viejo panteismo, el viejo fatalismo, el viejo materialismo, la vana theurgia, se obstinan en vano contra la Luz que se levanta para iluminar y salvar, á su pesar, á la humanidad perdida.

1 Isaías, IX, 2.

Además de la fuerza política y de la fuerza religiosa, existe la fuerza racional.

La primera de orden social y práctico, tiende á la civilización y á la aproximación material de los hombres; la segunda, apoyada sobre el sentimiento de lo divino y de la tradición, trata de unir al hombre con Dios; la tercera, de orden íntimo y personal, no es más que el esfuerzo del sér inteligente y libre, para explicar el principio de las cosas y dirigir la vida; ella tiene su expresión en la ciencia y la filosofía. Todo pueblo, toda raza, toda civilización, llegados á cierto grado de desarrollo, tienen una filosofía, una política y una religión jerárquicas.

En el tiempo en que Roma dominaba al mundo, y el Paganismo á la humanidad, reinaba una filosofía, la filosofía helénica.

En la inmensa evolución humana, los pueblos han recibido de Dios un destino privilegiado que corresponde á su genio. El Oriente inspirado es la cuna ardiente y luminosa de las religiones; Roma, eminentemente práctica en la ciencia del derecho y del gobierno, de la política y de la acción; la Grecia, artista y curiosa, tiene el genio de las formas, de la estética y de la filosofía. De la misma manera, todos los cultos vienen del Oriente, como la ciencia del derecho sale de Roma, y la filosofía de la Grecia.

Esta última potencia,—la filosofía,—que, en la vida humana, el movimiento de las opiniones y la discusión de los espíritus, tiene un papel tan preponderante, nació en pleno mundo helénico, seis ó siete siglos antes de Jesucristo, en las riberas y en las islas del Mediterráneo, en Mileto, en Smyrna, en Efeso, en Lampsaco, en Clazomenes, en Syros, en Apollonia, en Samos, en Agrigente, en Eleas, en Abdere, en Atenas, en

Cyrene, en Stagyra, en Elis, en Citium, que reivindican el honor de haber dado á luz á algunos de los maestros de las grandes escuelas filosóficas.

Todos los sistemas que puede construir la razón humana, en su inquieta investigación, laboriosa y frecuentemente vana, de la verdad,—el dogmatismo y el escepticismo, el materialismo y el idealismo, el sensualismo y el espiritualismo, el panteismo y el dualismo, el naturalismo y el fatalismo, el optimismo y el persimismo, aun el nihilismo,—todos han hallado en esta tierra de Grecia su expresión definitiva.

La Grecia, en filosofía como en las letras, la poesía y las artes, ha dado las formas típicas y realizado el Ideal. Puede igualar á sus maestros, pero no excederlos. Empédocles y Pitágoras, Sócrates, Aristóteles y Platon, Zenon y Epicuro, en su género, son tan acabados como Praxitéles y Phidias, Homero ó Pindaro, Eurípides ó Sófocles, Eschyles ó Demóstenes. Todo el que, después de esta edad creadora, ha querido filosofar, es decir, resolver el problema del valor de la razón, del principio de las cosas, del destino del hombre y de la conducta de la vida, ha debido reconocer un abuelo y un maestro entre los Jonios ó los Itálicos, entre los Eleatas ó los sofistas, en el Pórtico ó en la Academia.

Durante este período activo, tan atormentado, pero tan fecundo, los sistemas suceden á los sistemas, las escuelas derriban á las escuelas; el dynamismo de Thales y de Pherecydes hizo lugar al atomismo de Demócrito; el positivismo de Parménides á las abstracciones de Pitágoras; el dogmatismo se ve batido en brecha por el nihilismo de los sofistas, tales como Protágoras y Gorgias; Sócrates triunfa de los sofistas, y prepara el reinado de Platon y de Aristóteles; en fin, Pyrrho renace, y Epicuro y Zenon se disputan el imperio de las conciencias. No hay un error que no tenga sus apóstoles, no hay una verdad racional que no tenga sus fieles.

Mas, en despecho de esos esfuerzos, la razón se ha mostrado siempre débil y vacilante ante ciertas verdades esenciales:

el puro deismo, la creación de la materia, la inmortalidad y la vida futura.

El genio griego no ha escapado al panteismo sino para rematar en el dualismo de la Inteligencia y de la Materia eterna; él jamás ha sabido demostrar que el aniquilamiento no era la última palabra del sér humano, ni ofrecer á la conciencia una sanción exterior é inquebrantable. La fe sola enseña eficazmente esas verdades necesarias, y ellas no han llegado á ser el patrimonio de todos sino por el testimonio de Jesús. La razón las demuestra, cuando la voz de Dios las afirma; la razón tiene el presentimiento, pero ella no las descubre sino lentamente, con trabajo, y ella no alcanza á dar la fórmula perfecta.

Al emigrar á Roma, la filosofía helénica sufrió, como todas las cosas, la influencia del medio. El genio positivo de la raza conquistadora, hija de Ceres y de Marte, agrícola y guerrera, no se pierde en vanas especulaciones, él se contenta con reproducir en un lenguaje elocuente y en inmortales poemas los más grandes sistemas de los maestros. Ciceron, Lucrecio, Varron, Horacio y Virgilio nada inventan, ellos repiten las doctrinas de los griegos. Más preocupados de moralizar que de dogmatizar, de vivir y de obrar que de meditar y contemplar, ellos se afectan al problema que domina toda la vida. ¿En qué consiste la felicidad y el soberano bien? ¿Qué camino puede conducir á ello?

Semejantes cuestiones no se trataban para nada en el fondo de los templos, en la celebración de los misterios y la ciencia esotérica de las castas sacerdotales. El Paganismo se contentaba con alimentar al alma de las multitudes con las fantasías de una quimérica inmortalidad y encorvarla ante esos dioses cuyas leyendas y escandalosos símbolos estimulaban á la necesidad y aun divinizaban todos los vicios.

La conciencia filosófica ha estado más elevada que la conciencia religiosa del Paganismo.

Será el honor de la razón haber cuando menos resucitado esos nobles problemas, despreciados por los cultos, y haber

hablado frecuentemente al hombre el valeroso lenguaje del deber y de la virtud. Ella está lejos de tocar las soluciones, ella mezcla á los preceptos sublimes con errores graves y numerosos; pero sería injusto desconocer los esfuerzos que ella ha intentado y al éxito que más de una vez ha recompensado á su perseverancia.

En tiempo de Augusto, los filósofos morabitas que escribían eran raros. Séneca, Epicteto y Marco-Aurelio no llegan sino más tarde; esos genios que entre todos los paganos, han enseñado mejor los deberes, parecen aguardar para regocijarse, los primeros rayos de la luz evangélica. Pero si los escritores son raros, los hombres que hacían profesión de filosofía moral eran numerosos. La acción vale más que la palabra; ahora, nunca, según el testimonio de autores contemporáneos, fué más activa la filosofía, ella entra en el período de proselitismo; la Grecia ha tenido la gloria de crear á la filosofía, Roma tendrá la de organizarla y de aplicarla en el mejoramiento de la vida.

¿De dónde viene, en ese siglo, á la filosofía ese carácter nuevo? ¿Por qué de ordinario tan personal é íntima, confinada en las escuelas, reservada á los discípulos, á una selecta elección, se dirige ahora á la multitud? El genio de Roma puede explicar su tendencia práctica, no basta dar cuenta de su marcha conquistadora, apostólica, casi religiosa; hay en ello un indicio profundo de la decadencia de las religiones paganas y de la insuficiencia moral de sus sacerdotes. Los sacerdotes, en efecto, son mudos; ellos no tienen respuesta al gran problema de la vida, ningún bálsamo que verter sobre las llagas de los que sufren; ellos viven satisfechos con las observaciones estériles de sus cultos y sus ceremonias pomposas, explotando la superstición del pueblo, ocultando mal su escepticismo respecto de sus pretendidos misterios.

Los sabios han tomado el lugar de los pontífices, y la filosofía ha ensayado desempeñar el papel que la religión perjudicaba.

Los sabios hacen profesión de filosofía, como los sacerdotes de religión, ellos se separan del vulgo por la costumbre; se les ve pasearse en las calles, revestidos de mantos, con la barba larga, y un bastón en la mano. Un poeta ha escrito respecto de ellos: "Parece que su cabeza domina de lo alto los vicios y los lugares donde se mueven los hombres." [1]

Ellos tienen pláticas cuotidianas, predicaciones familiares; ellos moralizan y consuelan; ellos exhortan y reprimen. Las ciudades importantes tenían doctores de filosofía bien pagados por el fisco, unidos como capellanes á la casa de los grandes. Aquellos que han sido heridos por la desgracia apelan al consuelo de un sabio. [2] Augusto tiene su filósofo Areos, á quien envía á Livia para consolarla de la muerte de Drusus.

Ellos hacen prosélitos á la manera de los creyentes. El filósofo Stertinius encuentra, en las márgenes de un río, á un desdichado que, impulsado por la desesperación, va á arrojarse en él; él le detiene, le conmueve por sus exhortaciones, le reanima y le descubre el gusto por la vida. El convertido deja crecer su barba: vedle filósofo, él sigue á su salvador y maestro.

Ellos tienen sus prácticas, sus supersticiones y sus gazmoñerías.—¿Estás bajo el peso de un deseo peligroso? Hay, dicen ellos, palabras que pueden aliviar tu mal y en gran parte libertarte.—¿El amor de la alabanza te invade el cerebro? Tal práctica saludable, tal libro leído por tres veces, según los ritos, verificará la curación.

¿A qué doctrina obedecen esos sabios y cuál es su filosofía?

Si se deja á un lado el escepticismo pirrónico que, en la decadencia de toda civilización, atrae á los desanimados; los Cínicos á ejemplo de Diógenes, exigiendo su ley á la naturaleza con todos sus instintos y vengándose, por el desprecio, de los vicios que ellos no pueden curar; si se exceptúa á la nueva Academia cuyos raros discípulos perpetúan la tradición de Pi-

1 Credibile est illos pariter vitiisque locisque Altius humani exeruisse caput.
2 Séneca, *De consolat Ad Marciam.*

tágoras, de Platón y de Aristóteles, no se ven más que dos grandes escuelas: la de Epicuro y la de Zenon. Ambas buscan la felicidad: la una en el deleite y la otra en la virtud; la una en el "*sentir*," la otra en el "*querer*."

Los Epicureos dicen: Toda la ciencia de ser feliz consiste en procurarse sensaciones agradables; todo exceso implica ó causa dolor; es preciso aprender á moderarse en todo, aun en el placer.

Para los verdaderos discípulos de Epicuro, la virtud misma ó la moderación no es el fin del hombre, sino el medio perfecto de gozar; todo se termina en el "yo," y en el "yo" satisface. Esto es el refinamiento en la corrupción y en el egoismo.

Los Estoicos toman al hombre por lo que tiene de más grande.—Tú eres libre, le dicen, tú eres, pues, tu señor, tu único señor. Que tu voluntad te pertenezca y aprenda á dominarse; la felicidad consiste en la soberanía de tí mismo.—¿Pero y el dolor?—El no existe.—¿Y la persecución?—¿Y la muerte?—Qué importa! Tú existes; nadie puede arrebatarte á tí mismo. Esto basta al sabio. Y así caminan esos estoicos, soberbios é indómitos, en ese mundo podrido, desafiando á la opresión y escupiendo su lengua á los tiranos que no llegan á reducirlos.

A la luz del Evangelio, se ve que una doctrina semejante, con sus aires pomposos, llena de vanidad, de ilusión y de impotencia; pero es preciso reconocerlo, tanta bravura no carece de porte, y se desea encontrar, en el seno del espantoso despotismo de Roma y de la corrupción pagana, esas voluntades de bronce, en pie, inflexibles.

La escuela de Epicuro no ha producido un héroe, ni en Grecia ni en Roma. El heroismo que exige tan imperiosamente el sacrificio personal del individuo, frecuentemente hasta la muerte, no podía para nada florecer en esas conciencias para las cuales el "gozar" era el soberano bien. Ellos, por lo demás, agotan una de las fuentes vivas, desinteresándose del movimiento de la cosa pública, según el precepto del Maestro: "Guarda tu vida."[1] Ellas no la comprenden, ejemplo esa sentencia extraña de la secta epicurea sobre Epaminondas: "Qué tenía que hacer paseándose con su ejército por todo el Peloponeso, y por qué más bien no se quedó tranquilo en su casa, con su gorrito en la cabeza, viéndose poner buena cara y tratándose bien."[2]

La escuela de Zenon arma al hombre contra sí mismo, le impele á desdeñar el dolor y á guardar, en despecho de todo y de la misma muerte, su independencia y su libertad, arrojando así en la conciencia el germen de las virtudes viriles. Los más grandes hombres de acción en la antigüedad, Caton, Bruto y Marco-Aurelio, son estoicos.

Búsquese ahora entre los Epicureos y los Estoicos, y se hallarán bellas máximas: de moderación en los primeros y de fuerza en los segundos. Se compondría un manual edificante de casi todas las virtudes privadas y públicas: la conciencia pura, la temperancia, la dulzura, la justicia, la prudencia, el desprecio de las riquezas, la serenidad, la paz, la inflexibilidad de carácter, la amistad, la adhesión, la clemencia. Todos estos preceptos han sido formulados en un lenguaje inmortal: diríase que eran diamantes de la más hermosa agua, tallados y cincelados: estas son las joyas de la filosofía.

Si los preceptos salvaran á la conciencia, la escuela de Epicuro y la de Zenon hubieran podido curar á la humanidad. Pero una cosa es bien decir y otra el bien hacer. La filosofía frecuentemente ha excedido en la una y siempre ha sido débil en la otra. Esta impotencia que es un vicio común de las dos sectas rivales, explica la esterilidad de su proselitismo.

Epicureos y Estoicos se confunden, despues de todo, en el culto de sí mismos. El "yo" he aquí la última palabra en unos y otros. La satisfacción del "yo," he aquí el fin de todo. Pero, el "yo" en la tierra,—que se le coloca con Epicuro en el "sen-

1 Plutarco. *Obras morales. Si esta palabra guarda tu vida está bien dicha.*
2 Plutarco. Hombres Ilustres.

tir," ó con Zenon en el "querer,"—es presa del dolor. ¿Cómo vencer al dolor, puesto que no se le puede suprimir?

Ellos no tienen mas que un recurso: la indiferencia, la voluptuosa indiferencia; ahí, en efecto, es en donde ellos hallan, el uno por la "tensión," τόνος, el otro por el "relajamiento," ἄνεσις, su refugio supremo.

Una inmensa tristeza está en el fondo de todas las almas en investigación de sabiduría filosófica, se la siente inexorable bajo la indiferencia de que ellas se cubren, ellas sucumben bajo sus ataduras, y quedan solas con su "yo" que, finalmente, se les escapa.

Al escucharles, el hombre se pertenece, él es su dueño; su vida está en sus manos y, si le place suprimirla, no tiene que dar á nadie cuenta de ello; el suicidio es un derecho, es hasta un deber, y él puede, en todo caso, ser una necesidad. El hombre tiene una ventaja sobre los dioses, decían los Estoicos, él puede morir. El santo de la secta, Catón, es un suicida.

Ellos carecen de lo divino. El dios que ellos llaman Naturaleza no vale más que el de las religiones y el de las mitologías. No es el Dios vivo y personal, es el "Fatum," ciego, mudo, inaccesible; es preciso sufrirle, humillado y vencido, abrumado y desesperado.

¡De ahí, no obstante, es de donde se ha querido originar el Cristianismo! Como si la religión pudiera salir de la filosofía, la felicidad evangélica de la felicidad de Epicuro ó de Zenon, la ley del sacrificio de la ley del egoísmo, el Dios-Padre del Hado, la fuerza de la impotencia, la inagotable y divina esperanza de la indiferencia y de la desesperación; como si Jesús, que trajo esos bienes, esas luces, esta vida, no fuese más que un filósofo, un descendiente de alguna secta romana. No, á pesar de la filosofía y de sus perlas, el mundo antes de El no era más que una abyección; y El, el gran sembrador, ahí ha arrojado su palabra como un fermento que debía transformarlo todo y cuya inagotable vitalidad trabaja siempre en el paganismo persistente de la pobre humanidad.

¿De qué pueblo debía salir Jesucristo? Del pueblo Judío. Esta es la nación más humilde de todas; pero ella ha producido al Cristo, y ella tiene lugar, por este título, á pesar de su pequeñez, al lado y sobre el Imperio romano de las religiones paganas, de la cultura helénica, y de las más grandes potencias de la historia. Las demás naciones parecen entregadas á su propio genio y á merced de sus vicios. Israel creció bajo la elevada tutela de Dios. Separado de todos y guardado por El, él aparece en medio de las olas humanas como el arca que tenía en reserva la salvación y el porvenir. El desarrollo del reinado humano, sus transformaciones religiosas, no se explican sin el judaismo. Jehovah, su Dios, se ha hecho el Dios de la humanidad, y su Mesías, siempre esperado y finalmente desconocido por él, el Salvador y el regenerador del mundo.

Nada más prodigioso que esa pequeña tribu semita. Ella parte, por una orden divina, de las llanuras de la Caldea, con su fe en un solo Dios, con la esperanza de ser un pueblo innumerable como las estrellas, y de ver "benditas" en Abraham su jefe "á todas las razas de la tierra,"[1] ella acampa bajo la tienda, en Canaan, y levanta altares á Jehovah cuyo nombre invoca; ella emigra á Egipto, al país de Goschen, para trabajar y crecer. La dura hospitalidad de los Faraones se cambia pronto para ella en servidumbre; ella rompe, bajo la inspiración de Moisés, el yugo que la oprime, se retira al desierto, se hace nómada y pastoril. Lejos de toda civilización, ella recibe sobre el Sinaí la ley que debe aislarla del mundo pagano. A fuerza de paciencia, de bravura y de fe, ella conquista la tierra que Dios le ha prometido, se constituye en pequeño reino independiente, hasta el día en que, sufriendo su destino, ella será arrojada, á través de los pueblos, como un polvo.

En la época en la que trazo á grandes rasgos el cuadro, Israel toca á la última edad de su vida nacional, y va á perder para siempre su independencia política.

Después de haber resistido á las divisiones intestinas más

1 Gen., XII, 3.

mortales, al destierro, á la dominación extraña de los Persas y de los Griegos, después de haber sabido reconquistar con un puñado de valientes, al cabo de cuatro siglos de esclavitud, su antigua autonomía, la Judea está hoy gobernada por Herodes, un Idumeo, creatura de César y del Senado; ella no es más que una vasalla del Imperio, y no tardará en ser absorbida por él. Entonces, como en nuestros tiempos, los pequeños Estados no pueden prometerse el día de mañana.

En particular los Saduceos, conservadores estrictos y cortesanos del poder antinacional, amigos de la paz ante todo y sacrificándole hasta la independencia del país, todos, entre los doctores, los escribas, los sacerdotes y la masa del pueblo comprenden la crisis por la que atraviesa la nación; ellos ven el abismo, pero ellos no creen, ellos no pueden creer en la catástrofe.

Esta raza vigorosa tenía tal voluntad de vivir y de llegar á ser un gran Estado, que ni los reveses, ni los desastres, ni los siglos, han abatido sus esperanzas y disipado las ilusiones de su patriotismo.

¿No es este el pueblo elegido? ¿No tiene él las promesas de su Dios? ¿El trono de David no es indestructible? ¿La sangre de los Macabeos está, pues, agotada? A medida que el horizonte se pone sombrío, la imagen ideal de su Mesías resalta más luminosa. La mala fortuna no la reduce, ella le exaspera. Al aproximarse al abismo en donde ella va á desaparecer, su fe en el triunfo final crece y se exalta. La masa de sus doctores no ha cesado, por una falsa interpretación de las Escrituras y por los diversos apocalipsis de los últimos tiempos, la de Henoch principalmente, de conservar las aberraciones más funestas sobre el porvenir y la grandeza política de Israel. Ellos materializan las profecías relativas á la era mesiánica y al Enviado de Dios que debe inaugurarla; ellos se obstinan en no ver en esta era mas que el restablecimiento de su destruido reinado; ellos sueñan con una restauración que les dará el imperio universal y se fabrican un Mesías fantástico, especie de

César divino, extendiendo sobre el mundo vencido un cetro más glorioso que el de Salomon.

La fidelidad á la ley religiosa hallaba, es cierto, en este error un punto de apoyo enérgico, porque esta fidelidad, según ellos, era la condición misma de la realización de sus locas esperanzas.—Dios es verídico, decían los maestros; su palabra no puede engañar ni faltar: "Observa su ley, y él cumplirá sus promesas que nuestros pecados y apostasías tienen en suspenso."

El mayor peligro para un pueblo es el equivocarse sobre su destino. La desviación de la conciencia nacional en el pueblo judío ha sido la primera causa de su ruina. Otro era su destino, como raza y religión, otro su destino, como Estado. No se debe confundir el judaísmo con la nación judía: el uno es una raza y una religión, el otro una forma política, un modo de ser variable de la raza y de la religión. El judaísmo subsiste todavía después de cinco mil años; la nación judía no ha vivido sino algunos siglos, desde Saul hasta el destierro de Babilonia, del año 1000, aproximadamente, al año 588. Desterrado setenta años, esclavizado dos siglos bajo los reyes persas, siglo y medio bajo la dominación greco-macedónica, ella recobra el libre gobierno bajo los príncipes de la familia de los Macabeos, mas esta resurrección no dura más que un siglo. Desde el año de 63 Pompeyo se apodera de Jesusalem. Siempre circunscritos los Romanos dan á la Judea un rey idumeo; pero ellos no esperan sino la ocasión para hacer una simple provincia del Imperio, y á fin de aniquilar más seguramente toda veleidad de independencia para con ese pueblo incoercible; en esta raza de "cerviz inflexible como una barra de hierro," según la palabra evangélica de uno de sus profetas,[1] ellos destruyeron, bien pronto, para siempre, su capital y su templo.

La nacionalidad no es más que una fase relativamente corta en los cincuenta siglos de la historia de Israel, ella no tiene otro objeto que dar una consistencia más firme á la raza, y

1 Dura est tu, et nervus ferreus cervix tua. Isaías, XLVIII, 4.

permitir una organización más completa de la religión. Obtenido el resultado, Israel puede desaparecer como reinado; aun disperso, vivirá como raza y como Iglesia.

Entre los demás pueblos de la antigüedad, el Estado y la Religión viven confundidos, se desarrollan, mueren juntos; cuando la nacionalidad cae, los dioses se van. En aquel todo es extraño; la nacionalidad puede perecer, la raza y la religión crecerán todavía, y, lejos de embarazar su destino providencial, esta destrucción no hará más que sujetarla.

El papel del judaísmo no es la conquista del mundo, todo es religioso, sacerdotal en él. El no se distingue de lo que la rodea ni por sus artes, ni por sus armas, ni por el número, ni por la ciencia; su gloria está en un dogma, en una ley moral, en una esperanza.

Dios te ha exaltado en medio de los paganos para su testigo, el apóstol de su unidad, el heraldo de su justicia y de su misericordia, el guardián de su decálogo, el foco de las esperanzas mesiánicas. Por doquiera á través del mundo, el Judío llevará el Libro que encierra esos tesoros divinos, publicará ese dogma, practicará esa ley, afirmará esta esperanza; edificará sinagogas, como un templo á su libro; vendrá á sentarse ante la ara santa en donde está depositado ese rollo sagrado; lo leerá, lo estudiará, lo comentará.

Su ciencia teológica multiplica sus centros; ella florece en pleno medio persa, como en Alejandría, en plena filosofía helénica, y en Jerusalem en donde los doctores hablan la lengua materna y conservan sin mezcla la tradición de los abuelos. Mientras que los paganos corren en tropel á sus ídolos, el Judío permanece fiel al Dios único que gobierna al mundo, á la ley que rige las conciencias y á su esperanza indomable en el héroe predicho por sus profetas.

Así, en la misma hora en que la nación toca á su fin, la raza se ha propagado; bajo el golpe de diversos acontecimientos, conducidos por la Providencia, tales como la guerra y el movimiento colonial, el destierro y la emigración espontánea, el

favor mismo de sus conquistadores, ella se ha dispersado por los cuatro ámbitos del mundo. Las colonias Judías están por doquiera, en el sur del Asia y de la Arabia, sobre todas las costas del Asia Menor, en Egipto, en Europa, en Grecia, en Italia. Ese movimiento de expansión que ha comenzado, desde el siglo diez y seis antes de Jesucristo, por la deportación y que ha tenido por teatro al Imperio de Asiria, se continúa bajo Alejandro, en el inmenso Imperio del Macedoniano; él se desarrolla bajo sus sucesores, en Syria, bajo los Seleucides, y en Egipto, bajo los Lágidos; él recibe de Roma un nuevo impulso: por lo demás, no hay una ciudad importante que no posea su colonia y su comunidad de judíos.

"Sería difícil, dice Strabon, hallar un lugar, en toda la tierra, que no haya recibido á los Judíos, y en donde no se hayan establecido poderosamente." Ellos están sobre todas las riberas del Mediterráneo, en la embocadura de todos los grandes ríos: el Nilo, el Danubio, el Tigris y el Eufrates, y, sin duda también, el Ganges, porque en sus inmigraciones hacia el Oriente, ellos han pasado las provincias del alta Asia y tocado la China y el Petchili. Lo que ellos ocupan no le abandonan jamás, y se arraigan con obstinación. Babilonia permanece el centro del período del destierro asirio; Alejandría, la de la colonización Griega, Jerusalem, el foco ardiente que atiza la esperanza de la resurrección nacional.

Al establecerse en medio de los pueblos extranjeros y paganos, el Judío no se les incorpora; él vive aislado, conserva el libre ejercicio de su culto, y guarda frecuentemente una especie de nacionalidad religiosa; paga el tributo, pero está exento del servicio militar; tiene sus jueces propios para juzgarle y regirle. Algunos toman parte en el gobierno de las ciudades, de los ejércitos ó de los Estados; pero esto es una excepción: los Judíos se entregan más gustosos al tráfico, al comercio, al negocio. Agrupados en barrios reservados, allí edifican sinagogas y proseucas, á la entrada de las ciudades, cerca de los arroyos en donde pueden entregarse á sus abluciones. Lejos

de contrariar este aislamiento, los Romanos, á ejemplo de los Lágidos, le favorecen. Augusto ordena á los gobernadores de Asia no aplicar á los Judíos las leyes severas del Imperio respecto á las reuniones y asociaciones. Le es permitido recoger el impuesto del templo y enviarle á Jerusalem, como contribución voluntaria. Ellos tienen facultad de juzgar sus debates ante un tribunal judío, más bien que romano. En cuanto al servicio militar, exigido por poco tiempo bajo Tiberio, no se trata de él respecto de ellos en el Occidente.

Esta larga tolerancia ha favorecido mucho el desarrollo y el aumento de esta raza de la que es difícil depreciar la inteligencia práctica, la firmeza, la agilidad, la sobriedad, y, según el testimonio de Tácito, el amor de dar la vida y el desprecio de la muerte.[1] Nadie ha conocido mejor el arte de enriquecerse, porque nadie ha demostrado un sentido práctico más fino, una frugalidad más austera, un trabajo más infatigable y una voluntad más perseverante.

La preocupación del lucro que, en otras razas, sofoca las ideas superiores y seca la fuente de lo divino, no logran, en aquella, dominar ó destruir la religión.

Esos traficantes y esos comerciantes, desde los más insignificantes buhoneros y revendedores hasta los banqueros y mayores negociantes, permanecen como miembros de la comunidad, cuyo centro está en Jerusalem, y los radios de todas partes en donde se levanta una sinagoga: ellos se sienten los hijos de Abraham y llevan ese título en el mundo de los "goym" con un registro aristocrático, como los musulmanes llevan el suyo en medio de los cristianos, de los infieles de los "giaour;" ellos tienen una adhesión inviolable á la Ley y al Libro que la contiene; ellos descansan los sábados, celebran sus ritos lejos de las miradas paganas, bajo sus proseucas, á la sombra de sus jardines consagrados. Ellos no aceptan la mesa de las personas del país. Orgullosos de su sangre, ellos se casan entre sí y sólo con mujeres de su raza. Tienen costumbres de visitar, cada año, sobre todo en las grandes fiestas, en la Pascua, en la fiesta de los Tabernáculos y de la Dedicación, la Palestina y la ciudad santa; todos deben, al menos una vez en la vida, sacrificar personalmente á Jehovah en el único lugar que les sea agradable, y envían un tributo, llamado "primicias" ú ofrendas, á fin de enriquecer el tesoro del Templo y de proveer á las necesidades de los hermanos necesitados.

[1] Huic generandi amor et moriendi contemptus. Tácito, Hist. 1, V.

Las otras razas se funden en el medio al que emigran, el Judío no tiene más que una patria, la santa Sion: el resto del mundo no es para él sino tierra extranjera; va y viene, para, se alberga, pero sin unirse con lazos muy estrechos á ese suelo profanado que desdeña; y si acepta ó compra el título de ciudadano romano, es para dar una garantía más alta á su independencia, como Judío.

El Templo es su palladium sagrado, y la santa Salem, la estrella hacia la cual él se orienta para orar, como el musulmán hacia la Meca y la Kaaba.

Así es como, por su Libro y sus sinagogas, su culto y sus costumbres, su exclusivismo y su adhesión indestructible á la patria ausente, su fidelidad á la patria de los abuelos, su fraternidad y su organización poderosa, á través de los desprecios de que es objeto y las persecuciones que le asedian, en despecho de un medio que hubiera seducido y corrompido á cualquiera otra raza menos bien templada, el Judío dispuso permaneciese una comunidad religiosa, una Iglesia; desafía al paganismo, desprecia á los dioses, resiste á la cultura helénica y á las costumbres romanas, y, siempre inquebrantable en su fe, persiste en creerse destinado á dominar el mundo, desde que aparezca su Mesías.

Sin embargo, aunque él desdeña al mundo pagano y esté más preocupado de defenderse contra sus influencias que de convertirle á su culto, el Judío ejerce sobre él un verdadero proselitismo. A ello se aplica con celo, perseverancia y habilidad. Se encuentran en su apostolado todas las cualidades y

defectos de su raza: flexibilidad y arte de insinuarse, astucia y codicia, orgullo de sangre é intriga.[1] Por los esclavos y manumitidos, se desliza en la casa de los más altos personajes y hasta en los palacios de los Césares. Sobre los buques de los traficantes, da la vuelta á los mares y por las costas del Mediterráneo. Por el revendedor quien, con su inventario, recorre las calles y los senderos de los arrabales, obra sobre el ínfimo pueblo. "Nuestras leyes, decía Philon, no sin alguna énfasis, atraen para sí á todo el mundo, á los bárbaros, á los extranjeros, á los Griegos, á los que habitan los continentes y los que habitan las islas, en Oriente, en Occidente, en Europa."

Las mujeres se convierten más fácilmente que los hombres.[2] Todas las de Damasco, si se debe creer á Josepho,[3] habían abrazado el Judaísmo. Los hombres, y principalmente los extranjeros, cedían también, arrastrados por las ventajas de una conversión que les valía el derecho de ciudadanía, la exención del servicio militar y la facultad de casarse con las mujeres del país. La necesidad de una fe positiva, de una doctrina elevada, ha debido atraer á aquellos á quienes el paganismo había disgustado y el escepticismo desanimado.

Se distinguían dos clases de convertidos: los "prosélitos de la puerta" y los de la "justicia." Los primeros,—especie de clase intermediaria entre los paganos y los judíos, impura todavía, pero cuyo contacto no manchaba al verdadero hijo de Abraham,—no estaban obligados más que á adorar al verdadero Dios y á observar los siete preceptos noaquidos.[4] Los segundos llegaban á ser verdaderos Judíos por la circuncisión, el bautismo de inmersión y el sacrificio; sometidos á todos los usos y á todas las leyes de la alianza divina, estaban solemnemente admitidos en la teocracia; ellos se llamaban los perfectos.

1 Mat., XXIII, 15.
2 Act., XIII, 50; XVI, 14.
3 Antig., XVIII, 3, 5.
4 Exod., XII, 19; Lev., XVII, 12; XXIV, 16; Ezeq., XIV, 16.

A pesar del celo de su proselitismo, el Judío no logró corromper al mundo pagano. Paganismo y Judaísmo representan dos fuerzas hostiles, refractarias una de la otra.

El fariseo devoto, intransigente, tiene horror al Gentil, y el Gentil tiene en desprecio al Judío. El uno sacude el polvo de sus pies, como una mancha, cuando ha hollado una tierra pagana; el otro prodiga al circunciso el ridículo y el envilecimiento. Ciceron, "sólo veía en el judaísmo á un pueblo nacido para la servidumbre." Séneca le mira como "una nación miserable y criminal." Más amargo y más áspero, Tácito juzga "su culto insensato y despreciable," y le llamaba "la liga de la esclavitud." Entre Israel y el paganismo, hay más que una barrera, hay un abismo abierto, infranqueable. Después de seis siglos, diseminado á través de las naciones, él no ha atraído ninguno á su fe; él solamente la ha impuesto á dos pueblos vecinos: á los Idumeos bajo Juan Hyrcano,[1] á los Iturëos bajo Aristóbulo.[2] Su Dios, aterra más que atrae, y su ley, con sus ritos minuciosos, es un yugo más que un sostén: encadena y abruma á la conciencia, ella no la sostiene.

Evidentemente, esta raza religiosa está mejor dotada para la defección que para el ataque y la conquista; ella tiene más de cohesión que de expansión, de dureza que de flexibilidad; ella es más resistente que penetrante; tiene la fuerza, no la simpatía; es un granito: ella tiene la firmeza, pero carece de la energía soberana que asimila y transforma un medio. Su esterilidad, como potencia conquistadora, no tiene de igual más que su maravillosa indestructibilidad.

Nada, en la historia, prueba mejor la acción divina que ese pequeño pueblo, oprimido por todas partes por el paganismo universal y no soportándole jamás. En el curso de sus peregrinaciones á través de las civilizaciones más diversas, él hace algunas veces plagios á las tradiciones caldeas y asirias, á las

1 Antig., XIII, 9, 7; XV, 7, 9.
2 Ibid., XIII, 11, 3; 15, 4.

doctrinas y al culto del Egipto, á la teología persa y á la filosofía griega, pero en la planta permanece el mismo.

Todo es panteísta, él no lo es; todo es idolátrico, él no lo es; todo adora á la naturaleza, él no la adora; todo es fetiquista, él no le es. En su derredor, se diviniza á los jefes y á los reyes, él no reconoce en Abraham más que á un padre, y guarda con cuidado la tumba de Moisés quien permanece simplemente como su legislador. El mata á sus profetas; pero su palabra le domina, y la voz de esos muertos no se hace sino más elocuente sobre los que les han despreciado.

El resiste á todo: á la idolatría, á la filosofía, á la cultura helénica, á las persecuciones, á la fuerza más terrible que las demás, al tiempo y hasta á su propio Mesías. Puede decir de él que, si no ha sido convertido ni pervertido, y si nada tiene de transformado, él ha debido cuando menos todo conservado.

Este era un papel providencial.

En medio de esa lasitud, de ese disgusto que enervó al mundo antiguo, una inmensa esperanza siempre ha henchido al pecho de ese pueblo, solamente él ha creído en la redención humana, solamente, por un prodigio racionalmente inexplicable, ha colocado para lo futuro la edad de oro, que todos los pueblos sitúan en lo pasado. Merced al judaísmo, la idea de Dios siempre ha lucido sobre la tierra llena de tinieblas, y su acción siempre ha sido visible á través de las extravagancias del hombre. De una sangre judía, fecundada por el Espíritu, es de la que ha nacido el sér cuyo nombre es Salvador, el sér que ha realizado el ideal de los profetas y arrancado al alma humana del abismo sin fondo de errores y de vicios del que hace siglos, ella rodaba vencida, desesperada.

La imperfección y las faltas del hombre, sus ilusiones y su estrechez de espíritu, dejan siempre su huella en la obra grandiosa de Dios.

Los judíos, en masa, han hecho traición á su destino: ellos mezclan á la gran idea del Dios único el exclusivismo más feroz; ellos sofocan la alta moral mosaica, por las observancias y

ritos del todo materiales; ellos alojan las esperanzas mesiánicas al nivel de sus preocupaciones de raza, de nacionalidad y de religión. Parece que Jehovah, el único, el verdadero Dios, es Dios sólo de ellos; la ley ritual y ceremonial, la condición necesaria universal, de salvación; y su Mesías esperado, el gran conquistador que va á vengarles finalmente de su larga opresión.

Esas preocupaciones de tal manera habían cegado y endurecido la conciencia popular, que el judaísmo, desterrado por la Providencia á preparar las vías al Mesías, se convirtió en el mayor obstáculo á la obra mesiánica. Pero, como el paganismo tiene sus elegidos que han escapado al contagio universal, el judaísmo tiene sus fieles,—pequeño rebaño desconocido, extraño á las aberraciones de los doctores, de los sacerdotes y del pueblo, guardando en silencio las esperanzas de Dios.

Los documentos evangélicos presentan plena luz sobre esta porción reservada de la nación, sobre esos "verdaderos israelitas sin astucia,"[1] entre los que Dios debía elegir los instrumentos de su obra. Algunos tipos tomados de grupos diferentes son dibujados con un trazo sobrio, pero preciso, firme y profundo. El anciano sacerdote Zacarías, los pastores de Beit-Saour, el anciano Simeón, Ana la profetisa, nos dejan adivinar que, en el medio sacerdotal, todas las conciencias no están falseadas y petrificadas por la casuística de las Escrituras, que, en la sociedad elevada é instruída de Jerusalem, y hasta en la clase popular, sobre todo entre las mujeres, la piedad animaba al culto, é inspiraba á más de un corazón súplicas ardientes, implorando á grandes gritos la misericordia de Dios sobre su pueblo y la venida del verdadero libertador.

Tales eran los elementos en fusión en la humanidad, en el octavo siglo de Roma, en medio de la 192 Olimpiada y, según los Judíos, al fin del cuarto milenario de la creación.

Esto fué, según la primera palabra salida de los labios de

[1] Juan. 1-47.

Jesús,[1] "la plenitud de los tiempos." El Imperio, el Paganismo, la Filosofía, el Judaísmo oficial, todas las fuerzas humanas han cumplido su evolución. El mundo se muere, avasallado por la política moderna, degradado y desesperado por las falsas religiones, pidiendo vanamente á los filósofos el secreto de la vida y de la virtud. El mismo Judaísmo agoniza, infiel á su destino.

Jamás hubo momento más crítico. Pero Dios vela, y en su pueblo elegido los humildes oran, ellos esperan.

Fuera del Judaísmo, una vaga esperanza atestiguada por los poetas, los historiadores, los libros sibilinos, palpita y tiene al mundo en suspenso: es el presentimiento que anuncia todos los grandes acontecimientos de la historia.

Jesús va á nacer.

1 Marcos, 1, 15.

CAPITULO II.

LOS ORÍGENES DE JESÚS.—SU CONCEPCIÓN.

El origen de Jesús no es semejante al nuestro.

El no ha nacido como nosotros "de la mezcla de las sangres, ni de un instinto carnal, ni de una voluntad de hombre;"[1] trayendo á la humanidad el secreto y el poder de renacer en el Espíritu, él ha nacido de la mujer y del Espíritu de Dios.

El Espíritu de Dios es la fuerza soberana. El ordena la evolución general y preside al movimiento ordenado, progresivo del universo. Ahora, como él ha intervenido en el caos y la materia para producir el sér que siente, en la animalidad para producir al sér que piensa, él va á intervenir en el sér que piensa para que "la Tierra dé su fruto"[2] y que la humanidad vea "germinar al Salvador, al Santo, al Hijo de Dios."[3]

El resultado de la intervención divina no era más que una criatura; esta vez, el resultado está á la altura del infinito.

1 Juan, 1-13.
2 Salmo LXVI.
3 Lucas, 1, 35.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús,[1] "la plenitud de los tiempos." El Imperio, el Paganismo, la Filosofía, el Judaísmo oficial, todas las fuerzas humanas han cumplido su evolución. El mundo se muere, avasallado por la política moderna, degradado y desesperado por las falsas religiones, pidiendo vanamente á los filósofos el secreto de la vida y de la virtud. El mismo Judaísmo agoniza, infiel á su destino.

Jamás hubo momento más crítico. Pero Dios vela, y en su pueblo elegido los humildes oran, ellos esperan.

Fuera del Judaísmo, una vaga esperanza atestiguada por los poetas, los historiadores, los libros sibilinos, palpita y tiene al mundo en suspenso: es el presentimiento que anuncia todos los grandes acontecimientos de la historia.

Jesús va á nacer.

1 Marcos, 1, 15.

CAPITULO II.

LOS ORÍGENES DE JESÚS.—SU CONCEPCIÓN.

El origen de Jesús no es semejante al nuestro.

El no ha nacido como nosotros "de la mezcla de las sangres, ni de un instinto carnal, ni de una voluntad de hombre;"[1] trayendo á la humanidad el secreto y el poder de renacer en el Espíritu, él ha nacido de la mujer y del Espíritu de Dios.

El Espíritu de Dios es la fuerza soberana. El ordena la evolución general y preside al movimiento ordenado, progresivo del universo. Ahora, como él ha intervenido en el caos y la materia para producir el sér que siente, en la animalidad para producir al sér que piensa, él va á intervenir en el sér que piensa para que "la Tierra dé su fruto"[2] y que la humanidad vea "germinar al Salvador, al Santo, al Hijo de Dios."[3]

El resultado de la intervención divina no era más que una criatura; esta vez, el resultado está á la altura del infinito.

1 Juan, 1-13.
2 Salmo LXVI.
3 Lucas, 1, 35.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios se unió personalmente á su obra; y como él había encarnado la vida en la materia, la sensación en la vida, el pensamiento en la sensación, él mismo se encarna hoy en la humanidad. Los reinos se sobreponen y se cubren: el reino de la vida se une al reino de la materia; el reino animal al reino de la vida; el reino humano al reino de la animalidad; ahora, el Reino de Dios, y de los hijos de Dios en la humanidad.

Todos esos Génesis sucesivos constituyen en su conjunto el drama grandioso de esta tierra, todos ellos son misteriosos; cuanto más perfecto es el sér creado, tanto más profundo es el misterio.

La vida es más oculta que la materia, el animal más enigmático que la vida orgánica, el hombre más insondable que el animal, Jesús más impenetrable que todo. El que trata de escudriñar los órganos puede comprender las condiciones materiales en las que los seres se producen, la causa primitiva escapa á sus experiencias. ¿De dónde viene la materia? ¿De dónde la vida? ¿De dónde el sér que siente? ¿De dónde el sér que piensa? ¿De dónde viene el genio? ¿De dónde viene Cristo?

La ciencia que se detiene en los fenómenos responde: Lo ignoro. La razón, que percibe las causas, dice: Del Espíritu de Dios.

¿Bajo qué forma sensible é histórica la acción del Espíritu se ha manifestado en el género de Jesús? Es preciso preguntarlo á los documentos evangélicos,[1] los únicos de la antigüedad que nos informan con detalles respecto á este acontecimiento oculto, casi inapercibido, y que debe por tanto cambiar la faz del mundo.

La primera escena pasa en un país obscuro de Galilea. Su nombre hasta entonces desconocido, es Nazareth. El significa flor y renuevo. Viniendo de Jerusalem, se descubren, desde las últimas cimas de la Samaria, la pequeña ciudad, á lo lejos, como un punto blanco, sobre las alturas escarpadas que dominan el valle de Jisreel. Sus casas plomizas, cuadradas, de techos planos, se escalonan sobre la vertiente oriental de dos colinas separadas por un barranco que dibuja la calle ascendente de Nazareth. Ahí están las piscinas de ablución, los talleres, las tiendas, el mercado, la sinagoga. Al Este de la ciudad, se abre un valle donde brotó el manantial que hoy se llama la fuente de María.

[1] Respecto al valor de esos documentos, véase la introducción.

El barranco y el valle se juntan más allá de las últimas habitaciones, en un pequeño llano que forma el fondo verdoso de la taza dentro de la cual está sentada Nazareth. Cubierto de césped en la primavera, este llano se seca en estío, y se convierte en la era en la que los Nazarenos trillan con las patas de los bueyes el trigo y la cebada, y aechan su grano con el viento de la noche.

Olivos é higueras, nopales de anchas hojas siempre verdes, almendros y limoneros, sembrados de cipreses negruzcos, justifican el nombre de la pequeña ciudad fértil y florida.

Las callecillas que conducen al manantial, se animan en la mañana y en la tarde por el ir y venir de las jóvenes y de las mujeres. Ellas caminan á pasos lentos, silenciosas y graves, con el cántaro sobre la cabeza, la mano levantada para sostenerlo, el velo arrojado hacia atrás y flotante: diríase que eran estatuas griegas en movimiento.

En los días de fiesta y el sábado, los senderos de los campos se llenan. Grupos de hombres y de mujeres, separados, se ven en la pendiente de las colinas, bajo los olivos, cerca de las tumbas. Se charla sin cesar, sentados en el suelo; los hombres revestidos de sus mantos, las mujeres con túnicas abigarradas, ceñida la frente con una venda, y cubiertas como de un sudario con sus grandes chales de lino blanco.

Este lugar está lleno de dulzura y de silencio; punto de apresto en esas colinas cuyas líneas ondulan, sin romperse. La cordillera de Djebel-es-Sikh se une en círculo y limita el horizonte. Ningún ruido turba esta soledad cerrada de donde la

mirada y el pensamiento por sí mismos suben hacia el cielo.

Ahí, en una de esas casas tranquilas, es en donde vive desconocida la joven que va á recibir la más elevada revelación de Dios.

Las esperanzas de la nación judía van á dar su fruto. Dios no ha visto á los grandes, á los jefes religiosos, á los doctores, á los sabios, ni á los ricos. El ha escogido entre la multitud á una humilde criatura. El se guarda como una reserva, en el corazón del pueblo, de las almas que tienen todo el genio, y se complace en sacar de sus rangos á los escogidos que deben salvarle.

La joven se llama María.

Aun no tiene diez y seis años.

La tradición le da por padre á Joaquín y por madre á Ana.

Se cree que su padre había muerto cuando ella era niña. Ella es de descendencia real y de la sangre de David.[1] Ella ha sido educada en el Templo. Cosa extraña, en un pueblo en donde todas las mujeres podían ambicionar ser la madre del Mesías, en una raza para quien, por causa de esto, la esterilidad es un oprobio, ella, obedeciendo á una inspiración divina, se consagra á Dios en la virginidad. Sin embargo, siguiendo a ley y la costumbre judías, siendo heredera única, ella ha sido desposada y prometida hace poco á un hombre llamado José, de su propia tribu y de su familia, á su más próximo pariente quien deberá recoger su herencia.[2] La ceremonia de la entrada en la casa de su marido aun no se ha celebrado. Ella vive con su madre, preparando su ajuar de boda, como todas las jóvenes casadas de su país.[3]

Ahora bien, un día, ella vió aparecer, bajo forma humana, y entrar á su casa á Gabriel, el ángel de Dios.

El angel la dijo: —Salve, llena de gracia. El Señor es contigo Bendita eres entre las mujeres.

1 Véase el apéndice C: *Las dos Genealogías de Jesús*.
2 Véase el Apéndice C: *Ibid.*
3 Véase el Apéndice B: *El Matrimonio entre los Hebreos*.

Las desposadas judías viven retiradas y ocultas con sus compañeros lejos de las miradas de los hombres.

Así, á la vista del ángel, y escuchando sus palabras, María se turbó. Ella buscaba lo que podía ser semejante saludo.—No temas, María, la dijo el ángel, tú has hallado gracia ante Dios. He aquí: Concebirás y parirás á un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El será grande. Se le llamará Hijo de Dios. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; él reinará en la casa de Jacob para siempre; su reino no tendrá fin.[1]

La Virgen entonces comprendió que se trataba del Salvador esperado, de Aquel que levantaría por la eternidad el trono derribado de David, que será la gloria de Israel, la esperanza de las naciones, el orgullo de su madre. ¿Cómo había ella sido llamada para este papel divino, ella que había resuelto no ser madre por hombre alguno?

En su sorpresa, ella preguntó sencillamente:

—¿De qué manera se cumplirá esto? Yo no conozco varón.[2]

El ángel respondió:

—El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la potestad del Altísimo te cubrirá con su sombra; y esta es la razón por la que el que será engendrado será llamado Hijo de Dios.

Y el ángel le dió una señal:—Isabel, tu parienta, también ella ha concebido á un hijo en su vejez, y hoy es el sexto mes de la que se llamó estéril.

Nada es imposible á Dios.

Entonces, María exclamó:

—He aquí á la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra.

El ángel se alejó.[3]

Tal es el Génesis de Jesús.

El no está unido á la humanidad sino por su madre. Aquel que viene á inaugurar la raza nueva del Hijo de Dios, escapa

1 Luc., I, 29-33.
2 Luc., I, 34.
3 Luc., I, 35-38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al torrente de generaciones terrestres: no es el hombre quien le engendra, es el Espíritu quien le evoca de las castas entrañas de la Virgen.

Así, una de las más grandes, de las más prodigiosas palabras que han salido de la boca de los videntes, en Israel, una de las más misteriosas, ya se cumplió: "Una virgen concebirá y parirá un hijo, y se le llamará con el nombre de Emmanuel, que significa Dios con nosotros."[1]

Cerca de un siglo más tarde, un anciano, un apóstol, aquel que ha estado más profundamente iniciado en los secretos del alma de su Maestro,—San Juan, dará la interpretación de este hecho; él se servirá del lenguaje mismo de Platon, y en una página que sobrepuja todo lo que la filosofía griega ha dicho sobre Dios de más sublime, él enseñará que Jesús "el Verbo se hizo carne, y ha habitado entre nosotros."[2]

La más elevada aspiración de la humanidad ha hallado en el Hijo del Hombre una realización que le excede. Dios se ha hecho hombre; y la naturaleza humana, en Cristo, se ha hecho la naturaleza de un Dios. Este sér será el centro de todo el movimiento religioso. Cualquiera que desee elevarse hasta Dios, llegará á unirse á El. El es la piedra[3] erigida en medio de los tiempos. Los que choquen contra ella serán hechos pedazos; los que se apoyen sobre ella no serán quebrantados, ellos formarán poco á poco el edificio, la ciudad, el Reino de Dios, fin supremo de toda la creación y en espera de ella todo languidece, sufre y gime.

Cuando el Espíritu de Dios obró en ciertas almas elegidas para cumplir una misma obra, él impele á las unas sobre las otras, y las aproxima por un movimiento irresistible. Al día siguiente del día en que María fué llamada á ser la madre de Jesús, ella se dirigió con toda diligencia á otra mujer, su parienta, escogida para ser, á pesar de su edad y esterilidad, la madre de Juan Bautista.

1 Isaías, VII, 14.
2 Juan, I, 14.
3 Rom., IX, 32.

Isabel vivía con el sacerdote Zacarías, en las montañas de Judá, pequeño país, como se les halla frecuentemente en Palestina.[1]

La aldea llamada Karem, hoy Ain-Karim,[2] está sentada sobre un montículo que domina y encierra un circo de colinas. Los viñedos entremezclados de olivos y de higueras abundan; el manantial que brotó cerca de la aldea le ha dado su nombre. Sobre la línea uniforme del horizonte, algunas torres de guardia, castillos, raros ramilletes de terebintos y de madroños de follaje brillante.

El encuentro de esas dos mujeres, extensamente referido por San Lucas, pone en plena luz todo lo que agitaba divinamente á ese pequeño círculo íntimo en donde comenzaban á realizarse las grandes esperanzas de Israel y en donde Dios preparaba, sin que el mundo lo supiera, la salvación de la humanidad.

Los que están llenos del mismo sentimiento se adivinan, sin cambiarse una sola palabra. Al verse, desde la primera palabra, las dos madres se comprendieron.

Al saludo de María, Isabel sintió á su hijo estremecerse en sus entrañas, y bajo el peso de una inspiración divina:—Bendita eres, exclamó, entre las mujeres; y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es que la madre de mi Dios venga á mí? Sí; á tu voz, el hijo que llevo en mis entrañas ha dado saltos de alegría. Cuán dichosa eres, tú que has creído! Lo que el Señor te ha dicho se cumplirá![3]

Entonces fué cuando María reveló á Isabel el misterio de su vocación y de su maternidad.

—"Mi alma," dijo ella, "glorifica al Señor:

1 Véase el Apéndice D: *El lugar del nacimiento de Juan Bautista.*
2 Manantial de viñedos en hebreo.
3 Luc., I, 41-45.

"Y mi espíritu se estremece de alegría, en Dios mi Salvador.

"Porque ha visto la humildad de su sierva, he aquí que todos los siglos me llamarán dichosa.

"En mí ha hecho grandes cosas el Todopoderoso; y su nombre es santo.

"Y su misericordia de generación en generación, está sobre los que le temen.

"El ha obrado con el poder de su brazo y humillado á los que se exaltan en el pensamiento de sus corazones.

"El ha depuesto á los fuertes de sus tronos y exaltado á los pequeños.

"El ha llenado de bienes á los que tenían hambre y dejado sin nada á los ricos.

"El ha venido en auxilio de Israel, su servidor, acordándose de su misericordia.

"Como lo había prometido á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia."[1]

La poesía es el lenguaje de las impresiones vehementes y de las ideas sublimes. Entre los Judíos, como entre todos los pueblos de Oriente, ella está llena de inspiración. Toda alma es poeta, la alegría ó el dolor la hace cantar.[2]

Si alguna vez un corazón ha debido estallar en algún himno inspirado, es sin duda alguna el de la joven escogida de Dios para ser la madre del Mesías.

Ella copia de la historia bíblica de las mujeres, quienes antes de ella, se han regocijado en su maternidad, como Lía[3] y la madre de Samuel,[4] las expresiones que ella engrandece y transfigura. Los himnos nacionales que celebran la gloria de su pueblo, la misericordia, la potestad, la sabiduría y la fidelidad de Dios, llegan á sus labios acostumbrados á cantarles.

1 Luc., I, 46, 55.

2 Entre la poesía y la prosa, entre los Judíos, toda la diferencia está en el paralelismo rimado que pone en oposición dos ideas contrarias, ó que equipara dos ideas armónicas.

3 Gen., XXX, 10-13.

4 I Reyes, II, 1-8.

¿Qué criatura jamás tuvo conciencia de un destino más elevado y permaneció, en su grandeza, más humilde y más obscurecida? El hombre se exalta en sí mismo, se prevale frecuentemente contra Dios, por su fuerza y su genio; la sierva de Dios no se prevale sino por su bajeza y no se enorgullece más que en Dios. Ella profetiza su gloria futura, ella escucha ya la inmensa aclamación que la saludará á través de los siglos; mas ella no ve en ello mas que el triunfo de Aquel que ha hecho en ella grandes cosas.

No es de esta manera como habla una sencilla mujer, una hija de Eva. Ese cántico inspirado excede á todos los horizontes terrestres, y cierra el cielo de los tiempos antiguos; esto no es la esperanza que apela á Dios, es la fe triunfante quien le ve y le posée; es el himno de los nuevos tiempos, y la más espléndida aclamación de alegría que ha salido de pecho humano.

La residencia de María en Karem, en la casa de Zacarías, se prolongó por más de tres meses. Fué una larga oración, una confidencia no interrumpida, una adoración de los designios de Dios y la espera religiosa de su ejecución. Los sentimientos que revela el gran himno de la Virgen eran muy profundos para no ser exclusivos; ella vivía como aquellos á quienes el amor absorbe, pero á diferencia del amor humano que se concentra y se aisla, el amor divino se explaya y nutre á los demás; María hacía reinar á Dios en la familia que le daba la hospitalidad, en el alma de Zacarías, de Isabel y del hijo que iba á venir.

En el día esperado, Isabel dió al mundo un hijo, según la promesa que Zacarías había recibido, cuando una mañana, en el templo de Jerusalem, en el momento de ofrecer el incienso, él descubrió á la derecha del altar de los perfumes, al ángel de Dios, y supo por él el elevado y religioso destino de este hijo.[1]

Este nacimiento hizo gran ruido en las aldeas vecinas y en

1 Luc., I, 1-23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el parentesco de Zacarías. La edad avanzada de Isabel era conocida; este nacimiento que sobrepujaba á las fuerzas humanas, probaba que el dedo de Dios estaba ahí. Por todas partes se felicitaba á la madre.

El octavo día, era preciso circuncidar al niño: esto motivó incidentes nuevos y extraordinarios. Los padres y los amigos querían, conforme á la costumbre, dar al primogénito el nombre de su padre Zacarías.—Jamás, exclamó la madre. Este era entre los Judíos un privilegio reservado á la mujer, poner nombre á su hijo.[1] ¿Quién mejor que ella le conocía? ¿Quién lo adivina mejor? Si el nombre debe caracterizar al que le lleva, el talento maternal sabrá siempre hallar el más expresivo. Sabiendo bien que ella debía ese hijo á Dios, Isabel, no escuchando más que á su corazón y á su fe, quiso que el nombre del niño expresase la gracia otorgada á la madre.—Se llamará Juan,[2] dijo ella. Se objetaba la costumbre.—Pero nadie en tu familia ha llevado ese nombre.—Se hicieron señas al padre para saber su voluntad.—Zacarías, había quedado mudo desde que tuvo la visión en el Templo, pidió las tabletas y escribió: El se llamará Juan.

En ese mismo instante recobró la palabra y se puso á alabar á Dios. Todo el vecindario se conmovió. Se comentaba lo que había pasado en la casa del anciano sacerdote, y por todas las montañas de Judea en donde se había esparcido el ruído de esos acontecimientos, se maravillaban. Las esperanzas mesiánicas estaban vivas entonces en el pueblo, se esperaba al gran Enviado.

¿El hijo de Zacarías no sería ese enviado ó algún profeta? Se pronosticaba su porvenir; se le abordaba preguntándose:—¿Qué será este niño? La mano de Dios está con él, se decía, según la fórmula cara de los Hebreos.[3]

1 Entre los antiguos Hebreos, la madre daba el nombre al hijo, al darle á luz. Gen., XXIX, 32; XXXV, 18; I Reyes, I, 20.
2 Johana, don de Dios.
3 Luc., I, 66.

Mientras que esos rumores confusos corrían de aldea en aldea, la obra de Dios continuaba en derredor de la cuna de Juan. Su padre se llenó del antiguo espíritu de los profetas: él entrevía el misterio del que María de Nazareth llevaba en sus entrañas el secreto infalible; él tiene la conciencia precisa de la vocación de su hijo, él comprende todo lo que Dios había anunciado por boca de los santos y de los profetas, desde la eternidad, se cumplía en fin, é inspirado por el Espíritu, él lo canta en una profecía sublime:

"Bendito sea el Señor, Dios de Israel!

"El ha visitado y rescatado á su pueblo,

"El ha hecho erigir para nosotros al Salvador poderoso en la casa de David, su servidor,

"El nos libra de nuestros enemigos y de la mano de los que nos odian,

"El ha sido misericordioso con nuestros padres, y se ha acordado de su alianza santa,

"De la promesa que él había jurado á Abraham, nuestro padre, de darse á nosotros,

"A fin de que sin temor, libres de nuestros enemigos, le sirvamos,

"En la santidad y la justicia, ante él, todos los días de nuestra vida."

Y, mirando á su hijo, exclamó:

"Y tú, hijo mío, serás profeta del Altísimo.

"Tú marcharás ante la faz del Señor, preparando sus caminos.

"Tú darás á su pueblo la ciencia de la salvación y de la remisión de sus pecados.

"Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios en las que nos ha visitado Aquel que se levanta de las alturas.

"Para iluminar á aquellos que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, para dirigir nuestros pasos en la vía de la paz."[1]

1 Luc., I, 67-79.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La ciencia de los fariseos de la escuela de Hillel ó de Schammai, la piedad del todo ritual del sacerdocio, no conocían semejante lenguaje. Un espíritu nuevo conmueve á la humanidad.

Aun antes de nacer, apenas concebido, y desde el seno de su madre, ya reina Jesús; él santifica é inspira, santifica á Juan en las entrañas de Isabel, é inspira á Zacarías los acentos que recuerdan é igualan á los antiguos profetas. Ese anciano sacerdote transfigurado por él es tan grande como ellos.

No basta realzar los hechos materiales y palpables, es preciso señalar aun los hechos psicológicos, los sentimientos, las ideas, las inspiraciones; el interés de la historia está en esos resortes ocultos que imprimen el movimiento y que gobiernan á la realidad. Nada, aquí abajo, se ha cumplido visiblemente que no haya tenido en el alma y en Dios su causa invisible.

Ese pequeño rincón silencioso de las montañas de Judea, en donde María, Isabel y el sacerdote Zacarías se hallan reunidos, es como un cenáculo, una Iglesia. El Cristianismo ya está ahí todo entero. Dios está presente, aunque invisible. El engrandece á esas dos madres, él llena sus conciencias con su palabra y con su fuego. Esas criaturas, sin recurso humano, desnudas de todo lo que puede mover al mundo, bajo un punto de vista terrestre, son los agentes de la fuerza naciente que va á invadirle, á derribarle, á transformarle. Ellas anuncian que el ideal entrevisto de lejos por los profetas está en vísperas de cumplirse; las esperanzas nacionales hallan en ellas un foco ardiente y puro; la gran obra de Dios, todo ese plan de inefable misericordia, que tiene por objeto la salvación de Israel y de la humanidad, por condición la abnegación y el obscurecimiento del hombre, está concebido para ellas con una claridad absoluta y ellas le publican.

En el origen del Cristianismo, antes del triunfo resplandeciente del Espíritu de Jesús, se podía quizá desdeñar á esos seres obscuros y sus cantos proféticos; pero ante la obra adulta y siempre victoriosa, se debe reconocer en ellos un espíritu superior al hombre; son éstos, seres de primera magnitud, Dios sólo puede producirlos, la misma fantasía de los poetas no puede soñarlos.

¿María asistió al nacimiento de Juan y á las fiestas de su circuncisión? Los documentos evangélicos insinúan más bien lo contrario. No es sino después de haber mencionado su vuelta á Nazareth cuando San Lucas refiere el curso de los acontecimientos de la que fué el teatro la casa de Zacarías, y en los cuales, por lo demás, nada hace traición ó no deja sospechar su presencia.[1]

La Virgen no estaba más que desposada; la ceremonia de la recepción en la habitación de su marido aun no se había celebrado, el término fijado para esta fiesta de familia debía aproximarse; ella volvió á Nazareth.

Después de los días tranquilos de Ain-Karim, la esperaba una prueba.

Los signos de su maternidad se hacían visibles. ¿Cómo Dios salvaría el honor de su virginidad ante los hombres y ante los ojos del esposo á quien estaba prometida? Este pensamiento debió de atravesar el alma de María; pero lo que hubiera sido una angustia para una naturaleza vulgar, preocupada de sí misma, no podía turbar la serenidad de la que había dicho: "Yo soy la esclava del Señor; que se haga en mí según su palabra."

Todos los que se sienten, de alguna manera, los instrumentos de Dios, se entregan á él en la plenitud de la fe; él sabrá separar ó destruir los obstáculos. María, dijo Bossuet, en su gran lenguaje, abandonó todo á Dios y ella permaneció en la paz.

Ahora, he aquí lo que pasó en Nazareth:

José que no había sido iniciado en el misterio del que María, por reserva y humildad, guardaba el secreto, se apercibió de su estado. Las apariencias dejaban creer en la infidelidad de su esposa, y el respeto de su virtud le prohibía toda sospe-

1 Luc., I, 56.

cha. No pudiendo adivinar los designios impenetrables de Dios, él vaciló. En su justicia humana, él se resolvió á un partido que parecía salvarlo todo: en vez de denunciar á su esposa públicamente como adúltera, él la repudiaría sin ruido.

Los pensamientos del hombre el más moderado y el más sabio están lejos de la verdad y de la justicia de Dios. Si la resolución de José hubiera sido cumplida, ella salvaba su conciencia, pero perdía el honor de la madre y el del niño.

Cuando el hombre ha hecho todo para conocer su deber, él puede separarse todavía; pero él merece que Dios le asista y Dios interviene para salvarle. José fué iluminado con la luz divina y asociado directamente á la obra que se cumplía cerca de él y que él no sospechaba.

En medio de sus dudas, de sus angustias, en el momento en que él iba á cumplir lo que él creía ser la justicia, tuvo en la noche un sueño.

El Angel de Dios se le apareció y le dijo:

—José, hijo de David, no temas recibir en tu casa á María, tu mujer. Lo que ha nacido de ella es del Espíritu Santo. Ella dará á luz á un hijo, y tú le llamarás con el nombre de Jesús,[1] porque el salvará á su pueblo de sus pecados.[2]

Las luces de Dios, cualesquiera que sea el camino que ellas tomen para penetrar en la conciencia,—que ellos vengan por visiones exteriores ó por sueños, en la vigilia ó en el sueño, por inspiraciones súbitas y directas, de voces interiores ó de voces exteriores, por las de la naturaleza ó del hombre,—las luces de Dios alumbran hasta el fondo. El espíritu sabe, la voluntad se resuelve, y el hombre obra.

José despertó, se levantó, y sin vacilar, obedeció á la palabra de Dios que mandaba á su conciencia.

La recepción de María en la casa de su esposo fué celebrada sin retardo, conforme á la ley de Moisés, y según las costumbres judías y galileas.[1] Hubo los siete días de fiesta, los corderos inmolados, el cortejo de las jóvenes con las lámparas encendidas y las ramas de mirto.

1 Jeschouah, Jehovah—Salvador.
2 Mateo I, 20, 27.

El tipo de la Virgen está formado de pureza y de gracia, de humildad y de majestad: él ha inspirado á los más grandes artistas y desafiado su talento, la piedad de los cristianos le contempla, y la humilde Nazarena se cierne sobre este mundo, como la encarnación de la mujer ideal.

Este matrimonio no tuvo nada, si no es la perfección de los dos esposos, que le distinguiese de los demás. Con excepción de José y de María, no se sabía que, en los designios de Dios, él tenía por objeto el preparar la cuna del Mesías, y de dar al Mesías y á su Madre el apoyo de un hombre que sería, según la ley, el marido de la una y el padre del otro.

Los esposos, reunidos, vivieron como hermano y hermana, según la palabra discreta, pero formal del Evangelio, "y él no la conoció."[1]

José comprendió el papel que le estaba reservado en el génesis de Jesús; él se sintió el guardián de dos debilidades sagradas: la virginidad de su mujer y la infancia de Aquel que iba á nacer de ella.

Honrada y dulce figura, ese sencillo obrero tendrá la gloria de pasar entre los Judíos por el padre del Nazareno; él permanecerá como el modelo de la abnegación, de la adhesión y de la fidelidad. Su nombre se agregará á los dos nombres más amados de esta tierra, el nombre de María y el nombre de Jesús. La Iglesia cristiana no les separará en su culto; en medio de sus pruebas, á través de las edades, abrumada por su debilidad humana,—herencia de las enfermedades de Cristo, del que Dios la deja el peso,—ella levantará los ojos hacia ese predestinado, y ella le llamará su protector invisible.

Los días se suceden; la espera era grande en Nazareth, en

1 Véase el Apéndice B: *El Matrimonio entre los Hebreos.*
2 Mateo. I, 25.

la casa de José, el carpintero. La sobriedad de los Evangelios no nos da el menor detalle; pero los que conocen el corazón de las madres, sospechan las emociones divinas de la Virgen, en la víspera de dar á luz á Cristo. Las madres terrestres se agitan en la onda de sus sueños, interrogando con ansiedad al porvenir misterioso. La madre de Jesús tenía esperanzas infinitas de las que nada podía disminuir la plenitud ni turbar la serenidad.

CAPITULO III.

LOS ORÍGENES DE JESÚS: DESDE SU NACIMIENTO HASTA LA VUELTA DE EGIPTO.

Un hecho nuevo en la historia de la Judea, hacia el año 747–749 de Roma, puso en movimiento á toda la población del pequeño reinado de Herodes, de las provincias orientales y de los diversos Estados aliados ó tributarios del Imperio.[1]

Augusto había recibido del Senado, por diez años, la renovación de su mandato imperial. El acaba de cerrar el lustro (746). El había empadronado á los ciudadanos romanos, aun en las ciudades que tenían el derecho de ciudadanía como Antioquía, Beryta en Siria y Tarso en Cilicia. Por la tercera vez, las puertas del templo de Jano habían sido cerradas. Jamás, en el Imperio, la paz había sido más completa y universal. El señor del mundo la empleó con provecho; hizo su inventario, como un simple propietario opulento; y como un arrendatario

1 Véase el Apéndice A: *Cronología general de la vida de Jesús*, § 1º *El empadronamiento de Quirino*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la casa de José, el carpintero. La sobriedad de los Evangelios no nos da el menor detalle; pero los que conocen el corazón de las madres, sospechan las emociones divinas de la Virgen, en la víspera de dar á luz á Cristo. Las madres terrestres se agitan en la onda de sus sueños, interrogando con ansiedad al porvenir misterioso. La madre de Jesús tenía esperanzas infinitas de las que nada podía disminuir la plenitud ni turbar la serenidad.

CAPITULO III.

LOS ORÍGENES DE JESÚS: DESDE SU NACIMIENTO HASTA LA VUELTA DE EGIPTO.

Un hecho nuevo en la historia de la Judea, hacia el año 747–749 de Roma, puso en movimiento á toda la población del pequeño reinado de Herodes, de las provincias orientales y de los diversos Estados aliados ó tributarios del Imperio.[1]

Augusto había recibido del Senado, por diez años, la renovación de su mandato imperial. El acaba de cerrar el lustro (746). El había empadronado á los ciudadanos romanos, aun en las ciudades que tenían el derecho de ciudadanía como Antioquía, Beryta en Siria y Tarso en Cilicia. Por la tercera vez, las puertas del templo de Jano habían sido cerradas. Jamás, en el Imperio, la paz había sido más completa y universal. El señor del mundo la empleó con provecho; hizo su inventario, como un simple propietario opulento; y como un arrendatario

1 Véase el Apéndice A: *Cronología general de la vida de Jesús*, § 1º *El empadronamiento de Quirino*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

económico, avisado, mide sus tierras; enumera sus súbditos y aliados, regulariza el calendario, anota sus recursos en un libro de cuentas que ha llegado, hasta nosotros, por fragmentos. Ha ordenado el empadronamiento de todos los habitantes de las provincias y de los reinados aliados ó vasallos. La Judea, gobernada por Herodes, está sometida al edicto imperial.

Se ha querido negarlo. La crítica nada ha economizado para sorprender en flagrante delito de anacronismo á San Lucas,[1] el único autor que ha mencionado ese empadronamiento de las provincias y de la Judea. La historia imparcial no sabía seguir á los que objetan el testimonio del tercer Evangelio.[2]

El reino de Herodes ha sido empadronado. Este rey complaciente, cuya política no perdonaba jamás la ocasión de halagar á Augusto, se guardó bien de desobedecer al señor: se dió orden á todos los judíos de inscribirse, cada quien en su lugar de origen, y de prestar juramento de fidelidad á César y al Rey.[3]

Este fué el motivo del viaje de José y de María, á Belem José era oriundo de la pequeña ciudad;[4] legalmente ahí debía ser inscrito. Uno y otro vieron sin duda el dedo de Dios en el hecho imprevisto que les llevaba al lugar mismo en donde, según los profetas, debía nacer el Salvador de Israel. A pesar de su embarazo avanzado, á pesar del invierno y las fatigas de un largo viaje, María siguió á José.

La distancia de Nazareth á Belem es de tres á cuatro jornadas de camino, tomando la ruta directa á través del valle de Jizreel, las montañas de Samaria y de Judea, por Guinea, Bethulia, Sichem, Letonah, Béthel, Tell-el-Ful, Jerusalem y el valle de Rephaim. Las caravanas ahí se suceden sin interrupción. Las gentes del pueblo van á pie; pero es raro, en

1 Luc., II, 12.
2 Véase el Apéndice A: § 1°
3 Antiq., XVII, 2, 4.
4 Luc., I, 27.

Judea, que un asno no siga á cada familia, el infatigable y sobrio animal vive de poco, él lleva las provisiones, los vestidos y á su amo: esta es la cabalgadura del pobre.

Se hace paradero cerca de los manantiales, á lo largo del camino, á la sombra de algún árbol verde; en la tarde, á la puesta del sol, en la estación de las lluvias, se detienen á la entrada de las aldeas, en la caravana que sirve de abrigo á los viajeros y á las bestias; al día siguiente, á la aurora, se parte, cantando los salmos que hablan de Jesusalem y de la casa de Jehovah, y, de etapa en etapa, se llega al término del viaje.

Así caminaron José y María, acompañados de aquellos á quienes llevaba el edicto de Augusto, como ellos, á Belem ó alguna otra ciudad de Judá.

Belem,[1] está situada á dos leguas al Sur de Jerusalem, por la otra parte del valle de Rephaim, en el mismo corazón de las montañas de Judea. Ella ocupa la cima de dos colinas unidas la una á la otra en forma de media luna. Llanuras profundas la aislan de todas partes; la de en medio—la más fértil,—la Ouady-el-Karroubeh, ensenada por las dos puntas de la media luna, desciende en pendiente rápida y los muros escalonados para retener la tierra, le dan el aspecto de un vasto anfiteatro verdoso, cubierto de viñedos, de olivos, de higueras, de almendros y de algarrobos. El horizonte, limitado al Norte y al Poniente por las montañas que dominan á Belem, se abre espléndido al Mediodía y al Oriente. He aquí el campo de espigas en donde vino á espigar Ruth la Moabita, y muy próximo, el pequeño montículo que tiene á la aldea de Beit-Saur, en donde Booz tenía su era. Más lejos, el desierto de Judá con sus montes estériles, arenosos, parecidos á montones de ceniza gris. El sol dora esta desolación, pero nada germina sobre este suelo devastado. Por detrás,—en un abismo sobre el cual se levanta, como una muralla, la masa azulosa y violácea de las rocas de Moab,—el mar Muerto oculta sus

1 En hebreo: Beth-Lehem, casa del pan.

aguas azules. Al Mediodía, una montaña solitaria se eleva atrevidamente en un cono: es el Herodión, en donde el viejo rey Herodes quiso ser sepultado y dormir su eterno sueño.

Tal es el pequeño país que vió nacer á David y en donde hoy se estrechan sus descendientes.

Las casas rebosan de gente. El Khan [1] de la aldea, el "diversorium" de que habla San Lucas está encumbrado. Cuando María y José llegaron, ya no había lugar para ellos; debieron buscar un abrigo en una gruta vecina, en una de esas excavaciones que se encuentran frecuentemente en Palestina, en la falda, sobre el plano de las colinas de calcáreo. Una de ellas se llamaba el pesebre ó el establo; ella estaba situada en la extremidad del país, en la punta que ve á Hebron y servía de refugio á los animales. Ahí fué en donde se albergaron los dos viajeros sin abrigo, ahí en ese refugio miserable, es en donde va á nacer el hijo de David, Aquel á quien el ángel había anunciado á su madre como el Santo, el Hijo de Dios, el Salvador y el heredero de un trono eterno. Ese hecho, el más importante de la historia, el Evangelio le refiere en dos palabras sublimes de sencillez como si se tratase del último de los Belemitas: "Ahora bien, mientras que ellos estaban ahí, los días del embarazo de María terminaron. Ella dió á luz á su primogénito. Ella le cubrió con pañales. Le acostó en el pesebre, porque ya no había lugar para ellos en la parada." [2]

Aquella que había concebido en la virginidad dió á luz en la virginidad. El Evangelio lo deja entender; ella no conoció las debilidades ni el abatimiento de nuestras madres. Ella misma es quien recibe á su hijo, ella misma quien le acuesta en su cuna improvisada. La fe cristiana se arrodilló ante esta mujer y el niño que reposa sobre su seno; ella aprendió al mirarles, la dulzura, la pobreza, el sacrificio; ella se ha formado de esta escena inefable visiones siempre nuevas, sin cansarse jamás y sin poder agotar la virtud, el encanto y la belleza.

1 Lugar en donde se reunen las caravanas en Oriente.
2 Luc., II, 6, 7.

Esto pasó en una noche de Diciembre, en el mes de Tébeth, según el calendario judío, ignorado de todos, sin otro testigo que María y José. La pequeña ciudad, adormecida, no sospechaba el nacimiento de Aquel que, mejor que David, debe inmortalizarla. Pero el Espíritu de Dios está en plena efervescencia sobre esta gruta y esta cuna abandonada; ahí va á llevar á sus elegidos.

Toda la iniciativa está en él. A los que él ilumina ven, á los que llama escuchan, á los que no toca permanecen inertes en su inconsciencia y sus tinieblas.

Al fin de Belem, un poco más allá de Beit-Saour, en el mismo valle en el que Booz tenía sus campos de cebada y trigo, en donde Ruth de Moab había venido á espigar, los pastores apacentaban sus ganados.

Los pastores, en Oriente, representan la clase ínfima de la población agrícola; son los criados de los sirvientes. El dueño del campo no trabaja; él tiene sus trabajadores, sus obreros y los apacentadores de sus ganados. Actualmente se les ve con la cabeza cubierta con un largo velo negro, con una piel de borrego sobre las espaldas, con los pies desnudos ó calzados con miserables sandalias, con una pequeña clava de encino ó de sycomoro, en la mano; ellos se relevan de vigilia en vigilia, sentados debajo de alguna roca, al rededor de grandes fogatas. Desde las primeras lluvias, la tierra en la que más tarde caerá la semilla, se cubre de yerba y de flores, y los ganados viven de sus primeros renuevos.

Ahora, durante el tiempo en que velaban esos pastores de Beit-Saour, una claridad celestial les inundó; espantados, vieron de pie, cerca de ellos, á un ángel del Señor:

—Tranquilizáos, les dijo: vengo á anunciaros una alegría que será grande para todo el pueblo. Os ha nacido, hoy, un Salvador, que es el Cristo, el Señor, en la ciudad misma de David. Vosotros le reconoceréis por esta señal: él está cubierto de mantillas y puesto en el pesebre. [1]

1 Luc., II, 9 12.

En el mismo instante, grandes voces llenaron el cielo. La multitud de los espíritus, de contino con el ángel, alababa á Dios y decía: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad." [1]

El mundo divino se estremece con el nacimiento de Jesús. Nada se ha cumplido aquí abajo que no haya estado decretado allá arriba; los fenómenos terrestres son la repercusión de las causas celestiales é impenetrables. Todo el porvenir, todo el misterio de esta cuna está en estas dos palabras que llenarán el espacio y el tiempo: Gloria y paz, gloria á Dios, paz al hombre. Por lo demás, la tierra que no conocía á Dios, tiene un hijo que va á enseñarnos su nombre y á establecer su reino; la humanidad, entregada á la ley brutal de la destrucción en la lucha por la existencia, va á conocer la ley de la paz, porque ella será regida por la ley del amor.

Los ángeles se alejaron y desaparecieron en el cielo; y los pastores se dijeron:—Subamos hasta Belem. Vamos á ver "esta palabra que acaba de cumplirse" y que el Señor nos ha hecho conocer.

Ellos llegaron, apresurando el paso, y hallaron á María y José y al recién nacido colocado en el pesebre.

Al verle, comprendieron lo que se les había dicho respecto del niño. [2]

Las almas sencillas iluminadas por Dios tienen la mirada penetrante, ellas adivinan lo que los sabios, con toda su filosofía, no podrían entender. Sólo la fe conoce á Dios y sus designios, la razón los discute con arrogancia: ellos le escapan y la ciegan; ella quiere plegarlos á sus exigencias y á sus estrictas fórmulas: ella muy á menudo termina por negarlos, desfigurarlos ó aminorarlos.

Los pastores regresaron á sus rebaños y refirieron lo que habían visto, se maravillaron de su narración, y ellos glorificaron y alabaron á Dios. No parece, sin embargo, que el testimonio de estas pobres gentes haya conmovido á Belem ni turbado la paz y la humildad de la cuna de Jesús. El permaneció desconocido entre su madre y José. Pero María conservaba en su corazón lo que ella entendía; como todas las madres, ella hacía de sus recuerdos un tesoro, una especie de libro interior que ella releía con ternura.

1 Luc., II, 14.
2 Luc., II, 15-17.

El campo de los pastores subsiste todavía; allí pacen los ganados, en la estación de invierno como en el tiempo de Jesús, bajo los olivos, en las tierras en las que reverdece el mismo césped, en donde florecen las mismas anémonas. El culto nunca ha abandonado este lugar en donde resplandeció el primer brillo de la aurora naciente de Cristo. En la noche de Navidad, los Belemitas acuden á la Iglesia de Helena, de la que no quedan más que ruinas, y en la cripta casi ruinosa, oran á los pastores de Beit-Saour, sus abuelos, que fueron los primeros apóstoles.

Con su largo velo blanco, sentados en grupo sobre los muros derribados, á la sombra de los olivos plantados en su derredor, esas mujeres, vistas de lejos, recuerdan á los seres misteriosos que cantaron en la venida de Jesús. Esta muchedumbre tiene un aire de alegría y de serenidad que se armoniza bien con los recuerdos de que está lleno este campo, con una luz de Oriente que todo lo embellece y da aun á la roca estéril una apariencia de riqueza y de vida.

Al cabo de ocho días, el niño, conforme á la ley de Moisés, fué circuncidado [1] en la misma casa que abrigó á los humildes extranjeros. Verosímilmente, esta fiesta de familia fué una fiesta de pobre. Todo pasó sencilla y obscuramente, no hubo nada de extraordinario sino el nombre profético dado al niño; y todavía ese nombre de Jesús podía parecer un nombre vulgar: otros niños le llevaban. El no tenía todo su sentido divino en

1 Levit., XII, 3.

Jesús sino á los ojos de la fe, en el alma del padre y de la madre.

El primer nacido de toda criatura viviente, entre los judíos, era ofrecido á Dios;[1] pagábase por rescatarlo, cinco ciclos de la moneda sagrada ó cien óbolos. Treinta y tres dias después de la circuncisión, la mujer que había dado á luz se dirigía al Templo para purificarse: rica, ofrecía un cordero; pobre, un par de tórtolas.[2]

Para obedecer á esos ritos mosaicos, María y José fueron de Belem á Jerusalem, en el día designado, llevando á Jesús.

Ellos se presentaron, según la costumbre, en el patio de las mujeres, delante de la puerta de Nicanor, al pie de las gradas, en la entrada misma del patio de los sacerdotes, en frente del altar de las oblaciones; ahí dieron los cinco ciclos, y María entregó al sacerdote las dos palomas.

Un incidente lleno de interés, una manifestación inesperada, debe aquí relatarse.

El Templo, sus pórticos y sus pasadizos, como hoy las mezquitas, estaban, en las horas del sacrificio y de la oración, llenos de una multitud de gentes que venían á sacrificar, á traer ofrendas, á hacer sus abluciones y recitar el Geullah,[3] la oración de la Redención.

Entre los Judíos que pedían á Dios acordarse del día del Mesías y de la vida de las generaciones futuras, y que veían, arrodillada ante el altar de las ofrendas á María entregando su hijo al sacerdote, se hallaba un anciano, llamado Simeón. El Espíritu de Dios le había conducido al Templo, en el momento mismo en que Jesús fué presentado. El habitaba Jerusalem, pertenecía á esa clase piadosa que vivía en la fidelidad, en el temor de Dios, y había adoptado por salutación esta frase: ¡Que yo vea el consuelo de Israel! Durante su larga vida él

1 Exod., XIII. 2-12-Núm., XVIII, 15-16.
2 Levit., XII, 15.
3 Talm., Hieros., Chagiga.

había visto declinar la fortuna terrestre de su país; él era de aquellos á quienes el reino de Herodes, con su paganismo é impiedad, entristecía; pero nada podía sofocar en él la esperanza de libertad. Este es el tipo de la fe ardiente y serena. La vejez se lamenta y se desanima; él guardaba bajo sus cabellos blancos la confianza de las almas jóvenes, no se lamentaba, esperaba. Dios hablaba á su corazón. Una voz secreta le decía que la hora de salvación de Israel estaba próxima, y que él no moriría sin haber visto con sus ojos al Ungido del Señor.[1]

Una iluminación repentina le reveló que el Salvador era ese mismo niño á quien una mujer pobre presentaba al sacerdote: él le oraba en sus brazos, y, como Zacarías, el anciano fué tambien profeta.

—Ahora, oh Señor, exclamó, deja ir á tu siervo en paz, según tu palabra. Mis ojos han visto al Salvador que tú has preparado á la faz de todas las naciones, luz que iluminará á los paganos, y gloria de Israel, tu pueblo.[2]

Esa exclamación sublime entró en lo más profundo de la conciencia de los cristianos, como la expresión inmortal de la alegría de los hombres de esperanza que ven en fin con sus ojos el bien en el cual han creído en la longanimidad de una fe indomable.

El padre y la madre de Jesús estaban maravillados al oír hablar de esta manera de su hijo.

Simeón les bendijo, y, muy radiante del espíritu que le animaba, se volvió á María, su madre:

—Mujer, la dijo, este niño está destinado á la ruina y á la resurrección de muchos en Israel.—El será una señal de contradicción,—lo que traspasará á tu alma como una espada,—á fin de que los pensamientos secretos sean revelados.[3]

Este profeta del destino doloroso de Jesús y de los sufri-

1 Luc., II, 26 y sig.
2 Luc., II, 28 y sig.
3 Luc., II, 34 y sig.

mientos de su madre, cruelmente se cumplió. La vida pública del Salvador será, en efecto, una lucha sin cuartel, y su vida de ultratumba en la Iglesia fundada por él en medio de este mundo atormentado, es un largo calvario. Cristo es hoy como ayer, como será mañana, el prodigio de una contradicción. Es preciso estar con él ó contra él, él atrae ó rechaza; él obliga á las conciencias á rebelarse.

Cuando las palabras salidas de una boca humana atraviesan así los siglos, proyectando en ellos una gran claridad, ellas descubren su origen: no es el hombre, es el Espíritu de Dios quien habla.

La voz de Simeón encontró más de un eco entre aquellos que iban y venían por los pasadizos del Templo; la emoción del anciano debió impresionarles.[1]

Allí estaba también una mujer de gran piedad, llamada Ana, hija de Phanuel, de la Tribu de Aser. Habiendo enviudado siete años después de su matrimonio, ella se había consagrado al Templo, noche y día, viviendo en la oración y el ayuno. Dábansele ochenta años. Ella fué testigo de la oblación de Jesús, y ella oyó hablar á Simeón del austero porvenir mesiánico del niño. Su alma se iluminó y sufrió la acción divina, ella no cesaba en su oración, y refería á todos los que vivían con la esperanza de salvación, que el Salvador estaba en fin dado á Israel. Mas no parece que esos estremecimientos hubieran franqueado el círculo íntimo de los raros iniciados á los que Dios hizo brillar los primeros rayos de la aurora de Cristo.

Ningún rumor circuló en el pueblo de Jerusalem, nada conmovió el palacio de Herodes y no alarmó al tirano sospechoso. Los jefes de la nación no tuvieron ni una sola mirada respecto á lo que había pasado en el Templo; ancianos y grandes sacerdotes fariseos, y patriotas, soñaban con un porvenir bien diferente de aquel que un anciano profetizaba sobre la cabeza de un niño desconocido.

1 Luc., II, 36 y sig.

Llenados todos los deberes religiosos, José y María abandonaron á Jerusalem, y regresaron á su país, en Galilea, á Nazareth con Jesús.[1]

Se estaba entonces en el mes de Schévat, en los primeros días de Febrero. Un proyecto cuyo vestigio vemos claramente,[2] había poco á poco madurado en el espíritu de José. Consagrado por completo á su misión de velar por el niño que Dios le había confiado, quiso tratarle como convenía á su destino mesiánico. Un profeta, el Salvador esperado, el Mesías, debía vivir y obrar en el reino de Judá. De los Judáicos es donde viene la salvación, dirá más tarde Jesús á la Samaritana.[3] La opinión popular, aun entre los Israelitas piadosos, no admitía que el Enviado de Dios, aquel que debía ser la gloria y la salvación del pueblo, ejercía su acción fuera de la tierra de Judá, lejos del santuario nacional al cual todos los Judíos acudían de los cuatro ángulos del mundo y en donde el Dios de Israel residía como en su propia habitación.

¿Por qué José había permanecido con su familia en medio de esta Galilea pagana de la que decían los mejores Judíos: Puede salir algo bueno de Nazareth?[4] Nada le detenía allí.

El se resolvió á venir á habitar en Judea, cerca de Belem de donde era oriundo, y que debió parecerle predestinado á ver crecer al Mesías, como ella le había visto nacer. La acogida que él había allí recibido, después del nacimiento de Jesús, de los pastores del país y de sus amos le arruinó en su designio; esto fué sin duda lo que motivó, muy poco tiempo después de su regreso á Nazareth, un nuevo viaje á Belem en donde él contaba establecer su residencia. Así, cuando él lleva de Egipto al niño y á su madre, no es á Nazareth á donde piensa volver, sino á Belem, y es preciso una orden de Dios

1 Luc., II, 39.
2 Mateo, II, 22.
3 Juan, IV, 22.
4 Juan, I, 46.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para cambiar su resolución; Nazareth estaba predestinada á ocultar á Cristo hasta su vida pública.

En esta segunda residencia, y probablemente hacia el fin de Adar (Febrero-Marzo), algún tiempo antes de la Pascua del año 750, fué donde pasaron algunos acontecimientos de los que el primer Evangelio sólo nos ha conservado el recuerdo, y que arrojan sobre la infancia de Jesús un nuevo brillo, lleno de misterio y de grandeza.

Las esperanzas religiosas de los Judíos relativas al porvenir de su raza y al Mesías que debía tener el imperio del mundo, no estaban confinadas en los límites de la pequeña nación; ellas se habían infiltrado á través del paganismo, ellas recorrían el Oriente, hacían lucir un rayo de esperanza hasta en los espíritus desanimados de la Roma imperial; puede decirse que ellas estaban en la atmósfera: poetas, historiadores, filósofos, sacerdotes y astrólogos mirando el porvenir, todos contaban con ellas.

En un país cuyo nombre no menciona el Evangelio, pero, que no puede ser sino la Caldea, la Mesopotamia, la Persia ó la Arabia Petrea,—porque estos países ordinariamente los designa la Escritura con el nombre vago de Oriente, [1] —los hombres que hacían profesión de sabiduría y que leían en el libro de los astros, para investigar en ellos los secretos del porvenir,—los magos como se les llamaba,—vieron un día en el cielo una estrella. [2]

¿Era un meteoro, un astro propiamente dicho ó un cometa? Admirados del fenómeno, interrogaron á las tradiciones de sus abuelos, de sus maestros, é iluminados, sin duda, por una luz divina, reconocieron la señal del gran dominador prometido á la Judea.

El libro de Daniel, en donde estaba marcada la sucesión de los imperios y computado el tiempo de la venida del Hijo del

1 Cf. Núm. XXIII, 7. Isaías, XII, 2. Jeremías, XLIX, 28. Ezeq. XXV, 10.

2 Véase el Apéndice A: *Cronología general de la vida de Jesús*, § 2. *La Estrella de los magos*.

hombre, no debía serles desconocido. Tal vez, aun descendían ellos de Balaam, el profeta pagano que había anunciado que una estrella se levantaría de Jacob, y que un cetro surgiría de Israel. [3]

Tres de ellos abandonaron su país y se pusieron en camino para Jerusalem. Su caravana rica y brillante hizo ruido en la ciudad. Ellos se informaban por todas partes, y, sin poner en duda el acontecimiento, que según ellos debía de cumplirse, se dirigían por doquiera, diciendo:—El rey de los Judíos ha nacido, ¿en dónde está? Hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. [4]

Las palabras de esos extranjeros llegaron á oídos de Herodes. El rey se turbó, y Jerusalem, en donde la esperanza del Libertador hallaba siempre almas ardientes, se conmovió.

Herodes, inquieto, convocó inmediatamente á los jefes religiosos y á los doctores, y se informó con ellos del lugar en donde Cristo debía nacer. Todos le respondieron:—En Belem de Judá. Las Escrituras eran formales, la tradición unánime; y un profeta había dicho, sin equivocarse: Y tú, Belem, tierra de Judá, tú no eres la más pequeña ciudad de las ciudades de Judá, porque de ti saldrá el Jefe que gobernará á mi pueblo de Israel. [5]

Avisado el viejo tirano hizo llamar en secreto á los magos, y se informó del tiempo preciso en que la estrella se les había aparecido.—Id á Belem, les dijo, ahí es en donde ha nacido. Buscad al niño, y, cuando le hayáis encontrado, dadme la noticia, á fin de que, yo también, vaya á adorarle. [6]

No parece que los magos hayan penetrado la astucia oculta en las palabras solícitas de Herodes. Ellos ignoraban, sin duda, la historia odiosa de este ambicioso intrigante que no estaba sin pretensión en el papel del Mesías, y que nunca ha-

1 Números, XXIV, 17.

2 Mateo, II.

3 Miqueas, V, 2. La cita no es textual, pero ella da exactamente el pensamiento de profeta.

4 Mateo, II, 8 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía retrocedido ante el crimen para suprimir á los que podían hacerle sombra en su celoso reinado.

Después de haber oído al rey partieron. Apenas salidos de Jerusalem, reapareció la estrella que vieron en Oriente. Tuvieron una gran alegría al volver á ver su luz. La estrella les precedía, ella se detuvo sobre el mismo lugar en donde estaba el niño. Entraron en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y prosternándose, le adoraron.[1]

Según la costumbre de su país, ellos la ofrecieron presentes, y pusieron á sus piés las cosas preciosas que ellos habían traído: oro, incienso y myrra.

Evidentemente, hay ahí algo más que un hecho de hospitalidad oriental. Esos sabios venidos de lejos están iluminados por otra luz que la de una vana astrología. La estrella es un símbolo de la claridad de Dios que brilla en la conciencia, y de la inspiración que conduce á las almas á la eternidad. No es á un conquistador futuro á quien adoran los magos en este niño nacido ayer, ellos ven en El al Emmanuel, al verdadero Cristo reclinado en un pobre pesebre; iluminados por el Espíritu, creen y adoran. Ninguna palabra ha llegado hasta nosotros para traducir su fe; pero sus presentes tienen un lenguaje profundo: ellos ofrecen el oro al Rey del porvenir, el incienso al sacerdote, la mirra al inmolado quien, por su muerte, fundará entre los hombres el reinado y el sacerdocio eternos.

Los hijos de Balaam han profetizado mejor que su antepasado, ellos han abierto la vía por la cual han pasado los paganos; la humanidad, en muchedumbre, les ha seguido, ella ha puesto á los pies de Cristo, á semejanza de ellos, el oro, el incienso y la mirra; y, sin cansarse jamás, ella le adora, le suplica, sufre con él, y le ama hasta el martirio.

Herodes esperaba la vuelta de los magos; y ellos mismos, después de haber descubierto al que buscaban, vacilaban en informar al rey cuyos designios pérfidos presentían. Un sueño por el que reconocieron la voluntad de lo alto, les decidió

1 Mat II. 4.

á no volver hacia él, partieron por otro camino, probablemente por el sur del mar Muerto, hacia su país.

La visita de esos jeques religiosos, su munificencia, sus homenajes, su fe, debieron arrojar alguna luz en la pobre residencia de José. ¿Cómo extranjeros, ricamente acompañados, venían de tan lejos á ver á un niño del pueblo? Todo pasa al aire libre en Oriente, y los rumores debían correr de casa en casa por la pequeña ciudad de Belem; sin duda se pronunció el nombre del Mesías y del Libertador; José debió concebir algún temor: la crueldad de Herodes y su astucia eran conocidas de todos los Judíos.

En efecto, se preparaba una tempestad. Sorprendido de no ver regresar á los magos y sintiendo fallados sus cálculos, Herodes entró en un violento enojo.

El tenía el alma de un cortesano; bajo, vil, ante sus señores los Romanos, era imperioso y duro respecto de sus súbditos. La cólera era uno de los vicios de esta naturaleza desconfiada, ella no se calmaba sino saciándose, y no se saciaba más que con la sangre. El no desterraba, mataba. Desde que se atacaba ó se amenazaba su poder, él no respondía sino con la muerte.

El asesinato es su instrumento de reinado.

Apenas ascendido al trono, pide á Antonio la ejecución de Antígono vencido: Antígono es decapitado.[1] Hace asesinar á todos los miembros del Sanhedrín quienes, durante el sitio de Jerusalem, habían tomado parte contra él y sus aliados romanos; hace ahogar á Aristóbulo, su cuñado, hijo de Alejandra, en un baño, en Jericó, y entrega al verdugo, bajo un vano pretexto de traición, al octogenario Hyrcano, el último de los Asmoneos,[2] sospecha injustamente á una de sus mujeres, Mariamna: es preciso que ella muera. Las intrigas de Phéroras y de Salomé despiertan su desconfianza, respecto á sus dos

1 Antiq., XV, 1.
2 Antiq., XV, 9.

hijos, Alejandro y Aristóbulo: ordena que se les extrangule.[1] Al envejecer, se hizo más cruel y más receloso. Los fariseos, exasperados por su política más antireligiosa y antinacional, conspiran y provocan sublevaciones: se apodera de los dos cabecillas, Judas y Matías, y los hace quemar vivos.[2]

Cuando vió á toda Jerusalem conmoverse con el pensamiento de un Libertador que acaba de nacer, el viejo déspota, bien pronto tomó su resolución: Que se le aprehenda y que muera. ¿Pero cómo descubrirle? Sus satélites lo intentan vanamente. Belem fué el objeto de pesquisas disimuladas. La violencia de Herodes aumentó con el fracaso de sus investigaciones; no vaciló ante una medida radical y revolucionaria, y aquel que había marcado por un asesinato casi todos los años de su reinado, aquel, que antes de morir, hizo matar á uno de sus hijos, aquel, que viendo aproximarse su fin, y temiendo que nadie llorase en sus funerales, había ordenado el asesinato, en el circo de Jericó, de los principales jefes de su ejército, mandó degollar á todos los niños de pecho, en Belem y en los alrededores.

En esto se reconoce por completo al tirano, colérico y feroz.

La colina en donde descansa Raquel, se llenó de sangre y de lágrimas, los lamentos de las madres llenaron los valles. Es preciso haber visto los duelos en Oriente, escuchado los gritos, los sollozos, al rededor de las tumbas recientemente abiertas, para imaginar la angustia de esas mujeres rehusando ser consoladas, porque sus hijos ya no existen. Herodes, después del asesinato de las criaturas de Belem, pudo dormir contento. Creyó haber sofocado con la sangre todas las esperanzas siempre crecientes del pueblo.

Se engañaba.

Herodes no logró más que señalar con una aureola sangrienta la cuna de Jesús: héle aquí escoltado de una falange inmaculada de mártires; otros seguirán por legiones á esos inocentes degollados; el camino de Cristo á través de la humanidad es un camino de sangre; todos los que quieran seguir al Crucificado serán consagrados como él, á la persecución homicida, en este mundo en donde nadie ha sido más contradicho que el mismo Dios.

1 Antiq., XVI, 18.
2 Antiq., XVII, 6.

Jesús escapó á la cólera de Herodes.

Después de la partida de los magos, José fué advertido por Dios. La misma voz que le había hablado en sueños, en la hora de su matrimonio, le habló de nuevo:

"Levántate, le dijo, toma al niño y á su madre, huye á Egipto. Herodes va á buscar al niño: quiere perderle."[1]

José se levantó, tomó al niño y á su madre, en la noche, y partió á Egipto.

¿Cuáles fueron los incidentes de ese largo viaje? ¿En dónde llegaron á fijarse los fugitivos? El Evangelio no nos dice nada. El único detalle que suministra es relativo á la duración de la residencia: ellos permanecieron ahí hasta después de la muerte de Herodes.

La leyenda, en revancha, no ha economizado ninguna fantasía, y los apócrifos han aglomerado lo maravilloso en este período del destino de Jesús niño. Las bestias feroces, los leones y las panteras, se dulcificaban como corderos ante él; las palomas se inclinaban á su paso, las flores nacían en su camino, las fuentes brotaban en pleno desierto, para refrescarle, la ruta se acortó, las distancias se borraron, los ídolos se rompían á su aproximación, los demonios huían, los poseídos fueron libertados, y el Niño-Dios multiplicó en derredor de El las maravillas que revelaban su divinidad.[2]

La historia no sabría aceptar esas narraciones extrañas, y la Iglesia nunca las ha sancionado. Tradiciones de una remota antigüedad y que aun están vivas en la Iglesia cophta, en Egipto, nos enseñan que la sagrada familia hizo parada bajo

1 Mateo, II, 13.
2 Cf. Evang. Arabe de la Infancia.—Historia del nacimiento de María.—Hist. de José el Carpintero.

los sycomoros de Heliópolis, cerca de la fuente de Matarëa, y se fijó primero en la entrada de Menphis, en el viejo Cairo. Vése ahí todavía una iglesia muy antigua, construída en recuerdo de la permanencia de Jesús. Los cristianos cophtas la sirven y no dejan de mostrar á los visitantes, en la cripta, los tres portales consagrados á Jesús, á María y á José.

El destierro de Egipto no salvó solamente la vida amenazada de Jesús, él comenzó á formar en derredor suyo y sobre el silencio y la paz que nada turbará, hasta el día de las grandes luchas. La estrella de los magos desaparece, las voces proféticas se callan, el cielo se vela, la humilde familia se pierde entre la multitud, el padre y la madre guardan solos, como un tesoro oculto, el misterio de Jesús.

El año siguiente (750-751), murió Herodes. Sin embargo, José, establecido con los suyos en la colonia judía de Menphis, no parecía tener prisa de volver á Judea. Una inspiración le advirtió volver á la tierra de Israel, volvió á pasar la frontera de Egipto con el niño y su madre; pero al saber que Arquelaüs, el nuevo rey de Judea, continuaba la política opresiva é impía de su padre,[1] juzgó prudente no habitar ahí.

La Galilea y la Perea estaban mejor compartidas; ellas tenían por tetrarca á otro hijo de Herodes, Antipas;[2] este príncipe amigo del fausto, y además de un carácter benévolo, emprendió fundar dos ciudades, Tiberiades y Julias, y trató, por la dulzura y el liberalismo de su gobierno, por el lujo de los edificios públicos y diversas ventajas materiales, atraerse lo más posible á los habitantes de las provincias vecinas.

Un sueño reveló á José que debía retirarse á Galilea; y regresó entonces á Nazareth en donde estableció su residencia. En este pequeño país, despreciado de los Judíos al grado de haber pasado en proverbio como incapaz de producir nada bueno, es en donde Jesús crecerá desconocido. El será llamado el

1 Antiq., XVII, 13.
2 Antiq., XVII, 11.

Nazareno. Ese nombre [1] recuerda una idea y una expresión familiares á los profetas, cuando ellos hablan del Mesías: —"He aquí al hombre," decía Zacarías, "El que Germina," tal es su nombre."[2]—"Yo haré nacer de David un germen santo," había dicho Jeremías.[3] E Isaías, había visto, el primero "Un *Renuevo* brotar de la raíz de David."[4]

¿Jamás se ha levantado, en efecto, no solamente de la raíz davídica, sino de la raza humana, un ramo florido semejante á Jesús de Nazareth?[5]

1 En hebreo *Notzer*, renuevo, flor.
2 Zacarías, VI, 12.
3 Jeremías, XXII, 5; XXXIII, 15.
4 Isaías, XI, 1.
5 La palabra empleada por Jeremías y Zacarías, no es *Notzer*, sino *Tzemaḥ*; la expresión difiere, la idea es la misma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

VALOR HISTÓRICO DE LAS NARRACIONES MILAGROSAS DEL NACIMIENTO Y DE LA INFANCIA DE JESÚS.

La narración de los orígenes de Jesús tiene un carácter sobrenatural que no se debe debilitar ni disimular. Un gran hecho le domina y forma la trama: la intervención personal de Dios. El Espíritu divino obró en su soberana iniciativa, se revela bajo diversos modos en la conciencia de seres escogidos, les llama, les ordena, los mueve á su albedrío, y ellos ejecutan libremente sus voluntades.

El que no quiere ver, en este momento único de la historia, más que el juego de las fuerzas de la naturaleza y de la humanidad, no penetrará jamás el misterio de Cristo, porque él olvida á Dios, la fuerza motriz suprema que plega á la naturaleza y á la humanidad para asociarlas á sus designios.

Todos los adversarios del milagro, los partidarios de la ciencia exclusiva,—racionalistas, panteistas, materialistas, positivistas ó escépticos,—proscriben de la historia y tratan de leyenda ó de narración poética el Evangelio de la infancia, tal como San Mateo y San Lucas nos lo han referido; ellos no veían en esas narraciones más que un hecho ordinario, embellecido, como todos los nacimientos de hombres ilustres en la antigüedad, por el sentimiento y la imaginación.

El hecho ordinario, el único histórico, según su sistema, se mantiene en una línea: Jesús nació, bajo Augusto, en Palestina.

El examen más atento y más concienzudo de las obras en donde esta crítica se ha formulado, no descubrirá el menor argumento "histórico" contra los hechos que he referido conforme á los documentos originales. La oposición que ellos levantan es, en el fondo, puramente dogmática. Ellos suponen la intervención personal y sobrenatural de Dios, y, desde entonces, ellos no sabían hallar gracia ante los sistemas de filosofía que suprimen esta intervención. Semejante crítica tiene juntamente el valor de los sistemas que ella invoca; ahora, esos sistemas, á pesar del valor de la opinión, no tienen ningún derecho de darse como la expresión de la verdad, porque ellos pueden estar convencidos de error por la misma razón; y siempre me he preguntado ¿cómo los historiadores, cuyo deber es referir los hechos debidamente atestiguados, se permiten plegarlos violentamente á sus teorías? Esto no es cambiar los papeles? El hecho documentado es indiscutible, la teoría es del dominio de las cosas dudosas. No incumbe á nuestra filosofía el ordenar los hechos, á los hechos pertenece el ordenar nuestra filosofía.

El único hecho histórico contra el cual la razón pudiera ser invocado victoriosamente, es aquel que implica contradicción y que choca con el principio de causalidad; un hecho inconcebible y sin causa repugna, ni existe ni puede existir. Los filósofos que han tratado de absurdos á los hechos evangélicos no los han juzgado sino bajo el punto de vista de sus sistemas y no conforme á los principios primeros, esenciales, evidentes, de la razón humana. A la razón incorruptible es á la que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debe apelar contra la tiranía de esta crítica estricta, arbitraria y violenta.

Basta, para que los hechos milagrosos tengan el derecho de tomar lugar en la historia, que ellos sean concebibles y que se apoyen sobre testimonios dignos de fe. Ahora, esos hechos son concebibles, puesto que tienen en la fuerza, la sabiduría y la bondad de Dios una razón de ser suficiente; están certificados por testigos competentes que los atestigüen con la sinceridad de su conciencia? He aquí la gran cuestión.

Nadie recusará la autoridad histórica del tercer Evangelio [1] al cual debemos todos los detalles de la concepción y del nacimiento de Jesús. San Lucas se explica en un prólogo, en términos formales, sobre su plan.[2] El no recoge, cerrados los ojos, á las tradiciones vagas ni leyendas, consigna hechos; ha seguido desde el origen, con exactitud y con cuidado, á fin de escribirlo con orden y de enseñar á Teófilo la verdad de las cosas sobre las que ya ha sido catequizado. ¿Cómo suponer que este escritor cuidadoso y concienzudo haya engañado ó sorprendido la buena fe de Teófilo y de todos aquellos que le leerán, mezclando á la historia real, narraciones fantásticas, poéticas, legendarias? ¿Qué crítica imparcial se arrogaría el derecho de rehusar semejante testimonio y de recusar hechos por la sola razón que ellos exceden al círculo siempre estrecho de sus propios pensamientos? Un sistema de filosofía no es la razón misma, está sujeto á controversia y puede ser erróneo; mientras que la razón, con sus principios fundamentales, es infalible. La historia de los orígenes de Jesús, según los Evangelios, puede chocar á un sistema, ella no tiene más que á la razón, en sus principios esenciales, no la puede recibir.

Algunos críticos han ensayado poner en duda la autenticidad de los dos primeros capítulos de San Lucas. ¿En qué se apoyan? Esos capítulos están anunciados en el prólogo mismo: "Yo he seguido todo, con cuidado, desde el origen," escribe

1 Véase la Introducción, págs. XVI y sig.
2 Luc. I, 34.

el autor;[1] y ellos se encuentran en las primeras versiones, como en los más antiguos manuscritos. A mediados del segundo siglo, es verdad, Marcion los ha desechado: él no quería para Cristo sino á un puro "Eon," superior á todas las vicisitudes del nacimiento, del dolor y de la muerte, no teniendo de la humanidad mas que la apariencia; por eso San Justino, Tertuliano, Epifanio, reprochan vivamente á Marcion la mutilación de San Lucas. También es verdad que los cánticos de María,[2] de Zacarías,[3] y de Simeón,[4] están sembrados de hebraismos y ofrecen ciertos rasgos de un espíritu judaizante poco en armonía con el carácter pauliniano del Evangelio; pero esos rasgos son más bien pruebas inesperadas de autenticidad, porque ellas revelan las fuentes privadas en las que ha bebido el autor para redactar hechos que datan ya de medio siglo y que fueron consignados bajo la emoción misma de los acontecimientos. Los Judíos contemporáneos de San Lucas no hablan y no piensan como las piadosas familias de los tiempos de Zacarías y de Simeón.

Por lo demás, San Lucas estaba bien colocado para informarse respecto á la historia evangélica. Se conocen, según las "Actas" sus relaciones íntimas con Pablo, su residencia en Antioquía, su patria, y en Cesarea, en donde recibió la hospitalidad del diácono Felipe; y sin recordar su viaje á Jerusalem, en donde frecuentó á los Apóstoles, es evidente que ha debido encontrarse en relación con la madre de Jesús y la familia de Juan Bautista.

Tal es la fuente en donde ha bebido los detalles preciosos que él nos refiere.

Entre todos estos testigos, hay uno que excede á los demás, María, la madre de Jesús. Según San Lucas,[5] ella guar-

1 Luc., I, 3.
2 Luc., I, 46 y sig.
3 Luc., I, 68 y sig.
4 Luc., II, 29 y sig.
5 Luc., II, 19, 51.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dó en su corazón las palabras que escuchó y las escenas en las que ella representó el primer papel. ¿Esta mujer había guardado sellados sus labios y rehusado á los discípulos, á los amigos, la confidencia de los misterios en los que ella había sido mezclada? ¿Quién lo creerá? En su discreción, delicadamente subrayada por San Lucas, ella ha sabido esperar, en verdad, la hora de Dios; pero llegada esta hora, ella ha hablado, y tenemos en el tercer Evangelio su propio testimonio.

Si leyendas sin realidad histórica, narraciones inspiradas por la imaginación y el sentimiento de los discípulos, se habían formado respecto á los orígenes de Jesús, de su cuna y de su infancia, no es admisible que ninguna protesta se haya levantado y que la madre de Cristo se haya convertido, por su silencio, en la cómplice de esos mitos y de esas poesías mentirosas.

Es preciso señalar, sin embargo, en el seno de la Iglesia primitiva, la secta de los Ebionitas, esos judeo-cristianos adversarios obstinados del espíritu nuevo del Evangelio, pertinazmente afianzados á las observancias judías, esclavos de la letra que mata, enemigos irreconciliables de San Pablo de quien niegan la misión y abominan la doctrina antilegal. Los Ebionitas han negado la concepción y el nacimiento milagroso de Cristo; pero su negativa no ha hecho más que dar más peso á la narración de San Lucas, cuya intención expresa era afirmar contra los disidentes la verdad de estos hechos divinos.

Fuera de ellos, una sola contradicción se ha levantado, en la antigüedad, contra la historia evangélica de los orígenes de Jesús: es una injuria salida del odio que ha perseguido sin tregua la obra de Cristo,[1] un ultraje á la pureza de la cuna de Jesús; la injuria y el ultraje han sido recogidos por Celso,[2] ellos no merecen el honor de una refutación ante toda conciencia honrada. La santidad del Evangelio protesta contra esta odiosa calumnia. Se la ve reaparecer en Alemania, en ese mismo

1 Cf., *Talmud*.
2 Orígenes, *Contr. Celse*, I, 32.

siglo, bajo la pluma de diversos escritores.[1] Un Judío francés,[2] no tiene temor de reproducirla, sin haber logrado más que los demás en darle algún crédito, tanto se muestra ella injuriosa y arbitraria, inverosímil y chocante.

El mito y la leyenda, en verdad, germinan á porfía respecto á los orígenes de Jesús, como en rededor de los genios que han herido vivamente al pensamiento y al corazón del hombre; pero esas creaciones de la fantasía y del sentimiento esperan para producirse, que el tiempo y la distancia hayan cubierto de sombra á los hombres y á las cosas; ellas temen mucho al ojo vigilante de los testigos y no crecen sino sobre sus tumbas. Si se quiere cosecharlos á plenas gavillas, no es en los Evangelios canónicos en donde es preciso buscarles, sino en los numerosos apócrifos del segundo, tercero, cuarto y quinto siglos.[3]

Que se compare á esos libros anónimos con el texto de los Evangelios: los primeros son frecuentemente pueriles y bizarros, llenos de lo maravilloso y de cosas inconcebibles; el otro está escrito con una pluma pura, tranquila y viva; ahí todo es grave y sobrio, positivo y preciso, los personajes están marcados con un rasgo vigoroso, las situaciones no tienen nada de vago y de incoherente, los discursos concuerdan con los personajes; el cuadro resalta en poderoso relieve, lleno de armonía y de originalidad.

Nada que recuerde las fábulas paganas de la intervención sospechosa de los dioses y de las diosas en los hechos de los héroes ó de los grandes hombres; nada que denote el genio judío, tan poco abierto al ideal de la virginidad. La narración del origen virginal de Jesús no se explica sino por la misma realidad; no es de esta manera como la imaginación sueña é inventa.

1 Venturini; Barth, *Die natur. Geburt. Jes. v. Naz. kritor. beurheilet.*
2 Salvador.
3 Cf., en el *Diccionario de los apócrifos*, t. I., pequeña edición: *El Evangelio de la Infancia; el Protevangelio de Santiago; la Historia del nacimiento de María; la Historia del nacimiento del Carpintero José*, etc.

No se puede menos de reír, al ver la manera con que la escuela mítica ha considerado la formación de toda esta historia. El procedimiento es sencillo y sumario. ¿Un hecho presenta un punto de contacto con el Antiguo Testamento? he aquí el nucleo en cuyo derredor se construye la leyenda. ¿Trátase en Isaías de una virgen que concebirá? esa palabra ha creado por "epigénesis" la leyenda de la Anunciación. La estrella de Balaam ha creado también la estrella de los magos, gracias á la aproximación ingeniosa del versículo del Libro de los Números[1] con el versículo de un salmo que dice que los reyes de Arabia y de Saba vendrán á ofrecer presentes al libertador de Israel.[2] La madre de Samuel entona un cántico de acción de gracias:[3] la madre de Jesús debía de cantar el suyo. Y así de lo demás. El Antiguo Testamento y la mitología son la mina de donde sale la leyenda, la fantasía piadosa de los fieles es el artista que la construye, la Iglesia crédula y cómplice es el medio en donde ella se propaga.

Cuando los puntos de contacto faltan en el Antiguo Testamento, se hojea la historia profana. Para explicar la presencia de los pastores cerca de Jesús naciente, se apela á los mitos greco-romanos de un Remo y de un Rómulo alimentados por los guardianes de los ganados.

Es extraño que el mundo haya esperado diez y ocho siglos para ser claro en la narración evangélica de los orígenes de Jesús.

Esta explicación poética y mítica no inspira confianza alguna; llegada muy tarde, ella tiene el estilo de un expediente destinado á sacar de dificultades á aquellos á quienes ofusca el milagro.

Si todavía se sorprendiera á esas narraciones en su nacimiento y en su génesis, si se nombrara á los autores de esas

1 Números, XXIV, 17.
2 Salm., LXXI.
3 I, Reyes, I, 2.

fantasías cuya belleza se admira, el sentido divino y la frescura ideal; pero nada, ningún documento, ningún hecho, siempre hipótesis arbitrarias y frecuentemente inverosímiles. Las figuras del Antiguo Testamento, el sentimiento cristiano mezclado á las esperanzas mesiánicas, la necesidad de glorificar á Cristo amado y desaparecido, he aquí lo que ha obrado todo mágicamente en la conciencia popular.

Los Evangelios afirman, en diversos párrafos, que la madre de Jesús conservaba en su memoria y repasaba en su corazón las palabras escuchadas, las escenas verificadas á su vista: se desprecia este elemento; él es del todo esencial, y ningún historiador tiene el derecho de sospecharle. ¿Por qué, desde entonces, no se ve en las narraciones evangélicas la confidencia de esta mujer? Mejor que nadie las madres saben acordarse; su ternura no olvida nada; todo lo que se relaciona con el niño concebido, alimentado, educado por ellas, se graba en su alma profundamente.

La escuela mítica ha ensayado también esta sublime historia bajándola al nivel de las fábulas griegas y de las fantasías hindous.

Ella ha recordado lo que se refería de Platon que él había nacido del comercio del dios Apolo con Perictiona, su madre; que Rómulo pasaba por ser el hijo de Marte; y Cesar de Venus; si Dios se había hecho hombre en Cristo, una secta boudhista no enseñaba las siete narraciones de Krichua? Y Cakya-Monni, el reformador de la religión de brahamanes, no se había hecho dios, según los libros sagrados del boudhismo? Una diosa virgen no había asistido en su nacimiento terrestre? Aun hoy mismo, el jefe de la jerarquía boudhista en el Thibet, no se da como una divinidad encarnada?

Lejos de debilitar la historia evangélica, esas comparaciones la justifican, ellas atestiguan con una aspiración universal que no podría estar alucinada, porque ella tiene á Dios por principio, y los deseos inspirados de Dios son la profecía de lo que debe ser. La tendencia general de la humanidad de hacer

intervenir á Dios en el génesis de los grandes genios no ha hallado su objeto perfecto sino en el génesis de Jesús.

Los más moderados entre los adversarios del valor histórico de esas páginas, visiblemente embarazados por lo sobrenatural de que ellas están llenas,—la intervención de Dios, la aparición de ángeles, los sueños reveladores, los discursos proféticos,—han afectado distinguir el fondo y la forma. La forma no es más que un velo poético artísticamente tejido por los primeros cristianos para cubrir la idea de la naturaleza divina de Jesucristo. Ese dogma que, en la enseñanza y en el concepto de todos los escritores apostólicos, ocupa sin contradicción el lugar más importante, ha sido formulado, según esos críticos, según los medios y el tiempo, de una manera alternativa, vaga ó precisa, popular ó sabia, poética ó teológica: aquí tenemos la fórmula poética y popular. Sólo importa el fondo, la forma puede ser considerada bajo el punto de vista crítico, pero es preciso guardarse de tocarla muy de cerca.

Ese sistema tímido sacrifica sin motivo el valor histórico de los hechos, la realidad oculta bajo la fórmula del dogma; comete además el error grave de ver en esta fórmula una verdad que no está ahí contenida necesaria y lógicamente. En efecto, no es la "naturaleza divina" de Jesús la que ahí está enseñada, sino su "origen divino:" Jesús podía ser Dios y hombre, sin ser concebido de esa manera; podía ser concebido así, sin ser Dios y hombre. En realidad, conforme á la teología católica, él nació por obra del Espíritu Santo, y él posee, en la unidad de una misma persona, la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre; pero esos dos hechos no se derivan necesariamente el uno del otro; y por lo mismo no se podría ver en la narración del primero la fórmula que indica ó expresa el segundo.

En vano se buscaría en todas las literaturas sagradas y profanas una página en que la poesía y la historia, lo ideal y lo real, lo humano y lo divino, se hayan elevado más alto en un acuerdo perfecto.

Todo se contiene en esas narraciones; el conjunto y los detalles se arreglan con orden, en una bella y fuerte unidad; los rasgos suministrados por San Mateo se agregan á la historia de San Lucas y ensanchan sus horizontes. La estrella misteriosa parece indicar que las revoluciones astronómicas, midiendo la vida del universo, se coordinan con las transformaciones de nuestro pequeño mundo, y sus jefes misteriosos venidos del Oriente, de una tierra pagana, dejan sospechar que las esperanzas de un Salvador no eran el patrimonio exclusivo de una raza, y que su acción debía extenderse á la humanidad entera.

Jesús es el Hijo de Dios, pero nace en un establo, como un niño pobre; él no tiene para reconocerle sino pastores judíos, pero todo el cielo está de fiesta sobre su cuna, en la noche en que él vino al mundo. Un instante, á la llegada de los magos, la ciudad real se conmueve; pero apenas esta gloria terrestre ha resplandecido, cuando el niño amenazado está condenado á huir; y la sangre de aquellos que han nacido al mismo tiempo que él, corre á torrentes sobre esta tierra en la que él es perseguido.

Todos esos contrastes se continuarán en la vida de Cristo, y en su obra á través de los siglos, en el seno de la Iglesia fundada por él: ellos repercuten, ellos prolongan la antítesis prodigiosa y fundamental que es todo el misterio de Jesús y que San Juan ha expresado en una palabra: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros."[1]

La leyenda no conoce semejantes armonías; esos sueños incoherentes no chocan solamente con lo verosímil, ellos ofenden á la razón; ella se complace en lo arbitrario y la alegoría, en lo maravilloso y lo excéntrico. En los hermosos tiempos del paganismo ella otorgaba á los dioses las debilidades y pasiones del hombre; en los tiempos que siguieron al cristianismo, ella presta á Dios mismo las fantasías del cerebro humano.

[1] Juan, I, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que se coloque en el mismo ramo á los apócrifos y la mitología de los Griegos, de los Romanos, de los Hnidous, y los hechos maravillosos de la historia de Mahoma: sea; un crítico independiente no podría tratar así á los Evangelios canónicos y á la historia de la infancia de Jesús.

Los discursos que se mezclan á estos hechos contribuyen á defenderlos y revelan su carácter divino.

El espíritu profético se despierta, él toma la gran tradición de los videntes desaparecidos; rompiendo el círculo estrecho en donde se sofocaba á la piedad judía, franqueó las barreras de ese formalismo ciego en el que los doctores y los jefes de la religión tenían esclavizados al pensamiento y al sentimiento religioso. Las promesas antiguas de Dios están comprendidas en su grandeza; el trono de David será exaltado; pero es el Hijo de Dios quien le ocupará con un reinado sin fin; Israel será consolado y salvado, pero los que están sentados en las tinieblas y la muerte, los paganos abandonados, no serán olvidados; no es Israel quien reinará, es Dios, y las entrañas de su bondad se enternecerán sobre toda criatura.

La conciencia popular no era capaz de abrirse á esas inspiraciones como la conciencia de los doctores y de los sacerdotes. Es preciso cegarse para no ver ahí el signo resplandeciente del Espíritu y de la palabra de Dios. La del hombre, por grande que sea, no puede llegar á esta sublimidad y á esta penetración, abrirse un camino en el corazón mismo de la humanidad, penetrar el porvenir con esta certidumbre y grabarse en la memoria de los hombres, tan profundamente que á través de los siglos, se la encuentra todavía ardiente y siempre viva en los labios de aquellos que adoran, piden, sufren, aman y esperan.

Está ahí una marca intrínseca del valor histórico que el Evangelio sólo posee, y que guarda inviolables, sobre toda sospecha, esas páginas de la infancia de Jesús.

CAPITULO V.

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE JESÚS.—SU EDUCACIÓN.

La vida de Jesús, niño y adolescente, en Nazareth, se refiere en dos palabras: el crecía, él obedecía.[1] Obedecía á su padre y á su madre; "crecía en sabiduría, en gracia y en edad, ante Dios y ante los hombres." Nada de extraordinario, nada deslumbrador, nada que salga en apariencia de las leyes de la humanidad. El se desarrolla físicamente como todos los niños, y muestra de año en año, la inteligencia y las virtudes, la fuerza y el encanto que convienen á su edad. Ningún obstáculo estorba este crecimiento perfecto. Las pasiones al despertarse, tienen un tumulto, una efervescencia que turban la armonía del sér humano; ellas están en equilibrio en el alma de Jesús. El mal, bajo ninguna forma, no ha ofendido "á Aquel que ha nacido santo,"[2] y en quien "habita substancialmente la plenitud de Dios."[3]

1 Luc., II, 51, 52.
2 Luc., I, 37.
3 Epist. á los Colosn., II, 9.

La materia en él está penetrada por el alma que la domina y la transfigura, y el alma por el Espíritu de Dios que la llena y la diviniza. Ninguna psicología podrá comprender las irradiaciones de Dios en el alma de Jesús, y ninguna ciencia jamás comprenderá toda la belleza de su cuerpo vibrante y creciente bajo los rayos y los impulsos de una alma que lo Infinito desarrolla toda entera con su inspiración y su virtud.

El es el niño, el adolescente ideal, como será más tarde el hombre ideal. Entre él y los hijos de la tierra, hay esta diferencia: los mejores entre nosotros aspiran á la perfección á la que nunca llegan, él realiza el tipo absoluto.[1]

La unión total, personal, de la naturaleza humana y de la naturaleza divina le dan la intuición de la verdad infinita, la posesión del amor infinito;[2] pero ella no impedía en su razón, el desarrollo del conocimiento experimental,[3] el ejercicio progresivo de las virtudes, el esfuerzo de la voluntad, las fatigas del cuerpo, el trabajo y el dolor. Este es el patrimonio esencial del hombre terrestre. Jesús le ha quitado todo entero con sus debilidades, su miseria y su mortalidad; su unión con Dios no le libertó más que del pecado y de la imperfección.

Los modos más diversos pueden existir simultáneamente en el alma, sin excluirse y sin destruirse; la intuición es compatible con el conocimiento experimental, las alegrías divinas se unen á las angustias sin nombre, y los combates violentos á una inalterable serenidad.

Jesús fué educado como todos los Galileos de su edad, en la pequeña ciudad de Nazareth.

Niño, tomó parte en sus juegos tranquilos. Joven, ha debido mezclarse con sus compañeros, sentarse en medio de ellos, vivir como su vida; él les admiraba por su sabiduría, pero él tenía la radiación de la bondad, el encanto de las almas dulces y humildes.

1 Cf. Thomas, I Sm., 3ª P., Qs. XV.
2 Cf. Id. Id. 3ª P. Qs. XV, art. 10.
3 Cf. Id. Id. 3ª P. Qs. XII.

En nada se asemejaba á nuestra educación moderna la educación del joven Israelita, en Judea, en tiempo de Herodes. La escuela pública desempeña un papel preponderante entre nosotros, ella educa al niño en la casa paterna, desde los diez hasta los veinte años, para entregarlo al maestro; ella no existía aún entre los Judíos. Sólo Jerusalem poseía una escuela popular que se llamaba "Beth-Hassepher," la casa del Libro. Establecida, un siglo antes de Jesús, por el Fariseo Simón Ben Schetach, ella fué el modelo de aquellas que, en el año 64, fueron fundadas en todas las ciudades y en todas las aldeas, por orden del gran sacerdote Jesus Ben Gamala.[1]

El niño judío se educa en la casa paterna, en la sinagoga, en el taller. En la casa, recibe los consejos del padre y de la madre; en la sinagoga, aprende á leer la Thora; en el taller, se forma un estado.

La educación doméstica, entre los Judíos, exclusivamente religiosa y patriótica, se concentraba en la Ley, la moral y la historia; su objeto era formar la conciencia, grabar en ella la Ley de Dios, la fidelidad á sus preceptos y el amor de la nación; ella ha sido el honor y la fuerza de su pueblo, el más tradicional que existe en el mundo. En el propio lugar es en donde se enciende el patriotismo en el alma del niño; del corazón del padre y de la madre es donde ella adquiere, con el temor de Dios, el conocimiento de los mandamientos divinos y se inicia al genio religioso de Israel, á sus grandes destinos.

La educación se imponía á los padres como un deber sagrado. El hijo, el primogénito, era para ellos las primicias del vigor del padre[2] y la señal de la bendición de Dios; una familia sin posteridad les parecía abandonada ó maldita: por esto, entre los padres y los hijos, este amor que ha dado á las familias Israelitas una constancia que jamás han conocido los paganos. El Romano tenía el derecho de matar, de deshere-

1 Talmud Hieros., Ketubhoth, VIII, 11
2 Talmud Babyl, Bababathra, 21, a.
3 Deuter., XXI, 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dar y de abandonar á sus hijos, el Judío estaba religiosamente obligado á vigilarles por el mayor interés de la familia y de la nación, que cifraban su gloria en el número y la piedad en sus descendientes.

El legislador hebreo no cesa de exhortar sobre todo al padre que instruya á su hijo, en su casa, en la mesa y en el viaje, respecto á los mandamientos y beneficios de Dios, y viceversa, ordena á los hijos honren á sus padres. Ese precepto viene en la Ley inmediatamente después de los deberes para con Dios.

La obediencia será bendecida, la rebelión castigada de muerte.

Es preciso leer en los Proverbios [1] las exhortaciones que la Sabiduría de Dios dirige al niño para que escuche la instrucción del padre y no rechace la enseñanza de su madre. Ninguna moral dogmática aspira más ternura y respeto.

La habitación en la que creció Jesús se parece á las que habitan hoy los Arabes de Palestina. El tipo de la casa oriental no ha cambiado á través de los siglos, es de forma cuadrada, de tierra ó de piedra; las paredes no son frecuentemente más que un tosco bardal, revestido de arcilla amasada, secada al sol y blanqueada con cal. Su techo es una terraza revestida de una balaustrada; ahí se sube por afuera por una escala movible ó por una escalera fija en la muralla. Ahí es en donde se encuentra la cámara alta, el lugar de la oración, y en la que se constituye, durante la estación cálida, una pequeña choza de hojas ó de cañas, en la que se duerme por la noche.

La habitación no tiene más que una ó dos piezas, y frecuentemente más abertura que la puerta; un patio estrecho la precede, rodeado de una barda de piedra sin cimento ó de hacecillos secos. En uno de los ángulos del patio, cerca de la puerta, el horno para cocer el pan,—pequeña rotonda de arcilla;—una tapa móvil la cierra, y pedernales sobre los que se extiende la pasta tapizan el fondo.

1 Proverb., I, 8; IV; X; y passim.

El mueblaje es primitivo: algunos escabeles, una mesa, cojines extendidos á lo largo de la pared, colchones y esteras, un candelero, una lámpara de aceite en un rincón del muro, un ancho cofre para la ropa y los vestidos, una medida de ácidos, algunas armas, la muela de basalto para el grano. La chimenea ó más bien el hogar está colocado algunas veces en medio del cuarto; en la puerta de cada habitación, una cajita alargada, la "mezuza," está suspendida, encerrando un rollo de pergamino sobre el que están escritos dos fragmentos de la Ley, traídos del Deuteronomio. [1]

La casa del carpintero fué la primera, la verdadera escuela de Jesús; ahí creció entre su padre y su madre, aprendió de ellos á leer las Escrituras, escuchó de su boca los preceptos de la Ley y la historia de su pueblo. Este niño, que se sentía y sabía que era el Hijo del Padre celestial, quiso recibir de un padre y de una madre terrestres las órdenes, las enseñanzas de Dios, y ser iniciado, como todos los niños, en la vida y en el conocimiento humanos. [2]

Jesús fué el primogénito, el hijo único de su madre; aquellos á quienes el Evangelio llama sus hermanos y sus hermanas no eran, en realidad, más que sus primos maternos, pues ellos tenían por padres á Cleofas, y por madre á María, hermana de la madre de Jesús, [3] ellos eran de la misma familia, de la misma tribu, de la misma sangre que él, y él vivió en medio de ellos. El parentesco de Jesús no parecía estar iniciado en las esperanzas que descansaban sobre su cabeza y que resplandecían directamente en el hogar de José y de María. Conforme á las grandes manifestaciones de Dios, la sombra y el misterio habían cubierto al adolescente predestinado. Sometido á la condición humana, él seguía todas las leyes. Sólo la fe, iluminada por inefables recuerdos y por el espectáculo cuotidiano

1 Deut., VI, 5-19. XI, 13-20.
2 Cf. Sæm., 3ª P, Q. XII, art. 3, ad. tert.
3 Mateo., XIII, 55; XXVII, 56;—Marc. VI, 3; XV, 40.

de las más exquisitas virtudes, mostraba á los parientes de Jesús lo que había en él de extraordinario y de divino.

Ellos recitaban reunidos los salmos, oraban por la redención de Israel y la salvación de las naciones, y frecuentemente José y María debieron interrogar á la frente de Jesús, para escrutar los designios de Dios, los caminos austeros que seguiría su sabiduría en el cumplimiento de su grande obra. Ellos les adoraban sin conocerlos aún; Dios no da su claridad sino en el momento querido; las almas que viven de él se abandonan á su providencia, comprimiendo la inspiración del deseo y esperando con serenidad que se levante el día de Dios.

Pero para nosotros, esta vida de la familia la más santa, ese misterio de Nazareth, permaneció velado.

El Jóven Israelita completaba su educación en la sinagoga. Desde Esdras, cada aldea tenía la suya,—á menudo una sencilla pieza, sin adorno ni arquitectura, orientada hacia la santa Salem. En un armario cubierto por una cortina de color vivo, que recuerda el velo del Templo, está depositada la Thora. Delante del sello de pergamino sobre el cual ella está escrita, una lámpara, parecida á las de nuestras iglesias, arde sin cesar. En medio de la sala está la cátedra del alto de la cual los siete lectores, tres veces cada semana,—el sábado, el lunes y el jueves,—vienen á leer los pasajes de la Ley y un fragmento de los Profetas. Desde ahí es donde el lector interpreta, en lengua armenia, los versículos que han sido leídos, y que el presidente, ó aquel á quien él ha designado, recita las bendiciones finales á las que el pueblo, de pie, vuelto hacia el Templo lejano, responde con los "Amén" repetidos con voz fuerte. Sobre los bancos, cubiertos de esteras ó de cojines diferentes, á lo largo de los muros ó al rededor de la cátedra, los asistentes peinados con el "taleth," con largos penachos de cuatro picos, están sentados, orando en voz baja, moviendo á compás el tronco y la cabeza.

Las mujeres separadas de los hombres, comunmente están

en la puerta, de pie, con sus hijos pequeños en los brazos, siguiendo en silencio la oración de la asamblea.

La sinagoga de Nazareth vió á Jesús y á los suyos; á ella asistían, el sábado y los demás días prescritos; como Israelitas piadosos, ellos debían orar ahí en la mañana, á medio día y en la noche. Los que querían leer la Ley les agradaba sentarse delante del armario en donde estaban guardados los ejemplares, y el "Hasan" les comunicaba el rollo sagrado. Verosímilmente, Jesús iba frecuentemente, en su juventud, á orar ahí y á meditar esta palabra de Dios que estaba llena de él y de la que él sólo debía, algún día, revelar el misterio. Sentado en la sinagoga, cubierta la cabeza, los rollos sagrados sobre las rodillas, él pudo leer en las Escrituras su propio destino escrito de antemano por los profetas, seguir la evolución del plan de Dios en la humanidad, admirar la obra de la redención, y prepararse en silencio, desconocido de todos, al cumplimiento de las voluntades de su padre.

Pero ningún rabí pudo reclamarle por discípulo. "Aquel en quien Dios habitaba"[1] no necesitaba de maestro: su único, su verdadero maestro fué el Dios vivo. Nosotros no escuchamos la palabra de Dios sino de lejos, como un eco debilitado, por intermitencias, á través de mil ruidos que frecuentemente la alteran; Jesús la escuchaba siempre, llena, vibrante, clara, inmediata, sin esfuerzo; ella era el manantial continuamente brotante de los tesoros de sabiduría y de ciencia ocultos en él;[2] ella era su propio genio.

La lengua materna de Jesús fué el syro-caldeo.[3] No parece que él haya hablado el griego: la cultura helénica no había

1 Colos. II, 9.

2 Colos. II, 3.

3 Aún cuando en tiempo de Jesús el hebreo clásico fué lengua muerta, era familiar á los Judíos. El pueblo hablaba el syro-caldeo, dialecto que era para la antigua lengua hebrea lo que son hoy el griego moderno respecto al antiguo, y el italiano para el latín.

El dialecto popular se dividía en tres ramas: el *judaico*, que recordaba mejor al hebreo primitivo; el *samaritano*, que revelaba una mezcla con el caldeo, y el *syriaco*.

Los Galileos se reconocían por su dialecto propio; ellos no usaban las guturales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

penetrado á la población judía, en Palestina; y en todo caso, la clase popular no sufrió la influencia sino débilmente.

En las asambleas públicas en la sinagoga, Jesús conoció también, por experiencia, las miserias, las irregularidades, las aberraciones y la vana ciencia de los doctores de su tiempo; ahí vió á los vanidosos que buscan los primeros lugares [1] escuchó al Fariseo, limitado y soberbio. Se le halla, después de diez y ocho siglos, en la sinagoga de la Jerusalem moderna, tal como Jesús le vió: con el mismo aire arrogante, el mismo ojo duro y altivo; él se cree un sér aparte; él es el maestro; él cree tener toda la ciencia; se le puede interrogar, pero nada tiene que enseñar; tiene su Biblia, como si su Biblia fuese su Dios, y como si él tuviese el monopolio de Dios.

Las primeras impresiones de la adolescencia no se borran; en Jesús, como en nosotros, ellas ayudan á comprender las voluntades, las palabras, los actos de la edad madura.

El Judío en la educación, no despreciaba el lado terrestre y práctico: todo Israelita, á cualquier rango que perteneciera, debía aprender un oficio. "Al padre incumbe la tarea, dicen los Talmud, de circuncidar á su hijo, de instruirle en la Ley, y de enseñarle un estado." [2] En esto los Talmud resumen la tradición de las costumbres judías. Los que no daban profesión á sus hijos faltaban á un gran deber; es, dice un Targum, como si se les enseñase el latrocinio. [3] El genio positivo y laborioso de la raza ahí se encuentra por completo. El Judío jamás ha conocido la indolencia, la pereza y esa débil resignación sacada del fatalismo que admira al Europeo respecto del fellah de Palestina. El trabajo es sagrado para él, y el oficio una honra, aun entre los rabís más ilustres: Hillel y Aquiba, dos de los más grandes, eran leñadores; Rabbi-Johanan, zapatero; Rabbi-Isaac Nanacha, herrero; Jesús, hijo de obrero,

1 Mateo, XXIII, 6.
2 *Tosaphoth, in Kiddouchim* cap. 1.
3 *Talmud Babyl., Kiddouchim*, 29.

fué carpintero, [1] como José, su padre; él creció en el taller, en el trabajo. Confeccionaba, dice Justino, obras de madera, arados, yugos y balanzas; ayudaba á su padre y vivía con el trabajo de sus manos, como un sencillo artesano.

De un taller es de donde saldrá el verdadero Maestro de los hombres. El permanece, en espera de su día, siendo el modelo de los humildes, de aquellos cuyo nombre no lo sabe la historia, que viven obscuros é ignorados, bajo la vista de Dios. Los años de su vida se suceden, uniformes, todo en ello es silencioso, el dolor y la alegría, el trabajo y la virtud. La inmensa multitud vive de esta manera; y no es una de las menores fuerzas del Cristianismo el poder presentar á la imitación del pueblo á un Cristo obrero consagrado, en su adolescencia y juventud, al trabajo cuotidiano, como la mayor parte de los hombres.

El taller entre los Judíos, no formaba parte de la casa. Los comerciantes tenían, en el bazar, sus tiendas; el artesano tenía cerca de su habitación su taller.

La mujer guardaba el hogar en donde ella vivía retirada, mientras que el marido y el hijo iban al trabajo. Ella molía el grano, preparaba la comida, hilaba la lana, tejía los vestidos, iba á sacar el agua á la fuente y á hacer las provisiones al mercado. Se reunían en las horas de la oración y de la comida; se encontraban, los días del sábado y de fiesta en la sinagoga.

Esos detalles de costumbres son toda la vida exterior de la pequeña casa de Nazareth y de la familia de Jesús.

No se comprenderían su fisonomía y su carácter, si, en el estudio de su adolescencia y juventud, se despreciara el medio exterior, la naturaleza en cuyo seno él creció. El hombre es-

1 La palabra τέκτων aplicada á José, no deja ninguna duda sobre su profesión de obrero en madera. El traductor latino le ha dado por *faber*; y, de hecho, empleada hevemente, sin epíteto, jamás ha tenido entre los autores sagrados y profanos, otro sentido que el de carpintero. Las más antiguas tradiciones así lo han entendido. Cf. *Justin., Dialog. cum Tryphon.* C. 88.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tá adherido por lazos muy estrechos al suelo que le ha visto nacer, para no recibir su sello.

Nos parecemos á la tierra que nos guarda. Nuestra imaginación toma los tintes del cielo en el que nuestros ojos se pierden; las almas mejor dotadas son aquellas en quienes se hallan las más profundas armonías con la naturaleza en la que se han desarrollado. Tal escritor de talento guarda, en su estilo, la melancolía de las playas sobre las que ha venido á meditar, al ruído de las olas; tal hombre de acción recuerda las ásperas cimas en donde nació, los torrentes que ha visto saltar. Quien no haya contemplado extensamente el cielo del Oriente, la Palestina, las montañas de Nazareth, el lago de Tiberiades, jamás comprenderá la forma exterior de Jesús, el color que dió á sus pensamientos, las imágenes con que los revistió y la originalidad de sus parábolas.

El leyó por largos años en la naturaleza nazarena como en el libro de Dios. Ahí es en donde él admiró á las anémonas, á los lirios, á los hacecillos de asfodelos,[1] y á la higuera que da en la primavera sus primeros frutos;[2] ahí vió blanquear los trigos,[3] cortar los ramales de la vid para que fuese más fecunda,[4] vagar á las ovejas perdidas,[5] llevar los ganados al aprisco. Ahí es donde vió al chacal desconfiado llegar á su guarida,[6] á las águilas y á los buitres asociarse para devorar su presa.[7] Ahí vió enrojecerse al sol por la mañana y por la tarde, en señal de calma ó de tempestad,[8] desbordarse á los torrentes que arrastran á la casa mal edificada.[9]

En vano se buscaría un rincón de tierra más tranquila y más dulce, más oculto y más luminoso, más recogido y más abierto. Cuando se sube á una de las colinas que rodean á la pequeña ciudad, aquella por ejemplo que domina hoy al Ouady Nabi-Said, el espectáculo es grandioso, ilimitado. He aquí por el Norte las altas montañas de Galilea, y detrás de ellas, siempre al gran Hermon resplandeciente de nieve, solitario en el cielo. Al Este, el Thabor levanta su soberbio pedestal, y la cadena de los montes de Adjloun ostenta sus pendientes verdosas. Al Sur, el pequeño Hermon, los montes de Gelboé, los de Samaria, y en el fondo del horizonte, las ásperas cimas de Judea. En seguida, el llano de Esdrelon se extiende, abigarrado de amarillo, de gris, como una alfombra persa á quien las nubes cubren de largas sombras violaceas. Al Oeste, la cadena azul del Carmelo y la mar más azul todavía que espejea al sol poniente. El mundo entero se despliega bajo la mirada, y se desea representarse á Jesús sobre esa cúspide, orando al Padre celestial y contemplando la tierra inmensa, como al campo que algún día debía conquistar y fecundar.

Respecto á esos largos años de Jesús en Nazareth, los documentos evangélicos guardan silencio. San Lucas ha caracterizado la fisonomía general por algunos rasgos, mas el designio de Dios es que su Cristo quede oculto.

Un solo hecho nos permite presentir lo que pasaba en el alma y en la conciencia de Jesús adolescente.

El duodécimo año marca un período solemne en la vida del joven Israelita. Datando de esta edad, él es tratado como hombre, él mismo responde de sus actos y sale de tutela, se hace miembro de la comunidad de Israel y se obliga á llevar fielmente las prescripciones de la Ley. El Romano revestía la toga viril; el joven Israelita se convierte en hijo de la Thora. Comienza á llevar en la frente y sobre los brazos, en las ceremonias religiosas las filacterias, según el precepto de Moisés.[1] El debe ayunar los días de penitencia, y hacer en las grandes solemnidades,—la Pascua, el Pentecostés, los Tabernáculos,—su peregrinación á Jerusalem.

1 Mateo, VI, 28; Luc., XII, 27.
2 Cant., II, 13.
3 Juan, IV, 35.
4 Juan, XV, 2.
5 Luc., XV, 46; Juan, X, 1, etc.
6 Mateo, VIII, 20; Luc., IX, 58.
7 Mateo, XXIV, 28; Luc., XVII, 37.
8 Mateo, XVI, 3.
9 Mateo, VII, 47; Luc., VI, 49.

1 Deut., XI, 18.

Jesús cumplió sus doce años. El había sido presentado por su padre en la sinagoga de Nazareth, se había hecho miembro de la comunidad, y se le había entregado, como á todos los de su edad, en el Sabbat-Tephilin, las correas de la oración.[1]

Sus padres, como todos los judíos piadosos, hacían cada año en la fiesta de Pascua, el viaje á Jerusalem.[2] El los acompañó; fué este su primer paso en la vida, después de los años de infancia, y su primer acto público de sumisión á la Ley.

Esas peregrinaciones á la ciudad santa y al Templo, forman uno de los rasgos de la vida nacional y religiosa del pueblo judío. En las tres fiestas más solemnes, las cuatro rutas que conducen á Jerusalem,—la de Egipto por el desierto, Gaza y Hébron; la de la Perea por el valle del Jordán, Jericó, Bethania y el monte de los Olivos; la que viene del Occidente por Joppé, y la del país de Damasco, del Hauran, del Líbano y de la Syria por Sichem,—estaban llenas de largas caravanas.

De todas las ciudades de la Judea y de la Tierra santa, de las más pequeñas aldeas y de los países más lejanos, por todas las puertas llegaban millares de peregrinos. Josefo no avalúa en menos de dos millones la multitud que llenaba las calles y los arrabales de Jerusalem por la Pascua.[3] El canto de los salmos acompañaba á la marcha. Allí había estaciones preferidas. Los Galileos que atravesaban la Samaria se detenían gustosos más allá de Sichem y de los pozos de Jacob, en Ain-el-Aramich, última jornada antes de Jerusalem. El valle, en este lugar se cierra, describiendo un medio círculo. El sendero se confunde con el lecho seco de un torrente que no se llena sino en los días de tempestad. Por un lado, la roca ó pico, de donde corre un fresco manantial; por el otro, la colina en anfiteatro regular como las gradas de un circo; lugar solitario y salvaje, lleno de melancolía. Muchas veces los Israelitas piadosos han despertado los ecos por sus cánticos y sus deseos impacientes de ver á Jerusalem y á la casa de Jehová.—"Como la cierva suspira trás las corrientes de agua viva," cantaban ellos, así, oh Dios, mi alma suspira por tí. ¿Cuándo iré y compareceré ante la faz de Dios?[1]

1 Eran pequeñas bandas de pergamino fijadas por correas sobre los brazos y sobre la cabeza, conteniendo los dos pasajes del Deuteronomio (VI, 4-5; XI, 1-21) sobre el amor de Dios y las bendiciones atraídas á la fidelidad de los mandamientos, y otros dos pasajes del Exodo (XIII, 1-10 y 11-16) sobre la Pascua y el rescate de los primogénitos.

2 Luc., II, 41 y sig.

3 Bell., Jud., VI, 9, 3.

Después de dos horas de camino, llegaban al fin sobre el monte Scopus, al lugar llamado hoy "Naschevat." La ciudad santa aparecía entonces de repente, como una visión radiosa; el Templo con su techumbre dorada cubre el Moriah, el palacio de Herodes y los de los grandes sacerdotes se levantan sobre el Sion, todas las cúpulas blanquean por el sol levante, sesenta torres dominan las murallas, como centinelas gigantes que guardan la ciudad del gran Rey. El Scopus, en el que el Nabi-Samuel corona una cima, forma un hemiciclo de rocas y de guijarros de un aspecto gris, desolado, que ciñe severamente por el Norte á la ciudad santa; el monte de los Olivos se levanta al Este, cubierto de cipreses, de cedros y árboles tristes; en el horizonte, del Mediodía, en el primer término, ondulan las montañas de Bethléhem, y, en una lejanía vaporosa, los montes de Moab se funden en la claridad.

La vista de Jerusalem llenaba de una emoción indecible á esos peregrinos, y cantaban, para expresarla, el cántico de los "Grados."

"Cuán amados son, oh Dios de las virtudes, tus tabernáculos."

Jesús y la caravana de Nazareth han pasado por ese camino, en la Pascua de 760 ó 762. La fiesta duraba ocho días, del 14 al 21 de Nisan (Abril). Los alrededores del Templo, los pórticos y los patios estaban atestados por la multitud que venía á orar, á sacrificar á Jehová. Los sacerdotes inmolaban á las víctimas, los humildes del pueblo pedían á grandes gritos la redención de Israel, los doctores, los Fariseos y Escribas

1 Salmo XLI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

discutian la Ley, comentaban sus preceptos, enseñaban sus tradiciones.

Jerusalem, entonces, no era solamente la ciudad del culto, sino uno de los grandes centros de la ciencia religiosa. Dos escuelas adversas dividían á los espíritus: la de Hillel y la de Schammaï; la una más tolerante y liberal, relevaba la parte moral de la Ley y la declaraba más importante que el rito; la otra meticulosa y estricta, se apegaba á la letra y quería imponer á todos, agravándola con mil detalles, el fardo abrumador de las prescripciones mosaicas.

La llegada de los rabís extranjeros debía aumentar la animación de los doctores rivales y de sus discípulos; las discusiones eran ardientes, y detrás, bajo el pórtico de los paganos, en "Beth-Midrasch," en donde se reunían los maestros.

Es allí mismo, en el sitio en donde se levanta la basílica construída por Justiniano en honor de la Virgen María, en donde tal vez es preciso colocar el hecho del que San Lucas nos ha conservado el recuerdo.[1]

La fiesta había terminado. Las caravanas abandonaban á Jerusalem; la de los Nazarenos, en la que se hallaban los padres de Jesús, se encaminaba á la Samaria. Ella había llegado á la primera jornada, á Birch, no lejos de Béthel en donde Jacob tuvo la visión de la escala misteriosa y en donde Samuel venía, todos los años, á dar la justicia al pueblo. En la noche, José y María se apercibieron que Jesús no estaba con ellos, en la caravana. Volvieron á Jerusalem para buscarle; y, al cabo de tres días, lo hallaron en el Templo, precisamente en "Beth-Midrasch," sentado en medio de los doctores, escuchándoles, interrogándoles, respondiéndoles. Todos los oyentes se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas.

Los que conocían las costumbres del Oriente, que han visto de cerca á las sinagogas judías ó las mezquitas musulmanas, en la hora en que se enseña, no se sorprenderán de esta

1 Luc., II, 41 y sig.

escena. Se forma círculo al rededor de los doctores, se toma asiento sobre las esteras, se escucha, se interroga, se responde alternativamente; el adolescente y el anciano se codean, los doctores y los discípulos están acurrucados, con las piernas cruzadas, sobre la misma alfombra, y la palabra es de todos.

¿Cuáles fueron las preguntas de Jesús y las respuestas? Aquel que debía proclamarse el Hijo de Dios y el Mesías esperado, pronunciar el sermón en la montaña, mostrar la vanidad de las observancias judías, traer á todos el Espíritu que salva, ¿dejó brillar un rayo de la sabiduría infinita de la que estaba lleno? La historia no lo dice; pero no es permitido ponerlo en duda. Si el genio humano tiene su precocidad que le descubre, convenía que la sabiduría divina de Cristo tuviese la suya. Lo que más bien sorprende, es la sombra en la que Jesús permanece por mucho tiempo y voluntariamente oculto.

Al verle así, admirado de los más célebres doctores y de la multitud, sus padres se sobrecogieron de admiración. Su madre se aproximó y dijo: "Hijo mío, ¿por qué habéis obrado de esta manera con nosotros? Ved con cuánto dolor vuestro padre y yo os buscamos.

—"¿Por qué me buscáis? respondió Jesús; no sabéis que yo debo estar ocupado en los negocios de mi padre?"[1]

La conciencia de Jesús, en esta palabra misteriosa se descubre por la primera vez: ahí está todo entero con su título de filiación divina, su iniciativa soberana, su vocación celestial. Su vida, en los menores detalles, no será más que el cumplimiento de esta palabra de su duodécimo año.

Ni María ni José comprendieron toda la profundidad.

Jesús bajó con ellos á Nazareth, en donde volvió á tomar su existencia humilde y laboriosa, esperando para producirse, la llamada de Dios.

El hombre es llevado por su propio genio, más de lo que él quiere, sufre las circunstancias más de lo que él las dirige,

1 Luc., II, 48, 49.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se manifiesta y se hace traición á su pesar; en Jesús, todo obedece á la voluntad del Padre; durante treinta años, salvo el brillo de la escena bajo el pórtico de los paganos, vivirá desconocido, sus compatriotas apenas le notarán, y el Nazareno quizá no atraerá las miradas sino por una irradiación que daba á su persona una gracia y un encanto sobrehumanos.

De la fisonomía de Jesús, los documentos contemporáneos no nos han dejado ningún retrato. Algunos doctores entendían muy á la letra el pasaje de Isaías respecto al servidor de Jehová perseguido,[1] aun le han rehusado la belleza. Si el rostro del hombre refleja lo invisible, Jesús ha debido ser el más hermoso entre los hijos de los hombres. La ley de Dios, velada por la sombra del dolor, iluminaba su frente con un esplendor suavizado, que el arte humano jamás logrará pintar.

Los Griegos, esos maestros de la estética, han dado á Jesús la majestad divina; los latinos, el aspecto conmovedor del hombre de dolor: él tiene también la aureola y el nimbo, la aureola del mártir y el nimbo de un Dios.

1 Isaías, LI.

CAPITULO VI.

VOCACIÓN DE JESÚS.

La vida de un sér superior se explica por su destino, y su destino por su naturaleza y su genio. Pero la última palabra de todo está en aquel que trae la vida, ordena al destino, cría á la naturaleza é inspira al genio.

Esas relaciones entre Dios y el hombre que él envía, tienen siempre algún misterio tanto más profundo cuanto el genio tiene más amplitud, y la acción de Dios, más potestad y plenitud. Ellos resisten al análisis.

Al revelar él mismo su relación inefable con Dios, su vocación y su naturaleza, su obra y su persona, Jesús ha dibujado un retrato suyo vivo y fiel, él ha dicho la palabra del enigma de su vida.

El espíritu desconfiado que quiere criticar semejante testimonio y traer lo que tiene de trascendente á sus estrechas fórmulas, no comprenderá jamás á Jesús, él no puede sino desfigurarle y disfrazarle. Para penetrar los seres que nos domi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se manifiesta y se hace traición á su pesar; en Jesús, todo obedece á la voluntad del Padre; durante treinta años, salvo el brillo de la escena bajo el pórtico de los paganos, vivirá desconocido, sus compatriotas apenas le notarán, y el Nazareno quizá no atraerá las miradas sino por una irradiación que daba á su persona una gracia y un encanto sobrehumanos.

De la fisonomía de Jesús, los documentos contemporáneos no nos han dejado ningún retrato. Algunos doctores entendían muy á la letra el pasaje de Isaías respecto al servidor de Jehová perseguido,[1] aun le han rehusado la belleza. Si el rostro del hombre refleja lo invisible, Jesús ha debido ser el más hermoso entre los hijos de los hombres. La ley de Dios, velada por la sombra del dolor, iluminaba su frente con un esplendor suavizado, que el arte humano jamás logrará pintar.

Los Griegos, esos maestros de la estética, han dado á Jesús la majestad divina; los latinos, el aspecto conmovedor del hombre de dolor: él tiene también la aureola y el nimbo, la aureola del mártir y el nimbo de un Dios.

1 Isaías, LI.

CAPITULO VI.

VOCACIÓN DE JESÚS.

La vida de un sér superior se explica por su destino, y su destino por su naturaleza y su genio. Pero la última palabra de todo está en aquel que trae la vida, ordena al destino, cría á la naturaleza é inspira al genio.

Esas relaciones entre Dios y el hombre que él envía, tienen siempre algún misterio tanto más profundo cuanto el genio tiene más amplitud, y la acción de Dios, más potestad y plenitud. Ellos resisten al análisis.

Al revelar él mismo su relación inefable con Dios, su vocación y su naturaleza, su obra y su persona, Jesús ha dibujado un retrato suyo vivo y fiel, él ha dicho la palabra del enigma de su vida.

El espíritu desconfiado que quiere criticar semejante testimonio y traer lo que tiene de trascendente á sus estrechas fórmulas, no comprenderá jamás á Jesús, él no puede sino desfigurarle y disfrazarle. Para penetrar los seres que nos domi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nan, es preciso creer y amar; la fe y el amor tienen intuiciones superiores á la penetración del genio. Entre los discípulos del Maestro, ¿quién ha dejado de él la imagen más divina? Aquel que nos ha relatado sus confidencias más íntimas, aquel que le amó más.

El alma del hombre tiene tres centros: Dios, la naturaleza y la humanidad. El más grande es Dios. A medida que la vida ahí se concentra más, ella es más santa y fuerte. La tierra no ha sido para Jesús más que un punto de apoyo que le ha permitido entrar en contacto con la humanidad, su campo de acción. Mas su vida verdadera no estaba en la tierra ni en la humanidad, estaba en Dios.

El hombre se unió á Dios por el acto de sus facultades superiores, como al objeto supremo de su inteligencia y de su voluntad. Al conocerle y amarle, él se adhiere á él; al obedecer su ley, él se hace su servidor. Esta unión llena de dulzura y de encanto, no es menos accidental y preclara, como los lazos que la constituyen: el conocimiento es abstracto, el amor frágil y combatido por el egoísmo, la obediencia mal asegurada. Los más perfectos desfallecen y caen pesadamente bajo la esclavitud de la naturaleza y las miserias de la humanidad.

La fe cristiana caracteriza con una palabra misteriosa la unión que ligaba á Dios en Cristo: ella le llama una unción substancial y personal. La naturaleza humana y la naturaleza divina se encontraban en él, sin confundirse, unidas hipostáticamente en la persona del Verbo. Jesús era, sin metáfora, en el sentido más profundo y verdadero, el Hijo único de Dios; de esta manera él es sin igual en la humanidad.

El sintió su filiación divina.

No era, en él, ese sentimiento confuso de lo divino que caracteriza á las naturalezas místicas, y por el cual ellas perciben vagamente la relación oculta que liga á toda criatura á la causa infinita; era una conciencia luminosa, siempre despierta, del Dios personal, vivo, inmanente en él. Entre Dios y su naturaleza de hombre, nada intermediario. Cada uno de esos actos tenía un carácter humano y divino que una sola palabra puede traducir: él era "theándrico."

Nada en Jesús que denote ó deje traslucir la exaltación de la sensibilidad, la fantasía de una imaginación fuera de sí misma. Todas esas facultades se equilibran; y, al nombrar á Dios su Padre, él expresa un hecho interior del que tiene el sentido íntimo. El no se lo demuestra, él le ve. El es el único que sea uno con el Padre.[1] Moisés, el más grande de los servidores de Dios, tiembla ante su Señor, Señor terrible de quien nadie verá la faz sin morir.[2] Jesús le ve y le ama. Los profetas son sobrecogidos por la palabra de Jehovah que cae sobre ellos como el rayo, dicen ellos: "El Señor me ha hablado;" Jesús la escucha siempre, y él la transmite como suya. Las más grandes almas religiosas buscan á Dios en el ascetismo y en el esfuerzo doloroso, ellas sienten por momentos su presencia en éxtasis rápidos, de los que resuelven bien pronto; Jesús le posee como propio, su naturaleza no tiene necesidad de ser arrobada, ella está en Dios, con quien ella vive cara á cara.

El tenía en él el Espíritu de Dios mismo. Todo lo que una naturaleza inteligente podía recibir, él lo poseía.—"Nosotros le hemos visto, decía después de su muerte su discípulo preferido; él era verdaderamente el Hijo único de Dios, lleno de gracia y de verdad."[3]

Todas esas facultades humanas prestan á esta unión con la naturaleza divina una plenitud y una armonía que han hecho de él el tipo acabado del hombre. El conocía á Dios, como un hijo á su padre, y él guardaba en él su palabra.[4] Todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia estaban ocultos en él.[5] El tenía la intención que percibe el Principio de las cosas, y leía en los fenómenos que sorprenden á los sentidos, las ver-

1 Juan, X, 20.
2 Ex., XXXIII, 20.
3 Juan, I, 14.
4 Juan. VIII.
5 Epist. ad Colos., II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dades invisibles que la inteligencia humana debe abstraer. Ningún maestro de la tierra le ha instruido ni formado; él es el discípulo de Dios. Por lo mismo, la ignorancia no limita su pensamiento, y el error jamás le turbó. La inspiración es constante en él; ella no es, como entre los profetas, una luz reflejada, intermitente, sino la claridad infinita, siempre radiante, de la Palabra eterna.

Es raro que en el hombre á quien dominan las facultades intelectuales, le hagan equilibrio la voluntad y las fuerzas afectivas. En Jesús, todo está á la misma altura; como la Verdad le ilumina, la Bondad y la Belleza le atraen, su amor está en el bien total, y su espíritu en lo verdadero absoluto. Entre la voluntad de su Padre y la suya el acuerdo es constante, á pesar del dolor, la oposición de los hombres, las repugnancias instintivas de la naturaleza, los obstáculos de todas clases, á pesar de la misma muerte. El no conoce más que la voluntad del Padre, de ella se nutre.[1] El nada obra por sí mismo;[2] él no busca su voluntad, sino lo que agrada á su Padre,[3] y siempre la cumple.[4]

El hombre mejor dotado ve el bien, y no le ejecuta sino á medias; las fuerzas desordenadas le paralizan, le contienen ó le extravían; el egoísmo soberbio al apartarle de Dios, le priva de su apoyo: Jesús ve el bien, y le realiza sin arrebato ni desfallecimiento. ¿Quién le convencerá de pecado?[5] Nadie resiste á su fuerza: la voluntad de Dios está en él; y como él está al servicio de su Padre, no obrando sino sobre el orden de su voluntad, él jamás está decaído. Su oración siempre es escuchada; esta confianza le da la mansedumbre de aquel que todo lo puede. El no destruye nada, porque él no conoce la violencia; él hace lo que quiere, pero él no quiere sino el bien

1 Juan, IV, 34.
2 Juan, V, 30.
3 Juan, VI, 38.
4 Juan, VIII, 18.
5 Juan, VIII, 46.

y la vida. La bondad es su ley, y la vida y el bien brotan de sus manos, siempre abiertas para bendecir.

La imaginación, los instintos y las pasiones que arrastran tan violentamente y arraigan el alma en la tierra, que turban frecuentemente la percepción de la verdad, embarazan ó quitan nuestra libertad, todas esas fuerzas inferiores obedeciendo en Jesús á la voluntad como la voluntad obedeciendo á Dios. De ahí la calma, la serenidad, la dulzura que se desprenden de su naturaleza llena de armonía. La luz, el amor y la belleza de Dios transpiran á través de todo su sér, una virtud divina sale de él.[1] Su sensibilidad era exquisita. Por ella entraba en comunión con el mundo terrestre. El amaba á la naturaleza: ella le hablaba de la bondad, de la munificencia de su Padre celestial.[2] El no le ha pedido ninguna alegría. En medio de los hombres, él ha querido conocer la tristeza, las fatigas, la compasión, las cóleras santas contra el mal, las luchas sin tregua, las infidelidades, la traición, las torturas y los abatimientos de una agonía sangrienta, el suplicio y los horrores de la muerte.

El frecuentemente ha llorado.[3] Todos los sufrimientos humanos le han conmovido; pero la inocencia de los niños le halagaba, le encantaba. Un profeta, al verle de lejos, le había llamado "el Hombre de dolor que sabe sufrir."[4]

El no se ha conmovido sino en el Espíritu de quien desbordaba; y la única alegría sensible que gustó en la tierra, fué el encuentro de las almas de fe, porque podía salvarlas.

El mal le entristeció hasta la agonía.

Esta inmensa queja que forma el fondo de toda la creación anhelante por la gloria de los hijos de Dios, por su renovación y su transfiguración,[5] llenaba el alma de Jesús y no ha hallado en ninguna parte una expresión más conmovedora y

1 Luc., VI, 1, 9; VIII, 46.
2 Mateo, VI. 28; XII, 27.
3 Luc., XIX. 41; Juan, XI, 35.
4 Isaías, LIII, 3.
5 Epíst. á los Rom. VIII, 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más llena: él permanece para los hombres el Crucificado, el más dulce y el más amado de los mártires.

Estudiada en su esencia, fuera de todas las divisiones accidentales, artificiales, fundadas sobre la cultura y la raza, el clima y el tiempo, la civilización y la religión, la especie humana se divide en tres clases: la multitud, los talentos y los genios. Esta es una pirámide gigante; la multitud forma la base, los talentos la parte media, y los genios la cima.

Al genio, la originalidad, la invención y la iniciativa; él cría las formas nuevas y da impulso á todo, conduce á la humanidad por direcciones desconocidas antes de él, la turba ó la apacigua, la separa ó la dirige, la abate ó la eleva.

El talento no inventa, sigue las inspiraciones del genio, las aplica ó las conserva, las interpreta ó las divulga. Se siente en él el esfuerzo doloroso y el trabajo paciente que honra á todo sér de buena voluntad.

Si el genio es el dios, el talento es su profeta.

Entregada á sus instintos y á sus vagas inspiraciones, la multitud, pasiva y sin iniciativa, obedece al impulso de sus señores, ella recibe de ellos las ideas ya formadas, las direcciones que la orientan; ella es el ganado que va á donde la conduce el pastor.

Por grande que sea, ningún genio humano es perfecto, él tiene sus límites y sus excesos, sus debilidades y sus violencias, sus intuiciones instantáneas y sus eclipses, sus errores y sus ceguedades. Su inspiración intermitente se agota; sus obras se disuelven y envejecen; sus creaciones tarde ó temprano son excedidas.

Nada parecido en Cristo: su palabra, su vida, su obra subsisten, dominan á la humanidad como un cielo de luz, admirando á la razón, gobernando las conciencias, desafiando la movilidad y el esfuerzo de los siglos.

El genio humano tiene sus variedades que resultan de las facultades en las que sobresale. De ahí, los genios de la idea, los genios de la acción y los genios estéticos. Los primeros

piensan y conciben; filósofos, moralistas y sabios, arrancan algunos secretos al enigma de las cosas, á Dios, al alma humana, á la naturaleza. Los segundos obran, tienen la fuerza que subyuga; políticos, conquistadores, obreros sublimes, atraen á los hombres, remueven la tierra y la transforman. Los otros, apasionados de lo ideal, tienen el arte de traducirle; oradores, escritores, poetas y artistas, ellos le encarnan bajo una forma sensible, en la palabra, la luz ó la armonía, sobre la tela, la piedra ó el metal.

Ningún genio entre los hombres tiene la universalidad; ni aun las energías sino sobre el punto que las concentra, y la facultad dominante se subordina siempre á los demás. Sólo un genio hace excepción, el genio religioso.

Considerado en sí mismo, él está esencialmente caracterizado por el desarrollo y la predominancia del sentido divino; él inunda, penetra al alma de quien está dotado, y marca con su sello á todas sus facultades; él la tiene en comunión con Dios, y mientras que los demás se extienden en el mundo humano y en la naturaleza el alma religiosa se concentra en lo Infinito. Ella siente por doquiera su presencia, por doquiera le mira y le llama, le medita, le suplica y le adora, ella vive de él: una alma semejante es un templo á quien Dios llena.

De todas las formas que puede revestir la naturaleza humana, la forma religiosa es sin duda la más acabada, porque ella recoge todas las potestades en la más alta armonía, concentrándolas en el objeto más sublime que puedan alcanzar la inteligencia, la voluntad y la actividad libre. La verdad, el bien, lo ideal, ¿no tienen en Dios su centro y su perfección? Nutrirse de Dios, es vivir de la eterna verdad, del eterno bien, de la absoluta belleza.

Cuando el genio religioso llega á producirse al exterior, implica y debe contener á todos los demás: el genio del pensamiento para enseñar á los hombres las más altas verdades de Dios, del destino y de la vida; el genio de la acción para mandar á las conciencias y disciplinarlas; el genio estético para

encarnar en la palabra ó en los ritos el ideal divino que encanta las facultades sensibles del sér humano.

En efecto, todos los hombres superiores que han influido en la humanidad, religiosamente, son, por añadidura, grandes pensadores, grandes legisladores, grandes artistas; ellos tienen la ciencia, el poder, el influjo; ellos saben, pueden, fascinan. En nombre de Dios de quien se dicen los mandatarios, ellos no discuten, afirman, hablan como maestros y ejercen sobre la multitud una especie de encanto: naturalezas poderosas que poseen el secreto de inspirar la fe á sus semejantes y de cavar el lecho en el que millares de hombres y de generaciones enteras, durante siglos, se suceden como un río contenido por un dique.

Jesús, por la misma causa de la plenitud armónica de todas sus facultades, en un grado sin igual, jamás ha sido clasificado en una categoría especial de los genios humanos. Sin embargo, si yo me atreviera á aplicarle un nombre muy pequeño para su gloria, diría que él es el mismo genio religioso, en su esencia y en su esplendor ideal.

La mayor parte de los grandes hombres que han fundado una religión no han sido más que reformadores, como Zoroastro y el mismo Cakya-Mouni, mezclando á su doctrina errores que la conciencia y la razón reprueban. El dualismo del uno, la ascensión bizarra del otro,—por no nombrar más que á éstos,—bastan para juzgarles; y la ley más santa que haya, antes del Evangelio, regido á un pueblo,—la ley mosaica—llevaba la marca indeleble de la imperfección: obra transitoria, debía desaparecer, desde que el hombre engrandecido estuviera presto para el reino de Dios.

Todo lo que caracteriza el genio religioso en su perfección absoluta se cumple en Cristo, tal como los Evangelios le presentan, tal como la fe del cristiano le adora, tal como él mismo se revela. Antes de él, aun en Moisés y en los profetas, no se halla más que un bosquejo; después de él, aun en los santos, no se halla más que una copia de ese modelo divino.

No es solamente una idea de Dios más ó menos nueva y original, sino siempre abstracta, que él trae, es el Dios vivo y personal, el Padre celestial. El es la expresión misma, sensible, viva y personal. El no es más que uno con él.[1] El que le ve, ve al Padre.[2] El que tiene fe en él, tiene fe en el Padre.[3] El no muestra solamente el cielo; él le lleva en él y le abre.

El no ha instituido vanos ritos, pompas estériles que hablen á los sentidos y á la imaginación de las multitudes, él permanece vivo bajo los símbolos y los sacramentos del culto fundado por él; de su sér divino el hombre comulga, al participar de esos ritos religiosos.

Mientras que los demás imponen preceptos, redactan códigos y avasallan á sus sectarios bajo un brazo terrible, él comunica á sus fieles el Espíritu de Dios, su espíritu; él se hace amar. Los demás se dirigen á un pueblo, á una raza, á un tiempo; él habla á toda criatura, sin distinción de pueblo, de raza, de tiempo. Moisés no era más que un servidor: Jesús es el Hijo de Dios.

La verdadera marca del genio religioso, aquella que atestigua la verdad y ordena la veneración de los hombres, es la santidad. La virtud es la piedra de toque de su misión. Se puede ser enviado de Dios sin hacer milagros; el verdadero milagro está en el reinado de una conciencia y de una vida puras. Los prodigios engañan, el heroísmo de la voluntad dócil á la ley de Dios no engaña; las que se dicen visiones pueden no ser más que ilusión, la práctica del bien revela siempre la presencia del Sér perfecto.

No hay un hombre, entre los más grandes genios religiosos, que no lleve los estigmas de la debilidad moral y en quien no se descubra alguna llaga oculta.

Cuando se lee la vida de Mahoma, ¿cómo contener el grito de la conciencia ofendida, ante esa poligamia que deshonra sus

1 Juan, X, 30.
2 Juan, XII, 43.
3 Juan, XI, 41.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

últimos años, y que deja ver la impotencia de ese gran hombre, menos religioso que político, para reprender sus instintos, en una edad en la que la moderación parece ser una virtud natural? Y el sabio Cakya-Mouni, ¿cómo absolverle de ese pesimismo que está en el fondo de su doctrina, y de ese violento ascetismo que puede ser un gran secreto para morir, pero que es la negación misma de nuestro destino terrestre?

El hombre no está hecho solamente para conquistar el cielo, él está criado para dominar la tierra. El verdadero maestro religioso debe darle la ciencia de la muerte, sin rehusarle la ciencia de la vida.

Jesús sólo hace excepción á la ley fatal de la miseria moral; jamás se le ha sorprendido, fuera de la voluntad de su padre, en contradicción con el bien. El es el ideal humano de la santidad, el tipo sin mancha de la virtud; y aquellos son mejores entre los hijos de los hombres que se aproximan más á él. La santidad ha brotado de su propia conciencia sobre la humanidad entera, él santifica todo lo que toca; desde que él ha parecido, la virtud se ha multiplicado y le ha hecho cortejo; ella parece la estrella de Cristo á través de las ondas del océano humano.

El hecho más importante en la historia íntima de los seres superiores es el génesis de su vocación. Ellos no existen, á decir verdad, sino tomando conciencia de su papel providencial. Todos tienen una tendencia á revelarse, á producirse, á obrar; á medida que son más grandes, la tendencia es más imperiosa; pero al comunicarse al exterior, ellos deben contar con el medio y el momento.

El crimen de los genios es el revelar ó falsear su destino; como su gloria es el cumplirle hasta el fin. Infieles, se convierten en azotes; dóciles son guías é iniciadores. Cuando un genio consciente de sí mismo se somete á Dios como á su ley soberana, cuando él tiene el don supremo de conocer las exigencias del medio y la oportunidad del momento, él puede obrar; su vocación es madura. La mayoría vacila largo tiempo;

ellos no tienen sino laboriosamente conocimiento de sí mismos y de su papel; ellos no adquieren sino con pena la ciencia del medio y del tiempo; ellos interrogan con angustia la voluntad de Dios de la que no tienen el secreto; ellos mezclan su egoísmo y sus pasiones á la obra que exige el sacrificio de ellos mismos, retroceden á menudo ante las dificultades y los obstáculos, en donde ellos se precipitan algunas veces ciegamente; es un drama del que la historia no nos refiere sino por fragmentos las frases crueles, y que las conciencias traen, sin abandonar el misterio.

Pero Jesús correspondió siempre á su alto destino que él conoció de ciencia divina, desde toda la eternidad, y de ciencia intuitiva desde que él fué concebido.

Toda su vocación está en el hecho primordial de su filiación divina. Hijo de Dios, él no podía tener otra función en este mundo, que la de hacer reinar á su Padre; esto es lo que él llamará más tarde el Reino de Dios, el Reino de los Cielos. Sus palabras, sus enseñanzas, sus actos, su vida entera, sus luchas y aun su muerte, no son concebibles sin este fin que es su única razón de ser.

Bajo el punto de vista bíblico, la humanidad está, pues, dividida en dos mitades: judaismo y paganismo. En el judaismo, el Reino de Dios está ya comenzado y su nombre terrible es conocido; su ley,—una ley imperfecta, una ley esclava,—está promulgada: Jesús deberá llevar ahí el complemento y la perfección,[1] en esto consistirá su papel mesiánico. El sustituirá á la obra de Moisés su Iglesia, y él convocará no solamente á los Judíos fieles, sino á los paganos abandonados, presa de todos los errores y de todos los vicios.

La humanidad entera, á pesar de la ley mosaica dada á Israel, á pesar de la sabiduría y de la razón de los grandes hombres, se doblega al impulso del mal, impotente para vencerle: Jesús tiene por función darle el Espíritu mismo de Dios que

1 Mat., V, 17.

solamente triunfa del mal, y de bautizarla en ese Espíritu; bajo este título, él no será solamente el Mesías de los Judíos, sino el Salvador único de todos los pueblos.[1]

La humanidad, sondeada en lo más profundo de su naturaleza, aspira á Dios, á Aquel que no pasa; ella tiene por destino el consuelo, participar de su vida y con ella saciar la plenitud de sus aspiraciones: la tarea de Jesús es la de conducirle á ella, de comunicarle esta verdad y esta vida;[2] pero como no se las saca sino de él, es preciso que atraiga hacia él á la humanidad entera.[3] La conciencia universal llama á la eterna justicia, exige una expiación: Jesús será el Cordero de Dios, la víctima que lava los pecados del mundo;[4] la humanidad ignora á ese Dios para quien ella está hecha: es preciso que Jesús le revele su nombre; él será su Maestro, su único Maestro;[5] ella no ha comprendido que toda la ley del deber estaba en el amor, es preciso que Jesús le enseñe, y él será su legislador.

Así es como debe constituirse el Reino de Dios,—ese reino destinado á sufrir la violencia y que solamente tienen los esforzados;[6] Jesús será el fundador.

Bajo la acción del Dios personal y vivo que llena su naturaleza de hombre, conociendo la voluntad de su Padre, penetrando el alma del pueblo de quien se conoce él ser el Mesías, sondeando al sér humano en sus profundidades, midiendo el doble abismo del dolor que le atormenta y del mal que le devora, él ha visto el drama universal de la gran vida de la humanidad, conocido la hora exacta de su historia, y él se ha proclamado con una voz que todo lo ha conmovido: Yo soy Aquel que espera mi pueblo, yo soy el deseado de las naciones.

1 1ª Epist, á Timoteo, XVI, 5.
2 Juan, X, 10.
3 Juan, XII, 32.
4 Juan, I, 29, 36.
5 Mateo, XXIII.
6 Mateo, XI, 12.

Tal es la vocación de Jesús.

Ningún destino puede serle comparado, porque todos llevan el sello de la debilidad del genio, del particularismo de la raza, de las preocupaciones del tiempo; y todos, como la sabiduría del hombre, son cortos bajo cualquier aspecto. Se puede conceder á Mahoma el honor de haber arrancado á algunas tribus de la idolatría y de ser así para una raza el apóstol de la unidad de Dios; no se le absolverá de haberse dado á sí mismo como llevando la última palabra de las revelaciones divinas: el Korán estaba sobrepujado, antes de nacer, por la Biblia y por el Evangelio de quien es el plagio. Cualquiera admiración que se tenga por la mansedumbre y el carácter lleno de bondad de Cakya-Mouni, proclamándose el maestro destinado á enseñar á los hombres la vida de salvación, ¿quién no retrocederá ante ese pesimismo para quien la misma existencia es un mal, y el único remedio la libertad de toda existencia ó el Nirvana? Su código moral y social es admirable en algunos puntos: ¿qué fuerza da el Bouddha para cumplirle? Importancia radical del genio humano: palabras, ejemplos, una ley moral que alumbra; pero siempre la letra muerta que mata, y nunca el espíritu que vivifica.

La vocación de Jesús no descubre ninguna debilidad personal, ninguna estrechez de raza, ningún error de los tiempos. Original, como todo lo que viene de Dios directamente, ella lleva en su forma humana todos los caracteres de Dios: la universalidad, la eficacia creadora, la inmutabilidad.

Nacido Judío, en un siglo determinado, Jesús no se parece á ninguno de los caracteres de ese pueblo, él no es ni palestino, ni alejandrino, él domina igualmente al doctor jerosolimitano Hillel y al helenista Philón. Sus palabras, sus doctrinas, no recuerdan para nada al uno y al otro. El es el mismo. Lo que dice es de todos los tiempos, tanto de hoy como de hace diez y ocho siglos; es el hombre tipo que obra en él; su obra abraza á la humanidad entera, en lo que tiene de eterno y de esencial; su reino no pasará del cielo y de Dios cuyos nom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres lleva; la Ley que él formula como código de ese reino no será excedida, porque ella expresa las relaciones inmutables entre la voluntad de Dios y los hombres que él debe salvar; y la fuerza que él tiene con su Ley, es la fuerza del mismo Dios, su Espíritu vivo y personal, presto á abrazar á la humanidad entera.

Tal es la potestad de esta idea que ella se ha abierto un camino á través de todos los siglos y de todos los pueblos, viva, indomable como en el primer día, á pesar de la resistencia del hombre. Cristo desaparecido, continúa siendo el mismo como él se ha afirmado; su espíritu reina, su obra vive, el Reino de Dios prosigue su evolución grandiosa. El judaísmo, siempre impotente como religión, le mira engrandecer, incapaz de sujetarle y condenado á sufrirle. Los últimos restos del paganismo hindou se descomponen, y mientras que el mahometano trata de arrancar á los salvajes del fetiquismo grosero, Jesús domina al mundo por su Espíritu, único centro del que el hombre no cesa de sacar la verdad de Dios, la fuerza y la paz.

Lo propio de las vocaciones poderosas es orientar la vida, llenar la actividad interior, concentrar los pensamientos, las resoluciones, todas las fuerzas afectivas; la de Jesús ha debido absorberle todo por completo; ella le iluminaba, le sostenía, le alimentó en los largos años de Nazareth. Durante este período de vida desconocida, sólo el Espíritu de Dios le ha hecho crecer, arreglándole y preparándole para su obra. Todo lo ha recibido de él y nada de los hombres. ¿Qué maestro hubiera podido iniciarle en lo que estaba sobre el hombre? Todo lo que él vió, sintió, resolvió, deseó, le ha sido dado por intuición é inspiración; en sí mismo es donde él ve; todo lo que él dice está vivo en su conciencia; su palabra no es más que el eco ardiente y penetrante. El no vacila, él no duda; ninguna incertidumbre, ningún esfuerzo.

Bajo el choque de la inspiración, el genio humano se agita, llevado fuera de sí, impotente para contenerse; la calma de Jesús es como su inspiración, él tiene la plenitud y la constancia. Señor de sí mismo, él no obra sino á su voluntad. Llegada la hora, y ella va á sonar, el obrero, el hijo del carpintero, abandonará su vida obscura, y, con una decisión, una firmeza, una plenitud, una energía tranquila, dirá: "Los tiempos se han cumplido. El Reino de los cielos está ahí; arrepentíos, y creed."[1]

Esta será su primera palabra, el comentario de la respuesta misteriosa que él hacía á los doce años: "¿No sabéis que yo debo estar ocupado de los negocios de mi Padre?"

Esta palabra encierra toda su vida pública y todo su destino.

El racionalismo, cuyos procedimientos críticos jamás han penetrado el genio religioso del Oriente, se ha despreciado torpemente respecto al papel único de Jesús como respecto á su naturaleza. El nada ha visto en esa relación misteriosa que une á Cristo con Dios, y él jamás ha podido dar más que una interpretación insuficiente de su filiación divina. De ahí esas aberraciones acerca del destino del Maestro. El no se ha elevado hasta la idea que le es propia y que le distingue de todo sér humano. El ha hecho un reformador, un moralista, un revolucionario religioso y social, un legislador y un fundador de la religión pura, no disponiendo como todos los hombres, más que de la potestad de instruir, de formular dogmas nuevos, preceptos más puros, de establecer una sociedad nueva; él no ha reconocido en él la potestad de comunicar al hombre el Espíritu de Dios, como fuerza viva y personal.

Esta concepción puede exceder los sistemas de una filosofía que suprime la personalidad divina, pero ella se impone al historiador que tiene el respeto de los documentos evangelicos, y que, en vez de pintar á Jesús conforme á sus propias ideas, trata de representarle tal como él mismo se ha afirmado, ante el testimonio irrecusable de la historia.

Cuando un hombre providencial ha llegado á su plenitud, el medio en que debe obrar le invita á producirse, las circuns-

[1] Marc., I, 15.

tancias van delante de él; de la misma mano que cría los genios y los aplica á su obra, Dios conduce los acontecimientos á donde ellos deben de verificarse; entre el curso de los unos y la evolución de los otros, hay una armonía preestablecida: la misma hora marca su madurez.

En el momento en que Jesús se aproxima á su treintavo año,—la edad perfecta de la virilidad entre los Judíos,—el mismo Espíritu que le ha producido y que ha hecho converger hacia él todo el movimiento de los siglos,[1] prepara directamente el teatro en donde él va á aparecer; él le acorta el camino, él despierta el alma de su pueblo por una de esas voces que apasionan á la multitud y conmueven las conciencias.

1 Véase el libro I, cap. I.

LIBRO SEGUNDO.

JUAN EL PRECURSOR Y LA VENIDA DE JESUS.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancias van delante de él; de la misma mano que cría los genios y los aplica á su obra, Dios conduce los acontecimientos á donde ellos deben de verificarse; entre el curso de los unos y la evolución de los otros, hay una armonía preestablecida: la misma hora marca su madurez.

En el momento en que Jesús se aproxima á su treintavo año,—la edad perfecta de la virilidad entre los Judíos,—el mismo Espíritu que le ha producido y que ha hecho converger hacia él todo el movimiento de los siglos,[1] prepara directamente el teatro en donde él va á aparecer; él le acorta el camino, él despierta el alma de su pueblo por una de esas voces que apasionan á la multitud y conmueven las conciencias.

1 Véase el libro I, cap. I.

LIBRO SEGUNDO.

JUAN EL PRECURSOR Y LA VENIDA DE JESUS.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO I.

LOS JUDIOS EN JUDEA HACIA EL AÑO 26.—VENIDA DE JUAN BAUTISTA.

Antes de presentar la continuación de la historia evangélica, véamos vivir en la Palestina á la sociedad judía, hacia el año 26, en la época en que Pilatos, en calidad de Procurador romano llega á administrar la Judea. Hay ahí un concurso de acontecimientos, una organización religiosa y social, un juego, una lucha de partidos, un conjunto de supersticiones, de preocupaciones, de pasiones y de esperanzas, de corrientes de opinión, en una palabra, un estado de la conciencia nacional, que es preciso estudiar de cerca y con algunos detalles, para comprender el medio en el que Jesús vivió y el movimiento que, bajo la acción de Juan-Bautista, va á preparar su venida.

A primera vista, se distingue en ese pequeño mundo removiendo diversos grupos muy divididos. Ahí existen desde luego las grandes familias patricias y sacerdotales, entre las que se reclutan los soberanos pontífices, los Boéthos, los Hanan,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALÉRE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Phabi, los Kanith. El pontificado supremo se ha hecho para ellos una especie de feudo que ellos se disputan cerca de la autoridad romana, á fuerza de intrigas y de dinero. Opulenta, llena de altivez, detestada, esta aristocracia oprime al pueblo con diezmos é impuestos, y ultraja su pobreza para una existencia lastuosa. No se perdonaba á los patricios ni á los jefes sacerdotales en actitud conciliadora respecto al poder pagano aborrecido. Los grandes sacerdotes, arbitrariamente nombrados, y destinados por los procuradores, han perdido todo prestigio. La multitud que les odia y les desprecia, se venga de ellos por el insulto, las burlas, los anatemas. Nada detiene ese torrente de odio, sube y se desborda. Veinte años después, se cantará en las calles de Jerusalem.

"¡Qué calamidad, la familia de Boéthos!

"¡Malditas sean sus lanzas!

"¡Calamidad, la familia de Kantharos! ¡Malditas sean sus plumas difamatorias!

"¡Calamidad, la familia de Hanan! ¡Malditos sean sus silbidos de víboras!

"¡Calamidad, la familia de Phabi! Maldita la pesadez de sus puños!"

Ellos son grandes sacerdotes, sus hijos tesoreros, sus yernos guardianes del Templo; y sus sirvientes abruman al pueblo á palos.[1] Esos anatemas de la multitud exasperada dicen mucho respecto á la brutalidad de la tiranía sacerdotal. Veíase á criados miserables, escoltados de insolentes compañeros, quitar á la fuerza los diezmos para sus señores y maltratar sin piedad á los recalcitrantes.[2] Los grandes sacerdotes tenían á menudo el derecho exclusivo de vender á las víctimas. Los Hanan habían establecido sobre el monte de los Olivos, bazares (Kanehioth) para la educación y venta de palomas. Excedían en hacer lucrativo ese piadoso monopolio. Abusando de su autoridad, multiplicaban los casos en los que, según los ritos,

1 Talmud, Hierosol., Perachim, 57, a.

2 Antiq., XX, 8, 8; 9, 2.

los sacrificios de palomas eran obligatorios; la carestía era excesiva, á tal grado, que un solo par de palomas se vendía hasta en un denario de oro. Y mientras esos pontífices se hartaban de tributos, los sacerdotes de rango inferior, reducidos á la miseria, morían de hambre.[1]

Fácilmente se comprende qué indiferencia religiosa debía ocultarse en esta clase de hartamientos. Esos hijos degenerados de Aaron ó de Leví no ardían en la impaciencia de ver el Reino de Dios; y, sin embargo, ninguno más conservador que ellos. Ellos forman el nucleo del partido saduceo;[2] su ortodoxia es inflexible, sobre todo en lo que toca á los ritos, y sus sentencias inexorables. Las cosas del otro mundo no les preocupan para nada: materialistas, sensuales y escépticos, no las creen. Mantener el orden establecido, vivir en buena inteligencia con los Romanos, guardar sus cargos, hacer buena cara y gozar, he aquí para ellos lo esencial. La religión no es un fin, es un medio; ellos se guardan de decirlo muy alto, pero este axioma domina toda su vida.

Al lado de la aristocracia del nacimiento, de la fortuna y del sacerdocio, existe la de la ciencia religiosa: letrados, doctores y escribas. Después que la "Thora" se había conquistado, en la vida judía, un lugar tan elevado, y había llegado á ser, casi á semejanza del Templo, uno de los centros, se vió aparecer al lado de los hombres del culto á los hombres de la "Thora."

El sacrificio absorbe á los unos, el estudio á los otros; los primeros están obligados por su propio nacimiento en las funciones sacerdotales, pero los otros salen de todas las tribus y de todas las clases; ellos representan la ciencia religiosa, moral, ritual, jurídica; ellos comentan el Libro, le copian, le propagan; ellos no tardan en elevarse sobre la clase de los sacer-

1 Antiq., XX, 8, 8; 9, 2.

2 El partido de los Justos, de Tsedakah, justicia. Ese nombre parece haber designado todo desde luego, bajo Juan Hyrcano, el partido compuesto sobre todo de los sacerdotes, y quien, ante las exageraciones de los Fariseos, se contentaba de la justicia, tal como la exigía el texto de la ley. Tal vez le agradaba adherirse por este nombre al último de los pontífices cuya memoria estaba en veneración, á Simeón, llamado el justo. Cf. Antiq. XIII, 9; XVII, 2, 4; XVIII, 1, 3. Bell. Jud., II, 8.

dotes y en hacerse dueños de la opinión. Esta es una ley de toda sociedad humana llegada á cierto grado de cultura: la potestad es de los más fuertes, y los más fuertes son los que saben.

Los doctores no sólo estudian y enseñan la "Thora," ellos se señalan por una fidelidad más estricta á todo lo que ella impone, defendiéndose con energía contra toda influencia pagana. Estos son los "Hassidim," los piadosos, del tiempo en el que el helenismo, desde la conquista de Alejandro, todo lo invadió; después de haberse mantenido firme contra la civilización y las costumbres paganas de los Griegos y de los Syrios, ellos resisten hoy á la corrupción romana. El particularismo judío se halla en ellos con toda su aspereza; ellos personifican la conciencia nacional, ellos los que se acuerdan, ellos los que esperan. Todos los hechos de la gran historia de Israel viven en su memoria; todas las promesas de Dios al pueblo de quien son miembros, brillan ante ellos como un espléndido porvenir. La "Thora" es todo para ellos, puesto que ella contiene todo su pasado y su destino, puesto que ella les enseña la justicia legal que, al hacerles agradables á Dios, garantiza el triunfo de su raza y de su fe.

Esta doble aristocracia ha dado nacimiento á dos partidos cuyas luchas, las rivalidades y los excesos llenan los dos últimos años de la historia del pueblo judío: los Saduceos (Tsadikim) ó los Justos, y los Fariseos (Perischim) ó los Separados, los Distinguidos. Los primeros pertenecen casi todos á la aristocracia de la fortuna ó del sacerdocio, los segundos á la de la ciencia.

Al convertirse en un partido, los Fariseos [1] han sufrido la ley de toda secta. Ellos han exagarado sus principios, llevado más allá sus tendencias, merecido los anatemas del más

1 "De Parousch," separación, distinción. Los Fariseos ó los Separados, los Distinguidos, los Puros, se señalaban por el cuidado con que se separaban, se distinguían de lo que no era judío. Todo comercio con los paganos, toda concesión hecha á sus costumbres, de parte de los Saduceos, les parecía una profanación y una cobardía. Cf. Antig., XIII, 9; XVII, 2, 4; XVIII, 1, 3. Bell. Jud., II, 8.

dulce y del más sabio de los maestros: ciegos voluntarios, cerrados á la viva inspiración, ellos nada han comprendido del misterio de los acontecimientos, y se han convertido en la fuerza más hostil, la más refractaria á la fundación del Reino de Dios.

Absorbidos en el estudio de la "Thora," del Libro, no conocían más que la letra; el espíritu se les escapa, y la letra les mata. Ellos desprecian siempre el elemento moral, y se aplican á lo que es exterior y ceremonial; ellos apenas se preocupan de la santidad del alma, pero se apasionan por la santidad legal. El deber para ellos no es el cumplimiento de la voluntad de Dios, es ante todo la práctica estricta de la legalidad. Llevados por ese celo de observancias, ellos no piensan en multiplicar las virtudes, sino más bien los ritos: el más santo no es aquel que se domina á sí mismo y que ama á Dios y al prójimo, es aquel que hace más ayunos y promesas, más abluciones y sacrificios, el que lleva las filacterias más anchas y los penachos más largos, el que camina con la espalda más encorvada, los ojos más bajos á la tierra, el que afecta en los días en que ayuna, semblante más fúnebre, absteniéndose de ungir su cabeza, de lavarse la cara,[1] y de saludar á sus amigos,[2] y que emplea las fórmulas más interminables de oraciones. Su piedad no es más que una máscara. La hipocresía, —este arte de aparecer y de mentir, de ocultar el vicio y los vicios del alma bajo las apariencias de la santidad—era casi universal entre esos falsos devotos.

Ninguna idea grande se agita en las cátedras y en las sinagogas. Los doctores célebres que, bajo Herodoto el Grande, habían sobre todo contribuido al desarrollo de las tradiciones y de las costumbres, á la interpretación jurídica de la ley, los Schemaia y los Abtalion, los Hillel y los Schammai, habían desaparecido, y, como acontece siempre cuando faltan los hombres superiores, los mediocres indujeron á los excesos y á las

1 Talmud Hierosol., Schabbat, f. 12, 1.
2 Id. Taanith, f. 4-7.

minuciosidades. El formalismo creció, las cuestiones se hicieron más sutiles, la casuística más bizarra y la más desarreglada hacía el gasto de toda la enseñanza.[1]

Las discusiones rituales apasionaban á los letrados, ellas formaban el terreno del combate entre los partidos y las escuelas rivales.

El día de la fiesta de la Expiación ¿el incienso debía ser quemado ante el Santo de los Santos, ó más bien en el mismo Santo de los Santos, inmediatamente después de la entrada del gran sacerdote? La cuestión era juzgada de tal importancia que los Fariseos, la víspera del gran día exigían del sacrificador supremo el juramento de fidelidad al verdadero rito. La oblación que acompaña al holocausto ¿á quién pertenecía? ¿A los sacerdotes ó al altar? La yerba recogida, como primicias, en la primavera, al día siguiente de la Pascua, ¿puede ser cortada en día de sábado? En la fiesta de los Tabernáculos, ¿la libación del agua debía hacerse sobre el mismo altar, y la procesión con las ramas de sauce debía detenerse cerca del altar? ¿Debía descontarse el diezmo solamente sobre las semillas, el vino y el aceite, ó todavía sobre el anís, el comino y la menta? El juramento por el cielo ó la tierra, por Jerusalem ó por el alma, ¿es válido, ó solamente el juramento por Dios? ¿Es necesario jurar por el Templo ó por el oro del Templo, por el altar ó por la víctima del altar?

Vana y vil casuística, sin moralidad y sin elevación. Los más exagerados son materialmente los más escuchados; los discípulos de Hillel, inclinados á la dulzura de las interpretaciones, son desbordados por los de Schammaí, el austero, el intransigente. La letra constituye ley; á medida que se apegan á la letra, se está más seguro del éxito. Cuando la pasión está desencadenada, en religión como en política, el secreto de vencer es el arte de halagarla.

1 Id. Beracot, fol. 13, 2; Sotah, fol. 20, 3; Babyl., Sotah, fol. 22, 2.

Se conoce la famosa cuestión debatida entre las dos escuelas: ¿Es permitido comer, en día de sábado ó de fiesta un huevo puesto el día de sábado? El dulce Hillel respondía inexorablemente no, con una severidad absoluta; el austero Schammaí, en ese caso particular, era menos difícil. Se obedecía en la práctica al maestro más estricto; pero en revancha, Schammaí prohibía, el día del sábado, la instrucción de los niños, el cuidado de los enfermos; prohibía embarcarse en el mar y comenzar el ataque de una ciudad, tres días antes del sábado.

La cuestión suprema, para la piedad de los Fariseos, era la pureza, no la pureza del corazón, que Dios ama y que pedían los profetas, sino la pureza legal, aquella que se ve, y que pone al Judío en oposición exterior y violenta con el paganismo.

¿La carne del cadáver es la que mancha, ó su piel y los huesos? ¿El contacto de los libros paganos, ó más bien el de los libros sagrados? ¿El agua que corre de un vaso impuro no es ella también impura?—¡Desdichado, decían los fervientes, quien desprecia la ablución de las manos! él será exterminado de este mundo. Los Saduceos se burlaban.—Ya veréis, decían, cómo los Fariseos llegarán á purificar el globo del sol.

Ese rigorismo pueril les absorbía. Sus prácticas piadosas consistían en sacrificios, en votos, en oraciones arregladas, multiplicadas, complicadas, que ellos venían á decir, en tanto que era posible, en el Templo y algunas veces en plena calle. Muchas abluciones antes de asistir al sacrificio, y aun antes de la lectura de la Ley. Se lavaban las manos antes de la comida, siguiendo el uso verosímilmente establecido por Hillel y Schammaí; se abstenían severamente del pan, del aceite y del vino de los paganos, ayunaban dos veces por semana, hasta en la noche, severa y voluntariamente, sobre todo el lunes y el jueves; daban limosna con ostentación.

Todas esas costumbres arbitrarias se introducían poco á poco, después del destierro, bajo la influencia de los Fariseos, y llegaron á ser un yugo severo que ellos se imponían é imponían al pueblo. La dirección moral estaba forzosamente com-

prometida por el pormenor inestimable de las obras y de las prácticas exteriores. El Evangelio no les deja adivinar en las censuras reiteradas de Jesús reprochando á los Fariseos, entre mil aberraciones, la de creerse dispensados de asistir á sus parientes pobres, al consagrar todos sus bienes á Dios.[1]

A través de ese baturrillo de sutilezas legales y esas querellas de casuística, la ciencia moral arrojaba todavía alguna luz. Agradaba á los doctores traducir su sabiduría, á la manera oriental, en algunas sentencias breves y vivas, algunas parábolas de forma original y picante. Los Talmud nos han dado muestras numerosas. El "Pirke-Abot," es una colección edificante. Mas como los sublimes axiomas de filosofía, los hermosos preceptos de los Padres de la sinagoga, de los "grandes Pares," como se les llamaba, no eran más que una letra muerta, ni los unos y los otros han logrado hacer la ley viva de los que las redactaban, ni de aquellos á quienes estaban dirigidos. Los paganos no han sabido romper el yugo del fatalismo y del panteismo, y los doctores judíos han sucumbido bajo un miserable formalismo.

Sin embargo, había un error histórico y una injusticia en hacer á todo el partido fariseo solidario de esas aberraciones religiosas, de esas irregularidades, de esas exageraciones y de esos vicios. El Nuevo Testamento bosqueja algunas figuras, tales como Nicodemus, José de Arimatea, Gamaliel, que respiran un gran aspecto de sencillez y de nobleza. Ahí se hallan á los puros descendientes de Hillel, el verdadero tipo de los Judíos abiertos á las esperanzas de Dios. Ellos han formado lo más distinguido, cuya sabiduría no era siempre escuchada en los consejos de los ancianos y de los jefes; ellos no han logrado detener el torrente de la opinión, pero han tenido la gloria de ver lo justo; ellos han escuchado la llamada de Cristo; y ellos han incurrido en la suerte de esas minorías abrumadas en las horas de crisis violenta, en donde la derrota es algunas veces un honor y el triunfo un borrón.

1 Mateo, V, 20; XV, 3.

La masa del pueblo, lo que hoy se llamaría la clase media, no se interesaba para nada en esas discusiones vanas de escuela, y no se embarazaba con las prácticas innumerables de ese rigorismo. Se podía admirar al Fariseo devoto, no se le imitaba. Los Saduceos se permitían reír:—"Miradle, decían, él mismo se atormenta en esta vida, para hallar penosamente su recompensa en otra." Mas él no dejaba de conservar su altivez y su proverbial orgullo. No se contaba á sus ojos sino por la ciencia de la Ley y la práctica de los ritos. El pueblo ignorante é infiel, todos aquellos que no observaban exactamente las reglas fariseas, le inspiraban el más profundo desprecio; él los trataba de pecadores,[1] de abominación y de animal inmundo.

Los publicanos[2] sobre todo,—los colectores de impuestos, los agentes del fisco imperial, los que visitaban las mercancías, percibían los derechos de importación y de exportación, cobraban los peajes en los puentes y los caminos,—eran el objeto de su desdén y de su odio. En revancha él estaba satisfecho de sí mismo:—¿No he cumplido con todo, decía, y en qué he faltado?

Está era su fórmula.

En general, la población estaba más bien en la tibieza que en la indiferencia. En los días de fiesta, todos se despertaban; aun aquellos que como los publicanos, se mezclaban con el mundo pagano y aceptaban ser los agentes de la administración, llenaban el atrio de los Gentiles y tomaban parte de lejos en el sacrificio y en las ceremonias del culto.

Sólo una clase hacía excepción, los Essenianos.[3] Esos ascetas son un fenómeno curioso de la ciencia judía en esa épo-

1 Estos son los ἁμαρτωλοί de los Evangelios.

2 Τελῶναι, ἐργολάβοι. Cf. Luc., XIX, 2; Bell. Jud., II, 14, 4.

3 Este nombre de Essenianos es la traducción griega de la palabra Ἐσσαῖοι. Recuerda la palabra siriaca ḥasse, que no es más que la traducción de la palabra hebrea ḥasidim, piadosos. Esta etimología nos parece mucho más verosímil que aquella que quisiera derivar el nombre de Essenianos de ṭabbá, bautizar; de ʾasá, curar, ó de ḥaraš, callarse. Cf. Josefo, en los pasajes indicados más arriba para los Saduceos y Fariseos.

ca. Ellos no forman un partido en la nación,—puesto que ellos habian huído el mundo y renunciado á toda acción pública,—sino más bien una orden religiosa. Habría error al ligarlos á los Yoguis de la India, á los Pitagóricos de la Grecia, á los Théurgos de la escuela de Alejandría. Sus verdaderos maestros son los "Hassidim" (los Piadosos), esos Judíos fervientes y antihelénicos de cuyo seno salió el ardiente Judas Macabeo. A sus ojos, la ley de Moisés es todo; ellos han dejado por ella la vida activa, la discusión, la política militante, y se han absorbido en el retiro, en un rigoroso ascetismo y en la contemplación. Los Fariseos les parecen tibios, y la sinagoga, degenarada. No pudiendo cambiar el mundo, mueren para el mundo. Se asocian entre sí y viven en común; ellos son pobres. Durante algún tiempo se les llamó "Ebionim" (los Pobres), porque ellos afectaban no poseer nada; finalmente, se agrupaban en verdadera congregación y llegaron á ser los "Essenianos." Retirados sobre el borde occidental de la mar Muerta, construyeron cerca de la ribera, bajo los palmeros del oasis de Engaddi, verdaderos conventos.

Ellos renuncian al trabajo del mejoramiento de los hombres, abandonando todo á Dios, en su misticismo fatalista. Ellos creen al alma inmortal, esperan el libramiento de la materia, y esperan una vida venturosa; no juran, son castos, sobrios, silenciosos, mortificados, abstinentes. No quieren sirvientes: todos son iguales y hermanos. No se casan, dice Josefo,[1] pero aceptan los hijos de los demás, en la edad en que son susceptibles de disciplina, los tratan como si fueran de su familia y los forman á su imagen. Su gran rito consiste sobre todo en abluciones frecuentes.

Ellos se consideran como sacerdotes: ¿no está escrito, sois un pueblo de sacerdotes?[2] y ellos se abstienen del vino porque el vino está prohibido al sacrificador en el ejercicio de sus

1 Bell. Jud., II, 8, 2.
2 Ex., II.

funciones, ellos no van á las ciudades, porque las puertas están adornadas de estatuas; no se sirven de la moneda griega ó romana, porque el Deuteronomio prohibe tallarse con imágenes.

La ley de Moisés es la tumba en donde están sepultados; no son vivientes, son sombras. Pasan á través del desierto y las aldeas, como seres de otro mundo, revestidos con la túnica blanca y del "mehil," ceñidos los riñones con un largo cinturón, y á su lado la dolabra,—pequeña hacha, cuyo uso prescrito por el Deuteronomio, nada tiene sino de pacífico. Los Fariseos, les desdeñaban, les llamaban, haciendo alusión á su baño matinal, los "Hemero-baptistas," y ponían en ridículo sus prácticas; su comunismo les parece una cosa necia, y les tratan de piadosos imbéciles.

Los Essenianos aparecieron por la vez primera bajo Aristóbulo I, un siglo antes de Jesucristo, y desaparecieron para siempre hacia el año 70, en ta época de la ruina de Jerusalem y del Templo.

Además de los partidos, de la clase de los poderosos y de los letrados, además del vulgo más ó menos indiferente, ignorante ó corrompido, siempre hay en un pueblo cristiano un número de espíritus, quienes por la mediocridad misma de su situación, escapan á la corrupción y al orgullo de los ricos, á los vicios del vulgo, y aun á las preocupaciones que, bajo el nombre de ciencia y de cultura, apartan frecuentemente, estrechan y paralizan el espíritu de los letrados. Viven sin ruído, sin ostentación, cumplen obscuramente su deber; son sencillos y rectos: temen á Dios; se contentan con poco, no teniendo la riqueza ni la ambición; soportan sin murmuración las pruebas de la vida, tienen piedad de los que sufren, aman la paz y se guardan del mal. Su mirada es sencilla y su corazón es bueno; ven lo justo, porque quieren el bien; llaman á las sanas novedades, porque tenían hambre y sed de justicia; son la sal de la tierra, é impiden la corrupción total.

Cuando Dios quiere hacer avanzar al mundo y transformar á un pueblo, envía á sus profetas. El profeta es la palanca de Dios, los humildes de este mundo son el punto de apoyo. La voz que anuncia las cosas santas halla en ellos un eco. Se estremecen, los primeros, con los rayos de una primavera que va á rejuvenecerlo todo. Sería difícil contarles; pero Dios les conoce, y su Espíritu reposa en ellos.

Despreciar ese elemento en la vida de los pueblos, es omitir una de las fuerzas más activas, aunque la más silenciosa. Es preciso mirar, en los tiempos de crisis y de angustia, á esos desconocidos, á esos olvidados, á esos anónimos; esos son los que Dios conserva; escapan al diluvio, y salen del arca, para comenzar una era nueva, sobre una tierra purificada y rejuvenecida.

Es difícil valuar con alguna precisión histórica este elemento de la sociedad judeana. Existía sin embargo,—no se podría negarlo,—un poco en todas partes, en la ciudad y en los campos, en los bordes del lago y hasta entre los publicanos desdeñados.

A pesar de su servidumbre y el naufragio de su independencia, los Judíos, en Judea, como en sus colonias en pleno mundo pagano, guardan todavía una especie de gobierno propio. Esta autoridad, á la vez religiosa y nacional, reside en una asamblea de setenta y un miembros. La tradición judía refería la institución á Moisés, é invocaba la ley[1] para darle un carácter sagrado. En el fondo nada hay de común entre el Sanhedrin y los Ancianos de quienes habla Moisés. Esos últimos no son sino representantes del pueblo; ellos deliberan en las graves ocasiones, pero no son la autoridad nacional. Igualmente sería un error confundir el Sanhedrin con la "Gran Asamblea" constituída por Esdras, que no era más que un colegio de los escribas llamados á resolver las cuestiones del orden del todo religioso.

1 Números, XI, 16.

El Sanhedrin, propiamente dicho, no apareció sino hacia la mitad del tercer siglo antes de Jesucristo, bajo Antioco Epifanio. Josefo le llama la γερουσία[1] Esta asamblea ha debido ser una concesión de los Ptolomeos, quienes para ganar la simpatía de los Judíos, les reconocieron el derecho de gobernarse por sí mismos. Ese tribunal cuyas atribuciones fueron en su origen, bajo los Seléucides, verosímilmente muy restringidas, se hizo más influyente bajo los Asmoneanos. Es preciso descender hasta el reinado del rey Hircano, por el año 130, para ver el "Beth-Din" transformado en "Synédrion," y dividir el gobierno de la nación con el gran sacerdote quien, hasta ahí, tenía toda la autoridad. Los Romanos, dueños de la Judea, el año 63, dejaron subsistir esta representación nacional, restringiendo sus poderes; y la hallamos, bajo los Herodes y los procuradores, con la organización que le dió Hircano.

El gran sacerdote preside el Sanhedrin, á lo menos después de la muerte de Hillel.[2] El se llama "Nasi" (príncipe), y el vice-presidente, "Ab-beth-Din" (padre del tribunal), porque él tiene asiento en los negocios judiciales. La asamblea recluta sus miembros entre las familias que tienen derecho al pontificado supremo, como la de Hanan y de Phabi: estos son los grandes sacerdotes; entre los que ocupan una gran situación de fortuna y que pueden, por medio de sus tablas genealógicas, atestiguar la fuerza de su origen judío; esos son los ancianos, πρεσβύτεροι; en fin, entre los doctores, los jefes de escuela, los rabbis, los que copian la Thora, la estudian, la comentan, la enseñan: esos son los escribas, γραμματεῖς, los maestros, διδάσκαλοι, ἐπιστάται.

Las atribuciones del Sanhedrin son variadas y numerosas. Todo lo que constituye la vida judía, en sus menores detalles, salió de su autoridad: él es á la vez un concilio, una corte de justicia, un parlamento. El juzga las cuestiones de doctrina, de derecho y de ritual, vela por la fuerza de la raza en los matri-

1 Antiq., XII, 3, 3.
2 Antiq., XX, 10; Act., V, 17 y sig: VII, 1: IX, 1, 2, etc.

monios de las familas sacerdotales, fija el calendario y las neomenias, arregla lo contencioso entre los judíos. Tiene la guarda de las tradiciones y de la Ley, cita ante él á los blasfemadores y á los falsos profetas, les condena, aun á la muerte y á la lapidación, salvo el pedir la ratificación del procurador romano.

En tiempo de Jesús y desde el reinado de Herodes, no había más que un cuerpo envilecido.[1] Dando al gran sacerdote la presidencia del Sanhedrin, y haciendo del gran sacerdote una criatura á su antojo, Herodes y los Romanos han hallado el medio de esclavizar al cuerpo entero y de tenerle á sus órdenes. No es entre esos representantes oficiales en donde es preciso buscar la verdadera vida nacional. Cuando los fariseos le llevaban ante el Gran Concejo, su celo feroz por la Ley no temía nada, y no vacilaban en intimar al rey Herodes á comparecer ante ellos.[2] El partido saduceo que domina en la asamblea no conoció esta fiera independencia, él no tiene otro cuidado que reprimir en el pueblo toda efervescencia y evitar con la autoridad romana el menor conflicto. Pilatos no tenía mejores aliados que los grandes sacerdotes para tener á la nación vencida, inmóvil bajo el yugo. Ya se les verá en el proceso de Jesús, mostrarse más celosos que el gobernador por la tranquilidad del Imperio y la amistad de César.

Es raro que los poderes establecidos, los cuerpos constituídos, sean los instrumentos de una renovación; ellos piensan sobre todo en mantenerse y perpetuarse; el presente les absorbe, las ideas nuevas les inquietan, el dia siguiente les espanta, les agrada mejor ver el pasado que el porvenir; su función es más bien conservar que innovar. Toda marcha para adelante quiere el sacrificio de las formas usadas, ella se prosigue á través de los descubrimientos y sobre los restos de lo que ha cesado de vivir. El Sanhedrin ha sufrido esta ley y él

1 Antiq., XV, 2, 4; 3, 1.
2 Antiq., XVII, 2, 4.

hubiera embarazado el Reino de Dios, si alguna potestad humana hubiera podido contrariar á la fuerza irresistible del Espíritu.

Los acontecimientos políticos y religiosos que, después de más de un siglo, se sucedían en Palestina, en el Pequeño estado judío, hacían su situación siempre más grave y le encaminaban á su ruina.

Las luchas fratricidas de los últimos Asmoneanos, la toma de Jerusalem por Pompeyo, la entronización de Herodes por Augusto como rey de la Judea reconstituída, la política pagana y tiránica de este Idumeo, sus atentados contra la religión, la división de su reino, los diez años de violencia y de crueldad del etnarca Arquelao, la transformación de la etnarquía en provincia del Imperio, el juramento de fidelidad á César, á una autoridad pagana, el censo pagado cada año en señal de servidumbre definitiva, la presencia de los procuradores romanos y su administración despótica,—todos esos hechos, que componen la dolorosa historia de los judíos desde el año de 64, hieren como tantos golpes terribles á la nación decaída.

Ni un patriota que no sea tocado en su amor apasionado por su religión y su país; una inmensa tristeza invadió al pueblo entero; todos llevan el duelo de su independencia. Lo que les hiere más cruelmente, no es menos el sentirse los vencidos de una potestad pagana como de ser violada la libertad de su culto. La mayor parte se resignaría á vivir bajo un poder extranjero; pero lo que nadie puede sufrir, es la opresión de la conciencia, es un gobierno ultrajante de la Ley santa. Ahora bien, á cada momento, los procuradores de Roma llevaban contra ella una mano brutal y sacrílega. El pueblo rebelde prefería la muerte al espectáculo de semejante abominación.[1] De todas las libertades, en efecto, la libertad de servir á su Dios es la más santa; ninguna otra tiene en el cora-

1 Cont., App., I, 22.

zón del hombre raíces más vivas, más indestructibles, y entre todas las naciones, no se hallará quien haya mostrado más adhesión que la nación judía á su Dios y á su Ley.

Están lejanos los tiempos en los que Israel corría en pos de los ídolos y merecía por sus adulterios contra Jehovah, el anatema de los profetas. La religión, aunque mal comprendida, era su gran pasión, ella se confundía con la sangre de la raza, con la patria, y el pueblo estaba siempre presto á levantarse para defenderla; de todos los sentimientos propios para conmoverla, es el más tumultuario y el más excitable.

Roma no lo ignoraba. Los dos primeros emperadores, César y Augusto, siempre han sabido tenerlo en cuenta; pero su moderación no podía prevenir todos los choques; las necesidades administrativas se chocaban á cada paso con las exigencias judías; y el descuento anual del impuesto era, para él solo, una ocasión puramente de conflicto.

Tiberio continuó en sus primeros años la política de sus predecesores. Un buen pastor, decía, en su egoista sabiduría, trasquila sus ovejas, pues evita el desollarlas.[1] No le agradaba cambiar sus procuradores; conociendo la profunda corrupción del hombre, sabía su codicia, y decía de ellos con desprecio: Si se espanta á las moscas que devoran la sangre de un herido, en el momento en que ellas están saciadas, las que las reemplacen chupan la llaga con una nueva avidez.[2]

Sin embargo, hacia el décimo año de su reinado, un hecho escandaloso puso en conmoción á la asistocracia de Roma, habiendo sido sorprendidos algunos Judíos en flagrante delito de estafa y de charlatanismo,[3] el antiguo odio que dormía siempre en el fondo del corazón de los paganos estalló contra la nación entera. El ministro Séjan se hizo el instrumento oficial de la cólera pública y juró exterminar á esta raza detestada. El

1 Tácito, An., XI, 42.

2 Suet., Nerón, 32.

3 Antiq. XVIII, 4. Se trata de la conversión al judaismo de una gran dama romana llamada Fulvia. Tres ó cuatro judíos la explotaron con una habilidad y una audacia sin pudor: el marido, Saturnino, les sorprendió y les denunció al prefecto.

viejo Tiberio, en su voluptuosa Capréa, dejó obrar á su ministro influyente. Las colonias judías bien pronto sintieron el rechazo de lo que pasaba en la metrópoli, y Pilatos fué escogido para reemplazar en Judea, hacia el año 26, á Valerio Grato.

Los procuradores que, después de veinte años, administraban á ese país, habían evitado huir violentamente el sentimiento religioso. Por lo mismo, no llevaron jamás á Jerusalem, los estandartes de las legiones sobre las que se veía la imagen del Emperador. Esas consideraciones surgieron por la debilidad de Pilatos. Su primer acto, al tomar posesión de su cargo, fué una violencia y un ultraje. Dió orden á la guarnición de entrar por la noche á la ciudad con los estandartes. El pueblo, advertido del acontecimiento, corrió en tropel de Jerusalem á Cesarea, importunando á Pilatos durante cinco días y cinco noches, conjurándole á retirar la abominación de la Ciudad Santa. Al sexto día, el procurador invitó al pueblo á venir al circo, en donde había dado al mismo tiempo cita á un destacamento de soldados. Los Judíos reiteraron sus súplicas: á una señal, los soldados por todas partes cercan á la multitud, con espada reluciente. Los Judíos permanecen inquebrantables, presentan sus pechos, declarando que mejor prefieren morir que sobrevivir á la violación de su Ley. Pilatos tuvo miedo: ordenó retirar los estandartes de Jerusalem.[1] Pero, como si él obedeciera á una palabra de orden venida de más arriba, él renovó sus actos de violencia, provocando así contra Roma un aumento de repulsión y de aspereza.

Cuando la vida de un pueblo está amenazada, todos los sentimientos se exaltan hasta el paroxismo. Los paganos no son solamente para los Judíos opresores, ellos son impíos; no son solamente los enemigos de Israel, ellos son los enemigos de Dios: su contacto es una mancha. El más terrible y el más implacable de los odios, el odio religioso, les persigue silencio-

1 Antiq., XVIII, 3, 1; Bell., Jud., II, 9, 2, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

samente y no cesa de atraer sobre ellos el castigo y las venganzas de Jehovah. En el corazón del pueblo y en el partido de los Fariseos, es en donde se esconde este odio.

Cualquiera otra nación, viéndose oprimida de esta manera, hubiera cedido á la fuerza y se hubiera resignado al yugo: el Judío se deja rechazar, aplastar, pero no reducir; y salvo algunos Saduceos á quienes un vivo interés une á los procuradores, todos, en lo más profundo de la miseria nacional, guardan la fe en días mejores. Con la opresión creció su esperanza, nutriéndose con los mismos acontecimientos, de todo lo que tenían de triste, de humillante y de doloroso.

Ciertos libros,—Judith, los Macabeos, Daniel, Henoch, el pequeño salterio de Salomón, la gran colección de los Salmos —eran muy leídos. Hay siempre una literatura oral ó escrita que, en armonía con los acontecimientos, sostiene el ideal de un pueblo. Se vigorizaban con los recuerdos de los valientes Macabeos y de su lucha gloriosa; se entusiasmaban, buscando el enigma de los libros apocalípticos; había agrado en ver esos cuadros grandiosos que pintaban la caída sucesiva de los grandes imperios al rededor de Israel inmóvil é indomable; se sabía de memoria el salterio de Salomón, y los cánticos nacionales de la gran colección en la que palpita entera el alma del pueblo. Se empleaba su poesía divina para gemir, para llorar, para sufrir, para anatematizar, para tener paciencia, para inclinar la justicia y apresurar la venganza, para implorar, para esperar, para invocar á Dios, para vivir, en fin.

En despecho de todo, y á la faz de los Romanos victoriosos y señores, los Judíos querían vivir: ellos creían en su inmenso destino.

Una idea, en efecto, domina y resume á las demás, en esos años en los que comienzan para ellos las convulsiones de la agonía: el Reino de Dios está cercano; el Mesías, el Rey del porvenir, va en fin á aparecer.

Esta esperanza, que durante siglos, parecía el infantazgo, el lote de los profetas, elevándose al corazón del pueblo sólo en

las horas de crisis, como el arco-iris en la tempestad, es por lo demás el patrimonio de todos. Jamás, ni bajo la servidumbre de Egipto, ni bajo el destierro de Babilonia, ni bajo el mismo Antioco, el brutal Seléucides, ella ha sido más viva, más impetuosa; esta es la idea candente. A cualquiera partido que se pertenezca,—con excepción de los Saduceos,—Fariseo ó Herodiano, á cualquiera escuela á que se refiera, á la de Hillel ó á la de Schammai, á cualquier rango social en que se esté colocado, sacerdotes y ancianos, doctores y escribas, Ebionitas y publicanos, todos son excitados é indignados.

Cuando una idea se apodera de una nación, la agita y la apasiona, es raro que ella sea uniformemente comprendida. Ella se modifica, se diversifica, se altera á merced de las preocupaciones, de los intereses y de los instintos del momento. La idea del Mesías entre los Judíos no ha escapado á esta fortuna; ella no está en el espíritu del tibio Saduceo lo que ella es en el alma del Fariseo ardiente; ella es concebida de otra manera por el escriba ó el legista absorbido en la Thora, y por el haggadista irritado contra las impiedades romanas, por el hombre del pueblo ciego de superstición, y por el Judío piadoso que vive dulcemente en espera de la consolación de Israel, por el Judío palestino y por el Judío alejandrino.

Nadie dudaba que el Reino de Dios no fuera á establecerse. ¿Pero cómo? La opinión pública estaba dividida. Los grandes sacerdotes, los Fariseos, los Saduceos, y hasta los partidarios desalentados de Judas el Gaulonita,—por diversos motivos, por prudencia y por egoísmo, ó por una falsa interpretación de las Escrituras,—se imaginaban que el Mesías no era otro que Israel, y el Reino de Dios, la obediencia á la Ley; ellos no veían incompatibilidad entre ese reino y la sumisión á un gobernador romano residente en Antioquía, y en un procurador establecido á Cesarea.

Esas doctrinas traducen exactamente las esperanzas de la clase aristocrática, de todos aquellos que, preocupados de sí

mismos, componen sus ideas de manera á no mortificar su tranquilidad egoísta, y sueñan en el porvenir la continuación del pasado. Que Jerusalem sea más deslumbrador, que el Templo tenga un tesoro más rico, que la sangre de las víctimas corra á torrentes en el mar de bronce, que los pórticos estén invadidos por una muchedumbre compacta, que los ancianos sean más honrados, que los diezmos sean más abundantes, que las cátedras de las sinagogas tengan más oyentes, que la enseñanza de los maestros llegue hasta los paganos, que acudan los prosélitos, que el mundo entero conozca al Dios de Israel: he aquí al verdadero Reino de Dios.

Esta indiferencia, esta fácil resignación á la esclavitud política, esta espera pasiva de una mañana gloriosa, no estaban hechos para los espíritus celosos, ardientes y libres. Eran numerosos entre los Judíos y en el seno mismo del partido fariseo, los que á la adhesión á la Ley unían la pasión de la grandeza nacional, confundiendo estas dos cosas en un mismo vehemente amor. De su rango es donde salieron los Macabeos, los seis mil que rehusaron, bajo Herodes, el juramento de fidelidad, con motivo del empadronamiento de que habla San Lucas, Judas el Gaulonita y el doctor Saddok, y, finalmente, más tarde, los Kanain, los Zelotas, ese partido de la rebelión á mano armada, esos intransigentes cuya palabra de orden era: No hay otro Señor que Dios! Nada de impuesto! El impuesto es el signo de la esclavitud.[1]

Ellos esperaban un Mesías guerrero, un verdadero Rey al que Dios daría la potestad de sacudir el yugo romano, de someter á Israel á los infieles, y de establecer la ley de Moisés sobre el mundo entero subyugado. El elemento político absorbía al elemento religioso. Ellos hallaban en el pueblo y en la juventud siempre fogosa un eco fiel y vibrante. A cada paso amenazaban con insurreccionar al país; desde que una medida contraria á la religión era tomada por el gobernador, ellos

1 Bell. Jud., VIII, 6; Ant., XVIII, 1, 1.

rugían, fomentando por doquiera las pasiones populares con una intrepidez que no temía nada, ni los suplicios ni la muerte.

Las supersticiones relativas al Mesías y á su reino estaban en plena florescencia en la masa ignorante. Las imaginaciones se exaltaban con la lectura de los libros apocalípticos. Se esperaba á un sér extraordinario que aparecería entre las nubes. Algunos decían que estaba oculto y que brillaría de repente como el relámpago. El ejecutaría como soberano la sentencia de los pueblos confundidos por él, y entonces se abriría una era prodigiosa de felicidad. Otros esperaban á dos Mesías: el uno que combatiría, sufriría, sería vencido; el otro que recogería las glorias del triunfo. Esta idea no ha contribuido poco á excitar la ambición de esos Zelotas indomables que se creían llamados á ser el Mesías combatiente y doloroso.

Sin embargo, habría un error en creer que en los tiempos de Jesús los Judíos palestinianos no habían visto en el Mesías más que á un héroe terrestre, y en su obra, una obra del todo política. Por poderosa que haya podido ser esta ilusión en los letrados y en el vulgo, era preciso que ella hubiera eclipsado al elemento divino y religioso de la idea mesiánica.

Entre los documentos que nos informan con más exactitud respecto á la idea que se formaban del Mesías y de su reino los mejores Judíos, es preciso citar el libro de Henoch y el pequeño salterio de Salomón.

En el libro de Henoch,[1] de tan gran crédito en la opinión de la que expresa fielmente las ideas, el Mesías es llamado "el Elegido, el Ungido, el Hijo del Hombre," y hasta "el Hijo de Dios." El es, según el autor, al igual de los ángeles y, como Hijo de Dios, parece tener cerca de él el lugar que Philon asigna á su "Logos." El Hijo del Hombre habita cerca de Aquel que tiene el principio de los días;[2] él está sentado so-

1 Das Buch Henoch, übersetzt von Dillm nm. Leipzig, 1853.
2 Ibid., 46, 1 y sig.

bre el trono de la Majestad, cerca de Dios;[1] todos le invocarán, y él reinará sobre todos.[2]

Su destino será el de un profeta, de un doctor y de un juez. En él moran el espíritu de sabiduría y de inteligencia, la verdad, la fuerza y el espíritu de los que ya no son.

El será el último de los profetas; su acción llegará á todos los pueblos de la tierra, él será la luz de los profetas y la esperanza de los afligidos.[3] él juzgará las cosas ocultas, en el trono de la majestad de Dios, y no solamente los hombres, sino los ángeles caídos, Azazel y todos sus ejércitos.

Después del juicio, el cielo y la tierra serán renovados, reservados al tiempo mesiánico, inaccesibles á los pecadores.

Los Judíos palestinos no dudan del doloroso advenimiento del Mesías, ellos no tienen idea de su muerte y de su vuelta gloriosa. El Mesías no muere, dicen, él permanecerá eternamente como el trono de David que debe restaurar.[4]

Las mismas ideas, con menos grandeza y pureza, se hallan en los más antiguos Targums, el de Onkelos y el de Jonathan; comprobarnos ahí todavía las mismas causas de efervescencia política y religiosa, siempre activas en esos Judíos que no se resignaban á ver salir el cetro de su raza, y que, al perder su independencia, se acordaban de la gran palabra de un profeta, —el patriarca Jacob moribundo,—clamándoles á través de los siglos: él vendrá, pero solamente cuando el cetro haya salido de Judá.[5]

Entre los piadosos y los pacíficos, los humildes y los silenciosos, las esperanzas de Israel guardan su pureza. Ellos no limitan ni alteran por las preocupaciones y las pasiones el movimiento del Espíritu; ellos no maldicen á los paganos, dejan á Dios la venganza; ellos saben que, según la palabra de los

1 Ibid., 55, 4; 69, 29.
2 Ibid., 48, 5; 62, 6.
3 Ibid., 48, 4.
4 Juan, XII, 22; Luc., XXIV, 19.
5 Gen., XX.

profetas, serán libertados de sus enemigos, pero ellos no piensan en esclavizar á sus señores y no se halagan con locas ambiciones terrestres; ellos esperan la consolación de su pueblo, ven en el Mesías prometido la llegada del mismo Dios, al Emmanuel y al Hijo de Dios,—aquel que alumbrará las tinieblas paganas, juzgará en justicia y será la gloria de Israel.

¿Cómo se cumplirá todo esto? Ellos no tratan de penetrar este incógnito. Los designios de Dios nos exceden, se les comprende á medida que se realizan, porque ellos llevan en ellos y con ellos su luz. Las almas son conmovidas, ellas experimentan el estremecimiento de aquellos á quienes devoran impacientes aspiraciones.

Qué espectáculo tan conmovedor el de ese puñado de hombres en pie ante la omnipotencia romana! Ellos nunca han estado más débiles, y jamás sus aspiraciones han sido más elevadas. Lo que los mismos Romanos creen tener,—el imperio universal,—ellos lo quieren; mientras que los Romanos no aspiran sino al reino de la fuerza, ellos quieren el reino de su Dios, y se presentan en torno de su Templo como en torno de su última fortaleza.

Ellos interrogan á sus doctores con ahinco:

¿Cuando vendrá el Salvador? Vuestros pecados, responden los escribas, detienen el día de la libertad y de la consolación. ¿Alguna vez somos dignos del socorro de Dios?

El libertador no se levantaba.

En el fondo, los maestros no sabían nada; su respuesta no era más que una fórmula vana destinada á cubrir bajo una apariencia de religión y de humildad el vacío de su pensamiento. El pueblo no se calmaba nada. A cada paso, estaba presto á la rebelión, decidido á seguir á aquel que le condujese; tenia el oído despierto á la menor llamada, á la menor voz.

El alma de una nación es como la del individuo, tiene sus excesos de abatimiento ó de tensión violenta, de calma ó de efervescencia. La Judea, después de la deposición de su etnarca Arquelao, atravesaba por una de esas crisis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces apareció en Israel un hombre destinado á traducir en su país turbado por los partidos, encorvado por el yugo pagano, apartado por sus pasiones y sus preocupaciones, el pensamiento y los designios de Dios.

El va á hacer revivir á los profetas, cuya voz callaba hacía cuatro siglos, y de quienes los Fariseos no piensan sino en embellecer sus tumbas; él hallará su acento para hablar de la virtud, del porvenir y del deber nacional; como todos los seres providenciales, él será el genio y la conciencia de todo un país, el genio que ve justo, la conciencia que ordena el bien; él va á responder á las preocupaciones más vivas de todos: de ahí su potestad; de ahí, la extensión y la rapidez de su unión.

Los hombres que no entran en lo vivo de su siglo, son incapaces de despertar el menor eco; el vulgo no les escucha ni les comprende, ellos permanecen impotentes y estériles, como la multitud permanece indiferente y distraída. Mas los que Dios envía, llegan á propósito; la tierra se agita bajo sus pasos, y sus obras viven.

Juan era de la raza de los profetas, y el más grande de todos.

El ha sido escogido desde el seno de su madre. Hijo de un sacerdote y de familia sacerdotal, no ha crecido para suceder á Zacarías en el servicio del Templo. La costumbre puede encadenar á las naturalezas vulgares; las que Dios predestina van á merced del Espíritu. Juan conoció evidentemente su parentesco con Jesús y María; no parecía que jamás hubiera visto á aquel de quien iba á ser el precursor; mas él escuchaba de boca de su madre todo lo que había marcado con un signo divino á su propio nacimiento, y por ella supo el porvenir que había sido profetizado sobre su cuna. Vivió y creció, como un sér consagrado, un "Nazir." Ninguna influencia terrestre debía trastornar á esta alma consagrada á la más elevada de las misiones.

El habita el desierto, escuchando la voz interior del Espíritu y fortificándose por ella. El vigor de su inspiración le eleva sobre su tiempo y su medio. El decide sobre todo lo que le rodea: no se halla en él la marca de ninguna escuela, el sello de ninguna casta, la señal de ningún partido. Algunos han creído ver en él, como en Jesús, á un Esseniano: él no tiene ni los dogmas, ni las costumbres, ni el vestido, ni las tendencias; no es un cenobita, es un solitario. Para encontrarle parecido, es preciso remontar hasta Elías el Thesbita, y hasta Isaías; ambos reviven en él. En sus largos años de soledad, él se ha penetrado de su gran recuerdo. La figura de Elías debía radiar á sus ojos como el tipo del profetismo: el mismo valor indomable, la misma vehemencia. Los oráculos de Isaías han debido ser su libro preferido. Las muy raras palabras que la historia ha guardado de él recuerdan al más elocuente y al mas lúcido de los profetas mesiánicos.

El mal le entristece é indigna, él comprende la profundidad y el horror; él no halaga, él reprende; él no consuela, él aterra. De un carácter inflexible, nada teme: ni al pueblo ni á los grandes, ni á los príncipes; su sinceridad es inexorable. El tiene el don de conocer y de penetrar las conciencias. Penitente heroico, él tiene la autoridad que se impone á las multitudes. Ningún profeta ha clamado más poderosamente que él la palabra que conviene á las naciones anonadadas por la justicia de Dios: "Haced penitencia." Y sin embargo, ese vengador de la moral, ese heraldo del arrepentimiento y del terrible juicio de Dios, no se plega bajo el peso de los vicios que él flagela; no es un pesimista desalentado, es un hombre de esperanza.

El ve llegar el reino de Dios, y anuncia que él está ahí; pero lejos de halagar á su país por esta nueva que resume todas las ambiciones de Israel, él le marca con un tono severo el medio de acogerla. Poco importa el título de hijo de Abraham, es preciso tener las virtudes. Nada bueno llega sin la sumisión del hombre á Dios.

El tiene la imaginación viva y la palabra atrayente, el acen-

to enérgico y esta pasión del bien que da la elocuencia irresistible.

Toda su vida es una predicación viviente. El tiene en nada al mundo degenerado que evangeliza; él no deja el desierto; él no conoce más que á la voz de Dios hablando á su conciencia y la de la naturaleza desolada que le habla también el lenguaje de Dios. Su vestido recuerda el de Elías, su maestro: una túnica de piel de camello,—un verdadero cilicio,—y en torno de sus riñones, un cinturón de cuero. Su alimento, son langostas cocidas en la pidra y miel salvaje recogida en el hueco de las peñas. A ejemplo de los profetas de la escuela de Elías, él no habita ni en la ciudad, ni en las aldeas, ni en las casas, sino en las grutas de la montaña desierta.

Todavía hoy se muestra, al Oeste de Ain-Karim, una de esas grutas que fué tal vez su primer refugio en su vida errante. Ella está cavada en plena roca viva, sobre el flanco oriental del valle de Beit-Anina. Una fuente brota á dos metros sobre la misma gruta; ella riega todo su rededor: el césped está verde, el limonero en flor, el algarrobo ostenta sus ramas negras. El torrente, henchido en los días de tempestad, ruge en el fondo de la garganta. En frente, sobre la vertiente occidental, una pequeña aldea árabe. Una fuente ha atraído ahí á algunos pobres fellahs. Un poco á la izquierda, á media colina, un ramillete de árboles verdes,—lugar venerado en donde, según la tradición del país, los cuerpos de dos valientes Macabeos, matados en combate, fueron un instante depositados. Soledad áspera y desnuda. Horizonte cercado. Se siente atraído por los flancos del valle que parece querer juntarse. Se tiene necesidad de mirar al cielo que domina y ensancha todo. Esas rocas, ese torrente, este valle triste, están en plena armonía con el personaje austero que ahí vivió. El eco de la voz poderosa que clamaba: "Dios llega, preparad sus caminos, arrepentíos," llena todavía ese desierto; se la cree escuchar al través del ruído del viento que pasa y el murmurio de las aguas de Beit-Anina.

CAPITULO II.

ACCIÓN RELIGIOSA DE JUAN BAUTISTA.—EL BAUTISMO DE JESÚS.

El año 27 era un año sabbático.[1]

La vida agrícola está supendida, no se trabaja ni se siembra, los campos están en barbecho; la tierra, las bestias, los hombres, todo descansa. Los frutos crecen por sí mismos sin cultivo, ellos pertenecen á los pobres, que también tienen un año de libertad, de abundancia y de alegría. Las sinagogas son más frecuentadas en los días de fiesta y en la hora de la oración; los caminos de Sion ven pasar caravanas más numerosas; la cátedra de los doctores está más rodeada. Menos absorbida por el trabajo, la multitud, que en Oriente, ama las charlas sin fin y la vida al aire libre, se entrega á todas las preocupaciones religiosas y políticas, cuyo ardor va en aumento.

Entonces fué cuando Juan se reveló al pueblo.

El no apareció en las plazas públicas ni en las puertas de las ciudades, él no se mostró en Jerusalem, en las encrucija-

1 Véase el Apéndice A. La cronología general de la vida de Jesús.

to enérgico y esta pasión del bien que da la elocuencia irresistible.

Toda su vida es una predicación viviente. El tiene en nada al mundo degenerado que evangeliza; él no deja el desierto; él no conoce más que á la voz de Dios hablando á su conciencia y la de la naturaleza desolada que le habla también el lenguaje de Dios. Su vestido recuerda el de Elías, su maestro: una túnica de piel de camello,—un verdadero cilicio,—y en torno de sus riñones, un cinturón de cuero. Su alimento, son langostas cocidas en la pidra y miel salvaje recogida en el hueco de las peñas. A ejemplo de los profetas de la escuela de Elías, él no habita ni en la ciudad, ni en las aldeas, ni en las casas, sino en las grutas de la montaña desierta.

Todavía hoy se muestra, al Oeste de Ain-Karim, una de esas grutas que fué tal vez su primer refugio en su vida errante. Ella está cavada en plena roca viva, sobre el flanco oriental del valle de Beit-Anina. Una fuente brota á dos metros sobre la misma gruta; ella riega todo su rededor: el césped está verde, el limonero en flor, el algarrobo ostenta sus ramas negras. El torrente, henchido en los días de tempestad, ruge en el fondo de la garganta. En frente, sobre la vertiente occidental, una pequeña aldea árabe. Una fuente ha atraído ahí á algunos pobres fellahs. Un poco á la izquierda, á media colina, un ramillete de árboles verdes,—lugar venerado en donde, según la tradición del país, los cuerpos de dos valientes Macabeos, matados en combate, fueron un instante depositados. Soledad áspera y desnuda. Horizonte cercado. Se siente atraído por los flancos del valle que parece querer juntarse. Se tiene necesidad de mirar al cielo que domina y ensancha todo. Esas rocas, ese torrente, este valle triste, están en plena armonía con el personaje austero que ahí vivió. El eco de la voz poderosa que clamaba: "Dios llega, preparad sus caminos, arrepentíos," llena todavía ese desierto; se la cree escuchar al través del ruído del viento que pasa y el murmurio de las aguas de Beit-Anina.

CAPITULO II.

ACCIÓN RELIGIOSA DE JUAN BAUTISTA.—EL BAUTISMO DE JESÚS.

El año 27 era un año sabbático.[1]

La vida agrícola está supendida, no se trabaja ni se siembra, los campos están en barbecho; la tierra, las bestias, los hombres, todo descansa. Los frutos crecen por sí mismos sin cultivo, ellos pertenecen á los pobres, que también tienen un año de libertad, de abundancia y de alegría. Las sinagogas son más frecuentadas en los días de fiesta y en la hora de la oración; los caminos de Sion ven pasar caravanas más numerosas; la cátedra de los doctores está más rodeada. Menos absorbida por el trabajo, la multitud, que en Oriente, ama las charlas sin fin y la vida al aire libre, se entrega á todas las preocupaciones religiosas y políticas, cuyo ardor va en aumento.

Entonces fué cuando Juan se reveló al pueblo.

El no apareció en las plazas públicas ni en las puertas de las ciudades, él no se mostró en Jerusalem, en las encrucija-

1 Véase el Apéndice A. La cronología general de la vida de Jesús.

das de la Ciudad Santa ni bajo los pórticos del Templo. El apóstol permaneció el anacoreta, encadenado por el Espíritu en su desierto de quien pretende llamarse la voz.[1]

Quien no haya visto esta tierra en la que Juan Bautista se levantó como profeta, no sabría explicar la rudeza de su palabra, sus fuertes imágenes, sus gritos poderosos como el rugido del león.

Ella se extiende desde las orillas del mar Muerto hasta los confines de la Samaria, sobre una longitud de veinte leguas y una anchura media de seis kilómetros. De la cima de la colina de Kahn-el-Ahmar (la caravana roja), ella parece, en su grandeza salvaje, á una mar desmontada cuyas olas de un golpe se hubieran petrificado. El suelo se levanta en montecillos innumerables, separados por pequeñas llanuras. Aquí y allá, los ouady más profundos sirven de lecho á los torrentes que se precipitan de las montañas de Judea. El monte de los Olivos domina todo hacia el Poniente; al Este, el valle del Jordán se profundiza como un abismo, entre las últimas ondulaciones de los montes de Judá y las elevadas escarpaduras de Moab. Ni un árbol en esta soledad ardiente; apenas una yerba rara sobre la roca cansada cuyas capas gredosas revelan un suelo devastado por los volcanes. Ni una aldea; á lo lejos solamente, al Oeste, Aboudis, y al Norte Tayebh. Una larga linea blanca serpentea hacia el monte de los Olivos; este es el camino de Jericó á Jerusalem seguido hace siglos por las caravanas; Juan ha debido atravesarle muchas veces. El silencio es melancólico, se siente uno solo, invadido por esta naturaleza tanto más religiosa, cuanto ella es más muda y desolada.

Un tinte de llama arroja al flanco de las colinas su nota vibrante en ese desierto en el que la luz está de fiesta; todos los matices, los más delicados, se funden en esta claridad que cubre, en Oriente, la inmensidad de la tierra y del cielo, y que da á los horizontes una limpieza y una profundidad infinitas.

1 Isaías, XL, 3; Mateo, III, 3 y paralels.; Juan I, 23.

Los lugares tienen su predestinación; este convenía al genio del profeta. Juan le recorrió de Norte á Sur, de Poniente á Oriente; él iba errante por los caminos, desde Engaddi y las orillas del mar Muerto, hasta Tayebeh; desde la gruta de Ain-Karim hasta el Jordán. A los transeuntes, á las caravanas, es á los que él dirigía sus exhortaciones ardientes. El no venía delante de la multitud, como los antiguos profetas, él la atraía á él. Los que le habían escuchado quedaban conmovidos, volvían á la ciudad ó á la aldea, penetrados de los acentos del solitario, y, al repetir lo que les había conmovido, ellos esparcían su nombre y despertaban la curiosidad del pueblo.

Bien pronto, sólo se trataba en Judea, en Samaria, en Galilea y en el país más allá del Jordán, que de Juan Bautista. Su papel estaba muy claramente revelado en su conciencia; él se sentía con una certidumbre divina, el enviado de Dios y el precursor inmediato de su Cristo: todas sus palabras respiran esta convicción. La gran obra que Dios preparaba hacía tantos siglos, en cuyo secreto de tiempo en tiempo había preparado á sus profetas, y de la que Israel guardaba la esperanza, llamando á grandes voces su realización,—"esta obra de las entrañas de la misericordia de Dios, la salvación del mundo, la iluminación de los paganos y la gloria de los verdaderos hijos de Abraham,"—esta obra iba á aparecer. Juan lo sabía, lo veía, lo afirmaba; él no lo había aprendido ni en los libros, ni en las escuelas sabias, ni en la observación del estado social, político ó religioso de su nación: ese hijo del desierto no leía, no estudiaba nada, no frecuentaba á los hombres; mas la palabra de Dios estaba sobre él, y la inspiración le alumbraba. Todos los genios se elevan, á diversos grados, según Dios quiere iniciarlos en el misterio de su creación ó en el de su voluntad impenetrable. La luz divina no permanece cautiva en la conciencia que ella penetra: ella no es dada sino para lucir, para esparcirse, y ella corresponde siempre á las necesidades profundas, á las angustias del momento.

El primer deber de Juan era anunciar que el Reino de Dios estaba próximo. Ninguna palabra tenía más fortuna para herir y conmover, de forzar la atención y de perturbar á los espíritus. Al grado de tensión extrema en que el ardor de esperanzas siempre decaídas y la tristeza de una opresión siempre más humillante habían llevado á los Judíos, la voz del nuevo profeta repercutía como el grito de la libertad; ella marcaba una paz nueva y decisiva en los destinos de Israel, la esperanza terminaba, la realidad se mostraba. Los Fariseos, á menudo abatidos y desalentados, interrogaban dolorosamente al porvenir; y viendo siempre defraudadas sus esperanzas, trataban de explicar las tardanzas de Dios. Los ardientes se agitaban, no pensando sino en romper por la rebelión armada el yugo de los paganos.—Dios no vendrá, su reino no se establecerá, decían al pueblo, sino hasta el día en que hayáis sacudido el yugo impío.

Juan está libre de la incertidumbre de los unos y del fanatismo de los otros.—El Señor se acerca, decía, se encamina; él viene para reinar sobre su pueblo, viene como el juez, tiene el arnero en la mano, él purificará su aire, aechará su trigo, separará el grano de la paja. El grano será recogido en el granero, la paja quemada en el fuego inextinguible.[1]

Bajo este lenguaje figurado y popular, él descubría los atributos divinos del Mesías con rasgos consoladores y terribles, consoladores para los que se asemejaban al buen grano, terribles para las almas vanas y estériles á quienes comparaba con la paja.

Su voz, por momentos, se dulcificaba; y decía del Mesías: El es la salvación de Dios; toda carne va á verle.[2]

—¿En dónde está, preguntaba la multitud?—Entre vosotros, respondía Juan; pero no le conocéis. El viene después de mí, pero es superior á mí. Antes que yo fuese, ya era él, y yo no

1 Mateo, III, y paralelos.
2 Luc., III, 6.

soy digno de llevar su calzado, ni aun prosternado á sus piés, de desatar sus sandalias.[1]

A la llamada del nuevo profeta, sobrecogido por el vigor de su palabra y la firmeza de sus afirmaciones, el pueblo entero se levantó. El desierto se llenó de su voz. Los caminos solitarios fueron invadidos por la multitud que acudía de todas partes en busca y al séquito del anacoreta.

Admirar á los hombres, pedir su atención, excitar su curiosidad, poner en movimiento sus pasiones religiosas y políticas, es fácil; mas el enviado de Dios tiene una misión más elevada, él debe penetrar el alma hasta el fondo, mover las voluntades, herir y atraer las conciencias.

Semejante obra no marcha sin la intervención de Dios. Al dar á sus profetas la santidad, el amor heroico del bien, él les comunica también una voz muy vibrante de su inspiración, la única capaz de reformar, de inspirar el odio del mal y de impulsar á la virtud.

La santidad de Juan radiaba en todo su sér. Se sentía en él al hombre consagrado á Dios. La austeridad de su vida le hacía un personaje sobrehumano. El camino de las conciencias le estaba abierto: ningún profeta anterior á él entró ahí más triunfante. El vidente se dobló en reformador, y mientras que el vidente calmaba las esperanzas de la multitud, el reformador la atraía y la enseñaba la ciencia de la salvación.

Esta ciencia, que consiste toda en la preparación al Reino mesiánico, se resumió en él en dos elementos: una virtud, la penitencia; un rito, el bautismo acompañado de la confesión de los pecados. Nosotros estamos distantes de las preocupaciones farisaicas y de las doctrinas revolucionarias de los Zelotas.

No os alimentéis de ilusiones vanas, debió decir á todos los que se apiñaban en su derredor; no es por vuestra justicia le-

1 Juan, I, 26, 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gal y vuestras observancias que os hacéis dignos del Reino de Dios; no es por la revolución armada contra el yugo pagano que os apresuréis á la venida del Salvador. El llega en su día y este día se ha levantado; ninguna fuerza impide á Dios; el hombre debe esperarle, y cuando él llegue, no tiene más que recibirle.

Ahora, para que la obra de Dios se cumpla, es preciso que el hombre se preste á ello, que renuncie á sus preocupaciones, á sus vicios, á sus pasiones, al mal bajo todas sus formas: esto es lo que Juan llamó arrepentirse, confesar sus pecados y hacer penitencia.

Sin penitencia ninguna evolución posible en el bien, ninguna transformación del alma; esta es la ley universal del progreso moral, ella debía ser promulgada en la misma hora en la que Cristo iba á opacar en el mundo la más alta evolución y la suprema transformación de la humanidad. El honor de Juan es el haberla formulado con una potestad que nada iguala, en un instante sin igual en la historia.

A su doctrina de penitencia, él unió un rito que debía ser el símbolo y la profesión pública.

En Oriente, sobre todo, nada de religioso se cumplió sin un signo visible que habla á los sentidos y hiere á la imaginación. Al instituir su bautismo, Juan estaba seguro de hallarse en armonía con el temperamento y las costumbres de su pueblo, y de dar á su acción una nueva potestad.

Siempre, el rito ordenado por el Bautista guardó su originalidad, el no se confundía con el bautismo cuotidiano de los Essenianos' ni con el de los Prosélitos: el uno no daba más que una purificación del todo legal que jamás ha sido el objeto de las preocupaciones de Juan, y el otro era el signo de la incorporación del pagano al pueblo de la alianza. El bautismo joánico era una profesión solemne de penitencia, una imagen de la ablución interior y de esta pureza de la conciencia sin la cual el Reino de Dios no podía ser ni acogido ni fundado. Nadie duda que él no fuera inspirado por la vocación misma

del profeta; por este título él venía de Dios y se imponía como un deber á todos los que esperaban, en la justicia, la venida del Mesías.[1]

La confesión de las faltas exigida por el Bautista, antes y durante la inmersión, era familiar á los Judíos. La Ley hacía en ciertos casos una obligación solemne. Sábese que en el día de la expiación, el gran sacerdote, en nombre del pueblo, cargaba la cabeza con el maldito macho cabrío de todos los pecados de Israel.[2]

Moisés y los profetas, en su celo ardiente por la salvación del pueblo, gustaban llevar ante Dios el peso de sus faltas; y Joel clamaba á los sacerdotes con una voz vehemente: Llorad entre el vestíbulo y el altar por las infidelidades de la nación.[3] Esta era una convicción arraigada en la conciencia judía, y cuya huella se encuentra hasta en Philón y los escritos de los rabinos, que la penitencia unida á la confesión de las faltas, atraerá la bendición de Dios, y que ella es la condición de la venida del Mesías.

Mientras que en esta época los Fariseos se prevalían de su justicia, los Essenianos de su pureza legal, olvidando los unos y los otros la ley de la penitencia, Juan la recuerda al pueblo y se muestra así del todo libre de las aberraciones de sus contemporáneos, y fiel á la inspiración de los profetas, los verdaderos representantes del Espíritu de Dios.

Después de haber errado algún tiempo en el desierto, sembrando su doctrina, llamando á la multitud á su bautismo, Juan bajó al llano del Jordán y se aproximó al río.

El llano del Jordán [4] se desarrolla á trescientos metros abajo del nivel del mar, al pie de las montañas del desierto de Judá, —triste, inhabitado, casi inculto. El lago de Tiberiades la li-

1 Marc., XI, 30.
2 Deut., V, 7; Levit., XVI, 21.
3 Joel, II, 17.
4 El Gohr, como dicen los Arabes.

mita al Norte, el mar Muerto al Sur, las montañas de Moab y de Adjloun al Oriente. Cuanto más se aproxima al mar Muerto, el suelo es más estéril. La verde Jericó, regada por el manantial que actualmente se llama la fuente de Eliseo, aparece como un oasis bajo sus platanares, sus palmas y sus rosas. Todo en su derredor, una tierra amarillenta y gris. Acá y allá solamente, algunos zakkoum, especie de olivo salvaje, y bosquecillos de un arbusto espinoso que los árabes llaman el sidr.[1] En medio del llano, entre la Judea y la Perea, una larga línea blanquecina marca el valle en cuyo fondo el Jordán cava su lecho, llevando sus aguas en una tierra margosa, cargada de nitro, que carcome hace millares de años. Ese suelo removido, despedazado por la corrosión, tiene extraños aspectos: se cree ver viejos edificios destruídos, palmos de muros, torres arruinadas, restos informes de alguna ciudad devastada por la guerra, el fuego del cielo y los siglos.

Los días son ardientes, las noches tibias, luminosas. Mucho tiempo después que el sol ha desaparecido, un gran reflejo semejante á la vía láctea invade al cielo del Poniente, y las estrellas se dejan ver, innumerables. En el horizonte, á flor de tierra, ellas cintilan como en su zenit, semejantes á faros en la orilla de un mar adormecido. En la noche, bandadas de pájaros cruzan el valle, con grandes ruidos de alas; el silencio no es turbado sino por ellos y por la voz sorda del río.

Tales eran los lugares que recorrió Juan Bautista, alejándose de su desierto y encaminándose hacia el Jordán.—Preparad, repetía sin cesar, abrid el camino al Señor.[2]

El comparaba el alma con el desierto que atravesaba, insinuando que en el alma estéril, desolada, Dios iba á venir. ¿No era preciso abrirle los caminos?—Aplanadles, exclamaba, que ellos no sean tortuosos, escabrosos, como aquellos por los que pasamos. Que los valles se terraplenen, que las montañas y

1 Este es el Rhamnus Nabeca de los botánicos.
2 Mateo, III, y paralel.

las colinas se abatan.[1] Desalentados y abatidos, levantáos; vanidosos y soberbios, humilláos. Que nuestra voluntad sea recta y pura, vuestra alma unida y en pleno equilibrio. Entonces veréis "la Salvación de Dios." Esta palabra en su boca, designaba al Mesías.

Sus exhortaciones penetrantes inspiran el arrepentimiento. Veíanse grupos de hombres, confesar públicamente sus pecados y sumergirse, en señal de penitencia, en las aguas del Jordán.

Se forman discípulos en torno del Bautista, repiten sus enseñanzas y le asisten en su ministerio. A ejemplo de todos los maestros religiosos, él les enseña á orar,[4] les obliga á los más severos ayunos,[5] les invita á la penitencia y al sacrificio. Las gentes del pueblo cuya vida, hecha austera por la escuela del maestro, presentan un modelo de la piedad judía, la más ardiente.

No se encontrará en toda la historia de Israel, y quizá de ningún pueblo, un movimiento semejante hacia la virtud.[6] Las clases inferiores y menospreciadas,—soldados, publicanos, peajeros, cortesanas,—se apiñan hacia el nuevo profeta de la penitencia. La jerarquía parece ver en un instante á su acción con vista favorable;[3] pero ni los Saduceos ni los Fariseos, ni los doctores, aceptan el bautismo al que Juan los convida.[6] Los primeros, enemigos de toda novedad, desdeñan ese rito instituido por un hombre de quien no admiten la misión; los demás, confiados en su santidad legal, no son de los que se hieren el pecho; siempre satisfechos de sí mismos, ¿cómo habían de confesar públicamete las faltas á las que se reconocían extraños?[7] El rigor inexorable del asceta les irritaba; ellos no

1 Mateo, III, y paralel.
2 Luc., III.
3 Luc., XI, I; V, 33.
4 Marc., II, 18.
5 Cf. Antiq., XVIII, p. 1-2.
6 Juan, V, 35.
7 Luc., VII, 30; Mateo, XXI, 32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vieron en él, bien pronto, sino á un fanático presa del espíritu de Belcebú.[1] Mas la opinión popular, atraída por Juan, acogía mejor su palabra. Esta es una ley de la historia del Evangelio, cuando Dios quiere obrar, desdeña á los grandes y los sabios, y se inclina á los ignorantes y los pequeños; rechaza á los que se creen justos y llama á los pecadores, cuya sinceridad merece el perdón.

El austero reformador se dulcificaba predicando á los humildes: sus consejos respiraban la bondad.

El hablaba de justicia á los peajeros, y á los colectores de impuestos,—no exijáis nada de más de lo que os ha sido prescrito, decía.

Recomendaba la dulzura y la calma á los soldados, prohibiéndoles la violencia é invitándoles á que se contentasen con su sueldo.—Sed buenos, repetía á todos, ¿tenéis dos túnicas? Dad una á quien no la tiene; y si alguno tiene que comer, que divida con quien no tiene nada.[2]

Tenía el tacto y el discernimiento de los espíritus, y este arte supremo que, uniendo la vista clara á la justicia y á la caridad, sabe decir á todos la palabra oportuna. Su indignación contra la hipocresía y el orgullo se revelaba con un vigor implacable.

Vió un día, mezclados entre la multitud, á muchos Fariseos y Saduceos que venían á su bautismo. El no pudo contenerse, penetrando lo que se ocultaba, en los unos, de falsa piedad, en los otros de escepticismo y de molicie epicurea. El reconoció en ellos á esas lenguas envenenadas que destilan al pueblo la ponzoña de las falsas doctrinas sobre el Reino de Dios, el Mesías esperado, la santidad y la justicia. Su conciencia se rebeló.—Raza de víboras, les dijo, ¿cómo escaparéis á la cólera que viene? No tenéis más que un refugio. Arrepentíos y haced dignos frutos de penitencia.

1 Juan, III, 2.
2 Luc., III, 11, y sig.

Al adivinar el orgullo religioso del que ellos se prevalían interiormente contra el mismo Dios y contra su justicia, él añadió: No digáis: ¿Qué tenemos que temer? ¿No tenemos las promesas de Dios? ¿No somos los hijos de Abraham?—¡Hijos de Abraham! ¿Acaso Dios no puede hacer esas piedras del camino?

Si el árbol plantado por Dios no da fruto, él será segado sin piedad. Y llega la hora, árbol estéril, en la que el hacha está ya en tu raíz. Tú vas á ser cortado y arrojado al fuego."[1]

Así es como por la boca de su profeta Dios azotará las preocupaciones de los jefes del pueblo, haciéndoles entrever en la luz de una palabra inspirada las severidades de esta justicia á la cual nadie escapa.

La castigada de Dios, en su pensamiento, es Roma, amenazando á Israel de una destrucción total; así es también para el gran día del juicio, el mismo Mesías, ejecutor soberano de las últimas venganzas.

Dulce para los justos y los humildes, Juan era inexorable para los bellacos y soberbios. La libertad de su palabra no economizaba nada. Una fuerza sobrenatural le animaba. Así ganó la estimación del pueblo, y su prestigio creció; porque hay una necesidad innata de justicia en el fondo de la conciencia popular; ella parece aliviada, cuando una voz desinteresada releva sin miedo y sin debilidad los errores de los poderosos; la opinión se inclina ante esos hombres á quienes devora la pasión del bien; la santidad les forma una aureola; y, á pesar de su desnudez terrestre, ellos aparecen ante los poderes establecidos como investidos de la autoridad de Dios.

Del fondo de su desierto, ese pobre anacoreta domina á su tiempo. Todo palidece ante la figura severa y radiante del profeta de quien cada palabra abate al vicio, pide la virtud, profiere una amenaza, enciende las esperanzas nacionales, y cuya heroica santidad apoya la palabra.

1 Luc., III, passim.

Elías verdaderamente había resucitado.

La multitud que toma todo á la letra, le creía, lo decía muy alto en su entusiasmo sencillo. Una de las supersticiones populares del tiempo era la fe en la vuelta y en la revivificación de los grandes profetas, en la época mesiánica: preguntábase si Juan no era uno de ellos; algunos en secreto, agitaban hasta la cuestión de saber si era él el Cristo.[1]

Cuando un hombre se levanta del medio del pueblo, y por la iniciativa de su genio ó de su inspiración, se conquista una autoridad moral preponderante, él inquieta siempre al poder. La novedad de su palabra, la independencia de sus acciones, dan impulso á los espíritus, y á menudo los representantes oficiales del buen orden social y religioso se inquietan: este es el conflicto inevitable entre la fuerza progresiva y la fuerza de conservación que prevalecen alternativamente en la humanidad.

Juan removió muy violentamente á la sociedad judía para no escapar de las sospechas del Sanhedrin.

La gran asamblea se consideraba como la guardiana de la Ley, y hacía comparecer ante su tribunal á cualesquiera que se atreviera, sin su mandato, á tocar las cuestiones religiosas; ella se conmovió por la influencia extraordinaria del Bautista. La ruda elocuencia con la que él había fustigado á los doctores y desenmascarado los vicios de la aristocracia, fué la ocasión determinante de la acción abierta contra él. Si Juan hubiera predicado en las ciudades, si hubiera ido á Jerusalem, se le hubiera aprehendido y juzgado; se contentó con enviar una embajada al anacoreta, con mandato de interrogarle acerca de su pretendida misión.[2] Los enviados eran sacerdotes y levitas, del partido fariseo, el más rígido.

—¿Quien eres tú? ¿Quien pretendes ser? ¿Eres Elías? preguntaron ellos á Juan.

1 Luc., V, 15.
2 Juan, I, 19-28.

En su sinceridad, sin dejarse exaltar por el favor de la multitud, él respondió: Yo no soy Elías.—¿Quien entónces? replicaron los enviados. ¿Eres el profeta anunciado por Moisés? —No.—¿Quién eres, pues? Responde, á fin de que llevemos tu palabra á los que nos han enviado.—Yo soy, respondió Juan, la voz que clama en el desierto: Haced recto el camino del Señor.

La embajada no estaba satisfecha. El espíritu contencioso de los Fariseos suscitó una cuestión jurídica.—Entonces ¿porqué bautizas, si no eres ni Elías, ni el Cristo, ni un profeta?

Los doctores en su ciencia exegética, reconocían el derecho de bautizar á Cristo, según la palabra de Ezequiel:[1] Yo derramaré sobre vosotros el agua pura, y quedaréis lavados de todas vuestras impurezas; y aquella de Zacarías:[2] En ese día mesiánico, brotará una fuente en la casa de David, para todos los Hierosolimitanos, y el pecador será justificado; y aquella de Joel:[3] Entonces, todos los arroyuelos de Judá correrán á bordes llenos, la fuente brotará de la casa del Señor y regará el lecho espinoso de los torrentes.

Elías, como precursor, tenía también este privilegio; ellos no le rehusaban al profeta anunciado por Moisés; esta doctrina estaba consagrada.

Juan les dijo con esa claridad que disipa todo equívoco y lleva la luz al corazón mismo de las cuestiones embrolladas por vanas sutilezas:

—Hay dos bautismos: el del agua y el del Espíritu. Yo, bautizo en el agua, Cristo bautiza en el Espíritu. Y Cristo está en medio de vosotros, y vosotros no le conocéis.

En seguida, repitiendo solemnemente lo que ya había dicho á la multitud, añadió: El viene después de mí, él que ha sido hecho antes que yo, y yo no soy digno de desatar la correa de su calzado.[4]

1 Ezequiel, XXXVI, 25.
2 Zacar., XIII, 1.
3 Joel., III, 18.
4 Juan, I, 26, 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Cuál fué la consecuencia de la tentativa del Sanhedrin contra Juan? Se ignora. El profeta continuó su bautismo de penitencia, sin ser inquietado. El favor popular creciente le hacía inviolable. Es difícil de tocar á aquellos á quienes Dios y el pueblo guardan y protegen.

Varios meses habían transcurrido desde la entrada en escena de Juan. Establecido sobre la ribera oriental del Jordán, en un lugar desierto llamado Bethania, en frente de Jericó, cerca del vado que atraviesan las caravanas que van por el sur de Perea, hacia Hesbon y Macherous, él había visto pasar á una multitud innumerable. Cualquiera éxito que hubiera tenido su misión entre sus conciudadanos, por poderoso que hubiera sido el movimiento religioso del que él era el iniciador, el profeta comprendía que su obra no llegaría á su punto culminante sino con la condición que él vería, que él mostraría al pueblo al Mesías esperado, al fundador del Reino de Dios. ¿Por qué él había venido, bautizando en el agua, si no fué para manifestarle á Israel? Sus ojos le buscaban, sus presentimientos le llamaban. ¿Mas cómo le reconocería? ¿Qué señal se lo revelaría? Una voz interior del Espíritu, que le poseía desde el seno de su madre, que vivía con él en el desierto y que ponía en su boca las palabras de fuego con las que Israel entero se había estremecido, una voz interior le dijo: "Aquel sobre quien verás al Espíritu descender, es el que bautiza en el Espíritu Santo."[1]

Y Juan esperaba al divino incógnito.

Se tocaba al fin del año 27, quizá á los primeros días del año 28. La Galilea, como todas las demás provincias, estaba llena del nombre de Juan Bautista; los Galileos, siguiendo el impulso que llevaba hacia él á todos los Judíos, venían á su vez á pedirle el bautismo.

Esta fué para Jesús la hora de Dios. El carpintero de Nazareth tenía treinta años; él se mezcló á las caravanas de su país y bajó al valle del Jordán.

1 Juan, I, 33.

La ruta que lleva de Nazareth al vado del río en el que Juan se había fijado, es de veinticinco leguas; ella atraviesa una parte del llano de Jizreel, sigue el Ouady Djaloud, pasa bajo los muros de Scythopolis, se alarga por las montañas de Samaria y de Judea que cierran al Poniente el llano del Jordán; después, replegándose al Este, ella deja á la derecha á Jericó, desciende en pendiente dulce en el valle del río, y termina en el Jordán, hacia Bethania, al lugar mismo escogido por Juan para su bautismo.

Ese lugar estaba lleno de religiosos recuerdos, él hacía pensar en el más grande de los jueces y en uno de los más grandes profetas; ahí fué donde los Israelitas atravesaron el Jordán á pie enjuto y entraron con Josué á la Tierra prometida;[1] ahí fué en donde el profeta Elías, acompañado de Eliseo su discípulo, tocó al río con su manto, y se abrió un paso á través de sus aguas rápidas.[2]

El vado se llama hoy "Maktha" (lugar de paso) lo que corresponde bien á Bethania (casa del vaso), ó al Beth'abara (casa de paso) de San Juan.[3] El está situado á legua y media del mar Muerto; no tiene más que diez metros de anchura. El río describe un círculo brusco, carcomiendo con sus aguas las rocas á pico de la ribera oriental. La otra orilla está unida, verdiosa, llena de sombra, cubierta de sauces, de cañas y de elevados tamarindos plantados en bosquecillos. A través de las ramas de esos árboles de claro follaje, se ven las montañas áridas á cuyo pie estuvieron Sodoma, Gomorra y la verde Jericó. Diríase que son montones de cenizas, de restos calcinados. En pleno Enero, el cielo permanece abrasador, la atmósfera ardiente. La soledad está llena de un silencio apenas turbado por el chirrido de algunos pájaros, el vuelo des-

1 Josué, III.
2 IV, Reyes, II, 8.
3 Juan, I, 28.

pavorido de las palomas torcaces, y el murmullo sofocado del río.

Ahí es adonde llegó Jesús, perdido entre la multitud.

Juan no le conoció. Jesús se acercó á él. Una visión repentina se lo reveló. "Sobre la cabeza de Jesús, Juan vió abiertos los cielos; y el Espíritu, bajo la forma corporal de una paloma, descendió y se posó en él."

Esta era la señal esperada.

Juan entonces comprendió lo que ninguna ciencia humana, ningún genio podría enseñarle; él debió experimentar uno de esos estremecimientos indecibles que hacen sentir que ahí está Dios.

El se inclinó hacia Jesús de Nazareth, y se excusaba de darle el bautismo.

—¿Cómo, decía, yo soy quien debe recibirlo de tí, y tú vienes á pedírmelo?

—"Deja, respondió Jesús, así es como debemos cumplir toda justicia."[1]

La profundidad de esta palabra garantiza la autenticidad; ella abre un día inesperado sobre el alma de Jesús, ella muestra que él tiene la ciencia perfecta de su vocación mesiánica, y que al venir á someterse al rito instituido por Juan, él comienza ya á realizarla.

Juan obedeció y le bautizó. Jesús fué sumergido en el agua del Jordán. Apenas salido del agua, como él oró separado de la multitud, la visión que había deslumbrado al Bautista se reprodujo para el mismo Jesús. "El cielo se abrió, vió del cielo abierto descender al Espíritu como una paloma, pararse sobre él y permanecer en él. Al mismo tiempo, una voz decía: Tú eres mi Hijo bien amado, en quien tengo mis complacencias."[2]

Este acto inaugura la vida pública de Jesús, revela su naturaleza, su papel divino, todo su destino y la fuerza que va á conducirle.

1 Mateo, III, 13.
2 Mateo, 13-17, paralel.

Los adversarios de la intervención personal de Dios no penetraron jamás el sentido profundo; y la historia evangélica en la que esta intervención personal, directa, es constante, será para ellos un libro cerrado.

Por lo demás, Jesús ya no es el carpintero de Galilea; el velo que le ocultaba á la multitud se desgarra: él aparece lo que es, el Cristo, el Hijo de Dios. Sin embargo, él guardará en su grandeza divina, una naturaleza enferma, sujeta al dolor y á la muerte. Pecador, no podía serlo: nacido del Espíritu, él está en la santidad absoluta, como el principio en la virtud de la cual él ha sido concebido; más humillado, sacrificado y anonadado, él debe serlo, y él lo será: su primer acto público es un acto de abajamiento, él viene á pedir, confundido entre la multitud, el rito del pecador, obligándose por esto mismo á sufrir la ley de la penitencia y del sacrificio del que el bautismo de Juan era el símbolo.

De esta manera es como él cumplió toda justicia; él el primero obedeció á esta ley que él debía imponer á todos, como la condición necesaria de la entrada á su Reino, y él, que por la muerte debía salvar y regenerar á la humanidad, comienza ya entrar en la muerte. Que el pecador sufra y se sacrifique, esta es la estricta justicia; que el Santo de Dios se sujete al dolor y al martirio, esta es la consumación de la justicia por el amor, esta es la justicia de Jesús.

En el momento en que esta sumisión le inaugura, y en virtud de este acto, el cielo se abre. La vida misma de Dios impenetrable é indecible, cerrada á toda criatura,—esta vida en la que la humanidad abrumada por el mal, ya no sacaba más, —se muestra invadiendo el alma de uno de sus hijos. El incógnito predestinado en quien ella desciende visiblemente no es solamente lo que él parecía ser,—un hijo del hombre,—este es el Hijo de Dios. El Espíritu que habitaba en él y que no se sospechaba, se revela solemnemente y le consagra á los ojos de la multitud: el Mesías puede, por lo demás, obrar.

Los hombres los más grandes no tienen más que su talen-

to, su voluntad, sus pasiones; entre los más santos, á todos esos resortes de energía personal se añade la inspiración de Dios, inspiración á menudo pasajera, siempre limitada, que deja todavía penetrar la debilidad del hombre; mas esta consagración pública descubre en Jesús la plenitud del Espíritu; y este Espíritu es el principio soberano de todos sus pensamientos, de todas sus voluntades, de todos sus discursos, de todos sus actos, de todos sus pasos.

Jesús nos le comunicará. La escena de su bautismo, que contiene el enigma de la regeneración, se reproducirá hasta el fin de los siglos; el agua santificada será, un día, por una institución especial, el sacramento del renacimiento del hombre, y el bautismo del agua llegará á ser el bautismo del Espíritu. Cualesquiera, á la llamada de Cristo, saldrá de sus vicios, de su ignorancia, de su egoísmo, por el arrepentimiento, el sacrificio y la fe, cualesquiera entrará en la palabra de Jesús, verá, como él, al cielo obstinadamente cerrado, abrirse; los hijos de la tierra y de la humanidad corrompida llegarán á ser los hijos de Dios, ellos escucharán en el fondo de su conciencia, al Espíritu murmurar este título inefable, y aprenderán de él á llamar á Dios su Padre celestial.

¿Hasta qué grado las manifestaciones extraordinarias que han estallado en el bautismo de Jesús fueron conocidas de la multitud? La narración evangélica no permite para nada determinarle. Ellas, por lo demás, parecen directamente dirigidas al Bautista, á aquel que debía señalar al Mesías, y que se halla por ellas elevado al hecho de su gran misión. El no faltará á su tarea. Las ocasiones nacerán de ellas mismas; y se le escuchará, á él, tan vehemente, templar su ruda voz y encontrar acentos de una dulzura infinita para revelar á su Señor y á su Maestro.

El hecho del bautismo de Jesús quedó profundamente grabado en el recuerdo y en la conciencia de sus discípulos; el era llamado "la Unción de Jesús." La predicación apostólica primitiva, tal como las Actas nos la han conservado,[1] ahí hace alusión como á un signo evidente por la que debía reconocerse la justificación divina del Mesías.

Jesús se alejó casi inmediatamente y desapareció, huyendo la curiosidad y la impaciencia del pueblo que afluía á las riberas del Jordán.

El Espíritu, de que estaba lleno, le condujo al desierto.

[1] Act., IV, 27; X, 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III

JESÚS EN EL DESIERTO—LA TENTACIÓN.

¿Cuál es ese desierto á donde el Espíritu llevó á Jesús? ¿Los documentos evangélicos no le determinan expresamente. Sin embargo, es cierto que la palabra ἔρημος empleada por ellos con el artículo, en singular y sin epíteto, no podría convenir sino al desierto de Judá.[1] La tradición más antigua siempre ha buscado y venerado las huellas de Jesús en la región montañosa y salvaje que se extiende al Oeste sobre Jericó hasta las alturas de Bethania, limitada al Sur por el Ouady el-Kelt, al Norte por el Ouady Neuahimeh.

Jesús, al dejar al Jordán, ha debido atravesar el llano de Jericó, y, dejando la ciudad á la derecha, trepar las pendientes escarpadas de la montaña, llamada hoy la "Cuarentena."

Ese macizo rocalloso es un trozo inmenso de calcáreo rojizo que parece haber sido calcinado por un incendio. De una arquitectura arrogante, se corta en cinco crestas que parecen pirámides. Profundas barrancas le separan. Los vientos y las lluvias han carcomido la piedra y cavado, en muchos lugares, en sus flancos, excavaciones que las manos de los solitarios han ensanchado. En medio de la cima más elevada, los creyentes veneran una gruta en la que Jesús se ha de haber abrigado durante su permanencia en el desierto. Un camino tallado en la roca conduce allá. Algunos monjes griegos ahí viven, sobre la tierra, con los pájaros del cielo, las palomas torcaces y las águilas.

1 Mateo, III, 1; IV, 1; XI, 7; XXIV, 26; Marc., I, 4, 12, 16; Luc., III, 2.—Cf. Luc., V, 76; VIII, 29; Juan, XI, 54.

La vista se detiene emocionada ante el panorama que se desarrolla en círculo, en el horizonte de lo alto de la montaña. Al Este, más allá del llano del Jordán, el monte Nebo y las lomas de la Perea; al Norte, el Hermon, con la cabeza cubierta de nieves doradas, y perdida en las profundidades luminosas; al Sur, el mar Muerto, brillante como una placa de plata bruñida; al Poniente, la tierra desierta de Judá levantada en conos innumerables, en donde las lluvias de invierno hacen brotar una yerba rara que queman los primeros soles de estío. Jerusalem se oculta detrás del monte de los Olivos que detiene la mirada y á quien una torre blanca domina, actualmente, como una señal elevada sobre los peñascos de este océano de piedra inmovible y penoso.

Esto es al mismo tiempo el desierto y la montaña: dos grandezas reunidas, llenas de grandeza y de majestad.

Tal fué verosímilmente el retiro de Jesús.

La roca le servía de refugio. El vivió entre los animales salvajes. El cielo, sobre su cabeza, estaba lleno de claridades y de flores divinas. En esta naturaleza muerta, los recuerdos hablan solos al viajero que de ahí se separa; ellos todo lo llenan con sus murmullos. La imagen de Cristo vivo parece flotar sobre esas colinas. Se asiste al drama íntimo de sus pensamientos, y se miran con respeto á esos restos de roca en donde quizá él reposó.

Cuando, de lo alto de esas montañas, Jesús miraba el llano del Jordán que acaba de dejar, él podía observar á la multitud

que acudía por todos los senderos hacia aquel que le preparó los caminos; en el punto opuesto del horizonte, él tenía á la vista ese camino de Jericó á Jerusalem que él debía seguir, un día, con sus discípulos, para ir á la muerte.

La permanencia de Jesús en el desierto fué desde luego una oración, una contemplación, una absorción de todas sus facultades humanas en Dios, su Padre. Aquellos que han experimentado los raptos y los éxtasis, bebido á grandes tragos en el torrente de las alegrías divinas, escuchado como San Pablo "las palabras, los arcanos del cielo, que el hombre vuelto á la tierra no sabría decir,"[1]—los santos, podrían solos entrever algunos rayos del alma de Jesús orando, adorando, contemplando. El vió, en la voluntad de su Padre, la grandeza y la belleza de su misión futura; él midió las dificultades, presintió los dolores y los sacrificios; en la víspera de obrar, él entró en todos los consejos de la sabiduría, de la justicia y de la misericordia infinitas para salvar al mundo perdido. La agonía, el Calvario y la muerte se descubrieron ante sus ojos abiertos á la eterna luz; él conoció los estremecimientos del alma que se desborda de las alegrías de Dios y las angustias del alma abrumada por la vista de las luchas espantosas que le aguardaban.

El desierto siempre ha tenido para los seres religiosos un atractivo irresistible, todos ahí han parado, él es el umbral de la vida activa.

Jesús aconsejará á menudo la soledad y él mismo la practicará como una condición de la oración, un medio de descansar el espíritu, de escapar á las asechanzas y á la persecución.[2]

Retirándose ahí actualmente, después de su bautismo, él quiere atravesar á su manera, esta faz de recogimiento total que, en la vida de los hombres de acción, precede á la ejecución de su obra. Aquel que ha tomado conciencia de una gran

1 II, Cor., XII, 4.
2 Marc., I, 35, 45; VI, 37; Luc., VI, 12; Mateo, XIV, 13.

misión, abrumado por el peso de su responsabilidad, espantado de su propia debilidad, le agrada replegarse sobre sí mismo, lejos del ruído. La soledad aproxima á Dios, purifica el corazón y los pensamientos, templa las resoluciones viriles, enardece los ánimos y prepara á los fuertes.[1]

Moisés vino á buscar á Dios sobre la cima solitaria de Horeb;[2] Elías pidió al desierto un asilo contra los hombres;[3] Juan Bautista ahí vivió, creciendo y fortificándose al contacto del Espíritu;[4] Pablo se aisló en los llanos inhabitados de la Arabia para meditar la voz de aquel que le había derribado en el camino de Damasco;[5] y los discípulos del Crucificado, huyendo la corrupción del mundo, absorbidos en la contemplación, hambrientos de la eterna vida, se sepultaron un día en multitud, en los agujeros de la roca, en el fondo de la Thebaida.

El destino de Jesús no le llamaba á dilatarse mucho tiempo en el desierto, ahí no hizo más que una detención. El no va ahí á buscar á Dios como nosotros, porque él le lleva en él; ni recoge su palabra: él la escucha por doquiera y siempre, en Nazareth como en el Jordán, entre la multitud como en la naturaleza silenciosa; ni á madurar su plan mesiánico: ese plan está todo entero en el Espíritu que es su luz, su consejo, su fuerza de impulsión siempre y plenamente obedecida.

Los más grandes entre los hombres religiosos van al desierto á tomar energía. Jesús ahí se retira para mostrarla; ellos buscan la soledad y la paz, Jesús la lucha; ellos le piden un refugio contra el mal, Jesús va allá á orar, á recibir los ataques de Satanás y á vencerle.

1 Cakya-Mouni ahí ha hecho frecuentes estaciones en los años de su vida penitente y en su viaje á través de Magadha. (Ryga, 364 ff.—Cf. Rodolfo Seydel, Das Evangel, von Jesu, etc.) Zoroastro ha vivido mucho tiempo retirado sobre una montaña, nutriéndose de lacticinios, según Plinio, Plutarco y Dion Chrysostomo. Mahoma ha buscado un refugio, en sus luchas interiores, sobre la montaña de Hira, no lejos de la Meca. (Cf. Spiegel, Uber dem Leben Zorothastros, Sprenger, I, 997.
2 Exodo, III, 1.
3 II, Reyes, XIX.
4 Mateo, III y paralel.
5 Epístola á los Gálatas, I, 17.

Aquel que ha sido proclamado por Dios mismo el Hijo de Dios no se escapará de la condición dolorosa de la humanidad: él ya hizo en el bautismo profesión pública de expiación y de sacrificio, él va á someterse á la ley de la prueba, bajo una forma misteriosa é intrépida que desafía á la razón humana y de la que el historiador debe buscar penetrar el enigma.

Intentar y experimentar son dos términos sinónimos: aplicados á los seres libres, esos actos tienen por efecto mostrar el valor y la virtud.

La prueba ó la tentación es un obstáculo erigido ante ellos entre la voluntad y el deber: la voluntad que debe obrar, el deber que es la regla y el fin de la acción. El obstáculo puede venir todo desde luego de nuestra naturaleza, que repugna instintivamente al esfuerzo, al dolor, al sacrificio y á la muerte. No hay hombre á quien el deber no condene á sufrir y á inmolarse; á un gran número, él impone largos dolores; á algunos,—los mejores y más valientes,—les ordena morir: he aquí la prueba universal de toda criatura libre, ella busca á Dios en el cumplimiento de su destino, y para llegar á Dios, ella deberá sacrificarse.

Cualquiera que haya observado, analizado á su propia naturaleza, discernirá en ella fácilmente, en medio de sus aspiraciones las más nobles, de sus energías las más sanas, fuerzas desordenadas que constituyen, para él y dentro de él, una tentación perpetua á separarse del deber y del destino.

La sensualidad y el orgullo nos apartan de Dios: la una nos arrastra violentamente á gozar sin medida de todo lo que halaga á las pasiones terrestres; el otro nos repliega sobre nosotros mismos para buscar ahí en nuestro espíritu y en nuestra voluntad la regla de nuestros pensamientos y la fuerza de la vida.

Esas son las dos formas del egoísmo que fermenta en lo más íntimo de nuestra doble naturaleza: la una es el egoísmo de la materia, rehusando someterse al espíritu y á Dios; la otra,

la sensualidad del Espíritu, complaciéndose en sí mismo y resistiendo á Dios, principio de la materia y del espíritu.

Todo sér humano á quien esas dos formas enseñorean, se convierte en su medio, en ambicioso y opresor; él quiere ávidamente el poder, es decir, dominar y esclavizar, dominar para esclavizar, y esclavizar para dominar. Violencia y astucia, homicidio y mentira, amenaza y adulación: he aquí su código y su ciencia práctica.

Todos los desórdenes de las pasiones vienen de la sensualidad; todas las aberraciones del espíritu tienen su fuente en el orgullo; y la sensualidad y el orgullo provienen del egoísmo ó del amor desordenado de sí mismo que impulsa al hombre á constituirse el centro de todo: tal es el mal que corroe á la humanidad, pone trabas á su desarrollo y no cesa de turbar su paz.

El conjunto de los seres que viven de esta manera, constituye el imperio del mal: lo que Jesús llamaba el mundo, el mundo que no le conoce,[1] de el que él no era,[2] el mundo que le odiaba, á él y á los suyos,[3] el mundo que debía ser para él y para ellos el agente de mil persecuciones, pero de quien decía: "No le temáis, yo le he vencido."[4]

Ese medio de corrupción, en efecto, no soporta al hombre justo y santo de quien sólo su presencia lo condena y le irrita. Cualesquiera que sea enviado por Dios para cumplir ahí su obra, subleva á todas las fuerzas de ese reinado en donde el egoísmo forma ley y de donde se levantan las tentaciones que, reservando sus más formidables asaltos para los perfectos y los fuertes, embarazan á las voluntades más resueltas.

No se comprendería la extensión y la profundidad de la prueba humana de la cual la historia de Jesús entreabre el mis-

1 Juan, I, 10.
2 Juan, XVII, 16.
3 Juan, XV, 18.
4 Juan, XVI, 33.

terio doloroso, si se olvidara al mundo de los espíritus superiores al hombre y sin embargo mezclados á su vida terrestre.

Nada está aislado en el universo. Como el planeta en sus orígenes, sus evoluciones y sus menores transformaciones se liga al cielo que le cubre, el hombre toca por su pensamiento, su libertad, sus pasiones, sus instintos y por todo su sér, á los espíritus cuya jerarquía se eleva entre Dios y él. Mil sugestiones secretas vienen de ellos; la doctrina religiosa del Antiguo Testamento siempre ha buscado el génesis del mal en esas falanges invisibles. El sér espiritual en quien la perversidad ha llegado á su más alta expresión, ha sembrado, en el hombre nacido recto y puro, el orgullo y la sensualidad, el egoísmo y la muerte. Los Evangelios le llaman el diablo; Jesús le llamará el maligno,[1] Satanás,[2] el enemigo,[3] el príncipe de ese mundo[4] y de los demonios,[5] el que es homiccida desde el principio.[6] Todo hombre resiente con más ó menos conciencia los ataques fatales; la acción secreta del demonio pone en movimiento nuestros instintos y nuestras inclinaciones desordenadas; él ejerce en el mundo inclinado á todos los vicios, una influencia tanto más temible cuanto más disimulada, y en oposición al Reino de Dios, él trabaja, invisible, en constituir su propio reino.

De todas las pruebas, de todas las tentaciones á las que la humanidad, en su conjunto y en cada uno de sus miembros, está sujeta, hay una, una sola, que Jesús no podía conocer, es la que supone á una naturaleza trastornada por el pecado.

Ningún desorden en él, ninguna sensualidad, ningún orgullo, ningún egoísmo, ninguna falta: el mal no le ha tocado. El

1 Mateo, XIII, 19.
2 Mateo, IV, 10 y paralell.; Luc., X, 18.
3 Mateo, XIII, 39.
4 Juan, XII, 31; XIV, 30; XVI, 11.
5 Mateo, IX, 34; XII, 24 y paralell.
6 Juan, VIII, 44.

escapa á la ley común; él lo ha afirmado en muchas ocasiones, pero sobre todo en sus últimas efusiones con sus discípulos, cuando, con una voz llena de tristeza y de emoción, les dijo: "Por lo demás, yo no os hablaré mucho, porque el príncipe de ese mundo llega....; pero él no tiene en mí nada."[1] Es como si hubiera dicho: él anima á los Judíos, yo les veo avanzar por su instinto: él no tiene ningún derecho sobre mí por que yo estoy sin pecado."[2]

Sin embargo, si Jesús no ha podido sufrir la tentación que implica el mal en el sér probado; si, por la misma causa de su santidad absoluta, él no ha experimentado las luchas interiores de la carne y del espíritu, las ilusiones, las incertidumbres, los errores de la razón, el impulso de las pasiones, las impotencias, las vacilaciones, los desfallecimientos, las faltas de la voluntad, él no es menos un hombre real, vivo y probado. La tentación no ha podido ser para él un atractivo malo, ella no ha sido más que un sufrimiento y una lucha, porque él escapa al mal que, lejos de sostener á nuestra naturaleza, la disminuye más bien y la mutila, la turba y la enferma. En revancha, él contrae con ella afinidades más profundas, doblegándose más que todo sér humano bajo las pruebas y las tentaciones que asaltan al hombre exteriormente.

A medida que el alma se eleva, se liberta del mal interior, refrena mejor sus pasiones y rechaza el egoísmo original por el amor de Dios, el orgullo por la humildad, la ambición por el desinterés, ella ve apaciguarse poco á poco á las luchas interiores. Pero, por haber crecido á imagen de Cristo, ella como él no ha llegado al reposo. Esta es la hora de los combates violentos del exterior; y para Jesús, como para nosotros, "la lucha no es con la carne y la sangre, sino con los príncipes y los poderes y los gobernadores de este mundo tenebroso, con

1 Juan, XIV, 30.
2 Bossuet, Meditaciones sobre el Evangelio, ad. h. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los espíritus malos,"[1] que se van, inspiran soplando, desencadenando las grandes tormentas. Todos los ataques descargan sobre él con una vehemencia que le coloca sin par en la raza heroica de los que han combatido, sufrido, agonizado por Dios, resistido al mundo, dominado su corrupción, rechazado al Maligno, roto en ellos y en torno de ellos su imperio.

Uno de los más grandes dolores para el hombre recto y bueno, justo y santo, es la vista del mal, el contacto con el espíritu malo;—cualquiera que sea la forma que él revista, aun cuando nuestra voluntad le quede cerrada, su sola presencia es un suplicio. Jesús ha querido conocerla, y en espera de obedecer á su Padre, él bebe del torrente de todos los dolores y sufre de parte de los hombres la persecución hasta la muerte, héle aquí que entrega su cuerpo á la potestad de Satanás y consiente en ser el objeto de sus sugestiones.

Desde el principio de su carrera, él se encuentra cara á cara con el príncipe del mal; esta lucha exterior abre su vida. La tradición universal de los cristianos la llama "la Tentación," por excelencia; tres Evangelistas nos han conservado, el uno la narración sumaria, los otros dos la narración detallada.[2]

Jesús en el desierto, vivió en el ayuno. Durante cuarenta días y cuarenta noches, á ejemplo de Moisés y de Elías, no bebió ni comió; él no sintió el aguijón del hambre. Los cuidados, las necesidades de la vida se callaban. Libertado momentáneamente de esta esclavitud, él no estaba sujeto á la tierra.

1 Efes., VI, 12.

2 Mateo., IV, 1–11; Marc., I, 12–13; Luc., IV, 1–13. El silencio del cuarto Evangelio no podría debilitar la autoridad del testimonio de los sinópticos, ni hacer vacilar el valor histórico de su narración; ese silencio se explica suficientemente por el carácter del hecho. La naturaleza humana de Jesús si ahí deja ver en su dolor y su humillación, y, á este título, la tentación no podía convenir al retrato de Jesús tal como los Evangelistas han querido pintarle. Debe notarse todavía que San Juan omite todo lo que ha sido referido por sus antecesores, cuando él no tiene que añadir nada de complementario á su narración.

¿Quién puede decir á qué grado de libertad, de independencia y de espiritualidad, una alma absorbida en Dios arrebata á su propio cuerpo? El tiempo ya no existe para el espíritu á quien Dios arranca de todo lo terrestre, lo mudable, lo perecedero, y recoge en su inmutable luz.

Sin embargo, después de los cuarenta días y las cuarenta noches, Jesús cayó bajo la ley normal de toda la humanidad: el Hijo de Dios dejó reaparecer al Hijo del hombre; él sintió la necesidad de reparar sus fuerzas, él tuvo hambre.

El Tentador se aproximó.

¿Cuál era el nuevo profeta sobre cuya cabeza el Espíritu había descendido y á quien la voz del cielo había llamado el Hijo bien amado del Padre? El lo ignora; él sospecha quizás al Mesías en ese desconocido cuya apariencia no revela y más bien cubre á la grandeza.

Ninguna criatura conoce, sin la fe ó una revelación directa, la relación inefable que une en Jesús á la naturaleza humana y á la naturaleza divina. El espíritu del mal, de negación y de calumnia, de violencia y de astucia, de corrupción y de error, es refractaria á toda fe, cercado á toda revelación; los signos despiertan sus sospechas, ellos no le iluminan; pero él permanece, el antagonista radical de cualquiera que ve la verdad y el bien, la salvación y la regeneración del hombre, y por consiguiente el enemigo-nato de aquel á quien sospecha destinado á traer á la humanidad la fuerza, la luz y la paz de Dios; su verdadero nombre es el Anticristo.

El escogió insidiosamente la hora en la que Jesús experimenta la debilidad humana, y, como para forzarle á rebelarse: —Si tú eres el Hijo de Dios, le dijo mostrándole las piedras de que estaba lleno el desierto, ordénales que se conviertan en pan.

La sugestión era pérfida. ¿Qué más legítimo que satisfacer esa primera necesidad del sér viviente? Mas el desierto es inculto.—¡Qué importa! Si Jesús es el Hijo de Dios, Dios no tiene más que ordenar, los guijarros se transformarán á su voz;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios escuchará el deseo de su profeta, y la roca metamorfoseada se convertirá en pan.

El Tentador, presintiendo al Mesías en Jesús, le sugiere usar de toda su potestad para suspender en su provecho y para su satisfacción personal, las leyes sabias de la creación; él le empuja en la vía de lo maravilloso y fantástico. Sus palabras, de un candor perfecto en apariencia, revelan todo el genio del mal: el egoismo, la sensualidad, el deseo de poner á Dios á su servicio, en vez de ponerse al servicio de Dios.

Los falsos profetas siguen el consejo satánico, ellos subordinan á su propio interés la potestad divina de la que se prevalen; en vez de ser los servidores fieles, ellos aspiran, en secreto, á mandar á Dios; y los milagros que sus historiadores les atribuyen tienen todos el carácter mágico.

Jesús, con una palabra soberana, rechaza al Tentador:

—"El hombre, exclamó, no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

El se nutrirá como plazca á su Padre; si su voluntad es que sufra el hambre, él dominará las necesidades de la vida inferior; "la palabra vivificante, creadora de Dios, no puede reemplazar al pan y al alimento creado para sostener la vida? Si place á Dios nutrirle de su palabra, ¿de qué sirve el pan y el alimento creado? En verdad, Hijo de Dios, Jesús no se anticipa á la voluntad del Padre; á pesar de la necesidad que le oprime, él permanece sometido á la orden, á la sabiduría, y él se abandona á Dios, que basta á todo.

Parece que, reprimiendo sus apetitos, no tomando ningún apoyo de la materia frágil, fortalecido con la invencible voluntad que arregla y lleva todas las cosas, el hombre esté al abrigo de la sugestión satánica.

No basta. El mal puede deslizarse ahí todavía. El alma la más sometida á Dios cae sobre sí misma; y, en su egoismo, ella es susceptible de duda y de temeridad, de desfallecimiento ó de confianza excesiva; este es el escollo ordinario de los

falsos profetas: ellos aman la ostentación, buscan las obras brillantes; ellos tientan á Dios, intimándole de algún modo para que intervenga por ellos, á fin de que esta intervención les pruebe á ellos mismos que Dios les sostiene. Todavía se halla esta pretensión soberbia de poner á Dios al servicio de sus vanos pensamientos y de sus débiles voluntades. Este egoísmo puesto en descubierto parece grosero; disimulado con el sentimiento de una confianza mal arreglada, él parece una virtud, y afecta los caracteres de una intimidad, de una familiaridad más grande con Dios: este es un lazo del cual no escapan siempre las almas más santas.

Tal es la nueva agresión de Satanás contra Jesús.

El va á servirse contra él de la potestad sobrehumana de los espíritus. Desprendido de los lazos de la materialidad, señor de la gravedad y del espacio, él transporta á Jesús al pináculo del Templo, sobre la techumbre de algún pórtico, tal vez sobre el atrio, de donde la mirada se extiende sobre el valle del Cedrón, ó sobre el Hieron, de donde los sacerdotes anuncian, todas las mañanas, la salida del sol, desde que el cielo blanquea detrás de las montañas de Hebron.

—Si tú eres el Hijo de Dios, le dijo, arrójate de arriba abajo. Está escrito: Dios ha ordenado á sus ángeles tomarte en sus manos, á fin de que tu pie no choque contra la piedra.

Esta solicitud extraña pudo haber topado sobre una voluntad desconfiada ó temeraria, porque siempre se oculta en los pliegues más recónditos del alma un secreto egoismo que, engañándola respecto á sus propias fuerzas, la impela á pasos inconsiderados; mas la confianza de Jesús en su Padre es absoluta; él no obra sino bajo su impulso y él no podría establecer un acto que implicara una duda respecto de Dios ó una confianza desarreglada en sus energías humanas.

A la invitación perversa de Satanás, él respondió con una palabra:

—"No tentarás al Señor, tu Dios."

Tal vez, quizá la sugestión de Satanás se conformaba con

los pensamientos de Jesús, relativos á la obra mesiánica y con las dificultades de su ejecución. Toda naturaleza, aun ordenada, repugna por instinto el obstáculo, el dolor, el sacrificio. A menudo, en su vida, Jesús ha dejado ver el abatimiento al que le arrojaba la vista sola del cáliz que debía beber. Cuán aliviada sería su misión si, usando de su potestad, él se revelaba por un signo extraordinario! Con qué alegría el pueblo no saludaría al Mesías, viéndole caer de lo alto del Templo, en medio de la multitud admirada, de repente, como si descendiera del cielo, lleno de fuerza y de majestad! Satanás le insinuó. —La cosa era fácil, añadió: ¿Dios no ha ordenado á sus ángeles llevarte entre sus manos? Si tú eres el Mesías, no vaciles, facilita tu obra, deslumbra al pueblo con una señal esplendente.

La respuesta de Jesús corta al mal en su raíz y desenmascara la interpretación pérfida de esa gran palabra de la Escritura que traduce también la confianza absoluta en Dios.

Por rudo que sea, en efecto, el camino por el que ordena caminar, estamos seguros de encontrar en él á sus ángeles para sostenernos y separar los obstáculos; pero contar con su intervención para salvarnos, en las ocasiones en las que nuestra temeridad nos empeña, es tentar su providencia. Semejante acto es malo, porque siempre él es inspirado por un sentimiento de desconfianza respecto de Dios ó de confianza temeraria en sí.

La tentación de Cristo se desarrolla como un drama. Después de la escena del desierto y del Templo, es la montaña. Jesús se entrega aún á merced de la fuerza espiritual del Tentador, y es transportado á una elevada cima desde donde el diablo le muestra por los cuatro extremos del horizonte los reinos, los imperios de este mundo, desarrollando á su vista su gloria terrestre.

Todo hombre dotado de alguna actividad mira el medio humano en donde debe obrar, con la ambición de establecer en él su reino. El deseo de la potestad es innato, él se infla y se

extiende con el talento; á medida que el sér es más fuerte, más es conducido por esta tendencia imperiosa. Continuada y ordenada, semejante aspiración es legítima; excesiva y tiránica, ella es un vicio.

Se desconocería la vocación del Mesías rehusándole la voluntad firme y sabia de conquistar al mundo entero á su fe, y de conducir á la humanidad bajo el yugo de Dios; mas no es una espada material la que tiene en la mano, es la espada del Espíritu; no es un imperio como los de la tierra,—obra de esclavitud, de violencia y de astucia,—que él debe fundar, es un reino celestial,—obra de libertad, de dulzura y de rectitud.

Cuando Satanás desplegó ante Jesús lo que él llamaba su imperio, trató de halagarle y de aterrorizarle; le halagó por la ambición mal sana, le aterrorizó, descubriéndole el conjunto de las fuerzas que el Cristo tendría contra él, si él no las tenía para él. El agitaba á sus ojos el sueño del falso mesianismo que atormentaba á la imaginación judía, y á cuyas seducciones, entonces, muy pocos espíritus, aun entre los más elevados, los más cultivados, los más activos y los más religiosos, sabían escapar. Satanás reinaba en ellos por ese sueño. y él intentaba abrirse acceso por él en el alma de Jesús.

—Mira, le dijo, yo soy el señor, "yo doy todo esto á quien quiero." Mas para poseer semejante poder, es preciso tener el espíritu del mal, de astucia, de violencia, de egoísmo. Hagamos alianza, adora á este espíritu, y "todo será tuyo."

Jesús no sufrió ni el atractivo de la ambición ni el temor del adversario, él rechazó con una palabra vehemente el consejo sacrílego:—"Lejos de mí, Satanás! Está escrito: Tú no adorarás sino sólo á Dios."

No hay más que un señor, él no se arrodilla sino ante un solo Señor, él no conoce otra alianza más que la unión con su Padre. El menor compromiso con el espíritu malo es la negación misma de la obra mesiánica, cuyo fin supremo es arrancar á toda criatura libre de la esclavitud del mal, para someterla, con la santidad, á la voluntad de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con excepción de Jesús y de aquellos que su Espíritu conduce y guarda, no existe un hombre que no haya sacrificado al falso dios de ese mundo, al espíritu de mentira y de crueldad, de egoísmo y de astucia. La conquista material de esta tierra es casi por todas partes una obra homicida, marcada con el signo de la Carne, de ese poder tenebroso que la lleva y la tiraniza. Satanás se da aquí como Dios, y hace creer á los que le adoran que, como él, ellos serán Dioses.

Llegar á ser Dios es el gran ideal que frecuenta, y el espejismo que fascina á la humanidad, desde el primer hombre. Extraña y miserable divinidad somos, cuando obedecemos al espíritu del mal, en vez de responderle como Jesús: "Tú no adorarás más que á Dios solo." Nuestro "Yo" soberbio se desvanece; nuestra sabiduría no es sino demencia; nuestra potestad, astucia y tiranía; nuestra gloria, vanidad; y nuestro reino es efímero y falaz, porque bien pronto sucumbimos bajo la reivindicación terrible de todo lo que habíamos en un momento, en nuestro egoísmo y nuestra violencia, subyugado y esclavizado.

Tal es la historia de la humanidad á las órdenes de Satanás, ella continúa desarrollándose hace siglos, impotente para conmover la obra de Jesús quien, sólo da la divinidad á sus fieles, si ellos sacrifican el mal y no adoran más que á Dios.

Victorioso de las tres tentaciones, Jesús apareció con la belleza moral que envolverá con una aureola su vida rápida y su misión. Las resoluciones que él opuso al espíritu del mal son inmutables; lo que él ha separado con una voluntad absoluta será para siempre separado; los tres focos de concupiscencia que nunca están extinguidos en las mejores naturalezas, no arrojarán en él la menor chispa. Hijo de Dios, jamás sufrirá en su humanidad los deseos de la materia, y nunca empleará su virtud divina para satisfacerlos; él sabrá sufrir el hambre, la fatiga, el dolor y la muerte; él no suplicará jamás á su Padre el aligerar el peso de su destino; él jamás lo intentará; nunca

se notará en él ningún acto cuyo fin único fuese el ostentar á los ojos del pueblo su filiación divina. El pueblo pedirá ese signo del cielo, y él le rehusará como una inspiración de Satanás, despidiéndole con una palabra llena de firmeza y de misterio con el signo de su muerte y de su resurrección futura. Hasta ese extremo, él aceptará más bien la condición común, y, si él se liberta, no será nunca para darse á sí mismo la satisfacción de sentir sobre él la protección de su Padre, sino para llevar á los hombres á la fe, para instruirles, curarles y salvarles. El no arriesgará su vida en la temeridad, él la conducirá conforme á las leyes de una irreprochable sabiduría; humilde y dulce, él no se exaltará con la confianza, huirá el peligro y escapará por la fuga de sus enemigos, no entregándose á ellos sino en el día que la voluntad de su Padre le imponga el deber; él pisoteará sin piedad toda ambición terrestre, no escuchando ni las preocupaciones de su pueblo, ni las timideces de sus discípulos, ni los consejos de la sabiduría humana, para fundar su Reino y cumplir su obra, y, puesto que él trabaja para establecer el Reino de Dios, él no adorará sino á Dios.

Toda la naturaleza, todo el genio del mal, resplandece en esta página dolorosa de la vida de Jesús. El hombre puede allí aprender con qué fuerza temible debe medirse para llenar en la tierra su deber y su destino.

El mal está en él, inherente á su propio sér, á sus facultades, á sus instintos, á la materia de que está formado, á esta hambre que le devora desde el primer hálito de su vida, y de quien las pasiones revelan las llamadas tiránicas; él está con ese orgullo inarraigable que le separa de Dios, le invita á la vanidad, á la ostentación, á todo lo que pueda nutrir su amor propio; él está con esa ambición de dominar y de esclavizar, de constituirse el centro de un reinado en el que él será omnipotente, con esa negación práctica de Dios de quien quiere usurpar el puesto, con esa idolatría que tiene por objeto la

deificación de sí mismo, de sus errores, de sus pasiones y de sus vicios.

Todos los procedimientos del espíritu del mal se descubren. Los asaltos que Jesús ha querido sostener se renuevan en la vida de cada hombre, y en la humanidad entera. El hombre está en disputa con Satanás cuyas sugestiones envuelven la tierra,—ese desierto en el que hemos sido librados á la prueba. La misma astucia, la misma falsa sabiduría nos desvanece por esos sortilegios, acaricia á nuestra naturaleza inferior y trata de esclavizarla. El Maligno se insinúa hasta entre los más perfectos, aquellos que viven confiados en la Providencia del Padre; él usurpa para seducirlos las palabras de Dios cuya verdad altera; él trata de adormecer su valor, persuadiéndole que Dios hará todo, y que ellos pueden afrontar todo peligro; él nos fascina con los sueños de la ambición, nos exalta en nosotros mismos, como él arrebata á Cristo sobre la cima de la montaña, y nos promete gloria y poder, siempre con la misma condición: obedecerle y adorarle.

Esas tres tentaciones abrazan el círculo total de nuestra actividad en sus relaciones con la materia, con Dios, con el medio humano; Jesús quiso conocerlas todas y vencerlas. En esto sobre todo es en lo que él se nos asemeja, que él realiza en su plenitud, nuestra verdadera naturaleza de hombre, y permanece el tipo eterno de los probados. "Tenemos por lo demás," dirá, hablando de él, uno de los Apóstoles que mejor han penetrado su papel mesiánico, "tenemos un Pontífice supremo quien, por ser nuestro modelo, ha conocido, sin el pecado, la universal tentación." [1]

El espíritu del mal no ha penetrado en él, él se retira para siempre. La lucha personal no se renovará más.[2] Ninguna potestad directa ya no será dada al diablo sobre Jesús.[3] El temblará ante él, y exclamará á su aproximación:—Hijo de

1 Hebreos, IV, 15.
2 Mateo, IV, 11.
3 Luc., IV, 13.

David, ¿por qué has venido antes de tiempo, á atormentarnos,[4] arrancándonos el cuerpo y el alma de los hombres?

Jesús, después de esas horas dolorosas, gustó sensiblemente todas las alegrías divinas. Los ángeles vinieron cerca de él, dicen los Evangelios, y le servían. Los espíritus de Dios estaban siempre á sus órdenes. En el momento de la tentación, y con la voluntad de su Señor, ellos velan su presencia; rechazado Satanás, ellos aparecen. Intermediarios entre el hombre y Dios, esos mensajeros celestiales nos traen la fuerza y la alegría de Dios, como el éter transmite en el espacio la luz y el fuego de los soles.

Jesús vivía escoltado de su falange invisible, él les veía velando desde lo alto sobre los niños, sobre los pequeños,[1] les sentía prestos á servirle,[2] ejercía por ellos las obras de su bondad y de su potestad, curando á los enfermos, arrojando á los demonios, convirtiendo á los pecadores, saciando á la multitud; y sin embargo, aun cuando él lo podía, no pidió á su Padre enviarle en su socorro sus legiones fieles;[3] él vivió olvidándose de sí mismo, sin jamás aligerar la carga de esta naturaleza humana de la que había sacado las miserias. Para él, como para nosotros, la vida está formada de aflicciones y de goces, de pruebas abrumadoras y de triunfos embriagadores. La alegría es corta,—tregua rápida entre dos guerras sin cesar renovadas,—pero ella basta para mantener la voluntad con aliento. Nacida de la prueba, ella crece con la prueba; ella es el bálsamo y el aceite; ella cicatriza las llagas del alma herida y sirve de unción al atleta, para preparar sus miembros para mejores combates. Los que han experimentado lo que Dios ha puesto de consuelo, de serenidad y de santos estremecimientos en el alma de sus servidores martirizados, comprenderán el sentido profundo del desenlace de la tentación de Jesús.

1 Mateo, VIII, 29.
2 Mateo, VIII, 29.
3 Mateo, XVIII, 10.
4 Cf. Crisost. Homil, in opere imp. super, Matth.

Ese hecho, de un carácter tan misterioso en su conjunto y en sus detalles, ha sido profundamente desconocido por todos los historiadores modernos que han considerado la negación de lo sobrenatural como el principio fundamental de su crítica.

La aparición del mal como sér personal, la potestad mágica de la que él se sirve, el carácter prodigioso de los arrobamientos de Jesús por el Tentador en el pináculo del Templo y sobre la cima de una montaña, los ángeles acudiendo para rodearle y servirle, después que el diablo hubo sido vencido: era mucho para una filosofía sin Dios y una ciencia materializada.

Y sin embargo, la exégesis no permite dar á la narración de la Tentación otra explicación que aquella cuya fiel exposición se acaba de leer. Es falsearla á satisfacción el negar la realidad objetiva de las escenas que la componen, y el no ver en ellas sino una visión interior de lá que la imaginación de Jesús hubiera sido el teatro.[1] Habla una inverosimilitud pueril en suponer, como lo ha intentado el viejo racionalismo alemán, que el diablo no fuera más que un enviado pérfido del Sanhedrin, algún fariseo astuto y poderoso, encargado de desviar á Jesús de su misión, y desempeñando con él el papel de Satanás.[2]

Otros no han visto en ello más que una parábola destinada á enseñar al hombre el arte de vencer la tentación; Jesús la habría referido á los discípulos, quienes, por desprecio, la han transformado en historia. Pero Jesús en ningún caso se ha dado á sí mismo como sugeto de la parábola, y, si él no se ha puesto en escena, cuando hizo la narración, no se explica cómo ellos han sustituido á su Maestro con el personaje ficticio de la narración original.[3]

La escuela mítica[4] no ha querido reconocer ahí más que á

1 San Cipriano y Teod. de Mopsueste.
2 Paulus, ad. h. l; Herder, Christ. Schrift. B. 2.
3 Baumgarten-Curcius, Bibl. theol., § 40. Schleiermacher, Schrift, des Luk., p. 54.
4 Strauss, Das Leben Jesu, t. I.

una leyenda; ella ha multiplicado vanamente sus esfuerzos y hojeado el Antiguo Testamento para mostrar de qué manera los primeros cristianos habían concebido y formado esta historia. Ella ha evocado la primera tentación del primer par humano en el Eden, la de Abraham, la del pueblo de Israel en el desierto, á fin de hallar ahí el modelo de la de Jesús. Ella ha hecho llamada á las ideas abstractas de la oposición entre el Mesías y su adversario, oposición que debía engendrar la imagen de una lucha entre los dos y de una derrota del último. Ella no ha dejado de recordar, á fin de explicar el teatro de la lucha, que el desierto pasaba por la habitación de los demonios. Pero hay una imposibilidad manifiesta en construir, por medio del procedimiento mítico, el drama de las tres tentaciones, con sus elevadas ideas morales.

La escuela crítica francesa se ha impuesto menos trabajo: ella bien ha querido reconocer lo histórico de la residencia de Jesús en el desierto y su ayuno riguroso; pero la imaginación de los discípulos sólo ha inventado las pruebas que él sufrirá en ese horroroso país: ella es la que crió la leyenda.[1]

Hipótesis arbitraria que ningún documento apoya y que no tiene, por lo mismo, otro valor que el de un expediente para descartar los hechos en oposición con la filosofía del escritor. La historia así tratada no es sino un terreno movedizo que vacila; no quedará de los acontecimientos de que ella se compone, más que aquellos que hayan encontrado favor ante el capricho de los juicios y de los sistemas personales.

¿Por qué extraña aberración los Apóstoles se hubieran permitido desvariar de esta manera de su maestro? ¿No era repugnante para ellos, y casi sacrílego, admitir que el Hijo de Dios hubiera estado sujeto á la potestad del Tentador? La realidad sola ha podido imponerse á ellos; y si tales escenas han sido creídas, referidas y escritas, jamás se explicará, si semejantes escenas no han pasado verdaderamente. Todo lo que

1 Renan, Vie. de Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

forma en la vida de Jesús el lado sombrío y doloroso, no ha sido más que difícil y lentamente comprendido por sus discípulos; ha sido menester la educación misma del Espíritu de Dios para darles la inteligencia del Mesías sufriente; ahora, el Mesías tentado es una de las primeras, una de las más profundas manifestaciones del misterio de sus dolores.

Los últimos representantes de la escuela crítica alemana [1] han rechazado, ellos también, la letra de esta historia, juzgándola indigna de Cristo é inaceptable en sus detalles para una razón ilustrada, libre de la superstición. Ellos la han tratado de ficción popular, ensayando torcidamente y bajo una forma grosera la pintura de las luchas que Jesús ha sufrido ya al principio, ya en el curso de su carrera. Dos cuestiones, según ellos, debieron conmover al alma de Jesús: el deber de desempeñar el papel de Mesías, la elección de los medios necesarios á ese papel. Ellos han querido ver en esas dos cuestiones el objeto de los combates interiores por los que Jesús había llegado laboriosamente al conocimiento total y al cumplimiento de su destino. Pero los documentos evangélicos no presentan la menor huella de esas debilidades humanas. El Cristo que ellos pintan de esta manera, no es el de la historia, él pertenece á las fantasías de la crítica; él puede parecerse al hombre tal como le conocemos en nosotros mismos, frágil de espíritu y más aún frágil de voluntad, él no es el hombre-tipo que el Evangelio ha revelado y que Jesús ha realizado.

El testimonio formal, pormenorizado, y en el fondo tan concordante, de San Mateo y de San Lucas, no permite recusar la realidad de una narración cuyo origen no puede ser traído sino por Jesús mismo. ¿En qué momento de su vida ha sido confiado á sus discípulos lo que él sufrió en el desierto, al principio de su carrera, en la soledad que fué para él su primera tentación? Es difícil decirlo, á falta de indicaciones precisas; tal vez en esa Pascua de despedida en la que tanta tristeza y

1 Keim, Geschichte Jesus von Nazara. B, I, ad. h. L.—Schenkel, Das Characterbild, p. 50.

amer invadieron á su alma y la abrió á sus discípulos con supremas confidencias—"Vosotros me llamáis Maestro y Señor," les dijo entre otras cosas conmovedoras; "yo lo soy en efecto." Y ahora, si nunca me he desviado del camino que me estaba marcado, á pesar de la tentación y las pruebas, tampoco vosotros debéis apartaros. "Yo os he dado el ejemplo."[1] Y, en esta misma hora, cuando pensando en las pruebas terribles que iban á estallar sobre sus discípulos, él les aseguraba y les decía: "Tened fe, yo he vencido al mundo,"[2] ¿no era esta una alusión á su permanencia en el desierto, en donde, en efecto, él había vencido al príncipe de este mundo,—aquel que pone en conmoción todos los odios con los que el hombre malo perseguirá sin tregua á la obra y á los discípulos de Jesús?

El bautismo y la tentación se suceden el uno al otro en la realidad de la historia, como en la narración de los Evangelistas. Esos dos hechos inseparables, que se aclaran oponiéndose en un rigoroso contraste, son el verdadero preludio de la vida de Cristo.

El uno es la manifestación del Espíritu de Dios; el otro, la del espíritu del mal; el uno nos muestra la filiación divina de Jesús; el otro, su naturaleza humana consagrada á la lucha y á la prueba; el uno nos revela la fuerza infinita con la que él obrará; el otro, el obstáculo que él sabrá derribar; el uno nos enseña su vida íntima; el otro la ley de su acción.

Esos dos espíritus que se agitan en cada hombre y en la humanidad entera forman, por sus luchas incesantes, el gran tumulto de la historia. Jesús posee al uno en su plenitud, él es el enemigo absoluto del otro. Todo su fin es asegurar en el hombre el triunfo del uno y la derrota del otro. El que quiera obedecer al primero deberá recibirle de Cristo, y el que quiera vencer al segundo deberá pedirle fuerza.

1 Juan, XIII, 13.
2 Juan, XIV, 33.

Tal es la grandeza de Jesús, según los testigos de su vida, conforme á los que le han dibujado en el umbral de su carrera en esos dos cuadros de un estilo hierático.

Jesús no tiene igual entre los seres humanos, porque ninguno es el "Hijo de Dios" y nadie escapa sin él de los ataques del mal. El es el tipo y es la fuerza; es preciso luchar como él, y no se puede vencer sino por él.

Su filiación divina y su santidad absoluta resplandeciendo así en la entrada de su carrera, alumbrando hasta el fondo el misterio de su obra, profunda como los designios de Dios, vasta como la humanidad, austera, heroica como el sacrificio que ella exige de su autor.

CAPITULO IV.

LOS PRINCIPIOS DE LA VIDA PÚBLICA.

Los principios de la vida pública de Jesús abrazan un período de catorce á quince años, desde el día que él abandonó el desierto, un poco antes de la Pascua del año 28, hasta la prisión de Juan Bautista,[1] hacia la fiesta de los Purim del año 29. Los tres primeros Evangelios han hecho de este último acontecimiento, que acaba la misión del precursor, el punto de partida del apostolado de Jesús y de su narración.[2] Ellos son mudos respecto á la faz inicial que su narración supone; ella nos sería totalmente desconocida, si, completando á sus antecesores, el autor del cuarto Evangelio no nos hubiera referido algunos hechos culminantes que marcan el carácter. Fiel á su método, él indica netamente los diversos viajes de Jesús, precisa la hora y los días, recuerda extensamente conversaciones íntimas de las que parece haber recibido sólo él la confidencia, puesto que sólo él las ha referido. Todo, en esas páginas, ha-

1 Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.—II La inauguración del ministerio público en Galilea.

2 Mateo, IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tal es la grandeza de Jesús, según los testigos de su vida, conforme á los que le han dibujado en el umbral de su carrera en esos dos cuadros de un estilo hierático.

Jesús no tiene igual entre los seres humanos, porque ninguno es el "Hijo de Dios" y nadie escapa sin él de los ataques del mal. El es el tipo y es la fuerza; es preciso luchar como él, y no se puede vencer sino por él.

Su filiación divina y su santidad absoluta resplandeciendo así en la entrada de su carrera, alumbrando hasta el fondo el misterio de su obra, profunda como los designios de Dios, vasta como la humanidad, austera, heroica como el sacrificio que ella exige de su autor.

CAPITULO IV.

LOS PRINCIPIOS DE LA VIDA PÚBLICA.

Los principios de la vida pública de Jesús abrazan un período de catorce á quince años, desde el día que él abandonó el desierto, un poco antes de la Pascua del año 28, hasta la prisión de Juan Bautista,[1] hacia la fiesta de los Purim del año 29. Los tres primeros Evangelios han hecho de este último acontecimiento, que acaba la misión del precursor, el punto de partida del apostolado de Jesús y de su narración.[2] Ellos son mudos respecto á la faz inicial que su narración supone; ella nos sería totalmente desconocida, si, completando á sus antecesores, el autor del cuarto Evangelio no nos hubiera referido algunos hechos culminantes que marcan el carácter. Fiel á su método, él indica netamente los diversos viajes de Jesús, precisa la hora y los días, recuerda extensamente conversaciones íntimas de las que parece haber recibido sólo él la confidencia, puesto que sólo él las ha referido. Todo, en esas páginas, ha-

1 Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.—II La inauguración del ministerio público en Galilea.

2 Mateo, IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce traición al testigo; el alma de Jesús transpira á través de la suya; no es á él, —él se elimina siempre, evitando hasta el nombrarse,—es al Maestro al que se escucha.

Juan Bautista recordaba, por su energía y su rudeza, al viento violento que, en la visión de Elías sobre el Horeb, precedía el paso de Jehová, destrozando las montañas y rompiendo las peñas: Jesús es el murmullo suave y ligero, el soplo mismo de Dios.[1] Sus primeras manifestaciones están llenas de calma y de serenidad, de dulzura y de reserva; con expresión de una sola escena, nada de estrepitoso en sus actos, nada de vehemente.

Después de su ayuno y su tentación en el desierto, él volvió solo á las orillas del Jordán, á los alrededores de Beth-A'barah, en donde Juan, después que lo hubo bautizado, no cesaba de darle testimonio.

El encuentro de Jesús, la vista del cielo abierto, la voz del Padre, la aparición del Espíritu descendiendo visiblemente sobre el Mesías, han engrandecido al profeta: él no es solamente el predicador austero de la penitencia, el enviado amenazador de la justicia de Dios, el Bautista celoso, él es el primer Evangelista de los nuevos tiempos. Lo que los profetas, sus abuelos, habían visto de lejos, él lo ve, lo toca, lo publica; la luz de Dios le ha revelado el misterio, y él no se cansa de proclamarle á la multitud.

Esta evolución progresiva de la acción religiosa de Juan ha sido desnaturalizada, relegada á la sombra ó suprimida por los historiadores modernos que han recusado los documentos tan preciosos del cuarto Evangelio. Esta gran figura ha perdido, bajo su pluma, su carácter el más original: una mezcla perfecta de fuerza y de dulzura, de severidad y de unión, de santa cólera contra el mal y de ternura enternecida, de justicia indomable y de abnegación. No es Jesús, como algunos se han

1 III, Reyes, XX, 11, y sig.

atrevido á decirlo,[1] quien ha sufrido, en detrimento de su propio genio, la influencia de Juan y de su ministerio, es Juan quien ha experimentado la influencia de Jesús. La vista del Salvador le arranca gritos profundos que parecen gemidos.

Un día, en medio de la multitud que pasaba, Juan le apercibió viniendo hacia él. Esto fué después del ayuno y de la tentación; quizá Jesús parecía abrumado por la tristeza de su misión heroica. El profeta, lleno todo de él, exclamó, mostrándole á los que ahí estaban:—He aquí al Cordero de Dios, he aquí á Aquel que quita el pecado del mundo.[2]

Tal es el primer nombre dado á Jesús, á su entrada á la vida pública. Ninguno expresa mejor la forma exterior y el carácter íntimo de aquel que, consagrado por Dios á la inmolación, había dicho á Juan: "El nos hace cumplir toda justicia."

La vocación de un hombre modela á su alma, se graba en sus facciones, y su marcha se imprime profundamente en todo su sér; la de Jesús, dolorosa y santa entre todas, le cubre de humildad y de mansedumbre, ella hace de él al más dulce entre los hijos de los hombres: él era verdaderamente el Cordero de Dios.

Al llamar con este nombre triste y misterioso al Mesías de Israel, Juan se eleva muy por encima de las ideas de su tiempo. El segundo Isaías habla como el primero; el profeta de la penitencia recuerda al profeta quien, después de seis siglos, había sido el Evangelista del Mesías sufriente. "Nosotros le hemos visto: él estaba sin belleza; su rostro estaba velado; él ha tomado sobre sí nuestras debilidades. El ha llevado nuestros dolores. El se ha ofrecido, porque ha querido. El no ha abierto la boca, semejante al cordero que se lleva al matadero, mudo ante el que le trasquila."[3]

1 Renan Vie, de Jesús, p. 119
2 Juan, I, 36.
3 Isaías, LIII.

La gran conciencia de Juan, que había tan fuertemente levantado la voz contra la corrupción del mundo é invitado al arrepentimiento con una voz tan apremiante, comprendía bien en dónde estaba la verdadera justicia; y el mismo hombre, quien, con la claridad de Dios, había entrevisto las verdades terribles del juicio, veía actualmente, con un exceso de luz, á la víctima inocente que aparecería y purificaría á la humanidad.

El desengañaba á los Fariseos que habían abusado respecto á las prácticas de su ley y acerca de su vana justicia.—No es la sangre de nuestro cordero inmolado dos veces por día, en el Templo, sobre el altar de los holocaustos, debía decirles; no, no es él quien purificará al pueblo: "El Cordero verdadero, héle aquí."

Y, tomando su tema favorito, él repetía sus declaraciones respecto de Jesús, sin cansarse jamás, como aquellos á quienes absorbe un solo pensamiento, una convicción irresistible. El decía á la multitud, mostrando á Jesús:—Este es aquel sobre quien he visto al Espíritu como una paloma descender del cielo y posarse. Sí, yo lo he visto con mis ojos, y yo soy su testigo: es él, el Hijo de Dios.[1]

Esas afirmaciones multiplicadas, apremiantes, descubren al alma toda del precursor y prueban la resistencia que encontraba su palabra en el espíritu en descuido de su pueblo.

Cualesquiera que fuese el ascendiente de Juan Bautista, no parece que su doctrina del Mesías haya penetrado las conciencias de las masas judías, ni desarraigado sus preocupaciones mesiánicas; mas ella cuando menos ha tocado á algunas almas entre los sencillos, y ella ha terminado por atraer poco á poco la atención de todos respecto al Elegido de Dios á quien nada, en apariencia, designaba á la admiración de la multitud.

La escena del bautismo y las grandes cosas que decía de Jesús el profeta, no hacían más que hacer el misterio del Reino

1 Juan, I, 32-34.

más impenetrable. ¿Cómo este humilde obrero de Galilea, ese Nazareno, podía ser el Mesías, la esperanza y la salvación de Israel? Jesús no se dejaba ver todavía, y la multitud pasaba cerca de él, admirada ó distraída, curiosa é ignorante; ella tal vez miraba pero no comprendía.

En espera, Jesús no abandonaba las orillas del Jordán.

Cierto día, él iba á lo largo del río; el sol se ponía. La multitud se había retirado. "Juan estaba allí con dos de sus discípulos, vió al Salvador que marchaba;" la misma impresión que él había tenido la víspera le conmovió y le arrancó la misma exclamación: "He aquí al Cordero de Dios."

La palabra de Juan fué escuchada por los dos discípulos. El asunto de su maestro les removió, la vista de Jesús les atrajo; ellos dejaron á su maestro y siguieron á Jesús.

Ahora bien, habiéndose vuelto, Jesús vió que le seguían. —¿Qué buscáis? les dijo.—Maestro, en dónde moras.—Venid y ved...."

Ellos llegaron y vieron en dónde habitaba él; pasaron ese día en su compañía. Era la noche, cerca de las diez.[1]

El que ha dibujado ese cuadro con un toque tan fino, con un rasgo tan sobrio y con una maravillosa frescura de colorido, fué uno de los discípulos que recibieron la hospitalidad de Jesús; ella fué para él una fecha inolvidable; él se ha recordado de la hora del encuentro,—esa hora de la tarde en que la luz palidece, en la que el silencio y la calma favorecen la intensidad de las conversaciones. El no se nombra, pero se le adivina en su reserva misma: es Juan, el discípulo más amado, el primer elegido por Jesús. El era de Galilea también, un hijo de pescador y él mismo pescador. Lo que él escuchó de la boca del Maestro, en esa noche y en ese día, ha quedado en el misterio. Evidentemente, se trató del Reino de Dios, de la espera de Israel, de la salvación del pueblo y de aquel que,

1 Juan, I, 36 y sig.

trayendo esa salvación, correspondería á esa espera y fundaría ese reinado.

Por lo demás, ¿qué importa la palabra? Frecuentemente la sola presencia dice más que un largo discurso: un sér superior, vivo, inteligente, amante, ¿no puede, sin decir nada, ejercer su prestigio y cautivar en silencio á los que se le aproximan?

Una palabra nos da claramente á entender que Jesús ejerció un encanto profundo sobre sus dos huéspedes; su palabra les alumbró: ellos creyeron en su persona y en su misión. En efecto, llegada la mañana, el uno de ellos, Andrés, Galileo también, y pescador del lago de Tiberiades, corrió en busca de su hermano. Su entusiasmo desbordaba; él tenía necesidad de comunicársele. Desde que él hubo encontrado á Simón,—este era el nombre de su hermano:—Hemos hallado al Mesías, le dijo, y le llevó ante Jesús.[1]

Ahora bien, Jesús arrojó sobre él una mirada penetrante: —"Simón, le dijo, tú eres hijo de Jonás. Tú te llamarás Cephas (Piedra).

Al dar al recién venido ese nombre que presagiaba tantas cosas, él quiso desde luego apropiárselo, él le marcó con un signo; él dejó ver al hijo de Jonás á qué profundidad leía en su conciencia, pero sin revelarle todavía el destino que encierra ese nombramiento misterioso. Bastaba á Pedro el sentirse atado á aquel que comenzaba á mostrarse á ellos como el Cristo.[2]

1 Juan, I, 40 y sig.

2 Los críticos alemanes que no han cesado de oponer los sinópticos al cuarto Evangelio, sacrifican los primeros al segundo, ó el segundo á los primeros, según su preferencia: han cometido, en nuestra opinión, un grave desprecio. Ellos han confundido la narración de la vocación de los discípulos, tal como la refieren San Mateo, IV, 18-22; San Marcos, I, 16 y sig., y San Lucas, V, 2-11, con la narración de San Juan, y ellos no han querido ver ahí sino á un mismo hecho diversamente referido. Naturalmente, les ha sido fácil señalar las diferencias, las oposiciones, la incompatibilidad. Un estudio imparcial de los dos textos no permite creer que ellos se refieran á un mismo hecho. La vocación del primer discípulo, tal como San Juan la refiere, es absolutamente distinta, y por el tiempo, y por el lugar, y hasta por los detalles de la segunda vocación referida por los sinópticos. Los dos hechos se completan y se explican, ellos no se destruyen; no hay necesidad de sacrificar el uno al otro, es preciso aproximarles. Aquí, como en muchas circunstancias, San Juan completa á los sinópticos.

La fuerza de Dios obedeciendo á las leyes que ella ha establecido y que arreglan con el orden el movimiento de la creación universal, no atropella y no violenta nada. Todo es silencioso y velado en las primeras manifestaciones de un mundo que se forma, de un sér que nace.

Nosotros asistimos á las primeras impresiones del espíritu vivo de Jesús. Vivir, para él como para todo sér, es atraer á sí y asimilarse otros seres. Héle aquí que ejerce su seducción y su potestad abstracta sobre algunas almas escogidas, predestinadas; ellas vienen á unírsele, la una después de la otra, sin ruído: el grano de mostaza no tiene un crecimiento más tranquilo.

En el fondo de este valle del Jordán, cavado como un inmenso surco, ahí, bajo ese cielo ardiente, en el mismo punto en el que la palabra de Juan Bautista ha puesto en fermentación la conciencia de Israel, es en donde hemos sorprendido el primer fulgor y el primer nacimiento de la fuerza mesiánica de Jesús.

El tiene al presente tres neófitos.

El día siguiente á aquel en el que se había atraído á Pedro, miró hacia á la Galilea, que no había visto después de su bautismo, y quiso volver allá.

Estaba en camino, cuando encontró á otro Galileo, Felipe, un compatriota de Andrés y de Pedro, habitando como ellos la pequeña aldea de Bethsaida, á orillas del lago.[1] Jesús le atrajo con esta sencilla palabra: "Yo soy." La llamada de Jesús tiene algo de suave y de irresistible; ella toca al corazón y le atrae. Felipe participó de la fe naciente y del entusiasmo de sus compañeros.

En efecto, habiendo encontrado el mismo á un cierto Na-

1 Juan, I, 43 y sig.

thanael,[1] el hijo de Tolmeo, le dijo inmediatamente:—Aquel de quien Moisés, en el libro de la ley, aquel de quien los Profetas han escrito, nosotros le hemos encontrado: es Jesús, el Hijo de José de Nazareth. Ese nombre de Nazareth chocó á Nathanael.—Cómo! exclamó, con su ruda franqueza, ¿acaso de Nazaret puede salir algo bueno?

La Galilea, por causa de su población mezclada de paganos, era desdeñada por los Fariseos ardientes. Un profeta no viene de Galilea,[2] decían ellos. La palabra había pasado en proverbio, y Nazareth, ciudad obscura, desconocida en la Escritura, era más particularmente el objeto de ese piadoso desprecio de los ortodoxos.

Felipe, en el primer ardor de su fe y también bajo el encanto de la palabra de Jesús, no trató de refutar á Nathanael. La realidad se impone mejor que todos los discursos: él se contentó con decirle:—Ven y ve. Nathanael vino á Jesús quien, al verle, exclamó: "He aquí á un verdadero Israelita, sin ningún artificio."—Cómo, ¿me conocéis? respondió Nathanael admirado.—"Antes que Felipe te llamara, replicó Jesús, cuando estabas debajo de la higuera, yo te he visto."

La narración da claramente á entender que la facultad de conocer de Jesús no estaba ligada á las condiciones normales de presencia y de la exterioridad. Jesús vió á Nathanael de lejos y adivinó sus pensamientos íntimos. El leía, oraba quizá, sentado debajo de la higuera, según la costumbre judía. El Profeta le deja ver,—aun cuando la narración no lo diga,—que él había penetrado su conciencia. Desde ese momento, él ya no discute; tan grande en la fe como había sido sincero en la objeción:—Rabbí, exclamó, vos sois el Hijo de Dios, vos sois el Rey de Israel.[3]

1 La tradición universal siempre ha identificado Nathanael y Barthelemy. Nathanael es el nombre propio, Barthelemy (Bar-Tolmai), el nombre patronímico. En la nomenclatura en la que los doce Apóstoles (Mat., X, 2, 3) son nombrados por par, dos á dos, Felipe y Bartolomé, siempre están reunidos. Los exégetas han estado casi unánimes en reconocer al Nathanael de San Juan en el Bartolomé de San Mateo y de los sinópticos.

2 Juan, VII, 52.

3 Juan, I, 47 y sig.

Jesús quedó impresionado de esta rectitud:—"Tú crees porque yo te he dicho: Yo te he visto debajo de la higuera." Después, volviéndose á Nathanael, pero dirigiéndose á todos, su voz se hizo solemne; y, usando de una fórmula que le agradaba emplear, cuando quería abrirse al alma de sus discípulos é instruirles de las cosas divinas:

—"En verdad, en verdad,"[1] exclamó, "yo os lo digo, tened confianza en el Hijo del Hombre. Vosotros veréis al cielo abierto sobre él y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre su cabeza."[2]

Palabras misteriosas llenas de una esperanza infinita. Ningún sér puede crecer sin la esperanza. Jesús lo sabe, y él la hace brillar en los ojos de sus nuevos discípulos.

Ellos no se admiran ni se amedrentan de la debilidad del Hijo del Hombre, del carpintero de Nazareth: él es el verdadero patriarca; el cielo, por lo demás, cerrado para todos, está abierto sobre su cabeza; los ángeles le traen las fuerzas y las luces de Dios. La comunicación es bastante y total; toda su humanidad está en ascensión hacia Dios, y la divinidad en efusión sobre él. Esta fórmula enigmática, esos términos velados, revelan á los discípulos la relación inefable que sujeta á su Maestro al mundo divino; ellos le prometen que ellos serán los testigos de esta vida de la que la palabra humana,—aun cuando sea inspirada,—no logrará jamás sondear las profundidades.

La fe de esos primeros neófitos en la mesianidad de Jesús, está seguramente, á pesar de su sinceridad y á pesar de su

1 Esta locución es constante en la boca de Jesús. El es el único Maestro que se ha servido de ella al principio de su discurso; esta es su fórmula preferida; ella implica la doble idea de verdad y de firmeza. Al duplicarla, San Juan parece querer indicar la plenitud de su sentido. Ningún judío humano se ha atrevido á servirse de ella. Los doctores judíos, como lo nota excelentemente Lightfoot (Horæ hebr. et talmud., pág. 969), esos oráculos de la tradición religiosa, dicen: Yo digo en verdad, pero yo no digo amen. Se sabe que el Apocalipsis, III, 14, da á Cristo el nombre de Amen, como el mismo Isaías, LXV, 16, llamaba á Dios con el nombre de: Eloi Amen.

2 Juan, I, 51.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entusiasmo, bien lejana de la perfección. Esos hijos del pueblo no estaban libres de las preocupaciones de su tiempo y de su nación; al reunirse á Jesús por un movimiento de simpatía y de alegre confianza, ellos gustaban ver en él al Mesías de sus sueños. El ideal del hombre está lejos de los pensamientos de Dios, pero las ilusiones se disipan á medida que el alma engrandece. Esos sencillos Galileos comprenderán un día, con la escuela del Maestro, mejor que todos los sabios y los doctores de Israel, el misterio de Cristo, la naturaleza de su Reino, la necesidad de sus dolores, el secreto de sus humillaciones, la eternidad de su triunfo.

Hoy, ellos van radiantes de haber encontrado al Mesías, como ellos dicen, y no se puede dejar de admirar la juventud é intrepidez alegre de esas naturalezas sin cálculo que no se han resistido á su llamamiento, y que tienen la gloria de decirse su primera conquista.

Después que Jesús hubo abandonado á Nazareth para ir á recibir el bautismo de Juan, graves acontecimientos se habían verificado: Dios mismo se había manifestado sobre él, y le había consagrado su elegido, á la faz del pueblo. El nuevo profeta que conmovía al país, y del que todos supieron la acción, le designó públicamente como al Mesías y el Hijo de Dios. Aun cuando él pareció huir, retirándose al desierto, las miradas y las solicitudes del pueblo, no es posible que su nombre no haya llenado á la Palestina y volado de boca en boca en esa sociedad judía que se estremecía con la sola idea de la venida del Mesías.

Cuando Jesús volvió á Galilea, seguido de algunos discípulos desconocidos, su reputación le había precedido; pero la pequeña ciudad de Nazareth no acogió esos rumores populares, tan halagüeños para el hijo del carpintero, como se le llamaba. Hasta más tarde, cuando Jesús haya justificado su misión con señales más resplandecientes, su obscuro origen, su profesión de artesano, su condición de indocto, serán un escándalo para los Nazarenos. La envidia, el celo, las mezquinas pasiones, las pequeñas preocupaciones de aldea, les cegarán hasta el fin: todo lo que estrecha al corazón cierra al espíritu.

Pero si Jesús no fué comprendido en esos lugares en donde se había deslizado su infancia y su adolescencia, ¡con qué emoción no debió ser acogido por su madre, al volver á ver á aquel que ella había engendrado y alimentado, en el momento mismo en el que él iba en fin á realizar todas las esperanzas maternales, después de largos años sepultados en su corazón! Nadie mejor que ella penetraba el misterio. En verdad, ella no tenía otro papel que seguir á su hijo, con las mujeres que deben seguirle y acompañarle en sus viajes; pero á pesar de la obscuridad en que ella se pondrá, las palabras, las obras, los designios, la vida entera de Jesús, sus dolores y sus triunfos, no hallarán en ninguna criatura una acogida más ardiente, un eco más fiel.

¿Por qué camino Jesús, acompañado de sus primeros discípulos, subió del valle del Jordán á Galilea? ¿Vino primero á Nazareth por Scythópolis? ¿Fué directamente á Caná? El Evangelio nos da sobre este punto algunas indicaciones. La distancia entre Beth-A'bara y Caná es de más de veinticinco leguas. El viaje de Jesús debió ser rápido, porque al tercer día que siguió á la vocación de Felipe,[1] le vemos en la pequeña ciudad de Caná. Su madre le había precedido. Ella estaba ahí en la casa de los parientes ó de los amigos. Quizá, después de la partida de su hijo para el bautismo, ella dejó á Nazareth y recibió en la casa de ellos la hospitalidad. Se puede augurar por el silencio guardado, respecto de José, su marido, que ya era viuda y que vivía, después del duelo, sola con Jesús.[2] Ella tenía de parte de José un parentesco numeroso:

1 Juan, II, 1.

2 La muerte de José y sus funerales están extensamente referidos en los Apócrifos (Historia de José el carpintero, c. XXVIII-XXIV). Esta leyenda piadosa, que no carece de grandeza, no puede sin embargo imponerse á una sana crítica.

es muy verosímil que, para sustraerla del aislamiento, ella haya sido recogida por una familia aliada.

El nombre de la pequeña ciudad ha sido cuidadosamente indicado por el cuarto Evangelio, que le llama Caná, en Galilea, para distinguirla de otra Kana, perteneciente al territorio del Tyro. No se explica la inadvertencia de Eusebio que las ha confundido.[1] Ella estaba situada á dos horas de Nazareth,[2] sobre el camino de Tiberiades, no lejos de la gran vía que pone en comunicación á Ptolémais y las ciudades del lago de Genezareth. Ella no carecía de importancia, á juzgar por la extensión de las ruinas que cubren la eminencia sobre cuya pendiente ella se elevaba. Ella no es actualmente más que una miserable aldea, un montón de pobres casas orientales; pero el paso de Jesús la ha inmortalizado. Su recuerdo ha sobrevivido á todas las destrucciones. Ahí, como en otras partes, una humilde iglesia, levantada sobre los restos de la basílica de Helena, atestigua, después de diez y nueve siglos, la vitalidad imperecedera de las palabras y de los actos de Jesús.

He aquí lo que pasó en una de las casas de Caná, la tarde misma en que el Maestro llegó.

Se celebraba un matrimonio; y, conforme á la costumbre judía, aun entre las gentes del pueblo, los festines duraban varios días. Jesús fué invitado con sus discípulos; la casa estaba llena de convidados: la hospitalidad oriental no conocía

1 Eusebio, Onomasticon, Kana.

2 Se ha ensayado poner en duda la autenticidad de Kefr-Cana como lugar de la antigua pequeña ciudad en donde Jesús convirtió el agua en vino, y se ha tratado de encontrar la verdadera Caná en Kana el Djelil, situada á nueve millas al Norte de Nazareth, y á cinco millas y media de Sephoria N. N. S. Esta es la opinión de Robinson, Biblical Researches in Palest, t. II, p. 347. El examen atento de los testimonios casi unánimes de los antiguos peregrinos, desde el sexto hasta el siglo catorce, desde Antonino de Plaisance hasta el Dominicano Ricold, del Monte-de-la Cruz, no permite suscribirla. Y por lo demás, mientras que nada en las ruinas informes de Kana el Djelil lleva la huella del hecho evangélico, las excavaciones practicadas en Kefr-Cana han puesto en descubierto los fundamentos de una iglesia del tiempo de Constantino, como lo prueban las monedas que allí se han descubierto; y todos los cristianos de Palestina, cismáticos y católicos, la veneran como aquella que Helena construyó en el lugar y en memoria de Caná. Cf. V. Guerin, Descripción de la Palestina.—Galilee, t. I, p. 175.—De Saulcy, Voyage autour de la mer Morte, t. II.

límites. Sin embargo, no estaba en el uso que las mujeres tomaran lugar en la mesa de los huéspedes; ellas permanecían separadas de los hombres, preparando los manjares, cuidando del servicio, pero ellas van y vienen á la sala del festín. Un incidente perturbó el fin de la comida. Ya no había más vino, —el vino, dice Bossuet, que los delicados llaman el alma de los banquetes. Tal vez María, ella misma le había ofrecido, porque era costumbre entre los Judíos, ofrecer como regalo, cuando se era invitado á una fiesta nupcial, las viandas, la provisión de vino y de aceite, ó las frutas. Los convidados eran numerosos, la provisión se agotó. María vió la dificultad de los esposos, y, en su diligencia, en su inquietud, ella no tuvo sino un solo pensamiento: su hijo. Ella se acercó y le dijo:—Ya no hay más vino.

¿Otros sentimientos agitaban á su corazón? ¿Pensaba ella en todo lo que se decía de glorioso respecto de Jesús? ¿Deseaba ella que él aprovechara esta ocasión para manifestar su potestad? ¿Dejaba ella traslucir toda su alma en su mirada y en su actitud? La respuesta de Jesús conduce á creerlo. Siempre dueño de sí y de una calma que nada humano turba, repulsó dulcemente á su madre, moderó la impetuosidad de su caridad, y, con la gravedad de aquel que, en su misión divina, no podría obedecer á ningún móvil ó sentimiento terrestre, sino solo á su Padre:

—"Mujer, exclamó, "que hay entre tú y yo? "Por qué me apremias? "Mi hora no ha llegado todavía."[1] Estas palabras recuerdan las del año duodécimo, cuando él decía á su madre,

1 La locución usual mah-li valeka es un puro hebraismo que corresponde á la locución griega τί ἐμοὶ καὶ σοί. Ella se encuentra frecuentemente en la Escritura, en el Antiguo Testamento (Jues., XI, 12; Reyes, XVI, 10; XVII, 18; XIX, 22), y algunas veces en el Nuevo (Juan, II, 4; Mat., VIII, 29). Ella expresa siempre un cierto desagrado. Esta es la fórmula consagrada para traducir la pena que se experimenta de una palabra ó de un hecho. La traducción literal latina ó española no da el sentido. Jesús se ha servido de esta fórmula de queja afectuosa para moderar la diligencia de su madre. San Crisóstomo (Homil, 20, in Joan), la ha traducido y explicado por estas palabras: Quid me molestas?

En cuanto á la expresión mujer, ella está en el uso judío y oriental, aun cuando se habla á su madre, y nada tiene que no sea respetuoso y noble.

llena de tristeza por haberle perdido, reprochándole el haberla abandonado: "No sabíais que yo debo ocuparme de los negocios de mi Padre?" [1]

El corazón maternal es de una penetración exquisita; á pesar de la queja afectuosa de su hijo, María no perdió la confianza, ella comprendió que su deseo sería escuchado, se abandonó sin turbación á la bondad de aquel que no podía rehusarle nada, y, segura de él como de ella, ella se dirigió á los criados:—Haced, les dijo ella, todo lo que él os dirá.

Ahora bien, allí había seis urnas de piedra para servir á las abluciones, y que contenían cada una dos ó tres ánforas. Jesús dijo á los sirvientes: "Llenad las urnas de agua." Ellos las llenaron hasta el borde.—"Ahora sacad y llevadle al señor del festín." Ellos llevaron: el agua estaba convertida en vino.

El señor del festín [2] ignoraba lo que había pasado, pero los sirvientes, los que habían sacado el agua, lo sabían. Apenas él hubo gustado cuando llamó al esposo y le dijo esta palabra que caracteriza bien las costumbres orientales:—Siempre se sirve primero el buen vino, y cuando los convidados han bebido mucho, se derrama el que menos vale; pero tú, has guardado el buen vino hasta el presente.

Los discípulos de Jesús quedaron azorados de este prodigio. Esta era la primera vez que el Maestro les revelaba su potestad. Ellos pensaron en la palabra misteriosa que pocos días antes él les había dicho, haciendo alusión á los milagros de los que estaría llena su vida, y ellos sintieron crecer su fe en él.

Yo he conservado á esta narración la sencillez, la vivacidad y la riqueza de detalles que la pluma fiel de San Juan le ha

[1] Luc., II, 49.

[2] El ἀρχιτρίκλινος era aquel que, en los banquetes, velaba por la ordenanza del festín y daba las órdenes á los sirvientes; este era un invitado, un amigo del esposo. En los festines de matrimonio, él recibía á los convidados, daba gracias antes y después de la comida, bendecía los diversos manjares: he aquí por qué Jesús es á él á quien ordena llevar el agua convertida en vino; así se explica también ese tono de igualdad familiar con el que él habla al esposo.

dado. Nada más común en apariencia que esa comida nupcial en una pequeña ciudad galilea; mas la presencia de Jesús le ha transfigurado, y ha quedado en la memoria de los cristianos como un símbolo, un geroglífico, que revela y deja entrever á los creyentes, inefables misterios. Jesús engrandece é inmortaliza todo lo que él toca; sus menores actos son una palabra viviente que los siglos guardan y reflejan.

El Reino de Dios que él acaba de fundar es un festín nupcial entre Dios y la humanidad; Cristo es el esposo eterno que invita á toda alma humana á sus esponsales divinos; el agua convertida en vino es la imagen de esta transformación de nuestra naturaleza por la virtud y la fuerza embriagadora del Espíritu; esta mujer, esta madre que clama: "El vino falta," y se entrega con confianza á Jesús, es la voz de todos aquellos que han sentido la insuficiencia de la vida, el agotamiento de la humanidad y de la universal creación, de aquellos que han gemido ante Dios, y de quienes Dios, en la hora escogida, pero á menudo muy lenta á la voluntad de sus deseos, siempre ha escuchado la oración.

Este hecho extraordinario se ha verificado en la penumbra; aquel que preside el festín no ha dudado del prodigio. Jesús, en todo el período inicial de su vida pública, evita la ostentación, se sustrae de la multitud, permanece reservado, en el círculo íntimo de los suyos, de su madre y de sus allegados. El tiene sobre todo á la vista á sus discípulos, es para ellos, los primeros admitidos en su familiaridad, por quienes obra, á ellos es á quienes se revela. Nada demuestra mejor á qué grado está en plena posesión de sus fuerzas divinas que esta suavidad, esa calma infinita con la que él ejecuta, sin vacilación como sin precipitación, la voluntad de su Padre. Al ver un principio semejante en la aurora tranquila de un día oriental, no se sospecharía jamás la tempestad terrible que obscurecerá el fin.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús no se detuvo sino poco tiempo en Caná, él no volvió ya á Nazareth, bajó á Capharnaum, acompañado de su madre, de sus hermanos y de sus discípulos. Habría error en confundir este viaje con el que hará más tarde, para fijar allí su permanencia.[1] La distancia de Caná á Capharnaum es de un día de camino. El camino serpentea á través de las colinas, descendiendo siempre, y viniendo á ajustarse entre dos masas rocallosas cuyos flancos escarpados, semejantes á murallas gigantescas llenas de innumerables cavernas, forman el Ouady el Haman. Esas cavernas inaccesibles, pobladas hoy de una nube de palomas, servían en tiempo de Herodes, de refugio á las bandas de bandidos.[2] Esta garganta salvaje se abre sobre el lago y el rico llano verdioso de Gennesar. La pequeña caravana atravesó el caserío de Madgala, de Bethsaida, y llegó por la noche á Capharnaum. Jesús se encontró en el país de sus discípulos; la familia de Juan, la de Andrés y la de Simón, la de Felipe, habitaban Bethsaida; pero Simón, ya casado, tenía una casa en Capharnaum, que parecía haber sido el lugar de nacimiento de su suegra. Ningún detalle respecto á esta primera morada de Jesús; él no tenía otro objeto que estrechar los lazos entre el Maestro y sus jóvenes discípulos, y preparar de lejos su futuro establecimiento; ningún rumor se levantó en la ciudad, con motivo de su presencia.

Jesús tenía otro pensamiento: él miraba hacia Jerusalem, hacia el Templo. Ahí era, en el centro de la nación, en la metrópoli, á la faz del pueblo y de la jerarquía, en donde iba á manifestarse con esplendor. Un profeta hablando de los tiempos mesiánicos había dicho: "He aquí, yo enviaré á mi mensajero, él preparará el camino delante de mí; y repentinamente, entrará en su Templo el Señor que buscáis, y el mensajero de la alianza que deseáis. He aquí, él viene; ¿quién podrá resistir el día de su venida? El será como el fuego del fundidor."[3]

1 Véase el libro III, cap. II.
2 Antig., XII, 1.
3 Malaquías, III.

Juan, el mensajero ha abierto los caminos; Cristo, el Señor, puede aparecer. La ocasión se presenta por sí misma, la Pascua del año 28 estaba próxima, y los peregrinos se organizaban en caravana por todos los puntos de la Galilea.

Jesús, siguiendo la ruta del valle del Jordán,[1] partió para Jerusalem. Sus discípulos le acompañaron.

1 Tres rutas principales conducían de Galilea á Jerusalem: la una, al Occidente, venía á unirse con la gran vía de Ptolemais á Gaza, atravesaba el llano de Sarón, que ella dejaba á Lydda, y subía por las montañas de Judea, evitando la Samaria. La otra, la más directa, seguía sin desvío el llano de Jizreel, se ajustaba á través del país samaritano y terminaba en la metrópoli por Bethel, Rámah, Gibeah, hoy, Tell-el-Ful. La tercera costeaba el lago de Genesareth, entraba en el valle del Jordán, pasaba delante de Scythópolis, Archelais, rodeaba el monte Sartabah, descendía á Phasaelis y á Jericó, después remontaba á través del desierto, por Bethania y Bethphagé, hasta el monte de los olivos: este era el camino de las caravanas que partían de las orillas occidentales del lago: este es el que ha debido seguir Jesús al dejar á Capharnaum.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

JESÚS EN JERUSALEM, EN LA PASCUA DEL AÑO 781. PRIMER APOSTOLADO EN JUDEA.

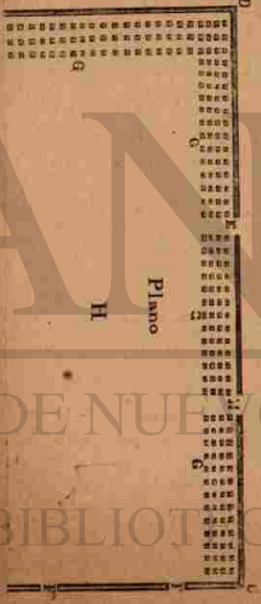
El viaje de Capharnaum á Jerusalem es de cuatro ó cinco jornadas. Nada sabemos de los incidentes que le han marcado, de las detenciones diversas de Jesús, de sus pláticas, de sus pensamientos intimos, de sus oraciones. El no pasaba desapercibido, como otras veces, en las caravanas galileas á las que se unía, para ir á celebrar la Pascua. Su fama se esparcía de un punto á otro. Al verle seguido de sus discípulos, se decía: "Este es Jesús, el profeta de Nazareth."[1] La atención de la multitud se despertaba á su paso. De todas las curiosidades, la que toca al sentimiento religioso es la más viva, en el país de Oriente. Así, aun antes que él se hubiera revelado con esplendor, Jesús, señalado al pueblo, por la voz de Juan, caminaba rodeado de una aureola.

La afluencia de los peregrinos á Jerusalem por la Pascua era tal que el mayor número debía albergarse extramuros, en los arrabales, los pequeños paises circunvecinos, las quintas, y

1 Mateo, XXI, 11.

PLANO DEL TEMPLO DE JERUSALEM, EN TIEMPO DE JESÚS.

Segun el historiador Flavio Josefo.



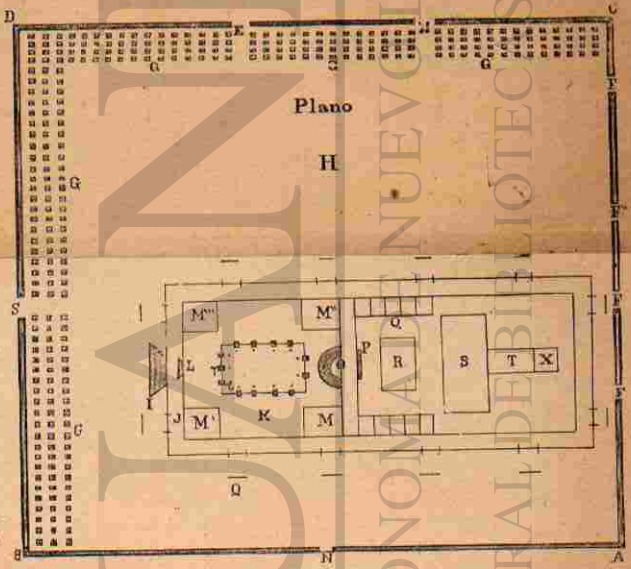
AB = 225 m.
BD = id.
CD = id.
AC = id.
N. Puerta del Norte (cerrada).
S. Puerta de Suza.
E E' Puertas del Sur.
FF' ff' F'' Puertas del Occidente.
G. G. Pórtico de Salomón.
G' G' G'' Pórtico Oriental.
H. Patio de los Paganos ó de los Gentiles.
I. Escalera de 14 escalones, conduciendo al Hol y Bella—Puerta.
J. Hol.
K. Patio de las mujeres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AB = 225 m.
BD = id.
CD = id.
AC = id.
N. Puerta del Norte (cerrada).
S. Puerta de Susa.
E E' Puertas del Sur.
FF' F'' F''' Puertas del Occidente.
G. G. Pórtico de Salomón.
G' G'' G''' Pórtico Oriental.
H. Patio de los Paganos ó de los Gentiles.
I. Escalera de 14 escalones, conduciendo al Hel y Bella—Puerta.
J. Hel.
K. Patio de las mujeres.
L. Escalera de 12 escalones.
M. M' M'' M''' Lischecah.
N. Patio de Israel.
O. Puerta Nicanor.
P. 3 escalones y un estrado. * 1 escalón.
Q. Patio de los Sacerdotes.
R. Altar de los holocaustos.
S. Vestíbulo.
T. Lugar Santo.
X. Lugar Muy Santo.
γ Pórtico del patio de Israel.
ε Cepos para las ofrendas.
Ω Barreras conteniendo la prohibición á los profanos, so pena de muerte, de entrar en el Templo.

PLANO DEL TEMPLO DE JERUSALEM, EN TIEMPO DE JESUS,

Según el historiador Flavio Josefo.



Corte y perfil.



Pórtico de Salomón.....
Atrio de los Paganos.....
Puerta Corintia.....
Lischecah (Cámara).....
Patio de las mujeres.....
Lischecah (Cámara).....
Puerta de Nicanor.....
Patio de Israel.....
Altar de los holocaustos.....
Vestíbulo.....
Puerta del Santuario.....
El Hechal ó lugar Santo.....
Corintia Babilónica.....
El Santo de los Santos.....
Cámaras y dependencias para los Sacerdotes.....
Muro de recinto.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
ALERE FLAMMAM VERITATIS

hasta bajo las tiendas que se levantaban innumerables para recibir á los huéspedes, á los amigos, á los extranjeros. Los Galileos se establecían sobre el monte de los Olivos, hacia Bethphagé y Bethania. Creese que ellos tenían allí un Khan,[1] nacional. Ellos venían por la mañana al Templo, pasando el día en la ciudad, y entraban por la noche en su caravanera ó en las aldeas vecinas. Es probable que siguiendo su costumbre, como lo veremos por la narración detallada que los cuatro Evangelios nos han conservado de esa última Pascua, Jesús recibió la hospitalidad de su amigo Lázaro, en Bethania, y de allí partió para hacer la entrada á la ciudad.

Siguiendo ese camino que atraviesa la montaña de los Olivos, desde que se llega á la cima, Jerusalem aparece de repente en el cielo del Poniente, más allá del valle del Cedrón, cubriendo cinco colinas con sus cúpulas y sus terrazas, con sus palacios y sus torres, cubriéndolas con sus altas murallas. En lontananza, el Ophel y el Sion, el Acra, y el Bethzeta se redondean en anfiteatro al rededor del Moriah aplanado que coronan las inmensas construcciones del Templo.[2]

El conjunto de los edificios sagrados dibuja un cuadrilátero regular de quinientos codos de costado,[3] revestido de muros espesos como murallas. Ocho puertas monumentales, coronadas de torres de defensa, ahí daban acceso. En el ángulo noroeste del cuadrilátero, una masa de forma cuadrada, toda de mármol blanco, revestida de placas de oro, se desprende del medio de las terrazas y de las columnatas, y se levanta á cien codos: este es el Hieron, brillante como la llama y algunas veces resplandeciente como la nieve. Esta aglomeración prodigiosa de edificios, vista de lejos, era soberbia; tenía el aspecto terrible de una fortaleza, el aire suntuoso de un palacio.

Toda el alma, todo el genio religioso y nacional de Israel, estaba allí. Nada para él era más santo que esos muros y ese suelo escogido por el mismo Dios, para habitar con su pueblo;

1 Posada para las caravanas en Oriente.
2 Véase el plano del Templo.
3 El codo, entre los Judíos, equivalía á 0.45 centímetros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su vista sola le transportaba, él no se resignaba á morir sin haber allí orado y sacrificado. Hoy mismo, en donde no quedan sino ruinas, se ve, después de dos mil años, acudir á los Israelitas de los cuatro confines del mundo para tocarles y besarles, para gemir ante ellos, para bañarles con sus lágrimas y templar con su contacto, el ardor inextinguible de sus esperanzas.

Salvando el umbral de una de las ocho puertas exteriores, se entra al atrio y al vasto patio de los paganos. Dos pórticos extienden á lo largo los muros de cerco al Oriente y al Medio-día: el primero, al Oriente, llamado pórtico de Salomón; el otro al Medio-día, pórtico real. El de Salomón tenía tres hileras de columnas, de mármol blanco, de veinticinco codos, que descansaban sobre un pavimento de piedras multicolores y sosteniendo una techumbre de madera de cedro esculpido.

El atrio estaba abierto á todos, á los paganos como á los Judíos, á los excomulgados y á los herejes como á los ortodoxos, á los impuros como á los purificados.

Una balaustrada de piedra ricamente trabajada, y, por detrás, á diez codos, un gran muro, separando el patio de los paganos del reservado á los Judíos. La balaustrada estaba horadada por trece puertas delante de las que se veía trece estrellas con inscripciones prohibiendo la entrada bajo pena de muerte á los que su religión ó alguna impureza legal hacían indignos de franquearla. El muro de atrás de la balaustrada tenía veinticinco codos, él estaba horadado por nueve puertas: cuatro al Norte, cuatro al Medio-día, una al Levante que se llamaba la Bella ó la Corintia. Cada una tenía una graderia de catorce escalones que era preciso subir para entrar al atrio de las mujeres. Un sencillo pórtico de varias hileras de columnas formaba el circuito; entre las columnas de distancia en distancia, estaban colocados los trece cepos destinados á recibir las ofrendas de los piadosos Israelitas. [1]

1 Los Talmud les llaman Schouperot, en griego Γαζοφυλακιε. La expresión talmúdica significa literalmente trompetas, y esto es evidentemente porque los cepos tenían esa forma para que así fueran llamados. Cada uno de ellos tenía una inscripción designando su uso.

Adelante del patio de las mujeres, separado de él por una balaustrada, estaba el patio de Israel, reservado á los hombres; él no tenía más que cinco metros de profundidad; una puerta de bronce monumental, llamada la puerta de Nicanor, coronada de una torre poderosa, ahí daba acceso. Se subía por una graderia de quince escalones sobre los cuales, en ciertos días, los sacerdotes cantaban, al són de los instrumentos, los famosos salmos de los "Grados."

Más allá del patio de Israel, y separado por una nueva balaustrada, se levantaba el patio de los sacerdotes. El gran altar de los holocaustos ocupaba el medio; allí se veía la mar de bronce y las mesas de mármol que servían para la inmolación de las víctimas.

Detrás del altar se levanta el Hieron, la mansión de Jehovah. Una puerta de dos hojas incrustadas de oro y coronadas de una vid colosal de oro, cierra la entrada. El interior se compone de dos grandes celdas cuadradas, divididas una de la otra por una ancha cortina babilónica en la que se dibujan querubines de grandes alas: este es el velo del Templo. La celda que le precede se llama el Lugar santo: ella contiene cerca del muro septentrional, la mesa de los panes de proposición; al Sur el candelero de oro de siete brazos; en medio, un poco hacia el Este, el altar de los perfumes, sobre el cual, dos veces por día, en la mañana y en la tarde, se quema el incienso en honor de Jehovah.

Detrás del velo, nada. El Santo de los Santos está vacío. Desde que el arca de la alianza desapareció, la celda no encierra más que una piedra llamada fundamental (Schethiya), austero símbolo de Aquel que lleva todo. [1]

El Templo de los Judíos recuerda á los de Egipto y de to-

El primero estaba destinado á los ciclos del año, el segundo á los ciclos antiguos, el tercero á las ofrendas de las palomas y pichones, el cuarto al holocausto, el quinto á la leña del sacrificio, el sexto al incienso, el séptimo al oro; los otros seis estaban reservados á los sacrificios voluntarios.

Cf. Lightfoot, Horæ hebraicæ et talmud, in 4 Evang., Leipzig, 1684.

1 Cf. Bell. Jud., V, 5; Antig., II, 8; I, 22.

da la antigüedad; una misma idea inspira su arquitectura; ellos son esencialmente la mansión de la divinidad. En los templos cristianos, el hombre y Dios habitan juntos; los templos antiguos están reservados á Dios: él ahí está solo. El santuario es su celda, "cella;" él es inaccesible á todos, salvo al gran sacerdote, quien, con raros intervalos, puede entrar allí. El está rodeado de vestíbulos y de pórticos ó de vastas salas hipóstilas,[1] en las que se reunen las diversas clases de la nación, acercándose de más cerca, según su dignidad, al Dios residente en el fondo del santuario misterioso.

La clase sacerdotal rodea al Hieron.

Los Egipcios tenían además de los otros pueblos, un colosal pylón, muralla gigante, levantada en plano inclinado, como un velo de piedra en la entrada de las salas, oponiendo á los profanos una barrera insuperable.

Los Judíos tenían una barrera más alta todavía: la muerte, cuya amenaza estaba grabada sobre las columnas, en todo el derredor del atrio. De esta manera se afirmaba entre ellos la majestad terrible de Jehovah. En el santuario, el gran sacrificador penetra, solo, una vez al año; los sacerdotes y los levitas no pueden más que tocar los muros; el pueblo santo, hasta él mismo, no le mira sino de lejos; y los profanos, los paganos, desde el pie de la puerta Corintia, debían resignarse á entreverle apenas á través de las naves del incienso, el humo y el fuego del altar de los holocaustos.

Allí fué, en el patio de los paganos y en la celda de Israel, en donde pasaron un gran número de escenas de la vida pública de Jesús; ahí se va á presentar hoy, á provocar la atención del pueblo, á turbar al Sanhedrin y á la autoridad religiosa por una iniciativa llena de energía y de vehemencia.

Al llegar á Jerusalem, él va derecho al templo.[2] El debió entrar por la puerta del Suze, que se abría hacia el valle del Cedrón y se presentaba la primera á los peregrinos que venían del monte de los olivos; ella introducía al pórtico de Salomón y al patio de los paganos que se llamaba el primer Templo.

1 Hipostilo. El interior cuyo techo está sostenido por columnas.
2 Juan, II, 14 y sig.

A la aproximación de las grandes fiestas y de la Pascua sobre todo, la multitud se comprime bajo las vastas galerías: este es un ir y venir estrepitoso, tumultuoso. Los cambistas han establecido allí sus mostradores. Todo lo que sirve para las abluciones y los sacrificios, no pudiendo ser comprado sino con la moneda sagrada, ellos cambian por ella las monedas profanas, y, con desprecio de la ley, transforman esta operación en tráfico. Los mercaderes ocupan una parte del patio á donde llevan, apriscados como en un matadero, verdaderos rebaños de bueyes, de toros, de becerros, de ovejas y de corderos. Los vendedores de palomas, de pichones, y de gorriones, tienen sus asientos elevados al lado de las tiendas en donde se despachaba la sal, el vinagre y todo lo necesario para el servicio del altar. El grito de los animales, se mezcla con el murmullo de la multitud, la voz de los comerciantes con los discursos agrios de los Fariseos y de los Saduceos. El interés, la venalidad, el artero deseo de lucro, corrompen las cosas más santas, engendran abusos irritantes, escandalosos, y hallan á menudo cómplices en aquellos mismos que debieran ser los jueces incorruptibles, los inexorables censores. Los maestros, los Rabbís, tenían hermosas palabras acerca del respeto debido al Templo. Que ninguno penetre en él enseñaban ellos, con sus animales y sus calzados y su bolsa, y sin sacudir el polvo de sus piés. Que nadie lo convierta un camino ó un lugar en donde se escupa.[1] En espera del cambio de monedas, la elección y la compra de los animales destinados al sacrificio, que debían hacerse en las puertas, se practicaban en el recinto sagrado, en el lugar mismo de la oración.

Aquello no era un Templo, sino un mercado y un bazar.

Ese espectáculo había hecho muchas veces indignar á Je-

1 Talmud Babyl., Jevamoth; fol. VI, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sús; él había sufrido en silencio; mas hoy, ha sonado la hora de obrar. El dió libre curso á su celo, á su indignación, á su santa cólera, y juntando las cuerdas que servían para atar ó aprisionar á los animales, hizo un látigo y se puso á arrojar fuera del Templo á todos los mercaderes con sus ovejas y sus bueyes; en seguida esparció el dinero de los cambistas, derribó sus mesas, y dijo á los que vendían palomas en nombre de la familia de los grandes sacerdotes: "Leváoslas de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre una casa de tráfico."[1]

Su potestad era irresistible, todos la aprobaban; sus discípulos, al verle, se acordaban de la palabra de un salmo popular que decía del Mesías: "El celo de tu casa me devora."[2] Hay algo de divino, en efecto, en este acto de santo vigor. Un hombre solo, apenas conocido, con un látigo en la mano, sin autoridad oficial, que arroja á todos los mercaderes con sus animales, sin que nadie resista, ni la multitud, ni los magistrados del Templo, ni sus soldados,—un hombre semejante deja resplandecer una grandeza, una energía digna de Dios; él no desempeña un sencillo acto de policía, él se conduce como un profeta, como un reformador, como un Mesías; él no obra solamente como enviado de Dios, obra como maestro; él considera como suya la mansión de Jehovah; esta es la habitación de su Padre; él tiene el derecho de arrojar lo que la turba y la deshonra.

La conciencia humana ha aplaudido y aplaude todavía á la religiosa indignación de Jesús. Es probable que la multitud no vió sin simpatía al nuevo profeta que obraba con severidad contra los que traficaban con las cosas santas, á la sombra del Templo y en su detrimento. La justicia y el valor del hombre que se levanta contra el abuso, complacen siempre al alma del pueblo.

Pasado el primer momento, Jesús fué observado por los que tenían la guarda del Templo. Se llegó á él y se le dijo:—¿Con

1 Juan, II, 16.
2 Salmo LXVIII, 10.

qué derecho prohíbes lo que los jefes autorizan? ¿Qué señales puedes mostrar para legitimar tu violencia?[1] Jesús respondió con una de esas palabras misteriosas que sus interlocutores no comprendían siempre, pero que revelan su intuición profética y que el porvenir se encargaba de cumplir.

—"Destruid este Templo," les dijo, designando su pecho con la mano, "y en tres días le reedificaré."

San Juan, testigo ocular de la escena, debió notar la actitud de Jesús, y él tiene cuidado de añadir, al referirla, que el Maestro hablaba de su cuerpo,—verdadero templo en el que la Divinidad en persona habitaba,—que los Judíos, en efecto, debían destruir, y él mismo resucitar de la muerte. Los Judíos, engañándose respecto á la respuesta de Jesús, exclamaron:—¿Cómo, he aquí cuarenta y seis años que se trabaja en este templo, y tú, en tres días, le reedificarás?[2]

Los abusos contra los que Jesús acaba de obrar con severidad en nombre del derecho soberano de su mesianidad y de su filiación divina, se perpetuaron bajo la connivencia del poder; en vez de proscribirles, se les explotó. Dos años más tarde, en la víspera de ser entregado, obrando todavía como señor, en la casa de su Padre, él arrojará de nuevo á los mismos mercaderes, con sus bueyes y sus ovejas, derribará las mesas de los cambistas con sus bolsas y sus ciclos apilados. Mas si este acto de celo indignado no prosperaba, como reforma material, él había obtenido un resultado superior y en efecto deseado. El Cristo se había afirmado, á la faz de la multitud y de las autoridades judías, como Señor del Templo é Hijo de Dios. La escena no podía dejar de tener un gran eco. La atención pública se fijó vivamente hacia el nuevo profeta; él fué aprobado por el pueblo, pero él chocó, atacó, hirió á los jefes y á los ancianos, á los sacerdotes y á sus fieles, á los indispensables y á los satisfechos, á toda esa clase á quien la au-

1 Juan, II, 18 y sig.
2 Véase para el valor cronológico de esta palabra, el Apéndice A. *Cronología general de la Vida de Jesús.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toridad ó el bienestar desazona, á los partidarios de los usos en vigor y de la tranquilidad á toda costa, á todos aquellos que de cerca ó de lejos, dependían del poder.

Las sociedades y los hombres se parecen siempre y en todas partes.

Esta escena marca en la vida pública de Jesús la fecha de la primera oposición que él suscitó. Entre él y la autoridad nacional y religiosa, el conflicto por lo demás está empeñado, él era inevitable, él será llevado hasta la última violencia. La expulsión de los vendedores dejó tal impresión, que la palabra enigmática de Jesús, dicha en esta ocasión, servirá para su condenación; sus enemigos la falsearán y tratarán de hacer un motivo de queja digno de la muerte; se le acusará de haber querido destruir el Templo, á él que se presentaba como teniendo la potestad de reedificarle en tres días.

Sin embargo, la presencia de Jesús en Jerusalem, no fué inquietada. El se encontró allí por la Pascua, en el mismo dia de la solemnidad, hizo numerosos milagros, pero el historiador de esta época de su vida no nos da el pormenor. Estos eran, como lo veremos más tarde, curaciones de todo género, porque Jesús gustaba revelar su misión por sus beneficios. La multitud se comprimía en su derredor, y un gran número, testigo de sus prodigios, lo miraban como al Mesías; pero él se mantenía en reserva á su manera de ver,[1] según la nota expresa del Evangelista.

El hombre ordinariamente es llevado por la opinión que él ha suscitado y que aclama. El favor público le arrastra más lejos de lo que quiere; en vez de dominarla, él la sufre y la sigue; él se pretende el Señor de la multitud, él no es sino el esclavo; él la cree subyugada, ella no está sino ofuscada; convencida, ella no es sino curiosa; adicta á su persona, á su causa, ella no obedece sino á sus intereses, á su egoísmo. Desde que él le pide el sacrificio, ella retrocede, ella hace traición, ella

1 Juan, II, 24.

se revela y en su cólera, ella destruye á aquel que se creía su ídolo.

Jamás Jesús la ha sufrido un instante; él conocía al hombre en su esencia, él no tenía necesidad de que se supiera lo que él era.[1] Desde el primer momento, él juzga á esta multitud: él la conoce como inconstante y ligera, ávida de novedad y de bienestar, fácil de intimidar y de seducir, siempre dispuesta á conmoverse, cuando se admiran ó se halagan sus preocupaciones, más pronta á retroceder, cuando se la quiere imponer las lecciones de la verdad y el freno de la justicia; él prevé que ella será el juguete de los señores á los que está esclavizada. Este no era el terreno apropiado para la semilla divina; Jerusalem, á pesar del amor que él tenía por ella, le inspiró la desconfianza.

La acción de Jesús, en este primer viaje, no fué limitada á la clase popular, ella hizo su camino entre los ricos, los doctores y los sacerdotes; su nombre, su conducta, sus palabras, debieron ser el objeto de las discusiones y de ardientes comentarios.

Raramente aquellos que apasionan á la multitud dejan indiferentes á sus señores. Dios tiene sus elegidos por todas partes; pero aquellos á quienes la verdad alumbra en el mundo oficial, no tienen siempre la misma franqueza ni el mismo entusiasmo que las almas sencillas del pueblo; su situación les encadena, ellos tienen mil intereses que manejar, y ellos no responden sino con circunspección al llamado de su conciencia.

De ese número era un cierto Nicodemus.

Fariseo influyente, él parecía haber pertenecido al gran Consejo.[2] Según el Talmud,[3] su nombre verdadero fué Bonai. El era sacerdote, ejercía una función pública y estaba en-

1 Juan, II, 25.
2 Juan, VII, 47.
3 Taanith, fol. 20, 1; Sanhedrin, fol. 43, 1.—Cf. Lightfoot, Horæ, hebraicæ et talmud in Evangel. Joan.

cargado de la vigilancia de las aguas y de los pozos, á fin de proveer á las necesidades de los extranjeros que afluían á la ciudad, en los grandes días de fiesta. El vivía todavía en la época del sitio de Jerusalem por Tito, y pertenecía á una de las tres familias judías más opulentas de la metrópoli. Cuando la persecución se ensañó contra los discípulos de Jesús, sus bienes hubieran sido confiscados y su familia reducida á la indigencia.

Nicodemus había sido conmovido por la enseñanza y sobre todo por los milagros de Jesús. En la sinceridad de su fe naciente, él quiso esclarecerse é instruirse de la boca misma del Maestro. El le hizo pedir una plática secreta[1] y vino á encontrarle por la noche, observa el historiador, sin duda á fin de no despertar contra él las sospechas. Acercarse á Jesús, desde ese momento, era comprometerse. A pesar de su reserva, un paso semejante, denota un corazón recto. Buscar la luz, aun con timidez, es siempre digno de elogio y de respeto.

Lo que admiró á los Fariseos y á todos los letrados de buena fe, desde la primera manifestación de Jesús, fué la vuelta, el despertamiento del espíritu profético. Jesús no les produjo la impresión ni de un escriba, ni de un doctor, ni de un hagadista, sino de un profeta; su palabra no se apoyaba, como la de todos los maestros, quienes, después de cuatro siglos, enseñaban al pueblo, sobre la letra de la Ley y sobre las tradiciones humanas, ella era la inspiración directa. Profeta: nombre alguno, en boca de un Fariseo, era más halagador y más grande.

Nicodemus se lo dió á Jesús, y por él abrió la conversación:
—Nosotros sabemos, dijo, que vos sois un Maestro enviado de Dios; porque nadie puede hacer las señales que cumplís, si Dios no está con él.

Jesús, cuya mirada leía hasta el fondo en esta alma indecisa,

[1] Juan, III, 1 y sig.

fué derecho á la cuestión que le agitaba y que preocupaba á todos los espíritus religiosos, á todos los contemporáneos de Nicodemus:

—"En verdad, en verdad," le dijo, "nadie, si no nace de nuevo, puede ver el Reino de Dios."

Renacer, esta palabra profunda, que oculta toda la doctrina de Jesús respecto al Reino espiritual y á la función del Mesías, desconcertó á Nicodemus, atacó de frente á todas sus preocupaciones. El era de aquellos que creían que se puede hablar de renacimiento á un pagano, á un pecador; pero un verdadero hijo de Abraham, un Israelita de raza pura, un Fariseo celoso, para qué necesita de una transformación? ¿No es digno, por su misma sangre y su fidelidad del Reino de los cielos? Afectando entonces dar á la palabra de Jesús un sentido del todo material, él respondió, no sin algún artificio y un grado de ironía que cubría mal su embarazo:—¿Cómo un hombre ya viejo puede nacer? ¿Puede entrar en el seno de su madre y nacer de nuevo?

Jesús renovó su afirmación, explicándole:

—"En verdad, en verdad, yo te digo, nadie, si no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios." El bautismo del agua, tal como Juan lo da, prepara la regeneración; pero la efusión del Espíritu prometido en el tiempo mesiánico puede cumplirla.

Para derribar de un golpe esas preocupaciones de raza, Jesús envuelve y confunde bajo la misma inferioridad, en la misma indignidad y la misma impotencia, todo lo que no es Dios y su Reino:

—"Lo que ha nacido de la carne," dijo, "es carne," cualesquiera que sean el nombre, el privilegio y la raza. "Lo que ha nacido del Espíritu es espíritu."

Entre la carne y el Espíritu hay un abismo. El Espíritu puede ser difundido sobre la carne, la carne no podría por sí misma elevarse hasta el Espíritu. Cualesquiera que quiera entrar al Reino de Dios debe nacer del Espíritu.

—"No te admire, pues," añadió Jesús, "lo que yo te digo: que os es necesario, nacer de nuevo." El Espíritu es misterioso y libre como el viento. "El sopla donde quiere. Tú escuchas su voz, y no sabes de dónde viene ni á dónde va. Así pasa con todo hombre que ha nacido del Espíritu." El es impenetrable, como Dios, á quien retorna.

Nicodemus admirado, deslumbrado, trataba de comprender ese misterio del que la ciencia farisaica no le daba la llave:

—Cómo, respondió, ¿esto puede hacerse?

—"¿Tú eres maestro en Israel" replicó Jesús, "é ignoras esas cosas?"

Los profetas, en efecto, por todas partes han anunciado la efusión del Espíritu para la época mesiánica, efusión que haría de Israel un pueblo santo y crearía en él esta vida nueva de la que Jesús hablaba á Nicodemus: esta era el alma de su doctrina y de sus esperanzas. Mas una condición se imponía: la obediencia de la fe en la palabra de los enviados de Dios. Esta docilidad, Jesús la pide á su interlocutor; aquel que cree comprende, aquel que se atrinchera detrás de su ciencia humana y literal permanece en las tinieblas.

Entonces, uniéndose á todo el cuerpo de los profetas de quienes Nicodemus no podía desconocer la autoridad:

—"En verdad, en verdad," exclamó Jesús, "yo te digo, creed en nuestra palabra, lo que nosotros hemos visto, nosotros lo decimos; lo que hemos escuchado, nosotros lo atestiguamos. Mas, en despecho de nuestros títulos, vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Aun cuando yo os hable de cosas terrestres," es decir, de las condiciones que se imponen al hombre para entrar en el Reino, "vosotros no creeis: ¿cómo, pues, creeréis, cuando yo os diga las cosas del cielo" y los misterios del Reino de Dios?

Nicodemus había quedado silencioso.

Jesús sintió que el reproche le había llevado á la confianza; él le entreabrió entonces ese mundo divino que nadie podría conocer con excepción del Hijo del hombre, porque "nadie ha

penetrado el cielo" y la voluntad de Dios, "si no es aquel que ha descendido, el Hijo del hombre."

—Tú sabes que "Moisés," dijo, "ha erigido la serpiente en el desierto,[1] á la faz del pueblo, y que los que la miraban quedaban curados; así es necesario que el Hijo del hombre sea erigido á la faz del mundo, á fin de que se le vea y se crea en él. Aquel que crea no perecerá: él tendrá la vida eterna, la vida misma de Dios."

Jesús deja entrever en un mismo rayo en el que la gloria y el suplicio del Hijo del hombre se confunden, y en el que el suplicio se disimula bajo la gloria, el inmenso destino del Mesías. Todo el misterio de este destino tiene su fuente insondable en el amor de Dios. Por amor es por el que "Dios ha enviado á su Hijo al mundo; él no quiere juzgar al mundo por él, él quiere salvarle por él. Cualesquiera que crea en él será salvo, el que no crea será juzgado;" él se condena á sí mismo. Al presente es la hora de la salvación, y de "la crisis;" es preciso que ella tenga su curso.

Una cuestión surgió á la vista de ese escrutinio de la humanidad en derredor del Hijo del hombre. Los unos creen y llegan, los otros no creen y son rechazados; ¿por qué?

—"La Luz ha llegado al mundo," dice Jesús. "Si los hombres han preferido las tinieblas, es porque sus corazones eran malos. El que hace el mal odia la luz, y de miedo que sus obras no sean argüidas, él no va á la luz. El que hace la verdad va á la luz, á fin de que sus obras sean manifestadas, porque ellas son hechas en Dios." Lo que viene de Dios vuelve á Dios.

Esta conversación de Jesús y del Fariseo Nicodemus es la primera revelación escrita de la enseñanza del Maestro; ella nos ha sido conservada por el cuarto Evangelio, en algunas sentencias que la resumen y hacen resaltar los grandes rasgos y la profundidad.

1 Números, XXI, 9.

Se ve lo que es el Reino de Dios, la participación del hombre á la vida misma de Dios; se ve cómo se llega á él: por un segundo nacimiento que hace del Hombre un sér nuevo, no carnal sino espiritual, se sabe cuál es la condición de este nacimiento: el bautismo del agua y del Espíritu; y se sabe además que, para atender este misterio, es necesaria la fe en la palabra de los enviados de Dios y de aquel que á todos los domina, el Hijo de Dios. Jesús se dibuja á sí propio en una penumbra que los acontecimientos ulteriores transformarán en claridad: él es la gran señal erigida en medio de los siglos y de los pueblos,—signo doloroso y resplandeciente, como la cruz por la que triunfa y sobre la cual morirá ajusticiado.

Lo que él ha dicho al oído de algunos Judíos en esta noche memorable de Abril, entre los muros de un pequeño cenáculo, ha esclarecido al mundo entero. El Espíritu sopla á donde quiere. Las almas tocadas por él renacen, y lo que era carne se convierte en Espíritu: este es el gran hecho de la vida de las conciencias. El Hijo del hombre, entonces desconocido, es elevado de hoy más en el cielo abierto que alumbra á la humanidad; todos los ojos le ven y le verán. Los que lo ven con fe son incorporados á él en la vida eterna, los demás pasan con la carne y la sangre, abismados en las tinieblas y la mortalidad. Cada palabra de Jesús tiene una irradiación sin fin, sus palabras no pasan. Las verdades que él ha dicho permanecen inmutables como el firmamento; el tiempo, las comenta en vez de borrarlas, ellas nos llevan á un mundo nuevo. Ningún maestro, antes de él y después de él, ha hablado un lenguaje semejante: ni los moralistas griegos ó romanos, ni los rabbis de la Judea, ningún filósofo, ningún reformador. No son abstracciones vacías y rígidos preceptos, sino palabras vivificantes que revelan los hechos más profundos de la conciencia y que la conciencia sólo puede comprobar,—si ella tiene el valor de experimentar á Dios en la fe y en el sacrificio.

¿Cuál ha sido el efecto sobre Nicodemus? El Evangelista no lo dice. Se puede sospechar que semejantes revelaciones,

salidas de semejante boca, llevaron la luz al fondo del alma del Fariseo. El llegó á ser el discípulo del Maestro, uno de sus discípulos ocultos, pero siempre prestos á defenderle. Le escucharémos más tarde, en una escena tumultuosa del Sanhedrín y de los doctores, sus colegas, resueltos á aprehender á Jesús, levantar la voz de la justicia y exclamar: ¿Acaso nuestra ley permite condenar á un hombre sin haberlo oído?[1] Y, cuando el odio judío haya resuelto deshacerse de Cristo, su fidelidad seguirá al Maestro hasta la muerte; él se unirá á José de Arimathea y á los demás discípulos para dar al Crucificado vilipendiado los deberes de la sepultura, y él vendrá á embalsamar su cuerpo, llevando una rica provisión de aromas, "una mezcla de mirra y de aloe, como cien libras."[2]

Jesús no prolongó su residencia en Jerusalem. Terminadas las fiestas, él abandonó la ciudad con sus discípulos, y vino á fijarse en la campaña de Judea.[3] Esta expresión vaga no nos permite el lugar elegido. El recorrió en diversos sentidos esta tierra que recibió de esta manera, antes de la Samaria y de la Galilea, las primicias de su apostolado. Ningún recuerdo ha quedado de su paso; no se halla ninguna huella ni en Belem, ni en Karim, ni en Hébron, ni en Engaddi, ni sobre los confines de la Idumea. San Juan refiere solamente que la Judea entera fué llenada con su voz, y que de todas las aldeas y de todas las ciudades, la multitud acudía para seguirle y escucharle.

Al evangelizar á la Judea, él obedeció á las exigencias de su papel, porque la Judea era el centro obligado de toda acción profética y mesiánica. Un enviado de Dios ¿no podía fijarse en ese suelo sagrado entre todos, que tenía el Templo, alimentaba á la tribu más ilustre y conservaba más ardiente, más pura, la vida nacional y religiosa? La Providencia allí ha-

1 Juan, VII, 51.
2 Juan, XIX, 39.
3 Juan, III, 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía hecho nacer á Jesús; la tierra de Judá fué bajo este concepto su verdadera patria; en su desierto es en donde Juan hubo anunciado su venida; á su pueblo es al que Jesús debía mostrarse.

Esta residencia en Judea duró varios meses. El la dejó para volver á Galilea por la Samaria, cuatro meses antes de la cosecha, es decir, en Diciembre del año 781 de Roma.[1] Una palabra del Santo Evangelio nos suministra una indicación preciosa, á pesar de su laconismo, para caracterizar este período de la evangelización judaica. "El bautizaba, no él, sino sus discípulos;[2] él hacia prosélitos, y todos iban á él."[3] Parece evidente que Jesús ha querido consagrar los primeros tiempos de su vida pública á preparar él mismo al pueblo para recibir su palabra y para sufrir su acción. Lo que Juan Bautista había tan penosamente intentado, él no lo empieza de nuevo, él lo completa, él lo confirma. Toda su predicación parece haber sido reunida en dos líneas que el Evangelio de San Marcos ha guardado fielmente;[4] él no dice como Juan: "Los tiempos están próximos;" él dice: "Los tiempos se han cumplido." Si él proclama, como su precursor, la ley necesaria de la transformación y de la penitencia, él agrega que "el Reino de los cielos llega," y él pide la "Fe en el Evangelio," á la nueva de la que él es el portador y la realización; él deja á sus discípulos bautizar como Juan, y él preludia la institución del bautismo cristiano que será la señal eficaz de la regeneración espiritual de la humanidad. El atractivo de su palabra y de su persona es poderoso; toda la campaña de Judea está de nuevo conmovida, y la multitud acude hacia él, atraída por el prestigio de su virtud y de sus milagros.

Una de las ideas dominantes que en este momento apasionan á la multitud y á sus doctores, á los numerosos discípulos de Juan y de Jesús, es la purificación necesaria para ser dignos del Reino.

1 Juan, IV, 35.
2 Juan, III, 22, 26.
3 Juan, IV, 12.
4 Marcos, I, 15.

Un hecho significativo revela este estado de la opinión pública, se trata de una controversia entre uno ó varios Judíos y los discípulos del Bautista, precisamente respecto á la purificación.

¿Cuál era el fondo del litigio? ¿Si se trataba del valor relativo de las abluciones prescritas por la ley, del rito nuevo instituído por Juan, del bautismo tal como le practicaban los discípulos de Jesús? Nada en la narración del cuarto Evangelio autoriza á resolver estas dudas. El detalle prominente realzado por el historiador, y que sólo importa, es el celo que tienen los sectarios del Bautista del éxito creciente de Jesús.

A consecuencia del debate que ellos habían suscitado, ellos vinieron á buscar á su maestro, que continuaba bautizando á la multitud y cuyo papel no debía tener fin sino más tarde. El estaba entonces en Enon, pequeña localidad renombrada por la abundancia de sus manantiales y cuyo nombre y huellas se han perdido. San Jerónimo, según Eusebio, la sitúa cerca de Salem, en el valle del Jordán, sobre la ribera derecha, á ocho millas al Sur de Scythopolis. Quizá entonces pertenecía al territorio de la provincia de Judea.—Maestro, dijeron á Juan sus discípulos, aquel que estaba contigo más allá del Jordán, aquel á quien tú has dado testimonio, he aquí que bautiza; y todos se llegan á él.

El despecho y el carácter celoso transpiran en esas palabras. El éxito de Jesús afectaba á los que se habían unido al Bautista; les parece que la gloria de su maestro estaba en declinación, que iba á ser eclipsado por otro, un recién llegado; ellos no se resignaban á esta derrota en la que ellos se veían arrastrados.

La abnegación es una virtud rara, una de las más difíciles; el individuo las practica algunas veces; los partidos, las escue-

1 Juan, III, 25 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las, jamás. Se ve á los jefes honrarse por ella, pero ellos no logran inspirarla á sus discípulos. La gran alma de Juan practicó la prueba. A pesar de su ascendiente, su heroico olvido de sí mismo ante Cristo, sus esfuerzos repetidos para unir á los espíritus, él no llegará á dar á Jesús á todos los que le llamaban maestro, y los Juanistas llegarán á ser, bajo el nombre de Mendaitas, una secta que se perpetuará por largos siglos.

La queja de sus discípulos provocó de parte de Juan un nuevo testimonio respecto al Mesías. El renunciamiento personal raras veces ha tenido un lenguaje más sincero y más digno, más humilde y más delicado; nunca, con toda seguridad, él ha inspirado un elogio parecido de aquel aun antes que estuviese cumplido.

—¿Por qué esa turbación y esas vanas discusiones? dijo Juan Bautista. "El hombre no puede recibir nada, si no le ha sido dado del cielo.[1] Si yo he sido la voz del desierto, Dios es quien la ha puesto en mí. Yo no soy más que lo que Dios mé hizo. Por lo demás, vosotros mismos sois testigos que yo he dicho y repetido: Yo no soy el Cristo, sino el enviado antes de él."

"El esposo es quien tiene á la esposa; mas el amigo del esposo que está de pie y la escucha, se regocija con una grande alegría, á la voz del esposo. Esta alegría ha sido plenamente mía."

El comprendió que su destino terminaba, y á ello se resignó con una alma dulce y firme: Es preciso, agregó él, que él crezca y yo disminuya.

El pensamiento del Mesías en el cual él vivió absorbido, desde su primer encuentro con Jesús, más allá del Jordán, le envuelve por completo; él le mira, él le contempla. Nuestras vulgares distinciones humanas no le bastan para pintarle, como él le ve; y para hablar él inventa un lenguaje nuevo.

1 Juan, III, 27.

—"El es aquel que viene de lo alto," dijo, recordando las palabras de Zacarías, su padre, que llamaba al Cristo: "Aquel que se levanta ó que germina en las alturas.[1] El está sobre todos," porque todos los demás proceden de la tierra; pues bien, "el que sale de la tierra está hecho de tierra y habla de tierra." El origen determina la naturaleza, y la naturaleza determina y limita nuestras palabras y nuestra actividad. Pero él, "él viene del cielo; lo que él dijo, es lo que él ha visto y oído" en el cielo, en donde la verdad es como la luz, inmutable, infinita. El da testimonio de lo que ha visto y oído; mas, añadió él mirando á sus discípulos, "no se recibe su testimonio;" y por tanto, recibir su testimonio, "es atestiguar que Dios es verdadero."

"Sus palabras son palabras de Dios;" él no puede errar, "Dios le ha dado el Espíritu sin medida."

La visión del Bautismo vuelve á pasar á su vista.

—"El Padre," dijo, "ama al Hijo, él todo lo ha puesto entre sus manos. Creed en él. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna, el que no cree no verá la vida, mas la ira de Dios permanece sobre él."

Esta palabra,—la última por la cual conjura á sus discípulos para unirse á Jesús,—es el testamento del gran profeta.

La cólera de Dios vuelve á los labios de Juan como al principio de su ministerio; entonces, fué la cólera de la justicia con la que amenazaba á los obstinados refractarios al arrepentimiento; hoy, él espanta á los ciegos que resisten al llamamiento del Mesías, por la cólera del amor descococido.

El callará en lo sucesivo.

El no tiene más que decir de su Maestro. Pero le veremos más tarde intentar un esfuerzo supremo, desde el fondo de su prisión, para obligar al mismo Maestro á hablar y á convencer á sus discípulos recalcitrantes.

El ruido del éxito de Jesús en los campos de Judea llegó á

1 Luc., I, 78.

oídos de los Fariseos, que se pusieron en sazón. La rivalidad celosa de los Juanistas debió reforzar la oposición naciente que ya se había revelado en la metrópoli. Jesús fué advertido; sus discípulos, de los que muchos habían sido discípulos de Juan y formaban entre Juan y él un lazo constante, le transmitían los incidentes que se producían; él no quiso dar un impulso muy fuerte á la hostilidad de sus enemigos. Su obra comenzaba apenas, era prudente retirarse de la lucha: el alejamiento apaga los conflictos.

Jesús abandonó la Judea, llevando á sus discípulos, y se puso en camino para la Galilea, tomando la ruta de Samaria.

CAPITULO VI.

JESÚS ENTRE LOS SAMARITANOS.

La Samaria debe su nombre á su metrópoli, que le ha tomado de la colina "Chameron," sobre la cual un rey de Israel, Omri, nueve siglos antes de Jesús, la había edificado; la misma colina fué así llamada de "Chamor," uno de los hijos de Chanaan.[1]

Hállase ahí un ejemplo de la perpetuidad de los nombres y de las tradiciones en ese Oriente inmutable en donde el hombre, después de haber esperado tanto, no sabe más que acordarse.

La Samaria, después de la destitución y destierro de Archelaus, formaba parte de la provincia de Judea y dependía directamente de los procuradores romanos. País encantador, formado de valles y de montañas, formando un territorio entre la Judea y la Galilea, se extiende del llano de Saaron al del Jordán, tiene por límites al Norte el llano de Jizreel, y al Sur el Ouady Lubban. Josefo[2] pondera su fertilidad, sus fru-

1 Gen., X, 18.
2 Antig., VIII, 12, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oídos de los Fariseos, que se pusieron en sazón. La rivalidad celosa de los Juanistas debió reforzar la oposición naciente que ya se había revelado en la metrópoli. Jesús fué advertido; sus discípulos, de los que muchos habían sido discípulos de Juan y formaban entre Juan y él un lazo constante, le transmitían los incidentes que se producían; él no quiso dar un impulso muy fuerte á la hostilidad de sus enemigos. Su obra comenzaba apenas, era prudente retirarse de la lucha: el alejamiento apaga los conflictos.

Jesús abandonó la Judea, llevando á sus discípulos, y se puso en camino para la Galilea, tomando la ruta de Samaria.

CAPITULO VI.

JESÚS ENTRE LOS SAMARITANOS.

La Samaria debe su nombre á su metrópoli, que le ha tomado de la colina "Chameron," sobre la cual un rey de Israel, Omri, nueve siglos antes de Jesús, la había edificado; la misma colina fué así llamada de "Chamor," uno de los hijos de Chanaan.[1]

Hállase ahí un ejemplo de la perpetuidad de los nombres y de las tradiciones en ese Oriente inmutable en donde el hombre, después de haber esperado tanto, no sabe más que acordarse.

La Samaria, después de la destitución y destierro de Archelaus, formaba parte de la provincia de Judea y dependía directamente de los procuradores romanos. País encantador, formado de valles y de montañas, formando un territorio entre la Judea y la Galilea, se extiende del llano de Saaron al del Jordán, tiene por límites al Norte el llano de Jizreel, y al Sur el Ouady Lubban. Josefo[2] pondera su fertilidad, sus fru-

1 Gen., X, 18.
2 Antig., VIII, 12, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos, sus pastos, la leche de sus rebaños, la abundancia de sus fuentes exquisitas.

Todavía hoy, á pesar de la desolación de toda la tierra palestiniana, la Samaria guarda un aspecto menos sombrío que contrasta con la Judea, austera y dura como su suelo rocalloso. La línea de montañas es muelle, los montecillos están redondeados, los valles anchos, las aguas murmuradoras. El olivo, cuyo aspecto miserable se aduna á la tristeza de la Judea, se transforma en Samaria, el tronco y las ramas se levantan, el follaje toma un tinte claro, plateado.

Los Samaritanos eran, de parte de todos los habitantes de la Palestina, Galileos y Judeanos, el objeto de un odio profundo que remontaba á muchos siglos; el tiempo, en vez de amortiguarlo, no había hecho más que envenenarlo. El origen primero de este odio fué el cisma de las diez tribus, que rompió la unidad del reinado de David; después llegaron el destierro y la caída del reinado de Israel. La Samaria á quien, la deportación había desolado, fué invadida por colonos extranjeros venidos de las provincias de Babel, de Cuthra, de Ava, de Hamat, de Sapharvaim, para poblar de nuevo al país, por orden de Salmanazar. La sangre de Ephraim se mezcló á la sangre de esos paganos, y, aun cuando la religión de Moisés permaneció soberana entre los Samaritanos, los Israelitas, rehusando reconocerles como hermanos, agregaron á su antiguo odio el desprecio: ellos les llamaban "Cutheanos," del nombre de una de las tribus paganas con las que ellos se habían malcasado.[1] Cuando los colonos judeanos llegaron de Babylonia, conducidos por Zorobabel, y pensaron reconstruir á Jerusalem y al Templo, bajo la inspiración de Esdras y de Nehemías, ellos rechazaron con indignación el concurso de los Samaritanos. La injuria fué cruel; en Samaria se acordaron dos siglos más tarde. Manases, el hermano del gran sacerdote Jaddua, explotó este rencor y edificó, con el permiso de Alejandro,

1 Act., IX, 14.

sobre el Garizim, un templo rival del de Jerusalem.[1] Este atentado sacrílego redobló la animosidad de los verdaderos Judíos, contra los herejes y los cismáticos. El Templo de Garizim, fué destruido por el Asmoneano Juan Hircano, el año 129 antes de Jesucristo. Las ruinas subsisten todavía, y la montaña, descoronada de su santuario, permanece para los vencidos un lugar de adoración. Los raros supervivientes de la secta judía le llaman, aun hoy mismo, con el nombre de santo, de bendito; y como los Judíos miran hacia Sion, á la hora de la oración, los Samaritanos vuelven el rostro hacia el Garizim.

En el primer siglo, en la época de Jesús, las relaciones entre los Judíos y los Samaritanos no habían perdido nada de su hostilidad odiosa. Todo dura y se refuerza en esta raza obstinada. No carecía de peligro atravesar la Samaria yendo á Jerusalem; muchos Galileos se desviaban para evitarle, y se ajustaban en el valle del Jordán ó á través del llano del Saaron. Los Samaritanos se vengaban del desprecio con la violencia; ellos rehusaban la hospitalidad.

El ostracismo al que estaban condenados, hacía muchos siglos, les había tenido absolutamente extraños á todo el desarrollo religioso de Israel. Ellos se contentaban con el Pentateuco y tal vez con los antiguos profetas; pero nada de la doctrina farisaica tenía acceso entre ellos. El único punto de contacto con los Judíos, en ese tiempo, es que ellos esperaban, como ellos, al Mesías, el gran profeta anunciado por Moisés.[2]

Esta esperanza era exclusivamente religiosa; ninguna ambición política, ninguna ilusión terrestre, alteraba la pureza. Su gran profeta no era, como entre los Judíos, el Dominador universal, sino un enviado semejante á Moisés, un legislador, un reformador, cuyo papel sería del todo moral y espiritual.

Ellos no rechazaban solamente la tradición y las observancias de los doctores, ellos las ignoraban. Nada puede traducir el desdén que los Maestros, los ortodoxos rígidos, tenían por

1 Antig., XI, 8, 2.
2 Deut., XVIII, 25.

esta colonia, abominable á sus ojos; ellos evitaban nombrarla; la última injuria en su boca no era el epíteto de pagano ó de publicano, era la de Samaritano.

Ella no fué perdonada á Jesús.[1]

Lejos de participar de los sentimientos y de las preocupaciones de sus contemporáneos, Jesús amaba á esos excomulgados de Samaria;[2] y si el quiso, al dejar la Judea, atravesar su territorio, es porque él sabía hallar ahí, en ese medio cerrado á la influencia de sus enemigos, un suelo preparado para recibir su palabra.

Su esperanza no fué burlada.

Toda esa vieja tierra de Kanaan está poblada de recuerdos. Los más sagrados se agrupan al rededor de la antigua Sichem. Esta ciudad que tenía su nombre de un jefe de la tribu de los Heveanos, estaba situada entre el Ebal y el Garizim, en el cruzamiento de dos vías de las que una ponía en comunicación la "gran mar,"[3] con el Jordán y los países de más allá; la otra, la Mesopotamia y los llanos de la Caldea con el Egipto y el Occidente. No lejos se hallaba el bosque de encinos de Moreh, en donde Abraham había acampado y en donde Dios le había dicho: "Yo daré esta tierra á tu raza." En memoria de su visión, el Padre de los creyentes había levantado en este lugar una piedra á Jehovah.[4]

Jacob, á su regreso de Mesopotamia, en donde había servido dos veces siete años su tío Laban, había allí armado sus tiendas, y también él había ahí erigido una piedra para sacrificar al Omnipotente de Israel. El patriarca compró un campo cerca de Moreh y allí cavó, para las necesidades de su familia y de sus rebaños, un pozo profundo.[5] Ahí fué á donde José, al morir en Egipto, pidió un día ser sepultado. Moisés, hu-

1 Juan, VII, 42.
2 Luc., X, XVII.
3 Expresión usada entre los escritores hebreos para designar el Mediterráneo.
4 Génesis, XII, 7.
5 Génesis, XXIII, 18.

yendo la tierra de los Faraones, se acordó de las últimas voluntades del gran hombre; él llevó sus huesos hasta el suelo de Kanaan,[1] y fué José quien vino á depositarlos en el campo comprado por Jacob al hijo de Chamor, el Heveano.[2] También ahí, sobre las pendientes del Ebal y del Garizim, Josué dispuso las doce tribus é hizo proclamar las bendiciones y las maldiciones que se leen en el Deuteronomio.[3]

Sichem, engrandecida, llegó á ser la capital del reinado de Israel, mas su esplendor bien pronto se desvaneció.

En los tiempos de Jesús, la provincia de Samaria tenía por metrópoli á una ciudad nueva, construída por Herodes al Este de la antigua capital, sobre la colina que domina el llano de Saaron, y llamada por el Sebaste, del nombre de Augusto, su suzerano todopoderoso. Pero Sichem, permaneció venerable por sus recuerdos; su situación privilegiada cerca de las dos vías que forman las principales líneas de comunicación entre el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía, le valió una gran importancia comercial: los Judíos la llamaban desdeñosamente Sychar.[4]

Cuando Jesús, siguiendo la misma ruta que había visto pasar á Abraham y á Jacob, regresaba de Judea á Galilea, se detuvo justamente cerca de Sichem, la ciudad desdeñada, en el campo que Jacob había dado á José, su hijo, y en las orillas del pozo cavado por el patriarca.[5] Fatigado del viaje, él se sentó en el brocal. Esto fué en la estación de invierno, á mediados de Diciembre. Era medio día, la sexta hora del día,

1 Exodo, XIII, 19.
2 Josué, XXIV, 32.
3 Deut. XXVII, XXX.
4 El nombre de Sychar ó Syear, parece ser, en efecto, un apodo injurioso dado por los Judíos, en cierta época, á la ciudad de Sichem. Puede derivarse del hebreo "seger," mentira, ó "sicor," borracho. En el primer caso, los Judíos habrían hecho alusión al culto, mezclado del paganismo, de los Samaritanos; en el segundo, ellos habrían realzado su vicio común, á lo que parece, entre los habitantes de la montaña de Ephraim. Varios pasajes de la historia hablan de los borrachos de Ephraim. (Isaías, XXVIII, 1, 3).
5 Juan, IV, 1, y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

según los Orientales. Los discípulos habían ido hasta la ciudad á comprar víveres, dejándolo solo.

El parecía esperar.

Una mujer de Samaria llegó á sacar agua.

Jesús, la dijo: "Dame de beber."

Mas ella, por su lenguaje, reconociendo á un Judío, se excusó. ¿Cómo, le dijo ella, vos, Judío, me pedís de beber, á mí, una Samaritana? Los Judíos se desdeñan de pedir algo á los Samaritanos.

Jesús le respondió: "Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tal vez tú misma lo hubieras solicitado, y él te hubiera dado agua viva."

Esta palabra enigmática sorprendió á la Samaritana y despertó su curiosidad.—Señor, le dijo ella, no tenéis con qué sacar, y el pozo es profundo. ¿De dónde tendríais, pues, el agua viva? ¿Hay una agua mejor que esta? ¿Por ventura sois más grande que nuestro padre Jacob, quien ha dado este pozo y él mismo ha bebido, sus hijos y sus rebaños?

Jesús, siguiendo su pensamiento y queriendo elevar el de la mujer, la respondió: "El que bebe de esta agua tendrá sed todavía; mas quien beba del agua que yo le dé, jamás tendrá sed. El agua que yo le daré llegará á ser para él una fuente brotante hasta la vida eterna."

La mujer, más curiosa todavía que perspicaz, le dijo con vivacidad:—Señor, dame de esta agua, á fin de que ya no tenga más sed y no la venga á sacar de aquí.

Jesús bien vió que la Samaritana no comprendía el sentido de sus palabras; á fin de abrir sus ojos á la verdad, quiso penetrar su conciencia: ahí es adonde es preciso tocar para que el alma se abra y comprenda á Dios.

—"Vete, la dijo él, llama á tu marido y vuelve á aquí."

La palabra había llegado; ella trató de ocultarse por una respuesta ambigua, no queriendo ni entregarse ni mentir:—Yo no tengo marido, dijo ella. Jesús replicó: "Has dicho bien que no tienes marido. Tú has tenido cinco hombres, y el que

ahora tienes no es tu marido. Tú has dicho verdad en esto."

—Señor, exclamó la mujer, sintiéndose adivinada, veo que sois un profeta.

Inmediatamente su pensamiento se elevó.—Nuestros padres, añadió ella, señalando al Garizim, han adorado sobre esta montaña, y vosotros, Judíos, decís que el lugar en que se debe adorar, es Jerusalem.

—"Mujer, creeme, he aquí la hora en donde, en lo sucesivo, no adoraréis al Padre ni sobre esta montaña ni en Jerusalem. Vosotros, Samaritanos, adoráis lo que no conocéis; nosotros, Judíos, adoramos lo que sabemos, porque la salvación prometida por Dios, viene de los Judíos.

"Mas he aquí la hora,—y ella ya vino,—en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque éstos son los que busca el Padre. Dios es Espíritu, y los que le adoran le deben adorar en Espíritu y en Verdad."

—Yo sé, dijo la mujer, repitiendo una idea que se había hecho popular, yo sé que el Mesías va á venir.

Y, del todo dispuesta, en la sencillez de su fe, á escucharle:

—Cuando haya venido, agregó ella, él nos anunciará todas las cosas.

Jesús, viendo abierta á esta alma, se descubrió.

—"El Mesías, le dijo él, soy yo, yo que te hablo."

Este encuentro de una mujer en el pozo de Jacob, esta petición de un vaso de agua, ese coloquio, esos incidentes tan comunes de la vida, dieron á Jesús la ocasión de una manifestación de sí mismo, arrebatadora y sublime en su intensidad.

El es el Cristo, aquel que viene y que se espera entre los Samaritanos y entre los Judíos y en la humanidad entera, él lo dijo á una pecadora á quien ha transformado su presencia, á quien su palabra inició en la vida eterna; él se llama el don de Dios; á cualquiera que lo pida, él comunica el Espíritu que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

él llama el agua viva, refiriendo ese símbolo al agua misma que él pidió á la Samaritana.

¿Quién es ese Espíritu? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Impenetrable en sí mismo, él no es conocido sino en sus efectos, porque él llega á ser en el alma de los creyentes una fuente inagotable, quien sola, apaga la sed de sus aspiraciones infinitas. Como las fuentes terrestres, cuyo punto de llegada está á la altura de su origen, el agua viva del Espíritu sale de las profundidades de Dios, brota en la conciencia y va á perderse en Dios. Dar esta agua viva, he aquí la función propia del Mesías: él es el verdadero pozo de Jacob, cavado por Dios mismo en el crucero de las rutas por las que pasa la caravana humana; él así funda la Religión eterna, el culto en Espíritu y en Verdad. En lo de adelante, más Jerusalem, más Garizim; él es el único Templo, y este Templo está en toda alma en donde el Espíritu habita y que adora á Dios en este Espíritu de amor y de verdad: esta es su Iglesia y su reinado.

Mientras que Jesús evangelizaba á la Samaritana, sus discípulos volvieron de la ciudad. Ellos se admiraron de ver al Maestro conversar de esta manera. La costumbre judía trataba á la mujer con cierto desprecio, no se la saludaba, no se platicaba en público ni con su propia mujer. Los rabinos, exagerando todavía esos usos severos,[1] desdeñaban instruirla.—Arrojad las palabras de la Ley al fuego, decían con un áspero orgullo, más bien que comunicárselas. Los discípulos de Jesús debían estar imbuidos de estas preocupaciones; de allí su admiración. Pero era tal el respeto religioso para con su Maestro, que ninguno de ellos se atrevió á manifestarle su sorpresa y no se permitió la menor reflexión; ellos no tuvieron ni aun la curiosidad de preguntarle lo que él decía á esta mujer de Samaria.

Jesús obedeció á una ley más alta; con gran escándalo de los Fariseos, él no tiene ningún cuidado de las tradiciones humanas y no vacila nunca en hollarlas, siempre que las encuentre opuestas á su obra. Por una iniciativa soberana, sea que él hable, sea que él obre, en las circunstancias más sencillas de la vida, él no escapa solamente á su medio, él domina los tiempos. Jamás se sorprende en él al Judío, con sus estrecheces y su particularismo; es el Hijo del hombre que se muestra con la eterna belleza y verdad; sus actos exigen costumbres nuevas, sus palabras enriquecen á la razón con claridades sobrehumanas y le inician en los secretos impenetrables de Dios.

1 Ioma, fol. 240, 2.

Esta conversación en el borde del pozo de Jacob con una mujer, y una mujer decaída, permanece como uno de los testimonios más conmovedores de la bondad y de la misericordia de Cristo; él se manifiesta ya el buen pastor que lleva á las ovejas descarriadas. Todo lo que es débil, errante, separado, está destinado á ser de su rebaño; para pertenecerle la miseria es un título. Quién dirá lo que la mujer debe de elevación y de honor á esta Samaritana á quien el Maestro no se desdeñó pedirle de beber, y con la cual él ha platicado de esta agua misteriosa que desaltera á los que, como la mujer, han sentido en el dolor una sed más ardiente del eterno consuelo!

A la llegada de los discípulos, la Samaritana se alejó, dejando, para la comida de los viajeros, su urna llena; muy emocionada por lo que acaba de saber, ella se fué á la ciudad. La mujer tiene necesidad de comunicar lo que la agita y de decirlo á todos. Jesús bien sabía que sus palabras serían repetidas en Sichem.

—Venid y ved, dijo ella á todos los que encontró, yo he hallado en el pozo de Jacob á un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho; quizá él es el Mesías.

La idea de que el gran Profeta podía estar allí puso á la ciudad en conmoción; quien conoce el Oriente, siempre tan móvil, tan curioso de novedades y de religión, no se admirará del efecto producido por la sencilla palabra de una mujer. Los habitantes de Sichem salieron y se encaminaron hacia el pozo del patriarca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante este tiempo, Jesús, siempre sentado, parecía absorto, menos por la fatiga del viaje que por el pensamiento de la obra que iba á cumplirse y que la providencia de su Padre acababa de inaugurar en Samaria.

El no comía.

—Maestro, le dijeron sus discípulos, comed, nosotros os lo suplicamos.

El rehusó.

—"Para mí, dijo él, tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis."

Ellos no se atrevieron á insistir, y, no sospechando el pensamiento íntimo de Jesús, ellos se decían silenciosamente el uno al otro:—¿Acaso alguno le ha traído de comer?

Jesús les desengañó.

—"Mi alimento, agregó él, es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, y cumplir su obra."

A medida que el hombre se eleva, él escapa más á la tiranía de las necesidades. El cuerpo vive de la tierra, pero el alma se nutre de Dios; saciado de él, ella sostiene y levanta al cuerpo desfallecido. El sentimiento del deber, bajo su forma más elevada y más pura, estaba en Jesús en toda su energía. La voz de su Padre hablando al interior, esta era su conciencia; obedecerle, esta era su vida. El hombre desfallece á toda hora, distraído, incierto, inconstante, cediendo á la inclinación de sus instintos y flexible bajo el sacrificio; la voluntad de Dios ha pedido á Jesús esfuerzos heroicos, él ha hecho su alimento. Mas, en este momento, la voluntad del Padre está llena de dulzura; después de las primeras dificultades contra las cuales él tropezó en Jerusalem y en Judea, he aquí, en la Samaria, una tierra abandonada, toda una ciudad que se emociona y que viene á él.

En efecto, como él hablaba de lo que le hacía vivir, él se volvió hacia Sichem. Los habitantes se acercaban.

El interpeló á sus discípulos.

—"¿No decís que, en cuatro meses, esta será la cosecha? Y bien, yo, os digo: Levantad los ojos y ved á los campos que blanquean ya por la cosecha."

Esta multitud de Samaritanos le parecía como un campo maduro; él tuvo un estremecimiento de alegría, al verlos venir.

"El segador es dichoso," añadió. Las espigas son su recompensa, "él las recoge para la vida eterna. Así, el sembrador y el segador pueden juntarse." Pues, es preciso reconocerlo, "uno es el que siembra, otro el que siega." El Padre ha dividido la tarea. "Yo os envío á segar lo que no habéis sembrado. Otros han trabajado, y vosotros entráis en sus trabajos."

Jesús hacía alusión á los patriarcas y profetas, cuya palabra, arrojada al suelo como una semilla divina, había dormido allí por muchos siglos, y la que, de repente, á su voz y bajo su acción, se convirtió en una siembra madura presta á caer bajo la hoz de sus discípulos.

Los Sichemitas le hicieron un recibimiento entusiasta y le suplicaron permaneciera con ellos. Sus preocupaciones hostiles no tardaron en desvanecerse. Jesús cedió á sus instancias, fué á Sichem y allí permaneció dos días.

La narración sumaria de San Juan no nos da ningún detalle acerca de esta evangelización de la ciudad de Sichem. El éxito fué extraordinario. Con sólo el testimonio de la mujer, muchos creían ya en Jesús; pero cuando ellos le escucharon á él mismo, un gran número todavía reconoció en él al Mesías esperado. No se trata de signos y de milagros, como en Jerusalem y en Judea. Esta raza despreciada, esos excomulgados de los Judíos, parecen no haber tenido necesidad, para adherirse á Jesús, que escucharle. Es probable que él les reveló, como á la Samaritana, el misterio de su mesianidad y de su reino al que todo hombre es llamado, sin distinción de raza, con la única condición de creer en su palabra. El les exaltó del desdén secular con el que los Judíos les abrumaban; como ellos creían en Moi-

sés, ellos creyeron en el Profeta de quien Moisés había anunciado la venida, y vieron en él al Salvador del mundo.

Este apostolado en Samaria llenó á Jesús de una santa alegría. El no halló ninguna oposición, no tropezó con ninguna barrera de preocupaciones ó de vanas doctrinas, de curiosidad humana ó de legalidad; ninguna autoridad recelosa para exigirle los títulos de su misión; ningún Fariseo para oponer á su palabra las argucias de su ciencia soberbia; ninguna multitud exaltada y exigente para reclamar milagros.

El debió haber visto ahí un presagio del porvenir reservado á su doctrina, cuando un día, franqueando los estrechos límites de la Judea, ella invadiría á todo el mundo pagano. Esta pequeña cosecha fué el preludio de la grande, porque él sabía que su reino era el reino de los humildes y de los desheredados, de los pequeños y de los pobres, de los hambrientos y de los sedientos. A medida que se sufre más, su acceso es más fácil.

El hará la prueba en su corta carrera. La Samaria le recibe mejor que la Galilea, la Galilea mejor que la Judea, la campaña judeana mejor que la metrópoli, el pueblo mejor que los doctores, los doctores mejor que la jerarquía, los ignorantes mejor que los letrados, los pecadores mejor que los que se dicen justos, los paganos mejor que los Judíos. Esta es una ley en la grande obra de la salvación por Cristo, ella se perpetúa y se comprueba siempre á través de la historia: á medida que el hombre crece se complace en sí mismo, en su fuerza, en su ciencia, en sus falsas virtudes, se hace más refractario á la acción de Jesús; es preciso que él esté sacudido por el dolor, abrumado con el sentimiento de su miseria, para que él la sufra y reconozca en él, como los Samaritanos, al verdadero Salvador del mundo.

De la ciudad evangelizada por Jesús, no resta más que una miserable aldea bajo el nombre de Balata. Desde Vespaciano, Sichem estaba situada más al Oeste y se había convertido en

la ciudad, "Flavia," actualmente "Naplous." Mas una tradición no interrumpida y universal, ha conservado el recuerdo de la tumba de José, del campo de Jacob. El pozo, al que la conversación de Jesús ha dado más celebridad que el patriarca, existe siempre profundo, y en la estación de invierno, medio lleno de agua. Una bóveda casi desplomada le cubre y deja ver el orificio primitivo; un montón de ruinas le rodea; cinco columnas de granito mutiladas, esparcidas, sepultadas bajo los escombros, cubiertas por las yerbas altas, atestiguan solas la fe y la piedad de los primeros cristianos, que han querido honrar el lugar en donde Jesús dijo: "El tiempo llega: en el que no se adorará ya en Garizim ni en Jerusalem, sino en Espíritu y en Verdad."

El rincón de tierra en donde esas palabras fueron pronunciadas no las ha guardado. El Garizim ni el Ebal repercuten más el eco de esa naturaleza muerta é inundada de luz; los musulmanes que pasan cerca del pozo desecado, no conocen á aquel que se sentó ahí un día y que ha sacado á sus abuelos de Oriente y á sus compañeros de Occidente de la servidumbre en la que ellos mismos gimen aún. Para hallar allí las palabras de Jesús, es preciso llevarlas en una alma creyente, del Occidente á donde ellas se han escapado.

Las palabras del Maestro son Espíritu y vida, ellas no pueden ser limitadas ni por el tiempo ni por el espacio; el universo las ha escuchado y las escucha todavía, mejor que la Samaritana y los Sichemitas; ellas han franqueado el estrecho valle cercado entre el Ebal y el Garizim é invadido la tierra; por millones ellas han suscitado los adoradores del Padre en Espíritu y Verdad, tales como el Padre les quiere.

Después de esta detención de dos días, Jesús continuó su viaje hacia la Galilea. La acogida tan llena de fe que él había recibido de esos extranjeros, de esos semi-paganos, no dejaba de enternecerle y de conmoverle; al regresar á su país, entre los suyos, á donde su destino mesiánico le exigía obrar, él pensaba naturalmente en las dificultades que le esperaban, en

las repulsiones que él provocaría y de las que ya había experimentado, en Jerusalem, la dureza y la violencia. En su tristeza, él comparaba á los Samaritanos con los Judíos, á los que él dejaba con los que iba á buscar, y decía á sus discípulos una palabra que volvía á menudo en sus labios: "Sólo en su tierra un profeta está sin honor." [1]

Sin embargo, la Galilea no había permanecido extraña ni indiferente á la fama creciente de Jesús. El esplendor de su manifestación en la metrópoli, el éxito de su apostolado en los campos de Judea respecto al pueblo, las señales extraordinarias que apoyaban su influencia y su acción, todo contribuyó á hacerle célebre entre sus compatriotas. Un gran número, por lo demás, había podido ver con sus ojos, en Jerusalem misma y en las orillas del Jordán, su potestad de thaumaturgo: [2] ahí estaba sobre todo lo que conmovió á esos espíritus ávidos de lo maravilloso. Jesús sufrió por esa disposición de alma, él reprobó esa inclinación, ese atractivo vehemente por el milagro, en ello vió un secreto egoismo, una exigencia fuera de su lugar, una falta de confianza, una curiosidad culpable.

—"Si vosotros no veis," les dijo él con un tono de reproche, "señales y prodigios, vosotros no creeis." [3]

Sin embargo, por causa de la fama que le precedía, él fué acogido favorablemente por los Galileos.

La pequeña caravana se separó. Los discípulos regresaron todos á su país, unos á Caná, otros á Bethsaida y á Capharnaum. Respecto de él no parece haber vuelto á Nazareth; él le evitó como en su primer regreso y por motivos que ignoramos, y él se retiró á Caná, en donde su madre debía habitar aún entre los parientes y los amigos.

Merced á la disposición de los discípulos, el ruído de la venida de Jesús no tardó en esparcirse en todas las provincias y

1 Juan, IV, 44; cf. Mat., XIII, 57; Marc., VI, 4; Luc., III, 24.
2 Juan, IV, 45.
3 Juan, IV, 48.

en la ciudad de Capharnaum en particular, en donde Pedro residía. Un hecho deslumbrador acreció la gloria del profeta de Galilea, y llevó su nombre hasta la corte de Herodes Antipas. [1]

Uno de los oficiales del tetrarca, tenía á su hijo enfermo, en Capharnaum. Habiendo sabido que Jesús estaba de regreso en Galilea, en Caná, fué á su casa y le suplicó que bajara á Capharnaum, á fin de curar á su hijo que agonizaba.

Los mensajes, las visitas, las embajadas, en Oriente, siempre han tenido cierta solemnidad; el alto personaje que se presentó á Jesús debió haber tenido su escolta, y con ella entró á la mansión del profeta.

Jesús no pareció acoger su súplica desde luego. El bien sabía que no era al Mesías al que se venía á buscar en él, sino al hombre de los milagros y al curandero de las miserias materiales. Esta fe no le tocaba para nada. Sin mirar primero al dolor del padre suplicante, sino como verdadero Salvador siempre más preocupado de curar al alma que al cuerpo:

—Qué fe es la vuestra! exclamó él, "siempre os son necesarias señales y prodigios, si no, no creeis en mi misión."

Este tono de reproche aumentó el dolor del padre.—Señor, le dijo él con instancia, bajad conmigo antes que mi hijo muera.

Jesús se dejó conmover.

—"Vete, le dijo, vuelve á tu casa, tu hijo esta curado." La palabra de Jesús terminó siempre por penetrar el alma.

Se demuestra aquí, de una manera contundente, con qué arte él sabe provocar la confianza total. Él amor á los sencillos quienes, aun antes de haber visto sus señales, van á él con un movimiento espontáneo y le dan crédito de una fe naciente; bajo esta condición es como él deja obrar á sus virtudes divinas. A fin de dar la confianza al consejero de Herodes, él le afirma que su hijo está curado, y éste, aun antes de

1 Juan, IV, 47 y sig.

haberlo comprobado, sin vacilación y sin reserva, creyó en lo que Jesús decía, él tuvo fe, una plena fe, y se marchó.

Ahora, como él estaba en camino para Capharnaum, él vió venir delante de él á sus servidores, impacientes de anunciarles la dichosa noticia: su hijo vivía. El quiso saber á qué hora había sido curado.

—La fiebre le ha dejado á la séptima hora, le respondieron sus gentes.

El padre notó la coincidencia; fué esta precisamente la hora en la que Jesús le había dicho: "Vete, tu hijo está vivo."

La familia entera del oficial del tetrarca creyó en el nuevo profeta. El milagro no dejó de hacer mucho ruido; lo que pasa entre la multitud no llega siempre á los grandes y se pierde en la obscuridad del pueblo; lo que atañe á los grandes, participa de la consideración y del respeto que les rodean.

Esta curación á distancia es una imposibilidad humana, pero un hecho divino.[1] El hombre que juzga á la historia á la medida de las energías comprobadas, la rechaza; el que la juzga lo que ella es, á la medida de Dios, la recibe como un testimonio de su virtud infinita; el primero la restringe y la mutila; el segundo, eludiéndose á sí mismo ante la omnipotencia que todo lo arregla, la engrandece. Ese prodigio no es más que el primero de los que Jesús multiplicará en esta tierra de Galilea, cuando venga allí á fijar su residencia; tanto como el

1 Ese milagro que supone en el taumaturgo un conocimiento y un poder sobrehumanos, ha sido, naturalmente, rechazado como todos los hechos de ese género por la escuela racionalista. La negación es fácil; pero la negación no explica nada la narración que los documentos nos han conservado. La teoría mítica de Strauss no ha sabido hallar nada de verosímil para dar cuerpo á esta leyenda por alguna narración análoga del Antiguo Testamento. Ella ha recordado á propósito que Elías había curado, á distancia y sin dejar su morada, á un cierto Naaman, un leproso, ordenándole fuese á sumergirse siete veces en el Jordán. Esto es abusar de la sencillez del lector al pedirle más fe de la que exige el milagro.

Weisse ha querido ver en esta narración una parábola. Los documentos se oponen á ello. Nada puede legitimar semejante interpretación. Lo que es cierto, es que el hecho referido tiene un carácter típico como todos los hechos evangélicos. Ese pagano de Capharnaum es la imagen del mundo de los gentiles quienes, no habiendo visto á Cristo como los Judíos, sin embargo han sentido la acción soberana de su virtud divina.

de Caná se había verificado con reserva y misterio, tanto el de la curación del hijo del oficial de Antipas se verificó con brillo. Importa, en efecto, que la opinión esté preparada poco á poco á la acción que Jesús va á ejercer sobre ella. Nada contribuye más eficazmente que esas obras divinas en las que aparece la unión estrecha, absoluta, de Jesús y de su Padre. El promete lo imposible, en el sentido humano de la palabra, y realiza lo imposible con aquellos que, á ejemplo del Capharnaita, prestan fe á su palabra.

La residencia de Jesús en Galilea, en este segundo viaje, se prolongó desde el mes de Diciembre de 781 hasta una fiesta de la que el cuarto Evangelio no da el nombre, pero que suponemos haber sido la de los Purim ó de las Suertes;[1] ella se celebraba en el mes de Adar, que corresponde á nuestro mes de Febrero, dos meses antes de la Pascua. Jesús, cuyo centro de actividad estaba todavía en Jerusalem y en Judea, se transportó con motivo de esta solemnidad á la metrópoli. Ignoramos absolutamente el detalle de sus obras antes de su viaje. Es verosímil que entonces él visitó más de una vez á sus discípulos de Bethsaida y de Capharnaum, y se reveló por más de una señal; pero ahí hay una página en blanco que en defecto de documentos no debemos llenar con hipótesis. No sabemos absolutamente quién le acompañó á Jerusalem. Todo lo que se puede decir, según el testimonio de San Juan,[2] es que la nueva venida de Jesús á la ciudad santa tuvo una importancia decisiva en el desarrollo de su misión.

1 Véase el Apéndice A, Cronología general de la vida de Jesús, II. La inauguración del ministerio público en Galilea.

2 Juan, V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

JESÚS HIJO DE DIOS.

La primera residencia de Jesús en Jerusalem y su apostolado en Judea habían producido resultados considerables.

Ellos le habían señalado á la nación entera, al pueblo y á la jerarquía, á los indiferentes y á los fanáticos de la Ley, á los ignorantes y á los sabios. La multitud, en general, arrebatada por sus milagros, le tuvo por un profeta; muchos aun entre aquellos que estudian las Escrituras, á ejemplo de Nicodemus, no podían rehusar ver en él á un enviado de Dios y un Maestro.

Es de notarse sin embargo que, en el tumulto de la multitud, el nombre de Mesías no es pronunciado. El aspecto del obrero Galileo no corresponde á los sueños de la imaginación popular ni á las preocupaciones de la ciencia farisaica; Jesús, por lo demás, evita con una circunspección extrema toda palabra, todo acto que pudiera excitar á los unos y halagar á los otros.

La ofensiva vigorosa que él tomó en el Templo para la expulsión de los vendedores, revela al Reformador espiritual á quien devora el celo de Dios; él no es solamente como el Bautista, una voz que habla en el Desierto á las conciencias, es una autoridad que interviene en la organización misma de la teocracia. Los poderes públicos desde luego lo han sentido, y con ese instinto que no engaña nada á los que se consideran amenazados, ellos presienten en Jesús una fuerza que será preciso someter, romper ó suprimir. Pero las astucias y las violencias del hombre, su corta ciencia y su poder de un día, sus maquinaciones y destrucciones, jamás han logrado impedir lo que debe ser.

En este primer encuentro con los jefes religiosos, Jesús todavía no se ha revelado á sí mismo; él ha tomado una actitud cuya firmeza les ha sorprendido y cuya santa audacia les ha dejado estupefactos; fuerte con su derecho en un acto que se recomendaba del más puro sentimiento de religión y de justicia, él ha desdeñado declinar esos títulos, y se ha retirado huyendo de la multitud de quien él desconfía, alumbrando á las almas de buena voluntad, dejando á la jerarquía admirada, intrigada y ya amenazadora.

Diez meses después reapareció en Jerusalem.

Aunque contenido todavía y reservado en su acción pública, su fuerza ha radiado lejos. Si alguna vez sus enemigos hubieran concebido el pensamiento de desdeñarle, su ascendiente en aumento hubiera disipado esta ilusión. El momento de decir lo que él era, de explicar á sus mismos adversarios su misión divina, de probar su derecho ante la autoridad religiosa, había llegado; Jesús va á declarar la plena grandeza de su papel religioso.

La ocasión fué un milagro del que importa conocer la relación detallada,[1] porque esos detalles, realzados con acritud por

[1] Juan, cap. V.

los Fariseos, son los que trajeron el encuentro de Jesús y de los jefes de la nación.

Habia en Jerusalem, cerca de la puerta Probática, una piscina,[1] rodeada de cinco pórticos, llamada por los Judíos Bethesda,[2]—especie de hospital que servía, durante el día, de refugio á los enfermos contra el viento, el sol y la lluvia. Ahí se veía, yacente, á una multitud de enfermos, de ciegos, de cojos y de hombres cuyos miembros estaban secos. Se le atribuía una virtud sobrenatural al agua de la fuente. Por momentos, sacudida por una fuerza misteriosa, ella se agitaba, y el que, el primero, se arrojaba á la piscina hirviente, salía sano y salvo cualesquiera que fuese su enfermedad.

Ahora, entre esos desdichados, se hallaba un hombre paralítico hacía treinta y ocho años.

Jesús vino á él, y sabiendo que, hacía mucho tiempo, él estaba enfermo:

—¿" Quieres ser curado?" le preguntó.

—Señor, respondió el enfermo, yo no tengo á nadie para arrojarme á la piscina, cuando el agua se agita; mientras que yo llego, otro se me adelanta y baja antes que yo.

—" Levántate, le dijo Jesús, toma tu lecho y anda." Al instante mismo, este hombre fué curado, y tomando su lecho anduvo.

Ese día fué un sábado.

Los Fariseos, viendo al enfermo llevar su lecho, exclamaron escandalizados:—Este día de sábado no te es permitido llevar tu lecho.

Pero él les respondió sin desconcertarse:—El que acaba de curarme me ha dicho: " Toma tu lecho y anda." Ellos le preguntaron:—¿Cuál es, pues, este hombre que así te ha hablado?

El no lo sabía; porque Jesús se había retirado de la multitud que se hallaba en ese lugar.

1 Véase el Apéndice E. La Piscina de Bethesda.
2 Beth-Hesda, Casa de beneficencia.

Algún tiempo después, Jesús encontró en el Templo al enfermo á quien había curado.

—" Héte allí ya sano, le dijo él, no peques más, de miedo que no te llegue algo peor."

El desorden orgánico es más que un símbolo, él puede ser un efecto del desorden moral, porque las enfermedades tienen á menudo su causa en el pecado. El vicio que turba al alma engendra mil enfermedades que atacan las funciones de la vida, las trastornan, las disminuyen, las exasperan, las paralizan. El dolor físico llega á ser también el castigo de Dios. "El que desfallece delante de él, en su conciencia, dicen los sabios inspirados de Israel, cae en manos del médico." [1] El enfermo curado por Jesús era sin duda uno de esos culpables, Jesús se lo acordó. Después de haberle dado la salud, él quiso despertar, relevar y purificar su conciencia; porque su virtud divina no tocaba al cuerpo sino para tocar y salvar al alma.

Desde que él hubo conocido á su benefactor, el paralítico, llevado por el reconocimiento, se fué, publicando por todas partes el nombre de Jesús, sin dudar que revelando á los Fariseos á aquel de quien tenía la salud, podía exasperar su envidia y su odio. El fué, en efecto, motivo de las nuevas persecuciones que marcaron la segunda aparición del Profeta en Jerusalem.

Se le buscó, se le persiguió; él por entonces no se descubrió, porque entraba en su destino luchar hasta el momento fatal contra sus enemigos, tratar de convencerles, y, si no debía lograrlo, terminar por confundirlos. El pasaba sus días en el Templo, conversando, enseñando, y multiplicando sus beneficios. Su nombre no era un misterio; su presencia removía más y más al pueblo, que no discute, no razona, y que sufre el encanto de cualquiera personalidad bastante poderosa para sorprender su imaginación. Ningún hombre le ha impre-

1 Eclesiast., XXVIII, 10.

sionado tan profundamente como Jesús; ahí es donde debe buscarse la primera causa de la antipatía natural que él encontró en la aristocracia judía. Se le hubiera dejado pasar con indiferencia, á él y á su doctrina, se le hubiera confundido entre la turba de publicanos y de pecadores, bajo el mismo insolente desprecio; pero él obraba, él atraía, ahí estaba su crimen.

En un sér superior, lo que la autoridad amenazada ataca y combate, es su acción; lo demás no es más que el pretexto. Todo, por lo demás, en Jesús, imitaba á los representantes de la autoridad y á los maestros, desconcertaba sus preocupaciones, chocaba las pretensiones del orgullo nacional ó de la piedad intolerante: su origen galileo, la inferioridad de su condición, la intrepidez de su iniciativa, su desdén por todas las tradiciones de los Fariseos; la originalidad de una enseñanza y de una palabra que no dependían de ningún maestro y no se apoyaban sobre ninguna autoridad humana. Por un designio secreto, la providencia ha despojado á Jesús de toda apariencia capaz de halagar, bajo el punto de vista terrestre, á la opinión pública. Aun cuando él se manifiesta por sus palabras y por sus actos, es raro que, en los unos ó en los otros, algún detalle no hiera á la costumbre ó las doctrinas sectarias de los partidos; así es como él ilumina y ciega, edifica y escandaliza. Los corazones rectos le reconocen, los espíritus prevenidos le rechazan.

El es por excelencia,—toda su vida lo prueba,—el sér velado.

El es de sangre real y davídica, pero su familia es decaída; él ha nacido en Belem, mas él pasa por un nazareno; él habla como ningún maestro ha hablado, pero él no tiene ningún título de escuela; él multiplica las señales de su potestad, pero éstas no son las que reclaman los Judíos; él cura, pero frecuentemente es el día sábado; él se dice el Mesías, pero sin tomar el papel terrestre que exigen los doctores; él insiste con una fuerza de afirmación creciente respecto á su filiación divina,

igualándose á Dios; pero justamente esta filiación divina es la que ofende á los jefes religiosos y quien, para ellos, es el mayor de los blasfemos; él funda el Reino de Dios y promulga la ley, pero este reino y esta ley, son el fin de la potestad y de la ley judías; Moisés es sobrepujado, Israel debe transformarse ó morir.

Al saber la curación del paralítico en la piscina de Bethesda, las autoridades judías no piensan en admirar lo que ella tiene de prodigioso. Como todos los espíritus prevenidos, estrechos, malquerientes, ellos relevan el detalle que les choca, y se irritan, ofendidos en su vana religión. Que Jesús cure con una palabra al paralítico, esto no es nada para ellos; él ha curado en día de sábado, ordenado á un hombre que lleve su lecho, con desprecio de la ley del reposo sabatino; esto es un escándalo. Sus reglamentos arbitrarios, sus tradiciones humanas, sus decisiones de escuela, su casuística miserable: he aquí lo esencial; cualesquiera que no se encorve bajo ese yugo, es un culpable, un pecador, un revoltoso; es necesario reprimirle y perseguirle. Nada más inexorable é irritable que los espíritus entregados á esas clases de aberraciones; el hombre que ama á Dios y que le adora en verdad es dulce, pero aquel que se ama á sí mismo bajo la máscara de la religión, es siempre áspero y violento. La verdadera devoción se forma de mansedumbre; la falsa, de hipocresía y de acidez. La gran mayoría de los miembros de la jerarquía, Saduceos y Fariseos, habían pervertido de una manera extraña la ley mosaica; esta perversión inveterada, cegándoles y abrogándoles, debía cerrarles á la verdad, inspirarles contra Jesús una repulsión y una violencia que nada ha podido vencer.

Jesús fué, pues, acusado, por los Fariseos, de violar el sábado.[1] ¿Esta acusación fué un acto jurídico? ¿Debió él compa-

1 El término *édiôkon* que la *Vulgata* ha traducido por la expresión *persequebantur*, puede interpretarse en el sentido de perseguir en justicia.

recer ante el tribunal encargado de juzgar los delitos religiosos? Es posible. Quizá la intención del Sanhedrin no iba hasta allá, y algunos miembros fueron solamente enviados á Jesús para reprocharle el desprecio á la Ley. En toda hipótesis, la respuesta de Jesús debe ser estudiada muy íntimamente, en el resumen que el cuarto Evangelio ha conservado; ella ha sido para él la ocasión providencial de declarar netamente, solemnemente, lo que él era, de mostrar al Sanhedrin ó á sus emisarios en qué consistía su obra religiosa, y de invocar los títulos innegables sobre los que se fundaba su acción pública.

El reproche dirigido á Jesús no se apoyaba para nada en la ley de Moisés, él no podía legitimarse sino por los reglamentos arbitrarios y de una pueril sutileza, con que los escribas y los doctores la sobreapoyaban. Mas esas prescripciones meticulosas les preocupaban más que la Ley misma: lo accesorio, un vano accesorio les hacía olvidar lo esencial; sus ideas mezquinas tomaban el lugar de la palabra de Dios. Cegados por la letra, extraños al espíritu, ellos sofocaban esta palabra, en vez de penetrarla. Una de esas reglas bizarras prohibía precisamente transportar el más pequeño objeto de un sitio á otro, el día de sábado, á menos de una necesidad urgente.[2]

Jesús, para justificarse, desdeña, en esta circunstancia, mostrar á sus acusadores la vanidad y la nulidad de sus costumbres y ordenanzas, él tiene un derecho superior á revindicar; él no apela á las sutilezas farisáicas á la pura Ley de Moisés, él no se exime de la libertad inalienable de hacer el bien que ninguna disposición humana podría estorbar; él no discute, él afirma, invocando como suyo el derecho mismo de Dios y el ejemplo de su Padre, y con la plena conciencia de su filiación divina, él les dijo:

—"Mi Padre obra sin cesar, y yo también."

Dios no conoce el reposo, él es la actividad misma; su virtud no se cansa jamás, por su acción las cosas son y viven, por ella es por la que ellas duran y se mueven. La cesación de su influjo sería el anonadamiento de toda criatura á quien su palabra siempre vibrante conduce,[1] nutre, desarrolla y lleva hacia él anhelante.

2 Talmud, Schabbat, fol. 6, 1.

El hombre está gobernado en su movimiento libre por su conciencia y por su razón incierta que le dicta preceptos y compone códigos, Jesús no está gobernado en su vida sino por la voluntad y el ejemplo de su Padre. El le escucha y le ve; los actos de su humanidad no son más que la ejecución de esta voluntad inefable y la imitación de este ejemplo eterno; lo que su Padre quiere, él lo quiere; lo que su Padre hace, él lo hace; como ninguna autoridad humana podría debilitar la autoridad de Dios, ninguno podría debilitar la suya; su derecho de obrar es igual al del Padre. El Padre trabaja sin cesar por la salvación de la humanidad; esta obra es constante, progresiva como su amor, ella no ensaya, ni detiene, ni descansa.

—"Y yo, dijo Jesús, trabajo del mismo modo con él." ¿Qué sábado puede suspender la concentración en Dios de toda criatura?

Una respuesta semejante afirmó netamente la divinidad del Mesías y la mesianidad de Jesús.

Estas dos verdades, que resumen todo el Evangelio, están en la base misma de la obra del Maestro, ellas penetran al través de todos sus discursos, ellas explican su vida entera, las hostilidades y los odios que ella enciende, el desenlace trágico que la ha terminado, y la acción prodigiosa que él ha ejercido sobre todo después de su muerte.

Los doctores judíos y los miembros de la jerarquía han opuesto mucha obstinación en negar la una y la otra.

Olvidando la doctrina constante de los profetas, abandonando sus más sublimes enseñanzas, absorbidos por las cuestiones ceremoniales, jurídicas, de la Ley, separados por sus preocu-

1 Hebreos, I, 3.

paciones políticas y nacionales, relegando á Dios en su unidad de la que ellos desconocen el misterio, ellos jamás han querido, para la mayor parte, reconocer el derecho primordial del personaje mesiánico, el único derecho que podía explicar la función. Ellos le concedían todos los privilegios: el juicio universal, la salvación, la regeneración del mundo, la fundación del Reino de Dios, la victoria sobre todos sus enemigos, el asiento eterno á la derecha de Dios, la asociación á su potestad y á su gloria; pero ellos le rehusaban obstinadamente la divinidad, y, en sus preces cuotidianas, ellos no cesaban de decir: "Escucha, Israel, Jehovah es nuestro Dios, y Jehovah es uno," interpretando esta fórmula en un sentido unitario que excluía en Dios una verdadera filiación.

Sin embargo, más de un maestro escapaba á esta aberración de las ideas mesiánicas, y se guardaba de oponer la santa unidad de Jehovah á la divinidad del Mesías. Los autores de los apócrifos y de los libros sibylinos ciertamente no han participado de esos errores de escuela; los testimonios tan formales de Juan Bautista sobre la filiación divina de Cristo no han quedado sin eco.

Ahora, el título de Hijo de Dios es precisamente el único que Jesús revindica como Mesías; y tal era la violencia de las preocupaciones de esos escribas, de esos doctores, de esos sacerdotes, de esos jefes, que al tomarle, él debía escandalizarles y acumular contra él todo el odio de su fe religiosa.

Jesús no transigirá, él atestiguará lo que es sin equívoco, sin disfraz, y, siempre que tenga delante de él á los representantes de la ciencia, y de la autoridad, él les hablará sin parábolas, en términos de una claridad que ningún sofisma podría cubrir; él no aguardará la ocasión, él la hará nacer. Así fué como á propósito de la observancia farisaica del sábado, él afirmó su filiación divina, y se dió explícitamente como el igual de Dios.

Esta es la primera declaración solemne que hallamos en su vida.

Los enviados del Sanhedrin quedaron indignados, escandalizados:—No solamente él viola el sábado, exclamaron, sino que se atreve á llamar á Dios su Padre, haciéndose él igual de Dios.[1]

Desde este momento, Jesús les pareció un blasfemador que era preciso tratar de matar; y él pudo escuchar en su derredor murmurar amenazas de muerte.

Pero aquel que no temía atacar de frente á las preocupaciones, no se dejó intimidar por el odio que sus enseñanzas podían desencadenar. La voluntad de su Padre dominaba todo en él. ¿Qué le importaba la muerte, si esta voluntad le llamaba á morir? ¿Para qué estaba en este mundo, si no era para dar testimonio á la Verdad?

El tomó un acento más solemne y más afirmativo; y lejos de atenuar esta igualdad con Dios que se le reprochaba como á un blasfemo, él la explicó, y la mostró en toda su fuerza.

El tipo, la ley directora de sus acciones no es nada de creado, nada de humano, es Dios mismo, es la acción del Padre.

—"En verdad, en verdad, yo os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, si no es aquello que él ha visto hacer á su Padre. Todo lo que el Padre habrá hecho, el Hijo igualmente lo cumplió."

El hombre no ve á Dios, él no puede por él mismo elevarse hasta tomar en Dios el modelo de su vida; mas el Padre ama al Hijo, un mismo Espíritu de amor constituye el lazo inefable del uno al otro, y el Padre revela al Hijo todo lo que hace; entre ellos, es una misma luz, un mismo poder infinito; la igualdad es perfecta, la unión absoluta: ahí está todo el secreto de la naturaleza y de las funciones del Mesías.

—"Las obras que el Hijo ha cumplido con el Padre," dijo él, "son poco, él cumplirá otras más grandes de las que seréis sobrecogidos de admiración."

[1] Juan, V, 18.

Jesús revela aquí su destino mesiánico; no es dogmático lo que él enseña, son hechos de orden divino lo que él afirma; él no habla como un doctor el lenguaje de las abstracciones, él abre su conciencia y atestigua lo que ve y lo que es.

—"El Padre, agrega él, resucita á los muertos, él es el principio de la vida; lo mismo el Hijo da la vida al que quiere. No es el Padre quien les escogió, él ha dado al Hijo el llamar á este ó á aquel, tomar al uno, dejar al otro, hacer la elección, la gran partición, como Hijo del hombre, á fin de que el honor del Padre y el del Hijo sea igual. Por lo mismo, rehusar el honor al Hijo, es rehusarle al Padre quien le ha enviado.

"El medio de tener la vida, y la vida eterna, de no ser arrojado al apartado, de pasar de la muerte á la vida, es escuchar mi palabra y tener fe en Aquel que me ha enviado."

Todo el papel mesiánico está en esta obra de vida. Los profetas ya habían hablado, con palabras encubiertas que los doctores no podían ignorar. El campo de osamentas áridas visto por Ezequiel, ¿no era la humanidad muerta? [1] La voz de Dios diciendo á esos huesos secos: "Yo veré en vosotros al Espíritu, y vosotros viviréis,"—¿no es esta la voz del Hijo del hombre, del Mesías? Cuando Isaías exclamaba: "Que tus muertos resuciten; que mis cadáveres se levanten! Despertad y estremecéos de alegría, habitantes del polvo, porque tu rocío, oh Dios, es un rocío vivificante, y la tierra volverá á dar el día á las sombras," [2]—Isaías—¿no veía la gran era de Cristo? Los mismos rabinos no se han despreciado. Los pueblos de tierras paganas, enseñaban ellos, no tienen la vida, [3] y los huesos áridos son los hijos de los hombres que no han recibido el rocío de la Ley.

Al afirmar así su misión ante los maestros de Jerusalem, Jesús no les hablaba un lenguaje inaudito; él no hacía más

1 Ezeq., XXXVII, 1–13.
2 Isaías, XXVI, 19 y sig.
3 Ketubb., fol. 3, 2.

que abrir el Libro del que creían tener la llave, y del cual su ciencia ciega no sabía adivinar el sentido profundo.

Sus afirmaciones se fortifican y se hacen más apremiantes, á medida que él habla; pero los oyentes siempre más obstinados se resisten.

—Vosotros esperáis esta resurrección dé los muertos predicha por los profetas, á la llegada del Mesías. Y bien, "en verdad, en verdad, yo os digo, ha llegado la hora en la que los muertos escucharán la voz del Hijo del Dios, y aquellos que escuchen vivirán.

"No os escandalicéis."

Esta no es sino la primera hora y la primera resurrección, la de las almas muertas, y de la humanidad parecida á los huesos desecados; habrá aquella en la que "todos los que están en las tumbas escucharán la voz del Hijo de Dios; y los que han hecho el bien irán á la resurrección de la vida, y los que han hecho el mal á la resurrección del juicio."

Al distinguir esos dos puntos extremos de su obra, Jesús le dió toda su amplitud, él dejaba ver que ella abrazaba todo lo que está más acá y más allá de la tumba, y él disipó la confusión hecha por un gran número entre las dos resurrecciones, la una moral, misteriosa, oculta en el fondo de la conciencia; la otra material, esplendente, divina, en pleno día del universo. La primera se ejecutaba ya en la palabra de Jesús, del Hijo de Dios oculto en el hijo del hombre despreciado; la segunda permaneció en perspectiva, llena de esperanza y de terror, regocijando á los que no hubieran rechazado á la voz del Mesías, terrible para los que se hubieran obstinado contra su llamamiento.

Para mejor comprender esas pláticas, débese deshacer de la preocupación que los documentos que las traen son estenográficos y acostumbrarse á tratarlos como recuerdos confusos y sumarios.

El pensamiento de Jesús sobre la divinidad del Mesías, so-

bre su papel universal y su obra, siempre y por todas partes es concordante; la forma varía según las circunstancias, el fondo es idéntico. Que él formule su doctrina en la intimidad de una conversación con un Fariseo letrado como Nicodemus, con una mujer inculta de Samaria; ó que él la exponga á un círculo hostil como aquel que aquí le acusa, siempre se la halla con su carácter esencial: la divinidad del personaje y la divinidad de la función. El hombre es impotente para sostener ese papel, él no puede convenir más que á Dios.

Cristo es la fuente de la vida, no de la vida material y pasajera, terrestre y racional,—una vida semejante es comparada á la sombra de la muerte,—sino de la vida espiritual y eterna, celestial y divina; ella brotará de él como un torrente, como un río, inundando á la humanidad; para recibirla, es preciso escuchar su palabra; el que crea en el Hijo de Dios pasará de la muerte á la vida, y el que se cierre al llamamiento permanecerá en la muerte.

Así despojada de todo elemento judaico, la obra mesiánica corresponde á todo lo que habían anunciado los profetas, y aparece en su belleza pura, en su grandeza eterna; ella no halaga las preocupaciones de una nación ciega y extraviada, pero halla un eco en la conciencia del hombre y sus más elevadas aspiraciones.

El hombre sabe que él está en la miseria moral y en la muerte, pero él guarda, en lo más profundo de su naturaleza abatida por el mal, el instinto de un destino divino, él tiene hambre y sed de una vida que llenará sus deseos inmensos de verdad, de perfección, de eternidad, y á él es á quien el Hijo de Dios habla para levantarle, resucitarle, vivificarle.

En despecho de su superstición unitaria, de su malevolencia y de su aparición divina, del orgullo del poder y de sus pretensiones altivas, Jesús se hizo escuchar de los Judíos; él ha debido forzar, no digo la admiración quizá, sino el silencio y la atención.

Los más obstinados están subyugados por el prestigio de

la palabra humana, cuando ella está al servicio de la verdad y de la virtud; la palabra divina de Jesús tenía un ascendiente irresistible; ella imponía y ella encantaba, ella aterraba y exaltaba, suspendía la cólera y el odio, dominando á la multitud y admirando á los que creían saber; ella iba adelante de la objeción oculta, adivinaba el pensamiento íntimo de los interlocutores; ella era la espada de dos filos que penetra hasta la sutura del alma y del espíritu, hasta en las articulaciones y en las médulas.[1]

El Judío no podía, sin estremecerse, oír hablar de su Mesías. ¿Y qué doctor, qué profeta ha hablado jamás como Jesús? El levanta todos los velos, descubre todos los rastros, muestra la verdad sin sombra y sin reticencia, sencilla y desnuda, no guardando sino el misterio de su profundidad.

Cuando Jesús expresó á los Judíos, que vinieron para acusarle, la divinidad del Hijo de Dios, su igualdad con el Padre y la grandeza de la obra mesiánica, él bien sabía que, aun aceptando esta doctrina,—haciendo abstracción del hombre en quien ella hallaba su aplicación,—ellos se revelarían con el pensamiento de que él mismo fuese este hombre. Su doctrina podía chocar sus ideas estrechas, ofender sus preocupaciones; mas su persona les era un escándalo. La una contrariaba sus opiniones; pero la otra humillaba, estrujaba su amor propio. ¡Cómo! un Galileo, un desconocido, un hombre del pueblo, un pecador, sería el Mesías de la nación! Nada es más difícil de afrontar que el orgullo herido de una clase ó de un pueblo. Las opiniones se modifican y transigen á menudo; pero el orgullo herido ciega al espíritu y cierra al corazón, él se obstina y no perdona.

Jesús, durante toda su vida, ha tenido este obstáculo erigido en su camino: él le halla aquí en toda su violencia altiva, y para retirarle él afirma sus títulos.

1 Hebreos, IV, 12.

La sola afirmación podía bastar á las almas sencillas que se dejan atraer á la luz y quienes, abriéndose á la verdad, no tardan en saborear los frutos en su conciencia; pero para los espíritus prevenidos que resisten, discuten, se confinan en sus propias ideas, ella suscita una objeción desdeñosa. Cualesquiera que dé testimonio de sí mismo no tiene el derecho de ser creído; la justicia quiere el testimonio de un tercero, y la razón de las pruebas.

Jesús, impasible ante la hostilidad y la malevolencia de sus adversarios, responde que al juzgarse á sí mismo, él no es de aquellos á quienes la ambición personal, ó la voluntad propia, arrastra á desempeñar un papel y á asumir una misión.

—"Yo no juzgo, dijo, sino siguiendo á la voz á quien escucho, no es mi voluntad la que sigo, es la voluntad de Aquel que me ha enviado.

"Le reconozco, si yo doy testimonio de mí, ese testimonio no es jurídico. Por lo mismo yo tengo otro testimonio además del mío," para garantizar mi palabra, "y yo sé que su deposición es verídica; ese testigo es Juan. Vosotros habéis enviado á él una embajada; él ha dado testimonio á la verdad," él ha reconocido ante vosotros mi dignidad y mi función. "Si yo lo invoco, no es porque tenga necesidad del testimonio de hombre alguno," es por condescendencia á vosotros, "á fin de que creyendo en él" y en su papel de profeta, "vosotros creáis en lo que ha dicho de mí y seáis salvados. Este ha sido una lámpara ardiente y brillante. Pero como los niños que se divierten con la llama, vosotros no habéis querido más que regocijaros un instante con su luz.

"Por lo demás, yo tengo un testimonio superior á Juan, son las obras que el Padre me ha dado para llevar á cabo. "Sí, esas obras atestiguan de mí que el Padre me ha enviado; y el mismo Padre da así testimonio de mí. "Vosotros jamás habéis escuchado su voz ni visto su imagen," decís; y sin embargo, ¿no me proclamó él á la faz de Juan y del pueblo, en el bautismo, su Hijo muy amado? "Pero la palabra de Dios

no permanece en vosotros; vosotros os cerráis á su luz, porque vosotros no creeis en Aquel á quien él envió."

"Y las Escrituras:" vosotros enseñáis que se halla en ellas la vida eterna que el Mesías debe traer, "escrutadlas," leed más allá de la letra, penetrad el sentido y el espíritu; "ellas mismas son las que dan testimonio de mí, y vosotros no queréis venir á mí, para tener la vida que ellas os profetizan."

La argumentación era rigorosa y sin réplica. Todo lo que podía convencer al Judío más fiel y más ilustrado, al más tenaz y al más exigente, estaba invocado y recordado: la autoridad profética de Juan que vivía todavía y de que nadie podía recusar la independencia y la virtud, las señales manifiestas por las que Jesús afirmaba y justificaba que la potestad de Dios estaba en él, las Escrituras en fin, ese Libro que hacía ley, que mandaba al pensamiento y la vida, que era para todo Israel la palabra eterna é infalible.

Armado de todos estos testimonios, Jesús no logró convencer y persuadir á esos doctores obstinados. Ellos han rechazado á Juan, cuya palabra severa les había flagelado; ellos no han negado los milagros de Jesús, pero los han atribuido á la potestad del mal; ellos no han desechado las Escrituras, pero ellos han rehusado comprenderlas, no pidiéndoles sino santificar sus caprichos y consagrar su religión muy material. Nada domina al sér libre replegado en sí mismo, él tiene el privilegio terrible de desafiar á la verdad, á la razón, á la evidencia, á los llamamientos de la bondad, á las conjuraciones del amor, al encanto de la belleza, á todo, hasta el mismo Dios.

Esta obstinación invencible con la que tropezó Jesús estaba en los designios del Padre y en su propio destino. El la comprueba esta vez en su amarga realidad; y cualesquiera, á cualquier grado, hecha esta experiencia, aprende que una de las mayores amarguras de la vida es la vista del hombre endurecido, rechazando la verdad y atrincherándose en el círculo de sus errores y de sus miserias.

Con una tristeza mezclada de dulzura y de amenaza, Jesús lanzó á los enviados del Sanhedrín estas últimas palabras: "No creáis," que al darme como el Hijo de Dios y que al apremiaros á uniros á mi palabra, "yo busque una gloria humana. Pero yo os conozco: vosotros no amáis á Dios, vosotros no amáis sino á vosotros mismos. Y como yo vengo en nombre de mi Padre, vosotros me rechazáis; mas si otro, sin llamamiento y sin mandato, viene en su nombre," acariciando vuestras preocupaciones, "vosotros le recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, vosotros que os glorificáis, que os halagáis los unos á los otros, en lugar de buscar la gloria que viene de Dios sólo?

"Yo sé bien que al escucharos, es á Moisés á quien pretendéis glorificar. No soy yo quien os acusará con el Padre, es el mismo Moisés. Si nuestra fe en Moisés fuese verdadera, como creeis en él, creeríais también en mí; porque él ha escrito de mí; pero si vosotros no creeis en lo que él ha escrito, ¿cómo creeríais en lo que yo os digo?"

Jesús hace brillar á sus ojos cerrados un último rayo de luz; él recuerda evidentemente los dos pasajes mesiánicos de Moisés, la profecía de Jacob marcando el tiempo en el que el Mesías aparecerá, el tiempo del cetro arrancado de Judá[1] y la profecía del mismo Moisés, concerniente á la venida lejana del gran profeta semejante á él, y amenazando á los que no le escuchasen con ser exterminados del pueblo.[2]

Jesús, sin ser inquietado, se alejó de sus jueces y les abandonó á su ceguera, sabiendo que él tenía que temerlo todo de su odio.

El misterio de la incredulidad humana está descubierto en el fin de ese discurso, y se prolonga á través de la humanidad en el transcurso de los tiempos, tal como él se muestra, bajo el pórtico de Salomón. La historia evangélica no tiene, como la historia humana, nuevos principios, ella se perpetúa, siempre idéntica consigo misma, inmutable en este mundo mortal y variable. El Hijo de Dios aparece, sobre todo, aclamado por el testimonio de los grandes espíritus que le confiesan, de las grandes virtudes que le adoran; sus obras de vida le escoltan, atestiguan la potestad de que él está lleno; y las Escrituras, que han hablado de él antes que él fuese, permanecen un libro abierto ó solo, entre los hombres, él se muestra el Deseado de todos los siglos. Los grandes, los jefes, los maestros del pensamiento, se cierran como los Fariseos judíos, á esos títulos luminosos; ellos desdeñan y ellos acusan al único sér enviado para dar la vida eterna de la que está ávida el alma humana.

¿Por qué? Ellos no aman á Dios, ellos no aman ni la Verdad ni el Bien, ellos se aman á sí mismos. La obstinación del espíritu tiene su raíz en el amor de sí; aquel que se ama no ve más que á él y lo que le halaga, él se prefiere á Dios, él es para sí mismo su dios; él rechaza todo lo que no es él, no acepta sino lo que está conforme á sus teorías y á sus intereses.

Cosa extraña, todos esos egoístas se contienen por los lazos de una lisonja mutua, ellos se llaman los unos á los otros, hipócritamente, el primero y el maestro, pero cada uno se cree únicamente el primero y el maestro. Todos ellos tienen su Moisés,—lo que ellos llaman hoy la ciencia ó la razón pura;—pero, como los partidos judíos, cada uno le interpreta á su antojo, y nadie quiere ver sino la ciencia y la razón pura, como Moisés, á su manera, dando testimonio al Hijo de Dios, quien sólo da la última palabra de los orígenes que la ciencia es impotente á penetrar, y la última palabra del destino sobre el que la razón pura siempre ha estado tan incierta.

Esta primera faz de la vida de Jesús, entre el primer llamamiento de algunos de sus discípulos y ese segundo viaje á Jerusalem, manifiesta al héroe y compromete toda la acción evangélica; la manifestación es esplendente, el compromiso decisivo.

Jesús se ha declarado el Hijo de Dios, y él ha inaugurado su ministerio en la misma Jerusalem, á la faz del pueblo y del

1 Génesis, XLIX, 10.
2 Deut., XVII, 15-18.

poder; ahora, Jerusalem, es la nación entera, el centro de donde emanan las dos potestades á quienes todo obedece: la opinión pública y la autoridad. Sábese lo que es, sábese lo que quiere; por doquiera que él encamine sus pasos, las miradas del pueblo y la vista de los jefes estarán sobre él.

El efecto está obtenido. Del Norte al Mediodía, del Hermon á los confines de la Idumea, del Occidente al Oriente, de la "gran mar," como se llamaba al Mediterráneo; á los vastos llanos del reino Arabe de Aretas, la Palestina está advertida que un gran profeta se ha levantado, diciéndose el Hijo de Dios, probando su misión por prodigios y pidiendo la fe en su palabra. Ella no ignora que los espíritus se dividen á este respecto, que él atrae á la multitud, pero que los jefes del pueblo, casi con muy pocas excepciones, los doctores y los ancianos, la aristocracia de la fortuna, del sacerdocio y de la ciencia, los grandes sacerdotes y el Sanhedrin, le hacen una oposición declarada.

Ellos no ven en él sino á un falso profeta, á un impío, á un blasfemador; ellos le vigilan, le espían, y, temiendo que la multitud, seducida, escape á su autoridad, ellos se han resuelto á obrar con severidad y á tratar á Jesús con todo el rigor con que su ley hiere á los que seducen al pueblo y blasfeman de Jehováh.

Así, Jesús, en Jerusalem, no había logrado atraer en la multitud sino algunas almas sencillas y rectas, crearse en la clase superior algunos amigos desconocidos, reservados, tales como Nicodemus y José de Arimatea, provocar en el mundo oficial, guardián de las tradiciones y de las leyes, una repulsión invencible y amenazadora.

El antagonismo de la jerarquía contra Jesús hubiera podido, desde la primera hora, impedir, paralizar y aun anonadar su acción. Pero Dios contiene á la potestad del mal y sujeta á la impetuosidad de sus odios. Por otra parte, Jesús conoce la medida exacta de la oposición que él puede desencadenar, sin perjuicio para su obra; y en tanto que su hora no haya venido, él tiene la sabiduría de huir el peligro, cuando el peligro se hace muy apremiante.

En esta sabiduría es en donde es preciso buscar el motivo histórico por el cual él abandona por ahora la Judea y su metrópoli y va á buscar, en Galilea, un medio más tranquilo, más hospitalario, que le permita fundar la obra de su Reino. Esta fué la tierra predestinada. Puesto que la Judea le rechazó, él se retira de ella, realizando una de las palabras proféticas que seis siglos antes de él, habían ya referido su vida. "Las tinieblas, decía el Vidente, no reinarán siempre sobre la tierra en donde por ahora hay angustias. Si los tiempos pasados han cubierto de oprobio al país de Zabulón y al país de Nephtalí, los tiempos venideros cubrirán de gloria el país vecino del mar,[1] más allá del Jordán, el territorio de los Gentiles. El pueblo que marchaba en las tinieblas ha visto una gran luz. Sobre aquellos que habitan el país de la sombra de la muerte, una luz resplandeció."[2]

Un grave acontecimiento religioso, que había producido una emoción profunda en la nación judía, advirtió á Jesús que el tiempo de dar á su acción todo su desarrollo había llegado. Dios conduce á los que él envía. Los hechos de su vida, los incidentes del medio, el papel que ellos debían tener, se armonizan; las coyunturas se forman por sí mismas bajo la mano invisible que todo lo conduce, y la obra querida se cumplió en contra y sin noticia de los que quisieran sofocarla.

Juan acababa de ser encarcelado.[3] El valeroso, el indomable profeta, el penitente hambriento de justicia y lleno de amenazas contra los vicios de sus contemporáneos, aquel que desenmascaraba toda hipocresía y no perdonaba á nadie en sus santas cóleras, no vaciló en estorbar un escándalo magnífico. Su voz, que la presencia de Jesús había dulcificado, halló toda

1 La mar de Galilea.
2 Isaías, VIII, 12.
3 Antiq., XVIII, 5, 2; Mat., XIV, 3; Marc., IV, 14; Luc., III, 19.

su vehemencia para reprochar y condenar la conducta de Herodes Antipas. El tetrarca, imitando los ejemplos impíos de su padre, había repudiado á su mujer, la hija de Aretas, rey de Arabia, para casarse con una princesa de su sangre, Herodías, la mujer de su hermano Herodes Philipo. Esta unión adúltera rebeló á todos los verdaderos Judíos. Juan fué el vengador de la conciencia nacional ultrajada: en nombre de Dios él reprobó á Herodes su crimen.

El tetrarca hubo quizá devorado en silencio la humillación que le infligió el profeta; él era de un espíritu tímido, de un carácter indeciso. Herodías no pudo sufrirla. La imperiosa criatura no tuvo trabajo en hacer del hombre á quien ella había sabido inspirar una pasión ciega, el instrumento de su odio.

Se pretextó, como siempre, la necesidad de velar por el orden público, se fingió ser un peligro en la multitud atraída por Juan: su aserto fué decidido. Era preciso sofocar esa voz importuna. Los soldados de Herodes recibieron la orden de apoderarse de Juan y de llevarle á la frontera de la Perea y de la Arabia, en la fortaleza de Macherous, bajo los montes solitarios y escarpados de Moab.

Concluída su tarea, el hombre de Dios desapareció, dejando á los que deben venir el campo libre; la de Juan está cumplida: los caminos están abiertos, las almas atentas; el Precursor puede callar, Cristo va á hablar y á crear.

LIBRO TERCERO.

EL APOSTOLADO GALILEO.—EL REINO DE DIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su vehemencia para reprochar y condenar la conducta de Herodes Antipas. El tetrarca, imitando los ejemplos impíos de su padre, había repudiado á su mujer, la hija de Aretas, rey de Arabia, para casarse con una princesa de su sangre, Herodías, la mujer de su hermano Herodes Philipo. Esta unión adúltera rebeló á todos los verdaderos Judíos. Juan fué el vengador de la conciencia nacional ultrajada: en nombre de Dios él reprobó á Herodes su crimen.

El tetrarca hubo quizá devorado en silencio la humillación que le infligió el profeta; él era de un espíritu tímido, de un carácter indeciso. Herodías no pudo sufrirla. La imperiosa criatura no tuvo trabajo en hacer del hombre á quien ella había sabido inspirar una pasión ciega, el instrumento de su odio.

Se pretextó, como siempre, la necesidad de velar por el orden público, se fingió ser un peligro en la multitud atraída por Juan: su aserto fué decidido. Era preciso sofocar esa voz importuna. Los soldados de Herodes recibieron la orden de apoderarse de Juan y de llevarle á la frontera de la Perea y de la Arabia, en la fortaleza de Macherous, bajo los montes solitarios y escarpados de Moab.

Concluída su tarea, el hombre de Dios desapareció, dejando á los que deben venir el campo libre; la de Juan está cumplida: los caminos están abiertos, las almas atentas; el Precursor puede callar, Cristo va á hablar y á crear.

LIBRO TERCERO.

EL APOSTOLADO GALILEO.—EL REINO DE DIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO I

LA GALILEA Y EL REINO DE DIOS.

A la noticia de la prisión del Bautista, Jesús abandonó la Judea y se retiró á Galilea,[1] con la potestad del Espíritu á fin de predicar allí el Evangelio del Reino de Dios.[2]

La tradición Judía, desde el destierro de Babilonia, dividió la tierra de Israel en tres regiones: la Judea, la Transjordana ó la Perea, y la Galilea.[3] La Samaria está excluída, los doctores ortodoxos la rehusan los privilegios anexos al suelo sagrado. Sin embargo ellos no la confunden con los territorios paganos. Sus aguas, sus habitaciones, sus senderos, dicen ellos en su ciencia formalista, no manchan al judío fiel y rígido.[4]

En tiempo de Jesús, esta división estaba consagrada por el lenguaje y la opinión populares.[5]

1 Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús. II. Inauguración del ministerio público en Galilea.
2 Mateo, IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.
3 Shevüth., C. 9, 2.
4 Talmud Hierosol., Avoda Zara, f. 44.
5 Mateo, X, 5; Marc., III, 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La tierra de Judá eclipsó á todas las demás. Mientras que la Galilea llevaba el nombre humillante de "distrito de los paganos," la Judea permaneció la tierra santa por excelencia y priviligiada, el asiento de la metrópoli, del Templo y del gobierno, el centro político, nacional y religioso.

La Galilea y la Perea, los países de acá y de allá del Jordán, formaban, desde la muerte de Herodes, una tetrarquía gobernada por uno de sus hijos, Antipas. La Galilea propiamente dicha fué la parte más renombrada de la Palestina por la fertilidad de su suelo y la variedad de sitios. El territorio de Tyro y de Sidón, la cadena azul del Carmelo, forman su límite al Poniente, la Samaria al Sur; ella se extiende al Norte hasta el Rio Leontés y el Anti-Líbano; al Este, ella tiene por confines el alto Jordán, el lago de Genezareth y los territorios de Gadara, de Hippos y de Scythópolis. Todas las bellezas de la naturaleza, están reunidas en ese pequeño rincón de tierra de una superficie de noventa á cien millas cuadradas; tiene sus mesetas elevadas, sus llanuras, sus colinas y sus elevadas montañas, sus gargantas salvajes y sus valles frescos, manantiales sin número, un río sagrado y una pequeña mar interior.

Josefo la llama un gran Jardín de trigo.[1] Bosques de encinas y de pinos cubren sus montañas; los bosques de olivos alternan con los vastos prados y los campos cultivados; numerosas quintas se despliegan en los alrededores del lago, bajo los palmeros y hasta sobre las colinas, en medio de las higueras, de los olivos y de los viñedos. Las grandes rutas comerciales, ligan á las principales ciudades del litoral, Ptolemais, Tyro y Sidón, á Damasco y á la Mesopotamia, atravesando la Galilea y dándole una gran animación.

El viajero que la explora hoy no puede privarse de una tristeza profunda á la vista de su despoblación y de sus ruinas.

La fuerte raza galilea ha desaparecido. La antigua Perea, más allá del Jordán; después Macherous hasta la Pella y Gadara, no es más que una inmensa soledad en donde los Arabes, acampados bajo la tienda, apacentan sus ganados, cosechan el trigo y la cebada. La Galilea interior y la Galilea superior están habitadas por los fellahs indolentes, que trabajan, sembrando el fondo de los valles y el flanco de las colinas que las lluvias y los torrentes no han esterilizado. Nada de bosques sobre las montañas, nada de ciudades, nada de fortalezas, nada de monumentos, nada de palacios. Las aldeas no son más que montones de casas cuadradas y miserables, levantadas de ordinario sobre alguna cima ó sobre algún montículo, y agrupados en derredor de la mezquita y de su almenar.

Los manantiales y los arroyos, en vez de fecundar la tierra, la inundan en pantanos que la devastan. El lago de Genezareth está desolado, las ciudades que lo encierran son montones de escombros, sepultados bajo la tierra: Tiberiades, Tarichea, Hippos, Gadara, Gerasa, Julias, Capharnaum, Bethsaida, Magdala, duermen sobre sus riberas hace siglos. Al ver sus restos, ocultos bajo las altas yerbas,—paredes desplomadas, columnas mutiladas, dinteles, puertas destrozadas, ladrillos y vasos en polvo,—se diría que era la osamenta y la ceniza de todo un pueblo anonadado por alguna catástrofe y dejado ahí sin sepultura. Esta naturaleza fecunda, guarda, á pesar del abandono, una sorprendente energía que deja ver lo que la voluntad y el genio del hombre pudieran obtener. El suelo, en la primavera, se cubre de un cespéd vigoroso. Los manantiales brotan por todas partes y hacen brotar en las gargantas que ellos riegan, á lo largo de los arroyos por donde corren, grandes laureles-rosas, espumas de agnocastos, de palmeras, de plátanos y de terebintos gigantescos.

Apenas algunas caravanas atraviesan ese país muerto. Ellas se componen de mercaderes que van de Damasco á San Juan de Acre ó á Jaffa, ó de Beduinos que vienen á vender el trigo y la cebada á las mesetas del Hauran y de la Perea. Se las ve pasar, con sus largas filas de camellos, á través de las colinas y los llanos, turbando apenas el silencio de esta tierra muda y devastada.

1 Cf. Antiq., XIII, 2, 3; Bell. Jud., III, 3, 1.

Entre las ruinas que las cubren y con las que se tropieza á cada paso, en medio de las pobres aldeas de los fellahs, cuatro ciudades absorben y concentran toda la vida: San Juan de Acre, Safed, Tiberiades y Nazareth; San Juan de Acre, á donde vienen los Arabes á vender sus cereales; Safed y Tiberiades, en donde los Judíos esperan á su Mesías; Nazareth, exaltado de su desprecio secular, y muy iluminado, por los cristianos, con los recuerdos de la Virgen María y del Niño Jesús. He aquí lo que queda de la vitalidad de esta provincia en la que Josefo contaba, en el primer siglo, quince ciudades fortificadas, más de doscientas aldeas, ó caseríos, y dos ó tres millones de habitantes.[1]

Los Galileos eran una raza vigorosa y brava, agrícola y guerrera, hasta turbulenta, y celosa de libertad. Sus abuelos de Zabulón y de Nephtali tenían una hermosa página en la historia de la conquista del país de Canaan.[2]

Diez mil, á la voz de Débora, se habían levantado contra el rey Jabino; dominados por ella, ellos habían exterminado su ejército al pie del Thabor y enrojecido con la sangre de sus cadáveres las aguas del Kison. Su bravura cantada por la profetisa había pasado á las venas de los Galileos.

Ente ellos Judas el Gaulonita [3] reclutó sus primeros partidarios. El grito de ese revolucionario místico halló eco en el corazón de esos fieros montañeces. El no tuvo trabajo en persuadirles que ellos no debían conocer sino á un solo Señor: Dios, y soportar todos los suplicios más bien que inclinarse ante el yugo pagano. Era un crimen, á los ojos de esos sectarios intratables, inmolar las víctimas ofrecidas por el Senado Romano por la salud de César y del Imperio; ellos veían como un sacrilegio el orar por los príncipes infieles. El celo impetuoso, con el que ellos perseguían la libertad nacional, les valió más tarde,—algunos años después de la muerte de

1 Vita Josephi, 5, 45.
2 Jueces, IV, 5, y sig.
3 Act., V, 37; Antiq., XVIII, 1. 6; XX, 5, 2; Bell. Jud., II, 8, 1.

Jesús, y en las últimas luchas contra Roma,—el nombre de "Zelotas."

Apesar de sus grandes recuerdos y de su enérgico patriotismo, la Galilea, que no tiene doctores ni escuelas célebres, no obtiene ninguna consideración, en sus tiempos de formalismo y de legalidad religiosa en el que los escribas y maestros tienen todo crédito. Los habitantes de la metrópoli y los Judeanos puros la desdeñan. El Galileo les parece inculto, ignorante, sencillo y rudo; ellos vuelven irrisión su dialecto y su acento.[1]

Ese pequeño pueblo valía más que su reputación. La vecindad del Gentil, que alteró tan pronto la creencia y la raza de los Samaritanos, no había lastimado su robusta fidelidad. La Galilea y la Perea, á pesar de los numerosos paganos romanos y syro-fenicios que la habitaban, habían permanecido profundamente judíos. Sólo esto hubo debido inspirar respeto á los Judeanos. El reconocimiento, por lo demás, debía darles la justicia. Desde el reino de los Asmoneanos, los perseguidos de Judá habían siempre hallado un refugio en las montañas y las cavernas inaccesibles de Galilea, é intrépidos defensores en los hijos de esta raza belicosa.

La Providencia venga á los desdeñados y escoge á los que el orgullo humano rechaza. La Galilea y no la Judea es la que verá la inauguración del Reino de Dios; los campesinos, los pescadores de su lago, los aduaneros de sus puertos y de sus caminos, serán los instrumentos de la grande obra.

Cuando Jesús, sustrayéndose al odio y á las amenazas de la autoridad judía, abandonó á Jerusalem y resolvió ir á llevar el Evangelio á Galilea, su fama era esplendente. Su elocuencia y su doctrina, sus milagros, sobre todo, hacían de él un sér extraordinario: él atrajo á la multitud, sorprendió la imaginación, despertó la curiosidad y el entusiasmo.

El se puso á recorrer todo el país, las ciudades y las aldeas,

1 Cf. Lightfoot, Horæ hebraicæ et talmud, p. 151. Leipzig, 1684.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

á frecuentar las más humildes sinagogas, á la hora y en el día en los que el pueblo se reunía. La reputación que le precedía le valía por todas partes una acogida calurosa. Se acudía en tropel para verle y escucharle. Después de la lectura de la Ley y de los Profetas, el jefe de la asamblea le daba el libro, y, según la costumbre, después de haber leído, en pie, el pasaje indicado, él se sentaba y le comentaba.

La evangelización de la Galilea tiene, en su vida pública, un lugar considerable; ella duró de ocho á nueve meses, desde la fiesta de los Purim del año 29 hasta la fiesta de los Tabernáculos del mismo año. Toda la obra de Jesús,—lo que él llamaba su Reino,—esta obra que debía llenar al mundo, bajo el nombre de Iglesia, ha sido fundada, organizada en esos días rápidos.

El hombre de genio halla la vida muy corta para instruir á los discípulos, afirmar sus instituciones, elevar un Estado, reformar una religión, él tiene necesidad de largos años para realizar sus planes; Jesús se ha contentado con algunos meses. En esta pequeña tetrarquía de Herodes, la parte la más desdeñada de la tierra de Israel, él ha revelado lo que él era, se ha apoderado de la conciencia humana en la persona de algunos pobres Galileos de quienes hizo sus Apóstoles, y él inauguró con ellos y en ellos su Reino, que no debía conocer ningún límite, ni el del espacio ni el del tiempo.

La pobreza aparente de los medios está fuera de proporción con la inmensidad de los resultados, y ese contraste forma el mayor enigma de la historia. Este es el signo de Jesús. La crítica independiente se detiene delante de él, y no vacila en hallar ahí el signo de Dios.

El profeta de Galilea le aparece con una fuerza divina y creadora. Todos los nombres humanos de filósofo, de doctor, de legislador, de reformador, y hasta el de profeta, con que le saludó la multitud son insuficientes; bajo la apariencia del Hijo del hombre, él tiene verdaderamente, en este sér, al Hijo de Dios.

Para comprender la potestad de su acción sobre este nuevo medio y los incidentes que señalaron su apostolado, es necesario conocer el estado preciso de la opinión y de la conciencia de los que él venía á evangelizar.

El partido fariseo rígido dominaba en la clase letrada. El afectaba en su enseñanza y sus prácticas, una severidad tanto mayor cuanto la población inferior, mezclada á los numerosos paganos del país, tenía menos celo por las observancias y menos fanatismo contra las costumbres y la religión del extranjero; él dividía la repulsión de las masas por la dominación romana y no se resignaba sino con pena á pagar el tributo anual de César.

La aristocracia era saducea; ella formaba ese partido de los Herodianos que había aceptado como legítimo el reino de los Herodes, á pesar de su origen Idumeo; ella tenía á la vez la fortuna y los honores, ocupaba las grandes funciones administrativas, y, en Galilea como en Judea, ella vivía en la opulencia, desdeñosa del pueblo, amiga de los tetrarcas, hostil á toda iniciativa que amenazaba agitar la conciencia religiosa ó al patriotismo. Una de las funciones más impopulares era la de los colectores generales. Ellos tenían por agentes subalternos á los receptores y á los publicanos ó peajeros, encargados de recoger el dinero del impuesto. En esta clase detestada, las depredaciones y las injusticias eran un vicio reinante. El pueblo, exprimido por el fisco, les odiaba; el Fariseo, escandalizado en su patriotismo, no les perdonaba aliarse á los paganos y hacerse los instrumentos de la servidumbre nacional; él los trataba como parias, les asimilaba á los ladrones y á los sicarios, y no aceptaba su testimonio en justicia.[1] Ellos eran más numerosos que en otra parte, en Galilea, en donde el suelo era fértil, la población muy densa, los caminos más frecuentados, y el tráfico en derredor del lago,—entre las ciudades de

1 Sanhedr., fol. 25, 2.

la Galilea, de la Decápolis, de la Trachonitide, de la Iturea y el país de Damasco,—en plena actividad.

Ellos se reclutaban en las clases inferiores, entre aquellos que no vivían según el rigor de los usos fariseos, y que el partido devoto, en el orgullo de su piedad ritual, trataba con el último desprecio, llamándoles con el nombre de impíos y de pecadores, como usureros, ladrones, jugadores, pastorcitos, vendedores de frutos cosechados durante el año sabático, y los divertidores públicos que distraían á la plebe con combates de pájaros.[1]

El mayor número, en las aldeas y en las ciudades, cayó bajo el desdén de los Fariseos, que componían una pequeña aristocracia provincial cuyo ascendiente estaba fuera de duda, porque ella personificaba al patriotismo y,—lo que el Oriental y el Judío ponen sobre todo,—la ciencia del Libro sagrado y de los ritos.

Las doctrinas farisaicas y saduceas, que ejercían una acción preponderante, en Jerusalem, sobre la clase media, no penetraba en la masa. El pueblo, en todo país, permanece refractario á las argucias de la ciencia y á las sutilezas de la casuística. Lo que dominó á la multitud en esas provincias, fué el amor ardiente de la patria, la idea del Mesías libertador y, como práctica religiosa, las grandes peregrinaciones á Jerusalem.

Desde algunos meses, la agitación mesiánica provocada por Juan-Bautista era extrema. Los Galileos se habían ido hacia aquel que anunciaba la aproximación de Dios; muchos se habían afiliado á él como discípulos. El encarcelamiento del profeta, lejos de calmar el movimiento, le había comunicado un acrecentamiento de energía. El prisionero de Herodes ceñía, á los ojos del pueblo, la aureola del mártir. La persecución no sofoca la palabra del profeta, él la engrandece y la consagra. Todo ese pueblo á quien ella había hecho estremecer,

1 Sanhedr., fol. 25, 2.

miraba, esperaba. Esos publicanos y esos pecadores, que habían recibido el bautismo, confesando sus pecados, se preguntaban más que nunca cuándo vendría el Señor, y por qué caminos se le vería aparecer.

Una palabra resume esas esperanzas y esta agitación: "El Reino de Dios está próximo."[1]

La expresión, traída por Daniel, designa el reino del Mesías, sucediendo á los grandes reinados de la tierra, eclipsándoles por su esplendor y sus beneficios.

La idea que ella traduce, sin precisarla mucho, es todo el genio del pueblo judío, ella le hace vivir, ella es el resorte de su evolución. Ella inspira á los profetas sus más grandes oráculos; no hay uno que no la cante; desde Joel hasta Zacarías y Malaquías,—Oseas, Isaías, Miqueas, Sofonías, Jeremías, Ezequiel, Ageo, Daniel,[2]—todos, durante más de cinco siglos, conservan en el alma de la nación esta esperanza del Reino de Dios y de la edad mesiánica, todos pintan con rasgos deslumbradores y siempre más marcados esta era hacia la cual Jehovah conduce poco á poco á su pueblo y á la humanidad.

Los Apocalipsis[3] de los dos siglos que precedan á la venida de Jesús, están llenos. Era un axioma en las escuelas judías que toda oración en la que no se encontraba el recuerdo del Reino de Dios no era una oración.[4] En el ritual del Templo, el pueblo respondía á las oraciones de los sacerdotes exclamando: "Bendito sea para siempre el nombre de la gloria del Reino de Dios."[5]

Al pasar por los labios de Jesús, esta expresión se propaga y se inflama. Nada es más popular. Cada nación tiene pala-

1 Mat., III, 2.

2 Cf. Joel, II, III; Oseas, XIV; Miqueas, V; Jeremías, XXIII, 4; XXX, XXXI, 31-40; Ezeq., XXXIV, 10-23; Isaías, XXXV, XLII, XLVII, L, LI, LIII, LXI; Ageo, II, 1-9, 18-20; Zacarías, II, III; Mach., III; Daniel, VII.

3 Cf. El Libro de Henoch y el Pequeño Salterio de Salomón.

4 Babyl. Beracoth, fol. 40, 2.

5 Babyl. Taanith, fol. 16, 2.

bras que, por momentos, ejercen una potestad mágica. Diversamente comprendidas é interpretadas, ellas sirven de grito de reunión; el pensamiento que ellas traducen, está siempre seguro de despertar la atención, de pedir la simpatía y de enardecer las pasiones. ¿De qué depende ese encanto irresistible? Evidentemente de que ellas expresan más ó menos el ideal que, en una época atrae ó apasiona un país, un siglo, toda una civilización.

Para un gran número, esta palabra permaneció en cierta vaguedad. La multitud no precisa y no analiza nada; cuando ella trata de comprender, ella apoca y materializa todo.

Los mejores entre los Judíos, vivían confiando en las grandes promesas de Dios, en su misericordia y su fidelidad; ellos esperaban la obra, pero sin determinarla, de temor de desconocerla.

Fuera de ellos, es fácil ver que dos grandes corrientes llevaban y separaban los espíritus: el uno terrestre y político, el otro legal y religioso. Aquellos á quienes lleva el primero, sueñan, bajo el nombre de Reino de Dios, el restablecimiento del reinado de Israel, la libertad del yugo de los Romanos y un Mesías que será el jefe terrestre de ese reinado. En la sencillez y la impetuosidad de su fe, ellos ven á Jerusalem ya convertida en el centro y la metrópoli de todas las naciones, ellos contemplan á la casa de Jehovah abierta á todos los paganos que han acudido en tropel, para adorar á su Dios y aclamar, en su Mesías, al Rey universal.

Inflamados de esperanzas, ellos se estremecen con el pensamiento de un mundo nuevo, desbordando de alegría y de felicidad,—verdadera edad de oro de la humanidad mesiánica. Es propio de la fe sencilla alimentarse de ilusiones y no tener conciencia del obstáculo. Los Galileos se abandonaban, se entregaban tanto más á esos sueños cuanto que correspondían mejor á su naturaleza independiente y guerrera.

Los que llevan la corriente legal y religiosa ambicionan sobre todo el triunfo de la ley mosaica, tal como los Escribas y

Hassidim, desde Esdras, la habían interpretado. Ellos se resignaban al yugo extranjero, siempre que el Dios de Israel fuese el Dios del universo, y la Thora, el código universal. Esa corriente prevaleció en las escuelas y entre los caudillos del pueblo,—Saduceos, amigos del poder, y Fariseos moderados de la escuela de Hillel.

A medida que los desastres acumulados desanimaran su patriotismo, esta tendencia no hará más que crecer; y ella se formulará en doctrina siempre más neta y más expresa, bajo la pluma de los doctores talmudistas.[1] El Reino de Dios, para los Judíos divididos por las preocupaciones políticas y religiosas no es mas que su propio reino. Todos ponen sus ideas en lugar del pensamiento de Dios, los unos queriendo sujetar el mundo á una nación, los otros pretendiendo encadenar las conciencias á una ley imperfecta; ahora la nación judía estaba destinada á perecer y la ley mosaica á ser completada. Un solo ser ha comprendido y revelado en su plenitud el pensamiento divino resumido en esa palabra: "el Reino de Dios," este es Jesús.

El adoptó esta expresión popular en su apostolado galileo. Ninguna correspondía mejor á sus designios y á su obra, porque ella contenía toda su doctrina, todo su plan; ella es su gloria, su razón de ser, todo su genio.

Ni una palabra, ni un acto de su vida que no se refiera á ella. Si él predica, es para publicar la buena nueva del Reinado y traducir lo que él es; si él enseña á la multitud en la montaña, es para promulgar las leyes; si él habla al pueblo con parábolas, á orillas del lago, es para pintarles con imágenes los misterios del Reinado, su origen, su evolución, sus luchas y sus victorias; si él ora, si él nos enseña á orar, es para pedir que él venga; si él multiplica los milagros, es para establecer que él es el fundador y el maestro; si él elige á los apóstoles, es para perpetuarles después de él y asegurar la propa-

1 Cf. Berzoth, c. 2; Gemara Babyl, fol. 13, 2, f. 15, 1; Zohar Levit, f. 53.

pagación en el seno de la humanidad; si él muere es para vencer con su muerte los obstáculos que impedían el establecimiento; si él derrama el Espíritu de Dios en la conciencia de los que creen en él, es porque la efusión del Espíritu es la esencia misma; si él quiere que se tenga fe en él, es porque él es el centro único en el que el hombre puede tomar el Espíritu quien sólo hace reinar á Dios; si él se transfigura ante algunos de sus discípulos, es para mostrarles lo que llega á ser el sér humano en su Reinado; si él descubre, en discursos proféticos, las perspectivas del porvenir, el fin y el más allá de los tiempos, es para mostrar el esplendor del universo reservado á la raza nueva de los hijos de Dios.

El pensamiento del Maestro no tiene la menor huella de las preocupaciones de su siglo; él está igualmente libre del elemento nacional y político de los futuros Zelotas y del elemento legal y mosaico del Fariseísmo. No se hallará en la historia un solo genio que no haya, en cierto grado, transigido con los errores reinantes y el particularismo de su medio. Jesús escapó á esta inferioridad de los más grandes hombres. Su pensamiento es puro, él tiene los caracteres de lo Verdadero: la universalidad, la eternidad, la inmutabilidad. Por haberle desconocido y falseado casi todos los historiadores modernos se han equivocado respecto á su persona, su obra y su vocación. De todas las ideas que la inteligencia humana siempre ha concebido, ninguna le iguala en altura y en profundidad, en latitud y duración; siempre actual y siempre necesario, él es, á la vez, el más humano y el más divino.

¿Dios no reinaba, pues, en la humanidad, puesto que se hablaba de la aproximación de ese Reino como de una buena nueva? El reino de la materia y de sus leyes, el reino del animal y de sus instintos, el reino del hombre inteligente y libre, sujeto á la naturaleza, á quien no conoce, á las fuerzas instintivas que él no domina, confundiendo á Dios con la criatura, adorando á la criatura y olvidando á Dios, multiplicándose sobre la tierra, entregado á sus errores y á sus vicios, á sus pasiones y á sus miserias, á la esclavitud y á la muerte: he aquí al mundo. En esta noche llena de tinieblas y de enloquecimientos, en medio de todas las razas y de todos los pueblos, de todas las civilizaciones y de todas las religiones, un pueblo, una raza, una civilización, una religión conserva, ciertamente, desde hace veinte siglos, el culto sin mancha del verdadero Dios; pero el Dios terrrible que ha dictado al Judío su ley de justicia y de esclavo, no habla ahí sino bosquejado su Reino. El espíritu de temor por el que él encorbó las voluntades, no había logrado invadir á la tierra pervertida. Una gran esperanza brillaba sola en algunas almas, interpretando el voto de la universal miseria: esta fué la esperanza que Jesús iba á colmar.

El tiene la conciencia plena de esta obra, y por esto dijo: "Los tiempos se han cumplido." Los más grandes profetas no pueden sino esperar; uno de ellos ha marcado la hora esperada; pero sólo Jesús,—porque él le posee en él,—es dueño da dar todo lo que la humanidad llama por sus aspiraciones confusas.

Para que ese Reino celestial sea realizado, es preciso desde luego que Dios mismo intervenga personalmente en su obra; ahora esta intervención personal, tan claramente anunciada por los profetas, se cumplió en Jesús, Hijo de Dios é Hijo del hombre, poseyendo á la vez la fuerza de Dios y la fuerza del hombre, en su plenitud; es necesario que el Dios desconocido y despreciado se revele en su verdad y en su voluntad; ahora sólo Jesús, por su unión absoluta con Dios, Jesús, quien sólo conoce al Padre y todos los secretos de su sabiduría infinita, nos trae esta doble revelación; es necesario que el Espíritu mismo de Dios, de quien Cristo ha recibido la unción total, sea comunicado al hombre libre; ahora Jesús es la fuente única de este Espíritu. El hombre animal deberá prestarse á esta comunicación, renunciar á sí mismo, transformarse y creer: Jesús le pide y le da la potestad de cumplirlo. Mas el Reino de

Dios estando destinado á todos los siglos, á todas las naciones, á todas las civilizaciones. Jesús se escogerá los obreros encargados de continuar su acción visible é indefectiblemente, de propagar y de extender el Reino divino: esto es lo que él llama su Iglesia.

Considerado en sus elementos esenciales, el Reino de Dios implica un caudillo, una ley, súbditos. El jefe es Jesús; la Ley, el Espíritu vivo de Dios ó la voluntad del Padre; los súbditos el conjunto de hombres quienes, por la fe, reconocen al jefe, se abren á este Espíritu por el arrepentimiento y aceptan esta voluntad por el amor.

Considerado en su evolución, á ejemplo de todo lo que crece, él abraza tres fases: el principio, el crecimiento laborioso y la consumación. En su faz inicial, él se concentra en Jesús y en sus primeros fieles; en su crecimiento él comprende la jerarquía apostólica y todos los creyentes que le obedecen como depositario de los poderes de Cristo invisible; en su consumación, él representa el término glorioso de la humanidad regenerada en la gloria reservada á los elegidos. Esos tres estados, ligados el uno al otro, proceden el uno del otro: del germen divino que es Cristo sale la Iglesia, creciente como las ramas del árbol gigantesco que debe cubrir al mundo; y la humanidad, plenamente transfigurada por Cristo, sale de la humanidad sufriente con él, entregada como él á las persecuciones y á la lucha, hasta que el Espíritu de Dios la glorifique en la plenitud de la vida, á ejemplo de Jesús.

El Reino de Dios abraza así la totalidad de los tiempos y de los mundos; él se prepara sobre la tierra, en donde él sufre violencia, pero él llenará el cielo, en la época marcada por Aquel que conduce todo y que sólo tiene el secreto de su obra y de los tiempos.

Se ve, entónces, cómo ese Reino de Dios es el reino del Espíritu, puesto que es el Espíritu de Dios mismo quien le funda, y que para participar de él el hombre debe renunciar á la carne y renacer en el Espíritu; cómo él no destruye nada,

sino consuma todo, puesto que él comunica al hombre la fuerza y la luz de Dios que acaban todo; cómo él no es de este mundo, puesto que este mundo no contiene sino la materia, la animalidad y la razón,—cosas todas inferiores al Espíritu de Dios; cómo él sufre violencia y no es conquistado sino por la voluntad, porque el hombre esclavizado á la materia, tiene sus instintos y sus vicios, está obligado á transformarse dolorosamente y á renunciar á la materia, á sus pasiones y á sus miserias para entrar ahí; cómo él está dentro del hombre, porque en su alma y en su conciencia es en donde el Espíritu viene á habitar; cómo él es eterno, porque el Espíritu de Dios que le constituye está sobre el tiempo y los siglos, de todo lo que pasa, de todo lo que muere; cómo ninguna potestad prevalecerá contra él, ¿porque en dónde está la fuerza que prevalecerá contra Dios? cómo él será pacífico, porque el Espíritu de Dios es caridad, y en donde reina la caridad, reinan también el orden y la paz. Se ve, en fin, cómo el Reino invisible se realiza socialmente y visiblemente por la Iglesia edificada sobre Jesús para reunir, poco á poco, al medio del mundo y de los siglos, las almas predestinadas, perpetuando su Espíritu, su palabra y su virtud.

El advenimiento del Reino de Dios, tal como Jesús le concibió, no es una cuestión judía, es una cuestión humana. El Evangelio que contiene esta nueva es, desde entonces, el libro de todos; y aquel que la realiza no es solamente el Mesías de los Judíos, él es el Mediador universal. Ese Reino es más que la transformación divina y definitiva de la religión de Israel, él es la Religión misma, en su perfección absoluta.

Con Jesús un Reino nuevo, en el sentido más riguroso, está verdaderamente inaugurado sobre la tierra,—reino infinito, eterno, que dominará, perfeccionará los reinos anteriores de la materia, de la animalidad y de la humanidad. Sobre la materia, las fuerzas animales y la razón, estará, por lo demás, en actividad incesante, el Espíritu vivo y personal de Dios. El ha tomado posesión de la humanidad en Cristo; él desbordará de

él, para conquistar á todas las almas de buena voluntad, á todas las razas, á todas las civilizaciones; él será el refugio supremo de los pobres, de los aflijidos, de los humildes de este mundo, de aquellos á quienes abruma la realidad presente, que esperan un progreso nuevo en la verdad y en el bien, que tienen hambre y sed de justicia, que quieren vencer al mal y no encuentran en ellos la fuerza para dominarle. Ellos son el mayor número, ellos son la multitud, ellos son la humanidad. Para los otros,—los satisfechos, los dichosos, los violentos que oprimen á los débiles, los soberbios que se complacen en su ciencia limitada, su legalidad y su vana sabiduría, los corrompidos que se lisonjean á sí mismos y que no conocen el tormento de lo Infinito,—para todos estos, el Reino de Dios permanece inaccesible é incomprensible, ellos rodarán en las tinieblas y el dolor, sin fin y sin esperanza.

Este periodo Galileo de la vida de Jesús es de un interés superior para esos pobres Judíos de la tetrarquía de Antipas. Lo que va á pasar allí repercutirá en todo el universo: las palabras dichas allí serán repetidas en los cuatro confines de la tierra; la obra fundada allí, al rededor del lago de Genezareth, se extenderá por todas las riberas: la ley promulgada sobre la montaña será, no un código pasajero y particularista, sino e código eterno y universal, destinado á regir toda conciencia; los milagros verificados allí serán, más que sencillas curaciones de enfermos y de miserables, señales de la curación invisible de los corazones heridos, de las almas paralíticas, de los espíritus ciegos de que el mundo está lleno; los apóstoles escogidos allí serán la gran Iglesia, ellos se perpetuarán con los siglos, invadirán la tierra y la conquistarán á Cristo.

Para cumplir su obra, Jesús tenía la virtud de Dios que se revelaba humanamente en él, por la sabiduría, la potestad y la bondad. Su sabiduría iluminada, su potestad mandaba á la materia y á los espíritus, su bondad todo lo atraía.

Nada de lo que puede dar á la palabra la eficacia y el prestigio faltaba á la de Jesús.

Los Evangelios que no piensan un instante en la apología de sus héroes, exaltan la acción extraordinaria que ella ejerció. Una palabra entra sin cesar en su narración: "La multitud," refieren ellos, "estaba en la admiración."[1] Aquellos mismos que se enviaban para espiarle, volvían deslumbrados.—Jamás se ha hablado como este hombre, decían ellos á sus jefes.[2]

Lo que nosotros llamamos la elocuencia;—el genio de la palabra pública,—en él no es un arte, sino un dón maravilloso del Espíritu. Ningún apóstol, ningún profeta le ha igualado. Ninguno ha tenido como él, el secreto de persuadir y de conmover; ninguno ha hecho entrar en el alma más profundamente las convicciones más fuertes y más sublimes, las virtudes más heroicas, más energía y más amor. Su palabra ha sido una de las palancas con las cuales él ha levantado al mundo. El sabía decir á todos la verdad oportuna. Durante siete meses, él tiene á todo eso pueblo de Galilea bajo el encanto, trayéndole tras de sus pasos, lejos de sus aldeas y de sus ciudades, en la soledad, en las orillas del lago de Tiberiades y sobre sus colinas.

La palabra humana á menudo es vacía, ella no expresa mas que una verdad trivial, imperfecta, que la ignorancia estrecha, que el error algunas veces desfigura y que la pasión exagera. Raras veces, ella se anima con el fuego del espíritu: por esto, su impotencia y su debilidad. La poca vida que ella contiene se agota pronto, como el pensamiento anhelante y la virtud tímida de que ella se inspira. Las más llenas, las más vibrantes, no franquean los límites de un pueblo ó de un siglo; más allá, ellas mueren, semejantes á esos granos delicados que no germinan sino en algunos surcos.

La de Jesús, al revelar toda su alma, encarna el pensamien-

1 Mat., VII, 28; Marc., VI, 2; Luc., IV, 22, 32, etc.
2 Juan, VII, 46.

to y la virtud de Dios. Ella es Espíritu y vida. Ella tiene el origen supremo, el relieve y el brillo, la fuerza y la oportunidad; ella corta y hiere como la espada, ella tiene la punta y el doble filo. Aun cuando ella traiga algunas veces las expresiones de los Profetas, ella no repite, ella rejuvenece las antiguas fórmulas, dándoles un sentido nuevo: ella las acaba y las llena. Ella centellea de inspiración de la plenitud de Dios vivo, y trae con ella al Dios vivo. "El cielo y la tierra pasarán," ha osado decir Jesús, "mis palabras no pasarán."[1] Ellas permanecen en efecto en la conciencia humana, como las estrellas en la noche.

El género humano admira los aforismos recogidos de su boca como la expresión perfecta, ideal de la verdad. ¿Qué oración reemplazará á la suya y osará tener á Dios en otro lenguaje que el "Padre nuestro, que estás en los cielos?" El nos ha dado la fórmula de todas las virtudes heroicas; de la caridad: "Amad hasta vuestros enemigos y haced el bien aun á los que os odian;"[2] de la humildad: "Hipócrita, tú ves la paja en el ojo del vecino y no ves la viga en tu ojo;"[3] de la bondad para con el culpable: "Que el que se halle sin pecado le arroje la primera piedra;"[4] del perdón á los verdugos: "Padre, perdónales, porque ellos no saben lo que hacen;"[5] del consuelo y de la fuerza en los dolores: "Venid á mí, todos los que sufrís, y yo os aliviaré."[6] El ha creado la ciencia de ser dichosos, en esas máximas que parecen un desafío á la sabiduría humana y que nunca han engañado á nadie. "Dichosos los pobres, los dulces, los afligidos, los que han hambre de justicia, los pacíficos, los peregrinos; porque de ellos es el Reino de los cielos."[7]

1 Marc., XIII, 30.
2 Mateo, V, 44 y sig.
3 Mateo, VII, 3; Luc., VI, 41.
4 Juan, VII, 7.
5 Luc., XXIII, 34.
6 Mateo, XI, 28.
7 Mateo, V, 1 y sig.

La palabra de Jesús tiene la energía creadora.

Al expresar la verdad, el hombre no puede sino apetecer el bien, él no tiene la virtud de producirle. Jesús hacía el bien que él decía; él hablaba como teniendo potestad soberana é irresistible. Con una palabra, él arrojaba y subyugaba á los espíritus malos, curaba á los enfermos, calmaba todo dolor, daba el movimiento á los paralíticos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la vida á los muertos. El tenía el dón de transformar el alma. Al acercarse al Profeta, al suplicarle con fe, se estaba seguro de ser escuchado. Los beneficios fluyen de sus manos. No es algún milagro asilado, el que hace salir al Espíritu de quien ha recibido la unción, son torrentes de milagros. Los testimonios son formales. El milagro no es un fenómeno excepcional en la vida de Jesús, es el estado normal, el signo constante de su bondad inagotable, él se produce desde que se le aborda con la confianza y el sentimiento de su miseria.

El Taumaturgo atrafa y subyugaba todavía más que el Evangelista. El pueblo es el mismo en todas partes, en Oriente como en Occidente; la potestad le cautiva más que la inteligencia, los hechos brillantes más que las palabras elocuentes, los prodigios más que los discursos. Pero cuando estos dos elementos se reunen, la acción es irresistible. Nadie antes de Jesús, nadie después de él, ha aparecido sobre la tierra, así armado de la doble fuerza de Dios. Los profetas no tienen más que rayos intermitentes de su luz, y una potestad de copia para las obras escepcionales; Jesús posee como á su bien propio, á la Verdad eterna que ilumina, la potestad infinita á la vida y la muerte, la naturaleza y la humanidad obedecen.

Otro elemento de acción popular en Jesús, es su carácter, la mansedumbre y la bondad. El no halaga al pueblo como los seductores; él le ama. Todo en él está al servicio de su amor. El mira á los pobres, á los pequeños, á los pecadores despreciados. ¡Qué violento contraste con los Fariseos, los doctores,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los jefes de toda orden, sacerdotes, ancianos, escribas, que hacen del desprecio del populacho un precepto y casi una virtud! Ese carácter de Jesús salía de toda su manera de ser, de hablar, y de obrar. Al verle, el pasaje tan conocido de Isaías respecto al servidor de Jehovah, venía á la memoria:—"Hele aquí," dijo el Señor, "yo pondré mi Espíritu sobre él, y él anunciará la justicia á los paganos. El no disputará ni gritará. No se escuchará su voz en las plazas. El no romperá la caña quebrada, él no extinguirá la mecha que humea; él hará triunfar á la justicia, y su nombre será la esperanza de los paganos."[1]

El hombre dotado de algún talento superior, intimida por su misma superioridad; él exhala, á su pesar, yo no sé que espanto. La potestad produce el aislamiento; se la teme, y para no sufrirla, se aleja de ella. Ella amedrenta aun á aquellos á quienes ella se digna inclinarse. Incapaces de inspirar la confianza y la afección, los fuertes se resignan á reinar por el temor.

Jesús escapa á esta ley común. La armonía y la potestad de sus facultades, su dulzura infinita, encantan y atraen á todos los seres débiles, sufrientes, abrumados, desdichados, y, por consecuencia, al pueblo. Nacido el mismo en medio de los pobres, destinado á una vida de mártir, él ejerce la seducción reservada á los hombres que llevan la aureola del sufrimiento.

Su vocación dolorosa estaba sin cesar ante sus ojos: él se sabía y se sentía consagrado al suplicio, este pensamiento tendía sobre todo su ser un velo de tristeza, pero el amor de Dios y de los hombres dominaba todo en él, y la tristeza, mezclándose á su bondad, hacía á ésta más expresiva aún y más seductora.

La evangelización de la Galilea tiene un carácter francamente popular. Jesús, al tomar primero por teatro de su predicación á las sinagogas en donde la multitud se reunía todos

1 Isaías, XLII, y sig.

los sábados, estaba seguro de alcanzar á la población entera. El no procede como Juan, el profeta del desierto, que llamaba así al pueblo; él toma la delantera, él se afirma, él va á donde él está: este es un signo de fuerza y de bondad.

Si Juan, al solo anuncio de la llegada del Reino de Dios, había perturbado á la conciencia judía, ¿qué acción no debió ejercer Jesús, publicando á la multitud de los Galileos que el Reino de Dios había llegado? Sin embargo, esta noticia conmovedora no debía tardar en suscitar las más graves dificultades. La primera tocaba á la idea misma del Reino anunciado, la segunda al Mesías, fundador de ese Reino. Todo, en la doctrina y la persona de Jesús, chocaba de frente á las preocupaciones del pueblo y de los doctores galileos.

Espérase un reino político. Jesús anuncia un Reino espiritual é interior; espérase que la Ley va á reinar: Jesús profetiza el Reino del Espíritu; quiérese un Mesías armado de la potestad terrestre: Jesús se presenta, sin pretensión humana, sin otra fuerza que la de su Padre, la Sabiduría que enseña la eterna Verdad, la potestad que sana al alma y al cuerpo; suéñase el triunfo del pueblo y de la raza carnal de Abraham sobre todas las naciones: Jesús viene á inaugurar al pueblo y á la raza de los hombres regenerados por el Espíritu; se está persuadido que el título de hijo de Abraham y la fidelidad á la ley de Moisés bastan para ser incorporado á ese nuevo pueblo de Dios; Jesús no pide sino la transformación moral y la fe en su palabra.

Todo estaba contra él. Jamás en Jesús se sorprende ese aire familiar á los políticos de halagar la opinión á fin de apoderarse mejor. El no cuida sino á la debilidad, velando las verdades muy elevadas que el pueblo no podía entender; él domina á los espíritus para conducirlos suavemente á la luz. Pero la fuerza del mismo Dios no podría escapar en la tierra á las resistencias del hombre; Jesús les ha hallado, y por un fracaso es como se inaugurará su apostolado Galileo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los documentos evangélicos no precisan las aldeas, los caseríos y las ciudades de Galilea, á donde él vino á anunciar la buena nueva del Reino de Dios. San Lucas, sin embargo, refiere en detalle el viaje que él hizo á Nazareth, en esta época: narración animada que hace revivir una escena de la sinagoga judía, y nos da el primer comentario de Jesús acerca de la naturaleza de su Reinado.

Jesús no había reaparecido en su país, según parece, desde el día en que él le había dejado, yendo al Jordán á recibir el bautismo de Juan. El quizo volver á ver, evangelizar á la ciudad en la que él había crecido ignorado, y consagrarle las primicias de su apostolado galileo.

El día del sábado, fué, según su costumbre, á la sinagoga, en aquella misma que él había visto tantas veces, sentado en silencio, en los últimos lugares, confundido entre sus compatriotas, escuchando la lectura de la Ley, los comentarios de los doctores y de los ancianos. El artesano desconocido reaparece ahí hoy con el nombre de profeta; la curiosidad atrajo sobre de él á todos los ojos. Deblase de estar impaciente en la pequeña ciudad por comprobar todo lo que se decía de él. Los jefes de la sinagoga debían mirarle con cierta arrogancia. La semi-ciencia de esos doctores de provincia les disponía mal á saborear la palabra de un artesano sin letras, quien no habiendo jamás frecuentado las escuelas, no tenía ningun título, y que rompía abiertamente con sus usos.

Después de la recitación de las oraciones acostumbradas y la lectura de los pasajes de la Ley, se hizo á Jesús el honor de leer el fragmento de los profetas. Por orden del presidente, el "Hasan" vino á ofrecerle el rollo sagrado; él le desplegó, y halló el pasaje siguiente del profeta Isaías.

"El Espíritu del Señor, el Eterno, está sobre mí;

"Porque el Eterno me ha ungido para llevar la buena nueva á los desdichados.

1 Luc., IV, 16 y sig.

"El me ha enviado á curar á los que tienen el corazón destrozado.

"A proclamar á los cautivos la libertad y á los prisioneros la salvación.

"A publicar el año de gracia del Eterno y el día de venganza de nuestro Dios.

"A consolar á los afligidos, á anunciar á aquellos de Sion, que lloran, que una diadema les será dada en lugar de ceniza, el aceite de alegría en vez del de duelo, un manto de gloria en vez de un espíritu abatido. Se les llamará los terebintos de la justicia, una plantación para la gloria del Eterno."[1]

El dobló el rollo, le entregó al "Hasan," y se sentó. Todos le miraban en silencio. Entonces, él comenzó por decirles: "Lo que acabáis de oir ya se cumplió hoy mismo."

Jesús explica á los Nazarenos que él es aquel sobre quien el Espíritu del Señor ha descendido, que en virtud de esta unción divina, él es el enviado mesiánico, el caudillo del Reide Dios; y él enseña la naturaleza de ese reino, tal como Isaías le había profetizado.

Semejante pintura no tenía nada que pudiera halagar á las ideas en favor para con los Fariseos y en las escuelas. Los patriotas fanáticos y los celosos de la Ley no encontraron ahí su ideal de convención. Bajo su lenguaje figurado, vanamente se busca una alusión á la futura restauración del Reinado de Israel, á su libertad del yugo romano, á la extensión triunfante de la Ley con la cual se cubría el orgullo de ese pueblo; no se trata sino del amor y de la misericordia infinita del Eterno: he aquí lo que ha producido, en efecto, el Reino esperado; no se trata sino de los pobres, de los humildes, de los encadenados, de los prisioneros, de los afligidos, de los que lloran: he aquí á los elegidos del nuevo Reino. Aquellos están por doquiera, en toda la tierra, como en Israel; porque en todas partes el alma humana sufre, espera y sucumbe bajo las cade-

1 Isaías, LXI, 1 y sig.

nas con que el mal le abruma, por todas partes ella llama á Aquel que solo ilumina y consuela, liberta y calma.

Ese portador del buen mensaje á toda conciencia, ese consolador, ese libertador, ¿quién es? El no existe entre los hombres; es preciso que Dios le envié, y para que él pueda cumplir su obra, es necesario que el Espíritu de Dios esté en él. Por este Espíritu es por el que él hará reinar á Dios y constituir el Reinado destinado á acabar y á coronar la evolución de las cosas.

¡Con qué acento emocionado, qué unción, qué elocuencia, Jesús habla del amor de Dios, de los sufrimientos del alma privada de él; con qué estremecimiento él muestra la alegría reservada á aquellos que acogerán la buena nueva, ceñirán la diadema, serán perfumados con el aceite de la paz, revestirán el manto de alegría y se exaltarán en la justicia, como los terebintos de Dios! Se le puede juzgar por el efecto producido; la aprobación y la admiración fueron unánimes.

Sin embargo, calmado el primer movimiento, una objeción se suscitó por sí misma en un gran número. Al darse Jesús claramente como el Mesías, preguntábase con qué derecho él osaba atribuirse ese título, y se recordaba con desdén su pobre nacimiento:—¿No es éste, se decían, el hijo de José?

La oposición se acentuó; se le debió apremiar con un tono escandalizado para saber sobre qué signos él apoyaba una pretensión tan elevada. La razón imparcial permaneció en calma; pero los espíritus ofendidos en sus ideas preconcebidas no se poseen. El fanatismo reinaba casi en todas partes entre los Judíos, en esta época; les eran precisas las señales, y ellos las exigían de Jesús como justificación de su mesianidad. Jesús las rehusó á los Nazarenos, como él siempre las ha rehusado á los que las piden con ese mismo espíritu de incredulidad. El no las concede sino á los que tienen fe, nunca á los que discuten ágriamente, soberbiamente. Este es un hecho culminante en toda su vida, un rasgo característico de su conducta.

¿Las señales, no se habían ya cumplido en Jerusalem, en Judea, en Capharnaum? ¿Y él no tenía el derecho de invocar el testimonio de ellas, ante sus conciudadanos escandalizados de que el hijo de José se daba como el enviado de Dios?

—"Vosotros me objetáis, evidentemente," les dijo, "el proverbio: Médico, cúrate á tí mismo. Lo que has hecho "con los otros, hazlo con los tuyos. Todo lo que has cumplido en Capharnaum, manifiéstalo aquí mismo en tu país."

Jesús permaneció inexorable. Nada ha tenido influencia sobre él, mas que la confianza y el amor; ningún desafío le turba, ninguna exigencia le hace ceder. El es como su Padre: él resiste á los soberbios y á los violentos, él ama á los humildes y á los dulces.

—"En verdad, yo os lo digo," respondió á los Nazarenos, "vosotros justificáis otro proverbio:" "Ningún profeta halla acogida en su patria." Dios les envía á quienes le place. Y tomando la historia, añadió: "Ved á Elías, en el día en que él profetizaba, en esos tres años y medio en que el cielo permaneció cerrado y en que la tierra fué presa del hambre, había muchas viudas en Israel: Elías no fué enviado á ninguna de ellas, más en Sarepta, país de Sidon, á una pobre mujer viuda.[1] Y en el tiempo de Elías el profeta, había muchos leprosos en Israel: ninguno fué purificado, ninguno, con excepción de un Syrio, Naaman."[2]

Jesús deja entrever á sus contradictores una verdad dura. El insinúa, por sus ejemplos, que el Reino de Dios no está encadenado al pueblo de los profetas, que ese pueblo obstinado no le recibirá, que el Mesías será enviado á los paganos, á esos hambrientos y á esos leprosos de quienes son el símbolo la pobre mujer de Sarepta y el Syrio. Nada podía herir más cruelmente al orgullo religioso de los Fariseos y á su falso patriotismo.

1 III Reyes, XVII, 9-24.
2 IV Reyes, V, 9-14.

La enseñanza de Jesús no era, por tanto, sino la de los profetas respecto al Reino de Dios y respecto al mismo Mesías; mas á aquellos á quienes el error cautiva y á quienes la pasión conduce, no quieren ver nada fuera de lo que acaricia á la pasión y halaga al error. La verdad no les alumbra, ella les irrita; ellos no miran más, ellos se ciegan; llevados de la cólera, ellos no tienen otra inspiración que la violencia; ellos anatematizan, ellos excomulgan, ellos lapidan y ellos matan.

Exasperados por las palabras del Profeta que les juzgaba indignos de ser testigos de esas señales, exasperados por su lenguaje respecto á los paganos y al pueblo santo, los Nazarenos se levantaron. Con desprecio de su ley, sin juicio preliminar, sin consejo, ellos le arrojan de la sinagoga, le empujan lejos de su ciudad como á un excomulgado, y en su fanatismo, ellos quieren precipitarle desde lo alto de una roca de la montaña.

¿Cómo escapó Jesús de este alboroto? Una fuerza divina le guardó. El Evangelio le muestra en medio de esos energúmenos, tranquilo y dulce. Ninguno extiende la mano sobre él, todos se apartan, y él pasa.[1] Nadie tiene poder sobre Jesús. El Espíritu que le llena le preserva. El va á donde él le lleva, á través de la humanidad frecuentemente conjurada, pero siempre impotente, si él no se entrega por sí mismo á los golpes.

El dejó á Nazareth, y debió llorar por ella, porque si nada le daba más alegría que la confianza, nada le entristecía más que la incredulidad.

Esta es la suerte de los dulces y de los humildes, el ser despreciados y perseguidos. El tomó, á través de la montaña, el camino del lago, por Caná y el llano de El-Batouf, y se dirigió hacia Capharnaum.

---

1 Luc., IV, 30.

CAPITULO II.

JESÚS EN CAPHARNAUM.

El lago de Genezareth, es la joya de la Galilea. No es un zafiro siempre azul; sus aguas se parecen al ópalo de cambiantes reflejos. Las montañas le forman un engaste de hermosa cinceladura. Al Occidente, las alturas grises de Safed, las rocas escarpadas del ouady Hammar, Koroum-Hattin, la cima de Arbel, los montes de Tiberiades; al Oriente, las últimas pendientes todas verdes que descienden, ondulando, del alto país de Gaulan, y que se enderezan algunas veces para caer á pico; al Norte, las colinas de Korazin, y por el otro lado, el gran Hermon, deslumbrante de nieve,—cierran el horizonte por todos lados. Ese círculo inmenso no se entreabre sino al Sur para formar el valle del Jordán y dar paso al río. El cielo del Medio día rodeado por las masas azulosas y vaporosas de los montes de Bercan y de Adjloum, es de una blancura de plata.

Los volcanes han agitado á esas montañas y á esas colinas, como han sacudido las regiones de la mar Muerta. Los trozos

La enseñanza de Jesús no era, por tanto, sino la de los profetas respecto al Reino de Dios y respecto al mismo Mesías; mas á aquellos á quienes el error cautiva y á quienes la pasión conduce, no quieren ver nada fuera de lo que acaricia á la pasión y halaga al error. La verdad no les alumbra, ella les irrita; ellos no miran más, ellos se ciegan; llevados de la cólera, ellos no tienen otra inspiración que la violencia; ellos anatematizan, ellos excomulgan, ellos lapidan y ellos matan.

Exasperados por las palabras del Profeta que les juzgaba indignos de ser testigos de esas señales, exasperados por su lenguaje respecto á los paganos y al pueblo santo, los Nazarenos se levantaron. Con desprecio de su ley, sin juicio preliminar, sin consejo, ellos le arrojan de la sinagoga, le empujan lejos de su ciudad como á un excomulgado, y en su fanatismo, ellos quieren precipitarle desde lo alto de una roca de la montaña.

¿Cómo escapó Jesús de este alboroto? Una fuerza divina le guardó. El Evangelio le muestra en medio de esos energúmenos, tranquilo y dulce. Ninguno extiende la mano sobre él, todos se apartan, y él pasa.[1] Nadie tiene poder sobre Jesús. El Espíritu que le llena le preserva. El va á donde él le lleva, á través de la humanidad frecuentemente conjurada, pero siempre impotente, si él no se entrega por sí mismo á los golpes.

El dejó á Nazareth, y debió llorar por ella, porque si nada le daba más alegría que la confianza, nada le entristecía más que la incredulidad.

Esta es la suerte de los dulces y de los humildes, el ser despreciados y perseguidos. El tomó, á través de la montaña, el camino del lago, por Caná y el llano de El-Batouf, y se dirigió hacia Capharnaum.

---

1 Luc., IV, 30.

CAPITULO II.

JESÚS EN CAPHARNAUM.

El lago de Genezareth, es la joya de la Galilea. No es un zafiro siempre azul; sus aguas se parecen al ópalo de cambiantes reflejos. Las montañas le forman un engaste de hermosa cinceladura. Al Occidente, las alturas grises de Safed, las rocas escarpadas del ouady Hammar, Koroum-Hattin, la cima de Arbel, los montes de Tiberiades; al Oriente, las últimas pendientes todas verdes que descienden, ondulando, del alto país de Gaulan, y que se enderezan algunas veces para caer á pico; al Norte, las colinas de Korazin, y por el otro lado, el gran Hermon, deslumbrante de nieve,—cierran el horizonte por todos lados. Ese círculo inmenso no se entreabre sino al Sur para formar el valle del Jordán y dar paso al río. El cielo del Medio día rodeado por las masas azulosas y vaporosas de los montes de Bercan y de Adjloum, es de una blancura de plata.

Los volcanes han agitado á esas montañas y á esas colinas, como han sacudido las regiones de la mar Muerta. Los trozos

negros de basalto que ellos han vomitado se ven por todas partes. Y sin embargo, ¡qué contraste entre la mar Muerta y la mar de Tiberiades! La una es un abismo, la otra una copa; la cólera de Dios parece cernirse sobre la una, y el amor de Dios sobre la otra. Aquí, una tétrica, una espantosa desolación; allá, una tranquila serenidad.

El lago se alarga en punta del Norte al Sur, midiendo más de veinte kilómetros; él se dilata hacia la ribera occidental que describe un vasto semicírculo desde el montículo de Medjel hasta el promontorio de Khan-el-Minich; su mayor longitud es de tres ó cuatro leguas; él dibuja un óvalo irregular.

Cuando el cielo allí se refleja, deslumbrante de blanca luz, él también parece blanco, semejante á la nieve del Hermon.

La vista no distingue en donde termina el lago y en donde el cielo comienza. Las colinas de las dos riberas suavizan, al alejarse, sus aristas y su tinte. Las más próximas se colorean de un violeta obscura, las más lejanas de un azul pálido. En la noche, después de la puesta del sol, el lago parece adormecido; sus aguas, sin ondas, congeladas, tomando tintes metálicos. Visto por su latitud, se confunde con la tierra: una linea brillante como una lámina de acero marca la ribera. Las colinas se reflejan vagamente en anchas bandas violaceas, onduladas sobre un fondo verde. Por instantes un soplo baja de la montaña y riza, sin turbarla, la hermosa balsa inmovible; esto es como un rumor. A medida que el día decrece, los colores del lago se borran poco á poco y se pierden en un gris violeta, como el cielo. A la salida de las estrellas, la brisa refresca, la ola cabrillea sobre las playas, acaricia las espesuras de los laureles rosas y agita los grandes cañaverales. El lago se despierta y habla; su murmullo es de una dulzura infinita. Los antiguos, según se dice, le habían llamado Kinnerot, porque tenía la forma de una arpa, el "Kinnor" de los Hebreos. El tiene la armonía.

Veinte ciudades, en otro tiempo, cuando Jesús navegaba sobre sus aguas, ahí se bañaban,—Capharnaum, Bethsaida, Mejdel, Julias, Kersa, Gamala, Tarichea, Hippos, Kufeir. Las caravanas llenaban los caminos en derredor del lago, y descendían por los ouady Hammar, El-Armud, El-Nashi, de Saida, de Tyro y de Akra, y por los ouady Zukeif y Zemmak, de Damasco, de la Gaulonitida, de la Iturea, de la Trachonitis y del Hauran.

Actualmente, Tiberiades es la única ciudad en pie, con dos ó tres miserables aldeas de fellahs. Por todas partes ruinas, montones de piedras brutas ó talladas que no han guardado del pasado sino el nombre.

Llegada la noche, sobre la ribera occidental, los fuegos cintilan; son los fuegos de los Beduinos acampados en los bosques de sidra, entre las altas yerbas. Nada de caravanas: no se ve desfilar sino á los camellos de la tribu nómada, llevando á través de los campos á familias enteras, con las mujeres y los niños acurrucados sobre las tiendas enrolladas.

Ahí, á orillas de esta mar predestinada,[1] fué á donde Jesús, arrojado de Nazareth, vino á pedir un refugio.

Una de las ciudades más animadas por el paso de las caravanas fué Capharnaum. Ella estaba situada al viento norte del lago, un poco más cerca de la ribera occidental que de la embocadura del Jordán, á la entrada del ouady Nasif, á lo largo de la ruta que conduce á Damasco por la Gautonitida, y sobre las pendientes dulcificadas que descienden hacia el lago de las alturas de Safed. Las casas se avanzan hasta la playa. Pequeñas caletas servían de puerto á las barcas de los pescadores. La industria de la pesca allí era muy activa. Jerusalem tenía un mercado especial á donde los barqueros del lago venían á vender su pescado seco. Es difícil decir cuál era la cifra de la población de Capharnaum. Como ella era ciudad fronteriza de la tetrarquía, ella tenía un cerro de murallas, una centuria, una

1 Isaías, LX, 2 y sig.

oficina de peaje y de aduana. Los habitantes se jactaban de su sinagoga, construida por la munificencia de un centurión.

De la ciudad de Jesús no quedan mas que ruinas informes, amontonadas, sepultadas bajo la tierra. Las ruinas cubren una superficie de un kilómetro de largo por cuatro ó quinientos metros de ancho, lo que denota una pequeña ciudad. El nombre, también él, ha medio desaparecido. Capharnaum no es sino Tell-Houm.[1]

Cuando se recorren esos oteros que se asemejan á las tumbas, cuando se siguen esos muros arrasando el suelo, es imposible reconstituir la antigua ciudad. La sinagoga sola es reconocible por sus soberbios restos. Sus grandes asientos de calcarea pulido han quedado en su lugar. Se pueden medir las dimensiones del edificio, contar las cuatro hileras de columnas que la dividían interiormente en cinco naves. He aquí el dintel de la gran puerta, la señal de los goznes, los cornizamentos, los fustes de las columnas, los pedazos de friso, las hojas de acanto de los capiteles.

Verosímilmente, allí mismo fué donde Jesús se dejó ver, en donde habló todos los sábados durante varios meses. Muy cerca, y apoyada sobre el muro oriental de ese monumento, se reconoce otro edificio de fecha más reciente; ésta es sin duda la iglesia erigida por el Judío convertido Josefo, en tiempo de Constantino, sobre el lugar de la casa de Pedro que fué la morada de Jesús.

Los siglos y las revoluciones han pasado sobre Capharnaum, dando cumplimiento al anatema que el Profeta de Galilea le lanzó por no haber reconocido la salvación que él le llevó con la dulzura de su advenimiento. La ciudad infiel ha desaparecido; el lago, la naturaleza, el cielo, no han cambiado. Esas son las mismas colinas que Jesús subió solo ó con los suyos, para orar y para hablar al pueblo; los mismos senderos que él ha seguido; las mismas piedras blanqueadas por la onda en donde

1 Vease el apéndice D: Autenticidad del asiento de Capharnaum.

él reposó; las mismas riberas cubiertas de rosas-laureles y de agnocastos que él ha recorrido. Es el mismo horizonte: al poniente, hacia el llano verde de Gennesar, he aquí el valle de Ramiers, de rocas escarpadas y rojizas, por el que vino de Nazareth, y el Monticulo de Medjdel con su torre arruinada, quizá la antigua morada de María-Magdalena, más cerca al lado de Capharnaum, Bethsaida, la patria de sus apóstoles los más queridos; al oriente Julias y los montes solitarios en donde, por la primera vez, él multiplicó los panes; el país de los Gerazenianos, y Kersa en donde él arrojó á los demonios; al sur, el lago sin riberas, el cielo inundado de luz.

¿En qué condiciones se efectuó la huida de Jesús á Capharnaum? ¿Fué acompañado de su madre y de los miembros de su familia? ¿Se detuvo en Caná? ¿Llevó consigo á algunos discípulos? El silencio del Evangelio no permite afirmar nada. Lo que importa observar, es que, arrojado, repudiado por los Nazarenos, Jesús continuó resueltamente su grande obra.

En esta misma fuga, él comenzó á unirse con lazos más estrechos á los discípulos que debian trabajar con él.

Hasta ese momento, ellos no iban siempre en su séquito. Después de haberle acompañado en sus viajes á Jerusalem, ellos volvían al lado de sus familias y á sus trabajos. Al regreso de la fiesta de los Purim, mientras que Jesús se dirigió á Nazareth, sus discípulos se habían separado, cada uno había tomado el camino de su país.

Al llegar á las orillas del lago, hacia Bethsaida, Jesús vió aumentar á la multitud en pos de él; ella se lanzaba, dice un Evangelio,[1] para escuchar la palabra de Dios. Como él costeaba la ribera, apercibió dos barcas de las que habían bajado los pescadores y lavaban sus redes. Una era de Pedro; él subió allí, y desde encima de la barca él enseñó al pueblo que había quedado en la ribera

1 Luc. V. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Cuando él hubo terminado:— "Avanza mar adentro, dijo á Simón, y arroja las redes para pescar."—"Señor, respondió Simón, nosotros hemos trabajado toda la noche sin tomar nada, pero por vuestra palabra, yo arrojaré la red.

El la arrojó, y ellos cogieron una cantidad tan grande, pues que la red se rompió. Ellos hicieron señal á sus compañeros que estaban en la otra barca de venir á ayudarles. Aquellos llegaron, y llenaron las dos barcas, al grado que ellas amenazaban sumergirse.

Al ver esto, Simón cayó á los piés de Jesús,—Retiraos de mí, Señor, le dijo, porque yo soy un hombre pecador.

Toda el alma de Pedro está en esta palabra: espontanea y franca, ardiente y desinteresada. Ellos están en el estupor, él y todos sus compañeros, á la vista de pezca semejante. Santiago y Juan, hijos de Zebedeo estaban allí, Jesús dijo entónces á Simón:

—"No temas; en lo venidero, son hombres los que pescarás."

La exclamación de Pedro le había conmovido. El hombre que reconoce su indignidad crece delante de Dios. Al confesarse pecador, Pedro confesó la santidad de su Maestro. Ese sentimiento de su pequeñez y de la grandeza de Jesús le mereció el ser iniciado á su elevado destino. No creer en sí, he aquí la primera condición para ser un apóstol.

"El se adelantó un poco más lejos y vió á Santiago y á Juan su hermano, que acomodaban sus redes en una barca. El les llamó, y dejando las redes y á su padre Zebedeo en la barca, con los mercenarios, ellos le siguieron." [1]

Se ven aparecer los primeros bosquejos de la obra pública de Jesús.

En ese organismo viviente que será su Iglesia visible, lo que se manifiesta desde luego, es el apóstol. Esa adhesión de los hombres á su doctrina, á su ley, á su persona: he aquí la

1 Mateo XIII, 18-22; Marc., I, 16-20.

obra á la que él convida á sus discípulos. En un primer llamamiento en las orillas del Jordán, él les había atraido cerca de él, sin decirles á donde les llevaba; hoy, les da conciencia de su gran destino con esta palabra de un simbolismo sorprendente, como Jesús les amó: Pescadores de hombres."

La pequeña mar de Galilea, es el mundo; los cuatro pescadores de Bethsaida, he aquí á los primeros de esa legión de apóstoles que arrojarán la red á la humanidad. El plan es inmenso; los obreros no son nada, pero Jesús les llama, y como Dios, á quien llama su Padre, ha criado al mundo de nada, también él le salvará con nada. Es preciso que la nada del hombre atestigüe la fuerza de Dios.

Jesús, acompañado de sus cuatro discípulos, llegó á Capharnaum. [2]

El no era allí un desconocido; allí había echo una corta aparición, antes de su primer viaje á Jerusalem por la primera Pascua de su vida pública. [3] Algunos meses más tarde, la curación del hijo del intendente del tetrarca Herodes le había hecho célebre. [3] Los profetas habían anunciado que la voz de Dios luciría sobre las orillas de esta mar en donde Capharnaum estaba situada, en los confines de Zabulón y de Nephtalí. [4]

Era un día de sábado. Jesús, con sus discípulos, se dirigió á la Sinagoga y allí predicó. La impresión fué extraordinaria. El sobresalía sobre todos los maestros, los Fariseos y los Escribas. El no invocaba, á su manera, la autoridad de los ancianos, él no se reclamaba ni de Hillel ni de Schammai, él se afirmaba á sí mismo y se aplicaba con una autoridad soberana, la palabra de los profetas; eran tales su fuerza y su persuasión que en despecho de la novedad, todos esos esclavos de la fórmula no resistían al encanto que se desprendía de su persona.

1 Mat. IV, 14; VIII, 14-17; Marc., I, 21-39; Luc., IV, 31-44.
2 Vease el lib. II, cap. V.
3 Vease el lib. II, cap. VI.
4 Isaías, IX, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un incidente inesperado vino á provocar en Jesús la actividad de una potestad nueva y aumentar aún la admiración de la multitud.

Se hallaba en la asamblea un hombre poseído de un espíritu inmundo que repentinamente gritó á grandes voces é interpelando á Jesús:—¿Que hay de común entre tú y yo? Jesús de Nazareth, déjanos. ¿Has venido para perdernos? Yo se quien eres, el Santo de Dios.

Jesús le amenazó.

—"Cállate", le dijo, "sal de este hombre."

El demonio le agitó violentamente, le derribó en tierra, en medio del pueblo, y salió de él, lanzando un gran grito, sin hacerle ningún mal.

Un estremecimiento de espanto, mezclado de estupor, corrió en la asamblea. Todos se preguntaban: ¿Qué es esto? El manda con potestad, hasta á los espíritus inmundos, y ellos salen.[1]

Esta escena es la primera traida por los documentos evangélicos en donde se manifiesta la autoridad soberana de Jesús sobre el espíritu malo que tiraniza invisiblemente á la humanidad y que posee visiblemente á ciertos hombres.

En su tentación, el le habia vencido por él mismo; por sus exorcismos, él va á dominarle en los demás. Semejantes hechos no deben ser ni suprimidos ni atenuados, ellos piden ser explicados; porque ellos se refieren á la gran cuestión del mal, y no se podria comprenderlos, en el sentido evangélico, sin escuchar sobre este punto las enseñanzas de Jesús.

Ningún ser está aislado en la inmensidad de las cosas; todos están unidos por invisibles cadenas. Esas relaciónes secretas, profundas, constantes, establecen la unidad orgánica y viviente del universo. La materia está bajo el imperio de la fuerza desconocida que preside á las transformaciones, á las metamórfosis á los agrupamientos y á las evoluciones; los espíritus se agitan en derredor de aquel que es la fuente y el foco de su actividad intelectual y libre: los unos encadenados por el amor y la voluntad soberana de quienes ellos ejecutan la ley; los otros arrastrados lejos de ella por la rebelión, en el desorden y el odio. Entre el universo físico y el universo espiritual están las almas; ellas forman una región intermediaria que toca á la materia, puesto que ellos la animan, y al Espíritu, puesto que ellos reciben un impulso directo. Ese reino es el del hombre; él es el punto de convergencia universal. Todo lo que existe viene á resonar en él. El alma está bajo la prisión de la materia y del espíritu; ella es capaz de unirse á la una, que ella transforma, organiza, vivifica, y de quien recibe todas las gradaciones; ella está al mismo tiempo, abierta á la acción misteriosa del otro, porque el Espíritu de Dios puede descender en ella, comunicarle su impulso, su verdad su atracción, y los espíritus criados, buenos ó malos, pueden contraer con ella afinidades secretas, según que ella deje prevalecer el mal ó el bien, en su conciencia.

Lo mismo que los cuerpos atraídos por un centro común que rige y sostiene sus movimientos, forman un sistema, una especie de familia y de mundo, igualmente los espíritus libres, sufren una atracción común, se impacientan y llegan á ser una especie de organismo místico. Se llama atracción la potestad física que reina sobre la materia; la potestad de atracción de los espíritus, es el amor y la voluntad.

Toda filosofía que pierde de vista ese vasto conjunto mutila á la naturaleza, desconoce el juego de su vida, la grandeza de los fenómenos de que ella es el teatro, y su prodigioso destino.

Según la doctrina de Jesús, el mal no es solamente un hecho humano que tiene su origen en la voluntad mala y en la herencia, su ocasión en la fragilidad de la carne, su castigo en las enfermedades y los dolores físicos; es un hecho trascendental á la especie que se refiere en último análisis al mundo superior de los espíritus. El mal del cual es presa la humanidad,

[1] Marc., I, 23-27; Luc., IV, 33-37.

tiene su causa primera en sus sugestiones, él es una resultantante de lo que se ha cumplido en sus esferas invisibles. El hombre no es solamente una naturaleza terrestre, sujeta á las pasiones, una voluntad egoista y soberbia que tiende á preferirse á todo; el hombre es un espíritu de orden inferior, entregado á las influencias pérfidas y perversas de los espíritus mayores que él.

Jesús y sus apóstoles han enseñado claramente la existencia de Satanás y de los demonios, y su influencia sobre el hombre. Jesús habla frecuentemente del Tentador. El le llama ὁ Διάβολος (el Calumniador), ὁ Πονηρός (el Malo), ὁ ἄρχων τῶν δαιμονίων (el jefe de los demonios), ὁ Ἐχθρός (el enemigo), y Βεελζεβοὺλ Baal-Zebud, nombre de la divinidad philistina que los Judíos daban al jefe de los demonios, y Σατὰν ὁ Σατανᾶς (Satanás), y Ἄρχων τοῦ κόσμου τούτου (el Señor de este mundo). El hace alusión de él en el sermón de la montaña,[1] en la oración dominical,[2] en sus parábolas,[3] en sus discusiones con los Fariseos.[4] Este es el fuerte ejército que él viene á sujetar y perseguir; él le atribuye los grandes crímenes, la incredulidad de los Judíos, la traición de Judas, la ceguedad de los paganos, las enfermedades crueles, las obsesiones y las posesiones.

La existencia de los espíritus malos, su intervención histórica en la cadena de los acontecimientos es una verdad tradicional que se halla en todas partes, en todas las razas primitivas, semita, aryana, tureniana, en todos los estados de su civilización. Ella forma parte del patrimonio y de la conciencia misma de la humanidad; hay ligereza y sencilla jactancia en no ver en ella mas que el producto de la ignorancia ó de la tontera, de la bellaquería ó de la credulidad.

En oposición de ese testimonio universal que comprende á la humanidad entera,—todas sus religiones y todas sus filosofías, todas sus tradiciones y todas sus doctrinas, los nombres más grandes en la poesía, la ciencia y la piedad,—no se ven más que tres sectas: entre los paganos, los Epicureos y los Cínicos; entre los Judíos los Saduceos. A ellos es á los que se liga la crítica materialista y panteista moderna y á esa filosofía que, al reconocer un Dios personal, le ha aislado de este mundo, tratando la evolución de la humanidad entregada á sus solas fuerzas, como si Dios no existiese: ateismo euphénico que asegura á los sencillos, evitando las negaciones brutales, y que llega al mismo resultado que el escepticismo ó el ateismo más decisivo.

1 Mat., V, 37.
2 Mat., VI, 13.
3 Mat., XIII, 19.
4 Mat., XII, 24.

Esta última negación, que no data sino de siglo y medio, no descansa sobre ningún fundamento serio. Ella está producida con el arte de las afirmaciones audaces, lisonjeando nuestro horror secreto de lo invisible y nuestro desdén del testimonio de otro. ¿Alguna vez se ha probado que los espíritus no existen? y si ellos existen, ¿que ellos no intervengan en el mundo de nuestras sensaciones, de nuestras inclinaciones, de nuestras imaginaciones, de nuestras pasiones, de nuestros sueños? La ciencia sin Dios, materialista y panteista, ha decretado audazmente que todos los fenómenos extraordinarios cuya narración llena la historia: encantos, adivinación, encantamientos, evocaciones, fascinación, maleficios, sortilegios, posesiones, no eran más que un delirio de la ignorancia, de la imaginación ó de los fenómenos de nevrosis, de historia, de sonambulismo ó de magnetismo natural;[1] ella jamás lo ha probado. Ninguna nevrosis explica á los cuerpos suspendidos en el aire contra la ley de la gravedad, la vista de las cosas ocultas, la predicción de los acontecimientos futuros, el conocimiento de las

1 "Entre Dios y los hombres, enseñó Platón, es preciso reconocer el mundo invisible de los espíritus. Ellos conservan la armonía de esas dos esferas. Ellos son el lazo que une al gran todo. De ellos es de donde procede toda ciencia adivinatoria, y todo el arte de los sacerdotes, relativamente á los sacrificios, á las iniciaciones, á los encantamientos, á las profecías, á la magia. Porque Dios no se manifiesta inmediatamente al hombre, sino por el intermedio de los demonios. El que es sabio en todas estas cosas es verdaderamente un hombre inspirado." (Platón, el Banquete).

lenguas extranjeras sin que el sugeto las haya aprendido. Ninguna negación prevalece contra esos hechos. Ellos existen, documentados, patentes, y ellos desafían á la ciencia que rehusa reconocer la intervención de séres inteligentes, superiores al hombre. El Charlatanismo, la credulidad, la superstición, ciertamente han tenido en esos fenómenos una gran parte; pero al hacerla tan lata como lo debe una crítica sensata, queda como innegable que semejantes causas no bastan para explicar, y que sólo el partido tomado se permitirá recusar.

La negación, descisiva bajo aires tranquilos, cubre mal la timidez de los que la prodigan.

La historia del paganismo no es sino la lúgubre manifestación de las obras satánicas. Los errores y las tinieblas que dividen á las inteligencias y manchan las conciencias, los vicios horrorosos que devoran á las civilizaciones enteras, las pasiones que materializan al ser humano y le ocultan bajo esta tierra en donde no halla sino el dolor y la muerte, revelan la acción incesante del espíritu del mal, del príncipe de ese mundo; de él y de sus legiones surgen los cultos degradantes, voluptuosos y homicidas, que son los instrumentos de la decrepitud pagana. El seductor misterioso, después de haber inducido á la rebelión á la primera pareja humana, continúa su obra á través de las edades, y esta obra de homicidio y de egoísmo, de orgullo y de voluptuosidad, de violencia y de astucia, de servidumbre y de muerte, creció y cubre á la tierra, encadenando en un círculo fatal la multitud de los pueblos, de las civilizaciones y de las razas. Esto es como un diluvio. ¿En dónde estará el arca?

No basta para librar á la humanidad, el comunicarle una fuerza curativa que apague sus pasiones, reanime y justifique su voluntad: es preciso prevenirla y libertarla; prevenirla contra las seducciones del Malo, y libertarla del yugo con que él la abruma. ¿Cuál será esta fuerza?

Ciertamente, está en el poder de todo ser inteligente y libre comunicar su alma con su palabra, é imprimir por toda su vida en los que se le acercan el impulso de su espíritu: este es el dón más grande y la más alta potestad que han sido repartidos á una criatura; ¿pero qué cosa es este espíritu? Una energía limitada, una luz mezclada de tinieblas, una voluntad corta y frágil, pasiones mal contenidas y desordenadas.

De ahí, la impotencia del hombre para regenerar al hombre: al comunicarse, él mismo trasmite el mal de que él mismo está infestado. El espíritu de Dios, solo, siendo superior al mal, puede obrar la redención humana; él estaba plenamente en Jesús, y Jesús ha sido el verdadero, el único Salvador.

Esta fué una de las funciones más populares del Mesías. Las preocupaciones, en verdad, la habían disminuido y restringido, como ellos habían aminorado y desfigurado al héroe mesiánico. En esta obra, nunca se trató sino de la nación y de la raza elegidas. Era asunto del Judío, jamás del hombre, del pueblo más que del individuo. Tal era el exclusivismo de esta raza extraordinaria, que todo el resto de la humanidad desaparecía ante ella, y que el mismo individuo parecía absorbido por la unidad superior de la nación. Las palabras de salvación y de libertad mesiánicas no tenían sentido sino bajo el punto de vista de la autonomía nacional y religiosa del pueblo. Una nación independiente y victoriosa; un culto libre, respetado, universalmente reconocido: todo se detenía ahí por ella.

Nada estaba más lejos del pensamiento de Jesús. Aunque enviado desde luego á los Judíos, él se sabía el Mesías de la humanidad. Es al hombre y no al Judío á quien quiere salvar y libertar; y hasta al revelarse á los Judíos, es al hombre á quien habla, al ser libre y consciente, al individuo, al alma, á eso que hace á todos los humanos iguales ante Dios. Ahí está su grandeza y su universalidad.

La obra de salvación del hombre implica también dos elementos: el uno negativo, la emancipación del espíritu del mal, cuyas manifestaciones ordinarias y los instrumentos, se hallan en el mundo entregado á su imperio, en nuestra voluntad de-

bilitada, desorientada, y en nuestras pasiones desarregladas; el otro, positivo, la comunicación efectiva del Espíritu de Dios ó del bien. Al penetrar en el ser humano, en lo más profundo de su alma, ese espíritu le ilumina y le atrae, afirma la voluntad, apaga los instintos, establece al hombre todo entero en la verdad y la virtud, en la calma y el equilibrio del orden. Velado hoy bajo una carne que debe sufrir y morir, él se revelará un día, cuando aparezcamos inmortales, transfigurados, gloriosos, absorbidos, pero no confundidos en la vida de Dios mismo, en su luz, su amor y su belleza.

Esta función de libertador y de salvador, en el sentido más profundo, más espiritual, más místico de la palabra, ha quedado sin ser comprendida y naturalmente despreciada por los historiadores que han querido interpretar la vida de Jesús, alterando los documentos al antojo de una crítica materialista, panteista, escéptica y racionalista.

Los endemoniados curados por Jesús, los demonios, el jefe de los demonios, Satanás,—cuyo papel es esencial en la historia de Cristo, y que no se pueden suprimir sin desnaturalizarla,—han sido el objeto de grandes discusiones críticas. El Evangelio está lleno de cosas que desconciertan á la razón, la desafían y algunas veces la irritan. Los hechos diabólicos no son los más chocantes, pero ellos mortifican á cierta filosofía moderna que no ve en la creencia en el demonio, sino una superstición vana, en los endemoniados mas que enfermos; y como Jesús creía en el demonio y le arrojaba del cuerpo de los poseídos, los últimos críticos no tienen temor de acusar á Jesús de haber participado de las supersticiones de su tiempo y de su país. El ha creido, dicen ellos, arrojar á los espíritus de los que se creían atormentados los pobres locos; él no ha hecho más que encantarles.

Conclusión ofensiva para aquel que en nada ha sufrido ni aceptado las ideas falsas que separaron la opinión; teoría arbitraria, por lo demás, porque la filosofía jamás ha probado

que los espíritus no existan, y la ciencia nunca ha establecido que la posesión no fuera sino una enagenación mental. Antes de acusar á Cristo de superstición, convendría demostrar que los demonios, de quienes ha admitido la existencia y que él ha exorcisado, no eran más que un sueño de la fantasía judía.

La tranquila y siempre injuriosa afirmación de algunos críticos ante la creencia universal, puede ser desdeñada.

Algunos, queriendo salvar la sabiduría de Cristo del naufragio en el que la teoría que niega á los demonios le haría zozobrar, han imaginado el sistema de la acomodación. Jesús no creía en Satanás ni en las legiones de ángeles malos; si él ha hablado de ellos, si él ha tenido el aspecto de arrojarlos, fué para acomodarse á las ideas y al lenguaje del pueblo. Expediente torpe: se pretende guardar intacta la sabiduría de Jesús, y se sacrifica su rectitud, la sencillez, la lealtad de su carácter; nada está en desacuerdo más violento con la manera de Jesús. Imposible de desconocer, de rebajar, de deprimir más y de mejor disfrazar un fenómeno de tan gran fuerza.

Negar al demonio, es negar el origen sobrehumano del mal; negar su intervención constante en la humanidad, es negar la causa más poderosa de nuestra corrupción; negar la posesión, es negar la manifestación más enérgica del Tentador que nos esclaviza; negar las curaciones de esos seres encadenados por el Malo en sus movimientos y sus facultades sensibles, es negar uno de los poderes divinos de Cristo.

Esos errores son fatales; ellos conducen á la negación de Jesús y de la obra mesiánica.

Cuando se penetra en lo más íntimo de la conciencia de los santos, cuando se observa la vida de esas almas heroicas que han caminado en pos de las huellas de Cristo y heredado su espíritu, se las ve en lucha constante, no solamente contra el sentido y el egoismo, sino contra los espíritus malos cuyos asaltos furiosos no cesan de perturbarles sin poder reducirles.

La masa de los hombres no conoce sino las obras de Satanás. El espíritu del mal, para seducirles, no tiene más que

desencadenar las tempestades de la pasión, las codicias del egoísmo y los torbellinos del orgullo ambicioso; está reservado á los santos luchar á ejemplo de Jesús, contra las potestades tenebrosas del mal,—esas fuerzas maliciosas, espirituales[1] á quienes, desde el origen, el mundo ha sido entregado.

Ahí hay toda una psycología superior que es el comentario vivo del Evangelio, y que no es dado á la crítica ruda el comprender. Ese dominio le está cerrado; que ella la niegue con aspecto soberbio, sus negaciones importan poco; los santos viven, y llenan la historia; en ellos es donde es preciso mirar para descubrir lo que no sospecha la ciencia limitada del hombre animal.

Todos esos sistemas de ateísmo y de fatalismo falsean ó destruyen la verdadera noción del mal; y por lo mismo, ellos son impotentes para penetrar á aquel que se decía sin pecado y el único capaz de vencer al mal. Cualesquiera que los sufra no conoce ya la gran conmiseración para el hombre abrumado por sus vicios, él no escucha el inmenso gemido que sale del pecho jadeante de la humanidad, él no espera ya en la redención universal. El alma del Redentor permanece para él impenetrable. El exaltará en su vida con complacencia, sus enseñanzas, sus preceptos morales; este es el único elemento al que le es dado llegar,—aquel por el cual los moralistas pueden parecérsele de lejos, pero no aquel por el cual Jesús supera á todos los maestros y los domina á todos. Promulgar el bien está en el poder del sabio; mandar á los espíritus no pertenece al hombre; ahora, á este precio es como se puede salvar y libertar al hombre. Jesús tenía esta potestad: él levanta al alma, su palabra aleja al espíritu malo que la tiraniza, ella triunfa de esas sugestiones, rechaza sus asaltos y comunica al creyente con la luz, el espíritu de fuerza que arrastra á la voluntad en la misma de Dios.

He aquí los hechos de los que el Evangelio da testimonio.

1 Efes. VI: 12.

Despreciarles es quitar á Jesús su carácter el más original, es rebajarle al nivel de los sencillos filósofos de la Grecia ó de Roma, ó de los rabbis de Judea. No basta arrojar una mirada sobre la demonología de los Judíos en el primer siglo y sobre las prácticas supersticiosas de sus exhorcistas, para repeler una ofensa semejante á su grandeza, y para medir cuanto sobrepasa, en este punto como en todo, el nivel de su tiempo.

La existencia de los espíritus, ángeles ó demonios,—criaturas superiores al hombre, intermediarios entre Dios y él,—es una de las ideas familiares á la religión judía. Se ha pretendido que esta doctrina tenía por origen á la Chaldea y á la Persa, y que ella databa del destierro de Babylonia.

La historia prueba la falsedad de semejante aserción. Los documentos más antiguos de la religión de Israel, mencionan á los ángeles. Ya es un ángel que consuela á Agar en el desierto,[1] un ángel que anonada á Sodoma y salva á Loth,[2] ya son ángeles que Jacob dormido ve subir y bajar por la escala misteriosa.[3]

La mayor parte de los libros posteriores al Génesis están llenos de pasajes análogos en donde se trata de esos espíritus superiores á la tierra, y de sus legiones innumerables. Cualesquiera desarrollo que haya podido recibir, en el curso de la historia, la fe de los antiguos ha permanecido pura; la creencia en los espíritus jamás ha sufrido menoscabo, y, cubriéndose todo de un velo poético, el dogma primitivo, á través de las supersticiones populares, jamás se ha transformado en leyenda y en fábula.

Los libros anteriores al destierro, también ellos, frecuentemente y en muchas ocasiones, han representado á los ángeles bajo los colores más ardientes de la poesía: el querubín con la espada de fuego que guarda la entrada del paraíso;[4] el ejército

1 Genes. XVI: 7
2 Genes. XVIII.
3 Genes. XXVIII: 12.
4 Genes. II.

de los cielos que en la visión de Miqueas, rodea el trono de Dios;[1] Satanás que interviene en el consejo del hijo de Dios y que trata con Jehovah de la tentación de Job.[2]

La creencia en los demonios, en los ángeles, en los espíritus, era popular entre los Judíos. Solo los Saduceos no participaban de ella; estos fueron los Epicureos de ese pueblo. No solamente la existencia de los demonios estaba admitida; sino que se creía en su influencia y en su intervencion en la vida. Muchas enfermedades y dolencias venían de ellos. Se les llamaba espíritus malos ó impuros, reservando ese último nombre á los demonios que llevaban al enfermo á las tumbas y á los lugares inmundos.[3] Deciase de ciertos hombres que tenían un demonio malo ó impuro.

La posesión no podría confundirse con ninguna enfermedad física. Ella no es un desorden orgánico, material, una especie de alucinación ó de enagenación mental, una de las formas de la neurosis, como lo han pretendido los críticos racionalistas, con desprecio de los documentos que la mencionan, ella es un estado particular del alma, un desorden psycológico. La presencia del demonio en ciertos hombres no absorbe, no destruye su personalidad: el yo es indestructible é inviolable. Dios mismo, que podría destruirlo todo, como lo ha creado, no destruye nada, él se ha rehusado el aniquilarlo. La acción Satánica la más violenta no se ejerce en los desdichados que son víctimas, sino sobre las facultades orgánicas, inferiores, sobre la imaginación y los sentidos; la libertad puede ser momentáneamente encadenada, pero ella no pertenece al demonio sino entregándose ella misma.

El poseído está bajo el imperio de un espíritu que le domina, suspende ó paraliza su libertad, le quita el dominio normal de su cuerpo y de sus miembros, habla por su boca y

1 I Reyes, XXII: 19 y sig.
2 Job, I: 6.
3 Talmud Hierosol;—Errubin, Fol, 42, 2.

perturba su sensibilidad. Los desórdenes que sus facultades manifiestan no tienen por principio un estado enfermizo del cerebro ó de los órganos, ellos derivan de la acción violenta y perturbadora de una voluntad superior. Ellos son un resultado, no son una causa, y por lo tanto, la curación del poseído no depende de la medicina, ella no puede operarse sino por la acción de la acción moral de un espíritu sobre un espíritu.

Verdaderas enfermedades, es cierto, acompañan de ordinario á la posesión.[1] Ciertos sentidos quedaban paralizados á menudo; el endemoniado no veía, no hablaba; estaba sujeto á convulsiones, á crisis de epilepsia.[2] Pero nada autoriza á confundir á esas enfermedades con la posesión misma. Todo lo que se puede decir, interrogando más de cerca á los textos, es que la turbación llevada á la vida orgánica del poseído dependía quizá de la acción violenta del espíritu que le atormentaba. Tal es la unidad que estrecha al alma y al cuerpo, que las perturbaciones del organismo traen las perturbaciones psyquicas, como las turbaciones del alma engendran los desórdenes orgánicos.

La superstición y la magia se mezclan á esas creencias; ellas siempre han ejercido un gran imperio entre los Judíos. Ellos dan mucha importancia á los sueños; había un arte para provocarles, y una ciencia para interpretarles. Algunos hacían oficio de esta ciencia que era considerada como una de las más nobles, y que, según el Talmud de Babylonia,[3] contaba veinticuatro intérpretes en Jerusalem. Ningún pueblo quizá ha tenido en tan gran crédito á los amuletos, á las fórmulas mágicas, á los exorcismos y á los encantamientos.

Los enfermos llevaban suspendidos al cuello sus amuletos; ellos se hacían recitar, para calmar sus dolores ó para dormirse, diversas fórmulas mágicas. Había de varias clases, según las enfermedades: unas eran eficaces para los perros rabiosos,

1 Mat. IX: 32. Cf. Marc. IX: 17-25; Mat. XII: 22.
2 Mat. XVII: 14.
3 Beracoth, fol. 55, 2.

otros contra el demonio de la ceguera. Ellos practicaban los maleficios, los sortilegios, el arte de los adivinos; ellos exigían del Sanhedrino que estuviese versado en astrología, en la adivinación, en la magia, á fin de que pudiera juzgar de todas estas cosas; ellos referían una multitud de prodigios de sus mágicos, y á pesar de la exageración que se mezcla siempre á esos géneros de narraciones maravillosas, es difícil no ver en esos testimonios una vislumbre de verdad.

El exorcismo propiamente dicho estaba en honor. Los rabbis más piadosos se ocupaban de arrojar á los demonios, y algunos llegaban á una gran celebridad.

Su oración más frecuente era el encantamiento, de la que el Talmud nos ha conservado muchas fórmulas.[1] Antes de pronunciarla, el rabbi debía derramar un poco de aceite sobre la cabeza de los enfermos. Aún había, según el testimonio de Josefo,[2] un libro mágico, el "Sepher Refuot," cuya leyenda atribuye la composición al mismo Salomón. Uno de los talismanes más preciosos, refiere el historiador, era una raíz sagrada llamada "Baaras." Era color de fuego, difícil de hallar; pero su contacto era siempre eficaz: el demonio no la resistía. Los exorcismos eran frecuentes, como el caso de la posesión diabólica.

¿Por qué señales, en esos tiempos, se reconocía al endemoniado? Nada permite resolver esta cuestión con documentos que la apoyen. ¿Por qué los poseídos se habían multiplicado en Palestina, en la época de Jesús? ¿Por qué han cesado ó disminuido después? Cuestiones todavía más misteriosas. La efervescencia de los espíritus, el estado de exasperación de un pueblo que veía oscurecer su independencia, la tensión extrema de sus esperanzas religiosas, esta hora de crisis en las que las pasiones más vehementes tomaban valor: he aquí sin duda las condiciones materiales y psycológicas. Pero las causas verdaderas están más elevadas que nosotros; era preciso para conocerlas, conocer las leyes que ligan al mundo de las almas al mundo de los espíritus, y penetrar los designios mismos de Dios.

1 Sabbat, col. 6, 2; Talm. Babyl., Ioma, Fol, 84; Avodat. Zarah, Fol, 12.
2 Antig. VIII, 2.

Cuando el espíritu de Dios se manifiesta sobre la tierra, en un punto de la humanidad, el espíritu del mal se insurreciona y multiplica sus ataques para entorpecer la acción. Esta es una ley de la historia; los más santos entre los hombres, al combatir el mal, provocan indirectamente sus manifestaciones violentas. Ahora, la venida de Jesús, fué la venida del Santo de Dios, la intervención personal del Espíritu en su plenitud divina: ella debía suscitar las más terribles agresiones del espíritu malo y de sus legiones.

Es de notarse, en efecto, que todos los endemoniados de los que el Evangelio refiere la curación maravillosa son arrastrados hacia Jesús por una fuerza irresistible. El espíritu que habla por su boca no deja jamás de proclamar la mesianidad de aquel de quien temen la potestad soberana. Se ha preguntado por qué: esta es una manera de combatir al Profeta; al llamar á Jesús: Santo de Dios, Hijo de David, Mesías, en fin, ellos despiertan en la multitud las ideas falsas que ella anexa á ese título, y sabemos que nada era más propio para entorpecer la acción del verdadero mesianismo. Jesús imponía silencio á esas voces indignas, obedeciendo en esto menos todavía á la repulsión que ese testimonio hipócrita y pérfido le inspiraba, que á la sabiduría y á la reserva necesarias á su obra.

Señor soberano de los espíritus, él los exorcisa; del alma, él la transforma; del cuerpo, él le devuelve el equilibrio y la salud; él no cura al cuerpo sino para salvar al alma, él no salva al alma sino libertándola del Malo, y él no la libera sino comunicándole el Espíritu de Dios. La curación de los poseídos no es sino un caso particular de la terapéutica divina

de Jesús, uno de los fenómenos más expresivos de su grande obra de libertad.

Lo que llenó de admiración á los Judíos de la sinagoga de Capharnaum, en la curación del endemoniado, no fué el hecho mismo sino la manera con la que se verificó. Semejantes curaciones se veían, á lo que parece, entre ellos, pero ellas provenían de la virtud de las oraciones, de las fórmulas sagradas, de los encantamientos, de las prácticas de sus exorcistas, y sin duda, también frecuentemente, de la complacencia de los espíritus. Jesús no apeló á ninguna fuerza extraña, él no tuvo más que una palabra que decir; él ordena, y el espíritu inmundo se retira, dominado, arrojado por una voluntad superior.

El rumor fué grande en todo el país. Las ciudades del lago y de la montaña se conmovieron por la narración del acontecimiento.

Jesús salió de la sinagoga acompañado de sus cuatro discípulos, y llegó á la casa de Simón y de Andrés, que estaba muy cerca. La suegra de Simón estaba en cama, enferma de una fiebre fuerte. Sus discípulos le pidieron por ella. El se acercó, la hizo levantar, la tomó de la mano; incontinenti la fiebre la abandonó, y ella les sirvió.[1]

El suceso de la mañana había puesto en emoción á toda la pequeña ciudad. Por la tarde, puesto el sol y terminado el sábado, se le llevaron á todos los enfermos y á todos los poseídos del demonio. La población se había agrupado delante de su puerta. Jesús curó á muchos enfermos, imponiéndoles las manos. El lanzó todavía á muchos demonios que gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios;" y al fustigarles, él no les permitió decir que él era Cristo.

Cuando fué de día, él se levantó muy de mañana y se fué solo, á orar en un lugar desierto. Pedro y los que estaban con él le siguieron de lejos. La multitud había vuelto para buscarle.

1 Mateo, VIII, 14-17; Marcos, I, 29-39; Lucas, IV, 38-44.

Sus discípulos, habiéndoseles reunido, le dijeron: —Señor, todo el mundo os busca.

—"Vamos á las aldeas y á las ciudades vecinas," les respondió, "á fin de que allí también predique. Para esto es para lo que he venido."

Esa narración llena de vida, de la que copio el texto tan sobrio, tan sencillo, de los Evangelistas,[1] es el cuadro verdadero de un día de Jesús en Galilea. El nos hace asistir al apostolado del Maestro, hora por hora. Podemos seguirle de la mañana á la noche, verle obrar y vivir.

La oración era su primer acto. Antes del sol, cuando todos estaban dormidos, él abandonó la casa y la ciudad, se retiró en reserva, lejos del ruido, lejos de los hombres, buscando la soledad y el silencio para hablar á su Padre en el secreto.

La naturaleza palestiniana es de un gran recogimiento. La aldea y la ciudad son bulliciosas; pero la campaña es muda; desde que se aleja uno de las últimas casas, es la calma del desierto. Nada de ruido confuso como el que se levanta del mar ó el que se escucha en los bosques. Algunos gritos perdidos, gorgeos de pájaros, relinchos de los animales, cantos de gallo, ladridos de perros; por la noche, gemidos del chacal, y por momentos, clamor de voces humanas. Mas todo esto permanece aislado, discreto, y se pierde en el silencio que domina á lo lejos en los valles y las montañas de Palestina, y se agrega á su inmensa melancolía.

Los discípulos venían á reunirse á su maestro, ellos le hallaron en oración. Entonces comenzaba la obra del día. Ellos iban á las aldeas y las sinagogas á la hora de la asamblea. Jesús evangelizó el Reino de Dios y encantó á la multitud que había acudido para escucharle.

La casa en la que recibió la hospitalidad no tardó en ser invadida. Todos los enfermos del país fueron llevados al Pro-

1 Marc. I, 29-39; Cf. Mat. VIII, 14-17, Luc. IV, 42-44.

feta: él les curó con una palabra, con una mirada, ó con una imposición de sus benditas manos. Se le apremiaba: la afluencia era tal que él no tenía tiempo para comer.

Algunas veces él regresaba á orillas del lago, más acá ó más allá de la ciudad, y subía sobre una de las barcas de Pedro. La multitud se sentaba á lo largo de la ribera, silenciosa, y él, desde la barca, un poco retirada, hablaba.

A la puesta del sol entraba á su morada, y hasta en la noche era nuevamente asediado por la multitud. Los ciegos, los estropeados, los sordos y mudos, los enagenados, los epilépticos, los que tenían un espíritu malo, todos los dolores y las enfermedades humanas acudían. Jamás ningún hombre vió reunidas en derredor suyo tantas miserias. Nadie ha curado más, y conocido mejor la alegría del beneficio. Su bondad y su compasión eran inagotables; él decía á menudo: "Hay más felicidad en dar que en recibir."[1] Sus días se doblegaban bajo el peso de las obras santas, como el árbol cargado de frutos maduros. Se le invitaba para honrarle y escucharle más cerca. Su conversación, siempre religiosa, estaba llena de imágenes vivas, de razgos inesperados. Las almas sinceras se sentían transformadas á su voz; los pérfidos eran desenmascarados y confundidos.

En la noche, cuando todos se retiran y duermen, él velaba todavía mucho tiempo, consagrando siempre todas las horas á la oración. Las fatigas de su apostolado le hacían vivir; su cuerpo descansaba como su alma en el seno del Padre celestial.

Tal fué la vida de Jesús, en esos días de Galilea que fueron como la primavera del Reino de Dios.

1 Act. XX, 35.

CAPITULO III.

CURACIÓN DEL LEPROSO.—OPOSICIÓN DE LOS FARISEOS EN GALILEA.

El viaje de Jesús por los alrededores de Capharnaum fué de corta duración.[1] Algunos días después le hallamos en la ciudad. Su actividad es extrema; en siete meses evangeliza toda la Galilea y la Decápolis, irá también hasta los confines del territorio de Tyro y de Sidón, y Cesarea de Filipos le verá entre sus muros. En esta primera excursión, él visitó ciertamente á Korazim y Bethsaida.

La una,—Bethsaida,—sencillo caserío habitado por pescadores, era la patria de Pedro. Situada á orillas del lago, en el extremo noroeste, cerca de una pequeña ensenada, á la entrada del llano de Gennesar, ella tenía al abrigo de los vientos del sur, un anclaje excelente. Un hermoso manantial, el Aín-Tine, brotaba en sus puertas. La ruta del Mediterráneo á Damasco la atravesaba en su longitud y se bifurcaba después de haberla pasado. Uno de los caminos costeaba el lago y

1 Marc. II, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

feta: él les curó con una palabra, con una mirada, ó con una imposición de sus benditas manos. Se le apremiaba: la afluencia era tal que él no tenía tiempo para comer.

Algunas veces él regresaba á orillas del lago, más acá ó más allá de la ciudad, y subía sobre una de las barcas de Pedro. La multitud se sentaba á lo largo de la ribera, silenciosa, y él, desde la barca, un poco retirada, hablaba.

A la puesta del sol entraba á su morada, y hasta en la noche era nuevamente asediado por la multitud. Los ciegos, los estropeados, los sordos y mudos, los enagenados, los epilépticos, los que tenían un espíritu malo, todos los dolores y las enfermedades humanas acudían. Jamás ningún hombre vió reunidas en derredor suyo tantas miserias. Nadie ha curado más, y conocido mejor la alegría del beneficio. Su bondad y su compasión eran inagotables; él decía á menudo: "Hay más felicidad en dar que en recibir."[1] Sus días se doblegaban bajo el peso de las obras santas, como el árbol cargado de frutos maduros. Se le invitaba para honrarle y escucharle más cerca. Su conversación, siempre religiosa, estaba llena de imágenes vivas, de razgos inesperados. Las almas sinceras se sentían transformadas á su voz; los pérfidos eran desenmascarados y confundidos.

En la noche, cuando todos se retiran y duermen, él velaba todavía mucho tiempo, consagrando siempre todas las horas á la oración. Las fatigas de su apostolado le hacían vivir; su cuerpo descansaba como su alma en el seno del Padre celestial.

Tal fué la vida de Jesús, en esos días de Galilea que fueron como la primavera del Reino de Dios.

1 Act. XX, 35.

CAPITULO III.

CURACIÓN DEL LEPROSO.—OPOSICIÓN DE LOS FARISEOS EN GALILEA.

El viaje de Jesús por los alrededores de Capharnaum fué de corta duración.[1] Algunos días después le hallamos en la ciudad. Su actividad es extrema; en siete meses evangeliza toda la Galilea y la Decápolis, irá también hasta los confines del territorio de Tyro y de Sidón, y Cesarea de Filipos le verá entre sus muros. En esta primera excursión, él visitó ciertamente á Korazim y Bethsaida.

La una,—Bethsaida,—sencillo caserío habitado por pescadores, era la patria de Pedro. Situada á orillas del lago, en el extremo noroeste, cerca de una pequeña ensenada, á la entrada del llano de Gennesar, ella tenía al abrigo de los vientos del sur, un anclaje excelente. Un hermoso manantial, el Aín-Tine, brotaba en sus puertas. La ruta del Mediterráneo á Damasco la atravesaba en su longitud y se bifurcaba después de haberla pasado. Uno de los caminos costeaba el lago y

1 Marc. II, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conducía á Capharnaum en tres cuartos de hora de camino; el otro se ajustaba en las gargantas de las montañas de Safed. Una vieja posada subsiste todavía en el punto de bifurcación, levantada allí para protejer las caravanas contra el bandidaje, á la entrada de esos desfiladeros en donde era fácil el ataque. De la antigua Bethsaida, no quedan más que restos informes, algunos palmos de paredes de un cimento indestructible. El arado ha pasado entre esas ruinas, á través de las piedras que el fellah indolente no piensa ni en separar.

Korazím estaba al norte de Capharnaum, á dos millas de distancia de la ciudad y del lago, dominando un ouady en cuyo fondo ruge, en la estación de las lluvias, un torrente impetuoso. Actualmente, todas las colinas están desmontadas. Trozos de basalto aparecen por todas partes y dan á la tierra el aspecto sombrío de un suelo volcanizado. El horizonte está cerrado. Una desmontadura permite ver un pedazo del lago azul: este es un rayo de serenidad en esta naturaleza maldita.

Los restos de la ciudad arruinada hace más de quince ó diez y seis siglos parecen un caos. Korazím debió tener una guarnición militar, á juzgar por los vestigios de una torre que parece haber sido una fortaleza; ella tenía también una sinagoga de la que se pueden admirar las ruinas y medir las hermosas proporciones. Dinteles que yacen en tierra, trozos ahuecados en forma de conchas marinas, pedazos y capiteles de columnas, piés derechos, monolitos, todas esas piedras basálticas forman una confusión espantosa; ahí fué á donde Jesús vino frecuentemente á predicar.

A algunos pasos, un árbol viejo, una palmera de ramas cerradas, pudiendo abrigar bajo su sombra una tribu entera, opone su vitalidad poderosa á la muerte de los alrededores. Las flores crecen entre las ruinas; la yerba, abonada por los ganados, reverdece; algunos Beduinos acampan en la ciudad herida por el anatema de Cristo; ahí se respira la desolación.

De todo ese viaje en las ciudades vecinas de Capharnaum, los documentos no refieren sino un hecho. Ellos le señalan,

sin duda alguna, porque él constituyó á extender lejos la fama de Jesús y debió herir vivamente la imaginación de la multitud: trátase de la curación de un leproso.

La lepra era entre los Judíos una de las enfermedades más temibles; ellos la veían como enviada por Dios,[1] y en sus imprecaciones, ellos no la deseaban sino á un enemigo mortal.[2]

Desde el principio de la enfermedad el sacerdote declara al leproso impuro, le excluye del comercio de los hombres y le relega al campo, en la sociedad de otros leprosos.[3] Se le desgarran los vestidos en señal de duelo. La soledad á la que está condenado no es sin embargo una prisión; en las ciudades no ceñidas de murallas, él puede entrar á la sinagoga.[4] El está encerrado detrás de una balaustrada que le aisla de la asamblea; debe entrar el primero y salir el último.[5]

La lepra pasaba por incurable, aun la lepra blanca, la más común y la menos repelente. Cuando ella había invadido todo el cuerpo y caidas las escamas, la piel se ponía blanca y lustrosa, se la consideraba como habiendo perdido toda potencia de contagio: entonces los sacerdotes podían declarar "puro" al leproso y devolverle la libertad.[6]

El debía ofrecer tres sacrificios: uno de expiación, otro de culpabilidad, el tercero en holocausto. Los pobres ofrecían pájaros; los ricos, corderos. La ceremonia se celebraba en una de las salas del Templo, en el ángulo septentrional del patio de las mujeres. El leproso, conducido delante de la puerta de Nicanor, de la que no podía franquear la entrada, metía primero la cabeza, después la mano, después el pie, en el patio de los hombres; el sacrificador le tocaba con sangre el lóbulo

1 Núm. XII, 10; II Crónic. XXVI, 19.
2 II Reyes, III, 29; IV Reyes, V, 27.
3 IV Reyes, VII, 3; Luc., XVII, 12.
4 Kelim, cap. I; ibid., 7.
5 Negaim, XIII; Hal., 12.
6 Levit., XIII, XIV.

de la oreja, el pulgar y el pulgar del pie, mientras que otro sacerdote le ungía con aceite: él salía purificado.

Ese azote, endémico en Egipto y en la parte meridional del Asia Menor, no ha desaparecido totalmente de la Palestina. Jerusalem, Naplouse, Ramleh, todavía tienen leprosos. Se les ve como en tiempo de Jesús, en los alrededores de esas ciudades,—con la piel de un blanco brillante, cubierta de escamas, las orejas y la nariz carcomidas por las úlceras, los ojos fijos, vidriosos, inflamados, las falanges de los dedos medio desprendidas,—tendiendo sus manos cubiertas de vendas, hacia los transeuntes y pidiendo limosna, ostentando su miseria con gritos desgarradores.

A uno de esos enfermos repelentes fué al que Jesús tocó y sanó.

El Maestro, volviendo otra vez á Capharnaum, bajó de la montaña,[1] seguido de una multitud; él se detuvo en el camino, en una ciudad, y llegada la noche, habiéndose retirado la multitud, un leproso se le acercó, se puso de rodillas, con la cara en la tierra, suplicándole:—Señor, le dijo, si quereis, podeis sanarme.

El tuvo compasión: la fe y la desgracia reunidas le enternecian; él extendió la mano, tocó al leproso:

—"Yo lo quiero," le dijo, "estás curado."

Apenas hubo hablado, y en el mismo instante abandonó á ese hombre.

Jesús le despidió inmediatamente, y le dijo con un tono de autoridad:—"Guárdate de decir nada á nadie; pero ve, preséntate al príncipe de los sacerdotes, y ofrece por tu curación lo que Moisés ha ordenado, á fin de que tú seas para ellos un testimonio."

La evidencia del mal, la instantaneidad de la curación, con el solo contacto y la sola voluntad de Jesús, dan á este hecho un carácter sobrenatural y milagroso. Semejantes actos son frecuentes, habituales, en la vida pública del Maestro.

1 Mat., VIII, 1-4; Marc., I, 40-45; Luc., V, 12-16.

El mal era considerado como incurable; y, aun cuando no lo fuera, su desaparición instantánea revelaba en Jesús una potestad divina igual á su bondad. Señor de la ley, él quizo, á pesar de la prohibición del Levítico,[1] tocar al leproso; semejante contacto no podía manchar á aquel que, con una palabra borraba toda impureza. El no se contentó con curar al desdichado que le imploraba, él le convirtió en testigo, en su testigo. Recomendándole mucho de no decirlo á la multitud, de quien siempre temió la efervescencia y que se esforzaba en moderar, Jesús le envió á los sacerdotes, á Jerusalem, tratando todavía de alumbrar de lejos á esos ciegos y advirtiendo á los Sanhedritas que aquel á quienes ellos habían amenazado de muerte como blasfemador, continuaba su obra, y que el Espíritu de Dios estaba con él. Un hombre sanado de la lepra era una de las mayores señales que podía presentar un profeta; él recordaba á Moisés y á Eliseo,[2] el uno que había curado á su hermana Miriam y el otro al Syrio Naamán.

Nada pudo contener el entusiasmo y la alegría del leproso; él se fué publicando por todas partes lo que había pasado. Jesús no pudo ya aparecer en la ciudad; él se vió obligado á ocultarse en la campaña desierta, lejos de las habitaciones. La soledad le daba la calma y ahí oraba.

La acción mesiánica se extiende en Galilea y en la Palestina entera con rapidez. Todo contribuye á su difusión: la superioridad misma de Jesús, la novedad de su enseñanza, su potestad taumatúrgica, la elocuencia de su palabra, el brillo de sus obras, la naturaleza expansiva, el estado de excitación política y religiosa de los Galileos. A todas esas causas, es necesario agregar las relaciones frecuentes, íntimas, de todas las ciudades, de todas las aldeas, de las diversas tetrarquías y de

1 Levit. cap. XIII.
2 Núm., XI; Cf. Deut., XXIV, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Judea con la metrópoli. La centralización al rededor de Jerusalem, del Templo y del Sanhedrín, era exclusiva. Los deberes del culto, peregrinaciones y sacrificios, llevaban á Judea y á Jerusalem, varias veces al año, casi á todas las familias judías; el impuesto del Templo ponía en movimiento á toda una clase de colectores que recorría el país; la autoridad doctrinal del Sanhedrín reinaba en todas las sinagogas, y los miembros de la gran asamblea ejercían por todas partes una verdadera inquisición.

Tres categorías se forman al rededor de Jesús: los discípulos, la multitud y la alta clase directora, ancianos y doctores.

Los discípulos siguiendo al maestro, viviendo de su vida, se impregnan de su doctrina y de su virtud. Ellos son la tierra elegida que él trabaja y fecunda; él les ama con predilección, les habla sin figuras, les inicia poco á poco en sus designios, les penetra de su Espíritu y se les incorpora.

La multitud, en Oriente como en Occidente, es siempre la misma: espontánea, pasiva, no resistiendo el atractivo de la novedad, de la potestad y sobre todo de los beneficios palpables, materiales; ahí es en donde Jesús busca y recluta á sus discípulos, porque ahí se hallan los corazones sencillos, las almas rectas. El pueblo Galileo, más independiente de los poderes establecidos, y más accesible á una acción que esos poderes sospechaban, le inspiró más confianza que el de Jerusalem. Jesús, desde el primer instante, provocó su entusiasmo; él le dejaba venir á él, tenía piedad de sus miserias y le colmaba de sus beneficios; él le hablaba en parábolas para conducir su debilidad á comprender la verdad divina, y para no exponer á la injuria de la ignorancia popular la santidad de su enseñanza; él la llevaba en pos de sí, en las sinagogas, en las aldeas, á través de los campos, á las orillas del lago y sobre las colinas retiradas. Rara vez se vió semejante efervescencia al rededor de un profeta; éste fué una especie de magnetismo divino.

Cuando un hombre conmueve tan poderosamente á todo un país y hiere al corazón mismo del pueblo, la oposición no tarda en producirse. La vemos nacer en derredor de Jesús, en Galilea como en Jerusalem; y naturalmente, en la clase elevada, guardiana de las tradiciones es en donde ella tiene el poder y que representa las doctrinas en voga, es en donde ella estalla. Ella reviste todas las formas: provocante é insidiosa, ella lisongea é intimida; ella está al acecho para espiar y sorprender, ella se une á aquel que quiere perder y crece con él, ella sabe desencadenar las pasiones, ella conoce el arte de todas las hipocresías y del odio; ella no retrocede ante nada para dañar, y ella perseguirá á Jesús hasta la muerte.

Cualesquiera que traiga una idea, una forma, una fuerza nuevas, tiene en su contra las ideas, las formas, las fuerzas antiguas. Aun cuando haya nacido para el progreso el hombre se rehusa al progreso. Toda innovación es un alumbramiento peligroso. Jesús, el único novador divino, ha sido la más santa de las víctimas. Querer perfeccionar á la humanidad, es ir al suplicio. Antes de renunciar á un estado, aun inferior, y á todos los intereses que ese estado engendra, el hombre resistirá á menudo hasta la sangre; y él tratará de anonadar á aquel que quiera despertarle de su inercia.

Prudente y reservado, lleno de firmeza y de fuerza, algunas veces triste é indignado, Jesús luchará sin tregua contra los Fariseos, él les refutará, les confundirá, les amenazará, les rechazará, les abrumará con anatemas.

La narración evangélica pone en viva luz á este antagonismo y las circunstancias diversas, que sin cálculo ni plan fijo, le envenenan y le exasperan.

Apenas entró Jesús á Capharnaum,[1] cuando se vió nuevamente asaltado por el pueblo. Su ausencia más bien había

[1] Marc. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acrecentado que calmado la atracción general. El ruido de su regreso no tardó en exparcirse, y desde que se supo en la casa, la multitud acudió tan apiñada, que ni la casa ni el patio anterior podían contenerla.

El estaba sentado en la cámara alta[1] y predicaba la palabra. Cerca de él se veían á los Fariesos y á los doctores de la Ley, atraídos por su fama creciente. No eran todos de Galilea, muchos venían de Judea y aun de Jerusalem; ellos escuchaban, menos para instruirse que para juzgar.

Un incidente imprevisto hizo brillar derepente la virtud de Dios.[2]

Mientras que Jesús hablaba, unos hombres llevaron de fuera á un paralítico, para presentársele. Viendo á la multitud tan compacta y no sabiendo por dónde hacerle entrar, ellos treparon por la escalera exterior, subieron sobre la terraza, ahí descubrieron sobre el mismo lugar en donde estaba Jesús, y por la abertura aumentada, ellos hicieron descender el lecho sobre el que yacía el paralítico. El ardor de esta fe intrépida le conmovió:

—"Hijo mío," dijo al paralítico, "tus pecados te son perdonados."

Esta palabra inaudita causó, entre los Escribas y Fariseos un verdadero estupor. Esto no fué admiración, fué escándalo. Ellos callaban, pero su silencio ocultaba mal la cólera de su conciencia.—¡Qué blasfemia! se decían entre sí. ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?

Jesús que leía en las almas como en un libro abierto, vió la turbación de sus pensamientos. Para justificar á sus ojos esta palabra, la más extraordinaria, en efecto, que jamás haya salido de los labios humanos, y que suponía en quien osaba pro-

1 La casa judía comprendía ordinariamente un piso bajo y un piso superior. En este es en donde se hallaba la cámara alta, el *cenaculum*. Ahí se retiraban para orar y tratar de las cosas santas, de la religión y de la fe.

Cf. Lightfoot, Horæ hebraicæ et talmudicæ, ad. h. l.

2 Mat., IX, 2-8; Marc., II, 2-12; Luc., V, 17-26.

nunciarla la personalidad misma de Dios, él apeló á su vocación, á su dignidad mesiánica que le placía frecuentemente designar con la expresión discreta de "Hijo del hombre."[1]

Remitir el pecado es un acto de jurisdicción divina. Si Jesús se arroga semejante derecho, es que Dios está en él, es que él es igual á Dios. Lejos de rechazar esta conclusión como una blasfemia, él la prueba por un milagro.

—"¿Por qué pensáis estas cosas?" dijo él mirando á los Escribas y Fariseos. ¿Qué es más fácil decir á este paralítico: "tus pecados te son perdonados," ó decirle: "Levántate, toma tu lecho y vete?"

Sus interlocutores, cortados, callaban.

—Es preciso que sepáis, agregó él, que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para remitir los pecados. "Y volviéndose al paralítico, le dijo: "Yo te lo mando, levántate, toma tu lecho y vuelve á tu casa."

A estas palabras, delante de ellos, el paralítico se levantó, tomó el lecho en donde estaba acostado y se fué, glorificando á Dios.

Hubo en la multitud un extremecimiento de temor, como acontece ante el espectáculo de las cosas poderosas. Esto no fué sino un gran clamor de alabanza á Dios.

Jamás, se decía, hemos visto nada semejante.

La curación del paralítico asombró más á los espíritus que la divinidad de Jesús, de la que era ella la manifestación más brillante. Jesús, para la masa y probablemente para los letrados que habían sido admitidos á ver su potestad, no era sino un taumaturgo, un profeta; y todavía los Fariseos permanecían desconfiados.

El salió,[2] y se fué á lo largo del lago, seguido de la multi-

1 Esta palabra que Jesús se apropia, no tiene nada que despierte en el pensamiento de sus oyentes los errores, que la de Mesías excitaba siempre. El implica solamente su origen adámico; ella recuerda que, en esta descendencia, él es el renuevo prometido al primer hombre y que su función suprema, del todo espiritual, se limita á aplastar la cabeza del seductor y á librar así á la humanidad de la tiranía del mal. Gen. III, 15.

2 Mat., IX, 9; Marc, II, 13; Luc, V, 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tud á quien enseñaba, andando el camino. Ahora como él pasase delante de una oficina de peaje, vió sentado á uno de los receptores del impuesto, un publicano, llamado Leví, hijo de Alpheo.

—"Yo soy," le dijo.

Esta sola palabra bastó. La palabra que acaba de curar al leproso, de dar al paralítico el movimiento y de remitir los pecados, transformó repentinamente al publicano en discípulo.

El peajero se levantó, y dejando todo, siguió á Jesús.

Al lado de los cuatro pescadores, ved ahora cerca de él á uno de esos hombres más despreciados de los Judios, á un peajero.

El nuevo discípulo, poco después, dió en su casa[1] á su maestro un gran banquete al que invitó á sus colegas y á sus amigos, de manera que Jesús se halló entre los publicanos y todos aquellos que los Fariseos llamaban pecadores. Cierto número de esas gentes, por lo demás, marchaba ya en su seguimiento.[2] En esta clase, tratada de pecadora y de impura, fué en donde la buena nueva del Reino de Dios halló más adictos: Jesús la amaba.

No hay para él, en la humanidad, ni rico, ni pobre; ni letrado ni ignorante; ni puro, ni impuro; ni escuela, ni partido. A sus ojos toda diferencia se borra en la uniformidad de una misma miseria, en la austeridad de los mismos deberes y la grandeza de una misma vocación. El no vé mas que dos clases de hombres: los que se abren al llamamiento de Dios y los que á él se cierran, los que cren en su palabra y los que la rechazan, los que entran en la vía estrecha y los que se separan en el camino ancho de la perdición.

Lo que pasó en esos tiempos remotos, en el pequeño país de Galilea, pasa actualmente y pasará siempre en la tierra entera que él evangeliza por su palabra y que él remueve por

1 Mat., IX, 10 y sig.; Marc. 14 y sig.; Luc., V, 28.
2 Marc. II, 15.

su Espíritu. Ahí está el secreto de esta igualdad verdadera que domina las desigualdades necesarias, inevitables de este mundo. En ese reinado accesible á todos, si un privilegio subsiste todavía, está en favor de los pobres, de los débiles de los pecadores, de los humildes, de los pequeños, porque ellos tienen sobre los demás una ventaja: su miseria. Ella les dispone á mejor escuchar á Cristo. El es mas fácil para seguirle, para abandonar una oficina de peajes ó de redes, que renunciar á un reinado. El Espíritu sencillo que conoce su ignorancia escuchará mejor la palabra del Maestro que el doctor hinchado que se cree infalible; el pecador que se da golpes de pecho no vacila en confesar su indignidad, mientras que el falso devoto se irrita contra aquel que le reprocha la vanidad de sus pequeñas prácticas.

Las relaciones de Jesús escandalizaban en Galilea á los Escribas y á los Fariseos. Rígidos é inexorables, ellos no se rozaban con las gentes sin piedad cuyo trato les hubiera manchado; ellos se miraban como los puros, y ellos evitaban á los demás religiosamente.

Por lo tanto, viendo á Jesús comer con los publicanos y pecadores, algunos de entre ellos no pudieron contener su celo indignado y sus murmuraciones. Tal vez ellos no eran los más hostiles á Jesús, y hasta le consideraban como á un profeta que les inspiraba alguna admiración y cierto temor. En efecto, les vemos mezclados con los discípulos de Juan y dirigirse con timidez no á Jesús, sino á sus propios discípulos.

—¿Por qué, les dijeron ellos, vuestro Maestro come con los publicanos y los pecadores?

Esta pregunta descubrió su celo y su despecho al ver al Profeta manifestar su preferencia por los pobres sin devoción.

El Maestro, siempre alerta, él mismo respondió á la pregunta hecha á sus discípulos.

—"No son los sanos quienes tienen necesidad de médico, sino los enfermos." Id, meditad estas palabras del profeta: "Yo

quiero la misericordia y no el sacrificio."[1] La virtud me place más que el rito, y la bondad es superior al holocausto.

Además, él agregó, para explicar su simpatía hacia los pecadores, y para abatir á esos falsos justos cuyo orgullo le irritaba, "yo no he venido á llamar á los justos, sino al contrario, á los pecadores."

Todo el genio del Evangelio está en estas palabras en donde se revela á "aquel que ha germinado de lo alto y que ha salido de las entrañas de la misericordia de Dios."

Los Fariseos y los discípulos de Juan se aprovecharon del festín de Leví para atacar á Jesús y despreciar á los que le seguían—Nosotros ayunamos, dijeron ellos con un aire satisfecho, y multiplicamos las oraciones, mientras que los vuestros comen y beben.

El espíritu de esta religión mál entendida que dividía, hacia largo tiempo, á la piedad judía, se da á conocer en este reproche farisaico. El ayuno era frecuente entre los Fariseos; el menos celoso le practicaba dos veces por semana; otros le exageraban todavía, y por los motivos mas fútiles. La penitencia verdadera era algunas veces extraña á esos ayunadores que, á fuerza de abstinencias, no tenían frecuentemente otro objeto que obtener hermosos sueños, conjurar las suertes y alcanzar el éxito de sus negocios.[2]

—"Dejadles," respondió Jesús á los Fariseos, "estos son los hijos del esposo." La expresión era del mismo Juan, y ella debió impresionar á todos los discípulos del Bautista. "Mientras que el esposo está con ellos, ¿cómo pueden estar en la tristeza y en el ayuno?" Este es el festín nupcial; mas esperad, "vendrá un día en el que el esposo les será llevado; entonces ellos ayunarán."

"No se cose una pieza de paño nuevo á un vestido viejo, si no, el vestido viejo se desgarra y la rotura es más grande. No se pone el vino nuevo en pellejos viejos, porque el vino

1 Os., VI, 6.
2 Talmud, Hierosol., in Megillah, fol. 75, 1; Kilaim, tol. 32-2.

nuevo los romperá, y él se derramará, y los pellejos quedarán perdidos; se pone el vino nuevo en pellejos nuevos, y ambos se conservan."

Las observaciones legales, todo el ritual del mosaísmo, he aquí para Jesús el vestido usado y los pellejos viejos; el Espíritu que él derrama, la doctrina que él enseña, he aquí el paño nuevo y el vino nuevo. La antigua Ley ha terminado, ella será transformada: ella no puede contener la Ley del Evangelio; es preciso al hombre engrandecido por el Espíritu un vestido más amplio. Se siente despuntar la doctrina de la libertad de los hijos de Dios de quien San Pablo será el apóstol.

Los Fariseos no alcanzaron toda la extensión de la respuesta del Maestro, porque su palabra tenía profundidades que escapaban siempre á sus oyentes inmediatos; pero ellos debieron comprender que Jesús se ponía sobre lo que ellos miraban como la última palabra de la religión. Esas inteligencias limitadas y cerradas se apartaban de la luz, sus corazones endurecidos y petrificados se resistían.

El antagonismo está sin reposo; él no hace más que crecer á medida que nuevos incidentes se presentan.

A pesar de su preferencia por el pueblo, Jesús se daba á todos, á los grandes como á los pequeños y hasta á los mismos Fariseos, desde que ellos le llamaban.

Apenas él hubo acabado de hablar,[1] cuando uno llamado Jairo vino hacia él. Este debía ser un Fariseo considerado en Capharnaum, puesto que él era uno de los jefes de la sinagoga. Una gran desgracia le había afligido; su hija, de doce años de edad, se moría. La prueba fué más fuerte que sus preocupaciones; él vino á los piés de Jesús, suplicándole con instancia:—Señor, le dijo, mi hija se muere, venid á mi casa, imponedle las manos, á fin de que ella sane y viva.

Jesús se levantó y le siguió acompañado de sus discípulos. La multitud se estrechaba sobre sus pasos. Una mujer que

1 Mat., IX, 18-34; Marc., V, 21-43; Luc., VIII, 40-56.

sufría un flujo de sangre hacía doce años y que había gastado toda su fortuna en médicos, sin que ninguno la hubiera podido curar, habiendo oido hablar del Profeta, se mezcló entre la multitud, detrás de él. Ella estaba convencida que si podía tocar la orla de su vestido, sería curada. Ella la tocó y se sintió curada en el mismo instante.

Jesús, conociendo que una virtud había salido de él, se volvió hacia la multitud y preguntó quién había tocado sus vestidos.—La multitud os estrecha, le dijeron sus discípulos, y preguntais ¿quién os ha tocado?

El miraba en su derredor. La pobre mujer, temblando, sabiendo lo que había pasado con ella, se prosternó ante él y le confesó todo.—"Hija mía," le dijo Jesús, "tu fe es la que te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad."

En este mismo momento se vino á decir al jefe de la sinagoga que su hija había muerto, y que era inútil fatigar al Maestro. Jesús dijo á Jairo: "Nada temas, ten fe solamente." Después él se separó de la multitud y de sus propios discípulos, no permitiendo á ninguno seguirle más lejos, con excepción de Pedro, Santiago y Juan.

Llegado delante de la casa, él vió un gran tumulto. Las lloronas se agitaban, levantando los brazos, lamentándose, con los cabellos en desorden, batiendo las manos, dando gritos que se mezclaban con las notas agudas de los tocadores de flauta.

Jesús entró y dijo á las gentes: ¿Por qué ese desconcierto y esos llantos? "La joven no está muerta, ella duerme."

Se rieron de él, sabiendo que ella estaba muerta.

El despidió á toda esa gente, y acompañado del padre y de la madre de la joven y de sus tres discípulos entró en la recámara en donde ella estaba acostada. El tomó la mano de la muerta, diciéndola:—"Joven, levántate."

La joven se levantó y anduvo. Jesús ordenó que se la diera de comer. Los padres estaban fuera de sí mismos. El les ordenó no decir nada de lo que había pasado.

Al irse, él todavía curó á dos ciegos que se habían acercado.[1]—"¿Creeis," les dijo, "que yo pueda hacer lo que me pedís?"—Sí, Maestro.

La desgracia hace fácil la fe. Jesús tocó sus ojos, y agregó: "Que se haga según vuestra fe." Sus ojos se abrieron.—"Tened cuidado," les dijo al despedirles, "que nadie lo sepa."

Como ellos acababan de partir, un mudo y un endemoniado le fué presentado; él arrojó al demonio y devolvió la palabra al mudo.

Todos estos milagros producían sobre la multitud una acción irresistible. El pueblo, en su admiración creciente y en la sinceridad de su entusiasmo, exclamó: "Jamás se ha visto nada semejante." Mas los Fariseos, testigos también ellos de tantas maravillas, no pudiendo negarlas, las desnaturalizaban, tratando á Jesús de mágico, y diciendo por todas partes: "En nombre del mismo demonio es como él arroja á los demonios." Esta blasfemia, que ellos profieren aun con timidez, será lanzada á la cara de Jesús. Ninguna le será más sensible; él arrancará á su alma los más terribles anatemas que el amor ultrajado jamás haya fulminado.

Uno ó dos días después, era el sábado,[2]—aquel que se llamaba segundo—primero, es decir, el primero del segundo año que seguía al año sabático.[3] Jesús caminaba por la orilla de los sembrados de trigo; sus discípulos le acompañaban, y al pasar, ellos arrancaban las espigas, las restregaban en sus manos y las comían. Los Fariseos que pasaban fueron escandalizados. Ya se conoce su rigidez respecto al descanso sabático.

¿Por qué, les dijeron ellos, haceis lo que está prohibido hacer en el sábado?

Jesús les respondió:—"¿Nunca habeis leido lo que hizo

1 Mat., IX, 27-34.
2 Mat., XII, 1-8; Marc., II, 23-28; Luc., VI, 1-5.
3 Cf. Wieseler Chronologische Synopse, p. 225, 353. Hambourg. 1843.

David cuando tuvo hambre, él y sus compañeros?[1] El entró á la casa de Dios, tomó los panes de proposición que sólo los sacerdotes tienen derecho de comer, comió y dió á los que estaban con él. ¿Blasfemais de David y de los suyos? ¿Blasfemais del gran sacerdote Abimelech que dió los panes sagrados? ¿Por qué, entonces, condenais á los inocentes?"

La necesidad y la indigencia están sobre la ley ritual, si ellas excusan á unos, ellas excusan también á los otros.

Vosotros invocais vuestra ley que prohibe todo trabajo; pero "¿los sacerdotes en el Templo no inmolan las víctimas el día de sábado? y sin embargo, ellos están sin crimen." Sabed que "el hombre no está hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre." Por lo demás "el Hijo del Hombre es el señor del sábado."

Jesús se sirve de los menores incidentes para esclarecer á sus adversarios y elevar sus pensamientos; él apela de la letra al espíritu, de las observancias exteriores á la virtud, y él parece tanto más grande, tanto más verdadero, cuanto que los hombres que le combaten son más estrechos, más mezquinos y de una ciencia más vana.

Delante de sus adversarios confundidos, él se afirma en su dignidad soberana y en su pretensión mesiánica la más firme: "Por santo que sea el sábado," agregó él, dejándoles en sus tinieblas, "el Hijo del hombre es el señor."

Colocarse sobre el sábado, y por lo mismo sobre la Ley y sobre Moisés: nada puede inventarse más ofensivo para los Fariseos. Esta pretensión, sacrílega á sus ojos, hacía fermentar su odio; ellos están condenados á odiar á aquel á quien no quieren reconocer y cuyas señales se obstinan en recusar.

Todos los hechos repetidos de quienes los documentos evangélicos nos dan la narración, explican solos las causas verdaderas del antagonismo que se forma y crece día por día en el partido farisaico contra el nuevo profeta. Se le siguen sus pasos; se le vigila; á toda costa se quiere comprometerle.

1 I Reyes, XXI.

El sábado siguiente,[1] él entró en la sinagoga para enseñar. Ahora bien, allí se hallaba un hombre cuya mano derecha estaba seca. Los Fariseos y los Escribas, viendo á este enfermo, suscitaron ante Jesús la cuestión del reposo sabático. Esta fué una manera insidiosa de provocarle y de hallar el pretexto de una acusación.

En su casuística miserable, esos doctores sin entrañas enseñaban que no era permitido curar el día de sábado: ellos prohibían toda aplicación de remedios, las fricciones y las unciones.[2] Un axioma favorito en esta raza que no olvida jamás sus intereses, había sin embargo dulcificado la rigidez exagerada de su fórmula.—"Obrad," dicen los sabios, "con misericordia hacia los bienes del Israelita."[3] Los maestros, apoyándose sobre este principio, autorizaban ciertos actos el día del sábado, para conservar un animal en peligro.

Esos legistas interrogaron á Jesús:—¿Es permitido curar el día del sábado? Ellos sabían de antemano su respuesta; pero ellos querían considerarla ante la asamblea, ante quien su doctrina pasaba por inviolable.

Jesús les confundió por sus propios principios.

—"¿Quién de entre vosotros, les respondió, "quién teniendo una oveja,—si esta oveja acaba de caer, en día de sábado, en una fosa,—no la coge para sacarla? ¿Por ventura el hombre no está por encima de una oveja?

En seguida, él dijo al hombre que tenía una mano seca: "Levántate, párate en medio." El se levantó y se puso en pie.

Jesús, entonces, dijo á los Fariseos: "¿Es permitido hacer el bien ó el mal, el día de sábado? ¿salvar la vida ó quitarla? Respondedme."

Ellos callaron.

Jesús, contristado por esa ceguedad, les miró con cólera.

1 Mat., XII, 9 y sig.; Marcos, III, 1, 6; Luc., VI, 6-11.
2 Maimon., in Sehabbath, 6, 21.
3 Talmud Hierosol., Ioma, fol, 62, 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—"Extiende tu mano," dijo al enfermo. El la extendió, é incontinente su mano seca quedó sana.

El milagro no iluminó á esos obstinados, él no hizo más que confundirles, y su confusión se trocó en despecho, nada puede dominar la voluntad que se aparta de la luz. El fanatismo es ciego. Esas aberraciones religiosas de los Judíos del tiempo de Jesús nos hacen reir, y sin embargo ellas fueron para ellos el código de la mas perfecta piedad; tocarlas, era un sacrilegio. La sabiduría tan humana de Jesús, sus milagros prodigiosos, lejos de disipar esas preocupaciones las exasperaban.

A consecuencia de esta escena que les llegó á lo vivo, los Fariseos más irritados que nunca, se asociaron en consejo é idearon un medio de perder á Jesús.

CAPITULO IV.

EL SERMON DE LA MONTAÑA.

Al mismo tiempo que la oposición se dibuja y se levanta en derredor de Jesús, en la clase de los letrados y de los maestros, los discípulos aumentan, la multitud engruesa, llega á Capharnaum, de la Galilea y de la Perea, de las ciudades de la Decápolis y de Jerusalen, de la Judea y de la Idumea, de Tyro y de Sidón, de la Fenicia y de la Syria. Esta es una conmoción general. No solamente se quiere verle y escucharle, los enfermos se precipitan sobre él para tocarle. El los curaba por el solo contacto, su potestad radiaba en bondad. El estaba obligado á libertarse, tanto le oprimía la multitud. A fin de escapársele, dijo á sus discípulos tuviesen siempre dispuesta una barca, cuando él caminaba á lo largo del lago.[1]

A la vista de ese pueblo, cansado, errante, abandonado como un rebaño sin pastor, su alma estuvo emocionada de piedad. El le comparaba á un campo lleno de espigas.

—"La cosecha es grande," dijo á sus discípulos, "pero pocos

1 Marc. III, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—"Extiende tu mano," dijo al enfermo. El la extendió, é incontinente su mano seca quedó sana.

El milagro no iluminó á esos obstinados, él no hizo más que confundirles, y su confusión se trocó en despecho, nada puede dominar la voluntad que se aparta de la luz. El fanatismo es ciego. Esas aberraciones religiosas de los Judíos del tiempo de Jesús nos hacen reir, y sin embargo ellas fueron para ellos el código de la mas perfecta piedad; tocarlas, era un sacrilegio. La sabiduría tan humana de Jesús, sus milagros prodigiosos, lejos de disipar esas preocupaciones las exasperaban.

A consecuencia de esta escena que les llegó á lo vivo, los Fariseos más irritados que nunca, se asociaron en consejo é idearon un medio de perder á Jesús.

CAPITULO IV.

EL SERMON DE LA MONTAÑA.

Al mismo tiempo que la oposición se dibuja y se levanta en derredor de Jesús, en la clase de los letrados y de los maestros, los discípulos aumentan, la multitud engruesa, llega á Capharnaum, de la Galilea y de la Perea, de las ciudades de la Decápolis y de Jerusalen, de la Judea y de la Idumea, de Tyro y de Sidón, de la Fenicia y de la Syria. Esta es una conmoción general. No solamente se quiere verle y escucharle, los enfermos se precipitan sobre él para tocarle. El los curaba por el solo contacto, su potestad radiaba en bondad. El estaba obligado á libertarse, tanto le oprimía la multitud. A fin de escapársele, dijo á sus discípulos tuviesen siempre dispuesta una barca, cuando él caminaba á lo largo del lago.[1]

A la vista de ese pueblo, cansado, errante, abandonado como un rebaño sin pastor, su alma estuvo emocionada de piedad. El le comparaba á un campo lleno de espigas.

—"La cosecha es grande," dijo á sus discípulos, "pero pocos

1 Marc. III, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los obreros." Suplicad, pues, al señor de la cosecha, á fin de que él envié obreros á su cosecha.[1]

Para hallar mayor calma, él se iba a las montañas; se retiró á una de ellas, en esos días, una noche, en secreto.[2] Los Evangelios no la nombran; pero una tradición muy antigua designa al Djebel Koroum-Hattin.[3] Esta es una colina solitaria, situada al occidente y á tres horas de camino de Capharnaum. Ella domina la ancha llanura que atraviesa la ruta de Akra al lago de Tiberiades, y ella domina la entrada de las gargantas del ouady El-Hamman. Los dos picos que la coronan y le han dado su nombre,[4] están separados por un cuello estrecho. Entre sus pendientes escarpadas, cubiertas de guijarros rotos, se extiende una pequeña pradera cubierta de césped que parece dispuesta de intento para una muchedumbre que deseara aislarse y asociarse. Ellas cierran el horizonte al norte y al sur, no dejando ver mas que el cielo. Sobre la cúspide, se está inundado de luz. En derredor, el llano verdoso, sembrado, que se convierte en la época de la cosecha, en un oceano de espigas enmedio del cual Koroum-Hattin se levanta como un islote.

Al Norte, el Hermón nevado reina en lo infinito del cielo; al oriente, en lontananza, las elevadas mesetas del Djaulan, el antiguo país de Galaad, y la hermosa cordillera del Hauran, cuya cresta blanca parece una fina nube flotante. En el primer plan, el lago de Genezareth, ondulado como un metal pulido y coloreado con todos los tintes, siguiendo los caprichos de la luz. La colina se cubre en la primavera de las mismas anémonas, de los mismos asfodelos, de esos lirios cuya blanca vestidura admiraba Jesús; y se ven cruzar todavía en el cielo los

1 Mat., IX, 36-38.

2 Mat., V, 1; Luc, VI 12.

3 Robinson, que parece haber tomado por tarea trastornar todas las tradiciones locales, coloca el monte de las Bienaventuranzas en las alturas que dominan el llano de Genesar. El ha sido seguido por Tolück (Auslegung der Bergpredi nach Matth).

4 Cuernos de Hattin.

mismos pájaros descuidados y alegres á quienes alimenta el Padre celestial, sin que ellos siembren, trabajen y cosechen.

Jesús pasó la noche sobre la montaña, en oración, meditando para el día siguiente uno de los actos más necesarios al desarrollo de su obra.

Los discípulos y la multitud se habían dirigido en pos de las huellas del Maestro. Desde el principio del día, él convocó á cierto número de sus discípulos: ellos se llegaron á él y escogió los que quizo.

Ellos son doce, agrupados de dos en dos: he aquí sus nombres cuidadosamente conservados por los tres primeros Evangelios.[1] A la cabeza Simón, á quien Jesús llamó Pedro, y con él su hermano Andrés; Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, que él llamó "Boanerges," los hijos del trueno; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el Cananeo, y Judas Iscariote que le hizo traición.

Ni un rico, ni un escriba ó un doctor, ni un anciano, ni un jefe de sinagoga. Aquellos son gentes obscuras, desconocidas, hasta en su pequeña provincia. Ninguno de ellos han estudiado; el más letrado es el publicano Levi, quizá el único que sabe escribir; los otros son barqueros ó artesanos como su Maestro. Ni fortuna, ni ciencia, ni poder, ellos no tienen nada, esos hijos del pueblo; y Jesús, les constituyó sus apóstoles.

—"Yo haré de vosotros pescadores de hombres," dijo á Simón; él cumple su promesa. El había pedido á sus discípulos suplicar al Padre celestial para que enviase obreros á su cosecha; él mismo había orado toda la noche; el Padre celestial escuchó á su Hijo: he aquí á los cosecheros de la primera hora.

Los doce, por lo demas, ya no abandonaron á Jesús. Su espíritu estará en ellos y sobre ellos, él será su fuerza, su

1 Mat., X, 2-4; Marc., III, 16-19; Luc., VI, 14-16. Cf. Act I, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciencia, su poder; ellos anunciarán la palabra del Reinado, y para dar crédito á su apostolado, ellos tendrán el dón de curar las dolencias y las enfermedades, y de lanzar á los demonios en el nombre de su Maestro.

Los medios humanos, sabiduría y fuerza brutal, elocuencia y riqueza, todo es desdeñado. La historia no conoce nada de más audaz; para salvar al mundo, Jesús no tiene más que su Espíritu; y para crear á los Apóstoles, él no tiene más que dárselo. Desde que la elección fué hecha, él bajó de la cima de la montaña con los doce y se detuvo en el llano situado un poco abajo;[1] la compañía de sus discípulos y una gran turba le esperaban; se le rodeó. Su alma irradiaba; la obra del Reinado había entrado en una faz más elevada. Los nuevos electos se estremecían con las alegrías del Espíritu; los dones de Dios conmueven y enagenan.

Jesús se sentó, su corazón y su boca se abrieron, él se puso á enseñar,[2] y levantando sus ojos sobre sus discípulos:

—"Bienaventurados," exclamó, "los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos."

—"Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra."

—"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

—"Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos."

1 La contradicción aparente en la narración de San Mateo y de San Lucas, se desvanece por sí misma. El sermón de Jesús ha tenido lugar, en efecto, sobre la montaña, como lo dice San Mateo, pero abajo de las cimas de Korouni-Hattin cuya meseta ἐπὶ τόπου πεδινοῦ, en un llano que las separa, como lo dice San Lucas, y que forma parte de la colina.

2 La mayor parte de los críticos han considerado el sermón de la montaña como una composición artificial en la cual San Mateo había reunido las enseñanzas diseminadas del Maestro.

La idea puede ser exacta y no toca para nada á la verdad doctrinal. Sin embargo, la hipótesis de una escena solemne entre todos, tal como el primer Evangelista combinado con el tercero la pintan, escena en la que Jesús hubiera, durante un día, promulgado en la montaña á sus discípulos, convertidos en Apóstoles, el conjunto de su doctrina, me parece absolutamente verosímil.

—"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia."

—"Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios."

—"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios."

—"Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos."[1]

Jamás el ideal y la ciencia de la felicidad de las que el corazón del hombre está excitado se habían traducido bajo esta forma, con acento más penetrante.

La felicidad no existe sino en la participación del Reino de Dios.—El que la busque en otra parte,—en la riqueza, la alegría y la saciedad terrestres, en la aprobación y la gloria humanas,—se excede: él se prepara amargas desilusiones, el hambre del alma, los llantos y sollozos. Dios, el Padre celestial: he aquí la tierra á poseer; estar consolado por él, saciado de él, perdonado por él, verle, llegar á ser su hijo, sentirle reinar en sí: he aquí la eterna, la infinita bienaventuranza.

Pero para entrar en el Reino ¡qué camino! Renunciar á todo lo creado, ser pobre, y pobre de espíritu, no tenerse en nada. Nadie poseerá la tierra del cielo, á menos de ser humilde y dulce, de no tener otra voluntad que la voluntad del Padre.

Los consuelos divinos están reservados á aquellos que han llorado, y la saciedad del alma á los que hayan sentido el hambre y la sed de justicia. No se merecerá el perdón de Dios sino prodigando uno mismo la misericordia; no se verá á Dios sino con la condición de tener puro el corazón; y para oirse llamar por Dios mismo el hijo del Padre celestial, es preciso ser pacífico, repudiar la violencia, apagar los odios, calmar los conflictos, hacer reinar la fraternidad entre los hombres como entre los hijos del mismo Padre celestial.

1 Mat., V, 2 y sig.; Luc. VI, 20 y sig.

Lo que parecía la negación de la vida se convierte en la misma condición y la prenda. La pobreza, la humildad, las lágrimas, el tormento de la justicia, el abandono general de sus derechos, el renunciamiento á todo aquello que turba la pureza del corazón, el amor de la paz, la dulzura que se prohibe toda resistencia violenta, la persecución en este mundo en el que los poderosos están siempre prestos á aplastar á los débiles y á ultrajar á la justicia: he aquí el camino que conduce al Reino.

Los discípulos ya han dado los primeros pasos; por seguir al Maestro, ellos todo lo han dejado, ellos aprenden de él la dulzura y la bondad; su corazón se purifica, ellos sienten con su contacto, el hambre y la sed de la verdadera justicia, y ellos olvidan la violencia, al ver á aquel á quien los profetas han llamado el Príncipe de la paz; la persecución ya les ha alcanzado, y el partido fariseo, por causa de él, les persigue con su odio.

También Jesús insiste sobre la felicidad de los perseguidos por la justicia.

—"Sí, vosotros sereis dichosos," les dijo, "cuando los hombres os maldigan, os persigan y dijeren todo género de mal contra vosotros por causa mía."

"Regocijáos, estremecéos de alegría, porque en los cielos será grande vuestra recompensa."

Ya no es el hombre quien habla, es el Hijo de Dios. Su persona es idéntica con la justicia: sufrir por su causa, es sufrir por causa de ella, es conquistar á Dios.

—"Además," agregó, "la persecución es el lote de los profetas. Vosotros sereis tratados como ellos."

El les habló de su gran misión de apóstol y de sus deberes.

—"Vosotros sóis la sal de la tierra," dijo, "pero tened cuidado de no empalagaros. La sal empalagora no es buena sino para ser arrojada en el camino, para ser pisoteada por los traunseuntes. Vosotros sóis la luz del mundo. No se enciende una lámpara para ponerla bajo el celemin, sino sobre un candelabro, á fin de que ella ilumine á todos los que están en la casa."

Al pensar en el porvenir de su obra, en sus discípulos ya innumerables, él los comparaba á una ciudad edificada sobre una montaña, semejante á la que se percibe de Koroum-Hattin, en la cima de los montes de Safed. La montaña, es él. Una ciudad así edificada, ¿puede estar oculta?

—"Que vuestra luz brille ante los hombres, como la bujía en la casa; y que al ver nuestras buenas obras, ellos glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos."

Jesús, en su enseñanza como en su conducta, siempre ha distinguido á la Ley y los profetas, de las tradiciones humanas que les habían agregado los doctores y las escuelas, sobre todo desde Esdras. El está sometido á la Ley, pero él guarda una plena libertad respecto á las tradiciones que él juzga, condena frecuentemente y rechaza como á un yugo arbitrario.

Los Fariseos, que confundían esos dos elementos, no le perdonaban su independencia. Ellos le acusaban de trastornar la Ley, propagando insidiosamente esta calumnia en el pueblo, y esforzándose en desacreditar su obra y entorpecer su acción, oponiendo el nuevo Maestro con Moisés.

Jesús, para precaver á sus discípulos, proclama ante ellos la santidad de la Ley y de los profetas; él no viene á destruirla sino á cumplirla; él no es un revolucionario, sino el Novador divino: la Ley que él formula debe acabar lo que ha comenzado y perfeccionar lo que es imperfecto.

—"No," dijo él con un acento de autoridad, "yo no he venido á abolir la Ley ni á los profetas, he venido á cumplirla. Porque, es verdad, os digo: el cielo y la tierra no pasarán hasta que toda la Ley sea cumplida, hasta la última letra, hasta la última jota, y por lo mismo, cualesquiera que viole uno de sus menores mandamientos y enseñe así á los hombres, será tratado como nada en el Reino de los cielos, mientras que

aquel que la guarde y así enseñe á los hombres, éste será grande en el Reino de los cielos."

Toda su conducta apoyaba sus palabras. Su vida entera, oculta y pública, no tenía otro objeto que realizar la Ley y los profetas hasta la más pequeña jota. Hasta no haberla cumplido en su plenitud él no formulará la Ley del nuevo Reino.

La antigua es una letra muerta, grabada sobre la piedra; la nueva es el Espíritu vivo, su propio aliento. La una encadena exteriormente, la otra interiormente; la una hace esclavos, la otra corazones libres; la una aterroriza, la otra inspira el amor; la una está sin energía, la otra comunica la fuerza misma de Dios; la una está en figura y en símbolo, la otra trae la substancia y la realidad; la una promete, la otra realiza las promezas; la antigua, en fin, no pide sino una perfección relativa, la nueva exige la perfección absoluta.

—"Por tanto," añadió Jesús, dirigiéndose á sus discípulos, "si vuestra justicia no excede á aquella de la que se jactan los Escribas y Fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos."

Y él se puso á explicarles, por diversos ejemplos, y á propósito de ciertos mandamientos de la Ley, todo lo que allí había de imperfección y de error, de formalismo y de obstinación, de ceguedad y de egoísmo, en las tradicciones de esos doctores hipócritas que afectan un celo tan ardiente y no hablan más que de justicia.

—"Vosotros habéis escuchado que se ha dicho á los antiguos: No mataréis: el que mate será condenado por la sentencia: y morirá de muerte."[1] Los Escribas han discutido sobre el homicidio, sobre los diversos casos en que puede ser cometido, sobre las penas diversas que deben castigarle; ellos se han detenido en el crimen, sin pensar en la causa secreta que lo engendra. "Y yo os digo: Cualesquiera que se ponga airado contra su hermano, será condenado en el juicio de Dios; cualquiera que le diga: "Raca,"[2] será condenada por el Sanhedrin; y el que le diga "Loco," será condenado al fuego del infierno."

1 Exod. XX, 13; Deut. V, 23.

2 *Raca*, en hebreo *Rek*, locución popular, muy usada por lo demás entre los escritores hebreos, y que implica cierto desprecio. Ella tiene el sentido de *Kenón*, y designa un hombre de nada.

Moqué. Grave injuria, que corresponde mal á la expresión latina *stulte*, y á la española *insensato, loco*. Ella viene frecuentemente en los Proverbios y significa siempre una alma mala, desnuda de sentido espiritual y casi reprobada.

En la casuística de los Fariseos, el homicidio indirecto era dejado al juicio de Dios; el homicidio directo estaba relevado al Sanhedrin, quien le castigaba de muerte y, en ciertos casos, añadía la infamia á la pena capital. El ajusticiado era quemado en el valle de Gihon (Gehena),[1] que había quedado en honor entre los Judíos, porque sus padres, en otro tiempo, allí habían sacrificado é inmolado á sus hijos á Moloch.[2]

Al aplicar esas penalidades á la cólera interior, á la expresión de desdén y á la injuria grave, Jesús da á entender que él no reprueba solamente el acto exterior y brutal, sino hasta la palabra misma y el sentimiento oculto que inspira la palabra y lleva al crimen. Todo mal apela á un castigo, y la justicia quiere que el castigo sea á la medida de la falta; el pecado no será solamente castigado ante los hombres, él será vengado por el mismo Dios, porque él mancha el alma de quien solo Dios es el juez.

—Por tanto, "cuando al venir á ofrecer vuestra dádiva al altar, os acordaréis que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad allí vuestra dádiva, reconciliaos primero con vuestro hermano, y en seguida vendréis á dar cumplimiento á vuestra ofrenda."

Si, "mientras que caminaréis con vuestro adversario, tratad de reconciliaros, por temor de que él no os entregue al juez, y el juez no os entregue al alguacil y no seáis arrojado á la prisión. En verdad, yo os digo, vosotros no saldréis hasta que no hayáis devuelto hasta el último cuadrante."[3]

1 Valle de Hennom, sitio cerca de Jerusalem donde los judíos quemaban á sus hijos en holocausto á los ídolos.

2 Cf. Talm. Hierosol. Bava Kama, fol. 5, 2.

3 Las pequeñas monedas que tenían curso en el primer siglo, entre los Judíos, eran: el

Así como, en las pasiones irascibles, el pecado tiene por principio la cólera y por fruto el homicidio, lo mismo en la concupiscencia, él principia por el deseo culpable y se consuma en el adulterio. Los Escribas y los Fariseos no se ocupan sino del mal visible, Jesús le corta por la raíz.

—"Habréis escuchado que se ha dicho á los antiguos: No fornicarás. Y yo, os digo: Cualesquiera que mire á una mujer con concupiscencia, ya pecó en su corazón."

El deseo malo es provocado por las ocasiones, Jesús ordena huirlas y proscribirlas, con estas palabras de una severidad inexorable:

—"¿Vuestro ojo derecho os escandaliza? Arrancadle y arrojadle lejos de vosotros. Vale más para vosotros que uno de vuestros miembros perezca que todo vuestro cuerpo sea arrojado al fuego.

"¿Os escandaliza vuestra mano derecha? Cortadla, arrojadla lejos de vosotros; más vale que perezca uno de vuestros miembros que todo vuestro cuerpo sea arrojado al fuego."

El Maestro no cede nada á las pasiones inferiores, él quiere la pureza absoluta. El atractivo femenino debe ser domado hasta en el menor deseo secreto. En esto es en lo que Jesús funda la santidad de las costumbres y asegura la libertad del espíritu. El matrimonio es restablecido por él con el sano rigor de la indisolubilidad. Sin reprobar directamente el repudio que toleraba Moisés, él condena el abuso que se había introducido en las costumbres con la connivencia de los Escribas, y que hacía del matrimonio una poligamia encubierta.[1]

—"También se ha dicho," agregó, "el que rechaze á su mujer, que le dé un libelo de repudio," como si tal acta debidamente libelada legitimase toda remisión. "Y yo os digo: El que rechaze á su mujer, excepto el caso de adulterio,"—en despecho del libelo de repudio,—"la hace adúltera; y el que se case con la mujer repudiada comete un adulterio."

Como se ve, Jesús no autorizó el divorcio, sino sólo la separación. El contrato conyugal será regido en lo de adelante por la justicia; y la muger, protegida por la justicia, escapará á la tiranía, á la violencia, al capricho del hombre.

denario, de un valor de 0 fr. 88; el meah, ó sexto del denario; el pondion, ó media-meah; el as, ó medio-pondion; la semira, ó medio-as; el quadrante, ó media-semira; el prutah, en griego lepte, ó medio quadrante. Eran preciso ochenta y seis cuadrantes para un denario.

Talmud Hieros., Kiddouschin, fol. 58, 4; Maimon, Schekolin, cap. I.

1 La escuela del sabio Hillel era de una laxitud deplorable: ella enseñaba esto: La mujer que sala mucho los alimentos de su marido ó que los deja quemar, debe ser repudiada. Los discípulos de Schammaï, más rígidos, limitaban el repudio al caso de adulterio de la mujer. Cf. Talm. Hieros. Gittin.

Una de las aberraciones religiosas de los Judíos, era su doctrina respecto al juramento. La ley decía: "No jurarás."[1] Los doctores se mantenían con rigor, cuidándose poco del juramento temerario ó vano, y no mirando sino á la verdad de la cosa jurada. Ellos ponían una falsa piedad en multiplicar á cada instante los juramentos.[2] Ellos juraban por Dios y por las criaturas; pero el juramento por las criaturas no les parecía válido. Su casuística tenía extravagancias exigidas por el interés: jurar por el Templo y por el altar no obligaban, según ellos; pero jurar por el oro del Templo y por la ofrenda del altar ligaba la conciencia.

Esos doctores hallaban sin duda que el oro arrojado en los "cepos" y las viandas ofrecidas en sacrificio, eran propiedad de los sacerdotes adquiriendo por este hecho un carácter más sagrado y más inviolable.

Jesús aleja con una sola palabra todas esas extravagancias y endereza á la conciencia hacia la perfección ideal. No solamente debe evitarse el perjurio, sino hasta el juramento inútil.

—"No jureis; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus piés; ni por Jerusalem, esta es la ciudad del gran Rey. Tampoco jurareis por vuestra cabeza, porque no podreis hacer un solo cabello blan-

1 Levít. XIX, 12 y sig.

2 Es justo observar que algunos rabíes se han levantado contra esta costumbre, pero con otro espíritu que el de Jesús. Ellos ven allí solamente un peligro, una ocasión de perjurio. "No seas excesivo," decían, "ni en el juramento ni en la risa." (Tract. Demaï, cap. 2).

co ó negro. Decid solamente: Esto es, esto no es.' Todo lo que está de más viene del Malo."

El juramento implica una falta de confianza entre los hombres; se supone que se desconfía de aquel que le formula, ó que aquel que le formula desconfía de los demás. Si se cree en la palabra, ¿por qué tomar á Dios como testigo en el comercio ordinario de la vida? Los que se aman tienen fe; los discípulos de Jesús se aman; ellos no tienen por qué jurar. El juramento para ellos no será más que la afirmación solemne de lo verdadero, un testimonio rendido á la veracidad de Dios que no puede engañar, y á la fragilidad ó nada del hombre, cuya palabra está siempre, aun entre los más santos, sugeta al error.

Una ley dura, terrible, pesaba sobre todo el mundo antiguo, sobre los Egipcios, los Asyrios, los Griegos y los Romanos como sobre los Judíos,—la ley del talión. Todos los códigos la mencionan. Solo Cakya-Mouni, antes de Jesús, ha hablado de mansedumbre.

En el espíritu del legislador, esta ley de hierro tenía por objeto limitar, moderar la justa venganza; este era el freno de la bestia humana; pero si ella aterrorizaba al malvado, ella halagaba y fomentaba en las relaciones individuales, el instinto de represalías, tan natural y tan vehemente en el ofendido. Las tradiciones de los doctores, para dulcificar esta legislación desapiadada, habían reemplazado los suplicios por la multa pecuniaria, dejando subsistir el principio que la había engendrado. Jesús tempera la justicia por la misericordia, y en el comercio individual de los hombres, él suprime toda vindicta, aún legitima.

—"Se ha dicho á los antiguos: Ojo por ojo, diente por

1 Se halla en Maimónides (*Peah*, cap. 5.) un tímido bosquejo de la enseñanza sublime de Jesús. "Toda transacción," dice el rabbino, "entre los discípulos de los sabios, debe estar regida por la verdad y la confianza. Su fórmula es: Sí, sí; no, no.

diente. Y yo os digo: No resistais al malvado. Si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle la izquierda.

"Al que acuda á la justicia para quitaros vuestra túnica, dejadle aun vuestra capa; y si alguno os quiere obligar á dar con él mil pasos, dad otros dos mil. Dad al que os pide y no os aparteis del que quiere tomar prestado de vosotros."

De esta manera es como Jesús cambia al tigre en cordero; él no condena la legítima defensa ni el derecho correccional, sino él se eleva más arriba y muestra á sus discípulos el ideal de la mansedumbre.

Sobre la ley natural de los hombres terrestres, él estableció la ley de los hijos de Dios. El quiere que se ceda al malvado y no que se le resista: la resistencia no puede más que dominarle; la mansedumbre puede convertirle, porque ella hace á los mártires, y los mártires á menudo han conmovido al corazón de los verdugos. ¿No es esta la verdadera victoria y la fuerza suprema? Con esta señal divina se reconocerá á los discípulos de aquel que ha entregado su cuerpo á los que le herían, sus mejillas á los que las arrancaban, que no han desviado sus frentes de los bofetones y de las escupitinas, que se ha ofrecido sin resistencia y sin abrir la boca, como la oveja muda bajo la mano del trasquilador.' Doctrina sobrehumana que ha engendrado y engendra todos los días á los mártires cristianos,—esos héroes de la dulzura absoluta;—por doquiera que ella penetra, ella cambia las espadas en cruz; el hombre cesa de vengarse y de matar, él aprende á perdonar y á morir.

El que no ama, el que no ha sido transformado por el Espíritu de Dios, admirará quizá la sublimidad de semejante enseñanza, él no la comprenderá porque él no tiene su razón de ser sino en la caridad total. Jesús va á formular esta ley que contiene todo. Ni los paganos ni los Judíos han penetrado la profundidad, puesto que no solamente ni los unos ni los otros

1 Isaías, XLIX, LIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

han sabido amar al prójimo, sino que ni han entendido lo que era el prójimo.

Para los paganos, el extranjero, el bárbaro era el enemigo; para los Judíos el pagano era aborrecible; más estrictos todavía que los gentiles,—los Escribas, los doctores rígidos no llamaban prójimo sino al Israelita, y al Israelita piadoso; el hereje, el pecador, el Samaritano, les eran abominables; ellos les despreciaban, les aborrecían. Su piedad no estaba sin odio; odiar era un deber.

Jesús va á disipar esos errores fatales.

—"Vosotros habeis oido que se ha dicho: Amareis á vuestro prójimo y odiareis á vuestro enemigo.

"Y yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, orad por los que os persiguen y os calumnian, á fin de que seais los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol para los buenos y para los malvados, y caer la lluvia para los justos y para los injustos.

"Si vosotros amais á los que os aman, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores también aman á los que les aman. Y si vosotros haceis bien á los que lo hacen, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores también lo hacen. Y si prestais á aquellos de quienes esperais recibir, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores también prestan, á fin de que también á ellos se les preste. Y si no saludais sino á vuestros hermanos, ¿qué haceis de más que todos? ¿Los paganos no lo hacen?

"Para vosotros, amad á vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada.

"Sed perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos."

La caridad ha hallado en los labios de Jesús sus fórmulas ideales. Los mejores entre los sabios decían al hombre: Escucha tu conciencia; Moisés: Sé fiel á las enseñanzas de Jehovah, tu Dios, porque él es terrible; los doctores judíos: Respeta las tradiciones de los Padres y ahí "odia" elevado por

ellos al rango de los mandamientos santos; Jesús dijo á sus discípulos: La conciencia se extravía, la ley es un yugo para los esclavos, las tradiciones de los antiguos están llenas de errores. "Vosotros sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto." Su ejemplo: he aquí vuestra ley; su Espíritu: he aquí vuestra fuerza. Vuestro Padre es bueno: sed buenos; él ama á los malvados,—sus enemigos,—haced como él, amad á vuestros enemigos.

Todos esos maestros que no hablan más que de justicia y se tienen soberbiamente como los guías del pueblo no son para Jesús sino ciegos; á ellos es á los que hace alusión en esta breve pero significativa parábola, en la que los declara incapaces de dirigir á los demás.

—"¿Un ciego puede conducir á un ciego? ¿No caerán ambos en la fosa? El discípulo no está sobre el maestro. Toda su ambición es el igualársele."[1]

Uno de los elementos esenciales de la verdadera justicia, es la intención, porque ella es el alma de todos nuestros actos; mala, ella les corrompe; pura, ella les eleva. Los mejores actos, sin ella, no son más que vicios, ellos no miran del bien sino la apariencia. El hombre que los verifica no tiene sino las exterioridades de la virtud, pero no es ante Dios sino un hipócrita. Jesús exige de sus discípulos una intención tan pura, tan sublime, como los actos que él ordena.

El mayor defecto, el vicio más arraigado, es un orgullo secreto.

El hombre se ama más que á Dios, él busca por todas partes su propia gloria, y, en su incurable vanidad, él la pretende hasta en las obras de religión y de piedad; él quiere que se le vea, que se le aplauda, que se le alabe. Aun aquellos que hacen profesión de santidad no se escapan de ese veneno sutil

1 Luc., VII, 39-40.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del amor propio; entre ellos es donde se halla el orgullo refinado. Los Fariseos más austeros son un ejemplo. Ser vistos de la multitud, ser llamados maestros y justos, he aquí el vicio que Jesús no ha cesado de desenmascarar y de abatir, y contra el cual precavió á sus discípulos.

—"Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres á fin de ser vistos de ellos; de otra manera, no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en el cielo."

El quería que al hacer el bien, se olvidara todo, á los hombres y á sí mismo, para no ver sino al Padre. "Ocultáos, dirá uno de sus discípulos, permaneced ignorados de todos, á fin de ser mejor conocidos de Dios."[1]

—"Cuando déis limosna, no soneis la trompeta delante de vosotros, como los hipócritas en las calles y las sinagogas, á fin de ser honrados de los hombres. Yo os lo digo, en verdad, ellos han recibido su recompensa." Ellos buscan su gloria, ellos la han hallado; que ellos queden en su vanidad.

"Respecto de vosotros, cuando déis limosna, que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha. Que vuestra limosna sea en el secreto," únicamente por vuestro Padre, "y vuestro Padre que ve en el secreto, os la devolverá en la claridad."

Los Fariseos rígidos hacían ostentación hasta en sus oraciones. Se les veía en pie, en las sinagogas, murmurando en voz alta sus filacterías, y algunas veces detenerse en medio del camino, en las esquinas de las calles, en las plazas, á la hora prescrita, para decir sus largas fórmulas. Les agradaba ponerse en espectáculo.

Jesús prohibe esa vana ostentación de piedad.

—"Cuando oréis, no hagáis como los hipócritas que les agrada orar de pie, en las sinagogas y en las plazuelas, á fin de ser

1 Cf. II, Cor., VI, 9.

vistos de los hombres. En verdad, yo os digo, ellos ya recibieron su recompensa.

"Respecto de vosotros, cuando oreis, entrad en vuestro aposento: cerrad la puerta, y en secreto, orad al Padre. Vuestro Padre que ve en el secreto os le dará.

"No multipliquéis las palabras, al orar, como hacen los paganos, porque ellos se imaginan ser escuchados á fuerza de palabras.

—"No os asemejéis á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que tenéis necesidad, antes que le pidáis.

—"Orad, así:

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre."

"Vénganos tu Reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo."

"El pan nuestro de cada día dánosle hoy."[1]

"Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores"

"Y no nos dejes caer en tentación; más líbranos del Malo. Amén."

He aquí la oración en su forma ideal, necesaria, absoluta. Así hablan los hijos de Dios á su Padre: esta es la voz de la caridad plena que ama á Dios, que quiere su reino y su gloria, la apelación á la confianza de Aquel que alimenta á toda criatura; el grito de la mansedumbre que perdona y que espera en retorno la misericordia del Padre; la aspiración ardiente de aquellos á quienes el mal amenaza y tiraniza, y que tienen fe en la libertad.

Que todo esto sea, y todo será perfecto. Nada de mal, nada de odio, nada de hambrientos que mueran, nada de desorden en la tierra. El bien, el amor, el reinado, la vida, la paz, la armonía, el cielo, en fin, Dios en el hombre y el hombre en Dios.

1 El adjetivo *ἐπιούσιον*, derivado de *ἐπι-οὐσία*, para la substancia, para la vida, indica netamente el pan necesario para vivir, y no el pan *de mañana*, como lo pretenden erroneamente, según vosotros, ciertos exégetas.

Cf. Lightfoot. Horæ hebraicæ, ad h. loc.

Tal es la enseñanza de Jesús. Su alma ha pasado en esas palabras que nos traducen en lengua humana el gemido del Espíritu[1] en todas las conciencias en las que ha soplado.

La vanidad se insinuaba también en los ayunos frecuentes que estaban en gran voga entre los Fariseos. No solamente ellos les habían multiplicado, sino que también les habían agravado; ellos se prohibían toda ablución y toda unción; ellos se cubrían la cabeza y la frente de ceniza;[2] ellos hacían alarde de la austeridad, buscando siempre la admiración del pueblo.

—"No les imitéis, decía Jesús á sus discípulos. No os pongáis tristes como esos hipócritas; porque ellos estenúan su rostro á fin de que su ayuno aparezca á los hombres. En verdad, yo os lo digo, ellos ya recibieron su recompensa.

"Vosotros, cuando ayunéis, perfumad vuestra cabeza, lavad vuestro rostro, á fin de que no aparezca á los hombres que ayunáis, sino á vuestro padre presente en el secreto; y vuestro Padre que ve en el secreto os recompensará."

Jesús insiste en la intención del todo celestial que debe presidir á nuestros actos y consagrar nuestros deberes. Su discípulo no debe detenerse en la tierra, ni en el hombre, ni en nada de lo criado. Nada de egoísmo ni de amor propio, nada de alegría ni de gloria vana; el Padre únicamente y siempre: á él solo es al que se debe mirar, y para él solo para quien se debe obrar; él está oculto en el secreto de la conciencia y de nuestro ser; pero él ve, él escucha, él recompensa, él bendice. A los que él ve están en la luz, á los que él escucha están en la fuerza, á los que él recompensa y bendice tienen ya anticipado el gusto de su reino y de su gloria.

Hacia ese mundo divino, hacia el cielo en el que mora el Padre, es á donde Jesús quiere elevar y orientar el corazón de

1 Quid oremus, sicut oportet, nescimus; sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus. (Rom., VIII, 26).

2 Taanith., c. 2.

sus discípulos; porque así como la intención es el alma de todos nuestros actos, así el amor inspira y ordena todas nuestras intenciones. El hombre es terrestre, codicioso, interesado, insaciable de riqueza, hambriento de lo que pasa; gozar, poseer, atesorar: he aquí esta avaricia que le pierde y le sujeta á la criatura; Jesús le quiere pobre en espíritu de todos esos bienes, libre de toda esa nada, todo á su Padre, fuente inagotable y secreta del ser y de la vida, de la fuerza y de la alegría.

—"No amontonéis tesoros en la tierra, en donde el orín y el gusano les corroen, en donde los ladrones excaban y les roban. Acumulad tesoros del cielo, en donde ni el orín ni el gusano corroen, y en donde los ladrones no excavan ni roban.

"Porque en donde está vuestro tesoro, ahí está vuestro corazón."

El comparó el amor y la intención dirigida por el amor al ojo que nos alumbra.[1] El ojo es la luz del cuerpo; la intención el ojo del alma.

—"El ojo," dijo, "es la lámpara del cuerpo. Si el ojo es claro, todo vuestro cuerpo estará en la luz; si él es malo, todo vuestro cuerpo estará en las tinieblas. Igualmente, si la luz que está en vuestra alma es tinieblas, ¡cuán grandes no serán las tinieblas mismas!"

No hay dos amores soberanos. "Nadie puede servir á dos señores. O amará á uno y odiará al otro; ó será dócil al uno y despreciará al otro. Vosotros no podéis servir á la vez á Dios y á Mammón."[2]

Habría error al ver en las palabras de Jesús la reprobación de la actividad terrestre, fuente de la riqueza pública y privada; él no condena más que al amor desordenado de los falsos bienes de este mundo, que enerva el trabajo y la libertad en

1 Locución muy usada entre los Judíos. El ojo bueno era el alma generosa; el ojo malo el alma codiciosa. "Que aquel que da," dicen los Talmuds, "dé con buen ojo; que el que hace una ofrenda, la haga con buen ojo." Talmud Hierosol., Baba Bathi, fol. 14. 4.

2 Expresión de origen syro-caldea que significa riqueza, tal vez riqueza acumulada, oculta, en hebreo Matmon. Cf. Reuss, Hist. evangelic., ad h. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el placer egoista. Llamando al hombre al amor del Padre, él le fortalece, por el contrario, en el foco de toda energía; él liberta y exalta todas sus fuerzas.

Nada de vanos cuidados en lo de adelante; al llegar á ser hijo de Dios, el hombre se entrega á la confianza filial. ¿Por qué se inquietará? ¿No tiene un Padre que vela, y que vela en el secreto? Esta confianza desbordaba del alma de Jesús.

—"Yo os lo digo, no os inquietéis por vuestra vida, por lo que comeis, ni por vuestro cuerpo, ni cómo os vestiréis? ¿La vida no es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad á los pájaros del cielo: ellos no siembran, ni cosechan, ni llenan los graneros, y vuestro Padre celestial les alimenta. ¿No sois vosotros más que ellos?

—"¿Quién de vosotros puede añadir un solo codo á su estatura?

—"¿Y por qué os inquietáis por el vestido? Ved á los lirios del campo, cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan. Pues bién, yo os lo digo, el mismo Salomón con toda su gloria, no estuvo vestido como uno de ellos.

—"Si pues la flor de los campos, que hoy existe y que mañana será arrojada al horno, de esta manera está vestida por Dios; ¿cuánto más vosotros, hombres de poca fe?

—"Estad, pues, sin inquietud, y no digáis: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿De qué nos vestiremos? "He aquí todo lo que buscan los paganos," aquellos que no creen, aquellos que no aman al Padre celestial; pero vosotros tenéis á vuestro Padre, y "él sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

—Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura.

"No tengáis cuidado por el día de mañana, mañana tendrá cuidado de sí mismo. Bástale á cada día su afán."[1]

Este amor del Padre celestial que Jesús inspiraba á sus discípulos, es la fuente inagotable de la mansedumbre y de la unción. El hombre que se siente amado de Dios, se dulcifica, él ama como es amado, llega á ser humilde y bueno, es benigno, no juzga; él ve su propia miseria moral más bien que la de su hermano.

1 Se lee en el Talmud, (Babyl. Erachin, fol. 25), una sentencia de un sabio rabino, Eliezer, que tiene un sabor evangélico: "El que tiene en su cestillo, aun cuando no sea sino un bocado de pan, y que dice: "¿Qué comeré mañana?" Este es un hombre de poca fe."

—"No juzguéis," decía Jesús, "para no ser juzgados."

"Como hubiéreis juzgado, así seréis juzgados; y se os medirá según la medida que hubiéreis usado para con los demás.

—"¿Por qué véis la paja en el ojo de vuestro hermano, y no véis la viga en vuestro ojo?

"¿Cómo diréis á vuestro hermano: Déjame quitar la paja que está en tu ojo, mientras que en el vuestro está la viga?

"Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y después quitarás la paja que está en el ojo de tu hermano."

La bondad, sin embargo, no debe ser ciega; ella tiene el tacto y el discernimiento de los espíritus, el respeto de Dios que la sostiene y que la alumbra; ella conoce la prudencia y la reserva; ella promete los dones divinos. Esta es su dulce defensa contra el hombre animal, desnudo de veneración y sin freno, agresivo é inmundo como los perros y los puercos. Por estas fuertes imágenes es como Jesús pintó al alma arrastrada por la violencia de sus instintos, despreciando la verdad, insultando al amor, resistiendo á su Espíritu.

—"Guardáos," dijo á sus discípulos, "de arrojar á los perros lo que es santo, no tiréis vuestras perlas á los puercos, temerosos de que ellos no las huellen con sus patas, que ellos no se vuelvan contra vosotros y os despedacen."

Sin embargo, Jesús no quiere una confianza santurrona y pasiva. El amor del Padre no suprime, estimula más bien á la espontaneidad y á la iniciativa, y ensancha el dominio; él inspira en el alma los grandes deseos que provocan las oraciones ardientes. El hombre cuenta consigo mismo para realizar sus pequeñas combinaciones; los hijos de Dios que trabajan en la obra del Padre esperan en él, porque ellos saben

que toda fuerza es vana sin la suya y que nada acontece sin su voluntad.

Para tener esta fuerza y para entrar en los designios de Dios, es por lo que Jesús dijo todavía á sus discípulos:

—"Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.

"Quien pide, recibe; quien busca, halla; y se abre al que llama.

"Si un niño pide pan á su padre, ¿quién de vosotros le dará una piedra? O si él pide un pescado, ¿quién le dará una serpiente?

"Si pues, vosotros que sóis malos, sabéis dar á vuestros hijos cosas buenas, con cuánta mayor razón vuestro Padre que está en los cielos, os dará lo que es bueno, cuando se lo pidiéreis?"

El Padre no rehusa nada á la oración inspirada por el Espíritu y sostenida por la confianza. La petición filial pone en movimiento al amor y á la voluntad misma de Dios.

Una fórmula sencilla y divina reune todos nuestros deberes hacia los hombres en la doctrina de Jesús. La sociedad humana toda entera está ahí encerrada.

—"Todo lo que quisiérais que ellos os hicieran," dijo él, "hacédselos pues; esta es toda la Ley y los profetas.

"No condenéis y no seréis condenados; perdonad y se os perdonará. Dad y se os dará; y se verterá en vuestro seno una buena medida, apretada, removida y desbordante."[1]

Después de haber explicado todos esos grandes deberes, Jesús exhortó á sus discípulos á la fidelidad, les puso en guardia contra los falsos maestros, les precavió contra la inanidad del sentimiento que no se traduce en virtud y en sacrificio, y les reveló la firmeza invencible del que se apoyara en su palabra como sobre una roca.

1 Luc. VI, 13.

—"Entrad," dijo, "por la puerta estrecha, porque la puerta ancha y la vía espaciosa conduce á la perdición, y ellos son numerosos, los que allí se empeñan. ¡Pero cuán estrecha es la puerta, cuán cerrado el camino que conduce á la vida y cuán pocos los que la hallan!

"Guardáos de los falsos profetas. Ellos vienen á vosotros con pieles de ovejas, y por dentro, son lobos rapaces. Vosotros les conoceréis por sus frutos: ¿se cogen uvas entre las espinas, ó higos entre las zarzas?

"El buen árbol tiene buenos frutos, el mal árbol, malos frutos. Un buen árbol no puede dar malos frutos; ni un árbol malo buenos frutos.

"Todo árbol que no da buenos frutos será cortado y arrojado al fuego."

Por tanto, "por sus frutos," es decir, por sus obras, es como conoceréis á los falsos profetas." La virtud es la señal del árbol que Dios ha plantado, y del profeta que el envía.

"Todos los que dicen: Señor, Señor, no entrarán en el Reino de los cielos; sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en el cielo, este entrará en el Reino del cielo.

"Muchos me dirán en ese día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado nosotros en vuestro nombre, exorcisado á los demonios en vuestro nombre, y hecho en vuestro nombre muchos prodigios? Y yo les diré: Yo no os conocía; retiráos de mí, vosotros que conoceis la iniquidad."

Jesús es el único señor, el único juez; él lo declara solemnemente; no se debe escuchar más que á el, y toda criatura será juzgada por él. El es el árbol de la vida; los falsos profetas son el árbol fatal cuyos frutos matan. Su doctrina es eterna, inmutable; es la roca sobre la que se debe edificar.

—"Todo el que escuche mis palabras y las practique, es el hombre sabio, él edifica su casa sobre la roca.

"La lluvia cae, los torrentes se desbordan, los vientos soplan desencadenados sobre su casa: ella resiste inquebrantable porque ella está fundada sobre la piedra. Mas cualesquiera que

escuche mis palabras y no las practique, este es el hombre insensato, él edifica sobre la arena. La lluvia cae, los torrentes se desbordan, los vientos soplan y conmueven esta casa, y ella se derrumba, y la ruina es grande."

La sabiduría pagana y la moral judía son sobrepujadas. Lo que la una había entrevisto, Jesús lo manifiesta; lo que la otra había bosquejado él lo acaba. No hubo un sabio antes de él, que no hubiera hecho á la debilidad ó al mal, alguna concesión hábil; Jesús no tiene ninguna necesidad de ningún compromiso, él da la palabra suprema de la justicia y de la santidad, y él solo tiene el derecho de exigir la perfección, de ordenar el heroísmo, porque solo él comunica á la conciencia frágil la energía de Dios. El arranca á la humanidad de las pasiones que le tiranizan, á la cólera y á la voluptuosidad, á la venganza y al odio, él le enseña la dulzura y la austeridad, la bondad y el amor; él la desarraiga de la tierra en donde ella se agota y muere; él la lleva purificada al Padre que está en el cielo y que sólo puede darle la felicidad y la vida sin límites.

El dolor no es un obstáculo, es un medio. Los que renuncian á todo poseen á Dios; los que sufren son los dichosos; los mansos y los humildes son los mas fuertes; los perseguidos son los triunfantes; los hambrientos de justicia, los satisfechos; y los corazones puros de todo egoísmo y de toda voluptuosidad ven á Dios. El sacrificio es la palanca que debe levantar al mundo. La sabiduría humana está derribada.

He aquí la obra legislativa de Jesús, en su absoluta belleza.

La crítica desarmada se inclina ante ese monumento de una armonía y de una intrepidez divinas que domina á todo y que eleva á Jesús por encima de todos los maestros; el monumento ha engrandecido con los siglos; como la turba de los Galileos le admiraba, el hombre le mira aun y le admira; él le orienta y le asegura, marcándole la vía y mostrándole el fin; él es la pirámide levantada en medio de las arenas movedizas del desierto por el que pasa la humanidad.

CAPITULO V.

EL VIAJE Á NAIM.

El sermón de la montaña es, en la vida pública de Jesús y en el cumplimiento de su papel mesiánico, un acto de autoridad absoluta. Como Legislador y como Maestro que no depende de nadie, él ha dictado á toda conciencia su ley, formulado sus preceptos, inculcado su Espíritu. El no ordena en el nombre de Dios como un simple profeta, él habla en su propio nombre; él no repudia á Moisés, él le completa y le domina; pero el rechaza la enseñanza tradicional de los doctores y levanta contra él el acta de la más enérgica acusación; él se dice el único Maestro, y sólo á él es á quien se debe escuchar.

Esta actitud va á levantar la animosidad del mundo oficial para quien el nuevo Profeta no será más que un perturbador. A medida que su obra se desarrolle, hostilidad, asechanzas y amenazas irán en aumento; está en los designios de Dios que ella crezca en medio de la lucha y por la lucha.

Sin embargo, el Padre celestial da á Jesús algunos días tranquilos; él lleva sobre sus pasos almas dulces y confiadas que le consuelan de la oposición de sus enemigos, porque

escuche mis palabras y no las practique, este es el hombre insensato, él edifica sobre la arena. La lluvia cae, los torrentes se desbordan, los vientos soplan y conmueven esta casa, y ella se derrumba, y la ruina es grande."

La sabiduría pagana y la moral judía son sobrepujadas. Lo que la una había entrevisto, Jesús lo manifiesta; lo que la otra había bosquejado él lo acaba. No hubo un sabio antes de él, que no hubiera hecho á la debilidad ó al mal, alguna concesión hábil; Jesús no tiene ninguna necesidad de ningún compromiso, él da la palabra suprema de la justicia y de la santidad, y él solo tiene el derecho de exigir la perfección, de ordenar el heroísmo, porque solo él comunica á la conciencia frágil la energía de Dios. El arranca á la humanidad de las pasiones que le tiranizan, á la cólera y á la voluptuosidad, á la venganza y al odio, él le enseña la dulzura y la austeridad, la bondad y el amor; él la desarraiga de la tierra en donde ella se agota y muere; él la lleva purificada al Padre que está en el cielo y que sólo puede darle la felicidad y la vida sin límites.

El dolor no es un obstáculo, es un medio. Los que renuncian á todo poseen á Dios; los que sufren son los dichosos; los mansos y los humildes son los mas fuertes; los perseguidos son los triunfantes; los hambrientos de justicia, los satisfechos; y los corazones puros de todo egoísmo y de toda voluptuosidad ven á Dios. El sacrificio es la palanca que debe levantar al mundo. La sabiduría humana está derribada.

He aquí la obra legislativa de Jesús, en su absoluta belleza.

La crítica desarmada se inclina ante ese monumento de una armonía y de una intrepidez divinas que domina á todo y que eleva á Jesús por encima de todos los maestros; el monumento ha engrandecido con los siglos; como la turba de los Galileos le admiraba, el hombre le mira aun y le admira; él le orienta y le asegura, marcándole la vía y mostrándole el fin; él es la pirámide levantada en medio de las arenas movedizas del desierto por el que pasa la humanidad.

CAPITULO V.

EL VIAJE Á NAIM.

El sermón de la montaña es, en la vida pública de Jesús y en el cumplimiento de su papel mesiánico, un acto de autoridad absoluta. Como Legislador y como Maestro que no depende de nadie, él ha dictado á toda conciencia su ley, formulado sus preceptos, inculcado su Espíritu. El no ordena en el nombre de Dios como un simple profeta, él habla en su propio nombre; él no repudia á Moisés, él le completa y le domina; pero el rechaza la enseñanza tradicional de los doctores y levanta contra él el acta de la más enérgica acusación; él se dice el único Maestro, y sólo á él es á quien se debe escuchar.

Esta actitud va á levantar la animosidad del mundo oficial para quien el nuevo Profeta no será más que un perturbador. A medida que su obra se desarrolle, hostilidad, asechanzas y amenazas irán en aumento; está en los designios de Dios que ella crezca en medio de la lucha y por la lucha.

Sin embargo, el Padre celestial da á Jesús algunos días tranquilos; él lleva sobre sus pasos almas dulces y confiadas que le consuelan de la oposición de sus enemigos, porque

ellas ponen en juego su virtud divina y le dan la única alegría que él jamás buscó entre los hombres: curar á los enfermos, consolar á los afligidos, salvar á los pecadores.

Jesús bajó de la montaña, seguido del gentío que se le había unido en Koroum-Hattin y á quien su palabra había entusiasmado; volvió á Capharnaum, en donde no tuvo sino una breve permanencia.

Había en la ciudad un centurión, probablemente un soldado romano al servicio de Herodes Antipas.[1] Ese pagano había conquistado por su generosidad la simpatía de los Judíos, y manifestó, además, por su religión, un celo ardiente; este era un corazón recto y bueno.

Uno de sus sirvientes, á quien él amaba mucho, se moría, atacado de parálisis. El había oído hablar de Jesús. La curación del hijo de otro centurión, la resurrección de la hija de Jairo, de un paralítico, del hombre de la mano seca, y otros tantos milagros, le inspiraron confianza. El envió á Jesús una diputación de ancianos,—sin duda los jefes de la sinagoga,—para suplicarle viniese y curase á su sirviente. Estos conjuraron con insistencia al Maestro:—No rehuséis, le dijeron, él merece que hagáis esto por él; él ama á nuestra nación, y también nos ha edificado una sinagoga.

Jesús marchó con ellos; y como él se avanzara hacia la casa, el centurión le descubrió entre el cortejo. La vista del Profeta le hizo experimentar un sentimiento de veneración mezclado de temor. El temía recibirle en su morada, y envió á algunos de sus amigos á decirle:—Señor, no os molestéis, yo no soy digno de que entréis en mi morada, y no me juzgo digno de ir hasta vos; mas decid una sola palabra y mi sirviente será sano. Porque aunque bajo la potestad de otro, tengo soldados á mis órdenes; y digo al uno: Vete, y él se va; al otro: Ven, y él viene; á mi esclavo: Haz esto, y lo hace.

1 Mat. VIII, 5-13; Luc. VII, 1-10.

Jesús se detuvo admirado.

La humildad, la reserva, la confianza de ese pagano le conmovieron.

—"En verdad yo os digo," exclamó, volviéndose al gentío que le seguía, "no he hallado ni en Israel una fe tan grande."

Su pensamiento, que siempre penetraba más alto y más lejos que la realidad inmediata, vió en este hombre al mundo pagano entero que debía acoger á aquel á quien los Judíos habían rechazado.

—"Muchos," agregó él, "vendrán del Oriente y del Occidente á sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados afuera en las tinieblas. Ahí serán los llantos y los crugidos de dientes."[1]

Después, respondiendo á los amigos del centurión:

—"Id y decid al centurión que se haga como él ha creído."

De regreso á la casa, los enviados hallaron sano al sirviente.

El día siguiente debía traer á Jesús una gran alegría. El dejó á Capharnaum, tomó la ruta de Damasco á Jaffa por el Thabor y el llano de Jizreel, y después de una ó dos jornadas de camino, llegó cerca de una pequeña ciudad llamada Naim, al pie de Djebel-Dahy. Sus discípulos le acompañaban, y la multitud, como siempre, acudía sobre sus pasos.

El se aproximó á la puerta de Naim,[2] cuando un cortejo fúnebre se avanzó. El que se iba á sepultar era un hijo único, y la madre era una viuda. Un gentío inmenso le rodeaba.

La vista de esta mujer afligió á Jesús. Sus lágrimas movieron su piedad.

1 Lejos del Reino de Dios, el hombre está en la noche del error y en las angustias del mal. El festín eterno con Abraham, Isaac y Jacob, era entre los Judíos una imagen popular de la felicidad celestial. Jesús amaba ese símbolo. El ha hecho numerosas alusiones en sus sermones á la multitud como en sus pláticas íntimas. "Yo no beberé del fruto de la vid," dirá poco antes de morir, "hasta el día que yo lo vuelva á beber con vosotros en el Reino de mi Padre." (Mat. XXVI, 29; Marc. XIV, 25). Ser arrojado fuera de la sala iluminada y adornada del banquete, en la noche fría y helada, simbolizaba la reprobación y la desgracia supremas.

2 Luc. VII, 11 y sig.

—"No llores," la dijo.

En seguida se acercó á la parihuela en donde el muerto descansaba con el rostro descubierto, y le tocó. Los que le conducían inmediatamente se detuvieron. Jesús levantó la voz:

—"Joven, yo te lo mando, levántate!"

El muerto se levantó, se sentó y se puso á hablar. Y Jesús, dice el Evangelio, lo entregó á su madre. Palabra profunda de una delicadeza exquisita. El muerto bien pertenecía á aquel que le había resucitado y que no le había hecho suyo sino para devolverle á su madre. Hubo en la multitud un extremecimiento de temor, después una aclamación de alegría y de alabanza. Se puso á exclamar:—Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo!

La multitud tiene el don de esas aclamaciones poderosas que le arranca la verdad. Los letrados, ciegos por su ciencia, obstinados en sus doctas ocupaciones, dejan pasar la luz de Dios sin ver ni comprender; pero el pueblo, sensible hasta el exceso y sencillo de corazón, es subyugado por el milagro; él se detiene aterrorizado ante la omnipotencia y él aclama la bondad.

Esta es la segunda resurrección operada por Jesús. Como el Padre vivifica, el Hijo tiene el mismo poder. Los profetas han mandado algunas veces á la muerte, en el nombre de Dios y en el nombre de Jesús; ellos son la ocasión más bien que el instrumento del milagro, ellos piden á Dios intervenir y mostrarse, pero Jesús es el dueño de la vida y de la muerte; él habla como Señor y la muerte le obedece como Dios.

Su potestad siempre está al servicio de su bondad, y su bondad sin límites, siempre al servicio del hombre. Todo lo que muere puede revivir á su llamada; y en ese campo fúnebre de la humanidad en donde el pecado ha sembrado la muerte, Jesús, al destruir el pecado, hace germinar la vida. Este adolescente de Naim no es más que un símbolo de las almas innumerables que la Iglesia llora y á quien la voz del Salvador vuelve todos los días á la vida de Dios.

Naim no es más que una aldea miserable de pobres fellahs sucios, andrajosos, que viven en vecindarios más asquerosos que ellos. Entre las ruinas de la ciudad primitiva, se pueden reconocer los restos de dos mezquitas que fueron antiguas capillas cristianas;[1] los nopales rodean las casas grises de sus anchos zarzales verdes, en medio de los cuales se levanta, muy blanca, una pequeña iglesia, como una aparición divina. Este es el mismo lugar en el que Jesús resucitó al hijo de la viuda.

El milagro de Naim hizo gran ruido en todo el país del contorno y en la Judea entera; ninguno tuvo más esplendor. La opinión parecía subyugada y convencida; evidentemente Dios se mostraba en fin, él estaba con su pueblo, y el Profeta de Galilea era su enviado.

El eco de esos rumores no tardó en llegar á oídos de Juan Bautista. Las noticias se esparcían en Oriente, á través de esas poblaciones expansivas y curiosas, con una celeridad extrema. Si alguno en la nación debía seguir con un interés palpitante la acción de Jesús, era el prisionero de Herodes. Ninguno esperaba con más impaciencia la venida del Reinado que él había anunciado como próximo. Desde el fondo de su cautiverio, en la fortaleza de Macherous, él vivía en espíritu con aquel á quien había designado como el Elegido, él le seguía, le miraba crecer. Los prisioneros no estaban privados de toda comunicación con el exterior; los más severamente tratados, aun á los que se encadenaba, recibían á su familia y hasta á sus amigos. Los discípulos de Juan iban y venían, le llevaban los pormenores de las obras de Jesús, y le informaban del estado de la opinión.

Nada agobia más á una alma á quien el celo devora como verse reducida á la impotencia. Juan lo experimentó en su prisión.

1 Cf. Victor Guerin, Descript. de la Palestine.—Galilee, t. I, p. 179.

El no ignoraba que el destino del Mesías era laborioso, que él hallaba ya una oposición violenta de parte de los Fariseos, de los sacerdotes, de los ancianos; y él nada podía para ayudarle en su obra. A este sufrimiento se añadía una angustia íntima, más cruel todavía que su inacción forzada y el presentimiento de su fin próximo, era la duda de sus propios discípulos respecto á Jesús, su celo, su desconfianza persistente. Esos sentimientos, que se habían revelado ya antes de su cautiverio, no habían hecho más que crecer. Las más altas revelaciones de Dios, su amor por Jesús, la inteligencia de su papel mesiánico y del nuevo Reino,—lo más puro de su talento, —no habían penetrado su conciencia. A pesar de todos sus esfuerzos, él les hallaba estrictos, rebeldes, celosos, haciendo á menudo causa común con los enemigos de su Maestro. No solamente ellos reprochaban á los discípulos de Jesús su poca rigidez y piedad, sino que no querían reconocer en Jesús al Mesías de los profetas. Los milagros brillantes que ellos habían visto no les persuadían. Después de todo, la situación permanecía la misma, el Reino del pueblo de Dios no aparecía, y nada en Jesús le dejaba ver que él pensase en esta restauración necesaria, que él parecía despreciar más bien y condenar; si él era el enviado de Dios, tal vez no era el Mesías triunfante: los discípulos de Juan tropezaban con esas dificultades, sin que las exhortaciones del prisionero llegaran á calmarles, á desengañarles.

Respecto de él, su fe no conoció eclipse; él no era de la raza de los indecisos y de los versátiles. El Espíritu que le escogió desde el seno de su madre no le abandonó nunca; él no conoció las vacilaciones ni las contradicciones. La voz divina que él había oído le repetía el nombre del Hijo muy amado, el nombre del Cordero que borra los pecados del mundo. El sabía que la víctima llegaría á ser en el día de Dios, el gran juez, y bajo la humilde apariencia del hombre, él veía en Jesús á aquel que tiene el harnero en su mano. La prisión no había hecho vacilar las convicciones del profeta.

Los perseguidos por la justicia no se alejan de Dios, ellos están sostenidos por él y afirmados en su fuerza.

Fiel, heróico hasta el fin, Juan halló en la angustia que le causaron sus discípulos, una inspiración digna de su gran alma. El convocó á los suyos:

—Id á Jesús, les dijo, y llevadle este mensaje: ¿Vos sóis Aquel que viene, ó debemos esperar otro?[1]

Juan se eclipsa en su impotencia. Lo que le es incapaz de cumplir, Jesús sabrá hacerlo; él le da por este mensaje un testimonio supremo de confianza y le intima á declarar su mesianidad.[2]

Los documentos no nos dicen el lugar en donde se hallaba el Señor cuando llegaron los enviados de Juan.

En el momento en que éstos se le unieron, Jesús, rodeado por la multitud, curaba á los enfermos, arrojaba á los demonios y devolvía la vista á los cigos. Los enviados se acercaron á través de la multitud, diciendo:

—Juan Bautista nos ha enviado á vos con este mensaje: ¿Sóis Aquel que viene, ó debemos esperar á otro?

La respuesta fué firme y decisiva:

"Id, referid á Juan lo que habéis oido y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados." En seguida agregó una palabra de una tristeza amenazadora con respecto á los que resistían á esos signos: "Dichoso aquel que no se hubiere escandalizado de mí."

1 Mat. XI, 2-19; Luc. VII, 18 y sig.

2 Esta interpretación del mensaje de Juan está conforme con la tradición casi unánime de los Padres y de los doctores, con excepción de Tertuliano y de Justino (Tertul. *De bapt.*, ch. X. I. IV. *Cont. Marcion*, c. XVIII: Just., *Quæst.* XXXVIII; *Ad ortodox.*); la crítica racionalista, naturalmente la combate, ella quiere que Juan haya sido débil y dudado de Jesús en su prisión.

Una idea semejante suscita objeciones irrefutables: la una sacada del carácter mismo de Juan, la otra del testimonio formal de Jesús. Uno de los rasgos culminantes de la naturaleza del Bautista es la firmeza: pues bien, semejantes naturalezas no se debilitan por la prueba, ella más bien las confirma; y si el prisionero de Herodes hubiera vacilado en sus convicciones mesiánicas, ¿cómo Jesús escogió el momento mismo en el que él desfallece, para exaltarle sobre todos los profetas, para llamarle el verdadero Elegido?

La cuestión puesta por Juan á Jesús apelaba á una declaración formal de su mesianidad. Todo el esfuerzo del Precursor durante su vida, se había concentrado sobre este punto; él no había querido y ambicionado sino una cosa: llevar al pueblo á reconocer á Jesús como al Enviado. En la víspera de morir, él se halla con el pensamiento que era su gloria, y solicita de Jesús hasta el testimonio que debe consagrar su carrera, persuadir á sus propios discípulos recalcitrantes y unirlos definitivamente al Maestro.

La respuesta de Jesús, en su reserva y laconismo, es de una claridad victoriosa; ella da en algunas palabras las señales irrecusables y la naturaleza del verdadero mesianismo, y ella contiene, bajo una dulce forma, una advertencia suprema.

Las señales del mesianismo son los milagros; Isaías lo ha dicho en términos formales que Jesús le copia: "El mismo Dios vendrá y nos salvará; entonces los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán; entonces el cojo saltará como el ciervo, y la lengua de los mudos será desatada.[1] El Espíritu del Señor está sobre mí, él es para mí la unción de Dios. El me ha enviado á anunciar el Evangelio á los pobres."[2] Nada de terrestre, nada de nacional y de político en esta obra; no se trata de la emancipación ni de la gloria humana de un pueblo, sino de la salvación y de la libertad del hombre. Ninguna potestad humana es llamada. Dios solo en su bondad infinita, he aquí la fuerza oculta que obra; los pobres de espíritu,—los que no se creen nada y nada tienen,—he aquí á los elegidos en los que se ejercita su bondad y que acogen la buena nueva.

Esta sencilla palabra: "Los pobres son evangelizados," revela toda la audacia de la empresa. La sabiduría humana, con su pretensión de hablar á lo más distinguido y su incapacidad de tocar á los sencillos, está confundida. Lo que la razón no ha podido hacer, Dios lo cumplirá. Su luz que revela todo,—

1 Is. XXXV.
2 Is. XVI, LXI.

la miseria del hombre y los secretos de Dios,—brillará sobre toda conciencia; y sus rayos serán tanto más penetrantes cuanto el alma sea más pobre y más humilde. El talento no será nada, el corazón es todo. Sublime igualdad del Reino: en la nada de nuestra miseria es en donde Dios nos visita; y los más pequeños, los más convencidos de esta nada son los primeros, los únicos grandes y los más santos.

La miseria exterior, la debilidad aparente de Jesús, su humilde condición, su actitud respecto á las observancias farisaicas, su repudiación de todo elemento político y terrestre en la obra mesiánica, su simpatía y su bondad hacia los pobres, los publicanos y los pecadores, la afirmación de su derecho al título y á todas las funciones de un Mesías puramente espiritual: he aquí lo que escandalizó tanto á los Judíos entre los letrados, los más influyentes, los más rígidos, los más patriotas. Los discípulos de Juan lo experimentaron; ese escándalo crecerá de día en día; la muerte y la cruz pondrán el complemento, y se continuará en la continuación de los siglos. Todos los que no crean sino en su propia sabiduría, todos los espíritus embriagados en sus sistemas, encadenados á sus ideas preconcebidas, ávidos de gozar y apasionados por lo que pasa, desconocerán las señales del Salvador y se apartarán de él, llamando locura á la sabiduría de Dios, y debilidad á esta fuerza oculta que no atrae sino á los humildes.

A todos esos escandalizados Jesús dirije esta palabra como un aviso y una queja: "Dichoso aquel que no sea escandalizado de mí."[1]

Los discípulos de Juan se retiraron.

Apenas hubieron partido, Jesús se puso á hablar de su maestro al pueblo que le rodeaba. Había entre la multitud Fariseos y Escribas. Tal vez se daba al mensaje del profeta una interpretación ofensiva para el mismo Jesús y para Juan. El defendió á su precursor en un discurso popular lleno de

1 Mat. XI, 7-19; Luc. VII, 24-35.

energía, él exaltó su firmeza, su austeridad, su grandeza profética.

—"¿A quién habeis ido á ver al desierto?" preguntó á la multitud. "¿A una caña agitada por el viento?" No, ciertamente, Juan no era una caña. La multitud no podía dudar; su fuerza, su vehemencia, su valor inflexible, su carácter inquebrantable, su amor por la justicia, recordaban más bien á la encina que no se dobla.

—"Entonces," continuó Jesús, "¿á quién habéis ido á ver al desierto? ¿A un hombre vestido con molicie?" La austeridad del Bautista había impresionado más vivamente al pueblo que su energía. El permanecía en la imaginación popular,—con su vestido de piel de camello y su cinturón de cuero,—el tipo del asceta; él nada tenía de esos Fariseos ni de esos Saduceos cortesanos que se visten de trajes suntuosos para ir á halagar á los príncipes.

"Aquellos no están en el desierto, es preciso buscarles en las moradas suntuosas y en los palacios.

—"Entonces," exclamó Jesús, insistiendo con una fuerza creciente, "¿á quién habéis ido á ver? ¿A un profeta? El no solamente ha predicho, como todos los creyentes, él ha sido predicho; su advenimiento es un hecho señalado por los profetas. "De él es de quien está escrito: He aquí que yo envío á mi angel delante de tu faz para preparar tu camino delante de tí.

"Por tanto, en verdad os digo, ninguno entre los hijos de las mujeres, ningún profeta es más grande que Juan Bautista." Los otros no han percibido al Mesías sino de lejos, él le ha visto con sus ojos, él le ha mostrado al pueblo y le ha abierto el camino. Pero, cualesquiera que sea su grandeza, "el menor en el Reino de los cielos es superior á él," porque, incorporado al Mesías, él participa de la plenitud del Espíritu, él entra en los bienes del Reino de quien Juan no ha hecho más que certificar la venida. "La Ley" con sus figuras, todos "los profetas" con sus oráculos, "hasta á Juan" quien les corona, pre-

paran, anuncian, presagian el Reino esperado; y "desde que Juan habló, hasta este día, la multitud se estrecha para entrar en el Reino, y los valerosos le arrebatan; la puerta estrecha es preciso forzarla.'

"Y no digáis que el Reino de Dios no puede venir antes que Elías, como lo predijo Malaquías, haya aparecido; porque si queréis comprender el sentido oculto, el Elías que debe venir es Juan.

"Que el que tiene oídos para escuchar, oiga."

El eco de la voz de Jesús debió llegar hasta los oídos del prisionero, y se adivina su alegría indecible al saber lo que semejante boca decía de él.

Todo el pueblo, los pecadores y los publicanos, al recibir el bautismo del Precursor, habían tributado justicia á Dios y comprendido sus designios, mientras que los Fariseos, creyéndose irreprochables, habían rechazado el bautismo de Juan y despreciado en ellos mismos los designios de Dios.

El mismo fenómeno se reprodujo con respecto á Jesús: los pobres, las gentes de nada, los miserables, acudieron á él aceptando su doctrina y reclamando sus beneficios; mas los letrados, los ancianos, los jefes, se escandalizaban, resistían, discutían cerrados á toda confianza, endurecidos en su formalismo, inmovilizados en sus tradiciones. Este orgullo, que quiere siempre tener razón contra Dios, que nunca está satisfecho sino de sí, aparecía á sus ojos como el gran obstáculo del Reino; para desenmascararle y confundirle en la persona de los Fariseos, los adversarios de Juan y los suyos, él dijo todavía:

—"¿Sabéis á quiénes se parecen los hombres de este tiempo? A los niños sentados en la plaza, simulando las bodas ó los funerales, y que se hablan los unos á los otros: "Hemos tocado la flauta," dicen ellos, "y no habéis bailado; hemos can-

1 La expresión βιάζεται marca el esfuerzo violento del que el Reino de los cielos es el objeto de parte de aquellos que se precipitan para tomarle y llevarle como un botín. El ἁρπάζουσιν αὐτὴν βιασταί hace alusión á esas almas generosas de los publicanos y de los pecadores que le arrebatan por la violencia de su arrepentimiento y de su fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tado canciones lúgubres y no habéis llorado." Juan ha venido no comiendo pan, no bebiendo vino, y decís: El está poseído del demonio. El Hijo del hombre viene comiendo y bebiendo, y decís: Este es un hombre aficionado á la mesa y que ama el vino, amigo de los publicanos y de los pecadores."

Todo para vosotros es escándalo: la austeridad y la sencillez de la vida.

"Mas los hijos de la sabiduría, sus elegidos, la comprenden y la glorifican."

Una escena arrebatadora iba á mostrarle, por qué todas las palabras de Jesús se realizan; las enseñanzas y los actos en su vida, se esclarecen los unos á los otros, entremezclados con un arte divino.

Un cierto Simón suplicó á Jesús comiera en su casa.[1] El era del número de esos Fariseos que, no reconociendo en el Profeta el ideal mesiánico de su piedad formalista, permanecían, á este respecto, en una curiosidad desconfiada. Jesús fué recibido sin ninguna marca de honor; no se le llevó agua para lavar sus piés, no se le dió el beso, y no se derramó el perfume sobre su cabeza. El entró como un huésped ordinario y se puso á la mesa acostado, según la costumbre, sobre los lechos destinados á los convidados. "Y he aquí que una mujer de la ciudad, una pecadora, habiendo sabido que él estaba en la mesa en la casa de Simón, entró en la sala en medio de los invitados."

"Ella llevaba un vaso de alabastro, lleno de perfumes. Ella llegó hasta Jesús, y conservándose detrás de él á sus piés, comenzó á bañarles con sus lágrimas, y enjugándoles con sus cabellos, les besó y les ungió de perfumes.

"Lo que al ser visto por el Fariseo que le había invitado se puso á decir dentro de sí mismo: Si este fuese verdaderamente profeta, sabría quién es esta mujer que le toca, que es una pecadora.

"Entonces, respondiendo á su pensamiento, Jesús le dijo: Simón, tengo algo que decirte.—Señor, replicó Simón, decid.

—"Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta. Como ellos no tenían con qué pagar su deuda, él perdonó á los dos. ¿Cuál le amaría más?

—"Aquel, yo pienso, respondió Simón, á quien él perdonó más. Jesús le dijo: Has juzgado bien.

"Entonces, volviéndose hacia la mujer arrodillada á sus piés agregó: ¿Ves esta mujer? Yo he entrado en tu casa, y tú no me has dado agua para lavar mis piés; pero ella los ha regado con sus lágrimas y les ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el beso: pero ella desde que entró no ha cesado de besarme los piés. Tú no has derramado el perfume sobre mi cabeza, y ella le ha derramado sobre mis piés.

"Por esto yo te digo: Muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho. Pero aquel á quien se perdona menos, ama menos.

"Entonces Jesús dijo á la mujer: Tus pecados te son perdonados.

"Los convidados acostados en la mesa con él, admirados, escandalizados, murmuraron:—¿Quién es este, dijeron dentro de sí mismos, que perdona los pecados?

"Mas Jesús dijo á la mujer: "Tu fe te ha salvado, véte en paz."

Esta pecadora, de quien el Evangelio ha querido, por un sentimiento delicado de reserva, callar el nombre, la tradición casi unánime la ha reconocido: es María-Magdalena.

Ella perteneció á una familia rica y tenía un hermano llamado Lázaro que poseía cuantiosos bienes en Jerusalem; su hermana, llamada Marta, habitaba en Betbiana; también ella tenía tierras en Galilea y habitaba sobre la ribera occidental del lago, en Magdala,—lo que le ha valido el sobrenombre de

1 Luc. VII, 36-50.
2 Véase el Apéndice R. *Las dos unciones.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magdalena. No se sabe si ella era libre, casada ó viuda. La historia no ha guardado de su juventud mas que el recuerdo de sus devaneos. Ella era de aquellas á quienes el corazón y la pasión arrastraban, y que les sacrificaban todo, hasta el honor. Sus adulterios eran públicos.

Dos mujeres, en ese tiempo, dos princesas, la una pagana, la otra Judía,—Julia, la hija de Augusto, y Herodías,—escandalizaban al mundo, la primera por sus desórdenes desenfrenados, la segunda por su incesto.

La mujer caída á quien ningún freno contiene, desafía la opinión para vengarse de sus desprecios. Los vicios entonces se multiplican y nacen los unos de los otros: los locos amores engendran la vanidad y el orgullo, el celo y la cólera, la voluptuosidad y sus refinamientos, la molicie y sus debilidades. El Evangelio revela con una palabra misteriosa el abismo en cuyo fondo había caido María-Magdalena: "De ella es de quien habían salido siete demonios."

Ella cedía bajo el yugo invisible de las potestades del mal del que ningún desorden aparente revela la presencia,—especie de posesión invisible, no menos terrible que la posesión corporal, porque ella entrega nuestros sentidos á las sugestiones violentas é imperiosas del espíritu malo.

El número de estos esclavos es grande; para libertarles ninguna voluntad humana basta, ella viene á estrellarse contra las energías que la dominan. El Espíritu de Dios tiene el privilegio de esas reducciones prodigiosas cerca de las cuales el milagro físico no es nada.

Las pasiones, aun satisfechas, no calman, ellas devoran sin saciar. El alma, siempre hambrienta de Dios, gime y languidece. La pecadora ha conocido esta angustia y este vacío; ella ha debido hallarse en el camino del Profeta que conmovió la Galilea. Tal vez ella le oyó hablar á la multitud. Quizá Jesús ya tenía por amigo á su hermano Lázaro, y recibido de Marta, en Bethania, la hospitalidad, mientras que María-Magdalena corría á sus placeres.

El eco de las palabras de Jesús llegó seguramente hasta á su miseria. La enseñanza del Maestro parecía hecha para ella; alguna de sus palabras debía ir recta á su conciencia y á su corazón. El se decía enviado no para los justos, sino para los pecadores; él hablaba frecuentemente "de la oveja perdida y de la alegría de hallarla;" ¿no fué él quien también decía: "los publicanos y los cortesanos sobrepujarán á los Fariseos en el Reino de Dios?" Ella conoció las lágrimas y los dolores de la vida de las pasiones; y esta otra palabra de Jesús: "Dichosos los que lloran, ellos serán consolados," ¿no le estaba también dirigida?

Nada es más poderoso para una alma abrumada por el peso de sus faltas, que la mansedumbre que compadece y la voz que perdona. La dulzura del Maestro, su bondad y su misericordia, eran populares. Jamás Dios se había mostrado bajo caracteres más suaves; jamás su bondad se había presentado más atractivo.

¿Qué pasó en el alma de María-Magdalena? ¿Cómo penetró el rayo divino que debía salvarla? ¿Cuáles fueron sus luchas interiores? Lo ignoramos. Un día llegó en el que se abrieron sus ojos: ella reconoció en Jesús al Salvador que perdona. Ese día, ella ya no vaciló. Semejantes naturalezas no se detienen en el camino; su grandeza es ir siempre, en el bien como en el mal, hasta el extremo de ellas mismas. La pecadora pública quiso ser la penitente pública. El que ama no razona; él obedece como esclavo al sentimiento que le subyuga, y aquella que desafiaba á la opinión para seguir sus pasiones terrestres, la desdeña para irse á arrojar á los piés de Jesús.

Habiendo sabido que él estaba invitado en la casa de Simón el Fariseo, ella se sintió impulsada por una fuerza superior: ella quiso confesar delante de él su miseria, ella tenía necesidad de expresar su arrepentimiento y su dolor, su amor y su fe, de escuchar una palabra de misericordia y de perdón. Nadie sabía el drama que trastornaba su vida; ella era todavía para todos la mujer extraviada y perdida.

Ella entró, silenciosa y cubierta, no viendo ni las miradas desdeñosas de los convidados, alarmados, ofendidos, en su piedad soberbia, por su presencia; ella vino á colocarse detrás de Jesús, teniendo en la mano un vaso de alabastro, lleno de perfume.

El mayor honor que se puede hacer á un hombre, á un profeta, en Oriente, era romper esos vasos frágiles y esparcir sobre su cabeza y sobre sus piés el licor embalsamado. María no dijo nada: los sentimientos que se desbordan son mudos. Ni una palabra puede salir de los labios de esta mujer á quien invadían el dolor y el amor de Dios. Pero su actitud humillada, sus lágrimas, sus besos, su cabellera desatada, tienen una elocuencia que ninguna palabra puede igualar.

No es solamente el profeta el que ella ve en Jesús y que ella venera, es el Hijo de Dios á quien adora. Ella no viene, como la multitud, á pedir un beneficio material; ella viene á implorar á Aquel que cura el alma, la purifica y la transforma. Nunca el arrepentimiento ha llorado así, jamás el amor penitente ha tenido ternura más delicada y más ardiente para hacerse perdonar, jamás lágrimas y perfumes han simbolizado una fe más viva, una adoración más plena.

María-Magdalena es el tipo acabado de los convertidos; y el hombre que ha inspirado y ha acogido tales sentimientos no es solamente un hombre, es bajo una forma humana, la expresión misma de la belleza y de la bondad infinitas.

El lo da claramente á entender; sus palabras suponen que él se identifica con el Bien, que él es el Dios á quien se ofende y el Dios que perdona, el Dios que acoge el arrepentimiento de un corazón despedazado y el Dios que regenera. Su divinidad resplandece. El amor que él inspira es el amor del mismo Dios, él borra los pecados de la multitud.

El hombre se desvanece, y Dios se muestra en su misericordia inefable; á él es á quien adora en Jesús la pecadora ya transfigurada.

—"Tus pecados te son perdonados," la dijo, "tu fe te ha salvado. Véte en paz."

Perdonar los pecados no pertenece sino á Dios. La fe en Dios salva sólo á las almas perdidas, y no está en el poder del hombre dar el perdón como la paz. Jesús dijo estas cosas y las cumplió.

Los que las han oído y experimentado, como María-Magdalena, en el secreto de la conciencia, las comprenden; los demás que no creen y que no aman, á ejemplo de los Fariseos, se escandalizan, cegados, y murmuran. Pero Jesús está justificado por sus elegidos.

En lo sucesivo, el pecador puede tener confianza; su miseria no está sin esperanza. El mal ha hallado un señor; para vencerle, basta al hombre creer y arrepentirse, llorar y amar. Por bajo que haya caído, le quedan siempre las lágrimas y la fe. Que él imite á la pecadora y que venga á llorar á los piés de Jesús.

Legiones de almas se han levantado de la ignominia siguiendo á la pecadora de Magdala. Ella abre la vía y conduce el cortejo de los convertidos y rehabilitados; ella personifica á la humanidad perdida por los vicios quien ha hallado á los piés de Jesús al Dios que ella debía amar y cuyo amor la transfigura, dándole la misericordia y la paz.

La escena del festín de la casa de Simón se reprodujo invisiblemente como todos los hechos del Evangelio. El Fariseo, desconfiado hasta en su benevolencia, no ha cambiado; él es siempre incapaz de comprender al Dios que perdona y al alma que se arrepiente, que espía y que le adora. Pero al lado de esta raza obstinada, de corazón duro y de espíritu rebelde, se ve y se admira á las almas salvadas por el amor y la fe.

Las lágrimas de Magdalena corren inagotables; los perfumes siempre se han derramado sobre la carne del Hijo del hombre; él es amado de siglo en siglo; y él no cesa de decir

al hombre la palabra de perdón que anima y que consuela: Muchos pecados son perdonados á los que han amado mucho. Vuestra fe os ha salvado; vosotros los que lloráis, vosotros los que creeis, vosotros los que amáis, id en paz.

CAPITULO VI.

LAS PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS.

Los días que siguen al viaje de Naim y la conversión esplendente de María-Magdalena, son consagrados á la evangelización popular.

La actividad apóstólica de Jesús es infatigable. El va, dice un Evangelio,[1] de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, predicando por doquiera y anunciando el Reino de Dios. El viaja sin reposo, sin tregua, con los Doce. Jesús no posee nada, ni tesoro, ni tierra, ni casa; todo entero á la obra divina, él no se ocupa de lo que debe vestirle ó alimentarle. Pero el Padre provee á todo; él es quien apela al honor de servirle á algunas mujeres[2] de una adhesión absoluta, transfigurado por la fe y centuplicado por el amor. Muchos han sido curados por Jesús de sus debilidades, y el reconocimiento, natural á la mujer, ha hecho sus sirvientes fieles. Después de la Madre de Jesús, á la cabeza, se ve á María-Magdalena, la convertida. Citase

1 Luc., VIII, 1.
2 Luc., VIII, 2, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al hombre la palabra de perdón que anima y que consuela: Muchos pecados son perdonados á los que han amado mucho. Vuestra fe os ha salvado; vosotros los que lloráis, vosotros los que creeis, vosotros los que amáis, id en paz.

CAPITULO VI.

LAS PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS.

Los días que siguen al viaje de Naim y la conversión esplendente de María-Magdalena, son consagrados á la evangelización popular.

La actividad apóstólica de Jesús es infatigable. El va, dice un Evangelio,[1] de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, predicando por doquiera y anunciando el Reino de Dios. El viaja sin reposo, sin tregua, con los Doce. Jesús no posee nada, ni tesoro, ni tierra, ni casa; todo entero á la obra divina, él no se ocupa de lo que debe vestirle ó alimentarle. Pero el Padre provee á todo; él es quien apela al honor de servirle á algunas mujeres[2] de una adhesión absoluta, transfigurado por la fe y centuplicado por el amor. Muchos han sido curados por Jesús de sus debilidades, y el reconocimiento, natural á la mujer, ha hecho sus sirvientes fieles. Después de la Madre de Jesús, á la cabeza, se ve á María-Magdalena, la convertida. Citase

1 Luc., VIII, 1.
2 Luc., VIII, 2, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

también á Juana, cuyo marido, llamado Chusa, era intendente del tetrarca Herodes, y una cierta Susana de quien solo es conocido el nombre. Ellas velan con una tierna solicitud por el Maestro y sus discípulos; ellas son la providencia de la pequeña comunidad; ricas y generosas, ellas ponen sus bienes á su servicio, encargándose de los gastos del viaje, preparando la comida, eligiendo la morada en la que Jesús y los suyos debían recibir la hospitalidad.

Capharnaum y su lago permanecen el centro de sus viajes. De ahí es de donde parte y ahí es á donde vuelve, trayendo consigo, de los diversos países por donde pasa, una multitud más numerosa y más entusiasta. Para hablarle, Jesús prefería la montaña elevada y desierta, ó el lago luminoso y tranquilo. El Evangelio del Reino ha sido anunciado desde lo alto de algunas colinas, y desde una barca de pescador. Los muros de una sinagoga eran muy estrechos para la mayor palabra que la tierra jamás ha escuchado; era preciso el cielo libre, la soledad llena de ecos, la mar con el murmullo de las olas.

Al dejar á Naim, Jesús volvió á Capharnaum, siguiendo su costumbre, él fué á las orillas de la mar, y la multitud no tardó en reunírsele en su derredor. Entonces, él subió en la barca que sus discípulos tenían siempre preparada; y mientras que la multitud permanecía á lo largo de la ribera, él se puso á enseñarla.[1]

—"Escuchad," les dijo: "El sembrador salió á sembrar; y mientras que sembraba, una parte de la semilla cayó en el camino: los pájaros del cielo vinieron y se la comieron.

"Otra parte cayó en un lugar pedregoso, y pronto creció porque allí no había mucha tierra. Pero cuando el sol ascendió, la semilla fué quemada por sus rayos; no teniendo raíces, ella se secó.

1 Mat., XIII, 1-25; Marc., IV, 1-20; Luc., VIII, 4-15.

"Otra cayó entre las espinas, y las espinas, al crecer, la sofocaron; ella no dió fruto.

"Otra, en fin, cayó en buena tierra, y subiendo y creciendo, ella fructificó: cada grano rindió, el uno treinta por uno, otro sesenta, y el otro ciento."

En seguida advirtió á sus oyentes que no se detuvieran en el sentido material, sino ensayaran comprender la doctrina oculta, y él agregó: "Que lo entienda el que tiene oídos para escuchar."

Jesús respeta la iniciativa de la conciencia; él no la violenta, él la llama con una voz discreta. A ella, ayudada por el socorro de Dios, de responder; á ella de abrirse en un primer esfuerzo que prueba su buena voluntad. Esta fidelidad, es de parte del hombre, el principio de la salvación; él merece así la justicia de Dios. Los discípulos ávidos de comprender, no lograban siempre comprender la doctrina del Maestro; y mientras que la multitud se retiraba sin buscar la luz, ellos venían en secreto á interrogar al Señor.

—"Vosotros no comprendéis esta parábola," les decía Jesús, reprochándoles dulcemente su poca inteligencia, esto es transparente; si ella se os escapa, "¿Como comprenderéis las demás?"

Jesús no dijo que él es el Sembrador, pero se adivina. Ninguna metáfora expresa su objeto con más exactitud y profundidad. El sólo, posee los gérmenes y los tiene en su mano,—no los gérmenes de una vida destinada á morir, sino los gérmenes de la vida eterna. Los más grandes entre los hombres, no siembran sino para la muerte; Jesús siembra para la eternidad. Nada más viviente que el germen: el concentra y manda la vida. La palabra de Dios, en el alma, es el principio de toda su vida espiritual. Lo mismo que la semilla es á la vez materia y fuerza, la palabra es un signo sensible, una encarnación del Espíritu de Dios.

—"La palabra caída en el camino," dijo Jesús, "y que los

pájaros se llevan, representa á los que la escuchan con un corazón árido y superficial; el Malo llega y la quita. La palabra sembrada en los lugares pedregosos, son los que habiéndola escuchado, la reciben primero con alegría; pero, no teniendo raíces en ellos, no tienen más que un tiempo: la tribulación y la persecución sobrevienen por causa de la palabra, y ellos se escandalizan inmediatamente."

La raíz del alma, es Dios; la profundidad del alma viene de él, su savia dimana de su Espíritu. El alma que no tiene á Dios no tiene más que una superficie. Todo lo que allí se siembra "es abrazado desde el primer rayo del sol, por el fuego de la tribulación. Y lo que está sembrado en las espinas, son aquellos á quienes los cuidados del siglo, la decepción de las riquezas y todas las demás codicias, han domeñado, sofocando la palabra y haciéndola estéril. Y lo que está sembrado en buena tierra, son los que escuchan la palabra, la comprenden, la conservan en un corazón bueno y excelente y la practican en la paciencia.

La virtud es el fruto de la doctrina; en unos, ella produce treinta, en otros sesenta, en otros ciento.

Nada es más oculto, más misterioso, que la semilla, nada más humilde y más velado que la palabra divina. El fruto revela á la una, la virtud es el esplendor de la otra. El alma se ilumina con las obras del Espíritu: la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad.[1]

Pensando en las virtudes de sus discípulos, Jesús, les decía: Vosotros seréis la lámpara de Dios. "¿Se lleva la candela para ponerla debajo del celemín, ó debajo del techo? ¿No es para ponerla sobre el candelabro?

El Padre lleva todas las cosas á la perfección y á la luz.

—"Nada de oculto que no sea revelado, nada hecho en secreto que no llegue á la luz.

1 Gálatas, V, 22, 23.

Esta ley universal ha encontrado en Jesús y en su obra la más plena aplicación. El Espíritu velado en él, la verdad oculta bajo las parábolas, el Reino de Dios tan humilde y tan poco conocido,—concentrado primero en el alma de algunos hombres desdeñados,—han llenado la tierra con su esplendor, con su potestad, con su virtud.

Esta vitalidad incoercible del Reino, Jesús la expresó en otra parábola:

—"Se parece," dijo, "al grano que el hombre arroja á la tierra. Que él duerma, que se levante de noche ó de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo, porque la tierra produce por sí misma el fruto; primero la yerba, después una espiga; y la espiga en seguida se llena de trigo."[1]

La virtud de Dios obra misteriosamente en el fondo de toda criatura, ella le da el crecimiento y la fuerza; y no está en el poder del hombre poner trabas á lo que Dios siembra y nutre.

A Jesús le agradaba hablar de la semilla; ella le recordaba su obra. Ninguno ha sido más humilde en su origen y se ha elevado más alto.

—"¿Con qué compararemos todavía al Reino? Al grano de mostaza. Cuando se le siembra, él es el más pequeño de todas las semillas que hay en la tierra; pero después que se ha sembrado, sube y se hace más grande que todas las plantas, y extiende tan lejos sus ramas que los pájaros del cielo pueden posarse bajo de su sombra."[2]

Aquí está el símbolo de la Iglesia de Cristo,—ese grano de mostaza hecho el árbol gigantezco cuyas ramas cubren á la tierra y dominan todo. Los más grandes talentos,—esos pájaros del cielo, de alas poderosas, fatigados de su vuelo y cansados de su sabiduría,—han venido de siglo en siglo, á posarse bajo la sombra de la doctrina de Jesús, que sola, calma, conforta y alumbra. Lo que Jesús veía y profetizaba, sus pri-

1 Marc., IV, 26-29.
2 Mat. XIII, 31-32; Marc. IV, 30-32.

meros discípulos no podían sino creerlo y esperarlo; y nosotros, los últimos nacidos, más dichosos, lo vemos. La obra de Jesús es la prolongación de su persona; el tiempo nos separa de la una, pero él nos hace tocar la otra.

El expresó la misma idea con otra imagen, comparando "el Reino de Dios á la levadura que una mujer toma y pone en tres medidas de harina, hasta que el todo fermenta."[1]

La verdadera levadura es el Espíritu de Dios; la mujer es la Iglesia, y la harina la masa humana. Insípida por sí misma, la humanidad toma el sabor con el contacto de la Iglesia, quien poco á poco la invade y la transforma.

El Reino de Dios en la tierra no ha llegado todavía á la perfección. El bien y el mal se disputan la tierra, y al lado del gran sembrador que arroja el buen grano, el enemigo siembra la zizaña, y ambos granos se mezclan en el mismo campo.

—"El Reino de Dios," decía, "es semejante á un hombre que había sembrado buenas semillas en su campo. Pero mientras que los hombres dormían, vino su enemigo y sembró la zizaña en medio del trigo, y se marchó.

"Cuando la yerba hubo brotado y produjo su fruto, la zizaña apareció. Entonces los sirvientes del padre de familia le dijeron: "Señor, ¿no habéis sembrado la buena semilla en vuestro campo? ¿De dónde viene entonces la zizaña?—El hombre enemigo es el que ha hecho esto.—¿Queréis que vallamos á arrancarla?—No, de miedo quizá, que al arrancar la zizaña, también arranquéis el trigo. Dejad al uno y á la otra crecer hasta la cosecha, y entonces yo diré á los cosecheros: Recoged primero la zizaña y atadla en manojos para quemarla; y el trigo juntadle en mi granero."

Los discípulos no habían adivinado el sentido oculto de la zizaña sembrada en el campo. El Maestro se las explicó cuando estuvieron solos:

1 Mat. XIII, 33.

—"El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre.

"El campo es el mundo.

"La buena semilla, los hijos del Reino; la zizaña, los hijos del Malo.

"El enemigo que la ha sembrado, es el demonio; la cosecha el fin de los siglos; los cosecheros, los ángeles.

"Así como se coge la zizaña para quemarla en el fuego, igualmente, al fin de los tiempos, el Hijo del hombre enviará á sus ángeles: ellos juntarán á todo el que en su reino ha sido un objeto de escándalo, á los que cometen la iniquidad, y ellos les arrojarán en el horno de fuego. Allí serán los llantos y los crujidos de dientes.

"Entonces los justos resplandecerán en el Reino de su Padre, como el sol."

Cada una de estas palabras de Jesús es inmensa, espléndida, en su sencillez: ellas abrazan todo, y pintan con rasgos profundos su gran obra, desde su origen hasta su eterna consumación. La lucha del bien y del mal es querida por Dios, los servidores del Padre de familia deben resignarse á ello. La violencia, tan natural al hombre, impulsa á los mejores á arrancar la zizaña; Jesús nos enseña á tolerar el mal, de temor que al extirparle con una mano brutal, no se destruya el bien. Es preciso imitar al Padre celestial en la paciencia de su eternidad.

La hora llegará en la que el trigo y la zizaña serán separados por la fuerza de Dios; hora á la vez terrible y consoladora, terrible para los malos, consoladora para los hijos del Reino.

Con la vista atenta sobre el desenlace de su obra, Jesús veía de lejos su propia gloria, la gloria de sus discípulos y la justicia terrible de su Padre respecto de aquellos que le hubiesen desconocido. Frecuentemente él abría al pueblo, bajo colores sombríos ó deslumbrantes, esas perspectivas del mundo venidero; ellos le son sanos, porque ellos le llenan de terror y de

esperanza; porque el terror es el freno que le detiene ante el mal, y la esperanza el aguijón que le eleva hasta Dios.

Esta idea le inspiró la parábola de la red.[1]

—"El Reino de los cielos es semejante á una red arrojada al mar, y que recoge peces de todas clases. Cuando ella está llena, los pescadores la sacan, y sentados cerca de la ribera, ellos eligen los buenos, los ponen en vasos y arrojan los malos afuera. Así será el fin de los tiempos; los ángeles vendrán, separarán á los malos de los justos y los arrojarán al horno del fuego. Entonces serán los llantos y los crujidos de dientes."[2]

No se podría medir el celo de Jesús para iluminar al pueblo galileo é inculcarle su doctrina. Las vivas imágenes abundan en sus discursos.

—"¿Sabéis lo que es el Reino de los cielos?" les dijo. "Un tesoro enterrado en un campo, que un hombre encuentra y oculta. Lleno de alegría, él va, vende todo lo que tiene y compra ese campo."[3]

—"El Reino de los cielos," dijo todavía, "es semejante á un mercader que busca las buenas perlas. El halla una perla preciosa; se marchó, vendió todo lo que tenía y la compró."[4]

En efecto, es preciso que el hombre todo lo inmole si quiere poseer á Dios. El sacrificio universal es el precio que solo puede pagar la perla y el campo en donde el tesoro está oculto. Los tímidos, los egoístas retroceden, no sabiendo empobrecerse para obtener las riquezas del Reino; este no quiere renunciar á sus placeres, no tiene las alegrías de Dios; aquel se atiene á su ciencia limitada, él no entra en la bondad infinita; otro quiere la ambición humana, y se priva de la grandeza eterna, reservada á los hijos de Dios.

Toda la doctrina de Jesús, con sus rasgos esenciales, está encerrada en esas parábolas.

1 Mat. XIII, 47, 50.
2 Mat. XIII, 44.
3 Mat. XIII, 45-46.

La función divina y la dignidad del Maestro, su destino doloroso y su triunfo final, la naturaleza íntima de su obra con su universalidad, sus humildes presentaciones, su secreta energía, sus luchas incesantes y sus inmensos resultados, los deberes y las disposiciones del hombre que ahí quiere entrar, la hostilidad del mundo, el papel de Satanás,—el sembrador de la zizaña, el papel de los ángeles, esos invisibles segadores,—la Providencia del Padre que vela sobre el gran drama y que prepara el desenlace: he aquí lo que se deja entrever.

El Reino de Dios era la idea madre de toda la enseñanza de Jesús, la que siempre removía á las masas más violentas. El pueblo estaba lejos de comprender el sentido profundo; él no veía mas que la corteza, los signos exteriores y todo aquello que podía halagar sus preocupaciones, acariciar su interés; los milagros, sobre todo, le deslumbraban; pero la doctrina no le alumbraba. El pueblo tiene mucho del niño: le impone la fuerza más que la sabiduría, y aun cuando él admire la doctrina de Jesús,—los documentos lo observan con cuidado,—su potestad es la que le sorprende y le subyuga.

—"Ved," decía él, "él no enseña como los Escribas y Fariseos, él habla con autoridad, él ordena."[1]

Jesús no menos emprendió la tarea difícil de evangelizarle y de abrir su conciencia á la verdad.

Ningún orador popular le será jamás comparado, ni aun bajo el punto de vista de la elocuencia. El está á la cabeza de lo santo más escogido que ha recibido de Dios el secreto de conmover á un pueblo, sin poner en juego sus pasiones terrestres. Nunca, en sus labios, el menor sofisma, la menor alteración de la verdad. El sabe condescender, pero sin lisonja, á la debilidad de aquellos que la escuchan. Su palabra está siempre apropiada á su auditorio. Uno es el lenguaje que él tiene con sus discípulos en la intimidad, otro el que él emplea con los Fariseos y los letrados, otro el que habla á la multitud.

1 Mat. VII, 29; Marc. I, 22; Luc. IV, 32.

El abre, á sus discípulos, su alma de donde desborda la verdad llena de ternura y de unción; ante los letrados hábiles, él apela á la Escritura, él les confunde con sus discusiones de una lógica irresistible y les abruma, en su mala fe, con el peso de sus anatemas; al pueblo, le expone su doctrina bajo el velo de sus parábolas.

La retórica judía era afecta á ese estilo pintoresco. Los rabinos célebres eran famosos por sus parábolas y sus sentencias. Cada pueblo tiene su genio literario: los Hindous tienen sus cuentos y sus narraciones fantásticas; los Griegos y los Romanos, sus diálogos y sus fábulas; los Judíos, sus parábolas y sus proverbios.

Al adoptar ese modo de enseñanza popular, Jesús le ha dado una sencillez, una verdad, una sobriedad, un encanto, desconocidos antes de él. La mayor parte de sus parábolas han quedado grabadas en el recuerdo; ellas realizan lo bello absoluto: la humanidad entera las conoce y las admira; el niño las deletrea y el hombre las medita; el ignorante las comprende y el pensador halla en ellas una luz infinita.

La esencia misma de la parábola es una comparación que tiene por objeto facilitar la inteligencia de las cosas invisibles, inmateriales, delicadas para decir ó arduas para comprender, asimilándolas á los objetos sensibles, materiales, fácilmente perceptibles.

Ella está fundada sobre el simbolismo, la armonía, la jerarquía universal.

Todos los seres se asemejan en algún grado y se funden en un parentesco, una afinidad más ó menos estrecha. El universo entero lleva el sello y la figura de Dios, fuente única de donde él deriva, y en el universo, los menores seres llevan el sello y la figura de los más grandes de quienes ellos no son sino el bosquejo. El cuerpo está á la imagen del alma; el instinto hace presagiar la libertad. La naturaleza material es el símbolo del mundo espiritual: el cielo anuncia la gloria de Dios.

el espacio su inmensidad, el viento su Espíritu, la luz su belleza, y el tiempo, siempre móvil, la inmovible eternidad.

A medida que un espíritu está más sujeto y abraza mejor el conjunto de las cosas, más penetra la unidad bajo la diversidad aparente, y más excede en la comparación.

La naturaleza humana, que resume en su complexidad todos los elementos, todos los reinos y todos los mundos, está particularmente dotada de la facultad de tomar todas las analogías y todas las semejanzas. Dios ve todo en la unidad de su Verbo que todo lo ha producido; el espíritu inmaterial contempla todo en las ideas tanto más sencillas y más raras, cuanto él mismo está más elevado; el hombre imaginativo y sensible no comprende lo divino, lo espiritual, lo invisible, sino á través del símbolo de la realidad material. El entreve á Dios por la creación en la que Dios se refleja, los espíritus por su alma, y su alma por la materia que ella vivifica y en donde ella graba su imagen.

Estudiado así, el arte de la parábola no es más que una especialidad judía, él es la preparación de la inteligencia humana y su procedimiento normal.

El más vasto campo abierto á la alegoría, es la relación entre Dios y la creación, entre el alma y Dios. Ciertos pueblos, como los Hindous y los Griegos, han quedado inferiores en este punto á los Semitas y á los Judíos, porque los unos, confundiendo por su panteísmo la creación y á Dios, han suprimido sus relaciones, mientras que los demás, al mantenerlas severamente distintas, han guardado intacto el tesoro inagotable de sus analogías. La poesía de los unos ha degenerado en leyendas colosales y absurdas, la de los otros se ha mantenido en el sano y robusto vigor de la verdad. Ellos no han dado al mundo los atributos de Dios; ellos han comprendido la pequeñez del gran universo; ellos han leído en su nada las grandezas insondables de lo Infinito.

Al adoptar la forma de la parábola, Jesús entró en la ley

misma de la inteligencia humana, en la ley que corresponde mejor á la naturaleza del Maestro como á la de los discípulos. Ahora, siendo inmutables las leyes, ellas comunican su inmutabilidad á las formas que ellas consagran.

De ahí, entre otras causas, la eterna juventud de las parábolas evangélicas.

La parábola estudiada en sí misma es tanto más perfecta cuanto ella es más justa y más profunda. La exactitud resulta del signo escogido; la profundidad, de la verdad oculta bajo el signo. A medida que el signo se adapta más á la realidad, la parábola es más justa; á medida que la verdad es más profunda, la parábola es más sublime. Jesús, en sus discursos al pueblo, ha desdeñado la vana poesía, el rebuscamiento de las grandes imágenes; él ha permanecido sencillo y unido, escogiendo los objetos más vulgares como símbolo de la verdad. La sublimidad de la doctrina contrasta de esta manera con la humildad del símbolo. Ninguna pompa, ningún falso brillo, la sencillez, siempre; este es el único vestido con el que quiso revestir la santa desnudez del Espíritu. El no quiere que se detenga en la forma exterior, en el signo; él aleja todo lo que pudiera cautivar y distraer. Los talentos más maravillosos ocultan la verdad y algunas veces la ofenden, cargándola de semejantes atavíos. Jesús la descubre, pareciendo ocultarla, porque el velo con que la cubre, deja aparecer, en su pureza, las líneas de ese cuerpo virginal. Así, las inmortales palabras del hombre de talento no halagan comunmente mas que á nuestra estética; la sencillez querida por Jesús rechaza las profanas y engendra en los corazones rectos la luz y la virtud.

Uno de los más grandes dones del orador, sobre todo del orador popular, es el tacto, sin el cual la potestad, la vehemencia de la acción, queda estéril. No basta traducir á un pueblo la verdad, es preciso apropiarla á la conciencia de ese pueblo. Demasiada luz deslumbra; el que no sabe moderar el brillo ciega en vez de alumbrar. El tacto de la elocuencia es inspirado

por el amor de la verdad y por el amor de los hombres. El que ama la verdad más que á sí mismo busca el triunfo, y no la expone, al revelarla sin discreción, á la indiferencia ó al desprecio; y el que ama á los hombres adivina su debilidad, él la maneja con respeto, no comunicándoles sino aquello que ellos pueden entender.

El método de Jesús, en su enseñanza popular, atestigua su prudencia exquisita. El que vino á este mundo á dar testimonio á la Verdad, la amó hasta la muerte. Ni una de sus palabras que no respire la reserva y la medida. El jamás arrojó la perla á los puercos y jamás dió la cosa santa á los perros. Su amor por su pueblo, por su país, por los hombres á quienes quiso salvar, brilla en todas las páginas de su vida. El conoció su debilidad, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza, su incapacidad; y él tiene la piedad. El es paciente, porque sabe que su Evangelio y su doctrina, destinados á alumbrar los siglos, tendrán necesidad de los siglos para penetrar los espíritus y renovar al mundo.

Sin embargo, por débil que sea el hombre, y por sublime que sea la verdad, existen entre ella y él afinidades indestructibles. Ellos apelan el uno á la otra, y si el hombre no puede elevarse hasta la verdad, la verdad descenderá hasta el hombre. Como Dios se ha encarnado en el Hombre-Jesús, la Verdad eterna se encarna en las parábolas salidas de su boca. Pero, lo mismo que el Dios encarnado se hace mejor amar y comprender, la Verdad divina en las parábolas se deja percibir más dulce y más asequible. Los ignorantes las pueden leer, y Jesús ha hallado para ellas el secreto de enseñar los misterios de Dios al último de los hijos del pueblo.

Este arte de templar el brillo de lo Verdadero es una de las disposiciones del gobierno divino: Dios no quiere abatir al hombre por la evidencia brutal; él irradia discretamente, á media luz, para inspirarle la fe, conservando su libertad. Cristo, —su gran obra,—aparece con este carácter misterioso: el Espíritu de que está lleno se oculta bajo el velo de la humanidad.

Los discípulos se admiraban del misterio con el que el Maestro, dirigiéndose al pueblo, velaba siempre su doctrina. La causa de esta reserva se les escapó. Es raro que la sabiduría de Dios no pugne con la razón del hombre que osa juzgarla con su propia luz.

—"¿Por qué," decían ellos á Jesús cuando estaban solos, "habláis en parábolas, cuando nos habláis á nosotros sin figuras?"[1]

¿El celo inspiró esta pregunta? Tal vez. Los discípulos debían desear la gloria del Señor, y en su impaciencia, ellos hubieran querido verle deslumbrar y subyugar á la multitud por el esplendor de su enseñanza.

Jesús les respondió: "A vosotros," que creéis, á vosotros que me amáis, "les es dado conocer el misterio del Reino de los cielos;" á los demás, que no quieren creer, á aquellos del exterior, "no les es dado." Ellos se detienen en el signo, y "todo se hace para ellos en parábolas." Creer es el principio de la inteligencia; no creer es la causa de las tinieblas del espíritu.

"Al que posee," ese principio de la luz, "se le dará, y él estará en la abundancia; al que no le tiene, aun cuando parezca tenerle le será quitado."

La fe apela á los dones de Dios, mas la incredulidad seca la fuente. Abandonada á sí misma, privada de las fuerzas divinas que centuplican la vida, hacen germinar las virtudes y exaltan la naturaleza, el hombre se sumerge poco á poco en el error que es la muerte de la razón, y en el vicio que es la muerte del alma; el espíritu se ciega, el corazón se embota, la voluntad se enerva, la conciencia se obstina.

—"Por esto," agregó Jesús, "yo hablo con figuras,—á fin de que los que son indignos, viendo todo, no vean nada, y al escuchar, no oigan ni comprendan. Así yo cumplo la palabra de Isaías, profetizando á este pueblo: Vosotros escucharéis

1 Mat. XIII, 10-17.

con todos vuestros oídos y no comprenderéis; porque el corazón de este pueblo se ha embotado, y sus oídos se han endurecido, y sus ojos se han cerrado, de temor que sus ojos no vean, que sus oídos no oigan, que su corazón no comprenda, y que al convertirse, yo los sane."[1]

Esta última palabra es aterradora.

No es la venganza, es el amor de Dios lo que teme ese pueblo: él tiene temor de ver, temor de oír, temor de comprender, temor de convertirse, temor de ser sanado por Dios; por esto cierra los ojos y se aparta.

Es preciso que el mal toque sus consecuencias fatales. Llegado á cierto grado de bajeza, el hombre obstinado parece indigno de la conversión; Dios, después de largos ultrajes, le entrega á sí mismo, y el castigo más espantoso del que ha causado su misericordia es el encaramiento inflexible de la conciencia contra los llamamientos supremos que salvan á los predestinados.

Sin embargo, los endurecidos y los obstinados también ellos algunas veces son dominados, á su vez, por la bondad. Alguno que haya crucificado á Cristo ó degollado á sus discípulos puede caer vencido á sus pies y ser regenerado por la virtud de su sangre, porque el amor de Dios es un fuego que hace al alma dócil,—aun cuando haya tenido la dureza del granito. Por pesada que sea la justicia divina para con la raza humana, la última palabra del gobierno divino no es la justicia, sino la misericordia.

En este sentido, Jesús agregó:

"Para vosotros, dichosos vuestros ojos, porque ellos ven, y vuestros oídos, porque ellos escuchan.

"En verdad os digo, muchos profetas y justos han deseado ver lo que véis y no lo han visto, oír lo que escucháis y no lo han escuchado."

Inexplicables en la boca del hombre, esas palabras son na-

1 Isaías, VI, 9-10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turales en los labios de Jesús; ellas expresan la conciencia que él tenía de su divinidad. Los que la ven están en la felicidad; los que la escuchan, en la luz.

Se presiente cuál debió ser la intimidad de los doce, reunidos en torno del Maestro en la cámara alta, cuando en la noche, habiendo desaparecido la multitud, Jesús, descansando, les abría los tesoros de sabiduría y de santidad de los que el mundo ignoraba.

El reservaba para esta hora tranquila las expansiones y las confidencias. Ningún profano, ningún desconocido, ningún indiferente contrariaba la expansión. Los discípulos podían preguntarlo todo, y Jesús decirlo todo; él inició, á su deseo, á esas almas sencillas y nuevas aún, y como lo dice un Evangelio,[1] él les explicaba todo; su condescendencia era como su ternura, sin límites, ella tenía algo de paternal.

Cuando él hubo hablado: "¿Habéis comprendido todo esto?" preguntó á sus discípulos. Y ellos, transportados de admiración respondieron:—Sí, Señor."

Un día, haciendo alusión á su papel de maestro, les dijo:

—"El verdadero Escriba que tiene la ciencia del Reino de los cielos, es como el padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas."[2]

El conoce las necesidades de sus hijos y sabe corresponder á ellas. La ciencia humana es pobre, impotente, algunas veces dura; ella no tiene la llave ni de nuestro pasado ni de nuestro porvenir; á las inteligencias hambrientas de la eterna verdad, ella no tiene que dar para alimentarlas; y si ella puede distraer un momento á los corazones presa del sufrimiento, ella jamás les ha consolado. Ella se absorve en la investigación de los fenómenos que son la figura cambiante de este mundo; y si ella sospecha la causa primera, ella no puede elevar hasta ella á nuestra naturaleza inquieta y atormentada.

El hombre iniciado en la ciencia de Dios aprende de él el

1 Marc., IV, 20.
2 Mat., XIII, 51-52.

principio, la ley y el fin de las cosas, él juzga todo bajo el punto de vista de la eternidad, él sabe que Dios prepara en la humanidad su Reino, y que, desde la primera pareja humana, á través del espacio, de siglo en siglo, en el fondo de todas las agitaciones de las familias, de los pueblos, de las civilizaciones, de las razas, en el caos sangriento de los intereses, de las pasiones, de las doctrinas, de las religiones, el Espíritu vivo y amante cumple y prosigue su obra de salvación, de verdad y de bondad, de justicia y de misericordia, de amor y de paz; él sabe que este Espíritu ha tenido su manifestación plena, absoluta en Jesús, y que Jesús, la esperanza del pasado, el gran signo contradicho del presente, es la fuerza reservada del porvenir, el complemento de toda la obra de Dios.

Cristo es el tesoro divino del que la humanidad puede sacar sin cesar; como todo lo que es eterno, él tiene la antigüedad y la novedad; él corresponde á lo que ha sido, á lo que es, á lo que debe ser; él tiene la palabra del pasado, del presente y del porvenir. A cualquiera que le pregunte la verdad, él la enseña; la fuerza de vivir, él la comunica; el consuelo, él le derrama á torrentes; la esperanza, él la hace brillar; la beatitud, él da á los más desheredados el inefable sabor anticipado.

El hombre no tiene derecho de quejarse; su suerte es hermosa. ¿Qué importan sus miserias y sus necesidades? Es dulce sentir el aguijón, puesto que se les puede curar y saciar. Lo que él busca con más ardor y angustia, lo que se le escapa siempre,—la vida y la felicidad,—la vida que no teme á la muerte, la felicidad verdadera que la prueba misma aumenta, —esos bienes están á su alcance, él no tiene más que pedirlos á Jesús, vivir y ser dichoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

LA SUPREMA INJURIA DE LOS FARISEOS.

Las predicaciones populares, en contorno del lago, marcan el punto culminante del apostolado galileo.

En algunas semanas, la masa entera del país se agitó. Nada puede neutralizar el magnetismo divino del nuevo Profeta. Ante la potestad de su palabra, el número y el brillo de sus curaciones y de sus milagros, la multitud, en despecho de sus preocupaciones, no resistía. Vencida por la evidencia, ella aclamaba en Jesús al Hijo de David, saludando bajo este título al Mesías esperado. Cápharnaum vió acudir de todas partes á los que buscaban al Profeta, ella llegó á ser ilustre entre las pequeñas ciudades de Zabulón y de Nephtalí.

Pero, á medida que la agitación se esperaba, el despecho, los celos, la inquietud, el escándalo, la amenaza, la injuria y el odio, todas las malas pasiones que se amotinan contra el hombre de Dios, crecen entre los jefes, los ancianos, los letrados, los Fariseos. Jerusalem, que permaneció el foco, no perdió de vista ni el movimiento ni al agitador. Los emisarios del Sanhedrín fueron enviados con el mandato de vigilar á Jesús y de desengañar á la multitud.

No se detiene un movimiento popular con algunos doctores; la fuerza misma no lo logra siempre. Mas, aquellos que, teniendo el poder, le ponen al servicio de una tradición debilitada, jamás tienen el sentimiento exacto de las fuerzas que ellos combaten ni las fuerzas que ellos emplean. Su ilusión es la causa de su caída.

Parece que la palabra de orden fué la de desacreditar á Jesús y de comprometerle en la opinión. La calumnia es el arma preferida del odio, que se complace en injuriar, esperando que ella perjudique.

Los Fariseos de Galilea, como los de Jerusalem, no pueden negar la potestad extraordinaria de la palabra de Jesús, ni poner en duda las señales prodigiosas que resplandecían por todas partes: curaciones de enfermos, resurrecciones de muertos, exhorcismos de demonios; no pensaron en ellos. Si ellos hubieran sido sinceros, ellos hubieran invitado al pueblo y agregado sus aclamaciones á las suyas; pero reconocer á Jesús, era condenarse ellos mismos, saludar en él al Enviado de Dios, era abdicar.

Ningún poder religioso ha dado el ejemplo de ese renunciamiento generoso, espontáneo. Es preciso que Dios desencadene contra él el torrente de los acontecimientos que trae.

Entonces fué cuando los Fariseos arrojaron contra Jesús, en la multitud, la injuria más cruel y la blasfemia más odiosa.[1] —"No es Dios el que está en él," decían, "es el diablo. El espíritu malo es el que le guía, en nombre de Belzebú él arroja á los demonios."

Ellos ya le habían llamado un impío que se apartaba de sus observancias, un hombre glotón y que ama el vino, un violador del sábado, un despreciador de los antiguos maestros, un blasfemador; ellos dicen hoy: Este es un mágico, un poseído,

1 Mat., XII, 24-45; Marc., III, 22-30.

Jesús permaneció tranquilo, él afirmó la verdad en la plena luz; pero él relevó la injuria con una severidad terrible. Jamás salió de sus labios palabra más inexorable, para rechazar el ultraje y anatematizar la hipocresía.

El les convocó y les dijo:

—"¿Cómo Satanás puede arrojar al mismo Satanás? Entonces, ¿él se destruye á sí propio? Un reino dividido será desvastado. Toda ciudad ó toda casa en lucha consigo misma será condenada. Si Satanás se levanta contra sí mismo, él está dividido, él no puede subsistir: este será su fin.

"Según vosotros, yo lanzo á los demonios por obra de Belzebú; pero vuestros hijos, ¿por quién los lanzan? Vosotros decís que es en el nombre de Dios: ¿por qué no lo decís de mí? "ellos serán vuestros jueces."

"Yo lanzo á los demonios por el Espíritu de Dios, esta es la prueba que el Reino de Dios ha venido á vosotros, porque nadie puede entrar á la casa del hombre fuerte y robar sus muebles, si él no le ha atado previamente; y después, él robará su casa. El que no está conmigo está contra de mí. El que no se une á mí, se dispersa. Y si yo obro por el Espíritu de Dios, pareció decir, el que no está conmigo está contra el Espíritu de Dios, y "el que no se recoge en este Espíritu, no puede sino desertar." El Espíritu es el lazo de todo.

Entonces, levantando la voz con fuerza, él agregó esta palabra aterradora:

—"En verdad, yo os afirmo, todos los pecados de los hijos de los hombres, todas sus blasfemias les serán perdonadas. Cualesquiera que haya hablado contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero aquel que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no obtendrá jamás la remisión, ni en este siglo ni en el futuro; él es culpable de un crimen eterno."

Hay faltas imperdonables, un crimen eterno,[1] según la expresión de Jesús. Desconocer, injuriar, calumniar, perseguir al Hijo del hombre, llamarle desdeñosamente el hijo del carpintero, el reprocharle el amor al vino y á la buena comida, el violar el sábado, el vivir fuera de las santas costumbres y el despreciar las observancias de los maestros, el tratarle de impío, de Samaritano y de seductor,—todas esas blasfemias son perdonables; pero ultrajar al Espíritu Santo del que está lleno el Hijo del hombre, atribuir sus obras divinas,—la expulsión de los demonios, la resurrección de los muertos y tantos otros prodigios,—al espíritu malo, el insultarle al grado de confundirle con el espíritu del mal: esta es la blasfemia sin excusa ni perdón.

1 Cf. Summa theolog. 2ª 2æ, q. XIII y XIV.

En la doctrina de Jesús y en la verdad absoluta, el pecado no es perdonado sino por Dios, por su Espíritu de misericordia, de amor y de bondad. Todo hombre que no rechaza á este Espíritu, cualesquiera que sean sus debilidades, su apartamiento, sus errores, cualesquiera que no diga de Dios: Es el mal, y de la obra de Jesús: Ella es la obra del mal, de las tinieblas y de la opresión,—este es susceptible de ser reconciliado y salvado; pero el hombre quien, por un movimiento de voluntad sacrílega, se ha puesto en oposición contra ese Espíritu, que le rechaza por la blasfemia y el odio obstinado, se cierra libremente las únicas vías por las que el perdón pudiera llegar hasta él; él se parapeta de algún modo en su conciencia, prohibiendo todo acceso al Dios que perdona. El Espíritu ultrajado se retira, dejando al blasfemador en su "crimen eterno." La muerte que le hiere y que separa al tiempo de la eternidad no cambia nada, porque ella consagra á la virtud como al crimen; á la una como á la otra, ella pone el sello de la eternidad.

Que los débiles se aseguren, que los desviados esperen, siempre hay una palabra de misericordia, si ellos la invocan. En cuanto á aquellos que, lejos de invocarla, ultrajan al principio mismo, ¿qué esperan, sino la justicia vengadora de Dios? Ella pesará sobre ellos, sin que la bondad infinita, repudiada, pueda doblegarla, deteniendo la cólera y la maldición eterna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús atrae á sus insultadores á las leyes más sencillas de la sabiduría y de la razón, y penetrando como siempre el secreto de su conciencia, él les muestra por qué ellos violan esas leyes, y pone á descubierto la fuente oculta de su blasfemia.

—Como "el árbol se conoce por su fruto," exclamó él, el principio se revela en sus obras. "No atribuyáis, pues, frutos malos á un árbol bueno, ni frutos buenos á un árbol malo." Mis obras son buenas: ¿cómo podrían ellas tener por principio á Belzebú? El diablo es malo: ¿cómo puede él producir actos buenos?

—"Y vosotros, raza de víboras, ¿cómo podríais decir cosas buenas?" La evidencia de los hechos se estrella contra vuestro corazón obstinado; y "la boca habla de la abundancia del corazón." Mas toda palabra humana,—aun la palabra ociosa, —será juzgada en el día de la justicia. "Vuestras palabras os justificarán ó ellas os condenarán."

Algunas palabras no son menos criminales que los actos, porque ellas ofenden y escandalizan, ellas corrompen y ellas matan; las de los Fariseos, que Jesús marca aquí, son como la dentellada de la víbora.

Nadie duda que ellas hayan tenido alguna acción sobre la multitud que las escuchó y de donde los enemigos de Jesús las propalaron. Los espíritus indiferentes ó refractarios al entusiasmo general han debido acogerlas: ahí es donde la calumnia camina y ejecuta su obra de muerte.

A cierto número, el celo del Maestro pareció exaltación, y su obra una locura. La sublimidad de su doctrina les sobrepujaba. Esta vida de apóstol siempre en movimiento, esta agitación de la multitud en derredor de él, esas noches pasadas en oración, esos días absorbidos en la curación de los enfermos, la casa asaltada, hasta la dificultad de tomar algún alimento, toda esta existencia animada por el Espíritu, y tan lejos de las condiciones vulgares, no era para nada comprendida.

Siempre se le inculpaba en su familia. Algunos de los suyos le trataban públicamente de insensato, de enérgumeno y de

exaltado.[1] Ellos querían arrancarle de la multitud y llevarle con ellos lejos de el tumulto, en donde él perdía el espíritu, decían ellos.

Esta fué un poco después la escena violenta en la que Jesús había tratado á los emisarios del Sanhedrin con la indignación del hombre ultrajado en lo que tiene de más santo; el pueblo había penetrado en la casa de donde los enviados acababan de salir. Se habían sentado en derredor suyo. La fe solicita de los sencillos hacía descansar á su alma de la blasfemia de los grandes y de su ciencia soberbia. Esta es una ley de la vida de Jesús á través de los siglos: el insulto que él sufría de parte de los hombres perdidos por su razón y por el odio, provocaba en el pueblo un aumento de confianza y de amor.

La alegría del Maestro era ver reinar á su Espíritu; él la gustó sin turbación, cuando se le vino á decir: Maestro, he aquí que se os busca de parte de vuestra madre y de vuestros hermanos.

La Madre de Jesús no era seguramente de aquellos que, entre los suyos, le juzgaban con su miserable sabiduría; se puede pensar que la solicitud por su hijo la llevaba cerca de él, á fin de consolarle en las luchas de su apostolado.

—"¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?" respondió Jesús; y dejando caer sus miradas sobre los que estaban sentados en su derredor:—"Mi madre y mis hermanos," dijo, "helos aquí. Sí, cualesquiera que escuche la palabra de Dios y haga su voluntad, este es mi hermano, mi hermana y mi madre."

La carne y la sangre no son nada para el Hijo del hombre. El parentesco carnal le importa poco. Si la familia terrestre está constituida por la unidad de una misma sangre corriendo en nuestras venas, la familia celestial está constituida por la unidad del mismo Espíritu, llena de él, él es el criador de la

1 Mat., XII, 46-50; Marc., III, 31-35; Luc., VIII, 19-20.

gran familia de los hijos de Dios, y aun cuando se fuese de la misma sangre que él, no se llega á ser su madre, su hermano y su hermana, sino participando de la plenitud de su Espíritu.

Todos aquellos que han sido sobrecogidos de una inspiración superior y quienes, subyugados por el llamamiento de Dios, han consagrado su vida entera á su servicio, entenderán sin trabajo la palabra de Jesús. Toda convicción fuerte termina por apoderarse de nosotros. Invasora, exclusiva, ella nos arranca sin piedad á cualquiera otra cosa y se convierte en el objeto único fuera del cual nada nos conmueve; los que no la comprenden son extranjeros: los que la atacan, el enemigo; los que la aman y la sirven con nosotros, nuestra única, nuestra verdadera familia.

En la noche de uno de los días en que él habla, en las orillas del lago, enseñado al pueblo en parábolas,[1] Jesús dijo de repente á sus discípulos:

—"Pasemos á la otra orilla."[2]

Los acontecimientos que iban á verificarse parecían dispuestos por la Providencia para confirmar la fe de los discípulos, haciendo resplandecer la potestad soberana de Jesús. A medida que él está más atacado por los hombres, el Padre exalta más la gloria de su Hijo y asegura á los que participan de su destino.

Los discípulos obedecieron; ellos despacharon á la multitud que estaba sentada sobre la playa, y se dieron á la vela, llevando á Jesús en la misma barca en donde estaba. Otras barcas navegaban con ellos. Y se levantó una gran tempestad. El viento introducía á las olas en la barca que se llenaba.

El, sin embargo, acostado en la popa, con la cabeza reclinada en la almohada, dormía. Los discípulos asustados por la tempestad, le despertaron:—¡Maestro, salvadnos! Perecemos.

—"¿Por qué teméis, hombres de poca fe? les dijo Jesús.

[1] Marc., IV, 35.
[2] Marc., IV, 35 y sig.; Matt., VIII, 18-27; Luc., VIII, 22-25.

Entonces, él se levantó, y como si esta naturaleza hubiera estado animada de algún espíritu misterioso, él amenazó al viento, y dijo á la mar:

—"Cesa de rugir. Calla."

A su palabra el viento y las olas se apaciguaron, se produjo una gran calma.

—"¿Aun no tenéis fe?" dijo Jesús á sus discípulos.

Ellos quedaron sobrecogidos de temor; y mirándose los unos á los otros, se decían en su admiración mezclada de espanto:

—¿Quién es él? El manda al viento y á la mar, y ellos le obedecen.

Jesús, en este hecho milagroso, revela su divinidad por su potestad. Su palabra tiene la eficacia y la autoridad soberanas, no trayendo nada de nadie, cumpliendo todo lo que ella dice. La naturaleza, con sus energías más tumultuosas, le obedece como un sirviente inteligente y dócil. El dijo al viento callarse, el viento se calló; á la ola furiosa no rugir, la ola se apaciguó. El hombre armado con este poder no es más que un hombre, él tiene la fuerza de Dios. Los que tienen miedo de la conclusión niegan el hecho; pero la negación se estrella contra el testimonio irrecusable de los documentos. El personaje que nosotros vemos vivir nada tiene de nuestras pequeñeces: que él mande á la mar ó que él enseñe las bienaventuranzas, él es por todas partes de una grandeza divina, porque él manifiesta siempre la potestad ó la sabiduría de Dios.

Se comprende que semejantes actos ejercían sobre los discípulos una acción prodigiosa. Su fe se arraigaba, la idea que ellos se formaban de su Maestro se elevaba poco á poco, y, con la fe, ellos sentían crecer la admiración y su adhesión. No se necesitaba menos para arrancar á esas naturalezas del medio tan refractario del que habían salido.

Los milagros forman parte de la educación de los primeros fieles de Jesús, ellos son una de las fuerzas que explican su me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tamoríosis rápida; ellos se imponen á la razón, y forman un elemento esencial en la trama de esta historia.

La barca ocupada por Jesús y sus discípulos, asaltada por los vientos y las olas, Jesús dormido en la popa, los discípulos aterrados, claman á su Maestro: Sálvanos, perecemos! él, siempre tranquilo, en medio de la tempestad, reprochándoles tener miedo, como si á su lado se pudiera temerle jamás; su palabra más fuerte que la tempestad y la mar desencadenadas, mandando al viento callarse, y á las olas calmarse; esta tranquilidad perfecta, súbita, repentina, absoluta; la admiración mezclada de temor poniendo el grito de la fe en Aquel que es más fuerte que la naturaleza,—toda esta escena en sus detalles tan vivos se ha convertido en un símbolo popular de la obra de Jesús.

La Iglesia es la barca de Pedro, que lleva á Cristo y á los suyos. Ella marcha, la tarde del día de la humanidad, á la rivera eterna, atravesando este mundo en donde ruge la tempestad. Invisible, Jesús parece dormir. La oración le despierta y le evoca; él aparece, se queja de que esté espantado; su presencia es la prenda de toda paz. El ordena á los acontecimientos como á la tempestad de las olas, él sabe encadenarlas, cuando le place, con una palabra todo-poderosa. Un grito de admiración se levanta sobre la mar aplacada por él, y, en la calma de este mundo, se ve á la barca proseguir su camino, llena toda de ese grito. Jesús tiene la fuerza de Dios, él es el maestro de las pasiones humanas y de sus olas encolerizadas que nada pueden contra la Iglesia insumergible.

La barca, después de la tempestad, llegó sin embarazo á la rivera oriental en donde Jesús quería costear.[1] El bajó al territorio de los Gerasenianos, un poco más allá de la antigua Gerasa.[2] La pequeña ciudad, situada á la extremidad del ouady

1 Mat., VIII, 28 y sig.; Marc., V, 1-10; Luc., VIII, 26 y sig.
2 Véase el Apéndice L. *Abrea y Gadara.*

Zemmach, formaba parte de la Decápolis. Las montañas del valle se separan á derecha é izquierda y se elevan bruscamente sobre el lago, á la altura de las mesetas de la Gaulonitide. Ellas están perforadas de grutas que sirven de tumbas. Las ruinas de Gerasa subsisten bajo el nombre de Kersa. Distínguense todavía á flor de tierra los viejos muros de basalto de las casas derribadas. Los restos de un castillo, protegiendo la ruta á orillas de la mar, forman antes de Kersa un pequeño montículo al que un robusto terebinto cubre con sus ramas frondosas. Los Beduinos acampan en sus alrededores; sus tiendas negras se extienden entre el césped verde; sus ganados vagan en el valle y en el flanco de la montaña.

En el momento mismo en que Jesús desembarcó, de repente, de entre las tumbas que cubren la colina, se llegó á él un hombre de un aspecto espantoso.[1] El habitaba en los sepulcros; no se le podía sujetar ni con cadenas; él era el terror de la comarca. A menudo atado con cadenas y con grillos en los pies, había roto las cadenas y despedazado los grillos; y sin descanso, día y noche vagaba en la montaña desierta y entre las tumbas, gritando, desgarrándose los vestidos y lastimándose con piedras.

Esta locura furiosa estaba agravada por la posesión; toda la narración, sin ella, es inexplicable. Viendo venir á Jesús de lejos, corrió y se prosternó ante él, y lanzando un gran grito, decía:—¿Qué hay entre tú y yo, Jesús, Hijo de Dios Todopoderoso? Yo te conjuro por Dios que no me atormentes más.

No es el enagenado el que habla, es el espíritu malo del que está poseído el que se revela.

Su actitud para con Jesús siempre es la misma. Una fuerza superior parece impulsarle hacia él, él adivina al Hijo de Dios en este hombre extraordinario; él se ve vencido de antemano y encadenado; no blasfema, pide gracia.

Esas palabras entreabren el misterio de la condenación de

1 Véase el Apéndice K. *El poseído de Kersa.*

los espíritus. Su alegría satánica está en el mal que ellos pueden hacer. Su pequeñéz de su naturaleza de la que han arrojado á Dios, es su tormento. Salir de ellos mismos para esclavizar al hombre y turbar á la tierra sería un alivio y una diversión en el vacío espantoso que es su suplicio; ser llevados por ellos mismos, á ese yo, quien sin Dios no es más que tinieblas, fealdad, impotencia, vacío, es su encadenamiento en el abismo.

Jesús no habla á este hombre miserable, él se dirige al espíritu. El quiere primero librar al alma; el alma libertada, él salvará al cuerpo.

—"Espíritu inmundo," le dijo, "sal de este hombre. ¿Cuál es tu nombre?"

—Legión, dijo el espíritu.[1] Y renovando sus súplicas, él imploró á Jesús para no ser arrojado fuera del país.

Jesús no respondió.

A la sazón había allí á lo largo de la montaña una gran piara de puercos que pacían.—Envíanos dentro de esos puercos, clamaron los espíritus por la boca del poseído.

Jesús se los permitió. Así como en la misma noche había domeñado á la naturaleza, al viento y á las olas, él apareció en este exhorcismo más que nunca dominador de los espíritus; él les habla con una voz irresistible: ellos van á donde él quiere.

A una señal de Jesús, los espíritus inmundos, saliendo del poseído, entraron en los puercos, y la piara, de cerca de dos mil, con una carrera impetuosa, se precipitó en la mar y se ahogó.

Háse preguntado con qué derecho Jesús había infligido esta pérdida á los Gerasenianos. ¿Acaso no todo pertenece á Dios y á aquel que ejerce el imperio? La misma mano que sobre la tierra espantada desencadena las calamidades y las

1 Este nombre, que recuerda la conquista y la dominación del pueblo judío por los ejércitos romanos, expresaba enérgicamente la tiranía ejercida sobre el hombre por los espíritus malos, cuya potestad es inconmensurable.

potestades de la muerte, desencadena también á los espíritus humanos que asolan al mundo humano. Pero, al probarnos y al castigarnos, ella nos eleva, porque ella nos hace sentir, con su potestad, nuestra nada y la soberanía de Dios.

El mundo animal, con sus formas variadas y misteriosas en su variedad, no es más que un vasto geroglífico en donde se pueden descifrar las realidades del mundo invisible, del alma y del espíritu. Entre las formas, los instintos de la bestia y las individualidades psyquicas, ¡cuántas afinidades! Ciertos seres se arrastran, tortuosos, inmundos, y encuentran en la fauna su símbolo perfecto. Esos puercos invadidos por los demonios descubren esas potestades tenebrosas y corrompidas cuyas sugestiones, durante siglos, han logrado transformar á la masa humana en una piara de Epicuro.

Los guardianes de esos animales huyeron espantados, y anunciaron en la ciudad y en los campos lo que habían visto.

A esta noticia, muchos acudieron. Ellos vieron á Jesús, y á sus pies, sentado, vestido, tranquilo y sano de espíritu al poseído.

Los Gerasenianos, con este espectáculo conmovedor, no tuvieron mas que una sola sensación, el temor; un sólo pensamiento, la pérdida de sus puercos. Naturalezas interesadas y groseras, ellos no comprendieron á aquel que acababa de desembarcar en su territorio. ¿Eran paganos, ó judíos? No se sabe. La Decápolis estaba muy mezclada como población. Ellos no hallaron nada que decir al huésped misterioso que había sanado al endemoniado; ellos tuvieron miedo de él. El hombre de Dios asusta á menudo á los que visita. Ellos no quieren ser turbados en su vida terrestre, en la falsa paz de sus pasiones; en vez de ofrecer á Jesús la hospitalidad, ellos le despiden, suplicándole tímidamente que se aleje de ellos.

Jesús, que respetó al hombre hasta en su ceguera y su miseria, no se impuso jamás. El volvió á la rivera y se retiró.

Como él se embarcase, aquel que había sido curado le suplicó que le permitiera seguirle. El se sentía encadenado á su

libertador, le parecía que su vida debía pertenecerle: el reconocimiento es capaz de estas inspiraciones. El Maestro no se lo permitió; pero, conmovido por su fe, hizo del poseído furioso un apóstol.

—"Vete," le dijo, "á tu casa y con los tuyos. Anúnciales todo lo que el Señor ha hecho por ti, y refiéreles cómo te tuvo piedad."

En Galilea, en donde Jesús se guardaba siempre con tanta reserva el excitar la efervescencia popular, prohibió á los enfermos publicar su curación; mas en ese país en donde no hizo sino una rápida excursión y que iba á abandonar bruscamente, él quiere que su nombre permanezca después de él, y que esos desheredados de Gerasa no queden extraños á la obra mesiánica que Dios llevaba á cabo para su pueblo.[1]

Aquellos á quienes la misericordia de Dios ha salvado escuchan en el fondo de su conciencia esta misma palabra de Jesús. Nada más conmovedor para los demás, que la narración misma de los beneficios de Dios. El reconocimiento abre el corazón, y el corazón tiene el secreto de conmover y de persuadir. El pobre Geraseniano se marchó, publicando en la Decápolis todo lo que Jesús había hecho por él, y el nombre del Profeta fué el objeto de la admiración universal.[2]

Esta narración de la curación del poseído de Kersa, de la que el segundo Evangelio no ha arreglado ni el color ni los detalles extraordinarios, no embaraza á aquel que admite la realidad de la posesión y el poder soberano de Jesús sobre los espíritus; este es un hecho precioso, por el contrario, bajo este doble punto de vista; porque él revela con una claridad palpitante, la naturaleza de la posesión satánica y la autoridad invisible de Jesús.

La escuela titulada racional, de la teología alemana que no tiene otro cuidado que atenuar la verdad para hacerla aceptable, y torturar los textos para adaptarles á sus teorías, no ha visto, en el endemoniado de Kersa, sino á un licántropo furioso; en la carrera impetuosa de los puercos, sino á una piara espantada por el endemoniado y los gritos de los pastores; en la curación del energúmeno, sino un magnetismo de Jesús cuyo encanto y nobleza se imponían hasta á los enagenados. La historia seriamente tratada, no autoriza estas fantasías cuya audacia aparente disfraza mal un pensamiento tímido. Los que no creen en el Dios personal, en los espíritus, en su acción sobre el hombre, en la misión divina de Jesús, no tienen otro recurso más que tratar al Evangelio como una leyenda, y á los Evangelistas como á ignorantes; pero ellos tropiezan siempre con la grandeza misma de Jesús.

El Maestro que ha dado sobre la moral la última palabra, que ha admirado y admira todavía al mundo más civilizado por una sabiduría divina, que ha dominado todas las estrechas preocupaciones y la grosera ignorancia de su medio, no puede ser desembarazado por algunos filósofos. Si él ha enseñado la existencia de los demonios, es porque existen los demonios; si él les ha expulsado, es porque él poseía la fuerza de Dios para atarles y lanzarles; él jamás se ha hecho el cómplice del error y del mal, y se le ultraja en su rectitud, atribuyéndole el procedimiento de acomodación por el que él hubiera adoptado, en apariencia, las doctrinas erróneas y la credulidad pueril de la multitud. La personalidad de Jesús prohibe la debilidad de los que de ella han escrito; recusarles, es recusarle; atacarles, es atacarle; su santidad y su sabiduría le hacen, á él y á sus discípulos, invulnerable.

No es una negación crítica, apoyada por una filosofía panteísta ó por una ciencia del todo material, la que tocará á aquel que ha vencido al mundo, y cuya doctrina, después de dos mil años, permanece como la ley de la virtud y del heroísmo.

Al dejar al país de los Gerasenianos, en la misma mañana en que él había abordado, Jesús entró á Capharnaum. Vióse

1 Cf. Godet. *Comment. de l'Evangile de Saint Luc*, ad h. l.
2 Luc., VIII, 39.

venir de lejos á la barca partida la víspera, y la multitud se juntó para recibirle. Todos le esperaban, dice un Evangelio.[1] La narración de la tempestad, aplacada en la misma noche, y de la curación del poseído, debió esparcirse en el pueblo. Pero no se contaban los prodigios que se multiplicaban bajo los pasos del Profeta. Jesús no hizo más que atravesar la ciudad, y partió inmediatamente, seguido de sus discípulos, para Nazareth.[2] El quiso volver á ver ese país que era el suyo, á quien había tratado de evangelizar algunas semanas antes, al comienzo de su ministerio galileo, y del cual había salido excomulgado, amenazado de muerte.[3] Los Nazarenos habían blasfemado en él al Hijo del hombre: él olvidaba la injuria, y con su mansedumbre, él hizo, para alumbrarles, una nueva y generosa tentativa. Las preocupaciones contra las que él había tropezado iban quizá á desvanecerse ante su gloria que había llegado á ser popular.

El apareció en la sinagoga, el día de sábado. La aspereza de los sentimientos y la violencia del odio parecían haberse calmado. Muchos aun, al escucharle, se azoraban y se admiraban, ellos no negaban ni su sabiduría ni sus milagros, pero la pobreza de su origen permanecía la piedra de escollo de su fe. Se hacía una objeción contra su misión divina.—¡Qué! se repetía, ¿no es este el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago y de José, de Judas y de Simón? ¿Sus hermanos no están entre nosotros?

¡Cómo la humanidad varía en sus impresiones y en sus juicios! En la actualidad, la humildad, la obscuridad del nacimiento hace resaltar y acrecer el mérito del gran hombre; entre los Galileos de Nazareth, ella le vela. Tal vez ellos hubieran aceptado á Jesús como á un sencillo doctor, confundido con los demás, pero reconocerle como al Enviado de Dios, por el Mesías, he aquí lo que ellos rechazan. La envidia les ciega y se cubre

1 Luc., VIII, 40.
2 Mat., XIII, 53-58. Marc., VI, 1-6. Cf. Luc., IV, 16 y sig.
3 Véase el Apéndice N, *Las últimas visitas á Nazareth*.

con el sofisma que los Fariseos oponen á Jesús: ¿Acaso el Mesías viene de tan bajo? ¿Acaso un carpintero va á libertar al pueblo y á exaltar el trono de David?

La propia familia de Jesús no escapó á ese escándalo: la superioridad de un hombre extraordinario casi siempre no es comprendida por los que han vivido con él en la familiaridad.

Jesús se sorprendió, no sin dolor, de la incredulidad obstinada de su país. Su bondad, que solo la fe hacía obrar, permaneció para ellos como una fuente tapada; él no curó allí sino á algunos raros suplicantes á los que impuso las manos. El abandonó á Nazareth á quien ya no debía volver á ver, y despidiéndose de sus compatriotas, cuya frialdad contrastaba con la acogida entusiasta que recibía por todas partes del pueblo, él les dijo con tristeza esta palabra que pinta todo su destino: "Un profeta no está sin honor mas que en su patria, en su casa y en su familia."

Nazareno, los Nazarenos le desdeñan; Judío, los Judíos le rechazan; pero los Samaritanos y los paganos le acogen y le adoran.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIII.

INSTRUCCIONES Á LOS DOCE.—MUERTE DE JUAN BAUTISTA.

Mientras que Jesús, aclamado del pueblo y maldecido por los Fariseos, evangeliza á la Galilea, sus discípulos permanecen el objeto constante de su solicitud; ellos forman su Iglesia y su Reino.

Su número ha aumentado; él hizo entre ellos una selección, ha escogido doce á quienes ha titulado apóstoles; él les ha mostrado, como lo había prometido en un lenguaje misterioso, á los ángeles del cielo que suben y bajan sobre su cabeza; él les ha llevado á sus viajes apostólicos; hoy, juzgándoles dignos de una confianza más elevada, quiere que ellos vayan á anunciar el Evangelio, y que, á su vista, hagan el aprendizaje de su apostolado.

El envío de los Doce, al centro de las ciudades judías debía también, en el pensamiento de Jesús, extender su propio apostolado. Sus días estaban contados, era preciso que, á pesar de la rapidez de su carrera, el pueblo entero escuchase la buena

nueva de su nombre y de su Reino. La cosecha está madura, los obreros están aumentados.

Jesús convocó en derredor suyo á los Doce.[1] Los documentos no marcan precisamente el lugar de la reunión. Verosímilmente tuvo lugar en Capharnaum y en la casa de Pedro, y en la misma pieza alta en donde el Maestro y sus discípulos se hallaban, en la noche, después de la fatiga de esas jornadas todas llenas de la obra de Dios.

El comenzó, como estratégico prudente, por limitar el campo del combate.

—"No vayáis hacia los paganos; no entréis en las ciudades de Samaria; id á las ovejas perdidas de la casa de Israel."

Restringiendo su apostolado, el Maestro facilita la tarea y la proporciona á los obreros. Este es, por otra parte, el plan de Dios: Israel, tiene las promesas de salvación, él debe tener las primicias, más tarde, la hora sonará para los Samaritanos y los paganos.

En seguida, él agregó:

—"Id, enseñadles, decidles que el Reino de Dios se acerca."

He aquí en una sola palabra toda la ciencia de los apóstoles. No hay nada más sublime y más necesario. Ella basta para todo; las demás sin ella, no sirven de nada. Esta es la ciencia propia de Jesús. El ya se las había comunicado en sus discursos en las sinagogas, en sus parábolas al pueblo, y sobre todo en las pláticas íntimas; y aun cuando ellos estuvieran lejos de medir la profundidad, ellos sabían bastante para decir que el Reino de Dios era el Reino del Mesías, que ahí estaba el Mesías, que ellos le conocían, que ellos eran sus discípulos y que se era de su reino con la condición de arrepentirse y de creer.

La acción apostólica ha permanecido lo que Jesús la hizo,

[1] Mat., X; Marc., VI; Luc., IX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en ese mismo día en el que, por la primera vez él envió á algunos hombres escogidos á ejercerla en su nombre.

El Reino de Dios está siempre próximo; el deber supremo, el más elevado destino del hombre, es siempre recibir en su conciencia al Espíritu vivo y personal de Dios, del que Jesús es la única fuente; la condición de una liberalidad semejante es siempre la fe en la palabra de Jesús, el renunciamiento de sí mismo, de sus ideas, de sus pasiones, de sus intereses, de sus vicios y hasta de su propia virtud; en una palabra, el arrepentimiento y el sacrificio total.

A esos nuevos combatientes, Jesús debió una armadura nueva.

—"Yo os doy," les dijo, "fuerza y potestad para lanzar á los espíritus inmundos, para curar toda languidez y toda debilidad."

Esta palabra es manifiestamente divina. Está en el poder del hombre comunicar sus ideas, sus instrucciones, sus planes, sus ambiciones, y de encender en el alma de los suyos el fuego sagrado del entusiasmo, él no podría transmitir ni su genio ni su virtud; la historia no menciona, en los más poderosos talentos filosóficos, políticos ó religiosos, una pretensión semejante. Ahora, Jesús trasmite á sus discípulos el Espíritu de Dios que está en él, y de esta manera les envía armados.

—"Id, curad á los enfermos, resucitad á los muertos, purificad á los leprosos, lanzad á los demonios."

Los Apóstoles no tuvieron otra fuerza más que la potestad misma de Dios, y esta potestad no les será dada sino para el bien de los hombres. Los hombres sufren: ella calmará su dolor; ellos languidecen, ella los levantará; ellos mueren, ella les volverá la vida; ellos están bajo el yugo del espíritu malo, ella les libertará. Los milagros de la bondad serán la señal de su misión y las obras de su poder. Ellos imitarán á su Maestro. Su espíritu es quien obrará en ellos y por ellos. Su fe les incorporará á él y permanecerá la condición de su actividad sobrehumana. La potestad de curar los males físicos y de mandar á la muerte podrá ser suspendida: la influencia sobre las almas y la autoridad sobre los espíritus malos no lo serán jamás. ¿Qué importa, después de todo, que el cuerpo sufra y muera, si el alma vive sana, libre y consolada?

Jesús continúa su función mesiánica por el apostolado,—obra de libertad, de justicia, de misericordia infinita, que arranca de las doctrinas impuras á los espíritus tiranizados y envilecidos por ellas, despierta las conciencias muertas, da á los desesperados el consuelo de Dios, y cura las miserias, las languideces que embarazan la marcha del mundo.

Al mismo tiempo que él proveyó á sus apóstoles de la fuerza del Espíritu, Jesús les mostró qué virtudes exigía de ellos: la bondad que se da; el desinterés que se olvida; la pobreza que se desprende de todo; la confianza que se entrega á Dios sin reserva; la perseverancia y el valor que nada desconcierta.

—"Vosotros habéis recibido gratuitamente, vosotros daréis por nada. No tengáis ni oro, ni plata, ni ninguna moneda en vuestra cintura; ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, sino sólo sandalias; ni vara, sino solamente el bastón de viaje;[1] porque al obrero es debido su alimento."

He aquí al apóstol tal como Jesús le quiere. Ser bueno quien todo lo ha recibido de Dios, él debe dar sin cálculo é imitar la generosidad de Dios. Sus méritos no son nada sin la munificencia divina de la que él ha sido el objeto; lo que ha recibido por nada él lo dará por nada. El Espíritu ni se compra ni se vende; el que lo recibe es dichoso, el que lo comunica más dichoso todavía; ese aumento de alegría será su tesoro y bastará á su recompensa.

La expansión está en razón de la bondad. Los mejores son

1. Según San Mateo, Jesús prohibe el bastón y el calzado; según San Marcos, él les permite y les ordena. La conciliación de los dos textos, contradictorios en apariencia, es fácil. El bastón prohibido es evidentemente el *mataf*, que indica un objeto que puede servir para el ataque ó para la protección; el que está autorizado es el bastón de viaje, el *maschen*. Los dos sentidos están implícitos en el ῥάβδον de los Griegos.

En cuanto al calzado, el que es permitido es la sandalia que llevan los pobres. Cf. Lightfoot, *Horæ hebraicæ*, ad h. l.

los más expansivos. De todas las fuerzas, el Espíritu de Dios es la más comunicativa. Las almas expansivas se hacen amar; ellas se abren á sí mismas, ellas provocan la apertura. Esta es la primera virtud del apóstol.

Como él es generoso, él será desinteresado. El no debe tener ningún cuidado terrestre. ¿Qué tiene que hacer con la riqueza de este mundo? El posee los incorruptibles tesoros de Dios. Viéndole así libre de las cosas que pasan, los hombres comprenderán que él vive de lo que no pasa; y su pobreza efectiva les hará sospechar la realidad de los bienes imperecederos del Reino que les está anunciado. ¿Por qué se inquietarán de las necesidades de la vida? Dios ha ordenado todas las cosas de manera que el obrero que merece su alimento, le halle siempre. El ser estéril desaparece; pero aquel que hace obra útil es digno de vivir, y él vivirá de la Providencia del Padre. El alma de Jesús estaba desbordante de esta confianza filial; él quiere que sus apóstoles estén llenos, porque ella es la expresión misma del amor para el Padre celestial de quien él les revelaba el nombre y la bondad.

El apóstol vivirá de los dones de aquellos á quienes haya evangelizado; esto es todo lo que él recibirá, todo lo que él les pedirá. El reconocimiento de aquellos á quienes haya curado y salvado no le faltará. Los beneficios terrestres pueden hacer ingratos; los dones de Dios, jamás. Los primeros no mejoran; los segundos santifican.

¿Cuál será la táctica de sus enviados militantes?

Jesús se las enseña hasta en los más pequeños detalles. En ese primer ensayo de evangelización, él no quiere que ellos vayan solos, sino de dos en dos, á fin de sostenerse el uno al otro.[1]

El no les envía ni á las asambleas públicas de las sinagogas

1 A elección de Jesús es como evidentemente conviene referir el pareo de los doce en la nomenclatura de los Evangelios.*—* Mat., X; Marc., III; Luc., IV; Act., XIII y sig.

ni á la multitud. El teme por ellos, tímidos todavía é inexpertos, el peligro de un apostolado resplandeciente y ruidoso; él conoce la vehemencia de las pasiones populares prontas á levantarse, difíciles de calmar; él conoce la sutileza y la astucia de los doctores; él quiere economizar á los suyos las luchas muy fuertes; y en espera que él les dé, con la plenitud de su Espíritu, la tierra inmensa á evangelizar, él les recomienda una acción más humilde, más tranquila, una especie de apostolado individual y doméstico, del que la familia será el centro y el punto de apoyo.

—"En cualesquiera ciudad ó aldea que entréis, informáos del más digno y permaneced en su casa hasta vuestra partida.

Y al pasar el umbral de su casa, decid: ¡Que la paz sea con ella! ¿La casa es digna? Vuestra paz le llegará, si no, vuestra paz volverá á vosotros. Que si ninguno os recibe y no escucha vuestra palabra, salid de esa casa y de esa ciudad, sacudiendo el polvo de vuestros piés. Ellas no son para vosotros sino una casa y una ciudad profanas; entre vosotros y ellas nada hay de común, tratadles como paganos.

"En verdad yo os lo digo, en el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma y Gomorrha que para esa casa y esa ciudad."

El enviado de Jesús es un mensajero de paz. Como su Maestro, él no conoce ni la violencia ni la opresión: él es de la raza de los hijos de Dios, de los bondadosos y de los pacíficos. Su "schelam," no es una vana fórmula política, él tiene una virtud sacramental, siendo la expresión viva y efectiva del Espíritu de Dios de quien es el portador. Este Espíritu desborda de aquellos que él anima y él se complace en obrar por ellos, en derredor de ellos; al comunicarse, él enriquece no solamente á los que le reciben, sino á los que le dan; y si él es rechazado, él vuelve como bendición al que se le ha ofrecido. Mas la suerte de las almas refractarias á la vocación divina es aterradora. El desastre de las ciudades nefandas es menos terrible que el estado del hombre, cuando el amor de Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ofendido se retira de él abandonándole, dejándole caer en ese abismo que cava en él la ausencia definitiva de Dios.

Entonces, Jesús se puso á pintar, con algunos rasgos enérgicos, las dificultades y los obstáculos del proselitismo en medio del mundo y á exhortar á sus discípulos á las virtudes del combate sin las cuales su acción sería vana. Su pensamiento no está limitado al momento presente; él domina los tiempos, esclarece el porvenir y abraza la obra total del apostolado. Al mostrar á sus discípulos lo que su misión tiene de temible, él obró con la sabiduría del educador que centuplica el valor, dando á los que él forma una conciencia más elevada del peligro.

—"He aquí, exclamó, yo os envío como ovejas entre los lobos." Las ovejas están sin defensa, los lobos armados para el ataque y devoradores.

"Sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Guardáos de los hombres: ellos os entregarán á sus tribunales y os condenarán á ser azotados en sus sinagogas. Ellos os conducirán, por mi causa, ante sus gobernadores y sus reyes, para servir de testimonio á ellos y á los paganos.

"Una vez entregados, no os inquietéis ni de lo que debéis decir, ni de la manera de decirlo: esto se os dará en el instante. No seréis vosotros los que hablaréis, es el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros.

"El hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre á su hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres y les entregarán á la muerte, y seréis odiados por todos, por causa de mi nombre; más el que persevera hasta el fin ese será salvo.

"Cuando se os persiga en una ciudad, huid á otra. Apresuraos. En verdad, yo os digo, no habréis evangelizado á todas las ciudades de Israel, antes que llegue el Hijo del hombre."

He aquí el legado de los apóstoles, profetizado por el Maestro: la hostilidad de los hombres, el ataque violento, la persecución, las sentencias, los suplicios, el odio, la muerte. Este es

el primer relámpago respecto al destino doloroso del Mesías. Antes de descubrirle á sus discípulos, Jesús les ha anunciado lo que ellos mismos deberán sufrir,—revelación austera que les preparará á comprender, cuando haya llegado el momento, el misterio de la cruz.

Este sombrío cuadro debió espantar á la pequeña falange, ó cuando menos admirarla. Jesús hizo entonces una alusión á las dificultades, á la oposición, á la violencia de las que él mismo era el objeto, y que crecía cada día:

—"Nuestra suerte es común, añadió, "¿no me llamáis Maestro y Señor? Vosotros sóis, y seréis tratados como yo." El discípulo no está sobre el maestro, ni el servidor sobre su señor. Basta al discípulo ser como el maestro, al servidor ser como su señor." Después, recordándoles la injuria horrible que le había sido hecha, la misma víspera, por los Fariseos, les dijo: "Si ellos han titulado Belzebú al Padre de familia, con mayor razón á los de la casa!"

Y ellos, los perseguidos, ¿qué harán en estas luchas?

Jesús les pide la prudencia y la sencillez: dos virtudes pacíficas que se completan, porque la prudencia sin la sencillez, se trueca en astucia, y la sencillez sin la prudencia, en la simpleza; la astucia engaña, y la simpleza ciega nos pierde.

El no quiere que se resista violentamente al mal; es preciso vencerle por la dulzura ó guardarse de él y huirle. El apóstol está desarmado de toda fuerza terrestre de ataque; él no es el lobo que desgarra, sino la oveja que se degüella. Siempre víctima, jamás verdugo.

Pero ningún obstáculo, ningún peligro, ninguna violencia tendrá poder sobre él; él deberá perseverar hasta el fin en su tarea, y no conocer ni desfallecimiento ni temor.

—"Id, dijo Jesús, lo que está oculto debe ser revelado, lo que es secreto debe ser sabido." La obra de Dios, obscura, desconocida, debe llegar á la luz y á la claridad del día. "Lo

que yo os digo en las tinieblas, decidlo en la claridad; y lo que os digo al oído,[1] predicadle sobre los techos.[2]

"Id, perseverad y no temáis."

El que Jesús envía á un mundo enemigo, sin dinero, sin provisión, sin bastón, sin espada, sin fuerza humana, humilde, pobre, dulce, pacífico; es más fuerte que cualquiera potestad humana: ésta puede matar al cuerpo, pero el alma se le escapa, y el alma es todo para el apóstol, puesto que en ella es donde habita el Espíritu de Dios por quien vive. El no tiene que temer á nadie, si no es al que tiene el poder de arrojar al alma y al cuerpo al infierno. Invencible, Dios guarda á los que le temen; él vela sobre toda criatura, la más pequeña como la más grande; pero los que le aman son sus hijos, él tiene por ellos una providencia paternal.

—"¿Dos gorriones no se venden en un óbolo? Ninguno de ellos cae al suelo, sin que vuestro Padre lo permita. Respecto de vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis nada; vosotros valéis más que muchos gorriones."

A fin de alentar su valor, él elevaba sus esperanzas. El pensamiento de Jesús abraza siempre la totalidad de las cosas, la tierra y el cielo, el tiempo y la eternidad, las criaturas y el Padre.

—Por difícil que sea vuestra obra, parece decir á sus discípulos: "id," llevad mi testimonio á la faz de los hombres, "aquel que me hubiere reconocido delante de ellos, yo le reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo; y el que hubiere renegado de mí delante de los hombres, yo renegaré de él delante de mi Padre que está en el cielo."

1 Alusión á una costumbre en vigor en las sinagogas y en las escuelas. El lector de la Ley, en las primeras, y el Rabbí en las otras, leían delante de él á un escasi ó intérprete. Ellos le hablaban en voz baja y al oído, y él repetía en voz alta á la asamblea lo que él había oído. Lightfoot, Horæ hebraicæ, p. 253.

2 Otra alusión á las costumbres religiosas de los Judíos. La víspera del sábado, el Hazan anunciaba desde lo alto de una terraza de una casa elevada la apertura del sábado con el sonido de diez trompetas ó de gran voz, como el almuédano entre los musulmanes, invitando á la oración desde lo alto de los almanares.

Ser reconocido de Jesús delante del Padre, principio y fin de todo, pertenecerle eternamente, estar con él y en él en la plenitud de la luz, del amor y de la vida, esta es la esperanza que debe regocijar al apóstol, á través de sus tribulaciones. El puede con ella afrontar todos los suplicios. Ser negado por Jesús, separado de él, esta es la muerte espantosa, la única de temerse.

Por otra parte es preciso que los discípulos lo sepan, la obra á la que se consagran por el apostolado es una obra de lucha, de combate hasta la muerte. El Maestro que les ordenaba decir: "Paz á esta casa y á esta ciudad;" que les había enseñado sobre la montaña la felicidad de los pacíficos; él,—la dulzura misma y la paz,—que dá el germen fecundo, trayendo la verdad y haciendo reinar la justicia, él está destinado á levantar en el mundo una tempestad terrible, la tempestad de los violentos, de los enemigos de toda justicia y de toda verdad, de todo sacrificio y de todo amor.

—No os engañáis, "yo traigo á la tierra no la paz, sino la guerra. Yo vengo á separar al hijo de su padre, á la hija de su madre, y el hombre tendrá por enemigos á los de su casa." Para llegar á mí, es preciso abandonarlo todo, y "el que ama á su padre ó á su madre más que á mí no es digno de mí." "El camino que conduce á mí es como la ruta del suplicio;" quien no toma su cruz para seguirme no es digno de mí."

El quiere que sus apóstoles no retrocedan ante la muerte, y él les enseña ese secreto divino en una palabra que ha engendrado legiones de mártires.

—"No temáis dar vuestra vida por mi causa, en este mundo que mata: el que trate de conservarla la perderá; el que la pierda por mi causa la hallará."

Inmolar una vida de un día, es adquirir la vida eterna en el seno del Padre; querer guardar la vida que pasa, es hacerse indigno de la que no pasa. El cuerpo debe ser sacrificado al alma, el alma y el cuerpo al Espíritu de Dios. El cuerpo que quiere vivir por sí mismo pierde su actividad más elevada, él cesa de ser el instrumento glorioso del pensamiento y él se

deshonra con la materia que le sofoca. El alma que permanece en sí misma, rehusando unirse á Dios, renuncia á la plenitud del ser y se agita en su propia nada.

El sacrificio,—la ley universal de la vida,—será la ley del apostolado.

La plática de Jesús con los Doce se terminó con una dulzura reconfortadora. Como él se sentía en comunión absoluta y filial con el Padre, él se sentía por su Espíritu en comunión con sus discípulos. Este último lazo se estrechaba siempre, y Jesús amaba verse vivir en ellos.

—"Aquel que os recibe, les dijo, me recibe, y el que me recibe, recibe al Padre que me ha enviado. Además, el que acoge al profeta, como tal, tendrá la recompensa del profeta; y el que acoge al justo, como tal, tendrá la recompensa del justo. Y el que dé al menor de estos un vaso de agua, porque es mi discípulo, aquel, os lo digo en verdad, no perderá su recompensa."

Recibir á Jesús, es comprenderlo; es entrar en el mismo Espíritu de verdad, de justicia y de paz, es llegar á ser participante de él. Recibir á su discípulo, al profeta ó al justo, es asistirles en la obra que ellos cumplen y hacerse digno de la misma recompensa. El menor acto no será olvidado, el óbolo de la viuda será conocido, y el vaso de agua contado.

Ese discurso, esta plática íntima, reasumida por uno de los testigos en algunas sentencias breves que todas llevan la marca de Jesús, puede ser considerada como el monumento de su sabiduría pedagógica.

¿Qué hombre superior, qué jefe de escuela, propuso jamás á sus sectarios un ideal más sublime? Los grandes génios son casi siempre impotentes; su elevación misma y su originalidad son un obstáculo; ellos no pueden sobrevivirse: Dios les ha rehusado la herencia. Ellos llevan consigo á la tumba su secreto, dejando á los que han encantado y en un instante ilu-

minado, en su debilidad y mediocridad. Los generales que ven desaparecer al conquistador no saben sino participar de sus despojos y romper la unidad de su imperio; los discípulos del filósofo exageran su sistema y alteran su doctrina; las leyes del legislador caen á su muerte; y el artista inspirado, entregando á su escuela sus procedimientos,—sin el arte de aplicarlos,—bien pronto es alterado por aquellos mismos que guardan el culto,

La impotencia del hombre para perpetuarse en los discípulos dignos de él depende de dos causas invencibles: la inferioridad de los discípulos y la imposibilidad, para el maestro, de dejarles su espíritu vivo. Sólo Jesús ha removido esos obstáculos; él ha comunicado el Espíritu mismo de Dios á las naturalezas sencillas y sin cultura, y esta fuerza inmanente en ellas, poco á poco las ha formado á su propia imagen; ellas se han hecho tal como él las quería, realizando, en su grandeza, el tipo austero y dulce, humilde é irresistible, generoso y perseguido del apóstol.

El impulso dado por el Maestro no se agota; como el espíritu con el que él se confunde, su vitalidad es invencible; joven en medio de ese mundo caduco, victorioso en medio de la humanidad hostil, ella se afirma de siglo en siglo por creaciones siempre renovadas. Jesús, con su potestad divina de herencia, se reproduce sin cesar; cuando todo parece agotado é inerte, vense de repente surgir hombres nuevos á su imagen, que son la encarnación de su tipo. Su vida es su palabra misma en acción. No hay un tiempo que no haya conocido á esos apóstoles, almas generosas y expansivas, cuya historia se podría escribir con ese discurso de Jesús.

Fuertes con las instrucciones del Maestro, partieron los Doce, á su palabra, de dos en dos, evangelizando á las ciudades y á las aldeas de Galilea.

Jesús, acompañado de otros discípulos, continuó su obra. Su celo apostólico no se disminuía jamás; él no conoció el des-

fallecimiento y no se dió ningún reposo: el día era para la acción, las noches para la oración.

Por ese tiempo, poco después del mensaje que él había enviado á Jesús; y algunos días antes de la Pascua del año 29, acaeció la muerte de Juan Bautista.[1]

Sólo los Evangelios refieren los detalles; ellos remontan á los discípulos de Juan que estuvieron ciertamente instruidos y vinieron de Macherous á anunciar á Jesús lo que había pasado. Josefo, mencionando la muerte violenta del Bautista,[2] la atribuye vagamente á la política sombría de Herodes Antipas, quien, sabiendo su autoridad sobre el pueblo, temió que él provocase un movimiento de revolución. Los datos evangélicos arrojan una gran luz sobre la narración del historiador judío, difícil de explicarse sin ellos. Nada, en efecto en la actitud del Precursor, no sentía el revolucionario político; pero los temores del tetrarca, que parecían absolutamente desprovistos de fundamento, se hacían muy plausibles, si se piensa que al reprochar severamente á Herodes su alianza adúltera é incestuosa con Herodías, Juan hubiera podido levantar en su contra á las pasiones populares. El papel desempeñado por la princesa es muy natural, en la circunstancia, y admira ver algunos críticos sospechar hechos semejantes.[3]

El prisionero de Herodes no tuvo ilusión respecto de su suerte. Herodías no perdonó al profeta. Su odio era implacable. La prisión de aquel que la había condenado públicamente no calmó sus resentimientos y no bastó á su venganza: su vida es la que quiere. Ella intriga con los cortesanos, Fariseos y Herodianos, á quienes también el profeta flageló con su ruda palabra. Ella acecha la ocasión para terminar con su enemigo.

A pesar de su influencia con el tetrarca, ella, sin embargo, no

1. Mat., XIV, 1-12; Marc., VI, 14-29; Cf. Luc. IX, 7-9.
2. Antig., XVIII, 5, 2.
3. T. Keim, *Jesús von Nazara*. II Band.

logró arrancarle ese nuevo crimen. Herodes tenía miedo del profeta; él no osaba afrontar la cólera del pueblo, quien no dejaría de estallar á la noticia de su muerte. La justicia, la santidad de Juan, imponían á su conciencia; él le tenía consideraciones, tomaba sus consejos y le escuchaba con agrado. Pero nada satisface al espíritu vengativo de la mujer ofendida; ella tiene una obstinación y astucias que triunfan de todas las resistencias.

La ocasión esperada y buscada se presentó en fin. Esta fué la fiesta de Herodes,—no, según creemos, el día de su nacimiento, sino el aniversario de su coronación. El tetrarca se hallaba con su corte en Macherous, en donde dió un festín suntuoso á los grandes y á los tribunos de Galilea.

En medio de la comida, la hija de Herodías, inspirada por su madre, entró en la sala del banquete; y, según la costumbre judía, para expresar la alegría y la gloria de una fiesta semejante, ella bailó. La joven olvidó que aquel delante de quien danzaba había deshonrado el hogar de su padre.

El tetrarca quedó conmovido y halagado.

—Pide lo que quieras, le dijo él, yo te lo daré. Y él juró sobre su cabeza. Sí, fuere lo que fuere, pide, yo te lo daré,—aun cuando fuere la mitad de mi reinado.

Ella salió y vino á decir á su madre:—¿Qué pediré?

—La cabeza de Juan-Bautista, le dijo Herodías, sin vacilar.

La joven volvió á entrar inmediatamente á la sala del festín, y acercándose al Rey:—Quiero, le dijo ella, que me déis inmediatamente, aquí, sobre una bandeja, la cabeza de Juan Bautista.

Ante ésta palabra inesperada y espantosa, se mostró todo el carácter del príncipe, mezclado de bondad afeminada, de timidez y de falsa religión. El se contristó con el pensamiento de derramar sangre. Pero ¿cómo retroceder? El había jurado. Sus convidados, testigos de su juramento, y tal vez enemigos de Juan Bautista, le intimidaban. El no se atrevió á rehusar el crimen. El envió á uno de sus guardias, y le ordenó traer

la cabeza de Juan Bautista sobre una bandeja. El guardia le decapitó en el fondo de su prisión. Llevó su cabeza sobre una bandeja y la dió á la joven, y la joven la entregó á su madre.

Herodías estaba vengada.

Tal fué el fin trágico del Precursor de Jesús.

Hombres semejantes no pueden acabar su carrera en la paz, llenos de días como los patriarcas. La muerte violenta conviene más á los profetas, esos héroes de la verdad y de la justicia, del derecho y de la virtud. Ellos han combatido por su triunfo, ellos han domeñado los vicios, ellos han clamado en su debilidad, á la faz de los poderosos y de los malos, el "non licet" de la conciencia que nunca se doblega: ellos tienen necesidad de sellar con su sangre su vida, su palabra, su valor, su amor, su misión. Dios les trata como preferidos, según su deseo.

El mundo les odia, el mundo les mata; él cree ahogar su voz de justicia, él les da la inmortalidad. La suprema elocuencia está en la sangre derramada por Dios.

El "non licet,"—la palabra del derecho inflexible ante la fuerza, la astucia y el odio,—no encontrará una expresión humana más conmovedora que esta cabeza de Juan, presentada en una bandeja á Herodías, la adúltera, la incestuosa y la homicida.

Juan antecede á Jesús en el suplicio y muere por haberle preparado los caminos. Su sangre se mezcla á la de los profetas, sus abuelos, y á la del Cordero, como él llamaba á Jesús, quien muy pronto también será inmolado. El camino del Reino, desde el origen del mundo hasta el fin de los siglos, es un gran reguero de sangre.

La muerte de Juan Bautista conmovió profundamente al pueblo en Judea como en Galilea, pero el pueblo no se levantó; el pueblo no tiene la iniciativa de nada, ni aun de las revoluciones. Ningún jefe explotó su cólera. Los jefes religiosos en Judea, temblaban bajo la dura mano de Pilatos; los

grandes de Galilea y los Saduceos, cortesanos de Herodes, no quedaron descontentos, quizá, por este acto de rigor político;—los cortesanos legitiman todo, hasta el crimen;—el profeta les pareció luego como á su soberano un peligro público; los mismos Fariseos no vieron sin una secreta satisfacción, desaparecer á aquel que no les había economizado las fuertes verdades, y quien se obstinaba en dar testimonio al hombre convertido en el objeto de su odio.

La memoria de Juan permaneció venerada en el pueblo; seis años después el crimen de Herodes estaba vivo en su recuerdo. Habiendo estallado una guerra á propósito de la frontera, entre el tetrarca y el rey Asetas de Arabia, padre de la mujer repudiada, las tropas de Herodes fueron hechas pedazos. Ese desastre arrancó un grito á la conciencia de la multitud: Es Dios quien se venga, se clamaba, de la muerte de Juan Bautista.

Una tradición recogida por San Gerónimo, refiere que la vengativa Herodías, recibiendo de las manos de su hija la cabeza ensangrentada de su víctima, atravezó con agujas la lengua que había protestado contra su crimen, y ordenó que su cuerpo fuese arrojado en las barrancas de Macherous á los perros y á los buitres. Los discípulos del profeta vinieron á recogerle para sepultarle, y fueron á referir á Jesús lo que había acontecido.

Si Herodías se complació con su odio satisfecho, el tetrarca permaneció triste, inquieto, atormentado por su asesinato. El pensamiento de Juan le asaltaba con frecuencia. Naturaleza supersticiosa y blanda, incapaz de resolución, él era astuto como todos los caracteres débiles. Tenía el espanto, pero no los remordimientos de su crimen. La fama de Jesús, quien hasta entonces le había parecido indiferente, le produjo terror. Los Apóstoles, diseminados á través de las ciudades y aldeas, habían seguramente avivado las preocupaciones ardientes de la opinión respecto á su Maestro. Los comentarios y las discu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siones no se agotaban, y como siempre, las preocupaciones dividían los espíritus.

Que Jesús fuese un profeta, esto se imponía. ¿Pero cuál? Creíase entonces en el pueblo y hasta en las escuelas, en el regreso del alma de los muertos entre los vivos. Esta creencia extravagante se ejerció á propósito de Jesús:—Es Elías, decían unos.—No, es algún profeta antiguo, respondían otros. Y aquellos que habían admirado á Juan, afirmaban que era el mismo Juan resucitado de entre los muertos.

Todos esos ruidos populares llegaron hasta la corte del tetrarca, en donde, sin duda también, la persona de Jesús era discutida. El nombre de Juan, asociado al de Jesús, turbó el alma de Herodes; él estaba perplejo. No sabiendo qué pensar, y sufriendo él mismo la superstición de la multitud, dijo: Ese es Juan á quien yo hice decapitar, helo aquí; ha resucitado entre los muertos; por esto obra prodigios. Y Herodes temblaba. Hubiera querido ver á Jesús.

Los doce regresaron de su primer viaje. Encontraron á su Maestro en Capharnaum y le refirieron todo lo que habían hecho y enseñado. Mas la multitud había acudido. Se iba y se venía; la casa estaba obstruida; Jesús y los suyos, observa uno de los Evangelios,[1] no tenían ni el tiempo para comer. El experimentó la necesidad de platicar con sus discípulos en la intimidad, y quiso procurarles algunos días de silencio y de calma. La noticia de la muerte de Juan le advirtió dolorosamente de la suya. Se acercaba el momento de iniciarles en el misterio de sus sufrimientos. Se levantó.

—"Venid aparte," les dijo, "á un lugar solitario para vosotros y descansad un poco."

Subió á una barca con sus discípulos, les dió orden de atravezar el lago y de remar hacia la ribera oriental, del lado de Bethsaida.

1 Marc. VI, 31.

CAPITULO IX.

LA CRISIS MESIÁNICA EN GALILEA.

La ribera Noreste del lago de Genezareth, entre la embocadura del Jordán y el ouady Djebarieh, es un llano conocido actualmente bajo el nombre de El-Batyheh, fértil, regado, siempre verde. Ella dibuja un vasto triángulo del que el lago forma la base, el Jordán y las montañas del Gaulan los dos lados. Bethsaida-Julias, que no se debe confundir con Bethsaida en Galilea, estaba situado en la cima del triángulo á poca distancia del río, á legua y media del lago, sobre un monticulo que se sujeta á las colinas más elevadas de la cadena del Gaulan.[1] Todo ese distrito de la baja Gaulonitide formaba,—con la Auranitide, la Batanía, la Iturea y la Trachonitides,—la tetrarquía de Philipo, hermano de Antipas. Ese príncipe no tenía nada del mal genio de su familia. De un carácter dulce, justo y pacífico, él no recordaba á su padre sino por el amor á las artes. Desde su coronación se ocupó en fundar dos ciudades: la una en los manantiales del Jordán, sobre la situación

1 La situación de Bethsaida-Julias, en el lugar mismo que indicamos, parece incontestable. El está netamente indicado por Josefo, Bell. Jud., III, 10, 7, y por Plinio, Hist. Nat. l. V, c. XV, § 15.—Cf. Victor Guerin, Descripción de la Palestina, 3ª part. La Galilea, I

siones no se agotaban, y como siempre, las preocupaciones dividían los espíritus.

Que Jesús fuese un profeta, esto se imponía. ¿Pero cuál? Creíase entonces en el pueblo y hasta en las escuelas, en el regreso del alma de los muertos entre los vivos. Esta creencia extravagante se ejerció á propósito de Jesús:—Es Elías, decían unos.—No, es algún profeta antiguo, respondían otros. Y aquellos que habían admirado á Juan, afirmaban que era el mismo Juan resucitado de entre los muertos.

Todos esos ruidos populares llegaron hasta la corte del tetrarca, en donde, sin duda también, la persona de Jesús era discutida. El nombre de Juan, asociado al de Jesús, turbó el alma de Herodes; él estaba perplejo. No sabiendo qué pensar, y sufriendo él mismo la superstición de la multitud, dijo: Ese es Juan á quien yo hice decapitar, helo aquí; ha resucitado entre los muertos; por esto obra prodigios. Y Herodes temblaba. Hubiera querido ver á Jesús.

Los doce regresaron de su primer viaje. Encontraron á su Maestro en Capharnaum y le refirieron todo lo que habían hecho y enseñado. Mas la multitud había acudido. Se iba y se venía; la casa estaba obstruida; Jesús y los suyos, observa uno de los Evangelios,[1] no tenían ni el tiempo para comer. El experimentó la necesidad de platicar con sus discípulos en la intimidad, y quiso procurarles algunos días de silencio y de calma. La noticia de la muerte de Juan le advirtió dolorosamente de la suya. Se acercaba el momento de iniciarles en el misterio de sus sufrimientos. Se levantó.

—"Venid aparte," les dijo, "á un lugar solitario para vosotros y descansad un poco."

Subió á una barca con sus discípulos, les dió orden de atravezar el lago y de remar hacia la ribera oriental, del lado de Bethsaida.

1 Marc. VI, 31.

CAPITULO IX.

LA CRISIS MESIÁNICA EN GALILEA.

La ribera Noreste del lago de Genezareth, entre la embocadura del Jordán y el ouady Djebarieh, es un llano conocido actualmente bajo el nombre de El-Batyheh, fértil, regado, siempre verde. Ella dibuja un vasto triángulo del que el lago forma la base, el Jordán y las montañas del Gaulan los dos lados. Bethsaida-Julias, que no se debe confundir con Bethsaida en Galilea, estaba situado en la cima del triángulo á poca distancia del río, á legua y media del lago, sobre un monticulo que se sujeta á las colinas más elevadas de la cadena del Gaulan.[1] Todo ese distrito de la baja Gaulonitide formaba,—con la Auranitide, la Batanía, la Iturea y la Trachonitides,—la tetrarquía de Philipo, hermano de Antipas. Ese príncipe no tenía nada del mal genio de su familia. De un carácter dulce, justo y pacífico, él no recordaba á su padre sino por el amor á las artes. Desde su coronación se ocupó en fundar dos ciudades: la una en los manantiales del Jordán, sobre la situación

1 La situación de Bethsaida-Julias, en el lugar mismo que indicamos, parece incontestable. El está netamente indicado por Josefo, Bell. Jud., III, 10, 7, y por Plinio, Hist. Nat. l. V, c. XV, § 15.—Cf. Victor Guerin, Descripción de la Palestina, 3ª part. La Galilea, I

misma de la antigua Panias, que él llamó Cesarea, en honor de César; y la otra, cerca del lago, no lejos de la pequeña aldea de Bethsaida, á la que tituló Julias, en honor de Julia, la hija de Augusto.[1]

No queda de la antigua ciudad sino el montículo El-Tell, en donde ella fué edificada y ruinas informes; ella ha desaparecido como tantas otras ciudades palestinianas del tiempo de Jesús; sus monumentos de basalto están arruinados de arriba á abajo; las piedras rotas han servido para construir las chozas de los Beduinos. Se hallan todavía fragmentos de dinteles y de columnas en las murallas secas de sus miserables bodegas. En vano se busca la huella del mausoleo de Philipo, que quiso ser sepultado en Julias; el nombre del tetrarca está olvidado, pero los indígenas conocen el de Jesús, ellos muestran cerca de la fuente de El-Tell un árbol gigantesco, y dicen que el Mesías descansó á la sombra de su espeso ramaje.

Hacia el llano y las colinas desiertas que avecinan á Bethsaida fué á donde Jesús con los suyos quiso retirarse. De Capharnaum á la ribera de la baja Gaulonitide, la travesía del lago se hace en una hora. Es verosímil que la barca que llevó á Jesús vino á abordar no lejos del sitio actual de Douka.

Su partida precipitada fué muy pronto conocida en la ciudad. La multitud habiendo visto navegar á la barca hacia la embocadura del Jordán, se dirigió al camino que costea el lago, para reunirse al Profeta. Jesús, quien, al descender de la barca, se había dirigido hacia la montaña, no tardó en verla llegar. Se acudía á él de todas las ciudades vecinas; él había venido á buscar la soledad, y su Padre le enviaba todo un pueblo. Esta solicitud le conmovió, y acogió á todos con bondad.

El favor popular, tan embriagador para el hombre público, le dejó tranquilo, él no experimentó ni exaltación ni contrariedad. Si por una sabia reserva, él desconfió algunas veces, él no vió en la multitud sino desdichados que salvar. El lanzó

1 Antig. XVIII, 2, 1; Bell. Jud. II, 9, 1; Antig. XVIII, 4, 6.

sobre ellos una mirada llena de compasión, él adivinó las miserias morales; ella le pareció como un rebaño sin pastor; entonces él curó sus enfermedades y la enseñó.

Esta región solitaria pareció propicia á Jesús para continuar su apostolado. Se puso á hablar del Reino de Dios, desde lo alto de una colina á donde se había retirado, atrayendo tras de sí á la multitud. Se olvidaban las horas al escucharle. El día caía, el sol había desaparecido detrás de las montañas de Galilea, y Jesús hablaba todavía. El crepúsculo, en Oriente, es de corta duración, la noche cae bruscamente.

Los apóstoles, inquietos, vinieron á su Maestro y le dijeron:

—Este lugar está desierto, y ya es tarde; despídelos; que vayan á las aldeas y caseríos vecinos; ahí hallarán abrigo y víveres.

Jesús les dijo: "Tengo piedad de este gentío. He aquí tres días que me siguen; ellos no tienen que comer. Si yo los despido en ayunas, desfallecerán en el camino; muchos de ellos han venido de lejos."

—"Dadles vosotros mismos de comer," agregó sin turbarse."

Esta respuesta les sorprendió.—Cómo ¿iríamos á comprar doscientos denarios de pan, á fin de darles de comer?

Evidentemente los discípulos no pensaban en la potestad de su Maestro. Ninguno de ellos pensó en decirle que el sabía proveer á todo. El quiso, sin embargo, provocarles esta confianza:

—"Felipe, exclamó, ¿en dónde compraremos pan para que coma esta multitud?"

Pero Felipe respondió como todos los demás:—Lo que se tuviera de pan por doscientos denarios no bastaría para que cada uno recibiera un poco.

Entonces dirigiéndose á todos, Jesús les dijo: "¿Cuántos panes tenéis? Id y ved."

Uno de los discípulos, Andrés, hermano de Simón, se informó y vino á decirle:—No tenemos más que cinco panes y dos pescados; ¿pero qué es esto para tanta gente?

—Había allí mas de cinco mil hombres, sin contar á las mujeres y á los niños.

Las preguntas repetidas de Jesús no hacen más que confirmar á los apóstoles en el sentimiento de su impotencia. Pero él tiene su designio, y la obra que él medita aparecerá tanto mas resplandeciente á los ojos de los suyos cuando su impotencia haya sido mejor establecida.

—"Traedme, dijo, los cinco panes y los dos peces, y haced sentar á la multitud en el césped, en grupos de cincuenta."

Los apóstoles obedecieron.

La multitud se desarrolló en dos hileras, por cincuentenas, sobre la colina, en la verde yerba.

La Pascua estaba próxima.

No pudiendo, Jesús celebrarla este año en Jerusalem, por causa del Sanhedrin quien ya le había condenado á muerte, quiso celebrarla, á su modo, en el desierto.

Tomó los cinco panes y los dos peces, elevó los ojos al cielo, y, después de haber dado gracias, bendijo, partió los panes y dió los pedazos á sus discípulos, á fin de que ellos los dieran al pueblo; en seguida, dividió los dos peces, y dió tanto como se quería. Los panes y los peces se multiplicaron en sus manos.

Todos comieron y quedaron satisfechos.

—"Recoged lo que sobra," dijo á sus discípulos, "para que nada se desperdicie."

Los fragmentos de pan y de los peces llenaron doce cestos.

A la vista de este prodigio, la multitud quedó sorprendida y admirada.

—He aquí verdaderamente, se exclamaba, al Profeta que debe venir.

Esta potestad que multiplica y trasforma las cosas es la misma que las ha creado y las conserva. Dios llamando con una sola palabra á los seres para que ellos sean y para que ellos vivan, y Jesús alimentando á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, no forman más que uno. Es la misma fuerza, la misma sabiduría, la misma bondad. Siempre que el Hijo del hombre deja resplandecer su potestad infinita,—que él cure á los enfermos, resucite á los muertos ó sacie á los que tienen hambre,—obedece á un sentimiento de compasión.

Por bondad Dios obra en el exterior, por bondad es como Jesús opera.

La vista de esta multitud que había acudido de todas partes para reunírsele, siguiéndole á donde él la atrae, en pleno desierto, sin pensar en proveerse de víveres, su entusiasmo para escucharle, le conmovieron; no quiere que ella sufra por causa de él, que ella padezca el hambre. El que rechazó como una tentación del Malo la idea de cambiar las piedras en pan, á fin de nutrirse, él no vacila en apelar á su Padre en favor del pueblo que le rodea.

Mal se mediría la potestad que atestigua este milagro, si se la restringiese á este hecho aislado. Jesús ha hecho mas que saciar á cinco mil hombres en un desierto; queda en su supervivencia, el alimentador de la humanidad, siempre amenazada de morir de inanición en esta tierra. Ella tiene necesidad del pan material, y ella no le puede tener sin el trabajo que fecunda el suelo, la austeridad que procura el fruto de la labranza, la justicia que garantiza la posesión, la caridad que distribuye á todos los reservas. El gran, el universal milagro del Salvador es el haberle dado, con su Espíritu, esas virtudes divinas. No se muere de hambre en el Reino fundado por él. Hasta los mismos miserables allí son recogidos y hallan la abundancia de los banquetes paternales.

Este es el milagro mas popular que Jesús ha hecho. El no se dirige, como los demás, á un solo individuo, sino á toda una multitud; él tiene una significación profética, porque él revela con un nuevo esplendor una de las más elevadas funciones del Mesías.

Los millares de hombres sin víveres, he aquí á la humanidad hambrienta: ¿qué alimento puede nutrirla y saciarla? Un solo ser, Dios, él es á quien es preciso ver en el símbolo de esos panes y de esos peces. Jesús atrae á la humanidad en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desierto de este mundo, él la reune, la agrupa en falanges ordenadas, la dá el orden y la paz, y, de pie en medio de ella, satisface su hambre; el alimento celestial se multiplica en sus manos, y se escogió apóstoles para distribuirla con una generosidad y una potestad inagotables.

Esta escena de la saciedad milagrosa de la multitud en el desierto, en Bethsaida, ha quedado viva, con las menores particularidades, en la memoria de los que fueron testigos. Los cuatro Evangelios la refieren,[1] y á pesar de las variaciones de su narración, lejos de contradecirse, ellos se completan.

La crítica que niega lo sobrenatural está condenada á suprimir este hecho de la historia; porque es esencialmente milagroso, y ninguna exegésis racionalista le quitará ese carácter. Es preciso tomarle tal como él es ó suprimirle. Explicar la saciedad de la multitud para el contentamiento interior ó el arrobamiento en el cual la había lanzado la elocuencia de Jesús, pretender que cada uno tomara las provisiones de su saco y que se vivió de frugalidad, esos expedientes pueriles hacen reír y no merecen ser discutidos.

La doctrina mítica ha tropezado con dificultades insuperables para demostrar la formación de esa narración. Ella ha recordado el maná del desierto y las codornices,[2] la provisión de harina y de aceite de la viuda de Sarepta,—provisión que por la oración de Elías, no se agotó durante la duración del hambre;[3]—el hecho de Eliseo alimentando en tiempo de penuria á cien hombres con veinte panes y un poco de trigo aplastado.[4]

Mas hay distancia de esas analogías vagas á la narración milagrosa, llena de detalles circunstanciados que el mito no explica. ¿Por qué cinco panes y cinco panes de cebada? ¿Por qué los peces y por qué dos? ¿Por qué cinco mil personas? ¿Por qué grupos de á cincuenta? ¿Por qué dos hileras de á cien? ¿Por qué doce cestos? Entre la hipótesis de una invención detallada al antojo y de un hecho real, el historiador que no desdeña el testimonio formal de los documentos y que no coloca una filosofía entre la realidad y su razón, nunca vacilará. Por prodigiosa que sea esta escena, ella nos pone en pleno dominio histórico. La semejanza entre varios hechos separados por los siglos en la vida de un mismo pueblo, no puede autorizar á ver en los últimos, con desprecio de la afirmación de testigos, una leyenda inventada al antojo; ¿qué historia resistiría á semejante teoría?

1 Mat., XIV, 13-21; Marc., VIII, 1-9; Luc. IX, 11-18; Juan, IV, 1-13.
2 Exod., XVI; Deut., XI.
3 I Reyes, XVII.
4 II Reyes, IV.

Por otra parte, el valor histórico de la multiplicación milagrosa de los panes está garantizada contra la escuela mítica que la niega, y contra la escuela racionalista que trata de atenuarla, por el lugar mismo que ella ocupa en la vida de Jesús. No se trata de un acontecimiento cualquiera, de un milagro más ó menos en la multitud incalculable de prodigios de los que está llena esta vida; se trata de una obra que va á marcar el fin de su apostolado en Galilea, provocar el desenlace, hacer aparecer el resultado.

La evangelización de Jesús tenía por objeto mostrar á todos que el tiempo del Reino mesiánico ya había llegado, manifestar la naturaleza de ese reino y probar que él mismo era el fundador y el jefe. Con este designio él predica de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, cura á los enfermos, promulga sus preceptos nuevos, atrae á él á todas las almas de buena voluntad, combate las preocupaciones del pueblo y de los doctores, pasa las noches en la oración, se forma discípulos y se rodea de sus apóstoles. Después de dos meses de una actividad incesante, á pesar de la oposición pérfida y sin tregua de los Fariseos y de los letrados, á pesar de los fracasos parciales, como las dos tentativas de Nazareth, el pueblo entero ha sido puesto en conmoción. La multitud está en la mano de Jesús, él es el Señor; encantada por su elocuencia y su doc-

trina, exaltada por sus prodigios, ella le sigue por donde quiera que va. En los primeros días él podía escapársele subiendo á la barca y diciendo á Pedro: "Vamos á alta mar," ú ocultarse á su busca huyendo al desierto; ahora el desierto mismo no le defiende, ella acude ahí á reunírsele. Jesús no es solamente para ella un profeta, un enviado de Dios, como le llamaba Nicodemus y como el mismo pueblo le había llamado más de una vez; él es el Mesías. La soledad de Bethsaida, después del milagro de la multiplicación de los panes, repercutió con una gran exclamación:—He aquí al profeta esperado, aquel que llega, aquel que ha anunciado Moisés, he aquí al Hijo de David!

Esta aclamación popular, que parece el triunfo de Jesús, constituye en realidad el peligro más temible de su obra. El va á desplegar, para conjurarle, toda su fuerza, toda su calma, todos los recursos de una sabiduría divina.

Sin duda él es el Enviado esperado y el Mesías prometido, pero no el Mesías soñado por la conciencia engañada de ese pueblo. El no es el Mesías carnal, terrestre, nacional, político, él es el Mesías espiritual, celestial, humano, religioso. Su Reino nada tiene de común con los reinos de este mundo. Toda su predicación ha sido consagrada á desvelar á la naturaleza, ya en palabras discretas, en figuras y en parábolas, ya en términos expresos y enérgicos. El no se ha reclamado de nadie, si no es del Espíritu de Dios, él no ha querido sino salvar y curar, proclamar la verdad, derramar la vida en las almas muertas; jamás, en ningún caso, él ha dicho una palabra, verificado un acto, que pudiera halagar la ambición del pueblo ó las ideas falsas de los doctores. Pero los doctores no han querido comprender, y la conciencia ruda de la masa no ha podido ver. Algunos elegidos únicamente han entendido y comprendido.

Con excepción de los discípulos y de los apóstoles, la multitud, á pesar de su entusiasmo, queda ciega, y como ella no se eleva á la altura de la doctrina de Jesús, relativa al verdadero reino mesiánico, ella no se liberta de sus propias preocupaciones, relativas al verdadero Mesías.

Esos Galileos ardientes y belicosos siempre están preocupados por el sueño de Judas el Gaulonita. Lo que ellos quieren es un jefe armado, un conquistador, un libertador. La pasión política les inflama y les exalta, y su entusiasmo por Jesús llega al paroxismo; ellos se excitan los unos á los otros y forman el complot de robar á Jesús, de llevarle á Jerusalem quizá y de proclamarle Rey á la faz del pueblo.[1]

El momento era crítico.

Los movimientos populares son terribles, arrastran á los más fuertes y desconciertan á los más hábiles; pero ningún peligro ha hallado en defecto á la sabiduría del Maestro.

Si Jesús, para ocultarse hubiera vuelto á partir con sus discípulos, la agitación, en vez de apaciguarse, amenazaba extenderse y estallar en Galilea; si él hubiera permanecido con los suyos en medio de la multitud, él les exponía al contagio de la conmoción. La efervescencia popular es como el incendio: no se resiste á sus llamas devoradoras. Galileos también, los discípulos no escapaban á los ardores de la multitud. Todo lo que glorificaba á su Maestro debía halagarles. Ellos estaban muy distantes todavía de penetrar los designios de Dios en la obra mesiánica, y si ellos creían en el triunfo, ellos no le concebían sin potestad terrestre. Jesús proclamado Rey por el pueblo galileo, esa debía ser la señal resplandeciente de su Reino.

Jesús vió el peligro, y con una decisión que no conocía ni lentitud ni incertidumbre, él salvó desde luego á sus discípulos.

Se habían aproximado á la ribera, después de la comida milagrosa; el Maestro ordenó subir á los suyos en la barca é ir delante de él á la otra orilla, á Bethsaida en Galilea, mientras que él despedía al pueblo. Los discípulos aceptaron con

1 El término ἁρπάζειν, arrebatar, no permite dudar del sentido que damos á este pasaje.

cierta resistencia la orden del Maestro, quien debió, para obligarles, usar de toda su autoridad.

La barca se alejó, y Jesús despidió á la multitud. Él la dominaba, la encantaba, no la sufría jamás. De todos los hombres que ella ha aclamado como libertadores en esos tiempos agitados en los que eran fáciles los motines, él es el único que no ha cedido á esos arrebatos. El sigue la voluntad de su Padre, y es á su Padre á quien se levanta para escapar de los hombres que se ponen en contra de su vocación.

Mientras que la multitud se dispersaba, él subió á la colina, solo, para orar, y desapareció en la noche.

Mientras que Jesús estuvo allí en la montaña, la barca quedó en medio del lago. El viento del oeste sopló tempestuoso; la barca estaba agitada por las olas y los discípulos se fatigaban de remar. Los que conocen la pequeña mar de Tiberiades saben la vehemencia de los vientos que la agitan de repente: los remeros más intrépidos tienen trabajo para defenderse.

Jesús no olvidó á los suyos, él les veía en espíritu, y su espíritu, sin su noticia, estaba con ellos. A la cuarta vigilia, se llegó á ellos caminando sobre el mar y las olas.

Como nuestra voluntad, en el dominio estrecho en que ella ejerce su imperio, triunfa á cada paso de la ley de la gravedad y libra á nuestro cuerpo á quien ella mueve, eleva, transporta, la voluntad de Jesús cuyo dominio no conoce límites, porque Dios está plenamente en ella, libró á su cuerpo en esta circunstancia, de las leyes del espacio y de la gravedad, ella le sostuvo sobre las olas, y apareció de repente delante de la barca, á la vista de sus discípulos.

Esta aparición repentina les espantó: ellos creyeron en un fantasma y lanzaron gritos de terror.

Pero inmediatamente Jesús les habló:

—"Tranquilizáos, soy yo; no temáis nada."

—Maestro, dijo Pedro, si sóis vos, ordenadme que llegue á vos sobre las aguas.

—"Ven," le dijo Jesús.

En el acto Simón bajó de la barca y caminó sobre las aguas para ir hacia su Maestro. Mas la violencia del viento le causó miedo, y como él se sumergiese:

—¡Maestro, exclamó, salvadme!

Jesús, extendiendo la mano le cogió:

—"Hombre de poca fe," le dijo con reproche, "¿por qué has dudado?"

Entonces los discípulos quisieron tomarle en la barca. Cuando él subió, el viento cesó de repente y la barca se halló en el mismo lugar á donde debían abordar.

El milagro de la multiplicación de los panes les había dejado insensibles: como la multitud saciada, ellos estaban preocupados sin duda con pensamientos terrestres y proyectos de gloria mundana. El hombre cegado por su propia vanidad no ve la obra de Dios. Pero que el peligro le oprima y le arranque á sí mismo, obligándole á mirar más alto, su vista se abre inmediatamente con su corazón; él comprende y él adora.

La venida de Jesús sobre la mar agitada y la calma súbita traída por su presencia arrojaron á los discípulos en el estupor; al bajar á tierra se prosternaron á los pies de Jesús y le dijeron:—Vos sóis verdaderamente el Hijo de Dios.

En vez del reinado terrestre que Jesús huye, desdeña y sacrifica á su vocación mesiánica, el Padre celestial le da una soberanía divina, y á fin de arrancar á sus discípulos de las seducciones de la una, les da testimonio de la gloria resplandeciente de la otra; con semejantes revelaciones él les domina y les transforma.

Al bajar de la montaña, después de su larga oración, él deja irradiar su potestad hasta en su cuerpo mortal. El ordena á la naturaleza y á sus fuerzas, él no conoce la gravedad, las olas le sostienen, dóciles, y camina sobre ellas.

Esta barca agitada por la tempestad, que lleva á sus discí-

pulos y debe, á pesar de los vientos contrarios, ir de una orilla á la otra, es la imagen de la Iglesia, su Reino en medio del mundo. Ella lucha en plena noche contra todas sus fuerzas desencadenadas, para llegar á la ribera eterna á donde ella ha recibido la orden de abordar. Mientras que ella resiste á la tempestad, Jesús ora solo en la montaña de Dios; él llega en socorro de su debilidad, se presenta de repente, luminoso y tranquilo delante de los remeros y les dice la palabra de confianza y de paz. Cualesquiera que tenga fe en él, puede caminar como él sobre las aguas, dominar todos los elementos en rebelión, las tinieblas, el viento, la mar. Cualesquiera que se espante y pierda la confianza es vencido; pero basta un grito al Maestro para ser relevado y salvado. El entra en la barca, y desde que él pone el pie, con su sola presencia, se opera la calma y se aborda; él es la ribera, él es la eternidad.

Mientras que sobre la ribera occidental á la entrada del llano de Gennesar, los discípulos adoraban al Hijo de Dios, he aquí lo que pasó en la ribera oriental de Bethsaida que acababa de dejar Jesús.

La multitud despedida por él la víspera había vuelto en la mañana. Habiendo observado que una sola barca se hallaba en la ribera, que Jesús no había entrado en ella, y que sus discípulos habían partido sin él, ella esperaba volver á hallarle. Sin embargo, el complot para proclamarle Rey no se había disipado con la noche; los motores buscaban á Jesús, y al no encontrarle, partieron para Capharnaum en bajeles venidos de Tiberiades, con la esperanza de reunirse lo más pronto al Profeta.

El encuentro tuvo lugar, en efecto, del otro lado del lago, en el momento en que Jesús volvía con sus discípulos de Bethsaida á Capharnaum, y ella le obligó á precipitar el desenlace de la crisis.

Cuando el hombre de Dios, en lucha con las pasiones y las preocupaciones de la multitud, ve amenazadas la independencia y la santidad de su ministerio, ya no es la hora de las reticencias, es preciso romper los velos y afirmar la verdad en su plenitud; los corazones falsos é hipócritas morirán; pero las almas rectas y fieles vivirán y la verdad triunfará.

Esto es lo que explica la enseñanza de Jesús y las pláticas que se van á leer después de la narración del cuarto Evangelio. Ellas son, por la grandeza de las afirmaciones, la audacia de las fórmulas, la energía de los símbolos, la intensidad de la luz, de una potestad irresistible. Bajo el punto de vista de la acción, ellas representan en esta coyuntura tan grave, el mayor esfuerzo de Jesús para despreocupar á los Galileos de los vanos sueños de su mesianismo político, é iniciarlos en la verdad de su carácter espiritual y divino.

—Maestro, dijeron á Jesús al abordarle los que le buscaban, ¿cuándo pues habéis venido aquí?[1]

Pregunta curiosa á la que Jesús ni responde; él va recto al sentimiento íntimo de sus interlocutores, y desenmascara de una vez lo que hay de falso, de interesado, de pérfido, quizá, en la adhesión que se le atestigua.

—"En verdad, en verdad, yo os digo, vosotros me buscáis no porque hayáis visto las señales, sino porque habéis comido de esos panes y habéis sido saciados."

Esta palabra severa es la condenación, el repudio absoluto del mesianismo carnal que encantaba á la imaginación de los Galileos y de la gloria miserable que ellos ofrecían á Jesús.

Sus milagros son signos y símbolos que es preciso descifrar y comprender. En apariencia, ellos no prueban más que su potestad sobre la materia y sobre los cuerpos; en realidad, ellos revelan su potestad sobre el alma y los espíritus. Aquellos á quienes curó de las enfermedades corporales deben pedirle la salud del alma; los que él sacia con un pan terrestre deben pensar en el alimento celestial. El no viene á fundar un

1 Juan, IV, 25 y sig.

reino en el que, según la ilusión judía, levantará un festín para la alegría grosera del pueblo de Dios, él viene á inaugurar el Reino en el que los pobres de espíritu se saciarán y se embriagarán del Espíritu. La multitud que había acudido á Bethsaida no veía sino el milagro, ella no comprendió el signo. Saciada por él, ella no le pedía más que la materia, él la rechazó indignado y ofendido.

Pero su acento se dulcificó después de esta ruda lección.

—"Hay dos alimentos," exclamó: "el uno que perece, el otro que permanece para la vida eterna. "Trabajad," no para el que perece, sino para el que permanece eternamente. Este el Hijo del hombre os lo dará, porque es él quien ha sido marcado con su signo por el Padre, Dios."

La luz resplandeció.

Jesús se manifiesta en su misma divinidad; su marca y su signo, es el Espíritu de que está lleno: es preciso pedírselo, porque él es el alimento eterno con el que debe vivir el alma inmortal.

Ningún maestro religioso ha penetrado tanto antes que Jesús en la profundidad de la naturaleza humana, sentido como él sus aspiraciones sin límites, gemido con más dolor sobre sus miserias; él la sabía abrumada, hambrienta y vacía; todos sus esfuerzos tenían por objeto atraerla á él que solo puede levantarla, iluminarla, saciarla. El acento con el que hablaba y del que aquí hallamos el eco, era conmovedor. No se resistía á esta fuerza persuasiva que se abría á la conciencia y arrancaba á su sinceridad gritos profundos y punzantes.

Su invitación para buscar el alimento del Espíritu fué tan apremiante, que olvidando un momento sus preocupaciones terrestres, los Judíos exclamaron:—¿Qué haremos, pues, para cumplir la obra que Dios ordena y tener la vida que no perece?

—"La obra que Dios ordena," respondió Jesús, "es creer en aquel que él ha enviado."

Creer: toda la religión de Jesús, todo el secreto de la vida eterna está en esta sencilla palabra. Para vivir de la tierra, el hombre debe aplicar allí su energía y su actividad, porque ella no es fecunda sino á este precio; mas para vivir de Dios, el hombre no tiene más que abrirse á él y recibirle; pues bien, esta apertura del alma es la fe. Obra suprema del hombre en sus relaciones con Dios, la fe implica el olvido de sí mismo, el renunciamiento total y el abandono pleno de la palabra á la voluntad, al Espíritu de Dios; y puesto que Jesús se dice el Ser marcado con el signo divino, á él es á quien se debe creer como á Dios.

Semejante doctrina estaba lejos de la enseñanza tradicional de los maestros en Israel. ¿Qué pasa con todas esas obras legales ordenadas por Moisés, y tenidas por los Judíos como la verdadera justicia y la condición de la vida? Ellas son prescritas. Siéntese despuntar toda la religión de libertad evangélica de la que San Pablo será el apóstol.

Jesús, quien la víspera ha rehusado el reinado terrestre, se declara ahora el único enviado de Dios, y en el nombre de su Padre, él apremia al pueblo á creer en él.

El pueblo vacila y resiste.

La última cosa que el hombre concede es la fe total. Hasta al prodigar la admiración, la adhesión, los servicios, el entusiasmo y hasta su confianza, él guarda sus ideas, sus voluntades, sus intereses, y él se reserva, presto á recuperarse, desde que se sienta chocado en sus ideas, contrariado en sus voluntades y amenazado en sus intereses. Nadie, por lo demás, tiene el derecho de pedir la fe absoluta. Al reclamarla para él mismo, Jesús se ha elevado sobre la humanidad, se ha colocado más alto que Moisés, él se ha hecho el igual á Dios.

—¿Cuál es tu signo, le dijeron entonces los Judíos, á fin de que nosotros veamos y creamos en ti? Moisés tuvo el suyo: nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: El les dió á comer un pan venido del cielo.

La multiplicación de los panes no les bastó; semejante prodigio no eleva á Jesús á la altura de Moisés y no justifica para nada á sus ojos sus pretensiones. ¿Qué es la saciedad de

algunos millares de hombres comparada con la potestad de aquel quien durante cuarenta años milagrosamente alimentó á todo un pueblo en el desierto?

Los Rabinos enseñaban que el primer redentor, Moisés, había hecho caer el maná, y que el segundo redentor, el Mesías, renovaría el prodigio. Hállase un eco de esas fantasías en las exigencias de la multitud galilea.[1]

Jesús no se detiene en la pregunta de sus interlocutores. Jamás, en toda su carrera en la que no se contaban los milagros, no concedió nada á esta sed de lo maravilloso que devoraba á ese pueblo. Todas esas obras de potestad no tienen otro principio que su bondad y otra condición que la fe. El que crea en él experimenta su bondad, y ella se abre entonces sin límites; pero el que dude y discuta con aspereza, le deja indiferente; él pasa sin comunicarse, abandonando al escéptico á su miseria y á su obstinación.

Aquí, con una grandeza sobrehumana, él afirma que el signo de Dios está en él.

—"En verdad, en verdad yo os digo, Moisés no os ha dado el pan del cielo." Por celestial que fuera el maná por su origen, él era de esencia material,—figura perecedera del alimento eterno;—pero "mi Padre os da el pan del cielo, el verdadero, porque el verdadero pan de Dios es aquel que desciende de Dios y quien da la verdadera vida en el mundo."

En este momento hubo en la asamblea algunas almas tocadas é iluminadas:

—Maestro, se exclamó, dadnos siempre ese pan.

Entonces fué cuando Jesús se puso á explicar sin reticencia lo que él era.

—"El pan de la vida soy yo. El que se llega á mí jamás tendrá hambre; el que crea en mí jamás tendrá sed." Y haciendo alusión á la exigencia obstinada con la que se reclamaban de él las señales para venir á él y para creer, insinuó que él mismo era el verdadero signo.

—"Ahora," añadió, "vosotros me habéis visto y sin embargo no venís y no creeis."

Jesús es, en efecto, el gran signo de Dios. Jamás, en ninguno de los fenómenos de la historia religiosa, la potestad, la sabiduría, la bondad y la virtud de Dios se han manifestado más plenamente que en la vida, en la palabra, la santidad y las obras del Hijo del hombre. El que al contemplarlas no reconoce al Enviado del Padre, no será iluminado y convencido por nada. Pedir todavía milagros semejantes á los de Moisés haciendo llover el maná, de Josué parando al sol, ó de Elías cerrando el cielo por su oración, para que él no vierta ni lluvia ni rocío, es hacer prueba de una ceguedad incurable. Dios se aparta de esos obstinados; si él ama manifestarse á los pobres y á los humildes, él permanece inaccesible á los espíritus que se atrincheran detrás de sus instintos groseros, su ciencia altiva y su egoismo.

Esta incredulidad persistente afligió y abrumó á Jesús. El sintió en esa misma hora todo el peso.

El había dado en la alegría de su corazón y en la señal de su Padre, una fiesta á todo ese pueblo de Galilea, celebrado en pleno desierto con él una Pascua milagrosa; el pueblo de ella nada había comprendido; en vez de pedirle el pan de la vida, él quiso el pan material; en vez de elevarse por ese símbolo, él se encerró en sus ideas y estrechas preocupaciones. Semejante fracaso fué para Jesús la anticipación del sabor amargo de la suerte que le aguardaba en Jerusalem mismo cuando él apareció para manifestarse por última vez, á la faz de los representantes de la nación.

Mas el pensamiento de su Padre le consoló de todos los reveses que debía sufrir de parte de los hombres. La obstinación de los incrédulos no impedirá la obra del Padre; ella se cumplirá con sus elegidos; los réprobos no perderán más que á ellos mismos y harán resplandecer la justicia de Dios.

1 Midrasch Cohelet, fol. 86, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por lo tanto, Jesús con una calma llena de seguridad, les dijo:

—"Todo lo que me dé el Padre vendrá á mí; y el que viene á mí no le arrojaré afuera, porque yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Y he aquí la voluntad del Padre: que yo no pierda nada de todo lo que él me ha dado, sino que le resucite en el último día."

—"Sí," replicó él insistiendo, "tal es la voluntad del Padre: el que vea al Hijo y crea en él, tendrá la vida eterna y yo le resucitaré en el último día."

Venir á Jesús, creer en su palabra, es un don de Dios. El hombre que se encierra en él, en su propia razón, en sus errores, en sus vicios, en sus instintos, en su egoismo, no puede recibirle. El que al llamamiento del Padre, es decir, del bien, de la verdad y de la vida, toma conciencia de su miseria y de su pequeñez, aquel vendrá y creerá; Jesús no le rechazará; no tendrá ni rehusamiento ni decepción; todo lo que él espera será realizado, porque la voluntad de Jesús y sus poderes están á la altura de todas las aspiraciones del hombre; él hallará en él la vida eterna que resume todas sus aspiraciones, la fuerza de conservarla y de desarrollarla en este mundo en donde todo le es contrario y en donde todo muere; y tal es la potestad de vida concentrada por el Padre en el Hijo del hombre, que ella vencerá hasta la muerte física; y en el último día el Hijo del hombre resucitará todo lo que el Padre le ha dado.

Jesús, al afirmar sus poderes, reivindicó uno de los atributos más populares del Mesías, y recordó la hora de su triunfo final, en la que todos los nuestros escucharán su voz y resucitarán corporalmente. En lugar del miserable imperio terrestre que los Galileos ambicionaban para él, he aquí el reinado verdadero que él reclama. Este no le engañará; él tiene la certidumbre divina, y los fracasos que él experimente en este mundo, lejos de disminuirla, no podrán más que aumentar la gloria.

Todas esas declaraciones, de una fuerza y de una claridad crecientes, son la profesión de fe del verdadero mesianismo.

Jamás, desde el primer día de su vida pública, ni en Judea, ni en Galilea, ni en sus discursos al pueblo, ni en sus pláticas privadas, tales como les conocemos, Jesús tuvo un lenguaje tan expresivo. Es cierto que ninguna circunstancia lo había exigido más imperiosamente. En presencia de las empresas de la multitud extraviada por sus preocupaciones respecto al papel del Mesías, él debió desprenderse de toda solaridad comprometedora; esto es lo que explica el tenor de semejante discurso, cuya autenticidad adquiere de esta manera un valor irrefutable.

Al declarar á los Galileos la naturaleza y la obra del héroe mesiánico, él se muestra en la divinidad de su ser y de sus funciones; él hace ver su origen divino, sus relaciones inefables con el Padre, su poder igual á Dios; él descubre por esto el sorprendente destino del hombre, y,—lo que hay de más maravilloso,—no es que ante un personaje semejante y una semejante acción, la masa judía haya permanecido incrédula y obstinada, sino que los pobres hayan recibido su doctrina, se hayan abierto á su espíritu, hayan obedecido á su influencia á pesar de todos los obstáculos capaces de oponer cualquier otra fuerza que la de Dios.

La verdad subleva á todos los que se apartan de ella y la rechazan; las palabras de Jesús arrancan murmuraciones:

—El ha osado decir, cuchicheaban ellos: Yo soy el pan de vida bajado del cielo. ¡Qué! acaso Jesús no es el hijo de José? ¿nosotros mismos no conocemos á su padre y á su madre? ¿Cómo entonces puede decir: Yo he bajado del cielo?

Esta fué la gran objeción de los Judíos contra la mesianidad de Jesús, se la halla á cada paso; los Nazarenos la habían ya formulado; ella se renueva aquí, en oposición directa con el origen divino del que Jesús se prevalecía.[1]

1 La crítica ha creído ver ahí una objeción decisiva contra la realidad de su nacimiento y de su concepción milagrosas. Ella olvida dos cosas: la obscuridad y el misterio que hacía treinta años habían cubierto este hecho divino, la inconveniencia de recordarle ante una multitud hostil en la que no hubiera hallado sino incredulidad y desprecio.

El milagro del origen de Jesús no es un motivo de credibilidad para los incrédulos, él es

Jesús no se detiene en refutar á sus adversarios. No es la objeción la que impide creer, es la disposición interior, él va á desenmascararla.

—"No murmuréis," no discutáis. "El que no es atraído por el Padre, no vendrá á mí;" él no verá el signo, él no comprenderá, él no creerá. "Mas yo lo repito, al que mi Padre me envía, yo le resucitaré en el último día, yo le llevaré á la perfección absoluta."

Las objeciones contra Jesús tienden siempre á la ceguedad de los sentidos, á la estrechez de la razón, á la resistencia de la voluntad. Ahora, aquellos á quienes el Padre atrae,—el Padre, fuente oculta, infinita, de la verdad, del bien y de la vida,—escapan á esos obstáculos, ellos renuncian á ese particularismo que nos oprime y en el cual nuestra sensibilidad y nuestras voluntades insconstantes nos aprisionan, ellos siguen el impulso secreto y profundo que les arrastra hacia la virtud absoluta, el bien total, la eterna vida, y el Padre les lleva á Jesús quien ha sido escogido por él para darle la verdad, la bondad y la vida. Así es como él les perfecciona, y es tal la plenitud de vida con las que Jesús les inunda, que el mismo cuerpo sufrirá el rechazo; un momento vencido por la muerte, vencerá á la muerte en el último día á la voz de aquel que le resucitará.

Los Judíos, al obstinarse en su particularismo, en su legalidad, su falsa religión, su mesianismo terrestre, se cierran al atractivo del Padre; ellos no son discípulos, sino los esclavos de su Ley, y esta es la razón por la que ellos no pueden creer en Jesús. Al revelárselas, pone en descubierto el misterio de la incredulidad de todos los siglos futuros. Persistiendo las mismas causas en la humanidad producen los mismos resultados.

Lo que el Maestro enseña aquí, no es sino la doctrina de

de aquellos que confirman la fe en el alma de los creyentes y que sólo los creyentes tienen la fuerza de aceptar.

los profetas. Está escrito, en efecto, que todos los miembros de la comunidad mesiánica serán enseñados de Dios.

—"Sí," dijo Jesús, insistiendo sobre este hecho primordial de la vida divina en el hombre, "todo el que ha escuchado al Padre y aprendido de El, viene á mí. No cualquiera que haya visto al Padre, sino aquel que viene de Dios; este solo ha visto al Padre."

Sentir el atractivo del principio de todo ser, de toda verdad, de toda virtud, de toda vida, esto no es verle; es atestiguar por el contrario que se está lejos de él, pero que se puede llegar, puesto que él nos atrae. Sólo Jesús no conoció esta sed, porque él está en la misma fuente, y sólo él puede conducir ahí á las almas á quienes devora esta sed; él es aquel que viene de Dios, y él no ha descendido de Dios sino para subir á Dios y llevar ahí á todos aquellos que vienen á él.

Volviendo á tomar la idea que había chocado á los Judíos y provocado sus murmuraciones, él se afirmó de nuevo con una solemnidad más elevada.

—"En verdad, en verdad yo os digo, el que cree en mí tiene la vida eterna, porque yo soy el pan de vida. Vuestros padres han comido el maná y han muerto. He aquí el pan descendido del cielo, á fin de que el que coma no muera. Yo soy el pan vivo descendido del cielo; si alguno come de este pan, vivirá la vida eterna."

Al llamarse el pan vivo, Jesús, por esta expresión más enérgica, declara con una claridad más intensa que él no es solamente el pan que hace vivir, sino que él mismo es la vida de Dios, realizado en una naturaleza humana.

El va á multiplicar sus paradojas divinas y llevar hasta el paroxismo el escándalo de los Judíos carnales, al mostrar cuál debe ser el papel de esta humanidad que las rechaza en él y con el cual él salvará el mundo.

—"El pan que yo daré," dijo, "es mi carne; yo la daré por la salud del mundo."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pensamiento del Maestro en esta plática, se despliega y crece con la oposición que él suscita. A cada murmuración él estalla y se presenta más profundo.

Como él habla, algunos meses antes, al instruir á Nicodemus, comparado el Hijo del hombre á la serpiente levantada por Moisés á la faz del pueblo, hoy parece pensar en la comida pascual; él deja entender que él será el cordero inmolado, la verdadera víctima, la nueva Pascua que deberá ser comida, no por el pueblo, sino por la humanidad entera.

A esta palabra, "el pan es mi carne," un violento debate se empeña entre los Judíos.

—¿Cómo, exclamaron, él puede darnos á comer su carne?

La repulsión llega al colmo.

Lejos de atenuar su pensamiento para calmar los espíritus, Jesús, decidido á romper con esta multitud que no quiere entrar en su Reino y que se convierte en un obstáculo para su realización, refuerza sus afirmaciones y aumenta la tempestad.

—"En verdad, en verdad yo os digo, si vosotros no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente alimento y mi sangre es verdaderamente bebida."

He aquí el papel de la humanidad de Jesús en la salvación del mundo, en el Reino mesiánico, y de los más profundos misterios de la doctrina del Maestro. No es solamente su Espíritu divino quien obra, es su alma y su cuerpo mortal, su carne y su sangre, en una palabra. No basta comulgar á su Espíritu, es preciso comulgar á su alma, á su cuerpo, á su carne y á su sangre, á su persona, á todo su ser. La Eucaristía aparece netamente aquí, en este lenguaje lleno de provocación á la sabiduría judía y á toda razón de hombre. Jesús no se contenta con morir, con entregar su carne como una víctima, él quiere qué se coma y que se beba su sangre. Su sabiduría infinita sabrá realizar y permitir al hombre esta incorporación

total. El creyente que coma su carne y beba su sangre, hallará la vida eterna; porque ahí encontrará el Espíritu de Jesús, inseparable de la una y de la otra, y por este Espíritu la una será su alimento y la otra será su bebida.

—"El permanecerá en mí," dice Jesús, "y yo en él." La unión será plena, y la unión á Jesús vivo producirá la vida en la humanidad muerta.

—"Así como mi Padre,—El Viviente por esencia,—me ha enviado y que yo vivo por mi Padre, el que me coma, vivirá lo mismo por mí."

El lenguaje humano no conoce palabra más sorprendente por su profundidad. Hay dos vidas: una natural, otra divina; una en la naturaleza, otra en Dios. La primera no es embargable por el hombre sino en un alimento terrestre y material que sirve para alimentarle; la segunda no es accesible sino con la humanidad de Jesús. El hombre que rehusa asimilarse la primera con el alimento, muere; igualmente, el hombre que rehusa asimilarse la segunda con la carne y la sangre de Cristo, muere. Ella es el pan y la bebida.

Al terminar esta escena, una de las más extraordinarias de su vida, Jesús afirmó de nuevo lo que él era, con estas palabras que le revelan por completo.

—"He aquí el pan descendido del cielo." El os es ofrecido. Vosotros sois más privilegiados que vuestros padres. "Ellos han comido el maná, y han muerto; el que come este pan vivirá eternamente."

Esta es la llamada suprema á ese pueblo: rechazarle, es morir; aceptarle, es vivir.

El pueblo le rechazó y murió.

Estas cosas fueron dichas, en asamblea solemne, en plena sinagoga, en el mismo Capharnaum.

La crisis del falso mesianismo está conjurada. Como él había rechazado, cuando su tentación en el desierto, los ofrecimientos de Satanás proponiéndole el reino de la tierra, con

la condición de que él se le sometiera, Jesús, en el momento de su más elevada influencia sobre el pueblo galileo, rechaza todo reino terrestre y todo compromiso con las pasiones populares.

La idea del Mesías, durante más de siglo y medio, partiendo de los últimos tiempos de Herodes hasta el reinado de Adriano, no cesó de tentar á los ambiciosos. Judas, el Gaulonita, Theudas el Egipcio, Barkochéva, todos esos falsos héroes han sufrido ó explotado á la multitud y provocado con ella revoluciones sangrientas, todos han hallado para aplaudir á sus ilusiones insensatas, doctores que legitimaban por la ley y los profetas sus planes y su misión de violencia. Los Fariseos consentían en ser la piel de oveja que cubriese á esos lobos devoradores. Sólo Jesús permanece puro de esas miserias; y sólo él realiza el tipo del Mesías espiritual.

Los discursos que él dirigió al pueblo durante varios días, y que el cuarto Evangelio ha reasumido con rasgos tan poderosos, han suscitado una verdadera tempestad. El tomó en su mano el arnero, y separó, con el soplo vehemente de la verdad, la paja estéril del buen grano. La masa fué arrojada, lo mejor fué conservado. Todos los que no han sabido renunciar á su sabiduría pretendida, á sus ambiciones nacionales, á su religión formalista, á sus esperanzas terrestres, le han dejado poco á poco, ofuscados, decaídos, embarazados, escandalizados. La conmoción producida por la palabra del Maestro, la tempestad desencadenada, tuvo tal violencia que muchos de los mismos discípulos, aun aquellos que con él vivían, fueron trastornados.

—Esta palabra es dura, exclamaron, ¿quién puede escucharla? Jesús velaba por los suyos; escuchó su murmuración.

—"Esta palabra os escandaliza," les dijo, "y si, un día, venís á ver al Hijo del hombre subiendo á donde él estaba antes, ¿le creerías entonces?

El hace alusión á su triunfo futuro, del que la ascensión al cielo será la prueba resplandeciente; porque ella demostraría

que si el hombre tiene potestad momentanea sobre la humanidad de Jesús, él no puede nada sobre su Espíritu, fuerza incoercible y soberana.

—"El Espíritu," les dijo, "es el que vivifica; la carne por sí misma no tiene eficacia. Las palabras que yo os digo Espíritu y Vida son." Ellas realizan y obran lo que ellas expresan.

Toda la potestad vivificante de Jesús viene del Espíritu del que desborda su humanidad terrestre; y si su carne y su sangre pueden alimentar al hombre que se les incorpora por la fe, es porque el Espíritu divino está en ellos.

Pero para participar de este Espíritu, es preciso creer;—"Y hay entre vosotros," agregó Jesús, "quienes no creen."

Ninguno duda que el Maestro discernió con una plena claridad los sentimientos íntimos de los que venían á él. Si él permitió á las naturalezas mal intencionadas unirse á su persona, fué evidentemente para darles un medio más eficaz de transformarse. Al señalarlas aquí, sin nombrarlas, él las solicitaba al arrepentimiento y á la fe. Después, siempre llevado al pensamiento de su Padre, cuya voluntad llenó la suya y conduce todas las cosas, él repitió su palabra favorita:—"Después de todo, nadie puede llegarse á mí, á menos que no le haya sido dado por el Padre."

Desde este momento, muchos de sus discípulos, cediendo al movimiento que alejó de Jesús á la masa del pueblo, se retiraron, y no siguieron ya en su séquito. Este abandono debió entristecerle. Allí había como una traición. Sin embargo, un pensamiento le consoló: él vió en esta ruptura la depuración necesaria para su obra; él hubiera querido obrar de esta manera con respecto á los Doce, porque, ahí también, su penetración divina descubrió una mala mezcla.

Volvióse á ellos diciendo:

—"También vosotros quereis retiraros?"

Pedro, con su ardor y su entusiasmo, respondió en nombre de todos:—Maestro, ¿á quién entonces, á quien iríamos? Vos

teneis palabras de vida eterna. Por lo que toca á nosotros hemos creído y hemos conocido que sois el Santo de Dios.

Hablando de esta manera, el alma expansiva de Pedro no hacía más que revelar todo aquello que ya había experimentado, él y sus colegas, con el contacto de Jesús.

El Maestro, aunque conmovido por ese arranque, no le aceptó sin reserva. Sabía que, entre los Doce, había un traidor. Lo dijo manifiestamente, con una palabra que hizo brillar á la vez todo su amor por los que había escogido y la ingratitud de uno de ellos.

—"¿No soy yo quien os ha escogido? ¡Y uno de vosotros es un demonio!"

Judas no se reconoció en la alusión severa de Jesús. El hipócrita aceptó como suya la generosa profesión de fe de Pedro, y permaneció entre los Doce.

La voluntad del Padre es que la zizaña, siempre, en la tierra, esté mezclada con el buen grano.

CAPITULO X.

VIAJE DE JESÚS Á LOS CONFINES DE TIRO Y DE SIDÓN Y Á TRAVÉS DE LA DECÁPOLIS.

Después de la crisis cuyas peripecias acabo de referir, la situación de Jesús en Galilea, se dibuja. El pueblo en masa, cegado por sus preocupaciones religiosas y políticas, rehusa seguirle y entrar en ese Reino cuya espiritualidad le desalienta. Muchos entre sus discípulos le abandonan, escandalizados. Los Fariseos y los letrados continúan espiándole, persiguiéndole y desacreditándole en la opinión; el tetrarca le vigila y le amenaza: todo es de temerse de aquel que ha decapitado á Juan y quien, en la turbación de su conciencia, se imagina verle revivir en Jesús. Al lado del Maestro no permanecen más que los Doce y un cierto número de discípulos.

Humanamente, la causa está perdida.

La elocuencia, la sabiduría, los prodigios, la bondad, las manifestaciones incesantes del Espíritu del que Jesús superabunda, nada ha podido vencer la obstinación de ese pueblo endurecido. El admira y aplaude la doctrina, es curioso é insaciable de milagros; pero permanece impenitente é incrédulo. Cuando es preciso decidirse y escoger entre el Evangelio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teneis palabras de vida eterna. Por lo que toca á nosotros hemos creído y hemos conocido que sois el Santo de Dios.

Hablando de esta manera, el alma expansiva de Pedro no hacía más que revelar todo aquello que ya había experimentado, él y sus colegas, con el contacto de Jesús.

El Maestro, aunque conmovido por ese arranque, no le aceptó sin reserva. Sabía que, entre los Doce, había un traidor. Lo dijo manifiestamente, con una palabra que hizo brillar á la vez todo su amor por los que había escogido y la ingratitud de uno de ellos.

—"¿No soy yo quien os ha escogido? ¡Y uno de vosotros es un demonio!"

Judas no se reconoció en la alusión severa de Jesús. El hipócrita aceptó como suya la generosa profesión de fe de Pedro, y permaneció entre los Doce.

La voluntad del Padre es que la zizaña, siempre, en la tierra, esté mezclada con el buen grano.

CAPITULO X.

VIAJE DE JESÚS Á LOS CONFINES DE TIRO Y DE SIDÓN Y Á TRAVÉS DE LA DECÁPOLIS.

Después de la crisis cuyas peripecias acabo de referir, la situación de Jesús en Galilea, se dibuja. El pueblo en masa, cegado por sus preocupaciones religiosas y políticas, rehusa seguirle y entrar en ese Reino cuya espiritualidad le desalienta. Muchos entre sus discípulos le abandonan, escandalizados. Los Fariseos y los letrados continúan espiándole, persiguiéndole y desacreditándole en la opinión; el tetrarca le vigila y le amenaza: todo es de temerse de aquel que ha decapitado á Juan y quien, en la turbación de su conciencia, se imagina verle revivir en Jesús. Al lado del Maestro no permanecen más que los Doce y un cierto número de discípulos.

Humanamente, la causa está perdida.

La elocuencia, la sabiduría, los prodigios, la bondad, las manifestaciones incesantes del Espíritu del que Jesús superabunda, nada ha podido vencer la obstinación de ese pueblo endurecido. El admira y aplaude la doctrina, es curioso é insaciable de milagros; pero permanece impenitente é incrédulo. Cuando es preciso decidirse y escoger entre el Evangelio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y esas viejas preocupaciones, entre la ley nueva del Mesías y sus tradiciones nacionales, él resiste, se aparta, y permanece el esclavo de sus preocupaciones y de sus tradiciones. En vez de seguir á Jesús, él quiere que Jesús le siga.

Tres ciudades galileas habían sido el objeto del celo ardiente del Profeta: Korazím, Bethsaida y Capharnaum. Parece que ellas, por lo menos, debían dar el ejemplo y sorprender á las demás por el brillo de su conversión; ellas no han cambiado, ellas continúan viviendo en la rutina de sus observancias y de sus vicios. Semejante dureza arrancó á Jesús una exclamación de dolor y de indignación; él les juzgó peores que las ciudades paganas, peores que las ciudades malditas, como Sodoma.

—"¡Infeliz de tí, Korazim! ¡Infeliz de tí, Bethsaida! Si los prodigios verificados en vuestros muros hubieran tenido lugar en Tiro y Sidón, ellas hubieran otra vez hecho penitencia con el silicio y la ceniza. Por esto, yo os digo, en el día del juicio, habrá menos rigor para Tiro y para Sidón, que para vosotras.

"Y tú, Capharnaum," que has sido la patria de Aquel que llamaban los profetas y que deseaban las naciones, "¿acaso serás exaltada hasta el cielo? No, tú descenderás á los infiernos; porque si las virtudes que en tí han resplandecido se hubieran verificado en Sodoma, Sodoma subsistiría todavía. Por esto, yo os digo, en el día del juicio, habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para tí." [1]

Los juicios de Dios no aguardan siempre á la eternidad. Las tres ciudades que llevan el peso de esos anatemas están aniquiladas hace muchos siglos. La gloria de Jesús se ha levantado sobre sus ruinas, y su Espíritu de vida, que ha creado naciones y un mundo nuevo, las ha dejado en su muerte y sepultura.

Los Doce fueron los confidentes de la tristeza y de la indignación del Maestro. En esos momentos de angustia en los

1 Mat., XI, 20 y sig.

que él experimentó la ingratitud y la infidelidad, bebiendo á grandes tragos lo que él llamaba su cáliz, no se le escapó una sola palabra de desaliento ó de amargura. El no tenía ninguna de las miserias del talento; lo mismo que él no sufrió á la multitud, él no se irritó contra ella; la duda no le conmovió jamás, él se sabía más fuerte que el mal, él buscaba en la voluntad de su Padre, por la que todo acontece, un refugio contra los hombres, y los sufrimientos de su destino le parecían dulces.

En ese mismo momento, respondiendo al Espíritu que siempre le hablaba y que fundía su voluntad humana con la de su Padre en una unión inefable, él se extremeció de alegría.

—"¡Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, yo os glorifico! Vos habeis ocultado esas cosas á los sabios é instruidos, y las habeis revelado á los pequeños. Que esto se haga según vuestra voluntad." [1]

Tal es la ley fundamental, universal, de la salvación, en Galilea y en Judea, como en toda la tierra, en el tiempo en el que Jesús habló á su pueblo, como en el tiempo en el que sus apóstoles, de siglo en siglo, repiten al pueblo sus enseñanzas. La ciencia y la sabiduría humanas son incapaces de penetrar la voluntad de Dios: los que se reclaman de ellas soberbiamente no hallan en sus pensamientos sino escándalo y locura. Sólo la luz divina nos alumbra; ahora, ella no es dada sino á los pequeños y á los humildes, á los que consideran en nada su sabiduría y su ciencia, y que aceptan con fe, sin comprenderlos, de boca de Jesús, los impenetrables misterios de Dios.

En medio de la defección y de la resistencia de los hombres, Jesús guardó el sentimiento imperturbable de su omnipotencia, y se mostró á sus discípulos el igual á su Padre, y el único Maestro, el solo revelador.

—"Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre."

1 Mat., XI, 25 y sig.—Cf. Luc. XI, 25 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La fuente infinita del Ser, de la fuerza, de la verdad, de la belleza, del amor y de la vida, me ha dado todo. "Todo lo que está en El está en mí; y ninguno conoce al Hijo, si no conoce al Padre; y ninguno conoce al Padre, si no conoce al Hijo, y aquel á quien el Hijo haya querido revelarle." [1]

La conciencia de su divinidad raras veces había inspirado á Jesús palabras más precisas y más enérgicas; jamás su celo ardiente, su amor por los hombres, le habían arrancado una exclamación más conmovedora. La vista interior de su inquietud, de su miseria, de su agitación y de su angustia, le enterneció; él piensa en todos los miserables, lanzándoles este llamamiento que la humanidad escucha siempre:

—"Venid á mí, todos los que padecéis trabajos, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo. Aprended á mí: yo soy dulce y humilde de corazón; y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera." [2]

El yugo de Jesús es el Espíritu del mismo Dios; él no abruma á los que le aceptan, él les lleva. Al sufrirle, se debe renunciar á sí mismo, á sus instintos, á sus pasiones, á sus intereses, á su propia vida: esta es la carga; pero al sacrificar todo lo que él es, el hombre no renuncia sino su pequeñez; él bien pronto experimenta, por el sacrificio, la dulzura, la energía y la serenidad de Dios; él sale del tiempo y de sus tempestades, para entrar en la calma de Aquel que es eterno.

A ese pueblo incapaz todavía de los dones del Espíritu, Jesús prodiga los dones materiales. En ese mismo tiempo, en el que la multitud se mostraba tan refractaria á su acción, él no se cansa de curar á los enfermos y á los débiles, de compadecer á esos obstinados, de llorar sobre ellos y de corresponder á la infidelidad, á la dureza de su corazón, por un aumento de compasión.

El llano de Genezar, en los alrededores de Bethsaida, fué

1 Mat., XI, 27.
2 Mat., XI, 28.

inundado de sus beneficios. Los caseríos, las aldeas y las ciudades que atravesaba el Profeta, estaban llenos de desdichados. Se les llevaba acostados en camillas, ellos llenaban las plazas públicas; se le suplicaba dejar solamente tocar la orla de su vestido, y el que le tocaba con fe era curado. [1] El caminaba rodeado de todas las miserias: de esta manera es como él comprende su reino.

Esta explosión de bondad es la coronación del apostolado galileo.

Después del fin de la crisis,—algunos días después de la Pascua del año 29,—hasta el mes de Septiembre, en el que se pondrá resueltamente en marcha para Jerusalem, Jesús no hace en Galilea y en Capharnaum sino rápidas apariciones.

Los documentos no nos le muestran más, como en los primeros meses, atrayendo á la multitud, exponiendo en parábolas los misterios del Reino. El se vá, silencioso, á la frontera del país galileo, en la vecindad de las tierras de Tiro y de Sidón, él visita la Decápolis, toca tierra en Magdala y vuelve á partir para la tetrarquía de Herodes Philipo, pasando por Bethsaida Julias. No es sino después de esos diversos viajes que él atraviesa la Galilea, y entra un instante en Capharnaum, en la víspera de abandonarla para siempre. [2]

Ese movimiento de retirada está exigido por la situación. Jesús debe desconfiar de Herodes y de sus cortesanos; los Fariseos, más irritados que nunca, le persiguen con sus emboscadas y sus amenazas: no se debe exponer prematuramente á su odio. El pueblo, siempre preocupado con sueños belicosos, puede renovar su complot para secuestar á Jesús y hacerle rey á su pesar: es sabio huir de esta multitud enloquecida. Por otra parte, no es en Galilea, sino en Judea y en Jerusalem en

1 Mat., XIV, 34 y sig.; Marc., VI, 54 y sig.
2 Esas excursiones lejos del foco de la agitación galilea, omitidas por San Lucas, están precisamente marcadas en la narración de San Mateo y sobre todo de San Marcos, que nos han conservado solamente algunos rasgos, algunos incidentes de la vida del Maestro; pero ahí se halla á Jesús todo entero, inexorable para con los Fariseos, lleno de mansedumbre para el pueblo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donde debe desenlazarse el destino del Mesías. Al reconciliarse con sus discípulos, Jesús va á terminar su educación, conducidos poco á poco á la inteligencia de su obra y prepararse él mismo para la crisis sangrienta.

En el momento de dejar á Capharnaum para dirigirse hacia los países vecinos de Tiro y de Sidón, Jesús se encontró con los Fariseos y los Escribas que volvían de Jerusalem, en donde ellos habían celebrado la Pascua.[1] Estos apercibieron á algunos de sus discípulos en la mesa, partiendo el pan sin haber purificado sus manos por las abluciones de costumbre; esto fué la causa de un conflicto. Conócese el rigor de esos devotos Formalistas por las observaciones minuciosas que, según sus tradiciones, constituyen el código de la justicia perfecta y de la piedad. La ablución era el gran rito de la pureza; para hacerla venerable, se la hacía remontar hasta Salomón; en realidad ella databa de Hillel y de Schammai; su voga había sido rápida; en tiempo de Jesús, ella había adquirido un gran favor. Aquellos que la despreciaban caían bajo el golpe de la excomunión del Sanhedrin.[2] Se la aplicaba á las personas y á los objetos, tales como cálices, copones, vasos, lechos, á todo lo que servía para las necesidades de la vida doméstica.

Los fervorosos distinguían la loción de la aspersión y de la inmersión, la primera agua de la segunda; ellos obligaban á dar cuatro mil pasos para procurarse el agua necesaria, y uno de los más santos Rabinos enseñaba que era preciso morir de sed más bien que transgredir sobre este punto la tradición de los antiguos.[3] Estos detalles que pintan á lo vivo las extravagancias del fariseísmo y muestran á qué puerilidades los espíritus, por otra parte esclarecidos, pueden descender, hacen resaltar también la santa audacia de Jesús: él no transigirá nunca con esas costumbres de invención humana que, lejos de servir á la religión, la disminuyen y la falsean.

1 Mat., XV; Marc. VII.
2 Babyl, Beracoth, fol, 46.
3 Errabbin, fol. 21.

Los discípulos, naturalmente, siguen el ejemplo del Maestro y desprecian la ablución antes de la comida. Esta conducta escandalizó á los Fariseos.

—¿Por qué, dijeron ellos á Jesús con un tono ofendido, vuestros discípulos no observan los mandamientos de los antiguos? ¿Por qué comen el pan con las manos impuras?

—"Hipócritas," respondió Jesús, "Isaías[1] bien ha profetizado de vosotros: "Ese pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto con que ellos me honran es vano; ellos enseñan doctrinas y ordenanzas humanas."

—"Vosotros despreciais el mandamiento de Dios para guardar vuestras tradiciones. En efecto, ¿no dijo Moisés: Honra á tu padre y á tu madre? Aquel que maldiga á su padre y á su madre, que muera de muerte!

—Y vosotros, qué decís? Si un hombre dice á su padre y á su madre: Todo lo que pudiera seros útil, yo lo he consagrado á Dios,[2] vosotros le dispensáis y no exigis que él haga más por su padre y por su madre. Así es como en este caso y en otros muchos, vosotros abolis el mandamiento de Dios, para obedecer á una tradición que vosotros mismos habéis establecido."

La extravagancia más ordinaria de la vana religión y de la piedad hipócrita es el abuso del rito exterior, él constituye el farisaísmo contra el que Jesús no ha cesado de combatir. El hombre se ha hecho una máscara para ocultar sus vicios, y tal es la aberración del orgullo entre los falsos devotos, que ellos sacrifican la ley santa de Dios á las miserables prácticas de su fantasía piadosa. El Fariseo consagra por un voto todo lo su-

1 Isaías, XXIX, 13.
2 *Korban*; fórmula abreviada en uso entre los Judíos para traducir sus votos. La piedad distinguía los votos por los que se consagraba una cosa á Dios, y aquellos por los que se prohibía ó se obligaba á hacer tal ó cual acto. La palabra *Korban* aplicada á un objeto, la consagraba. El objeto consagrado se hacía inviolable. El devoto Fariseo consagraba á Dios y al servicio del altar y del Templo sus bienes ó lo superfluo de sus bienes; sus señores les prohibían emplearlos para subvenir á las necesidades de su padre y de su madre.
Cf. Lightfoot, Horæ Hebraicæ et Talmud., ad. h. 1.

perfluo al Templo, á la compra de víctimas, de la sal y de la leña, y él deja morir de hambre á su padre y á su madre.

La lección severa de Jesús fué sin réplica. El llamó inmediatamente á la multitud, á fin de instruirla y desenmascararle la hipocresía de sus indignos maestros.[1]

—"Escuchadme todos y comprended: no hay nada fuera del hombre que entrando en él, le pueda manchar; pero lo que sale del hombre, he aquí lo que mancha al hombre. Que el que tenga oídos para oír, oiga."

Los discípulos en este momento se aproximaron á Jesús.

—¿Sabéis, Maestro, que al escucharos, los Fariseos se han escandalizado?

Jesús no tenía nada que excusar á sus adversarios; su palabra fué más vehemente é inflexible.

—"Cualesquiera planta," respondió, "que mi Padre celestial no haya plantado, será arrancada. Dejadles: estos son ciegos y conductores de ciegos; si un ciego conduce á otro, ambos caerán en la fosa del camino."

Toda religión fundada sobre el error está destinada á perecer; ella no tiene raíz en Dios, ella debe desaparecer como el hombre que la implantó y fundó. Esta es la suerte de todos los falsos cultos; todos ellos han pretendido conducir á la humanidad, y ellos no han logrado sino precipitarla en la fosa en donde duermen con sus víctimas para siempre sepultadas.

Jesús, dejando á la multitud, entró en la casa con sus discípulos. La parábola sobre la verdadera pureza, que arruinaba á toda la enseñanza farisaica y pulverizaba á la justicia legal con sus ritos complicados é inútiles, parece haberles turbado. Pedro se hizo su intérprete.

—Explicadnos, dijo al Maestro, esta parábola.

—"Cómo," dijo Jesús, "vosotros también tenéis tan poca inteligencia y no comprendéis? No, todo lo que de fuera entra en el hombre no puede mancharle, por que no entra en el corazón, sino en las entrañas que separan lo que los alimentos tienen de impuro y lo arrojan. Por el contrario, lo que viene del hombre, he aquí lo que puede mancharle. Dentro del hombre está el corazón de donde salen los pensamientos malos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los latrocinios, la avaricia, las maldades, el fraude, las deshonestidades, el ojo maligno ó la intención perversa, las blasfemias, la soberbia, la locura. Todos esos males salen de dentro y manchan al hombre."

1 Mat., XV, 10 y sig.; Marc., VII, 14 y sig.

Esta doctrina tan sana y tan sencilla había sido frecuentemente traída en términos enérgicos por los profetas; después de muchos siglos, los Judíos siempre la habían despreciado, y en el tiempo de Jesús, la aberración de los Rabinos y de las escuelas era universal. El rito material, exterior, había llegado á ser para esos formalistas toda la justicia, la virtud interior no se tenía en cuenta. Ninguna voz se levantó entre los sacerdotes, los doctores, y los Escribas contra este abuso; los maestros ciegos, extraviaban á la multitud que les seguía, pasiva, inconsciente.

Jesús habla en fin á esas conciencias falseadas, encarece con un vigor irresistible á su Precursor y proclama á la faz de los Fariseos la vanidad de sus costumbres, la hipocresía de su formalismo; él distingue el cuerpo del alma: el cuerpo no es nada, el alma es todo, las manchas del uno no se tienen en cuenta ante Dios, porque la pureza está toda en el alma y en el corazón; de esta manera rompe él para siempre ese yugo de las prácticas meticulosas con las que la religión pagana y el fariseísmo judío abruman al hombre, y él funda en la conciencia libertada el culto en espíritu y en verdad.

Después de este encuentro que mostraba una vez más la ceguedad y la obstinación de sus adversarios, su prontitud para escandalizarse sin motivo, Jesús se levantó y partió con sus discípulos hacia la frontera de Fenicia.[1]

1 Mat., XV, 21 y sig.; Marc., VII, 24 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No sabemos por qué caminos pasó, en qué ciudades ó caseríos hizo alto. Un solo detalle, relevado por San Marcos,[1] prueba que la intención del Maestro en los últimos meses de su apostolado galileo, fué evitar el tumulto de la multitud y apagar la efervescencia. Al entrar en la casa que le dió hospitalidad, ordenó que se guardara silencio respecto de su llegada; pero él no pudo permanecer oculto; los paganos de la vecindad bien pronto supieron que ahí estaba.

Una Cananea del país siro-fenicio, habiéndole oido nombrar, se acercó á su habitación atraída hacia él por el dolor y la prueba; ella suplicó al Maestro con grandes exclamaciones:

—Tened piedad de mí, Señor, Hijo de David, mi hija está atormentada por el demonio.

Jesús no respondió.

Sus discípulos le suplicaban y le decían:—Despachadla, ella nos persigue con sus gritos.

—"Yo no he sido enviado," replicó Jesús, "sino á las ovejas perdidas de Israel."

La mujer entró, y arrojándose á sus piés:—Maestro, exclamó, socorredme!

Jesús reprimió su compasión; hubiérase dicho que él quería por una dureza aparente, poner á prueba la fe de esta madre infortunada y provocar la expresión de su confianza.

—"Deja," la dijo, "saciarse á los hijos, no es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarle á los perros."

La mujer aceptó, sin murmurar, esta alusión severa á su estado de pagana.—Es verdad, Maestro; y sin embargo los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que caen de los hijos.

Jesús fué vencido por tanta humildad y mansedumbre:

—"Oh, mujer," la dijo, "tú fe es grande. Por causa de esta palabra, vete, el demonio ha salido de tu hija."

La Cananea regresó á su casa: su hija estaba en la cama,

1 Marc., VII, 24.

el demonio la había abandonado en la misma hora que Jesús lo había dicho.

Este sencillo hecho deja presentir la universalidad de la obra mesiánica. En los designios de Dios y en la conducta de Jesús, Israel, el pueblo elegido, recibe el primero la buena nueva, la luz y los beneficios del Reino; pero los paganos, de quienes la Cananea es la figura, tendrán su turno; el nombre de Jesús será llevado hasta ellos; ellos oirán decir que él viene para curarles y salvarles, ellos ya no serán el hombre animal que recoje las migajas caídas de la mesa en la que se sacian los hijos del Padre; la fe les dará la filiación divina; en el universo entero, entre Judíos y paganos, él tendrá la igualdad en la fe, y aun cuando se fuese de una raza maldita, bastará creer para ser incorporado al verdadero pueblo de Dios.

¿Cuánto duró ese viaje de Jesús á los confines de la Fenicia? Nada en los Evangelios nos autoriza á precisarlo. El episodio tan conmovedor de la Cananea alumbra solo ese período oscuro de su vida. La tradición, que con frecuencia completa á las narraciones evangélicas, es muda, ella no ha guardado ningún recuerdo del paso de Jesús en esas aldeas habitadas hoy por los musulmanes. De sus diversas detenciones, de sus pláticas, de sus beneficios, nada ha permanecido. Sin embargo, hacia el Djebel es-Scheikh, se muestra una fuente en la que Jesús se refugió: este es el límite extremo de su excursión en la Galilea septentrional.

Al dejar los confines de Tiro y de Sidón, volvió á los bordes del lago de Genezareth, á través de la Decápolis.[1] Este viaje es absolutamente incomprensible, si no se puede determinar esta región.

La Decápolis, como lo indica su nombre griego, fué segu-

1 Mat., XV, 29; Marc., VII, 31.

ramente una confederación de diez ciudades principales; pero se ignora el nombre de algunas y su situación exacta. Los Evangelios, que á menudo mencionan la Decápolis, la suponen conocida y no nos dan ningún detalle preciso.

Plinio, en su Historia,[1] y Josefo[2] en su Biografía son los autores más antiguos en donde se halla, á este respecto, algunas informaciones. Según el primero, no se puede negar que varias ciudades de la confederación fueron vecinas de la Syria, y según los dos historiadores, se está seguro que la mayor parte de ellas, como Gadara, Hippos y Pella, estaban al oriente del lago; la una, Scythópolis, enclavada entre la Galilea inferior y la Samaria, sobre el límite de los dos países, estaba más acá del Jordán. Resulta de estos sencillos datos que si Jesús, al alejarse del país de Tiro y de Sidón, volvió al lago de Tiberiades por la Decápolis, él ha debido dirigirse hacia el Este, franquear primero el Leontes, descender hacia el valle del Jordán, pasar el río,—tal vez en el puente de las Hijas de Jacob,—y seguir la ribera oriental del lago por Gadara, Hippos y hasta el territorio de Scythópolis.

La población de esas ciudades era en su mayor parte siro-griega ó fenicia; allí era raro el elemento judío. Sin embargo, aunque ocupada por los paganos, la Decápolis perteneció, según la enseñanza de los Rabinos, á la tierra de Israel; viniendo á fijarse entre los infieles, el Judío se sintió todavía en su casa y participó de sus privilegios religiosos adheridos al suelo sagrado.—Aquel que la habita, decían los doctores, tiene á Dios en él; el que allí está sepultado está absuelto de sus pecados; es como si descansara debajo del altar.[3]

¿Qué camino siguió Jesús? ¿qué ciudad de la Decápolis visitó? Se ignora.

A pesar del cuidado que él puso para evitar á la multitud, él la veía acudir y aumentar en el camino, el thaumaturgo la

1 L. V, ch. XVIII.
2 Vita, 71, 73.
3 Babyl., Chetub., fol. 110 y 111.

atraía. La curiosidad, el deseo de las curaciones materiales, la sed del milagro, ponían siempre al pueblo en movimiento. Llevábanle ciegos, mudos, cojos, enfermos de todas clases; se les arrojaba á sus pies, él les curaba y esos paganos maravillados glorificaban al Dios de Israel.[1]

San Marcos refiere en detalle uno de esos prodigios, la curación de un sordo-mudo, suplicando á Jesús le impusiera las manos.[2] El le tomó aparte y se retiró lejos de la multitud; puso sus dedos en sus orejas, y con saliva tocó su lengua; en seguida levantó los ojos al cielo y suspiró diciendo: "Ephpheta." Abríos!

En el instante mismo, los oídos del sordo-mudo se abrieron; su lengua se desató y habló distintamente.

Jesús prohibió á todos decir nada; ¿pero cómo detener el entusiasmo de la multitud, siempre llevada del sentimiento? A medida que Jesús pedía el silencio, más se le aclamaba. Hubo un gran grito de admiración en el pueblo:—El ha hecho muchas cosas, ha hecho oír á los sordos y hablar á los mudos.

Así es como la voz del pueblo es la voz de Dios. Entregado á sí mismo, á su rectitud nativa, á la espontaneidad de sus impresiones, él se extremece con el contacto de la verdad, de la justicia y del bien, y por esto Jesús le amó. La asiduidad de la multitud le consoló de la actitud hostil y soberbia de los Fariseos.

Algunos días después, prosiguiendo su viaje, se vió todavía rodeado por la multitud; él ejercía sobre ella un atractivo irresistible, ella se levantaba á su paso, y como un rebaño sigue al pastor, ella le seguía sin inquietud del mañana, subyugada y encantada. Ella estaba desde hacía tres días con él, encade-

1 Mat., XV, 35.
2 Marc., VII, 32-37.

nada á sus pasos;[1] los víveres faltaban; Jesús subió sobre una colina y se sentó, en seguida llamó á sus discípulos.

—"Tengo piedad de esas gentes," les dijo, "he aquí tres días que están conmigo y no tienen que comer. Si yo les envío en ayunas á su casa, caerán de desfallecimiento en el camino, porque muchos de ellos han venido de lejos."

Los discípulos sorprendidos respondieron, recordando la imposibilidad de saciar á todo un pueblo en el desierto.

—"¿Cuántos panes tenéis?" preguntó Jesús.

—Siete, con algunos pequeños pescados.

El ordenó á la multitud que se sentara en el suelo; después tomó los siete panes y los peces, y dando gracias á Dios, les partió y les dió á sus discípulos para que los distribuyeran al pueblo.

Todos comieron y quedaron saciados. De lo que quedó de fragmentos, se repartieron siete canastos llenos. Ahora todos los que comieron fueron como cuatro mil, sin contar á los niños y á las mujeres.[2]

Jesús se apresuró á despedir la multitud y se ocultó bruscamente. El lago estaba cercano; subió con sus discípulos en una barca y vino á abordar al país de Dalmanutha, sobre los confines de Magdala.[3]

La duración de su permanencia en Decápolis, su vida entre esas poblaciones semi-paganas, han quedado ignoradas. La curación del sordo-mudo y la multiplicación de los panes son los únicos hechos que los Evangelios nos han conservado. Jesús no hizo más que atravesar esta tierra, sin fijarse en ninguna parte; pero por doquiera que pasaba, á pesar de sus esfuerzos para no despertar la curiosidad y la asiduidad del pueblo, se le veía rodeado de la multitud, y su viaje era un triunfo popular. Su presencia en el país de Magdala, no lejos de Bethsaida y de Capharnaum, fué pronto señalada.

1 Mat., XV, 32 y sig ; Marc., VIII, 1-9.
2 Véase el Apéndice H. Las dos multiplicaciones de los panes.
3 Véase el Apéndice I. El país de Dalmanutha.

La ausencia de Jesús, después que él había afirmado en la sinagoga de Capharnaum, con tanta claridad y firmeza su mesianismo espiritual, no había calmado la irritación y el odio de sus enemigos. Si el pueblo le abandonaba, los jefes de las diversas escuelas y de diversos partidos, los Fariseos y los Saduceos le vigilaban siempre, tratando de contradecirle, de sorprenderle, de arrancarle alguna palabra que les permitiera denunciarle y perderle; ellos debieron conocer los últimos milagros de Jesús en las ciudades de la Decápolis y no dejaron de despreciarles, atribuyéndoles al espíritu malo; esta era su táctica habitual.

Varios de entre ellos se reunieron, [1] y vinieron á Jesús, disimulando bajo una aparente sinceridad sus intenciones pérfidas; ellos le pidieron mostrarles una señal en el cielo, asegurándole sin duda que, si él escuchaba su demanda, ellos creerían en él.

—Tus milagros, parecen decirle, son milagros de la tierra en donde reina Satanás, nos hacen falta milagros en el cielo en donde Dios habita; los primeros pueden ser la obra de Satanás: muéstranos los que no pueden venir sino de Dios; obra como Elías, como Samuel, como Josué, como Moisés: danos una señal del cielo, y creeremos en tí.

Ese sofisma era el argumento favorito de los Fariseos; ellos esperaban por esta extraña doctrina, debilitar el valor de los testimonios milagrosos de Jesús y adormecer su conciencia, á cada paso sacudida por la palabra y los prodigios de aquel que se decía el Enviado de Dios.

Recuérdese con qué rigor, con qué precisión y con qué elocuencia indignada, Jesús ya había refutado esos errores y desenmascarado esta hipocresía. Al volver, esos mismos Fariseos, siempre más obstinados, á renovar sus ataques y añadir la falsedad al odio, él no pudo contener una exclamación de dolor; su corazón lanzó un gemido, dice un Evangelio. [2]

1 Mat., XVI, y sig.; Marc., XIII, 2 y sig.
2 Marc., VIII, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siempre dueño de sí, respondió á sus adversarios:

—"En la tarde, decís: mañana hará buen tiempo, porque el cielo está rojo; y en la mañana: Habrá tempestad, porque el cielo está como un fuego oscuro. Hipócritas, vosotros que juzgais el aspecto del cielo, ¿cómo no sabeis conocer las señales de los tiempos?

Los tiempos,—ese gran cielo de la historia, del que el cielo visible no es sino una imagen,—estaban llenos de señales que debían herir á todos los ojos. Las semanas de Daniel, ¿no habían expirado? ¿El cetro no había salido de Judá? ¿La patria no estaba en el fondo del abismo, esperando la salvación? ¿Los oráculos de los profetas no se cumplían? ¿Elías, en la persona de Juan, no había venido, como el precursor del Reino? ¿Los milagros de Jesús, su Espíritu y su doctrina, no corresponden á todo lo que los profetas habían anunciado del Mesías? ¡Y ante esas señales los maestros de Israel osan pedir otras! ¿Qué claridad podrá entonces abrir esos ojos que se rehusan ver?

—"Cómo," exclamó Jesús con un acento lleno de vehemencia, "¿esta raza pide una señal? Esta es una raza mala y adúltera." En lugar de obedecer á Dios, ella no escucha más que las sugestiones del mal; en vez de ser la esposa fiel, ella es adúltera con Satanás. "Ella pide una señal, no le será dada, si no es la señal de Jonás, el profeta."

Jesús hace alusión á su muerte y á su salida del sepulcro. Esa será, en efecto, la gran prueba de su misión,—prueba última que suministrarán aquellos mismos que no han querido, en su ceguedad, comprender á los demás y que será para ellos el supremo escándalo.

Bajo esta palabra misteriosa, Jesús despidió á sus interlocutores: ¡nada tenía que hacer con esos sofistas, él les dejó y partió! Una barca le llevó con sus discípulos más allá del lago, á Bethsaida. [1]

1 Mat., VIII, 22 y sig.

Por la precipitación de la partida, los discípulos habían olvidado tomar panes. Jesús, todavía triste é indignado de la actitud de los Fariseos, de las tinieblas en las que ellos se sumergían voluntariamente, de su invencible obstinación en rechazar el llamamiento de Dios, dijo de repente á los que él había escogido:

—"Desconfiad de la levadura de los Fariseos y de los Herodianos."

Los discípulos no comprendieron el pensamiento oculto bajo esta imagen de la levadura; ellos no pensaban sino en las provisiones olvidadas, reprochándose el uno al otro su negligencia y preguntándose cómo vivirían, si el Maestro, según su costumbre, les llevaba á algún desierto.

Jesús penetró sus pensamientos que ellos no osaban revelar claramente:—"¿Por qué os inquietais los unos á los otros de no tener pan," les dijo, "hombres de poca fe? ¿No teneis, pues, ni sentido ni inteligencia? ¿Vuestro corazón entonces está siempre ciego? ¿Teniendo ojos, no veis? ¿Teniendo oídos, no oís? ¿De nada teneis que acordaros?"

—"Cuando dividí cinco panes entre cinco mil hombres, ¿cuántos cestos habeis llevado, llenos de fragmentos?

—Doce, respondieron sus discípulos.—"Y cuando dividí siete panes entre cuatro mil hombres, ¿cuántas canastas llenas habeis llevado?—Siete, dijeron ellos.

Entonces, añadió: ¿Por qué esas preocupaciones? ¿No sabía yo alimentaros? No es del pan que yo he hablado, al deciros: "Guardaos de la levadura de los Fariseos y de los Saduceos."

Ellos comprendieron en fin la alusión.

En toda circunstancia, Jesús levantaba el pensamiento de los discípulos, aplicándose en revelarles la verdad bajo el velo de los símbolos que le ofrecían los diversos incidentes de la vida, y poniéndoles en guardia contra los peligros de ese medio farisaico en el que todo conspiraba para sofocar el buen grano de su palabra.

Como ellos ya habían atravesado el lago, desembarcaron y llegaron á Bethsaida. [1] Se llevó á un ciego, suplicando á Jesús le tocara. La confianza de esas gentes era tan grande, que ellos estaban persuadidos que una imposición de manos era suficiente para curarle.

Jesús tomó la mano del ciego, y para evitar el tumulto de la multitud, le condujo fuera de la ciudad. Ahí, untó sus ojos con saliva, y habiéndole impuesto las manos, le preguntó si veía algo.

—Yo veo, dijo el ciego, como árboles, caminar á los hombres."

Entonces, Jesús puso de nuevo la mano sobre sus ojos, y el ciego comenzó á ver. Poco á poco, él apercibió claramente todas las cosas: él estaba curado.

—"Vete á tu casa," le dijo Jesús despidiéndole, "y si entras en la ciudad, no digas á nadie lo que te acaba de suceder."

Esta narración animada y llena de detalles descubre al testigo ocular. San Marcos que la refiere es evidentemente el eco de Pedro, uno de los tres Apóstoles que gustaba á Jesús llevar consigo, cuando se separaba de la multitud y de los otros discípulos.

No se comprendería la importancia de los actos milagrosos de la vida del Salvador, si, á ejemplo de la multitud, no se admirara sino el elemento exterior y material. No basta reconocer en ellos las pruebas divinas de su misión, es preciso ver allí, todavía, "las señales" según la palabra expresiva de S. Juan. Todo acto de Jesús es una palabra de un sentido profundo. Esta curación del ciego de Bethsaida es el vivo símbolo de la acción progresiva de Jesús llevando la luz á los que no ven la verdad de Dios. Lo mismo que al saciar al pueblo con un pan sobrenaturalmente multiplicado, él se reveló como el alimento de la humanidad; lo mismo al dar la vista á los ciegos, él se manifiesta como la luz de las almas.

1 Mat., IX, 32 y sig.; Marc., VII, 32 y sig.; Lucas XII, 14 y sig.

El hombre ha perdido la inteligencia del mundo divino, vaga en las tinieblas, incapaz de comprender á Dios; Jesús viene á él, le toma de la mano, le separa, y llena con él una de las funciones las más necesarias del Mesías, abriendo poco á poco sus ojos á la verdad eterna.

Esta obra de terapéutica divina no se muestra en ninguna parte con más belleza que con esos Galileos escogidos para ser sus apóstoles; los últimos meses de Galilea le están reservados. Al aislarse de la multitud y de las ciudades, Jesús se procura una intimidad más profunda con los suyos, y les prepara á recibir comunicaciones más elevadas, más difíciles de entender, más imprevistas. El trabajo secreto del Maestro, en su esencia íntima, escapa á la historia, porque él es la obra invisible del Espíritu invisible, en las profundidades insondables de la conciencia, pero los resultados nos son conocidos. Nosotros vemos el punto de partida y el punto de llegada, y podemos seguir en las narraciones evangélicas las fases sucesivas, las etapas crecientes de esta transformación. Salidos de la masa judía, lentamente librados de las tinieblas en la que ella se agita y se separa, los discípulos sufrieron con el contacto de Jesús, la acción soberana de su Espíritu; iniciados poco á poco en la verdad y en la virtud, ellos toman insensiblemente conciencia de lo que es él, de su fuerza divina, de su enseñanza, de sus preceptos y de sus designios. En menos de tres años, esos pescadores del lago, esos peajeros, esos hijos del pueblo, se despojan de su naturaleza primitiva y se revisten de la de su Maestro. El llega á ser su sabiduría y su fuerza, su alma y su genio; ellos piensan por él y obran por él.—Yo no vivo ya, dirá uno de ellos, él es quien vive en mí. [1] No se hallará en la historia humana un solo ejemplo de semejante metamórfosis.

Después de haber sido, á cada paso, testigos de sus milagros, hélos aquí subyugados por su grandeza y su divinidad.

1 Rom., V.

Pero ellos no dudan del misterio de sus debilidades, de sus dolores, de sus humillaciones, de su muerte; y por tanto, ese misterio sangriento está en la víspera de cumplirse; el Maestro va á darles el secreto.

CAPITULO XI.

LA MUERTE FUTURA DEL MESÍAS.—LA TRANSFIGURACIÓN.

Jesús no hizo en Bethsaida sino una corta detención. Después de la ruptura definitiva con el pueblo de Galilea, su vida es un viaje sin tregua, lejos de Capharnaum y del lago, por ciudades y aldeas en las que se esfuerza en pasar como incógnito. Recorrió la frontera del país de Tiro y de Sidón y toda la Decápolis, hoy va con sus discípulos, á los alrededores de Cesarea, buscando una soledad más profunda.

El territorio comprendido entre Julias y Cesarea, al oriente del Jordán, es desierto, montañoso y salvaje, aun las ruinas allí son raras; en tiempo de Herodes, debió ser poco habitado. La gran vía romana de Damasco á Jerusalem le cortaba en su latitud. Jesús, encaminándose hacia los caseríos vecinos de la ciudad embellecida por el tetrarca Filipo,[1] debió atravesar esta vía, cerca del puente de las Hijas de Jacob. No tenemos ningún detalle acerca de su acción apostólica y popular en ese país que él visitó por primera vez, allí, como en otras partes, los sufrimientos, las miserias han clamado á él, y las alivió y curó. Sin embargo, su verdadero designio no es evangelizar la

1 Mat., XVI, 1 y sig.; Marc., VIII, 27 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero ellos no dudan del misterio de sus debilidades, de sus dolores, de sus humillaciones, de su muerte; y por tanto, ese misterio sangriento está en la víspera de cumplirse; el Maestro va á darles el secreto.

CAPITULO XI.

LA MUERTE FUTURA DEL MESÍAS.—LA TRANSFIGURACIÓN.

Jesús no hizo en Bethsaida sino una corta detención. Después de la ruptura definitiva con el pueblo de Galilea, su vida es un viaje sin tregua, lejos de Capharnaum y del lago, por ciudades y aldeas en las que se esfuerza en pasar como incógnito. Recorrió la frontera del país de Tiro y de Sidón y toda la Decápolis, hoy va con sus discípulos, á los alrededores de Cesarea, buscando una soledad más profunda.

El territorio comprendido entre Julias y Cesarea, al oriente del Jordán, es desierto, montañoso y salvaje, aun las ruinas allí son raras; en tiempo de Herodes, debió ser poco habitado. La gran vía romana de Damasco á Jerusalem le cortaba en su latitud. Jesús, encaminándose hacia los caseríos vecinos de la ciudad embellecida por el tetrarca Filipo,[1] debió atravesar esta vía, cerca del puente de las Hijas de Jacob. No tenemos ningún detalle acerca de su acción apostólica y popular en ese país que él visitó por primera vez, allí, como en otras partes, los sufrimientos, las miserias han clamado á él, y las alivió y curó. Sin embargo, su verdadero designio no es evangelizar la

1 Mat., XVI, 1 y sig.; Marc., VIII, 27 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tetrarquía de Filipo, sino preparar sus discípulos al fin trágico que le aguardaba.

Las escenas íntimas que pasaron entre ellos y él, eclipsaron á todos los demás hechos en el recuerdo de los testigos; ellas llenan el período intermediario entre el ministerio galileo y el desenlace supremo del que la Judea y Jerusalem debe ser el teatro.

Dos sentimientos contrarios desbordan, en este momento, del alma de Jesús; el abandono del pueblo á quien había tratado, en vano, de unir á la fe, le llenó de tristeza, y la vista de sus discípulos, fieles y creyentes, le daba extremecimientos de alegría. En cuanto á ellos, no parecían haber experimentado ni turbación ni angustia, á consecuencia de la defección que afligió á su Maestro; mientras más abandonado le veían, más se estrechaban en derredor suyo; una fuerza invisible les guardaba contra el entusiasmo popular; inquebrantables en su confianza, ellos se entregaron, tranquilos, á las quimeras gloriosas del futuro Reino, y á las ilusiones que la sabiduría de Jesús bien pronto iba á disipar.

Un día, la pequeña carabana caminaba de aldea en aldea al derredor de Cesarea. Jesús quiso provocar entre los suyos una expresión nueva y decisiva de su fe.[1] Esto fué en la noche. El había orado, retirado, según su costumbre. La oración, para él, no era solamente el recogimiento total de su espíritu, de su voluntad, de todas sus facultades humanas, en Dios, su Padre, ella era aún su medio de acción todopoderosa, aunque invisible, sobre el alma de aquellos á quienes quería salvar, elevar y afirmar.

Estando solo con sus discípulos, les hizo esta pregunta:—"¿Quién se dice que soy?"

Jesús conocía los rumores populares que corrían respecto de

1 Mat., XVI, 13 y sig; Marc., XIII, 27 y sig; Luc., IX, 13 y sig.

él; si él interroga á sus fieles, no es para informarse, sino para conducirles á ellos mismos á proclamar, en oposición con los errores de la multitud, la verdad sobre su persona; esta oposición marcará el abismo que los separa de ella, en lo sucesivo.

Los discípulos respondieron:

—Unos dicen que sois Juan Bautista; otros, Elías, y otros, Jeremías ó alguno de los antiguos profetas resucitado.

Ese testimonio refleja exactamente el estado de la opinión. El pueblo no ve en Jesús al Mesías soñado; el no es á sus ojos, sino uno de esos profetas precursores.

—"Y vosotros," replicó Jesús, "¿quién decís que soy?" Pedro quien ya había, en el momento de la crisis de Capharnaum,[1] protestado por la fidelidad de los Doce hacia el Maestro, confesó, en nombre de todos, su fe y su divinidad:

—Vos sois el Cristo, exclamó, el Hijo de Dios vivo.

Las palabras de Pedro, no son inspiradas por una vaga confianza en la grandeza sobrehumana de Jesús, sino por una fe luminosa, precisa, perspicaz; en su brevedad ellas contienen todo, porque ellas expresan la mesianidad de Jesús y su filiación divina.

La esencia de la fe es entregarnos por completo á aquel que es el objeto de ella. El creyente ya no se pertenece, él renuncia á sus propios pensamientos, á sus intereses, á su iniciativa personal, á todo, y pertenece sin reserva á aquel en quien cree. El muere para sí para vivir moralmente en otro. Nadie, sino es Dios, tiene el derecho de pedir la fe absoluta; porque todo hombre tiene sus errores, sus faltas, sus imperfecciones, y al abdicar ante un hombre, se hacia el esclavo de las miserias de este hombre. Jesús reclamó la fe total, esta es una señal de que él se atribuyó el privilegio de Dios.

Ahora, después de haber evangelizado á la Galilea, para obtenerla, durante más de siete meses, algunos hombres solamente son conquistados, entre los más pobres y los más ignoran-

1 Juan VI, 69 y sig.

tes. Lo que los sabios,—Escribas, letrados y maestros,—no han sabido, ó no han querido ver, ellos lo ven y lo publican; lo que su pueblo ha rechazado, ellos lo aceptan. Este puñado de creyentes bastó á Jesús para fundar su Reino, para conmover y conquistar al mundo.

La confesión de Pedro le conmovió.

—"Dichoso eres," exclamó, "Simón, hijo de Jonás; no es la carne y la sangre,[1] quien te ha revelado quien soy, sino mi Padre que está en los cielos."

Reconocer por la fe la mesianidad de Jesús y su filiación divina no está, en efecto, en el poder del hombre: el genio, la ciencia, las tradiciones humanas, no podrían llevarnos hasta ahí. Es preciso que el mismo Dios nos revele á Cristo, y que el hombre acepte esta revelación. El Padre ha multiplicado y multiplica todavía los testimonios en derredor de su Enviado y de su Hijo; pero el hombre que no cree sino en el talento, en su ciencia y en sus tradiciones, se ciega, rechaza los testimonios, niega los milagros, opone á la palabra de los profetas su vana razón, y permanece en las tinieblas. Jesús no le parece más que un sabio ó un profeta, y no el único Enviado, el Hijo de Dios vivo. No es un sabio ni un profeta quien salva al mundo, es Dios solo; y no proclamar la divinidad de Jesús es despreciable. Para vencer al mal, es preciso tener á Dios dentro de sí, y para tener á Dios dentro de sí, es preciso creer en Dios.

El Reino de Jesús verdaderamente comenzó en el día en el que, rodeado de sus discípulos, fué reconocido y proclamado por ellos como Mesías é Hijo de Dios. El lo declaró solemnemente, dirigiéndose á Pedro, y explicándole el enigma del nuevo nombre con el que había sido bautizado, cuando él le vió en las riberas del Jordán, por la primera vez.

—"Tú reconoces en mí al Hijo de Dios vivo, y yo te digo

1 Locución hebraica de un uso constante en la literatura religiosa y en el Talmud, en particular, para expresar al hombre terrestre, carnal, animal, por oposición á Dios.

que tú eres Piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra atado será en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos."

La fe en Jesús-Dios aparece aquí en toda su grandeza; ella ha valido á Pedro, el primero de los creyentes, ser el fundamento humano, inquebrantable de la Iglesia. Sobre él vendrán á apoyarse todos los elegidos del porvenir, todos aquellos que á su ejemplo creerán que Jesús es el Hijo de Dios. La fe de Pedro y de sus sucesores será indefectible. Los demás podrán ser conmovidos, Pedro y sus sucesores no lo serán. El gran designio del Reino de Dios comienza á aparecer; el plan de Jesús se descubre á los ojos de los discípulos, en ese nombre de Iglesia que él no había empleado. El quiere llamar á él y asociados con él á todos los elegidos diseminados en la tierra, á través de las naciones: esa asociación en una misma fe constituye la Iglesia. Jesús la creó indestructible, invencible. Ninguna potestad en este mundo,—ni aun la del infierno que las resume á todas y representa al genio del mal,—prevalecerá contra ella. Ella resistirá á todo, á la ciencia soberbia, á la falsa religión, á la cultura material, á la política astuta ó brutal, á la corrupción que todo lo destruye, á la inconstancia humana y al tiempo; el Espíritu es su fuerza, y nada de terrestre, de humano, ni de infernal vencerá al Espíritu.

Jesús quiere un poder en esta multitud, una autoridad en su Iglesia; es á Pedro á quien las confiere, al entregarle lo que él llama simbólicamente las llaves del Reino. Pedro gobernará á los creyentes; órgano del Espíritu de Dios, él le dará á los que son dignos, le rehusará á los que son indignos; aquellos que le reciban serán introducidos en el Reino, los que no le reciban serán arrojados. Jesús permanecerá la cabeza invisible; Pedro, el jefe visible, y él no desfallecerá en su misión: Jesús se lo promete.

La razón humana está desconcertada. Un artesano de Ga-

lilea proclamado Hijo de Dios por un pescador de Bethsaida, anunciando que él edificará una obra contra la cual las potestades de la muerte no tendrán ninguna presa en una tierra en donde todo se desploma, en donde sólo el tiempo se encarga de sepultarlo todo en donde ninguna creación del genio,—religión, Estado, conquista, civilización, raza, escuelas, legislación, sistema,—nada dura; prometiendo á esta obra que es su Iglesia la inmortalidad, y dándole por base inquebrantable á un hombre frágil y mortal á quien reviste con una autoridad divina, este es uno de los hechos más extraordinarios de la historia: Vedismo, Bouddhismo, Parsismo, Mahometismo, Filosofismo, todo se eclipsa ante esta obra que nada tiene de análogo en las obras humanas.

Jesús se constituye el centro único y la fuerza absoluta. Sólo en él es preciso creer, sólo á él es preciso unirse por la fe. El no apela á ninguna raza particular, á ningún pueblo; él abrasa todo lo que vive y todo lo que piensa, todo lo que gime y todo lo que espera. Nada de sistema, ningún código de ley escrita; el espíritu mismo de Dios, su Espíritu, y un poder encargado de difundirlo á su nombre en la humanidad. La razón pervertida todo lo corroe, la voluntad egoísta todo lo demole, la corrupción todo lo gangrena: á las vanas teorías de la razón, ese poder opondrá la doctrina eterna; al egoísmo, á la violencia y á la voluptuosidad él pondrá la justicia, la caridad y la santidad; á las superticiones de las religiones falsas, los ritos sagrados santificantes, y á los poderes movedizos y tiránicos de esta tierra, una autoridad inmutable y desarmada.

Cuando después de diez y ocho siglos, se ve la realización triunfal de ese plan trazado por Jesús en la soledad de las montañas de Cesarea, la audacia de la obra, la grandeza de los obstáculos, la debilidad, la pequeñez de los medios, no permiten pensar en un gran hombre: ellos obligan á reconocer en el artesano la virtud y la sabiduría de Dios.

Jesús obró con una independencia y una autoridad absolutas, él no tiene necesidad de nada de lo creado, su fuerza ordena todo. Los fracasos aparentes que desconciertan á los más firmes genios no le detienen, ellos van á acelerar la ejecución de sus designios.

Después de la defección del pueblo de Galilea, él imprime á su obra un nuevo impulso. El había comenzado por atraer á sus discípulos, después, en el número, él había discernido y escogido doce que hizo sus apóstoles; hoy, da á uno de ellos el primado, prometiéndole, bajo el símbolo de las llaves, la plenitud del poder para el gobierno de su Reino.

La fe es expresiva y expansiva, ella tiene necesidad de comunicarse. A consecuencia de esta escena, los discípulos, enardecidos por las palabras de Jesús, han debido pensar en publicar por todas partes y á todos lo que era su Maestro. El les contuvo. No había llegado la hora para ellos. Si el mismo Jesús no había logrado captar al pueblo á su divinidad ¿cómo podrían conseguirlo ellos? Que ellos guarden en el fondo de su conciencia su fe y su esperanza: ellas se fortificarán al concentrarse. El Maestro les ordena con fuerza, y les intima no decir á nadie que él es el Cristo. Este título se prestaba al equívoco en el espíritu de la multitud. Publicar que Jesús era el Mesías, sería exponerse á renovar la crisis de Galilea, que su sabiduría, su decisión y su firmeza acababan de conjurar. Por lo demás, los mismos discípulos tenían más de una ilusión respecto de la grandeza terrestre de aquel á quien ellos proclamaban el Hijo de Dios. Ellos vivían cerca de él con el deslumbramiento de su santidad y de su potestad: los milagros sin número de quienes ellos eran los testigos desarrollaban en ellos una confianza sin límites en aquel á quien todo obedecía, la naturaleza, los hombres y los espíritus.

Jesús, sintiéndoles más firmes en la fe, les descubrió, en fin, el secreto de su destino,—secreto doloroso al cual, hasta entonces, no había hecho sino alusiones veladas. [1]

1 Mat., III, 15 y paralel.; Jean, II, 20; III, 14; IV, 32.

—"Es preciso que el Hijo del hombre vaya á Jerusalem, que él sufra muchas cosas, que sea arrojado por los Ancianos, los Escribas y los Príncipes de los sacerdotes; que sea condenado á muerte y que él resucite, al tercer día."[1]

Mientras que el hombre marcha, como ciego, á su destino, Jesús ve el suyo hasta en los menores detalles, en la voluntad de su Padre de quien nada le es oculto, en las profecías que han predicho sus sufrimientos, en la fuerza misma de los acontecimientos que se desarrollan, y en el odio de sus enemigos que no se saciará sino por su muerte. Al descubrir á sus discípulos el porvenir, él debió dejar aparecer su tristeza de la que su alma, por momentos, estaba invadida hasta la muerte.

¿Cuál fué el efecto de esta declaración solemne?

Los discípulos parecen haberla desechado. La idea de que su Maestro tuviese un fin tan cruel no podía entrar en su espíritu. Su fe en su potestad divina, su afección por su persona, su ilusión respecto al Mesías, todo se les hacía incomprensible.

Pedro, en esta circunstancia, se hizo todavía el intérprete del sentimiento de todos. El llamó aparte á Jesús, y no escuchando más que á su ternura ardiente y á su culto, le reprochó pensar en un destino tan sombrío.

—Maestro, le dijo, que no sea de esta manera. No, esto no os llegará.

Jesús se volvió á él, y con un tono severo le rechazó diciéndole:

—"Lejos de mí, Satanás, tú eres escándalo para mí, porque tú no tienes el gusto de las cosas de Dios, sino de las cosas humanas."

El Cristo de Dios no es como la sabiduría humana le desea, él es como la Sabiduría eterna le ha concebido. Aquel que para conocerle escucha á la primera, se engaña y jamás comprenderá el doble misterio de su divinidad y de su humanidad; él negará á una ú otra, á la divinidad porque ella le parece

1 Mat., XVI, 21 y sig.; Marc., VIII, 31 y sig; Luc., IX, 22 y sig.

muy elevada, á la humanidad porque ella le parece indigna; él no penetrará jamás el contraste divino de un Hijo de Dios consagrado á la muerte. Es un Dios suficiente quien salva á la humanidad; si él no fuera mas que un Dios, él permanecería extraño á nuestras miserias; si él no fuera mas que un hombre, él no podría consolarlas; es preciso que el Dios vaya á la muerte y sea mártir; la razón al verle pasar, se escandalizará como Pedro; Jesús la rechazará y ordenará al creyente seguirle en su camino ensangrentado.

Después del reproche vehemente dirigido á Pedro, él quiso marcar á sus discípulos y á todos, lo que él exigía de sus fieles, Ningún Maestro ha pedido más que él. El reclama la abnegación total, la aceptación generosa de todos los dolores, y hasta el sacrificio de la vida. No es bastante: el proclamarle Hijo de Dios, es preciso participar del destino doloroso del Hijo del hombre. El veía la cruz en donde debía morir, cuando formuló ese código compendiado del heroísmo que permanece la ley suprema del verdadero sectario de Jesús.

—"Si alguno quiere venir en pos de mí," exclamó, haciendo señal al pueblo de acercarse, "que renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame."

Jesús no teme contrariar este indestructible instinto de conservación que se rehusa al sufrimiento y á la muerte; él quiere que se camine en pos de él, débase sufrir ó morir. La verdadera vida, comprada por el sufrimiento ó por la muerte, no es muy caramente pagada.

—"El que quiera salvar su alma más bien que seguirme," dijo todavía, "perderá la vida que yo le daré; y el que no tema perder su vida de un día por mi causa y la del Evangelio, salvará á su alma y vivirá por mí con la vida que no pasa."

A el alma es á la que es preciso salvar, porque ella es todo el hombre. "De qué sirve ganar todo el mundo si se pierde su alma? ¿Y qué es lo que el hombre dará en cambio de su alma?"

Esta doctrina, tan desdeñosa de todo lo que los hombres terrestres ambicionan y codician, ese mesianismo espiritual del que Jesús se daba como el representante divino, debió naturalmente, en los Saduceos escépticos, en los Fariseos hinchados del orgullo de su raza y hasta en el pueblo engañado por ellos, provocar alguna sonrisa y algún desprecio. El futuro Crucificado no ignoraba á qué oprobio estarían expuestos los que quisieran seguirle; él prevela á los tímidos y cobardes que se avergonzarían de él, y sabiendo que para el hombre la vergüenza es más terrible de afrontarse que la muerte, él dijo:

—"Se avergonzarán de mí y de mis palabras entre esa raza adúltera y pecadora; pero cualquiera que se haya avergonzado, el Hijo del hombre también se avergonzará de él cuando él llegue ante su magestad, la del Padre y de sus ángeles santos."[1]

El pensamiento de Jesús abraza todo en su extensión. Siéntese que él vive á la vez en esta tierra y en el cielo, en medio de los hombres y con su Padre; ve el fin glorioso cuando él camina aún en el dolor, y como él quiere que se sacrifique todo á la vida eterna, él quiere que se tiemble ante los terrores del día en el que él aparecerá con la magestad de su triunfo y la omnipotencia de su justicia.

Las sombrías profecías del Maestro pesaban en el alma de los discípulos; el pensamiento de lo que él debía sufrir en Jerusalem, esos deberes severos que él imponía á los que le quisieran seguir, les llevaban al abatimimiento y á un secreto espanto. Si aquel á quien ellos confesaban el Hijo de Dios estaba destinado á morir, ¿qué pasaría con su Reino glorioso? Esta muerte desconcertaba sus esperanzas, ellos trataban de alejar su espíritu, no osando pensar en ello ni aun interrogar al Maestro.

El hombre débil cree escapar á los dolores que le aguardan, cerrando los ojos. Jesús respetó esta debilidad en los suyos, y

1 Marc., VIII, 38; IX, 1.

para reanimar su valor, él calló respecto de esos sufrimientos y les habló de su gloria futura. Un cierto día, sintiéndoles más abrumados, les afirmó con un tono solemne que algunos de entre ellos muy pronto le verían.

—"En verdad yo os digo, varios entre vosotros, aquí presentes, no probarán la muerte, hasta que no hayan visto al Hijo del hombre viniendo con su potestad y con su Reino."[1] Estas palabras misteriosas se refieren á un hecho extraordinario que muy pronto iba á producirse y á justificarles.

Seis días después, en efecto, Jesús llevó consigo á Pedro, Santiago y Juan y les condujo solos al retiro, para orar sobre una elevada montaña. Ninguno de los Evangelios la nombra; el único de los testigos que en sus escritos hace alusión, Pedro, la llama "la Santa."[2] La tradición ha designado al Thabor, y ella nunca ha sido, en el curso de los siglos, interrumpida ni contradecida.[3] Es de notarse, por el contrario, que hasta el octavo siglo, los indígenas llamaban al monte Thabor el "Agé-Mous," denominación que no puede tener por origen sino el "Agion-Oros" de Pedro. El se levanta solitario, en pirámide, como un gigantesco pedestal, á más de seiscientos metros á la extremidad Nordeste del llano de Jizreel. Una garganta un poco elevada le separa de las montañas de Nazareth; sus laderas están cubiertas de hermosas encinas entre las cuales serpentea el camino; la cima es un óvalo aplanado, cuya mitad Sur está cubierta de ruinas,—restos de antiguas fortalezas de la época de los reyes de Israel y de la conquista árabe, restos venerables de tres iglesias levantadas en tiempo de Elena, á Jesús, á Moisés y á Elías.

Desde lo alto de los muros desmantelados de las viejas torres ruinosas, se ve desarrollar toda la Galilea, con sus cadenas de montañas, sus valles, sus llanos y un rincón azul de su lago. La tierra está casi desnuda actualmente; por algunos

1 Luc., IX, 27, 28; Mat., XVI, 28; XVII, 1.
2 Pedro, I, 18.
3 Véase el apéndice L: Autenticidad del Thabor.

puntos negros y grises, se adivinan los raros árboles perdonados por el hacha humana. Por todas partes el césped verde, entrecortado por campos trabajados que se alargan en bandas negruzcas como las tiendas de pelo de los Beduinos. Aquí y allá, ciudades, cuyas casas cuadradas, oprimidas las unas contra las otras, parecen grandes colmenas. La vista se pierde en esta terrible ondulación, de una triste desnudez y de un colorido que recrea. En el fondo del horizonte, al Norte, detrás de los montes de Safed, la cresta blanca del Líbano y la cima del Hermón, semejante á la cabeza nevada de un anciano. Al Este, los montes de Djaulan, gran línea inmóvil de la que algunas cimas perturban el nivel. Más lejos, al Este todavía, las montañas de un azul gris de la Arabia Petrea y del gran desierto. El valle del Jordán se ahueca profundamente, dejando ver del lado del Oriente las gargantas salvajes, por las que se precipitan el Hyéromax, el Zerka y el Arnon, y, del lado del Oeste, los grandes ouady Bisey, Adjloun, que descienden del elevado llano de Jizreel. Al Sur, una gran masa del mismo tinte que los montes de Arabia; esas son las mesetas de Moab que dominan la mar Muerta. Hacia el Occidente, las cadenas ásperas de la Judea, las alturas monótonas de la Samaria, y la larga muralla del Carmelo que limita el llano de Meggido.

La vista busca al Mediterráneo: á través de una cortadura del Carmelo y por una garganta de montes de Nazareth, ella la descubre como una mancha azul sobre el fondo claro del cielo. Esta grandeza prevista completa la inmensidad del horizonte.

Ahí es donde, en el centro mismo de esta Galilea que ha visto resplandecer en su dulzura la belleza del Hijo del hombre, ahí es donde, sobre una cima perdida, anegada en la luz, en una noche de Agosto toda llena de estrellas, Jesús llevó á tres discípulos escogidos, preferidos, y les hizo ver, con una claridad que eclipsó el cielo de Oriente, su gloria eterna.

Durante el tiempo que oró, él se transfiguró ante ellos.

El aspecto de su rostro cambió por completo; él resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve, con una blancura tal que ningún batanero podría igualar.

Y hé aquí que dos hombres se les aparecieron, conversando con él: eran Moisés y Elías, rodeados de gloria; ellos hablaban de su salida del mundo.

Sin embargo, Pedro y los que con él estaban, estaban cargados de sueño. Al despertar ellos le vieron en su gloria, y á los dos hombres con él. Y cuando ellos le dejaron, Pedro dijo á Jesús: Maestro, nos es bueno estar aquí; si queréis, levantaremos tres tiendas, una para vos, otra Moisés y la otra para Elías.

En el mismo instante una nube luminosa se formó y les cubrió con su sombra; y de la nube salió una voz: "Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias, escuchadle."

Al oír esta voz, los discípulos cayeron sobre su rostro, espantados.

Jesús se aproximó á ellos, y les tocó:

—"Levantaos, les dijo, y no temáis nada."

Ellos levantaron los ojos, miraron en su derredor, y no vieron á ninguno. Jesús estaba sólo con ellos.[1]

El muro impenetrable que separa al mundo terrestre del mundo divino es roto por un instante. La humanidad aparece en sus diversos estados.

Sobre los tres discípulos que llevan todavía el peso de la vida y á quienes entorpece el sueño, imagen de la muerte, se ve á Elías y á Moisés,—las almas que han entrado en la eternidad; ellas conversan con Jesús quien las domina y quien, en la unidad de su persona, reunió todos los mundos glorificados. Sus vestidos de una blancura de nieve son el símbolo de lo que llegará á ser la materia, en el tiempo de su renovación divina; su cuerpo luminoso deja ver lo que seremos nosotros

1 Mat., XVII; Marc., IX; Luc., IX.

mismos algún día; su alma, en la que habita el Infinito, revela el destino de todos los espíritus llamados á la vida misma de Dios. La nube luminosa que cubre todo representa al Ser inefable, en cuyo seno todos los elegidos serán recogidos, gozando para siempre de la alegría y de la gloria del Hijo de Dios.

Hé aquí al Cristo en la magestad de su Reino, en la de su Padre y la de sus santos ángeles.

Este prodigio resalta sobre todos los demás. Cuando Jesús habla como maestro á los espíritus, perdona los pecados, convierte con una sola palabra á las almas, cura á los enfermos, ordena á la naturaleza, al viento y á la tempestad, es sobre los seres superiores que él ejerce su acción; al transfigurarse á sí mismo, se convierte en el objeto del milagro. La Divinidad á la cual estaba unido y que se cubre bajo el velo de una carne semejante á la nuestra, penetra un momento esta carne humillada, la arranca de la obscuridad, de la debilidad, de la pasibilidad, de la mortalidad, para revestirla de claridad y de gloria. Cuando Dios inundará con su esplendor á los espíritus y á las almas, cuando las almas, llenas de Dios, cubran con su belleza á los cuerpos á quienes animan, cuando la materia, espiritualizada en todo su reino, sufra la transformación luminosa que la hará digna de servir de habitáculo á los hijos de Dios glorificados á imagen de Jesús, el Reino del Cielo será perfecto.

El aparece en Jesús transfigurado tal como será para todos, en la consumación de los siglos.

Por esta revelación á tres de sus discípulos, Jesús ha querido mostrar á la humanidad entera el fin glorioso al que llegaría yendo á sufrir y á morir. El dolor y el suplicio no son mas que un camino; el término, para él como para nosotros, es la transfiguración de todo nuestro ser en el explendor de Dios.

No son solamente su rostro y su cuerpo los que resplandecen con brillo, sus vestidos tienen la blancura de la nieve: todo lo que toca á Jesús está transformado con su luz.

Dos personajes misteriosos están cerca de él; Moisés, el gran legislador, Elías, el gran profeta; ellos conversan de su salida del mundo, de su "Exodo," que debe tener lugar en Jerusalem. Yendo á morir allí, Jesús cumplió la Ley representada por Moisés y realiza la palabra de los profetas personificados en Elías. El terminará con más grandeza que ellos; él no morirá, como Moisés, con el beso del Eterno; él no será arrebatado como Elías, por el carro de fuego, él se entregará por amor, con una muerte ignominiosa, á la cólera de Dios.

Los discípulos presentes á esta escena que la oración de Jesús había evocado de las profundidas del cielo, estaban dormidos. Al despertar, ellos fueron invadidos de una alegría interior: ellos querían fijarse con su Maestro sobre el Thabor. La presencia íntima de Dios en la conciencia pura, está siempre acompañada con ese estremecimiento inefable con el que se mezcla una especie de sobrecogimiento: con la proximidad del Ser infinito, el hombre se desvanece por su pequeñez.

Dios va á revelar que él está allí bajo la imagen de una nube luminosa cubriendo á Jesús, á Elías y á Moisés, y á los tres Apostóles. Esta misma nube que se había mostrado en el desierto[1] al pueblo de Dios y á la inauguración del templo de Salomón[2], aparecerá todavía en el triunfo de la Ascensión de Jesús. Y salió una voz, la voz misma de Dios, diciendo: "Este es mi Hijo muy amado, mi escogido: escuchadle."

Ha sido precisa una nueva intervención del Padre para persuadir y ordenar á los discípulos el seguir y escuchar á su Hijo en el cumplimiento de su destino doloroso.

Pedro que había dicho á Jesús: "No plazca á Dios! esto no os acontecerá," Pedro escucha hoy la voz de Dios mismo, diciendo: "Escucha á mi Elegido, todo lo que te diga; síguele por todas partes adonde te lleve, cualesquiera que sea el camino." Y para poner en relieve esta autoridad única, soberana, de Jesús, el único Maestro de los hombres, en el mismo ins-

1 Exod., XIII, 21 y sig.; XVI, 10; XIX, 9; XXXIII; XXXIV; XL, passim.
2 Chron., V, 13, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tante el gran legislador y el gran profeta desaparecieron; Jesús queda solo.

La ley, es él; la luz, es él; todo lo que le ha precedido no tiene mas que desvanecerse en su presencia; él muestra, solo, á la humanidad, el término al que ella aspira, y él abre, solo, la vía por la que ella debe marchar; si esta vía es heróica, el fin sobrepuja todavía á nuestras esperanzas. El podrá pedirlo todo, porque él puede prometerlo todo; y si la muerte es un camino, se marchará con él á la muerte para entrar en la vida.

La crítica racionalista que, por sistema, excluye todo elemento milagroso en la vida de Jesús, ha negado el hecho de la transfiguración, en el que todo es prodigio, analizándole hasta en los menores detalles para mostrar la imposibilidad y la inverosimilitud. Ella no ha podido aceptar que el cuerpo de Jesús fuese transformado en cuerpo luminoso y que sus mismos vestidos se hubiesen hecho más resplandecientes que la nieve; la experiencia prueba, sin embargo, que el genio y la virtud pueden dar al rostro del hombre una especie de esplendor inmaterial. Ella ha tropezado con la presencia de dos muertos: Elías y Moisés, como si los muertos estuviesen aniquilados, como si las relaciones entre el cielo y la tierra, entre el reino de los fallecidos y el de los vivos, no fuesen mas que un sueño. Ella se ha preguntado cómo los Apóstoles habían podido reconocer á los dos interlocutores de Jesús, quienes, en la narración no están nombrados, como si su lenguaje ó la imagen tradicional y popular que se hacían los judíos no hubiera podido señalarles. Ella no ha querido comprender el fin moral de esta escena divina, aún cuando sea una garantía más de su historicidad. Ella ha tratado de explicarla; sus tentativas son más débiles que sus objeciones.

La escuela mítica[1] ahí ha visto la invención de los discípulos de Jesús queriendo glorificar á su Maestro y elevarle so-

1 Cf. Strauss, Das Leben Jesu, 2 Band—Weis, Evang Geschichte, 1 Band.

bre Moisés y los profetas; pero no se ve en ninguna parte nacer á esta fantasía; la hipótesis de una leyenda no explica para nada los detalles históricos tan precisos como aquellos que, en los tres Evangelios, ciñen el hecho; ella no da razón de la prohibición severa de Jesús á sus apóstoles de publicar un hecho que, según ella, jamás habría existido; ella está además en contra del testimonio de Pedro, uno de los testigos, escribiendo, algunos años después: "No es según vanas leyendas que nosotros hemos revelado la potestad y la realidad de Nuestro Señor Jesucristo, sino como testigos de su grandeza. El recibió, en efecto, de Dios Padre, honor y gloria. Una voz ha descendido sobre él del seno de esta gloria resplandeciente: Este es mi Hijo muy amado, yo me complazco en él. Y esta voz venida del cielo, nosotros la hemos escuchado, nosotros mismos, estando con él sobre la montaña Santa."[2]

La explicación mítica no prevalecerá nunca contra un testimonio tan formal que excluyó con el mismo golpe la teoría que ensayó cambiar la escena real en una sencilla visión subjetiva. No se comprenderá jamás por otra parte que Jesús haya dado importancia á una ilusión de sus discípulos, y que él haya prohibido el referirla hasta después de su resurrección de entre los muertos.

Un espíritu imparcial y exento de todo sistema estrecho, teniendo que escoger entre la letra de las narraciones evangélicas y las explicaciones que se dicen críticas, jamás vacilará. Las narraciones nos dominan, ciertamente, por su grandeza divina; pero ellos no tienen contra ellas sino esta grandeza misma, y ellos se explican por la potestad de Dios; las hipótesis racionalistas están á nuestra altura, es cierto; pero ellas se estrellan contra la afirmación de los testigos, y ellas no

1 Pedro, I, 16. La crítica, es cierto, ha ensayado combatir la autenticidad de la Epístola, ella no ha producido contra ella ningún argumento decisivo. Todo el contenido de la carta atestigua en favor de la opinión tradicional, y desde el primer siglo, la obra está citada por San Clemente. (Ep. ad Corinth., II, por San Policarpo (ad Thil., n. 1, 2, 5, etc.) y Papias (Euseb., Hist. eccles., III, 39).

2 Mat., XVII, 9; Marc., IX, 8, 9; Luc., IX, 36.

podrían apoyarse sobre nada positivo, para justificarse del reproche de lo arbitrario. A las invenciones fantásticas del hombre la historia del Evangelio opone las manifestaciones positivas de Dios.

La Transfiguración no es un hecho accidental en la vida de Jesús, ella corresponde á las leyes que rigen el desarrollo; ahora, una de las más constantes, es que la humildad del hombre hace siempre brillar en Jesús al Dios oculto: mientras más se humilla en la aceptación voluntaria del sacrificio, del dolor y de la muerte, la divinidad resplandece más en él y le exalta.

Cuando él va á pedir el bautismo de Juan, como un pecador, el cielo se abre sobre su cabeza; en el momento en el que él se resuelve á cumplir toda la justicia, él se escucha llamar el Hijo muy amado del Padre; en pleno triunfo galileo, él renuncia á toda gloria terrestre, rechaza la intervención de un pueblo presto á proclamarle rey, y, en la misma noche, camina sobre las aguas, calma la tempestad, y aparece el soberano de la naturaleza; él viene á declarar á sus discípulos que él debe ir á Jerusalem, á sufrir y á morir; seis días después, hele aquí en la gloria de su Reino, superior á Moisés y á Elías, maestro universal y único, resplandeciente de claridad y de inmortalidad, transfigurado con la luz de su Padre; algunos meses más tarde, abrumado por el pensamiento de sus sufrimientos, él clamará á su Padre: "Sálvame,... ¡Mas yo he venido para sufrir, oh Padre, glorificad vuestro nombre!" Una voz poderosa como el rayo le responderá: "Yo le glorificaré."

Llegada la hora, él se entregará al insulto, á la muerte, bajará al sepulcro; el Espíritu vivo le arrancará de la muerte y de la tumba para arrebatarle á la gloria.

CAPITULO XII.

ULTIMAS PLÁTICAS EN CAPHARNAUM.

El gran medio de afirmar el valor y la voluntad desfallecida, de calmar las vacilaciones del espíritu ante el obstáculo y los peligros, es mostrar, aun cuando no sea sino por un instante, la verdad, la belleza, la santidad y la gloria que resultará del obstáculo vencido. La esperanza, con esta vista, se levanta, las convicciones se enardecen, y el alma, deslumbrada se hace capaz de todo. Al obrar así respecto á tres de sus discípulos, Jesús ha puesto en ellos un germen de energía, y se ha reservado un punto de apoyo para levantarles á todos; el abatimiento, el desaliento, las angustias, vendrán á estrellarse contra el valor y la fe de los tres privilegiados.

Al día siguiente, Jesús descendió con ellos del Thabor. Caminando les dijo:

—"No conteis á nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos." [1]

Los dones divinos exaltan al alma y la hacen expansiva.

1 Mat., XVII, 9 y sig.; Marc., IX, 8 y sig.

podrían apoyarse sobre nada positivo, para justificarse del reproche de lo arbitrario. A las invenciones fantásticas del hombre la historia del Evangelio opone las manifestaciones positivas de Dios.

La Transfiguración no es un hecho accidental en la vida de Jesús, ella corresponde á las leyes que rigen el desarrollo; ahora, una de las más constantes, es que la humildad del hombre hace siempre brillar en Jesús al Dios oculto: mientras más se humilla en la aceptación voluntaria del sacrificio, del dolor y de la muerte, la divinidad resplandece más en él y le exalta.

Cuando él va á pedir el bautismo de Juan, como un pecador, el cielo se abre sobre su cabeza; en el momento en el que él se resuelve á cumplir toda la justicia, él se escucha llamar el Hijo muy amado del Padre; en pleno triunfo galileo, él renuncia á toda gloria terrestre, rechaza la intervención de un pueblo presto á proclamarle rey, y, en la misma noche, camina sobre las aguas, calma la tempestad, y aparece el soberano de la naturaleza; él viene á declarar á sus discípulos que él debe ir á Jerusalem, á sufrir y á morir; seis días después, hele aquí en la gloria de su Reino, superior á Moisés y á Elías, maestro universal y único, resplandeciente de claridad y de inmortalidad, transfigurado con la luz de su Padre; algunos meses más tarde, abrumado por el pensamiento de sus sufrimientos, él clamará á su Padre: "Sálvame,... ¡Mas yo he venido para sufrir, oh Padre, glorificad vuestro nombre!" Una voz poderosa como el rayo le responderá: "Yo le glorificaré."

Llegada la hora, él se entregará al insulto, á la muerte, bajará al sepulcro; el Espíritu vivo le arrancará de la muerte y de la tumba para arrebatarle á la gloria.

CAPITULO XII.

ULTIMAS PLÁTICAS EN CAPHARNAUM.

El gran medio de afirmar el valor y la voluntad desfallecida, de calmar las vacilaciones del espíritu ante el obstáculo y los peligros, es mostrar, aun cuando no sea sino por un instante, la verdad, la belleza, la santidad y la gloria que resultará del obstáculo vencido. La esperanza, con esta vista, se levanta, las convicciones se enardecen, y el alma, deslumbrada se hace capaz de todo. Al obrar así respecto á tres de sus discípulos, Jesús ha puesto en ellos un germen de energía, y se ha reservado un punto de apoyo para levantarles á todos; el abatimiento, el desaliento, las angustias, vendrán á estrellarse contra el valor y la fe de los tres privilegiados.

Al día siguiente, Jesús descendió con ellos del Thabor. Caminando les dijo:

—"No conteis á nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos." [1]

Los dones divinos exaltan al alma y la hacen expansiva.

1 Mat., XVII, 9 y sig.; Marc., IX, 8 y sig.

pero no siempre es bueno publicarlos; por causa de su misma grandeza, ellos no hallan á menudo más que incrédulos; se les profana al descubrirlos. Sepultados en la conciencia que ha sido testigo, ellos la afirman y la iluminan; prematuramente divulgados, su virtud se evapora.

Los tres apóstoles, al mandato del Maestro, guardaron entre sí ese secreto, tratando de comprender y no explicándose lo que él quería decir por estas palabras: "Hasta que él haya resucitado de entre los muertos."

¿De qué resurrección se trataba? ¿Jesús hablaba en sentido figurado? ¿Debía él resucitar materialmente ó hacía alusión al restablecimiento del reinado de Israel después de su muerte? Esta última hipótesis les preocupó.

—¿Qué dicen entonces los Fariseos y los Escribas, preguntaron ellos, que Elías debe venir antes de la restitución del reinado de Israel?

—"Sí, respondió Jesús, Elías debe venir antes de la venida del Hijo del hombre, y restablecer todas las cosas para abrirle el camino; y, como está escrito del Hijo del hombre, es preciso que él sufra mucho y que sea despreciado. Pero, yo os digo: Elías ya vino, y ellos no le han conocido, y como está escrito de él ellos han hecho contra él todo lo que han querido. El Hijo del hombre, igualmente deberá sufrir por ellos."

Los apóstoles comprendieron que él hablaba de Juan Bautista. El dolor se impone como una necesidad á todos los enviados de Dios; Juan Bautista ya le sufrió, y Jesús camina á su encuentro.

Al unirse á los discípulos, al pie de la montaña,[1] vió en derredor de ellos á una numerosa multitud y á los doctores disputando con ellos; su llegada inesperada causó una gran emoción; él tenía todavía alrededor de su frente un reflejo de claridad celestial; se acudía á él, se le saludaba.

—"¿De qué disputáis juntos?" preguntó.

1 Mat., XVII, 14 y sig.; Marc., IX, 17 y sig.; Luc., IX, 37 y sig.

—Maestro, le respondió un hombre del pueblo, prosternado de rodillas, yo os he traído á mi hijo. Tened piedad de él; es un lunático, y sufre mucho, él está poseído de un espíritu mudo. Siempre que el espíritu se apodera de él, le derriba por tierra y arroja espuma, cruje los dientes y se seca. Yo he dicho á vuestros discípulos que le arrojen; pero ellos no han podido.

Esta impotencia de los discípulos debió provocar las burlas y los ataques de los fariseos mezclados á la multitud. Jesús quedó sorprendido sobre todo de la incredulidad general. Todo el mundo carecía de fe: el padre del lunático, los Escribas, el pueblo, hasta los discípulos.

El lanzó un grito de indignación:

—¡Oh! raza incrédula y perversa ¿hasta cuándo estaré entre vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré?

Pero á la sola vista de un dolor que curar ó que consolar, la compasión se apoderaba de él sobre cualquier sentimiento.

—"Traedmelo," dijo.

Tan luego como el niño hubo visto á Jesús, el espíritu le atormentó, le derribó violentamente; y se revolcaba arrojando espuma.

—"¿Cuánto tiempo hace que está en este estado?" preguntó Jesús al padre.

—Desde su infancia. A menudo el espíritu le arroja al fuego y en el agua para hacerle morir. Si vos podéis algo, por piedad, salvadnos.

Esta palabra del padre: "Si vos podéis," no revelaba para nada la fe.

—"Si tú puedes creer," dijo entonces Jesús, "todo es posible al creyente."

Al instante, el padre exclamó con lágrimas:—Yo creo, Señor, ayudad mi incredulidad!

La multitud aumentaba en torno de Jesús. Entonces él amenazó al espíritu impuro:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—"Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de este niño y no entres más en él."

El espíritu lanzó un gran grito, le agitó con violencia y salió. El niño cayó inerte.

Está muerto, se decía.

Pero Jesús le tomó de la mano y le levantó; él se puso en pie. Estaba curado.

La pintura tan viva y tan detallada que el segundo Evangelio nos da del niño enfermo, hace pensar en la epilepsia. Habría error en concluir que esta enfermedad férica exclula la posesión, y que en este caso como en todos los demás, la ignorancia y la superstición únicamente han podido ver ahí una acción del espíritu malo. Jesús no se ocupa de la enfermedad corporal. Los desórdenes violentos que presenta el pobre epiléptico no son para él más que la manifestación de una potestad satánica por la que él está esclavizado.

A este agente misterioso es al que él ordena; al arrojarle, él curó.

Todo el secreto de su acción sobre la humanidad, sujeta á las potestades del mal, se manifiesta en este hecho; es por ella por la que la humanidad libertada escucha la voz de Dios, aprende á alabarle, y halla con la libertad la calma que ninguna vicisitud turba más.

Inmediatamente después, Jesús dejando al pueblo en la admiración de la potestad de Dios, y á los Escribas en su confusión, se refugió en una casa con sus discípulos.

Esta curación les pareció tanto más milagrosa cuanto que ellos habían comprobado su impotencia. Se acercaron á su Maestro, y, en secreto, le dijeron:—¿Por qué no hemos podido arrojar á ese demonio?

—"Por causa de vuestra poca fe, les respondió. Sí, yo os afirmo, si tuviérais fe, como el grano de mostaza, humilde como él, pero fuerte como él, diríais á esta montaña: Pasa de aquí para allá, y la montaña pasaría. Nada os sería imposible.

En la doctrina de Jesús, la fé, en efecto, nos hace participantes de la vida misma de Dios y de su potestad. No es el hombre quien obra en el creyente, es Dios mismo.

En seguida, agregó: "Esa especie de demonio carnal é inveterado, no se puede lanzar sino por el ayuno y la oración."

Esas dos palabras expresan lo que debe ser la fe: por el ayuno, ella nos arranca á todo lo que es materia y fuerza creada; por la oración ella nos une al Ser, á la luz, á la bondad, á la potestad de Dios. El ser humano está derribado; él ya no tiene arraigo en el mundo terrestre para el que muere, él tiene su fuente de vida en el mundo divino, del que llega á ser el instrumento irresistible.

Cuando se sigue á través de los siglos la acción de Jesús sobre las conciencias, se ve que ellas no están salvadas sino por la doble fuerza que él reveló á sus discípulos. Si el hombre de Dios no sacrifica con una abstensión generosa todo lo que es humano, terrenal y creado, si él no se entrega con la oración al amor de Dios, fuente de todas las energías celestiales, él es impotente para levantar á las almas sobre la tierra para conducirlas á la vida del Espíritu, y es preciso que el Cristo invisible intervenga para suplir la debilidad de sus enviados.

Esta plática pasó en las cercanías del Thabor. Jesús partió de allí con sus discípulos en dirección de Capharnaum, atravesando la Galilea; él no quiso despertar la atención del pueblo en ese viaje que se verificó en secreto; caminando, enseñó á sus discípulos.

El pensamiento de su muerte próxima no le abandonaba, él se la recordaba.

Mientras que ellos caminaban, les dijo de repente:

—"Poned estas palabras en vuestro corazón: el Hijo del hombre debe ser entregado á las manos de los hombres; ellos le matarán; y el tercer día después de su muerte, resucitará."

Pero ellos no entendían ese misterio, siempre velado para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos; no solamente ellos no le comprendían, temían interrogar al Maestro á este respecto.[1]

El hombre huye la verdad que ofende á su razón y que á menudo le humilla. Nada era más chocante para los judíos que la idea de un Mesías sufriente y víctima. Los Apóstoles son muy de su raza; aun después de haber confesado con una fe sincera la filiación divina de su Maestro, véseles refractarios á creer en su suplicio y en su derrota momentánea; y, mientras que Jesús conduce su pensamiento á esta idea, para familiarizarles poco á poco con lo que ella tiene de triste y de terrible, ellos piensan, en la gloria de su Reino, y disputan los unos con los otros, á escondidas de su Maestro, respecto de su primado en el Reino mesiánico.

La pequeña carabana llegó á Capharnaum.

Un incidente marcó el regreso.[2] Esta era justamente la época en la que los receptores del fisco recogían el impuesto; ellos se acercaron á Pedro, preguntándole: ¿Acaso tu Maestro no paga la didracma?[3] Mi Maestro la paga, respondió Pedro.

Ahora, como él entrase á la casa para prevenir á Jesús, Jesús fué quien le previno.

—"¿Qué te parece, Simón? le dijo: ¿de quién los reyes de la tierra reciben el tributo ó el censo? ¿de sus hijos ó de los extranjeros?

—De los extranjeros, dijo Pedro.

—Entonces, replicó Jesús, "los hijos están libres. Sin embargo, para no escandalizarles, ve á la mar, arroja el anzuelo, toma el primer pescado que subirá, abre su boca, ahí hallarás un estater; dámelo para mí y para tí."

1 Luc., IX. 45.

2 Mat., XVII, 23 y sig.

3 Algunos autores han visto en el impuesto reclamado á Jesús el impuesto sagrado del Templo. La interpretación puede ser admitida; ella no cambia para nada la significación del hecho. Cf. Lightfoot, Horæ hebraï, et talmud, ad h. l. El impuesto del Templo, como el de los Romanos, era de dos dracmas por cabeza (1 frac. 75 de la moneda francesa). El primero era percibido en el mes de Adar (Febrero), un poco antes del principio del año religioso; el segundo en la fiesta de los Tabernáculos, en el mes de Tischri (Septiembre-Octubre), antes de la renovación del año civil.

Este hecho que el primer Evangelio sólo ha consignado en su narración, contiene una alusión á la filiación divina de Jesús. Si él rechaza todo reinado terrestre, él deja entender que él es el hijo del Rey eterno; con este título, él se declara libre, él y todos los que participan de su Reino. Pero el Hijo de Dios que ha tomado la forma de esclavo, para salvar á los hombres, sabe también, para guiarles, renunciar á sus derechos. La caridad es más elevada que la justicia; revindicar sus derechos es un acto de justicia; sacrificarlos, un acto de caridad; Jesús obedeció á la caridad, y da un ejemplo nuevo de abnegación al hombre tan interesado, tan exigente, cuando se toca á sus derechos é intereses: él pagará el impuesto, pero haciendo resplandecer su potestad divina, y enviando á Pedro á buscar los dos didracmas en la boca de un pescado.

En el mismo momento, los discípulos entran en la casa de Céphas. Cuando todos estuvieron reunidos, Jesús les preguntó:

—"¿De qué hablábais en el camino?"

Ellos callaron, un instante, no osando responder. En fin, ellos confesaron que habían discutido juntos acerca de la primacía en el Reino de los cielos.

Adivínase, por este detalle característico, las pequeñas pasiones que se agitaban en el círculo íntimo del Maestro. Pedro había sido designado como el jefe; Santiago y Juan parecían gozar de cierta predilección. Ahora, esas preferencias marcadas no quedaban sin despertar en los otros algún celo y alguna envidia. Dios es el dueño de sus dones; en vez de gozar con el bien de todos, el hombre egoísta, vanidoso, interesado, se prevale, y, hasta en la proximidad de Jesús, él se mueve, se busca, pondera sus méritos, desprecia los de los demás y aspira á la primacía. De ahí, las disputas agrias, las competencias, las ofensas, las heridas del amor propio.

Jesús conocía esas miserias que turbaban la paz y la unión entre sus discípulos; y á curarlas consagró el último día, tal vez las últimas horas en Capharnaum.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El quiso tener con ellos una plática íntima, [1] y se retiró sin duda á la cámara alta. Habiéndose sentado, llamó á los Doce.

—"Aquel que quiera ser el primero," les dijo, "será el último y el servidor de todos."

En seguida, hizo venir á un niño y le colocó entre ellos:

—"En verdad, yo os digo, si vosotros no cambiais y no os haceis como los niñitos, no entrareis en el Reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño, este es el más grande en el Reino."

Ser el último, el servidor de todos, hacerse pequeño, reconocer la vanidad de su razón y de su ciencia, de su fuerza y de su voluntad, de su virtud y de su genio, de su actividad y de sus ambiciones, de sus intereses, de sus placeres y de su gloria, en una palabra, confesar su propia pequeñez: hé aquí la condición para entrar y para ser grande en el Reino del cielo. Dios no se comunica sino á los humildes y á los pobres, á los hambrientos que claman á él con el sentimiento verdadero de su miseria. Esta es la doctrina reservada de Jesús; él la recuerda á los Doce, mostrándoles á ese niño, como el símbolo de la debilidad, del candor y de la humildad.

La vista de este ser inocente y dulce le emocionó; todo lo que era débil y puro le atraía; le besó.

—"Todo el que reciba en mi nombre á un pequeñuelo como éste," dijo, "me recibe á mí, y todo el que me recibe, recibe aun, no solamente á mí, sino á Aquel que me ha enviado."

Jesús, con su bondad, se identifica con todo lo que es pobre, impotente, desdichado. Ayudar á la debilidad, acogerla por su causa, según su expresión, es ayudarla y acogerla; es acoger al mismo Dios.

Esta exhortación parece haber turbado la conciencia de uno de los Doce.

—Maestro, dijo Juan, nosotros hemos visto á alguno que arrojaba á los demonios en vuestro nombre, y lo hemos impedido, porque él no os sigue como nosotros.

1 Mat., XVIII, 1 y sig.; Marc., IX, 34 y sig.; Luc. IX, 46.

—"No lo impidais," respondió Jesús; "cualesquiera que no está contra vosotros, está por vosotros."

Hacer el bien en nombre de Jesús, es estar en comunión de espíritu con él, y aun cuando no esté visiblemente asociado á la comunidad de los discípulos, se permanece, aislado, un auxiliar útil.

—"Aun cuando no se os diera," agregó, "mas que un vaso de agua en mi nombre, en verdad, yo os digo, no se perderá la recompensa."

Ningún beneficio está olvidado en el Reino; pero ¡desdichados de aquellos que hicieren el mal á los pequeños y á los débiles!

—"El que escandalizare á uno de esos pequeñuelos que creen en mí," añadió con un tono amenazador, "más le valiera que se le atase una piedra de molino al cuello y que se le arrojara al mar."

"¡Desdichado del mundo por causa de los escándalos! Es preciso que ellos lleguen; sin embargo, desdichado de aquel por quien viene el escándalo!"

Jesús quería que se fuese inexorable con la huída y economía de todo lo que lleva al mal.

"Si vuestra mano os escandaliza," dijo con un lenguaje severo, "cortadla y arrojadla lejos de vosotros; más vale entrar mutilado á la vida, que teniendo dos manos, ir al infierno. Si vuestro pie os escandaliza, cortadle, vale más entrar cojo á la vida, que teniendo dos, que ser arrojado al infierno que siempre arde, en donde la polilla no muere y en donde el fuego no se extingue nunca.

"Que si vuestro ojo os escandaliza, arrancadle; vale más para vosotros entrar con un ojo en el Reino de Dios, que teniendo dos ojos, ser arrojado al infierno, en donde la polilla no muere y el fuego no se extingue nunca.

"Porque como toda víctima está salada por la sal que la hace incorruptible, ellos serán salados por el fuego y conservados por él."

"Siéntese en las palabras de Jesús la cólera de la bondad. La justicia es menos terrible que las santas represalias del amor. Inducir al mal á los débiles, á los pequeñuelos sin defensa, ésta es la obra satánica. El mundo en donde reina Satanás, vive de esos escándalos, de esas opresiones, de esta tiranía. El niño que sirve de parábola viva á Jesús, representa á toda la humanidad, con sus ignorancias y preocupaciones que son la debilidad de la razón, sus instintos que son la debilidad de la voluntad, su miseria que es la debilidad de la vida. Explotar semejante miseria, despreciarla, apartarla de Dios sobre todo quien es el verdadero, y el único remedio: hé aquí el escándalo supremo. Jesús tenía á la vista ese crimen que le indigna, ¿el pueblo de Galilea no fué la víctima de los grandes, de los doctores y de los Escribas cuya autoridad, la falsa ciencia, las amenazas y la astucia se esforzaban en apartarle de él? Este espectáculo hizo desbordar su cólera divina.

—"Tened cuidado," añadió, "de despreciar á uno de esos pequeñuelos! Hay en ellos una fuerza celestial que les protege contra sus opresores. Sus ángeles ven sin cesar la faz de mi Padre que está en los cielos."

Jamás el carácter sagrado, el derecho del ser débil, han sido más viva y más tiernamente exaltados. Jesús no agotó nada á este respecto; todo lo que ahí había de compasión y de ternura, de piedad y de amor, brotaba como una fuente viva, inagotable.

—"El Hijo del hombre," dijo todavía, "no tiene más que un destino: salvar lo que está perdido." La humanidad entera se aparecía como el ser débil y separado que él debía sostener y conducir.

—"¿Qué os parece?" dijo á sus discípulos: "Un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se aparta. ¿No deja en la montaña las noventa y nueve, y va á buscar aquella que se perdió? Y si la halla, en verdad, os digo, ella le produce más alegría que las noventa y nueve que no se habían extraviado."

La inmensa bondad de Dios se revelaba así en el pensamiento de Jesús. El Padre es el buen pastor; él no quiere que una sola de sus criaturas perezca, y para hallarla es para lo que envió á su Hijo sobre la tierra.

La verdadera marca de la bondad está en el perdón, Jesús invita á él á sus apóstoles.

—"Si alguno de vuestros hermanos ha pecado contra vosotros, id y llevadle á solas. Si él os escucha, habréis reducido á vuestro hermano; si él no os escucha, tomad todavía con vosotros una ó dos personas, á fin de que, por la palabra de dos ó tres testigos, todo quede tranzado. Si él no os escucha, decidlo á la asamblea de los hermanos, á la Iglesia, y si él no escucha á la Iglesia, que él sea para vosotros como un pagano y un publicano. Lo que atareis en la tierra atado será en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo."

El deber de la caridad es buscar al hermano extraviado, sin cansarse jamás, hasta que ella se choque con la obstinación declarada, invencible. Aquel que se mantiene en el odio y en la injuria no pertenece más á la Iglesia, porque ya no tiene en él el Espíritu de Dios.

—"Mas, al contrario," dijo Jesús, "cuando dos de entre vosotros solamente se avengan en la tierra, cualquier cosa que pidan, la obtendrán de mi Padre que está en los cielos; sí, ahí en donde dos ó tres estén reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos."

Estas sencillas palabras resumen en su esencia misma la obra de Jesús. El es el lazo de aquellos que están unidos en su nombre, y él está en medio de ellos; su Espíritu vivo gime en ellos, apela al Padre y obtiene todo de su misericordia. Jesús trabaja en este agrupamiento de hombres, en esa asamblea universal; los discípulos que le rodean y á quienes prodiga su sabiduría, su potestad, su amor, realizan ya la unidad de su Iglesia que aparece, en ese mismo día, con el poder de perdonar sin cuenta. El Espíritu de que ella vive es misericordia y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piedad; obedeciéndole es como ella continuará la obra de su Maestro en esta humanidad quien, pecando siempre, siempre tiene necesidad de perdón.

Una pregunta de Pedro provocó esta declaración de Jesús respecto al deber y al poder de su Iglesia.

—¿Cuántas veces, preguntó, perdonaré á mi hermano, que peque contra mí? ¿Hasta siete veces?

A la misericordia siempre parcimoniosa del hombre, el Maestro opone su misericordia infinita.

—"Yo no te digo hasta siete veces, yo te digo hasta setenta veces siete."

Todo el espíritu del Reino está ahí. Jesús lo expresa en una parábola conmovedora:

El Reino de los cielos es semejante á un Rey que pidió cuenta á sus servidores. Se comenzó por llevarle uno que debía seis mil talentos; pero él no tenía con qué pagarlos. El Señor ordenó venderle, á él, á su mujer y á sus hijos, para pagar su deuda.

"El servidor cayó de rodillas, suplicando á su señor:

—"Yo os ruego, dijo, tened paciencia, y os devolveré todo.

"El señor tuvo piedad de él y le despidió perdonándole su deuda; pero él, cuando salió de la casa de su señor, encontró á uno de sus compañeros que le debía cien denarios. El le asió de la garganta, y le ahogaba diciendo: Dame lo que me debes.

"El deudor cayó de rodillas:—Ten paciencia, le dijo, y te devolveré todo.

"El fué inflexible é hizo poner á su compañero en la prisión, hasta que su deuda fué pagada. Los demás sirvientes, al ver esto, quedaron indignados, y fueron á referir á su señor lo que pasaba.

"Este hizo llamar al primer servidor:—Mal servidor, le dijo, yo te he perdonado toda la deuda, porque me lo habías suplicado. ¿No debías tener piedad de tu compañero, como yo la tuve de tí?

"Y, no escuchando mas que á su cólera, el señor le entregó hasta que pagase todo.

"Así os tratará vuestro Padre celestial, si no os perdonáis los unos á los otros."

El Reino de Jesús es el reino de la caridad, bajo su forma la más necesaria, el perdón. Cualesquiera que esté incorporado á él, ha sido perdonado de Dios, y desde entonces, nuestro deber es perdonar á nuestros hermanos. La misericordia de Dios es sin límites, la nuestra debe ser como la suya, sin medida. Desdichado del hombre que se rehusa á la piedad. El ser inexorable se chocará con la justicia inexorable de Dios.

Ninguna virtud exige más heroísmo. El hombre parece haber nacido implacable; si él no puede vengarse, él guarda en el fondo del corazón el resentimiento amargo, y al no perdonar, él se alimenta con el deseo de las represalias; Jesús exige el heroísmo, y, al imponerle al hombre, él le recuerda que el hombre debe obrar como Dios.

Se ve con qué familiaridad confiada los discípulos le interrogaban, con qué dulzura él les instruía, les corregía, los educaba. Jamás la conciencia humana ha escuchado lecciones semejantes y ha sido convidada á tales virtudes. Así es cómo en este mundo entregado á todos los orgullos, á todas las divisiones, á todos los odios, á todas las opresiones y las violencias, Jesús trazó en el alma de sus apóstoles los primeros lineamentos de un reino nuevo, fundado sobre la humildad y la mansedumbre, la misericordia y el perdón, el respeto y la salvación de todas las debilidades y de todas las miserias.

Semejante designio supone otro espíritu que el espíritu corrompido del hombre y explica esta palabra misteriosa que termina la plática:

—"La sal es buena," ella preserva é impide la corrupción. Tened en vosotros el Espíritu que es la sal del alma: "No le

dejéis desazonar." El os dará la paz. "La paz sea entre vosotros."[1]

Esta fué la última plática de Jesús en Capharnaum, la víspera de partir para Jerusalem y de abandonar la Galilea.

[1] Marc., IX, 49.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA DE MATERIAS DEL TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Págs.

La crítica y la historia en una vida de Jesucristo..... 9

LIBRO PRIMERO.

LOS ORÍGENES DE JESÚS.

Capítulo I.—Los tiempos..... 89
" II.—Los orígenes de Jesús.—Su concepción. 121
" III.—Los orígenes de Jesús; desde su nacimiento hasta la vuelta á Egipto..... 137
" IV.—Valor histórico de las narraciones milagrosas del nacimiento y de la infancia de Jesús..... 156
" V.—Adolescencia y juventud de Jesús.—Su educación..... 167
" VI.—Vocación de Jesús..... 183

LIBRO SEGUNDO.

JUAN EL PRECURSOR Y LA VENIDA DEL MESÍAS.

Capítulo I.—Los judíos en Judea, en el año 26.—Venida de Juan Bautista..... 201

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

Capítulo II.—Acción religiosa de Juan Bautista.—El bautismo de Jesús..... 227
" III.—Jesús en el desierto.—La tentación.... 246
" IV.—Los principios de la vida pública..... 269
" V.—Jesús en Jerusalem, en la Pascua del año 781.—Primer apostolado en Judea... 286
" VI.—Jesús entre los Samaritanos..... 307
" VII.—Jesús, Hijo de Dios..... 324

LIBRO TERCERO.

EL APOSTOLADO GALILEO.—EL REINO DE DIOS.

Capítulo I.—La Galilea y el reino de Dios..... 347
" II.—Jesús en Capharnaum..... 373
" III.—Curación del leproso.—Oposición de los fariseos..... 397
" IV.—El sermón de la montaña..... 415
" V.—El viaje á Naim..... 439
" VI.—Las parábolas del Reino de Dios..... 457
" VII.—La suprema injuria de los fariseos en Galilea..... 474
" VIII.—Instrucciones á los Doce.—Muerte de Juan Bautista..... 490
" IX.—La crisis mesiánica en Galilea..... 507
" X.—Viaje de Jesús á los confines de Tiro y de Sidón y á través de la Decápolis.... 533
" XI.—La muerte futura del Mesías.—La Transfiguración..... 553
" XII.—Ultimas pláticas en Capharnaum..... 571

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PADRE DIDON

DE LA ORDEN DE LOS FRES. PREDICADORES

JESUCRISTO

Ilerè et hodie, ipse et in sæcula.

TRADUCCION

DEL SR. LIC.

FERNANDO SEGURA Y TORNEL.

TOMO SEGUNDO.



MÉXICO
LIBRERIA MADRILEÑA
PORTAL DEL AGUILA DE ORO NÚM. 7
Esquina al Callejón del Espíritu Santo.

JUAN BUXÓ Y COMP.
APARTADO 58 EL CORREO NÚMERO 750

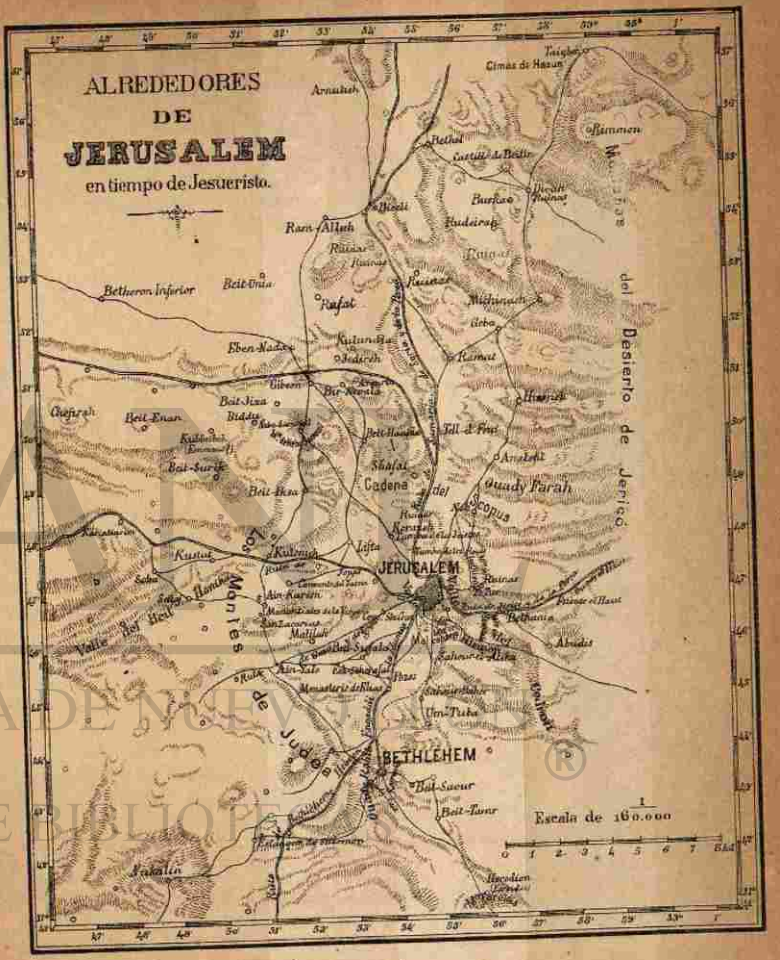
1894

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO CUARTO.

LAS GRANDES LUCHAS EN JERUSALEM.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO I.

LA PARTIDA DE LA GALILEA.

La partida de la Galilea marca el punto culminante de la vida de Jesús y la partición en dos fases distintas. La Galilea y la Judea, hé aquí sus dos campos de acción.

En Galilea, él evangelizó al pueblo, anunció la buena nueva del Reino, promulgó su ley, reunió en pos de él á partidarios fieles y á los discípulos, constituyó á sus apóstoles y fundó las bases de su Iglesia; designó al jefe, y le confirió sus poderes; se reveló él mismo en la divinidad de su función mesiánica, como aquel cuya carne y la sangre serán el pan de vida y la bebida de la humanidad. En despecho de la defección del pueblo, que no ha sabido ni querido comprenderla, su obra está hecha: Jesús puede desaparecer. Si él hubiera dejado la tierra en el Thabor, en la majestad de su transfiguración, nada de esencial hubiera faltado á sus designios. Pero la voluntad del Padre celestial era que su Hijo afrontase la muerte. El Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo en donde imperan la violencia y el odio, el egoísmo y el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

orgullo, debía ser inmolado. La Galilea tuvo la gloria de verle obrar y vivir, la Judea y su metrópoli le verán morir.

Dejar la Galilea y volver á la Judea, fué para Jesús ir al encuentro de las grandes luchas; él se resolvió á ellas con una heróica firmeza. "Los días," dice San Lucas, "en los que él debía ser arrebatado de este mundo se habían cumplido, él volvió su rostro resueltamente á Jerusalem." [1]

Seis meses le separan de la muerte; ella es en lo sucesivo su pensamiento único, él consagra á prepararla el resto de su vida, y sólo él tiene el secreto de este porvenir abrumador. En diversos intervalos, él la profetizó á sus discípulos que no podían creer en ello. Si ellos perciben alguna lucha ardiente que sostener, la fe en la potestad de su Maestro les asegura, y su naturaleza belicosa de Galileos les enardece; la defección del pueblo no ha conmovido su confianza, y ellos viven con el pensamiento de la gloria que les promete su situación privilegiada cerca del Mesías.

El viaje de Jesús á Jerusalem fué marcado de incidentes diversos que ponen en relieve su calma, su sabiduría y su dulzura inalterable.

La fiesta de los Tabernáculos, una de las más grandes solemnidades judías, se acercaba. [2] Ella cayó, en el año 29, el 12 de Octubre.

Ya se formaban las caravanas en las ciudades y en las aldeas de la Galilea para Jerusalem; los parientes, los amigos y los vecinos se reunían y preparaban su partida. Los primos de Jesús,—á los que el Evangelio llama sus hermanos, los hijos de María, hermana de su Madre, y los del hermano de José el carpintero,—vinieron á comprometerle se pusiera en camino. Después de la fiesta de los Purim, él no había vuelto á Jerusalem, [3] en donde había dejado algunos discípulos ocul-

1 Luc. IX, 51.
2 Juan VII, 2-10.
3 Véase el libro II. cap. VII.

tos.—Ve pues á Judea, le dijeron sus parientes, á fin de que tus partidarios sean testigos de tus prodigios. Ninguno obra en secreto, cuando él mismo desea aparecer. Muéstrate al mundo.

Cuando Jesús rebeló al pueblo galileo, esos mismos parientes le trataban de energúmeno y querían arrancarle de su obra; hoy, viéndole abandonado, le dan los consejos de una sabiduría vulgar. Si él es el Mesías, como él lo pretende, no es en la Galilea ignorante quien no le comprende, sino en la metrópoli, ante los jefes y los maestros, á donde él debe mostrarse. Ellos hubieran querido de él evidentemente, una manifestación conforme á sus preocupaciones nacionales, algunas señales del cielo, como las reclamaban, obstinadamente y con acritud, sus peores enemigos. Ellos no creían en él. Su seguridad les importaba poco. Ellos debían saber, sin embargo, que en Jerusalem ya se había hablado de entregarle á la muerte.

—"Mi tiempo no ha llegado todavía," les dijo Jesús; "pero el vuestro siempre está presto." Y él les recordó los odios que rugían en derredor de él, amenazantes.

—"El mundo no podría odiaros á vosotros; pero él me odia, á mí, porque yo le condeno y doy de él el testimonio que sus obras son malas."

Casi toda su parentela, juzgando su misión bajo un punto de vista terrestre, la consideraba como una obra abortada en Galilea, porque el pueblo le abandonaba, porque los Fariseos le detestaban y le rechazaban; él les insinúa que el odio con el que se le persigue y que les escandaliza está ligado al cumplimiento de su tarea. El no podría ser aclamado por el mundo, porque él es la condenación de sus vicios; su palabra y su vida misma levantarán contra él sus furores. Siempre vivo, siempre amado, siempre odiado; hé aquí su destino. El se avanza, escoltado por el amor de los pequeños y por la hostilidad de los poderosos; pero él sabe el tiempo y la manera de afrontar esta hostilidad ó de huirla, y él no toma consejo sino

de la voluntad de su Padre para determinar el momento y el modo de su acción.

—"Id, vosotros, á esa fiesta," dijo él á los suyos; "por lo que toca á mí, yo no voy aún,[1] porque mi tiempo no ha llegado todavía."

La respuesta es manifiestamente evasiva; Jesús permanece reservado respecto á su familia, quien no sabría comprender y no puede sino entorpecer sus designios.

Las caravanas partieron; Jesús se quedó. Su intención era de subir á Jerusalem un poco más tarde, á escondidas de la multitud. Sólo sus discípulos fueron instruidos de sus proyectos. El dejó la Galilea con ellos y tomó el camino directo de Judea, á través de la Samaria.[2] El había enviado delante de él á algunas gentes para anunciarle. Ellas entraron á una aldea samaritana, á fin de prepararle alojamiento; pero él no fué allí recibido, porque parecía ir á Jerusalem. El había, al principio de su vida pública, hallado una acogida solícita en esta misma Samaria,[3] más los días felices eran raros: él entró en el período doloroso y amargo.

La abnegación y hospitalidad irritó á los discípulos. Dos de entre ellos, Santiago y Juan, los preferidos del Maestro, sintieron más violentamente la injuria.—Señor, ¿lo queréis? Ordenemos al fuego del cielo descender y consumirlos.

Esta palabra, de un celo inmoderado, prueba á qué grado los Apóstoles tenían fe en la omnipotencia de Jesús. La vista de su gloria en el Thabor la había arraigado en ellos y exaltado; el ejemplo de Elías, su ardor impetuoso les venían á la memoria.

Jesús se volvió á ellos y les hizo esta reprimenda severa:

—"Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; el Hijo del

1 Nosotros añadimos al texto de la *Vulgata* la palabra *todavía, aún*, bajo la fe del *Codex Vaticanus;* él hace desaparecer la contradicción aparente entre la respuesta de Jesús y su conducta ulterior.

2 Luc., IX, 52 y sig.

3 Véase el libro III, cap. VI.

hombre no ha venido á perder la vida de los hombres, sino á salvarlos.

En efecto, en esta misma hora, él no iba á combatir y á matar, él iba á morir y á dar su vida. El hombre se irrita y se venga; egoísta y violento hasta en su religión, no teme invocar á Dios para el servicio de su cólera ó de su venganza, Jesús no conoce sino el amor que soporta la injuria; perdona y, en vez de matar á sus enemigos, muere por salvarles.

La pequeña caravana se dirigió á otra aldea, pero es probable que, queriendo evitar la Samaria inhospitalaria, ella descendió al valle del Jordán, para seguir la ruta ordinaria que pasa por Jericó y sube á Jerusalem, á través del desierto de Judá.

Mientras ellos caminaban,[1] un hombre, un Escriba, vino á Jesús y le dijo:—Yo os seguiré por doquiera que vayáis, Maestro.

—"Los zorros, respondió Jesús, tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, mas el Hijo del hombre no tiene en donde reclinar su cabeza."

Jesús nada tiene, ni aun una habitación. En Capharnaum, él recibió la hospitalidad de Pedro; hoy se marcha no teniendo albergue seguro, y el que quiera ser su discípulo debe participar de su suerte. El Escriba comprendió la necesidad de este desinterés absoluto? ¿Se alejó alentado, desconcertado? No se sabe.

Entonces, Jesús dijo á otro: "Yo soy."

—Maestro, permíteme primero ir á sepultar á mi padre.

—"Deja á los muertos sepultar á los muertos; por lo que á tí toca ve y anuncia el Reino de Dios."

Lo que la Ley imponía al Nazir,[2] Jesús lo pide á sus apóstoles, pero con otro espíritu. El apóstol es el verdadero Nazir, por completo consagrado á la obra divina del Reino. Cuan-

1 Luc., IX, 57 y sig.

2 Cf. Levit., XXI, 2; Núm, VI, 6, 7; Exod, XIX, 14; Os, IX, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do los deberes están en conflicto, los más elevados le llevan. Seguir á Jesús primero que todo. Nada de humano,—ninguna convención social, ni aun la más legítima,—podría entorpecer ni un instante á aquel que es llamado; él está regido por una ley más elevada que no sufre ningún retardo. A cada cual su tarea: los que permanecen, entre los muertos, bastarán para sepultar á los muertos; los vivos no tienen mas que difundir la vida, para esclarecer, consolar y salvar á los vivos.

—Maestro, le dijo otro, yo os seguiré; pero dejadme disponer antes de lo que tengo en mi casa.

—"Todo el que ponga la mano en el arado y vea para atrás," respondió Jesús, "no es apto para el Reino de Dios."

Las cosas de la tierra, los intereses mundanos, todo lo que pasa, en una palabra, no debe preocupar al obrero que Jesús convida á su obra; él pertenece por completo al Reino de Dios. Este es el trabajador del Padre, que no tiene mas que ver derecho en el campo del Padre para ahí cavar su surco.

Estos tres hechos tan característicos no nos enseñan solamente la firmeza y el heróico desinterés exigidos por el Maestro, ellos hacen revivir y animan todo ese viaje que él había querido cubrir de misterio.[1]

Jesús no estaba acompañado mas que de sus discípulos, y meditaba enviarles en misión, de dos en dos, como ya había enviado á sus Apóstoles. Eligió setenta y dos, les ordenó ir á las ciudades y á las aldeas de la Judea oriental y de la Perea, mientras que él proseguía su camino para Jerusalem; y él les fijó en la región de más allá del Jordán un lugar de cita que los documentos no han mencionado. Previendo que su permanencia en la metrópoli levantaría una oposición por la cual él estaría aun obligado á huir, proyectó volver hacia sus discípulos para continuar con ellos su obra de evangelización á través de los países que no habían escuchado de su boca la buena nueva.

1 Juan, VII, 10.

Antes de dejarles, él les habló de la cosecha que se tenía que hacer, siguiendo una expresión que él amaba.

—"Ella es grande, dijo, y los obreros son pocos. Suplicad al dueño de la casa que envié obreros al campo para segar." Después, renovando las instrucciones que ya había dado antes,[1] á los Doce, les despidió.

—"Yo os envío, como á los corderos en medio de los lobos."

La tarea es la misma. La táctica será la misma. Los poderes conferidos son los mismos. Los mismos peligros que correr. La misma pobreza, el mismo celo. El mismo espíritu de dulzura y de paz. Ninguna venganza contra los infieles que cerrarán su puerta á los enviados. Sacudir el polvo de los pies, en la casa ó en la ciudad ingrata y dejarla al juicio de Dios.

Las ciudades de Galilea volvieron á la memoria de Jesús. Tuvo una exclamación conmovedora de desdicha contra ella, contra Bethsaida, Korazim, Capharnaum, quienes le habían despreciado. En seguida, se volvió á sus discípulos, y puso en ellos, con su palabra, su alma y su Espíritu.

—"Id, el que os escucha me escucha, el que os desprecia me desprecia; y aquel que me desprecia, desprecia á Aquel que me ha enviado."[2]

Jesús continuó su camino para Jericó y Jerusalem.

Desierta y muda actualmente, ella estuvo entonces llena por

1 Véase el libro III, cap. VIII.

2 No se explica para nada que ciertos críticos hayan creído poner en duda la autenticidad de esta misión de los setenta y dos discípulos, y se hayan permitido ver en ello una invención del Evangelista que sólo la refiere y que hubiera querido, según ellos, exaltar el ministerio de San Pablo y de sus ayudantes de los que los setenta y dos deben ser los precursores. La historia no se escribe con semejantes hipótesis: ella quiere testimonios positivos. Ahora, San Lucas afirma claramente la misión de los Doce y la de los setenta y dos discípulos. Nadie *á priori* puede hacer vacilar esta afirmación. Si él solo refiere el hecho, es porque el solo describe en detalle este período de la vida de Jesús. Por otra parte, menos se está autorizado en tratar esta narración de invención paulinisana, cuanto que una obra cuyo origen judío-cristiano es incontestable, pone en boca de San Pedro estas palabras decisivas sobre la cuestión: "El, primero nos eligió, á nosotros, los Doce, á quienes llamó Apóstoles; después, todavía eligió otros setenta y dos discípulos entre los más fieles."

* Clement. Recognat., I, 24.

los grupos de peregrinos y las ricas caravanas de la Gaulonitide, de la Araunitide, del país de Damasco y de Galilea. El paisaje es pintoresco y grandioso, lleno de variedad, de austeridad y de luz. Dirigiéndose al Sur, se alarga á la derecha la montaña desnuda árida, ya levantada en cono, como el Korn–Zartaba, ya apozonada y redondeada. La roca esterilizada, devastada por las lluvias, deja ver su calcáreo parduzco cuyas estratificaciones agitadas por los volcanes dibujan en los flamos escarpados de los ouady festoneamientos gigantescos. En frente, se ve el cielo, abierto sobre el llano del Jordán y la mar Muerta, ceñida por las dos cadenas de montes de Moab y de Judea, de un azul violáceo.

Un silencio infinito se agrega á la majestad y á la inmensidad de esta majestad.

Jesús ha pasado por ahí más de una vez, seguido de algunos discípulos. En este desierto, él enseñó al mundo en su persona, sembrando su palabra que cubre hoy á la humanidad como una cosecha madura.

Al aproximarse á Jericó, la naturaleza se hace más salvaje, la desolación aumenta, el raro césped desaparece: este es el desierto con su arena, sus guijarros, su desnudez. Desde que se ha franqueado el ouady Newmaimeh, y se ha torcido la punta del Djebel Herbet–Samar, el llano de Jericó aparece, derrepente, verdioso como un oasis. En tiempo de Jesús, Jericó era la ciudad de las rosas y de las palmeras; hoy, la verdura es estéril. Las palmeras y las rosas han hecho lugar á los zarzales espinosos; montones de ruinas, en el circo, en las thermas, en los palacios de la ciudad herodiana; y las hermosas aguas de Ain el–Sultán se pierden á través de los campos abandonados.

Después de haber pasado la ciudad, el camino tuerce al Oeste y se interna en la montaña, remontando el ouady el–Kelt. Ni un sólo árbol á lo largo de la ruta. Siempre la montaña árida y parduzca como la ceniza; siempre los fondos del valle semejantes al lecho pedregoso, seco, del torrente.

La aspereza de esta naturaleza no se dulcifica sino hasta las cercanías del Khan el–Achmar. La línea de montañas se redondea, el cesped verdeguea, los valles se cubren de espigas, los rebaños reaparecen sobre las colimas, las aldeas se muestran en lontananza, la vida renace.

El Khan el–Achmar ha sido, desde tiempo inmemorial, una parada para las caravanas. Jesús debió de reposar ahí. Una antigua tradición ha situado ahí mismo un episodio del viaje referido con detalles por San Lucas. La narración evangélica parece confirmar esta tradición; ahí se trata, en efecto, del camino de Jerusalem á Jericó, y se sabe que la enseñanza del Maestro lleva casi siempre el sello del tiempo y del lugar, de las menores circunstancias en las que fué dada.

Jesús estaba sentado, rodeado de sus discípulos y de otras personas entre quienes estaba un Escriba.[1] El Escriba se levantó para poner á prueba la sabiduría de Jesús.—¿Qué haré, le dijo, para entrar en la herencia de la vida eterna?

—"En la Ley," respondió Jesús, mostrándole sus filacterias y los pasajes que ahí estaban escritos, "en la Ley, ¿qué está escrito? ¿Cómo lees tú?

—Esto: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu; y á tu prójimo, como á tí mismo.

La respuesta era perfecta. Jesús la aprobó: "Haz esto, y vivirás."

Tal es la fórmula eterna de la vida. La Ley como el Evangelio, Moisés como Jesús, la proclaman. Toda conciencia la revela, si ella escucha todo lo que Dios enseña á toda criatura inteligente. Para todos, el egoísmo es la muerte y el instrumento de la muerte; el amor es la vida y la fuente de la vida. El Evangelio no excede á la Ley y á la conciencia entregada á sí misma, sino enseñando cómo se ama y dando la fuerza de amar. Sólo él, nos instruye respecto á la palabra

[1] Luc., X, 25 y sig.

"prójimo;" sólo él, nos muestra al Dios que arrebata al corazón, invade al alma, ordena á nuestras fuerzas y alumbra á nuestro espíritu; él solo, crea en nosotros este amor soberano de Dios sin el cual el amor del prójimo no es sino una palabra.

El Escriba, en vez de confesar su impotencia ante un ideal tan perfecto, en vez de preguntar cómo podría amar de esta manera, no piensa sino en suscitar una nueva cuestión, á menudo debatida en las escuelas judías y rabínicas, y cuya solución no servía más que para legitimar su odio nacional y religioso. El sabía, sin duda, que Jesús era el amigo de los paganos, de los publicanos y de los pecadores, y á fin de parecer justo y confundir al Maestro:

—¿Quién es mi prójimo? le preguntó insidiosamente.

Jesús le replicó en parábola:

—"Un hombre bajaba por este mismo camino, de Jerusalem á Jericó. Encontró á los ladrones que le despojaron, y quienes, después de haberle herido, le dejaron medio muerto.

"Ahora, aconteció que un sacerdote bajaba por el mismo camino. El sacerdote le vió y pasó de largo. Un levita, que vino ahí, le vió, é igualmente siguió de largo.

"Pero un Samaritano que viajaba llegó cerca de él, y al verle, tuvo piedad. Se aproximó, vendó sus llagas, y vertió aceite y vino; en seguida le puso sobre su caballo, le condujo á una hostería, y tuvo cuidado de él. El día siguiente, sacando dos denarios, se los dió al hostelero:—Tened cuidado de él, y todo lo que gastéis demás, yo os lo devolveré á mi regreso.

—"De estos tres, el sacerdote, el levita y el samaritano" dijo entonces Jesús, mirando al Escriba, "¿quién te parece haber sido el prójimo de aquel que cayó entre los ladrones?"

El Escriba no osó decir: El Samaritano: sus preocupaciones le encadenaban; pero se le escapó una palabra profunda que la parábola de Jesús le inspiró:—El prójimo, respondió, es aquel que tuvo piedad.

—"Vete," dijo Jesús, "y haz lo mismo. Ten piedad. Y vivirás."

Llevar á ese Escriba á reconocer al verdadero prójimo bajo los rasgos de un Samaritano—el ente desdeñado y despreciado entre todos,—es un triunfo de la dulzura persuasiva, del arte exquisito, del sentido lleno de fineza, con el cual Jesús esclarecía y tocaba á las almas más deformadas por la falsa cultura y por la vana ciencia.

Nada de categoría, nada de barrera entre los hombres. Ellos son todos, cualesquiera que sea su religión, su raza, su estado social, doblegados por la misma ley del dolor. Ellos sufren y pueden sufrir; ellos deben, los unos á los otros, amarse y servirse: el prójimo es á la vez el desdichado que tiene necesidad de piedad, y el bondadoso que sabe tener piedad. Ninguna filosofía, ninguna religión, le ha enseñado como Jesús. La naturaleza le oprime, pero es preciso que el Cristo, con un rayo de luz y un soplo de su Espíritu, le libre de su egoísmo y de sus preocupaciones, para que ella pueda decirla y tenga el valor de practicarla.

Siguiendo el camino de Jericó á Jerusalem, Jesús llegó á Bethania, [1] esa aldea que San Lucas no nombra y en la que una mujer, llamada Marta, tenía su residencia. Ella vivía allí con Lázaro, su hermano; su hermana María Magdalena, en esta época, allí se había retirado. La pecadora convertida, que había llegado á ser una de las secuaces más celosas del Maestro, se había consagrado á servirle en las fatigas y los viajes de su apostolado. Cuando Jesús resolvió venir á Jerusalem y á Judea, ella debió estar advertida, y se fijó en Bethania, en la casa de Marta, á fin de hallarse cerca del Salvador.

En otro tiempo, Bethania con sus olivares, sus higueras, sus almendros, sus jardines en terraza, fué una aldea encanta-

[1] Luc. X, 38 y sig.

dora, en donde la vista reposaba, después de las regiones desoladas que se atraviesan al venir de Jericó. En la actualidad no es más que un lugarejo miserable de veinte ó treinta chozas construidas con las piedras arrancadas á los viejos edificios. Sobrepuestas las unas á las otras, esas chozas se apoyan sobre la colina. La pequeña cúpula de una mezquita designa aproximadamente la tumba de Lázaro. Una torre cuadrada, en hermosos trozos, desmantelada, domina á la aldea, y, parece guardar sus ruinas. ¿En dónde estaba la casa de Lázaro y de Marta en la que Jesús se detuvo? De la Iglesia levantada para conservar la memoria, no resta más que piedras esparcidas, fragmentos de columnas, fustes y capiteles rotos. Los más dulces recuerdos evangélicos envuelven á ese rincón de tierra; no se vé más que la casa de Simón, pero se respira todavía en espíritu el olor de los perfumes que Magdalena derramó allí sobre la cabeza de Jesús.

Jesús llega hoy á la residencia de Marta. La tradición no ha olvidado la hospitalidad que ahí recibió.

Según su costumbre, él había tomado lugar para la comida en el lecho de honor. La hermana de Marta, María, se había venido á sentar, también ella cerca del Maestro, á sus piés, escuchando su palabra. Marta, por el contrario, se afanaba, distraída y absorta por diversos cuidados. Ella se detuvo delante de Jesús y le dijo:—Señor, ¿no véis que mi hermana me deja servir sola? Decidla que me ayude.

—"Marta, Marta," respondió Jesús, "tú te inquietas y te turbas por muchas cosas; una sola es necesaria." En seguida, haciendo alusión á la parte de elección reservada al huésped que se acogía, agregó: "María ha escogido la mejor parte, ella no le será quitada."

Este cuadro de un sentimiento tan verdadero, de un trazo tan vivo, permanecerá velado á los ojos de aquellos que no reconocen en Jesús al huésped divino que veían Marta y Magdalena.

Es poco el servirle, rodearle de atenciones y de honor; escucharle, mirarle y amarle, beber á grandes tragos la vida en su palabra, hé aquí lo esencial, lo necesario. El corazón profundo de Magdalena le había comprendido; ningún homenaje vale más que éste. Jesús prefiere al alma ávida de escucharle á el alma muy celosa que le prodiga todos los deberes de la hospitalidad.

Estas dos mujeres son los dos tipos dominantes de la humanidad regenerada. El festín se continúa en la Iglesia; Jesús ahí habla. Al lado de las naturalezas empeñosas y distraídas, agitadas y turbadas, como Marta, vénse, á sus pies, inmóviles y encantadas, aquellas que han escogido, como Magdalena, la mejor parte, que nada, ni aun la muerte, les quitará.

Dejando á sus huéspedes de Bethania, Jesús tomó el camino de Jerusalem y subió el monte de los Olivos. El peregrino que venía de Jericó gustaba hacer alto sobre esa cima, antes de entrar á su cara Sión. Al verla aparecer derrepente ante su vista, más allá del valle de Josafat, él estuvo sobrecogido de una religiosa emoción y de un estremecimiento patriótico.

Jesús se detuvo para orar.[1]

Una tradición venerable ha colocado en este lugar la escena referida por San Lucas y que forma el último episodio de este viaje en el que se sigue al Maestro paso á paso desde Capharnaum.

Su oración tenía siempre para aquellos que le rodeaban algo de solemne. El se aislaba; sus discípulos aguardaban en silencio que él viniera á unírseles. Ese mismo día, cuando hubo terminado, uno de ellos le dijo: Señor, enséñanos á orar, como Juan enseñó á sus discípulos.

Esta era la costumbre de los maestros religiosos, entre los Judíos, de dar á sus discípulos fórmulas para recitar constantemente y sin cambiar una palabra. El gran Profeta todo lle-

1 Luc. XI, 1 y sig.

no de la necesidad de la penitencia, de la regeneración, de la fe en el Mesías, de la santidad del Espíritu, de la espiritualidad del Reino de Dios, debió reasumir esas verdades en una oración que ha permanecido desconocida. Jesús, en su sermón de la montaña, habiendo ya enseñado á sus discípulos cómo ellos debían orar, se sorprende que uno de ellos actualmente le haga esta pregunta. Es probable que no se trató más, como otras veces, de una fórmula común á todos, sino de una fórmula reservada, á aquellos que se aproximan al Maestro más cerca. Semejante pregunta revela en aquel que la expresa un deseo secreto de verse el objeto de las preferencias de Jesús. Nada más verosímil; ese deseo penetra á cada instante en su cortejo íntimo. Quizá también, aquel que dirige la pregunta sea uno de los antiguos discípulos de Juan, y acordándose de una de las oraciones que él había recibido de boca del Bautista, pide una semejante á su nuevo maestro.

—"Cuando oréis," respondió Jesús, "decid:

"Padre, santificado sea tu nombre.

"Venganos tu reino.

"Danos el pan de cada día.

"Perdonanos nuestros pecados, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

"Y líbranos de la tentación."[1]

Lo que el Maestro había enseñado en la montaña, aquí lo enseña todavía. No hay dos oraciones, una para la multitud y otra para los individuos, una para el vulgo, otra para los preferidos; el mismo Espíritu está en todos los miembros del Reino, hablando á todos y en todos el mismo lenguaje. Todos llaman á Dios su Padre: ¿no tienen todos las mismas aspiraciones, las mismas esperanzas, las mismas necesidades, las mismas miserias, los mismos peligros? Todos quieren que el Padre sea conocido en su verdad, en su potestad, en su santidad. El está sobre todo lo creado; pero su voluntad gobierna todo,

1 Véase el Apéndice M. Los dos textos del Pater.

su amor está esparcido sobre toda criatura, y toda criatura pide que su reino llegue por la aceptación de esta voluntad y de este amor.

Nada de ateísmo, nada de idolatría, nada de vana religión en la que el hombre tome el lugar de Dios.

Todos tienen necesidad para vivir, ellos piden al Padre el pan de cada día. Todos son culpables, ellos apelan al perdón del Padre, y á fin de obtenerle, dicen: Perdona, como nosotros perdonamos. Todos están en lucha con el Malo quien les impulsa al mal, y ellos claman al Padre no entregarles.

Se puede hallar en los libros religiosos las mismas palabras, esparcidas aquí y allá; en ninguna parte se hallará el mismo acento. El deber y la necesidad de hablar á Dios como á nuestro Padre, hé aquí lo que Jesús ha creado.

El suprime todas las vanas peticiones que el egoísmo y la aspereza terrenal multiplican en las falsas oraciones á las religiones. El hombre no piensa más en él, piensa en su Padre, en su gloria, en su reino. Respecto de él, lleno de la conciencia de su miseria, de sus faltas y de la tiranía con la que el mal le abruma, no tiene necesidad sino del pan, del perdón y de la santa libertad.

Que hombre no cesa de implorar esos dones divinos: el Padre está vivo, está presente, él tiene la fuerza y la bondad; y él escucha al hombre que le pide.

Con estos sentimientos, de los que su alma estaba llena, es como Jesús dijo aun á sus discípulos:

—"Si uno de vosotros tiene un amigo á quien vaya á buscar durante la noche, para decirle: Amigo mío, préstame tres panes: uno de mis amigos ha venido conmigo en el viaje á mi casa y yo no tengo nada que darle, y que del interior de la casa el otro responda: No me importunéis; la puerta está cerrada, mis sirvientes están en la cama como yo, yo no puedo levantarme y daros nada; si el primero continúa llamando, yo os lo digo, aun cuando él no se levantara y no le diera nada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

porque él, su amigo, por causa de su inoportunidad, él se levantará y le dará todo aquello de que tiene necesidad.

"Y yo, os digo: Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque el que pide, recibe; y el que busca, halla; y á quien llama, se le abre.

"¿Hay entre vosotros un padre que no escuche la petición de su hijo? ¿Si le pide pan, le dará una piedra? ¿Si le pide un pescado, le dará una serpiente? ¿Y si le pide un huevo, le presentará un escorpión?

"Si, pues, vosotros que sóis malos, sabéis dar á vuestros hijos buenas cosas, con cuánta mayor razón vuestro Padre celestial dará el Espíritu bueno á quien se lo pida!"

Jesús amaba estas imágenes populares, sacadas de los más sencillos hechos de la vida. Las provisiones de viaje, los panes, los huevos, el pescado, la llegada imprevista del amigo, la puerta del huésped cerrada ya, todos esos detalles se convierten para él en ocasiones de instruir y de elevar el alma de los suyos. Con lo que pasa, él recuerda las verdades que permanecen, él se sirve de las pequeñeces que nos absorven para volvernos hacia las realidades divinas que olvidamos.

Cuando Jesús, después de su oración y esta plática con sus discípulos, descendió la colina y se encaminó hacia Jerusalem, pudo apercibir á la ciudad en todo el brillo resplandeciente de la fiesta de las Cabañuelas.[1]

La solemnidad duró una semana desde el décimo quinto hasta el vigésimo tercero día del mes de Tischri (Octubre). Ella recordaba á los judíos, por sus ritos sagrados, grandes recuerdos: el viaje de sus padres al desierto y los beneficios con que Dios les había llenado. Durante esos días, en memoria de la peregrinación á través de esa tierra árida, ellos abandonaban sus moradas y habitaban bajo tiendas de follaje, que se le-

1 Cf. Exod., XXIII, 16; Levit., XXIII; Deut., XVI.

vantaban por todas partes, alrededor de Jerusalem, en las calles y en las plazas, y hasta sobre las terrasas de las casas. Hubiérase dicho que era un campo de nómadas.

Una libación que tenía lugar, todas las mañanas, en el Templo hacía pensar en el agua viva que brotó de la roca tocada por Moisés. Dos candelabros encendidos, en la noche, en el atrio, simbolizaban la nube de fuego que guió la marcha de los viajeros, por la noche. La sangre de los toros, de los carneros, de los corderos, corría sin cesar. Las ofrendas y las libaciones afluían. En señal de alegría, los fieles llevaban en la mano ramas de limoneros y de sauz, entrelazadas por una hoja de palmera, viniendo en procesión alrededor del altar.[1] Ninguna fiesta, entre los judíos, era más alegre. Como ella coincidía con el fin de las cosechas, se entregaban á regocijos que nada tenían de religiosos y que recordaban las solemnidades paganas. Esta no era la sencillez primitiva del tiempo de Esdras. En medio de este tumulto y de este exceso, no había lugar para la piedad, la religión de la conciencia, el culto en espíritu y en verdad.

Ahí fué por tanto, en esta multitud agitada, en ese Templo en donde no se trata sino de ventas y compras de víctimas, de inmolación y de ritos exteriores, entre los doctores que no piensan sino en sus purificaciones y en sus discusiones formalistas, á la vista del Sanhedrín y de los grandes sacerdotes embriagados de su poder é inexorables contra aquellos que les desafían, ahí es en donde Jesús volvió para librar el combate supremo.

El viaje que termina marca el fin de sus días tranquilos. El entra en la lucha decisiva. A medida que él afirmará más fuertemente, más netamente, lo que él es y lo que quiere, su filiación divina y sus derechos, su papel mesiánico y su obra, la oposición se va á desplegar con fuerza, la discusión se va á envenenar, las pasiones á encenderse, los complots á urdirse,

1 Cf. Antiq; III, 10, 4; Sucrah, C. V; Hal; 2.

las amenazas á agitarse, hasta que el más terrible, el más inexorable de todos los odios, el odio religioso, arrastre á la autoridad á dar el golpe de muerte.

Jesús guarda una calma divina.

Todos esos episodios tienen un carácter de dulzura y de paz que reflejan la serenidad del Maestro.

Cuando él llegó, se estaba en la mitad de la fiesta.[1] Los judíos le buscaban entre la multitud de peregrinos. Su recuerdo, en Jerusalem, había quedado vivo, no solamente en el Sanhedrín que seguía con una vista inquieta su doctrina, su conducta, su acción, sino en el pueblo en quien había tan poderosamente conmovido la conciencia é inflamado las esperanzas mesiánicas. La opinión pública estaba llena de su nombre. Por todas partes, en los grupos se le discutía. Unos decían: El es bueno, otros le combatían:—No; exclamaban, es un seductor y un falso profeta.

Pero, en esta masa habituada á sufrir la tiranía del poder tan hostil á Jesús, se temía expresarse abiertamente y con franqueza. Los aduladores de la autoridad exageraban, por complacencia, sus sentimientos contra él; y los tímidos, los cobardes, tenían miedo de defenderle.

Jesús subió directamente al Templo y se puso á enseñar bajo los pórticos.

[1] Juan, VII, 14 y sig.

CAPITULO II.

JESÚS EN LA FIESTA DE LAS CABAÑUELAS, EL AÑO 29.

Los hombres de acción que pretenden un papel público tratan de apoderarse del poder, por la fuerza, la habilidad ó la astucia. Una vez los señores, se aplican á realizar su plan, y el éxito les juzga. Vencidos, se les desdeña; victoriosos, se les aclama.

Jesús no obró á la manera de los hombres; él no puede y no quiere reinar sino por la fe; él para nada se impone, él se propone; su única arma es la palabra, y su gran obra, la manifestación de lo que él es.

Esta obra se desarrolla progresivamente en medio de contradicciones violentas. En Jerusalem, á la vista y á la faz de los representantes oficiales de la nación, ella toma un carácter más solemne y desencadena la lucha en la que él sucumbirá.

La acción de Jesús en la metrópoli, durante la fiesta de las Cabañuelas y los días que seguirán, no nos es conocida sino por las narraciones del cuarto Evangelio.[1] Los episodios son

[1] Juan, cap. VII, X, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las amenazas á agitarse, hasta que el más terrible, el más inexorable de todos los odios, el odio religioso, arrastre á la autoridad á dar el golpe de muerte.

Jesús guarda una calma divina.

Todos esos episodios tienen un carácter de dulzura y de paz que reflejan la serenidad del Maestro.

Cuando él llegó, se estaba en la mitad de la fiesta.[1] Los judíos le buscaban entre la multitud de peregrinos. Su recuerdo, en Jerusalem, había quedado vivo, no solamente en el Sanhedrín que seguía con una vista inquieta su doctrina, su conducta, su acción, sino en el pueblo en quien había tan poderosamente conmovido la conciencia é inflamado las esperanzas mesiánicas. La opinión pública estaba llena de su nombre. Por todas partes, en los grupos se le discutía. Unos decían: El es bueno, otros le combatían:—No; exclamaban, es un seductor y un falso profeta.

Pero, en esta masa habituada á sufrir la tiranía del poder tan hostil á Jesús, se temía expresarse abiertamente y con franqueza. Los aduladores de la autoridad exageraban, por complacencia, sus sentimientos contra él; y los tímidos, los cobardes, tenían miedo de defenderle.

Jesús subió directamente al Templo y se puso á enseñar bajo los pórticos.

[1] Juan, VII, 14 y sig.

CAPITULO II.

JESÚS EN LA FIESTA DE LAS CABAÑUELAS, EL AÑO 29.

Los hombres de acción que pretenden un papel público tratan de apoderarse del poder, por la fuerza, la habilidad ó la astucia. Una vez los señores, se aplican á realizar su plan, y el éxito les juzga. Vencidos, se les desdeña; victoriosos, se les aclama.

Jesús no obró á la manera de los hombres; él no puede y no quiere reinar sino por la fe; él para nada se impone, él se propone; su única arma es la palabra, y su gran obra, la manifestación de lo que él es.

Esta obra se desarrolla progresivamente en medio de contradicciones violentas. En Jerusalem, á la vista y á la faz de los representantes oficiales de la nación, ella toma un carácter más solemne y desencadena la lucha en la que él sucumbirá.

La acción de Jesús en la metrópoli, durante la fiesta de las Cabañuelas y los días que seguirán, no nos es conocida sino por las narraciones del cuarto Evangelio.[1] Los episodios son

[1] Juan, cap. VII, X, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brevemente referidos, los discursos reasumidos en una palabra, una frase; á pesar de esta sobriedad, esas páginas hacen revivir este período agitado y memorable en el que Jesús revindicó tan fuertemente el título y las funciones de Mesías.

Se es testigo del efecto poderoso de su palabra, vense los movimientos y las corrientes de la opinión, dividida á este respecto, á menudo escandalizada y algunas veces vencida por la verdad; se escuchan sus murmuraciones y sus ironías, sus aprobaciones y sus clamores de fe; se asiste á las primeras tentativas de la gerarquía contra Jesús; ella le vigila, envía emisarios para espiarle, y le cela; ella se inquieta, se irrita de sus éxitos y busca ya, insidiosamente, apoderarse de él.

Todas las escenas se desarrollan en el Templo, bajo el pórtico de Salomón ó en la galería del patio de Israel, cerca de los cepos destinados á las ofrendas. Ahí es donde se deslizan los días del Profeta. El llega á la primera hora, enseña á la multitud, discute con los Fariseos y los Escribas; y, llegada la noche, vuelve al monte de los Olivos, con sus discípulos para pasar allí la noche.

La multitud que se oprime para escucharle no se parece á aquella que él arrastraba en su séquito, en Galilea, en las orillas del lago, en la montaña, en el desierto. Al lado del bajo pueblo, de las gentes sencillas y sin cultura venidas de la provincia, que san Juan designa por la expresión ὄχλος, se vé á los Hierosolimitanos, los habitantes de la metrópoli, á los Judeanos, como él les llama. Ellos se distinguen de la masa por un conocimiento menos imperfecto de las Escrituras, una devoción más refinada y sobre todo una obediencia más dócil á la autoridad; ellos siempre tienen la vista sobre ella, prestos á recibir la palabra de orden, tomando de ella lo que ellos deben pensar y lo que deben hacer.

Los jefes se mezclan á la multitud para vigilarla y para juzgar al Profeta. Al dirigirse al patio de los sacerdotes ó la gran sala del consejo, los Ancianos, los miembros del Sanhedrín, los Saduceos escépticos y los Fariseos intolerantes, enfatuados

de su ciencia, ellos mismos han podido oír sus palabras; algunos ciertamente han sido deslumbrados y subyugados por esta doctrina que escandalizó á tantos otros.

Por falta de haber distinguido suficientemente esos elementos, es por lo que la crítica se desprecia respecto á la manera de la enseñanza de Jesús en Jerusalem. El ahí está, en el centro de las escuelas y en el foco de la ciencia ortodoxa y tradicional, en las puertas mismas del Sanhedrín en donde se discuten y se deciden todos los problemas de casuística religiosa, en donde se juzgan todas las novedades, en donde comparecen los falsos profetas. En Galilea, él hablaba frecuentemente á la masa popular; en Jerusalem, en el Templo, él habla á todos, al pueblo de la provincia y á los habitantes de la metrópoli, á los personajes influyentes de la gerarquía y á los más célebres doctores y más escuchados.

Por todas partes idéntica consigo misma su doctrina, se reasume en dos puntos esenciales: su filiación divina y la divinidad de su función mesiánica. El no se expresa en parábolas, él apela á las Escrituras ante esos espíritus habituados á no jurar sino por ellas. Los Galileos admiraban la fuerza y la originalidad de su doctrina; los Judeanos son maravillados de su ciencia en las Escrituras.

—¿Cómo, decían ellos, puede él conocerlas, puesto que él no ha estudiado?

Jesús, para esos doctos, era un iliterato; sabíase que el carpintero de Nazareth no había frecuentado ninguna escuela, y sin embargo, él mostraba un conocimiento de la Ley y de los profetas superior á todos los maestros. El sacaba de las Escrituras verdades nuevas y antiguas; él embarazaba á sus adversarios, reduciéndoles al silencio. Ningún doctor había hablado como él del Reino de Dios, ni mostrado la vanidad de las observancias tradicionales; ninguno había concebido, como él, al personaje mesiánico y su misión, afirmado con una autoridad, una conciencia más inquebrantable, y probado por señales más resplandecientes que él mismo era ese personaje.

La multitud sorprendida le admiraba; pero los jefes, los guardianes de la enseñanza oficial, los letrados, se irritaban, afectando el desdén hacia una doctrina que ellos trataban de personal, y á la que no reconocían ningún valor, puesto que ella no se apoyaba sobre la autoridad de ningún maestro.

Se sabe que en esta época la tradición de los padres de la synagoga era muy poderosa; nada se decidía fuera de ella. Para que una solución doctrinal, jurídica ó ritual tuviera crédito, era preciso ponerla bajo el patronato de uno de los grandes pares. Jesús,—quien condenó las aberraciones de los últimos siglos, que sobrepujó á los profetas mismos y no temió presentarse como el Enviado destinado á completar la Ley, —Jesús no podía invocar sino una autoridad, la de Dios.

—"El es quien me envía," decía; "mi doctrina no es mía, ella es la de Dios."

Señalando el origen divino de su enseñanza y uniéndola á su misión, él respondía á la vez á la multitud sorprendida y á los jefes escandalizados ó desdeñosos. Aquel á quien Dios envía recibe de él, directamente, la luz; él no tiene ninguna necesidad de que los hombres la aprueben. Los hombres no pueden juzgar la palabra de Dios, porque ella les domina; ellos deben acogerla, porque ella les salva.

Ahora, ¿cómo reconocer que Dios habla en Jesús? ¿que su doctrina no es humana, sino divina? El no invoca aquí á su obra ni á sus títulos exteriores de esencia. Los milagros que prueban que Dios está con él y en él no tocan sino al espíritu, y el espíritu, en los hombres prevenidos, escapa á la evidencia misma, desnaturalizando los hechos ó engañándose sobre su causa. A la conciencia es á la que él se dirige. El uso de la razón no es dado á todos; hay sencillos é ignorantes que no saben servirse de él; pero la conciencia es la luz universal.

—"Vosotros os preguntáis," dijo Jesús, "si mi doctrina es

de Dios ó si yo hablo por mí mismo. Y bien, si queréis hacer la voluntad de Dios, vosotros le conoceréis."

Querer hacer la voluntad de Dios, es estar en la rectitud del corazón y en la buena voluntad del hombre. Nada de adhesión á nuestras preocupaciones, á las doctrinas que nos ciegan; nada de interés personal, nada de locas pasiones. El deseo, el amor de la verdad y del bien, hé aquí lo que Jesús pide. El hombre, así dispuesto, no vacilará en creer en él, desde que él le verá, él le escuchará. La fe le hará gustar la certidumbre y la esperanza, el amor y la paz,—todas las cosas que nada de humano, nada de creado, procura, y que llevan en sí mismas el sello de su origen divino. Jesús es el único Maestro que ha enseñado que la ciencia de lo divino tenía su centro en el corazón puro.—"Bienaventurados ellos," dijo, "porque ellos verán á Dios." Al experimentar que Dios es el bien del que el alma está ávida, y la fuerza sin la cual ella languidece, ellos comprenderán cómo la doctrina de Jesús, quien sólo la revela, es espíritu y vida.

Este método íntimo, á la vez sencillo y sublime, está al alcance de todos, él es la vía segura que conduce á la verdad que Cristo enseña; abriéndole á sus adversarios, él intentó el único esfuerzo que pudo salvarles. El camino queda tal como él le trazó; ningún ser libre llega á creer, si, atrincherado en su razón como en una plaza fuerte, él se rehusa obstinadamente en querer hacer la voluntad de Dios y en probar en su conciencia la palabra de Jesús.

Las autoridades judías han guardado hacia él esta actitud acerba, ellas no han visto en el Profeta á quien Dios envió para salvar á su nación y á la humanidad entera, sino á un adversario reprobado de antemano.

La doctrina de Jesús implicaba su propia glorificación. Se estaba exasperado de lo que decía de sí mismo, ofendido de su pretensión mesiánica; se le reprochaba con un amargo desdén.

—"Si yo hablara de mí mismo," respondió él, "vuestras acu-

saciones serían legítimas. El que habla de sí mismo, busca, en efecto, su propia gloria; pero aquel que no busca sino la gloria de Dios que le envía, éste está en la verdad y en la justicia."[1] El no dice sino lo que Dios le inspira; él no hace sino lo que Dios le manda.

—"Vosotros me acusáis, lo sé, de transgredir la Ley. Y sin embargo, esta Ley que Moisés os ha dado, no hay uno de vosotros que la cumpla. ¿Por qué entonces tratáis de matarme? Jesús recordó la curación del paralítico de la piscina de Bethesda, en su última permanencia de Jerusalem, y las amenazas de muerte que él había escuchado, en esta ocasión, de boca de los emisarios del Sanhedrín.[2] La multitud que le oprimía ignoraba sin duda este hecho y esas amenazas; á esta palabra de muerte, ella creyó que Jesús le reprochaba atentar á su vida.—Tú deliras, exclamó ella, y el espíritu malo te engaña. ¿Quién, pues, trata de matarte?

Jesús prosiguió su justificación.

—"Yo no he hecho sino una obra, curando al paralítico, y todos vosotros os sorprendéis de que yo he violado el sábado. ¿Acaso vosotros mismos no le violáis? Moisés os ha ordenado la circuncisión (aun cuando ella no sea de él sino de los patriarcas), y vosotros circuncidáis al hombre el sábado.

"Ahora, si el hombre recibe la circuncisión el sábado, vosotros no creeis violar la ley de Moisés; ¿Cómo, pues, os indignáis contra mí, porque un sábado yo hice sano á un hombre por completo?"

A la circuncisión,—el gran rito de los judíos que tenía por efecto religioso la incorporación del circunciso al pueblo de la alianza,—Jesús, compara su obra, que cura al ser humano por completo, cuerpo y alma.

—Si la ley del sábado, él concluyó, cedió ante la una, con mayor razón debe ceder ante la otra. "Y si vosotros circuncidáis, sin temor de violarla, con mayor razón tengo el derecho

1 Juan, VII, 18 y sig.
2 Véase más arriba, lib. II, cap. VII.

de cumplir mi obra y de curar." El apela de la legalidad á la moralidad, de la observancia exterior á la virtud, de la letra al espíritu, de la ley á la conciencia.—"No juzguéis," dijo, "conforme á la apariencia, pronunciad la sentencia conforme á la justicia."[1]

Ahí no puede haber ordenanza contra el bien. La santidad y la bondad son de todos los días y de todas las horas; no hay sábado para ellas, porque ellas sobrepujan á todo.

Esta justificación pública ante la multitud reunida en los pórticos del Templo, y en presencia de los doctores que le habían tan agriamente acusado, muestra con qué oportunidad Jesús sabía servirse de las Escrituras, de la autoridad de Moisés, de los usos, para confundir á sus adversarios, con qué sabiduría vigorosa apelaba á la conciencia y á la justicia, cuyos solos nombres despiertan siempre un eco en el alma del pueblo.

Al oirle hablar con una tan grande libertad y una fuerza tal, algunos de los habitantes de Jerusalem se sorprendían. Ellos habían reconocido á Jesús, y ellos sabían que la autoridad sacerdotal le trataba de blasfemador y buscaba, desde la fiesta de los Purim, entregarle á la muerte.

—El es justamente, decían ellos. Y ved, él habla libremente, y no se le dice nada.

Ellos no parecen preocuparse de la enseñanza de Jesús. Por completo entregados á sus hábitos de servilismo:—¿Qué piensan los jefes? se preguntaban; ¿habrán reconocido que él es el Cristo?

Si los maestros hablaran, ellos les escucharían con agrado quizá. Se ve, por este rasgo, que su conciencia no está ni sorprendida ni persuadida.

Cuando la Verdad brilla, no se trata de saber si ella está aceptada fuera de nosotros; el ser libre, esclarecido, le obedece para y contra todos. Pero estos Hierosolimitanos no cono-

1 Juan, VII, 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cían esta espontaneidad y esta independencia; como ellos sufren á sus doctores, ellos están bajo el yugo de sus preocupaciones y con estas preocupaciones ellos midieron á Jesús y á su doctrina.

—No, dicen, él no puede ser el Cristo, porque nosotros sabemos de donde es él; mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde es él.

Todos estos pequeños detalles, traídos por San Juan, atestiguan la veracidad de su narración. Según la opinión general en esta época, el origen del Mesías debía ser enteramente desconocido.—Tres cosas, dice un proverbio de los Rabinos llegan impensadamente: el Mesías, el Enviado precursor y el Ecorpión.[1] Ellos enseñaban que él nacería en Belem, desaparecería desconocido y se revelaría de improviso, sin que se supiera de dónde ni cómo. El segundo Redentor será como el primero, Moisés; él será mostrado primero, después revelado derrepente.[2]

Los Fariseos no dejaban de oponer á Jesús ese sofisma popular, recordando con desdén su origen nazareno, nombrando á sus padres pobres y á la ciudad despreciada, escandalizando á la multitud con las aberraciones de su doctrina. Toda la sabiduría de Jesús, sus milagros y su potestad venían á encallar contra esas fantasías.

El se indignó, y, para combatir los errores del pueblo tan hábilmente explotados por sus enemigos, él se puso á explicar el origen divino de su misión y de su persona. Como él había afirmado que su doctrina venía directamente de Dios, él afirmó con una fuerza mayor que su misión y su sèr mismo de él procedían.

El elevó la voz; clamó, dice el Evangelio,[3] como para revelar mejor la plenitud del Espíritu que le animaba.

—"Vosotros me conocéis, decís, y vosotros sabéis de dónde soy. En realidad, vosotros no conocéis ni mi misión ni mi origen. Y por tanto, yo no he venido de mí mismo, y es el único competente Aquel que me ha enviado. Ahora, Aquel, vosotros no le conocéis; pero yo, le conozco, porque yo procedo de él," y de él es de quien tengo mi misión.

1 Sanhedrin, fol. 97.
2 Midr, Sohar, fol. 16.
3 Juan, VII, 28.

Que Jesús fuese enviado de Dios y que por lo mismo su misión fuese divina, que él procediese de Dios y que por lo mismo su ser mismo y su persona fueren al igual de Dios, esta era la cuestión fundamental, la cuestión de vida ó de muerte. Resuelta afirmativamente, él se convertía en el único jefe que seguir, el solo maestro que escuchar, el verdadero salvador y el único libertador; la gerarquía misma no tenía mas que inclinarse ante él y someterse á él con la fe. Por el contrario, resuelta negativamente, él pasaba, á los ojos del poder religioso, como un falso profeta, él era justiciable de los rigores del Sanhedrín, y amenazado, conforme á la ley, de ser exterminado del pueblo.

¿Con qué firmeza y con qué autoridad, con qué potestad de afirmación y con qué elocuencia persuasiva, con qué deseo vehemente de salvar á esos espíritus obstinados y á esas almas endurecidas, no dió testimonio á la verdad? Se adivina. El no rechazó lo que se le objetó respecto á su pobre origen aparente; él mismo parece haber aceptado gustoso ante la multitud su condición despreciada. Sí, él era el Nazareno, el Galileo, el hijo del carpintero como se le llamaba.—Y por tanto, él añadió, si yo he dejado á Nazareth, y la Galilea, y la vida obscura del artesano, no es como tantos otros, no es de mi propia autoridad. "Dios mismo," el verdadero Dios que no engaña, "me ha enviado." Por este título, mi origen es misterioso; él escapa á toda criatura, y él os es desconocido. "Vosotros no sabéis de dónde vengo, porque vosotros no conocéis á Aquel que me ha enviado."

Esta última palabra debió herir á lo vivo á todos esos Fariseos que se consideraban como los preferidos de Dios, los guar-

dianes de su palabra, los fieles observadores de sus mandamientos; pero nada detiene la expresión de la verdad de los labios de Jesús. El debe desenmascarar á la falsa religión que opone obstáculo á la fe en su persona, la muerte misma no lo impedirá.

Al mismo tiempo que él reprochaba á los judíos su ignorancia de Dios, él abrió su alma entera y dejó hablar á su conciencia divina.

—"Aquel á quien vosotros ignoráis, yo le conozco, porque yo soy de El, y enviado por El."

Así es como Jesús, con un lenguaje del que no se halla el equivalente en ningún profeta, reveló, afirmó su mesianidad.

Detrás del Hijo del hombre humilde y desdeñado, él muestra al Hijo de Dios, en comunidad de esencia con su Padre, coexistente con él, y enviado por él en el tiempo. Si él conoció á su Padre, es porque él no forma mas que uno con El; y si él es su Enviado, él ha sido iniciado por él en todas sus voluntades, en todos sus designios. El Mesías aparece en su verdadera naturaleza muy por encima de todo aquello que los judíos imaginaban, tal como los profetas le habían entrevisto, tal como Jesús lo ha realizado.

En fin, la multitud se conmueve. Un gran número se adherían á la fe; se les oye decir:—¿El Mesías, cuando llegue, hará más milagros que los que éste ha hecho?

Esos propósitos denotaban un movimiento en favor de Jesús. Los Fariseos, mezclados á la multitud, se inquietaron; y en su celo odioso convinieron en advertir inmediatamente á los grandes sacrificadores quienes, como miembros de las familias sacerdotales, formaban el partido que dirigía al Sanhedrín.

Se puso de acuerdo para enviar á algunos emisarios que vigilasen á Jesús de más cerca y aprovecharan un momento favorable para prenderle y llevarle ante el gran Consejo. Por chocados y escandalizados que ellos estuviesen por su enseñanza, lo que ellos temían, lo que les asustaba, no era tanto su enseñanza como su acción sobre el pueblo.

Jesús vió, en la medida hostil de que él era el objeto, el principio de la persecución, y su muerte próxima; esta visión le emocionó, y le arrancó palabras conmovedoras y solemnes, tranquilas y tristes.

—"Yo estoy todavía con vosotros un poco de tiempo," dijo, "en seguida me iré á Aquel que me ha enviado." E invitó á todos á aprovecharse de esos días próximos á terminar. La llamada divina no tiene mas que una hora; Jesús era la llamada suprema de Dios.

—"Cuando yo haya desaparecido," dijo, "me buscaréis y no me hallaréis; y ahí en donde yo estaré no podréis venir." Con este lenguaje velado, indicó la exaltación de su humanidad en la gloria del Padre, y el término dichoso al que conduciría á los que tuvieran fe en él.

En el Padre es en donde Israel debe ser recogido por su libertador, pero con la condición de que él sabrá seguirle.

Estas exhortaciones conmovedoras y amenazantes, lejos de doblegar la obstinación de los judíos, provocaron por su carácter enigmático la rechifla de los Saduceos.

—¿A dónde irá él á dar, decían, que no le hallaremos? ¿Repulsado por nosotros, los verdaderos hijos de Abraham, quiere irse con aquellos que están dispersos entre los Griegos y enseñar á los paganos?

Y ellos se iban repitiendo la palabra de Jesús en la que su espíritu ciego no descubrió ningún sentido.

Medio siglo después, el momento mismo en el que Juan describía esta escena, él veía á aquel á quien Jerusalem y los jefes de la nación habían repudiado, invadir con su espíritu al mundo helénico,—á esos Griegos desdeñados, á esos paganos de quien los judíos no hablaban sino con desprecio,—y la doctrina de Jesús repercutió en todas las sinagogas de Israel dispersado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los acontecimientos conducidos por Dios tienen su ironía vengadora.

El último día de la fiesta, los judíos, según los ritos, dejaron las tiendas de follaje, dirigiéndose en procesión al Templo y de ahí regresaban á sus moradas' para recordar la entrada de sus padres en la Tierra prometida. Este día tenía un carácter más religioso y más tranquilo. Se le santificaba por el reposo sabático. Todos los grandes recuerdos de la historia nacional revivían en el alma del pueblo, con la lectura del libro de la Ley y con la vista de los ritos destinados á simbolizarlos.

El agua que brotaba á torrentes de la roca, al mandato de Moisés, y que refrigeró á Israel en una tierra árida, era uno de esos recuerdos caros á la multitud. Cada mañana de la semana sagrada, después del sacrificio del cordero, todo el pueblo conducido por un sacerdote descendía del Templo, al pie del Ophel, á la fuente de Siloe. El sacerdote llenaba un cántaro de oro y le llevaba al atrio, entre los gritos de alegría de la multitud, y al son de trompetas y de címbalos. Subía en el altar de los holocustos.—Levanta la mano, grita el pueblo;—y vierte hacia el Occidente el cántaro de agua. Durante la libación, el pueblo cantaba: "Vosotros beberéis las aguas con alegría de la fuente de la salvación."[2] Palabras proféticas que anunciaban el Reino del Mesías.

Jesús tomó ocasión del gran milagro mosaico tan solemnemente recordado, para enseñar lo que él era. El estaba en pie, en medio de la multitud, y habló con fuerte voz. El pueblo devorado por la sed en el desierto era para él el símbolo de la humanidad convencida de aspiraciones insaciables hacia la verdad, la justicia y la salvación.

—"Si alguno tiene sed," exclamó, "que venga á mí y que beba."

—"El que crea en mí" él mismo será como la roca de la que

1 Maimon., Succah, fol. 48, 55.
2 Is., XII.

habla la Escritura, "de su seno brotarán torrentes de agua viva."

Jesús es la verdadera roca: de él brotó á torrentes el agua viva que refrigera el alma, el espíritu de verdad, de justicia y de amor.

Cómo desarrolló este tema, con qué fuerza hizo sentir á los que le rodeaban el hambre y la sed de la justicia, con qué energía persuasiva se reveló como la piedra misteriosa del Horeb cuyos costados estaban abiertos para refrigerar á todo un pueblo, pueden presentirlo aquellos que escuchan en ellos mismos su voz siempre vibrante y quienes, según su promesa, han visto salir de su seno los ríos de agua viva.

Las palabras del Maestro habían agitado á la multitud.

Los unos, tocados, arrastrados, iluminados, decían: Hé aquí al Profeta. Los otros:—Este es el Mesías. Algunos atrincherados detrás de sus ideas y su pretendida ortodoxia, resistían. —No, respondían. ¿Acaso el Cristo viene de Galilea? La Escritura es formal: el Cristo es de la raza de David, y de la aldea de Belem en donde Nació David.

Las más contrarias opiniones dividían los espíritus. Algunos, impulsados por su fanatismo, querían arrestarle como á un blasfemador; pero ninguno puso la mano sobre él.

En este momento, había en la sala del gran Consejo una sesión borrascosa.

Los miembros influyentes deliberaban respecto de Jesús, de su enseñanza y de la acción que él ejercía sobre el pueblo, cuando los emisarios que ellos habían enviado contra él, la víspera, llegaron á dar cuenta de su misión.

—¿Por qué no le habéis traído? Les decían los jefes. Ellos respondieron:—Jamás ningún hombre ha hablado como este hombre.

Evidentemente, los guardias habían sufrido, como la multitud, el ascendiente de Jesús; ellos se habían sentido desarmados ante él; su elocuencia, su dulzura y su encanto habían si-

do más fuertes en su conciencia que la autoridad de sus señores.

Los Fariseos, indignados, reprocharon á esos servidores su indisciplina y su infidelidad.—¿Por ventura vosotros también, exclamaron ellos, os habéis dejado seducir? Ved á vuestros jefes y á vuestros maestros en la Ley: ¿hay uno solo que crea en él?

Esos déspotas no admitían que se pudiera pensar ú obrar de otro modo que ellos. Toda veleidad de independencia les parecía impía. El arrastramiento de la multitud hacia Jesús les exasperaba.—Esta turba, decían con desprecio, no conoce la Ley; ella está maldita.

Nada iguala al orgullo insolente, á la ceguedad y á la tiranía de los autócratas que abusan de la autoridad religiosa para imponer sus propios errores y su odio.

Mientras que ellos se agitaban, condenando á Jesús, reprobándole y anatematizándole en nombre de su pretendida ciencia santa é infalible, un defensor se levantó entre esos fanáticos: fué Nicodemus, ese miembro del Sanhedrín, ese doctor quien se había llegado á Jesús, en la noche, para interrogarle.[1] La entrevista produjo sus frutos en esta alma sincera. La fe en el Enviado de Dios había vencido su timidez y su reserva, ella le inspiró en pleno consejo la palabra honrada y firme de la justicia. El recordó á sus colegas respeto á la Ley: ¿Acaso nuestra Ley, exclamó, juzga á un hombre sin haberle oído antes y sin conocer jurídicamente lo que ha hecho?

Ese grito de la honradez no hizo más que aumentar la exasperación de la asamblea. Se injurió á Nicodemus, se le trató de Galileo; se le objetó la Escritura.

—¿Acaso tú también eres Galileo? decían los más exaltados. Escudriña el Libro, y verás que de Galilea no viene ningún Profeta.

Los Fariseos se engañaban, á sabiendas tal vez. En su

1 Véase el libro II, cap. V.

arrebato olvidaban que Jonás fué galileo de origen; pero, en despecho de Jonás, la Galilea quedó una tierra despreciada, á sus ojos. Y sin embargo, según el testimonio de Isaías,[1] esta fué la tierra predestinada á recibir la predicación del Mesías.

La pasión siempre es la misma; en vez de responder con calma, ella se lleva hasta el ultraje, y, en su ceguera, ella no ve á la evidencia misma.

La asamblea se disolvió sin decidir. Las empresas del odio tienen necesidad de tiempo para llegar á la madurez. Jesús se aprovechó de esas tardanzas queridas por Dios, continuando con una fuerza creciente, á la faz de sus enemigos, su apostolado más peligroso de día en día.

La última noche de la fiesta, mientras que todos entraban en sus moradas, él tomó el camino del monte de los Olivos. A él le agradaba este lugar tranquilo, en donde descansaba, en la oración, del trabajo de sus jornadas. La ciudad se extendía delante de él, á sus pies, y él debió llorar á menudo por ella.

Desde la aurora, él volvía al Templo. Aun cuando las solemnidades de las fiestas de las Cabañuelas hubieran terminado, el pueblo acudía en tropel hacia él, bajo el Pórtico; y él se sentó para enseñar.

El estaba en la galería del tesoro, que rodea al patio de las mujeres,[2] cuando los Escribas y los Fariseos le llevaron á una mujer sorprendida en adulterio.[3]

Ella fué colocada en medio del círculo que se había formado ante Jesús,[4] y los Fariseos pusieron al Maestro esta cuestión incidiosa:—Esta mujer acaba de ser sorprendida inflagrante de-

1 Isaías, VIII, 23; IX, 1.

2 Véase el plano del Templo.

3 Juan, VIII, 1 y sig.

4 En tiempo de Jesus, la ley que castigaba de muerte á los culpables había caído en desuso; no se hacía ya beber de las aguas amargas á los que eran acusados de este crimen. La relajación de las costumbres explicaba esta tolerancia. Es menester leer en Josefo, poco sospechoso de severidad hacia sus correligionarios, la pintura que hace de las costumbres en Jerusalem, bajo los Herodes, para comprender el grado de abatimiento y de corrupción al que la nación había descendido, entre aquellos mismos que se llamaban los Zeladores, los Fervientes. (Bell. Jud. IV, 10, 10).

lito de adulterio; pues bien, Moisés, en la Ley, nos ha ordenado lapidar á semejantes culpables. ¿Y vos, qué decís?

El lazo era hábil. Si Jesús respondía: Lapidad, se le podía acusar, ante Pilatos, de usurpar á la autoridad romana quien, en las provincias conquistadas, se había reservado el derecho de vida ó de muerte; y se sublevaba al pueblo contra esa doctrina inexorable. Si él respondía: No lapidéis, se le oponía á Moisés, se le desacreditaba en la opinión, y se le acusaba ante el Sanhedrín, como falso Mesías. El desuso de la ley no le preservaba; porque el Mesías debía mantener y restablecer el reino.

Jesús se mostró indiferente; se inclinó, y con el dedo se puso á trazar letras en la tierra.

Aquellos que le habían interrogado renovaron su pregunta. El se levantó:

—"Aquel de vosotros que se halle sin pecado," dijo, arrójele la primera piedra."

Se inclinó de nuevo y escribió todavía en la tierra.

Jesús frustra la astucia de sus adversarios; del dominio legal en que ellos le han colocado, él se eleva al dominio superior de la moralidad. El no se erige en juez de la Ley, él asume una función más elevada; como verdadero Maestro y verdadero guía de la conciencia, recuerda á esos bellacos que, si un juez en ejercicio puede, á pesar de sus faltas personales, condenar y juzgar, un pecador no tiene el derecho de ser el ejecutor de la justicia de Dios.

La palabra: "Que el que se halle sin pecado, arroje la primera piedra," ha quedado la fórmula que condena á todos los falsos celadores de la justicia, inexorable para con los pecadores y siempre prestos á lapidar á los otros, cuando ellos se debieran condenar á sí mismos. Jesús pone á sus adversarios en la alternativa de confesarse culpables, y, por consiguiente, indignos de emplear el rigor, ó, si ellos no emplean el rigor,—ellos que se prevalecen de justicia,—de revelar su poco celo por la Ley.

Los Escribas y los Fariseos, viéndose desenmascarados y cogidos en el lazo, se alejaron prudentemente, cobardemente, uno tras otro, desde el primero hasta el último, comenzando por los ancianos.

Jesús quedó solo con la mujer en pie delante de él.

Eran la miseria y la bondad cara á cara.

Jesús, inclinado, evitando mirar á la culpable como para excusar su verguenza, se incorporó:

—"Mujer," la dijo, "¿en dónde están los que te acusan? ¿Ninguno te ha condenado?"

—No, Señor.

—"Yo tampoco te condenaré. Vete, y en lo sucesivo no vuelvas á pecar."

El único que hubiera tenido derecho de castigar y de levantar la piedra, disimula y perdona, dejando á la pecadora el tiempo de arrepentirse y de creer. La mansedumbre será la ley del Reino nuevo. La justicia está en lo venidero vencida por la misericordia. Ningún maestro ha sido más inexorable que Jesús para el mal, y más dulce para el pecador. Gracias á él, el hombre olvida su aspereza para juzgar y condenar á sus hermanos; antes de emplear el rigor contra ellos, él piensa en sus propias faltas, y en vez de abrumarles, él se toca el pecho.

Esta historia, de quien los críticos más ó menos prevenidos contra el cuarto Evangelio han sospechado sin razón la autenticidad,[1] ayuda á comprender este período tan agitado del ministerio de Jesús en Jerusalem. Ella manifiesta con qué obstinación sus adversarios le perseguían y qué maniobras pérfidas inventaba el partido de los Doctores para comprometerle.

El favor popular del que Jesús estaba rodeado les irritaba y les ofuscaba. Ellos buscaban por todos los medios el robárselo. La cuestión respecto de la mujer adúltera tendía á ese fin;

1 Véase el Apéndice O. *La mujer adúltera.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero la astucia es impotente ante la inquebrantable firmeza y la infalible sabiduría del Maestro.

Inmediatamente después, él continuó enseñando, dando á su palabra siempre más claridad y fuerza; ella llegó á Jerusalem, en presencia de los maestros religiosos, que se creían iniciados en todos los misterios de la Ley y de los profetas, en todos los secretos del Libro, en más elevada potencia. Ya no era de la naturaleza y de la vida cuotidiana de donde él sacaba sus imágenes, era sobre la Escritura misma, sobre la ciencia jurídica y la historia nacional, que se apoyaba para declarar lo que él era, lo que él debía cumplir.

Los Rabinos enseñaban que el Mesías era Luz, que él Esplendor habitaba en él.[1] Jesús hace alusión á esta doctrina, en sus nuevos sermones; él afirma que él es la verdadera columna de fuego y la Luz del mundo. Israel simboliza á la humanidad, la nube luminosa es el emblema del Mesías.

—"Yo soy," dijo, "la Luz del mundo.[2] El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida."

La columna de fuego guió á Israel, por la noche, en el desierto y le condujo á la Tierra prometida; Jesús guiará á la humanidad á través de las tinieblas en donde ella se aparta, y le mostrará que el Padre le espera en su Reino y le trazará la vía. Ella no tendrá mas que seguirle, si ella quiere escapar de los errores que velan la razón y de las tempestades que las pasiones amontonan. Esta Luz de vida, que él promete á los que le siguen, no es una ciencia muerta, abstracta, estéril, es una claridad viva, fecunda, inundando al alma que la fe ha puesto en comunión con Dios. Ella no está reservada á una raza privilegiada, ella es el patrimonio de todos los que creen y que aman; ella no nos ilumina respecto á lo que pasa, ella nos inicia en lo que es eterno, en el misterio de Dios, en su vida ine-

1 Echarakh., fol. 68, 4; Beresch, rabb, fol. 3, 4.
2 Juan, VIII, 12.

fable, velada á toda mirada humana; ella nos enseña el nombre del Padre, y nos manifiesta que, á pesar de nuestra pequeñez y nuestra corrupción, somos llamados á ser sus hijos; ella nos hace conocer la fuerza infinita del Espíritu derramada en nosotros para transformarnos en la imágen del Padre, y elevarnos hasta El. Cualquiera otra luz, cerca de esta, no es mas que tinieblas; el que la posee está en la claridad y la vida; el que no la posee, en la nada y en la sombra de la muerte.

Aquel que, en Galilea, había pronunciado el sermón de la montaña, evangelizando los misterios del Reino de Dios, eclipsado por su doctrina á todos los maestros y profetas, podía decir, en Jerusalem, á la faz del pueblo y de la jerarquía: "Yo soy la Luz del mundo."

Nadie ha poseído al igual de Jesús la potestad de la afirmación. Su enseñanza sobrepuja á nuestras miserables fórmulas, y la pobre lógica humana no podría medirla con nuestros primeros principios de evidencia. Pero lo que el hombre no puede ver, puede creerlo; y la autoridad moral de Jesús es digna de toda confianza. Desde que se está sometido á él, no se tarda en experimentar la verdad de su palabra. El alma vive, y ninguna prueba racional dará jamás la certidumbre que trae el sentimiento interior. La ciencia humana se dirige al espíritu, la ciencia religiosa de Jesús apela á la conciencia; la primera se justifica por argumentos lógicos, la segunda, esencialmente activa, atestigua la verdad por las virtudes y la paz que ella engendra. Por lo mismo, Jesús no discute, no demuestra; si él lo hace, es por condescendencia, menos para revelar su doctrina que para alejar á sus adversarios, descubrir su hipocresía, disipar sus errores, y algunas veces confundir su obstinación.

En la plena conciencia de su personalidad divina, de su unión substancial con el Padre, él aparece como el Testigo de la verdad;[1] él la anuncia, la afirma, al presentarla bajo mil formas

1 Juan, VIII, 13.

apropiadas. Por esto, la calma, la belleza, la trascendencia de su testimonio. Nadie igualará jamás la expresión tranquila, verídica, del hombre que ve y que sabe, que es sincero y bueno, que no quiere engañarse ni engañar; ahora bien, ¿qué cosa es un hombre semejante comparado á aquel que vió al Padre y que le conoció, que le escuchó y le obedeció, que no tenía ni exaltación ni debilidad, y que venía á dar á todos la luz viva y la paz del Espíritu?

Sin embargo, los Fariseos no soportaban que él se arrogase el título y la gloria del Mesías. Al escucharle hablar así de sí mismo, ellos no pudieron contenerse; y, creyendo arruinar por la base misma la enseñanza de Jesús, ellos le dijeron:—Vos os dáis testimonio de vos mismo; vuestro testimonio no es digno de fe![1]

Jesús, en un primer y decisivo encuentro con los mismos doctores, enviados por el Sanhedrín, había ya demostrado sus títulos de credulidad y legítima misión por la autoridad de Juan, universalmente reconocido como profeta, por sus obras divinas, por la voz de su Padre y por las Escrituras; por lo tanto ya no renovó su defensa. A la obstinación ciega de sus enemigos, él opone la firmeza creciente de sus afirmaciones; y, formulando la verdad con la potestad que le da la conciencia de lo que él es, él toma la ofensiva.

—"Desengañaos," les dijo, "aun cuando yo de testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque yo se de donde vengo y á donde voy.[2]

En seguida, recordando uno de sus usos jurídicos,[3] en cuya virtud ellos no reciben el testimonio de personas desconocidas, él les mostró la causa oculta que no les permitía creer en sus afirmaciones.

1 Este era un axioma jurídico entre los Rabinos: Nadie es testigo de su propia causa.
2 Juan, VIII, 14.
3 Sanhed. C., 5, hal. 3, 4.

—"Por lo que toca á vosotros, no sabéis ni de dónde vengo ni adonde voy; porque vosotros juzgáis según la carne."

Los Judíos no escuchan sino á sus tradiciones de escuela, su falsa ciencia, sus preocupaciones políticas y religiosas; ellos no ven en Jesús mas que al enemigo de sus tradiciones, al destructor de esta falsa ciencia, de sus preocupaciones; ¿entonces, cómo pueden conocerle? Mas bien que renunciar á lo que hace su sabiduría y su gloria, denigran al Profeta, niegan su misión, y, atribuyendo al espíritu malo su potestad y sus milagros, ellos se sumergen en las tinieblas y en el odio.

Esta es la eterna historia de la crítica y de la filosofía en presencia de Jesús: ella se obstina en quererle medir al nivel de lo que ella llama sus principios, y ella pasa impotente delante de él, condenado á despreciarle, á rebajarle, siempre áspera para criticar y siempre incapaz de comprender.

A este furor soberbio del hombre carnal que juzga lo que le domina y rebaja lo que le sobrepuja, Jesús responde con una palabra de una dulzura infinita:

—"Por lo que á mí toca," dijo, "yo no juzgo á nadie."

En la misma mañana, él había dado la prueba, por su actitud respecto á la mujer adúltera. En su primera venida, la función del Mesías no es de juzgar y condenar, él ofrece á todos la salvación y el perdón; aquellos que le rechazan se juzgan y se condenan á sí mismos, mostrándose indignos del divino don.

—"Y sin embargo," añadió, "si yo juzgo, si yo atestiguo, mi juicio es verdadero, mi testimonio es válido."

Al juicio del hombre sujeto al error, incompetente sobre tantas cosas, superficial y vano, plagado de ignorancia y de pasión, siempre personal y frágil, Jesús opone el suyo. El le proclama verdadero, en la plenitud de la palabra: él se eleva sobre la humanidad falible y miserable; y él explica por qué:—"Yo no estoy solo, pero nosotros estamos ahí, yo y el Padre, que me ha enviado."

Afirmación prodigiosa que descubre la vida íntima de Jesús. Toda criatura inteligente está, por ella misma, lejos del Padre;

ella sabe que él existe, ella está en donde ella puede estar en movimiento hacia él, ella aspira á conocerle y amarle; pero ella no le ve, y ella no está en él. Jesús está en el Padre, con el Padre, en la unidad de una misma esencia; el Padre y él son dos personas iguales.

No ver en Jesús sino al hombre exterior, es juzgarle por la apariencia; es menester reconocer todavía lo que cubre esta apariencia. Ninguna mirada profana puede leer allí; sólo el testimonio de Jesús nos instruye, y esta es la grandeza de la fe, abandonarnos á este testimonio extraordinario por el que el Hijo de Dios se revela él mismo á nosotros. Que se le acepte ó que se le rechaze, él no permanece menos inquebrantable en su atestación. Siempre unido al Padre, de quien recibe eternamente todo lo que él es: la verdad, la potestad, la belleza, la perfección y la vida, el le revela á la humanidad en una palabra que liberta y con actos que permanecen el tipo de la virtud.

Entonces Jesús, apoyándose, para mejor convencerles, sobre la doctrina jurídica de sus contradictores, doctrina consagrada además por la Ley,[1] les dijo:

—"No está escrito que el testimonio de los hombres es tenido por verdadero? Ahora, si yo atestiguo de mí mismo, el Padre que me ha enviado, testifica también de mí:" hé aquí los dos testimonios.[2]

Invocando aquí el testimonio de su Padre, él no recordó solamente la voz que le había publicamente, en su bautismo, proclamado el Hijo muy amado, ni los milagros que probaban la intervención constante de la potestad del Padre en su vida; él atestiguó el hecho íntimo de su vida, él afirmó de nuevo que él se conocía á sí mismo, que él conocía su misión con la Luz del Padre que vivía y hablaba en él.

1 Deut., XVII, 6; XIX, 15.
2 Juan, VIII, 17, 18.

Todas esas declaraciones solemnes están sin análogos en la historia de la humanidad. Entre aquellos que, á título de profetas, de enviados, de inspirados, han admirado á sus contemporáneos, arrastrado á la multitud, conmovido las conciencias, fundado imperios ó religiones, no se hallará ninguno que haya hablado así. El iluminismo mismo jamás ha tenido la audacia de un lenguaje semejante, que permanece uno de los insondables misterios de Jesús. Sólo la fe puede penetrar, y él no tiene sentido sino para ella. Si Jesús es el Hijo de Dios, todo es luminoso en lo que dice; si no lo es, todo es locura. ¿Quién osará tratarle de demente? Los judíos le han lanzado esta injuria; pero la historia ha guardado á Jesús á la altura del mismo Dios en la que él se colocó. Conmoviendo el Templo y sus atrios, esta revelación provocó entre los que escucharon las murmuraciones, el escándalo y la ironía; pero ella ha sido más fuerte que esas murmuraciones, ese escándalo y esa ironía; ella ha creado una humanidad nueva.

—¿En donde, pues, está tu Padre? le dijeron groseramente los Fariseos; un testigo debe ser visto y oído.

—"Si vosotros me conociérais," respondió Jesús, "vosotros conocerías á mi Padre; pero vosotros no conocéis ni á mí ni á mi Padre."[1]

Jesús es el único revelador de Dios; lo que él ha enseñado, es la palabra del Padre; lo que él ha hecho, es la obra de su bondad; de sus virtudes, es la santidad del Padre; su misión, tal como él la comprende, es la voluntad del Padre. Pero los Fariseos ciegos no querían nada ver en él de todo lo que él manifestaba, y ellos se arraigaban en la obstinación.

Es fácil entrever la vehemencia de la oposición que debieron suscitar semejantes discursos de la porción del pueblo que obedecía como esclavo á la autoridad, en los jefes de partido y de escuela y sobre todo de la gerarquía. El poder se sentía

1 Juan, VIII.

amenazado, los doctores suplantados, sus partidarios frustrados en sus vanas quimeras de grandeza nacional: todos estaban escandalizados. Ese mesianismo tan puro no podía ser visto sino por las conciencias rectas y los espíritus sinceros. El odio celoso empoyaba y rugía, estallando solamente en palabras injuriosas y violentas. Sin embargo, él no inspira todavía ninguna medida de represión. Nadie, dice el Evangelista,[1] puso la mano sobre él, porque aun no había llegado su hora. Esperábase que el movimiento se aplacaría por sí mismo; él debió crecer, por el contrario, y la oposición iba á quedar reducida á este dilema: aceptar al Enviado de Dios ó entregarle á la muerte.

[1] Juan, VIII, 20.

CAPITULO III.

NUEVOS TESTIMONIOS MESIÁNICOS DE JESÚS.

La vida de los pueblos tiene crisis que les salvan ó les pierden. La fiesta de las Cabañuelas del año 29 marcó para el pueblo judío una de esas crisis.

El Mesías que él espera hace muchos siglos, ahí está, en su metrópoli y en su Templo: él habla al pueblo, le llama, él se afirma. El va á ser aceptado ó despreciado, rechazado ó aclamado? El porvenir de Israel está suspendido por esta alternativa. Si él acepta á su Mesías, él no salvará su nacionalidad que ya no tiene razón de ser, pero cumplirá el más glorioso de los destinos; después de haber sido el profeta de Dios y de su unidad, él será el apóstol del Evangelio; si no, replegado obstinadamente en el particularismo de su raza y de su Ley, él será arrojado, á su vez, por aquel que habrá repudiado, él arrastrará en este mundo una vida sin gloria, perdido entre los pueblos adictos á la unidad del Reino de Dios, sospechoso á todos, inquieto, siempre decaído en sus esperanzas de salvación en lo futuro sin objeto, é incapaz de ser salvado, puesto que él habrá despreciado al único Salvador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amenazado, los doctores suplantados, sus partidarios frustrados en sus vanas quimeras de grandeza nacional: todos estaban escandalizados. Ese mesianismo tan puro no podía ser visto sino por las conciencias rectas y los espíritus sinceros. El odio celoso empoyaba y rugía, estallando solamente en palabras injuriosas y violentas. Sin embargo, él no inspira todavía ninguna medida de represión. Nadie, dice el Evangelista,[1] puso la mano sobre él, porque aun no había llegado su hora. Esperábase que el movimiento se aplacaría por sí mismo; él debió crecer, por el contrario, y la oposición iba á quedar reducida á este dilema: aceptar al Enviado de Dios ó entregarle á la muerte.

[1] Juan, VIII, 20.

CAPITULO III.

NUEVOS TESTIMONIOS MESIÁNICOS DE JESÚS.

La vida de los pueblos tiene crisis que les salvan ó les pierden. La fiesta de las Cabañuelas del año 29 marcó para el pueblo judío una de esas crisis.

El Mesías que él espera hace muchos siglos, ahí está, en su metrópoli y en su Templo: él habla al pueblo, le llama, él se afirma. El va á ser aceptado ó despreciado, rechazado ó aclamado? El porvenir de Israel está suspendido por esta alternativa. Si él acepta á su Mesías, él no salvará su nacionalidad que ya no tiene razón de ser, pero cumplirá el más glorioso de los destinos; después de haber sido el profeta de Dios y de su unidad, él será el apóstol del Evangelio; si no, replegado obstinadamente en el particularismo de su raza y de su Ley, él será arrojado, á su vez, por aquel que habrá repudiado, él arrastrará en este mundo una vida sin gloria, perdido entre los pueblos adictos á la unidad del Reino de Dios, sospechoso á todos, inquieto, siempre decaído en sus esperanzas de salvación en lo futuro sin objeto, é incapaz de ser salvado, puesto que él habrá despreciado al único Salvador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús tiene la plena conciencia de esta crisis conmovedora. El ve otra más universal y más profunda, la del alma humana. Al manifestarse á su pueblo, habla á la humanidad. Israel y el Templo están en primer término, el alma y la humanidad en el segundo; sus discursos tienen un alcance sin límites.

Su celo para convertir á la nación se multiplica y crece, como la oposición que halla. Nada le detiene, nada le desanima; pero él tropieza contra la ceguedad de la masa, contra la incredulidad odiosa de los Fariseos y de la jerarquía.

Viendo acentuarse esta oposición, Jesús, con una tristeza amenazadora, hace entrever á esos obstinados las consecuencias de su infidelidad. El llamamiento que él hace va á terminar. El se retira, él desaparece. Su venida no es más que un tránsito; como él sale del Padre, él vuelve al Padre. Desdichados de aquellos que no hayan comprendido!

—"Yo me voy," dijo, "y cuando ya no esté, me buscaréis, llamaréis vanamente el Salvador, él no os responderá y moriréis en vuestro pecado."[1]

El gran crimen es resistir á Dios; los que le cometen mueren. Al irse, Cristo lleva la vida, su ausencia forma la noche y la muerte. Si, al menos, se pudiera recobrarle y volverle á hallar!

—Pero no, agregó, "allá á donde voy, vosotros no podéis venir."[2] El va á su Padre, y nadie puede elevarse hacia el Padre, si Jesús no le atrae. El espíritu vivo de Dios, es la única fuerza que exalta á nuestra naturaleza en lo Infinito; ahora, este Espíritu no es dado sino á aquellos que tienen fe en el Hijo del hombre.

La historia del pueblo judío es la más terrible justificación de las palabras de Jesús. Pasada la hora mesiánica, Israel busca vanamente lo que pudiera responder á su inmensa necesidad de salvación. El mal victorioso le abruma, le esclaviza y

1 Juan VIII, 21.
2 Juan, VIII, 22.

le mata; él vaga en la muerte, sin hallar jamás el camino de la vida.

Esa partida misteriosa de Jesús, la imposibilidad de reunirse á donde él iba, provocó la ironía de los Judíos, de los Saduceos sobre todo. Ellos aleetaban no comprender.

—¿Acaso él se va á matar? preguntaron. ¿Qué quiere decir con estas palabras: Adonde voy, vosotros no podéis ir?[1]

Jesús desdeñando esas burlas, penetra en lo más profundo de esas conciencias cerradas, y pone en descubierto la causa secreta de su oposición intratable.

—"Vosotros sóis de abajo," les dijo, "y yo soy de arriba; vosotros sóis de este mundo y yo no soy de este mundo. Y, yo os lo repito, vosotros moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que soy yo .... sí, moriréis en vuestro pecado."[2]

En la tierra, hay la pequeñez y la criatura; en el cielo, el Ser, el Padre, Dios. Colocado entre estos dos polos contrarios, el hombre puede volverse al uno ó al otro, elevarse á Dios ó moverse en su propia nada. Si él se aparta de Dios, él se convierte en su propia nada. Si él se aparta de Dios, él se convierte en un ser de abajo, arrastrado por el torbellino que se llama mundo. Su ciencia no es sino tinieblas, porque ella no le enseña ni de dónde viene ni á dónde va; su sabiduría y su prudencia no son sino locura, porque ellas le alejan de su destino. El es la presa de todas las ilusiones, de todas las vanidades, de todas las cegueras, de todos los dolores, de todas las tiranías del egoísmo y del placer. En rebelión contra la voluntad de Dios, él se esfuerza en olvidarle, en huirle; él quisiera que Dios no existiera, y no pudiéndole anonadarle, le niega, le suprime de su vida y de sus pensamientos.

Jesús, salido del Padre, es el Ser del cielo. Al venir á este mundo, él no pierde nada de su esencia divina, él lleva de Dios á la humanidad en la que él se encarna. Todo lo que la

1 Juan, VIII, 22.
2 Juan, VIII, 23-24.

inteligencia humana ve y concibe, es de Dios; todo lo que su voluntad pide é impone, es de Dios; todo lo que sus labios expresan, es de Dios; presente en el mundo, él no es del mundo, y si ahí halla la falta de inteligencia, la repulsión y el odio, es cerca de aquellos que, en lugar de ceder al atractivo divino, se encierran en sus ideas limitadas, su voluntad propia y su egoismo.

Ahí está el motivo de esta lucha ardiente que él sostiene hoy contra su nación. El apela á la conciencia de todos: la falsa religión, la vana legalidad, la tradición de los antiguos y el egoismo nacional ó privado, le responden. Entre el hombre terrestre, carnal, esclavo del mundo, y él el hombre del cielo, —toda inteligencia es imposible; la repulsión es absoluta, fatal.

La amenaza del castigo, por terrible que ella sea, ella misma será sin efecto; Jesús le agita todavía, y se da, como teniendo, solo,[1] el poder contra el mal y contra la muerte. El que le repulsa no escapará ni al uno ni al otro; obstinado en la resistencia á la voluntad de Dios,—lo que es la esencia misma del pecado,—él no participará para nada del Espíritu vivo de Dios, —lo que es la verdadera muerte, la muerte del alma, la muerte eterna.

—"Sí," exclamó, con un acento que revelaba todo el ardor de su celo, "si vosotros no creéis que yo soy, moriréis en vuestro pecado."

A estas palabras: Si vosotros no creéis que yo soy...., los Fariseos le interrumpen. La expresión de Jesús recordaba aquella misma por lo que Jehovah se definió en el Antiguo Testamento, resumiendo en la palabra: "Yo soy,"[2] todo su ser.

—Tú, exclamaron ellos, ¿quién eres?[3]

Ellos quisieron, á lo que parece, arrancar á Jesús la palabra Cristo que siempre evitó hasta el presente, y con la que se podría abusar de él. El la pronunciará en el momento querido, pero él no ha podido sufrir la presión de sus enemigos; no se le arranca su palabra con reproches, no se pone en juego su potestad por provocaciones ágrias y pérfidas.

1 Juan, VIII, 24.
2 Deut., XXXIII, 39; Isaías, XLIII, 10.
3 Juan, VIII, 25.

—"¿Lo que soy?" respondió Jesús, "absolutamente todo lo que os declaro."[1]

El hombre se engaña respecto de sí mismo; tímido ó inconciente, él no dice lo que es; ambicioso de florecer, él dice más de lo que él es; á menudo engañado ó pérfido; él dice lo que no es. La palabra de Jesús es adecuada á su ser. El es solo y verdaderamente todo lo que afirma de sí mismo. Las conciencias en las que esta palabra halla la fe, no tardan en sentir y en gustar que Jesús es el verdadero Templo, la Fuente viva que refrigera, la Luz, el Pan celestial y la Vida. Esta experiencia subjetiva de su divinidad, eclipsa todas las certidumbres del espíritu. No se está arraigado en la palabra del Salvador sino después de haberla comprobado con hechos íntimos que no engañan.

Jesús volvió á tomar el curso de sus reproches á los Judíos obstinados.

—"Yo tengo muchas cosas que deciros, agregó, y que juzgaros; y en esto obedezco á Aquel que me dicta mi mensaje; pero es verídico, Aquel que me ha enviado, y lo que yo he escuchado de El, yo lo digo al mundo."[2]

Se notará la insistencia con la que, en sus enseñanzas solemnes, él apoya sobre su comunión íntima, constante, total, absoluta, con el Padre; él viene de él, él vuelve á él; el Padre todo le ha dado; él es quien le envía y le inspira, quien dicta su palabra y ordena su vida. Esta relación inefable constituye el misterio mismo de Jesús, porque él implica su filiación divina, y ella es la fuente de la verdad, de la bondad, de la potestad, de la santidad, de la que se desborda su naturaleza humana.

Esta referencia para nada fué entendida de los Judíos. La

1 Véase el Apéndice F. Exegésis del ἐγώ εἰμι.
2 Juan, VIII, 26.

novedad y la sublimidad de semejante lenguaje se prestaban aun á frecuentes desprecios de esos espíritus que le escuchaban con una razón llena de sofismas y con un corazón endurecido, cerrado á la confianza. Muchos, entre la masa, se preguntaban quién era ese personaje de quien el nuevo Profeta se decía enviado, y que él designaba vagamente sin nombrarle. Ellos soñaban quizá, según la opinión del tiempo, con algún ser misterioso que debía preceder al Mesías y con él que Jesús guardaba una relación oculta; ellos no comprendieron que él hablaba del Padre.[1]

La falta de inteligencia y la obstinación no le desalentaban ni le cansaban. La vista de su futuro suplicio no le abatía; él mismo hace alusión con palabras encubiertas; él sabe que, lejos de entorpecer su misión, ese será el punto de partida de su triunfo, y él no teme anunciar á los que le combaten y hoy le rechazan, que ellos le reconozcan mañana.

El porvenir impenetrable espanta á los hombres; ellos ven ahí la tumba de su gloria y la nada de sus obras; Jesús le mira con confianza, porque el porvenir debe vengarle de las derrotas del presente.

—"Cuando halláis elevado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, que yo no hago nada por mí mismo, sino que yo hablo como el Padre me ha enseñado, y que Aquel que me ha enviado está conmigo; y él para nada me ha dejado solo, porque yo hago lo que le place."[2]

La historia ha justificado esas palabras proféticas. La muerte del Hijo del hombre ha sido su "exaltación," como á él le agradaba llamarla, al comparar su cruz á un trono. Cuando los hombres, habiendo agotado su cólera contra Jesús, su desprecio y su odio, creyeron haberle vencido, ellos no habían logrado sino preparar su gloria. Libre en lo de adelante de las debilidades de esta vida humillada y dolorosa, á la que él voluntariamente se había sujetado, él reinará con su potestad

1 Juan, VIII, 27.
2 Juan, VIII, 28-29.

incoercible. Entonces resplandecerá la luz; todos verán al Crucificado exaltado en la tierra y hasta los Judíos reconocerán algún día, al fin de los tiempos, lo que hoy rechazan,—la divinidad del Hijo del hombre, la verdad de sus enseñanzas y de su absoluta santidad.

Apesar de la hostilidad de ese medio, la palabra de Jesús no se estrelló siempre contra la incredulidad obstinada; si ella desencadenó la tempestad, ella calmó á más de una alma en esta multitud agitada. Muchos, dice el Evangelio, al escucharle, creyeron en él; y, tocados por su enseñanza, ellos le reconocieron como al Mesías.[1] Hasta algunos de los mismos jefes quedaron conmovidos.[2] La potestad de afirmación, la sinceridad de acento, la radiación del alma de Jesús, terminaron por dominar sus preocupaciones; ellos sentían que las declaraciones del gran Profeta no eran una vana jactancia.

El quiso probar la fe de esos nuevos creyentes, porque la sentía superficial y frágil.

—"Vosotros no seréis realmente mis discípulos," les dijo, "si no permanecéis firmes en mis palabras;" y si permanecéis firmes en mis palabras, "conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."[3]

Esta última palabra levantó una tempestad; ella prueba con qué sagacidad Jesús se guardó contra los Judeanos, tan aferrados en sus vanas opiniones y su falso mesianismo.

—¿La verdad nos libertará? replicaron; pero nosotros somos la posteridad de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo entonces osas decir: Vosotros seréis libres?[4]

La vieja levadura judía fermenta en esas conciencias que parecían abrirse á la fe. La sola suposición de la esclavitud les ofende; y ellos recobran, para rechazarla, todo el orgullo de su sangre.

1 Juan, VIII, 30.
2 Juan, XII, 42.
3 Juan, VIII, 31-32.
4 Juan, VIII, 33.

El equívoco va á ser disipado, no se trata de esclavitud política ni de servidumbre civil y personal, sino de la esclavitud del alma. El acento de Jesús se hizo más solemne:—"En verdad, en verdad," respondió, "el que comete el pecado es esclavo del pecado."[1] Los Judíos saben ahora en qué consiste esta libertad de la que la opinión popular hacía una de las glorias del Mesías.

La explicación debió chocar más violentamente aún á esos espíritus enfatuados de su propia justicia. Aun cuando ellos se jacten de ser los hijos de Abraham, no por eso dejan de tener por tirano al pecado, y, ante el Padre de familia, ellos no son sino esclavos. Ahora, una es la condición del esclavo, otra la del Hijo. El primero no permanece siempre en la casa: él no queda ahí sino á merced del señor, él puede ser expulsado ó vendido; el segundo siempre permanece ahí.

Se ve, por un nuevo rasgo, qué conciencia tenía Jesús de sí mismo. El hombre por doquiera está esclavizado al mal; cualquiera que sea la fuerza de su sangre y la ley religiosa á la que obedece, es un esclavo. Un solo ser, es el Hijo, éste es Jesús. El llenó la casa. El honor y la dignidad del hombre nacido esclavo es únicamente el ser libertado; pero es menester para esto, que él acepte, con la palabra del Hijo, al Espíritu de quien esta palabra es el órgano.

Hé aquí las palabras severas y consoladoras que él enseña á ese pueblo.—"Si entonces," concluyó, "el Hijo os libertó, seréis verdaderamente libres"[2] Si no, no. Lejos de prestarse á esta obra y de afirmarse con la palabra que liberta, los Judíos se dejan coger de nuevo por sus preocupaciones; ellos hubieran aceptado á un Mesías que les alhagara, ellos se rebelan contra aquel que les importuna; su palabra no se arraiga en ellos; ellos vuelven á sus prevenciones y á su odio inveterado.

—"Este es el motivo," les dijo, "por lo que buscáis hacerme morir."[3] Entonces, poniendo el hierro en la llaga, corta en su raíz este orgullo indomable de los hijos de Abraham, y les muestra cuál es su verdadero padre.

1 Juan, VIII, 34.
2 Juan, VIII, 36.

—Vosotros os decís la raza de Abraham. "Por lo que á mí toca, lo que he visto en mi Padre, yo lo digo; y vosotros, lo que habéis visto en vuestro padre, lo hacéis también." Parece ponerles la cuestión: ¿Abraham es verdaderamente vuestro padre?

—Sí, respondieron ellos, nuestro padre, es Abraham.

—"Si vosotros sóis los hijos de Abraham, haced, pues, las obras de Abraham."[4] Sed, como él, dóciles á la verdad de Dios;[5] respetad como él á sus enviados.[6]

La hostilidad de los interlocutores se desencadena; oprimidos por la palabra de Jesús, ellos no tratan de justificarse, su orgullo ofendido se enfurece, ellos no quieren escuchar nada, y repiten con fuerza: Abraham es nuestro padre.

—"Si sóis los hijos de Abraham," les dijo entonces Jesús con calma, y estrechándoles siempre, "haríais las obras de Abraham. Ahora, buscáis hacerme morir, á mí, á un hombre que os ha dicho la verdad, la verdad que yo he oído de Dios. Abraham no ha hecho esto. Pero vosotros descendéis de otro, y hacéis las obras de aquel que es vuestro verdadero padre."

Los judíos comprendiendo que Jesús hablaba de una filiación moral, exclamaron:—Nosotros no somos hijos de fornicación, somos de la misma fe que Abraham; y, como él, nosotros no tenemos sino á un Padre: Dios.

—"Si Dios fuera vuestro Padre," replicó Jesús, "vosotros me amaríais, porque yo he salido y yo vengo de Dios; yo no he venido de mí mismo, sino él es el que me ha enviado. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque vosotros no podéis comprender mi palabra."[1]

1 Juan, VIII, 37.
2 Juan, VIII, 39.
3 Gen., XII, XXII.
4 Gen., XVI, XVII.
5 Juan, VIII, 40, 43.

Los miembros de una misma familia tienen un acento, un modo de hablar, por el que ellos se reconocen, porque un mismo sentimiento, un mismo pensamiento les inspira. El extraño se sorprende de su lenguaje, y él no les comprende, porque él es de otro espíritu. Jesús va á revelar, en fin, á los que no pueden recibir su doctrina, de qué espíritu ellos se derivan, y la causa profunda de su falta de inteligencia, de su incredulidad y de su invencible oposición. Esta es una de sus palabras más severas dirigidas á su pueblo.

—"No digáis que sóis la posteridad de Abraham; no, no llaméis á Dios vuestro Padre. El padre de quien habéis salido es el diablo: él os incita, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Ahora, él ha sido homicida desde el principio, y él no está en la verdad, porque no hay verdad en él. Si él habla de su propio interior, él dice la mentira, porque él es mentiroso y el padre de la mentira."[1]

Es todo el genio del mal resumido en el odio del hombre y de la verdad.

Los dos rasgos satánicos: el odio y la mentira,—el odio que mata al hombre, y la mentira que mata á la verdad en el hombre,—se hallan en esos judíos de corazón endurecido. Cegados por las sugestiones de Satanás, el homicida y el mentiroso, ellos meditan ya la muerte de Jesús, y se revelan contra la doctrina de Dios que él les trae.

El se los reprocha con severidad:—"Y yo," exclamó, "porque os digo la verdad, no me creéis. Si todavía pudiérais acusarme de alguna falta; ¿pero quién de vosotros puede argüirme de pecado?"[2]

La santidad es una de las más elevadas garantías de la verdad. El hombre no posee ni la verdad ni la santidad absolutas; él está sujeto al error, y su razón se engaña; él está inclinado al mal, y su voluntad desfallece. Jesús no tiene nada de esas dos debilidades inherentes á nuestra naturaleza. Mientras

[1] Juan, VIII, 44.
[2] Juan, VIII, 45, 46.

que los más santos, al hacerse más perfectos, se convencen siempre mejor de la fragilidad del espíritu y de los desfallecimientos de la voluntad, él, el Hijo del hombre, afirma que él está en la verdad y en la santidad absolutas. El declara solemnemente que toda palabra salida de su boca viene directamente de Dios, por consiguiente, ella es la expresión pura de la verdad total; y, á la faz de sus adversarios, él no teme lanzar este reto: "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?"

El reto no fué levantado.

—"Entonces," agregó, "si yo os digo la verdad, por qué no me creéis?"

Por esta razón, Jesús va á enseñárselas en dos palabras que desenmascaran la universal incredulidad.

—"Aquel que es de Dios escucha y comprende las palabras de Dios: vosotros no escucháis ni comprendéis, porque no sóis de Dios."[1]

Ser de Dios, es obedecer al llamamiento del Padre que nos impele hacia la plenitud del Ser, de la verdad y del bien. Cualquiera que acoja este llamamiento viene de Dios y pertenece á Dios. El hallará en Jesús la paz de sus deseos infinitos; él escuchará su palabra y comprenderá que ella es de Dios. El que se aparta de esta atracción para replegarse en sí, imita á Satanás: él ya no se une á Dios, se ama á sí mismo y sale de la verdad, él no obedece sino á sus propios deseos egoistas y se complace en sus errores; y, como Dios es amor y verdad, al oponerse á Dios, él entra en el odio y la mentira. Todo lo que le habla de Dios le turba y le irrita, toda verdad le ofusca. El oprime y engaña, mientras que Jesús liberta y alumbra.

Los actos de la vida se explican por esta orientación primera del alma. Según que el alma aspira á Dios ó se encierra en su pequeñez, ella cree ó no cree, ella ama ú odia; ella va á la verdad ó á la mentira, al sacrificio ó al goce; ella se consagra ó mata; ella sigue al Enviado, al Hijo de Dios, ó ella le crucifica.

[1] Juan, VIII, 47.

Esos reproches sangrientos, que afrentaban el orgullo de los judíos en lo que había de más sensible, les arrancaron exclamaciones de injuria y de desprecio. Ellos lanzaron á Jesús este insulto:—¿No tenemos razón de decir que tú eres un Samaritano, y que tienes al demonio?

—"No," les respondió Jesús, "yo no tengo al demonio; mas yo honro á mi Padre, y vosotros me deshonráis. Respecto de mí, yo no busco mi gloria; pero hay otro que la buscará y que juzgará."[1]

Cuando se le decían injurias, dice uno de los testigos, él no las devolvía, sino que se remitía á Aquel que juzga en la justicia.[2] El permanecía en la verdad y en el amor, y apelaba con la dulzura de los mártires, á la justicia de su Padre. Con su calma y su fuerza, en vez de irritarse, él recordaba á sus insultadores los beneficios divinos que él reserva á sus discípulos:—"En verdad, en verdad, yo os digo, si alguno guarda mi palabra, él no verá jamás la muerte."[3]

En comunión con el Espíritu de Dios mismo, él sacará en esta fuente inagotable la vida divina, la verdad y el amor infinitos; esta vida divina inundará al propio tiempo mortal y le resucitará para la eternidad.

Mas Jesús no puede dominar á esos energúmenos; su espíritu malo les ciega, su mansedumbre les exaspera, y sus promesas le parecen una locura. Ellos afectan desfigurar todo lo que él dice, dándole un sentido material y grosero.

—Bien vemos ahora que el demonio te inspira, exclamaron. Abraham ha muerto, y también los profetas; y tú osas decir: Si alguno guarda mi palabra, no morirá nunca. ¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Abraham que ha muerto? Y los profetas también han muerto. ¿Quién pretendes ser?[4]

—Yo no soy sino lo que Dios ha querido. "Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria no es nada; el que me glorifica es mi Padre."[1]

1 Juan, VIII, 50.
2 I Pedro, II, 23.
3 Juan, VIII, 52.
4 Juan, VIII, 53. 54.

Ante esas provocaciones violentas, Jesús no se turba. ¿Qué son las cóleras del hombre ante aquel que posee la luz y la fuerza de Dios? El responde por una de las declaraciones más sublimes que han salido de su boca, eclipsándose él mismo en la gloria con la que su Padre le ha cubierto.

La gloria del Hijo del hombre está en su unión total, substancial, personal con Dios. Misteriosa en sí misma, inefable, ella se revela por su palabra, su santidad y sus milagros: ella ha hecho de Jesús el centro religioso de la humanidad, el foco universal de la luz, de la vida y de la salvación. Ella es la obra del Padre, á la que Jesús refiere todo, y que es así el principio eterno de su glorificación.

—"Vosotros decís que él es vuestro Dios," agregó, "y sin embargo, no le conocéis; pero yo le conozco. Y si yo dijése que no le conocía, sería semejante á vosotros que pretendéis conocerle, mentiroso. Mas yo le conozco y guardo su palabra."[2]

A la ceguedad soberbia de sus enemigos, Jesús opone con una certidumbre absoluta y tranquila el conocimiento que él tiene de su padre; y á su cuestión:—¿Eres tú más grande que nuestro padre Abraham? responde resueltamente:

—"Sí, porque Abraham, vuestro padre, se extremeció con la esperanza de ver mi día, y él le ha visto, y él se ha regocijado."[3]

La alusión á su dignidad mesiánica era formal. El se da por Aquel en quien las naciones de la tierra deberán ser benditas, según la promesa hecha al Padre de los creyentes; esta promesa está hoy realizada, y, en la gloria de Dios en donde él habita, Abraham le ve, y se regocija.

Siempre groseros y vulgares, los Judíos sorprendidos le in-

1 Juan, VIII, 54.
2 Juan, VIII, 55.
3 Juan, VIII, 56.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terrumpen con una indignación despreciativa:—Tú no tienes cincuenta años, la edad extrema de la virilidad, y tú has visto á Abraham!

—"En verdad, en verdad, yo os digo, antes que Abraham existiese, yo soy."[1]

Abraham llegó, Jesús es. Al comienzo histórico del Padre de los creyentes, él ofrece su existencia personal, eterna, sin principio ni fin. Es el inmutable presente. Esta palabra recuerda el clamor de un salmo: "Antes que las montañas hubieran nacido y que la tierra fuese fundada, de eternidad en eternidad, tu eres oh Dios![2] Ella ha inspirado el prólogo del Evangelio del que tomamos esas narraciones y esos fragmentos de discurso; ella es de aquellas que no se inventan y que no se explican sino por la locura ó la divinidad; ella pertenece á ese "hablar" de Jesús que resuelve sobre toda lengua humana, y que comprenden sólo los creyentes. Ninguna sutileza de la exégeris puede disminuirla y hacerla plausible para la crítica que niega la filiación divina de Jesús. Los interlocutores no se han despreciado; ellos le han juzgado como á un blasfemo; ellos no pueden más que caer de rodillas ó lapidar al Profeta. En el furor de su falso celo, ellos levantaron piedras contra él.

Jesús se libertó, y seguido de sus discípulos, salió del Templo."[3]

1 Juan, VIII, 57-58.
2 Salm, XC, 9.
3 Juan, VIII, 59.

CAPITULO IV.

EL MILAGRO DEL CIEGO DE NACIMIENTO.

Los caminos y las puertas de las ciudades, en Oriente, están invadidos de ciegos, de estropeados, de enfermos de todas clases, implorando la piedad de los transeuntes y pidiendo limosna con una voz quejumbrosa. La costumbre no ha cambiado después de siglos.

Como Jesús dejó al Templo,[1] apercibió, en una de las puertas, á uno de esos desdichados, ciego de nacimiento:

—Maestro, preguntaron los discípulos, ¿en qué pecó él ó sus padres para que él naciese ciego?

En la doctrina religiosa: la enfermedad física, como la muerte, tiene sus orígenes secretos en el pasado. Sería un error creer, sin embargo, que el sufrimiento de un individuo siempre haya tenido su causa inmediata en una falta personal ó en la de sus padres. Jesús rectifica esa preocupación; y elevando el alma de sus discípulos á un pensamiento más sano, les indica lo que llega á ser el dolor en los designios de Dios.

—"Si este hombre es ciego," les dijo, "no es porque él ni

1 Juan, IX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus padres hayan pecado; es para que las obras de Dios sean manifestadas en él."

Todo dolor humano, en efecto, á la presencia y bajo la acción de Jesús, se transforma; él le llena de piedad, le cura algunas veces, le consuela siempre, y el hombre no tarda en reconocer en este beneficio al Dios que salva. La vida del Maestro no es más que un tejido de obras de su bondad. El ahí se comunica, no dejando escapar ninguna ocasión, porque sabía que su paso sobre la tierra era rápido; él la comparaba al día y su muerte le parecía la noche.

—"Mientras que es de día," decía, "es preciso cumplir las obras de Aquel que me ha enviado. La noche llega, nadie puede ya obrar. Mientras que estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo."

El iba á dar una prueba sensible á este ciego.

El escupe en el suelo, forma lodo con su saliva y extiende este lodo sobre los ojos de este enfermo.

—"Vete," le dijo, "lávate en la piscina de Siloe."

El se fué, se lavó y volvió viendo. Era un sábado.

La piscina de Siloe[1] estaba situada al pie y en la punta Sur-oeste del Ophel, en el encuentro de los valles del Cedrón y del Gihon; ella recibía sus aguas de un manantial llamado hoy Sitti-Mariam, por un canal subterráneo cabado en la roca de la colina. En el tiempo de Herodes, las murallas de Jerusalem se extendían hasta la piscina, cubriendo así una gran parte del Ophel, en la actualidad desierto. La piscina está en ruina á cielo abierto. Raros restos de columnas son las únicas reliquias de la antigua iglesia allí levantada, desde los primeros siglos, en Salvador-Alumbrador.

La curación súbita del ciego de nacimiento, bien pronto fué conocida. Sus vecinos y aquellos que le habían visto antes mendingar, sentado en la orilla de los caminos y en el quicio de las puertas, se decían:—¿No es este aquel que estaba

1 Cf. De bello Jud., VI.

sentado y mendingaba? Algunos respondían: Sí; otro: No, pero se le parece. Y él afirmaba: Yo soy.

Se le preguntaba con curiosidad: ¿Cómo, pues, se han abierto tus ojos? Este hombre que se llama Jesús, ha hecho lodo, untó en mis ojos y me dijo: Ve á la piscina de Siloe y lávate. Yo fuí allí, me lavé, y yo veo.—¿De dónde es este hombre? le preguntaron.—Yo no se.

Se condujo entonces al ciego á los Fariseos, quienes le preguntaron á su vez cómo había recobrado la vista. El les dijo: —El me puso lodo en los ojos, me lavé y veo.

En vista del prodigio, los Fariseos se dividieron respecto á Jesús. Unos decían:—Este hombre no es Dios; él no guarda el sábado.—Pero otros respondían: ¿Cómo un pecador puede hacer "estas señales?"

En su embarazo, ellos se dirigieron al ciego:—Y tú qué dices del que te ha abierto los ojos?—Es un profeta.

Esta palabra les turbó.

Presintiendo el efecto que semejante milagro iba á producir en la multitud, ellos pusieron en duda el milagro. A fin de confirmarse en su negación, ellos hicieron venir á los padres del ciego de nacimiento y le interrogaron:—¿Este es vuestro hijo, el que decís ciego de nacimiento? ¿Cómo está al presente?—Sí, este es nuestro hijo, ciego de nacimiento, nosotros lo atestiguamos. Más cómo está al presente, no lo sabemos. ¿Quién le ha abierto los ojos? No lo sabemos. Interrogadle, él ya tiene la edad; que él mismo hable de sí mismo.

La reserva de los padres, en su respuesta, estaba inspirada por el temor, porque los Judíos habían ya decidido en consejo secreto, expulsar de la sinagoga á cualquiera que hubiese proclamado que Jesús era el Mesías.

No habiendo podido obtener nada de los padres, los Fariseos pensaron intimidar á aquel que había sido ciego. Se le llamó de nuevo.

—Da gloria á Dios, se le dijo, sabemos que este hombre es un pecador.

Evidentemente, su fin era conducir á esta alma sencilla á decir como ellos y á ultrajar, en nombre de la piedad ortodoxa y de la obediencia ciega á una autoridad tiránica, á aquel que le había curado. Pero una fuerza invisible guarda á los débiles y á los corazones rectos.

—Si este hombre es pecador, yo lo ignoro. Sólo sé una cosa: yo estaba ciego y ahora veo.

Esta precisión, esta sinceridad en la afirmación les desconcertó.—¿Qué es lo que él te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

El ciego animado por el espíritu de Jesús, tomó conciencia de su fuerza.

—Ya os lo he dicho, respondió, y no entendéis. ¿Por qué queréis que yo lo repita?

Y añadió con un razgo de ironía:

—¿Acaso queréis, también vosotros, llegar á ser sus discípulos?

—Se tú su discípulo, exclamaron los Fariseos maldiciéndole; nosotros somos los discípulos de Moisés, porque sabemos que Dios habló á Moisés; en cuanto á aquel, no sabemos de donde es.

—Esto es sorprendente, replicó este hombre, vosotros no sabéis de dónde es, y el abrió mis ojos. Nosotros sabemos que Dios no escucha á los pecadores; pero aquel que le honra y hace su voluntad, él le escucha. Jamás se ha oído decir que alguno haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento; si entonces este no era de Dios, él no podría hacer nada.

La respuesta era sin réplica; pero el orgullo herido y la mala fe siempre han tenido por último recurso á la violencia y á la injuria. Los Judíos se mostraron injuriosos y violentos.

—¡Tú has nacido por completo en el pecado, y tú nos enseñas! El fué excomulgado, y le arrojaron afuera.

Jesús lo supo, y habiéndole encontrado, acabó en este hombre la obra de su Padre, y aquel á quien los hombres rechazaban injustamente, fué recogido por su justicia y su bondad.

—"¿Crees, le dijo, en el Hijo de Dios?"—¿Quién es, Señor?

á fin de que yo crea en él.—"Tú le has visto," le dijo Jesús; "el que te habla, él es." El respondió:—Yo creo, Señor; y prosternándose, le adoró.

El Evangelista visiblemente se complació en relatar con los detalles más circunstanciados ese hecho instructivo. Se puede leer entre las líneas de su narración la historia de las almas que llegan á la fe y la de aquellas que se obstinan en la incredulidad. El ciego de nacimiento es el modelo de las unas, los Fariseos son el tipo de las otras.

Los milágros de Jesús son resplandecientes como el sol. Su fuerza taumatúrgica ha deslumbrado á la humanidad por innumerables beneficios: él ha levantado á los débiles, dado la vista á los ciegos, el oído á los sordos, el movimiento á los paralíticos, la vida á los muertos. Aquellos que han experimentado esta fuerza lo dicen; los parientes y los vecinos, el pueblo entero, la comprueban. El testimonio es público, universal, popular. Los espíritus sinceros la aceptan; en su rectitud, ellos terminan por reconocer, en el taumaturgo, al Enviado de Dios, y cuando el Enviado de Dios les dice: El Mesías, el Salvador, yo soy, ellos creen y caen de rodillas, adorándole.

Los Fariseos, los jueces, los esclarecidos, sorprendidos desde luego por el prodigio que el testimonio público les señala, sorprendidos por la vista misma de aquellos en quienes se verificó el prodigio, comienzan por oponerse al milagro y á los testigos á priori de su sabiduría, de su pretendida ciencia ó de su infalible crítica:—Esto es imposible, exclamaron, este hombre obra en contra de nuestras leyes, de las leyes de nuestra religión ó de las leyes de nuestra ciencia y de nuestra sabiduría. No hay hecho contra tales leyes.

Pero los testigos insisten: los hechos son evidentes, y la evidencia de los hechos la lleva sobre todo. La conciencia del pueblo, espontánea y sincera, va al hecho y desprecia la doctrina que le niega. Entonces es cuando comienza el embarazo de la falsa ciencia, de la falsa razón, de la falsa religión.

A toda costa es preciso debilitar al testimonio. Se ensaya sobornar á los testigos, se intenta por una pérfida exegésis, desnaturalizar los documentos. Si los testigos permanecen fieles y si los documentos mudos no se dejan falsificar, no hay otro recurso sino la injuria y el anatema. En nombre de una religión falseada, el testigo es tratado de impío; en el nombre de una ciencia soberbia, él es despreciado como un ignorante; en el nombre de una política violenta é inexorable, herido de ostracismo y excomulgado. Pero esas víctimas de la persecución, reprobadas del mundo, son conocidas de Cristo. El ama su sencillez, su sinceridad y su valor, él las lleva á la fe; él las dice lo que él es, y ellas le creen: esos son los elegidos de su Reino.

De una parte, el ciego, el mendigo, el desheredado del mundo, el excomulgado por causa de Jesús, confiesan la divinidad de aquel que abrió sus ojos á la luz y su alma á la fe; de la otra los Fariseos, los maestros de la ciencia, iniciados en la Ley y en la doctrina de los profetas, los jueces que condenan sin equidad, que anatematizan lo que ellos deberían respetar, que resisten á la evidencia y se obstinan en la incredulidad; hé aquí el contraste perpetuo que caracteriza la obra de Jesús. El Maestro no se sorprende ni se conmueve. El hablaba á menudo á sus discípulos, no viendo más que á la voluntad sabia de su Padre, la ley misma de su vocación mesiánica. [1]

Hoy se explica á la faz de los Fariseos:

—"Yo he venido á este mundo," dijo, "á ejercer un juicio, por el cual los que no ven, vean: y los que ven queden ciegos." [2]

Los ignorantes, los sencillos, los pobres de espíritu que no saben y que no pretenden saber, hé aquí á los que Jesús ilumina. Los que se dicen sabios, enfatuados de su ciencia, de su cultura, de su sistema, convencidos de que ellos no tienen

1 Mat., XI, 25; Luc., X, 21; Juan, VI, 37 y salm.
2 Juan, IX, 39.

nada que aprender, ni aun de Dios á quienes ellos creen representar y de sus enviados á quienes desdeñan y de quienes se desembarazan en nombre de sus axiomas: hé aquí á los que el Hijo de Dios ciega.

Al oír hablar de esta manera á Jesús, algunos Fariseos que se hallaban con él prorrumpieron en un tono irónico:

—¿Acaso, también nosotros somos ciegos?

La respuesta de Jesús fué abrumadora con su dulzura:

—"¡Ah! ¿qué no sóis ciegos?" vosotros buscaríais la luz y no tendríais pecado. "Pero decís: Nosotros vemos, y rechazáis la luz que yo os traigo; y permanece vuestro pecado." [1]

A pesar de todos los obstáculos, á pesar de las pasiones, la ciencia altiva de los doctores, las amenazas y las medidas violentas de la jerarquía, la obra de Jesús se verificaba y progresaba en la metrópoli. Ahí, como en otras partes, los pobres eran sus predestinados; él veía crecer su rebaño, y él se miraba como el pastor; él admiraba á esas naturalezas sencillas que no temían comprometerse por él y seguirle en despecho de las injurias, de los anatemas de sus jefes. La vista de sus fieles le enternecía, y ella le inspiró una de sus parábolas más conmovedoras.

—"En verdad, en verdad, yo os digo, el que no entra por la puerta en el redil, sino que sube por otra parte, es un ladrón y un hurtador. Pero el que entra por la puerta, éste es el pastor de las ovejas.

"El portero le abre. Las ovejas escuchan su voz. El las llama por su nombre, y las hace salir. Cuando las ha hecho salir, camina delante de ellas; y las ovejas le siguen; ellas conocen su voz; ellas no siguen al extranjero, ellas le huyen, no conociendo la voz de los extraños." [2]

Los Fariseos no comprendieron la alusión; ellos no reconocieron á Jesús en el pastor, y no comprendieron que ellos

1 Juan, IX, 40-41.
2 Juan, X, 1-5.

mismos eran esos extranjeros que se introducían furtivamente como los ladrones en el redil.

Jesús explicó la parábola.

—"En verdad, en verdad, yo os digo, yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido son hurtadores y ladrones: las ovejas no les han escuchado.

"Yo soy la puerta. El que por mí entre será salvado. Entrará, saldrá, hallará los pastos. El ladrón no viene sino para robar, degollar, y perder. Yo, vengo á fin de que ellas tengan la vida y la tengan superabundante.

"Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, aquel á quienes no pertenecen las ovejas, ve llegar al lobo, abandona á las ovejas y huye; y el lobo arrebata y dispersa al rebaño. El mercenario huye, porque siendo mercenario, él no se cuida de las ovejas.

"Mas, yo soy el buen pastor. Yo conozco á las mías, y las mías me conocen, como el Padre me conoce y como yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. Y yo tengo otras ovejas que no son de este redil. Es preciso que yo las traiga. Ellas escucharán mi voz, y no habrá más que un redil y un pastor.

"Si el Padre me ama, es porque yo doy mi vida. Nadie me la quita, yo la doy por mí mismo. Como yo tengo el poder de darla, yo tengo el poder de quitarla. Yo he recibido de mi Padre este mandato." [1]

Esta parábola, tomada con sus menores detalles de la vida pastoril del Oriente, es una de aquellas que revelan con más suavidad el misterio inefable de la obra y de la persona de Jesús. Pocos nombres le designan mejor en su dulzura que el nombre de pastor. El redil es el pueblo de Dios apriscado y reunido, como un rebaño escogido, en el recinto, en la barrera de la Ley. La puerta de este recinto es el Mesías. La entrada no era posible, en efecto, sino con la condición de creer y

1 Juan, X, 7-17.

de esperar en él. La fe en el Salvador futuro era el alma de la antigua ley; no se vivía sino por ella, porque no se pertenecía al pueblo santo sino por ella. Todos aquellos que, entre los jefes la han despreciado,—reyes prevaricadores, falsos profetas, falsos mesías, doctores seducidos por sus vanas tradiciones y su culto materialista,—no son mas que *hurtadores y ladrones que escalan* la ley santa; ellos no alimentan á las ovejas, ellos se alimentan; ellos no las hacen vivir, ellos las degüellan; no las conducen, las pierden. Aquellos á quienes el Mesías esperado ya inspiró y que han entrado por él en el redil, los verdaderos enviados y los verdaderos creyentes, han hallado pastos y se han salvado.

Jesús no es solamente la puerta, es el pastor.

El ha conducido lejos del recinto del antiguo redil, ya muy estrecho, á las ovejas que son suyas; las llama, ellas escuchan y reconocen su voz; las conduce caminando delante de ellas, á los pastos nuevos en donde ellas hallan la plenitud de la vida; muere por ellas, á fin de salvarlas. Su redil, es la Iglesia, es ella vasta como el mundo, eterna como Dios; y para llenarla, irá á la humanidad perdida, en donde tantas ovejas ignoradas le esperan, á llamarlas, á llevarlas. Son ellas á quienes él designa diciendo: "Yo tengo otras ovejas que no son del rebaño del pueblo de Dios, es preciso que yo vaya á buscarlas." Su Espíritu es quien las recogerá por ministerio de sus apóstoles.

El será el pasto, su rebaño vivirá de él; á esta costa, Jesús será verdaderamente el pastor. El pensamiento de su muerte, siempre vivo en él, se expresa hoy con un rasgo particular: quiere que se sepa que él muere libremente, que si sus enemigos,—los lobos de su rebaño,—le matan, es porque él se entrega á ellos, y entregándose, cumple la voluntad de su Padre.

El amor desborda en este último discurso todo lleno de misterio, que termina la serie de las enseñanzas de Jesús, en Jerusalem, durante la fiesta de las Cabañuelas del año 29 y los dias siguientes.

El resultado de este apostolado ha sido fuertemente marcado por el cuarto Evangelio. La opinión desquiciada, se divide; algunos no ven en la palabra del Profeta sino un delirio, una locura, una inspiración de Satanás, y tratan de persuadir al pueblo.—¿Por qué le escucháis? dicen, él está poseído del demonio y desvaría.

Otros le defienden; la sabiduría de sus discursos les conmueve, y sus milagros les parecen la prueba de su misión.—No, responden ellos; estas no son las palabras de un poseído. ¿El demonio puede abrir los ojos á los ciegos?[1]

En el pasado como en el presente, ayer como hoy, es preciso que Jesús sea contradecido; y, avanzando en su obra, él aparece siempre el gran signo de división.

1 Juan, X, 19, 21.

CAPITULO V.

PRIMER RETIRO DE JESÚS Á PEREA.

Jesús, al declararse el Hijo de Dios vivo, á la faz del poder y de la nación entera, en pleno Templo, con claridad y con fuerza, sin equívoco y sin figura, acababa de cumplir uno de los actos más necesarios y peligrosos de su misión. Para que se creyera en él y en su mesianismo, él debía afirmarse; mas al afirmarse á sí mismo, iba al encuentro de la muerte.

Repulsado y despreciado por la jerarquía, él no era para ella sino un falso profeta y un blasfemador; ahora, la ley castigaba de muerte á los falsos profetas.[1]

El no quiso precipitar el desenlace. Se alejó de Jerusalem, dejando á la ciudad llena toda de su nombre, y á la opinión en batalla con sus enseñanzas que la trastornaban, iluminando á unos, cegando á otros y escandalizándoles.

Recuérdese que viniendo á la fiesta de las Cabañuelas,[2] él había, en el camino, enviado á setenta y dos discípulos en misión á las ciudades y á las aldeas que él mismo se proponía visi-

1 Deut., XIII, 5.
2 Véase el libro II, cap. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El resultado de este apostolado ha sido fuertemente marcado por el cuarto Evangelio. La opinión desquiciada, se divide; algunos no ven en la palabra del Profeta sino un delirio, una locura, una inspiración de Satanás, y tratan de persuadir al pueblo.—¿Por qué le escucháis? dicen, él está poseído del demonio y desvaría.

Otros le defienden; la sabiduría de sus discursos les conmueve, y sus milagros les parecen la prueba de su misión.—No, responden ellos; estas no son las palabras de un poseído. ¿El demonio puede abrir los ojos á los ciegos?[1]

En el pasado como en el presente, ayer como hoy, es preciso que Jesús sea contradecido; y, avanzando en su obra, él aparece siempre el gran signo de división.

1 Juan, X, 19, 21.

CAPITULO V.

PRIMER RETIRO DE JESÚS Á PEREA.

Jesús, al declararse el Hijo de Dios vivo, á la faz del poder y de la nación entera, en pleno Templo, con claridad y con fuerza, sin equívoco y sin figura, acababa de cumplir uno de los actos más necesarios y peligrosos de su misión. Para que se creyera en él y en su mesianismo, él debía afirmarse; mas al afirmarse á sí mismo, iba al encuentro de la muerte.

Repulsado y despreciado por la jerarquía, él no era para ella sino un falso profeta y un blasfemador; ahora, la ley castigaba de muerte á los falsos profetas.[1]

El no quiso precipitar el desenlace. Se alejó de Jerusalem, dejando á la ciudad llena toda de su nombre, y á la opinión en batalla con sus enseñanzas que la trastornaban, iluminando á unos, cegando á otros y escandalizándoles.

Recuérdese que viniendo á la fiesta de las Cabañuelas,[2] él había, en el camino, enviado á setenta y dos discípulos en misión á las ciudades y á las aldeas que él mismo se proponía visi-

1 Deut., XIII, 5.
2 Véase el libro II, cap. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar.[1] Esta comarca debe ser la Perea meridional; ella era la única de toda la tierra de Judea, que aun no había escuchado la buena nueva.

La Perea ocupó la ribera oriental del Jordán. Ella tenía por límites el río al Occidente, la ciudad de Pella, al Norte, la fortaleza de Macherous al Mediodía, y la Arabia al Oriente.[2] Las tribus de Ruben y de Gad, y una parte de la de Manassé, ahí se habían fijado en otro tiempo, atraídas por la fertilidad de sus pasturajes. En tiempo de Herodes, ella no estaba poblada; las aldeas y las ciudades no se veían sino sobre las mesetas ó cerca de las riberas del Jordán; las gargantas salvajes y los flancos de la montaña estaban desiertos. Después de la muerte de Herodes, ella formó con la Galilea, la tetrarquía de Antipas. Ella llegó á ser, bajo el dominio romano, muy próspera. Contó varias ciudades importantes: Pella, Gadara, Ammon-Galaad, Philadelphia, Gerara, Herbon. Todas tenían sus teatros, sus thermas, sus circos y sus naumaquias,[3] sus períbolos[4] y sus fortalezas; vías estratégicas las unían entre sí; pero después de los siglos, todo está arruinado y despoblado. Algunas tribus de Beduinos, los Beni-Adouan, los Amaides y los Aziza, ocupan solos esta soledad en donde mueren las viejas encinas, dejando á la tierra desnuda y triste. En la primavera solamente ella se cubre aquí y allá de hermosas cosechas, que forman la riqueza de sus habitantes,—raza soberbia é independiente, medio agrícola, medio pastoril, llevando sus tiendas y sus rebaños en ese dominio tranquilo.

En Perea es adonde Jesús se retiró y adonde los setenta y dos discípulos vinieron á reunírsele; el encuentro fué una alegría para el Maestro y los obreros.[5] El éxito de los enviados había sido completo, resplandeciente; ellos parecían sorprendidos y orgullosos de su misión.

1 Luc., X, 1 y sig.
2 Bell., Jud., III, 2.
3 El lugar destinado para los simulacros de un combate naval entre los antiguos Romanos.
4 Patio plantado de árboles que rodeaba los templos de los antiguos gentiles.
5 Luc., X, 17 y sig.

—Señor, dijeron á Jesús, hasta los demonios nos están sometidos, á vuestro nombre.

Respecto de él, sabiéndose el señor soberano de todos los espíritus malos, y el libertador del mal, les respondió: "Yo ví á Satanás caer del cielo como el rayo." El triunfo de sus discípulos no es sino el preludio de su gran victoria futura. El reino satánico será destruído; y desde ahora, en Jesús, el Reino de Dios comienza sobre las ruinas del reino de Satanás.

—"No temáis," agregó, "con un lenguaje simbólico, yo os he dado potestad de marchar sobre las serpientes y los escorpiones, y sobre toda virtud del enemigo." Ni la fuerza ni la astucia harán presa contra vosotros, "nada os dañara. Sin embargo, no os regocijéis de que los espíritus os estén sometidos, regocijáos más bien de que vuestros nombres estén escritos en los cielos."

Por gloriosa que sea la función de aquellos que trabajan en la obra del Reino, ¿de qué sirve al obrero, si él mismo no está incorporado al Reino, y si su nombre debe ser borrado del Libro de Dios?

El pensamiento de sus triunfos venideros, la vista de sus discípulos fieles, el día siguiente de los que acaba de pasar, en Jerusalem, expuesto á la hostilidad, al desprecio, á la ironía, á la ceguedad, al odio, hicieron estremecer á Jesús; él experimentó, dice el Evangelio, un transporte de espíritu.

—"Os doy gracias, oh Padre," exclamó, "Señor del cielo y de la tierra, vos habéis ocultado esas cosas á los sabios y á los inteligentes y las habéis revelado á los pequeños. Sí, oh Padre, así os plugo."

La voluntad de su Padre es todo para él. En ella es como él sufre y se resigna, descansa y se apoya, se regocija y extremece, vive y muere. Ella domina toda la obra de salvación, y él es el ejecutor fiel; ahora, la voluntad del Padre es que los misterios del Reino se oculten á los sabios, á los maestros de este mundo, y aparezcan á los pequeños. Desde la primera

hora en la que Jesús se manifestó, esta voluntad se acusa siempre más neta. En Galilea él la ha probado ya; en Judea, en Jerusalem, viene á probarla de nuevo. Esta doble experiencia siempre le ha arrancado la misma exclamación.[1] Lo mismo será en el transcurso de los tiempos: toda grandeza humana que se prevalga contra Dios y contra Cristo será rechazada, toda humildad que se anonade ante ellos será acogida. Genio, potestad, cultura, gloria mundana, no serán nada; el Padre no conoce sino á los humildes, á los miserables de espíritu, y, en su pequeñez, todos los elegidos son iguales; pero que los elegidos se aseguren, ellos serán exaltados de la miseria en que gimen, el Espíritu de Jesús les invadirá, y ellos hallarán en él la verdad sin sombra, la virtud sin desfallecimiento, el amor sin mezcla, la vida sin declinación.

La obra del Reino es la obra de los pequeños, ella no crece sino por ellos, y en su origen como en su evolución, ella lleva ese contraste resplandeciente: la pequeñez del hombre y la fuerza de Dios. No es el genio humano quien la hace avanzar,—él la entorpece mas bien y la combate,—es la santidad y la virtud; ahora, la virtud implica siempre el renunciamiento de sí mismo y el abandono á la voluntad de Dios, fuerza soberana del Reino.

Jesús se sabía el depositario de esta potencia, y él le decía á los suyos:

—"Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo si no es el Padre, y al Padre, si no es el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quiere revelar."[2]

Viendo á sus discípulos agrupados en su derredor, iniciados en su palabra y en su obra, él gustaba en la intimidad, volverles á decir la gloria y la alegría de su predestinación.

—"¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros véis! Yo os lo afirmo, muchos profetas y reyes han querido ver lo que vosotros contempláis, y no lo han visto; escuchar lo que vosotros

1 Cf., Mat., XI, 25 y sig.
2 Luc., X, 22; Mat., XI, 15

escucháis, y no lo han escuchado."[1] Estas cuantas palabras hicieron revivir las horas dulces en las que Jesús envolvía á sus fieles con el esplendor de su alma, les llenaba con su propia alegría y les enseñaba á estimar su vocación. Entonces aun cuando los Fariseos les desdeñasen y les despreciasen, ellos podían regocijarse, porque ellos son los privilegiados de Dios, y mejor tratados que los profetas y los reyes.

Los documentos son mudos respecto á las localidades que Jesús recorrió con sus discípulos, en Perea. Este período nuevo de viajes no nos es referido sino por el tercer Evangelio, quien se ha contentado con la sencilla narración de los hechos. Pero, con este detalle, todo se dibuja con exactitud y precisión; la multitud apareció solícita y entusiasta, los Fariseos hostiles ó desconfiados, insidiosos, arrogantes, obstinados; la oposición y las violencias de que Jesús era el objeto, en Jerusalem, han aumentado su malevolencia. Su palabra llega á ser más severa para con ellos: no teniendo más que excusarles, él les flagela sin piedad. Ellos son el gran obstáculo para su obra, el escándalo de los pequeños; su amor le inspira anatemas abrumadores. Vedle en plena fama; ya no es el profeta desconocido, es el Mesías quien habla.

La lucha no tarda en estallar.

Con motivo de un exorcismo que había puesto al pueblo en la admiración, los Fariseos acudieron y renovaron sus ataques como en Judea, como en Galilea. Unos decían:—Es en nombre de Belzebú que él lanza á los demonios; otros:—Que entonces que él nos muestre una señal en el cielo.[2]

Parece que hubo una orden en el partido fariseo de tratar á Jesús como poseído; se le arroja á la cara, en todos los caminos, en Galilea, en Judea, en pleno Templo, en Perea, esta injuria y esta blasfemia. Los sectarios son siempre y en todas partes los mismos; ellos se miran como los representantes únicos, exclusivos, de la verdad y del bien; el que les combate es

1 Luc., X, 23, 24; Mat., XIII, 16, 17.
2 Luc., XI, 14 y sig.

necesariamente para ellos un instrumento de Satanás, del error y del mal. Todo lo que Jesús dirá será tenido como mentira, todo lo que él hará será malo. Nadie ha sido perseguido por ellos con un odio más implacable. Con una palabra él lanzaba á los demonios, libertaba de su tiranía á las almas oprimidas: no se veía en esta obra santa sino á una acción satánica. El no cesó de exaltar con indignación este ultraje que él llamó la blasfemia contra el Espíritu Santo y el crimen irremisible, eterno; él le rechaza, hoy todavía, con la misma lógica vehemente, y confunde á sus enemigos por su propia doctrina.

—"Si es por Belzebú que yo lanzo al demonio, ¿Satanás está entonces dividido contra sí mismo? Todo reino dividido es devastado, las casas se desplomarán unas sobre otras. El reino de Satanás está destruído." Ahora, esto mismo es lo que yo vengo á cumplir.

Y, haciendo alusión á los exorcistas judíos[1] cuyo oficio era lanzar á los demonios por dinero y que hallaban, sin embargo, una acogida llena de horror, él agregó irónicamente:

—"Si yo lanzo á los demonios por obra de Belzebú, ¿vuestros hijos por quién los lanzan? Por esta razón ellos mismos serán vuestros jueces."

Después de haber así refutado con un argumento "ad hominem" la hipótesis sacrílega de sus adversarios, Jesús les demostró con una parábola sorprendente, la naturaleza de las curaciones que verifica y la vanidad de sus propios exorcismos.

—"Es por el dedo de Dios como yo lanzo á los demonios, entonces el Reino de Dios está en medio de vosotros." Satanás es vencido; Dios reina en su lugar.

"Cuando el fuerte armado guarda la entrada de su casa, lo que él posee está en seguridad; pero si uno más fuerte llega y le subyuga, él llevará todas las armas en las que él se confiaba, y distribuirá sus despojos."

Jesús se afirma como el único victorioso sobre aquel que él

[1] Cf. Antiq., VIII, 2.

llama misteriosamente el fuerte armado, el tirano de la humanidad.

—"El que no está conmigo, en esta lucha, está contra mí; y el que no recoge conmigo" las víctimas arrancadas á la esclavitud, "deserta."

"Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, vaga en lugares áridos, buscando el reposo. No hallándole, él se dice: Yo volveré á la casa de la que he salido. El vuelve, la haya limpia de sus inmundicias y adornada. Entonces, se marcha, toma otros siete espíritus peores que él; ellos entran en esta casa, allí permanecen; y el último estado de este hombre es peor que el primero."[1]

Jesús deja entrever el drama oculto que se desarrolla entre el alma humana y las fuerzas satánicas; él muestra la esterilidad y la impotencia de todo lo que, fuera de él, pretende libertarnos. Ni los esfuerzos de la voluntad personal, dejada á ella misma, ni las prácticas más ó menos supersticiosas de la filosofía, de las vanas religiones y de la piedad farisáica, pueden lograrlo. No basta que el demonio se retire, es preciso que su potestad sea atada por el único espíritu que lo manda, el Espíritu de Dios, y que el Espíritu de Dios ocupe el lugar de donde el Malo ha sido lanzado; si no las potestades del mal quedarán dueñas; adormecidas por un momento, ellas se despertarán más activas; divididas por un instante, ellas reaparecerán más imperiosas; la esclavitud no hará mas que agravarse y la corrupción crecerá con la esclavitud. Ahora, un solo ser se ha revelado en el mundo con la plenitud del Espíritu de Dios, este es Jesús; y él es el único quien, por el verdadero exorcismo, realiza el Reino de Dios en la conciencia y en la humanidad.

Cuando él hablaba, un grito se levantó en la multitud. Una mujer del pueblo, una de aquellas quizá á quien el profeta ha-

[1] Luc., XI, 18, 26.

bía curado, dijo en alta voz. Bienaventurado el seno que os ha llevado y los pechos que os alimentaron.'

¡Cuántas veces Jesús fué aclamado de esta manera!

Ese sufragio de una mujer, de una desconocida, le era más dulce que la blasfemia de los Fariseos le era odiosa; él levantó la voz, exaltando á aquella que le había proclamado.

—"¡Más dichosos todavía aquellos que escuchan la palabra de Dios y la guardan!

Ser la madre de Jesús no implica directamente sino una relación con su humanidad; pero escuchar y guardar la palabra de Dios implica la comunión con su espíritu divino. Una sola criatura ha sido llamada á la gloria de la maternidad; mas toda alma está llamada á recibir el Espíritu, y hay más felicidad en recibir al Dios vivo que en dar á luz á Cristo.

La multitud había acudido en torno del Profeta; y después de haber confundido á los Fariseos que le trataban de aliado de Satanás, él se puso á desenmascarar públicamente la perfidia de aquellos que se obstinaban en pedirle una señal en el cielo, como prueba de su misión.

Todas las señales mesiánicas anunciadas por los profetas, Jesús las había multiplicado; ellas resplandecían á porfía, bajo sus pasos, á toda hora resplandeciendo á todas las miradas, tales como Isaías les había descrito hacía seis siglos. Pero la sofística de los Fariseos, ciega y despreciadora, les desdeñaba ó les falseaba, atribuyéndolas á la potestad de Satanás. Convencidos de que el cielo era de Dios, y persuadiéndose de que Jesús era un blasfemador, ellos le perseguían con este reto: Danos, pues, una señal del cielo, en donde sólo Dios es Señor, y que probará que Dios está bien contigo![1]

Esta exigencia, inspirada por la sed de lo maravilloso, por la preocupación, la incredulidad y el despecho, indignó á Jesús; él la rechazó con una firmeza inflexible:

—"Esta raza es perversa," decía á la multitud, "ella pide una señal; y bien, no le será dada otra sino aquella de Jonás. Sí, como Jonás fué una señal para los Ninivitas, el Hijo del hombre será una para esta generación."[2]

1 Luc., XI, 27-28.
2 Luc., VI, 29-33.

Evidentemente, se trata de la muerte y de la resurrección del Mesías. He aquí el milagro terrestre y celestial á la vez del que Jonás sepultado en el vientre de la ballena y arrojado, después de tres días, á la playa,—ha sido la figura. Ninguno puede serle comparado. Pero él no se producirá sino en el tiempo marcado por Dios; él tendrá por principio el inefable amor de Jesús por la humanidad, porque este amor le hará morir, y el inefable amor del Padre para su Hijo, porque este amor le resucitará. El reto de los Fariseos será relevado entonces, Jesús lo anuncia con la confianza de aquel para quien el porvenir no tiene secreto, porque él es el señor del porvenir. El va más lejos, deja entender que esa señal obstinadamente reclamada, no tendrá razón de la ceguedad y del odio.

"La Reina del mediodía se levantará en el juicio contra los hombres de esta nación y los condenará, porque vino de los extremos de la tierra á oír la sabiduría de Salomón; y mirad que aquí hay uno que es más que Salomón. Y los Ninivitas se levantarán en el juicio contra esta raza, y la condenarán, porque hicieron penitencia á la predicación de Jonás; y mirad que aquí hay uno que es más que Jonás."[1]

Jesús, además, ¿no era, por sí mismo, por su palabra, su sabiduría, su virtud, por la radiación de todo su ser, el más resplandeciente de los prodigios? Ni Jonás con su celo, ni Salomón con su prudencia, le igualaban. ¿Por qué, entonces esos Fariseos no le reconocían? No es porque la luz falte á sus ojos, sino porque sus ojos no pueden recibir los rayos.

—"Nadie, después de haber encendido una lámpara," dijo, la coloca en un lugar oculto ó debajo del celemín. Se la pone mejor sobre el candelabro, á fin de que los que entran vean la luz."

1 Luc., XI, 29-33.
2 Luc., XI, 29-33

La lámpara es él; el Padre la ha encendido para que la humanidad entera vea la claridad.

Pero es preciso que los ojos se abran y vean sus rayos.

—"La lámpara de vuestro cuerpo," agregó, "es vuestro ojo. Si vuestro ojo es sencillo, todo vuestro cuerpo estará en la luz, y si él es malo, todo vuestro cuerpo estará en las tinieblas.

"Tened cuidado que la luz que está en vosotros no sea tinieblas. Pero si vuestro cuerpo es luminoso todo, sin mezcla de tinieblas, todo será luminoso y la lámpara os alumbrará con su esplendor."[1]

Jesús amó esta imagen y más de una vez la ha recordado; ella revelaba, bajo una forma neta y dulce, uno de los deberes más necesarios: la rectitud de corazón, la sencillez de la intención, la pureza de la conciencia.

Todos los testimonios que revelan á Dios y que resplandecen en derredor de Jesús serán vanos para el hombre cuyo corazón es falso, la intención hipócrita, la conciencia culpable. Las señales permanecerán tenebrosas y los más sorprendentes milagros no probarán nada. El genio más perspicaz será herido de ceguera, porque la luz de Dios no penetra en el hombre sino por el corazón y la conciencia; el corazón y la conciencia son los que hacen callar las preocupaciones, rechazan los malos sistemas y todo ese egoísmo del genio tan hábil y tan obstinado en rechazar los hechos por los que Dios atestigua.

En realidad, y cualquier cosa que se pueda pensar de la influencia de los errores reinantes, de los caprichos religiosos entre los Judíos, el gran obstáculo que halló Jesús, no fué tanto sus preocupaciones como sus vicios, la vanidad, la importancia que ellos se daban, su avaricia, su hipocresía, su indiferencia y su desprecio de los demás.

El, cuya misericordia era sin límites para los pequeños, los humildes y los pecadores, tenía contra esos hipócritas y esos

[1] Luc., XI. 33-36.

culpables, tan astutos en solapar sus vicios con inexorables severidades. La dulzura no tenía poder sobre esos endurecidos; pero las santas cóleras de Jesús, al azotarles, vengaban, á lo menos, á la verdad que ellos ultrajaban y á la justicia á la que ellos no podían escapar.

Un Fariseo le suplicó comiera con él en su casa.[1] La invitación ocultaba,—la continuación de la narración lo indica,—un sentimiento de malevolencia. Jesús entró sin hacer ablución y tomó asiento en el lecho destinado á los convidados.

El Fariseo, escandalizado, se preguntaba por qué él no se había purificado antes de la comida. El Señor, adivinando el pensamiento de su huésped y de los convidados, se puso á decirles con un tono severo, con la autoridad del juez que lee en la conciencia:

—"Vosotros los Fariseos, limpiáis el exterior de la copa y del plato; pero vuestro interior está todo lleno de rapiña y de maldad: Cuan insensatos sóis! el que ha hecho el exterior no ha hecho también el interior?

Lo exterior, es la materia; lo interior, es el alma. Dios ha criado á una y á otra: la purificación del cuerpo no puede reemplazar á la purificación del alma; el alma más bien es la que santifica al cuerpo y á la que es preciso purificar; ahora el alma no es pura sino por la caridad y el amor.

—"Dad limosna," agregó, "con lo que está dentro de las copas y los platos, y todo será puro para vosotros."

Después de haber descubierto y estigmatizado el gran artificio de los Fariseos, él les llenó de anatemas.

—"Desdichados de vosotros, Fariseos, que pagáis el diezmo de la menta y de la ruda y de todas las yerbas, y que despreciáis la justicia y la caridad de Dios! Esas cosas era preciso hacerlas y no omitir las otras.

—"Desdichados de vosotros, Fariseos, porque amáis los

[1] Luc., XI, 37 y sig.

primeros asientos en las sinagogas, y que se os salude en la plaza pública!

—"Desdichados de vosotros porque os parecéis á las tumbas que no se ven y, sobre quienes se camina sin saberlo! La vehemencia de esos reproches era tal, que un doctor de la ley, un Escriba, uno de esos sabios de profesión que tenían la guarda de las Escrituras y de las tradiciones farisáicas, le interrumpió indignado:—Maestro, exclamó, hablando de esta manera nos ultrajáis también.

Jesús por toda respuesta, multiplicó y agravó sus anatemas.

—"Sí, desdichados también vosotros doctores de la ley! Porque vosotros cargáis á los hombres de fardos que no pueden llevar y que vosotros no tocáis ni con el dedo. Desdichados de vosotros, que edificáis sepulcros á los Profetas.... y vuestros padres les han matado!" Y con una ironía sangrienta, desenmascarando la vanidad de esos honores que ellos creían tributar á esas víctimas santas, y agregó: "Bien mostráis vosotros que consentís en las obras de vuestros padres, porque ellos les han matado y vosotros les respetáis en los sepulcros."

La muerte de los profetas recuerda á Jesús la suya y las persecuciones de sus discípulos; él será también, víctima del mismo fanatismo homicida, y él la profetiza á sus oyentes, trastornados, irritados.

—"La sabiduría de Dios, exclamó, ha dicho: Yo les enviaré profetas y apóstoles: matarán á unos y perseguirán á otros. Pero la justicia de Dios vela. La sangre de todos los profetas derramada desde el principio del mundo, hasta hoy, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, degollado entre el templo y el altar, sí, yo os lo digo, esa sangre será reclamada á esta generación."[1]

El mayor crimen de los doctores, aquel que arrancó á Jesús el último de sus anatemas, fué su prevaricación como poder doctrinante; porque ellos entorpecían por esto la obra mesiánica y apartaban al pueblo.

1 Luc., XI, 49-51; cf. Gen., IV, 8; Paral., XXIV, 22.

—"¡Ay de vosotros, Escribas, porque vosotros habéis tomado la llave de la ciencia y no habéis entrado en ella, y habéis rechazado á los que entraban!"

Las Escrituras debieron haberles instruído de la ciencia del Reino, y, puesto que ellos se habían reservado el monopolio, puesto que ellos tenían la llave, ellos debían entrar los primeros é introducir á los que ellos dirigían. Ellos han faltado á su misión; si el Salvador ha sido despreciado, rechazado, si la nación ha mentido á su destino, la falta es de ellos; ellos hubieran perdido no solamente á su pueblo, sino á la humanidad entera, si la ceguedad y la obstinación del hombre pudieran jamás impedir á Dios y engañar sus designios.

Ni una conciencia recta que no se estremezca con esta voz condenando, sin apelación y para siempre, á la virtud hipócrita, á la tiranía y el escándalo de esos seres falsos y maléficos para quienes la religión es una máscara, y el más santo de los poderes,—el poder religioso,—un medio de engañar, de esclavizar y cegar á los hombres.

Los Fariseos se relevaron bajo el azote de la justicia que los fustigaba; ellos se pusieron á estrechar á Jesús, á abrumarle con todo género de cuestiones, tendiéndole lazos, tratando de sorprenderle y de arrancarle alguna palabra para acusarle.

La escena se hacía violenta. La multitud había acudido. Amotinábanse en torno suyo. Jesús debió salir con sus discípulos. Al verles, les calmó y les enseñó á tener calma en la tempestad.[1] Les recomendó la prudencia.

—"Desconfiad de esa mala levadura de los Fariseos;" dijo: "Es la hipocresía." Después, dulcificando su voz, les llamó sus amigos.

—"No temáis, vosotros, á los que matan al cuerpo, no temáis sino al que mata el alma, y que, después de haber matado al cuerpo, puede arrojaros al infierno. Sí, no temáis sino á aquel." El les recordó que el Padre velaba sobre ellos; y el

1 Luc., XII, 1 y sig.

Padre no olvida á ninguna criatura, ni á los gorriones que se venden en dos denarios. El les decía todavía que sus cabellos estaban contados; que, si ellos confesaban al Hijo del hombre ante los hombres, él, el Hijo del hombre, les reconocería ante los ángeles de Dios. ¿Su Espíritu, no estaba con ellos? Se les conducirá á la sinagoga, ante los magistrados y las gentes del poder; que ellos no se inquieten para nada, ni de lo que deben decir ó responder: El Espíritu Santo se los sugerirá, en el momento dado.

Se siente que su situación se agrava y se atiranta. A medida que se acerca el desenlace, Jesús atrae más cerca de él á sus discípulos, y trata de penetrarlos con su fuerza y su ternura.

La multitud no le abandona; á pesar del odio con el que sus maestros persiguen al Profeta, ella sufre su palabra y su atractivo. El la instruye, caminando, la arranca de su miseria, le muestra la vía y las aproximaciones del Reino nuevo. Nada le distrae de su gran obra y de su misión. El tiempo urge, es preciso darse prisa.

Habiéndosele acercado un hombre del pueblo para decirle ordenase á su hermano dividiera con él la herencia paterna,[1] le respondió:

—"Oh hombre, ¿quién pues me ha constituido juez ó árbitro entre vosotros?"

—¿Acaso el Enviado de Dios ha venido á este mundo para ocuparse de los intereses terrenales? Su destino es divino; no es la vida de un día y sus bienes miserables lo que él trae, es la vida eterna y el Reino del Padre. Mas él sabe que el hombre es codicioso de gozar, y, en vez de arreglar las diferencias que esta codicia provoca, él enseña el desprendimiento de todo y el secreto de la eternidad.

—"Velad, tened cuidado con la avaricia. No es en la abundancia de las cosas de la tierra en donde está la vida," porque todo lo de la tierra se nos escapa en el mismo momento en el que se cree tener.

1 Luc., XII, 13 16.

A este propósito dijo una parábola:[1]

"Había un hombre rico, cuyas tierras dieron mucho fruto; y discurría dentro de sí mismo de esta manera: ¿Qué haré yo? porque no tengo donde recoger mis frutos. Y dijo: Haré esto. Derribaré mis trojes y las haré mayores, y allí recojeré todo lo que me ha nacido, y todos mis bienes; y diré á mi alma: Alma mía, tú tienes muchos bienes de repuesto para muchos años; derrama, come, bebe y regálate.

"Pero Dios le dijo: Mentecato, en esta noche te vendrán á pedir tu alma, ¿y para quién serán las cosas que has juntado?

"Así sucede al que atesora para sí, y no es rico para Dios.

En la intimidad, él habla á sus discípulos como á hijos muy queridos del Padre celestial, inspirándoles una filial y absoluta confianza en su bondad, en su Providencia, siempre en vela, en su munificencia infinita; él no quiere que ellos se asemejen á los paganos, á las gentes de la tierra, inquietos, atareados, que no tienen Padre que vele por ellos. El no proscribe la actividad tranquila, pero prohibe la turbación, la inquietud y la angustia, y les asegura, al pintarles la acción de Dios tan visible y tan paternal en la naturaleza.

—"Atended á los cuervos que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa, ni tienen grano, y Dios los sustenta. ¿Cuánto más valéis vosotros que ellos?

"Mirad cómo crecen los lirios; no trabajan ni hilan; y no obstante os aseguro, que ni Salomón con toda su magnificencia se vestía como uno de éstos. Dios es quien teje su vestido. Y sin embargo, mañana serán arrojados al horno.

"No temáis, pues, hombres de poca fe. No, no os inquietéis ni de lo que habéis de comer ni de lo que habéis de beber; no os perdáis en una vana previsión. Vuestro Padre vela, y él sabe de lo que tenéis necesidad."

1 Luc., XII, 16 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De esta manera él les mostró el fin eterno hacia el que deben tender las almas libres de la tiranía de las necesidades.

—"Buscad el Reino de Dios y su justicia; las demás cosas os serán dadas por añadidura."[1]

¿Qué puede temer el que, á pesar de la desnudez terrestre, está llamado á reinar en Dios?—"No temáis, pequeño rebaño, puesto que plugo á Dios, daros un reino." Más bien aumentad vuestra desnudez. "Vended todo lo que poséeis y dadlo de limosna. Haced por tener bolsas que no se envejecen, y un tesoro en el cielo que jamás se agota; donde no llega el ladrón ni la polilla roe.

"Porque en donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."[2]

El hombre no puede buscar su tesoro sino en lo creado ó en lo increado, en lo que pasa ó en lo que permanece, en la tierra en donde todo muere, ó en el cielo que Dios llena. Dejado á sí mismo, á su pesada miseria, él va con todo su peso hacia la materia, y allí no halla sino vanidad y muerte; sólo Jesús la ha relevado hacia Dios; desde que él apareció en la humanidad, se formó en ella una raza nueva que, al desdeñar á esta vida de un día, la honra con su trabajo y la transfigura con sus virtudes,—raza heróica, cuyo corazón se alimenta de Dios, y hace de la tierra, el aprendizaje de la eternidad.

El pequeño rebaño creció después de la época en que Jesús la formó é inició á esta gloria divina, la lucha no le ha faltado ni le faltará ningún día; por esto decía á los suyos:

—"Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos, como aquellos que están esperando á su Señor cuando vuelva de las bodas, para abrirle luego que llegue y llame.

"Bienaventurados aquellos siervos que el Señor hallare en

1 Luc., XII, 16-32.
2 Luc., XII, 34.

vela! En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa y pasará á servirles. Y si viene en la segunda vigilia, y si viene en la tercera vigilia y los halla así, bienaventurados son aquellos siervos!"

La venida del Señor es incierta; es preciso estar siempre dispuesto.

—"Y sabed que si el padre de familia supiera á qué hora había de venir el ladrón, ciertamente velaría y no permitiría que forzasen la casa. Y vosotros estad prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá á la hora que no penséis."[1]

La magnificencia de lo que Jesús prometió en ese símbolo del festín real en el que Dios mismo serviría á los convidados del Reino, había conmovido á Pedro:—Señor, dijo al Maestro, ¿á nosotros decís esta parábola ó á todos?

Jesús deja entender que la recompensa será dada á todos, según el grado de fidelidad; pero los Apóstoles tendrán una clase privilegiada.

—"¿Cuál es el dispensador fiel y prudente que el Señor ha establecido respecto á sus servidores para dar á cada uno, en el tiempo fijado, su medida de trigo?"

¿No sois vosotros, los discípulos? parece decir Jesús.

—"Dichoso aquel á quien el Señor, cuando venga, halle obrando de esta manera. En verdad, yo os digo, él lo hará administrador de todos sus bienes.

"Pero si este siervo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir; y empieza á tratar mal á los criados y criadas, y á comer y beber y emborracharse; vendrá el señor de este siervo en el día en que él no espera, y á la hora que no sabe, y lo echara de sí, y lo destinará con los infieles. Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó ni ha obrado según su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que no la conoció, y ha hecho cosas dignas de castigo, será menos duramente tratado. Porque al que se le dió mucho se le pedirá

1 Luc., XII, 35 y sig.

mucho; y á aquel á quien se le confió mucho, más cuenta se le pedirá."[1]

Aquí sorprendemos nosotros, en las pláticas de Jesús con sus discípulos, la primera alusión de su regreso á esta tierra, que en breve va á dejar y en donde dejará á sus Apóstoles como á sus dispensadores fieles y prudentes. Ellos son los que deberán alimentar con el trigo de la verdad á los servidores y sirvientes de Dios: función sublime que será su gloria, si ellos la cumplen y su condenación, si ellos vienen á hacerla traición.

Es difícil reconstituir, sin documentos positivos, las escenas íntimas en las que, reunido con los suyos, el Maestro se entregaba á ellos en confidencias tanto más animadas cuanto la situación se hacía más dolorosa y más amenazadora. Se las adivinaba, sin embargo, en algunas palabras profundas que revelan con energía sus sentimientos, sus preocupaciones y sus tristezas.

La rudeza de la lucha de la que él era el objeto debía intimidar algunas veces al pequeño rebaño: entonces, lleno de resolución, Jesús se comparó á la tea encendida y decía:

—"Yo vine á echar fuego sobre la tierra; ¿y qué es lo que quiero, si no que se encienda?"[2]

Su palabra vehemente contra los Fariseos y contra todos sus enemigos encarnizados atizaba la llama; y él estaba resuelto á atizarla todavía. Su espíritu era verdaderamente un fuego devorador, ¿y qué había querido desde que se había declarado el Enviado del Padre, si no extenderlo?

El habló así como figura de su muerte próxima; él la veía delante de él, sangrienta, y la llamó un bautismo.—"Yo debo ser bautizado con un bautismo," dijo, y á pesar del espanto

1 Luc., XII, 47, 48.
2 Luc., XII, 49.

que le sobrecogía con semejante pensamiento, agregó: "¡y cuán grande es mi pena hasta que se cumpla!"[1]

Si él exaltó su valor y su esperanza, prometiéndoles las alegrías del festín de Dios en la eternidad, él disipó las ilusiones sobre su gran obra en este mundo, que él llamó una obra de destrozo y de separación. ¿Sus ojos no le veían ellos ya en la acogida hecha á su Maestro, en las polémicas suscitadas por su palabra, en el odio y el amor de que su persona era el objeto? Ese carácter iba á hacerse más duro, y él permanecería para siempre la marca de la obra.

Los hombres confiados ó pérfidos no dejan nunca de prometerse la paz triunfante y de mecer á sus prosélitos con esos vanos sueños bien pronto desmentidos, Jesús tiene la penetración y el valor, él quiere que se sepa lo que él viene á cumplir; á través de la cruel realidad es como se debe ir á él.

—"No penséis, dijo á sus discípulos, que yo he venido á traer la paz á la tierra. No, yo os lo digo, es la discordia; porque en lo de adelante, de cinco que están en una casa, tres estarán divididos contra dos, y dos contra tres. El padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra."[2]

De esta manera, aquel á quien el profeta llamó el Príncipe de la paz desencadena la guerra universal y sin tregua en este mundo que le odia. Sus elegidos serán como él, levantando en su derredor mil oposiciones, mil conflictos sangrientos. El Reino que él habrá fundado no se escapará á la ley: él debera crecer bajo el golpe de las persecuciones de todos los reinos de la tierra. En esta lucha por la existencia que se impone á toda criatura, los discípulos de Jesús se reconocerán por una señal: á ejemplo de su Maestro, ellos se entregarán á sus verdugos; ellos se harán matar, pero no matarán; su mansedumbre será su fuerza; á el odio opondrán el amor; á la ven-

1 Luc., XII, 50.
2 Luc., XII, 51, 53.

ganza, el perdón y la caridad; á la espada homicida, la cruz. El Maestro ha salvado al mundo, dando su vida; ellos continuarán salvándole, prodigando la suya; y, á fin de que ellos permanezcan fieles á ese papel de víctimas, Dios les rehusará casi siempre la potestad material, él les guardará débiles y desarmados, sin otra fuerza que su Espíritu, su palabra y su amor.

Al pueblo que afluía en derredor suyo, él renovó sus llamamientos con un acento más atractivo. Viéndole ávido de milagros, curioso de oírle, pero indeciso y tan lento en arrepentirse y creer, le amonestaba, le apremiaba.

—"Cuando véis levantarse una nube desde el Poniente, luego decís: Lluvia tenemos, y así sucede; y cuando véis que sopla el aire de Mediodía, decís: Tendremos calor y así sucede. ¡Hipócritas! sabéis distinguir el semblante del cielo y de la tierra; pues cómo no distinguís el tiempo de ahora?" [1]

El estado político de la nación, la venida del gran precursor Juan-Bautista, los milagros prodigiosos de Jesús, su santidad tan prodigiosa como sus milagros, su sabiduría y su enseñanza tan prodigiosas como su santidad: algunas señales populares para conmover la conciencia de todos y advertirla de la llegada del Reino de Dios! Nada alumbra á esos indiferentes y á esos ciegos.

La luz resplandece: ellos no quieren ver. Ellos se dejan arrastrar por los sofismas religiosos de sus maestros.

—"¿Por qué, les dijo Jesús, no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?" [2]

El les amenazó con la justicia inexorable de Dios.—"Cuando váis ante el gobernador con vuestro adversario, tratáis de desprenderos de él, en el camino, por temor que él no os lleve ante el juez, que el juez no os entregue al ejecutor, y que el ejecutor no os ponga en la prisión. Yo os lo digo, no saldréis hasta que no hayáis pagado hasta el último óbolo."

1 Luc., XII, 54, 56.
2 Luc., XII, 57 y sig.

En ese tiempo mismo, se le vino á anunciar que los Galileos, sin duda partidarios de Judas el Gaulonita, habían sido asesinados por orden de Pilatos, en el momento en que ellos ofrecían sus sacrificios. Este hecho no está mencionado en ninguna parte en los autores contemporáneos; el mismo Josefo no lo refiere; pero todo lo que se sabe de la política severa del gobernador, del carácter revoltoso y tan exaltado de los Galileos, le hace plausible. El pueblo debió experimentar, con la noticia de esa carnicería, un aumento de irritación y de odio contra la tiranía pagana. La piedad farisáica no dejó de ver en ello un golpe de la justicia de Dios sobre los culpables; Jesús no conoció ni la vana piedad, ni la cólera estéril, su pensamiento mira más lejos y su corazón es más elevado. Este degüello es para él el preludio de la catástrofe que ensangrentará á todo el pueblo.

—"No penséis, dijo, que esos Galileos fuesen más pecadores que los demás. No, pero sabed que, si no hacéis penitencia, vosotros pereceréis igualmente.

¿Cómo esos diez y ocho sobre quienes se desplomó la torre de Siloe y á quienes mató, eran los más culpables de todos los habitantes de Jerusalem? Os aseguro que no: pero si vosotros no hacéis penitencia, todos pereceréis del mismo modo." [1]

Es probable que los sabios de entonces, los Saduceos, cortesanos del poder extranjero, los Fariseos, que creían en el triunfo de Israel, en el orgullo ciego de su piedad sin virtud, se reían de las amenazas del Profeta; el pueblo mismo, siempre más impresionado del presente que del porvenir lejano, no parece haber sido conmovido por ellos.

La profecía, sin embargo, no ha tardado en cumplirse: cuarenta años más tarde, los soldados de Tito degollaban en el Templo á los últimos partidarios exasperados de la independencia nacional; y las casas de Jerusalem, incendiadas, se des-

1 Luc. XIII, 1-5.

plomaban, como la torre de Siloe, sobre los habitantes de la ciudad impenitente.

Este porvenir terrible ante el que la nación se precipita, no abandona para nada al pensamiento del Profeta; él le conmueve y le entristece más que su propia muerte; él quisiera prevenirle, conmoviendo á las conciencias y abriéndolas á la llamada de Dios. Si ellas comprendieran el deber del momento, renunciarían á las ilusiones terrestres que las alucinan, ellas acogerían la buena nueva del Reino, é Israel transformado; dejando á los Romanos proseguir su obra, llegaría á ser el verdadero pueblo espiritual de Dios. Jamás destino más sublime fué ofrecido á una nación; jamás ejemplo de ceguedad más incurable se ha dado. Jesús trató en vano de desengañarle.

—"Un hombre," dijo en parábola, habiendo plantado una higuera en su viña, vino á ella á buscar frutos. El no encontró. Entonces, dijo al que cultivaba la viña: Hace tres años que vengo á buscar frutos en esta higuera, y no los hallo. Cortadla; ¿para qué ocupa la tierra?—Señor, respondió el viñador, dejadla todavía este año, yo cabaré en torno suyo, y pondré estiércol, y tal vez dará buen fruto; si no, la cortaréis." [1]

Adivínase bajo esta alegoría clara, cómo Jesús consideraba la situación religiosa de su pueblo y los últimos días de su apostolado. El fruto que Dios esperaba y reclamaba de su nación escogida, era la penitencia y la fe, la penitencia que llora las infidelidades y las faltas, la fe que acepta la palabra de vida y da acceso al Reino mesiánico.

Desde la primera hora de su vida pública, Jesús no ha cesado de recordar sus grandes deberes. Pero, con excepción de algunos elegidos, nadie responde: en vez de tocarse el pe-

1 Luc., XIII, 6-9.

cho, los jefes religiosos no hablan sino de su justicia; en vez de creer en el Evangelio, ellos le combaten, le persiguen, le denigran, le amenazan, y le anatematizan. La venganza de Dios se aproxima, presta á estallar, si el Enviado despreciado no suspende la explosión; esta raza ciega no duda, ella se mece con ilusiones fatales, que la palabra de Jesús no llega á disipar, ella se duerme con las promesas de Dios, sin pensar que su endurecimiento hiere á esas promesas de esterilidad y provoca la cólera celestial. Los milagros no tienen más influencia sobre ella que la palabra. Ellos arrancan á la multitud algunos gritos de admiración, pero escandalizan á la clase directora, que no cesa de oponer al Profeta las vanas observancias de su culto. Todo es para los jefes; es preciso sufrir su yugo arbitrario y sus caprichosos reglamentos, ó incurrir en los reproches amargos de su fanatismo; ellos elevan su casuística á la altura de la Ley de Dios. Librarse de su tiranía humana es impío.

Este espíritu sectario no se ha desarmado, un instante, ante Jesús.

El tercer Evangelio señala, á este propósito, una escena característica. [1]

Durante los días en que recorrió la Perea, un sábado, enseñaba en una sinagoga. Ahora bien, vino á la asamblea una mujer, enferma hacía diez y ocho años. Ella estaba encorvada y no podía mirar para arriba.

Jesús, al verla, la llamó:—"Mujer, estás libre de tu enfermedad." El le impuso las manos; y, al instante, ella se enderezó y dió gloria á Dios.

El jefe de la sinagoga indignado porque Jesús hubiera curado á esta enferma en el día sábado:—Hay seis días para el trabajo, dijo al pueblo, venid en esos días á haceros curar, y no en el día de sábado.

Los Fariseos debieron aprobar la sabiduría y la firmeza del

2 Luc., XIII, 11-17.

jefe de la sinagoga, y ese celo supersticioso que colocaba el reposo sabático por encima de todo, hasta de la obra santa de la misericordia.

—"Hipócritas, respondió Jesús con indignación, ¿acaso no desatáis del pesebre á vuestro buey ó á vuestro asno, el día del sábado, para llevarlos á beber? ¿Y esta hija de Abraham á quien Satanás ha atado durante diez y ocho años, no tiene derecho de romper su atadura el día de sábado?"

No hay prescripción contra el bien y contra la virtud. Toda religión que, para honrar á Dios, osara decretarlo, sería impía. El tarisaismo abundaba de esas impiedades enmascaradas; al atacarla en nombre de la conciencia con dardos tan acertados, Jesús cumplió su gran papel de libertador.

Sus enemigos quedaron confundidos, pero ellos no re rinden; sólo el pueblo le aclama, maravillado, en su humana fe, por los milagros, y deslumbrado, con su sencilla razón, por la verdad.

A pesar de la tristeza en la que le sumergió el espectáculo doloroso de la impenitencia y de la incredulidad generales, Jesús prosiguió sin vacilación y sin desfallecimiento lo que él gustaba llamar la obra del Reino de Dios. El conoce los designios del Padre, él tiene la vista llena de las leyes que todo lo rigen.—"Ella es el grano de mostaza," dijo, "que un hombre sembró en su jardín; él crecerá y llegará á ser un gran árbol, él abrigará entre sus ramas á las aves del cielo." El sabe también que su fuerza es irresistible, y de ella decía á menudo: "Ella es como una levadura que una mujer mezcla en tres medidas de harina; toda la masa fermentará."

Ningún ser humano ha sido en su vida más olvidado, más rechazado, mas no comprendido, más despreciado que Jesús; ninguno ha atestiguado una certidumbre más tranquila, una confianza más firme en el éxito final, más allá de la tumba. El tiempo le ha justificado en su confianza absoluta, el porvenir le ha grande y santamente vengado.

CAPITULO VI.

ÚLTIMA TENTATIVA SOBRE JERUSALEM.

Después que Jesús dejó á la Galilea, Jerusalem es su pensamiento fijo; y la Perea, á donde él se retira á intervalos, no es para él sino un lugar de refugio contra la violencia y el odio que él levanta en la metrópoli. Después de varias semanas, quiso volver á Jerusalem é intentar sobre ella un supremo esfuerzo. Se puso, pues, en camino, en pequeñas jornadas, deteniéndose en las ciudades y en las aldeas que se hallaban en su camino.[1] Uno de los Evangelistas, San Lucas, hace alusión á este viaje del que no indica, por lo demás, ni las detenciones ni las particularidades. Dos episodios solamente han quedado en el recuerdo de los discípulos y han sido recogidos por el mismo escritor; reflejan uno y otro todo lo que el momento presente tiene para Jesús de grave y de triste. Se vé rechazado y olvidado; sus fieles no son sino un puñado: todo lo que es poder, ciencia y fortuna, se cierra á su acción. El favor que halla en el pueblo no llega hasta transformar á esta multitud en una legión de discípulos. Escuchábasele á

1 Luc., XIII, 22 y sig.

jefe de la sinagoga, y ese celo supersticioso que colocaba el reposo sabático por encima de todo, hasta de la obra santa de la misericordia.

—"Hipócritas, respondió Jesús con indignación, ¿acaso no desatáis del pesebre á vuestro buey ó á vuestro asno, el día del sábado, para llevarlos á beber? ¿Y esta hija de Abraham á quien Satanás ha atado durante diez y ocho años, no tiene derecho de romper su atadura el día de sábado?"

No hay prescripción contra el bien y contra la virtud. Toda religión que, para honrar á Dios, osara decretarlo, sería impía. El tarisaismo abundaba de esas impiedades enmascaradas; al atacarla en nombre de la conciencia con dardos tan acertados, Jesús cumplió su gran papel de libertador.

Sus enemigos quedaron confundidos, pero ellos no re rinden; sólo el pueblo le aclama, maravillado, en su humana fe, por los milagros, y deslumbrado, con su sencilla razón, por la verdad.

A pesar de la tristeza en la que le sumergió el espectáculo doloroso de la impenitencia y de la incredulidad generales, Jesús prosiguió sin vacilación y sin desfallecimiento lo que él gustaba llamar la obra del Reino de Dios. El conoce los designios del Padre, él tiene la vista llena de las leyes que todo lo rigen.—"Ella es el grano de mostaza," dijo, "que un hombre sembró en su jardín; él crecerá y llegará á ser un gran árbol, él abrigará entre sus ramas á las aves del cielo." El sabe también que su fuerza es irresistible, y de ella decía á menudo: "Ella es como una levadura que una mujer mezcla en tres medidas de harina; toda la masa fermentará."

Ningún ser humano ha sido en su vida más olvidado, más rechazado, mas no comprendido, más despreciado que Jesús; ninguno ha atestiguado una certidumbre más tranquila, una confianza más firme en el éxito final, más allá de la tumba. El tiempo le ha justificado en su confianza absoluta, el porvenir le ha grande y santamente vengado.

CAPITULO VI.

ÚLTIMA TENTATIVA SOBRE JERUSALEM.

Después que Jesús dejó á la Galilea, Jerusalem es su pensamiento fijo; y la Perea, á donde él se retira á intervalos, no es para él sino un lugar de refugio contra la violencia y el odio que él levanta en la metrópoli. Después de varias semanas, quiso volver á Jerusalem é intentar sobre ella un supremo esfuerzo. Se puso, pues, en camino, en pequeñas jornadas, deteniéndose en las ciudades y en las aldeas que se hallaban en su camino.[1] Uno de los Evangelistas, San Lucas, hace alusión á este viaje del que no indica, por lo demás, ni las detenciones ni las particularidades. Dos episodios solamente han quedado en el recuerdo de los discípulos y han sido recogidos por el mismo escritor; reflejan uno y otro todo lo que el momento presente tiene para Jesús de grave y de triste. Se vé rechazado y olvidado; sus fieles no son sino un puñado: todo lo que es poder, ciencia y fortuna, se cierra á su acción. El favor que halla en el pueblo no llega hasta transformar á esta multitud en una legión de discípulos. Escuchábasele á

1 Luc., XIII, 22 y sig.

menudo gemir del pequeño número de los que se adherían á su palabra. Sus quejas chocaban al amor propio nacional; la mayor parte, viendo en la felicidad de la era mesiánica un patrimonio de la raza elegida, se figuraban de buena voluntad que todo Israel, sin excepción, debia de entrar en la gloria del Reino nuevo.[1]

Alguno se hizo el eco de esas vanas esperanzas á las que la vida y la doctrina de Jesús daban un formal mentís.

—Maestro, le dijo, ¿los salvados son un pequeño número?[2] El no respondió directamente á la pregunta de este anónimo. Lo que importaba, no era saber si pocos ó muchos serían escogidos, sino trabajar en ser escogido.

—"Esforzáos," exclamó, tornándose á la multitud, "combatid, para entrar por la puerta estrecha; porque un gran número, yo os lo digo, tratará de entrar y no podrá.

"Cuando el Padre de familia haya entrado y haya cerrado la puerta, vosotros que estáis afuera, comenzaréis á tocar la puerta, y diréis: Señor, ábridnos. Y él os responderá: Yo no os conozco. ¿De dónde sóis? Vosotros diréis: Nosotros hemos comido y bebido contigo, y á quienes enseñásteis en varias plazas. Y él os responderá: Yo no os conozco. ¿De dónde sóis? Apartaos de mí todos los que obráis la maldad.

"Entonces serán los llantos y los crugidos de dientes, cuando véais á Abraham, y á Isaac y á Jacob, y á todos los profetas en el Reino de Dios, y que vosotros sóis excluidos de él. Y vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y del Septentrión, y del Mediodía, y se sentarán á la mesa en el Reino de Dios. Y ved aquí que son últimos los que serán primeros y son primeros los que serán últimos."

La única cuestión para el hombre es el ser incorporado en el Reino. Si él entra, él hallará la vida en la alegría del eterno festín, en la mesa del Padre, con Abraham, Isaac y Jacob

1 Sanhedr., fol. 99. 1.
2 Luc., XIII, 23 y sig.

y todos los profetas y todos los elegidos de las cuatro partes del mundo. Si él permanece fuera, arrojado á lo lejos, él tendrá como patrimonio el dolor sin fin y la desesperación. Pero que el hombre tenga cuidado: la entrada en la casa paterna y en el palacio del Reino es difícil, porque la puerta es estrecha. Esta puerta es la fe en Jesús.—el Mesías pobre y desconocido, humillado y sufriente. Para que el hombre penetre por esta puerta, es preciso que él se reduzca á nada, que se anonade en la palabra de Jesús y le sacrifique todo. Si él se rehusa al renunciamiento total, él no entrará. Los contemporáneos del Maestro lo han probado; el gran número ha retrocedido ante el sacrificio de la fe, prefiriendo á la doctrina del Salvador, sus ritos, su ciencia y sus vicios; él no ha sido admitido á la gloria del Reino.

Esta exclusión es definitiva, absoluta, eterna; ya no habrá ni penitencia ni misericordia; la conversión no es posible sino en la tierra, porque la bondad de Dios no hace doblegar su justicia mas que en la tierra. Más allá, de nada servirá haber sido de la raza elegida y privilegiada; este vano título no abrirá jamás la puerta cerrada. El Maestro, repudiado en la tierra, repudiará á su vez, á los que le hayan despreciado; él no les conocerá; ellos no serán para él sino obreros de injusticia, indignos de las alegrías del festín mesiánico.

Se vé qué conciencia tenía Jesús de su autoridad y de su obra. El domina el tiempo y la eternidad; pero si él es en el uno, la expresión de la mansedumbre y de la bondad infinitas, él no es menos en el otro, respecto á sus adversarios ciegos, mas que un inexorable justiciero.

Por lo demás, el mal éxito de su misión en Israel, bien puede entristecerle, pero no podría abatirle. A pesar de las dificultades de la entrada del Reino, á pesar del rehusamiento de los primeros individuos, la obra mesiánica se cumplirá, y la sala del festín no quedará vacía. El ya vé á sus elegidos acudir de los cuatro puntos cardinales, y sentarse al lado de los patriarcas y de los profetas. El mundo pagano abandonado es

recogido, la raza privilegiada es rechazada, y así, como le agradaba decirlo á menudo, sin temor de herir el sentimiento nacional, "los primeros van á ser los últimos, y los últimos los primeros."

En ese mismo día, [1] los Fariseos se aproximaron á Jesús y le dijeron:—Parte, aléjate de aquí, Herodes quiere matarte. Este paso no era sino una ficción de parte de Herodes y de los Fariseos. No es verosímil que el tetrarca haya alimentado pensamientos de muerte contra Jesús: su naturaleza no era cruel. La muerte de Juan Bautista arrancada á su debilidad siempre le turbaba. Pero la presencia del Profeta en sus Estados le daba espanto; él temía á Jesús. El se imaginó que era Juan resucitado. Los Fariseos cortesanos han debido explotar esos terrores supersticiosos; y, para atraer á Jesús á Judea en donde él dependía directamente del poder del Sanhedrín, vinieron á amenazarle con la cólera del príncipe.

Jesús adivinó la perfidia.

—"Id," dijo á sus emisarios astutos, "y decid á ese zorro: Yo lanzo á los demonios, curo á los enfermos, hoy y mañana, y al tercer día, acabo mi vida."

Sus días están contados, no está en el poder de nadie disminuir el número, precipitar ó entorpecer su marcha; él nada teme; el temor de la muerte no le toca; él va al encuentro de su destino, tranquilo, irresistible, omnipotente como el Dios que le envía.

El continuó su camino para Jerusalem, á donde bien pronto llegó. Estábase en pleno invierno, se celebraba la fiesta de la Dedicación, que cayó, en el año 29, el 20 de Diciembre.

Esta solemnidad, de institución macabea, recordaba al pueblo la purificación del Templo profanado por Antioco Epifa-

1 Luc., XIII, 31 y sig.

nio.[1] Se la llamaba "las luces," τὰ φῶτα; sin duda dice Josefo, porque la libertad del culto brilló de nuevo en nosotros contra toda esperanza. Los Rabinos tienen una interpretación más singular, de un sabor del todo judaico. Cuando Judas Macabeo hubo vencido á los Griegos, y que el Templo fué nuevamente abierto, se buscó aceite que hubiera escapado de la mancilla de los paganos. No se halló mas que una ampoyeta, colocada debajo del sello del gran sacerdote; esta era la provisión de un día, él se multiplicó por milagro, y sirvió toda una semana.

Para recordar ese prodigio, dice Maimonides, fueron instituídos ocho días de fiesta, y se encendían durante ocho noches luces en las puertas de todas las casas." [2]

La permanencia de Jesús en Jerusalem fué de corta duración. El había dejado á la ciudad en una agitación que su ausencia no había calmado la idea mesiánica, despertada por sus discursos, inflamó los espíritus. Nadie podía ignorar que el tiempo del Libertador no hubiere llegado; pero, en lugar de seguir las enseñanzas del Profeta, la opinión engañada se apartaba más y más en los sueños de libertad nacional, de restauración política y de dominación religiosa, universal. De tales ilusiones, se comprende, no hallaban nada en Jesús, ni en sus declaraciones, ni en su doctrina, ni aun en sus milagros, que pudiera lisonjearlos y animarles. Esto exasperaba á los patriotas; más de uno debió echar de menos que este hombre tan poderoso sobre el pueblo no tomará en sus manos la causa de Israel y no se diera como el Libertador esperado.

¿Para qué agitar á la multitud, si él no quiere ser ese personaje? ¿Y si él consentía en serlo, por qué no lo declaraba sin equívoco?

Este estado de la opinión resalta netamente de la narración del cuarto Evangelio,[3] y arroja plena luz sobre la escena que pasó entre Jesús y los Judíos de la metrópoli.

1 1 Maccab., IV; Antig., XII, 7. 6.
2 Schalbat, fol. 21; Chemic., III.
3 Juan, X, 22 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siguiendo su costumbre, él había subido al Templo y se paseaba en la galería oriental, bajo el pórtico de Salomón. Los Judíos, habiéndole reconocido, le rodearon, encerrándole en medio de ellos como en un círculo. ¿Hasta cuándo, preguntaron ellos con vehemencia, tendrás á nuestra alma en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínolos abiertamente.

Esta intimación violenta prueba que los Judeanos no han acogido ni comprendido el mesianismo de Jesús, el carácter altamente espiritual de su obra y la divinidad de su persona; ellos no buscan ser alumbrados, ellos intiman á Jesús á pronunciarse netamente, y á decir si ó no, si es el Mesías, tal como ellos le comprenden; ellos no se adhieren al Profeta, ellos pretenden adherirle á ellos. Siempre es la misma lucha que estalló en Galilea, por primera vez,[1] entre el mesianismo del que Jesús es la realización, y el mesianismo que extravía la opinión judía. Los Galileos, á lo menos, eran sinceros cuando quisieron sustraer á Jesús por la fuerza y proclamarle rey; los Judeanos son tal vez pérfidos. Si ellos reclaman una declaración formal, se puede sospechar en ellos la segunda intención de servirse de ella contra Jesús y denunciarle á la autoridad romana. ¿Qué idea, pues, se formaban ellos de ese personaje misterioso? Ya se ha visto,—y los documentos contemporáneos no nos dejan duda á este respecto,—la fracción más ardiente del partido farisáico le soñaba guerrero, conquistador, libertador y armado para dar á la nación la libertad, la supremacía universal y la gloria. Los más devotos, en su culto fanático por una ley que ellos consideraban como la expresión suprema de la santidad, le soñaban á su imagen, y esperaban de él que llevara á todas las naciones paganas á su culto y á sus observancias. En cuanto á los Saduceos, resignados al yugo extranjero, indiferentes y escépticos, se desinteresaban de esas preocupaciones de porvenir, no pidiendo sino vivir tranquilos, gozar y reinar. No son sus partidarios los que estrechan

1 Véase el libro III, cap. IX; La crisis mesiánica en Galilea.

á Jesús á declararles si él es el Mesías; son los Fariseos. Desde entonces, se ve, á qué equívoco se prestaba esta expresión de Cristo. El sentido que le daba Jesús estaba en oposición directa, absoluta, con el de sus adversarios. Nada de político, nada de mosáico y de legal, nada de particularista, nada de terrestre. En resumen, el Mesías es el Hijo de Dios, es Dios mismo en el hombre, pero en el hombre despojado de toda gloria mundana, evitando las manifestaciones resplandecientes, rehusando esas señales del cielo que los Doctores, con sus exigencias pérfidas no cesaban de reclamar; él es el Hijo del Dios oculto, no revelándose sino á los humildes, fundando con ellos el verdadero Reino de Dios del que el reino davídico era la figura, reuniendo en él no solamente á los hijos dispersos de Israel, sino á todos los hijos de la raza humana, alimentándoles con la verdad y conduciéndoles, con la claridad de su palabra, á la eterna Vida.

La respuesta del Maestro fué tal como se debía esperarlo de su eterna sabiduría. ¿Qué podía agregar á los testimonios solemnes ya dados con tanta insistencia en la fiesta de las Cabañuelas?[1] ¿No había afirmado con una claridad irresistible su naturaleza, su origen y su misión divinas? ¿No había claramente explicado su gran obra de salvación? Si él había evitado con cuidado ante la multitud la palabra de Mesías, no es porque renunciara al título, sino que temía á una expresión de la que las preocupaciones habían alterado el sentido. No, él no es el Mesías que invoca la fantasía religiosa y nacional, él es el Mesías tal como el Padre le envía.

—"Yo os lo digo," respondió á sus interlocutores, "y vosotros no creéis."

El ensaya todavía arrancarles de sus ilusiones, de su falsa doctrina, y de llevarles á la verdad; les halla siempre recalcitrantes y cerrados. Los prodigios mismos no han podido vencer su obstinación. Jesús se las reprocha con tristeza.

1 Véase el libro II, cap. VII, y el libro IV, cap. II.

—"Las obras que yo he cumplido en nombre de mi Padre," les dijo, "dan, sin embargo, testimonio de mí y atestiguan la verdad de mis palabras. ¿Por qué entonces no creéis?

El va á volverles á decir la razón secreta de su incredulidad, siempre es la misma y en todas partes, porque ella tiene sus raíces en el egoismo profundo de la voluntad y del espíritu. Nada tiene poder sobre el hombre que tiene por infalibles sus propias ideas religiosas, por indiscutible su filosofía y, quien, dominado, cegado por su amor propio ó su fanatismo de raza, rehusa escuchar lo que pudiera elevarle sobre sí mismo y del círculo estrecho en que él se encierra. Los hechos, los argumentos, los milagros, todo viene á estrellarse contra su voluntad endurecida; él mide todo por la norma de sus teorías ó de sus pasiones; lo que las choca es falso, lo que las excede es condenado.

Tal es el obstáculo que la verdad de Dios encuentra siempre en su camino á través de la humanidad, y contra el que Jesús tropezó en sus esfuerzos para conquistar las conciencias. A este pueblo doblegado por la ley mosáica,—ley imperfecta, materializada y falseada por las tradiciones farisáicas, inmovilizado por la escuela saducea,—le trajo la Ley viva del Espíritu; á esta nación esclavizada, y por lo mismo ardiente de esperanza en un Salvador prometido, mostró en la belleza divina entrevista por el profeta, á ese Libertador despojado de todos los caracteres falsos con los que la imaginación popular y la ciencia de los doctores le habían sobrecargado; á esta raza orgullosa de su sangre, anunció una raza nueva nacida del Espíritu, y le ofreció entrar á ella por un renacimiento misterioso del que sólo él tenía el secreto. Ahora, para entender semejantes verdades que, lejos de destruir al mosaísmo y al pueblo santo, les llevaban á su perfección total, era preciso sacrificar las doctrinas reinantes, el formalismo religioso, el orgullo de raza y las ambiciones groseras de un falso patriotismo; creer en los Profetas y en las Escrituras más que en las doctrinas ciegas que despreciaban al espíritu; arrepentirse, golpearse el pecho, como lo pedían con una elocuencia divina el Precursor y el mismo Jesús, y abrir su alma al deseo del bien, á la atracción del Padre que solicita á toda criatura inteligente hacia la verdad y hacia la perfección.

Todos aquellos en quienes esta atracción ha triunfado, han escuchado la voz de Jesús, han tenido fe en su palabra, seguido su llamamiento y formado su rebaño.

El les llamó sus ovejas.

—"Vosotros sóis absolutamente obstinados," decía á sus adversarios. "Por esto no creéis. Mis ovejas escuchan mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen." Y, reasumiendo en una sola palabra todas las funciones divinas del verdadero mesianismo, agregó: "Yo les doy la vida eterna."

Traer á los hombres la vida de Dios, elevarles hasta él por su Espíritu de verdad y de amor, ved, en efecto, la obra reservada al Mesías. Jesús se afirma él mismo el héroe que la cumplió, expresando así, bajo una fórmula nueva, su propia divinidad, porque no está en el poder del ser humano, quien quiera que sea, prometer la vida eterna, mucho menos darla; todas esas declaraciones nos transportan fuera y por encima de la humanidad, y obligan al historiador á elegir entre el delirio de un iluminado y la palabra de Dios mismo.

La calma de Jesús es tan grande como su fuerza, y él tiene de esta fuerza una conciencia absoluta.

—"Aquellos á quienes yo he dado la vida eterna," dijo, "no perecerán jamás. Nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre.

El se declara de la misma potestad que su Padre, y así levanta el ánimo de sus discípulos, intimidados quizá á la vista del peligro que siempre crece.

En fin, pronuncia la palabra suprema de sus revelaciones prodigiosas respecto de sí mismo, y dijo sin equívoco:

—"El Padre y yo somos uno."

De todas las nociones mesiánicas, esta es la más profunda

y la más elevada. Entre el Mesías y Dios, no hay solamente comunidad de voluntad, de inteligencia, de poder, hay comunidad de esencia; no hay solamente unión moral, hay unión metafísica por una participación á la misma naturaleza. El Padre y el Hijo son dos personas distintas, pero su ser es idéntico. Jamás palabra más sorprendente, más inuádita, más insondable, ha salido de labio humano; jamás, hasta el presente, Jesús había expresado más abiertamente lo que él era. Si los Judíos que los escucharon habían guardado la ciencia profunda de las Escrituras y habían permanecido fieles á las enseñanzas de los profetas; si, desprendidos de sus vanos ritos, de sus aberraciones religiosas y políticas, ellos se habían dejado alumbrar por la doctrina de Jesús y subyugar por la fuerza deslumbradora de su testimonio y de sus milagros, ellos hubieran reconocido la divinidad de su Mesías y la mesianidad de Jesús, ellos hubieran comprendido que un Mesías–Dios no podía tener otra función que comunicar el Espíritu divino, que el Reino fundado por él no podía ser el patrimonio de una raza, sino de la humanidad; que toda ley escrita debía desaparecer ante la Ley viva del Espíritu, única capaz de penetrar las conciencias. Ciegos, soberbios, endurecidos, parapetados con una falsa ortodoxia, ellos trataron la palabra de Jesús como á la de un blasfemo, y al mismo Jesús como á un criminal á quien era preciso exterminar sobre la marcha.

Su fanatismo hizo explosión, ellos tomaron piedras para lapidarle.

Impasible ante esas amenazas, Jesús no se sustrajo. Su calma y su firmeza hicieron caer las piedras de las manos de esos energúmenos.

—"¿Cómo?" les dijo con una ironía mezclada de indignación, "yo os he hecho ver por la virtud de mi Padre hermosas y buenas obras innumerables: ¿por qué me lapidáis?"

Tal era, en efecto, la perversidad de esas conciencias, que, lejos de iluminarles, las otras santas de Jesús les exasperaban, atizaban su odio y provocaban sus furores.—No es por una

buena obra, exclamaron, desconcertados, es por blasfemo, y porque siendo hombre, tú te haces Dios.

Esos fanáticos se engañaban; no era un hombre el que se hacía Dios; era Dios mismo quien se revelaba personalmente en el Hombre–Jesús.

El blasfemo, para los Judíos, consistía, según su fórmula misma, en atacarse "al fundamento."[1] Ahora, el fundamento sagrado, es Dios, el Templo y la Ley. Negar la unidad de Dios, la eternidad del Templo y de la Ley, ved, el gran crimen religioso. Escuchando á Jesús igualarse á Dios, identificarse con él, proclamarse un mismo ser que él, clamaron: es un blasfemo.

Evidentemente, esos doctores degenerados habían olvidado la verdadera noción de su Mesías. En los tiempos de decadencia, las verdades más elevadas se velan, las cuestiones más necesarias están divididas, y los espíritus apocados y desfallecidos, se agitan con las sutilezas vanas y los detalles accesorios, dando importancia á puerilidades, olvidando lo que es vital, esencial. Las escuelas judías y sus maestros, el sacerdocio y sus jefes, ofrecen ese espectáculo. La divinidad del héroe mesiánico, netamente señalado por los Profetas y solemnemente proclamado por Jesús, no les pareció sino una blasfemia; ellos cierran los ojos y se apartan de él, porque él no corresponde á sus preocupaciones y á su vanidad nacional.

Aquel que sabe toda la dureza de esta raza, su obstinación inveterada, el espíritu inexorable de su religión, se formará una idea de la firmeza de Jesús, viniendo á atestiguar su propio mesianismo, á la faz de los representantes de su pueblo.

Afirmando su divinidad, él pareció el más culpable de los blasfemadores; y aun cuando en principio los doctores hubieran reconocido la divinidad de un Mesías, la oposición contra la persona de Jesús era tal, que al verle arrogarse el título santo y la dignidad divina del Enviado supremo, ellos le hubieran todavía anatematizado y lapidado como á un falso profeta.

1 Lightfoot, Horæ hebraï.. et talmud., p. 10, 66.

Pero Jesús no se doblegó.

La cólera de los hombres le hallaba siempre en el equilibrio que dan la santidad y la verdad; él apeló á la Escritura, á esa letra sagrada por quien sus interlocutores tenían culto supersticioso; y, en nombre de esa letra misma que para ellos todo lo resolvía, rechazó victoriosamente su acusación.

—"No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: Vosotros sóis Dioses? Si, pues, ella ha llamado Dioses á aquellos á quienes la palabra de Dios ha sido dirigida,—y la Escritura no puede ser destruida,—aquel á quien el Padre ha santificado, que él ha enviado al mundo, cómo decís de él: El ha blasfemado, porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios!

Al invocar ante esos doctores escandalizados, el nombre atrevido con el que el mismo Dios, en la Escritura, llama á sus representantes humanos, Jesús despertó una de las ideas más arraigadas en la conciencia judía. Para Israel, Dios es un Ser personal y vivo cuya palabra y acción no cesan de manifestarse á su pueblo; aquellos á quienes ella se dirige toman de ella un carácter divino: rey, juez ó profeta, ellos se convierten en órganos de Dios, ellos son elevados en cierto modo hasta El. Si entonces, por la razón misma de esta unión parcial, ellos son con justo título llamados Dioses, ¿cómo aquel á quien el Padre santificó, en quien puso la plenitud de su Espíritu y á quien envió al mundo, será acusado de blasfemo, al decir que él es el Hijo de Dios?

El argumento no tenía réplica.

Se ha creído ver en la respuesta de Jesús una atenuación de la fórmula por la cual él había tan netamente declarado su divinidad. Esto es un error. Esta respuesta más bien la confirma. Mas el pensamiento directo del Maestro es, sin duda alguna, disculparse de la acusación de blasfemo y probar á sus nterlocutores, por su misma ley, que él es inatacable.

Intentó en seguida un último esfuerzo para llevar á esos espíritus prevenidos á reconocer en él esta unión con el Padre que era la fuente de su mesianismo; y, puesto que su palabra

no les podía persuadir ni imponerse á su conciencia, les dijo:

—"Ved, pues, mi obra. Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si yo las cumplo, creed en ellas y reconoced que el Padre está en mí y yo en El."

Ellos no quisieron ver ni oír. Se retiraron exasperados, maquinando apoderarse de él y llevarle ante el Sanhedrín; pero Jesús se les escapó. Rodeado de sus discípulos, abandonó el Templo y la ciudad, dirigiéndose por el camino de Jericó hacia la tierra, más allá del Jordán.

Al alejarse de Jerusalem, él volvió á ella, el alma llena de una tristeza indecible. Esta tentativa suprema le mostró su invencible terquedad. El dolor le arrancó una queja, un grito punzador.

—"Jerusalem! Jerusalem! tú que matas á los profetas y lapidas á los que te son enviados, cuántas veces yo he querido reunir á tus hijos, como un pájaro reune á sus hijuelos bajo de sus alas, y tú no lo has querido!

—"Ved, que vuestra casa quedará desierta. Yo os lo digo: No me veréis más, hasta que llegue el día en que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Esta fué, en efecto, la última vez que él apareció en sus muros y en su Templo. Ya no volverá sino para morir. La ciudad amada é ingrata ha oído sus más sublimes enseñanzas: ella las desdeñó; sus llamamientos más ardientes: ella los ha realizado. Ella conocerá las represalias terribles del amor despreciado; en espera del día de la cólera, ella prepara, en la ceguedad y el odio, su lúgubre destino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

NUEVA RETIRADA DE JESÚS MÁS ALLÁ DEL JORDÁN.

Jesús, al dejar á Jerusalem, vino á fijarse más allá del Jordán, sobre los límites de la Judea. El lugar ha sido claramente indicado por el cuarto Evangelio, este es Beth Abara, el mismo en donde Juan, dos años antes, había inaugurado su bautismo.[1] El nombre del profeta había quedado vivo en el pueblo; se acordaba que él había profetizado el Reino de Dios, la venida del Mesías y al Mesías mismo. La multitud acudió á Jesús. Cuando ella le vió y le oyó, fué tocada de la verdad de las predicciones y del testimonio del Precursor. El no verificaba milagros, se decía, pero todo lo que había anunciado era verdadero. Jesús hizo allí muchos prosélitos; recogió lo que Juan había sembrado. En el punto de acatar su carrera, se volvió á hallar en las mismas riberas del Jordán que habían sido testigos de su consagración pública. Antes de tres meses, estará terminada su tarea, y dos años completos habrán bastado á la tarea.

Un gran hombre, viéndose repudiado por un país y su nación, no ligándose á su doctrina y á su persona, más que las gentes sin autoridad, más ó menos despreciadas y sospechosas, no hubiera dejado de prorrumpir en anatemas desesperados. Aquellos á quienes el éxito traiciona no escapan al abatimiento y al pesimismo.

No se sorprende en Jesús la menor señal de esas debilidades. Al ver crecer esos obstáculos, los peligros, la falta de éxito, él gime por los que le despreciaban, espanta con las amenazas de Dios á sus adversarios irónicos; pero tiene mayor piedad por los débiles y los humildes, y prosigue su obra sin desviarse.

Los Fariseos no dejan de tenderle asechanzas y de estrecharle con cuestiones capciosas; ellos le invitan á menudo á la mesa para sorprenderle, espiarle más de cerca. Jesús se prestó á esas invitaciones de una hipócrita benevolencia. San Lucas nos ha conservado la narración detallada de uno de esos festines.[1] La sabiduría del Maestro resplandecía, y ella hubiera abierto sus ojos, si ellos hubieran querido solamente entreabrirlos.

Uno de los jefes del partido había suplicado á Jesús viniera á comer el pan en su casa. El eligió, con un designio y fin pérfidos, el día de sábado. Esta era una asechanza. De repente se llevó ante el Maestro á un enfermo, á un hidrópico, convencido que, con su piedad, El no dejaría de curarle. Jesús comprendió la intención de esos bellacos. El tomó la ofensiva con una cuestión bruscamente puesta á los Escribas y á los Fariseos presentes:

—"¿Está permitido curar en sábado?"

Los doctores callaron. Pero él, tomando al enfermo de la mano, le curó y le despidió.

Esto fué un escándalo para esos formalistas. Jesús respondió á su pensamiento con una palabra decisiva:

—"Si vuestro asno ó vuestro buey caen en un pozo, ¿quién

1 Juan, X, 40.

1 Luc., XIV, 1-24.

de vosotros no le saca inmediatamente, aun en el día de sabado?"

Los doctores no podían replicar. No hay argucias contra esas verdades que hieren á la conciencia como una ascua ardiente.

Los invitados estaban en gran número, y notando Jesús que ellos tomaban los primeros asientos, exaltó esta vanidad torpe, velando la lección bajo una parábola:

—"Cuando estéis convidados á las bodas, no os sentéis en el primer lugar, porque si otro de más consideración ha sido también invitado, el señor del festín llegará y os dirá: Dadle ese asiento; y entonces bajaréis, avergonzados, al último.

"No; cuando séais convidados, más bien id á sentaros en el último lugar, á fin de que el señor de la casa os diga: Amigo: subid más arriba. Entonces, seréis honrados ante todos los convidados."

No se trata aquí de una lección de saber vivir; la palabra del Maestro revela siempre alguna verdad eterna, alguna ley del gobierno de Dios, y transporta al pensamiento fuera del círculo estrecho de los horizontes terrestres.

"El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado." Estas palabras caracterizan la vida de Jesús, su ser mismo, su destino y su obra, entre ese mundo entregado á todas las exaltaciones y á las infatuaciones del orgullo. La humildad es la condición absoluta de la entrada en su Reino. Aquel que se prevale de sí propio, de su propia sabiduría, de su virtud, de su fuerza, permanecerá con su miseria y se sumergirá en su pequeñez: esta es la historia de la humanidad rebelada contra Dios. Aquel que reconoce su miseria y su pequeñez será exaltado por Dios mismo y participará de la gloria indecible de su vida: esta es la historia de los humildes incorporados á Cristo.

Cuando Jesús enseñó así la humildad como el secreto de la verdadera grandeza á esos Fariseos soberbios, su palabra era profética. En ese momento mismo, él descendió uno á uno

los grados del abajamiento de su vida humillada y dolorosa, él se acercó al momento en el que, entregado sin defensa á sus enemigos, iba, como un esclavo, á ser reducido á nada y anonadarse á sí mismo, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Esas enseñanzas de una moralidad tan elevada, habían sido á menudo evocadas por los profetas; y no era permitido á los doctores ignorarlas ó despreciarlas. La historia ha consagrado, hace siglos, la verdad poderosa. El camino abierto por Jesús está lleno de una multitud digna de él que se dirige á Dios, á su ejemplo, á través de las humillaciones y los sufrimientos, y en el que se reclutan los elegidos heróicos de su Reino eterno.

Después de esta lección, el Maestro, todo entero en su obra, parece haber querido atraer á este respecto el pensamiento de su huésped. Se volvió á él y le dió ese consejo cuya rareza aparente debía picar su atención:

—"Cuando invitéis á comer ó á cenar, no llaméis ni á vuestros amigos, ni á vuestros padres, ni á vuestros parientes, ni á vuestros vecinos ricos, de temor, quizá, que ellos no os conviden á su vez y no os devuelvan lo que hayan recibido de vosotros. Cuando hagáis un festín, llamad á los pobres, á los enfermos, á los cojos, á los ciegos.

—"Y seréis dichosos, porque ellos no tienen nada que devolveros, porque esto os será devuelto en la resurrección de los justos."

El acento del Señor conmovió á los que estaban en la mesa.—Sí, exclamó uno de los convidados, dichoso el que coma el pan en el Reino de Dios!

No dudaban, esos Fariseos devotos, que el Reino de Dios estuviese entre ellos, con la persona misma de Jesús; que el festín mesiánico estuviese ya servido, las invitaciones hechas á toda conciencia atenta, y que dependía de ellos el sentarse en la mesa del banquete. Entonces fué cuando Jesús, con una nueva parábola, trató de abrir sus ojos respecto al gran deber

del tiempo presente, respecto al fenómeno divino que se cumplía en Israel, y que ellos no querían ver ni comprender.

—"Un hombre hizo una gran cena y convidó á una multitud de gentes. A la hora de la comida, envió á su sirviente á sus invitados para que vinieran. Todo estaba dispuesto. Pero todos ellos comenzaron á excusarse. El primero le dijo: Yo he comprado una casa de campo, es preciso que vaya á verla. Os ruego me excuséis.—Yo he comprado, dijo el segundo, cinco pares de bueyes, voy á ensayarlos. Os ruego me excuséis.—Y yo, dijo otro, me he casado, no puedo ir.

"El sirviente trasladó todo á su señor.

"Entonces, el padre de familia, irritado, le dijo: Vé pronto á las plazas y á las calles de la ciudad, conduce aquí á los pobres y á los enfermos, y á los ciegos y á los cojos.—Señor, dijo el sirviente, se ha hecho como lo habéis mandado, y todavía hay asientos.—Id, replicó el señor, á los caminos y á lo largo de los valladares, y obligad á venir, á fin de que mi casa quede llena; porque, yo os digo, ninguno de los que habían sido invitados gustará de mi cena."

Era difícil expresar por una alegoría más clara la crisis que atravesaba el Reino de Dios.

Todo el pensamiento de Jesús está concentrado en la realización de ese Reino; toda su razón de ser está allí. El juzga al mundo y á los tiempos, bajo ese punto de vista superior, en efecto, al mundo y á los siglos. La llegada del Reino es más que el hecho de la historia de un pueblo, él es el coronamiento de toda la creación. Lo que caracteriza el momento presente, es el llamamiento de Dios á ese Reino que Jesús compara á un gran festín. Los siglos anteriores lo han preparado; hoy, la sala está abierta y la mesa puesta. El padre de familia ha enviado á su sirviente á convidar á sus invitados, y ese sirviente, es él; él sobrepuja á los hombres, teniendo siempre entre ellos un lugar privilegiado.

La bondad del Padre celestial es sin límites, quiere que la

sala del banquete esté llena; pero los invitados se sustraen; las preocupaciones, los bienes, las afecciones terrestres, les cautivan y les apartan. Esas gentes que compran casas y bueyes, ese marido que va á recibir á su mujer, ved á los primeros invitados,—todos esos doctos Fariseos, iniciados en las promesas de Dios, parecidos á los que Jesús tenía delante de él;—ellos rehusan venir. Pero lejos de impedir la munificencia del padre de familia, su infidelidad va á darle mayor brillo. Los pobres y los enfermos, los ciegos y los cojos, el desecho de la humanidad, todos los desdeñados van á ser llamados; esta multitud despreciada, esas gentes de poco valor, que los grandes tratan de execrables, porque ellos no conocen ni observan la Ley y viven extraños á su vana ciencia y á sus vanos ritos, ved á los elegidos del Reino; ellos se oprimen en la mesa del festín y acogen al sirviente que viene á invitarles en nombre del Padre de familia.

Por numerosos que sean, todos los asientos no están ocupados; y es preciso que la casa esté llena. Ella lo estará; porque, fuera de la ciudad hay, por los caminos y á lo largo de los valladares, los viajeros que pasan. Aquellos también entraron. La misericordia inagotable de Dios les obligará, por amor, á sentarse al banquete. Ellos representan á esos paganos alejados del pueblo elegido, más dejados, más despreciados todavía que los publicanos y los pecadores.

El gran carácter del Reino aparece aquí, como siempre, el privilegio de los miserables y desheredados; así subsistirá hasta el fin de los siglos, con escándalo que no entienden las cosas de Dios. Todo lo que es rico, poderoso, sabio, soberbio y fuerte, desde que él prefiera su riqueza, su potestad, su ciencia, su fuerza y su personalidad á los bienes ocultos y á las alegrías misteriosas que Dios reserva á sus fieles, será rechazado. Si él quiere obedecer á la palabra del sirviente enviado para llevarle al festín, él sabrá renunciar á todo, tener en nada lo que siente, todo lo que tiene, todo lo que es,—su ciencia humana, su potestad, su virtud misma,—y tomar lugar

entre las almas sencillas, de los mendigos, de los pecadores, de los niños de quienes Jesús decía: "A éstos es á los que pertenece el Reino." En cuanto á los otros, él no teme decirles: "Ninguno de esos hombres gustará de mi cena."

Se ignora cuál fué, entre los Fariseos sentados en la misma mesa que Jesús, el efecto de esos discursos sencillos y profundos, de esas parábolas exquisitas que dejan á los espíritus susceptibles la libertad de reconocerse ellos mismos y de juzgarse. Algunas veces encantados ó turbados, á menudo hostiles, desdeñosos é irónicos, afectan no comprender, y juzgaban con altivez al nuevo Maestro cuyo éxito les chocaba. Por lo que á él toca, no economiza á la multitud las enseñanzas austeras; si él la quiere ardiente para seguirle, él se esfuerza en transformar en virtud y en energía moral la simpatía, el entusiasmo, la admiración que ella experimenta, y le muestra á qué precio ella puede conquistar ese Reino al que él la convida y al cual ella parece impaciente de entrar.[1]

Aquellos que quieran ser sus discípulos verán levantarse contra ellos á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos y á sus hermanas.—"Será preciso," dijo, "rechazarles para seguirme. Será preciso odiar su vida misma; sí, tomar su cruz y caminar en pos de mí."

El comparó la obra del Reino á la construcción de una torre.

—"No la empecéis," dijo, "sin haber contado los gastos necesarios, examinado si tenéis lo que es preciso para terminarla; porque, puesto el fundamento, si no termináis la obra, se burlarán de vosotros y se dirá: "Ved á este hombre que comenzó á edificar y no pudo terminar."

Otras veces hablaba del Reino como de una guerra contra un rey poderoso.

—"Reflexionad, si con diez mil hombres, podéis afrontar al que viene contra vosotros con veinte mil; si no, estando aun lejos el enemigo, enviad á él para ajustar la paz."

1 Luc., XIV, 25, 35.

El recordaba sin cesar que la gran fuerza para luchar, el gran recurso para edificar, era el renunciamiento total que hace al hombre invencible y rico, porque al arrancarle de sí mismo y á todo lo creado, él le dispone á recibir la fuerza de Dios y la abundancia de su Espíritu.

El comparaba esta sabiduría del renunciamiento á la sal que debe sazonarlo todo.[1] "Tened cuidado que no se ponga desabrido; aquel que deja evaporarse la virtud del Espíritu no es mas que una sal insípida que no sirve para nada ni para la tierra ni para el estiercol; se la arroja afuera."

Estas verdades severas no alejaban de él á los publicanos y á los pecadores. El apóstol á quien la caridad devora puede decirlo todo, su franqueza es un atractivo para los corazones rectos. Las pobres gentes desdeñadas por los Fariseos acudían á Jesús. Mientras que los maestros les rechazaban, evitando como una mancha su contacto, él les llamaba, no temía hacerse una escolta y comer con ellos, con gran escándalo de esos devotos sin piedad. ¿No era allí en donde halló sus mejores fieles? ¿No eran ellos los más desamparados?

No se cesaba de hacerle un reproche; sus enemigos escandalizados decían:—Ved cómo acoge á los pecadores y come con ellos.[2]

Su bondad le inspiró para justificarse las parábolas más conmovedoras; gustaba decir de ellos: "Este es una oveja extraviada y una dracma perdida."

—"¿Quién de entre vosotros, poseyendo cien ovejas, si ha perdido una, no deja las otras noventa y nueve en el desierto, y se va en pos de aquella que ha perdido hasta que la encuentra? Cuando la ha encontrado, la pone gozoso sobre sus espaldas, vuelve á la casa, convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijáos conmigo, he hallado á mi oveja perdida.

1 Luc., XIV, 34, Cf., Mat., V, 13; Marc., IX, 49.
2 Luc., XV, 1 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Yo os digo, habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

—"¿Quién es la mujer que, teniendo diez dracmas, si ha perdido una, no enciende su lámpara, no barre su casa y no busca cuidadosamente, hasta que la haya encontrado? Cuando ella la ha hayado, convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijáos conmigo, he hallado la dracma que había perdido.

"Tal será, yo os lo digo, la alegría de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia."

De todas las miserias humanas, la mayor es la de los hombres sin Dios; ella reasume á todas las demás y las agrava, porque ella tiene algo de infinito. La conmiseración de Jesús para el pecador es el rasgo dominante de su carácter; ella desborda de él y se revela siempre, más conmovedora y más profunda, en sus discursos y en sus actos. Salvar, curar, iluminar, llevar á Dios todo lo que, en Israel y sobre la tierra entera, está perdido, enfermo, impotente, tenebroso, ved la voluntad ardiente y constante. Cómo la desprecian esos falsos justos, y cómo la ultrajan, cuando en su sequedad de corazón, ellos se atreven á reprocharle y á censurar lo que es su genio, su esencia misma!

El quiso á menudo conmover á esas almas duras y hacerles entender los designios de la misericordia de Dios.

En esos mismos días, más entristecido por su ceguera, les dijo, en presencia de los publicanos y de los pecadores, esta parábola.[1]

—"Un hombre tenía dos hijos:—Padre, le dijo el más joven, dame la parte de mis rentas. El padre hizo la división. Pocos días después, el más joven de los hijos, reunió todo, partió para una tierra extranjera y lejana, y disipó sus bienes en los excesos y desórdenes.

1 Luc., XV, 11, 32.

"Después que lo hubo consumido todo, sobrevino en el país una gran hambre, y comenzó á sentir la necesidad. Se marchó, se puso al servicio de un hombre de ese país, quien le envió á sus campos á guardar los puercos.

"Hambriento, hubiera querido saciarse con las bellotas que comían los puercos; ninguno le daba. Entonces, entrando en sí mismo, se dijo: Cuántos mercenarios en la casa de mi padre, tienen pan en abundancia, y yo, aquí me muero de hambre! Yo me levantaré, iré á buscar á mi padre, y le diré: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos, yo no soy digno de ser llamado vuestro hijo. Tratadme como á uno de vuestros mercenarios.

"Se levantó y fué en busca de su padre. De lejos, el padre le vió. Movido de compasión, acudió, se arrojó á su cuello y le besó. —Padre mío, dijo el hijo, yo he pecado contra el cielo y contra vos. Yo no soy digno de ser llamado vuestro hijo.

—"Traedme pronto su primer vestido, dijo el padre á los sirvientes, vestidle, ponedle en el dedo un anillo, y calzado en los piés. Traed el buey gordo, matadle. Comámos y regocijémonos. Mi hijo que véis estaba muerto, y él revive; estaba perdido y se le ha hallado.

"Pusiéronse á comer y á regocijarse.

"Ahora bien, el hijo mayor estaba en el campo. Cuando volvió y se acercó á la casa, escuchó el ruido de la sinfonía y de la danza; y, llamando á uno de los sirvientes, le preguntó lo que pasaba:—Vuestro hermano ha vuelto, dijo, y vuestro padre ha matado al buey gordo, porque le ha encontrado bien.

"El fué sobrecogido de cólera y no quiso entrar. Entonces, el padre salió y le suplicó que viniese.—Cómo, respondió, yo os sirvo hace muchos años, yo no he faltado á ninguno de vuestros mandatos, y nunca me habéis dado ni un cabrito para regocijarme, comiéndole con mis amigos; y cuando este hijo, que ha devorado toda su fortuna con cortesanas, ha vuelto, habéis matado para él al buey gordo.

"El padre le dijo:—Hijo mío, tú siempre has estado conmi-

go, y todo lo que poseo es tuyo. Pero era preciso hacer un festín y regocijarse, porque tu hermano estaba muerto, y revivió; perdido, y se ha encontrado."

Los Fariseos podían reconocerse en el hijo mayor: él encarna todos los defectos, no ama á su hermano, no comprende ni el perdón ni el arrepentimiento; muy preocupado de sí mismo, murmura y se queja. El es el que debiera ser festejado y tener todas las preferencias; lo que el padre da á los otros parece ser un latrocinio que se le hace. Se mata al buey gordo para su hermano, y él no ha recibido ni un cabrito.

Todos esos rasgos tan penetrantes y tan finos en su precisión debían conmover y despertar las conciencias. Ellos, cuando menos, han estigmatizado para siempre esos caracteres egoístas, celosos, antipáticos, cuya religión sin entrañas es una máscara y la virtud aparente un cálculo.

Los pecadores, los publicanos de todos los países y de todos los siglos, pueden leer su historia en la del hijo pródigo. En algunas palabras, ellos ven la profundidad de sus extravíos; la indecible miseria á donde los precipitan las pasiones desbordadas. Todos, en el fondo de esta tierra de hambre, á donde el pecado les conduce, han lanzado ese grito punzador que revela su desolación y su angustia: Yo muero de hambre! Los convertidos allí aprenden el camino del arrepentimiento. El recuerdo del Padre y de la abundancia que reina en su casa vuelve á brillar; mejor que morir de hambre y desesperados, ellos se dicen: Yo me levantaré y me dirigiré á mi Padre.

La misericordia infinita de Dios campea sobre toda esta narración. Las imágenes que la revelan son eternas; para pintar la bondad de Dios que perdona, la humidad del hombre que se arrepiente, la alegría del cielo y de la tierra después del arrepentimiento del hombre y el perdón de Dios, no se hallará nada más expresivo y más conmovedor.

Todos los verdaderos convertidos han dicho á Dios: "He pecado, tratadme como á uno de vuestros mercenarios; yo no

soy digno de ser llamado vuestro hijo. Todos, relevados por el Padre en su humildad, han reconocido el divino vínculo del Espíritu; ellos saben lo que es el vestido con el que les viste, el anillo de alianza puesto en su dedo y el calzado que les prepara á ser los mensajeros de la paz. Ellos escuchan en ellos, entre las alegrías y sinfonías del festín, la voz del Padre, que dijo: "Mi hijo estaba muerto, y vive; perdido, y se ha encontrado."

Jamás se sabrá lo que esta historia del pródigo ha removido á las conciencias, curado á las almas perdidas, prevenido desesperaciones, animado á arrepentirse; ella hace levantar un último sol en las vidas más culpables y más deshonradas.

Los discursos que el tercer Evangelio solo nos ha guardado, tienen un doble interés; ellos nos ayudan á penetrar más adentro en la doctrina y en el alma de Jesús, y ellos hacen revivir con precisión su nueva situación en Perea.

El Maestro está rodeado de sus discípulos; se ve estrecharse sobre sus pasos como en Galilea á las gentes de baja condición, á los alcabaleros y á los publicanos. La alta sociedad, los jefes de sinagoga y los Fariseos guardan contra él una actitud hostil, desafiadora; ellos murmuran, se indignan y discuten; emplean la astucia, desdeñan y se burlan; sin embargo, ninguno amenaza; Jesús nada tiene que temer de ellos. El puede, sin apresurar la crisis que se apresta y cuya hora le es conocida, multiplicar sus reproches; pero él dulcifica su acento, para hablar á sus discípulos, antiguos y nuevos, escogidos casi todos entre esas gentes pequeñas de quienes le agrada ser seguido.

A esos alcabaleros convertidos, recomienda bien emplear en el porvenir los bienes terrenales que han injustamente reunido. No teme emplear como estimulante, para esas naturalezas apenas salidas de su vida culpable, el ejemplo de los mismos malvados.[1]

—"Un hombre rico," les dijo, "tenía un ecónomo infiel á

1 Luc., XVI, 1 y sig.

quien se acusó ante él de haber disipado su fortuna. El le llamó.—¿Qué es lo que oigo de tí? le dijo, rinde tus cuentas porque en lo sucesivo ya no administrarás.

"El ecónomo, preocupado, se decía: ¿Qué haré, puesto que mi señor me retira mi gestión? Trabajar en la tierra, yo no tengo fuerza; mendigar, tengo vergüenza. Yo se lo que haré para hallar, después de mi despedida, á personas que me reciban en su casa.

—"Convocó á todos los deudores de su amo.—¿Cuánto debéis? dijo á uno.—Cien barriles de aceite.—Tomad vuestra boleta, sentaos pronto y escribid cincuenta.—¿Y vos, dijo á otro, cuánto debéis?—Cien medidas de trigo.—Ved vuestra boleta, escribid ochenta.

"El amo del ecónomo infiel le alabó por haber sido tan avisado.—"Avisado," dijo Jesús; "en efecto, los hijos del siglo lo son, y ellos lo son más entre sí para sus negocios, que los hijos de la luz.

"El dinero que tenéis," agregó, ese dinero que es de Dios antes de ser de vosotros, y que os atribuís injustamente, sin pensar en que sóis los ecónomos de Dios, "aprended á haceros amigos, quienes, en la hora en que vengáis á faltar, os reciban en los tabernáculos eternos."

Aquellos que están familiarizados con la doctrina de Jesús comprenderán ese lenguaje; él decía á menudo: "Lo que hacéis al menor de los pobres, á mí es á quien lo hacéis." Desde entonces, el rico que, por su generosidad hacia los pobres ha hecho de ellos sus amigos en la tierra, tendrá á Jesús mismo y á los ángeles como amigos en el cielo. Cuando el Padre, en la muerte, le quite su gestión, él será recibido en los tabernáculos eternos por Aquel que, por derecho, es el señor.

Se notará también qué idea de la propiedad inculca Jesús á sus discípulos; él no la niega como ciertos críticos lo han creído, según una falsa exégesis, el ve en ello sólo una gerencia temporal. El hombre no es sino un administrador; el único, el verdadero propietario es Dios. Si él lo olvida, desconoce el derecho supremo de Dios, y entra en la injusticia; su fortuna, aunque justamente adquirida, merece ser llamada, según la expresión enérgica y profunda de Jesús, el "Mammon inicuo," porque ella no es mas que un bien usurpado, y ella será la causa de toda clase de injusticias. Este es el caso de la mayoría de los hombres. El Maestro eleva el pensamiento de sus discípulos y les recuerda que las riquezas son poca cosa, —bienes engañadores y pérfidos, tesoros de préstamo que no nos son confiados sino por un tiempo.

—"Administradlas fielmente," les dijo. El que es fiel en las cosas pequeñas será fiel en las grandes. Y si vosotros no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si no habéis sido fieles con los bienes extraños ¿quién os dará el nuestro?

Los grandes bienes, los bienes verdaderos, los bienes propios del hombre, designan ciertamente los bienes del Reino, los tesoros del Espíritu, inmensos como Dios, verdaderos como El, y hechos por la bondad del Padre la propiedad de los discípulos de Jesús. El único valor que él atribuye á las riquezas y á la fortuna, es que al distribuirlas, ellas nos permitan entrar en los tabernáculos eternos. Esta administración fiel le parecía más hábil que la hábil infidelidad del ecónomo, formándose amigos en la tierra con bienes que no le pertenecían.

Por lo demás, él no cesaba de inspirar el desprendimiento de todo lo que pasa. El "Mammon" no debe esclavizarnos; nosotros no debemos ser sino los servidores de Dios, el único Señor. Ahora, el que es esclavo de "Mammon" no podrá servir á Dios; es preciso elegir: ó él amará al uno ú odiará al otro ó se adherirá al uno y despreciará al otro.

Los Fariseos cuya avaricia era proverbial,[1] habían hallado el secreto de conciliar el goce servil de los bienes de la tierra el fausto y la grandeza, con su piedad del todo exterior y su santidad legal. En su falsa sabiduría práctica, les parecía exce-

1 Luc., XVI, 14.

lente cultivar el "Mammon" y satisfacer á todos los ritos; se burlaban de las enseñanzas de Jesús, de su pobreza y de su desprecio por todos esos tesoros que el hombre ambiciona con codicia. Las enseñanzas heróicas siempre han parecido á los espíritus vulgares é interesados una locura.

—"Idos," les dijo Jesús, "vosotros que os glorificáis, Dios os conoce: lo que es grande ante los hombres es abominable ante Dios." En seguida, con una autoridad á la que el contraste de su debilidad aparente daba más fuerza, él rebatió la insolencia de esos soberbios, significándoles que su reino estaba terminado.

—"La Ley y los profetas," sobre los que habéis establecido vuestra aristocracia y vuestro despotismo religioso, "se detienen en Juan.[1] Desde Juan, el Reino de Dios comienza: él está abierto á todos, cualquiera puede entrar." Y mostró á sus adversarios á esta multitud, objeto de su desprecio, que le rodeaba y que se oprimía á su llamamiento. Nada de privilegio, de nacimiento ni de estudio, de riqueza ni de ciencia: igualdad de todos; el último de los alcabaleros penitentes es tan grande como el heredero del pontificado supremo.

Se comprende lo que esta doctrina respecto al Reino de Dios, sucediendo á la Ley y á los profetas, tenía de chocante para los Fariseos y de amenazadora para la potestad religiosa que ellos se arrogaban. También acusaban á Jesús de derribar á la Ley y á los profetas, y no cesaban de lanzarle este reproche ante el pueblo. Atacarles, ¿no era atacar á la Ley de la que se daban como los guardianes celosos?

Jesús se defendió victoriosamente. Afirmó, por el contrario, la eternidad y la inmutabilidad de la Ley.—"El cielo y la tierra pasarán, más bien que un solo punto de la ley sea borrado."[2]

Lejos de destruirla, como lo ha repetido constantemente, viene á cumplirla, á acabarla; trae la substancia de todo lo que

1 Luc., XVI, 16.
2 Luc., XVI, 17.

ella figura y simboliza por sus ritos; realiza todo lo que los profetas han predicho. Todo lo que la ley manda de justo y de santo, lo mantiene y lo perfecciona; todo lo que Moisés ha tolerado de imperfecto, por causa de la dureza de corazón de su pueblo, lo repudia, porque Moisés no escribió su Ley sino sobre la piedra, pero él la escribió en el alma.

Citó como ejemplo el divorcio, y lo reprobó ante esos Fariseos ó Saduceos que abusaban sin escrúpulo de la tolerancia concedida por el legislador. Jesús le suprime en su Reino.

—"El que repudia á su mujer y se casa con otra, comete un adulterio," dijo; "y el que se casa con la mujer repudiada por su marido, comete igualmente un adulterio."

Los Fariseos ya le habían puesto insidiosamente la cuestión:—¿Es permitido al hombre repudiar á su mujer por cualquier motivo?[1]

Jesús les había respondido: "¿No habéis leído en el Libro? Aquel que hizo al hombre al principio, le hizo macho y hembra. El dijo: El hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer; ellos serán dos en una sola carne. Por tanto, ellos no son dos, sino una sola carne. Entonces, concluyó Jesús, lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe."

La monogamia es de institución divina; la poligamia una desviación del plan primitivo. Lo que Dios ha establecido, los hombres lo han alterado; este es el papel de Jesús, reformar todas las cosas.

Los Fariseos le objetaron triunfalmente la autoridad de Moisés:—¿Por qué, entonces, dijeron, Moisés ha mandado dar á la mujer un libelo de repudio y despedirla?

—"Moisés, respondió Jesús, os ha permitido despedir á vuestras mujeres, por causa de la dureza de vuestro corazón; pero desde el principio no fué así." Y, hablando como señor que formula la ley verdadera, la ley inflexible, agregó: "El que despida á su mujer—excepto el caso de adulterio,—y se casa con otra, es adúltero."

1 Mat., XIV, 3 y sig., y parall.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La separación está permitida; la mujer indigna puede ser excluida del hogar; pero el lazo subsiste entre los esposos: ellos permanecen indisolublemente unidos. La mujer repudiada no tiene derecho de casarse con otro hombre; el hombre que ha despedido á su mujer, no tiene el derecho de tomar otra.

Esta inflexible y santa doctrina del matrimonio es el honor de la sociedad nueva, fundada por el más dulce y el más casto de los legisladores. Ella amedrenta á nuestra miseria y á nuestra debilidad.—Si tal es la condición del hombre, exclaman los discípulos, no es bueno casarse. El deber es heróico. El hombre á quien arrastra la animalidad no le comprende; para obedecerle y acogerle, un dón divino es necesario.

—"No todos comprenden esta palabra," les respondió Jesús, "sino sólo aquellos á quienes les es dado." Y agregó con un sorprendente vigor de expresión: "Hay eunucos nacidos así desde el vientre de su madre, y hay á quienes los hombres los han hecho, y hay quienes se han hecho ellos mismos, por causa del reino de los cielos."

"El que sepa entender, entienda."

Jesús no condena el matrimonio, pero prefiere el celibato y la virginidad, cuando el hombre los acepta libre y generosamente por causa del Reino de los cielos. Aquellos á quienes Dios llama á propagar el Evangelio por el apostolado y por la santidad de su vida, le pertenecen; les arranca de la tierra, les liberta de toda criatura, les embriaga con su virtud, les absorve y les forma á la imagen del Maestro. Como él, ellos no pueden ser los hombres de una familia, de una patria y de una raza; ellos son los hombres de la eternidad. Pobres, castos, sacrificados, su acción es de orden divino: llevan la luz á los ignorantes, la fuerza á los decaídos, la alegría á los abrumados, á los desesperados la fe que salva, á los miserables las riquezas eternas. Ellos viven de la verdad que ellos anuncian, de los beneficios de Dios que ellos prodigan. Su bondad es inagotable, porque ellos han sacrificado todo, riqueza, familia y

libertad. La caridad desborda en ellos; á toda hora ellos deben estar dispuestos á morir. La sangre que corre en sus venas es una sangre de víctimas; ella es la propiedad de Dios. Ella no debe ser derramada sino en testimonio de Dios, como la sangre de Jesús, y sobre el mismo Calvario.

De todos los legisladores, Jesús es el único que de ningún modo tiene una parte en el mal; porque él es el único que da la fuerza de triunfar. Su ley es pura y sin mancha; su discípulo siempre ha vencido al mal y sorprende al mundo por el heroísmo de su virtud. Los sabios hablan de la imposibilidad del bien; Jesús ha dado al hombre la audacia de decir: Yo puedo todo en Aquel que me fortifica.[1]

Pero nada podía dominar la resistencia de esos doctores fanáticos: ellos dan la medida de la obstinación del hombre. Después de haber rechazado la verdad, continúan viviendo satisfechos, despreciando al que está debajo de ellos, desdeñando á los profetas y á la multitud de los sencillos que les sigue y les honra.

Esta obstinación, este egoísmo, esta insolencia afectada que nada conmueve, ni la debilidad de los pequeños, ni la virtud, ni la verdad, inspiró á Jesús una de esas verdades transparentes y amenazadoras, en donde los culpables pueden reconocerse, y en donde la justicia de Dios aparece para restablecer, en la eterna armonía, el orden trastornado en la tierra por los vicios y las violencias del hombre.[2]

—"Había un hombre rico. Su manto era de púrpura, su túnica de lino fino, y hacía todos los días una comida espléndida.

"Había también un mendigo, llamado Lázaro. Estaba acostado en la puerta del palacio, cubierto de úlceras, deseando saciarse con las migajas caídas de la mesa del rico.

"Nadie le daba. Pero los perros venían á lamer sus úlceras.

1 Filipe, IV, 13.
2 Luc., XIV, 19 y sig.

"El mendigo murió; fué llevado por los ángeles al seno de Abrahám. El rico murió; fué sepultado en el infierno. Como estaba en los tormentos, levantó los ojos y vió de lejos á Abrahám, y en el seno de Abrahám, al mendigo Lázaro.

"Lanzó un grito: Padre Abrahám, tened piedad de mí! Enviad á Lázaro; que él moje la punta de su dedo en el agua para refrescar mi lengua; yo sufro con este fuego. Abrahám le dijo: Hijo mío, acuérdate que, durante la vida, tú has recibido los bienes, Lázaro los males. Y ahora, él está consolado, y tú sufres. Además, hay un gran abismo entre nosotros y tú, de modo que aquellos que quisieran pasar de aquí á tí, ó venir de allá, en donde estás, no pueden.

"Entonces el rico dijo: Padre, enviadle, pues, os lo suplico, á la casa de mi padre, en donde tengo cinco hermanos, á fin de que él les atestigüe estas cosas, y ellos no vengan de ningún modo á este lugar de tormentos.

"Abrahám le dijo: Ellos tienen á Moisés y á los profetas, que ellos les escuchen.—No, padre Abrahám; pero si alguno de los muertos vá hacia ellos, ellos harán penitencia. Abrahám le dijo: Si ellos no escuchan á Moisés y á los profetas, y un muerto resucitara, tampoco le creerían."

No se debe tomar á la letra las expresiones figuradas que Jesús toma de la literatura de su país y de su tiempo; su pensamiento es más elevado, él pide ser desprendido.

Amigo del fausto, muelle, brillantemente vestido, haciendo gran comida, sin piedad para el pobre cubierto de llagas y muriendo de hambre á su puerta, menos compasivo que el perro que lame las úlceras del miserable,—el saduceo puede reconocerse en la parábola. El aprenderá á conocer á dónde le lleva su epicurismo sin entrañas. El será torturado, entregado á la inexorable justicia de Dios en esa vida de ultra-tumba á la que él rehusa creer, pero que Jesús ofrece amenazante ante sus ojos. Los desdichados que seguían al Maestro y que no tenían más patrimonio que la pobreza, el hambre, las enfermedades, pero que ponían en él su confianza, ved al mendigo de Lázaro. La muerte les libertará y les abrirá el seno de Abrahám, ese símbolo arrebatador de la bondad del Padre celestial.

Jesús no quiso decir que el rico, sólo por ser rico, será enviado á la reprobación, y el pobre, sólo por pobre, á la felicidad del Padre. El rico es reprobado por haber olvidado la misericordia en su egoísmo voluptuoso, el pobre es salvado por haber puesto su esperanza en Dios, y justificado por su vida su nombre de Lázaro.[1]

Lo que es espantoso, es que después de la muerte, el término de esos destinos contrarios es inmutable: por una parte el dolor que no termina y que no se alivia más; por la otra, el reposo en el seno del Padre. Entre los dos un abismo infranqueable. El hombre está advertido: que él elija. La incredulidad saducea no tendrá excusa. ¡Ah! si al menos alguno de los muertos viniera para certificarnos lo que pasa en el Scheol! ¿Los profetas y la Ley no habían superabundantemente hablado, y el Saduceo no creía en los profetas y en la Ley? Los testimonios no faltan; Dios les ha multiplicado sin número, pero el hombre tiene el poder de desconfiar á Dios: los letrados judíos son la prueba; la incredulidad de todos los tiempos lo atestigua. La ceguedad no está en el espíritu: él tiene su principio en el corazón malo. Llegará un día en el que Jesús resucitado se mostrará: se sorprenderá, se espantará; pero se criticará, se negará. El Resucitado que habrá vencido á la muerte no vencerá á aquellos á quienes su vida mortal no ha podido persuadir. Jesús pensaba sin duda en la impenitencia final de sus enemigos, pronunciando esta palabra que él pone en Abrahám: "Aun cuando alguno de los muertos volviera, ellos no creerían más en él como en Moisés y los profetas."

1 *Eleazar*, por contracción *Lazar*, en hebreo, significa *Dios, mi socorro*, y él ayuda á comprender la parábola.

Los discípulos, testigos de esas luchas crecientes de su Maestro contra todo lo que la nación contaba de influyente, de rico y aun de celoso por la ciencia, el culto y la Ley, han debido más de una vez, sufrir el choque. Una oposición semejante era de naturaleza para conmover á los neófitos. Jesús, en la intimidad, les aseguraba y les fortificaba. Al recordarles la gran obra que él venía á cumplir,—obra de división, de separación, de guerra,—les decía: "Los escándalos son inevitables. Es preciso que ellos se verifiquen. Pero desdichado de aquel por quien ellos llegan! Mas les valiera que se les atara al cuello una piedra de molino y que se les arrojara en el mar, que escandalizar á uno de esos pequeñuelos."

Impedir al débil, al pequeño, ir á Dios es el mayor de los crímenes, es la obra del Antecristo; nadie como Jesús ha sentido el horror y señalado el justo, el espantoso castigo.

—"Velad sobre vosotros," decía aun á los suyos, para precaverles contra aquellos que debían tratar de desprenderlos de él.

La lucha, la hostilidad persistente agrian á menudo y endurecen á los mejores; Jesús permanece bueno y misericordioso. El se daba en ejemplo á sus fieles, encomendándoles perdonar siempre.—"Si vuestro hermano peca contra vosotros, reprendedle; si él se arrepiente perdonadle. Y si él peca contra vosotros siete veces al día, si vuelve á vosotros, siete veces, diciendo: Yo me arrepiento, perdonad."

Los apóstoles, que vivían con él en comunión más profunda, experimentaban que él era para ellos su fuerza y su sabiduría. Extasiados por su palabra, subyugados, encantados, exclamaron:—Señor, aumentad nuestra fe; y él, para hacerles entender la potestad ilimitada de la fe, les decía:—Si la tenéis como un grano de mostaza, diréis á ese moral: Desarráigate y trasplántate en el mar. El os obedecería."

La fe que pone al hombre en comunión de voluntad y de alma con Dios participa de su potestad infinita. Ella no desarraiga solamente á los árboles, no trasplanta solamente las montañas, ella levanta el mundo de los espíritus hasta Dios. Los milagros que ella cumple en el orden físico son poco, comparados á los milagros del orden moral.

El Maestro, que descubre á sus apóstoles su grandeza divina, temiendo que ellos no se exaltacen, les recuerda la dulzura, la humildad que conviene al verdadero servidor de Dios. —"¿Quién de vosotros teniendo un sirviente encargado de trabajar y de apacentar, le dice á su regreso del campo: Vete á la mesa? El le dice al contrario: Prepárame de cenar, ciñe tus riñones y sírveme, hasta que yo haya comido y bebido. Después comerás y beberás."

Si el sirviente hace lo que el señor ha ordenado, ¿le deberá gracia? Yo no lo pienso. Sucede lo mismo respecto á vosotros. Cuando hubiéreis hecho lo que se os está encomendado, decid: Somos sirvientes inútiles, lo que debíamos hacer, lo hemos hecho."

Por estas lecciones desconocidas á la sabiduría humana, Jesús formó á sus discípulos y amasó al hombre nuevo. Antes de él, siempre egoísta é interesado, hasta en su religión, el hombre pensaba en sus derechos y en sus méritos de quienes reclamaba el precio de Dios, como un mercenario. En la escuela de Jesús, cualquiera que sea el brillo de esos servicios, el hombre permanece anonadado ante Aquel á quien él debe todo y que no sabría deberle nada. Le basta cumplir su voluntad; el amor le inspira, y la última palabra del amor es olvidarse en Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIII.

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO.

Un incidente, del que no se podían preveer las consecuencias, vino á abreviar la estancia de Jesús en Perea, y precipitó el desenlace de su vida.

La casa de Bethania, en donde él recibia la hospitalidad en sus viajes á Jerusalem, y en donde los huéspedes le acogían como al Señor y al amigo con una fe tan amante,—la casa de Bethania estaba en la tristeza. Lázaro estaba enfermo.[1] Marta y María, sus hermanas, enviaron á Jesús este mensaje: Señor, ved, aquel á quien amáis está enfermo.

La reserva de esas dos mujeres cuya confianza se abandona, sin expresar ni aun un deseo, es exquisita; y, por otra parte, ¿podían ellas ignorar los peligros que amenazaban al Maestro en Judea?

Al saber esta noticia, Jesús aseguró á los mensajeros y á los que le rodeaban.

—"Esta enfermedad," les dijo, "no es para la muerte, sino

1 Juan, XI, 1 y sig.

para la gloria de Dios. El Hijo de Dios será glorificado por ella." ¿Qué meditaba, en su ternura para sus amigos preferidos?—porque él amaba, dice sencillamente el Evangelio, á Marta y á su hermana María y á Lázaro. La palabra misteriosa que acabamos de referir lo dejaba vagamente entrever.

Sin embargo, él permaneció dos días todavía en el lugar en donde estaba; transcurrido ese tiempo, dijo á sus discípulos: "Volvamos á Judea." A la palabra de Judea, los discípulos exclamaron:—Maestro, los Judíos, en este momento, quieren lapidaros, ¿y queréis volver allá?

Este grito de espanto de una afección pusilánime inspiró á Jesús una respuesta en la que resplandecen toda su fuerza de alma y la confianza absoluta en su Padre:

—"¿No hay doce horas en el día? Si alguno camina durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina durante la noche, tropieza porque no tiene consigo la luz." Jesús comparó su pasión futura con la noche, él la llamó "la hora de la potestad de las tinieblas." En este momento, en efecto, el Padre le entregará sin defensa á sus enemigos; hasta allí, él le guarda, él es su luz y su fuerza. Ningún peligro le detendrá en el cumplimiento de su tarea: este período es para él las doce horas del día. El sabe que de ningún modo ella está terminada, y su seguridad iguala á su confianza. El valor tranquilo que tiene su fuente en la unión perfecta con Dios, fué uno de los rasgos de la belleza moral de Jesús.

Un poco más tarde, siempre preocupado con lo que pasaba en Bethania, dijo á sus discípulos: "Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero yo voy á despertarle de su sueño." El hablaba de su muerte, y ellos pensaban en el sopor del sueño. No comprendiendo el pensamiento secreto de su Maestro, mal asegurados respecto á ese viaje á Judea, cuyos peligros veían, ellos le respondieron:—Señor, si él duerme, va á sanar.

Jesús les dijo entonces sin misterio: "Lázaro está muerto. Y yo me regocijo por vosotros y por vuestra fe, de no estar allá. Pero vamos á él."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta palabra resuelta inflamó el ánimo de uno de ellos.—Vamos, también nosotros, dijo Tomás, y muramos con él!

Para el historiador á quien el milagro no amedrenta de ningún modo, que no quiere ni violentar los textos ni desnaturalizar la narración, es evidente que Jesús conoció de lejos y por ciencia divina la muerte de Lázaro. Ella debió acontecer el mismo día de la partida de los mensajeros de Marta y de María, y durante su viaje. De Bethania á Beth' Abara, más allá del Jordán, la distancia es de siete á ocho leguas. Lázaro fué, en la misma noche, según la costumbre judía, embalsamado, cubierto de vendas y sepultado. Ahora, Jesús, habiendo esperado dos días antes de ponerse en camino, no pudo llegar sino al cuarto; éste fué también el cuarto que Lázaro tenía en la tumba. No se debe buscar otro motivo de este retardo deliberado sino la espera de la señal de Dios, sobre la cual Jesús arreglaba sus menores acciones.

Nosotros obedecemos á mil atractivos diversos, á mil caprichos inconsiderados; él no cede á nada terrenal, humano ó personal. El móvil soberano, decisivo, de sus actos es la voluntad de su Padre. Para obedecerle, él resiste á la tierna amistad que le mueve á ir hacia las dos hermanas de Lázaro. Pero el consuelo tendrá su día; ella no está retardada en los designios del Padre sino á fin de hacer el milagro que se prepara más resplandeciente, la gloria de Dios y de su hijo más manifiesta, la fe de todos más firme.

Cuando Jesús, remontando el ouady el-Kelt, hubo llegado á la altura de Bethania, se le anunció que Lázaro estaba sepultado hacía cuatro días. Esta era la mitad del período del duelo. Muchos Judíos de Jerusalem, y entre ellos algunos hostiles al Profeta, habían venido á consolar á Marta y á María. Advertida de la aproximación del Maestro, Marta, siempre activa y diligente, á pesar del dolor, vino á su encuentro, mientras que María había permanecido en la casa.

Al ver á Jesús, Marta, exclamó:—Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Estas palabras expresan la confianza y no un reproche, porque ella agregó:—Y aun hoy mismo, sé que todo lo que pidiéreis á Dios, Dios os lo dará.

Jesús le respondió por una promesa cuya grandeza inesperada excedía á sus esperanzas y pareció desconcertar su fe:

—"Tu hermano resucitará."

—Lo se, dijo Marta, él resucitará, cuando la resurrección, en el último día.

Conforme á una creencia común en Israel y principalmente en el partido Fariseo, los Judíos piadosos debían resucitar en la apertura del Reino mesiánico.[1] Marta no veía en la promesa de Jesús, sino una alusión á esta fe; diríase que ella no osaba esperar más.

Para animarla, Jesús elevó su pensamiento hasta él;—"Soy yo," la dijo, "quien soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá nunca."

Ninguna palabra presta más seguridad que ésta, ante el misterio lleno de angustia de la tumba. Los creyentes pueden volver á tener ánimo y esperanza. Su Maestro es superior á la muerte; su nombre es Resurrección y Vida; él se hace en ellos una fuerza de inmortalidad; si ellos están muertos, él puede llevarles á la vida; y cuando la muerte les hiere, no es sino por cierto tiempo.

—"¿Crees tú esas cosas?" preguntó Jesús á Marta.

—Sí, Señor. Creo que sóis el Cristo, el Hijo de Dios, Aquel que debía venir á este mundo.

La fe de Marta es por lo demás, perfecta; la plática con el Maestro la había desprendido de las sombras de la creencia vulgar; ella reconoció no solamente al Mesías en Jesús, sino al Hijo de Dios en el Mesías. El dolor ha abierto á su alma, y la palabra de Jesús la ha llenado de luz y de esperanza.

1 Daniel, XII, 2. Cf. Libro de Henoch, 51, 1; Salm. Sal., 3, 16; Antig. XVIII, 1, 3; Bell Jud., VIII; Mish. Sanhedrin, X, 1; Pirke Abot, IV, 22.

—"Vete," le dijo Jesús, "llama en secreto á tu hermana." Y él aguardó, un poco antes de la aldea, en el lugar en que Marta le había hallado.

Ella se marchó, y vino á decir en secreto á María:

—El maestro está allí, te llama.

María se levantó inmediatamente y se llegó á él.

Los Judíos que estaban con ella en la casa, al verla levantarse súbitamente y salir, la siguieron, persuadidos que ella iba al sepulcro, para llorar. Cuando María hubo llegado al lugar en el que estaba Jesús, al verle, cayó á sus pies, y ella le dijo como Marta:—Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Ella no agregó nada; abrumada, anonadada, lloró en silencio.

A la vista de las lágrimas de María, en presencia de los Judíos que la habían acompañado á llorar, Jesús se estremeció en su espíritu y él mismo se conmovió.—"¿En dónde le habéis depositado?" preguntó. Se le respondió:—Señor, venid, y ved.

Y él lloró.

—¡Cómo le amaba! dijeron los Judíos. Por tal motivo algunos tuvieron una palabra crítica y amarga. No podía, él que había abierto los ojos al ciego de nacimiento, impedir que éste muriese?

Jesús se conmovió aun. Llegó al sepulcro; éste era una gruta cavada en la roca; una piedra horizontal cerraba la entrada.

—"Levantad la piedra," dijo.

En este momento, Marta lanzó un grito de espanto:—Señor, él ya apesta, ved que hace cuatro días que está sepultado. Jesús la tranquilizó.

—"No te he dicho que, si tú crees, verás la gloria de Dios?

Se levantó la piedra. Entonces, con la vista en el cielo, Jesús dijo:

—"Padre, os doy gracias porque me habéis escuchado. Sabía que siempre me escucháis, pero yo lo digo por causa del pueblo que está aquí, á fin de que se crea que vos me habéis enviado."

En su inmensa piedad, él hacía suyo todo el dolor humano. Actualmente, no es el hombre compasivo el que sufre, es el amigo que se conmueve, que se estremece y llora. Su ternura ha suplicado; ella ha pedido al Padre consolara á aquellos quienes, en su duelo, han llorado delante de él y han tenido fe en su ternura divina. La ternura del hombre es impotente, la de Jesús va á dominar la muerte.

Después de haber orado, él clamó con una voz fuerte: "Lázaro, sal afuera! Y el sepultado inmediatamente salió, con los pies y las manos atadas con vendas, y el rostro cubierto por el sudario.

—"Que se le desate," dijo entonces Jesús, "y que se le deje andar."

Muchos de los Judíos, que habían ido con Marta y María, creyeron en Jesús, á la vista del prodigio. Algunos de los obstinados se dirigieron á los Fariseos de Jerusalem á referirles lo que pasaba en Bethania.[1] Ellos eran de esa raza cuya ceguera todo lo desafía, hasta el rayo resplandeciente de la fuerza y de la voluntad de Dios: ellos justifican la parábola del mal rico: "Aun cuando resucitáse un muerto, ellos no creerían."

El Sanhedrín se conmovió con los acontecimientos que agitaban al pueblo en las puertas de la metrópoli misma.

El fué convocado en asamblea solemne. Pontífices y doctores deliberaron.—Este hombre, decían, tiene una potestad extraordinaria; él multiplica los prodigios. Los Romanos vendrán y arruinarán á nuestra ciudad y á la nación.

Jesús llegaba á ser un peligro público á los ojos del poder. El ponía en peligro no solamente á la paz, sino á la existencia de la patria. Cuesta trabajo comprender la ligereza y la aberración de semejante juicio. ¿Cómo el Sanhedrín podía

1 Juan, XI, 46 y sig.

confundir el movimiento popular creado por Jesús con la agitación político-religiosa de un Judas el Gaulonita? ¿No tenía él la circunspección la más vigilante para combatir en la multitud el mesianismo falso de una restauración y de una libertad nacional? ¿No había él repudiado con indignación, en Galilea, el reinado temporal que se le ofreció? [1] ¿No había él evitado siempre, en Jerusalem mismo, el nombre de Mesías que se prestaba al equívoco y del que se esforzaba en dar la interpretación espiritual? ¿No pagó él el tributo y no respetó á las autoridades establecidas? Todos esos hechos eran públicos; los miembros del gran Consejo que, desde el principio de su carrera, no habían cesado de espiar y de vigilar al Profeta, no podían ignorarlos.

Pero las asambleas son peores que los individuos. El interés, las pequeñas pasiones, las preocupaciones, las ciegan y las enloquecen.

La clase sacerdotal no perdonaba á Jesús el desdén que él afectaba por los vanos ritos cuya voga hacía la riqueza de los empleados del culto. El partido fariseo, cuyos vicios había desenmascarado, denunciando la falsa ciencia y estigmatizado la hipocresía, le odiaba; él estaba exasperado por el ascendiente que él ejercía sobre el pueblo y por sus pretensiones á un papel superior al de profeta y al mismo Moisés. La clase aristocrática, compuesta de Saduceos, tenía por Jesús temor y desprecio; ella temía que al atraer al pueblo, él no turbaba el orden, porque ella temblaba ante los Romanos, y la efervescencia de la multitud le espantaba. Todo, más bien que la agitación y el tumulto; la tranquilidad á toda costa: ved la gran palabra. Esos conservadores satisfechos no juzgan sino por esto á los hombres y á las cosas; respecto á este punto ellos son intransigentes. Ellos tenían en la alta asamblea, la preponderancia. Los pontífices salidos de las grandes familias de los Phabis, de los Kamith, de los Bœthos, de los Kantharos

1 Cf. Libro III, cap. IX. La crisis mesiánica en Galilea.

y de los Hanan, eran Saduceos. Ellos serán inexorables respecto á Jesús.

En este año memorable, un cierto José, de sobrenombre Kaifás, tenía la soberana sacrificatura y la presidencia del Sanhedrín: dos funciones distintas, reunidas en una misma mano, desde el destierro de Archelao. [4] Este personaje aparece por primera vez en la historia de Jesús. Por causa de su situación oficial, él desempeñará, en lo de adelante, el gran papel, entre los enemigos del Hijo de Dios en el desenlace trágico de su destino. El le juzgará y le condenará. Su nombre, manchado de sangre, despierta un eco lúgubre en la memoria de los cristianos. Como todos sus predecesores, después de medio siglo, era la creatura del poder. El gobernador de Syria, Valerius Gratus, le había instituído gran sacerdote, por el año 18, [2] reconociendo en él, sin duda, el servilismo requerido á esos pontífices convertidos en los instrumentos de la servidumbre nacional. Poncio Pilatos, el procurador de Judea, le halló en el cargo y le conservó. Nada se sabe de su familia, que debía ser una de las más influyentes del país. El era Saduceo. [3] Se casó con la hija de un gran sacerdote, Hanan, el jefe incontestado del partido, un amigo de Roma, de quien cinco hijos llenaron, uno después de otro, la función de sacrificador supremo. Esta alianza aumentó y afirmó su poder. Cuando Pilatos fué revocado, en el año 35, Kaifás se mantuvo, y no fué depuesto sino el año siguiente por Vitellius. [4] Su actitud en la sesión del Sanhedrín, en donde se agitó la cuestión de las medidas que se debían tomar contra Jesús, denota una naturaleza violenta, imperiosa y servil. Tiénese de él una de esas palabras que pintan al hombre y que caracterizan la rudeza cínica de todo su partido. [5]

1 Antiq., XX, 10, in fine; XX, 9, 1; Cf. Act., V, 17; IX, 1, 2; XXIII, 2, 3, etc.
2 Antiq., XVIII, 2, 2; XVIII, 4, 5.
3 Antiq., V, 17.
4 Antiq., XVIII, 3, 4.
5 Bell. Jud., 8, 14.

Impacientado por las vacilaciones, las perplejidades de sus colegas, les dijo brutalmente:—Vosotros no entendéis nada. Vosotros no véis que es expediente que un hombre muera por el pueblo, más bien que toda la nación perezca. [1]

En tal virtud, la razón de Estado,—este supremo recurso de todos los poderes amenazados y que ha servido á todos los déspotas para legitimar todos los crímenes,—es invocada contra Jesús, con desprecio de la verdad y de la justicia.—Es preciso que él muera, dijo el gran sacerdote; el interés de la nación lo exige.

Al referir este hecho, medio siglo más tarde, el Evangelista inspirado vió en esta palabra del pontífice un sentido profético. Kaifás, sin saberlo, había expresado el pensamiento de Dios. Era una necesidad del gobierno divino de la humanidad que Jesús muriese; "era preciso, y no sólo para la salvación de Israel, sino á fin, de reunir en uno á los hijos de Dios que estaban dispersados." [2]

Los crímenes tienen su lugar en la evolución humana. La mayor iniquidad, cometida contra el Ser más santo, ha sido el punto de partida de la renovación de la humanidad y del Reino de Dios. Una asamblea religiosa decreta, como medida de salud pública, la muerte de Jesús: esta muerte inícua va á ser el remedio querido por Dios para vencer la corrupción que devora á la tierra; y la sangre derramada por las manos homicidas, el río de vida en donde se refrigeran para siempre los hijos de Dios.

Así, ese gran hecho de la resurrección de Lázaro, que se puede llamar el milagro de la amistad, tuvo en la vida de Jesús, entre otras consecuencias, un resultado fatal. Si él consoló el duelo de una familia tiernamente amada, al devolverle al que lloraba, atestiguado la potestad divina de Jesús sobre

1 Juan, XI, 49-50.
2 Juan, XI, 49-50.

la muerte, probado á las conciencias sinceras que el Profeta era el Enviado del Padre, el Hijo siempre escuchado, el Dueño de la vida al mismo tiempo, él provocó el odio de sus adversarios, determinando al Sanhedrín á emplear el rigor contra él, y arrancando al presidente de la asamblea un decreto de muerte en nombre de la seguridad pública.

Todo lo que él había predicho, bien pronto hace un año, en el desierto de Bethsaida, yendo hacia Cesarea,—con gran escándalo de sus discípulos,—respecto á su destino doloroso, respecto á las persecuciones que le aguardaban, en Jerusalem, de parte de los jefes, de los ancianos y de los sacerdotes, apareció en su realidad amenazadora. Su apostolado en la metrópoli, sus llamadas reiteradas á la nación, sus enseñanzas respecto al verdadero Reino de Dios y al Mesías, Hijo de Dios, sus prodigios, sus virtudes, nada ha podido vencer la ceguera ni desarmar á la oposición; por el contrario, todo conspira para desencadenar la tempestad y preparar la crisis final á la que él va á ser conducido.

Esta situación nueva y peligrosa está muy claramente dibujada por el cuarto Evangelio, el único, por lo demás, que nos informa respecto al ministerio judeano de Jesús; él la refiere á la resurrección de Lázaro, como un efecto á su causa inmediata; se la vé preparar poco á poco, á cada aparición nueva del Profeta en Jerusalem; ella se agrava siempre y se forza más violentamente, á medida que las palabras de Jesús revelan verdades más sublimes, que sus milagros prueban mejor su potestad, y que su acción sobre el pueblo tiene más energía é imperio. El prodigio verificado en Bethania es el último término de una progresión sorprendente en la obra entera de Jesús; él es en su ministerio judaico lo que la multiplicación de los panes, en el desierto de Bethsaida, es á su apostolado de Galilea.

La afirmación de un testigo tan exactamente instruído de lo que él refiere, garantiza contra todo ataque el valor histó-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rico de la resurrección de Lázaro. Por prodigioso que sea, el hecho se impone á todo espíritu no prevenido.

La crítica panteísta ó materialista ha gritado hasta lo imposible.—Los muertos no resucitan, afirma ella imperturbablemente. La historia le opone resurrecciones ciertas; y la razón que enseña á un Dios personal, todopoderoso, no ve ninguna imposibilidad en admitir que Lázaro, muerto hacía cuatro días, se levante de la tumba á la voz del Hijo de Dios. Sacar de la nada lo que no existe, dar la vida á lo que no vive, devolverla al que la ha perdido, pertenecen á un mismo poder.

—¿Pero Lázaro no estaba sino dormido con el sueño cataléptico?[1] Los testigos afirman que él estaba muerto.—Esto es inverosímil.—La historia no es sino un tejido de inverosimilitudes para nuestro espíritu limitado. Nosotros no sorprenderemos jamás sino una débil parte de las causas que producen los fenómenos; á cada instante, hechos inesperados extravían á la razón, y su extrañeza azota á lo que llamamos nuestra lógica.

En vez de aceptar á la narración evangélica en su tenor, la crítica negativa le desnaturaliza ó le niega. Algunos no han querido ver en ello sino una leyenda hábil, un cuadro ficticio destinado á revelar en hecho la tesis metafísica formulada por estas palabras: "Yo soy la Resurrección y la Vida."[2] Otros, una creación arbitraria, fantástica, de la conciencia cristiana que ha debido atribuir á Jesús, como Mesías, resurrecciones parecidas á las que el Antiguo Testamento atribuía á los profetas.[3] Las críticas más recientes, considerando con justicia esas interpretaciones como verdaderos expedientes de teólogos en los últimos apuros, han renovado con más fineza la vieja estratagema de los antiguos racionalistas alemanes.

La tradición, por una serie de equivocaciones de las que la parábola del pobre Lázaro ha sido el punto de partida, desde

1 Paulus, Exeg. Handbuch.
2 Baur, Theol-Jahrs., t. III; Kein, Jes. v. Naz., t. III.
3 Strauss, Das Leben Jesu, t. II.

luego ha atribuido un hermano enfermo á Marta y á María; la palabra de Jesús: "Lázaro, él mismo volverá á la vida, como no se creería," ha sido mal entendida; se ha dicho que en realidad él había salido del sepulcro, y de esta manera la leyenda ha tomado curso.

Todas esas suposiciones que nada apoya se condenan por su misma fantasía; ellas prueban con cuán poco el espíritu se contenta, y qué astucias sabe inventar para suprimir, al desnaturalizarlas, los hechos en oposición con sus doctrinas.

Al testimonio formal, preciso, detallado, del cuarto Evangelio, se ha opuesto el silencio de los tres primeros. Hay lugar de admirarse, en efecto, desde luego, que en un acontecimiento tan extraordinario en sí mismo, tan considerable en sus resultados, haya sido omitido por tres de los cuatro escritores que han emprendido narrar la vida de Jesús.

El estudio atento de esos documentos diversos explica y justifica esta omisión.

Ninguno de los Evangelistas, ni aun San Lucas, que ha tenido tanto cuidado en ordenar su narración, ha pretendido recordar las inumerables enseñanzas ni todos los actos del Maestro. Sus "Memorias" son esencialmente fragmentarias: no se podría argüir del silencio del uno contra el testimonio del otro. Los synópticos tienen un rasgo de fisonomía común: ellos datan el ministerio público de Jesús, de su advenimiento á Galilea, después de la prisión de San Juan-Bautista, y no han relatado del ministerio judeano sino la última semana. Sólo San Juan refiere los viajes de Jesús á la metrópoli, y algunas de las enseñanzas y de los milagros que pertenecen á esa época de su vida. Se ve, por consecuencia, como todo lo que concierne á la acción de Jesús en Jerusalem y en Judea,—y, por lo mismo, el milagro de la resurrección de Lázaro,—ha sido omitido por los demás: el cuadro de su narración no le permitía.

La reunión del Sanhedrín, los debates que le agitaron, la intervención del gran sacerdote, la resolución de la asamblea

y la palabra que le inspiró: "Es preciso que muera," todo fué muy pronto conocido en Jerusalem y no tardó en serlo en Bethania. Jesús tenía, hasta en el gran Consejo, amigos secretos que debieron advertirle el peligro, que había llegado á ser amenazador. La alegría con la que él había llenado á sus huéspedes se obscureció derepente; la suerte del Maestro muy amado les llenó de tristeza y de angustia.

Extraño misterio el de los enviados de Dios y el de aquel que los domina á todos: sufren persecusión, mueren por sus beneficios. La más hermosa obra de Jesús, la más conmovedora, la más sorprendente, aquella que mejor ha revelado su fuerza infinita y su amor, hace desbordar el odio con el que sus enemigos le persiguen y atrae sobre él el decreto de muerte.

Ninguna palabra de amargura, ninguna indignación. El no ve en los acontecimientos y en los hombres sino los instrumentos de la voluntad de su Padre, y él va, firme y tranquilo, fortificando á los suyos, cumpliendo hasta el fin su grande obra. Sabe que las doce horas del día, según su expresión favorita, se acaban, y que la noche se aproxima.

El puede todavía escapar de la tempestad. No ha llegado el momento de afrontarla. El se aleja de Bethania y lleva á sus discípulos. Evita, además, encontrar á los Judíos, él se retira en un país vecino del desierto, en la pequeña ciudad, llamada Ephrem,[2] en donde se fija por un momento.[1]

Para ganar esta soledad, sin despertar la atención, Jesús debió costear, al Este, el Mónte de los Olivos y seguir los senderos que atraviesan Anatot y Mikhmas.

La ciudad donde él se refugió estaba fuera de las grandes rutas frecuentadas, hacia la extremidad septentrional de la Judea, á quince ó diez y siete millas de Jerusalem. Ella estaba edificada sobre una colina puntiaguda de ochocientos metros

1 Juan, XI, 54.

2 Ephrem ha desaparecido en la actualidad; ella se ha convertido en la aldea de Thayébey, cuyo nombre árabe significa buena, agradable, y parece ser la traducción del nombre hebreo de la ciudad antigua. (Cf. V. Guerin, Description de la Palestine.—Judee, t. III).

de altura, en el suelo mismo del desierto; sus casas cuadradas, de piedra blanca, tenían el aire, á lo lejos, de viejas torres desmanteladas.

De la antigua Ephrem, quedan los restos de una fortaleza cuyos muros, tallados en largos trozos de sillería, se elevan todavía varios metros y no sirven mas que para abrigar á los pobres Fellahs. Desde esta altura solitaria, Jesús podía ver todo el país de Judá, triste y sombrío, con sus montañas rocallosas, tan ásperas como su pueblo endurecido. El veía el monte de los Olivos de donde él se elevaría con su gloria, y más allá presentía á Jerusalem, en donde debía morir.

Este lugar austero cuadra bien á la faz nueva de su vida, y da á Jesús la soledad y la serenidad.

Los días pasados en Ephrem debieron estar ocupados por la oración y las pláticas íntimas. En su cortejo, se esperan las grandes luchas. Se aguarda la venida del Reino. La pequeña compañía estaba resuelta. Ella tenía, á pesar de todo, una fe sin límites con la potestad del Maestro: la resurrección de Lázaro la confortaba contra el peligro. Ephrem era una parada antes de los combates supremos. Jesús partió de allí para Jerusalem y celebrar allí su última pascua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

EL ÚLTIMO VIAJE Á JERUSALEM.

El itinerario de este viaje puede ser reconstituido conforme á las indicaciones combinadas del tercero y del cuarto Evangelio. San Juan marca el punto de partida; San Lucas, la ruta y el punto de llegada. El punto de partida es Ephrem,[1] sobre la frontera Norte de la Judea; la ruta describe un vasto círculo á través de la Samaria, la Galilea y el valle del Jordán; el término es Bethphagé.[2] En vez de dirigirse á Jerusalem, de donde él no estaba separado sino por cinco ó seis horas de camino, Jesús pareció alejarse; tomó al Norte el camino de la Samaria, remontó hasta Galilea, á la altura del llano de Jisreel, bajó sin duda por el Ouady Djalad, en el valle del Jordán, y se avanzó hacia Jericó por la gran vía de las caravanas galileas.

¿Qué motivo había determinado á Jesús á ese largo rodeo? Es probable que, antes de dar á su entrada en la ciudad santa un esplendor inusitado, un carácter triunfal, él quiso reaparecer en medio de la multitud de los Galileos para señalar su viaje y congregar á los numerosos discípulos mezclados entre los peregrinos que se encaminaban ya á Jerusalem. Lo que sus hermanos, hace seis meses, en el tiempo de la fiesta de los Tabernáculos, le habían pedido, diciéndole:—Muéstrate, pues, al mundo,[1] él iba á cumplirlo á su manera; pero él guardó hasta la última etapa, el secreto de esta manifestación.

La peregrinación duró varios días. Ella estuvo sembrada de episodios diversos é interesantes que San Lucas ha relatado con cuidado.

Al atravesar una aldea[2] de la que el Evangelio no dice el nombre y que una antigua tradición, acreditada entre los cristianos de Palestina, cree ser Djennin, diez leprosos se presentaron á Jesús.

Esta es la costumbre todavía en Oriente, que esos desdichados se reunan y vivan juntos, vagando á lo largo de los caminos, á la entrada de las villas. Ellos se conservaban lejos y decían en alta voz:—Jesús, Señor, tened piedad de nosotros. Esta miseria y esta confianza le conmovieron.

—"Id, les dijo, y presentaos á los sacerdotes."

Ahora, como ellos se marchasen, fueron curados. Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando á Dios á gran voz. El se prosternó á los pies de Jesús y le dió gracias.

Este era un Samaritano.

—"¿Acaso no han sido diez los que han sido curados?" preguntó Jesús sorprendido. "¿Los otros nueve, en dónde están? No se ha hallado uno que vuelva y que diera gracias á Dios, sino este extranjero."

La ingratitud le era punzadora. Se adivina en esta palabra: "este extranjero," una tristeza inmensa. Este incidente dolo-

1 Juan, XI, 54.
2 Luc., XVIII, 11.

1 Véase el Libro IV, cap. I.
2 Luc., XVII, 11-19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

roso le recordó toda su misión; él había prodigado sin cuento sus beneficios en Israel, y su pueblo le rechazó. El Samaritano que cae á sus pies, para expresar su reconocimiento y su fe, le es dulce; él vé en él á esos pobres abandonados, á esos extranjeros, á esos paganos que deben acudir á su encuentro, mientras que los hijos de la casa se obstinaron en desconocerle.

El levantó al leproso curado y creyente:—"Levántate," le dijo, "vete, tu fe te ha salvado."

Este episodio tenía su lugar marcado en la narración de San Lucas. En la época misma en la que el discípulo del apóstol San Pablo redactaba su Evangelio, la obra de salvación creció según la ley misma que había precedido á la vida del Salvador. Rechazado en Judea, combatido con rabia por los Judíos, la palabra del Reino halló una acogida brillante en Samaria y removió al mundo pagano entero.

Al proseguir su viaje, Jesús fué interrogado respecto al Reino de Dios.[1]—¿Cuándo, pues, llegaría? preguntaban los Fariseos, no sin ironía. Hacía dos años, ellos veían al Profeta en la obra, anunciando ese Reino mesiánico que debía, según creían ellos, libertar á su nación, romper todos los yugos, anonadar á todos los enemigos, abrir á Israel una era inaudita de felicidades; y ninguno de esos grandes sueños se realizaba. El Galileo, como ellos le llamaban, no reunía en derredor suyo sino á los pecadores y á los perdidos, á los ignorantes y á las gentes de nada. Ellos triunfaban de esta impotencia y ellos se burlaban. Jesús les respondió, recordándoles aún la espiritualidad de su Reino:

—"El Reino de Dios no viene con el brillo exterior que deslumbra la vista. No se dirá: El está aquí, ó: él está allí. El Reino de Dios está dentro de vosotros."

En el secreto de la conciencia es en donde se inaugura y se funda el reino del que Jesús es el Mesías. A la conciencia

1 Luc., XVII, 20-37.

es á la que habla y pide el arrepentimiento y la fe. Desde que ella se abre á él, ella recibe el espíritu; y el Reino de Dios comienza. Los Fariseos formalistas, estrictamente patriotas, se rehusan á comprender; pero la obra se verificaba á su pesar y en medio de ellos; Jesús, rodeado de sus fieles, era la realización visible; él debió mostrar con el dedo á sus discípulos, á sus interlocutores que se apartaban con desdén.

Todo en este período inicial del Reino de Dios, es humilde y discreto, débil, sufriente, oculto. Lo mismo que el Hijo de Dios se vela bajo la apariencia humilde del Hijo del hombre, lo mismo la gloria del Reino se vela bajo la miseria aparente de los publicanos y de los pecadores que le siguen. Nada que sienta el brillo y la fuerza. La potestad taumatúrgica de Jesús no se revela ella misma sino con mansedumbre; ella se sustrae al radiar á través del amor y la bondad. Los humildes, los penitentes solamente eran tocados: los soberbios, ávidos de lo maravilloso y de la gloria terrestre, pasan como los Fariseos, insolentes y desdeñosos.

Jesús les deja á su desprecio. El invita á sus discípulos á aprovechar el paso del Hijo del hombre, de su presencia y de sus beneficios; cuando él haya desaparecido, la prueba será dura y larga:

—"Los días van á llegar," les dijo, "en los que desearíais ver uno de los días del Hijo del hombre, el de su gloria, de su potestad, de su triunfo. Vosotros no le veréis. Se os dirá: Ved, él está aquí, él está allá. No vayáis; no le busquéis."

Sin embargo, no se deberá desfallecer en la espera; porque si la primera venida del Mesías se ha verificado en la debilidad y en la lucha, si los fieles que le han reconocido debían formar con él el Reino de Dios, á través de las mismas debilidades y las mismas luchas, la segunda venida se hará en la majestad, con la victoria sobre todos sus enemigos: entonces, el Reino aparecerá con la majestad y la victoria. Jesús más de una vez ha advertido á sus discípulos respecto á su triunfo

venidero, él les recuerda hoy con solemnidad, en el momento en que los fariseos renuevan contra él sus cuestiones despreciativas, como si él quisiera precaver á los suyos y fortificarles por una inmensa esperanza.

—"No os dejéis seducir por los falsos profetas que os anunciarán la venida del Hijo del hombre. Esta venida será fulminante; ella deslumbrará á todos los ojos. Como el relámpago resplandece derrepente de un extremo del cielo al otro, así sucederá con el Hijo del hombre en ese día.

"Pero es preciso primero que él sufra mucho y que sea rechazado por esta generación."

Así, la carrera mesiánica de Jesús se compone de dos períodos, de dos días, según su expresión imaginada. El uno es el día del sufrimiento, de la persecución y de la reprobación; él no comprende solamente su vida terrestre, él abraza todos los siglos en los que sus fieles, los elegidos de Cristo desaparecido, marcharán detrás de él, en esta ruta ensangrentada que él les abrió, y vivirán martirizados, con la esperanza del segundo día. Este será glorioso, triunfante; él marcará la aparición definitiva del Reino de Dios sobre toda criatura en el universo transfigurado.

Mientras que los discípulos de Jesús languidecerán, impacientes, la masa humana será como en los tiempos de Noé y del diluvio.

—"Ellos comían y bebían, se casaron y casaron á sus hijas, hasta el día en el que Noé entró en el arca. El diluvio vino y perdió á todos.

"Lo mismo pasó en tiempo de Loth. Se comía, se bebía, se compraba, se vendía, se plantaba, se edificaba; y cuando Loth salió de Sodoma, una lluvia de fuego y de azufre cayó del cielo y les perdió á todos.

"Así sucederá en el día en el que el Hijo del hombre será manifestado con su potestad soberana y terrible."

Los discípulos no imitarán ese materialismo y esta ligereza.

Jesús les quiere desprendidos de todo lo terrestre y de todo lo creado, no teniendo raíces en este mundo finito, alerta, sacrificados, prestos á seguirle, al primer fragor de la crisis suprema.

El les reveló sus voluntades en un lenguaje penetrante.

—"En aquel día, el que esté sobre la terraza y cuya ropa esté en la casa no baje para tomarla, y el que esté en el campo no vuelva hacia atrás. Acordáos de la mujer de Loth."

Es preciso dejarlo todo y arrojarse hacia el Señor que aparece. El que trate de salvar su vida, uniéndose al que pasa, perecerá con este mundo que está perdido, y el que renuncie á su vida y á esta tierra gastada y condenada, hallará la vida en Dios.

Entonces se verificará el escrutinio definitivo en esta raza humana mezclada. En un abrir y cerrar de ojos, los seres más aproximados visiblemente, pero extraños el uno al otro por el espíritu que les anima, serán separados para siempre.

—"Yo os declaro," dijo Jesús, "en esa noche, de dos que estén en el mismo lecho, uno será tomado, el otro abandonado. De dos mujeres que muelan juntas en la piedra, una será tomada, la otra dejada; de dos hombres que estén en el mismo campo, uno será tomado, el otro dejado."

Los discípulos, curiosos, preguntaron: ¿En dónde pasará eso, Señor?—"En donde estará el cadáver, respondió Jesús, se juntarán los buitres."

Por esta imagen enérgica sacada de la naturaleza galilea, el Maestro ¿no formuló una de les leyes terribles del gobierno de Dios, la ley de las destrucciones necesarias? ¡Ay de aquellos que no se adhieran á la vida! El cadáver es todo aquel que, en la humanidad, no tiene el Espíritu vivificante de Dios; los buitres son las fuerzas destructivas que cumplen sobre esos muertos, las voluntades vengadoras de la eterna justicia.

La grandeza y la austeridad de los deberes que Jesús inculcó á sus discípulos, la dureza persistente de las pruebas que

les asaltaron en este mundo entregado al áspero egoísmo de una vida material y sensual, debieron inspirarles algún espanto.

El les recomendó la oración.

—"Orad," les dijo, "orad siempre; no os canséis jamás. Tened fe, Dios os escucha." Y les refirió esta parábola:

"Había, en cierta ciudad, un juez que no temía á Dios y no tenía ningún respeto del hombre. En esta misma ciudad había una viuda que vino á él diciéndole: Hacedme justicia de mi adversario. Durante mucho tiempo él se rehusó; pero después, él se dijo á sí mismo: En verdad, yo no tengo ni el temor de Dios ni el respeto del hombre; sin embargo, puesto que esta mujer me importuna, yo le haré justicia, de temor que al fin ella no llegue hasta herirme.

—"Vosotros entendéis, agrega el Señor, vosotros entendéis lo que dijo este juez inicuo. Y Dios no vengaría á sus elegidos que claman á él noche y día,—aun cuando él retuviese su cólera para vengarles. ¡Yo os declaro, sonada la hora, la venganza será fulminante!

—"Pero cuando el Hijo del hombre vendrá ¿hallará la fe en la tierra?

Esta última palabra de Jesús deja entender que hasta los mismos creyentes, los fieles, se cansarán tal vez en la espera del día de Dios; la longanimidad de la eterna justicia fatigará su fe. Al ver á los siglos y los cielos rodar siempre, sin traer á aquel que debe ser su libertador y su justiciero, ¿no perderán ellos el celo ardiente que aspira á la libertad? Siempre oprimidos y abrumados, ¿no se dormirán con el sopor? Esta es una advertencia que él dá á los suyos con esta interrogación, una manera de decir todavía: Orad, creed, esperad hasta el fin.

Al contacto del Espíritu de Dios, el hombre se liberta de los límites que limitan sus ideas, sus esperanzas, y acortan todo en él; él aprende á entrar en los inmensos designios de Dios. Sabe que han sido necesarios siglos para preparar la primera venida del Hijo del hombre, y que se necesitarán siglos todavía para preparar la segunda; pero esos siglos, él los mira al ejemplo de Dios, como días rápidos; y, más elevado que el tiempo, él tiene la paciencia de Aquel que hace obras eternas.

En este mismo viaje, Jesús y su pequeña caravana se hallaron á menudo en presencia de los Fariseos que iban como ellos á Jerusalem. El les veía siempre, llenos de suficiencia, satisfechos de su justicia y no economizando el desprecio á los otros.[1] Los discípulos habían tenido, sin duda, su parte en ese desdén; su simpatía por los débiles, su repulsión por los soberbios, le inspiraron una de esas parábolas en donde el farisaísmo ha sido pintado con rasgos inmortales, de una verdad sangrienta, y flagelado con una santa ironía.

—"Dos hombres, dijo á esos pretendidos justos, habían entrado al Templo para orar: un Fariseo y un publicano. El Fariseo, en pie, oraba así, dentro de él mismo: Dios, yo te doy gracias de que yo no soy como los demás hombres que son rapaces, injustos, adúlteros, como ese publicano que está allí. Yo ayuno dos veces á la semana, y yo doy el diezmo de todo lo que poseo.

"Y el publicano, conservándose lejos, no osaba ni aun levantar los ojos al cielo; pero se golpeaba el pecho. El decía: Dios mío, sedme propicio, á mí pecador.

—"Yo os lo afirmo, dijo Jesús, volvió justificado á su habitación; pero el otro, no; porque cualesquiera que se exalse será humillado, y el que se humille será exalsado."

Agradaba al Maestro concluir sus parábolas por una sentencia moral que reasumía la sabiduría, y que se grababa mejor en la memoria de los discípulos. Se las puede profundizar, sin agotarlas jamás. El deber de la humildad volvía, á cada

1 Luc., XVIII, 9 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

instante, en sus labios; en ello veía la primera condición de la entrada en su Reino y el secreto de toda grandeza verdadera, él era la viva y perfecta encarnación. Nadie se ha anonadado como Jesús en la voluntad de su Padre que le guiaba, por una sucesión no interrumpida de humillaciones hasta la muerte; nadie ha sido exalsado más alto por esta misma voluntad. Ese vencido, ese crucificado, goza, hasta en este mundo en el que su triunfo no ha sido sonado, de una gloria que desafía á toda gloria humana. No se puede estar más humillado como él lo ha estado en su vida; no se puede ser más glorioso como él lo es después de su muerte.

Durante una de las detenciones del viaje, se le presentaron algunos niños, para que él les tocase.[1] La fe del pueblo es por todas partes la misma; por instinto, él acude á Aquel que él cree ser el Enviado de Dios; su presencia le conmueve; él lleva al Profeta lo que tiene de más precioso; él siente que su mano, impuesta sobre la cabeza de esos niños, les será una prenda de felicidad. Los discípulos, viendo la invasión de la multitud, rechazaba á esas gentes. Jesús se indignó.

—"Dejad venir á mí á los niños," les dijo; "no, no lo impidáis, porque los que á ellos se parecen pertenece el Reino de Dios. En verdad, os digo, el que no reciba como un niño el Reino de Dios, no entrará en él."

Y les besó; impuso sobre ellos las manos; y les bendijo.

El niño no tiene ni ciencia, ni filosofía, ni preocupaciones, ni cálculos de interés; él no critica, no juzga, no resiste, él es el modelo que se debe seguir. Cuando Dios habla, el hombre debe imponer silencio á su espíritu, á sus sentimientos preconcebidos, á su razón engañosa, á sus egoístas pasiones. Convertido en sencillo, dócil, confiado, él acogerá la buena nueva, renacerá en el Espíritu, y gustará en su conciencia los beneficios del Reino.

1 Luc., XVIII, 15 y sig. Cf. Mat., XIX, 13-15; Marc., X, 13-16.

Ese deber austero de la humanidad, del sacrificio total, del anonadamiento del hombre ante Dios y ante él, es uno de los puntos fundamentales de la doctrina de Jesús. Se le halla bajo mil formas en sus pláticas íntimas como en sus discursos populares. Lo que Jesús era, en su vida terrestre, con relación á su Padre, él quería, él exigía que los fieles lo fuesen respecto de él. Como él era el instrumento perfecto de la voluntad de su Padre, sus fieles debían renunciar á todo para no obedecer sino á su Espíritu.

Dejarlo todo y seguirle era una fórmula en la cual él resumía las leyes de su Reino; él la repetía á menudo, y en este último viaje, caminando al encuentro de la muerte y del suplicio, él la recordó con varios intervalos.

Un día, después de una parada, como saliere de la casa en la que había recibido hospitalidad, al ponerse en camino,[1] un joven, un príncipe del pueblo, acudió, cayó de rodillas y le dijo:—Buen Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?

Esta pregunta revelaba una naturaleza escogida y una alma sincera. Las doctrinas de la escuela respecto al mérito de las obras legales, respecto á la santidad por la virtud de los ritos, no satisfacían su conciencia; seguramente, él escuchó al Maestro hablar de la vida eterna con un acento que le había penetrado. Ahora, el secreto de la vida eterna no pertenece al genio humano. Ningún hombre, por grande que sea, puede descubrirle. La vida eterna está en Dios; y el medio para poseerla depende de su voluntad impenetrable.

Al aceptar responder á la cuestión que le era dirigida, Jesús se eleva por encima del hombre y del genio humano; él se declara el Señor de la vida eterna, al igual de Dios. Ahí está, sin duda alguna, lo que él quiere insinuar al joven que le interroga.

—"¿Por qué me llamas bueno?" le dijo, "ninguno es bueno, uno sólo es bueno, Dios."

1 Luc., XVIII, 18, 30; Mat., XIX, 16, 30; Marc., X, 17, 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y, por consecuencia, Dios sólo y el Hijo quien ha recibido todo del Padre, pueden enseñarnos el bien infinito que es la vida eterna.

Jesús prosiguió: "¿Conoces los mandamientos?"—¿Cuáles? "No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No levantarás falso testimonio. Honra á tu padre y á tu madre; y ama á tu prójimo como á tí mismo." Yo he observado, respondió el joven, todos esos mandamientos desde mi infancia. ¿Qué me falta aun?

A estas palabras, Jesús le miró y le amó.

—"Sólo una cosa te falta," le dijo, "si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. En seguida, ven y sígueme."

Pero él, al escuchar estas palabras, lanzó un suspiro, y se fué triste, porque tenía muchos bienes.

No es bastante cumplir el precepto literal, es necesario entrar en el espíritu mismo de la Ley; ahora, la Ley es la voluntad de Dios. Si esta voluntad nos pide el renunciamiento de todo, si Dios nos dice como al joven rico: "Vende tus bienes, dalos á los pobres, ven y sígueme," la vacilación no es permitida; todo debe dejarse y ponerse en seguimiento de Jesús.

Así, la última palabra de la perfección, en su doctrina, es dejarlo todo y seguirle. Es preciso sacrificarle todo, amarle más que á toda criatura, amarle absolutamente, sin reserva y como á Dios.

Viendo alejarse al joven desalentado, él miró en torno suyo, como para cubrir de más cerca á sus discípulos fieles; en seguida les dijo:

—"¡Con cuánta dificultad los ricos entrarán en el Reino de Dios!"

Ellos acababan de comprobarlo; la afección del Maestro, su tierno llamamiento, habían encallado ante el sacrificio de los bienes terrestres pedido á un rico, como condición previa de su entrada al Reino.

Los discípulos se sorprendían grandemente de la reflexión de Jesús; ellos que, todos eran pobres, debieron entristecerse por la suerte de los ricos. Este noble movimiento tocó su corazón.[1]

—"Hijitos míos," replicó con ternura, "¡cuán difícil es á aquellos que se confían en las riquezas, entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico semejante entre en el Reino de los cielos."

La admiración de los discípulos aumentó, y ellos se decían tristemente el uno al otro:—¿Quién entonces podrá salvarse?

La inmensa multitud de los hombres es arrastrada por el amor de los bienes de este mundo; hasta aquellos que no les poseen les desean, y los que les poseen son esclavos de ellos. Si entonces el Reino de Dios no está abierto sino á los pobres de espíritu, á los hombres que no tienen confianza en la riqueza, ¿en dónde y cómo se reclutará?

El cortejo íntimo de Jesús entrevefa, quizá por la primera vez, la dificultad de la obra sobrehumana á la que los discípulos estaban llamados y de la que la fuerza divina no les era conocida.

Las dificultades se perpetúan y, con ellas, el espanto de los que continúan el trabajo de los apóstoles, en este mundo fascinado por la materia. Jesús fijó su mirada sobre los suyos, según uno de los testigos de la escena, y les dijo:

—"Aquello que es imposible á los hombres no le es á Dios. Todo es posible á Dios."[2]

Ellos eran la prueba viviente. A la vocación del Maestro, ellos todo lo habían dejado: sus redes y sus barcas, su padre, su casa y su campo, su oficina de alcabala y su oficio. La Fe es más fuerte que todo. Nada detiene á los que Dios atrae.

Pedro, cuya vivacidad y franqueza no se desmienten nunca, no pudo impedirse de notarlo.—Ved que nosotros todo lo

1 Luc., XVIII, 26, y parall.
2 Marc., X, 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hemos dejado, por seguiros. Y el agregó, no sin sencillez y alguna preocupación personal:—¿Entonces qué nos será dado?

—"Vosotros que me habéis seguido," respondió Jesús, "en verdad, os digo, porque me habéis seguido, cuando en el día de la regeneración el Hijo del hombre se siente sobre el trono de su gloria, vosotros también, os sentaréis sobre doce tronos y juzgaréis á las doce tribus de Israel."

El Maestro, hasta el presente, no había absolutamente hablado á sus discípulos de recompensa y de gloria; pero al llamarles á él, arrancándoles de su vida y de su medio, incorporándoselos, penetrándoles en su alma, él les asoció á todas las faces de su propio destino; y ellos mismos, á medida que el amor y la confianza se afirmaban, ellos toman un sentimiento más vivo de la intimidad que identifica su suerte con la de su Maestro. Si él era vencido en su obra, ellos serían arrastrados en su derrota; si él triunfaba, ellos participarían de su triunfo. La hipótesis del fracaso les hubiera parecido una injuria á la potestad de aquel que ellos amaban y á quien llamaban el Señor y el Mesías: ellos mismos no pensaban en ello. Las dificultades del momento, las luchas incesantes que sostenía Jesús contra los doctores, la oposición creciente y amenazadora de los sacerdotes, de los ancianos y del gran Consejo; toda esa situación incierta, peligrosa, crítica no les conmovía; su fe en el triunfo próximo permanecía imperturbable, esta fe llena de ilusiones les bastaba. Acaso con ese triunfo contaban Pedro y los otros, sin embargo, sin bien definirlo, cuando preguntaban al Maestro: Y nosotros, que hemos dejado todo, ¿qué nos será dado?

La recompensa está más allá de la vida y más alto que ella. Jesús eleva las esperanzas legítimas de sus apóstoles, él les dijo que ellos triunfarían con él; pero para excusar su debilidad y la parte de ilusión necesaria á toda criatura, él les deja inciertos respecto del tiempo. Cuando su día haya venido,—el día de universal regeneración en el que, estando todo sometido

á su imperio, todo será renovado con su propia gloria,—entonces, ellos participarán de su reinado sobre el pueblo de Dios, simbolizado por las doce tribus de Israel.

Al esperar ese día lejano, misterioso, la suerte de los fieles, del menor de los humildes que haya dejado todo por Jesús, no es de compadecerse.

—"En verdad, yo os digo," agregó Jesús, "ninguno dejará su casa, á sus hermanos, á sus hermanas, ó á su padre, á su madre, á su hija, ó á sus campos, por mi causa y por causa del Evangelio del Reino, que no reciba ahora, en este mismo tiempo, cien veces más: casas, hermanos, hermanas é hijos, y madre, y campos,—con las persecuciones,—y en el siglo venidero, la vida eterna."

Era preciso ser bien extraño á la palabra de Jesús y á su doctrina para dar á esta promesa del céntuplo un sentido literal y material. No se podría admitir que Jesús hubiera convidado á los suyos á una suerte de paraíso de milenario. Sin embargo, es cierto que el Espíritu divino de quien es él la fuente no solamente trae á todos los que le reciben invisiblemente el sabor anticipado de los bienes celestiales, eternos, infinitos, sino, por añadidura, ensalza aun esta vida terrenal, aumenta sus recursos, armoniza sus energías, transfigura todos sus actos. Entre los seres elegidos que este Espíritu concentra, él se forma lazos más íntimos, más profundos, más dulces, que entre los del mismo parentesco y de la misma sangre.

A fin de que el discípulo de Jesús no se embriague con las dulzuras de una vida dichosa, la persecución le es prometida: ella le tendrá siempre en vela. Por dura que ella sea, él la llevará con un corazón valiente, porque él la conoce y porque él la espera: él sabe que ella pasa, y él espera en la plenitud de la eterna vida, ya comenzada para él, en esta tierra.

Esta enseñanza removió, regocijó, exaltó á los discípulos. El corazón humano se abre con agrado á lo que le habla de felicidad, de vida y de triunfo.

Los sentimientos egoístas se revelaban fácilmente en el cortejo del Maestro. Aquellos que habían sido llamados los primeros se prevallan de su predilección; ellos querían asegurar en el Reino su puesto privilegiado. ¡Sorprendente ilusión del hombre! esos pecadores de Galilea no piensan más que en las grandezas terrestres del Reino mesiánico, y creyendo ir al triunfo, ellos no dudan que Jesús les conduce á las luchas más terribles. Pero él vela sobre ellos; él posee el arte divino de formarles; él sabe, cuando es preciso, exaltarles y humillarles.

—"Sabed," les dijo, "que de los primeros muchos serán los últimos, y de los últimos los primeros.

"El Reino de los cielos es semejante á un padre de familia que salió muy temprano, á fin de alquilar obreros para su viña. Convino con ellos en un denario por día, y les envió.

"Ahora, á la tercera hora, salió de nuevo, y vió á otros obreros ociosos en la plaza.—Id, les dijo, también vosotros á mi viña, y aquello que sea justo, os lo daré. Ellos se fueron. Después, hacia la sexta y novena hora, salió aún é hizo la misma cosa. En fin, volvió á salir á la undécima hora, y halló allí algunos que estaban ociosos.—¿Por qué, les dijo, estáis aquí, todo el día, sin hacer nada?—Porque nadie nos ha alquilado.—Id, también vosotros á mi viña.

—En la tarde, el amo dijo al mayordomo:—Llamad á los obreros y pagadles, comenzando por los últimos.

"Aquellos que habían venido á la undécima hora se aproximaron, y recibieron cada uno un denario. Los primeros vinieron en seguida, esperando recibir más. Pero ellos recibieron también un denario; y, al recibirle, murmuraban contra el padre de familia. Ellos decían:—Los últimos han trabajado una hora, y vos les tratáis como á nosotros que hemos llevado el peso del día y el calor.

"El padre de familia respondió á uno de ellos:—Amigo mío, yo no os he engañado; ¿no habéis convenido conmigo en un denario? Tomad lo que es vuestro y marchaos. Yo voy

á dar á esos últimos como á vosotros. ¿Acaso no me es permitido hacer lo que yo quiero? Porque vuestro ojo es malo, ¿por qué yo soy bueno?

"De esta manera los últimos serán los primeros y los primeros los últimos."

La obra del Reino es una obra de misericordia y de bondad más todavía que de justicia. El hombre no tiene el derecho de prevalerse de nada contra sus hermanos. Ante la vocación de Dios, no hay sino un obrero ocioso; una vez llamado, él no tiene sino que cumplir su tarea. El Padre es justo; él le pagará su trabajo; él recibirá su denario. Pero que él sea el obrero de la undécima hora ó de la primera, que él haya llevado el peso del día y del calor, ó que haya tenido la tarea más fácil ¡qué importa! La liberalidad divina no tiene que contar con él; ella es independiente y soberana, nosotros no tenemos más que olvidarnos en ella, admirarla en nosotros y en aquellos que ella ha escogido.

El Padre de familia ha llamado á los hombres en multitud. Lo esencial es corresponder al llamamiento y ser fiel; esto es lo que Jesús pedía á sus discípulos, recordándoles esta palabra terrible: "Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos; ellos hacen traición á su vocación y son desechados.

La caravana había llegado al valle del Jordán, sobre la gran ruta que conduce de Galilea á Jerusalem por Jericó. Ella no estaba más que á dos jornadas de camino de la ciudad santa, y, al pasar al pie del Sartaba, ella podía ver, sobre la cima, los fuegos encendidos que anunciaban al pueblo la neomenía y la Pascua del año 30. [1]

[1] Talmud. Hierusol, Rosch, Hoshanna, cap. II, col. 3.

CAPITULO X.

FIN DEL VIAJE.—DE JERICÓ Á BETHANIA.

Al aproximarse á Jerusalem, los discípulos no podían librarse de una vaga ansiedad. Los peligros que allí amenazaban al Maestro, les volvieron al pensamiento. Hubo una hora conmovedora, solemne, cuya tristeza permaneció profundamente grabada en el recuerdo de uno de los testigos.

Jesús caminaba adelante; los discípulos seguían silenciosos, llenos de estupor y de temor. [1]

El llamó aparte á los Doce [2] y les dijo:

—"Nosotros subimos á Jerusalem; todo lo que los Profetas han escrito respecto al Hijo del Hombre va á cumplirse. El será entregado á los Príncipes de los sacerdotes, á los Escribas y á los ancianos, y ellos le condenarán á muerte. En seguida, ellos le entregarán á los paganos para ser insultado, flagelado y cubierto de salivas; y después de que ellos le hayan azotado, le crucificarán; y, el tercer día, él resucitará."

Jesús había ya, en dos ocasiones, anunciado solemnemente

1 Marc., X, 32.
2 Mat., XX, 17-19; Marc., X, 33-34; Luc., XVIII, 31-39.

á sus apóstoles su suplicio, su muerte y su resurrección: la primera vez, yendo á Cesarea, después de la escena en que Pedro le había llamado el Mesías, el Hijo de Dios vivo; la segunda vez, al bajar del Thabor y volviendo á Capharnaum. El lo anuncia hoy, por la tercera vez, en ese valle del Jordán en donde los cielos se habían abierto sobre su cabeza, en donde el Espíritu había visiblemente manifestado su presencia en él, en donde la voz del Padre le había proclamado su Hijo muy amado, en donde él mismo había dicho: "Me es necesario cumplir toda justicia."

Este misterio asombroso de expiación y de amor, esa resurrección del mundo por la muerte del Mesías, era para los discípulos un enigma; ellos apartaban su pensamiento tímido; á medida que ellos creían más en la santidad y en la divinidad de Jesús, menos podían admitir su derrota, su suplicio, y su muerte. "Ellos no comprendían nada de esto. Esta palabra les era oculta. Ellos no entendían lo que se les decía." [1]

Estas palabras de muerte, de resurrección en el tercer día, —aunque ellos no las entendían mejor que las de dolor, desprecio, suplicio y cruz,—traían, es cierto, su pensamiento á la manifestación gloriosa del Reino; y entonces, como acontece á las naturalezas débiles, irresolutas, el abatimiento hacía lugar á la esperanza.

Ellos se decían que el Reino de Dios iba á aparecer, y en la sencillez de sus preocupaciones personales, ellos pensaban en asegurar los primeros lugares. Los padres, las madres, sobre todo, defendían las ambiciones de sus hijos y no temían intervenir cerca del Maestro para solicitarle en su favor.

Las caravanas de Galilea que se dirigían á la fiesta han debido encontrar á Jesús y á los suyos en los alrededores de Jericó. De esta manera se explica la presencia de la madre de los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, en el cortejo de Jesús, y la escena que pasó un poco después del anuncio de la pasión y de la muerte.

1 Luc., XVIII, 34.

Salomé se acercó á Jesús con Santiago y Juan,[1] y ella se prosternó ante él para hacerle una pregunta.—Maestro, dijeron los dos hijos, con una sorprendente confianza, aunque nosotros os pedimos, queremos que lo hagáis por nosotros.

—"¿Qué queréis?" dijo Jesús.

La madre respondió:—Ordenad que mis dos hijos estén sentados, el uno á vuestra derecha, el otro á la izquierda, en vuestro Reino.

Entregado por completo el pensamiento de su muerte próxima y de su suplicio por el que debia entrar en la gloria, Jesús les recordó á esos apóstoles todavía ambiciosos que no pensaban sino en el fin, olvidando el camino.

—"Vosotros no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el caliz que yo voy á beber? ¿ser bautizados con el bautismo con el que yo voy á ser bautizado?"

Los impetuosos discípulos respondieron sin vacilar:—Lo podemos.

—"El caliz que yo debo beber," respondió Jesús, "vosotros le beberéis, en efecto, y seréis bautizados con el bautismo con el que yo voy á ser bautizado; pero estar sentados á mi derecha y á mi izquierda, no me pertenece darlo sino á aquellos á quienes ha sido prometido."

La entrada en el Reino, el grado de mérito de los elegidos, su asiento definitivo en la jerarquía eterna, al lado y abajo del jefe, tienen su explicación suprema en la voluntad de Dios. Esta voluntad está oculta á toda criatura; sólo Jesús la conoce y la revela á la tierra; pero él no la ordena. El la obedece, por el contrario, él no es, en su vida humana, sino el ejecutor fiel.

Al oirle hablar de esta manera á Santiago y á Juan, los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. Su ambición había excitado la rivalidad celosa de sus compañeros. Je-

1 Mat., XX, 20, 28; Marc., X, 35, 45.

sús les llamó. Estas pequeñeces le entristecían; pero su mansedumbre calmaba todo; las faltas mismas que se verificaban á su vista le inspiraban lecciones llenas de oportunidades y de enseñanzas sublimes.

—"Vosotros sabéis," les dijo, "que los príncipes de las naciones les dominan y que los grandes, en el pueblo, ejercen potestad sobre él. Lo mismo sucederá entre vosotros. El que quiera ser el más grande será vuestro sirviente. Si, el que quiera ser el primero entre vosotros, deberá ser el sirviente de todos."

Al formular esta ley, una de las más atrevidas y de las más necesarias del Reino de Dios, el Maestro no hace más que revelar su propia vida. El, el jefe de la humanidad nueva, él, el primero y el más grande,—él no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida, á fin de rescatar la de muchos. El problema de sus humillaciones aparece bajo una luz que le ilumina. El suplicio de Jesús será la redención de un gran número. Muriendo, sirve á los hombres; de esta manera es como él reina. Sus verdaderos discípulos no conocerán otra soberanía que la de adhesión en el sacrificio hasta la muerte.

A medida que Jesús avanza en este viaje, la multitud parece haberse multiplicado sobre sus pasos. Cuando él llegó á Jericó,[1] creció aun. Las caravanas de la Perea se reunían á las que descendían de las montañas de Galilea y de los alrededores del lago. En la época de las grandes fiestas judías, la ciudad se llenaba de extranjeros y de peregrinos. Ella fué la última detención antes de Jerusalem. Ella nada tenía del aspecto ordinario de las ciudades del Oriente. En vez de aglomerarse en las casas, se diseminaban á la sombra de los palmeros, de los platanares, de los terebintos y de los sycomoros, en medio de

1 Ella debe su nombre, ya al antiguo culto de la luna allí establecido por los Cananeos, ya por el perfume de sus jardines. Etimológicamente, se puede justificar este doble origen, *Yriche ó Yereeho* derivan, ya de *tereeh*, luna, ó de *rouah*, exhalar un olor. Estas dos etimologías están dadas por San Jerónimo. Lib. de nom. hebr.—Respecto á la Jericho herodiana, cf. Strab., I. XVI, cap. II, 41. Bell. Jud., IV, 8, 2, 3.

soberbios jardines, siempre regados y siempre frescos, bajo un cielo de fuego.

Cuando él se acercó, un ciego estaba sentado en la orilla del camino, mendigando.[1] Al oír pasar á la multitud, preguntó lo que era. Se le dijo:—Es Jesús el Nazareno quien pasa. Y él se puso á gritar:—Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!

Este homenaje mesiánico, saliendo de la boca de un desdichado, conmovió al Maestro. Los que marchaban á la cabeza del cortejo querían imponer silencio al ciego; pero él redoblaba su clamor:—Hijo de David, ten piedad de mí!

Jesús se detuvo, ordenó que se le hiciera venir; y cuando estuvo cerca de él, le dijo estas palabras:—"¿Qué quieres que yo te haga?"

—Señor, respondió el enfermo, que yo vea.—"Ve," le dijo Jesús, "tu fe te ha salvado."

El ciego inmediatamente recobró la vista, y siguió á su Salvador, glorificando á Dios. El milagro conmovió á la multitud, que prorrumpió en alabanzas.[2]

Jesús entró á Jericó en triunfo. El no rechazó ya las aclamaciones populares, no impuso ya silencio á aquellos á quienes curó: diríase que él prepara su entrada próxima á Jerusalem.

Otro incidente que deja ver, en el candor de la narración, toda el alma de Jesús, señaló su paso á través de la ciudad.[3]

Entre la multitud aglomerada que quería acercarse al Profeta, había un hombre llamado Zaqueo. Por su situación de jefe de los publicanos, él pertenecía á esa clase de pecadores para la cual los Fariseos profesaban el más piadoso desprecio. El era rico; pero la riqueza, entonces, no hacía perdonar lo que los formalistas llamaban la impiedad. El no ignoraba evi-

1 Luc., XVIII, 35, 43.
2 Véase el Apéndice Q. Los ciegos de Jericó.
3 Luc., XIX, 1, 10.

dentemente que Jesús tenía la fama de ser el amigo de las gentes de su condición, y él tenía un deseo ardiente de verle, de conocerle. Su pequeña estatura no le permitía dominar á la multitud, suplicó á los que estaban por delante y subió á un sycomoro, cerca del camino por donde debía pasar Jesús.

Llegado á este lugar, el Maestro levantó los ojos y le apercibió.—"Zaqueo," le dijo, llamándole por su nombre, "baja pronto, es preciso que hoy me albergue en tu casa."

El jefe de los alcabaleros bajo de prisa, y le recibió con alegría.

Esto produjo un escándalo en la multitud, en donde las costumbres fariseas formaban ley. Por todas partes se decía:—Ved él ha descendido con un pecador.

La presencia de Jesús bajo el techo de Zaqueo pareció haber súbitamente transformado al publicano. En pie delante del Señor, confesó las injusticias de su vida y manifestó, públicamente, su arrepentimiento y su penitencia.—Señor, dijo públicamente, yo daré á los pobres la mitad de mis bienes; y si yo he hecho mal á alguno sea en lo que fuere, yo le devolveré el cuádruplo.[1]

Entonces Jesús dijo: "Esta casa ha recibido hoy la salvación. Este es también hijo de Abraham. El Hijo del hombre ha venido á salvar y á buscar lo que había perecido."

Esta anécdota es de aquellas en las que resplandece la misericordia de Jesús para los pecadores, las gentes despreciadas y desdeñadas de este mundo. Ellas eran frecuentes en su apostolado. Ellas han debido volver más vivamente á la memoria de los apóstoles y los discípulos, é imponerse más fuertemente á la atención de las primeras comunidades cristianas, cuando la buena nueva hallaba entre los paganos y el pueblo inferior de las provincias de Asia, en la Macedonia y la Grecia, una acogida tan ardiente. "Ved á los que son llamados, escri-

1 La casuística del Talmud obliga á dar el cuádruplo de lo que se ha robado. Cf. Sanhedrin, fol. 25, 2. Maimon, in Peah, c. I.

bió San Pablo, no son numerosos los sabios, los nobles, los poderosos. Dios escogió á los ignorantes, á los débiles, á los obscuros, á los desdeñados de este mundo." [1] La ley que había presidido al apostolado mesiánico se continuó en el apostolado de los discípulos. Se gustaba comprobarle, y el celo buscaba en ello un valor y una justificación.

El pecador Zaqueo ha permanecido el tipo de todos aquellos que, en su miseria, oyendo hablar de Jesús, el Salvador y el amigo de los publicanos, han deseado conocerle y verle, en su paso á través de la humanidad. El va delante de ese deseo, le agrada recibir la hospitalidad de esas naturalezas cuya sinceridad le afecta. El las visita, él las revela el desorden de su conciencia, les enseña el arrepentimiento y la resolución del bien; esos paganos afectuosos son derrepente transfigurados por la fe; vedlos en lo de adelante los verdaderos hijos de Abraham y los elegidos del Reino.

Una palabra del tercer Evangelio da á entender que, durante la permanencia de Jesús en Jericó, el pensamiento del Reino de Dios, de su manifestación próxima y resplandeciente, en Jerusalem mismo, agitaba á la opinión, tanto en la multitud como en los discípulos y en el cortejo íntimo de Jesús. [2] La efervescencia era general, ella crecía á medida que se acercaba á la ciudad santa. No se dudaba absolutamente de lo que iba á producirse en realidad. El hombre vive de ilusiones; mezclando á la verdad sus propias quimeras, él no comprende los designios de Dios sino después de su cumplimiento. Sólo Jesús llevaba en su conciencia el peso de su vocación dolorosa; sólo él comprendía de qué manera trágica el Hijo del hombre iba á ser exaltado. Tranquilo y recogido en medio de la agitación de todos, él trataba con una sabiduría discreta, de disipar las ilusiones de los suyos. Esta sabiduría le inspiró una nueva parábola: [3]

1 I Corint. I, 25, 28.
2 Luc., XIX, 11.
3 Luc., XIX, 12-27. Cf. Mat., XXV, 14-30.

—Un hombre de gran nacimiento se fué á un país lejano, á tomar posesión de un reinado para volver en seguida.

"El llamó á diez de sus servidores, y les dió diez minas, [1] diciéndoles:—Hacedlas valer hasta que yo vuelva.

"Ahora, los de su país le odiaban; y ellos enviaron cerca de él á diputados encargados de este mensaje: No queremos que éste reine sobre nosotros.

"Habiendo regresado, después de haber tomado posesión del reinado, hizo llamar á sus servidores á los que había dado dinero; para conocer el provecho que cada uno había sacado.

"Llegó el primero y dijo:—Señor, vuestra mina ha producido otras diez minas.—Bien, mi buen servidor, tú has sido fiel en lo poco, por esto tendrás poder sobre diez ciudades.

"Llegó otro y dijo:—Señor, vuestra mina ha producido otras cinco.—Y tú, respondió el señor, serás establecido sobre cinco ciudades.

"Y un tercero llegó y dijo:—Señor, hé aquí vuestra mina, yo la he guardado, envuelta en un lienzo, porque yo he tenido miedo; vos sóis un hombre severo, vos quitáis lo que no habéis puesto, y cosecháis lo que no habéis sembrado.

—"Yo te juzgo por tus palabras, servidor malo. Tú sabes que soy un hombre severo, quitando lo que no he puesto, cosechando lo que no he sembrado; ¿por qué entonces no has puesto mi dinero en el banco, á fin de que á mi regreso yo le retirase con provecho?

"Y él dijo á los que estaban presentes:—Quitadle la mina, dadla al que tiene diez.—Señor, dijeron ellos, él ya tiene diez minas.—Dad, dad, porque yo lo declaro, se dará á aquel que tiene, y él estará en la abundancia; y al que no tiene, se le quitará lo que tiene.

En cuanto á mis enemigos, aquellos que no han querido que yo reine sobre ellos, traedles aquí, y matadles en mi presencia."

1 Moneda griega de plata que pesaba cien dracmas, y que valía, en peso, 67 pesetas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hombre de gran nacimiento es Jesús, el Hijo de Dios. El mundo es el país remoto á donde él viene á fundar su Reino.

Aquellos de su país que le odian, que no quieren que él reine sobre ellos, son los Judíos, sus propios conciudadanos. Los servidores á quienes confía las diez minas, ved á los llamados. La venida sobre la tierra no es sino el primer advenimiento del Reino, advenimiento doloroso, lleno de luchas y de oposición. El segundo advenimiento está en la potestad: Jesús juzgará soberanamente á los llamados, y hará sentir su cólera á los enemigos que han rehusado su reinado.

Entre ambos se desarrolla un período indeterminado, este es el tiempo del trabajo para los llamados: es preciso que ellos hagan fructificar el don divino. A este precio solamente, los llamados llegarán á ser sus escogidos.

El fin de la parábola es amenazador; él se dirige á aquellos mismos contra quienes Jesús va á empeñar la lucha decisiva. Llegará el tiempo en el que ellos sufrirán las santas represalias del Hijo del hombre por haber despreciado el derecho divino y ultrajado á la debilidad. Esas represalias comienzan desde este mundo. Lo mismo que los elegidos ya tienen el gusto anticipado de las misericordias infinitas, los maldecidos por Cristo experimentan un instante las terribles primicias de su justicia. Los romanos, incendiando destruyendo, á Jerusalem y degollando á sus hijos, no serán sino los instrumentos visibles de aquel que espera, oculto en la gloria y la potestad de su Padre, el siglo del pleno triunfo mesiánico sobre el universo renovado.

Al día siguiente, Jesús se volvió á poner en camino. El había señalado su entrada á Jericó por un milagro, él señaló igualmente su salida.

En la base de la montaña conocida actualmente bajo el nombre de A'Kabet-Djaber,—la antigua montaña de Adoummin,—estaban sentados dos ciegos, pidiendo limosna. La curación de la víspera habiendo sido sabida, inspiró á los dos enfermos

el mismo movimiento de fe que había aprovechado bien á su compañero de infortunio y que debía despertar de nuevo la compasión del Profeta.

Uno de ellos era conocido. Se le llamaba el Hijo de Timéo, Bar-timéo. Oyendo que pasaba Jesús el Nazareno, se puso á gritar con esa confianza ardiente que á menudo inspira la desgracia:—Jesús, hijo de David, tened piedad de mí!

La multitud precedía, y Jesús seguía.

Aquellos que estaban por delante amonestaban al ciego para que callase; pero él, redoblando sus súplicas, gritaba siempre más fuerte:—Hijo de David, tened piedad de mí!

Jesús se detuvo y ordenó que se le llevase al ciego. —Ten confianza, se le dijo, levántate, él te llama.

El ciego, arrojando su capa, se levantó de prisa y vino á Jesús que le preguntó: —¿Qué quieres que te haga?—Señor, que yo vea.—"Ve," le dijo el Maestro; "tu fe te ha curado."

E inmediatamente se puso en su seguimiento, glorificando á Dios.

Ese camino de Jericó á Jerusalem había visto á menudo á Jesús y á sus discípulos. Hace algunas semanas todavía, pasó él, dirigiéndose á la casa de Lázaro en Bethania. Hoy lo vuelve á pasar por la última vez, teniendo la cabeza del cortejo, tranquila, resuelta. Era un viernes, seis días antes de la Pascua. La fiesta cayó este año el 7 de Abril. Jesús no fué para nada á Jerusalem; dejó á la mayor parte de la carabana continuar su ruta, diseminarse en las inmediaciones del monte de los Olivos, é hizo alto en Bethania.[1]

Su llegada debía ser conocida de antemano y esperada de sus amigos preferidos, quienes le hicieron una acogida llena de honor, tal como podría desearla la ternura divina, el reconocimiento y el culto del que era el objeto.

Se le preparó la cena, al día siguiente, en la casa de Simón

[1] Juan, XII, 1.

el leproso,'—un amigo, tal vez un pariente, de los amigos de Jesús. Marta sirvió; Lázaro el resucitado, estaba entre los convidados.

Durante la comida, una mujer llegó con un vaso de alabastro, lleno de un perfume de nardo escogido. Ella se acercó, rompió el vaso, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, ungió sus pies y los enjugó con sus cabellos.

El rito ordinario de la recepción de los huéspedes,—el agua en los pies, el perfume en la cabeza,—no bastó á esa mujer. Su alma ardiente tuvo una valiente inspiración; ella derramó como agua el licor precioso en los pies del Señor, y ella los enjugó con su cabellera. Toda la casa se llenó con el olor del perfume.

Pregúntase quién es esa mujer de quien el Evangelista no ha dicho el nombre; no es posible la vacilación, los menores detalles de la narración recuerdan á la hermana de Marta y de Lázaro, la pecadora convertida, María-Magdalena.

Semejantes actos, fuera de la fórmula recibida, no siempre son comprendidos por las naturalezas vulgares y bajas que juzgan todo bajo el punto de vista de lo que ellas llaman la conveniencia ó el interés.

Toda una libra del perfume más precioso acababa de perderse. Esto era una profusión de sentirse, excesiva pensaban algunos discípulos. Judas, hijo de Simón, el Iscariote, se hizo el intérprete de su descontento, y encubriendo su mal humor bajo una caridad hipócrita:—¿No podía venderse ese perfume? exclamó. Ahí había por trescientos denarios. Se hubiera dado el precio á los pobres.

Aquel que habla de esta manera y que va á desempeñar un papel tan odioso, aparece nombrado por la primera vez en esta narración.

El era el tesorero de la pequeña comunidad, velaba por las provisiones, hacía las compras, preparaba las paradas del viaje. Uno de los Evangelistas nota que él ya hacía traición, en su cargo, á la confianza de su Maestro, apropiándose el dinero destinado al sustento de todos. Era un ladrón, dijo él, sin rebozo.[1] Una mal sana ambición ha debido impulsarle á seguir á Jesús y retenerle cerca de él. El esperó ver satisfechos esos sueños de codicia en el Reino nuevo que se preparaba y que él pensaba, á la manera de sus contemporáneos, radiante del todo de abundancia terrestre y de gloria humana.

Carácter interesado y ávido, solapado y grosero, él había permanecido cerrado á la doctrina y á la influencia del Maestro. La santidad de Jesús no le transformó absolutamente para nada. Estas naturalezas, refractarias á la bondad de Dios, parecen predestinadas á la traición y al crimen.

Jesús tomó la defensa de María:—"Dejadla," dijo á Judas, "ella ha guardado este perfume para el día de mi sepultura. Los pobres, siempre les tendréis con vosotros; pero á mí no siempre me tendréis.

"En verdad, yo os digo, por doquiera que este Evangelio sea predicado,—y lo será en el mundo entero,—se referirá lo que ella ha hecho, y ella será ensalzada."

Los que sirven á Jesús y le honran públicamente, no serán olvidados lo mismo que él en este mundo en donde las obras humanas, las más resplandecientes, sin embargo, bien pronto palidecen y se borran. Ellos sobreviven con el Maestro, cubiertos de su propia gloria y de su inmortalidad. El perfume de Magdalena, derramado tan generosamente sobre los pies del Hijo del hombre, en la víspera de su sepultura, no se ha evaporado. Según la profecía de Jesús, él embalsama aún no sólo á la casa de Bethania, sino á la humanidad entera. Los creyentes veneran y celebran en todas partes á la mujer cuyo corazón ha sido tan delicadamente inspirado.

La alusión de Jesús á su muerte próxima arrojó un velo de

1 Mat., XXVI, 6-13; Marc., XIV, 3-9; Juan, XII, 2-8.

1 Juan, XII, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luto sobre todos los convidados, y la angustia debió enternecer el corazón de los amigos del Maestro.

Su presencia en Bethania era ya conocida en Jerusalem. Un gran número de Judíos, con esta noticia, habían acudido para verle, á él y á Lázaro. Los jefes del Sanhedrín habían dejado entender que ni el mismo Lázaro escaparía. Este milagro viviente les irritaba.

La razón de Estado, invocada por el sacerdote Kaifás, aconsejaba la violencia; cada vez se estaba más resuelto á la violencia.

Todo presagiaba una catástrofe; y esta vez, lejos de huirla, Jesús iba á afrontarla.

LIBRO QUINTO.

MUERTE DE JESUS Y MAS ALLA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luto sobre todos los convidados, y la angustia debió enternecer el corazón de los amigos del Maestro.

Su presencia en Bethania era ya conocida en Jerusalem. Un gran número de Judíos, con esta noticia, habían acudido para verle, á él y á Lázaro. Los jefes del Sanhedrín habían dejado entender que ni el mismo Lázaro escaparía. Este milagro viviente les irritaba.

La razón de Estado, invocada por el sacerdote Kaifás, aconsejaba la violencia; cada vez se estaba más resuelto á la violencia.

Todo presagiaba una catástrofe; y esta vez, lejos de huirla, Jesús iba á afrontarla.

LIBRO QUINTO.

MUERTE DE JESUS Y MAS ALLA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO I.

LA ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEM.

El día siguiente del sábado, [1] el primer día de esta gran semana en la que Jesús debía morir, el 10 de Nisán (2 de Abril del año 30), fué para él un día de triunfo. El partió de Bethania con sus discípulos, y tomó el camino de Jesusalem. La multitud innumerable de peregrinos, que habían acudido por la Pascua, de toda la Judea, de la Idumea, de la Galilea, de más allá del Jordán y de tierras remotas, estaba advertida de la presencia del gran Profeta.

Los numerosos discípulos referían á todo el que llegaba las maravillas de su vida, sus virtudes y sus milagros sin cuento; la resurrección de Lázaro sobre todo llenaba de admiración; querían ver á aquel que verificaba semejantes prodigios. Al propagar la gloria de su Maestro, ellos preparaban, sin saberlo, la manifestación popular que iba á estallar. En despecho de la defección del pueblo, en Galilea, el año precedente, [2] su

1 La Pascua cayó, en el año 30, en viernes. El festín de Jesús en la casa de Simón tuvo lugar seis días antes de la Pascua; según Juan, XII, 1, debía estar colocada en sábado. Al día siguiente, Jesús llegó á Jerusalem.

2 Véase el libro III, cap. IX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fama había crecido aún. La multitud se obstinaba á ver en él, á su pesar, al Mesías de sus ensueños. La oposición encarnizada de la jerarquía, lejos de dañar á Jesús en la opinión de la masa, le valió más bien un exceso de simpatía. Decíase que el Reino de Dios iba en fin á aparecer; esperábanse con una impaciencia febril los acontecimientos. Más ardientes y más independientes los Galileos, querían aclamar á su Profeta y hacerle una ovación, á su entrada en la ciudad.

Jesús siguió con sus discípulos el camino que trepa la pendiente oriental del monte de los Olivos. Al acercarse á Bethphagé [1] se detuvo, y dijo á dos de los suyos, mostrándoselas:

—"Id á la aldea que está delante de vosotros; y tan luego como hubiéreis entrado, encontraréis una burra atada, y con ella á un pollino sobre el cual ningún hombre ha montado aún; desatadlos, y traédmelos. Y si alguno os dice: ¿Qué hacéis? responded: El Señor los necesita. Inmediatamente él los dejará llevar."

Todo pasó como Jesús lo había dicho.

La burra y el pollino estaban atados afuera en la puerta, entre dos caminos; los discípulos los desataron y los condujeron al Maestro; ellos extendieron sobre el pollino sus vestidos y le hicieron montar sobre él.

Desde que se supo que él se dirigía á Jerusalem, el pueblo acudió al encuentro de él. [2] El entusiasmo se apoderó de los discípulos y de la multitud. Ellos extendían sus capas, á lo largo de la ruta, bajo el paso del Profeta, cortando ramas de árboles y esparciéndolas por el suelo; otros tenían en la mano palmas, y se llegaban á él, clamando: "Hosana en las alturas!" Los que abrían la marcha y los que seguían se enviaban sus aclamaciones prolongadas. La conciencia popular hacía, en fin, explosión, ella tributaba justicia á aquel que venía á salvarlo todo. Si ella tiene sus horas de extravío y de locura, ella tiene también su sinceridad ardiente y sus resplandores de

1 Mat., XXI, 1; Marc., XI, 1; Luc., XIX, 29.
2 Juan, XII, 12 y sig.

verdad. Jesús, que hasta allí, en su vida pública, ha rechazado toda ovación, huyendo y temiendo la efervescencia del pueblo, acepta el triunfo que le es ofrecido. El acoge esos gritos que aclaman su título de Mesías y la venida de su Reino; él los ama. Es preciso que la verdad sea saludada, y que al glorificarla, el hombre se honre.

Esta ovación de un día estaba en los designios de Dios. Los Profetas la habían anunciado y descrito, hasta en sus detalles característicos. Uno de ellos decía, hace seis siglos:

—"Alégrate, Hija de Sión.

"Prorrumpe en gritos de alegría, Hija de Jerusalem.

"Ved, que tu Rey viene á ti.

"El es humilde y montado sobre un asno,

"Sobre un asno,—el hijo de una burra.

"Yo destruiré los carros de Ephraín.

"Y los carros de Jerusalem.

"Y los arcos de guerra serán anonadados.

"Y anunciará la paz á las naciones.

"Y él dominará del uno al otro mar." [1]

Jesús cumple la profecía y ejecuta la voluntad de su Padre. El sabe que este triunfo le lleva á la muerte. El puede gozar sin ebriedad. El no está sin mezcla de amargura. Los fariseos, dispersados en la multitud, hacen oír la nota discordante:—Maestro, dicen á Jesús, con un tono destemplado é indignado, haced callar á vuestros discípulos!

Esos prudentes ocultan mal su despecho; la verdad les ofende; ellos tiemblan con el pensamiento de las consecuencias de semejante demostración. ¿Qué van á decir los Romanos, al saber que el pueblo aclama á su rey?

Jesús les respondió,

—"Si esas gentes se callan, las piedras hablarán."

Desde hacía dos años, él había dado pruebas tales de su misión mesiánica, que hasta las piedras del camino, si ellas hu-

1 Zacarías, IX, 9-10.

bieran podido hablar, le hubieran dado testimonio. Pero el hombre que se obstina contra la evidencia puede llegar á ser más insensible y más inerte que la roca.

La palabra de Jesús era, para esos fariseos, un reproche sangriento. Ellos no comprendieron.

El entusiasmo popular crecía, y á medida que avanzaba el cortejo, los discípulos, llenos de alegría, alababan á Dios, mezclando á aclamaciones de la multitud la narración de las maravillas que ellos habían visto, siguiendo á su Maestro. La irritación de los Fariseos se agravaba. En su despecho y su cólera, se les oía decir: Ved, nuestras amenazas no han servido de nada, todo el mundo le sigue.

Ese pueblo á quien ellos desdeñaban en el fondo y para quien no tienen sino palabras de desprecio, tratan por lo mismo de ponerle á sus plantas como un rebaño de esclavos; al ver á esa masa inclinada, pasiva, ellos se creen poderosos; pero que una personalidad más fuerte que ellos se las robe y la liberte, robándosela á ellos, ellos se sienten atacados de ese odio particular á todos los poderes que caen; ellos no retroceden ante nada para levantar su prestigio y conservar la autoridad. Hasta el crimen les parece sagrado.

Cuando Jesús hubo franqueado la arista del monte de los Olivos, en el punto mismo en donde el camino desciende hacia el valle del Cedrón, [1] descubrió á sus pies á Jerusalem. Esta vista le llenó de tristeza. Lloró. Sollozó sobre ella. [2]

—"Si tú también," exclamó, "al menos en este día que te es dado aún, conocieras lo que haría tu paz! Pero, al presente, esas cosas están ocultas á tus ojos.

"Llegarán días sobre tí, en los que tus enemigos te rodearán de trincheras, ellos te encerrarán y te estrecharán por todas partes: te derribarán, á tí y á tus hijos; y ellos no dejarán sobre tí piedra sobre piedra, porque tú no has conocido el tiempo en el que has sido visitada."

1 Luc., XIX, 37 y sig.
2 *Εκλαυσεν.*

Esta es una de las raras circunstancias en que Jesús lloró: sus lágrimas, en medio de su triunfo pacífico, tienen una punzante melancolía. Esta alegría de un día, que el Padre le procura antes de sus luchas y sus dolores supremos, él la olvida, para no pensar sino en su pueblo, en su ciudad ingrata y culpable, en el destino espantoso que ella se prepara.

Jerusalem es la cabeza y el corazón de la nación, el asiento del poder religioso que personifica á Israel. ¿Por qué es preciso que ese poder se ciegue, se obstine, se irrite y se escandalice? ¿Por qué esos grandes sacerdotes, esos ancianos, esos maestros de la Ley, esos guardianes de las tradiciones, esos jefes de la raza elegida, no comprenden absolutamente aquello que los sencillos, los pobres, los humildes, los despreciados, han comprendido? ¿Por qué su conciencia blasfema, mientras que la conciencia del pueblo aclama al Elegido de Dios?

Estos pensamientos abruman, oprimen el alma de Jesús. Todavía es tiempo para ellos de reconocerle; proclamándole Mesías, ellos pueden salvar á Israel y darle la paz de Dios. La angustia indecible de Jesús no se fija en su propia suerte; él está resignado; sino en la suerte de su nación y de la ciudad que pedirá su suplicio. Esta ceguera va á desencadenar sobre Israel calamidades sin número. La jerarquía, desconociendo al verdadero Mesías, será llevada por su falso patriotismo á todos los excesos y á todas las aberraciones. Ella tratará en vano de contener la fiebre del pueblo impaciente de libertarse. Los Zelotas provocarán la guerra más implacable, y, queriendo una vana gloria, una vana libertad, esos energúmenos se harán los ejecutores inconscientes de la venganza de Dios. Jesús lo sabe; el porvenir está presente á sus ojos: él vé á Jerusalem sitiada, atacada, entregada á fuego y sangre, á sus hijos degollados, y á sus casas, á sus monumentos, á sus palacios, hasta su templo, destruidos.

Lleno del todo con esos pensamientos cuyo duelo contrastaba con los Hosannas de la multitud y la alegría ardiente de

sus discípulos, Jesús, en medio de su cortejo real, hizo su entrada en la ciudad. Jerusalem toda estaba en conmoción. Viendo pasar á esta multitud, escuchando sus aclamaciones, preguntábase qué sucedía; y todos aquellos que le acompañaban decían en son de triunfo: ¡Este es Jesús! el Profeta de Nazareth, en Galilea.

Esta ovación popular permanece sencilla, pacífica y religiosa. Nada de la pompa mundana. Ningún aparato guerrero, ningún grito de rebelión contra el poder. Ramas de árboles arrojadas en el camino, vestidos extendidos bajo el paso de Jesús, cantos religiosos, el gran Hallel mesiánico, tal como se enseñaba á los niños para aclamar al Hijo de David, en el día en el que él apareciese.[1] La cabalgadura del triunfador se agrega todavía á la humildad, á la pobreza del triunfo. El desdeñó el caballo de los conquistadores; él se presenta sobre el pollino de la burra, él no quiere reinar sino por una misericordia infinita. La multitud que le precede y que le sigue está compuesta sobre todo de Galileos,—esos provincianos que se desdeñan en Jerusalem.

Los Romanos no se inquietaron por ese rey tranquilo y dulce que no amenazaba para nada su poder, y los Saduceos soberbios han podido ver con desdén pasar el cortejo.

El fué directamente al Templo.[2]

Este mismo día, el 10 de Nisan, estaba consagrado por la Ley á la elección del cordero pascual.[3] Esta coincidencia debe ser señalada. Ella permite suplir al silencio de los documentos respecto al sentido de esta entrada de Jesús á la casa de su Padre; él se sabe la Víctima eternamente designada, y él mismo viene á ofrecerse. La era de los holocaustos materiales ha pasado; es necesario á Dios el holocausto espiritual y divino: hélo aquí. Su reinado mesiánico no se establecerá si

1 Succah, cap III.
2 Mat., XXI, 10 y sig.; Marc., XI, 11.
3 Exod., XII, 3.

no por su muerte. Antes de reinar sobre las conciencias, es preciso que él muera.

Al entrar al Templo, Jesús vino á orar delante de ese altar sangriento cuyo fuego iba para siempre á extinguirse, y á quien él debía reemplazar. La oblación de sí mismo á su Padre era de todos los instantes; en ese día fué renovada en silencio. El misterio doloroso de su destino comenzó: pero él le guardó en lo más profundo de su alma, mientras que los discípulos, incapaces de comprenderlo, á pesar de sus declaraciones repetidas, se entregaban á las esperanzas de un triunfo próximo y resplandeciente.

Después de haber orado, él inspeccionó todo, dice uno de los Evangelios,[1] examinó como señor lo que pasaba. El vió los ruidosos preparativos de la fiesta, los rebaños de bueyes, de toros, de terneras, de ovejas, de corderos, acorraladas en el patio de los paganos, como en un matadero; él vió con una mirada triste ese mercantilismo que deshonraba la casa de la oración; vió á las galerías transformadas en pasaje, escuchó las disputas de las escuelas adversas y las agitaciones de la multitud, observó el formalismo vacío de esos Fariseos buscando la justicia en la fidelidad á las prácticas del todo exteriores, y la dura codicia de esos sacerdotes que traficaban con el altar, las víctimas, el Templo, y se enriquecían con la devoción del pueblo; él comprobó la degradación profunda en que todo había caído. En la víspera de esos días en los que él iba á consumar su sacrificio y establecer el acto decisivo que regeneraría no solamente á los elegidos de Israel, sino á la humanidad entera, él quiso observar de cerca, y largamente, la miseria moral de su pueblo en ese Templo en donde todo hubiera debido ser santo, y que estaba invadido por la mojigatería, la venalidad y la hipocresía.

Ya era noche. Salió con los Doce y volvió á tomar el camino de Bethania. Volvió á encontrar la hospitalidad en la ca-

1 Marc., XI, 11.

sa de sus amigos. De esas horas, de esas noches últimas, nada sabemos. Todos los detalles de la vida del Maestro, en esa semana sangrienta, se han desvanecido ante los hechos que han preparado y precipitado el desenlace.

Al día siguiente, acompañado de los Doce,[1] volvió á Jerusalem. Ese regreso fué marcado con un episodio misterioso que hirió la imaginación de los apóstoles.

Cuando salió de la aldea, Jesús tuvo hambre. Todo el territorio de Bethania está cubierto de viñas y de árboles frutales; ahora, él descubrió de lejos, en la orilla del camino, á una higuera que tenía hojas; no era todavía la estación de los higos. Entonces, él la dijo: "Nadie, en lo de adelante comerá de tu fruto."

La palabra fué observada por los discípulos, quienes se sorprendieron. Jesús, sin embargo, sin decir nada, prosiguió su camino.

Llegado á Jerusalem, entró al Templo;[2] pero esta vez, como Señor, como en el día en el que había hecho su primera aparición. La vista de las mismas profanaciones sacrílegas le rebeló y desencadenó sus cóleras santas. Se puso á arrojar del patio de los paganos á los compradores y á los vendedores, derribó las mesas de los cambistas y los taburetes de los que vendían palomas; él no sufrió que ninguno transportase ningún vaso para el Templo.

—"¡Cómo," les dijo indignado, "está escrito que mi casa será llamada la casa de oración para todas las naciones, y vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones!"

Aquellos, que la víspera le habían proclamado Hijo de David y Rey, aquellos que habían sido ofendidos por esas aclamaciones, podían comprender de qué manera él entendía su reinado.

Ningún acto simboliza con una energía más expresiva el papel eterno de Jesús en esta tierra á donde él viene á establecer su Reino. La corrupción del hombre allí es de tal manera activa y contagiosa, que, abandonado á sí mismo, el hombre corrompe la cosa más santa,—la religión,—y mancha el lugar más sagrado,—el Templo. La religión llega á ser una escuela de tráfico, y el Templo, siguiendo la palabra de Jesús, un antro de ladrones.

1 Marc., XI, 12 y sig.
2 Mat., XXI, 10 y sig.; Marc., XI, 15 y sig.; Luc., XIX, 45.

Es preciso que Jesús intervenga para abatir y alejar ese escándalo. Por todas partes en donde su brazo armado del látigo no ha herido, el lugar de la oración queda á merced de los profanadores, de los explotadores, de los ladrones y de los traficantes. Su celo irritado le forma una aureola; ninguno entre los hombres ha sido como él celoso de la pureza y de la santidad de la morada de su Padre.

En dos ocasiones en su vida, al principio y al fin de su carrera, arrojó á los vendedores del Templo: por un mismo acto de celo y de reforma intrépida él la inaugura y la termina. La crítica ha tratado de identificar, de confundir estos dos hechos; los documentos establecen claramente su distinción, y ningún motivo serio podría debilitar su testimonio. Lo mismo que en todos los instantes Jesús tenía la conciencia absoluta de su filiación divina, igualmente él ha considerado al Templo, la morada de su Padre, como la suya. El llega ahí y obra, ahí enseña como señor; todo aquello que la deshonra le indigna y le subleva. La primera expulsión, al abatir un abuso intolerable, un escándalo odioso manifestó con lucidez sus pretensiones mesiánicas, la segunda las confirma solemnemente. La santa pasión del honor de Dios de esta manera es la primera y la última palabra de su obra; él comenzó por invitar al pueblo á la reforma, él termina protestando contra el espíritu de codicia que va á perderle.

Por lo demás, ha llegado el tiempo en el que sus rebaños destinados al sacrificio no tienen razón de ser. Pertenecía á aquel que debía ser el eterno holocausto, el ahuyentar y aco-

sar á esas víctimas cuya sangre no había purificado nada y que el Padre no quería. Una potestad extraordinaria de intimidación resplandecía en él, cuando entregándose á su celo ardiente, la mansedumbre y la dulzura cedían á la cólera santa del justiciero.

Sin embargo, en el momento mismo en el que él acaba de emplear el rigor contra los culpables é indignos, su ira se apagaba á la vista de los enfermos y de los débiles que acudían á él.[1]

Los humildes no le temían: él les atraía; su miseria á su vista se sentía llena de esperanza. Los ciegos y los cojos se aproximaron; él les curó.

El pueblo maravillado por sus milagros y sus esperanzas, atestiguaba visiblemente su simpatía por el Profeta. El ardor, el entusiasmo de la víspera no se desmentía. Los niños repetían en el Templo las aclamaciones que habían resonado, en la descención del monte de los Olivos, cuando Jesús hizo su entrada. Ellos clamaban: "Hosanna al Hijo de David!" [2]

Esas aclamaciones produjeron escándalo. Las autoridades del Templo, los Escribas y todos aquellos que combatían á Jesús, llegaron á él indignados:—¿Oís lo que estos dicen?

Su calma y la oportunidad de sus respuestas les desconcertaban. El les confundió con una palabra:

—"Si, los oigo. Y vosotros, nunca habéis leído esta palabra del Libro: Oh Dios! vos habéis puesto la alabanza en la boca de los niños y de aquellos que están mamando.[3]

El mundo no ha cambiado; y las palabras de Jesús permanecen. Los pequeños, los inocentes, los corazones sencillos son los únicos que reconocen á Dios y quienes le aman; los soberbios, los espíritus hinchados de su ciencia, las falsas conciencias imbuidas de su justicia, no ven nada: la verdad les

1 Mat., XXI, 14.
2 Mat., XXI, 15 y sig.
3 Salm., VIII, 3.

ofusca, Dios les contraría, su Enviado les irrita; satisfechos de sí mismos, ellos no piden sino gozar y dominar.

La actitud soberana, autoritativa, de Jesús en el Templo, el favor popular que acogía su enseñanza, el entusiasmo creciente producido por sus milagros, todo contribuyó á excitar el despecho y el odio celoso de sus enemigos. Su partido estaba tomado; Jesús debía morir. El gran Consejo estaba resuelto á condenarle. Los miembros influyentes entre la clase de los sacerdotes y los doctores se ocupaban del medio práctico de perderle.

Un obstáculo les detuvo: el pueblo. Ellos temían una revolución; ellos querían que todo pasara sin ruido; temían á Jesús.[1]

De consiguiente, en este momento crítico, él no tiene otro apoyo que la multitud. Agrada verle defendido por lo que tiene de más humilde y más terrible; la conciencia se regocija, al ver al poder prevaricador y traidor á la verdad tenido en jaque por la multitud, un instante al servicio del derecho, de la virtud, de la santidad, del mismo Dios.

Al apoyo humano del pueblo, momentáneamente cautivo bajo su acción, la humanidad es deudora de los últimos días de Cristo. El Templo es su último campo de batalla; para bien establecer que su misión es puramente religiosa, que su mesianismo nada tiene de político, él no deja la casa de su Padre. Allí, y no en la calle ó en la plaza pública, es donde él enseña y obra, tratando de convidar á su luz á las buenas voluntades del pueblo. Se extasiaba al escucharle;[2] él tenía suspendida con su palabra á la multitud que trepaba en los pórticos, derramando á torrentes su doctrina y sus beneficios, de la mañana á la tarde.

Puesto el sol, se retira y vuelve á tomar con los suyos el camino de Bethania. Al día siguiente, á la primera hora,[3] vuelve acompañado de sus discípulos, siguiendo el mismo camino

1 Marc., XI, 18.
2 Luc., XIX, 48.
3 Marc., XI, 20 y sigu., Mat., XXI, 18 y sig.

que la víspera. Ahora, al pasar, los discípulos vieron á la higuera, seca hasta la raíz.—Maestro, exclamó Pedro, la higuera que habéis maldecido se ha secado.

Este árbol, herido por la maldición de Jesús, es la única criatura que ha sufrido la potestad destructiva de aquel cuya dulzura con respecto á los hombres era sin límites. La potestad vengadora del mal estaba en él: Juan le había pintado como el gran Juez, con el arnero en la mano, separando el grano de la paja y arrojando la paja al fuego inextinguible; él tenía el poder de mortificar y de vivificar, de abrir el cielo y de abrir el abismo; él debía revelarle. Pero en su carrera pública, no queriendo sino el bien de los hombres, él no perdona á los culpables y no ha dejado ver su poder de muerte sino sobre esa higuera sin fruto.

Símbolo transparente del que la tradición universal[1] ha descubierto el sentido oculto, la verdadera higuera estéril es ese pueblo elegido, plantado por Dios en una tierra escogida. En el tiempo marcado, Jesús, el Enviado del Padre, ha venido á pedirle la penitencia y la fe: éstos eran los frutos de los que él tenía hambre; con qué afán él los cosechó! La criatura privilegiada que engaña á la bondad y á los cuidados del Criador, su espera y su amor, siempre es herida de muerte.

La historia está sembrada de restos de todas las obras humanas que el Espíritu vivo de Dios no ha edificado y que han caído bajo los golpes del tiempo. Ella está amontonada de cadáveres de los seres estériles que, nacidos del soplo de Dios, no han respondido á su llamamiento y han hecho traición á su destino. Incapaz de producir ningún fruto religioso, él permanece en pie; sin embargo, atestiguando por su esterilidad misma, la terrible maldición que Jesús ha hecho pesar sobre él.

La vista de la higuera maldita, y muerte de esta maldición, no parece haber despertado en el alma de los discípulos más que la idea aterradora de la potestad del Maestro. Respecto

1 Cf. Orígenes, Tract., 16 y 18; San Gerónim., in Matth., ad h. l.

de él, no pensó sino en inculcarles una fe más completa, y les dijo: "Tened fe en Dios.[1]

Toda potestad sobrenatural tiene su raíz en la fe total, en Dios.

El hombre de fe plena entra en comunión con el Ser divino, y Dios tiene de él el instrumento de su bondad y de su fuerza. Si toda potestad ha sido dada á Jesús, es porque su humanidad está invadida por la plenitud del Espíritu divino; subordinada á su impulso soberano, ella ejecuta sin desfallecimiento las voluntades, los movimientos y las obras. Lo mismo que él era, Jesús pidió á los discípulos serlo.—"Entonces, dijo, "nada os resistirá."

"En verdad, os declaro, cualesquiera que diga á esta montaña: Levántate y arrójate al mar, y no vacile en su corazón, sino que crea que todo lo que ha dicho puede hacerse, él la hará en efecto."

Se falsearía de un modo extraño, la doctrina y la palabra de Jesús, si se creyera que el Espíritu de Dios está á las órdenes de los caprichos del hombre y de sus vanos deseos. No debemos pedir á Dios sino su santa voluntad, y para tener el sentimiento, es preciso orar, unirse á ella con la abnegación absoluta. Entonces, solamente el Espíritu de Dios nos infundirá el buen deseo, el deseo que Dios escucha siempre, puesto que viene El.

—"Por esto," decía Jesús, "yo os afirmo, cualesquiera que sea la cosa que pidáis en la oración, creed que la obtendréis y os será dada."

Semejante oración supone la caridad perfecta, el corazón recto y bueno. "Cuando os dispongáis á orar, si tenéis alguna cosa contra vuestro hermano, perdonadle á fin de que vuestro Padre en los cielos os perdone también vuestros pecados."

La misericordia infinita del Padre celestial es la recompensa de nuestra misericordia; él tiene piedad, él ama á los que aman, les escucha y les acoge.

1 Mateo, XXI, 20 y sig., Marc, XI, 22 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todas esas enseñanzas que reasumen su religión, Jesús mil veces, en diversas ocasiones, las ha reproducido. A la aproximación de su muerte, ellas llegan á ser más conmovedoras y más expresivas. El las recuerda, todavía hoy, en ese camino de Betbania á Jerusalem, volviendo á desafiar los peligros que le amenazan y á cuyo encuentro la voluntad de su Padre le ordena marchar.

Esta jornada del 12 de Nizan es la última que él va á pasar en el Templo. La multitud se le ha adelantado y sus enemigos ahí le esperan.

CAPITULO II.

ÚLTIMOS CONFLICTOS EN EL TEMPLO.

En toda sociedad humana, religiosa ó política, regularmente constituida, el iniciador que remueve la opinión, el censor que estigmatiza los vicios del régimen establecido y apela á la reforma, el novador que aspira á perfeccionar lo que es—todos, genio ó profeta,—levantan la hostilidad del poder. En presencia de esas personalidades poderosas cuya inspiración no releva de ella, la autoridad se alarma; aterrorizada, ella se irrita; amenazada, ella oprime y persigue.

Esta es una ley de la historia que rige á todos los pueblos; ella está escrita en la nación judía con caracteres de sangre. Los hombres de iniciativa, en ella, son los profetas, los enviados de Jehovah, aquellos que su palabra viva anima, ilumina, conduce. Elías, Amos, Miqueas, Isaías, Jeremías, Daniel, Juan Bautista, ni uno solo de esos héroes que no haya sido la víctima del poder sacerdotal y real, ó de las pasiones populares. Los seres escogidos por Dios, á fin de mejorar á la humanidad y á las naciones, son siempre víctimas de su vocación, ellos caen bajo los golpes de aquellos mismos á quienes vienen á salvar. Cuando la multitud exasperada se vuelve contra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos, ella les mata, con su cólera instintiva y brutal. El poder trae de ordinario, con su oposición y su lucha, la perfidia y la legalidad; armado del derecho soberano de juzgar y de condenar, antes de apoderarse de su víctima, él se da el tiempo de probar que ella es digna del último suplicio, y que al emplear el rigor, mantiene el orden y sanciona las leyes.

Ninguna iniciativa igualará á la de Jesús. De todos los hombres que han conmovido á su pueblo, él es el más poderoso. La influencia que él ejerce llega á las profundidades de la conciencia; él da la energía que paraliza al mal en su causa misma, y, al fundar el Reino de Dios, él cria verdaderamente un mundo nuevo. El ha debido, más que nadie, sublevar el odio y las persecuciones del poder. ¿Cuáles han sido los últimos estúpidos de este odio, sus maquinaciones y sus ardides pérfidos? Los documentos evangélicos nos lo enseñan con una abundancia de detalles que prueba la impresión dejada en los testigos por esas escenas violentas. [1]

Las autoridades judías, siempre más exasperadas, trataban de apoderarse de Jesús. Desde la víspera, ellas deliberaban, se concertaban, tenían conciliábulos. Querían á toda costa evitar el ruido, cubrir la violencia con la máscara de la legalidad y de la justicia. Un motín, provocado por el arresto de Jesús, podía tener las más graves consecuencias, determinar la intervención armada de los Romanos, y exponer al gran sacerdote y á sus consejeros á las severidades del gobernador.

El procedimiento más seguro era cuestionar primero á Jesús con astucia, para conducirle á él mismo á hacerse traición por algunas palabras hábilmente provocadas, quienes comprometiéndole para con el pueblo y los Romanos, motivarían su arresto y su llamamiento ante la alta asamblea. Se adoptó este plan.

El Sanhedrín, desde las famosas sesiones en las que Kaifás había aconsejado brutalmente la muerte del Profeta, estaba unánime. Los miembros que pertenecían al sacerdocio, los notables del país y los letrados, todos, por interés religioso ó político, querían desembarazarse de Aquel á quien ellos llamaban desdeñosamente "el Galileo."

El 12 de Nizan, en la mañana, habiendo entrado al Templo, Jesús caminaba bajo los pórticos, enseñando y evangelizando á la multitud. [1] Una diputación de sacerdotes, de Escribas y de ancianos se acercó y le pidió cuenta de la misión que él se arrogaba.—¿Con qué derecho haces tú esas cosas? y ese derecho ¿quién te le ha dado?

El papel mismo de Jesús es el que está puesto en sospecha. Los emisarios no se equivocan respecto á las pretensiones del Profeta. Desde su advenimiento, él no ha cesado de afirmarlas. Desde hace tres días, él se hace aclamar, como Mesías, por la multitud de sus partidarios; él ha entrado al Templo como reformador, él obra y enseña allí, como maestro. ¿Con qué derecho? El no ha recibido el mandato del poder; entonces es un usurpador, un perturbador, un seductor, un novador.

Al pedirle esos títulos, los enemigos de Jesús no buscan la luz; ellos quieren de él una palabra que pueda perderle y servir de base á la acusación proyectada. Evidentemente, ellos aguardaban la confesión formal de su mesianidad y de su filiación divina. Semejante declaración no era nueva en la boca de Jesús. Sus discursos, desde la fiesta de las Cabañuelas, en Jerusalem, y en pleno Templo, eran el comentario y la demostración. Los Sanhedritas habían debido oirlas lo mismo que la multitud. Ellos entonces sabían sobre qué fundaba Jesús su misión, y de qué manera él comprendía el Reino mesiánico y su título de Mesías.

Jesús rehusó responder. ¿Para qué entregar la verdad á los pérfidos? ellos merecen mejor ser confundidos y desenmascarados.

1 Cf. Mat., XXI, 23; XXIII; Marc., XI, 27; Luc., XX.

1 Mat., XXI, 23-27; Marc., XI, 27-33; Luc., XX, 1-8.

—"Yo también os haré," dijo á sus interrogadores, en presencia de la multitud, "una pregunta. Si respondéis á ella, entonces, yo os diré, con qué derecho he obrado. ¿El bautismo de Juan fué del cielo, ó de los hombres? Respondedme.

La cuestión era embarazosa. Si ellos respondían: Del cielo —se condenaban á sí mismos, y Jesús les hubiera dicho, á aquellos que habían rehusado el bautismo: ¿Por qué entonces no habéis creído? Pero si, para justificar su incredulidad, ellos respondían: De los hombres,—la multitud que estaba allí les hubiera lapidado, porque todos tenían á Juan por un profeta.

Ante esta alternativa, los enviados del Sanhedrín callaban. Ellos no tuvieron ni el valor de su convicción.—Nosotros no sabemos, dijeron, prefiriendo mejor declararse ignorantes, incompetentes, que afrontar la cólera del pueblo ó reconocer la sabiduría de Jesús.

—"Entonces," respondió Jesús, "ni yo os diré por qué potestad obro." Al confesar su ignorancia respecto á la misión divina de Juan, los representantes del poder y de la ciencia sagrada en Israel, príncipes de los sacerdotes y Escribas, se condenaban ellos mismos. ¡Cómo! el advenimiento de un profeta, de un enviado de Dios tal como Juan,—el hecho religioso el más extraordinario del siglo y claramente predicho en los profetas, [1]—acababa de verificarse, y el Sanhedrín no le comprendía! ¡El no sabía si fué el cielo ó los hombres quienes inspiraron al Bautista! Esos guardianes oficiales del culto y de la legalidad no son los servidores de Dios; ellos no piensan sino en ellos mismos, en conservar su poder, en mantener los antiguos usos, en multiplicar las sutilezas de su casuística. La voz del Espíritu rugió, como el león, en el desierto de Judá: ellos no la oyen.—Nosotros no sabemos de donde viene ella, dicen ellos. ¿Si ellos no son capaces de oír y de reconocer á Aquel que precede al Señor y le abre el camino, cómo escucharían al Señor mismo y cómo le reconocerían ellos?

1 Isaías, XL, 3; Malaq., III, 1, 2.

¡Cosa extraña! los últimos del pueblo, los pecadores y las cortesanas, han comprendido, y los primeros, los titulados justos, pontífices y doctores, no sabían. Siempre así sucede: las manifestaciones de Dios, en la humanidad, iluminan á las almas sencillas y á las conciencias que se arrepienten; ellas ciegan á los espíritus que se creen fuertes, y á los corazones engañados por su falsa justicia. Dios no es conocido y entendido sino por aquellos mismos que le llevan vivo en ellos.

Había, en la nación judía, una autoridad superior á la dignidad real y al sacerdocio: Jehovah. El velaba sobre ella, y en algunas ocasiones, él intervenía por la palabra de los profetas. Ante esas manifestaciones divinas, el deber de la autoridad no era ni la lucha, ni la indiferencia, ni la incredulidad, sino la obediencia y la fe. Repudiar ó perseguir al enviado de Dios, es repudiar y perseguir al mismo Dios.

Jesús evoca el ejemplo de Juan cuyo recuerdo estaba ardiente todavía en la conciencia del pueblo, y, afirmando el derecho divino del profeta, él insinuó el suyo propio. ¿Quién había formado á Juan desde el seno de su madre? ¿quién le había atraído al desierto? ¿quién le había dado el poder de bautizar, de pregonar la penitencia y de publicar la venida del Reino? ¿Los grandes sacerdotes y los doctores? No; el Espíritu de Dios todo lo había obrado en él. Ahora, no hay autoridad contra el Espíritu de Dios.

Era entonces preciso creer en Juan, escucharle y seguirle. El poder ha prevaricado. Jesús se lo reprocha severamente. [1]

—"¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. El se acercó al mayor. Hijo mío, ve hoy á trabajar á una viña.—Yo no quiero, respondió. Pero después, tuvo remordimientos, y fué.

—"Entonces, acercándose al otro, le hizo el mismo mandato. Este respondió: Yo voy, Señor. Y él no fué.

—"¿Cuál de los dos," preguntó Jesús á los Sanhedritas, "ha hecho la voluntad del Padre?" Ellos dijeron:—El primero.

1 Mat., XXI, 28-32.

El les condenó por sus mismos principios y agregó sin figura:

"En verdad, yo os digo, los publicanos y las cortesanas os precederán en el Reino de Dios; porque Juan ha venido á vosotros en la vía de la justicia, y vosotros no habéis creído en él, pero los publicanos y las cortesanas han creído en él; y vosotros con este ejemplo no os habéis arrepentido, de modo que creyérais en él."

Apremiado por sus poderosos adversarios, Jesús frustró así sus ataques y les desconcertó, tomaba sobre ellos la ofensiva, les metía en la dificultad y la confusión, y les reprochaba con una autoridad divina su infidelidad y su ceguedad.

Entonces, él se volvió hacia el pueblo; y como si él juzgare á los grandes indignos de escuchar la verdad, refirió á todos en una nueva parábola[1] lo que él era, de dónde venía, cuál era su misión, cuál sería su destino.

Los grandes escuchaban.

—"Un hombre, un padre de familia, plantó una viña, la rodeó de un vallado, é hizo un lagar y edificó una torre; después, habiéndola arrendado á unos viñadores, partió para un viaje lejano.

"Y, en el tiempo de la vendimia, envió á uno de sus criados para que recibiera de los labradores su parte del fruto. Pero ellos, habiéndole cogido, le golpearon y le despacharon vacío.

"Segunda vez les envió otro criado, y también á este le hirieron en la cabeza y le llenaron de afrentas.

"Tercera vez envió otro, y le mataron; y otros muchos, de los cuales hirieron á unos y mataron á otros.

"Y el señor de la viña dijo:—¿Qué haré?

"Teniendo un hijo que le era muy amado, se los envió, el último.—Tal vez, se decía él, al ver á mi hijo ellos me respetarán.

[1] Mat., XXI, 33-34; Marc., XII, 1-11; Luc., XX, 9-18.

"Pero los viñadores se dijeron unos á otros:—Este es el heredero, venid, matémosle, y será nuestra la herencia.

"Y echándole la mano, le mataron y sacaron fuera de la viña.

"¿Qué hará entonces el señor de la viña? Vendrá y perderá á esos viñadores, y dará la viña á otros quienes darán sus frutos á su tiempo."

A estas palabras, aquellos que se sintieron asestados, se indignaron: —¡No plazca á Dios! dijeron ellos, como para desviar ese mal presagio.

Jesús les miró, su rostro se puso severo, amenazador.

—"¿No plazca á Dios, decís?" "¿Qué quiere decir entonces esta palabra del Libro? ¿No le habéis leído? La piedra lanzada por aquellos que edificaban se ha convertido en el vértice del ángulo.

"Esta es la obra del Señor: ella es prodigiosa á sus ojos."[1]

En seguida, él dijo en términos propios estas palabras que esclarecen toda la parábola: "Sí, el Reino de Dios os será quitado; él será dado á un pueblo que producirá los frutos."

Y, volviendo á la piedra profética, agregó: "Aquel que caiga sobre esta piedra se estrellará; aquel sobre quien ella caiga será estrellado."

Jesús no podía expresar más claramente lo que él era y de dónde tenía sus derechos. La viña plantada por el padre de familia, el odio que le rodea, el lagar cavado, la torre de guarda edificada en medio, es Israel, la nación escogida por Dios, con la Ley que la proteje, con su Templo y su culto. Los viñadores son la jerarquía. Los criados enviados á la colecta de los frutos y sucediéndose unos á otros, son los profetas. ¡Qué destino el suyo! El Espíritu de Dios les llenó, y los señores temporales de la viña, lejos de acogerles, de corresponder á su mandato y de llevar á sus pies una parte de la vendimia,

[1] Salm., CXVII, 23.

les cogen, les golpean, les hieren y les despachan con las manos vacías.

El hijo del Padre de familia, es Jesús mismo. El está sobre todos los profetas. Su título es único, su derecho absoluto. El viene, humilde y dulce, sin otra aureola que su divinidad velada por el amor: él es el más ultrajosamente tratado; se le saca fuera de la viña y se le mata, como se había perseguido y torturado á aquellos que le habían precedido.

¡Ay de los viñadores infieles y malvados! ¡Ay de la jerarquía culpable! Puesto que ella rechaza, persigue y mata á aquellos que vienen de parte de Dios, puesto que ella no perdona ni aun al Hijo, Dios va á vengarse.

El Reino cambiará de señor; él será transferido de los Judíos á los paganos. El pueblo escogido será el pueblo reprobado, y las naciones abandonadas llegarán á ser las naciones escogidas.

En cuanto al Hijo, su reprobación de parte del poder prevaricador será el principio de su gloria; él se convertirá en la piedra angular del edificio nuevo. Los hombres encargados de edificar le rechazan, pero Dios la exigirá para soportar toda la obra; ese prodigio admirará á toda la tierra.

Los enemigos de Jesús no le derribarán, ellos se estrellarán contra él, y, cuando el juicio sea abierto, esta misma piedra caerá sobre aquellos que le habían querido derribar, y ellos serán destruídos.

Este recuerdo valeroso de las infidelidades y de los crímenes del poder con respecto á los profetas y hacia el mismo Hijo de Dios, esas amenazas proféticas de la cólera divina, la reprobación próxima de la jerarquía traidora á su mandato, esa destrucción de todos los adversarios de Jesús,—todas esas verdades severas exasperaban á los príncipes de los sacerdotes y á los Escribas. Su cólera estalló; ellos querían desde el mismo momento arrestar á Jesús; pero el pueblo le defendió, y el poder tembló ante el pueblo.

Ellos se alejaron, meditando nuevas maquinaciones.

Querían á toda costa comprometer á Jesús ante la autoridad romana. Al hacerle pasar por un revolucionario, un agitador peligroso, ellos armaban contra él al gobernador, quien no vacilaba jamás en atacar á cualesquiera que amenazara los derechos del Imperio. La intriga fué sabia y rápidamente urdida. Los jefes se encubrieron; ellos apelaron á sus discípulos; se eligió á algunos Fariseos y á algunos Herodianos;[1] los primeros ardientes partidarios de la independencia nacional, los segundos, ligados á la familia de Herodes, á pesar de su origen extranjero, resignados como ella al vasallaje de César. Esos dos partidos, ordinariamente en guerra, se entendieron para combatir y para perder á Jesús. La política está llena de esas alianzas criminales.

Los emisarios, después de haberse concertado,[2] se llegaron á Jesús. Afectando escrúpulos de conciencia y fingiendo no querer sino la justicia, ellos comienzan á halagar á aquel á quien esperan sorprender: Maestro, sabemos que habláis y enseñáis con toda rectitud, que, sin excepción de persona, enseñáis la vía de Dios en la verdad.

Después de este elogio hipócrita, cuyo fin era impedir á Jesús sustraerse á la cuestión y esquivar una respuesta, ellos añadieron,—¿Nos es permitido pagar el tributo á César ó no?

Ninguna cuestión más pérfida podía haber sido puesta á Jesús como la del impuesto romano: ella apasionaba á la multitud, ella se confundía con la independencia del país. En nombre del impuesto los agitadores sublevaban la opinión y provocaban las revoluciones. El pueblo no le pagaba sino resistiendo; él cedía á la fuerza y esperaba á su Mesías para romper el yugo. Los Galileos, sobre todo, tenían la reputación de indepen-

1 Un pasaje del *Talmud, Juchasin*., fol. 19, 1, arroja una verdadera luz respecto á los Herodianos. Ahí se dice que Hillel y Menahem estaban hace tiempo á la cabeza del Sanhedrín, pero que Menahem se puso al servicio del rey Herodes, y que él fué seguido de ochenta hombres espléndidamente vestidos. Tal fué el origen de ese partido disidente que se formó bajo el nombre de Herodianos. Cf. Lighfoot, Horæ hebraic. et talmud., pág. 220.

2 Mat., XXII, 15 y sig.; Marc., XII, 13-17; Luc., XX, 20, 26.

dientes bravos. Aquellos que querían provocar la respuesta de Jesús respecto al impuesto, le tenían seguramente por un adversario absoluto de la dominación extranjera, y ellos no dudaban que en su calidad de Galileo, con sus pretensiones mesiánicas, amigo del pueblo, él condenaría el tributo, ese símbolo de la esclavitud. Esta era la palabra esperada.

El Señor adivinó la astucia, y con una palabra hizo caer la máscara.

—"¿Por qué me tentáis vosotros?" les dijo. "Traedme la moneda del censo; que yo la vea."

Ellos le presentaron un denario, con la efigie del Emperador.

—"¿De quién es esta imagen y esta inscripción?" Ellos le respondieron:—De César.

—"Dad entonces á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios."

Era un adagio jurídico en las escuelas que por todas partes en las que la moneda de un rey tiene curso, los habitantes le deben tener por señor.[1] Dos clases de monedas tenían curso entre los Judíos, la una profana, la otra sagrada; la una simbolizando el derecho terrestre y político de la autoridad civil, la otra el derecho de Dios. Jesús se sirvió de este signo para formular una de las verdades más desconocidas y más necesarias: la distinción de las dos sociedades á las que el hombre pertenece y de los dos deberes esenciales que se derivan para el hombre. Materialmente, por su cuerpo, por su vida física y exterior, él se adhiere á la sociedad humana, á su pueblo y á su país; él es el sujeto de un poder político. Espiritualmente, por su vida interior y su conciencia, él se adhiere á la sociedad religiosa, él es el sujeto de Dios.

En algunas palabras, Jesús traza la vía en la que la humanidad camina en lo venidero. Toda la antigüedad, y hasta los mismos Judíos, han vivido en una teocracia en donde se con-

1 Talmud. Hieros., fol. 20. 2. Cf. Maimon, in Gezilah. c. V.

fundían la Religión y el Estado. La fuerza de las cosas llevada por Dios había obligado á Israel á separarles, porque su nacionalidad perdida, Israel no era ya sino una Iglesia. Pero la esperanza ambiciosa de llegar á ser un gran pueblo y de renovar la vieja teocracia, subsistía. Desde que Jesús ha dicho: "Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios," la distinción de la Religión y del Estado está fundada, absolutamente establecida. El Reino espiritual que él va á crear no se confundirá más con los reinos de la tierra; él vivirá entre ellos, lo más frecuente combatido y perseguido; pero él respetará su derecho; él no renovará jamás las doctrinas del Gaulonita, él no se vengará de ellos y de sus odios, sino penetrándoles de justicia, de bondad y de paz. Los Estados nada tienen que temer de la Iglesia de Jesús: ellos no recibirán mas que beneficios, y ellos no tendrán garantía más segura de progreso y de tranquilidad que á aquel que ha dicho: "Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios."

Esta sencilla y poderosa fórmula contiene toda la ley de las sociedades humanas cuya evolución no es posible sino en el indestructible acuerdo de la autoridad y de la libertad. Sin Dios, la autoridad vuelve á la tiranía y la libertad á la rebelión. Cuando los poderes políticos, siempre propensos al despotismo, vendrán á imponerse brutalmente á la conciencia, ellos serán rechazados por los discípulos de Jesús que han aprendido de él que es preciso dar á Dios lo que es de Dios; y cuando los pueblos, siempre impacientes del yugo, se dejen llevar al espíritu de rebelión, ellos serán contenidos por aquel que ha dicho: "Dad al César lo que es del César."

La vida entera de Jesús confirmó su doctrina. Jamás se le vió agitar á la multitud en las plazas públicas; ni una palabra de sus labios que descubra la rebelión contra la autoridad. Si el tetrarca le amenaza, él continúa su misión pacífica; si los jefes religiosos le acechan y le quieren perseguir, él se retira lleno de tristeza. Cuando el pueblo, incapaz de comprenderle, quiere proclamarle rey, él huye y le desanima para siempre,

revelándole con toda intención, bajo la forma la más chocante, su misión mesiánica. Hasta cuando él acepta sus aclamaciones, él no las ama sino en la víspera de morir; y nada en este entusiasmo popular puede inquietar á los señores del mundo. Sus apóstoles y sus sucesores han seguido su ejemplo; en medio de las persecuciones, ellos predican la obediencia á aquellos que tienen la espada bajo la que ellos caerán. [1]

La bellaquería de los emisarios enviados para comprometer á Jesús, ha sido frustrada. Esos falsos justos no pueden rehusar su admiración á su sabiduría; ellos se callan y se van confundidos, maravillados.

Todos los partidos parecen encarnizados en torno de Jesús. Se le estrecha, se multiplican las cuestiones. Es una palabra de orden, provocarle y tenderle lazos.

Después de los Príncipes, de los Sacerdotes y de la ciencia jurídica quienes le piden los títulos de su misión; después de los Fariseos y los Herodianos que esperan perderle, al suscitar la cuestión de la legalidad del impuesto, ved á los Saduceos burlones y escépticos. Estos son los espíritus positivos del tiempo. La idea de otro mundo les parece insensata; ellos se burlan de los Fariseos devotos que sacrifican la vida presente al sueño de la vida futura. Ellos hacen poco caso de los profetas, ellos no aceptan sino la Ley propiamente dicha, y no ven en ello sino un reglamento sabio de los intereses y de las cosas de la tierra. Ellos han aventajado á ciertos críticos modernos, y pretenden, como ellos, que nada en la ley, afirma la inmortalidad. Ellos niegan la resurrección. Espíritus limitados, de corta vista, no hallan sino absurdo en las doctrinas extrañas á su sabiduría legal. Ellos tienen la arrogancia y manejan con gusto el sarcasmo. Ellos contaban con embarazar á Jesús como á un sencillo Fariseo, proponiéndole uno de esos problemas que hacían el gasto de sus cuestiones de escuela, y ante

1 Rom., XII, 1. Cf. I Tim., II, 1; I. Pedro, II, 23.

cuya solución sus adversarios habían debido frecuentemente quedar sobrecogidos. [1]

—Maestro, le dijeron, Moisés ha escrito: Si un hombre muere sin dejar hijos, el hermano deberá casarse con la mujer del difunto, á fin de suscitarle una posteridad.

Pues bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero tomó una mujer y murió sin hijos. El segundo se casó después y murió sin dejar hijos también. Y el tercero igualmente. En fin, los siete se casaron con ella, uno después de otro, y no dejaron hijos. La mujer murió, después de todos. En la resurrección, cuando ellos resuciten; ¿de quién de ellos será la mujer? pues todos los siete la tuvieron por esposa.

Jesús la toma muy elevado con esos casuistas. Las sutilezas de escuela le son extrañas. Su respuesta es la del Espíritu que sabe, que ve los misterios de la eternidad como las realidades del tiempo.

—"Os engañáis," les dijo, "no comprendéis ni las Escrituras y la potestad de Dios. En la resurrección, los hombres no tendrán mujeres, ni las mujeres maridos; ellos ya no podrán morir, ellos serán como los ángeles; serán los hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. [2]

El signo de las inteligencias vulgares es juzgar todo según lo que ellas ven, sin poder elevarse hacia lo invisible. Ellas hacen á Dios á su imagen y ellas se figuran la eternidad como el mundo que pasa. La generación y el matrimonio son una ley de la tierra, ellas serán, según ellas, una ley del cielo. No, la eternidad es la imagen de Dios; los justos, libertados de la materia, no conocerán mas que las leyes del Espíritu, y sus cuerpos también transfigurados, escaparán de la esclavitud de la animalidad y llegarán á ser luminosos y libres como el Espíritu.

La dificultad suscitada por los Saduceos no existe, ella vie-

1 Mat., XXII, 23-32; Marc., XII, 18-27; Luc., XX, 27-38.

2 Cf. I. Cor., XV, 36-44; este es el comentario elocuente de la palabra del Maestro respecto á la vida futura.

ne de sus falsas ideas. ¡Cuántas antinomias, cuántas imposibilidades se desvanecen cuando se aprende á no medir las cosas conforme á nuestros sistemas siempre estrechos, sino á la claridad de la doctrina del único Maestro!

Y á fin de dar á sus adversarios una enseñanza fundada en la Escritura que ellos aceptaban, pero que no comprendían:

—"Negáis la resurrección," les dijo: "Moisés manifiesta que los muertos resucitan. ¿El Señor no le dijo, en el zarzal ardiendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora bien, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Todos viven en El."

Lo que Dios ha creado, él lo conserva. Las formas cambian, las sustancias permanecen. El ser inteligente puede desaparecer de la tierra y desprenderse de su cubierta; pero él vive en la venganza ó en el amor de Dios, rebelado ó sumiso, desdichado ó feliz, degradado ó transformado.

La sabiduría de Jesús tuvo un nuevo triunfo. Los oyentes extasiados le aplaudían; algunos Escribas, satisfechos de ver á los Saduceos refutados y confundidos, le decían:—Maestro, habéis dicho muy bien. [1]

Uno de ellos mismo,—un doctor que había oído la interrogación de los Saduceos y la respuesta de Jesús,—se aproximó á él y le preguntó cuál era el primero de los mandamientos.

—"El primero de todos los mandamientos," le respondió el Maestro, "vedle aquí: Escucha, Israel; Jehovah, tu Dios, es el único Dios. Y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas.

"El segundo le es semejante: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Ningún mandamiento es mayor que éstos."

El doctor le dijo:—Bien, Maestro, lo que habéis dicho es la verdad. Jehovah es uno; no hay otro Dios más que él; y se le debe amar con todo su corazón, y con toda su inteligencia, y con toda su alma y con toda su fuerza; amar al prójimo como á sí mismo, es más que todos los holocaustos.

1 Mat., XXII, 33; Luc., XX, 39.

Aquí se halla la expresión pura del judaísmo, tal como la enseñaba el sabio Hillel. El amor está sobre todos los holocaustos. Esta era la gran doctrina de los profetas, despreciada por los formalistas. Sin embargo, no está todo ahí para el justo. Falta alguna cosa que hacer á aquel que ama á Dios y al prójimo. Jesús, al aprobar la sabiduría del Escriba, lo deja entender.

—"Tú no estás lejos," le dijo, "del Reino de Dios."

La verdadera doctrina y la virtud no son más que una preparación para el Reino, ellas no abren las puertas; la fe sólo nos introduce en él. No es sino creyendo en Jesús que el Espíritu de Dios nos ha dado, y que, regenerados por ese Espíritu, nosotros participamos de la vida misma de Dios. Antes de este renacimiento, nosotros no somos sino los servidores de Dios; después, llegamos á ser sus hijos. Antes, nosotros no amábamos á Dios sino con todas las potencias de nuestro ser; después, nosotros le amamos con esas mismas potencias elevadas y divinizadas por su Espíritu. [1]

De esta manera, en medio de luchas incesantes que asediaban á Jesús bajo los pórticos del Templo, en el último día en el que enseñó, él aparece siempre más invulnerable y más triunfante. El escapa á todos los lazos. Se cree perderle, se le engrandece. La astucia de sus enemigos no logró sino poner su fuerza en movimiento; él alumbra y conduce á aquellos que, á ejemplo de ese doctor sin artificio, vienen á él con la paz y la sinceridad.

1 Cf. Ep. á los Galat., III, 2-7; Rom., VIII, 15 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

ÚLTIMOS ANATEMAS CONTRA LOS FARISEOS.

Los emisarios del Sanhedrín, los doctores de los diversos partidos y de las diferentes escuelas se cansaron de interrogar á Jesús y de perseguirle. Se le temía. Su invencible sabiduría inspiró el espanto á aquellos á quienes ella había confundido. Parece que por ella él conquistó el Templo sobre sus indignos maestros. El reinó ahí verdaderamente en medio de ellos, con los aplausos del pueblo que le trató como Mesías. El ejerció la función divina, pero él no ignoró que se quería su muerte; él lo había dicho claramente en la parábola de los viñadores, hasta designando á los autores. El sabía que no se le perdonaba haberse llamado el Hijo de Dios, y que ese título,—el único que expresaba su papel mesiánico,—le sería imputado como blasfemia.

El quiso llevar á sus adversarios á reconocer su derecho de llamarse así, sobre la autoridad de las Escrituras; reunió á los Fariseos y les puso esta cuestión: [1]

—"¿Qué os parece del Mesías? ¿De quién es Hijo?"

1 Mat., XXII, 41-45; Marc., XII, 35-37; Luc., XX, 41-46.

Los Escribas respondieron:—De David.

Ningún título estaba más en voga en el país, en la tradición, en las escuelas.

Mas, ¿qué es ese Hijo de David? ¿Cuál es su naturaleza, su dignidad y su función? Ved el punto en el que se descarriaba la imaginación popular, en el que la ciencia de los doctores titulados se ciega y se alucina. Entre todas las glorias atribuidas á ese personaje, hay una que las contiene y las reune todas, la divinidad. Es á ella á la que se desconoce, y á la que Jesús se ha aplicado en toda su vida pública, á poner en luz.

Hoy todavía, en la víspera de dejar el Templo y de morir, él intenta demostrarla á los Escribas por el más popular de los salmos mesiánicos,—aquel en el que el profeta ha claramente afirmado la divinidad de Cristo, su igualdad de potencia con Dios, su triunfo final sobre todos sus enemigos, su sacerdocio eterno.

Relevando ese título de Hijo de David, que no expresaba sino su descendencia humana, Jesús no le recusa como lo han pretendido ciertos exégetas, [1] él siempre le aceptó; y al revindicarle hoy ante ellos, él va á insinuarles el misterio de su divinidad.

—"Si el Cristo es el hijo de David," les dijo, "¿cómo entonces David le llamó, en el Espíritu Santo, su Señor?

Y él les recitó el salmo:

"El Señor dijo á mi Señor:

"Siéntate á mi diestra,

"Hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies." [2]

Evidentemente, si Cristo es el Señor de David, sentado á la diestra de Dios, hay en él la divinidad. La conclusión era irresistible para todos esos doctores que juraban en nombre del Libro inspirado. Ellos no supieron deducirla. La teología

1 Schenekel, Das Charakterbild von Jesu.
2 Véase el Apéndice. S. El Salmo CX.

judía, que cegaba á esos Escribas, se había desviado de la doctrina de los profetas. Petrificada en un frío monoteísmo, ella no comprendió lo que era el alma de las videntes y de todo el Antiguo Testamento: la intervención constante de Jehovah en su pueblo, intervención personal, activa, inmediata, de las que las theophanias y la inspiración pasajera eran las primeras formas, y de las que la encarnación en el personaje mesiánico debía ser la realización perfecta. La divinidad de Aquel á quien Isaías llamó [1] "el Hijo que nos es nacido, el Admirable, el Dios fuerte y poderoso," del que Miqueas [2] había distinguido el nacimiento humano en Bethlehem, y el nacimiento divino desde la eternidad; que Malaquías [3] llamaba "el Adonaí, entrando en su Templo,"—la divinidad del Mesías estaba velada á sus ojos. Jesús, copiando el lenguaje de la teología viva y popular de los profetas, trata, por última vez, de romper el velo, y de mostrarles cómo, por la divinidad del Mesías, los dos títulos de Hijo y Señor de David se concilian. Esos espíritus obstinados no ven; ellos quedan confundidos y mudos y se van con su incredulidad desesperada.

La sobriedad de la narración de los Evangelios permite apenas presentir el brillo que debió tener esta escena, la última en la que Jesús se halló con sus enemigos. Es una de las más conmovedoras, sin embargo, porque, al afirmar así su verdadera naturaleza, él firmó su sentencia de muerte. ¡Mas qué le importaba la muerte! ¿No es ella la condición de su victoria? ¿Y no sabe que su sacrificio le merecerá el eterno triunfo? El debió decirlo á los Judíos con una autoridad imponente, cuando les recordó la palabra de Jehovah al Mesías: "Siéntate á mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies." Entonces fué cuando Jesús se volvió á sus discípulos. El pueblo, al menos, en su sencillez, le escuchó extasiado.

1 Isaías, IV, 5.
2 Miq., V, 2.
3 Malaq., III, 1.

El habla como Juez, condena públicamente, estigmatiza, abate, cubre de anatemas á los Escribas y Fariseos, á todos los representantes de la Ley y de la ciencia religiosa-oficial. [1]

—"Guardáos de ellos," exclamó, "ellos serán más duramente condenados."

"Ellos están sentados en la cátedra de Moisés. Observad, pues, y haced lo que ellos os dicen, pero no imitéis sus acciones; porque lo que ellos dicen, no lo hacen.

"Ellos ponen sobre las espaldas de los hombres, fardos pesados é intolerables que ellos no quieren mover ni con el dedo.

"Ellos hacen todas esas obras para ser vistos de los hombres.

"Ellos llevan en el brazo y en la frente las filacteras más anchas, y las borlas más largas en sus mantos.

"Ellos aman los primeros asientos en los festines, y los primeros sitios en las sinagogas. Ellos quieren que se les salude en los lugares públicos, y que se les llame maestro.

"Por lo que toca á vosotros, no os dejéis llamar maestros; y no llaméis padre á nadie en la tierra; porque no tenéis mas que un Padre que está en los cielos; y todos sóis humanos, y no tenéis más que á un Maestro, á Cristo.

"Que el más grande entre vosotros sea vuestro criado; porque el que se exalte será humillado, y el que se humillare será exaltado."

Inconsecuencia, hipocresía, dureza tiránica, ambición y orgullo: ved los vicios de esos hombres del poder que han sido los primeros Antecristos.

Inexcusables en su ceguera y en su odio, ellos hirieron el amor infinito de Aquel que les traía la luz, la salvación y la paz; y ellos se han atraído esos anatemas abrumadores.

—"¡Ay de vosotros!" les dijo Jesús, "ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, porque vosotros cerráis á los hombres el Reino de Dios; vosotros no entráis y no sufrís que otros entren.

1 Mat., XXIII, 1 ad. fin.; Marc., XII, 37-40.

"¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque haciendo largas oraciones, devoráis las casas de las viudas.

"¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque corréis los mares y la tierra, para hacer un prosélito, y cuando ya está hecho, hacéis de él un hijo del infierno, dos veces más que vosotros.

"¡Ay de vosotros! guías ciegos. Decís: Jurar por el Templo no es nada, pero jurar por el oro del Templo, obliga. ¡Insensatos y ciegos! Qué cosa es más grande: ¿el oro, ó el Templo que santifica al oro? También decís: Jurar por el altar no es nada, pero jurar por la ofrenda depositada en el altar, obliga. ¡Ciegos! Cuál es más grande: ¿la ofrenda ó el altar que santifica la ofrenda?

"El que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está encima. Y el que jura por el Templo, jura por el Templo y por Aquel que en él mora. Y el que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que ahí está sentado.

"¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y no tenéis ninguna cuenta de los puntos más graves de la Ley, la justicia, la misericordia y la fe. Era preciso hacer esto, pero no omitir aquello. Guías ciegos, filtráis el mosquito y os tragáis el camello.

"¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque limpiáis el exterior de la copa y del plato, y por dentro estáis llenos de manchas y de rapiña.

"¡Fariseo ciego! limpia primero el interior de la copa y del plato, y el exterior estará puro también.

"¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas; os parecéis á los sepulcros blanqueados: por afuera, aparecen hermosos á los ojos de los hombres, pero, por dentro, están llenos de osamentas y de todo género de podredumbre.

"De este modo, por fuera, parecéis justos á los hombres, pero, por dentro, estáis llenos de hipocresía y de iniquidad."

Esta es la justicia eterna é inexorable de Dios que levanta la voz por boca de Jesús, su fiel órgano, contra los jefes de la nación judía, contra esos maestros de la opinión y contra todos aquellos quienes, en el transcurso de los siglos, continúan sus obras de muerte. Sus crímenes han hecho callar á la misericordia y provocado las santas venganzas.

Esos grandes culpables ponen trabas al Reino de Dios á quien ellos debieran sostener y aclamar. Ellos se apartan y apartan á los demás. Ellos ponen para extender su propio reino á un proselitismo infernal, y aquellos á quienes envuelven en su secta satánica son peores que ellos. Ellos alteran la verdad y extravían á aquellos á quienes debieran iluminar. Ellos explotan á los sencillos, devorando, bajo la máscara de la religión, la fortuna de las viudas; ellos degradan el culto y le naturalizan; ellos afectan multiplicar las prácticas, hasta el escrúpulo, y olvidan la justicia, la misericordia y la fe. Ellos filtran el mosquito y se tragan el camello; ellos engañan á la multitud con un falso aire de religión, y amontonan rapiñas y manchas en su conciencia abominable,—sepulcros blanqueados y llenos de horror.

Dios habla por sus profetas, sus enviados, sus santos; en vez de escucharles, les matan; y, cuando están muertos esos hipócritas, para burlarse de ellos, afectan honrarles, embelleciendo sus sepulcros. Pero que Dios hable todavía, y que él aparezca en persona, ellos renovarían sus homicidios: entregar á los profetas á la muerte es su crimen favorito.

En el mismo momento en el que Jesús les abrumaba con una fuerza divina y una santa indignación, ellos tramaban su pérdida y decretaban su suplicio. El lo veía y esta vista le arrancó contra ellos una maldición suprema más terrible.

—"¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros á los profetas y adornáis los monumentos de los santos, diciendo: Si nosotros hubiéramos vivido en el tiem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po de nuestros padres, no nos hubiéramos unido á ellos para derramar la sangre de los profetas.

"¿A Aquel que os habla no le queréis entregar á la muerte? "Llevad, pues, la medida de vuestros padres."

Este es el juez que fulmina, el mismo Juez divino. El abraza con un solo golpe de vista la inmensa y espantosa solidaridad de los crímenes de un pueblo contra Dios.

—"¡Serpientes," exclamó, "raza de víboras! cómo huiréis la sentencia del infierno.

—"Ved, yo os envió á los profetas, á los sabios y á los doctores, y vosotros mataréis á los unos y crucificaréis á los otros; y flagelaréis á éstos en vuestras sinagogas y perseguiréis á aquellos de ciudad en ciudad, de manera que sobre vosotros recaiga toda la sangre del justo, desde el justo Abel, hasta la sangre de Zacarías,[1] hijo de Barachías, á quien vosotros habéis degollado ante el templo y el altar.

Las palabras de Jesús no son fórmulas vacías, ellas llevan consigo la virtud de Dios. Cuando él bendice, abre la puerta de la bondad sin límites; cuando él maldice, desencadena las potestades del abismo.

Esos "*Ay*" repetidos amontonan las cóleras de Dios sobre las cabezas á quienes abruman.

—"En verdad, yo os digo" agregó, "todas estas maldiciones caerán sobre esta misma generación."

El pensamiento del castigo espantoso que el crimen de su muerte iba á precipitar sobre su pueblo y sobre la ciudad ingrata le llenó de una inmensa tristeza; tuvo con respecto á Jerusalem, una palabra punzante que ya la vista de su infidelidad obstinada le había arrancado:[2]

—"Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas, que lapidas á los que te son enviados, cuántas veces no he querido asociar á tus hijos, como la gallina junta á sus polluelos bajo sus alas . . . . . y tú no lo has querido!"[3]

Y mostrando el templo, añadió:—Vuestra casa va á quedar desierta; porque, yo os lo digo, no me veréis más, á menos que no digáis: Bendito sea aquel que viene en el nombre del Señor."

Este fué el último llamamiento. El no fué escuchado. El templo no debía volver á ver á aquel que únicamente podía llenarle y asegurarle la eternidad; él caerá como una cosa vacía, abandonada.

Todo lo que enoja á Dios está consagrado á la inevitable destrucción.

Después de esos discursos tan patéticos y tan vehementes, Jesús vino á sentarse, aparte, en el patio de Israel, cerca de la sala del Tesoro, enfrente de los cepos destinados á las ofrendas.[1] El miraba á la multitud que se estrechaba en derredor suyo para depositar las piezas de moneda. Los ricos, en gran número, ponían mucho. Se les admiraba. Una pobre viuda llegó y deslizó dos leptas, el valor de un céntimo, apenas.

Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: "En verdad, de todos aquellos que han depositado sus ofrendas en los cepos esta mendiga ha dado más, porque todos han dado de su superfluo; pero ella, ha dado de su indigencia,—todo lo que ella tenía. Esta era toda su vida."

El dón natural no es nada ante Dios, él no tiene precio sino por el sentimiento, por la virtud que lo inspira. El mayor sentimiento, la mejor virtud, es la caridad; ahora bien, la caridad

1. Este Zacarías era soberano sacrificador bajo el reino de Joas (II Paralip., XXIV, 20-22). Viendo al pueblo volver á la idolatría, él se aprovechó de una fiesta solemne para reprochar en pleno templo á Israel sus infidelidades contra Dios. El fué lapidado por el pueblo y por Joas en el atrio mismo.

El es dicho hijo de Joiadas en el *Paralipómenos*, é hijo de Barachías en San Mateo. San Gerónimo (Comment in Math., II, IV.) observa justamente que los dos nombres Joiadas y Barachías tienen, en hebreo, la misma significación: *Bendito de Dios;* y según el testimonio del mismo doctor, se leía efectivamente en el *Evangelio de los Nazarenos*, Joiadas en vez de Barachías.

1 Cf., Luc. XIII, 34-35.
2 Mat. XXIII, 38-39.
3 Marc., XII 41-44; Luc., XXI, 1-4.

plena no guarda nada, ella da todo. La pobre viuda no poseía mas que dos leptas, pero ella tenía la caridad perfecta, y sus dos leptas han adquirido ante Dios, por la caridad, un valor superior á todos los siclos de plata y de oro.

Jesús juzgaba como Dios; él leía en el alma. La piedad de esta mujer desconocida le conmovió. Ella es una de aquellas que han sido alabadas por el más sabio, el mejor de los jueces, y el único infalible. Todos los pobres de la tierra, todos los miserables pueden consolarse y regocijarse; ellos no tienen la riqueza estimada de los hombres, pero ellos pueden tener hasta en su indigencia, los tesoros que sólo son amados de Dios.

Es preciso colocar aquí un incidente característico [1] que motivó las últimas palabras pronunciadas por Jesús en el Templo. [2]

Entre aquellos que habían subido á Jerusalem para adorar el día de la fiesta, algunos Helenos se acercaron á Felipe de Bethsaida, en Galilea, y le hicieron esta súplica: —Señor nosotros queremos ver á Jesús.

La Pascua llevó no solamente á Jerusalem á los Judíos piadosos de la Palestina y del mundo, sino á los paganos quienes, en su país, se habían convertido al judaísmo. Se les llamaba los prosélitos de la Puerta. Ellos eran numerosos, en la Siria, la Decápolis y en todas las provincias del antiguo imperio de Alejandro. En las grandes solemnidades, ellos venían á la metrópoli y ofrecían sus sacrificios en el Templo. El patio de los paganos les estaba abierto. Evidentemente, esos Helenos pertenecían á la clase de los prosélitos de la Puerta; ellos parecían haber conocido á Felipe: este es un indicio que ellos debían habitar alguna ciudad de la Decápolis, vecina de Beth-

1 Juan, XII, 20-36.

2 Lo que parece autorizar nuestra opinión, es que según el testimonio de San Juan, Jesús inmediatamente después, se fué y se ocultó de los Judíos. Su misión estaba terminada. El no tenía ya mas que morir.

saida. Por lo demás, la entrada triunfal del Profeta en Jerusalem, la expulsión de los compradores y vendedores del Templo, su predicación popular que extasiaba á la multitud, sus milagros repetidos, sus respuestas victoriosas á las cuestiones pérfidas de los doctores, la lucha que él sostenía con tanta potestad contra el Sanhedrín y los jefes, todo explica y justifica su ardiente deseo de ver á Jesús. No es la curiosidad la que les impulsa, sino una atracción profunda de la conciencia. Su petición, de una discusión conmovedora, revela un gran respeto.

El discípulo comprende la gravedad de la marcha que va á hacer; él debe acordarse de la palabra de su Maestro: "Yo no he sido enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel." El no se atreve á tomar á su cargo la súplica de esos paganos. El conferencia con Andrés, y este último, de quien se conoce la naturaleza resuelta, [1] es el que determina á Felipe á llevar á Jesús el mensaje. A pesar del silencio del narrador, se puede creer que Jesús acogió el deseo de los paganos. Ninguna conciencia le ha llamado en vano. Esos Griegos de buena voluntad se le han acercado, mirado y escuchado. Ellos han sido los testigos y la causa de una de las manifestaciones las más pensadoras del alma de Jesús.

Al verse deseado por esos Gentiles, en el momento mismo en el que los Judíos le repudiaban, él fué sobrecogido de una emoción divina. Todo su destino le apareció, austero y glorioso; él vió interiormente su suplicio y su triunfo futuros, y en su suplicio la causa de su triunfo. Si el pueblo infiel y cegado no corresponde á su llamada sino crucificándole, esta muerte querida por el Padre vencerá al mal y atraerá hacia él á la humanidad entera. El "Príncipe de este mundo" espera abatirle sobre la cruz; él prepara, sin saberlo, el trono á cuyo pie los paganos en tropel acudirán á adorarle.

Esta vista profética le turba y le exalta, le abruma y le consuela. A pesar del drama interior que le agita, sus palabras

1 Juan, I, 41-42.

llevan consigo y en ellas la fuerza y la paz. Jesús trata de precaver á los que le escuchan contra el escándalo de su muerte próxima:—"La hora ha llegado," dijo, "en la que el Hijo del hombre va á ser glorificado." [1]

Esta gloria no es solamente la vida nueva y transfigurada de la que él gozará en su Reino, á la diestra de su Padre, libre para siempre de la debilidad y de la muerte, es también el triunfo que él va á llevar en el mundo y en la humanidad.

¿Por qué es preciso que el Hijo del hombre muera? Este es todo el misterio del dolor y del sacrificio. Jesús le proclama como una ley universal, y necesaria en el gobierno de Dios. —"En verdad, en verdad, yo os digo, si el grano de trigo, cayendo en la tierra, no muere, él queda solo; pero si muere, él dará mucho fruto." [2]

Para seguir á semejante Maestro, que es la encarnación perfecta del sacrificio y cuya muerte es la condición de toda vida y de todo triunfo, es menester sacrificarse á sí propio. La inmolación total es el camino de la vida eterna.

—"Aquel que ama su vida la pierde, y aquel que odia á su vida en este mundo, quien la entrega á un desprecio generoso, la guarda para una eterna vida." La suerte gloriosa del Maestro será la nuestra. El da la seguridad á sus discípulos: "Si alguno me sirve y me sigue allí mismo en donde yo estaré, allí también será mi servidor. Y si alguno me sirve, el Padre le glorificará." [3]

El pensamiento de su sacrificio próximo, de su muerte eminente, las luchas terribles que se preparaban, arrancó á Jesús una exclamación de angustia. Aunque muy unido á la voluntad de su Padre, él sentía más que nosotros una repugnancia intuitiva para el dolor y el suplicio; él dejó ver este espanto interior.—"Al presente, exclamó, mi alma está turbada; ¿y qué dice? .... ¡Oh Padre, sálvame de esta hora!" Ved la palabra del instinto de vivir y de huir la muerte. "Pero yo he venido para morir. ¡Oh Padre, glorifica tu nombre!" [1] Ved la palabra de la voluntad que impone silencio á la naturaleza y se pierde en Dios. Jesús se entrega á la muerte para la gloria de su Padre. Parece que su agonía ya comenzó. Esta escena es el preludio. El momento es solemne: él debió conmover á aquellos que fueron testigos. Pero una manifestación extraordinaria engrandeció y exaltó á aquel que se humillaba de esta manera ante Dios, al inmolarse á su gloria, y ante los hombres, dejándoles ver la angustia que le ahogaba.

Una voz del cielo retumbó, la misma que había resonado en el Bautismo y en la Transfiguración: "Ya he glorificado mi nombre, yo le glorificaré todavía." [2]

La primera glorificación del nombre de Dios es evidentemente aquella que ha tenido á Israel por teatro, y el apostolado terrestre de Jesús por instrumento. La segunda es aquella que deslumbrará algún día al mundo pagano y á la humanidad entera, cuando el Espíritu de Jesús venga allí á revelar al Padre desconocido. Las dos glorificaciones se ligan una á otra por el drama sangriento de la pasión y de la muerte.

La voz celestial fué escuchada de todos, pero no todos la comprendieron. La multitud distraída decía: Esto es un rayo; otros: Es un ángel que le ha hablado.—"Esta voz," les dijo Jesús, "no ha llegado por mí, sino por causa vuestra." [3]

Es preciso que Dios mismo intervenga y nos hable, para sostener nuestra naturaleza frágil ante el misterio del dolor y la ley del sacrificio. El Cristo sufriente y crucificado es el escándalo de la razón; cuando él se le presenta, ella retrocede espantada, si Dios mismo no la hace entrever la gloria de su nombre en la muerte de su Hijo y de sus elegidos. Ahora bien, Jesús sólo interpreta á nuestra ignorancia la voz misteriosa.

1 Juan, XII, 23.
2 Juan, XII, 24.
3 Juan, XII, 25-26.

1 Juan, XII, 27-28.
2 Juan, XII, 28.
3 Juan, XII, 30.

—"Sabedlo, añadió: ahora, este es el juicio de este mundo; ahora, el Príncipe de este mundo será arrojado afuera; y yo, si soy elevado en la tierra, atraeré todo á mí."

Nunca, hasta esta hora, Jesús había hablado de su muerte con un acento tan firme, y dijo más claramente lo que ella oculta de gloriosa en su ignominia. Los paganos desconocidos, deseosos de verle y de escucharle, han provocado de esta manera la enseñanza más impenetrable al hombre, la más difícil de aceptar y la más necesaria. El Crucificado domina á la humanidad perdida á la que ellos pertenecen; él va á mirarla pasar y á juzgarla. Aquellos que se golpeen el pecho y crean, serán salvados; aquellos que le blasfemaren en la impenitencia y la incredulidad, serán perdidos. Sólo los primeros serán libertados de la tiranía del Príncipe de este mundo. El será vencido en ellos, arrojado afuera; un nuevo embate llevará en derredor de aquel que haya sido elevado de la tierra á un pueblo innumerable de elegidos: ese triunfo vengará al Crucificado de sus humillaciones. La cruz, que era el escándalo de los Judíos, llegará á ser para nosotros la sabiduría y la virtud de Dios.[1]

Mientras que Jesús hablaba, la multitud había acudido en torno suyo. Se le había escuchado anunciar la muerte del Hijo del hombre, su exaltación en la cruz. Muchos se escandalizaron. La idea de un Mesías que muere, de un Mesías condenado al suplicio, rebelaba á esta raza educada en la idea de un Mesías conquistador, fundador de un reino eterno sobre las ruinas de todos los imperios paganos subyugados. Esta era la enseñanza de las escuelas; se la apoyaba en las Escrituras,[2] que una exégesis literal y ciega no comprendía.

Esas mismas Escrituras[3] no habían economizado, sin embargo, las pinturas atrevidas de las luchas, de los dolores, de las angustias y de la muerte del Hijo del Hombre; ese misterio estaba velado á todos los ojos. A la palabra de crucifixión, la multitud vociferó:—El Cristo no muere, le dijo ella, él permanece eternamente; la Ley nos lo enseña. Cómo decís entonces: ¿Es preciso que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es ese Hijo del Hombre?

Se ve asomar en esta objeción popular el escándalo que desprenderá á la multitud de Jesús. Un Mesías vencido y crucificado no puede ser el verdadero Mesías.

Jesús no responde á la cuestión. El tiempo de las discusiones, de las enseñanzas, había pasado. El se retira con sus discípulos, dirigiendo al pueblo un llamamiento supremo, con un lenguaje que ninguna boca humana ha conocido:

"La luz no está sino un poco de tiempo con vosotros. Marchad, mientras que tenéis la luz, de miedo que las tinieblas no os sorprendan. El que camina en las tinieblas no sabe á donde va. Mientras que tenéis la luz, creed en la luz, á fin de que os hagáis hijos de la luz.[1]

1 I. Cor., I., 18.

2 Miq., V, 2, Salm., CIX, 4; LXXXVIII, 30-38; LXXI, 5; Isaías IX, 7; XL, 8; XXXVIII, 27; Daniel, IX, 26, etc.

3 Isaías; LIII; Salm., XXI; Daniel, IX, 26; Juan, XI, 19.

1 Juan, XII, 35 y 36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

RUINA FUTURA DE JERUSALEM Y DEL TEMPLO. FIN DE LOS TIEMPOS.

Al dejar el Templo, á donde él ya no debía volver, Jesús, rodeado de los suyos, más que nunca rechazado por los jefes de la nación, salió, sin duda, por la puerta de Suze, que se abría sobre el valle del Cedrón y se dirigió á Bethania.

Los muros que dominan al valle tienen un aspecto imponente, con sus anchas piedras y sus poderosos cimientos. Uno de los discípulos se los hizo notar.—Ved, Maestro, qué piedras y qué estructuras![1] Y otros le enzalzaban la riqueza de los dones que adornaban al Templo.[2] Aquellos que atrajeron la mirada de Jesús sobre la belleza, la majestad y las riquezas de los edificios sagrados, ¿pensaban en las amenazas terribles que ellos habían escuchado de su boca misma contra Jerusalem y el Templo? ¿Expresaban ellos un pesar de ver abandonar esos muros,—la maravilla del universo para todos los Judíos? No se sabe. La respuesta de Jesús fué espantosa.

1 Mat., XXIV, 1 y sig.; Marc., XIII, 1; Luc., XXI, 5.
2 Mat., XXIV, 1 y sig.; Marc., XIII, 1; Luc., XXI, 5.

—"Véis, dijo, esas gigantescas construcciones? De todo ello no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida."

Ese mismo día, él ya había dicho, con palabras encubiertas, á los Judíos, á propósito del Templo: "Vuestra casa será abandonada y desierta." El perdona su veneración supersticiosa por la morada material de Dios; pero á sus discípulos les habla sin velo, puede decirlo todo. Es más que el abandono, la devastación que él anuncia, es la ruina, la destrucción total.

Este oráculo profético, cuya autenticidad es cierta, fué pronunciado el 4 ó 5 de Abril (11 ó 12 de Nizán) del año 30.

Ahora, ved lo que pasó el año 70.

Después de un sitio espantoso, Jerusalem, fué tomada por el ejército romano. Tito dió la orden de destruir por completo á la ciudad entera y al templo. No dejó en pie más que las tres torres de Phasael, de Hippicos y de Mariamna, y una parte del recinto occidental. Los muros perdonados debían abrigar al campo romano, y las torres anunciar á la posteridad el valor de los ejércitos que habían vencido á una ciudad tan defendida. Todo lo demás fué arrasado, toda huella de habitación borrada. Así terminó Jerusalem, la ciudad espléndida, célebre en el mundo entero.[1]

La palabra amenazante de Jesús debió parecer á los discípulos el castigo de Dios, el decreto de muerte de la nación infiel; si el mismo templo quedó destruido ¿quién escaparía á la cólera divina? Los últimos anatemas de su Maestro contra los jefes del pueblo, su ciudad y su templo, abrían á su pensamiento lúgubres perspectivas; pero una esperanza brillaba sobre esas ruinas y esas destrucciones: el triunfo del Mesías, después de tales desastres, y su venida gloriosa en un mundo purificado, renovado, consumido. Entonces comenzaría el verdadero Reino mesiánico.

Todo lo que ellos han visto y escuchado, durante sus últimos días, las luchas de las que ellos han sido los testigos y de

1 Bell. Jud., VII, 1, 1.

las que han participado, la oposición y el odio que persiguen al Maestro, parecen haberles afirmado. Ellos sienten mejor la solidaridad que les liga á su propia suerte. Ellos están resueltos á seguirle. Ellos experimentan lo que todo hombre experimenta, por poco que tenga de valor y de generosidad: ellos se adhieren con más ardor á su jefe, viéndole más despreciado y más atacado.

Jesús y sus discípulos habían franqueado el valle del Cedrón y trepaban la pendiente del monte de los Olivos. Llegado al medio de la colina, Jesús se sentó, con el rostro vuelto hacia el Templo. Era la tarde, el sol se ponía. Los discípulos estaban todavía bajo el peso de la palabra de su Maestro: "No quedará piedra sobre piedra." Se acercaron á él, y cuatro de entre ellos, en secreto, le dijeron:—Maestro, decidnos cuándo sucederá todo esto, y cuál es la señal de vuestra manifestación y de la comunicación del siglo.

El misterio con el que está puesta esta cuestión se explica. Había peligro de muerte al hablar de la destrucción del Lugar santo. Los Escribas y los Sanhedritas no admitían que se pudiese, sin blasfemia, suponer la destrucción del templo. Esteban, el diácono, algunos años después, pagará con su vida el valor heróico con el que, recordando la palabra de Jesús, anunciará públicamente el fin.

La cuestión de los apóstoles debe ser examinada de cerca, porque ella manifiesta los pensamientos que les agitan y les preocupan en esta hora trágica: ella nos da la clave de la respuesta profética.

Los discípulos están convencidos que la cólera de Dios va á estallar contra los enemigos de su Maestro, que el Mesías victorioso va á manifestarse con su majestad, y que su Reino, que es la consumación del siglo, va á ser inaugurado. Estos tres hechos: la destrucción de Jerusalem y del Templo, la apa-

[1] Mat., XXIV, 3; Marc., XIII, 3.

rición ó la manifestación gloriosa del Cristo, al fin de los tiempos y de las cosas, son conexos é inseparables en sus esperanzas. Esas esperanzas, como todas las esperanzas humanas, están llenas de ilusiones. Una es la destrucción de la ciudad santa y del Templo, otro el fin del mundo. Una es la manifestación gloriosa de Jesús en la humanidad pagana, triunfante del judaísmo vencido, y fundando sobre sus ruinas á su Iglesia y á su Reino, otra la manifestación suprema de Jesús, al fin de los tiempos, apareciendo en la plenitud de su gloria, y fundando sobre el viejo mundo destruído, en el universo transfigurado, su Reino eterno.

Hay ahí, por tanto, dos actos solemnes de la justicia vengadora de Dios, el uno que destruye al judaísmo como nación, el otro que destruye á la tierra. El primero hiere á los Judíos: este es el castigo provocado por la muerte del Mesías y por la repulsa de su palabra; el segundo hiere al mundo entero; éste es el castigo traído por la infidelidad y por la repulsa de la acción del Mesías continuada en su Iglesia. Hay dos apariciones solemnes del Mesías, la primera en el mundo pagano, después de su muerte ignominiosa, en medio de las naciones y de los tiempos: la segunda, en la consumación de los siglos. Y, del mismo modo, hay dos Reinos mesiánicos, ó más bien, dos estados de ese Reino, correspondiendo á los dos advenimientos de Jesús: el uno la Iglesia terrestre, desarrollándose á través de las pruebas, las luchas, las persecuciones, semejante al mismo Jesús en su vida humilde, sufriente y oculta: el otro, la Iglesia celestial, apareciendo victoriosa de todas las pruebas, libertada de toda lucha y de toda muerte, semejante á Jesús, en su vida transfigurada.

Esos dos órdenes de hechos se ligan el uno al otro indisolublemente; aunque separados por años y siglos cuya duración nos es desconocida, el primero presagia al segundo y le profetiza. Los caracteres particulares y propios que les distinguen no impiden la analogía esencial que les liga. Al leer la ruina de Jerusalem y del Templo, se entreve la ruina del mundo, en

la consumación de los tiempos; el uno es el fin del mundo y de un pueblo, el otro el fin del mundo y de las naciones.

La mayor parte de las señales precursores del uno serán siempre precursoras del otro. Al ver el primer triunfo de Jesús, después de la destrucción de Jerusalem y del Templo, en medio de la humanidad conjurada, pero impotente para embarazar su acción, se piensa en el triunfo definitivo de Aquel que vendrá sobre las nubes del cielo, con la majestad de su gloria, á regir al universo transfigurado; y al ver vivir en la tierra, en lucha constante con el error, la injusticia, el odio y la muerte, el Reino de Cristo invencible en la verdad, la caridad y la paz de Dios, se pueden augurar los esplendores de ese Reino, cuando el mal habiendo sido vencido, alejado, los elegidos formarán con el Cristo glorioso, en la plena vida de Dios, el pueblo eterno, el verdadero Reino que no termina jamás.

La ilusión de los discípulos consistió en identificar los dos órdenes de hechos. Jesús, en su respuesta, los distingue con cuidado. El no quiere satisfacer esa vana curiosidad, sino precaver á los suyos, armarles para la hora terrible que se aproxima. Nada se confunde en su pensamiento ni en su palabra. Los acontecimientos están presentes á sus ojos, antes que ellos se verifiquen. El no es solamente el testigo que les mira, él tiene en él la fuerza divina que les produce. No hay ni vacilación ni "quizá" en lo que él anuncia. El abraza la armonía total de su obra, y todo al hablar á aquellos que van á ver los principios, señor del tiempo y de la eternidad, él instruye á los que se sucederán de tiempo en tiempo, hasta su consumación. Con excepción de ciertos detalles que no pueden convenir literalmente sino á Jerusalem ó al fin del mundo, todas las palabras de esta plática permanecen actuales, siempre palpitantes. El creyente de todos los tiempos ahí puede encontrar la luz práctica necesaria para su vida; la ley de la historia para la humanidad entera, para la tierra que ella habita y para

todo el universo, allí está formulada en términos inmortales.

Todo procede por crisis. El triunfo momentáneo del mal provoca la justicia de Dios que interviene por destrucciones necesarias; y toda destrucción vengadora es seguida de una manifestación nueva del bien, de un triunfo más grande del Cristo y de su Espíritu.

—"¡Estad prevenidos!" Esta fué la última palabra de Jesús, respondiendo á sus discípulos. "Velad sobre vosotros, de miedo que no se os seduzca. No os dejéis engañar ni por los falsos profetas ni por las vanas señales. Vendrán muchos, y tomarán mi nombre, y ellos dirán: Yo soy el Cristo, y el tiempo se acerca; no les sigáis."

No hay sino un Maestro, un Mesías, un Libertador, un Salvador. Ved lo que Jesús no ha cesado de inculcar á sus discípulos; y ese Maestro, ese Mesías, ese Libertador, ese Salvador es él. El Cristo venido, no hay más Maestro que buscar, más Salvador que esperar, más Revelador nuevo. Aquellos que prestasen oído á los falsos doctores y á los falsos mesías, se extraviarán. Al dar á Jesús, el cielo lo ha dado todo; porque él se ha dado á sí mismo.

Jesús pide á sus discípulos la fidelidad. Si ellos le permanecen unidos, ellos tendrán la fuerza para vencerlo todo y la sabiduría para comprenderlo todo; este es el supremo deber. Ninguno era más urgente para recordar, porque en ese siglo mesiánico, los falsos mesías, los pretendidos inspirados, como Simón el mago, debían multiplicarse en el seno de esa nación, que no habiendo querido nada del verdadero Salvador, iba á ser explotada por los falsos profetas, como presa de todos los vértigos del error.

El Maestro señala en seguida á sus fieles los fenómenos que van á conmover á la sociedad humana y á la tierra entera.

—"Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerra, de combates y de sediciones. Nada temáis. Es preciso que esas cosas

sucedan. Los pueblos se levantarán contra los pueblos, los reinos contra los reinos, pero esto no será todavía el fin; habrá, en diversos lugares, pestes, hambres, temblores de tierra, terrores del cielo y grandes señales. Este será el principio de los dolores."

Todas estas palabras se han cumplido á la letra, ellas parecen una historia y ellas son una profecía.

Vense los ataques de los Ascalonitas, de los Ptolemaides, de Damasco, de los Sirios y de todos los pueblos vecinos de Jerusalem. Escúchase el ruido de las legiones romanas, durante los últimos años de Tito, bajo el reino de Calígula y de Nerón, y adivínanse las revoluciones sangrientas que conmueven el trono de los Césares. En esos mismos tiempos, bajo Claudio, el Oriente fué diezmado por una hambre espantosa que desoló á Judea,[1] y los temblores de tierra destruyeron á Laodicea, Hierópolis. La vista de esos azotes hiere siempre á la imaginación popular. Espantado y desconcertado, el hombre cree que todo va á perecer. El temor de Dios le abruma.

Jesús recomienda á sus discípulos la calma.

Esta agitación, este rencor simultáneo de los imperios y de los reinos, esas guerras sin fin, son la ley de este mundo en donde dominan el espíritu de odio y de astucia, el orgullo y voluptuosidad: es preciso que esas cosas sucedan. Sus fieles no tienen de qué sorprenderse ni por qué espantarse como los paganos.

Y lo mismo que los pueblos se agitan, el cielo y la tierra están en movimiento: la lucha física allí reina; las fuerzas que allí juegan tienen sus conflictos, ellas abruman siempre á la humanidad sorprendida, y á ciertos fenómenos que acusan la inestabilidad de su equilibrio, ellas experimentan extremecimientos por un estado mejor. El creyente debe permanecer firme en esta morada frágil.

Y sin embargo, qué suerte tan terrible la suya!

Jesús va á pintarla con rasgos imperecederos.

1. Act., XI, 28. Cf. Antig. Jud., XX. 3.

—"Ante todo, tened cuidado de vosotros mismos. Se pondrá la mano sobre vosotros, se os perseguirá, se os entregará. Se os llevará ante los tribunales; seréis apaleados en las sinagogas; se os aprisionará; se os llevará ante los reyes y los gobernadores por causa de mi nombre. Pero esto sucederá para que déis testimonio.

—"Guardad bien, entonces, esto en vuestros corazones, de no premeditar cómo debéis responder. Yo mismo os daré una boca y una sabiduría á las que no podrán ni resistir ni contradecir vuestros adversarios. No sois vosotros los que habláis, es el EspírituSanto."

Al lado de las persecuciones políticas, ved las persecuciones y los odios de familias:

—"El hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se revelarán contra los padres y los matarán, y seréis odiados de todos, por causa de mi nombre. En ese tiempo,[1] muchos flaquearán y se entregarán unos á otros. Se levantarán muchos falsos profetas que extraviarán á un gran número. La iniquidad se desbordará, la caridad se enfriará. Y vosotros, seréis odiados de todos, por causa de mi nombre. Y ni un solo cabello de vuestra cabeza dejará de perecer.

"Con vuestra paciencia, poseeréis vuestras almas. El que perseverare hasta el fin, ese será salvo."

Todo se ha cumplido,—las Actas de los Apóstoles lo atestiguan,—como Jesús lo había anunciado. Los primeros discípulos han conocido todas las persecuciones del poder; ellos han sido, como Esteban y Santiago, llevados ante las sinagogas, entregados á la muerte y lapidados, por el nombre de Jesús, revelados ante los reyes y los Gobernadores, como Pablo en Cesarea. El Espíritu de su maestro les ha dado una boca y una sabiduría irresistibles. Ellos han sido el objeto de un odio universal. Ellos han poseído á sus almas con la paciencia. Ellos

1. Mat. XXIV, 10, 12.

han perseverado hasta el fin, en medio de la defección de un gran número. Ellos han hecho resplandecer, por su fidelidad y su fuerza, la gloria del Evangelio. Ellos han esperado la hora de Dios, no dejándose seducir ni por los falsos profetas, ni por las falsas señales, ni por las inspiraciones de un falso patriotismo, ni por las persecuciones. La lucha en este mundo enemigo, la oposición violenta, las injurias, las sevicias, las torturas, el odio y la muerte: ved lo que Jesús anuncia á los que van á llevar su nombre en esta tierra. Este será su privilegio. Las otras religiones serán toleradas ó desdeñadas, honradas por aquellos á quienes hayan esclavizado; la Iglesia de Cristo tendrá como patrimonio el odio de todos, por causa del nombre de su Maestro. Este nombre simboliza todo lo que el mundo odia: la verdad, la virtud, la caridad y la paz, la independencia de las conciencias, él subleva de siglo en siglo, contra él y los que le proclaman, las opiniones en voga, las pasiones, el egoismo, y ese furor de oprimir que es el mal genio de todos los poderes terrestres.

Todos los siglos, desde el primero traen á la obra de Jesús, un exceso satánico de odio, justificando la palabra de Aquel que, único entre todos los fundadores de religión, ha prometido á los suyos persecuciones, y persecuciones renovadas.

Después de haber precavido á sus discípulos, mostrándoles el medio en el que tendrán que vivir, la muerte que los aguarda y las virtudes que exige de ellos, Jesús les da la señal pedida respecto á la destrucción de Jerusalem.

—"Cuando la véais atacada por los ejércitos, y la abominación de la desolación, predicha por el profeta Daniel, presente en lugar santo,—que aquel que lea entienda,—entonces, sabed que su destrucción está próxima."

La señal indicada, es según San Lucas,[1] el ejército enemigo atacando á Jerusalem. Los dos primeros Evangelios la llaman al reproducir la expresión de Daniel "la abominación y la

1 Luc., XXI, 20.

desolación;" ellos designan manifiestamente á los estandartes romanos adornados con las imágenes de los dioses y de César plantados en el territorio sagrado alrededor de la ciudad santa.

Desde el año 65, un cuarto de siglo después que Jesús lo había anunciado, aparecieron los ejércitos romanos.[2]

Viéronse llegar á las cohortes enviadas por el Gobernador Florus para castigar al pueblo turbulento de Jerusalem. Algunos meses más tarde, las legiones volvieron,[3] bajo el mando de Cestius, prefecto de Siria; en fin, en la primavera de 70,[1] Tito atacó á la ciudad santa.

—"En este momento," dijo Jesús, "que aquellos que estén en Judea huyan hacia la montaña, que los que estén en medio de ella se retiren, y que aquellos que moran en sus cercanías no vayan allá para nada; que el que esté sobre la terraza no baje absolutamente á la casa para traer alguna cosa; que el que esté en los campos no vuelva á tomar su túnica. Esos días serán días de venganza en los que debe cumplirse lo que está escrito.

—"Ay de las mujeres en cinta y de las que amamanten, en ese tiempo! Grande será la angustia en esa tierra y la ira contra ese pueblo.

"Pedid para que esas cosas no sucedan en invierno ni durante el sábado.

"Porque habrá en esos días, tribulaciones tales como jamás ha habido, desde que Dios comenzó á crear hasta el presente y como jamás habrá. Y si esos días no hubieran sido abreviados, ninguna carne se salvaría; pues por causa de los elegidos, ellos serán aliviados.

"Ellos caerán bajo la espada, serán conducidos cautivos entre todos los paganos, y Jerusalem será pisoteada por los Gentiles, hasta que el tiempo dejado á los paganos se haya cumplido."

1 Bell. Jud., II, 14, 3.
2 Id., II, 19, 4.
3 Id., V, 2, 1.

Y volviendo todavía con una insistencia suprema á los falsos cristos, Jesús agrega: "Respecto de vosotros, si alguno os dice: El Mesías está aquí, está allí, no le creais para nada; porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas. Ellos harán señales y prodigios para seduciros, si posible fuera, hasta los elegidos. Entonces vosotros, tened cuidado! Ved que todo os lo he predicho."

El consejo de huir ante las catástrofes y la destrucción terrible querida por la justicia y la cólera de Dios, no se dirije solamente á la primera generación cristiana, sino á todos los discípulos de Jesús, en la duración de la Iglesia, cuando catástrofes semejantes y semejantes destrucciones, ordenadas por la misma justicia contra las naciones, las ciudades, los reinos, las civilizaciones de este mundo, tendrán curso. La fuga, entonces, no es pusilánime, ella se convierte en un acto de vigilancia y en una necesidad.

Los elegidos de esta manera escapan á la venganza de Aquel que vela siempre por su Reino aquí en la tierra. Mientras que los condenados, entregados á la ceguera de sus preocupaciones, á la seducción de sus falsos profetas, á la obstinación de sus doctrinas de muerte, al furor de su odio, se obstinarán en defender lo que no merece vivir y lo que embaraza la marcha de Cristo en la humanidad, sus verdaderos discípulos, presintiendo la tempestad, se retirarán lejos de la tormenta, lejos de lo que debe perecer, y ellos evitarán la espada y las potestades de la muerte. Ellos sobrevivirán, para continuar la obra santa, sobre los restos aún humeantes de lo que la justicia de Dios habrá aniquilado y que temía, como los Judíos, el orgullo de creerse inmortal. Por causa de ellos, los períodos de hundimiento y las crisis necesarias que preceden á las renovaciones serán abreviadas. Ellos harán doblegar á la justicia inexorable ante la misericordia y la bondad del Dios que les ama.

Los apóstoles y los primeros cristianos han obedecido á la sabiduría profética de su Maestro, ellos se han acordado de la advertencia, ellos huyeron de Jerusalem y de la Judea, á la aproximación de las cohortes y de las legiones romanas, ellos se salvaron más allá del Jordán; sobre las montañas de Moab y las elevadas mesetas de Galaad, hacia Pella, así es como la Iglesia palestiniana, por la palabra de Jesús, escapó á la catástrofe espantosa que envolvió á los Judíos, cegados por su fanatismo, no comprendiendo nada de la tormenta desencadenada contra ellos, y no viendo en el ejército de los paganos, el instrumento irresistible de las cóleras de Dios.

La desolación y la ruina, tales como las describe Jesús, en esta plática profética, han sido justificadas, como todo lo que él ha dicho, por los acontecimientos. La narración histórica que se puede leer en Josefo, es el comentario de su palabra. Cerca de un millón de judíos pereció, cerca de cien mil fueron llevados cautivos á Egipto y á las diversas provincias del Imperio.[1] Jerusalem fué, literalmente, pisoteada por los paganos, ella está todavía en su poder. La historia continúa desarrollándose sobre ella como Jesús lo ha profetizado; los siglos se multiplicarán durante un período indeterminado, mostrando á la ciudad culpable, á todos los ojos que saben ver, encorbada bajo el yugo de los Gentiles.

Este es "su tiempo," ha dicho Jesús; el de Israel ha pasado. La obra de Dios se hace entre los pueblos, antes abandonados á sus vías; es preciso en lo de adelante que el Evangelio del Reino sea predicado en todas partes.

Esta palabra misteriosa traída por el tercer Evangelio, "el tiempo de los paganos," marca el período desconocido, laborioso y atormentado, que separa la destrucción de Jerusalem del fin del mundo. Cuando él sea colmado, entonces vendrá

1 Bell. Jud., V.

la consumación de los siglos; el Hijo del Hombre hará su venida.

Esta venida nada tendrá que se parezca á la primera.

—"Cuando entonces, durante esta faz llena de luchas, de crisis, de seducciones, de combates sangrientos, oigáis decir: Ved al Cristo en el desierto; no salgáis. Hele aquí en el lugar más secreto de la casa; no le creais. Porque lo mismo que el relámpago centellea en el Oriente y brilla hasta el Poniente, así será la aparición del Hijo del Hombre.

"Y por todas partes en donde esté el cadáver, las aguilas se juntarán."

El hombre no tendrá esfuerzo que hacer para descubrir á Cristo. El resplandor radiante, fulgurante de su gloria, deslumbrará á la inmensidad. Y como las águilas que han acudido á gran vuelo, atraídas por el olor de los cadáveres, los elegidos volarán hacia aquel que ha querido ser inmolado y víctima, atraídas por el aroma de su sacrificio.

—"Inmediatamente después de la tribulación de esos días, el sol se cubrirá de tinieblas, y la luna no dará ya su claridad, y los astros caerán del firmamento, y las fuerzas que están en el firmamento serán conmovidas; entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra se lamentarán y se verá al Hijo del Hombre venir sobre la nube del cielo, con una gran potestad y una gran gloria. Y finalmente, él enviará á sus ángeles con la gran trompeta y él reunirá á sus elegidos de los cuatro vientos, de la extremidad de la tierra á la extremidad del cielo y del uno al otro polo de los cielos."

Con estas imágenes grandiosas Jesús pintó á sus discípulos el fin de los tiempos, de la tierra y del mundo.

El estado presente de este universo al que ha venido el Mesías, en una hora de la historia, á fundar con el dolor, las luchas y la muerte, el Reino nuevo del Hijo de Dios, á vencer

al mal, á escoger á sus enemigos, no es sino una fase en la evolución inmensa. Esta fase se acabará. ¿Cuál será la naturaleza de la crisis última sobre nuestro planeta? ¿El sistema solar terminará en la vetustez? ¿Habrá algún encuentro formidable de astros y un calor incandescente producido por ese choque? Avanzados de sus órbitas por una fuerza desconocida, los astros se replegarán, cayendo sobre sus centros de atracción? Poco importa. El Maestro de las conciencias no quiere responder á las curiosidades del espíritu.

El nos advirtió que el fin de este mundo terrestre y mudable llegará como un cataclismo violento, una muerte, una devastación, una destrucción. El foco de toda claridad parece cegado y las tinieblas todo lo cubren. Lo que llamamos la gravitación, la fuerza de atracción, el equilibrio, está turbado. Las convulsiones cósmicas todo lo conmueven. Pero esta crisis suprema no será mas que una transformación,—la señal de la venida del Hijo del Hombre, en el pleno reino de su potestad y de su gloria.

Lo mismo que la muerte individual no podría asustar al discípulo de Jesús, puesto que él no ve en ella sino la transformación suprema de su ser y su unión á la vida definitiva con Dios, igualmente la muerte general ó el fin del mundo no debe espantarle: ella es la condición de la renovación universal, la preparación del Reino eterno de Cristo. Esta crisis última está preparada, figurada, en la duración de la tierra, por las destrucciones parciales de las religiones imperfectas, de los pueblos envejecidos, de las civilizaciones gastadas.

Ante esos trastornos, la actitud del cristiano es la misma; él no ve en ello mas que la elaboración progresiva del Reino de Dios, y él pasa á través de las ruinas, levantando la cabeza, aspirando siempre á una realización más perfecta, á una manifestación más elevada de la vida y del Espíritu de su Maestro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué llegará á ser el Universo con esta palingenesis [1] de la que Jesús se mira como el principio y el ejecutor? ¿En qué condiciones astronómicas estará el sistema de los cielos? ¿Cuál será esa morada preparada por Cristo á sus elegidos, esa ciudad de quien todas las partes serán llevadas á la unidad? El hombre no lo puede sospechar. Todo lo que él ve está sometido al imperio de la muerte; las leyes que rigen este imperio, hasta que él sea destruido por el Hijo del Hombre, son una barrera infranqueable que detiene nuestros pensamientos tímidos, pusilánimes.

Lo que Jesús promete para la hora de su venida, lo que nos basta saber, es la reunión de todos sus elegidos de los cuatro vientos del cielo en él y con él; esta esperanza tendrá la virtud de sostener á sus discípulos en toda la duración de las edades. Sus revelaciones se dirigen á todos. El oráculo solemne que él ha pronunciado sobre esta pequeña colina de los Olivos, sobre el valle de Josaphat, con los ojos fijos en el Templo consagrado á la destrucción,—este oráculo es una advertencia dada á todos los siglos.

—"Cuando estas cosas comiencen á llegar, no os espantéis. Por el contrario, mirad y levantad la cabeza. Vuestra redención se aproxima."

¿Cómo se verificará visiblemente el regreso de Cristo? ¿Cómo Aquel que tiene el arnero en la mano hará la gran separación de sus elegidos, en el seno de la humanidad universal y de todas las tribus de la tierra sometidas á su juicio? ¿Qué parte tendrán los espíritus en la obra final? ¿Qué formas nuevas revestirá nuestra vida resucitada, señora del espacio y del tiempo, de la corrupción y de la muerte, transfigurada por la vida misma de Jesús quien fluirá á través de todos sus elegidos? La imaginación y el corazón del hombre no se atreven á presentirlo. [2] Su osadía es incapaz de penetrar los secretos del

1 Regeneración.
2 I, Cor., II, 9.

amor infinito. Nuestra sabiduría no es sino locura, lo que llamamos las audacias del talento, no son mas que timidéz ante los designios eternos.

Jesús insistió de nuevo respecto al deber de la vigilancia, y de una vigilancia llena de esperanza.

—"Ved á la higuera y á todos los árboles; cuando las ramas están todavía tiernas y las hojas nacientes, sabéis que el estío está próximo. Igualmente, cuando véais estas cosas, que yo os he predicho, llegar, sabed que el Cristo está cerca, que él está á la puerta, que el Reino de los cielos se aproxima.

Y, á propósito de la ruina de Jerusalem, él agregó:

"En verdad yo os digo, está generación no pasará, hasta que esto no llegue. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."

Mas, ¿cuál será el día, cuál será la hora de la consumación de los siglos? "Nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo; solo el Padre."

Los secretos divinos que el Hijo del hombre había recibido del Padre, para transmitirlos á la humanidad, no comprenden á aquel; en este sentido es como él lo ignora. Hé aquí al grande, al terrible incógnito. El es siempre la amenaza suspendida sobre la tierra. El mundo puede terminar de un golpe, mañana, en un siglo, en diez siglos. El tiempo es poco; ante Dios y para aquellos que juzgan á la luz de Dios, mil años no son mas que un día. El deber del hombre fiel es vivir como si el mundo debiese terminar hoy.

—"Tened cuidado, velad y orad, porque no sabéis cuándo llegará ese tiempo. Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Antes del diluvio, se comía y bebía, se casaba á los suyos, hasta el día en que Noé entró en el arca. No se conoció la aproximación del diluvio: él llegó y arrastró á todos. Así sucederá con la venida del Hijo del Hombre.

"Velad, pues, sobre vosotros, de miedo que vuestros cora-

zones no se emboten por la comida y la bebida, y los cuidados de esta vida, y que ese día no llegue repentinamente sobre vosotros; porque no sabéis cuándo llegará. El llegará como una red sobre todos aquellos que habitan la faz de la tierra.

"Entonces, de dos que estén en el campo, uno será cogido, el otro dejado. De dos mujeres que muelan juntas, la una será cogida y la otra abandonada.

"Pasará como á un hombre que, yéndose lejos, dejó su casa, dando poder á sus criados, á cada uno según su función, y ordenando al portero velar.

"Velad entonces, porque ignoráis cuándo llegará el amo de la casa, si en la tarde, ó á media noche, ó al canto del gallo, ó en la mañana. El llegará repentinamente; que él no os halle dormidos.

"El vendrá como un ladrón. Si el padre de familia supiera á qué hora llegará el ladrón, ciertamente él velaría, y no dejaría horadar su casa.

"Velad, pues, y orad siempre y estad prestos, á fin de que seáis dignos de escapar á esas cosas que deben llegar, y de aparecer en pie ante el Hijo del hombre.

"Lo que yo os digo, lo digo á todos: Velad."[1]

Los santos velan de esta manera. Los apóstoles, que han oído en el monte de los Olivos esas palabras eternas, han vivido en la impaciencia y en la espera del regreso próximo de Jesús. Ellos velaban, le llamaban, le deseaban. Esta esperanza viva los ha sostenido en la tempestad de las primeras tribulaciones.

Se notará la persistencia y la fuerza con las que Jesús, en esta hora grave, inculcó á sus discípulos la espera de su venida futura. Esta espera le guardará vivo en ellos, cuando él haya desaparecido. Ella les libertará de la tiranía de las necesidades de este mundo; ella les hará dueños de sí mismos, les recordará la vanidad y la pequeñez de esta vida que pasa, les

1 Marc., XIII, 28-37, y paralel.

tendrá despiertos como á los criados á quienes la venida del amo puede sorprenderles.

No se trata, por lo demás, para ellos, de inmovilizarse en la espectativa. El discípulo de Jesús no es un ser inactivo, con la mirada fija en la muerte y en la eternidad; es el servidor del Padre, teniendo su tarea en la vida y encargado de velar sobre todos los sirvientes, para distribuirles el alimento á su tiempo.

Bajo esta imagen sencilla que Jesús empleó más de una vez, se descubre la más religiosa, la más sublime concepción de la vida terrestre.

La tierra es la casa del Padre que está en los cielos. Los que la habitan y que ahí pasan son sus servidores. Los prudentes, los fieles, saben que su papel es el de nutrir á los demás. Ellos se olvidan en un trabajo necesario, y su actividad bendita de Dios sirva para hacer vivir á sus hermanos: los unos dan el pan material, los otros el pan espiritual. Ellos dan limosna á los indigentes, instruyen á los que no saben, traen la luz y la virtud, la esperanza y la paz de Dios á los que gimen en las tinieblas y la miseria moral, en la tribulación y el abatimiento.—"¡Dichosos," decía Jesús, "aquellos sirvientes á quienes el Señor hallare obrando de esta manera! En verdad, yo os digo, él lo establecerá sobre todos sus bienes. Pero los demás, los malos, los infieles, los olvidadizos del Señor, aquellos que no creen en su venida y que no tienen ni el temor del juez ni el amor; aquellos que dicen en su corazón: Mi Señor no está próximo á llegar, y que pegan á sus compañeros, que comen y beben con los hombres de embriaguez, aquellos serán separados, desenmascarados.

—"Para ellos las lágrimas y los crugidos de dientes."

El les decía todavía para exhortarles á la vigilancia, pero, á una vigilancia activa:[1]

"El Reino de Dios, en la hora en la que él aparezca en su

1 Mat., XXV, 1 y sig.

gloria, será semejante á diez vírgenes que, habiendo tomado sus lámparas fueron delante del esposo y de la esposa. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes.

"Las cinco necias no se proveyeron de aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos con las lámparas.

"Ahora, tardando el esposo en llegar, todas se adormecieron y se durmieron.

"A la mitad de la noche, un grito se levantó:

Ved al esposo que llega, salid delante de él. Entonces todas esas vírgenes se levantaron y prepararon sus lámparas. Y las necias dijeron á las prudentes:—Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Las prudentes rehusaron:—Tal vez no tenemos el necesario para nosotras, id mejor á comprarle á los que le venden.

Mientras que ellas fueron el esposo llegó. Aquellas que estaban preparadas entraron con él á la sala de las bodas, y la puerta fué cerrada.

"Las demás vírgenes llegaron también, diciendo:—Señor, Señor, ábrenos. Pero él les respondió—En verdad yo no os conozco."

Esta parábola, sacada de las costumbres de los Judíos, tiene algo de terrible en su dulzura."

El esposo es el mismo Cristo; la hora suprema del festín de bodas es aquella en la que será consumada la eterna unión con su esposa la Iglesia, la sociedad de los seres inteligentes y libres unidos entre sí y en Dios.

Para ser admitido en la sala nupcial, es preciso tener la lámpara encendida, el vaso de aceite que alimenta á la flama, la lámpara que no se apaga.

El Señor designa por este símbolo las virtudes que son la claridad del alma, y sin las cuales nuestra fe es como una lámpara sin aceite.

No hay más que un tiempo y una hora para ser admitido

en el banquete. Pasada la hora, la puerta es cerrada. "Yo no os conozco," responde el Esposo. Ahora, ese tiempo, es la vida terrestre. Aquellos que no han hecho, durante la vida, la provisión misteriosa serán rechazados: he aquí lo que les espanta, las virtudes no se toman prestadas; tesoro personal, inajenable, apenas bastan á los que las han reunido.—"Velad, velad," repetía Jesús, "tened la lámpara encendida, vosotros no sabéis ni el día ni la hora."

En la víspera de morir, sentado enfrente del Templo y de la ciudad en medio de sus discípulos, Jesús se esfuerza en esclarecerles y afirmarles, descubriéndoles su gran obra y enseñándoles sus deberes. El habla del tiempo en el que ya no estará, y les dice lo que debe suceder. Su pensamiento va del presente al porvenir, del porvenir inmediato al porvenir extremo, de la tierra de Judea á la humanidad, del mundo que pasa á la eternidad en donde, habiendo sido todo consumado, él reinará, juzgará, escogerá á sus elegidos.

El anuncio de ese juicio definitivo, solemne, es una revelación dirigida á todos los creyentes. En el momento mismo en el que se dispone á juzgarle, él se presenta como el gran Juez.

—"El Hijo del Hombre vendrá," exclamó, en su majestad, con todos sus ángeles. El se sentará sobre el trono de su potestad. Todas las naciones se asociarán delante de él. El hará el universal escogimiento, como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos. El colocará á las ovejas á su derecha, y á los réprobos á su izquierda.

"Entonces, el Rey dirá á los que están á su derecha:—Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino preparado para vosotros, desde el principio del mundo.

"Porque yo tuve hambre, y me habéis dado de comer; tuve sed y me habéis dado de beber; he estado sin abrigo y me habéis recogido; desnudo, y me habéis vestido; enfermo, y me habéis visitado; prisionero, y habéis venido á mí.

1 Mat., XXV, 31 y sig.

"Entonces, los justos le dirán:—Señor, ¿cuándo os hemos visto con hambre, y no os hemos alimentado; teniendo sed, y no os hemos dado de beber? ¿Cuándo os hemos visto sin asilo, y no os hemos albergado; desnudo, y no os hemos vestido? ¿Y cuándo os hemos visto enfermo y en la prisión, y no hemos ido á vos?

"El Rey les responderá:—En verdad, yo os digo, siempre que lo habéis hecho con el más pequeño de mis hermanos, lo habéis hecho á mí.

"Entonces, él dirá á los que están á la izquierda:—Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles.

"Yo tuve hambre, y no me habéis dado de comer. Yo tuve sed, y no me habéis dado de beber. Yo estaba sin abrigo, y no me habéis albergado; desnudo, y no me habéis vestido; enfermo, prisionero, no me habéis visitado. Entonces, también dirán ellos:—Señor, cuándo fué que habiendoos visto con hambre ó sed, ó sin asilo, ó desnudo, ó enfermo, ó en la prisión, y que no os hemos asistido para nada?

"Pero él les responderá:—En verdad, yo os digo, siempre que no lo habéis hecho á uno de los más pequeños, tampoco lo habéis hecho conmigo.

"Y ellos irán al eterno suplicio, y los justos á la eterna vida."

El alma de Jesús, el genio de su obra, la ley suprema de la humanidad, todo el secreto del destino eterno está en esa página.

El Dios oculto en el hombre de dolor se identifica con todo lo que sufre en la tierra.—"Los pobres, los hambrientos, los despojados, los cautivos, los enfermos, los pequeños, en una palabra, soy yo," dijo á sus discípulos. Parece que habiendo agotado el sufrimiento, aquellos á quien él oprime son su cosa. Jamás amor de la humanidad se había afirmado de esta manera. La consecuencia es esta: Vosotros, mis fieles,

amad á todos los miserables como me amáis á mí mismo; esta es la ley total y el deber soberano; esta es toda la religión. Si ellos tienen hambre, saciadles; sed, refrigerarles; si ellos están sin morada, abrigadles; sin vestido, vestidles; sin fuerza, asistidles; oprimidos, libertadles.

A este precio se llega á ser digno del Reino eterno. El amor eterno ha querido comunicarse á su criatura; y así es como por el amor la criatura se hará digna de esos dones infinitos.

En cuanto á los seres sin caridad, ellos son los maldecidos. ¡Ay! de todos los egoístas que no han conocido la conmiseración y el amor de los demás;—corazones cerrados, hambrientos de gozar é insensibles al dolor de ese pueblo de miserables en medio del cual ellos habrán pasado sin piedad.

El juez que les espera estará también sin piedad.

El amor será la fuerza suprema que dividirá á los seres inteligentes y libres, llegados al término de su destino. El abría á los unos la fuente de la vida eterna, y al retirarse de los otros, él encenderá en ellos el fuego vengador,—suplicio del diablo, de los ángeles, de los hombres seducidos por ellos, y de todos los seres de odio y de violencia, de egoísmo y de corrupción.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

FIASCO FINAL DE JESÚS.—SUS CAUSAS.

El mayor de los dolores para el hombre llamado á un papel público no es morir, sino ver la verdad que él trae, despreciada, y la salvación que él propone, rechazada; él es también el más noble, siendo desinteresada. No es por su mal éxito por el que se entristecen los apóstoles, es por la miseria de los que les persiguen; no es por su propia muerte por la que lloran los mártires, es por el crimen de sus verdugos. A medida que un genio es grande, su sufrimiento de ser rechazado es más intenso; á medida que es más bueno y santo, él es más desinteresado. El de Jesús fué sin límites, en su amargura y su desinterés, como el amor infinito que el sintió por su pueblo.

Cuando él salió del Templo, el martes por la tarde, 12 de Nizan (Marzo–Abril), "ocultándose de los Judíos,"[1] cuando él se detuvo largamente, en la falda de la colina, en el monte de los Olivos, enfrente de Jerusalem, profetizando, en voz baja, á sus discípulos, la destrucción próxima de la ciudad y del Templo y el fin de los tiempos, él podía comprobar el fiasco final

1 Juan, XII, 36.

de su apostolado. Celo infatigable, enseñanzas, llamamientos reiterados, milagros innumerables, elocuencia, santidad, declaraciones solemnes, advertencias amenazadoras: todo fué en vano.

Humanamente, él naufragó.

Después de dos años de una actividad sin tregua ni desfallecimiento, no solamente él no logró desvíar las sospechas del poder y de los Maestros de la Ley, convencerles que él era el Cristo, é iniciarles en los misterios del Reino; sino que él vió crecer, todos los días, á la oposición, á la ceguedad, á la violencia y al odio.

La clase popular, en verdad, le es más simpática; sin embargo, él mismo lo notaba, ella es flexible y ligera. Al aclamarle, ella cede á la curiosidad, al interés, á la ilusión de sus propios sueños, más que ella no entra en su Espíritu. El único triunfo de Jesús, durante esos dos años de evangelización, es haber inspirado la fe á algunas almas, entre los más sencillos, los más culpables algunas veces, pero siempre los más sinceros. Hé aquí toda su conquista. Humilde triunfo que no bastará á una ambición terrestre, y que es por tanto, el punto de partida de toda la gloria de Jesús. La vida del Maestro es regia por una ley que desconcierta á nuestra experiencia y á nuestra sabiduría. Si sus victorias no se asemejan á las victorias humanas, sus derrotas no se parecen tampoco á nuestras derrotas.

El hombre de acción empeña la lucha, estimulado por la esperanza de vencer; si él sucumbe, á la humillación de la derrota se agrega siempre la amargura de las esperanzas defraudadas. El se siente responsable de esos reveses. La culpa está en él, si él no ha derribado los obstáculos, dominado á sus enemigos, realizado sus proyectos. La historia no perdona para nada á los vencidos. ¿Tenían ellos conciencia de la oposición que vencer y se creyeron de talla para reducirla?—¿Por qué no triunfaron?—Ella era más fuerte que ellos;—¿por qué

luchar contra ella? Ellos han carecido de penetración ó de valor.

Todos los desastres que tienen su causa en la ilusión ó en los vicios del hombre, son para el vencido un castigo; ellos toman lugar en la serie de los acontecimientos humanos, á título de azotes, perturbando, abatiendo, diezmando á las razas y á los pueblos.

Jesús jamás creyó en su triunfo entre los Judíos; él repetidas veces dijo á los suyos, que los jefes, en Jerusalem, le hacían sufrir mucho, y que él sería entregado á ellos. Su mal éxito no viene de él, depende de la obstinación de aquellos á quienes evangeliza. La obra que él fundaba era más grande que ellos. Pero su derrota es triunfante, porque ella ha sido el castigo de la nación infiel que ha creído vencerle, y la causa providencial de todos los desastres con los que esta nación ha visto, con los que ella ve y verá pasar sobre ella al torrente irresistible.

La incredulidad de los Judíos con respecto á Jesús, y, por consecuencia, el fiasco final de su apostolado, es uno de los grandes hechos de su propia vida, de la historia de su pueblo y de la historia religiosa de la humanidad. La sublimidad de la obra, la decadencia del medio, la repudiación absoluta de los medios de éxito exigidos por la política humana, y por encima de todo, los designios de Dios, Señor absoluto de los acontecimientos: hé aquí las causas múltiples que arrojan alguna luz sobre ese hecho considerable. Es de un interés poderoso interrogarles, antes de ver el alto Consejo nacional sellar su incredulidad por el homicidio jurídico de Jesús y al mismo Jesús consagrar su papel público por una muerte violenta, —tal como él la había predicho,—libremente, heróicamente, divinamente aceptada.

En Judea como en Galilea, en Samaria como en Perea, que él se dirija á la multitud ó á los doctores versados en la Ley, y bajo cualquier forma que él se produzca, el apostolado de

Jesús no tiene otro objeto que revelar su obra y su persona, declarar lo que él viene á cumplir y mostrar lo que él es. Las dos revelaciones se afirman; porque entre la obra y el obrero la relación es absoluta y la armonía constante. Siempre adoptadas á las circunstancias y á los hombres, ellos crecen con la tempestad que ellas provocan. No son absolutamente la ciencia ni la conciencia de Jesús las que maduran poco á poco, como ciertos historiadores han creído, son los testimonios de una ciencia y de una conciencia perfectas las que van desarrollándose.

¿En qué se resumió la obra mesiánica de Jesús?

En fundar en la tierra el Reino de Dios, según su misma expresión. Ese Reino consistió esencialmente en la participación del hombre á la vida de Dios; Jesús le llamó "la vida eterna." Para que el hombre nazca á semejante vida, el esfuerzo libre no basta absolutamente; es preciso que Dios mismo se comunique por una libertad infinita. La función propia del Mesías es realizar esta comunicación, dándonos el Espíritu de Dios. Por otra parte, el hombre debe consentir en esta efusión y prepararse á ella; ahora, ella exige dos condiciones: el arrepentimiento y la fe. Para el arrepentimiento y la penitencia, el hombre se confiesa pecador, se renuncia á sí mismo, se sacrifica todo entero con lo que él tiene de imperfecto, de malo y de limitado; por la fe él se adhiere á Dios, se abre á él y llega á ser un mismo Espíritu con él: el Reino de Dios comienza. El hombre pertenece á un mundo nuevo; él entra en la verdad eterna, en la caridad infinita, y él gusta ya, en lo más profundo de su conciencia, la paz, la dulzura y la felicidad de Dios.

Se ha preguntado cuál era el plan de Jesús, en el sentido humano de la palabra; hele aquí.

Nada de político y de terrestre; nada de imperfecto y de transitorio; nada de particular y de limitado. Todo es sencillo, universal, vivo, grandioso. La obra, bajo cualquier punto de vista que se le estudie, es esencialmente divina: en su resulta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, puesto que ella tiende á elevar al hombre hasta la vida de Dios; en sus medios, puesto que la única fuerza que puede llegar hasta lo Infinito, es el Espíritu vivo de Dios; en su autor, porque si él no tuviese en él la plenitud del Espíritu de Dios, él no podría comunicarle; en su objeto mismo porque ella no considera al hombre sino como un ser inteligente y libre, capaz de entrar en lo Eterno y lo Infinito llamado á vivir con la vida de Dios. Ella es la última palabra de la Providencia sobre la humanidad, la expresión absoluta definitiva de la religión, la consumación de todas las cosas y el término de las evoluciones progresivas del universo.

Un designio semejante está por encima de todo genio humano y de toda inteligencia creada; no pertenece á la creatura dar á Dios á quien no le pertenezca entrar por ella misma en la vida de Dios. Aquel que ha venido á realizar ese plan, aquel que le ha proclamado, querido, preparado, no puede ser sino Dios.

En efecto, como él llamó á los hombres á una obra divina, él se dijo, se declaró el Hijo de Dios. El ha consagrado todo su celo, toda la duración de su apostolado, á proclamar á los Judíos su filiación divina, y—que se entienda bien,—no una filiación moral que hubiera solamente implicado una relación moral, una unión de voluntad ó de pensamiento con el Padre celestial, sino una filiación absoluta que, haciéndola derivar del Padre en la comunidad de una misma naturaleza y la igualdad de una misma sabiduría, de un mismo poder y de una misma vida, le autorizase á llamarse por excelencia "el Hijo."

Ese Hijo de Dios no se mostró, es verdad, sino á través de la naturaleza humana en la que él se había encarnado, y por causa de esta encarnación, él se decía el Hijo del Hombre; pero la naturaleza humana no alteraba para nada la filiación divina, y la filiación divina no destruía en nada á la naturaleza humana.

Las esencias pueden unirse, ellas no pueden confundirse.

La filiación divina de Jesús es la única explicación de su vida, de su enseñanza, de sus actos, de su obra. Con ella, todo es verdadero, sabio, perfecto; sin ella, todo es chocante, escandaloso, blasfematorio: los Judíos hubieran tenido razón de condenarle y crucificarle. Ningún hombre tiene el derecho de decir lo que él dijo, de obrar como él obró, de exigir lo que él exigió, de prometer lo que él prometió.

Sólo el Hijo de Dios, igual á Dios, y el mismo Dios, podía promulgar, en su propio nombre, la ley moral; solo, él podía, al promulgarla, usar de esta fórmula: "Háse dicho á los antiguos; pero Yo, os digo. "Solo, él podía mandar á la naturaleza como Señor, sin apelar á Dios, puesto que era Dios, vivía, hablaba en él. Solo, él tenía el derecho de curar y de resucitar, puesto que siendo Dios, su palabra tenía la potestad creadora. Solo, él podía, en su nombre, lanzar á los espíritus malos, puesto que él tenía el Espíritu del mismo Dios. Solo, él podía perdonar los pecados, puesto que él era el Dios á quien el pecado ofende. Solo, él podía decirse la Luz del mundo, puesto que, en efecto, el Hijo de Dios es la eterna claridad. Solo, él podía decirse sin error, puesto que el error y el pecado son extraños á Dios y al hombre que ha recibido la plenitud de Dios. Solo, él podía exigir la fe absoluta y un amor sin límites, puesto que Dios es el todo del hombre. Solo, él podía prometer la vida de Dios, puesto que él la poseía como su bien propio. Solo, el podía darse como el Juez soberano de la humanidad, puesto que el juicio de las conciencias tiene su regla inflexible en la justicia de Dios y no pertenece sino á Dios. Solo, él podía decir que los cielos y la tierra pasarían, pero no sus palabras; porque la palabra de Dios es eterna. Solo, él podía decir que sus palabras eran Espíritu y Vida; porque lo que Dios dice y lo que Dios quiere, él lo hace: nada resiste á su voluntad y á su poder.

Todos esos rasgos esparcidos en los documentos, reunen las manifestaciones auténticas de Jesús, de su naturaleza y de su pa-

pel. Un designio y un maestro semejantes debían hallar, á lo que parece, en el pueblo que tuvo la gloria de verles, una acogida espontánea, entusiasta. La esencia misma de la obra de Jesús correspondía á lo que ella tenía de más vivo, de más profundo y de más puro en el genio religioso y el destino de Israel.

La alianza con Jehovah, el único y verdadero Dios, era el alma de ese pueblo; ahora, esta alianza estaba realizada de una manera absoluta por el hecho de la aparición del Hijo de Dios en medio de los Judíos, y por la comunicación de esta filiación divina á todos los verdaderos hijos de Abraham. El gran privilegio de Israel, la Ley,—de quien los doctores, á la verdad, despreciaban el espíritu,—no tenía mas que un fin: la justicia del hombre; ahora, para cumplir y consumar esta justicia, fué para la que Jesús trajo no un código escrito, sino el Espíritu vivo de Dios, única fuerza capaz de regenerar y de santificar al hombre. El papel de Israel entre los pueblos de la tierra era enseñar á todos el verdadero nombre de Dios; ahora, ¿la obra mesiánica, abriendo la entrada del Reino de Dios á la humanidad entera, no era ella el cumplimiento de ese papel providencial?

Quédase confundido al comprobar que esas verdades sencillas y resplandecientes no han conmovido á los espíritus, subyugado la opinión, deslumbrando á esos doctores y á esos sacerdotes.

El acontecimiento estaba previsto, anunciado hacía siglos por los profetas.

Uno de ellos había escuchado de lejos las deliberaciones homicidas de los Judíos; creeríase asistir, al leer sus profecías, á las maquinaciones del Sanhedrín contra Jesús:

"Hagamos caer al Justo en un lazo. El nos incomoda, él es contrario á nuestra manera de vivir, él nos reprocha la violación de la Ley, él nos deshonra, desacreditando las faltas de nuestra conducta. El asegura que él tiene la ciencia de Dios. El se llama el Hijo de Dios; él se ha convertido en el censor de nuestros pensamientos mismos. Su sola vista nos es insoportable. El se abstiene de nuestra manera de vivir, como de una cosa impura; él prefiere lo que los justos esperan en la muerte. El se glorifica de tener á Dios por Padre.... Condenémosle á una muerte ignominiosa."[1]

Isaías, entreviéndole de lejos, decía de él con tristeza:

"¿Quién ha creído en lo que hemos escuchado?

"¿A quién el brazo del Eterno ha sido revelado?

"El ha subido delante de él, como un débil vástago,

"Como una rama de una tierra seca.

"No había en él ni belleza ni brillo,

"Nada que ver que nos le haga desear.

"Despreciado y abandonado de los hombres,

"Hombre de dolor y consagrado al sufrimiento,

"Semejante á aquel de quien se aparta el rostro:

"Le hemos desdeñado, no hemos hecho ningún caso."[2]

Y el mismo Isaías, pintando el estado moral de la nación, decía:

"He alimentado hijos, les he educado:

"Ellos se han revelado contra mí.

"El buey conoce á su poseedor,

"Y el asno al establo de su amo:

"Israel no conoce nada

"Mi pueblo no tiene inteligencia

"Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de iniquidad,

"Tiene la astucia de los malvados, de los hijos corrompidos!

"Ellos abandonaron al Eterno. Ellos despreciaron al Santo de Israel."[3]

Los profetas multiplicaron las pinturas enérgicas del abatimiento moral de su pueblo:

1 Sabiduría. II.
2 Isaías. LIII, 3 y sig.
3 Isaías, I, 2, 5.

—"Escuchadme, exclamó Jeremías, pueblo insensato y que no tienes corazón:

"Ellos tienen ojos y no ven nada,

"Tienen oídos y nada oyen.

. . . . . .

"Ese pueblo tiene un corazón indócil y rebelde.

"Ellos se rebelan y se van.

"Ellos no dicen en su corazón:

"Temamos al Eterno, nuestro Dios."[1]

Y Ezequiel, figura del Mesías futuro, oía al Señor decirle:

"Hijo del Hombre, tú habitas en medio de un pueblo de rebeldes que tienen ojos para ver y que no ven nada, oídos para oír y nada oyen, porque es un pueblo rebelde."[2]

Isaías dijo la palabra profunda de ese misterio de ceguedad.

—"Yo oí, exclamó el Profeta, la voz del Señor que decía:

"¿A quién enviaré y quien llevará mis palabras?

"Yo respondí: Heme aquí, envíame.

"El dijo entonces: Ve y dí á ese pueblo:

"Escucharéis y nada comprenderéis;

"Veréis y no discerniréis,

"Haz inerte al corazón de ese pueblo;

"Endurece sus oídos y ciérrale los ojos,

"Para que él no vea con sus ojos, no escuche con sus oídos,

"No comprenda con su corazón,

"No se convierta y no sea curado."[3]

Y con una energía terrible, hablando del mismo fenómeno, dijo, todavía:

"Quedad atónitos y admirados,

"Cerrad los ojos. Haceos ciegos!

"Ellos están ébrios, pero no de vino.

"Ellos bambolean, pero no por haber bebido con exceso.

1 Jeremías, V, 21-24.
2 Ezequiel, XII, 2.
3 Isaías, VI, 8.

"Porque el Eterno derramó sobre vosotros un espíritu de sopor.

"El cerró vuestros ojos.

"El veló á vuestros Profetas y á vuestros príncipes que ven visiones.

"Y toda la revelación de los Profetas es para vosotros como un libro sellado.

"Qué se dará á un hombre que sabe leer, diciendo:

"Lee pues!

"Y quien responde: No puedo,

"Porque él está sellado;

"O como un libro que se le da

"A un hombre que no sabe leer, diciendo:

"Lee pues!

"Y él que responde: No se leer.

"El Señor dijo: "Cuando ese pueblo se acerca á mí,

"El me honra con la boca y los labios,

"Pero su corazón está lejos de mí,

"Y el temor que me tiene

"No es sino un precepto de tradición humana.

"Por eso yo tocaré aun á ese pueblo con prodigios y milagros,

"Y la sabiduría de esos sabios perecerá,

"Y la inteligencia de esos hombres inteligentes desaparecerá."[1]

Profecías sorprendentes, ellas no sólo anuncian la incredulidad judía, ellas la explican. Ese pueblo está decaído, degenerado, enfermo, corrompido, perverso: por esto su repudio.

¿Pero por qué Dios no ha iluminado á esos ciegos, abierto el oído á esos sordos, roto sus corazones endurecidos, encorbado sus frentes inflexibles? ¿La decadencia de un pueblo siempre es incurable? ¿Un soplo del Espíritu no puede siempre reanimar á los muertos? ¿Ese soplo no se ha levantado:

1 Isaías, XXIX, 9-16.

por qué? Es porque excede al horizonte estrecho de los pensamientos del hombre; él nos lleva hacia el mundo inaccesible de la conciencia y de Dios.

La Providencia siguiendo á las leyes que nos escapan, conduce á los seres libres, individuos y pueblos. Ella no les violenta, ni aun para llevarles á su destino; ella respeta su autonomía, hasta en sus extravíos y sus vicios; ella les retiene ó les abandona, sin que podamos comprender la causa de la retención ó del abandono. Los que se han salvado del mal experimentan la bondad del Libertador; los endurecidos prueban que, entregado á sí mismo, el hombre no es nada. En las profundidades de la Sabiduría infinita es en donde se abismaron los apóctoles, comprobando la infidelidad de su nación.[1]

El creyente adora, en los misterios impenetrables de Dios, la causa suprema de todo. Pero el historiador tiene el deber de buscar, en la vida de un hombre y de un pueblo, las causas segundas, aparentes é inmediatas.

El hombre es lento, resistente, duro al progreso, sobre todo al progreso moral y religioso. Las naciones son más lentas que el individuo, la humanidad más lenta que las naciones. Mientras más santa es la obra pedida, la resistencia es más áspera. Jamás obra más sagrada, más heróica, fué propuesta al hombre y á la humanidad, en la persona de un pueblo como la obra de Jesús. Israel, manteniendo su fe en un Dios único, en medio del universal paganismo y de la idolatría de los pueblos, guardando su Ley pura, en medio de los vicios que devoran á la tierra, había ya llenado uno de los papeles más santos: le quedaba presentar á la tierra al Salvador universal, é inaugurar con él el verdadero Reino de Dios.

Todo un pueblo arrastrado por los pasos de Jesús, lanzando á su voz, un gran grito de penitencia, proclamando por todas partes el verdadero mesianismo y convidando á los paganos á la buena nueva, á la Redención universal, á la transformación del mundo bajo la acción divina que se desbordaba: ¡qué prodigioso espectáculo! Aun cuando Israel hubiera perdido su nacionalidad, y que la sangre de la que estaba tan orgulloso, se hubiera fundido en todas las razas humanas, no había nada que echar de menos. El Cristo bastaba para su gloria, y él le hubiera eternizado en ese mundo en el que el reino del Hijo de Dios iba á ser inaugurado, llenando á los siglos y á los reinos de la tierra de sus virtudes, de su justicia y de su paz.

1 Juan, XII, 37 y sig.; Rom., X, XII.

La adhesión del hombre ó de un pueblo á la verdad moral y religiosa no se explica solamente por la evidencia intrínseca de la verdad, por su necesidad ó sublimidad, sino sobre todo, por el estado de las conciencias. Ahora, estudiando la historia de la nación judía, es imposible desconocer que en la época, en que Jesús, anunciado por Juan, hizo su advenimiento público, la decadencia era profunda, bajo el punto de vista político, religioso y moral.

De ahí, su incredulidad; de ahí, la oposición odiosa y sangrienta del poder con respecto á Jesús.

A primera vista, nada revela el abatimiento religioso ó moral de Israel. Ese pueblo aun parece haber crecido, cuando se le pone un paralelo con sus padres. El no va ya á inclinarse ante los ídolos paganos. Su monoteísmo se ha hecho inflexible. La famosa palabra: "Escucha, Israel, Jehovah es tu Dios, y Jehovah es uno," ha llegado á ser su fórmula preferida.[1] Jamás el culto ha sido más resplandeciente, más en honor. El Templo, reconstruído y embellecido por Herodes, es una de las maravillas del universo. Los dones allí afluyen. Los sacrificios son innumerables. El patriotismo se refuerza bajo la opresión; él se embriaga de esperanza en lo más duro de la prue-

1. Deut., VI.

ba, soñando en los días benditos del consuelo; él se confunde con la religión misma. La Ley, el conjunto de las prescripciones rituales, es el objeto de una sujeción apasionada.—"Todo se nos puede quitar," decía Josefo, con un acento mismo, "nuestra nacionalidad, nuestras ciudades, y todos nuestros bienes; pero la Ley nos quedará siempre." [1] Por lejos de la patria que se lleve á un Judío, él no temerá á la tiranía que le oprime, más que á la Ley." Y, en efecto, según el mismo historiador, se ha visto á muchos cautivos judíos sufrir el tormento y todos los suplicios, mejor que dejar escapar una palabra contra la Ley y los santos Libros. [2]

El monoteísmo inflexible, el esplendor del culto, el apego fanático á la Ley y á las observancias tradicionales, el patriotismo sagrado y feroz podían hacer creer en el progreso; ellos no son sino una máscara. Las decadencias son como las enfermedades, ellas se disimulan algunas veces bajo apariencias seductoras. Naciones é imperios se desploman, frecuentemente, en plena orgía y en plena fiesta. En la víspera de ser vencido, el paganismo jamás había estado más superabundante. Todos los grandes cataclismos que caen sobre la humanidad, la sorprenden en una actividad febril é inmoderada que se tomaría por un desbordamiento de vida.

Ese pueblo, eminentemente religioso y sacerdotal, muestra en su decadencia rasgos particulares. Todos los elementos de su religión son atacados: poder, ciencia, conciencia, ley, moralidad.

El sacerdocio es envilecido. El tiembla ante la autoridad pagana de la que es la criatura. Los más elevados puestos, las más elevadas dignidades, la presidencia y la vicepresidencia del Consejo supremo, el soberano pontificado, son ocupados por los Saduceos, esos escépticos que no creen ni en la

1 Contr. App., II, 38.
2 Id., I, 8.

resurrección, ni en la inmortalidad, ni en los espíritus, ni en la Providencia. ¡Extraños pontífices! la religión, para ellos, se limita á este mundo; ella es el código escrito, consagrado, inmutable, que asegura el buen orden y la paz; inexorables en sus juicios, por la severidad ellos marcan su celo. Ellos se apegan al esplendor del culto, aconsejan multiplicar las ofrendas, explotan la piedad del pueblo, aumentan sus rentas con los diezmos y la venta de las víctimas, cuyo monopolio se reservan. ¿Qué eco podía hallar la palabra de un Profeta y la del mismo Dios, en esos espíritus sin fe, en esos corazones embotados, en esos seres codiciosos, amigos del fausto y de la opulencia? Ellos son los que prodigan á Jesús esta ironía y esa rechifla cuyo eco le encontramos en el cuarto Evangelio.

La ciencia religiosa del partido fariseo no ofrece el menor contrapeso á la influencia nefasta de ese sacerdocio desacreditado. Ningún gran problema atormenta á esos maestros. Obedeciendo al genio práctico de su raza, tenían verdades religiosas apremiantes que enseñar. Les pertenecía interpretar la acción de Dios para con su nación; porque el deber de los que piensan y de los que saben, es dirigir siempre la conciencia de un país.

En ese tiempo mesiánico, la ciencia judía debía interrogar las señales verdaderas de esa época decisiva, tratar de comprender la naturaleza del gran Enviado y su papel divino. Este es el punto más desconocido, el más abandonado, tanto para los judíos del helenismo alejandrino, como para los doctores de Palestina. Estos últimos, en vez de luchar por una enseñanza sacada de la escuela de los profetas contra el grosero materialismo que extravía al pueblo y produce apocalipsis de una imaginación sin freno, le sufren ellos mismos y le consagran. [1]

Ellos tienen en la mano el Libro de los profetas, las más

1 Cf. Das Judenthum zur Zeit Christi, von J. Langen.

luminosas palabras que jamás ningún pueblo ha escuchado; ellos podrían descubrir ahí el genio de su raza, el espíritu de su Ley, la razón de ser de su nacionalidad, el secreto de sus esperanzas de porvenir y de su alianza con Dios; ellos no quieren, no saben leerle. Ellos tuercen el sentido, á merced de su ciencia engañosa, y ellos se absorven en las sutilezas de la jurisprudencia y de la casuística. Todo el fin de la vida, para ellos, es cumplir á la letra los mandamientos. He aquí lo que constituye la verdadera justicia. ¿Que contiene esa letra? ¿Cómo, en qué condiciones ella es exactamente observada? Hé aquí lo que se trata de mostrar. Todas las cátedras resuenan con esas discusiones, cuya puerilidad, la extravagancia, el formalismo estrecho, revelan una irremediable decadencia.

En realidad, el sentido religioso está embotado. Este pueblo está cerrado á la acción divina; el Espíritu que suscitó á los profetas y que les recordaba tan poderosamente sus deberes y su elevado destino, no habla más. El está mudo hace siglos.

¿De qué sirve proclamar que Jehovah es el único Dios y que no hay otro Dios que Jehovah? Entre Jehovah y su pueblo no hay allí lazo vivo. El carácter de la religión de Israel era precisamente la intervención personal y constante de Dios, manifestando su voluntad á su pueblo por los profetas, los sacerdotes y los reyes; ahora bien, hace siglos esta intervención está paralizada.

Los doctores y los jefes proclaman á Dios el Unico, el Invisible, el Inaccesible; ellos ponderan en una theurgia semipagana, las virtudes sobrenaturales de su nombre inefable, evitando pronunciarle por un respeto supersticioso; pero ellos no están en relación con su Espíritu; y si la palabra eterna cae en una conciencia santa, ellos son incapaces de entenderla.

Bajo semejantes pontífices, á merced de tales maestros, las conciencias enervadas pierden el sentido del deber y no conocen ya la legalidad. La práctica exterior, la oración, el ayuno y la limosna, las abluciones, los sacrificios y el reposo sabático;

pero la pureza interior, el amor ardiente de Dios, la misericordia para con el prójimo, la humildad, la penitencia, la justicia y la rectitud, no figuran para nada. La pasión del lucro y de la riqueza, la avaricia y la codicia, el desprecio del pueblo y de los pobres, el egoísmo y el orgullo, se enmascaran con las apariencias de la virtud.

El adulterio ha llegado á ser un vicio universal, y—lo que hay de más grave,—se cubre y se autoriza con la legalidad. El Fariseo devoto no tiene ningún escrúpulo de repudiar á su mujer, por el motivo más fútil. El "libellum" oficial de repudiación todo lo santifica. Cuando Jesús llama á sus contemporáneos una generación perversa y adúltera, esta última expresión puede ser tomada al pie de la letra: ella estigmatiza la corrupción que degradó al matrimonio entre los Judíos. No solamente es el adulterio legal, es la poligamia.

En los documentos talmúdicos, en donde el alma y el genio del fariseísmo más riguroso se han impreso tan fuertemente, jamás se escucha la voz de la voluntad sincera estar en disputa con las energías del mal, no se sorprende jamás la confesión de la impotencia del hombre ante el deber. Para esos Fariseos soberbios y tan escrupulosos, la Ley no es mas que una alianza material entre Jehovah y su pueblo, un conjunto de prescripciones y de reglamentos cuyo cumplimiento será una fuente de felicidades y la violación una causa de desgracias.—"Se fiel," dicen los maestros, "tú serás recompensado;" y si no lo eres, el castigo es cierto, inexorable." Todo está ahí.

Un servilismo interesado es el alma de la religión así entendida. Esto es una verdadera convención entre señor y esclavo. Nada más antireligioso que ese egoísmo devoto. El todo lo ha invadido en ese pueblo que no ve sino á él y que hace del humilde y dócil servidor de Jehovah un rudo mercenario.

Como todos los pueblos en decadencia, el pueblo Judío, en la época de Jesús, está bajo la tiranía de preocupaciones vigo-

rosas. El no comprende para nada el día siguiente, él pierde el sentido de su destino, él tiene las embriagueses y la ceguera del orgullo. El no sospecha ni su abatimiento ni su degradación. Sus esperanzas son locas. Todo lo que él ha querido le ha sido rehusado; todo lo que él ha esperado le ha burlado; todo lo que podía salvarle le es velado y él lo rechaza.

El se estima el privilegiado de Jehovah, y no ve lo que su Dios pide de él; él tiene más que nunca la enfatuación de su raza y de su sangre, y no duda que esta raza y esa sangre van á ser reprobadas; él tiene el celo feroz de su Ley que él sueña universal, ella está en la víspera de ser prescrita; él espera su resurrección nacional, y él está condenado para siempre á ser destruído como pueblo; él cuenta con un Mesías glorioso, y le será dado humilde y sin pompa; él está ebrio de las alegrías terrestres y del triunfo, él va á estar lleno de infortunios sin nombre, y hollado por los pies de los Gentiles.

La decadencia de un país, de una raza ó de una religión es irremediable, cuando tales errores prevalecen. En la época de Jesús, ellos no eran solamente una atmósfera en la que se respiraba y se vivía, ellos hacían ley en las escuelas; los maestros los enseñaban oficialmente, y la jerarquía los cubría con su potestad.

La Providencia no abandona á su pueblo en el abismo en el que se sumerge: ella va á intervenir visiblemente, poderosamente.

Un profeta aparece. Nada era más grave, más solemne como ese despertamiento repentino del Espíritu de Dios, después de cuatro siglos de mutismo, de adormecimiento. Juan recibe de lo alto todo lo que puede conmover, iluminar á su país y disponerle á comprender la voluntad de Dios. Israel espera á su Mesías y una edad nueva: él le anuncia, le pinta, le señala, le muestra con el dedo. El pueblo ama en sus videntes la austeridad: Juan la posee en un grado heróico. El busca la justicia: Juan no enseña mas que á ella en sus exhortaciones

á la penitencia. Los ritos tienen atractivo para él: Juan adopta aquel que está más en voga, el bautismo como símbolo de las virtudes que él reclama. El no hace milagros, ciertamente, pero su vida santa es un milagro perpetuo. El pueblo jamás ha obedecido sino por el golpe de las amenazas de su Dios: ellas estallan en los labios del Bautista, vehementes, espantosas. Pero el Precursor no haya mas que indiferencia, hostilidad ó desprecio ante los jefes y maestros, los hombres del poder y los guardianes de la ciencia ortodoxa; la multitud obscura, los pobres sin crédito ni virtud, los pecadores, los publicanos y las cortesanas sólo corresponden.

Entonces, Dios llama á su Elegido y á su Cristo; él pone en él la plenitud de su Espíritu. El es el Hijo de Dios mismo, visible en el Hijo del Hombre.

Todo lo que puede despertar, atraer, iluminar, remover, transformar, apaciguar, purificar, santificar la conciencia está en él. El habla como jamás hombre alguno ha hablado. El promulga una ley santa que no solamente contradice á la ley reinante, sino que la corrige y la perfecciona. El tiene la mansedumbre que persuade, la bondad que se hace amar; él no es insensible á ninguna debilidad, á ningún dolor, á ninguna miseria. El multiplica los prodigios á merced de una caridad inagotable. El tiene el celo ardiente é incorruptible. El no perdona ningún vicio pero ningún pecador temeroso es rechazado por él.

La conciencia de ese pueblo permanece inerte; ella no se despierta á su voz sino para levantarse terrible contra él. Nada le desarma. La oposición que había hallado Juan se agrava sin medida respecto á Jesús.

Si él tenía todo lo que puede abrir y salvar la conciencia, es preciso reconocerle, él tenía todo lo que lastima y exita las preocupaciones más ardientes, las más vivaces, aquellas que ciegan á la multitud, y á aquellas más temibles, que extravían á los hombres del poder y á los maestros de la ciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Se espera á un Mesías glorioso, resplandeciente: él se presenta pobre y humilde. Se sueña con un Mesías político tanto como religioso: él repudia todo papel político. Se espera á un personaje que deslumbrará con señales celestiales: él vela su potestad bajo una bondad sin ostentación. Se quiere una emancipación de la nación oprimida: él recomienda pagar el tributo al César, consagrando así por su doctrina la decadencia política de su pueblo. Se tiene la pasión de un reino terrestre que eclipsará á los imperios paganos: él no habla sino de un reino espiritual. Se tiene el odio y el desprecio del Gentil: no le falta una ocasión para alabar su fe. Se cree en la eternidad del Templo: él anuncia su destrucción próxima. Se ve á la Ley como el código definitivo de la alianza con Jehovah: él proclama que va á perfeccionarla. No se busca sino la pureza legal: él no habla sino de la pureza del corazón. Se cree que el título de Hijo de Abraham da derecho al Reino de Dios: él dice que para ser incorporado al Reino, es preciso renacer, arrepentirse, y creer. Se multiplican los ritos: él les llama vanos, y pide la obediencia, la misericordia y la justicia. Se relega á Dios por un falso respeto, en un aislamiento inaccesible: él le muestra en él, él se dice el Hijo de Dios, el igual del Padre, uno con el Padre, obrando como el Padre, vivificando lo que está muerto, juzgando todo, sentado á su diestra.

Entre Jesús y la opinión judía entre el Enviado de Dios y la nación que se consideró como la nación santa, y la contradicción es absoluta.

Queda, sin embargo, en el seno del pueblo judío, algo escogido, desconocido que escapa más ó menos al contagio: conciencias puras, espíritus rectos, temiendo al mal, viviendo con la voluntad del bien, dispuestos á aconsejar la verdad y á confesar su miseria.

Esta es la reserva de Dios en un pueblo, como los elementos sanos son la reserva de la vida en un cuerpo enfermo. Si ella desapareciera, si ella fuese aniquilada, la muerte sería fatal: cuando ya no hay más justos en Sodoma, la lluvia de azufre y de fuego la devora.

Esos elementos están esparcidos en todas partes, en todas las clases y en todas las profesiones: ellos son más numerosos, sin embargo, entre los pobres que entre los ricos, entre los ignorantes que entre los sabios, entre los publicanos que entre los Fariseos, entre los pecadores que entre los que se llaman justos, entre los hombres extraños á la administración y al poder que entre los gobernantes.

No hay por qué sorprenderse. Riqueza, ciencia, religión exterior, poder, son otras tantas fuerzas que, en las épocas de decadencia, agravan la corrupción y aumentan las preocupaciones.

Por tanto, entre las gentes de condición inferior es en donde Jesús ha hallado y reclutado á sus discípulos. Ellos se reconocen todos por esta señal: la conciencia en ellos es más fuerte que las preocupaciones y los vicios. Ahora bien, Jesús, hiriendo á las preocupaciones y apelando á la conciencia, debía ser rechazado por éstos y acogido por aquellos.

Los fieles eran el pequeño número. De los millones de Judíos que escucharon su palabra, en la Palestina entera conmovida, algunas centenas le siguieron.

Esto era poco para un hombre, aun cuando hubiera tenido en su poder todos los recursos del genio. Esto era bastante para Jesús. El voluntariamente repudió todos esos recursos, no pide sino conciencias fieles, él las ha obtenido; ellas le bastan; él todo lo vencerá con ellas.

Jesús ve levantarse en su contra á las fuerzas más temibles que un pueblo pueda oponer á un hombre: el Poder, la Ciencia y la Multitud.

El Poder le repudia y le condena en nombre de la política y de la seguridad nacional; la Ciencia le anatematiza en nombre de la Ley santa y de la ortodoxia; la Multitud le rechaza en nombre del patriotismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las mismas fuerzas que se han conjurado en el pueblo judío contra Jesús se perpetúan en la humanidad para entorpecer la obra de su Espíritu y de sus enviados.

La política siempre tiene sus razones de Estado; la Ciencia reinante, la inexorable ortodoxia de las falsas religiones, siempre han tenido sus anatemas; y las preocupaciones populares siempre sus violencias para tratar de abatir al Hijo de Dios, de entorpecer los progresos de su Reino, y para impedir á los sencillos entrar allí. Pero esta conjuración, un momento victoriosa, no hará más que servir á los designios de Dios.

Ante esas fuerzas rebeladas, Jesús no tiene otra alternativa que resistir ó sufrir libremente la violencia.

El no resistirá. Sin duda, resistiendo, puede vencer: pero se lucha contra el Poder, por la rebelión; contra la ciencia religiosa oficial, por compromisos y una aparente sumisión; contra las pasiones populares, engañándolas: una táctica semejante es el gran arte de los ambiciosos. Esos hábiles se distinguen en tomar por punto de apoyo á las ideas reinantes, y en revelar con potestad las aspiraciones del país que ellos quieren conducir y educar. Ellos apelan al partido del que se constituyen los jefes; y á fuerza de astucia y de luchas, de violencias y de éxito, llevan al Poder á capitular. Los genios religiosos de la antigüedad que no se han limitado á ser predicadores y moralistas, como Cakya-Mouni y Confucio, todos han obrado conforme á las leyes de la política humana.

Semejante conducta implica la alianza con las fuerzas malas, á las que este mundo está entregado; ella mancha á todos aquellos que han puesto el éxito más elevado que la moral y la santidad.

Jesús ignora esos procedimientos, sin otro punto de apoyo que él mismo y el Padre de quien ejecuta los designios eternos; él se eleva por encima de todos los genios, en el aislamiento de su grandeza. El no traduce por las ideas reinantes, las aspiraciones de su pueblo; él las combate. Su doctrina del

Reino de Dios está en contradicción absoluta con el poder, los jefes de escuela y los sueños de la multitud. Ni un partido que pueda reclamarlo como jefe. Saduceo, Fariseo, Herodiano, Esseniano, ninguno halla en él la expresión de sus dogmas. Ningún compromiso con la ciencia errónea de los maestros; ninguna habilidad, en el sentido humano de la palabra. El equívoco era fácil y tentador con respecto al título de Mesías. Ahora bien, se ha podido comprobar la circunspección con la que Jesús lo evita ante la multitud y en Jerusalem principalmente: detalle característico que atestigua su voluntad de no pactar con las preocupaciones.

El nombre de Hijo de David le inquietó alguna vez; él no le tomó jamás por sí mismo, designándose siempre por los dos títulos de Hijo de Dios y de Hijo del Hombre.

Uno y otro eran la expresión pura y adecuada de su ser; ellos insinuaban su verdadera función, sin ambages y sin peligro para la conciencia del pueblo.

Ningún llamamiento á la fuerza; ni una exclamación contra el Poder. La violencia material le es extraña. El es el "Cordero de Dios," en su corta vida terrestre, y no el León de Judá. "Humilde y dulce de corazón," como á él le agradaba decirlo, viene "á salvar y no á perder, á dar su propia vida y no á arrebatar las de los demás." El pide al hombre la abnegación total, él mostrará al hombre cómo se sacrifica.

Por ahora, su misión está terminada: él puede desaparecer. Por lo mismo, no tratará de conservar una vida que ha dado al Padre toda la gloria que él esperaba, y á su pueblo todos los testimonios que le hubiesen iluminado y salvado, si su pueblo hubiera podido ser iluminado y salvado.

Al volver á Bethania con sus discípulos, después de las últimas luchas del martes, Jesús está más que nunca penetrado, absorvido por el pensamiento de su muerte.

Los acontecimientos van á desarrollarse bruscamente, de

improviso. La multitud que primero le había aclamado, esperando ver, en fin, grandes señales en el cielo, como la aurora de la era mesiánica, se desalienta. Ella no comprende un Reino de Dios humilde y perseguido. El hosanna expira en sus labios de patriotas abatidos. El partido fariseo, escandalizado, clama al blasfemo. La jerarquía quiere terminar con un golpe enérgico pero prudente, con esa agitación que le irrita y le inquieta.

La alta asamblea se ha reunido en el patio del palacio del gran sacerdote.[1] Los jefes de las familias sacerdotales y los ancianos del pueblo, bajo la presidencia de Kaifas, deliberan. La resolución que se toma es la de apoderarse de Jesús por la astucia y matarle. Todos son de opinión de retardar la ejecución de la medida después de la fiesta, para no suscitar un motín.

La sabiduría de esos políticos se engaña. En el día de la Pascua es en el que Jesús será matado. No habrá motín: que ellos se aseguren. El pueblo, lejos de rebelarse en su favor, le abandonará. Una parte de esa multitud, de la que Jesús siempre había presentido su ligereza, la movilidad y la timidéz, pedirá hasta su muerte. Ellos no tienen que desplegar la astucia, para arrestar á Jesús: un incidente imprevisto va á entregárseles.

Una crisis espantosa asolaba á uno de los apóstoles.

En ese mismo dia en el que, reunidos en torno del Maestro tenían el alma obscurecida por el pensamiento de su muerte, uno de los Doce, aquel á quien estaba confiado el pequeño tesoro de la comunidad, Judas el Iscariote, meditaba hacer traición á su Maestro.

¿Cómo semejante idea había germinado en ese espíritu, si él había tenido fe en el Hijo de Dios? Y si él había permanecido cerrado á la confianza y al amor, ¿cómo había podido

[1] Mat., XXVI, 1-5; Marc., XIV, 1 y sig.; Luc., XXII 1 y sig.

vivir, durante dos años, en la intimidad de Jesús? La conciencia del hombre es un abismo insondable; todos los crímenes y todos los heroismos pueden nacer ahí; ella tiene el instinto de todas las grandezas y el germen de todas las miserias. Las sugestiones satánicas la estrechan; los llamamientos de Dios la aguijonean. ¿Por qué el hombre colocado entre esas dos fuerzas contrarias deja prevalecer en él mejor á la una que á la otra? ¿Por qué se convierte en el esclavo del espíritu malo y no en el instrumento libre y dócil de Dios? El temperamento, las circunstancias del medio, las ideas personales, no dan del fenómeno una explicación suficiente. La voluntad es dueña de sí misma; ella puede dejarse dirigir ó seducir, oprimir ó exaltar, esclavizar ó libertar. El atractivo soberano de la verdad y de la virtud, puede dominar en ella todas las fuerzas contrarias de las pasiones, de los errores, de los medios. Cuando ella desfallece, ella no se debe tomar sino de sí misma, y cuando ella triunfa, ella siente que su energía viene de la Fuente infinita de todo bien.

El hombre que resiste largo tiempo á Dios, se endurece y se embota. Las inspiraciones divinas no le conmueven, no le atraen; pero él llega á ser maleable y dócil á la acción del espíritu malo. El mal se encarna en él, le posee, le reduce al estado de esclavo, y en esta obsesión tiránica no hay un crimen del que él no pueda tener la idea y del que tiene el poder de cometer. El odia el Bien. El odia á Dios.

Esta ley psycológica es la razón del misterio de iniquidad sepultado en la conciencia de Judas.

Evidentemente, el traidor ha debido, durante los dos años de su intimidad con Jesús, resistirse contra el Espíritu del Maestro. Los discípulos fieles se elevaban, se dulcificaban, se transformaban, deponiendo los errores, los vicios, las inclinaciones de su naturaleza, de su raza, de su religión; ellos entraban poco á poco en el Reino de Dios por la fe, la docilidad, la humildad y el abandono de todas las cosas; pero él, el falso apóstol, debía obstinarse en su propia naturaleza, encapricharse

con sus instintos terrestres, con las tendencias del medio que Jesús venía á combatir. En apariencia, él participaba de los sentimientos generosos de sus compañeros; en realidad, él no buscaba sino su interés miserable. El estaba condenado á la hipocresía de todos los instantes y él afectaba, sin duda, velar con celo por la pequeña administración material de la comunidad.[1] Tal vez él acarició, como otros muchos, la idea de un Reino terrestre en el que su codicia sería satisfecha. Esta hipótesis explica su persistencia en vivir en el séquito de su Maestro, al que rehusaba la fe, entre los compañeros de quienes él no participaba ni el amor ni el culto.

Jesús conocía el alma del traidor. En una hora decisiva para los Apóstoles, abandonado de los Galileos que querían imponerle un papel político, él preguntó á los Doce, si también ellos querían dejarle como el pueblo, y lanzando sobre ellos una mirada profunda y llena de ternura, les dijo:—"¿No os he escogido á todos?" Después, interrumpiéndose, agregó esta palabra de un dolor inexplicable: Y sin embargo, existe entre vosotros uno que es diablo."[2]

La palabra designaba á Judas: él reveló con energía lo que pasaba en la conciencia del miserable, invadido ya por el espíritu de Satanás.

Hase preguntado, cómo Jesús sabiendo el estado verdadero de ese discípulo no le excluyó severamente. Cualquier hombre hubiera arrojado á ese indigno: el Hijo de Dios le guardó. La bondad, la mansedumbre sin límites: ved el móvil profundo de todos los actos de Jesús. Para con la nación judía, el pueblo y sus jefes, él agotó todos los medios para iluminarles y salvarles; él agota con respecto á Judas los tesoros de su longanimidad.

Aquel á quien el Espíritu de Jesús no ha arrancado de la tierra y elevado hacia Dios; aquel que no ha creído en el más

1 Juan, XII, 6; XIII, 29.
2 Juan, VI, 70.

grande, en el más dulce, en el único divino de los Maestros; aquel que no habiéndole amado, no ha aprendido de él la dulzura, la abnegación, el sacrificio, aquel debe ser la presa del espíritu del mal, de la torpe codicia, de la falsedad, de la avaricia inmunda y del más vil egoísmo; él debía sufrir los sortilegios y los caprichos, y en la lucha sangrienta que iba á empeñar con el Espíritu de Dios, viviente en Jesús, con el espíritu malo agitando las conciencias obstinadas de la nación judía,—aquel tenía su papel satánico, marcado de antemano.

Tratábase de apoderarse en secreto de Jesús; Judas se ofreció.[1]

La causa del Profeta, de la que él había descontado el éxito humano, está decididamente perdida. El se llega á los que triunfan, á los jefes de la clase sacerdotal, dispuesto á servirles. El se muestra á ellos con su venalidad; él no sólo le entrega, él le vende. Todo traidor está duplicado de un egoísta feroz que no se olvida jamás. Aquel era codicioso, avaro: su traición es un mercado.

El dijo á sus cómplices:—¿Cuánto queréis darme? y os lo entrego.

Se le prometieron treinta siclos de plata,[2] el precio de un esclavo.[3] Los miembros de la alta asamblea, apreciando así á Jesús, le deshonraban más, que ellos no pagaban al traidor.

Aquel aceptó. Por lo demás, sin descubrir todavía su proyecto infame, buscaba el momento oportuno para ejecutarle.

Mientras que en Jerusalem Judas hacía traición, y que el Sanhedrín delibera y conspira, Jesús, retirado en Bethania, lejos de la multitud, prepara á sus discípulos á su muerte próxi-

1 Mat., XXVI, 14, 16; Marc., XIV, 10 y sig.; Luc., XXII, 3-6.
2 El *siclo* de plata ó *stater*, el más esparcido de todas las piezas judías, después del tiempo de los Macabeos, valía 4 dracmas, ó sea 3 francos, 50 céntimos de la moneda francesa (65 centavos de la mexicana). El precio en el que Judas vendió á su Maestro,—treinta siclos de plata—sería de ciento cinco francos (veintiun pesos).
3 Exod., XXI, 32.

ma. Ahí, oculto á sus enemigos, pasa en la soledad el miércoles. No nos ha quedado mas que una palabra de sus últimas pláticas; con su laconismo conmovedor, él resume el pensamiento que les llenaba:—"Sabedlo," les dijo, "dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado."[1]

1 Mat., XXVI, 2.

CAPITULO VI.

ÚLTIMA PASCUA.—LA GRAN INSTITUCIÓN DE JESÚS.

La Pascua era para los Judíos la fiesta por excelencia. Su nombre[1] recuerda el paso misterioso de Jehovah en esa noche terrible en la que el angel exterminador hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto y perdonó á los Hebreos. Recuerda á Israel otro paso, el de la servidumbre á la libertad. Ninguna fiesta era más popular. Ella inauguraba el año religioso, duraba ocho días, del 14 al 21 de Nizan. El pan fermentado estaba rigurosamente prohibido; se le comía ázimo. De aquí, este otro nombre de Fiesta de los Azimos, para designar el día de la Pascua.

Desde el 13, el jefe de familia tomaba una lámpara, visitaba su morada, á fin de destruir toda la levadura y la pasta fermentada. Se las quemaba en un vaso, al aire libre. La fiesta se abría al son de trompetas, é inmediatamente, los dueños de la casa ó sus criados compraban el cordero, un cordero de un año y sin mancha. Se le llevaba al Templo; los sacerdotes le

1 En hebreo *Pasek*: paso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma. Ahí, oculto á sus enemigos, pasa en la soledad el miércoles. No nos ha quedado mas que una palabra de sus últimas pláticas; con su laconismo conmovedor, él resume el pensamiento que les llenaba:—"Sabedlo," les dijo, "dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado."[1]

1 Mat., XXVI, 2.

CAPITULO VI.

ÚLTIMA PASCUA.—LA GRAN INSTITUCIÓN DE JESÚS.

La Pascua era para los Judíos la fiesta por excelencia. Su nombre[1] recuerda el paso misterioso de Jehovah en esa noche terrible en la que el angel exterminador hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto y perdonó á los Hebreos. Recuerda á Israel otro paso, el de la servidumbre á la libertad. Ninguna fiesta era más popular. Ella inauguraba el año religioso, duraba ocho días, del 14 al 21 de Nizan. El pan fermentado estaba rigurosamente prohibido; se le comía ázimo. De aquí, este otro nombre de Fiesta de los Azimos, para designar el día de la Pascua.

Desde el 13, el jefe de familia tomaba una lámpara, visitaba su morada, á fin de destruir toda la levadura y la pasta fermentada. Se las quemaba en un vaso, al aire libre. La fiesta se abría al son de trompetas, é inmediatamente, los dueños de la casa ó sus criados compraban el cordero, un cordero de un año y sin mancha. Se le llevaba al Templo; los sacerdotes le

1 En hebreo *Pasek*: paso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

degollaban, derramando su sangre sobre el altar de los holocaustos, y la víctima así preparada debía ser comida, en la noche, en un festín religioso: esto es lo que se llamaba "hacer la Pascua."

El primer día de los ázimos, el 14 de Nizan, en el año 30 cayó el 6 de Abril, un jueves.[1]

Jerusalem está ya en movimiento para cumplir todos los ritos.[2] Se quema la levadura, se escoge una agua y una harina puras para coser los panes no fermentados. Se compran los corderos. Los atrios de los Templos están obstruidos por una multitud de gentes que llevan el cordero escogido, sobre sus espaldas, y que piden á los sacerdotes inmolarle. La sangre corre á torrentes sobre el altar de los holocaustos: por millares degüéllanse á las víctimas. Por todas partes los cenáculos se preparan, y los lechos del festín se preparan para la comida de la noche.

Jesús no ha abandonado á Bethania; sin embargo, él quiere celebrar la Pascua, y es en Jerusalem, en el recinto mismo de la ciudad, en donde debe ser comida. Viendo que el tiempo había llegado,[3] sus discípulos se acercaron á él:—Maestro, preguntaron, ¿en dónde queréis que vayamos á preparar la Pascua?

Judas estaba encargado, de ordinario, de aquello que se refería á la vida material de la comunidad; esta vez, fué excluido. Jesús designó á Pedro y á Juan.

—"Id," les dijo, "preparad lo que es necesario para comer la Pascua. Al entrar en la ciudad, hallaréis á un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle á la casa en la que entrará. Y diréis al jefe de la casa: El Maestro os envía este mensaje: ¿En dónde está el lugar en el que podré comer la Pascua con mis discípulos?

1 Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.

2 Todos esos ritos han sido cuidadosamente conservados con todos sus detalles por el Talmud. Cf. Hieros., Pesachim., passim.

3 Mat., XXVI, 17 y sig.; Marc., XIV, 12 y sig.; Luc., XXII, 7 y sig.

Y él os mostrará una cámara alta,[1] un gran cenáculo, amueblado para el festín: preparad allí todo lo necesario."

Jesús escogió en su pensamiento el lugar de su última Pascua. El es, cuando quiere, el dueño de los hombres: lo que él les pide, ellos lo hacen. Ese jefe de familia desconocido cumplirá su deseo; dará al Señor su cámara alta. El fué tal vez uno de los partidarios adictos y ocultos. Una tradición venerable habla de José de Arimathea. Las señales por las que los discípulos le reconocieron denotan en Jesús una ciencia sobrenatural que el espacio y el tiempo no limitan absolutamente, y que apercibiendo las cosas lejanas, como si ellas estuviesen presentes, lee en el porvenir. El guarda, hasta con los discípulos que él envía, el secreto de ese lugar predestinado; diríase, por el misterio con que se cubre, que él quiere asegurarse horas tranquilas que nada del exterior venga á turbar. El tiene que temerlo todo: el complot de Judas está decretado.

La confianza de Pedro y de Juan en aquel á quien ellos llamaban el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es ciega, absoluta. Ellos no interrogan ni discuten. Ellos escuchan y se van, dichosos de haber sido elegidos por el Maestro.

Al entrar en la ciudad, ellos hallaron todas las cosas como él se los había dicho, y prepararon la Pascua.

El cordero de un año y sin mancha, escogido por ellos, fué inmolado en el Templo por la mano del sacerdote; después, según el uso, asado y sazonado con yerbas amargas. Los panes ázimos fueron cocidos y el vino recogido en las ánforas. El pan sin levadura y la sazón amarga simbolizaban los sufrimientos de la servidumbre; el cordero recordaba á la víctima cuya sangre había servido para señalar las puertas de las casas de los Judíos y para preservarlos de la cólera del Angel exterminador. En otro tiempo se le comía en pie, con el báculo en la mano, los riñones ceñidos, como viajeros dispuestos á

1 Ἀνάγαιον designa una cámara alta encima del piso de la calle, una de esas salas que los Judíos se arreglaban en el piso superior de las casas, ó sobre las terrazas de las habitaciones más pobres.

partir. El tiempo había modificado ese detalle. Los Judíos en la época de Jesús, celebraban la comida del cordero reclinados en los lechos. "Comer de pie," dicen los Rabinos del Talmud, "conviene á los sirvientes; acostados conviene á los señores. Sin duda, es el pan de la aflicción y de la servidumbre el que comemos, pero él debe ser comido á la manera de los seres libres, de los reyes y de los grandes." [1]

El número de los convidados no debe ser inferior á diez, y él montaba algunas veces hasta cuarenta ó cincuenta. El cenáculo estaba adornado con alfombra y cortinaje. En medio, un poco elevada, se levantaba la mesa única teniendo el cordero, los panes ázimos y la copa de vino que se pasaban los convidados. En derredor de la mesa, en semicírculo, los lechos estaban preparados, ligeramente inclinados un poco sobre el piso. Cada convidado debía extenderse sobre el costado izquierdo, con la mano derecha libre. El primer lugar estaba en el centro, el segundo á la izquierda, el tercero á la derecha, y así en seguida. [2] Entre los lechos y los muros, los criados podían ir y venir libremente á la llamada del amo.

Por la noche, Jesús abandonó á Bethania con los discípulos, vino á la ciudad, al lugar mismo que él había designado, y en donde Pedro y Juan todo lo habían dispuesto.

A la hora del festín, después de la puesta del sol, se puso en la mesa. El ocupaba el lecho de honor: Pedro estaba detrás de él á su izquierda; Juan á su derecha. Inclinándose un poco hacia atrás, el discípulo amado podía reclinar su cabeza sobre el pecho de Jesús. Judas estaba con los Doce. Al verse entre los suyos, Jesús profirió una palabra en la que se mezclan una alegría y un dolor profundos: "He deseado," dijo, "con un gran deseo, comer esta Pascua con vosotros, antes de que yo sufra. Yo ya no la comeré, sino hasta que se haya

1 Babyl. Berac., fol. 46, 2.
2 Hieros. Taanith., fol. 68, 1.; Babyl. Berac., fol. 64, 2.

cumplido en el Reino de Dios." [1] El está emocionado y triste, pensando que esta Pascua es la última. Pero él reservó para esta reunión grandes cosas y las señales supremas de su amor: él se estremece con la idea de lo que va á revelar y de lo que va á hacer.

Conforme á los ritos, el padre de familia, después de la oración, tomaba la copa de vino y la pasaba á los convidados, diciendo: "Bendito seas, Señor, que has creado el fruto de la vid." En seguida se comía, templadas en el charozet, [2] las plantas amargas. Jesús tomó la copa llena, dió gracias, y dijo:

—"Tomad y repartidlo entre vosotros." [3]

La tristeza de dejar á los suyos le hizo añadir: "Yo os digo, no beberé ya de este fruto de la vid, hasta que venga el Reino de Dios, y que lo beba nuevamente con vosotros en la casa de mi Padre." [4]

El pensamiento de la eterna vida sucediendo á la que pasa, las alegrías del Reino y de la casa del Padre sucediendo á los dolores de esta tierra, he aquí, para Jesús y para sus discípulos, lo que suaviza las angustias de la muerte. El les recuerda ese porvenir glorioso, bajo la imagen popular del festín. El vino que será bebido en la mesa del Padre celestial, es el símbolo del Espíritu que embriagará á todos los elegidos y de los que Jesús será la copa inagotable.

Durante el tiempo que ellos estaban en la mesa y que comían, Jesús les dijo:

—"En verdad, uno de vosotros me hará traición." [5]

1 Luc., XXII, 15.
2 Condimento compuesto de almendras, de nueces, de higos y otros frutos dulces. Por su color rojizo, dicen los Rabinos, él recordaba el rudo trabajo de los ladrillos impuesto á los Israelitas en Egipto; y por su gusto, las dulzuras que Jehovah mezcla á las amarguras de su pueblo. Cf. Godet., Comment., sobre San Lucas, ch. h. 1.
3 Luc., XXII, 17.
4 Mat., XXVI, 29; Marc., XIV, 25; Luc., XXII, 18.
5 Marc., XIV, 18.

El acento con el que él pronunció esta palabra tenía algo de solemne y de doloroso. La presencia de Judas le afligía. Sólo él tenía el secreto de su traición. Ninguno de los discípulos sabía que el complot estaba resuelto, y que uno [de entre ellos era el alma.

La palabra: "Hay entre vosotros un traidor," les desconcertó. La incertidumbre del día siguiente, la lucha que sostenía, el temor de una debilidad, les espantó. Ellos sabían que el Maestro leía en el porvenir como en su conciencia; y todos, mirando hacia él, preguntaban llenos de tristeza:—¿Soy yo Señor?

Jesús repitió la misma palabra sin designar al traidor:

—"Es uno de los Doce, el que mete la mano conmigo en el plato.

"A la verdad, el Hijo del Hombre va, como está escrito de él; ¡pero ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! Más le valiera á este hombre no haber nacido." [1]

No es por él por lo que Jesús se entristece, es por el traidor; él quisiera salvarle, provoca á su conciencia á la confesión del crimen, y le espanta con el anatema que el culpable va á atraerse.

Judas quedó cerrado, impasible. En lugar de decir: Soy yo, dijo como los demás: ¿Acaso soy yo? El disimuló,—creyendo engañar sin duda á aquel á quien había entregado.

Jesús le respondió: "Tú lo has dicho." [2] Pero ninguno notó la palabra. El misterio no fué descubierto, y él hizo pesar sobre todos una pesada, una indecible angustia.

El festín continuó.

Entonces pasó una escena que es preciso leer con la fe de

1 Mat., XXVI, 24; Marc., XIV, 21.
2 Mat., XXVI, 25 y paral.

aquellos que nos la han transmitido, con el alma de aquel que la había reservado para esta hora conmovedora.

"El sabe, dice San Juan, [1] que esta Pascua es para él el verdadero "paso," la hora ardientemente deseada, en la que él "pasará" de este mundo al Padre. El había amado á los suyos que estaban en el mundo, él les amó hasta el fin." Estas sencillas palabras no tienen necesidad de comentario. Adivínase, por su dulzura profunda, y el acento que ellas han guardado, cuánto amor desborda el corazón del Maestro para con sus discípulos,—aquellos á quienes el Evangelista llama "los suyos." Este amor va á inspirarle un acto que ningún hombre jamás había concebido y que no puede convenir más que á Dios.

Mientras que ellos comían, Jesús tomó el pan, dió gracias, le partió y se los dió, diciendo:

—"Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí."

Un poco después, terminada la cena, cuando, conforme á los ritos, el padre de familia pasaba la última copa á todos los convidados, Jesús tomó el cáliz, dió gracias, y se los dió, diciendo:

—"Bebed todos de él. Esta es mi sangre, el cáliz del Nuevo Testamento, que va á ser derramada por vosotros para el perdón de los pecados. Cuando hiciéreis estas cosas, siempre que bebiéreis, será en memoria de mí." [2]

Estas palabras: "Tomad y comed: éste es mi cuerpo; tomad y bebed: éste es el cáliz de mi sangre,"—entendidas en su verdad, á la letra, sin metáfora,—son para la razón humana un misterio inaudito, impenetrable. El pan que Jesús presen-

1 Juan, XIII, 1, 2.
2 Nos quedan de esta escena cuatro versiones: tres nos son dadas por los Evangelios sinópticos; la cuarta por San Pablo (I. Corint., II, 23-25). Las cuatro versiones son substancialmente idénticas; ahí se halla la presencia real, substancial, del cuerpo y de la sangre de Jesús, bajo el pan y el vino, el deber impuesto á los apóstoles y á sus sucesores, de renovar, en memoria de Jesús, lo que hace él mismo, el carácter expiatorio de la sangre de Jesús, el poder sacerdotal creado por Jesús con el deber mismo de hacer lo que él ha cumplido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta á sus apóstoles no es ya pan, sino su cuerpo que va á ser inmolado; el cáliz que les hace beber, ya no es vino, sino su propia sangre que va á ser derramada.

Los apóstoles lo han comprendido así, ellos no han preguntado: ¿Cómo puede hacerse esto? En la sencillez y la plenitud de su fe, sabiendo que la potestad del Maestro no tenía límites, y que la verdad estaba en él, ellos han creído en su palabra, ellos han comulgado su cuerpo y su sangre, bajo las especies de pan y vino.

Lo que Jesús dijo, hace un año, al pueblo de Galilea, en Capharnaum, [1] hoy lo realizó algunas horas antes de morir.

El enseñó entonces que él era "el Pan de vida," que al comerle, se viviría; que "si no se comiese la carne del Hijo del Hombre y no se bebiese su sangre, no se viviría;" que "su carne era el verdadero alimento, y su sangre la verdadera bebida; que el que come su carne y bebe su sangre, permanece en él."

El pueblo, ofendido, escandalizado, se extraviaba preguntando con ironía, cómo aquel daría su carne á comer. El "cómo," helo aquí.

Esta escena contiene toda la religión de Jesús. En este instante, único de su vida, él la realiza, de un golpe, en su perfección. El aparece á la vez sacrificador y víctima, creando el sacerdocio eterno y el eterno sacrificio. El revela, sin figura y sin parábola, la razón de su muerte. Hasta ese día, él no había hecho bajo este respecto, sino alusiones llenas de reserva, y había afirmado á sus discípulos la necesidad divina. "Es preciso que ella se cumpla," les repitió. Hoy enseña, por qué su carne debe ser entregada y su sangre derramada. El es la Víctima que perdona los pecados del mundo. Tal es el destino del Hijo del Hombre, y la última palabra de la Eucaristía del Hijo eterno de Dios.

[1] Juan, VI, 33 y sig.

El mal está en la humanidad, es preciso vencerle; y para vencerle, él deberá ser expiado: él lo será por el Hijo del Hombre. La justicia terrible de Dios pesa sobre la humanidad pecadora, es preciso que la justicia sea satisfecha: el Hijo del Hombre sufriendo y muriendo, la aplacará. Juan el Precursor bien le había llamado "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo."

¿Cómo los hombres gozarán de la expiación personal que el Hijo del Hombre viene á cumplir? ¿Cómo participarán de los dos grandes beneficios de su muerte, la manumisión del mal y el aplacamiento de la justicia de Dios? Ellos deben ser incorporados á la Víctima que se entrega y que muere por ellos. Ahora, Jesús no ha querido solamente la unión espiritual á su Espíritu y á su persona; su designio ha sido más grande. El ha querido la unión espiritual material juntamente, él ha querido que el hombre, espíritu y materia, cuerpo y alma se uniera en espíritu y en realidad á todo su ser, al Hijo de Dios y al Hijo del Hombre, á su divinidad y á su humanidad, á su alma y á su carne: él ha querido que se creyese en su palabra y que se llegara á ser por la fe un mismo Espíritu con él; él quiso que se comiese su cuerpo y se bebiese su sangre, que se fuese incorporado á la carne del Hijo del Hombre.

Tal es la prodigiosa economía de la salvación, y la razón del misterio eucarístico.

Al mismo tiempo que él se revela como Víctima, Jesús, con la soberanía de su sacerdocio, instituye el rito del verdadero, del eterno sacrificio; él abroga, suprime á todos los demás, insuficientes y vacíos, falsos y pasajeros. Nada de vanas hecatombes, nada de sacrificios humanos, nada de cordero pascual. La sangre de los toros y de becerros, á Dios no le agradan: ella no puede nada para purificar la conciencia ni para aplacar su justicia. En lo de adelante, no hay en el mundo sino una Víctima, el Hijo del Hombre muriendo por los pecados del mundo.

Este drama que desde mañana va á ejecutarse en su realidad sangrienta, Jesús le profetiza, él le cumplió ya bajo una

forma sacramental, antes de que él tenga lugar; y cuando él haya sido ejecutado, él le continuará por el festín eucarístico, hasta el fin de los siglos. La Víctima ya no desaparecerá; el sacrificio será perpetuo.

Al decir á sus apóstoles: "Haced esto en memoria de mí," él creó el sacerdocio con la potestad de reproducir y de eternizar lo que él acaba de cumplir.

Bajo la palabra del Maestro y hablando en su nombre, los hombres que han heredado este poder, tomarán el pan y dirán: "Este es mi cuerpo; tomarán el cáliz y dirán: "Esta es la sangre del nuevo testamento," y distribuirán á los creyentes el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios. El Hijo de Dios estará presente bajo las apariencias del pan y del vino, con la sustancia de su carne y de su sangre, separadas sacramentalmente; él estará presente con su alma y su divinidad; y él será el alimento, la bebida y la vida del mundo. De esta manera se consumará la obra inefable del Reino: la incorporación de todos los elegidos al Hijo de Dios, por la Fe y por el Sacramento.

El humilde cenáculo se ha multiplicado sobre la faz de la tierra. Se ha convertido en el Templo de los cristianos. El está en todas partes. A toda hora, se ve remover el sacrificio misterioso del Cordero. Comulgando á la Víctima, el hombre se purifica y triunfa del mal, aprende á amar á Dios y á amar á sus hermanos. Este festín es el de la caridad. Gracias á él, el fuego encendido por Jesús en este mundo helado de egoísmo no se extingue, él se atiza y se esparce. Los siglos ruedan y todo lo llevan; ellos no borran el recuerdo de Aquel que amó á los hombres hasta morir, y hasta darles, con su muerte, la vida divina de la que él desborda.

Jesús, al presente, puede entregarse al odio homicida. La muerte y el odio no tendrán fuerza contra él. Aun desaparecido, él vivirá, no como un sencillo recuerdo en el alma de los suyos, sino como una realidad oculta á sus ojos y en medio de ellos. Su culto no será un culto vacío y vano, sino un culto en espíritu y en verdad; y durará hasta que cayendo los velos, el mismo Jesús aparezca en su gloria.

Durante más de doce siglos, los cristianos han renovado con una fe sin turbación el festín eucarístico. La razón que se cree audaz y que no es sino tímida, se ha alarmado, clamando por lo incomprensible y lo imposible. Como los Galileos de Capharnaum, algunos cristianos se han escandalizado. En su desconfianza, ellos han querido hacer razonable, es decir, bajar al nivel de un espíritu, la institución de Jesús. Ellos han enervado el vigor todopoderoso de estas expresiones: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre." Ellos las han reducido á una metáfora, no siendo en el designio de Jesús sino una recomendación dirigida á los suyos de su recuerdo, y en la Cena una comida que renovar, para conmemorar su muerte.

Pero lo que ninguna exégesis, ninguna crítica osará, es poner en duda y aminorar el pensamiento que es el alma de tales palabras y que domina á una institución semejante.

Jesús, en este momento, se afirma como la Víctima del mundo, y da su sangre como la reducción del pecado. Rescatar los pecados no se concibe sin el Espíritu de Dios quien sólo justifica y perdona; y si la sangre de su Jesús tiene la virtud de comunicarle, no es ya la sangre de un hombre, sino la sangre de un Dios.

Si á él le plugó darnos su carne á comer bajo las especies del pan y su sangre á beber bajo las del vino; él es el señor; su omnipotencia no tiene límites. Instituyendo á la Eucaristía, él no es más admirable que pidiendo á los hombres creer en su función divina de Redentor. Los cristianos que creen en ésta son inexcusables de no creer en aquella.

Los incrédulos que quieren saber y juzgar no pueden escapar al enigma que ante ellos se levanta. ¿Quién es este hombre que habla un lenguaje del que nadie jamás ha deletreado la menor sílaba? ¿Quién es este mártir que conoce su suplicio antes de que él llegue, mirándole como una deuda de la hu-

manidad, y considerándose él mismo como el Libertador universal ante la justicia de Dios? Iluminado, insensato, él no lo es. El iluminismo y la locura nunca han ejercido sobre la marcha de los acontecimientos humanos una influencia decisiva. Jesús cambió, dominó el torrente; él libertó al hombre y le salvó. Lo que él piensa de sí mismo y lo que enseñó es, pues, cierto. El pecado está en la humanidad: él lo expía por su muerte. Pero entonces, él es más que un hombre, más que toda criatura inteligente y libre; su forma humana cubre el Dios oculto, y su filiación divina, de la que no ha dejado de dar testimonio, es la única justificación del papel trascendental que él se atribuye.

Esta conclusión que se impone, cuando se examinan en detalle los actos y la doctrina de Jesús, resorte más imperioso del acto por el cual instituyó el rito del eterno sacrificio y de las palabras que han acompañado á la institución. Pero el espíritu puede ser subyugado y la conciencia no rendirse á la verdad. Judas es el tipo de esas naturalezas contra las cuales se estrella la fuerza del testimonio que Dios se da á sí mismo y de la bondad por la que él trata de salvarnos.

Testigo de esta manifestación del amor de su Maestro, él aceptó de su mano el pan del que decía: "Este es mi cuerpo, entregado por vosotros." El bebió de la copa de la que decía: "Esta es la sangre del Nuevo Testamento:" esta alma rebelde no se arrepintió; ella no se abrió al amor. Tanta obstinación ante tanta afección arrancó una nueva exclamación á Jesús:

—"Y sin embargo, la mano del traidor está conmigo, en esta mesa," dijo; después, resignado con su suerte y tratando aun de salvar, por el anatema, al discípulo obstinado, agregó:

—"Y á la verdad el Hijo del Hombre se va, según lo que está escrito de él: ¡pero ay de aquel hombre por quien será entregado."[1]

Los apóstoles inquietos, agitados, se miraban, y se interrogaban, preguntándose quién era el traidor.

1 Luc., XXII, 22, y paral.

Terminada la cena, Jesús se levantó. Y "él, á quien el Padre había dado todo en las manos, él que había salido de Dios y que volvía á Dios," olvidando su grandeza divina, "dejó sus vestidos, tomó un lienzo y se ciñó, vertió agua en una bandeja, y comenzó á lavar los pies á sus discípulos, y á enjugarles con el lienzo de que estaba ceñido."[1]

Semejante acto era extraordinario; él convenía á los criados, y jamás se había visto desempeñar por el Señor, el jefe de la familia.

Cuando Jesús llegó á Simón Pedro, éste, lleno de confusión, exclamó: —¡Señor, vos me laváis los pies!

—"Lo que hago," le respondió Jesús, "tú no lo sabes al presente, pero tú lo sabrás más tarde."

—No, jamás, replicó Cephas, con vivacidad, vos no me lavaréis los pies!

—"Si yo no te lavo," le dijo Jesús, "no tendrás parte conmigo."

El pensamiento de ser separado de su Maestro tocó á Pedro en lo vivo.—Señor, exclamó, he aquí mis pies, y mis manos y mi cabeza.

Jesús le dijo:—"Aquel que está ya purificado no tiene necesidad mas que de lavar sus pies, y está enteramente puro; y vosotros, estáis puros, pero no todos."

Alusión nueva á Judas. El pensamiento del traidor siempre está presente á Jesús, y él aprovechó ó hizo nacer las circunstancias para arrancarle de la obsesión de su crimen.

Ante la idea que una traición vendría de uno de ellos, los discípulos protestaron respecto á su fidelidad; cada uno hacía valer sus servicios; y luego, ayudando la emulación, se pusieron á discutir respecto á la primacía de tal ó cual en el Reino. Esta cuestión del primado les perseguía. Ella descubre todo lo que hay de personal y de indestructible egoismo en el corazón humano. Esto es lo que Jesús viene á combatir.

1 Juan, XIII, 4 y sig.

El egoísmo es la ley de nuestra naturaleza perversa. El todo lo domina en la tierra, engendra todas las faltas, todos los vicios, todos los crímenes; él es por esencia, ambicioso y tiránico. Jesús quiere desterrarle de su reino visible. La jerarquía y el poder que él ha establecido no se asemejarán para nada á las del mundo.

—"Los reyes de las naciones," dijo á sus apóstoles, "dominan sobre ellas. Aquellos que tienen potestad sobre ellas son llamados lisonjeramente bienhechores; respecto de vosotros no debe ser así.

"Que aquel de vosotros que es el más grande sea como el menor; y el que gobierna, como aquel que sirve. ¿Quién es más grande, el que está sentado á la mesa ó el que sirve? ¿Acaso no es el que está sentado á la mesa? Ahora bien, yo, estoy en medio de vosotros como aquel que sirve."[1]

Después de haber, en la Cena Eucarística, creado el sacerdocio, el mayor y el más santo de los poderes, Jesús marca la ley esencial, eterna.

De la misma manera que el sacerdocio no es sino una derivación del poder de Jesús, igualmente, él no tendrá otra ley que aquella á la que Jesús siempre ha obedecido. Ahora bien, esta ley está toda entera en la caridad. El egoísmo no mira y no busca sino á sí; la caridad no quiere sino el bien de los demás. El egoísmo, en el poder, pide esclavos; la caridad, en el poder, no trabaja sino para libertarlos. El uno se hace servir; la otra sirve. El uno explota; el otro se consagra. El uno guarda y aumenta su vida; el otro la da. El mundo y las fuerzas que le llevan están en el egoísmo; el Reino de Dios y la jerarquía por la que el Maestro se continúa visiblemente entre los hombres, deberán estar en la caridad.

El acaba de mostrarlo, lavándoles sus pies; por este rasgo de humildad él termina su vida con ellos. Este ejemplo, dado algunas horas antes de morir, no será olvidado. El será una parte del Testamento y de las voluntades santas de Jesús.

1 Luc., XXII, 25 y sig.

Entonces, él volvió á tomar sus vestidos y, habiéndose puesto á la mesa, dijo: —"¿Sabéis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo os he lavado los pies, yo, Maestro y Señor, vosotros debéis lavaros los pies los unos á los otros. Yo os he dado el ejemplo, á fin de que como yo lo he hecho, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad, yo os digo, el sirviente no es más grande que su Señor, y el apóstol más grande que aquel que le envió. Dichosos si sabéis esto y lo hacéis!"[1]

El tuvo un movimiento de alegría, mirando á los suyos; les dijo con una ternura llena de emoción:

—"Vosotros habéis permanecido conmigo, en mis tentaciones."[2]

Esta fidelidad valerosa no será vana. El Hijo del Hombre no estará siempre bajo la prensa de la prueba; los días triunfantes llegarán.

—"Y yo," agregó, "yo os preparo el Reino, como mi Padre me lo ha preparado, á fin de que comáis y bebáis en mi mesa, en mi Reino, y que os sentéis sobre los tronos, juzgando á las doce tribus de Israel."[3]

Una última vez, la presencia de Judas le turbó. El ve el crimen inevitable del traidor.

—"Yo no digo esto de todos," exclamó. "Yo se á los que he escogido. La palabra de la Escritura se cumplirá: El que come conmigo el pan, levantará el pie contra mí.[4] Yo os lo anuncio antes de que acontezca, á fin de que después del acontecimiento, creais en lo que soy."[5]

El dolor de ser traicionado por uno de los suyos, la presencia de Judas, el deseo ardiente de sarvarle, la vista del traidor resistiendo á toda llamada y arraigándose en su resolución fa-

1 Juan, XIII, 12 y sig.
2 Luc., XXII, 28.
3 Luc., XXII, 29 y sig.
4 Salm., XL, 10.
5 Juan, XIII, 18 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tal, agitaban el alma de Jesús. El se turbó en su espíritu.[1] Pero el abandono filial á su Padre que le condenó á sufrir el padecimiento supremo de la traición, calmó todo en él; y, con un acento lleno de firmeza y de solemnidad, volvió á decir á los suyos:—"En verdad, en verdad, os declaro, uno de vosotros me hará traición."[2]

Los discípulos más turbados y más inquietos, viéndose el uno al otro, trataban de penetrar el misterio que cubría á Judas, y que el Maestro, con su bondad, no quería esclarecer.

Jesús tenía delante de él, á su derecha, á Juan, el discípulo preferido, y á Pedro, detrás de él á su izquierda. Cephas no se contuvo más. Se levantó un poco por encima de Jesús é hizo señal á Juan de preguntar el nombre del traidor. Juan, con la cabeza inclinada hacia atrás, descansaba sobre el pecho de Jesús; le dijo muy bajo:—¿Señor, quien es?

Jesús confió al amigo el secreto doloroso; pero tuvo cuidado que nadie, si no fué tal vez Pedro, le escuchase.

"Es aquel," respondió Jesús, "á quien daré el pan mojado."

El mojó el pan y le dió á Judas Iscariote. Judas le tomó y le comió. Este fué el último acto de su hipocresía. El espíritu satánico le poseía; él era el instrumento, él había agotado á la misericordia de Dios. La medida estaba llena.

Jesús le dijo esta palabra terrible: "Lo que haces, hazlo pronto."[3]

Ciertamente, él no manda, no aconseja, él reprueba por el contrario; pero muestra, hablando de esta manera, que no impedirá que se cumpla la traición.

Ninguno de los convidados, con excepción de Juan y tal vez Pedro, comprendió el sentido de las últimas palabras de Jesús. Algunos pensaban que Judas, teniendo la bolsa, había recibido la orden de comprar lo necesario para la fiesta del día siguiente ó de dar algo á los pobres.

1 Juan, XIII, 21.
2 Juan, XIII, 21 y sig.
3 Juan, XIII, 27.

Cuando Judas salió, ya era noche. La pasión de Jesús comenzó. Judas, al ejecutar su plan, va á poner en movimiento toda la acción: ella será rápida, terrible, cruel: mañana, antes del fin del día, la sangre del Justo vendido será derramada. Todo será consumado. Jesús está dispuesto. Al decir á Judas: Haz lo que tienes que hacer, él mismo ya se entregó.

Su suplicio y su muerte son su gran obra. Ser la Víctima universal, rescatar, libertar del mal á la humanidad perdida, atraer todo por la inmensa caridad, cumplir, al morir, la voluntad del Padre quien ha resuelto del todo salvar por su Hijo, sellar con su sangre la verdad de su enseñanza y la eternidad de su Reino, vencer á la muerte después de haberla sufrido, entrar en la vida de Dios, é introducir á ella á sus elegidos: he aquí, del todo juntas, la gloria del Hijo del Hombre y la gloria de Dios. Ellas se engendran la una á la otra, se aumentan la una por la otra, alumbran al alma de Jesús y la embriagan. Dentro de un momento esa misma alma, sintiendo llegar á la muerte, se abismará en el horror de una agonía inexplicable; pero en este momento, el Espíritu le da á sentir su fuerza y su gloria; y por un himno de triunfo es como ella empieza á entrar en la muerte.

—"Ahora," exclamó, "el Hijo del Hombre está glorificado, y Dios está glorificado en él, y si Dios está glorificado en él, también Dios le glorificará en sí mismo y no tardará."[1]

1 Juan, XIII, 31-32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS.

El hombre, al aproximarse la muerte, algunas veces se transfigura. El espíritu de los santos se esclarece con luz divina, su corazón, desprendido de lo que pasa, se llena de caridad infinita; encuentran palabras que tienen la grandeza y la calma de la eternidad.

Jesús no tiene necesidad de la cercanía de la muerte para que sus facultades humanas estén exaltadas en Dios; ellas vibran siempre á merced del Espíritu, como lo exigen la gloria de Dios y el bien de los hombres.

Sin embargo, á ejemplo de los que van á morir, él reservó para este instante supremo sus mejores palabras.

Salido Judas, él se halló solo en el cenáculo, con los Once. El puede abrirse sin temor. Todos le son fieles; él los ha escogido, engendrados á la vida de Dios, á su propia vida, alimentados con su doctrina y con su amor; él hizo pasar en ellos su alma y su Espíritu; él sabe que va á dejarles, que la separación es inminente: ya no tiene días para vivir con ellos, sino sólo horas.

Su ternura estalló.

—"Hijitos míos," les dijo, "yo no estaré sino poco tiempo entre vosotros. Me buscaréis entonces..... Pero, como lo he dicho á los Judíos, os lo digo también al presente. A donde voy, no podéis venir."[1] Jesús siente el vacío profundo que va á dejar su partida en el alma de sus discípulos. Presente él ellos no tienen nada que temer; les mira; él es su fuerza, su luz y su vida; pero cuando él ya no esté con ellos ¿qué harán?

Es necesario, por tanto, que la separación se cumpla. El Hijo del hombre vuelve á Dios, á su Padre, á la gloria infinita que le espera en su Reino. Pero ¿por qué camino? Por el que la voluntad del Padre ha trazado: la muerte violenta, un suplicio afrentoso. Todos los dolores van á abrumarle.

Este camino no está todavía practicado:[2] él va á abrirle. Después de haberle recorrido heróicamente, entrará en la gloria; y entonces solamente, los hombres, los llamados, podrán venir.

Por tal razón, los apóstoles que tuvieron el privilegio de seguir al Maestro desde la primera llamada, á través de la lucha y de las contradicciones, en las fatigas de su apostolado,—los apóstoles ellos mismos no le seguirán, desde ahora á la muerte.

Jesús va á decirles sus últimas voluntades.[3]

—"Yo os doy un mandamiento nuevo: amáos los unos á los otros, como yo os he amado. Sí, que así os améis los unos á los otros. Por esta señal, todos conocerán que sóis mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros."

El amor que Jesús impone á sus discípulos y que él llama nuevo no podría ser comprendido con el sentimiento de humanidad que se haya en el fondo de toda conciencia sana y que los paganos han conocido, ni con el precepto conocido en el Decálogo;[4] él tiene otro origen, otro dominio, otro fin, otra

1 Juan, XIII, 33.
2 Hebreos, IX, 8.
3 Juan, XIII, 34-35.
4 Deut, VI, 5.

ley; él tiene por principio el Espíritu vivo de Dios, inspirando á nuestro corazón, é inclinándonos á ver en todo ser humano, —sin distinción de raza y de religión, de virtud ó de cultura, de condición ó de sexo,—á un ser inteligente y libre, capaz de ser un hijo adoptivo de Dios; él tiene por fin llevarle hacia Dios, el bien supremo é infinito; él tiene por ley el sacrificio de sí mismo, la abnegación desinteresada, absoluta, hasta el sufrimiento y la muerte.

Lo que Jesús ejecutó con nosotros, él nos pide ejecutar con todos. Este amor es la mayor novedad. Jamás antes de él, ni entre los Judíos ni entre los paganos, ni la sospecha se había tenido. El es la señal inimitable del Salvador de los hombres, también él será la marca de sus discípulos. Fuera del Reino de Jesús, los hombres se odian, á pesar de la humanidad de que se jactan; y hasta entre los Judíos, en despecho de su Ley, se ve á la caridad restringida al límite de la raza y del culto. Cualesquiera que no sea de la raza y del culto, no es prójimo. Sólo los cristianos, si siguen á su Maestro, conocen la caridad infinita, universal; ellos la deben hasta á aquellos que no tienen su fe, porque Jesús, el Maestro nos ha amado, antes que fuéramos dignos de serlo,—en las tinieblas y en la sombra de la muerte.[1]

Semejante mandamiento todo lo implica. El hombre que, para comunicar á sus hermanos al Dios del que él vive, está dispuesto á sacrificarse, á sufrir, á olvidarse, á morir, está dispuesto á todas las virtudes y ya tiene en él la fuente viva.

—"Haced como yo, hijitos míos,"[2] decía Jesús. Ahora bien, en ese mismo momento, él iba á dar su vida. Los preceptos así encarnados en el ejemplo del Maestro que les promulga, tienen una claridad y una potestad irresistibles. Ninguna filosofía les explicaría mejor, y ninguna exhortación sabría añadirse á su atractivo.

Un pensamiento, sin embargo, turbó á Pedro y pesó en su

1 Ef., II, 4, 5.
2 Juan, XIII, 35.

corazón: ¿Jesús no creía entonces en la fidelidad de sus discípulos ni en su valor, puesto que les decía, como á los Judíos, que ellos no podían seguirle? El condujo la cuestión á este terreno:—¿A dónde váis, Maestro? preguntó, dejando ver con su tristeza, su deseo ardiente de acompañarle.

Jesús le respondió: "A donde yo voy tú no puedes seguirme por ahora; pero me seguirás más tarde." Esta palabra de esperanza no bastó á Cephas. Como todos los que aman, él contuvo mal su impaciencia. No dudando de su corazón, él no dudó de sus fuerzas—¿Por qué, dijo, no puedo seguiros por ahora?

Por tanto, viendo Jesús, la tempestad que iba á asaltarle á él y á los suyos, conociendo á la debilidad del hombre á quien el Espíritu no ha transformado todavía:

—"Simón, Simón," exclamó, "Satanás, el adversario, ha pedido que fuéseis cibados como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, conforta á tus hermanos."[1]

Estas palabras proféticas insinuaron al imprudente Cephas, con una delicadeza exquisita, que él no era de talla para sostener la lucha en la que él iba á entrar. El enemigo es terrible, la debilidad del hombre es profunda, porque el hombre no tiene fuerza sino en Aquel cuya oración omnipotente le merece la virtud misma de Dios.

Está en sus designios que los Once sean sometidos á la prueba: Jesús se los insinúa. Ellos conocerán por experiencia su miseria y su pequeñez. Con esta condición, ellos serán fuertes, y la oración de Jesús les hará invencibles. Pero Pedro está seguro de él; en lugar de comprender la verdad que su Maestro le revela en media palabra, llevado de la presunción, exclama:—Señor, yo estoy presto á ir con vos, á la prisión y á la muerte. Sí, yo daré mi vida por vos.

—"¿Tú darás tu vida por mí?" dijo Jesús. "En verdad, en

1 Luc., XXII, 31, 32.

verdad, yo te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que me hayas negado tres veces."[1]

Pedro debió quedar aterrado. La última ilusión de las almas semejantes á la suya es engañarse respecto á su propia fuerza. Cuando se ama, se cree capaz de todo. Sufrir, morir, no parece nada. De todas las temeridades, la más incurable y la más sencilla, la más excusable también, porque ella es sincera, no es la del espíritu ó de la voluntad, sino la del corazón.

He aquí á los discípulos advertidos: ellos no pueden seguir desde ahora al Maestro; la separación será cruel para ellos, entregados á mil luchas, á mil pruebas en las que desfallecerán por un instante. Los días tranquilos han concluído; ellos desaparecerán con Jesús. Cuando el Señor estaba con ellos, proveyendo á todo, aun cuando ellos no tenían nada, ellos no carecían de nada.—"Cuando yo os he enviado sin bolsa, sin saco y sin calzado, ¿qué os ha faltado?"—Nada.—"Pero, ahora," replicó Jesús, "que aquel que tenga una bolsa, la tome, y un saco igualmente; que aquel que no tenga, venda su túnica y compre una espada. Porque, yo os lo digo, es preciso aun que la palabra de la Escritura se cumpla en mí: Se le trató como á un facineroso."[2]

"Todo lo que me concierne llega al desenlace."[3]

No es á los apóstoles con una bolsa llena, un saco bien provisto, y armados de espada, á quienes Jesús envía á la lucha. Engañaríase respecto á su pensamiento, si en esas imágenes enérgicas se viera una apelación á la fuerza material. Siguiendo su costumbre, Jesús tradujo en parábolas vivas el estado de hostilidad que aguarda á los suyos, y es siempre la espada del Espíritu que resta su fuerza. El, que va á entregarse á la muerte, no piensa en matar, y sus discípulos sabrán algún día caminar sobre sus huellas, como el cordero mudo que se lleva al matadero.

1 Luc., XXII, 33, 34; Juan, XIII, 38.
2 Isaías, LIII, 12.
3 Luc., XXII, 35 y sig.

Los Once, sin embargo, parecen ser despreciados por el pensamiento de su Maestro. A esta palabra de espada:—Señor, le dijeron, he aquí dos espadas.'

Jesús no les replicó; cambió de conversación, diciendo con una ironía dolorosa:—Por el uso que tendréis que hacer de tales armas, "¡basta!"

Su palabra se hizo más confortadora; les calmó y les consoló.

—"Que vuestro corazón no se turbe. Vuestra fuerza está en Dios y en mí. Vosotros creéis en Dios, creed también en mí."[1] La Fe supone el bien y la fuerza: no se cree sino en lo que es bueno y fuerte. Creer en Dios y en Jesús, es creer en su bondad omnipotente. A pesar de la lucha y los obstáculos, á pesar de todos los dolores y de todas nuestras debilidades, Dios y su Cristo llevan las cosas á su término: ellos son los que triunfan; y los creyentes, imperturbables en la confianza y la serenidad, pueden tranquilizarse.

En seguida, queriendo sostener la fe de los suyos, Jesús les dijo sin reticencia á donde iba, la razón de su partida, y les habló de su regreso y de la reunión que le seguiría. La separación no será sino temporal. Todos llegarán á reunírsele. Lo que él promete á Pedro lo promete á los Once y á tantos otros que creerán en él.

—"Hay bastantes moradas en la casa de mi Padre;" ellas están reservadas á todos los creyentes; "si no yo os lo hubiera dicho. Ahora, yo voy allá á prepararos un lugar. Y cuando me haya ido y os haya preparado un lugar, volveré, os tomaré cerca de mí, á fin de que ahí en donde estoy estéis también vosotros."

Jesús habla de las realidades del mundo eterno é invisible, con claridad, sencillez, autoridad, él tiene la vista directa y él

1 Luc., XXII, 38.
2 Juan, XIV, 1 y sig.

es el Señor. El las revela con imágenes sencillas y profundas, á fin de que toda alma sencilla pueda entenderlas.

El entra por la muerte en la casa de su Padre. Dios es la gran morada, el verdadero Templo. Los que le aman y le conocen habitan verdaderamente en él. Sólo Jesús, tiene el conocimiento pleno y el amor infinito de su Padre; por lo mismo sólo él tiene el derecho de hablar de la casa de su Padre; ella es la suya. Hijo de Dios, él no la ha dejado jamás; pero al hacerse Hijo del Hombre, él bajó á la tierra del sufrimiento y de la muerte, á fin de sufrir y de morir en ella. Pasada esta faz, todo entero él estará en la gloria, la impasibilidad y la vida de Dios. Su cuerpo transfigurado será el centro activo de la renovación del universo, y todo el universo material, transfigurado por Dios y por él, será la morada del Padre.

La función de Jesús es la de introducir ahí á sus elegidos, de prepararles ahí el lugar. No se podría entrar ahí sino por él. Ninguna criatura tiene el poder de introducirse en el Ser divino, de conocerle tal como es, de conocerle y de vivir. El hombre aun sin pecado, no podría pretenderlo, porque ese destino es un don gratuito de bondad infinita. Sólo Jesús nos le transmite con el Espíritu de Dios; y por este mismo Espíritu, él vuelve á nosotros, para arrancarnos del reino de la animalidad, de la humanidad y de la muerte; él nos toma con él y nos lleva á Dios, á fin de que ahí, en donde él está, estemos también.

Esa vuelta de Jesús se verifica sin cesar, por todas partes, invisiblemente, en todas las conciencias que se abren á la fe; y la reunión de los creyentes á su Maestro se ejecuta sin cesar, á su vez, por todas partes, á la hora en que la muerte rompe el lazo que les encadena á este mundo tenebroso.

Después de haberles explicado estos misterios, el Maestro podía decir á sus discípulos:

—"Al presente ya sabéis adonde voy, y conocéis el camino para uniros conmigo."[1]

[1] Juan, XIV, 4 y sig.

Uno de los Once, Tomás, exclamó: él nada había comprendido de lo que el Maestro acaba de decir, y tuvo la franqueza de confesarlo:—No sabemos á donde váis, Maestro; ¿cómo podremos conocer el camino?

—"Yo soy," le dijo Jesús, "el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre, si no es por mí."

Nada de equívoco, nada de incertidumbre. El término es el Padre, fuente eterna, inmutable, inagotable del Ser, de la verdad, del amor y de la vida; hé aquí á dónde va el Hijo del hombre, no para anonadarse, sino para ser glorificado y para abrir el paso á todos sus elegidos. Nadie puede ir al Padre sin él, porque sólo él le hace conocer, puesto que él es la verdad; él sólo hace vivir, puesto que él tiene en él el Espíritu del Padre y que él le comunica. Esta no es una palabra que expresa los sentimientos ó los hechos del orden humano: ella extasía al alma en Dios y separa el velo que le cubre á nuestras miradas. Entre el Padre y él, la unión es inefable. Hay una inmanencia del uno al otro. Jesús lo afirma en términos de una energía extraordinaria:

—"Si me habéis conocido," dijo á los Once, "conoceréis también á mi Padre. Y desde ahora, le conocéis y le habéis visto."[1]

Aun cuando ellos hubiesen reconocido en su Maestro, al Cristo, el Hijo de Dios vivo, los apóstoles no sentían y no penetraban todavía la profundidad del lazo que le unía á su Padre. Al explicárselos hoy, él les inicia por esta confidencia en la intimidad de su ser mismo; él les abre la fuente viva de los consuelos de Dios, y les inculca la fe en su divinidad.

Felipe, que no tenía nada del espíritu desconfiado y positivo de Tomás, oyendo decir á Jesús que ellos conocían al Padre y que ellos le habían visto, preguntó sencillamente:—Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta.

Semejante ingenuidad llevó á Jesús á volver á decir el misterio de su unión absoluta, esencial con el Padre.

[1] Juan, XIV, 7.

—"¡Como," replicó, "después de tanto tiempo que estoy con vosotros, no me habéis todavía conocido! Yo te lo repito, Felipe: Quien me ha visto ha visto al Padre. Y tú dices: Muéstranos al Padre. ¿Entonces vosotros no creeis que estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os digo, no las digo de mí mismo, yo las he oído del Padre: y las obras que hago, es el Padre mismo, que permanece en mí, quien las ejecuta."[1]

La fe en su unión total, absoluta con el Padre: hé aquí lo que el Maestro pide á sus discípulos. Ella es el fundamento necesario, sin ella ellos no le conocerían; ellos no sabrían que está en la igualdad de Dios, que el Padre le ha dado todo, y que recibiendo todo del Padre, él vive con él en la misma verdad, en el mismo amor, en la misma potestad infinita, eterna, indivisible; ellos no comprenderían que él es la manifestación perfecta, y que al verle, es al Padre oculto en el misterio al que se ve. No es dado al hombre en la tierra ver á Dios en sí mismo, y entrar por una misión intuitiva en la vida del Ser increado, principio de todo, expresándose en un pensamiento igual á sí mismo, y amándose en un amor infinito, igual á su pensamiento. Nosotros no podemos conocerle sino por sus manifestaciones exteriores, por las obras de su potestad, de su sabiduría y de su bondad. El universo revela una fuerza creadora, cuyas leyes se desarrollan ante nosotros, por encima de nosotros, impasibles, espantosos, impersonables. La conciencia nos habla de un Dios justo, pero irritado; porque ella nos advirtió de nuestra incurable miseria, y se siente entregada por Dios á sus debilidades, á su impotencia, á sus tinieblas y á su pequeñez. Pero en Jesucristo, el Dios que salva, que perdona, que exalta, que nos llama á vivir de él, el Dios que ama, el Padre en fin, nos dice su nombre, con un lenguaje que podemos entender y que la fe sabe aceptar.

El que ve vivir á Jesús, ve también al Padre; quien escucha sus palabras, escucha las palabras del Padre; quien contempla sus obras, contempla las obras del Padre. Nada de lo que dijo Jesús es de inspiración humana: las menores palabras de sus labios revelan el eterno pensamiento del Padre y su eterna palabra. Nada de lo que hace procede de una resolución humana, todos sus actos son el cumplimiento de la eterna voluntad del Padre; el Padre viviendo y permaneciendo en él, las ejecuta por él.

[1] Juan, XIV, 9.

Su humanidad realiza el ideal absoluto de toda perfección. Ella es, por todas sus facultades y por su esencia misma, la expresión pura de la Divinidad. La sabiduría, la potestad, el amor infinito irradian en ella. El eterno Invisible ahí se hace visible; y el creyente, mejor instruido que Felipe, puede decir, al contemplarle: Veo al Padre, y él me basta.

La fe que Jesús pide á los suyos no será un sentimiento estéril, ella será en ellos el principio de obras divinas, atestiguando la divinidad de Aquel que es el objeto.—"En verdad, en verdad, yo os digo, el que cree en mí hará las obras que yo hago, y hará mayores todavía, porque yo voy á mi Padre."

Entre Jesús y los discípulos, la fe cria una comunidad divina. El creyente ya no vive, Jesús mismo es el que vive en él, quien habla por él, quien obra por él; de aquí su potestad. Ahora, Jesús remontado hacia el Padre en la gloria y la virtud de su humanidad triunfante, obrará por sus discípulos obras siempre más elevadas; por ellos él continuará las obras necesarias para la demostración de la verdad, que conquistará el mundo pagano y destruirá sobre la tierra el reino obstinado del mal.

El no les pide, para ser sus órganos, sino dos cosas: la oración y la fidelidad.

El hombre no es nada por él mismo, en la realización de los designios providenciales; sus fuerzas no son nada. El no

tiene energía efectiva sino por el apoyo de Dios; la oración es quien le obtiene.

—"Orad, pues," les dijo Jesús; "todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré, á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Sí, todo lo que pidiéreis en mi nombre, yo lo haré."

Jesús se expresa como Señor absoluto, como Dios. El hombre, en él, no hace sino revelar al Dios oculto. Cuando su humanidad entra en juego, cuando el Hijo del hombre pide, sufre, y se anonada en la voluntad del Padre, sus actos tienen un valor infinito, por su unión substancial con Dios: su oración todo lo puede, su sufrimiento todo lo expía, su sacrificio todo lo purifica.—"Cualquier cosa que pidiéreis, yo la haré." Pero la oración no tendrá potestad sino con la condición de ser inspirada por el amor de los creyentes por su Maestro, y ellos no le amarán, si no tienen la fidelidad.—"Guardad, pues," les recomendó Jesús, "guardad mis mandamientos, todos los que habéis escuchado, en el tiempo en que estábamos reunidos, y lo que yo os doy, en esta misma noche."

"Por lo tanto, yo también pediré al Padre;[2] y como yo no estaré ya con vosotros, visiblemente, "el Padre os dará otro sostén, el Paráclito[1] para que él permanezca siempre con vosotros."

En tal virtud, el mismo Espíritu que está en él y en el Padre; el lazo eterno del uno y del otro, la unción santa de su humanidad, el agente invisible de la gran obra de la salvación, este Espíritu, Jesús pide que después de su partida sea dado á sus fieles, y que él permanezca en ellos, para siempre.

1 *Παράκλητος*. Es difícil determinar á qué expresión correspondía esta palabra en lengua aramea. Sin embargo, nadie duda que el término escogido por el Evangelista que únicamente la ha traído, no sea el equivalente de aquel del que Jesús se sirvió. Literalmente *Παράκλητος* significa el *llamado*, y se traduce exactamente por la palabra latina *advocatus* y la palabra española *abogado*. De esta significación fundamental se deducen las demás: el Consolador, el Consejero, el Inspirador.

2. Juan, XIV, 16 y sig.

El será su sostén vivo, su consuelo y su luz.

—"Este es el Espíritu de verdad," dijo Jesús, "el mundo no puede recibirle: él no le ve, no le conoce. Pero vosotros le conoceréis; porque él permanecerá cerca de vosotros, y él estará en vosotros."

El que no haya experimentado tales palabras, en la conciencia, no las entenderá; aquel hace parte del mundo; el Espíritu de Jesús le es extraño, y él es refractario á este Espíritu. Pero aquellos que recogen en ellos sus gemidos inexplicables,[1] aquellos que viven de su luz, de sus impulsos, de sus alegrías, de sus estremecimientos, entienden y adoran; á ellos como á los Once es á los que habla Jesús.

—"Yo no os dejaré huérfanos; yo vendré á vosotros.

"Dentro de breve tiempo, el mundo ya no me verá. Pero vosotros, me veréis; porque yo vivo en vosotros y vosotros viviréis por mí.

"En ese día en el que el Espíritu os sea dado, conoceréis que yo estoy en el Padre y que vosotros estáis en mí y que yo estoy en vosotros; porque Aquel que tiene mis mandamientos y que los guarda, ese me ama, mi Padre le amará, y yo le amaré también y yo me manifestaré en él."

En la conciencia fiel y en el corazón del creyente que guarda la palabra de Jesús es á donde llega el Reino de Dios y que se cumple la manifestación del Cristo.

—¿Por qué, dijo un discípulo, evidentemente preocupado de la gloria exterior del reino mesiánico, por qué os manifestáis á nosotros y no al mundo?[2]

Jesús le dió el motivo: el mundo no le ama; ahora, quien no ama á Jesús no puede conocerle.

—"Pero si alguno me ama," dijo con marcada insistencia, "él guardará mi palabra, y entonces mi Padre le amará, y nosotros vendremos á él y habitaremos cerca de él."

No es esta la vez primera que Jesús revela á sus discípulos

1 Rom., VIII, 26.

2 Juan, XIV, 22 y sig.

este Espíritu que debe habitar en ellos, y su acción íntima en su vida. Ya, al iniciarlo al apostolado, profetizándoles las pruebas futuras, las persecuciones y los suplicios, les había asegurado por la promesa que el Espíritu Santo estaría con ellos y hablaría por su boca.

En la víspera de dejarlos, él vuelve á este Espíritu, y él se les muestra como un ser personal, distinto del Padre y distinto de él, como el eterno amor por el que el Padre y el Hijo se unen y se aman, y por el cual ellos aman á los que aceptan la palabra del Hijo de Dios y guardan sus mandamientos. Por él se realiza la unión inefable del Padre y del Hijo y de los elegidos,—fin supremo de toda la vida de Jesús, de todos sus actos y de su palabra.

—"Esta palabra que habéis escuchado," dijo á los Once, "no es mía, es de Aquel que me ha enviado, del Padre. He aquí lo que os he enseñado, cuando yo moraba con vosotros. En lo de adelante, el Paráclito, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, él pondrá en vuestra memoria todo lo que yo os he dicho."

El hombre no puede prometer ni hacer tales dones, su amor no cría nada en la conciencia de los demás; y aun para aquellos que le aceptan, él no es un principio personal de vida, una luz, un atractivo, una virtud; él les queda exterior y estéril. Pero el amor de Dios, el Espíritu de Jesús, cría, transforma, renueva, diviniza al alma que él llena.

Al prometerlo á los suyos, él podía decirles: "Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz, no como el mundo la da." La suya es engañadora, frágil y superficial, vacía y vana; la mía tiene su fuente en el amor del Padre y en la mía, ella es inalterable, profunda, absoluta.

Todo lo que el hombre puede saber de Dios, de su vida, de su ser, de sus voluntades y de sus designios, de Aquel que Jesús ha llamado su Padre,—el Padre celestial que está en el secreto;—todo lo que él puede conocer de la naturaleza del

Hijo de Dios, de su relación eterna con el Principio de donde él sale y del que él tiene eternamente lo que él es; todo lo que él puede conocer del Espíritu, de ese amor inefable, infinito, con el que el Padre y el Hijo se aman; la idea más profunda de la religión, de la obra de Jesús, del Reino de Dios, considerado como la unión de todos los elegidos con Dios el Padre, y con el Hijo del Hombre glorificado, en el mismo Espíritu de verdad y de amor, todo está resumido en las confidencias que acabamos de recoger. La teodicea cristiana ha salido de ahí; esclarecida por el testimonio de Jesús, ella ha excedido á las más elevadas concepciones de la filosofía griega, sin poder agotar los tesoros de la enseñanza del Maestro.

Esta doctrina no se prueba por argumentos, definiciones y divisiones; ella no es una serie de abstracciones, sino una palabra sencilla y viva, expresando en la lengua universal lo que Jesús sintió, vió, amó; cualquiera conciencia la puede recibir, si ella presta oído. Ella ciega á la razón soberbia que trata de juzgarla: pero ella deslumbra con una claridad sobrenatural al alma sencilla que experimenta la verdad y gusta su sabor. Ella ha sido confiada á los hombres cuyo solo genio era creer y amar. Su ignorancia garantiza la autenticidad de las enseñanzas que ellos nos trasmiten, y que no llevan ya el sello de la debilidad sino de la sabiduría humana.

El hombre que va á morir se hiere el pecho. Con el pensamiento del Dios que le juzgará, tiembla y suplica que le sea perdonado. La suerte que le aguarda permanece misteriosa.

¿Qué puede él para asegurar el día siguiente? ¿Quién le garantiza contra la fuerza inexorable del tiempo y los obstáculos desconocidos, indomados, de los que su memoria, sus discípulos y su obra deberán afrontar el choque? Cualesquiera que sea su confianza en sí mismo y en el porvenir, él está obligado á entregarlo todo á Aquel cuya potestad y sabiduría todo lo rigen, y de quien ignora los designios eternos.

Nada de parecido en Jesús; ningún arrepentimimiento, nin-

gún espanto ante Dios. El siempre ha estado en el amor del Padre. Su muerte no es sino un regreso á Aquel del que salió. El va á recoger, como Hijo del Hombre, en la casa de su Padre, la gloria de la que goza eternamente como Hijo de Dios. Todo lo que él ha dejado, crecerá después de él. El mora, presente, aunque invisible, en sus discípulos, y obrará por ellos y en ellos la obra santa del Reino. Ni el tiempo, ni el mundo con sus odios y energías satánicas, harán presa contra los suyos; él venció al tiempo y al mundo y apoyados en él, sus apóstoles, de edad en edad, continuarán la victoria.

—"Que vuestro corazón no se turbe, que no tema. Os lo he dicho, me voy, pero vengo á vosotros. "Voy al Padre, vengo invisiblemente por el Espíritu. "Si me amáis, tanto más os regocijaréis. El Padre es mayor que el Hijo del Hombre, él va á glorificarle; y el Hijo del Hombre glorificado os obtendrá el Consolador.

"Os he dicho estas cosas antes de que lleguen, á fin de que cuando hayan llegado creais."

El tiempo transcurría. La hora del dolor y de la muerte se aproxima.

—"Ya no os hablaré más," dijo Jesús tristemente. "El Príncipe de este mundo llega." Judas el traidor y los que se preparaban á cogerle no son para Jesús sino los instrumentos de aquel á quien él llama el Príncipe de este mundo. El llega, "pero nada tiene en mí." Por lo tanto, aunque exento de todo mal, él va á ser tratado como un malhechor.

El ve en su suerte la orden del Padre.—"Es preciso, añadió, que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandamiento que El me dió, haga yo así."

Entonces, dijo resueltamente: "Levantaos. Salgamos de aquí."[1]

1 Juan, XIV, 30, 31.

CAPITULO VIII.

DEL CENÁCULO Á GETHSEMANÍ.

Ellos se levantaron; y siguiendo la costumbre, en pie, recitaron el fin del "Hallel," los Salmos[1] que recordaban la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, la promulgación de la Ley, la resurrección y los dolores del Mesías. Jesús vió allí su propio destino, sus luchas, su muerte y su triunfo.[2]

Acabado el himno, el Maestro rodeado de los Once abandonó el Cenáculo y tomó el camino del monte de los Olivos. La casa en la que había celebrado la Pascua, se hallaba situada sobre el Sión: él debió salir por una de las puertas meridionales de la ciudad y encaminarse hacia Gethsemaní, atravesando las pendientes del Ophel, á través de los jardines y los viñedos. La noche había cerrado, una de esas noches de Oriente, iluminadas, serenas, tachonadas de estrellas.

La ternura de Jesús, siempre inagotable, se reveló todavía en el camino. El quiere que sus discípulos no solamente crean en él, sino que estén en él, y que permanezcan en él. Esta unión es un gran pensamiento. ¿Acaso no ha venido para

1 Salm. CXIII, CXV, CXVI, CXVII.
2 Pesah., fol. 1, 8, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gún espanto ante Dios. El siempre ha estado en el amor del Padre. Su muerte no es sino un regreso á Aquel del que salió. El va á recoger, como Hijo del Hombre, en la casa de su Padre, la gloria de la que goza eternamente como Hijo de Dios. Todo lo que él ha dejado, crecerá después de él. El mora, presente, aunque invisible, en sus discípulos, y obrará por ellos y en ellos la obra santa del Reino. Ni el tiempo, ni el mundo con sus odios y energías satánicas, harán presa contra los suyos; él venció al tiempo y al mundo y apoyados en él, sus apóstoles, de edad en edad, continuarán la victoria.

—"Que vuestro corazón no se turbe, que no tema. Os lo he dicho, me voy, pero vengo á vosotros. "Voy al Padre, vengo invisiblemente por el Espíritu. "Si me amáis, tanto más os regocijaréis. El Padre es mayor que el Hijo del Hombre, él va á glorificarle; y el Hijo del Hombre glorificado os obtendrá el Consolador.

"Os he dicho estas cosas antes de que lleguen, á fin de que cuando hayan llegado creais."

El tiempo transcurría. La hora del dolor y de la muerte se aproxima.

—"Ya no os hablaré más," dijo Jesús tristemente. "El Príncipe de este mundo llega." Judas el traidor y los que se preparaban á cogerle no son para Jesús sino los instrumentos de aquel á quien él llama el Príncipe de este mundo. El llega, "pero nada tiene en mí." Por lo tanto, aunque exento de todo mal, él va á ser tratado como un malhechor.

El ve en su suerte la orden del Padre.—"Es preciso, añadió, que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandamiento que El me dió, haga yo así."

Entonces, dijo resueltamente: "Levantaos. Salgamos de aquí."[1]

1 Juan, XIV, 30, 31.

CAPITULO VIII.

DEL CENÁCULO Á GETHSEMANÍ.

Ellos se levantaron; y siguiendo la costumbre, en pie, recitaron el fin del "Hallel," los Salmos[1] que recordaban la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, la promulgación de la Ley, la resurrección y los dolores del Mesías. Jesús vió allí su propio destino, sus luchas, su muerte y su triunfo.[2]

Acabado el himno, el Maestro rodeado de los Once abandonó el Cenáculo y tomó el camino del monte de los Olivos. La casa en la que había celebrado la Pascua, se hallaba situada sobre el Sión: él debió salir por una de las puertas meridionales de la ciudad y encaminarse hacia Gethsemaní, atravesando las pendientes del Ophel, á través de los jardines y los viñedos. La noche había cerrado, una de esas noches de Oriente, iluminadas, serenas, tachonadas de estrellas.

La ternura de Jesús, siempre inagotable, se reveló todavía en el camino. El quiere que sus discípulos no solamente crean en él, sino que estén en él, y que permanezcan en él. Esta unión es un gran pensamiento. ¿Acaso no ha venido para

1 Salm. CXIII, CXV, CXVI, CXVII.
2 Pesah., fol. 1, 8, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atraerlo todo á él y á su Padre, ha vivido, y muere? Al ver en su camino á las vides que cubrían los jardines y que echaban ya sus primeras ramas, dijo:

—"Yo soy la verdadera vid; y mi Padre el viñador[1] El sarmiento que no tiene fruto de mí, le cortará; y el que da fruto, le podará para que tenga todavía más. Más vosotros estáis ya podados, por causa de la palabra que os he dicho.

"Permaneced en mí y yo en vosotros.

"Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la viña, lo mismo, vosotros no lo podéis, si no permanecéis en mí.

Yo soy la viña, y vosotros, los sarmientos. Si alguno permanece en mí y yo en él, dará mucho fruto. Sin mí, nada podéis hacer vosotros. Aquel que no permanece en mí, será arrojado fuera como el sarmiento; él se secará, se le amontonará para arrojarle al fuego y quemarle.

"Si vosotros permanecéis en mí, si mis palabras permanecen en vosotros, todo lo que quisiéreis, lo pediréis, y os será hecho.

"Y mi Padre será glorificado, si vosotros dáis mucho fruto y os hacéis mis discípulos.

De todas las parábolas de las que agradaba servirse á Jesús para revelar los misterios de la vida eterna, la de la viña y los vástagos es la más hermosa quizá; ninguna expresa con más precisión y energía las relaciones profundas, íntimas, necesarias de Jesús y de sus discípulos. Su ternura se complace en interpretarla.

El quiere que los Once lo sepan: él es para ellos el Principio de la Vida. No se le posee sino en él y por él. La sabia fluye de él en los que le están incorporados como el vástago lo está á la cepa. Todo lo que no depende de esa cepa bendita es vástago muerto. El discípulo pérfido era la prueba; como él no había permanecido en unión con el Maestro, había sido cortado. Pero las ramas verdes y vivas deberán ser podadas; esta es la Ley del sacrificio. Ningún miembro de Cristo,—esa cepa misteriosa,—escapará. Mientras más vigoroso sea más probado será. El Padre, el viñador, le pedirá mucho fruto, y él no dará sino con la condición de ser más sacrificado.

1 Juan, XV, 1 y sig.

Multiplicar los discípulos de Jesús, obtener de ellos virtudes heróicas, extender sobre toda la tierra la viña que él plantó, podar sus ramas, hacer madurar los frutos que serán comprimidos en el lagar y que suministrarán el vino nuevo del Reino, he aquí la obra del Padre con la humanidad á quien ha resuelto salvar.

Un amor infinito desbordaba, en este momento, del alma de Jesús.

—"El Padre me ha amado," dijo, "y yo también, os he amado. Respecto de vosotros, permanecéis en mi amor. Como yo amo al Padre, así debéis amarme. Ahora, si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo, guardando los preceptos de mi Padre, permanezco en su amor. Os he dicho todas estas cosas, á fin de que mi alegría esté en vosotros y que vuestra alegría sea plena."[1]

Aquellos á quienes llena el amor divino, experimentan la paz, la felicidad, la saciedad. Las aspiraciones que agitan á toda alma se calman en ellos; porque ellas están llenas de esta caridad "que excede á todo sentimiento y que guarda nuestro corazón y nuestra inteligencia."[2]

Se adivina, con la lectura de estas páginas todavía ardientes, la emoción de los discípulos de Jesús, cuando, se encaminaban por la noche, hacia el valle del Cedrón, y él les expresó su caridad sin límites.

1 Juan, XV, 11.
2 Felipe, IV, 7.

—"Sí," decía, "mi único precepto es que os améis vosotros como yo os he amado."[1]

El pensamiento de su muerte próxima pasó por su espíritu; él no vió en él en esta vez, sino la prueba de su amor por los suyos; y su lenguaje todavía llegó á ser más tierno:

—"No hay mayor amor como dar su vida por sus amigos.

—"Vosotros sóis mis amigos, si hacéis lo que yo os mando."

El insistió respecto á esta palabra de amigos. "Yo no os llamo mis sirvientes, porque el sirviente no sabe lo que hace su señor; yo os he llamado mis amigos, porque todo lo que he escuchado del Padre, os lo he hecho conocer."

La confianza está en razón del amor; si él es total, ella es total. Nosotros estamos aquí en el amor absoluto: como el Padre ama á su Hijo él le ha revelado todo, el Hijo ama á los hombres que él ha escogido y les ha dado todo lo que tiene del Padre.

La obra de la creación es la menor de las obras de Dios, y la constitución del Universo ha sido entregada como un problema á la sagacidad del genio humano;[2] pero la obra de la Redención del mundo por la Encarnación del Hijo de Dios, por sus sufrimientos y por su muerte, por la efusión de su Espíritu sobre toda carne,—esta obra la más necesaria, la más santa, puesto que ella consuma todo, esta obra que manifiesta el máximum, la bondad y la potestad infinitas,—nos es conocida por la fe sola y por la revelación que Jesús hizo á sus amigos.

Que ellos no se exalten; ellos no son lo que son sino por la gracia.[3]

—"No sóis vosotros," les dijo Jesús, "quienes me habéis escogido; soy yo quien os ha escogido y os ha establecido, para que vayáis y déis el fruto y que vuestro fruto permanezca, de manera que todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, él os lo da."

1 Juan, XV, 12.
2 Eccles., III, 11.
3 I, Cor., XV, 10.

Jesús llama á los suyos; ellos vienen á él. Su elección es el principio de su vida nueva. Su destino es grande: cubrir al mundo, producir á la faz del mundo frutos de una virtud divina; pero su fuerza también es divina: el Padre vela sobre ellos; ellos le pedirán en nombre de Jesús todas las cosas y el Padre se las dará.

El les dijo todavía, como si no pudiese repetirlo bastante:

—"Os lo recomiendo, amáos los unos á los otros." Esta palabra todo lo resume: ellos hallarán en él la fuerza, la alegría y la paz en esta tierra en donde van á esparcirse y en donde el odio les espera. Este odio, genio infernal de la humanidad perdida, Jesús quiere que sus discípulos le conozcan, porque él es inevitable; él va á pintarle á sus ojos, á precaverlos contra sus asaltos; por terrible que sea, ellos le veneran.

—"Mientras que vosotros os amáis los unos á los otros, el mundo os odiará. Si el mundo os odia, no os sorprendáis, ni os escandalicéis, ni os espantéis. Más bien consolaos, y sabed que él me ha odiado el primero.

"Si habéis sido del mundo, él amará lo que es de él; pero porque ya no sóis, y que yo os he escogido del medio del mundo, por causa de esto, el mundo os odia."

El mundo, en el lenguaje de Jesús, es la humanidad sometida á la potestad del mal. Todo en ella es vanidad, concupiscencia, orgullo; ella tiene el egoísmo por principio, por ley y por fin. Ella se prefiere á todo, hasta á Dios. Ella quiere reinar, dominar, gozar. Para lograrlo, ella ante nada retrocede; ella está dispuesta á todas las astucias, á todas las tiranías, á todas las violencias y á todos los crímenes.

Jesús es el único ser humano en contradicción absoluta con el mundo así comprendido; por esta razón, ese odio acumulado contra él y que es en el fondo el odio de Dios, el odio del bien.

Sus discípulos lo heredan:—"Acordáos," les dijo, "de la palabra que os he recordado frecuentemente: El servidor no es más grande que su señor. Si ellos me han perseguido, ellos os perseguirán también; si ellos han guardado mi palabra, ellos guardarán también la vuestra.

"Y ellos harán todo contra vosotros, por causa de mi nombre, porque ellos no conocen á Aquel que me ha enviado."

Este odio del mundo, Jesús le había hallado en el pueblo judío, bajo su más horrible forma: la hipocresía de un falso celo, de una falsa piedad y de una religión pervertida. El pensamiento de los culpables le conmovió.

—"Si yo no hubiera venido, si yo no les hubiera hablado, ellos no tendrían pecado; pero ahora ellos no tienen excusa. Ellos me odiaron; y el que me odia, odia á mi Padre. Si yo no hubiera hecho en medio de ellos obras que nadie ha hecho, ellos no tendrían pecado; pero ahora, ellos han visto y ellos me han odiado y á mi Padre."

Estas palabras de una tristeza punzadora, ponían á descubierto el fondo secreto de la incredulidad judía. Esos representantes oficiales de la verdad religiosa, de la Ley santa y del culto,—Jesús lo dijo,—ignoraban á Dios y no le amaban. Si ellos hubieran amado al Padre, ellos hubieran aceptado á Jesús, á quien envió; y si ellos hubieran amado á Dios, ellos hubieran amado á Aquel que les traía su palabra y que ejecutaba en medio de ellos sus obras santas.

Su religión hipócrita ocultaba espíritus sin fe y sin conciencias sujetas á la potestad del mal.

Al rechazar á Jesús, ellos han realizado una palabra del profeta: "Ellos me han odiado por nada."[1] Pero el Padre recoge á su Hijo repudiado y vilipendiado:—"Cuando llegue el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí."[2]

1 Salm., XXXIV, 19.
2 Juan, XV, 26.

El no le dará solamente la eternidad de su gloria, él le exaltará aun en este mundo. La última palabra no permanecerá en la tierra en el error y en el odio, sino en la verdad y en el amor.

—"Y vosotros," añadió, "vosotros también, daréis testimonio, vosotros que habéis estado desde el principio conmigo."[1]

El Espíritu de verdad, apoderándose de los raros discípulos testigos de toda la vida de su Maestro, ha constituído la Iglesia; y la Iglesia, apenas creada, ha publicado por los cuatro vientos del cielo la santidad, la justicia, la bondad, la divinidad de Jesús. Su voz, que se amplifica con los siglos, domina á todos los ultrajes, á la blasfemia de los Judíos y á la incredulidad de los últimos tiempos. Nada ha podido sofocarla ni comprimirla. A los que escuchan los ruidos, los rumores, los gritos de que está llena la humanidad, ella se impone como la voz la más fuerte, la más armónica, la más santa, la más indefectible: ella tiene la fuerza del martirio, la santidad de la virtud, la grandeza del genio, la indestructibilidad de la fe. ¿Qué hombre, en esta tierra, ha visto jamás elevarse en derredor suyo semejantes testimonios, semejantes aclamaciones?

Después de haber animado á sus discípulos por una divina esperanza, y haberles mostrado el crimen de sus perseguidores prestos á verter sobre ellos todo el odio con el que le habrán perseguido el primero, Jesús añadió:

"No os escandalicéis. Ellos os excomulgarán; estaréis sin sinagogas, y aun llega la hora en la que cualquiera que os matará, creerá dar un culto á Dios. Y ellos os harán estas cosas, porque ellos no han conocido ni al Padre ni á mí. Pero yo os lo digo, á fin de que, llegada la hora, os acordéis de que yo os lo he dicho. Yo no os las he dicho desde el principio, porque yo estaba con vosotros."[2]

Todo lo que Jesús, en sus confidencias supremas, quiere en-

1 Juan XV, 27.
2 Juan, XVI, 1 sig.

tregar á sus discípulos, toca á las últimas profundidades. El les había hablado á menudo del Padre y del Espíritu, enseñado sus deberes y atestiguado su afección y su ternura; jamás como hoy. Al formarles al apostolado, él ya les había anunciado la persecusión y el odio. Hoy, les enseña, á este respecto, un detalle nuevo y particularmente doloroso. No son los paganos quienes le persiguen, es el pueblo de Dios. Estas autoridades, que ellos miran y respetan como santas, que tienen la unción de Dios y que hablan desde lo alto de la cátedra de Moisés, después de haber rechazado á Jesús, les perseguirán sin cuartel. En el nombre del mismo Dios ellos serán odiados, excomulgados, entregados á la muerte.

Hay algún consuelo en caer bajo el golpe de los que niegan y odian á Dios; pero sufrir, ser perseguido por el poder religioso traidor á su misión, ser inmolado por él como blasfemador de Dios, cuando se le alaba; como destructor del culto, cuando se le mejora, ved el más cruel de los martirios. Jesús le sufrió, sus discípulos fieles deberán sufrirlo.

Los Once están advertidos: el recuerdo de las palabras del Maestro les confortará, cuando él ya no esté.

El pensamiento de la separación volvía sin cesar á su espíritu, llenándoles de tristeza; Jesús les volvió á confortar. El había querido inundarles de la alegría con la que él mismo se extremecía al ir á su Padre; pero ellos están únicamente preocupados del abandono en el que su partida va á dejarles.

"Ahora que yo voy cerca de Aquel que me ha enviado" les dijo, "ninguno me pregunta: ¿A dónde váis? La tristeza llena nuestro corazón. Tened ánimo. Yo os digo la verdad: es útil que yo me vaya. Porque si yo no me voy, el Paráclito no vendrá á vosotros; pero cuando yo me haya ido, yo os lo enviaré."[1]

Cuando Jesús vivió voluntariamente sometido á las leyes de

1 Juan, XVI, 5 sig.

la humanidad sufriente, pasible, mortal, él no estuvo menos lleno del Espíritu, y el Espíritu irradiaba sobre todos aquellos que á él se le aproximaban; pero su acción parecía restringida por las leyes mismas que limitaban á la naturaleza humana en Jesús. Porque ella llegó á ser invasora, soberana, universal, la humanidad que era el foco debía entrar en su estado de soberanía universal y triunfante. Por tanto, del seno del Padre en donde ella reinaría gloriosa, ella daría su pleno desarrollo al Espíritu; y la obra de santificación, de consuelo y de fuerza sería inaugurada: hé aquí la promesa confortadora.

—"Cuando él haya venido," dijo Jesús, "convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque ellos no han creído en mí; de justicia, porque yo me voy á mi Padre, y ya no me veréis; de juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado, condenado."[1]

Estas tres palabras misteriosas y sin fondo, revelan toda la obra del Espíritu Santo, y la victoria que él va á alcanzar, por los discípulos de Jesús, en el mundo.

El mundo, pagano y judío, no reconoce su estado de pecado; pero al rehusar reunirse á Jesús, verá á este estado agravarse sin medida, y el mundo será así convencido de pecado. Para salir del mal, es preciso creer en el único Salvador; y esta fe que por la acción del Espíritu, llegará á ser la fe de un pueblo santo, innumerable, probará á todos que el Cristo es el principio de la santidad y de todas las virtudes.

El mundo ignora la justicia, la justicia que hace al hombre perfecto y agradable á Dios. Ella no existe originaria y plenamente sino en un solo ser, aquel á quien los Judíos han condenado como á un facineroso. Pero el Espíritu de Dios, arrancando á Jesús de la muerte y de esta tierra de pecado, para transportarle al cielo, á la diestra del Padre, brotando de él como una flama para abrazar al mundo,—este Espíritu probará á todos los que quieran ver en dónde está la justicia.

1 Juan, XVI, 8 y sig.

El mundo no sabe sobre quién cae la sentencia, él se cree el Señor, y no duda que el principio sobre el que se apoya, el jefe del que él releva, en su actividad desordenada y perversa, son los verdaderos condenados de Dios.

El vencido no es Jesús, es el Mal; él le derribó por la muerte. El Espíritu, arrancando á las almas de la tiranía que el mal ejerce, probará su derrota en la duración de los siglos y convencerá al mundo de sentencia. Todo ser santo, á ejemplo del Maestro, es un testigo vivo que atestigua que Satanás es vencido.

Después de haber confiado á sus discípulos tantas verdades que ellos no pueden comprender sino á medias, Jesús se detuvo.

—"Todavía tengo muchas cosas que deciros; pero no las podéis llevar al presente."[1]

Hasta en sus reticencias, él les probó su amor.

—"Por lo demás, cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará toda la verdad, él no hablará de sí mismo, pero dirá todo lo que haya sido del Padre y de mí, y él os anunciará el porvenir.

"El os glorificará, porque él recibirá todo de mí y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío, y el Espíritu de verdad que recibirá de mí, os le anunciará."

El es, en efecto, quien debía iniciar plenamente á los apóstoles en lo que San Pablo llamó "el misterio de Jesús"[2] en lo que Jesús llama "toda la verdad" El les enseñará la Redención universal por la muerte del Mesías, la abrogación del culto mosaico, la reprobación de Israel, la vocación de los Gentiles, y la grandiosa evolución del Reino de Dios.

Los últimos instantes transcurrían.

—"Dentro de breve tiempo," dijo Jesús, "ya no me veréis; y dentro de breve tiempo ya no me veréis porque voy al Padre."[3]

Palabras enigmáticas, alusión obscura al corto período de la muerte y de la sepultura, durante el cual Jesús iba á desaparecer á las miradas de los discípulos entristecidos y preparados, guardando apenas una vislumbre de esperanza y de fe, hasta después del período glorioso de su vida resucitada, durante la cual Jesús se mostraría á los suyos, consolándoles, instruyéndoles todavía, y finalmente, retornaría á su Padre, para enviarles al Espíritu.

1 Juan, XVI, 12.
2 Efes, III, 4 y sig.
3 Juan, XVI, 16 y sig.

Los Once no comprendían; ellos se preguntaban el uno al otro, en silencio, lo que quería decir el Maestro. El se los explicó.

—"En verdad, en verdad, yo os digo, lloraréis y gemiréis, y el mundo se regocijará, pero vuestra tristeza se trocará en alegría.

"Una mujer, cuando tiene un niño, tiene tristeza, porque ha llegado su hora; pero cuando ya le tuvo, ella no se acuerda ya del sufrimiento, por causa de su alegría, porque un hombre ha nacido al mundo.

"También vosotros, cuando yo haya desaparecido, tendréis tristeza; pero me veréis, y vuestro corazón se regocijará y nadie os arrebatará vuestra alegría.

"En ese día, ya no me interrogaréis sobre nada; en verdad, en verdad, yo os digo, todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, os le dará. Hasta el presente, nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, á fin de que vuestra alegría sea plena.

Mientras que Jesús estuvo con los suyos, á él es á quien se dirigían; él era su consejo, su sostén, su alegría visible; desaparecido, su Espíritu le reemplaza. El vivirá por él en su conciencia, y ellos no tendrán necesidad de interrogarle. En otro tiempo, él les habló de las cosas divinas, en parábolas, en un lenguaje figurado que velaba la verdad al revelarla; pero el Espíritu que él enviará desgarrará el velo, y en una lengua que ningún oído entiende, que ninguna boca puede hablar, él les comunicará los misterios de Dios. Este Maestro interior les inspirará lo que es preciso, les iluminará con toda claridad; y lo mismo que Jesús, cuando ellos hayan recibido su Espíri-

tu, los apóstoles y los fieles obtendrán todo del Padre. He aquí la verdadera, la única oración eficaz. No somos nosotros los que pedimos, es el Espíritu de Jesús quien pide en nosotros. Lo que los paganos y Judíos llaman oración, es una petición humana; ella no tiene su origen en el amor eterno, ella no podría tener acceso en el amor del Padre; de aquí, su esterilidad. Pero la petición de Jesús es siempre eficaz, porque el Padre que escucha, nos ama.

—"En ese día, dijo, pediréis en mi nombre, y yo no digo que pediré por vosotros al Padre; porque el Padre os ama, también él, porque me habéis amado y habéis creido que yo he salido del Padre.

"Si, yo he salido del Padre, y yo he venido á este mundo; al presente, yo dejo al mundo y voy al Padre."

Estas cuantas palabras resumen todo el ser y toda la historia del Hijo eterno de Dios. El no ha sido como nosotros, sacado de la nada, él salió del Padre, eternamente engendrado; él vino á este mundo, encarnando su forma divina en una naturaleza de hombre sufriente y mortal; ahora, por la muerte, él deja á este mundo, despoja, al morir, la debilidad y la mortalidad, y va al Padre que le revestirá, hasta en su forma humana, de su gloria y de su potestad.

Los Once, en este momento, quedaron deslumbrados y arrebatados. El Maestro había adivinado sus pensamientos secretos, su duda; su palabra les pareció iluminada.—He aquí, exclamaron, nos habláis abiertamente y sin ninguna parábola. Al presente vemos que sabéis todas las cosas; leéis en nuestros pensamientos, no hay necesidad de que se os interrogue; también nosotros creemos que habéis salido de Dios.[1]

La divinidad de Jesús, irradiaba en ellos y sobre ellos; esta es la fe que el Maestro quería. Al oírla expresar por los suyos, debió conmoverse.

—"Al presente creéis," les dijo. Pero la vista del porvenir, y de un porvenir amenazador, le hizo añadir con tristeza:

1 Juan, XVI, 29 y sig.

"La hora llega, y ya está ahí, en la que seréis dispersados cada uno por su lado, y me dejaréis solo...." Después, reponiéndose: "No, yo no estoy solo, el Padre está conmigo.

"Os he dicho estas cosas, á fin de que en mí tengáis la paz; en este mundo tenéis la tribulación; pero aléntáos, yo he vencido al mundo."[1]

Estas palabras de triunfo y de absoluta confianza terminaron la conversación.

1 Juan XVI, 29 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

LA ORACIÓN DE JESÚS.—SU AGONÍA.—SU ARRESTO.

Jesús, caminando con los Once hacia Gethsemaní, había llegado al valle del Cedrón, el mismo que la Escritura llama el valle de Savé ó del Rey.[1] Abraham allí halló á Melquisedec, el Rey de Salem, quien ofreció el pan y el vino y bendijo al Padre de los creyentes.[2]

David, para escapar de la cólera de Absalón, le habría atravesado, con los pies desnudos y cubierta la cabeza, con sus servidores fieles, escapándose al desierto.[3]

Un arroyo, actualmente seco, corría en el fondo de la garganta, é iba á engrosar más allá de Siloe el manantial de Bir—Eyoub que brotaba á grandes torrentes, en la estación de las lluvias, y se precipita al Mar Muerto, á través de un suelo ardiente y calcinado, en donde se pierde.

Nada más triste y más recogido que ese ouady estrecho, con sus monumentos fúnebres, las tumbas de Absalón, de Josafat y de Zacarías, y sus sepulcros que cubren toda la vertiente oriental.

1 Gen., XIV, 5, 17.
2 Gen., XIV, 18.
3 II, Reyes, XV, 11.

Ahí, creemos, en frente de esos mausoleos, fué en donde Jesús se detuvo. Antes de inmolarse á sí mismo, víctima y sacerdote eterno, dirige á su Padre la oración que encierra toda la virtud de su sacrificio y de la que es el alma.

El ora en alta voz: los Once deben estar iniciados en este sacrificio que es su gran obra; y como siempre lo hacía, después de elevar los ojos al cielo, dijo:

—"Padre, la hora ha llegado, glorificad á vuestro Hijo, á fin de que vuestro Hijo os glorifique.[1] Glorificadle como vos le habéis dado potestad sobre toda carne, á fin de que á todos aquellos que le habéis dado, él de la vida eterna. Y esta es la vida eterna que ellos os conozcan, á vos, el único verdadero Dios, y á Aquel á quien habéis enviado, Jesu-Cristo.

"Yo os he glorificado en la tierra; he consumado la obra que me habéis dado á hacer. Y al presente, glorificadme, vos, Padre, para con vos mismo, de la gloria que yo tenía, antes de que el mundo fuese, en vuestra presencia.

"Yo he revelado vuestro nombre á los hombres que me habéis dado del mundo. Ellos eran vuestros y me los habéis dado, y ellos han guardado vuestra palabra. Ellos conocen ahora que todo lo que me habéis dado es vuestro. Las palabras que me habéis dado, yo se las he dado; y ellos las han recibido, y ellos han conocido verdaderamente que yo he salido de Vos, y ellos han creído que me habéis enviado.

"Yo suplico por ellos. Yo no ruego por el mundo, sino por aquellos que me habéis dado, porque ellos son vuestros. Así, todo lo que es mío es vuestro y todo lo que es vuestro es mío. Y yo estoy glorificado en ellos.

"Y pronto ya no estoy en el mundo, y ellos están en el mundo. Y yo voy á Vos.

1 Juan, XVII, 1 y sig.

"Padre santo, guardadles en vuestro nombre, á los que me habéis dado, á fin de que ellos sean uno como nosotros.

"Cuando yo estaba con ellos en el mundo, yo les guardaba en vuestro nombre. Los que me habéis dado, los he guardado, ninguno de ellos ha perecido, si no es el hijo de la perdición, á fin de que la Escritura fuese cumplida.

"Ahora, al presente, voy á Vos, y digo estas cosas en el mundo, á fin de que ellos tengan la alegría,—la mía,—cumplida en ellos.

"Yo les he dado vuestra palabra y el mundo les ha cogido en odio; porque ellos no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. Yo no pido que les quitéis del mundo, sino que les guardéis del Malo. No, ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

"Santificadles con la Verdad. La palabra,—la vuestra,—es verdad.

"Lo mismo que Vos me habéis enviado al mundo, yo también, les he enviado al mundo, á fin de que también ellos sean santificados en verdad.

"Yo no pido solamente por ellos, sino también por los que creen por su palabra en mí.

"Yo os suplico que todos sean uno. Como Vos, Padre, estáis en mí, y yo en Vos, que también ellos en nosotros sean uno, de modo que el mundo crea que Vos me habéis enviado. Y yo, les he dado la gloria que me habéis dado, á fin de que ellos sean consumados en uno, y que el mundo conozca que Vos me habéis enviado y que les habéis amado como yo os he amado.

"Padre, aquellos que me habéis dado, quiero que ahí en donde yo estoy, estén ellos conmigo; quiero que ellos vean mi gloria, la que Vos me habéis dado; porque Vos me habéis amado antes de la constitución del mundo.

"Padre justo, el mundo no os conoce; pero yo os conozco, y éstos han conocido que me habéis enviado; y yo les he hecho conocer vuestro nombre y le haré conocer aun. Así el amor con el que me habéis amado estará en ellos y yo también en ellos."

Esta oración de Jesús es más vasta que la tierra y los mundos, superior á todos los tiempos, más grande que el cielo visible al que él levantó los ojos; ella es infinita, eterna, como Dios á quien ella se dirige, como el amor que él inspira, como las peticiones que ella formula, como las fuerzas divinas que ella pone en acción.

Señor y Maestro "de toda carne," con el fin de comunicar la Vida eterna á todos aquellos que el Padre le ha dado, Jesús pide que la voluntad divina se cumpla en él y en la humanidad.

Asociar á su propia vida á las inteligencias creadas á su imagen, ser glorificado por ellas, revelándose á ellas en la verdad, y reinar en ellas por el Espíritu de amor infinito: tal es el plan de Dios.

Jesús ya comenzó la obra; él ligó á sus elegidos con la fé. Ellos han recibido su enseñanza, ellos conocen el nombre del Padre, ellos saben que él es el mismo el Hijo de Dios, salido del Padre y enviado por él. El pide al presente ser glorificado, y recibir la gloria que él tenía cerca de El, antes de que el mundo fuese.

Ser reconocido como el Hijo de Dios, igual al Padre, ésta era la mayor gloria, la única que Jesús había buscado entre los hombres; ella le será dada. Nadie, sino él, será llamado el Hijo de Dios. Cuando Jesús pide á su Padre, siempre es escuchado. El irá por la muerte á la resurrección, abandonará esta tierra con una ascensión gloriosa, y aunque invisible, hecho triunfante en su humanidad transfigurada, inmortal y soberana, él continuará por el Espíritu que él va á enviar, la realización del Reino de Dios.

Cómo él pide por él mismo, pide por sus discípulos. El ya no estará más para guardarles, pide á su Padre guardarles en

su nombre. En medio de este mundo que les odia por causa de él, ellos no tienen nada que temer: la fuerza del Padre está con ellos.

Este mundo es malo: ellos no lo son; desde que ellos han creído en su palabra, ellos están en el Padre y en él. Jesús pide que ellos sean preservados del Malo y que ellos se santifiquen. A su ejemplo, ellos son enviados al mundo como víctimas; él quiere que ellos estén por completo en el cumplimiento de la voluntad del Padre, que ellos se amen como el Padre y el Hijo se aman, que ellos sean uno como el Padre y el Hijo son uno. En este mundo, en el que el egoísmo todo lo divide y arma á los individuos á los unos contra los otros, él pide que ellos tengan entre sí la caridad que une, y que ellos aparezcan como la gran señal de su misión divina.

Su petición se extiende á todos sus discípulos del porvenir. El les ve á través del tiempo y del espacio, dispersos sobre la tierra; y pide al Padre que, á pesar del tiempo y todo lo que divide, ellos sean uno como el Padre y el Hijo son uno. Unidad prodigiosa y santa que funda la eterna familia de los creyentes, ella será la prueba que el Padre les ama como él amó á su Hijo Jesús.

El pide, en fin, que allí en donde él estará, todos los que el Padre le ha dado estén con él, en el mismo cielo, en la misma inmortalidad: él lo quiere, dijo con energía, como un Hijo seguro de expresar la voluntad de su Padre, y poseyendo la plenitud de sus derechos. El quiere que todos vean su gloria, y que al verla, ellos estén en la eterna Vida; porque la gloria del Hijo de Dios es conocer á su Padre, ser conocido y amado de él.

Así se realizará la obra de la eterna sabiduría, de la eterna bondad. La oración de Jesús es la fuerza inmanente y motriz de su Reino; ella nos penetra, ella nos lleva con esa unidad que debe constituir la familia de los espíritus asociados á la vida de Dios. Mientras que el mundo se agita en el torbellino terrestre, las elegidas por la vocación de Cristo se desprenden del vínculo del mal, y se unen á Aquel que les liberta.

Después de su oración, Jesús franqueó el Cedrón.[1]

—"Todos," dijo á sus discípulos, "váis á ser escandalizados en mí, esta noche; porque está escrito: Heriré al pastor y las ovejas serán descarriadas;[2] pero después de que yo haya resucitado, yo os precederé en Galilea."

Pedro se conmovió. El Maestro, algunas horas antes, ya le había profetizado su negación, y él no pudo creerlo.—Aun cuando todos sean escandalizados por vos, exclamó, yo, jamás!—"¿Tú?" respondió Jesús, "en verdad yo te digo, hoy, esta misma noche, antes de que el gallo haya cantado dos veces, tú me negarás tres veces." Y Cephas, siempre presuntuoso, replicó: —Aun cuando me fuera necesario morir con vos, no, jamás os negaré.[3]

Los Once al mismo tiempo, protestaban con energía respecto á su fidelidad.

Ellos cortaron la ribera izquierda del arroyo, y siguiendo á su Maestro, volvieron á pasar el valle, hasta el monte de los Olivos. Los jardines en Jerusalem, como en muchas ciudades de Oriente, no estaban en el recinto, sino en los alrededores de las murallas, y principalmente sobre la vertiente occidental de la colina del de los Olivos. Al pie de esta colina, á cien pasos y sobre la ribera izquierda del torrente, había uno que se llamaba Gethsemaní en donde Jesús se retiraba á menudo, en la noche, con sus discípulos para orar; él debió, en sus diversas estancias en Jerusalem, parar allí muchas noches El lugar es recogido y triste, austero y religioso. La mirada, al levantarse, no ve, al Occidente, bajo el cielo, sino las grandes murallas del Templo, el remate de los edificios sagrados y la sombría torre Antonia; á la derecha, el monte Scopus desnudo; á la izquierda, el valle de Josafat con sus tumbas.

Jesús prefería este jardín solitario.

1 Juan, XVIII, 1.
2 Zacarías, XIII, 7.
3 Mat., XXVI, 31 y sig.; Marc., XIV, 27 y sig.

Quiso orar allí por última vez y ser triturado por el dolor, como el fruto del olivo bajo el molino de Gethsemaní.[1]

Entró en el cercado con los Once[2] y les dijo: "Sentáos aquí, mientras que voy ahí para orar." Condujo á Pedro, Santiago y Juan, y se alejó de ellos á la distancia de un tiro de piedra. Comenzó á entristecerse; estaba sobrecogido de espanto y de angustia.

—"Mi alma está triste hasta la muerte," les dijo, "permaneced aquí y velad conmigo."

Avanzó un poco y cayó de rodillas, con el rostro en la tierra; y los tres discípulos le escucharon orar, á fin de que esa hora pasara lejos de él:

—"Padre, si os es posible,—todo os es posible,—alejad de mí este caliz. Sin embargo, que se haga no lo que yo quiero, sino lo que vos queréis!"

El vino á sus discípulos y los halló dormidos.

—"Simón," dijo dirigiéndose á Pedro, "duermes; no has podido velar una hora conmigo."

Pedro, quien se decía presto á morir dormía. Jesús le reprochó dulcemente su debilidad, y agregó: "Velad y orad, á fin de que no caigáis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca." Palabra profunda dirigida á los Once: por el espíritu y la voluntad, ellos no vacilan en seguir á su Maestro hasta la muerte; pero bajo el peso de la materia que agrava al espíritu, ellos ya desfallecen.

Jesús se alejó por segunda vez.

El dijo: "Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, que se haga vuestra voluntad!

Volvió otra vez, y les halló durmiendo. Sus ojos estaban pesados; no sabían qué responderle. Les dejó de nuevo, y oró por tercera vez:

—"Padre, si lo queréis, apartad de mí este cáliz. Sin embargo, que se haga vuestra voluntad, y no la mía!"

1 En hebreo: Molino de Aceite.
2 Mat., XXVI, 36 y sig.; Marc., XIV, 32 y sig.; Luc., XXII, 40 y sig.

Entonces, un angel del cielo se le apareció y le confortó.

Caído en agonía, redobló su oración; y sudó, como gotas de sangre que chorreaban á la tierra.

Habiéndose levantado, después de su oración, volvió por tercera vez á sus discípulos, y les halló siempre durmiendo, abrumados por la tristeza.

—"Aún dormís," les dijo, "sí, dormid lo poco que nos resta. Reposad."

Tal es, según los primeros Evangelios, la narración auténtica de la oración y de la agonía de Jesús en Gethsemaní.

La escuela mítica no osará pretender que ella ha sido ideada para glorificar á Jesús. Los paganos, como Celso y Juliano, se escandalizaban de lo que ellos llamaban su debilidad ante la muerte; y los Docetas, á quienes ofuscaba la humanidad en Cristo, la suprimían de la historia.

La escena de Gethsemaní es una de las más grandes, en verdad, y para quien sabe comprenderla, una de las más conmovedoras. Jamás Jesús había dejado ver, durante su vida, á sus más íntimos discípulos, un dolor semejante. Al pasar el Cedrón, al franquear el suelo del Jardín de los Olivos, la serenidad de su alma se veló, una angustia inexplicable le invadió.

En el momento mismo en el que su pasión, ó su suplicio va á comenzar, se turba, se espanta, desfallece, y se siente triste hasta morir. En seguida, se apresuraba hacia la muerte y la pedía á su Padre como el medio de glorificarle; otra vez, él la llamó "su caliz," y dijo: "Cuán deseoso estoy de beberle!" El la llamó "su bautismo," y decía: "Cuánto tardo en ser bautizado!" Al presente, clamó con angustia: "Oh Padre, si es posible, que este caliz se aleje!"

¿Cuál es este combate interior? ¿La voluntad de Jesús desmayó ante la de su Padre? ¿Su resolución de morir se quebranta? No; porque en lo más fuerte de la lucha que le agita, dijo: "Padre, que se haga vuestra voluntad, y no la mía!"

Pero la voluntad no está toda en el hombre; ni aun en aque-

llos que Dios llena y que le obedecen sin reserva, hay ahí un conjunto de facultades sensibles que repugnan al dolor; un instinto de conservación, una voluntad de vivir que resiste á la muerte.

Esas facultades sensibles y esta voluntad de vivir tenían en Jesús, como todo lo que se refiere á la esencia del hombre, su perfecta energía.

El pudo libertarse del dolor y de toda repugnancia á morir; no lo quiso absolutamente. Por el sufrimiento y por la muerte es como él es verdaderamente hombre; por ellos es el "Cordero de Dios, y que borra los pecados del mundo." El sufrirá, morirá; y todo lo que el sufrimiento puede contener de amargura, todo lo que la muerte tiene de afrentoso, él lo aceptará. Lejos de impedir la tortura, Dios, que está en él, la va á poner ahí á lo infinito.

El hombre no conoce los dolores que le aguardan; Jesús les ve de antemano. El cuadro pasa ante sus ojos: la traición, el abandono de los suyos, la flagelación, las bofetadas, las escupitinas, las burlas, los golpes, la injusticia de su condenación, la muerte ignominiosa y atroz.

A sus propios sufrimientos, se agregan todos los que torturarán por su causa, en el transcurso de los siglos, á sus discípulos amados, en quienes él vivirá, con los que no forma más que uno. Es un río de sangre que brotó de él, un océano que le envuelve.

Ved cómo se lava el pecado del mundo.

El mal que apela á tantos dolores, le apareció más terrible aun. Su conciencia humana siente todo el peso. El más grande sacrificio del ser santo es el espectáculo del mal moral. Jesús le ha conocido en todo lo que tiene de repugnante: en su principio, en sus desarrollos, en su condenación final. El midió este odio que enciende el fuego del juicio. El tomó sobre él, dice un profeta, la iniquidad de todos, la hizo suya, en esa

(1) Isaías, LIII, 6.

hora atroz de Gethsemaní; él bebió toda la verguenza. Los torrentes del mal le desconcertaron.

El hubiera muerto, si la fuerza de Dios, la misma que le entregaba á la agonía, no le hubiera sostenido, para reservarle á otros suplicios. El no tiene el sudor frío de los moribundos; pero bajo el peso que le oprime, tiene un sudor extraño, inaudito, como gotas de sangre que chorrean á la tierra. Quiso que tres de sus discípulos fuesen testigos de esta escena, á fin de que se supiese por ellos en qué abismo de dolores la voluntad de su Padre le había precipitado; á efecto, de que se aprendiese en su escuela, cómo se sufre, cómo se resigna y cómo se ama.

Ante sacrificios que el deber le manda y que la voluntad de Dios le impone, el hombre se enjorpece, se exalta ó sucumbe; con una dignidad estóica, él afecta algunas veces no reconocer que sufre, y dice al dolor: "Tú no existes. Es una mentira." Algunas veces, arrebatado de sus sentidos, él tiene, como ciertos mártires, una embriaguez estática que no le deja sentir el sufrimiento. Las almas vulgares, abrumadas por el mal, se doblegan, desertan del deber y rechazan la voluntad de Dios, para huír de la tortura y de la muerte.

Jesús se muestra en la verdad de la naturaleza humana, sin dureza, sin exaltación, por encima de toda debilidad. Halla el cáliz amargo, y él lo dice; siente con una fuerza espantosa, infinita, todo lo que el mal puede producir de tristeza, de espanto y de disgusto por vivir; pero su voluntad deliberada encuentra en la oración y en la unión al Padre, el valor y la resolución de beber el cáliz y de ejecutar hasta la muerte el mandato del Padre.

El agonizante de Gethsemaní, con la dulzura de su resignación, es el modelo acabado de todos los que sufren, de todos los que quieren, á pesar del dolor y de la muerte, ser fieles al deber, á su misión y á Dios. Nadie ha sufrido como él, ni se ha resignado y ni ha amado como él.

Antes de empeñar la lucha de la vida pública, él se había

retirado al desierto para rechazar en él á las sugestiones del Malo; antes de morir llega al jardín de Gethsemaní para vencer en él á todas las debilidades de la naturaleza humana, identificando su voluntad con la de su Padre. Su vida fué sin pecado; su muerte será sin debilidad.

Su resolución está tomada. La vehemencia de la crisis pasada, aparece reconfortada de Dios, en pie, en medio de sus discípulos durmiendo. La fatiga les abruma, la tristeza les adormece; ellos no tuvieron el valor de la oración, van á caer en la tentación. Jesús espera y vela; el momento terrible ha llegado.—"Levantáos," dijo á los suyos, vamos! Aquel que debe entregarme está próximo." Y, como si él hubiera querido entregarse á sí mismo, llegó con los Once al encuentro del traidor, á la entrada del Gethsemaní.

Hablaba todavía, cuando una tropa numerosa apareció[1] Ella estaba compuesta de soldados de la cohorte romana y de sirvientes del Templo. Se podía notar también á algunos personajes de la aristocracia sacerdotal, de los doctores y de los ancianos, y el comandante en jefe de la cohorte. La reunión de los legionarios con la guardia del Templo supone que las autoridades judías se habían concertado con el gobernador romano, para arrestar á Jesús. Conforme á la legislación romana de las provincias conquistadas, ningún arresto podía tener lugar sin la intervención del poder civil. Era preciso, además, evitar todo desórden; y aun obrando por la noche, y con celeridad, había temor que la multitud, puesta en aviso, sabiendo el arresto del Profeta, se amotinase. El monte de los Olivos era el cuartel de los peregrinos de Galilea. La cohorte allí estaba dispuesta á reprimir todo tumulto.

Esas gentes estaban armadas de espadas y de palos, provistas de linternas y antorchas. Un hombre las conducía y caminaba á la cabeza: era Judas.

El conocía el retiro del Maestro,[2] á menudo había ido ahí

1 Mat., XXVI, 47 y sig.; Marc., XIV, 43 y sig.; Luc., XXII, 47 y sig.
2 Juan, XVIII, 2-11.

con él: allí lleva á la tropa. A fin de precaver cualquiera equivocación, el traidor imaginó una señal para indicar á la víctima:—Aquel á quien yo besaré, les dijo, es él, apoderáos de él y llevadle. El Maestro besaba de ordinario al discípulo; el discípulo raras veces.

El iba á entrar á Gethsemaní, cuando Jesús, precediendo á los Once, vino á su encuentro. Judas se acercó.—Salud, Maestro, le dijo, y le besó.

—"Amigo mío, ¿qué has venido á hacer? Judas, tú haces traición al Hijo del Hombre por un beso!" Esta fué la última palabra que el miserable escuchó de la boca del Maestro. A su beso hipócrita, Jesús responde por la palabra de amigo. Judas en ella podía sentir el amor que perdona todo por el arrepentimiento, hasta la hipocresía y la traición.

Entonces Jesús se avanzó resueltamente hacia la tropa.

—"¿A quién buscáis?" dijo.—A Jesús de Nazareth.—

"¡Yo soy!" A esta palabra, ellos fueron derribados y cayeron en tierra.

Aquel que acaba de dejar ver al traidor una bondad divina, hizo resplandecer con una palabra su fuerza igualmente divina. Se puede rechazar su amor; pero nadie resistirá á su potestad, si él quisiera destruirlo todo. Su ascendiente, cuando á él le place, es soberano; su majestad, cuando él la despliega, es terrible. Por ella fué como arrojó á los vendedores del Templo, y que en diversas ocasiones hizo caer las piedras de las manos de sus enemigos exasperados. Al presente, la manifiesta, por última vez; es preciso que se sepa que él es la Víctima voluntaria. No se tocará á sus discípulos; se les aprehenderá solo porque él lo quiso.

Los guardias derribados, se levantaron. De nuevo, Jesús les dijo: "¿A quién buscáis?"—A Jesús de Nazareth—"Ya os he dicho que yo soy. Si pues á mí es á quien buscáis, dejad ir á éstos," agregó, mostrando á los suyos agrupados detrás de él. La palabra que él había dicho á su Padre, orando, de-

bía cumplirse á la letra: "Yo no he perdido á ninguno de aquellos que me habéis dado."[1]

En este momento, los satélites pusieron la mano sobre él. Los discípulos, viendo á su Maestro arrestado, le dijeron: Señor, ¿heriremos con la espada? Los instintos de la violencia les impulsaba. Simón, sin esperar la respuesta de su Maestro, sacó la espada, hirió á uno de los criados del gran sacerdote, á un cierto Malco, y le cortó la oreja derecha. Jesús calma inmediatamente á sus discípulos; y dirigiéndose á Pedro, le dijo: "Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada, perecerán por la espada. El cáliz que mi Padre me ha dado á beber ¿no le beberé entonces?

"Piensas que yo no puedo pedir á mi Padre que me envíe inmediatamente más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, quienes declaran que esto así debe suceder?"

En seguida, tocó con la mano la oreja de Malco y la sanó.

—"Habéis venido á mí," dijo á los príncipes de los sacerdotes y á toda esa cohorte, "con espadas y palos, como si fuera un ladrón. Cuando yo estaba con vosotros todos los días en el Templo, no habéis puesto la mano sobre mí; pero esta es vuestra hora, y la hora de la potestad de las tinieblas."

Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron. Un joven le siguió, cubierto solamente con un sudario. Se quiso aprehenderle, pero dejando el sudario, se escapó desnudo.

Jesús quedó solo, atado y agarrotado, bajo la guarda de la cohorte, de los tribunos y de los satélites del Sanhedrín.

Se ve con qué firmeza, en el primer acto de su pasión, la víctima repudia y comprime toda violencia, hasta animado de un buen celo. Aquel que decía: "Yo he venido á dar mi vida," no sufráis por defenderla, no atenta á la vida de sus agresores. Por lo demás, el arresto de Jesús, aunque tiránico y

[1] Juan, XVII, 12.

brutal, emanaba de la autoridad legítima, del poder romano presentado por el tribuno y sus soldados, y del poder religioso representado por los satélites del Templo y los enviados del gran sacerdote. La resistencia armada de la que se dejó llevar Pedro, era á la vez inconsiderada y vana. Aun cuando ella hubiera podido ser eficaz, provocar un movimiento de rebelión en la multitud de los Galileos, era contraria á la voluntad de Jesús y á la de Dios.

Al ordenar á su discípulo volver la espada á la vaina, Jesús no condena el uso legítimo de la fuerza. Es permitido al hombre defenderse, y en toda sociedad bien ordenada, el poder está armado para el triunfo del derecho y la expiación de los culpables. La autoridad que no sabe sujetar y vengar, sujetar contra el mal y vengar la inocencia, hace traición á un mandato divino. Pero, sobre las sociedades terrestres fundadas sobre la justicia, Jesús, por su muerte, estableció otra fundada en la caridad. En la primera, es preciso que la fuerza reste al derecho y se le mantiene; en la segunda, se le inmola. La abnegación voluntaria y la mansedumbre son las que llevan al Reino de Dios, de la conciencia y del bien.

Jesús no ha usado de la fuerza; siempre aparece el ser dulce y bueno. El se oculta y huye; él no se defiende violentamente. El quiere que sus discípulos sean como él. Si se les persigue, que se oculten; si se les coge, que mueran.

La orden dada á Pedro de volver la espada á la vaina es una orden eterna. El hombre al servicio de Dios imitará á Cephas, muchas veces tratará de herir para defender á la verdad y á Cristo; pero siempre escuchará la voz del Maestro que le dice: "¡Detente! el que se sirve de la espada perecerá por la espada." La caridad de Dios curará las heridas que haya hecho la violencia del hombre; é instruídos por el ejemplo de Jesús, los discípulos, aceptando el papel de víctimas, y dejando al Padre el cuidado de defenderles, irán á morir como él murió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

SENTENCIA DE JESÚS.

Jesús, cautivo, fué llevado sin ruido al palacio del gran sacerdote. El secreto de su arresto había sido bien guardado. Nada se sabía en Jerusalem de lo que pasó en la noche. La tropa volvió á bajar el valle del Cedrón, atravezó el torrente y tomó el camino que costea las murallas de la ciudad al Sur, dirigiéndose hacia Sión.

Todo estaba concertado de antemano contra Jesús. El complot debía ser ejecutado sin vacilación, sin tardanza, pero con todas las formalidades legales á las que esos devotos legistas daban tanto valor.

El suegro del gran sacerdote, un cierto Hanan, parece haber desempeñado un papel importante en la elección de las medidas tomadas. El era el jefe del partido saduceo y de la familia, quien en ese tiempo suministró más grandes sacerdotes.

El palacio de los Hanan estaba sobre el camino que conduce al de Kaifás.

Se le mostró el cautivo al anciano. El pudo regocijarse del

éxito de ese complot que él había dirigido. Judas debió estar con los que habían arrestado á Jesús, y él tendió la mano para recibir el precio de su traición. Los treinta denarios de plata prometidos, hacía dos días que los tenía.

No se hizo sino una breve detención en la casa de Hanan: los instantes estaban contados. Ante Kaifás es en donde debían tener lugar la comparecencia y el interrogatorio preliminar de Jesús.

El palacio del gran sacerdote estaba situado sobre el Sión. Como todas las moradas de los príncipes, se componía de un cuerpo de fábrica y de dos costados accesorios. El espacio cerrado por esos edificios formaba el patio interior, el "atrium," al que se entraba por un pórtico. Una escalinata daba ahí acceso.

Recuérdase la palabra de Kaifás en la sesión en la que los miembros del gran consejo deliberaron respecto al partido que se debía tomar contra Jesús: Es preciso que un hombre muera para la salvación del pueblo.[1] Era él quien iba á presidir el tribunal; la suerte del acusado era fácil de preveer.

Sin embargo, después del tumulto y la fuga precipitada de los discípulos, Pedro se había acercado á los que llevaban á Jesús, y siguió de lejos á la escolta. El amaba á su Maestro; una fuerza secreta le atraía sobre sus pasos; él quería saber lo que iba á ejecutarse.

Llegado á la ciudad, cerca del palacio pontifical, un discípulo oculto de Jesús se unió á él. Los documentos no le nombran; se puede sospechar á José de Arimathea. Miembro del Sanhedrín, él era conocido del gran sacerdote. Cuando la tropa, encargada de arrestar á Jesús entró en el atrium, el discípulo le siguió, mientras que Pedro se quedó afuera, en la puerta. Lo cual, visto por el discípulo anónimo, vino á hablar al portero, y Pedro entró.[2]

1 Juan, XVIII, 14.

2 Juan, XVIII, 15-16; Luc., XXII, 54 y sig.; Mat., XXVI, 17 y sig.; Marc., XIV, 53 y sig.

Un brasero estaba encendido en medio del patio. La noche era fría. Los criados del pontífice, los guardianes del Templo que habían tomado parte en el asunto estaban sentados al rededor del fuego. Pedro estaba con ellos, esperando el fin del interrogatorio.

Kaifás presidía el tribunal en una de las salas del palacio que caía al patio. El se puso á interrogar á Jesús respecto á sus discípulos y respecto á su doctrina. Pertenecía al Sanhedrín hacer la pesquisa de las sectas y de las doctrinas nuevas. Jesús, para la alta asamblea no era sino un fautor de secta y un hereje. Quería la confesión de su boca.

El acusado se defendió respecto á ser el jefe de una sociedad oculta y el propagador de ideas que temían la luz.

—"Yo he hablado siempre abiertamente," respondió, "yo siempre enseñé en público, en la Synagoga y en el Templo y todo el pueblo se reunía; y yo nada he dicho en secreto. "Entonces, ¿por qué me interrogáis? Interrogad á los que han escuchado lo que yo les he dicho. Estos," añadió, mostrando á sus jueces que le habían tantas veces interrogado, "éstos saben lo que yo he dicho."

La respuesta de Jesús, rehusando satisfacer el deseo del gran sacerdote, pareció una falta de respeto. Uno de los criados, queriendo lisonjear y vengar á su amo, dijo á Jesús:—¿Así es como tú hablas al pontífice?

El le abofeteó.

Jesús soportó el ultraje, y con una dignidad y una dulzura sobrehumanas:—"Si yo he hablado mal," dijo al insultador, "manifiéstamelo; pero si yo he hablado bien, ¿por qué me hieres?"

Toda su doctrina había sido enseñada en público, sus mismos jueces habían sido sus oyentes, él nada había dicho á sus discípulos que no le hubiera dicho á todos: ¿por qué interrogarle? Ante los poderosos, la mayor culpa de los débiles es tener razón; si el débil tiene el valor de afirmar y de probar su derecho, ese valor és para los poderosos como una injuria,

y siempre hay cerca de ellos algún criado cortesano que aspira al mérito de vengarle.

El interrogatorio capcioso no habiendo terminado, los miembros del Consejo, los jefes de la clase sacerdotal, buscaban algún falso testigo para motivar una condenación á muerte; porque era la muerte del acusado la que se quería.

Muchos falsos testigos sobornados expresamente, acaban de deponer contra Jesús; pero sus testimonios, cuyo tenor lo ignoramos, no bastaban para apoyar una sentencia capital. En fin, se presentaron dos; el uno llevó esta acusación:—Este dijo: Yo puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarle en tres días. El otro confirmó la deposición del primero:—Sí, nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré el Templo hecho por el hombre, y después de tres días, yo reedificaré uno que no será de mano de hombre.

Estas palabras olían á blasfemia; podíase considerarlas como ofensivas á la casa de Dios. El respeto de los Judíos por la morada de Jehovah llegaba hasta la superstición: toda injuria al Templo era castigada de muerte. La asamblea no estuvo de acuerdo respecto á la culpabilidad de semejante lenguaje.

Sin embargo, el gran sacerdote interpeló á Jesús; se levantó en medio de sus colegas y le dijo:—¿Nada respondéis á todo lo que éstos os reprochan y deponen contra vos?

Jesús callaba.

¿Para qué hubiera hablado? El no podía confundir á los falsos testigos: no tenía ningún defensor. No podía convencer á sus jueces; ellos estaban asociados para condenarle á toda costa.

Entonces, Kaifás puso solemnemente la cuestión decisiva:—¿Sóis, le preguntó, sóis el Cristo, el Hijo del Dios bendito? Responded, yo os conjuro en nombre del Dios vivo.

Jesús, quien, en su vida pública, había evitado tomar ese título de Cristo, tan falsamente interpretado por la opinión po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pular y hasta por los mismos doctores, pero quien siempre se había afirmado como el Hijo de Dios, ante el pueblo, los Fariseos y los emisarios del Sanhedrín; Jesús, quien no había obrado, enseñado y vivido entre ellos sino para establecer una filiación divina, interpelado por el gran sacerdote y convencido que su respuesta iba á ser su sentencia de muerte, no vaciló en romper el silencio y en dar á la verdad un testimonio supremo.

—"Yo lo soy," respondió, "y un día veréis al Hijo del Hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo."[1]

Esta declaración solemne reunía toda su doctrina respecto á su persona y respecto á su obra, y ella recordaba á sus jueces lo que les ofendía más: la participación del Hijo del Hombre á la potestad misma de Dios,—su verdadera divinidad.

El acusado se elevó hasta la altura de Dios; y al anunciar á sus jueces, según la palabra del profeta, su vuelta sobre las nubes, él les significaba que ellos comparecerían algún día ante su tribunal.

El escándalo estalló.

El gran sacerdote, en señal de dolor, desgarró sus vestiduras. No se trataba de examinar los derechos del acusado al título de Mesías, de examinar á los testigos. La pretensión á la gloria incomunicable de Dios, la usurpación de la Divinidad era evidente; jamás se había oído semejante blasfemia.

—Vosotros le habéis escuchado, dijo, él ha blasfemado ¿para qué tenéis necesidad de testigos? ¿Qué os parece?

La deliberación no fué larga. Todos, al instante, le juzgaron digno de muerte. Ni uno de los miembros presentes al interrogatorio, ni uno de esos doctores que no pudiera ignorar, sin embargo, la doctina de los profetas sobre la divinidad del Mesías, se levantó para defender á Jesús, para reclamar en su favor ni una moratoria que hubiera permitido comprobar sus

1 Dan., VII, 13.

títulos; si José de Arimatea estaba allí, debió guardar silencio, convencido que ninguna oposición podía tener la fortuna de ser respetada.

Que los Saduceos escépticos, á la manera de los grandes sacerdotes como Hanan y Kaifás, hayan clamado al blasfemo, al oír á un hombre hablar de su igualdad de potestad con la de Dios bendito, se explica; pero los Fariseos letrados son inexcusables. Si ellos hablan, también ellos, alterado la enseñanza profética, ellos habiendo hecho traición á su mandato; y, si ellos creían en la dignidad divina del Mesías, ellos no tenían derecho de clamar al blasfemo. Aquel que se daba por tal debía ser juzgado por sus actos y su vida; ahora, el acusado que estaba en su presencia había multiplicado á sus ojos todas las pruebas de su misión.

El odio cegaba á esos titulados jueces. El poder tiránico que perseguía á Jesús quería su muerte: sobre un texto de ley ciegamente aplicado ellos fundarán su sentencia.

—El blasfemador de Dios será exterminado, decía el Levítico:[1] ahora, atribuirse la gloria incomunicable de Dios es la mayor de las blasfemias; este es el crimen de Jesús, á no ser que Jesús sea el verdadero Mesías, porque el Mesías es el Hijo de Dios, según los profetas. El deber del Sanhedrín era entonces proceder oficialmente al examen de los títulos mesiánicos de aquel á quien citaban ante su tribunal.

El Sanhedrín no lo ha hecho: él violó la justicia; y al invocar contra el acusado, sin exámen preliminar, la ley de blasfemia, él se expuso á decretar de muerte no solamente al inocente, sino al Hijo de Dios mismo.

El es culpable, y lleva la responsabilidad del más grande de los crímenes, si el crimen se mide por la santidad, por la dignidad, por el derecho inviolable y soberano de aquel contra quien se ejecutó.

Terminado el interrogatorio, era aun noche plena. La pa-

1 Levit.: XXIV, 16.

labra final contra Jesús: El es digno de muerte! circuló en el palació de Kaifás. Esta fué entonces una escena horrible, un desencadenamiento de ultrajes.

Se escupía sobre él; se le ponía un velo en el rostro, se le abofeteaba, diciéndole: Cristo, profetízanos pues, ¿quién es el que te ha pegado? Los satélites le dieron de bofetadas, brutalmente. Y se le abrumó de toda clase de blasfemias.

Ese cautivo encadenado y ya consagrado á la muerte debió haber sido sagrado. Allí no había piedad para Jesús. El odio con el que las autoridades le perseguían parecía saciarse contra él por las brutalidades de sus esbirros.

Pedro, mientras que se interrogaba á su Maestro, había permanecido en el patio, calentándose en el bracero con los criados; ahora, una criada del gran sacerdote, aquella que le había introducido, se acercó á él, y habiéndole mirado, le dijo: Tú también, tú eres uno de sus discípulos; tú estabas con Jesús el Nazareno? Pedro lo negó delante de todos:

—Mujer, yo no le conozco absolutamente; yo no sé lo que dices.

Viéndose reconocido, abandonó el patio y fué bajo el vestíbulo.

El gallo cantó por la primera vez.

Otra criada le vió y se puso á mostrarle á los que allí estaban:—El era de esas gentes, decía. Sí, él estaba con Jesús el Nazareno.

Pedro volvió hacia el bracero, en medio de las guardias, como para mejor alejar la sospecha; pero mientras que él estaba de pie, calentándose, alguno le dijo:

—¿Acaso no eres tú uno de sus discípulos? Sí, tu eres de esas gentes.

Se le perseguía con esta cuestión, y Pedro siempre negaba:—No, no, yo no soy! Y él juraba que no conocía á ese hombre.

Una hora transcurrió. La asamblea había levantado la sesión. Se condujo atado á Jesús al atrio. En este momento, Pedro estaba asediado por la misma cuestión.

¿Eres tú del número de los discípulos del Galileo?—Sí, decían los asistentes, tú eres de esos, tu acento lo revela bastante.

Uno de los criados del gran sacerdote, el pariente de aquel á quien Pedro había cortado la oreja, le dijo:—¿No te he visto en el jardín?

Entonces, Pedro por tercera vez:—Hombre, dijo, no se lo que dices. Y se puso á jurar con anatemas execrables: No, no conozco á este hombre del que me habláis.

Aun no acaba, cuando en el instante mismo cantó el gallo otra vez.

Jesús, relegado en el patio en un rincón, se volvió hacia Pedro y le miró.

El efecto de la mirada de Jesús fué inexplicable.

Simón se acordó que él le había dicho: "Antes que el gallo cante dos veces, tú habrás renegado de mí tres veces." Su alma quedó trastornada. El abandonó la casa del gran sacerdote, llorando con amargura.

Es preciso que Jesús conozca todos los dolores. Esa negación repetida de Pedro fué para él, en esta hora en la que era juzgado digno de muerte, más cruel que su misma condenación. El primero de sus apóstoles, aquel que él había designado como el jefe de su Iglesia, le negó, no le conoció. Aquel que le había confesado solemnemente como al Cristo, el Hijo de Dios vivo, hoy le llamó "ese hombre," él no quería ser su discípulo.

¡Insondables designios de Dios! Con ese renegado y sobre él será fundado el Reino del Cristo. Aquel que es se sirve del que no es para cumplir su obra. Llegará el tiempo en el que Pedro será transformado; hoy tiene miedo de la chusma de un pontífice; él no temerá nada más tarde, cuando el Espíritu de su Maestro le haya invadido. El reniega de él, actualmente, pero su fe se hará indefectible; él experimenta su

debilidad, pero él conocerá toda la fuerza de Dios, y sabrá compadecer la miseria de los que debe gobernar.

Por la mirada de Jesús, las lágrimas amargas corren de su corazón despedazado, y comienzan ya su renovación.

La ley en vigor, en esta época, exigía del Sanhedrín, en el pronunciamiento de las sentencias capitales, que la alta asamblea no juzgará antes de un interrogatorio preliminar, destinado á instruir la causa. Evidentemente para conformarse á ella, el gran sacerdote Kaifás, reunió á algunos de los miembros del Consejo supremo. Ya hemos visto cómo fué instruida la causa de Jesús. Algunas horas más tarde, llegada la mañana, antes de la salida del sol, la alta asamblea, que debía decretar la pena de muerte contra el acusado, se reunió en el Lischat—ha—Gazith, cerca del atrio de los paganos.[1]

Jesús fué conducido allí por la escolta que le había arrestado. Este momento fué un rescate; el le arrancó de esa detención en el patio de Kaifás, en donde no le fué economizado ningún ultraje. Pero hasta su último suspiro, sus tormentos van á ir aumentando, y beberá sin murmurar el caliz hasta las heces.

Compareció en presencia de la alta asamblea. Todos los miembros ahí estaban: grandes sacerdotes, ancianos, escribas y doctores. Se le quitaron sus cadenas; y en pie ante sus jueces, fué intimado á decir si él era el Cristo.

El respondió:—"Si yo os lo digo, no me creeréis; si yo interrogo, no me responderéis y no me absolveréis."

El fallo está ya dado en el espíritu de esos hombres; Jesús lo sabe, y él les da el motivo de su silencio. El no se defenderá, como tendría el derecho; él no discutirá; no es la verdad y la justicia lo que ellos quieren, es su muerte.

El afirmó de nuevo su dignidad mesiánica bajo el rasgo que

1 Middath, ch. V.

ya les había escandalizado; él habló de su gloria divina próxima, de su autoridad igual á la de Dios; este fué el reto del Hijo de Dios al hombre y del acusado inocente á sus jueces.

—"En lo de adelante," les dijo, "el Hijo del hombre estará sentado á la derecha de Dios."

Entonces, todos clamaron:—¿tú eres, pues, el Hijo de Dios? El respondió—"Vosotros lo habéis dicho, sí, lo soy."

Esta era la blasfemia que este tribunal inícuo esperaba y quería de los labios de Jesús. La sesión fué cerrada inmediatamente, y la sentencia de muerte pronunciada por unanimidad. Todos se levantaron. Jesús de nuevo fué cargado de cadenas.

Un incidente oscureció todavía lo que ese simulacro de justicia tenía de odioso.

Judas confesó la inocencia de aquel á quien el Sanhedrín declaró un blasfemador. El traidor, viendo á Jesús condenado, fué sobrecogido de remordimientos. Las consecuencias de su crimen le espantaron. Tomó las treinta piezas de plata y vino á decir á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos: —Yo he pecado, al entregar la sangre inocente.—¡Qué nos importa! dijeron ellos, este es tu negocio. Entonces desesperado, arrojó el dinero en el Templo, delante de ellos, tal vez hasta en la sala en la que el Sanhedrín había pronunciado la sentencia. Esos formalistas que acababan de cometer la más espantosa de las iniquidades, tuvieron miedo de esos denarios; ellos les parecieron manchados:—Este es el precio de la sangre, decían, no es permitido ponerlo en el Tesoro.

Se deliberó, y se decidió comprar con el dinero del traidor el campo de un alfarero, á fin de sepultar allí á los extranjeros.

Judas no conoció la humildad que salva, las lágrimas del arrepentimiento, la confianza en Dios. Su traición le pareció por encima de todo perdón: él se marchó, ciego de desesperación, y se ahorcó.[1]

1 Mat., XXVII, 5, Cf. Act. I, 18.

Se admira que inmediatamente después de su condenación, los Judíos no hayan lapidado á Jesús, como más tarde ellos lapidaron á Esteban. Pero desde que ellos estaban sujetos al poder romano, desde que el pontificado había abdicado toda independencia, y que la política saducea prevaleció en el Sanhedrín, el derecho de vida ó muerte,—ese gran atributo de la soberanía,—había desaparecido. La alta asamblea, aun juzgando lo que pertenecía á su tribunal, no sentenció á pena capital; ella se contentaba con los juicios que para ser definidos y válidos, tenían necesidad de la sanción del gobernador. La ejecución estaba reservada á la autoridad romana y á sus agentes.

Jesús fué llevado ante Pilatos. Fué por la mañana. El pretorio tocaba á los muros del recinto del Templo y formaba parte de las construcciones colosales de la torre Antonia, elevada en el ángulo Noroeste del gran cuadrilátero que comprende todos los edificios sagrados. Ahí era en donde habitaban inexpugnables, la cohorte romana y el gobernador. La gran torre central estaba flanqueada por cuatro torres ligadas entre sí por edificios sólidos como murallas, rodeadas de fosos profundos. Hubiérase dicho que era una ciudad, al ver las dimensiones de ese monumentos; en el interior, todo estaba arreglado como una fortaleza, y ahí se encontraba el lujo de un palacio.[2]

Pilatos, que residía en Cesárea, venía á Jerusalem en las grandes solemnidades. La presencia del gobernador era exigida por la afluencia de Judíos. Esas fiestas nacionales se pasaban raras veces sin turbaciones fomentadas por el fanatismo de los Zelotas.

Los miembros del Sanhedrín acudieron á la casa de Pilatos. Era la hora matinal, pero la justicia romana tenía sus audiciones á toda hora y desde la salida del sol.

Pilatos, prevenido la víspera, puesto que su jefe de cohorte había tomado parte en el arresto de Jesús consintió sin duda en recibirles, desde que ellos se presentaron.

2 Antig. Jud., XV, 11, 4.

Ellos entregaron á Jesús, quien entró al pretorio; pero ellos rehusaron franquear el suelo del palacio. Ellos debían comer la Pascua en la noche,[1] y si hubieran entrado en una casa pagana, ellos hubieran contraído una mancha que prohibía los festines sagrados.

Pilatos debió abandonar el pretorio, y de pie, en la puerta misma de su palacio, vino á tratar con los Judíos:[2]

—¿Qué acusación traéis contra ese hombre?

La respuesta fué arrogante y breve:—Si él no fuera un facineroso, no os le hubiéramos entregado.

Esos jueces soberbios no admiten que su sentencia pueda ser invalidada y discutida; lo que ellos quieren del gobernador, es que él ejecute inmediatamente; desde que ellos han pronunciado, la causa está arreglada: no hay más que castigar.

Pilatos no parece dispuesto á este papel de ejecutor.—Si es así, dijo, tomadle, vosotros y juzgadle conforme á vuestra ley. Castigad vosotros mismos.

Entonces los Judíos le dijeron: No nos es permitido matar.

Ellos hacen confesión de su dependencia. La muerte de ese hombre es la que quieren, y ellos declaran que el derecho de matar, no le tienen.

En otro tiempo, lapidaban á los profetas, y nadie duda que Jesús hubiera sufrido el suplicio de la lapidación, si el odio judío, autorizándose del odio de Pilatos: "Castigadle vosotros mismos," hubiera estallado; pero todo debía cumplirse como Jesús lo había dicho. Dios conduce todo en la vida y en la muerte de su Hijo; él quiere que sea crucificado, él lo será.

Entonces para determinar á Pilatos á obrar, los judíos consienten en exponerle la causa y en someterla á su apreciación.

—Este hombre, dicen ellos, pervierte á nuestra nación; él prohibe pagar el tributo al César y él se pretende el Cristo-Rey.

1 Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.
2 Juan, XVIII, 29 y sig.

La perfidia y la falsedad de esos motivos de queja son insignes. Esta acusación formulada contra Jesús es del todo política; ahora, ¿no es evidente, para cualquiera que haya seguido paso á paso la acción del Profeta, que él siempre se abstuvo de lo que podría traer un trastorno del pueblo? Interrogado por los emisarios astutos del Sanhedrín respecto al deber de pagar el tributo á César, no se había pronunciado categóricamente por el tributo? ¿Y el reinado mesiánico, al que se le reprocha pretender, qué tenía de común con la dominación política?

Pilatos entró al pretorio y llamó á Jesús. Jesús estuvo de pie ante el gobernador. Sólo la política interesaba al romano. —¿Sóis el Rey de los Judíos? le dijo. La pregunta era ambigua. En el sentido judío, no, Jesús no era rey; pero en el sentido espiritual, sí; él es rey. Jesús quiso esclarecer la cuestión —¿"Decís esto por vos mismo, ú otros os lo han dicho de mí? preguntó.—¿Acaso yo soy Judío? dijo Pilatos. Vuestro pueblo y los pontífices os han entregado á mí. ¿Qué habéis hecho?

Jesús, queriendo esclarecer al gobernador quien le interrogaba con cierta sinceridad, respondió:

—"Mi reino no es de este mundo. Si él fuera de este mundo, mis servidores combatirían para que no fuera entregado á los judíos; pero, ahora, mi Reino no está aquí."

—En fin, replicó Pilatos, sorprendido, ¿sóis entonces Rey? Después de haber dicho como él entendía su Reino, él podía responder firmemente y sin equívoco:—"Vos lo habéis dicho: Yo soy Rey."

E insistiendo en este título, añadió: "Yo he nacido y he venido al mundo á fin de dar testimonio á la Verdad.—Todo el que es de la Verdad escucha mi voz."

Jamás Romano letrado había escuchado de los sabios, sus maestros, palabras semejantes á las que Pilatos escuchaba, en su pretorio, de boca del acusado Jesús. ¿Qué era el genio de Roma fundando sobre la fuerza el imperio universal, al lado

de Jesús fundando el imperio de la Verdad sobre su propio testimonio y sobre la fe en su misión divina?

El gobernador no era de aquellos á quienes la verdad apasiona y quienes la llaman con un corazón inquieto. El no tuvo más que una palabra de indiferencia escéptica.—¿Qué es la Verdad?—preguntó, distraído, y sin esperar la respuesta, persuadido que no tenía delante de él sino á un soñador ó á un sabio, pero con toda seguridad no á un ambicioso temible para la paz y los derechos de César, salió de nuevo y vino á decir á los Judíos:

—Por lo que á mí toca, yo no hallo ningún crimen en él.

Si, al menos, ese político sin convicción había tenido el cuidado de la justicia, él hubiera cumplido inmediatamente con su deber y enviado á Jesús libre. Pero Pilatos era de esos hombres que ponen su interés por encima de todo, prestos á sacrificar el derecho si su interés lo exige. En el fondo, él tiene miedo de los Judíos y teme descontentarles; él sabe su fanatismo y él les tolera. El, que sabía usar de la fuerza para contenerlos, va á mostrarse débil, irresoluto, é intentar todos los expedientes de la astucia. Pero las pasiones que rugen ante su palacio serán más fuertes que él; creyendo calmarlas, las irritará; él terminará por cedérselos todo, y por llegar á ser, casi á su pesar, el instrumento de su cólera contra el inocente á quien no tiene el valor de salvar.

No era una conmoción popular, eran la envidia, el odio y la intriga de las autoridades judías quienes reclamaban de él la sangre de Jesús. A él le era fácil someter á ese poder sacerdotal, habituado á todas las complacencias y á todos los servilismos. El lo ensayó por un momento; él no tenía por otra parte, ningún interés en intervenir en la condenación de Jesús, y no ocultó á los acusadores que él desaprobaba su sentencia.

Los jefes del complot, los más influyentes y los más encarnizados, renovaron entonces ante Pilatos sus quejas mal fundadas contra Jesús. Todo ese debate tenía lugar al aire libre, delante del palacio: los Judíos, amontonándose al pie de los

escalones de la escalera, y Pilatos yendo y viniendo de la sala del pretorio á la puerta del vestíbulo, interrogando á Jesús y discutiendo con los Judíos. No se sabe el detalle de esas acusaciones nuevas; pero el fanatismo y el odio tienen todas las perfidias.

Pilatos volvió hacia el acusado, diciéndole:—¿No escucháis que se multiplican los testimonios contra vos? ¿No respondéis nada? ¡Ved con cuántas cosas os acriminan!

Jesús no le respondió ni una palabra. Este silencio admiró á Pilatos. Las acusaciones de los Judíos redoblaron con más vehemencia. La indiferencia, la molicie del gobernador los exasperaban. Ellos levantaron contra Jesús la queja política, y haciendo alusión á su entrada triunfal en la ciudad, dijeron:—El agita al pueblo por toda la Judea, desde la Galilea hasta aquí.

A esta palabra de Galilea, Pilatos creyó haber hallado el medio de descartarse de un negocio que le embarazaba; preguntó si Jesús era de ese país, y resolvió, acto continuo, enviar á Jesús, el Galileo, á Herodes.[1]

El tetrarca se hallaba justamente en Jerusalem para la fiesta, y su palacio estaba cercano al pretorio. La condenación y la ejecución de algunos Galileos habían, según parece, causado recientemente una ruptura entre el príncipe y Pilatos. La ocasión de reanudar pareció excelente á éste último. Al invitar á Herodes para juzgar la causa de Jesús, él reconoció su derecho sobre los Galileos, aún en Judea. Este quedó halagado, en efecto, del paso; y, á partir de ese día, Herodes y Pilatos llegaron á ser amigos.[2]

A la vista de Jesús, el tetrarca dejó estallar una gran alegría. Hacía mucho tiempo, deseaba verle. Era un hombre supersticioso y débil; él había oído decir muchas cosas del Profeta de Galilea, y contaba con el espectáculo de algún prodigio. Jesús no era para él sino un objeto de curiosidad, un hacedor de milagros. Se puso á interrogarle, á estrecharle con cuestiones. Jesús no se prestó á las fantasías de Herodes; ante el matador de Juan Bautista, él permaneció mudo.

1 Luc., XXIII, 7-10.
2 Luc., XXIII, 12.

Las acusaciones de los sacerdotes y de los Escribas se desencadenaron de nuevo: él guardó silencio. Esta actitud humilló é hirió al príncipe, quien se vengó por el desprecio, y todos los cortesanos se asociaron á su desdén. Jesús, á quien se había acusado ante él, como ante Pilatos, de hacerse Rey, fué revestido con un manto resplandeciente, tal como lo llevaban los reyes judíos en los días grandes.[1] Herodes le volvió á enviar, vestido con esa púrpura irrisoria, al gobernador romano.

Pilatos era burlado, su expediente para esquivar el negocio fracasaba. El intentó otra maniobra.

Hizo convocar á los jefes de entre los sacerdotes, á las autoridades y al pueblo.

—Vosotros me habéis presentado á este hombre, les dijo, como sublevando á la multitud; yo le he interrogado delante de vosotros, y no he hallado nada en él de aquello de que le acusáis. Herodes, á quien os he enviado, tampoco. No se le ha convencido de nada que merezca la muerte.

Por lo mismo, le castigaré y le pondré en libertad.

Además, es costumbre que yo ponga en libertad á un criminal el día de Pascua. ¿Queréis que liberte á Barrabás ó al Rey de los Judíos?

Extraña y cruel aberración de la política de los expedientes; ella no es sino debilidad, injusticia y cobardía. Si Jesús no es culpable ¿por qué castigarle? Evidentemente, Pilatos no trata de protejer el derecho, él quiere desembarazarse de una causa enojosa y llevar á los Judíos á renunciar á la muerte de Jesús. El cuenta con calmarles, azotando al acusado. No, el odio no se calma de esta manera. Es preciso refrenarle, ó darle la sangre que él reclama.

Por una complacencia criminal de la que Pilatos debió pre-

1 Bell., Jud., XI, I, 1.

veer las consecuencias, él no dijo: "Voy á libertar á Jesús; el ofrece á los acusadores la libertad del acusado, y les da la elección entre un revolucionario, un homicida y el inocente.

Mientras que la causa se debatía, un incidente, referido por uno de los Evangelios, vino á confirmar al gobernador en su deseo de salvar á Jesús.[1] Su mujer, una pagana, le mandó decir: No os mezcléis en el negocio de ese Justo: porque yo he estado, esta noche, extrañamente atormentada, en sueños, por causa de él.

La fama de Jesús, quien, desde hacía muchos días, llenaba á Jerusalem, debió haber penetrado en el palacio del gobernador. Nada es más verosímil que la actitud de esa mujer, asustada, en el sueño, por la suerte cruel que amenazaba al Profeta. Los proyectos homicidas de los grandes dignatarios Judíos contra Jesús eran conocidos, y todos aquellos á quienes el odio no extraviaba han debido lamentarla.

La multitud, esperando, se había trasportado delante del pretorio, para pedir, según la costumbre, la libertad de un criminal, en honor de la fiesta. Los jefes la habían excitado y le habían dado la palabra de orden.

El gobernador repitió su pregunta: ¿Cúal de los dos queréis que os liberte? ¿Queréis que libre al Rey de los Judíos?

La multitud vociferó: ¡Guardadle, y entregadnos á Barrabás!

Pilatos, deseoso de libertar á Jesús, les habló todavía. Había en su conciencia una lucha entre la voz de la justicia que hablaba por Jesús, y la voz de la política que temía algún peligro.

—Vamos, replicó, yo voy á libertar al Rey de los Judíos.

La multitud, notando la pusilanimidad y la vacilación de Pilatos, gritó de nuevo: —¡No, á él no, sino á Barrabás!

—¿Y qué haré entonces de Jesús? dijo. ¿Qué queréis que haga del Rey de los Judíos?

1 Mateo, XXVII, 19.

Así ese gobernador de Roma, ese representante armado del derecho, no da órdenes, parece pedirlas. El no impone el derecho que tiene por misión defender, consulta el capricho de una multitud amotinada, y sabe que ese capricho es el del odio y de la envidia.

La respuesta no se hizo esperar. Un clamor se levantó:—¡Crucifícale! ¡crucifícale! Pilatos resistió todavía á las pasiones que su debilidad desencadenó. El abogaba por la causa de Jesús, él que debía cortarlo todo.

—¿Qué ha hecho, pues, de mal este hombre? Yo no hallo en él ninguna causa de muerte. Por lo tanto, le castigaré y le pondré en libertad. Los clamores de la multitud redoblan. Los grandes sacerdotes, también ellos unen su voz á la del pueblo, y se oyen gritos cada vez más fuertes:—¡Que sea crucificado!

Entonces, Pilatos viendo que él no ganaba nada y que el tumulto iba creciendo, tuvo miedo. El había levantado la tempestad: la tempestad le asustó.

Hizo traer agua, se lavó las manos delante del pueblo, y dijo:—Yo soy inocente de la sangre de este justo. Vosotros responderéis de ella.

Y todo el pueblo respondió:—Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

El lavatorio de manos no podría absolver á Pilatos.

El hombre que puede, el hombre que sabe, el hombre que debe, es inexcusable de ceder á la injusticia y á la violencia. Ninguna política podría autorizar el crimen. Ahora Pilatos podía resistir á los Judíos y defender á Jesús, puesto que él tenía la fuerza: Pilatos sabía que Jesús era inocente y que los Judíos le perseguían por odio; él lo reconoció públicamente; Pilatos debía defender y libertar á Jesús; éste era su papel oficial. El fué débil, pusilánime, cobarde y cruel. Su memoria queda cargada ante los cristianos con la mayor injusticia, y ante aquellos mismos que no creen, de una complicidad sin

excusa. La sangre de Jesús que ha caído como una maldición sobre los que la han derramado y sobre sus hijos, cayó sobre las manos de Pilatos. La mancha es imborrable.

Después de haber protestado de su inocencia, el gobernador cedió. Ellos habían pedido la libertad de Barrabás; él les remitió al sublevado, al homicida, al bandido, y entregó á Jesús á su voluntad.

Parece que Pilatos acariciaba todavía la esperanza de salvar á Jesús. Ese hombre tan avisado contaba con la misericordia de la multitud. La religión guiada por las pasiones políticas ó religiosas, es feroz. Ella no conoce á la piedad, es implacable y destructiva como los carniceros. El gobernador va á convencerse. El hizo coger á Jesús y lo entregó á los soldados para ser azotado; esta era la suerte de los crucificados, antes del suplicio.

Jesús fué atado de manos, según la costumbre romana, á una pequeña columna, con la espalda encorvada: y el ejecutor armado de un látigo de correhuelas, teniendo en su extremidad pedazos de hueso ó de plomo, hería á golpes redoblados: tortura atroz á la que el paciente no siempre resistía. Desde los primeros golpes, la espalda quedó desgarrada, la sangre brotó.

Jesús sufrió sin quejarse.

Los esbirros lo condujeron al patio interior, y se llamó á todos los soldados de guardia al pretorio. Ellos despojaron al acusado de sus vestidos y pusieron sobre sus espaldas un manto de púrpura. Se entretegió con espinas una corona que fué colocada sobre su cabeza; y se le puso en la mano derecha una caña, á guisa de cetro. Se llegaban á él, inclinándose por irrisión, diciéndole: ¡Salve, Rey de los Judíos! Se le abofeteaba. Se le pegó en la cabeza con la caña. Se escupió sobre él y se le doblaba la rodilla.

¿A qué capricho de crueldad obedecían esos soldados? ¿Por qué esta burla odiosa y grosera? El odio de los Judíos era muy vivo entre los soldados romanos; el condenado que se les entregaba era víctima de este odio. Pero había contra Jesús un desencadenamiento tal de las potestades del mal, que sus sugestiones secretas son las únicas capaces de explicar tantos horrores. No se podría sospechar esos detalles. Los que los refieren parecen haberlos visto con sus ojos: sólo los testigos describen con estos colores vivos.

Pilatos, precediendo á Jesús, salió de nuevo al umbral del palacio.—Yo os lo llevo afuera, dijo á los Judíos, reconoced, pues, que yo no he hallado en él ningún crimen.

Inmediatamente apareció Jesús, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura. Pilatos le mostró diciendo:—¡He aquí al hombre!

Había en esa palabra piedad y sarcasmo: piedad para Jesús cuyo aspecto partía el corazón, sarcasmo dirigido á esos Judíos encarnizados contra una víctima reducida á ese estado lamentable.

Cuando los principales sacrificadores y los guardianes del Templo vieron á Jesús, su odio estalló.

—¡Crucificadle, crucificadle! clamaban ellos á Pilatos.

El gobernador, viendo á su cruel expediente fracasar como á los demás, pareció resistir una última vez en hacerse el instrumento de venganza de esos energúmenos. Entonces dijo impacientado: tomadlo vosotros mismos y crucificadle. Yo, yo no hallo crimen en él.

Los Judíos apelan á su Ley. Ya se ha visto con qué justicia ellos la interpretan.—Según nuestra Ley, responden ellos, debe morir. El se ha hecho el Hijo de Dios.

Y ellos intiman á Pilatos á ejecutar la ley.

Al escuchar estas palabras de Hijo de Dios, un temor vago

1 Lev., XXIV, 16.

se apoderó de Pilatos respecto de Jesús. ¿Quién es este acusado que está delante de él? ¿Acaso es un ser extraordinario, un ser divino?

Por otra parte el fanatismo de los Judíos le causa una dificultad creciente; él sabe que ese pueblo exaltado es capaz de todo, cuando se trata de su Ley.

Perplejo y turbado, entra al pretorio con Jesús; y pensando en ese nombre de Hijo de Dios que le preocupa, pero que él no entiende sino á traves de sus preocupaciones de pagano, le dijo, como si quisiera tener el secreto de su origen:

—¿De dónde sóis?

Jesús no respondió.

Pilatos, ofendido por este silencio, creyó intimidarle:—No me habláis, á mí, al juéz: ¿no sabéis pues, que yo tengo la potestad de crucificaros ó de libertaros?

—"No tendríais potestad sobre mí, si ella no os hubiera sido dada de lo alto. Pero aquel que me ha entregado á vos, es más culpable que vos."

La respuesta de Jesús es la única palabra que se puede invocar en descargo de Pilatos. Ella conmovió al gobernador, quien intentó por última vez salvar al acusado.

Pero los clamores de los Judíos se levantaron.—Si le dejáis libre, vociferaban, no sóis el amigo del César. Y volviendo á la queja política tan falsamente levantada contra Jesús, ellos añadieron esta palabra pérfida:

—Cualesquiera que se hace rey es rebelde contra César.

Pilatos no resistió más.

Llevó afuera á Jesús adelante del palacio, en el lugar llamado Gabatha; se sentó en el tribunal:—Ved á vuestro Rey, dijo á los Judíos.

¡Levantadle, crucificadle! clamaron á una sola voz los Judíos.

—¿Crucificaré entonces á vuestro Rey? respondió.

No tenemos más rey que César.

Pilatos calló.

En esta lucha del fanatismo religioso contra la política, lucha

de la que el Hijo de Dios era el objeto, Pilatos se dejó vencer; él entregó á Jesús á los Judíos para ser crucificado.

Fué un viernes entre las nueve y mediodía.[1]

1 San Juan dice: *Ante* la sexta hora; San Marcos dice: la novena. La contradicción no es sino aparente. Los Judíos, según se sabe, no tenían más que cuatro horas para dividir el día, la primera, la tercera, la sexta y la novena. Ellas correspondían á lo que nosotros llamamos, las seis, las nueve, medio día y las tres. La expresión de San Juan debe entenderse del tiempo comprendido entre las nueve y mediodía, más cerca del medio día que de las nueve.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI.

LA MUERTE DE JESÚS.—SU SEPULTURA.

El suplicio de la cruz era desconocido en la ley judía. Ella ordenaba, solamente para los grandes crímenes, la suspensión de los cadáveres en la horca. El Judío no crucifica: lapida. Uno de los últimos Asmoneanos, Alejandro Janneo, sólo él, ordenó la crucifixión y sólo contra los prisioneros.[1] Pero se le halla en uso entre todos los pueblos antiguos, Egipcios,[2] Persas,[3] Fenicios y Cartagineses, Griegos y Romanos. Estos últimos atravesaban con la espada al ciudadano condenado á morir; ellos crucificaban á los esclavos,[4] á los amotinados, á los grandes criminales. En las provincias del Imperio, la cruz era el género de suplicio que aplicaban los prefectos y los gobernadores. En Siria y en Judea, los Judíos han sido crucificados á millares.[5]

La cruz les aterrorizaba; ella había parado en proverbio como el emblema del sufrimiento y de la ignominia. El paciente vivía largo tiempo: un día, algunas veces dos; él estaba desnudo, atado ó clavado por los cuatro miembros al suplicio,—dos troncos de árboles cruzados ordinariamente en forma de T. Todo el cuerpo, violentamente estirado, estaba suspendido por las manos, cuyas llagas vivas se desgarraban y se alargaban por el peso. La sangre corría poco á poco de las llagas de los clavos. Inmóvil, devorado de fiebre y de una sed abrasadora, teniendo la conciencia de sí mismo, el crucificado se veía lentamente morir. Algunas veces era preciso acabarle; y el verdugo le rompía las piernas. La multitud insultante asistía á su agonía, y podía saciarse con sus gritos, con sus angustias. La crueldad del hombre no ha inventado nada más horrible, ese suplicio unido á la atrocidad, la lentitud y la infamia.

Los Judíos le pidieron, para Jesús, á Pilatos. El odio que les inspiraba este grito: ¡Crucificadle! no podía saciarse mejor.

Estaba escrito que el hombre de dolor moriría sobre una cruz.

Los soldados quitaron á Jesús el manto de púrpura con el que le habían vestido,[1] y le revistieron con sus vestidos.

El condenado bajó la escalera del pretorio, y siguiendo la costumbre, fué cargado de su cruz.

Dos facinerosos caminaban con él para sufrir el mismo suplicio. ¿Pilatos quiso lanzar á los Judíos una última injuria, dando esos dos compañeros de infortunio á aquel á quien ellos acusaban odiosamente de proclamarse su Rey? Vale más ver en ellos el cumplimiento de los designios de la Providencia. La cólera divina está desencadenada sobre Jesús. Todo se reunió para agravar la vergüenza de su muerte. El Hijo muy amado del Padre se ha convertido en la víctima de los pecados de la humanidad: él es tratado sin piedad.

Desde la mañana, la noticia de la sentencia y de la condenación debió haberse esparcido: los discípulos, los amigos del

1 Bell., Jud., I, 4, 6.
2 Gen., XL, 19.
3 Esth., VII, 10.
4 Cic. C. Verr., 5, 6; Juven., 6, 4; Val. Max., 2, 7, 12.
5 Antig., Jud., XVIII, 10, 10.

1 Mat., XXVII, 31; Marc., XV, 20.

Maestro habían podido seguir las peripecias sangrientas del drama. La multitud se estrechaba en los contornos del pretorio. El cortejo lúgubre se puso en marcha; los soldados, armados de sus lanzas y mandados por un centurión, escoltaban á los condenados.

El camino que conduce al Calvario está poco después de lo que los cristianos de Jerusalem llaman hoy la Vía dolorosa; atraviesa toda la ciudad inferior en donde el Acra franquea la calle Baja que Josefo llama el valle de Tyropeon y que separa al Acra del Gareb, y se eleva en pendiente bastante dura, hasta la puerta de Efraín.[1]

Desde que Jesús hubo dado algunos pasos, sucumbió bajo la carga. Entre la multitud que había acudido al paso de los condenados, apercibió á su madre. Entre la madre y el hijo, no hubo más que un cambio de mirada.

Un poco después, un cierto Simón de Cyrene, regresando del campo y encontrando al cortejo, fué detenido por los soldados encargados de la ejecución, y obligado á llevar la cruz de Jesús.[2] Es probable que el Señor, agotado por el suplicio de la flagelación, desfalleciere en el camino. Se puede también pensar que el Lybiano había manifestado valerosamente su simpatía por el condenado, y que invitado por los guardias á ayudar á Jesús, no vaciló en tomar sobre sus espaldas el pesado suplicio.[3]

El recuerdo de este hombre, impensadamente asociado al

1 El recinto de Jerusalem en este lugar forma un ángulo saliente: uno de los lados partía de la torre de Hippicos y descendía en línea recta, del Oeste al Este, hasta la puerta de Gennath; el otro lado partía de la puerta de Gennath y se dirigía en pleno Norte.

Allí, en ese espacio triangular, á veinte pasos de las murallas, es en donde se hallaba el lugar del suplicio. Se le llamaba "Lugar de la Calavera," Calvario; en hebreo Golgotha, por causa de un montecillo desnudo, de forma redondeada, que asemejaba á un cráneo.

La ruta de Samaria pasaba muy próxima, en medio de jardines sembrados de olivos, y en los cuales las familias ricas cavaban tumbas.

2 Mat., XXVII, 32 y parall.

3 Si un soldado romano te impone una carga, no resistas ni murmures, si no serás molido á palos. (Arr., IV, 1.)

suplicio del Salvador, ha quedado bendito. La cruz que llevó un instante, le salvó á él y á los suyos. El llegó á ser con su mujer y sus dos hijos, Rufo y Alejandro, un discípulo fiel y venerado.[1]

Una mujer debe ser nombrada aquí, aun cuando los Evangelios no hayan hablado de ella; pero la familia cristiana tiene el culto de su memoria; ésta es Verónica.

Al ver pasar á Jesús delante de su casa, con la frente cubierta de polvo y de sangre, se acercó, y con desprecio de todos los que la insultaban, ella enjugó su rostro con un velo. Ella es, con Simón el Lyviano, el tipo de aquellos que tienen el valor de la compasión hacia los seres abandonados, vilipendiados por todos, como lo fué Jesús.

Avanzando hacia el Calvario, escuchábase detrás de los condenados llantos y lamentos. Una inmensa piedad se levantó en la multitud, sobre todo, de parte de las mujeres. Jesús se volvió á ellas:

—"Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí. Llorad por vosotras y por vuestros hijos! Ved los días en los quese dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no engendraron, los pechos que no dieron de mamar! Entonces ellos clamarán á los montes: ¡Caed sobre nosotros! y á las colinas: ¡Cubridnos!

"Porque si así se trata al leño verde, ¿qué se hará con el leño seco?"[2]

Jesús se olvida de sí mismo. El vuelve piedad por piedad. En el abatimiento que ya le ha destrozado, piensa en ese pueblo, de quien es la víctima y que va á entregarle á la muerte. Profetiza las calamidades próximas, espantosas. El leño verde y viviente, es él mismo; el leño seco y muerto, la nación que le rechaza. Si el inocente, acusado falsamente de blasfemo y de rebelión contra la autoridad pagana, es tratado de esta manera, ¿cómo lo será ese pueblo criminal y rebelde que inten-

1 Rom., XVI, 13.

2 Luc., XXIII, 27 y sig.

tará romper el yugo y quien hallará su destrucción bajo el fierro y el fuego de los Romanos? Estas son las venganzas de Dios: nadie las conjurará. Sólo uno lo podría, y es ese mismo á quien esa raza cegada por el odio va á matar.

Se llegó al Calvario.

Las tres cruces fueron levantadas. Antes de clavar en ellas á los condenados, se les presentó la bebida que aturdía, el calmante que se daba á los que iban á morir. Esta era vino aromatizado, mezclado de incienso y myrra, de un gusto ácido y amargo.[1] Jesús acercó sus labios al brebaje, como para reconocer la atención de los que le ofrecían, pero no quiso beber; le convenía sufrir con pleno conocimiento toda la atrocidad del suplicio.

La distancia del pretorio al Calvario es apenas de mil pasos; el camino doloroso había sido recorrido en menos de una hora.

A eso de las doce, á la hora sexta, Jesús fué crucificado; y con él los dos ladrones: el uno á su derecha, el otro á su izquierda.

El estaba en medio de ellos.

Elevado en la cruz, oró por sus verdugos. Su primera palabra es una palabra de perdón. El dijo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen."

El crucificado es la gran prenda de la misericordia. El hace la paz entre el hombre y Dios. El les reconcilia en él. En el fondo de todo pecado humano, hay ignorancia. El hombre no sabe y no ve; por esto, muy á menudo, su corazón es malo. La debilidad, el extravío de la voluntad, tienen una primera causa en el extravío del espíritu. Si Jesús hubiera sido conocido, jamás hubiera sido crucificado. El invoca esta ignorancia como una excusa, en favor del más grande de los crímenes.

Cualesquier crimen que él haya cometido, el hombre en lo de

1 Ciertos autores, Langen, entre otros, han hecho observar que los naturalistas antiguos, Dioscorides y Galeniza, atribuían al incienso y á la myrra una influencia calmante.

adelante puede mirar á Cristo; él le escuchará exclamar: "Padre, perdónalos, porque ellos no saben lo que hacen." Esta oración es para todos, porque todos hemos sufrido. Ella envuelve al mundo con una inmensa misericordia. Las víctimas han aprendido á no maldecir, y á morir con Cristo perdonando y bendiciendo.

Cuando los condenados eran levantados en la cruz, después de ese trabajo afrentoso de la crucifixión, los ejecutores fijaban en el mismo suplicio, y encima de la cabeza del ajusticiado, un rótulo indicando el crimen. Esta era la costumbre romana.[1] El de Jesús contenía estas sencillas palabras: "Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos," escritas en tres lenguas: en hebreo, la lengua nacional; en griego, la lengua universal entonces; y en latín, la lengua de los maestros. Todos podían leer el nombre y el crimen de Jesús. Irónico hasta el fin para con aquellos que le habían arrancado la condenación del Profeta, Pilatos les estigmatizó una última vez, proclamando á Jesús su Rey, ejecutando de esta manera, sin quererlo y sin saberlo, las voluntades misteriosas de Dios sobre su Hijo. Rey de los Judíos, lo era en efecto, no en el sentido de Pilatos, sino por esta cruz en la que moría, y por su sangre que corría de sus miembros traspasados. Los verdaderos Judíos, los verdaderos hijos de Abraham, lo han reconocido, desde entonces, en el mundo entero, por su Salvador y su Señor; y por su suplicio fué como conquistó el reinado.

Cuando los Judíos, reunidos en multitud en torno del Calvario, pudieron apercibir á su víctima, y sobre su cabeza el rótulo que le titulaba su Rey, ellos comprendieron la injuria de Pilatos, y se indignaron."[2]

Los pontífices presentes en el lugar del suplicio quisieron modificar la inscripción que les chocaba. Ellos enviaron á Pi-

1 El mismo condenado la llevaba yendo al suplicio.
2 Juan, XIX, 19 y sig. Cf. Luc., XXIII, 38; Marc., XV, 26; Mat., XXVII, 37.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

latos, diciendo:—No escribáis Rey de los Judíos; escribid que él mismo dijo:—Yo soy el Rey de los Judíos.

El gobernador, cuya debilidad ellos habían explotado, la pusilanimidad, la cobardía, fué inflexible. El sabía serlo en caso necesario, y hasta la crueldad, contra ese pueblo vencido é intratable; por lo que es más inexcusable de haberle entregado á Jesús. El respondió desdeñoso:—Lo que he escrito, he escrito.

Durante ese tiempo, los ejecutores, al pie de la cruz, se dividían los vestidos de los supliciados.[1] La ley romana "*De bonis damnatorum*" se los adjudicaba. Los cuatro verdugos de Jesús tomaron pues sus vestidos el taled,[2] el cinturón, el manto, la túnica, el calzado. Dividieron el manto en cuatro partes, pero para la túnica,—como ella era sin costura, de un sólo tejido, de arriba á abajo,—se dijeron:—No la desgarremos; echemos suerte á quién le toque.

Y lo hicieron como lo dijeron; después habiéndose sentado cerca de la cruz, guardaban á las víctimas.

Esos soldados no saben que ellos son, como Pilatos, los instrumentos de Dios y que ellos dan cumplimiento á la palabra de un profeta, respecto á Jesús: Ellos se dividieron mis vestiduras y echaron en suerte mi túnica.[3]

La multitud miraba. Los pasantes insultaban á Jesús, sacudiendo la cabeza, y le blasfemaban. Ellos le provocaban con una ironía sin piedad.—Vamos, decían, tú que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate; si tú eres el Hijo de Dios baja de la cruz.

Reconócese la voz de los falsos testigos que le habían acusado en la casa de Kaifás. Esas gentes de baja condición siempre tienen la crueldad grosera, brutal, cobarde. Mientras que

1 Mat., XXVII, 35 y sig., y paral; Juan, XIX, 23, 24.
2 Velo con que los Judíos se cubren la cabeza en la Synagoga.
3 Salm., XXI, 19.

aquel á quien persiguen está más abatido é impotente, más son ellos provocantes y odiosos.

Pero los jefes tampoco rehusan la alegría horrible del odio saciado. Pontífices, Escribas y Ancianos mezclan su ironía y sus insultos con la voz de sus criados. Ellos se hablan entre sí, ellos ponían en irrisión al taumaturgo, al pretendido Mesías, al Hijo de Dios, á su bondad para con los hombres, á su fe en su Padre.[1]

—El que ha salvado á los demás, decían, no puede salvarse á sí mismo. Si él es el Ungido de Dios, que se libre, que baje de la cruz! Que veamos su potestad, y creeremos en él!

El ha tenido fe en Dios; que Dios le salve si él le ama; porque él dijo: "Yo soy el Hijo de Dios."

Esos jueces, quienes han condenado y llevado á la muerte á Jesús, no tienen ni el pudor de su triunfo brutal; ellos le insultan hasta en el suplicio.

Esto es como un contagio de odio y de ultraje en torno de la víctima.

Los soldados romanos se mofan,[2] hacen una alusión á la inscripción fijada encima de su cabeza.—Si tú eres el Rey de los Judíos, decían, sálvate. Y llenando una copa de su brebaje ellos le dan á beber.

En fin, uno de los dos malhechores crucificados con Jesús agregó una blasfemia á todas las demás:—Si tú eres el Cristo, decía sálvate á tí y á nosotros contigo.[3]

Pero el otro le replicó:—¿Tú no temes á Dios, tampoco tú que sufres el mismo castigo? Y con respecto á nosotros, él es justo, porque nosotros recibimos lo que merecen nuestras acciones; pero él no ha hecho mal alguno.

Concíbese que el alma de este ajusticiado está conquistada para Jesús. Ella se arrepiente, ella cree. Todos aquellos que Jesús toca entran en el arrepentimiento y en la fe. Su dulzura, su

1 Mat., XXVII, 41 y sig.; Marc., XV, 31.
2 Luc., XXIII, 36.
3 Mat., XXVII, 44; Marc., XV, 32; Luc., XXIII, 39 y sig.

calma, su oración de perdón, esa palabra de Padre que él decía á Dios con un acento inimitable, han iluminado al criminal. ¿Quién conoce el misterio de las conciencias, y las vías ocultas del amor de Dios para salvarlas? Ese criminal halló la vida en un patíbulo, pero al lado del Salvador.

—Acordáos de mí, dijo el ladrón á Jesús, cuando os viéreis en vuestro Reino.

El presintió el título de Rey por el que Jesús murió. Su confianza le valió una de las palabras más consoladoras que han salido de los labios del Crucificado.

—"En verdad yo te digo, hoy mismo te verás conmigo en el Paraíso."[1]

Entonces pasó una escena conmovedora referida por uno de aquellos que estaban presentes, y que desempeña uno de los papeles principales.[2]

En esta multitud indiferente, curiosa, hostil, reunida en torno de los condenados, los parientes de Jesús, sus discípulos, sus compatriotas de Galilea y las mujeres que le habían seguido, estaban mezclados. Su misma madre ahí estaba. Ahora bien, en este momento ella se acercó á la cruz con Juan, con la otra María, su cuñada, la mujer de Cleofas, y María Magdalena. Jesús los vió de pie, á sus pies: él apercibió, al lado de su madre al discípulo amado. El dijo á su madre: "Mujer, he aquí á tu hijo;" y en seguida á Juan: "He aquí á tu madre."

Hasta su último aliento, él se olvida y consuela: á su amigo le da una madre, á su madre le da un hijo. Pero esta no es solamente la última palabra del hijo velando por el porvenir de aquella á quien Jesús va á dejar para siempre y del amigo al amigo. Las palabras detienen un alcance más alto. El discípulo amado es, á sus ojos, la Iglesia entera, la asamblea de sus fieles, de sus amigos. Cuando él dijo á su madre: "He aquí á tu hijo, crió en ella una maternidad divina; él la asocia á la obra de la Redención. Al inmolarse á la voluntad de Dios, quien le pedía el sacrificio de su hijo, esta mujer heróica, sin igual en la humanidad, llegó á ser uno de los actores de la salvación universal. Ella continúa su obra invisiblemente por su acción maternal en la Iglesia. Todos los que siguen á Jesús, son para ella hijos; y los que aman á Jesús, imitando á Juan, la reciben como á su madre.

1 La palabra "Paraíso" proviene del persa y significa en su lengua de origen "Parque," en hebreo "Pardés," ella tiene el sentido de "jardín real." (Cant., IV, 13; Eccles., II, 5.) El παράδεισος de los Setenta, es el jardín del Edén, Gran-Edén; y él designa en su sentido alegórico, el lugar del cielo en donde estarán recogidas las almas justas. Esta es la interpretación de los Talmudes y de los comentadores. (Chag. fol. 14, 2. Midrasch, Tillin, fol. 9, 3.) Cf. Ligfoot, Horæ hebrai. et talmud, p. 890 (ed. Leipsig).

2 Juan, XIX, 25-27.

Poco después las tinieblas comenzaron á cubrir la tierra. El sol se obscureció.[1]

Como á las tres, Jesús en la cruz lanzó un gran grito.

Dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"[2]

Esto no es la desesperación, es la suprema angustia.

Entre Jesús y su Padre, el lazo es indisoluble: ellos no forman más que uno; el Padre no puede abandonar al alma de su Hijo, como la conciencia de Jesús no puede cerrarse al amor del Padre. Pero estaba en los designios de Dios entregar á su Hijo, sin defensa, á todos los ultrajes, á todos los tormentos, á todos los golpes del odio de sus enemigos. En medio de este diluvio de amargura en el que estaba inundado, parece que por una voluntad secreta de Dios, y á fin de que la Víctima del Calvario apurase todo el cáliz de los dolores humanos, Jesús no sintió más la alegría de su unión con su Padre. La unión no estaba rota, no podía serlo; él tenía la conciencia, pero no el goce dichoso: de ahí ese grito punzador: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?"

Este es el principio de un salmo lleno de quejas de las que sólo Jesús conoció y saboreó toda la angustia y que revelan proféticamente el horror de su suplicio:

—"Y yo, yo soy un gusano de tierra y no un hombre.

1 Mat., XXVII, 45; Marc., XV, 33; Luc., XXIII, 44.

2 Mat., XXVII, 46; Marc., XV, 34.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"El oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo.
"Todo el que me ve, ríe con desprecio.
.....
"Numerosos toros están en torno mío,
"Los toros de Basán me rodean.
"Ellos abren contra mí su bocaza,
"Semejantes al león que desgarra y ruge.
"Yo soy como el agua que corre,
"Y todos mis huesos se descoyuntan.
"Mi corazón, como la cera, se funde en mis entrañas,
"Mi sabia se seca como la arcilla,
"Y mi lengua se pega á mi paladar.
"Tú me reduces al polvo de la muerte
"Porque los perros me rodean,
"Una banda de malvados giran en torno mío;
"Ellos traspasaron mis manos y mis pies;
"Yo podré contar todos mis huesos.
"Ellos observan, me miran.
"Ellos se dividen mis vestidos,
"Ellos juegan á la suerte mi túnica.
"Y tú, Eterno, no te alejes.
"Tú que eres mi fuerza, ven pronto á mi socorro."[1]

El grito de Jesús: "Eloí, Eloí," fué acogido con un sarcasmo.—Tomad, decían los espectadores, él llama á Elías.[2]

Ese tormento horrible de los crucificados que devoraba el fuego de la fiebre arrancó una queja á Jesús.

—"Tengo sed," dijo.[3]

Ahora, ahí había, según la costumbre, cerca de las víctimas, un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados acudió, tomó una esponja que empapó en vinagre, le colocó en la punta de una caña de hisopo y la presentó á sus labios:—Dejad, decía, vamos á ver si Elías vendrá á libertarle.

Jesús aceptó el vinagre y dijo: "Todo está consumado."[4]

El cáliz que él debía beber fué apurado hasta las heces. El había tocado el fondo de este abismo espantoso en el que la voluntad de su Padre le había precipitado. El había sufrido todo y expiado todo. El sufrimiento era sin límites, la víctima perfecta, la satisfacción infinita. La cólera de Dios contra el mal estaba calmada; el pecado destruido; la reconciliación entre el hombre y Dios sellada en él con un amor sin límites.

Entonces él lanzó con fuerza un segundo, un último gemido.

El hombre que va á morir desfallece y sufre la muerte: Jesús es el Señor. El la deja cumplir su obra, entregando su vida en la plenitud de su libertad y de su soberanía, como él la volverá á tomar.

—"Padre," dijo, "en tus manos encomiendo mi espíritu." E inclinó la cabeza y rindió el espíritu.[4]

Era la hora nona.[3]

Las tinieblas, como en tiempo de eclipse de sol, se habían condensado.

El gran velo del Templo que cerraba la entrada del Santo de los santos se desgarró en dos, de arriba á abajo.[4] La tierra tembló y las rocas se abrieron. Las tumbas se abrían solas y los cadáveres de los justos que allí reposaban se levantaron. Estos fenómenos prodigiosos, de los que la Palestina y la Judea únicamente fueron testigos, revelan el lazo poderoso que une á Jesús con la naturaleza, con el cielo, con la tierra y con la humanidad.

1 Salm., XXI; Traducción inédita del hebreo, por el Rev. Padre Schell, de los Hermanos Predicadores.

2 Este error prueba que, entre los peregrinos que afluían á Jerusalem para la Pascua, algunos extranjeros griegos ó romanos no entendían ni el hebreo, ni el arameo, ni el siro-caldeo.

3 Juan, XIX, 28. Cf. Mat., XXVII, 48, 49; Marc., XV, 30.

1 Juan, XIX, 36.

2 Luc., XXIII, 46.

3 Según nuestra manera de contar, tres de la tarde.

4 Mat., XXVII, 51; Marc., XV, 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sol velándose, la tierra sacudiéndose, se asocian á la tristeza de esta hora lúgubre. La muerte del Crucificado es á la vez el fin y el comienzo de un mundo. El viejo mundo está vencido; el nuevo va á aparecer. Este velo sagrado que ocultaba la morada impenetrable de Dios, fué desgarrado. El mosaísmo, la Ley elemental, como le llamó San Pablo,[1] está invalidada. El Templo está destruido.

La Víctima que acaba de espirar nos introducirá por su sangre en el verdadero Santo de los santos, del que el otro no era sino la figura. Hasta los muertos escucharon su voz; y la vida que fluirá después de ella todo lo invadirá; las tumbas serán abiertas, y los que en ellas duermen se despertarán.

En el momento mismo en el que esas señales celestes se produjeron, una especie de espanto se apoderó de esta multitud que había asistido al suplicio y de la que hemos recogido los gritos, las injurias, las burlas. Ella se dispersó aterrorizada, y muchos al irse, se golpeaban el pecho.[2]

El temblor de tierra, esa noche súbita y extraña, esas rocas que se hundían, el gran gemido lanzado por Jesús al morir, habían profundamente impresionado al centurión y á los soldados que custodiaban á Jesús. Estos paganos fueron tocados en su conciencia. Su alma se abrió como las tumbas, y se estrelló como las rocas de las que ella tenía, un momento antes, la dureza. El centurión en frente de la cruz, glorificó á Dios: —Este hombre, dijo, era justo y verdaderamente Hijo de Dios.[3]

Era la justicia que hablaba por la boca de ese romano. La muerte de Jesús comienza ya su gloria y atrae todo á él. Es un pagano quien, el primero, iluminado por ella, confiesa su divinidad. El acento con el que Jesús llamó á Dios, Padre, le penetró. El cree en el Crucificado y dice:—Sí, éste es el Hijo de Dios.

1 Galat. 4, 3.
2 Luc., XXIII, 48.
3 Mat., XXVII, 54; Marc., XV, 39; Luc., XXIII, 47.

Mientras que la multitud se retiraba, un grupo permaneció inmóvil y atento, á alguna distancia de la cruz en la que Jesús acaba de espirar; estos eran sus amigos, y en particular las mujeres numerosas que le habían seguido desde la Galilea, y que ponían á su servicio su adhesión y sus bienes.

Notábase entre ellas á María Magdalena y á María, la madre de Santiago el Menor y de José, y á Salomé, la madre de los dos hijos del Zebedeo. Mudas de dolor, ellas miraban, ellas esperaban.

El sábado se preparaba. Los Judíos, no queriendo que los cuerpos permaneciesen en la cruz durante el día santo, pidieron á Pilatos que rompiesen las piernas de los crucificados y que se les quitase.

Los Romanos dejaban de ordinario los cadáveres en la cruz; ellos eran la presa de los animales. La ley judía exigía que ellos desaparecieran antes de la puesta del sol, á fin de que la tierra santa no fuese manchada por la maldición unida al cadáver.[1]

Sin embargo, el "Crurifagium," estaba en uso entre los Romanos, para casos excepcionales; esto explica á la vez la petición de los Judíos y la respuesta de Pilatos.

Los soldados llegaron entonces; rompieron las piernas del primero, en seguida la del otro que había sido crucificado con Jesús; y viendo ya á Jesús muerto, no le rompieron las piernas.[2] Pero uno de ellos le abrió el costado con una lanzada, é inmediatamente salió de él sangre y agua.

Juan, quien solo refiere este hecho prodigioso, fué el testigo. "El le vió, dijo, y él da testimonio, y él atestigua que su testimonio es verídico."[3]

La lanzada del soldado fué un último insulto al cuerpo inanimado de Jesús. Pero su corazón abierto es una prueba irrefutable de la muerte de Jesús: él realiza una profecía que mostraba á los Judíos al Mesías agujerado por una lanza, y cua-

1 Deut, XXI, 23; Bell, Jud, IV, 5, 2.
2 Juan, XIX, 33 y sig.
3 Juan, XIX, 35.

dra bien á aquel cuyo amor ha salvado al mundo. La sangre y el agua que brotaron son los símbolos de los más grandes misterios. El Génesis refiere que, de los costados del Adan dormido, Jehovah sacó á Eva, la madre de los vivientes; el verdadero Adan dormido es Jesús en su cruz: de su corazón entreabierto ha salido la Iglesia, la verdadera Madre que engendra á Dios todos los vivientes por el agua del bautismo y por la sangre de la Eucaristía.

Los condenados del Sanhedrín debían ser sepultados sin honor. No se les lloraba, no se les reunía con las cenizas de sus abuelos en la tumba de familia. Se les llevaba al sepulcro reservado oficialmente á los supliciados.[1] Algunas veces, sin embargo, con motivo de una fiesta, eran entregados á sus parientes,[2] quienes debían darles una sepultura sin ostentación.

Pero los amigos de Jesús no le olvidan en la muerte.[3]

Había entre ellos, uno sobre todos que se señaló en esta hora de duelo.

El era rico, miembro del Sanhedrín, originario de Judea y de la pequeña ciudad de Arimathea. Se llamaba José. Era bueno y justo. El espera el Reino de Dios. El era discípulo oculto de Jesús. El no había intervenido para nada en los últimos consejos y en los actos de la alta asamblea.

Con un valor que nada temía, se dirigió á Pilatos y le pidió que le autorizara quitar el cuerpo de Jesús á fin de sepultarle.

El gobernador se admiró de que hubiera muerto tan pronto. Se aseguró por el centurión y dió el cuerpo á José.

Inmediatamente, José compró el sudario y llegó al Calvario con otro discípulo secreto de Jesús, Nicodemus. Este llevó una mezcla de myrra y de aloe, como cien libras.

Ellos desprendieron el cuerpo de Jesús de la cruz y le embalsamaron, según la costumbre. Se le envolvió en el sudario

1 Sanhedr., c. VI, Hal., 5.
2 Philon, in Flave., § 10.
3 Mat., XXVII, 57 y paral.

empapado de un líquido aromático y perfumado; después, se liaron sus miembros con vendas también empapadas con la mezcla de myrra y de aloe. La cabeza fué cubierta con un sudario enrrollado que ocultó el rostro.

Ahora José de Arimathea poseía muy cerca del Calvario en donde Jesús acababa de ser crucificado, un jardín. Allí había hecho cavar, en la roca viva, una tumba en donde ninguno hasta entonces había sido sepultado. Como la mayor parte de los sepulcros judíos, que aún hoy se pueden ver, se componía de dos grutas: la primera servía de cámara funeraria en donde los parientes venían á llorar; en la segunda se depositaban los cadáveres. El sepulcro propiamente dicho, era una camilla ligeramente escavada, tallada en la roca y sobremontada en una pequeña arcada.

El cuerpo de Jesús allí fué colocado. El sol se ponía, y con la puesta del sol, el sábado iba á comenzar.

Una gran piedra en forma de muela,[1] rodando de una ranura de la roca, servía de puerta de entrada al monumento sepulcral. Ella fué empujada delante de la abertura, y los amigos de Jesús, después de haberle sepultado, se retiraron.[2]

Fieles al Maestro hasta en la muerte, las santas mujeres que le seguían no le han abandonado desde su suplicio y su último suspiro. María Magdalena está á la cabeza de ese grupo doliente. Ellas vieron al Señor agonizante y expirante, después desprendido de la cruz y acostado en su tumba. Su dolor y sus lágrimas acompañaban al trabajo fúnebre de José de Arimathea y de Nicodemus. Ellas observaron cómo fué colocado el cuerpo de Jesús, y ellas se han alejado, para preparar al sepultado á quien adoran, otros perfumes y otros aromas.

El día del sábado, para ellas, se pasó en una tristeza silenciosa.

Pero los pontífices y los Fariseos se agitan.[3] Su odio no se

1 Piedra redonda y aplanada que sirve para moler.
2 Mat., XXVII, 59-60, y paral.
3 Mat., XXVI, 62.

inquietó ya por la víctima. Su muerte les pareció asegurar su triunfo. Ellos no sabían que la muerte no termina nada. No se mata ni á la idea, ni á la verdad, ni al derecho, ni á la justicia; y si aquel que era la encarnación de esas cosas divinas se entregó á la muerte, la muerte no tendrá la última palabra.

Temiendo de parte de los discípulos una intriga, cuya idea no podía venir sino á los hipócritas y á los bellacos, ellos fueron á buscar á Pilatos:—Señor, le dijeron, nos hemos acordado que ese seductor, mientras que vivía, dijo: "Después de tres días, yo resucitaré." Ordena que se guarde su tumba hasta el tercer día, de miedo que sus discípulos nos le roben y hagan creer al pueblo que él resucitó." El error de creer en el Resucitado sería peor que el error de creer en un Hijo de Dios.

Pilatos rehusó:—Vosotros tenéis una guardia les respondió, id á velar vosotros mismos, como lo queréis.

Entonces al irse, ellos cerraron cuidadosamente el sepulcro, pusieron el sello del Sanhedrín sobre la piedra y apostaron á su entrada á sus satélites.

Jesús durmió un instante el sueño de la muerte bajo la guarda de sus propios verdugos.

CAPITULO XII.

JESÚS RESUCITADO.

La historia de un gran hombre se detiene en la tumba. El entra por la muerte en un mundo invisible que nos está cerrado. Ya no se le ve, ya no se le escucha; no resta de él con su recuerdo, sino sus discípulos, sus doctrinas, sus instituciones, sus obras y la acción secreta de su espíritu inmortal. Pero como el origen de Jesús no se parece al nuestro, su muerte tampoco se parece á nuestra muerte. El sábado llegaba á su fin.[1] Las santas mujeres, las sirvientes fieles de Jesús, llorando al Señor sepultado, no tenían otro pensamiento que honrarle en la muerte. María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, volvieron al Gólgotha para ver la tumba. Después de la puesta del sol, ellas compraron perfumes que querían derramar sobre el cuerpo de Jesús.

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gólgotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

1 Mat., XXVIII; Marc., XVI; Luc., XXIV, Juan, XIX, XX, XXI.

inquietó ya por la víctima. Su muerte les pareció asegurar su triunfo. Ellos no sabían que la muerte no termina nada. No se mata ni á la idea, ni á la verdad, ni al derecho, ni á la justicia; y si aquel que era la encarnación de esas cosas divinas se entregó á la muerte, la muerte no tendrá la última palabra.

Temiendo de parte de los discípulos una intriga, cuya idea no podía venir sino á los hipócritas y á los bellacos, ellos fueron á buscar á Pilatos:—Señor, le dijeron, nos hemos acordado que ese seductor, mientras que vivía, dijo: "Después de tres días, yo resucitaré." Ordena que se guarde su tumba hasta el tercer día, de miedo que sus discípulos nos le roben y hagan creer al pueblo que él resucitó." El error de creer en el Resucitado sería peor que el error de creer en un Hijo de Dios.

Pilatos rehusó:—Vosotros tenéis una guardia les respondió, id á velar vosotros mismos, como lo queréis.

Entonces al irse, ellos cerraron cuidadosamente el sepulcro, pusieron el sello del Sanhedrín sobre la piedra y apostaron á su entrada á sus satélites.

Jesús durmió un instante el sueño de la muerte bajo la guarda de sus propios verdugos.

CAPITULO XII.

JESÚS RESUCITADO.

La historia de un gran hombre se detiene en la tumba. El entra por la muerte en un mundo invisible que nos está cerrado. Ya no se le ve, ya no se le escucha; no resta de él con su recuerdo, sino sus discípulos, sus doctrinas, sus instituciones, sus obras y la acción secreta de su espíritu inmortal. Pero como el origen de Jesús no se parece al nuestro, su muerte tampoco se parece á nuestra muerte. El sábado llegaba á su fin.[1] Las santas mujeres, las sirvientes fieles de Jesús, llorando al Señor sepultado, no tenían otro pensamiento que honrarle en la muerte. María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, volvieron al Gólgotha para ver la tumba. Después de la puesta del sol, ellas compraron perfumes que querían derramar sobre el cuerpo de Jesús.

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gólgotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

1 Mat., XXVIII; Marc., XVI; Luc., XXIV, Juan, XIX, XX, XXI.

se decían una á la otra:—¿Quién rodará la piedra de delante del sepulcro?

Ninguna de ellas nada sabía del acontecimiento extraordinario que había pasado, en el mismo momento en que ellas salían de Bethania.

De repente la tierra había temblado. Una fuerza divina, un ángel de Dios, dice el Evangelio, había bajado del cielo. El había rodado la piedra de la entrada y ahí se había sentado. Su rostro era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, á su vista, sobrecogidos de terror, habían caído como muertos, y vueltos de su espanto, habían huido.[1]

El sol ya había salido, cuando las mujeres llegaron al Gólgotha; y al mirar la tumba, la vieron abierta: la enorme piedra estaba retirada. María Magdalena, á esta vista, creyó en el robo del cuerpo de su Señor, en una profanación, y mientras que sus compañeras penetraban en el interior del sepulcro en donde, en efecto ellas nada hallaron, María Magdalena fué en busca de Simón Pedro y de Juan, el discípulo preferido de Jesús.

—Ellos han quitado á mi Señor, extraviado, y no sabemos en dónde le han puesto.

En el acto, Pedro y Juan salieron y llegaron al sepulcro. No caminaban, corrían, según la expresión de uno de ellos; es el mismo Juan quien cuenta esta narración. El llegó el primero; y al bajar á la abertura de la gruta, él percibió los lienzos puestos en tierra; pero él no entró. Pedro, que le seguía, entró resueltamente; él vió en efecto á los lienzos en la tierra, y al sudario que cubría la cabeza de Jesús, separado de la sábana y plegado en un lugar aparte. Juan penetró con Pedro en el sepulcro; él vió y él creyó, como le había dicho Magdalena, que el Señor había sido sustraído.

La idea de la resurrección de Jesús y de su resurrección en

[1] Mat., XXVIII, 2-4.

la carne, no les vino al espíritu: ellos no la conocían aún, según el testimonio del Evangelista; y aun cuando ellos hubieran escuchado muchas veces al Señor anunciarla en términos expresivos, ellos no la entendían. Ellos la veían á través de sus preocupaciones religiosas; ellas debían confundirla con la venida del Mesías, con la majestad y el esplendor de su Reino.

Inmediatamente después de haber visitado el sepulcro, se fueron á su casa[1] tristes, contrariados.

Las mujeres, entregadas á su duelo y á su tristeza, vagaban en el jardín. María, de pie, á la entrada de la gruta funeraria, lloraba; como ella se inclinó para ver, al menos, el lugar en el que había sido depositado Jesús, ella apercibió, bajo forma humana, á dos ángeles vestidos de blanco, el uno á la cabeza y el otro á los pies del lecho sepulcral.—Mujer, la dijeron ellos, ¿por qué lloras?—Ellos se han llevado á mi Señor, respondió ella, y no se donde le han puesto.

Al decir estas palabras, ella se volvió, buscándole con sus ojos arrasados de lágrimas.

Ella vió á Jesús de pie; pero no le reconoció.

—"Mujer, la dijo Jesús, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Creyendo que él era el jardinero, ella respondió:—si sois vos quien le ha sacado, decidme en donde le habéis puesto, y yo le llevaré.

Jesús la llamó por su nombre: "María." A este metal de voz, á esta llamada que ella tan á menudo había escuchado, ella reconoció á su Señor:—¡Oh, Señor mío! respondió, arrojándose á sus plantas para besárselas, como ella hacía cuando él estaba vivo.—"No me toques, dijo Jesús, porque aún no he subido á mi Padre. Pero vé á mis hermanos y diles: yo subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios."

Estas palabras misteriosas advirtieron á Magdalena que no ha llegado la hora de gozar de la presencia divina de su Señor y de

[1] Juan XX, 2-10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su humanidad, transfigurada. El no reaparece en esta tierra sino para irse. El no está aún en el lugar de la inmortalidad, él sube á su Padre, á su Reino glorioso. Ahí es donde se realizará la comunión total con él en una posesión que no terminará y en los transportes que nada terrestre turbará.

Entretanto, él confía á su servidora la más amada el mensaje que promete la comunión inefable á la que Jesús convida en el cielo á todos sus fieles, — á sus hermanos, como él les llama. Nadie merecía mejor que Magdalena ser la mensajera de Jesús.[1]

Es una mujer quien, la primera le ve resucitado, escucha su voz, comprende por qué la tumba está vacía. El cuerpo del sepultado no ha sido sustraído. La virtud omnipotente de Dios, ejerciéndose por los seres invisibles que son sus enviados, conmovió á la tierra, rodó la piedra que cerraba el sepulcro; y el Crucificado se levantó vivo, triunfante, glorioso.

El reanimó su cadáver que no debía sufrir la descomposición de la tumba. En lo de adelante, él está en la vida y no puede morir.

Su cuerpo, — el mismo que él había entregado al sufrimiento y á todos los tormentos de la cruxifición, — está libre para siempre de la ley del dolor y de la corrupción. El no puede ni alterarse ni sufrir. El adquiere una especie de espiritualidad. La materia con sus espesuras y su opacidad, no le embaraza ya: él tiene la sutileza que penetra la materia. La gravedad no le arrastra, el espacio no le aprisiona; él es rápido y ágil, como la voluntad que le mueve, y de la que él es el instrumento perfecto. El es tangible y visible, á su gusto; él reaparece y desaparece como él quiere. Como el alma toma la forma de sus ideas, el cuerpo de Jesús reviste las apariencias que le convienen, sin perjuicio de su naturaleza y de su identidad. El ha guardado, por lo tanto, sus cicatrices, ellas serán la marca gloriosa é imborrable de sus combates terrestres, y hasta en su

1 Juan, XX, 12—18.

Reino celestial ellas atestiguarán su victoria sobre el pecado y su amor infinito para los hombres.

Al mirarle, durante esos días en que él ha querido mostrarse, á los pocos privilegiados que han tenido esta visión divina, aprendieron á conocer el verdadero destino del hombre. Ellos ven, ellos palpan, ellos entienden el mundo invisible. Toda la gloria de Jesús, señor de la muerte, resucitado á la vida plena é inmortal, llegará á ser el patrimonio de los que creerán en él. Habrá en lo de adelante, en sus elegidos, una clara, una inmensa esperanza. Ellos sabían que el pecado está vencido, y que la muerte está vencida por el pecado. Ellos van á aprender los últimos misterios de ese reino mesiánico realizado en fin en su Maestro. Lo mismo que el cielo y los espíritus que le llenaban estaban en conmoción y en actividad en torno de la cuna de Jesús, igualmente ellos están en movimiento sobre su sepulcro. La fe en Cristo resucitado será la gran palanca que levantará al mundo: para arraigarla en sus discípulos la fuerza de Dios trabaja en este día.

El desaliento, el abatimiento, el dolor, la incertidumbre se ha apoderado hasta de los mismos apóstoles. La Providencia les entrega á su debilidad, para mostrarles que ellos son nada, si la intervención personal, directa, omnipotente de Jesús no les levanta. No es á ellos á quienes el Resucitado se manifiesta primero, sino á sus siervas fieles. El consuela primero á aquellas cuyo dolor es más agudo, y las envía á llevar la esperanza y la fe á sus discípulos desconcertados.

Mientras que María-Magdalena fué á advertir á los discípulos de Jesús,[1] algunas de las mujeres que habían venido á la tumba y á quienes la desaparición del cuerpo había consternado, habiéndose acercado al monumento, vieron de improviso cerca de ellas á dos ángeles, bajo la forma de hombres, vestidos con túnicas resplandecientes. Ellas quedaron sobrecogidas de terror: y como ellas bajaran los ojos deslum-

1 Luc., XXIV, 3-8.

brados:—¿Por qué, les dijeron ellos, buscáis á Aquel que vive, entre los muertos? Él no está aquí, ha resucitado. Acordáos de lo que él os dijo, cuando estábais aún en Galilea: es preciso que el Hijo del hombre sea entregado á las manos de los pecadores, que él sea crucificado, y que resucite al tercer día.

Y ellas se acordaron de estas palabras.—Apresuráos, agregaron los ángeles, en ir á decir á sus discípulos que él ha resucitado.[1] El va delante de vosotros á Galilea: allí le veréis, como él os lo dijo.

Y ellas salieron de la cámara sepulcral, para llevar estas palabras á los discípulos. Ellas eran presa de una alegría mezclada de temor. Ellas no osaban decir nada.

Derepente, Jesús se presentó á ellas:—"Dios os guarde," las dijo.

A su vista, ellas se prosternaron á sus pies y los abrazaron. —"No temáis," agrega el Señor, id á decir á mis hermanos que vayan á Galilea; allí, ellos me verán."

La narración de Magdalena y de sus compañeras no halló en los discípulos más que la incredulidad. Ella les pareció, dice un Evangelio, un delirio.[2]

Pedro, por tanto, se levantó, corrió una segunda vez al Golgotha, entró á la tumba, se inclinó sobre el lecho sepulcral, vió todavía á los lienzos en la tierra; nada más. Tal vez esperaba ver á su Maestro; se fué, admirado dentro de sí respecto á lo que hubiera podido pasar.

Un primer hecho domina á toda esa semana que siguió á la muerte de Jesús: el dolor y el abatimiento de los discípulos, aun de aquellos que se llaman los Once, y quienes, admitidos, hasta el último momento, en la intimidad del Maestro, habían protestado tan enérgicamente su fidelidad.

Este silencio de Dios ante la condenación y el suplicio de

1 Mat., XXVIII, 7; Marc., XVI, 7.
2 Luc., XXIV, 11.

Jesús les abate. Ellos creían en una manifestación resplandeciente de la fuerza y de la gloria divinas para confundir á los enemigos de su Maestro é inaugurar su reino Mesiánico. Nada; nada sino una tumba vacía, narraciones de mujeres pretendiendo haber visto ángeles en el sepulcro, y haberle visto á él mismo. Ellos no han visto más que el sepulcro abierto, los lienzos en los que estaba envuelto el cuerpo, puestos en la tierra, y el sudario plegado, en otro lugar. Pedro vino dos veces á comprobar esto: la primera vez con Juan, cuando María-Magdalena le anunció la apertura de la tumba; la segunda vez solo, cuando Magdalena vino á contarle la aparición de los ángeles y la de Jesús.

Para vencer la obstinación de los Once y darles ánimo, será menester que ellos estén convencidos de la resurrección; y para convencerles, será preciso nada menos que la intervención de su Maestro resucitado, manifestándose á ellos, en varias ocasiones, en la realidad de su cuerpo y de su vida gloriosa. Ellos no cederán sino ante su presencia y á su acción. La resurrección no será ya para ellos un objeto de fe, sino un hecho evidente; ellos van á ver á Jesús, á tocarle y á escucharle. Ellos sabrán en lo de adelante que el Santo de Dios no ha sido entregado á la corrupción de la muerte;[1] que Dios le ha arrancado de la potestad de sus enemigos, que él va á entrar en su gloria, y á inaugurar él mismo su Reino mesiánico.

Los acontecimientos aterradores de la mañana que habían señalado la resurrección del Crucificado, fueron conocidos inmediatamente, en la ciudad. Algunos de los guardias habían acudido á informar al Sanhedrín y á los grandes sacerdotes.[2] Túvose una sesión extraordinaria. Los Saduceos, siempre escépticos, no parecieron conmoverse. La resurrección no entraba en su filosofía. Un resucitado no podía parecerles sino

1 Salm., XV, 10.
2 Mat., XXVIII, 15 y sig.

una quimera. Esos sabios no fueron nada perspicaces: el Resucitado iba á ser el gran victorioso. Ellos no pensaron sino en su interés inmediato, y prosiguiendo hasta al fin su política de bellaquería y de odio, resolvieron encubrir la narración de los guardias y comprar á precio de plata su mentira:—Decid por todas partes, ordenan ellos á esos soldados, que sus discípulos llegaron por la noche, y le sustrajeron mientras que vosotros dormíais. Y si el gobernador llega á saberlo, nosotros le persuadirémos, y os defenderémos. No temáis.

Los soldados vendidos ejecutaron la consigna; su fábula circuló en la sociedad judía. Ella se refería todavía, diez años después, en el tiempo en el que uno de los Evangelistas que refiere el hecho, redactaba sus Memorias.

La verdad no se deja disfrazar por la malicia humana. Las obras prodigiosas del Resucitado le han dado testimonio, y ningún historiador imparcial osará dar por base á la religión de Jesús la superchería de algunos Saduceos y la venalidad de algunos soldados.

Nada manifiesta mejor el estado del alma de los discípulos de Jesús, en esos días que siguieron á su muerte y en aquel que vió su resurrección, que el hecho siguiente. El ha sido referido por San Lucas con detalles tan preciosos y una emoción tan verdadera, que se ha pensado, no sin motivo, que él fué uno de los actores puestos en escena.[1]

Era la noche de la resurrección. Dos discípulos fueron á un barrio de Nicópolis llamado Emmaus,[2] á ciento sesenta estadios de Jerusalem.[3]

En el camino ellos hablaban de todo lo que había pasado. Ahora bien, cuando ellos hablaban y conferenciaban juntos, Jesús se acercó y caminó con ellos. Pero algo impedía que sus ojos no le reconociesen.

1 Luc., XXIV, 13 y sig.

2 Véase el Apéndice S. *Situación de Emmaus*.

3 La Vulgata trae sesenta estadios; pero es permitido ver allí un error del copista. El Codex Sinaítico y el Vaticano mencionan ciento sesenta.

El cuerpo glorioso de Jesús, por real que es, está en un estado que ninguna ciencia puede apreciar. El participa de la potestad del espíritu. El puede aparecer y desaparecer, ocultarse ó dejarse ver, modificarse y cambiar de forma.

Al abordar á los dos viajeros, él les parece ser uno de los numerosos peregrinos extranjeros llegados á la Ciudad santa para la fiesta.

—"¿De qué platicáis, así tan tristes, al caminar? les dijo Jesús: Uno de ellos, llamado Cleofas, le respondió: ¿Sóis el único tan extranjero en Jerusalem, que no sabéis lo que ha pasado en estos días?

Jesús parecía ignorarlo todo intencionalmente, para llevarlos á expresar lo que piensan:—"¿Qué?" les dijo.—Se trata de Jesús de Nazareth, profeta poderoso en obras y en palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Los príncipes de los sacerdotes y muchos jefes le han entregado para ser condenado á muerte, y ellos le han crucificado. Esperabamos que él fuese aquel que debía libertar á Israel, y al esperar, ved que han pasado tres días.

—Es verdad, añadió Cleofas, que algunas de las mujeres que están con nosotros nos han espantado. Ellas fueron antes de amanecer al sepulcro, y no han encontrado su cuerpo; y ellas han venido á decirnos que los ángeles se les han aparecido, quienes dicen que está vivo.

Algunos de nosotros, en efecto, hemos ido al sepulcro; ellos han encontrado todo como lo habían dicho las mujeres; pero á él no le han hallado.

Entonces Jesús les dijo:—"Oh insensatos y de corazón tardío para creer lo que han dicho los profetas! No bastaba que Cristo sufriera estas cosas y entrara así en su gloria?"

Y recorriendo á todos los profetas, comenzando por Moisés, él les interpretó lo que concierne á Cristo en todas las Escrituras.

Como ellos llegasen cerca de Emmaus, Jesús, á quien los dos discípulos no reconocían, fingió seguir su camino. Una fuerza

secreta les encadenaba á él; ellos le estrecharon á detenerse. —Permaneced con nosotros, le decían, se hace tarde y ya el sol baja.....

El aceptó su hospitalidad.

Ahora bien, mientras que él estuvo en la mesa con ellos, el jefe de una casa extranjera, obró como jefe de familia. Según el uso,[1] él tomó el pan, dió gracias, le partió y se los presentó, como tenía costumbre de hacerlo con sus discípulos.

En este momento, sus ojos se abrieron; y, como si un velo cayese, reconocieron á su Maestro. Y él desapareció á sus miradas.

Esta vista rápida bastó á su fe, ellos creyeron en lo de adelante en la resurrección de Jesús crucificado. La conversación, que había hecho el gasto todo el viaje, volvió á la memoria de los discípulos conmovidos, y ellos se comunicaron lo que habían sentido.—¿Nuestro corazón, se decían, no estaba ardiente, dentro de nosotros, mientras que él nos hablaba, en el camino, y nos abrió las Escrituras?

Ellos se levantaron sin tardanza, y volvieron á tomar, á la misma hora, á toda prisa, el camino de Jerusalem, impacientes de referir á sus compañeros lo que acababan de ver y de oír.

Parece que algunos de los que encontraron no podían creer en su narración. Este rasgo nuevo indica con cuánta resistencia obstinada tropezaba, en el alma de los discípulos, la fe en la resurrección.[2] Pero Jesús resucitado vela en persona por los suyos; al manifestarse él mismo á ellos, les ilumina, les lleva poco á poco á la verdad, y acaba de instruirles del misterio de su triunfo.

La tarde de ese mismo día, él se había manifestado á Pedro; pero el detalle de esta aparición no es conocido: sólo San Lucas y San Pablo le mencionan, sin comentarios.[3]

1 Baruc, fol. 45 y 41.
2 Marc., XVI, 13.
3 Luc., XXIV, 34; I. Cor., XV, 5.

Cuando los dos viajeros de Emmaus llegaron á Jerusalem, encontraron reunidos á los Once, y á otros discípulos con ellos. Se hablaba de la resurrección, y algunos decían:—El Señor ha resucitado verdaderamente; Pedro le ha visto. El testimonio de Cephas no pareció, sin embargo, haber tenido sobre todos una autoridad decisiva. Se escuchó la narración de Cephas y de su compañero; ellos refirieron la conversación del viaje, y cómo habían reconocido á Jesús, por la manera con que partió el pan en esa mesa en la que se había sentado con ellos. Este nuevo testimonio no triunfó absolutamente de la incredulidad de todos.

Ya era tarde.[1] Temíase á los Judíos, y las puertas de la casa en donde los discípulos estaban reunidos estaban cerradas. Los dos discípulos hablaban todavía, cuando Jesús llegó y se colocó de pie en medio de ellos.

—"La paz sea con vosotros," les dijo. "Yo soy, no temáis."

Esta entrada repentina, milagrosa, les turbó y les aterrorizó: creían ver un espíritu: una especie de aparición. Jesús les confortó.

—"¿Por qué esta turbación, por qué estos pensamientos que suben á vuestros corazones? El se acercó á ellos, y les manifestó sus cicatrices.—"Ved mis manos y mis pies: soy yo mismo. Tocad, mirad: un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo."

Los discípulos vuelven á encontrar á su muy amado Maestro. Le ven, le tocan; su alegría desborda. No osan creer en su felicidad. El corazón humano así es; sus esperanzas son pusilánimes; lo que le llega de feliz más allá de ellas, le desconcierta. El cree más fácilmente en el mal que en el bien.

Jesús quiso arraigarles en la fe. Para librarles de esa timidez para creer, les dijo:—"¿Tenéis algo que comer?"

Ellos le ofrecieron un pedazo de pescado asado y un panal

1 Juan, XX, 19.

de miel. El les tomó, les comió delante de ellos, y tomando los restos, se los dió.

Por tanto, es un cuerpo vivo y orgánico el cuerpo de Jesús resucitado. No hay en esta escena una vana fantasmagoría, todo es real. La manducación, aunque ella no tenga que servir para la nutrición de aquel que, por lo demás, está exento de las leyes de la naturaleza animal.

Entonces, Jesús les dijo de nuevo: —"La paz sea con vosotros. Como el Padre me ha enviado, así yo os envío."

Les insinuó que su presencia visible es de corta duración, y que ellos van á ser sus representantes, sus enviados en el mundo. La autoridad que él tiene del Padre, la misión que el Padre le ha confiado y que se termina con su muerte y con su resurrección, va á revestirlos de ella.

Una palabra resume este poder y esta función: comunicar el Espíritu de Dios y remitir los pecados á aquellos que se abrirán á su palabra, con el arrepentimiento y con la fe. En este momento, y para expresar con un símbolo enérgico lo que él les revelaba, sopló sobre ellos, diciéndoles:

—"Recibid al Espíritu Santo: aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados; aquellos á quienes les retuviéreis, les serán retenidos."

Ved el segundo y divino poder de los apóstoles.

Antes de morir, en el Cenáculo, Jesús les había dado el poder de renovar y de perpetuar, bajo las especies del pan y del vino, el sacrificio de la Víctima eterna; hoy, en esta otra noche, les infunde el Espíritu Santo y les confiere el poder de santificar á las almas y de perdonar los pecados con ese Espíritu.

Esta manifestación tuvo efecto pleno sobre los discípulos; ella triunfó de su incredulidad y calmó sus agitaciones. Ellos se decían:—Nosotros hemos visto al Señor. La resurrección llegó á ser para todos los testigos de esta escena divina un hecho visible y palpable.

Dios permitió, sin embargo, que uno de los Once estuviese ausente: Fué Tomás, la naturaleza más positiva de la pequeña comunidad. Cuando los otros llegaron á decirle:—Nosotros hemos visto al Señor, él se reveló por completo.—Por lo que á mí toca, les respondió, si yo mismo no le veo, y si no meto mi dedo en sus manos, en donde mismo estaban los clavos, y mi mano en su costado, yo no creeré.

¡Cuántos se reconocerán en el apóstol exigente! El testimonio de sus compañeros le extravía; él no se fía de nadie sino de él y de su Maestro. Los demás han visto; él quiere ver; si él no ve, no creerá absolutamente.

La incredulidad iba á ser vencida. El Salvador quiere que su rebaño esté en la plena unidad de la fe. Una nueva manifestación acabará á la obra.

Ella tuvo lugar ocho días después de la que había convencido á los Once.

Ellos se encontraban todavía reunidos, con las puertas cerradas, en una casa. Tomás estaba presente; Jesús apareció, aun cuando las puertas no estaban abiertas. Y en pie en medio de ellos, les dijo aun:—"La paz sea con vosotros." Desde que él abandonó el sepulcro, la paz desborda de él.

Dijo á Tomás:—"Mete tu dedo aquí, y mira mis manos. Extiende tu mano é introdúcela en mi costado. En lo de adelante, no seas incrédulo, ten fe!"

El discípulo prorrumpió en una exclamación conmovedora:

—¡Mi Señor y mi Dios!

El fué iluminado; y al ver al Resucitado, confesó al Dios.

Jesús entonces, hablando para el porvenir y para todos aquellos quienes, á ejemplo de Tomás, intentasen recusar los testimonios auténticos y la palabra de sus apóstoles, dijo á Tomás,—el verdadero tipo del alma refractaria á la fe:—"Porque me has visto, Tomás, tú has creído. Bienaventurados aquellos que no ven y que creen!"

La escuela racionalista, ante semejantes testimonios, respec-

to á la resurrección y á las apariciones de Jesús, suscita la cuestión del milagro.

Ningún milagro, en efecto, es más grande que aquel. Pero ninguno está más severamente, más solemnemente atestiguado. No es una mujer, no son las mujeres solamente, son los hombres, y hombres por centenares quienes le afirman. Lo que ellos dicen, certifican haberlo visto, á intervalos; y ellos refieren que ellos no podían creerlo, que les ha sido necesaria la evidencia para admitirlo. Incrédulos primero, incrédulos hasta la terquedad, sólo su Maestro, por su presencia repetida, les ha convencido, que él era realmente el Crucificado, conservando las señales, los estigmas de su suplicio, y les ha demostrado por los hechos más palpables, que él tenía un cuerpo real, el mismo que había sido puesto en la cruz; pero él les había demostrado también que su cuerpo glorioso ya no tenía las debilidades de esta vida en donde se sufre y se muere.

Ante semejante atestación, se inclina el historiador imparcial; aquel que obedece á teorías preconcebidas se rebela. Su filosofía le obliga á negar el milagro,—lo que esta filosofía al menos llama milagro, y para negar, él sacrificará la honradez ó la inteligencia del testigo.—Esos eran engañadores é impostores, dirá; y si la palabra parece muy violenta, él la corregirá con un término eufémico, pero igualmente injurioso:—Esos fueron alucinados y cándidos.

En efecto, según la escuela que niega lo sobrenatural, Jesús murió como nosotros, él no ha resucitado como nuestros muertos. Sus discípulos ocultaron su cadáver, y por una impostura que explica su fanatismo, sin justificarla, ellos esparcieron la fábula de la resurrección. Explicación ofensiva; ¿sobre qué descansa? Los Judíos, quienes, los primeros, pusieron en circulación, entre ellos, esta hipótesis, jamás la han probado. Ella fué la creación del odio; y ellos no la han propagado sino comprando el testimonio de algunos soldados, los verdugos de Jesús. Toda hipótesis arbitraria se condena ella misma, ella llega á ser criminal, si ella es injuriosa. Ahora, lo que la historia nos enseña de los discípulos de Jesús, de esas naturalezas sencillas que el contacto del más santo de los Maestros poco á poco ha transformado, prohibe lanzarles el epíteto de engañadores y de impostores.

El siglo diez y ocho, quien no ha retrocedido ante ninguna burla y ninguna insolencia, no ha persuadido á nadie. La justicia de la opinión se ha rebelado; no es permitido explicar como lo ha hecho la historia evangélica y en particular la resurrección de Jesús.

El racionalismo del siglo diez y nueve se ha lanzado sobre el sistema de la alucinación.

Por este fenómeno mórbido es como él cree dar cuenta de todos los fenómenos, de apariciones sobrenaturales, por los que el mundo invisible, se revela algunas veces en nuestra vida terrestre. Pero si ese caso patológico no puede ser negado, su aplicación es á menudo ilógica y ultrajante. Los alucinados son locos; ellos creen ver fuera de ellos lo que no está sino en ellos; ellos "objetivan" lo que es subjetivo. Esos son enfermos; ellos llevan en su organización las pruebas de su estado morboso: la nevrosis, la exaltación, la extravagancia y la incoherencia.

Querer explicar por la alucinación las escenas tan netamente descritas, en las que Jesús resucitado ha aparecido, á intervalos, á las mujeres que le habían seguido en su apostolado á sus discípulos aislados ó juntos, hablándoles un lenguage sublime, comiendo con ellos,—querer explicar tales hechos por la alucinación, es juntamente irracional y ofensivo.

Jamás esta teoría explicará la transformación prodigiosa que cambió á los apóstoles, primero tan lentos en creer, en hombres de una convicción inquebrantable y heróica. Los Once, para no hablar, sino de ellos, no presentan ninguna señal de nevrosis, de exaltación y de incoherencia. Son hombres sanos de cuerpo y de espíritu, hombres como todos los demás, sin facultad extraordinaria, pero sin idea extravagante.

Hay en la alucinación un rasgo esencial: el alucinado ve siempre lo que teme ó lo que desea. Ahora los apóstoles no tienen la idea de la resurrección de su Maestro; ellos no la temen ni la desean; no comprendiéndola, ellos rehusan hasta creer en ella. Ellos son lo contrario de los alucinados: estos piensan ver lo que no existe; aquellos se obstinan en negar lo que existe. Invocar para dar cuenta de la posibilidad de un estado semejante, el amor ardiente de Jesús, el espejismo de la luz oriental, la primavera de Galilea, su cielo resplandeciente, es exponerse á la sonrisa de los que conocen el Oriente y que saben las sutilezas, las astucias sencillas de la incredulidad. El Judío y el Arabe no sueñan. Nadie mejor que ellos tiene el sentimiento de la naturaleza, y por consiguiente es menos accesible á esa exaltación refinada que sólo el moderno imaginativo puede experimentar.

Además, no se debe olvidar que el mundo ha sido conquistado á la fe por esos hombres que predican á un Dios crucificado y resucitado. No hay ejemplos de alucinados conquistando al mundo. Todos están condenados á no recoger sino la compasión. Así, negar el milagro de la resurrección de Jesús, es crear otro: la fundación del Cristianismo por alucinados.

A aquellos que no parecen conocer sino las leyes de la naturaleza física y animal, es bueno recordarles las leyes universales de la naturaleza moral y humana, racional y divina. La muerte es la consecuencia lógica, fatal, inexorable, del pecado. Si el pecado no ha manchado á un ser, es justo que él escape á la muerte. La santidad absoluta de Jesús le defendía contra la disolución; y si por amor á los hombres, Jesús se ha entregado á la muerte, en plena libertad, siguiendo la orden de su Padre, la justicia de Dios debía librarle para siempre.

La resurrección es el gran acto de la justicia divina hacia el único. Ser inocente que la tierra ha conocido.

Tomás fué el último de los Once que creyó en su Maestro. Entonces fué, en el momento en que los peregrinos de la Pascua, después de las fiestas, dejaban á Jerusalem, cuando los discípulos se alejaron también y tomaron el camino de la Galilea.

Jesús, durante su vida, al profetizarles la resurrección, les había dicho que él les precedería allí [1] y las mujeres que le vieron resucitado habían reiterado á los Once la orden del Señor, de volver á Galilea, á donde él les había citado.

Evidentemente, á Capharnaum es á donde los discípulos volvieron. Pedro allí tenía su casa; más que nunca, él era el centro al que se unían los demás. Pero las narraciones evangélicas no se refieren por lo demás sino á un punto: las manifestaciones del Maestro Resucitado. Todo eso se eclipsa ante esos hechos por los cuales se afirmaba la fe de los discípulos, se despierta la conciencia de su misión futura, y comienza entre ellos y Jesús esta indisoluble unión que va á desafiar al mundo.

Una noche en Capharnaum, se hallaban reunidos Simón Pedro, Nathanael el Cananeo, los dos hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos inominados. [2] Ellos debían revivir en su mundo los tiempos en los que el Maestro estaba con ellos. Esa casa, esa cámara alta en donde estaban reunidos, esas paredes le habían abrigado. Esa barca era la suya; aquella misma que él se había reservado. Hé aquí el lugar á donde le agradaba retirarse: hé aquí aquel en el que él se embarcaba. El corazón humano no cambia; él despierta todos los recuerdos quienes, al invocar el pasado, nos devuelven á los seres queridos desaparecidos.

Pedro ha vuelto á sus redes.—Yo voy á pezcar, dijo á sus compañeros, y éstos le respondieron:—Nosotros iremos contigo.

Ellos salieron y montaron en una barca. Pero ellos no tomaron nada en esta noche. En la mañana, como ellos se acercaron á la ribera, apercibieron á alguno que parecía esperar la llegada de la barca. Era Jesús; ninguno de los discípulos le reconoció.

1 Mat., XXVI, 32; Marc., XIV, 28.
2 Juan, XXI, 1 y sig.

—"Hijos," les dijo, "¿no tenéis nada que comer?"—No, respondieron los barqueros.—"Echad la red," replicó el desconocido, "del lado derecho de la barca hallaréis." Ellos la arrojaron. La cantidad de peces era tan grande que ellos no podían sacarla.

Sus ojos se abrieron á la luz. El discípulo amado dijo á Pedro:—¡Este es el Señor! ¡Su corazón le había adivinado! Pedro, al escuchar la palabra de Juan: "¡Este es el Señor!" se puso su vestido, se ciñó y se lanzó á la mar al encuentro de su Maestro. Se estaba á doscientos codos de la playa. Los demás discípulos remaron, remolcando la red con los peces.

Cuando hubieron bajado á tierra, vieron ahí un bracero encendido, un pez puesto encima y pan. Esta comida misteriosa preparada por Jesús, parece un símbolo de la previsión con la que vela sobre sus apóstoles.

—"Traed, les dijo, los peces que acabáis de pescar." Pedro subió á la barca, tiró á la playa la red, llena de ciento sesenta y tres peces grandes; y la red no se rompió. Aquel que en otro tiempo decía á esos mismos discípulos: "Yo haré de vosotros pescadores de hombres," les profetizó hoy por esa captura abundante, inesperada, lo que sería un día su apostolado.

—"Venid y comed," les dijo Jesús. Ellos se sentaron en la playa, no atreviéndose á interrogar á aquel que sabían era el Señor. Un temor religioso les embargó. Entonces, vino Jesús, tomó el pan, se los dió, y lo mismo el pezcado.

Cuando hubieron comido, miró á Simón-Pedro:—"Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que á éstos?—Sí, Señor, sabéis que os amo.—"Apacienta á mis corderos," respondió Jesús. En seguida, renovando la pregunta:—"Simón, hijo de Jonás; ¿me amas?—"Sí, Señor, respondió Pedro, sabéis que os amo. —"Apacienta á mis corderos," dijo Jesús.

En fin, por tercera vez, el Maestro interpelando á Pedro, le preguntó: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se contristó por esta nueva interrogación; y dió esa respuesta que respira un amor y una confianza sin límites:—Señor, vos sabéis todo, vos sabéis que yo os amo. El habló no al hombre sino á Dios que todo lo sabe, él afirmó su amor. Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas."

1 Juan, XXI, 15-19.

Este es el perdón solemne, la rehabilitación de Pedro el renegado, ante los apostóles; la elevación del discípulo arrepentido y amante á la primacía en el Reino. Pedro sólo está encargado del redil, de los corderos y de las ovejas, de los simples fieles y de los pastores secundarios: á él le toca conducirles á los pasturajes de Cristo; y como las almas no se alimentan sino de la verdad de Dios, de la fuerza de Dios, del amor de Dios: á Pedro, el más grande de los pastores, incumbe comunicar la verdad por la doctrina, la fuerza y el amor por los sacramentos. Jesús le da la guarda de esos tesoros incorruptibles. La Iglesia, como poder jerárquico, está toda en él, en lo sucesivo. La palabra del Señor acaba de crearla, en un instante, á orillas de ese lago, en donde él había prometido á Pedro hacer de él un pescador de hombres.

Pero la función soberana á la que Jesús eleva á su apostol, confiriéndole la plenitud de su poder, bajo esta fórmula que expresa un amor infinito: "Apacienta mis ovejas," no estará sin dolor: Nada divino está sin dolor. Pedro tendrá la suerte de su Maestro; en su destino, el martirio será igual á la gloria. Jesús se lo anuncia:

—"En verdad, en verdad, yo te digo, Pedro, cuando eras joven, tú mismo te ceñías é ibas á donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y conducirá á donde tú no quieras."

Ved lo que Jesús reserva á sus predilectos, á sus más grandes apóstoles. Formados á su imagen, continuando su acción en la humanidad, ellos deben llevar los estigmas de su Maestro, entregarse como él á la inmolación, y atestiguar la verdad

que ellos anuncian por la plenitud de la adhesión y el heroísmo del sacrificio.

En fin, Jesús dijo á Pedro: "Sígueme." Parece tener alguna palabra más secreta que confiarle. Quizá quiere sencillamente, por este acto simbólico, indicarle que en todo no hay más que seguir sus pasos. Pedro obedeció, y volviéndose á sus compañeros, apercibió á Juan, el discípulo amado, quien venía también.

—Y de éste, dijo á Jesús, ¿qué llegará á ser?

La pregunta de Pedro, muy afectuosa, no era sin curiosidad.

Jesús le replicó:—"¡Qué te importa! Si yo quiero que este permanezca hasta que yo venga. Tú, sígueme."

Esta respuesta guarda cierto misterio; ella dió lugar más tarde, en el círculo de los discípulos de Juan, á una creencia singular. Se decía: El apóstol muy amado no morirá. El mismo apostol la combate, sin esclarecer la obscuridad querida de la palabra dicha á este respecto. Jesús parece oponer la muerte violenta reservada á Pedro con la muerte tranquila de Juan. Todos los apóstoles, Cephas á su cabeza, morirán por el verdugo; pero los hombres no lograrán absolutamente abreviar por el martirio la larga carrera de Juan. El Maestro amado vendrá á tomarle. El está destinado á perpetuar en la generación cristiana las palabras más grandes de Jesús; ninguno se acordará como el santo anciano de lo que el Maestro dijo. El, quien había sido el más tiernamente amado, ¿no debía tener el privilegio de acordarse mejor?

La presencia de los Once en Galilea, sus testimonios respecto á la resurrección, habían llevado en torno de ellos á muchos de los discípulos á quienes la muerte de Jesús había dispersado. No todos acogían la palabra de los apóstoles, ni de los privilegiados á quienes el maestro se había manifestado.

Una nueva aparición más solemne que las demás, vino á

fortificar la fe de los indecisos.[1] Ella tuvo lugar en una de las colinas vecinas del lago, una de aquellas en las que Jesús, sin duda, se había retirado frecuentemente con sus apóstoles para enseñarles y para orar. El se las había indicado como el lugar en donde le volverían á ver. Su nombre ha desaparecido de los recuerdos de la tradición. San Pablo, quien habla de esta última manifestación en Galilea[2], la señala como uno de los testimonios irrecusables del hecho de la resurrección. "Estaban ahí," escribió, "más de quinientos hermanos. Jesús fué visto por ellos; y muchos de ellos viven aún entre nosotros."

Al verle, ellos le adoraron.

Jesús se acercó á ellos. Les habló. Afirmó su potestad soberana, universal y la misión reservada á sus discípulos.

—"Toda potestad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra. Id y enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo. Enseñadlas á conservar todo lo que os ha sido ordenado; y ved que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

Cada palabra de Jesús resucitado es una palabra creadora. Cuando dijo: "Recibid al Espíritu-Santo," él cría el poder sacerdotal que juzga y santifica. Cuando dijo á Pedro: "Apacienta á mis corderos, apacienta á mis ovejas, él cría el primado de la jerarquía suprema de su Reino. Al decir hoy: Id y enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo," él cría el derecho supremo del apostolado. El le muestra la extensión de su dominio que será sin límites, universal como Dios, puesto que todos son llamados á escuchar la voz de Jesús y á componer su Reino. El resume todo lo que los apóstoles tendrán que decir á la humanidad, sus propios mandamientos; él marca el bautismo como el gran sacramento de la incorporación á la vida divina que él trae á la tierra, y que tiene por objeto elevarnos al Padre, fuente inagotable y eterna de esa vida, con

1 Mat., XXVIII, 16 y sig.
2. I Cor,. XV, 6.

el Hijo que es la manifestación perfecta por el Espíritu, única fuerza capaz de realizar esta incorporación.

En seguida dijo á todos:

—"Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos."

El no solamente está libertado de la muerte, y vivo, él está libre de todo lo que limita á los mortales y á los vivos: la duración y el espacio. A pesar de los siglos, á pesar de la distancia, él estará presente, siempre, en medio de los suyos.

Los apóstoles forman la experiencia durante ese período en el que ellos viven, se puede decir, bajo la acción constante de su Maestro resucitado. Aunque visible solamente por intermitencias, él está con ellos y en ellos. El les une, les releva, triunfa de su desaliento y de su incredulidad, se apodera de su espíritu, de su conciencia, de su ternura, acaba la organización que debe hacerles invencibles y armarles para cumplir, en toda la continuación de los siglos, la obra del Reino de Dios. Nadie sino él ha intervenido en la transformación prodigiosa de esos Galileos que van á llegar á ser los conquistadores de la tierra. El va á reunirles por última vez: en Jerusalem es en donde les quiere.

Ellos dejan entonces para siempre esa tierra de Zabulón y de Nephtalí; las riberas de ese mar en donde ellos han sido llamados, y ellos van á la Ciudad santa en donde el Maestro les espera.[1]

Los Once estaban en la mesa: Jesús apareció en medio de ellos.

Comenzó por reprocharles su incredulidad primera, y la dureza de su corazón á creer en el testimonio de aquellos que le habían visto. Este reproche franqueó los siglos, cae sobre todos los espíritus desdeñosos de la palabra de los testigos á los que ha sido confiada la misión de publicar la vida, la muerte, la resurrección, la doctrina y las esperanzas de Cristo.

1 Marc., XVI, 14 y sig; Luc., XXIV, 14 y sig.

En seguida les recordó todo lo que les había enseñado, cuando él vivía de su vida.

"Todo lo que está escrito en la Ley, en Moisés y los Profetas, de mí," les dijo, "debía cumplirse." Y les abrió el sentido y la inteligencia de las Escrituras.—"Era preciso," añadió, "que el Cristo sufriera y resucitase al tercer día, y que en su nombre fueren predicados la penitencia y el perdón de los pecados á todos los pueblos, comenzando por Jerusalem.

"Y vosotros sóis los testigos de esas cosas.

"Y yo voy á enviar á vosotros el dón prometido de mi Padre. Esperad, pues, en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto.

"Id por el mundo entero; predicad el Evangelio á toda criatura. Aquel que tenga fe y que sea bautizado, será salvo; aquel que no crea, será condenado."

Y para marcar la divinidad de la fuerza que descendería á ellos agregó:—"Ved la señal destinada á acompañar á los que tendrán fe: en mi nombre, ellos lanzarán á los espíritus, hablarán lenguas nuevas, cogerán á las serpientes, y si beben en manantiales envenenados, ellos no les dañarán absolutamente; impondrán las manos á los enfermos y ellos serán curados."

Toda esa potestad taumatúrgica será un dón del Espíritu. Que ella se ejerza visiblemente sobre el cuerpo, cuando plazca á Dios confirmar por esto la obra sobrehumana de los apóstoles; que ella se ejerza invisiblemente sobre las almas, en el secreto de las conciencias: ella será la misma; en uno y otro caso, ella probará la virtud de Dios.

Jesús hizo salir á los apóstoles y les condujo fuera de la ciudad, hacia Bethania, sobre la cima del monte de los Olivos.[1]

Allí fué en donde su Pasión había comenzado con su agonía; allí es en donde él quiere dejar la tierra y entrar en su

1 Luc., XXIV, 50 y sig.

gloria, á la faz y sobre la ciudad que le había crucificado, que guardaba su tumba y que no dudaba de su triunfo.

Todos los apóstoles y los numerosos discípulos estaban presentes; ellos dijeron al Maestro:—Señor, ¿acaso ahora es cuando váis á establecer el reino de Israel?[1]

—"No incumbe á vosotros," respondió, "conocer los tiempos que el Padre ha designado en su potestad."

Adivínase, por la pregunta de los apóstoles, el último resto de esos sueños judíos que van á disiparse por la claridad del Espíritu; y se ve por la respuesta de Jesús, el último esfuerzo para volver su pensamiento hacia ese Espíritu de quien ellos serán los instrumentos dóciles é invencibles.

—"Váis á recibir en vosotros la virtud del Espíritu Santo quien va á descender sobre vosotros y vosotros seréis mis testigos en Jerusalen, y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los confines de la tierra."

Esta fué su última palabra.

Levantó las manos; bendijo á sus apóstoles; y mientras que él les bendecía, ellos le vieron alejarse de ellos, llevado al cielo. Una nube le ocultó á sus ojos.

El cielo está abierto. El Reino de Dios está fundado. El triunfo de Jesús comienza. El no deja á la tierra sino para libertarla del mal y salvarla: él venció al mundo.

1 Act., I, 6 y sig.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

APENDICES.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE A.

LA CRONOLOGIA GENERAL DE LA VIDA DE JESUS.

Es preciso marcar las fechas: ellas son uno de los elementos esenciales de la historia. Al determinar la concordancia y la sucesión de los acontecimientos, ellas permiten apreciar mejor el carácter; al expresar la distancia exacta que los separa de nosotros, ellas completan la realidad de los hechos y de los personajes. La primera cosa que desaparece, cuando un ser se hunde en lo remoto del pasado, es la fecha. Dibújase aun su fisonomía, pero ya no se puede precisar la fecha, como el astrónomo no puede valuar la distancia de los soles sumergidos en las profundidades de la Vía láctea. Los hombres cuyo momento se puede determinar son como los astros que podemos colocar en su punto matemático en la inmensidad de la extensión, y de los que podemos observar todas las evoluciones y las faces.

El Cristo tiene su fecha histórica; el primer deber del historiador que quiera escribir su vida, es fijarla.

Ahora bien, hay en la existencia de un hombre tres fechas dominantes: el nacimiento, la entrada en la vida pública y la muerte.

Estas tres fechas constituyen la cronología general de la vida de Jesús. Si se quiere contentarse con estas fechas fundamentales de algunos años aproximativamente,—lo que importa poco, en verdad, respecto á una duración de más de diez y ocho siglos, y lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que basta para la historicidad del Cristo,—la certidumbre es completa, y la tradición evangélica no deja nada que desear.

Ella se resume en esto: Jesús nació bajo el emperador Augusto y el rey Herodes, en la segunda mitad del reino del uno y los últimos años del reino del otro.

El tenía como treinta años cuando recibió el bautismo de Juan.

En el décimo quinto año de Tiberio, su predicación estaba en plena actividad. El murió reinando Tiberio, y cuando Pilatos era gobernador de la Judea.

Ved otros tantos hechos evangélicos demostrados, evidentes, científicos, garantizados por la tradición universal, extrictamente establecidos por la historia. Si se quiere precisar,—y la ciencia ha ensayado precisar,—si se quiere nombrar el año mismo en el que Jesús nació, bajo Augusto y antes de la muerte de Herodes, marcar el año exacto en el que él entró á la vida pública, contar el intervalo transcurrido desde ese momento hasta su muerte y finalmente fijar el año de esta muerte, el día del mes, de la semana, se entra en el campo de los sistemas discutibles. Es preciso renunciar á las conclusiones sin réplica, y limitarse á las opiniones motivadas.

Inmensos trabajos, hace tres siglos, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia,[1] han proseguido esta obra de precisión cronológica. Se ha interrogado á los autores paganos, á los autores judíos, á los monumentos, á las inscripciones, á la numismática, á la astronomía, reconstituido los calendarios, gastado vidas enteras, consagrado una sagacidad de genio en la interpretación de los documentos evangélicos: no se ha logrado mas que establecer conclusiones probables cuya diversidad prueba la insuficiencia.

Por lo que concierne al año mismo del nacimiento de Jesús, las opiniones fluctúan entre el año 747 y el año 751 de Roma.

Respecto al comienzo de la vida pública, ellas oscilan del año 26 al año 30 y 31; para la duración de esta vida, ellas oscilan entre

1 Scaliger, *De emendatione temporum.*—Longius, *De annis Christi.*—Kepler, *De vero anno*, etc.—Calvisius. *Exodal. docuit quoit, circa ann. mat, et minait, Christi.*—Hervart, *Chronologia nova, vera, etc.*—Petau, *Concordia chronolog.*—Tillemont, *Memoires pour servir a l'hist. eccles.*—Lamy, *Harmonia sive concord. Evangel.*—Natalis Alexandre, *Hist. eccles.*—Dom Calmet. *Hist. de l'Anc. et du Nouv, Tast.*—Biblia de Vence, *Dissert sur les années de Jesus Christ.*—Latûnet, *Credibilit. of the Gospel.*—*L' art de verifier les dates.*—Magnan, *Problema de anno nativit. Christi.*—Sanclemente, *De vulg. æræ emendat.*—Ideler, *Handbuch der mathem. und techn. Chronol.*—Wieseler. *Chronologische Synopse.*—Patrizzi, *De Evangel.*—Memain, *Connaissance du temps, evangel.*

tres ó cuatro Pascuas; en fin, relativamente al año de su muerte, ellas se mueven entre el año 29 y el año 34 ó 35, como límites extremos.

Esa variedad proviene de algunas causas precisas; la incertidumbre de la época del censo universal ordenado por Augusto, y de la muerte de Herodes el Grande; la diversidad de interpretación del décimoquinto año de Tiberio, de los treinta años de Jesús, según San Lucas, de la fiesta inominada del Capítulo V del Evangelio de San Juan; la diferencia de los calendarios reconstituidos por el cálculo y la astronomía; en fin, la dependencia mutua de las fechas fundamentales de la vida de Jesús.

No es posible establecer cronológicamente la fecha del nacimiento de Jesús, sin fijar también la de su muerte y la de su entrada en la vida pública. Estas fechas son conexas, solidarias; ellas se imponen la una á la otra; ellas se esclarecen la una por la otra. ¿Se desea la prueba? Si Jesús, según el testimonio de San Lucas, tenía de 30 á 31 años en el momento de su bautismo, en 781 de Roma, se puede colocar su nacimiento en 747 de Roma. Y si él murió un viernes, el día de la Pascua, en 783 de Roma, no se puede dar á su vida pública más de tres Pascuas.

El error de la mayor parte de los sistemas y de las soluciones es el no estar concordantes, de oponer á menudo los documentos paganos á los textos del Evangelio, y los textos sagrados á ellos mismos, los de Juan á los de Mateo y de Lucas, y á Lucas consigo mismo, ó para escapar de esta antinomia, lánzase á una exégesis arbitraria y muy fácil á los expedientes.

Al exponer nuestra opinión respecto á las fechas fundamentales de la historia de Jesús, creemos haber logrado el darle por base la interpretación más estricta de los textos evangélicos y la armonía la más completa de los autores sagrados y de los historiadores paganos ó judíos,—las únicas autoridades decisivas en semejante asunto.

I

EL AÑO DEL NACIMIENTO DE JESUS.

Un monje scyta, Dionisio el Pequeño, abad de un convento en Roma, muerto el año 556, colocó el nacimiento de Jesús en el año 754 de Roma y en el año 4714 del período Juliano. Esta fecha ha

sido, hasta el siglo diez y siete, universalmente aceptada por los cristianos y determinó lo que se llama la "era vulgar." Desde hace dos siglos, ella ha sido reconocida como errónea; y no hay un historiador quien no reconozca que Jesús nació, cuando menos, tres ó cuatro años antes.

Hallamos en los Evangelios cuatro datos importantes que permiten determinar, casi en dos ó tres años, la fecha del nacimiento de Cristo.

Según Mateo, II, 1 (Cf. Luc., I, 5, y Mat., II, 22), Jesús nació bajo el reino del rey Herodes.

Según Luc., II, 1, nació en el momento del empadronamiento de la Judea, bajo Augusto.

Según Mat., 2, II, 16, una estrella apareció á los Magos en Oriente, y á su llegada á Jerusalem y sobre el lugar en que Cristo acababa de nacer. En fin, según Lucas, III, 23, Jesús en el momento de su bautismo, tenía como treinta años.

Un estudio atento de estos diversos datos nos obliga á fijar el nacimiento de Jesús después del año 746 de Roma y antes del año 751; porque el empadronamiento de la Judea no pudo tener lugar antes del año 747 de Roma, ó antes; y Herodes murió en el transcurso del año 750–751 de Roma.

§ 1.—*El año de la muerte del rey Herodes.*

Los informes de Josefo sobre este punto, son precisos. Abramos el *Libro de las Antigüedades judías* (XVII, 8, 1, 6, 10) y el de la *Guerra de la Independencia* (I, 33, 8): resulta de estos dos pasajes que Herodes murió treinta y siete años después del decreto del Senado quien le elevó á la dignidad real, y treinta y cuatro años después de su toma de posesión efectiva del poder.

El decreto del Senado no fué dado sino por las instancias colectivas de Octavio y de Antonio. Los dos pretendientes debían ser reconciliados; ahora ellos no se aproximaron sino á la muerte de Fulvia, el año 714 de Roma, según Dion Cassius (48, 28). Entonces en este año solamente conviene colocar la elevación de Herodes al trono de Judea. Puesto que él reinó treinta y siete años, su muerte debió haber acaecido el año 750–751 de Roma.

Aunque nombrado rey por el senado-consulto del año 714, Herodes no tomó realmente el poder sino después de haber conquistado su reinado, con la ayuda de los Romanos, bajo Antigono y sus partidarios. Ahora bien, Antigono no fué vencido y Jerusalem no fué tomada, sino tres años después, en el año 717 de Roma, y como lo narra expresamente Josefo, en el tercer mes de Sivan (Junio ó Julio). Los treinta y cuatro años del reino contados por Josefo nos llevan aun al año 750–751 de Roma.

Es bueno observar, por la precisión de las cifras dadas por el historiador judío que, conforme al uso de su nación, Josefo contó los años de los príncipes, partiendo del mes de Nisan, de modo que un solo día antes ó después del 1.° de Nisan, equivale á un año entero.

La duración y el fin de los reinos de los tres hijos de Herodes nos conducen á la misma conclusión.

Arquelao es depuesto y enviado á destierro el décimo año de su reino, sea el año 759; entonces él sucedió á su hermano el año 750–751 de Roma. Filipo, el tetrarca de la Iturea y de la Trachonitides, muere en el trigésimo séptimo año de su reino, el año 786 de Roma; entonces él había comenzado el año 750–751, á la muerte de Herodes.

Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea, es enviado al destierro, á Vienna, en las Gaulas, después de cuarenta años de reinado, el año 793 de Roma. Entonces es preciso colocar su primer año aun en 750–751.

La astronomía viene en ayuda de la historia para dar toda certidumbre y toda precisión á la fecha de la muerte de Herodes. Algún tiempo antes de su muerte, hubo, según el testimonio de Josefo (*Antiq.*, XVII, 6, 4), un eclipse de luna. Ahora bien, los cálculos astronómicos establecen de una manera rigorosa (Ideler, *Handbuch d. Chronolog.*) que en efecto un eclipse visible en Jerusalem, se verificó en la noche del 12 al 13 de Marzo, de la una ocho minutos á las cuatro doce minutos. La luna llena del 15 de Nisan, cayó en el año 750 de Roma, el 12 de Abril. Si entonces Herodes murió, según lo que precede, siete ú ocho días antes, en los meses que siguieron á la Pascua de 750, es en los que debe colocarse este acontecimiento.

§ 2.—*El empadronamiento universal bajo Augusto.*

Según San Lucas, el nacimiento de Jesús en Bethlehem concuerda con un empadronamiento general ordenado por Augusto, ejecutado en Syria bajo la autoridad de Quirinio.

Hase negado este empadronamiento general.

Se ha acusado al autor del tercer Evangelio, de haberle confundido, por un grave anacronismo, con el que se verificó, diez años más tarde, por el mismo Quirinio, gobernador de Syria, en el momento en el que fué desterrado Arquelao y en el que la Judea fué convertida en provincia romana.

La cuestión es de una extrema gravedad para la historia evangélica, porque resuelta en el sentido de esta negación y de esa acusación, ¿que queda de la afirmación de San Lucas al referir que Jesús nació en Bethlehem, en el mismo momento de ese empadronamiento, quien llevó á esa ciudad á José y á María su madre?

Y desde luego, es inverosímil que San Lucas haya confundido las dos operaciones del empadronamiento, puesto que él las conoció y que hace ahí una alusión directa. (Luc., II, 2. Cf. *Act.*, V, 37.) No se confunden sino las cosas que se ignoran, pero se distingue siempre lo que se conoce; porque el conocimiento implica la distinción. Ahora, la primera operación que él indica en su Evangelio no fué sino un empadronamiento de personas, hombres, mujeres, niños, de su lugar de origen; mientras que la segunda (*Act*, V, 37) fué una deducción de impuestos, ella consumó la esclavitud de los Judíos, que la primera había hábilmente preparado. Esta tuvo lugar bajo la alta dirección del legado de Syria, Quirinio, y aquella se terminó bajo el gobierno ordinario del mismo Quirinio, hecho pretor de la provincia de Syria, á la que había definitivamente anexado la Judea.

Se trata entonces de establecer que un empadronamiento general fué ordenado por Augusto, que él se extendió á la Judea, hacia el fin del reino de Herodes; que él se verificó bajo la alta dirección de Quirinio, legado imperial de Syria; que él es distinto de la operación que tuvo lugar diez años después, operación que se puede considerar como la terminación de la comenzada bajo Herodes. Creemos poder, con toda imparcialidad, probar históricamente estos diversos hechos, y así justificar á San Lucas del anacronismo que se le reprocha, y dar á los versículos 1 y 2 del capítulo II una interpretación que ningún sabio tiene derecho de recusar.

El célebre romanista Mommsen, se pronunció resueltamente contra el hecho de un empadronamiento general de la Judea antes de la deposición de Arquelao, en 759-760, pero hasta contra su posibilidad. Esta es una conclusión que se puede debatir; pero él traspasa y ofende á la gravedad del historiador, cuando ridiculiza á esos teólogos y á los que se les parecen, por haber querido, encadenados por ideas preconcebidas, persuadirse primero ellos mismos, y á los demás después, que una operación semejante haya podido tener lugar. (*Mommsen*, Resgestæ August., 125.)

Me parece indispensable dar algunos detalles precisos respecto al empadronamiento romano.

El tenía por objeto esencial comprobar la cifra de los ciudadanos romanos y conocer oficialmente el origen, el nombre, la edad, el rango y la fortuna de todos los habitantes libres del Imperio.

El formó la base de la fijación del impuesto, quien deriva de ahí el nombre de *censo*, "census."

La inscripción de cada individuo en el registro estaba acompañada del juramento de fidelidad. El empadronamiento llegaba á ser así, en manos del Señor del mundo, un medio de esclavitud.

Casi no hay uno solo de los pueblos sometidos á Roma, Galos, Bretones, Españoles, Salasios, Cilicianos y Judíos, entre los qué el juramento y el impuesto no hayan provocado levantamientos, algunas veces terribles.

Esta medida administrativa se ligaba además á todo el sistema financiero de Roma, tan hábil y tan perversamente aplicado por Augusto. Es preciso, para comprenderlo en la verdad, unirlo á la descripción cadastral de todo el Imperio, y á la reforma universal de los calendarios. En el fondo, lo que Roma quería, fué el impuesto: para asegurar el impuesto personal, era preciso numerar los súbditos; para asentar el impuesto territorial, era preciso medir las propiedades; para fijar la época de la percepción, era preciso arreglar uniformemente el calendario.

Augusto no despreció nada: él tuvo sus delegados censitarios para la reseña de los súbditos; sus geógrafos y sus geómetras para la medida cadastral; y desde el primer empadronamiento general, impuso á los Egipcios y á los Griegos el año solar fijo de los Romanos.

Estas operaciones eran coronadas por la percepción misma del censo, del tributo, del impuesto.

El empadronamiento de las personas debía hacerse en el lugar del origen, y del nacimiento, según el uso consagrado por un edicto del consul Claudio, dos siglos antes de Jesucristo.

La declaración exigida para el empadronamiento comprendía detalles circunstanciados. El hombre libre debía dar su nombre, prestar el juramento, indicar su domicilio, el valor de sus bienes, el nombre del padre, de la madre, de la mujer, de los hijos. (Dionisio de Halicarnaso, IV, 5, 15.)

Según Ulpiano, de Tyro (1, 11, De censibus), la edad de las personas debía ser marcada. El da la razón: la edad puede exonerar del pago del impuesto, como ha tenido lugar en las provincias del Gobierno de Syria, en donde el impuesto personal no es exigido sino desde los catorce años para los hombres y doce para las mujeres.

Las mujeres de condición libre eran consideradas en el empadronamiento. (Dionisio de Halicarnaso, IV, 15.)

Este rasgo particular es una de las diferencias de los empadronamientos judíos y romanos. Entre los Judíos, ellas no aparecían. Entre los Romanos, ellas debían ir una vez al año á pagar ellas mismas el impuesto de capitación. Se conoce por lo demás la solemnidad de los *Paganalia*, instituida por Servius Tullius y de la que habla Dionisio de Halicarnaso, contemporaneo de Augusto (IV, 4). Todos los habitantes de las aldeas (pagani) debían asistir allí, llevando cada uno su *numisma*. Ahora, esta pieza era diferente para los hombres, las mujeres y los niños. En ésto se reconoce el espíritu de detalle de los Romanos; aquellos que presidían á los sacrificios conocían también el número de los habitantes de cada barrio, según la edad y el sexo.

La obligación para las mujeres de hacerse inscribir en el padrón se conservó por mucho tiempo. Sozomeno (Hsit. eccles, V, 4), hablando de una operación semejante ejecutada en Cesárea, bajo Juliano el apóstata, escribe en propios términos que "la multitud de los cristianos, mujeres y niños, habían recibido la orden de hacerse inscribir."

La operación del empadronamiento se ejecutaba en nombre y por las órdenes de Augusto. "El Emperador dice Suidas (*Lexicon*, "Ἀπογραφὴ"), escogió veinte personajes de los más distinguidos por su vida y probidad, y les envió á todas las provincias sometidas á su potestad, para hacer allí en su nombre, el empadronamiento de las personas y de los bienes: él ordenó, al mismo tiempo, descontar, conforme á esta operación, un tributo para el tesoro público."

Resulta de este pasaje que la gran operación del empadronamiento pertenecía á un delegado especial del Emperador, y escapaba de las atribuciones ordinarias de los prefectos que gobernaban las provincias.

El genio romano se halla ahí por completo, avisado y circunspecto. Al dividir las funciones, él aseguraba las tareas; al confiar la obra delicada del empadronamiento á personajes eminentes, prevenía las concusiones de los procónsules.

Estos delegados extraordinarios se llamaban "censitores" ó "legati pro pretore," y eran ayudados en su tarea, por oficiales subalternos, "adjutores ad census."

El Emperador él mismo dirigió, en persona, el año 27 antes de Jesucristo, en la Narvonesa, el empadronamiento; y cuando él delegó en seguida á Druso, para continuarle en las seis provincias de las Gaulas, cada una de esas provincias tenía su propio gobernador.

Sesenta años después de Jesucristo, Tácito (Ann, XIV, 46 y sig.) trae el nuevo empadronamiento de los Galos. ¿Quién lo verifica? ¿Los gobernadores de las provincias? No; sino los personajes eminentes cuyos nombres cita: Quintius, Volusius, Sextus Africanus, Trebelius Maximus.

El *censitor*, como se ve por el ejemplo de Germánicus, trece años después del nacimiento de Jesucristo, recibe algunas veces el mando supremo de los ejércitos del país al que empadrona Tácito, (Ann. I, 31, 33).

Los empadronamientos desempeñan un gran papel en el reino de Augusto.

El los ordenó cada cinco años, en Roma, y más de una vez los estendió al resto de la Italia y á todas las provincias del Imperio.

Desde la batalla de Actium hasta su muerte, se cuentan nueve. Tres de ellas tienen una importancia más grande, y ellos han sido relatados en la famosa inscripción de Ancyra.

Sin embargo, es preciso reconocer que ese mármol mutilado no nos habla sino del empadronamiento de los ciudadanos romanos, y no de las provincias del Imperio. Según la tabla célebre, Augusto cerró tres lustros: el primero, en 726 de Roma, veintiseis años antes de la era vulgar, con Agrippa, su colega en el consulado; el segundo, siete años antes de Jesucristo, en 746 de Roma, sólo, revestido del poder consular, bajo el consulado de Censorino y de Asinio; el tercero, el año 13 después de Jesucristo y 767 de Roma, el último año de su reino, con Tiberio, su asociado en el Imperio, bajo el consulado de Sexto Pompeyo y de S. Apuleyo. Si un empadronamiento de las provincias tuvo lugar, evidentemente, es á la continuación y como complemento del de los ciudadanos. Las dos operaciones se completan; ellas eran uno de los más grandes servicios que el magistrado llamado al honor de cerrar un lustro pudo dar al Imperio.

Además, el uso de hacer seguir el curso general de los ciudadanos por el de las colonias y de los demás habitantes libres, fué ob-

servado antes como después de Augusto. (Tito-Livio, XXIX, 37; Tácito. Ann., XIV, 16.

En defecto de texto preciso ¿es, por lo menos, posible hallar señales ciertas de que ese empadronamiento de las provincias se haya efectuado?

Tácito, Suetonio y Dion Cassius nos le dan irrecusable.

En efecto, Tácito (Ann., I, 11) nos habla de un libro, *Libellum*, escrito de mano de Augusto, en donde estaban consignados todos los recursos del Estado: el número de los ciudadanos y de los aliados (socii) bajo las armas, de las flotas; de los reinados, de las provincias, los tributos y los impuestos, los gastos, las gratificaciones.

Suetonio (August, 101) habla también de ese mismo libro, al que llama el *Breviarium Imperii*, en donde el Emperador había anotado cuántos soldados había bajo las banderas, dinero en el tesoro ó en el fisco, y cuál era lo atrasado del impuesto.

Dion (LVI, 33) repite lo que dice Suetonio, agregando: "Y todas las demás cosas de esta especie que importan al gobierno del Imperio."

Semejantes nociones tan detalladas, tan precisas, tan positivas, no se inventan; ellas suponen una investigación, una vasta investigación; ahora, yo pregunto á todo historiador de buena fe, ¿qué nombre tomaban, en el gobierno del Imperio, semejantes operaciones, si no es del nombre de empadronamiento general?

¿Ese empadronamiento se renovó ó continuó durante los tres lustros mencionados por la Tabla de Ancyra? Lo ignoro; pero es cierto que el segundo se presta mejor que las otras dos á ese gran acto.

En el año 746 de Roma, el séptimo antes de Jesucristo, el Imperio está en plena paz; el templo de Jano está cerrado por doce años; Augusto está al corriente de su gloria y de su poder, por completo aplicado á las reformas administrativas. Entonces es cuando él mide sus tierras, cuenta á sus súbditos, impone su calendario rectificado, afirma el asiento y regulariza la entrada de los impuestos.

Entonces, todas las verosimilitudes de la historia y graves razones se unen para justificar la palabra de San Lucas: "En aquellos tiempos, apareció un edicto de César Augusto, ordenando el empadronamiento del mundo entero."

Sin hablar de Orose (VI, 22), ni de Isidoro de Sevilla (*Orig.*, V, 36), de quienes se pudiera discutir la imparcialidad, Casiodoro (*Var.*, III) y Suidas, el uno que podía ir á las fuentes, al presente, perdidas, el otro quien vivió en medio de los monumentos de la antigüedad, todavía intactos, y que nos han conservado más de un fragmento precioso, ambos atestiguan, a su manera, la verdad del gran acto verificado, en el año 7 antes de Jesucristo, pocos años antes de la muerte de Herodes, acto del que Tácito, Suetonio y Dion nos revelan los resultados, y que el Evangelista Lucas sólo ha afirmado netamente.

Una nueva dificultad se presenta.

Admitido ese empadronamiento universal, ¿cómo ha podido extenderse á la Judea, puesto que ese pequeño reinado, entonces, no era una provincia del Imperio? El empadronamiento se aplicaba á las provincias, pero no á los reinados aliados. Esta es la cuestión.

Ahora bien, al reconocer una diferencia esencial, por una parte, entre los países anexados á Roma como parte integrante del Imperio, bajo el nombre de colonias y de provincias, y directamente administradas por las autoridades romanas, y, por otra parte, los países a los cuales Roma permitía un simulacro de independencia, al darles reyes escogidos por ella, había un grave error en creer que esas últimas gozaran de una verdadera autonomía.

Esos aliados de Roma eran, en realidad, como en otro tiempo los pueblos de la Italia, verdaderos súbditos del Imperio, y, como ellos, sometidos al empadronamiento. Tácito (Ann., IV, 41) lo dice en términos expresos del pequeño reinado de Arquelao, en Cilicia: "Nostrum in modum deferre census adigebatur gens Archelao regi subjecta."

Lo mismo pasó en Judea, bajo el rey Herodes.

Es preciso no olvidar lo que eran entonces, para los Romanos, ese pequeño reinado y su rey. Ellos miraban al uno como á su propiedad, y al otro como á su vasallo. Si ellos habían dejado subsistir á la nación judía bajo un príncipe particular, fué por prudencia, ellos veían en ella á un baluarte contra los Parthos y los Arabes tan reboltosos. Por lo demás ellos disponían á su antojo. ¿Acaso Antonio no dió á Cleopatra, quien había pedido toda la Palestina, una porción de esa provincia?

Y si Herodes reinó, ¿quién le había constituido rey? ¿Acaso no fué el decreto del Senado solicitado por Octavio y Antonio? ¿En su administración, gozó de la autonomía de un verdadero soberano? Bueno hubiera sido: á cada instante, los gobernadores de Syria aparecen como señores en Jerusalem y en todo el reinado. Ni

un acto de ese "Régulo" que no tenga necesidad de la sanción imperial. Si él levanta los impuestos en el país, por su propia cuenta, es preciso que él pague también un tributo al Emperador. Si él quiere hacer juzgar y condenar á sus propios hijos, él tiene cuidado siempre de pedir el permiso de Augusto. No solamente él debe el impuesto al Imperio, sino que está obligado á suministrar, como todos los reyes *socii*, tropas auxiliares. En 747 de Roma, Herodes destruyó algunas bandas árabes que asediaban sus fronteras, al Este: este acto es mal visto en Roma. Augusto le hace saber que le tratará en adelante no como un aliado, sino como un súbdito.

Este régimen dominador, del que acabamos de relevar algunos detalles característicos, muestra bastante lo que eran esos pequeños reinos ante Roma, y cómo se le imponía el empadronamiento, puesto que era la única base sobre la que se debía fijar la cifra del impuesto que se había de pagar anualmente y de las tropas auxiliares que se habían de levantar en tiempo de guerra.

Sin embargo, para respetar el semblante de independencia de esos Estados y no ofender la susceptibilidad nacional, pronta á exaltarse, principalmente entre los Judíos, enviase *(Ant., XVII, 3)* el nombre de Herodes al de Augusto, en la fórmula del juramento de fidelidad.

Roma tenía el arte de todos los temperamentos: ella se distinguía en ablandar sus leyes, conformándolas siempre, en la aplicación, al medio y al momento.

Ninguno duda que, largo tiempo antes de llegar á la transformación de la Judea en provincia,—transformación que quitó á los Judíos toda independencia y que fué consagrada, de algún modo, por el levantamiento del impuesto, el año 9 de la era vulgar, bajo el gobierno de Quirinius.—Roma se esforzó en preparar ahí á los espíritus por una política hábilmente invasora. El empadronamiento del año 747 de Roma y del año 7 antes de la era de Dionisio fué, de parte de Augusto, el primer acto decisivo de esa anexión.

Es de admirarse que una operación semejante haya pasado en silencio por el historiador Josefo, quien nos ha dejado en sus *Antigüedades* una narración completa y detallada del reino de Herodes. Hase objetado este silencio á la afirmación de San Lucas, que los críticos racionalistas no han vacilado de tachar de error.

Yo no creo en el pretendido silencio de Josefo; y lo mismo que Tácito, Suetonio y Dion nos han transmitido hechos que llegan á ser inexplicables sin un empadronamiento general de las provincias

del Imperio y de los reinos aliados, igualmente el historiador judío, examinado más imparcialmente, nos entrega un hecho decisivo que supone él también, ese mismo empadronamiento aplicado á la Judea.

Abramos el *Libro de las Antigüedades* (XVII, 2, 4); ahí leemos las líneas siguientes: "Se llaman Fariseos aquellos, sobre todo, que han tenido la audacia de resistir á los reyes; hábiles y sin embargo prontos á combatir abiertamente y á dañar. También, "cuando la nación judía toda "entera está obligada á ser fiel á César y á los intereses del rey," ellos han rehusado el juramento. Ellos eran más de seis mil; el rey les condena á una multa."

¿Qué cosa era ese juramento? ¿El nombre de César no revela un origen romano? ¿Y no es esta la fórmula que acompañaba á los empadronamientos romanos? Si se sabe el nombre y el número de los Fariseos refractarios, no es esta una prueba de que ellos han sido llamados individualmente ante los comisarios encargados de recibir su declaración de fidelidad al Emperador y al rey?

Un gran número de sabios no han vacilado ante esta conclusión y nos parece difícil recusarla.

Algunos autores, entre otros Wieseler *(Chronologische Synopse)*, han explicado, por lo demás, ese silencio de Josefo. El historiador prudente evita, en lo posible, toda idea y todo hecho cuya indicación podría arrojar la menor sospecha entre las autoridades romanas, respecto á la obediencia perseverante de sus compatriotas. Así se esclareció, por ejemplo, la exposición tan parcial de la esfera mesiánica y de sus efectos variados en la vida nacional del pueblo judío.

Una nueva y última dificultad brota del texto de San Lucas. "Ese primer empadronamiento fué ejecutado por el prefecto de Syria, Quirinius."

La historia es formal. Quirinius no fué procurador de Syria sino por el año 6 ó 7 de la era vulgar; por lo mismo él no ha podido presidir un empadronamiento que hubiera sido ejecutado desde en vida de Herodes, nueve ó diez años antes. El anacranonismo es flagrante.

La solución de esta dificultad ha dado lugar á sistemas muy diversos cuyo valor no es igual, en nuestra opinión.

Nosotros no podríamos suscribirnos al expediente "in extremis," de los que han sacrificado todo ese segundo versículo como una glosa errónea de algún espíritu torpe, glosa que, del margen, hubiera invisiblemente pasado en el cuerpo del texto. Puesto que el Evan-

gelista mencionaba un empadronamiento diferente del que había ejecutado Quirinius, y que él mismo conocía *(Act., V, 37)*, ¿por qué no dijo una palabra que evitara la confusión en el ánimo del lector? Si ese versículo no es sino una adición posterior, ¿por qué no existe un solo manuscristo sin ese versículo, y cómo la Vulgata le ha insertado con todos los demás sin sospechar el error?

Los exégetas más avisados han recurrido á la gramática para justificar á San Lucas: ellos han propuesto leer: *αὕτη ἀπογραφὴ πρώτη ἐγένετο ἡγεμονεύοντος*, sino *ἐγένετο πρῶτος ἡγεμόντος*, lo que es, por lo demás, el texto más antiguo, tal como se puede leer en el Codex Sinaiticus, recientemente descubierto y publicado por M. C. Tischendorf.[1] Traducían entonces: "Ese primer empadronamiento se verificó antes que Quirinius fuese gobernador de Syria."

Esta solución, que se podría llamar gramatical, fué propuesta por la primera vez por Hervaert *(Nov. vera Chronol., 1612)*, quien la apoya con numerosos ejemplos sacados de los autores griegos en donde se justifica el empleo de *πρώτη* en el sentido y como equivalente del comparativo *πρότερα*.

Theophilacto, obispo de Bulgaria (1070), siguiendo en esto, sin duda á los intérpretes griegos anteriores, ya había entendido é interpretado así el versículo de San Lucas.

Podríase ir más lejos y dar al versículo un sentido más completo, más preciso, traduciendo: "Ese empadronamiento se verificó antes *de aquel* de Quirinius, gobernador de Syria."

Esta interpretación, no menos gramatical que la otra, tiene sobre ella la ventaja de mencionar los dos empadronamientos, y de establecer su relación cronológica.

Un tercer sistema en lugar de distinguir los dos empadronamientos los funde en una misma medida en la que el empadronamiento (*ἀπογραφή*) relatado por San Lucas hubiera sido el principio, y en la que el censo (*ἀποτίμησις*) del tiempo de Quirinius hubiera sido, diez años más tarde, la consumación; y él traduce *ἐγένετο* por "fué ejecutado, acabado." Parece difícil sostener gramaticalmente esta interpretación, excelente por lo demás, bajo el punto de vista de la historia.

¿Por qué no atenerse al texto y á la afirmación sencilla y clara del escritor, diciéndonos que ese primer empadronamiento, distinto del segundo, que tuvo lugar diez años más tarde, fué ejecutado, en efecto, por Quirinius, gobernador de Syria?

1 Novum Testamentum, græce ex Sinaitico Codice. Lipsiæ. 1865.

Sabemos, es cierto, que en esa época el gobernador ordinario de la provincia de Syria era, según el testimonio expreso de Tertuliano, quien conocía lo mismo que nosotros el texto de Lucas, no Quirinius, sino Sextius Saturninus. *(Cont. Marc., IV, 19.)*

¿La operación del empadronamiento no podía depender de otra autoridad que la del gobernador ordinario de la provincia? Y por lo mismo ¿por qué Quirinius no sería esa autoridad censitaria? Ni las costumbres romanas ni la historia se oponen á ello.

Sabíamos, en efecto, y yo lo he establecido, que la operación del empadronamiento, bajo Augusto, había sido confiada á los delegados especiales, personajes considerables por su honradez y los servicios prestados, á Dionisio el Geógrafo, entre otros. *(Plinio, Hist. nat., VI, 14.)* Por otra parte, Tácito *(Ann., III, 48)* refiere que Quirinius, quien había sabido prestar al divino Augusto, servicios de los que el consulado fué el precio, doce años antes de la era vulgar, recibió, poco tiempo después, los honores insignes del triunfo, por haber derrotado y forzado en sus trincheras á los Hamonades, colonia de Cilicia. ¿Qué podía ser ese jefe de expedición, sobre cuya victoria Strabon (XII, 15) nos da nuevos detalles confirmando á Tácito? El nos instruye que él redujo por hambre á la colonia rebelde, le hizo cuatro mil prisioneros y no dejó en el país á ningún hombre en estado de llevar armas. En nuestra opinión, él fué el legado de Augusto, el jefe del gobierno militar, quien mandó á la vez, con cuatro legiones, la Silicia, la Syria y la Phenicia. Bajo este título fué como él sometió á los Hamonades, y que él presidió al empadronamiento de esas provincias de Oriente devueltas al Emperador, empadronamiento del que nadie escapó, ni Arquelao, rey de Cappadocia, en la provincia de Cilicia, ni Herodes, rey de Judea, en la provincia de Fenicia.

Así se halla explicado y justificado el texto de San Lucas: ese primer empadronamiento se verificó bajo el mando de Quirinius, en Syria.[1]

Ahora, este empadronamiento concordando con el edicto de Augusto relatado en el mármol de Ancyra, del año 747 de Roma ó del año 7 antes de la era vulgar, estamos obligados á no retroceder más allá de la época del nacimiento de Jesús, que tuvo lugar en Bethlehem, en el mismo momento del empadronamiento. Y por otra parte, habiendo nacido Jesús antes de la muerte de He-

1 Cf. Magnan, *De anno natali Christi*.—San Clemente, *De vulg. æra emendat.*—Alexte Memaim, *Etudes chronologiques*, etc., etc.

rodes, no es posible retardar su nacimiento más allá del año 750 de Roma. Entonces entre 747 y 750 es en la que esta fecha, la más grande de la historia, debe ser fijada.

§ 3.—*La estrella.*

¿Qué cosa es la estrella del Mesías, del Rey de los Judíos, que los Magos dicen haber visto en Oriente, y que es una señal anunciando su nacimiento?

Es preciso ver en ello incontestablemente algún fenómeno celeste, de una naturaleza que el primer Evangelista no nos permite determinar mucho.

Si este fenómeno extraordinario fué interpretado por los Magos como la señal del nacimiento del Rey de los Judíos, esto prueba primero sus preocupaciones astrológicas, y en segundo lugar, el conocimiento de esas tradiciones religiosas, universalmente esparcidas en Oriente, según el testimonio de Tácito y de Suetonio: tradiciones que anunciaban, por esa época, la venida de hombres salidos de Judea para dominar al mundo: "percrebuerat Oriente toto, vetus et constans opinio esse in fatis, ut eo tempore Judœa profecti, rerum potirentur." Suet., *Vesp.*, IV; Tácito, *Hist.*, V, 13; Josefo, *De bell. Jud.*, VI, 6, 4). Los Judíos dispersados habían por todas partes sembrado sus esperanzas mesiánicas. Arabes y Phartos, hasta Chinos é Hindous, Egipcios, Romanos y Griegos: ninguno era extraño á él: ¿por qué esos Magos del país de Balaam no habrían guardado de más algún recuerdo de la estrella que su antepasado había visto levantarse de Jacob? La creencia de que una estrella anunciaría el nacimiento del Mesías no viene primero de los Magos, ella forma parte de la fe mesiánica popular de los Judíos.

Los Magos hablando como de una cosa conocida, universalmente esperada. "Hemos visto," dicen, "su estrella en el Oriente." Sus interlocutores, Herodes y el Sanhedrin, no se han instruido por ellos de la conexión de la estrella con el nacimiento del Mesías; sino á la nueva que traen los Magos, Herodes y toda la ciudad se conmueve.

Esta creencia universal no quita nada al carácter histórico de la narración evangélica, ella más bien la confirma.

Toda la antigüedad pagana, dedicada á la astrología, pensaba

que extraordinarias revelaciones, principalmente respecto al nacimiento y la muerte de los hombres ilustres, nos eran suministradas por las estrellas, los cometas y las constelaciones. (Lucain, I, 529; Suet., Cæs., 88; Séneca, Quæst. nat. I, 1; Josefo, De bell. Jud., VI, 5, 3; Just., 37; Lamprid. Alex. Sev. 12).

Los Judíos no escaparon de esta potestad de la astrología. Ellos creían que un fenómeno celeste acompañaría al nacimiento de su Mesías, y ellos siempre han entendido en un sentido mesiánico el "Orietur stella ex Jacob." (Núms., XXIV, 17.)

La creencia en la estrella del Mesías subsiste todavía aun después de Cristo. El Sohar, que data del primer siglo, suministra numerosas pruebas. El Testamento de los doce patriarcas dice: "Un astro particular se levantara por él en el cielo, como de un rey."[1]

En tiempo de Adriano, cuando apareció el falso Mesías que se da el nombre de hijo de la Estrella (Bar-Kokbah), por alusión al versículo 17 del capítulo XXIV del libro de los *Números*, ¿por qué los Judíos se estrecharon tan ardientemente en su derredor? Es porque ellos creían ver cumplida en él la antigua profecía de Balaam.

La escuela racionalista, desde el siglo diez y siete, ha preferido mejor ver una estrella semejante á la que apareció en 1604, entre Marte y Saturno, al pié de la Serpentaria, en el momento mismo de la conjunción de tres planetas, Júpiter, Saturno y Marte. Esta conjunción, calculada por la primera vez por Kepler *De nova stella in pede Serpentarii et qui sub ejus exortum, de novo inuit, trigono igneo)*, Pragœ, 1606, y según los astrónomos se reproduce cada ochocientos años.

La escuela católica, sin rechazar esta indicación astronómica, no ha creido, en general, poderla referir al texto de San Mateo. El papel que el astro desempeña en la narración evangélica no parece mucho, en efecto, convenir á una estrella ordinaria. Ella camina delante de los Magos, ella les precede, προήγεν αὐτούς, y ella viene á fijarse arriba del lugar en donde estaba el Niño, ἕως ἐλθὼν ἐστάθη ἐπάνω οὗ ἦν τὸ παιδίον. El texto no permite ni aun distinguir dos astros: el uno de orden natural, que hubiera advertido á los Magos en el país del Oriente, de donde ellos venían; el otro de orden sobrenatural, que les hubiera conducido á la casa del Niño. Este es el mismo astro; ἀστὴρ ὃν εἶδον ἐν τῇ ἀνατολῇ. Ateniéndose al rigor de la exégesis, es preciso convenir que el Evangelista indica netamente un fe-

1 Καὶ ἀναστελεῖ ἀστρον αὐτοῦ ἐν οὐρανῷ ὡς βασιλέως.

nómeno fuera de las leyes de la naturaleza, producido directamente por Dios, para llevar á los Magos á reconocer al Mesías.

Pero, aunque San Mateo no indica á la estrella astronómica estudiada por Kepler, él ha sido la ocasión de su descubrimiento.

En los primeros años del siglo diez y siete, mientras que en Alemania los teólogos disputaban con ardor respecto al año del nacimiento de Jesús, hacia el fin del año 1603, un fenómeno raro se presentó en el cielo. El 15 de Diciembre, se verificó la conjunción de dos planetas Júpiter y Saturno. En la primavera de 1604, Marte vino á unirse á ellos; y además, un cuerpo semejante á una estrella fija apareció en los alrededores de los dos planetas, hacia el Oriente, al pie de la constelación de la Serpentaria. Desde luego como una estrella de primera magnitud, de un brillo extraordinario, él palideció insensiblemente. Apenas visible en Octubre de 1605, desapareció finalmente en Marzo de 1606. Esta conjunción, á la que los astrólogos, y sin duda los Magos, como lo nota Kepler, siempre le han dado una gran significación, se presenta cada veinte años, y tarda más de ocho siglos en dar la vuelta al zodiaco. El gran astrónomo tuvo la idea de investigar si, al comienzo de la era cristiana, en la época en la que se coloca el nacimiento de Jesús, semejante conjunción había tenido lugar. Ahora bien, esas investigaciones terminaron en este maravilloso resultado que en efecto, la conjunción se había verificado en el año 747 de Roma, en la segunda mitad del signo de los Peces, cerca del de Aries, y en la primavera del año siguiente, 748 de Roma, Marte vino á unirse bajo este signo en Júpiter y Saturno.

De esta manera él explica la estrella de los Magos. Esta conjunción tan rara de los tres planetas despertó la atención de los Magos, tanto más cuanto que ese fenómeno parece haber sido acompañado de la aparición de una estrella extraordinaria. Ahora, admitiendo que esta nueva estrella hubiere venido primero, no solamente en el tiempo en el que Saturno y Júpiter estaban cerca el uno del otro, es decir en el mes de Junio de 747, sino aun en el mismo lugar en donde estaban esos planetas, como ese hecho acaeció en nuestra época, en 1603, 1604, 1605, ¿los Caldeos no podían, según las reglas de su arte, aun en vigor entonces, concluir que un gran acontecimiento se había verificado? (Kepler, *De nova stella in pede Serpentarii*, 1606;—*De vero anno quo æternus Dei Filius humanam naturam in utero benedictæ Virginis Mariæ assumpsit.* Francf, 1614.)

Si está establecido rigorosamente por los cálculos astronómicos que semejante fenómeno estelar se verificó, parece inverosímil que los astrólogos persas ó caldeos, designados bajo el nombre de Magos, no le hayan observado; y si ellos le han observado, es natural concluir que ellos le han dado cierta significación misteriosa, y principalmente el nacimiento de ese personaje esperado en Judea quien debía, según la tradición, dominar al mundo. Los cálculos de Kepler han sido vueltos á hacer y precisados, en Alemania, al principio de este siglo, por Pfof (*Der Stern Weisen.* Kopenhague, 1827), por Schubert (*Das Licht und die Weltgegenden samnt einer Abhandlung über Planeten-Conjunctionem und den Stern der drei Weisen.* Bamberg, 1827) y por Ideler (*Vermischte Schriften.* Band I.)

Entonces podemos concluir que, si la estrella que se presentó con la conjunción de Jupiter, de Saturno y de Marte, apareció en 747, los Magos no vinieron sino el año siguiente á Jerusalem, en 748 ó 749 de Roma, es preciso colocar el nacimiento de Jesús. Restaría aun establecer si esos viajeros misteriosos llegaron en el momento mismo del nacimiento de Jesús ó un año después, como lo ha creido San Epifanio, entre otros. En esta última hipótesis, era preciso referir en 747 ó 748, cuando más tarde, el hecho del nacimiento de Jesús.

§ 4.—*El bautismo de Jesús.*

Uno de los documentos cronológicos más precisos y más importantes para fijar la época del nacimiento de Jesús y aun de todas las fechas de su vida, es el pasaje de San Lucas, III, 23. Jesús, según el Evangelista, tenía como treinta años cuando Juan apareció sobre las riberas del Jordán, y que él mismo vino á recibir el bautismo.

Si llegamos á fijar el año del bautismo de Jesús, determinaremos á la vez el de su nacimiento.

Creemos poder lograrlo, apoyándonos sobre un dato cronológico del cuarto Evangelio, dato tanto más cierto cuanto que es menos intencional, y que está en plena concordancia con los del tercer Evangelio.

Después de haber referido diversos hechos (I, 31, 34; Cf. I, 26) que suponen el bautismo de Jesús, San Juan menciona (II, 13) una

Pascua, la primera que Jesús, después de su bautismo, celebró en Jerusalem. Basta, por lo mismo, fijar la fecha de esta Pascua, para marcar el punto extremo antes del cual nos será preciso colocar el bautismo de Jesús. Ahora bien, San Juan, esclarecido por Josefo, nos permite fijar esta fecha preciosa.

—"He aquí cuarenta y seis años," hace el decir á los Judíos (II, 20), "que se trabaja en este templo, y tú le reedificarás en tres días!" Entonces, en el momento en el que los Judíos replicaban así á Jesús, no habían transcurrido cuarenta y seis años desde que se trabajaba en ese edificio, quien, según el testimonio de Joseto (Antiq, XX, 9, 7), fué completamente acabado un poco antes de los principios de la guerra de los Judíos. Agregando la cifra de 46 á la que marca la época en la que Herodes comenzó la restauración del segundo Templo, obtendremos la del año en la que los Judíos pronunciaron estas palabras: He aquí cuarenta y seis años! y por lo mismo el año de la Pascua que siguió al bautismo de Jesús. Ahora bien, Herodes comenzó esa gran obra (Antiq., XV, 11, 1) el décimo octavo año de su reinado, verosimilmente en la fiesta de la Dedicación, en el mes de Kisleul (734 de Roma), y en todo caso, ciertamente antes de la Pascua de 735. Aumentando los cuarenta y seis años, llegamos á la Pascua de 781, y por consiguiente en la segunda mitad de 780 de Roma fué en el que Jesús recibió el bautismo. Como según San Lucas (III, 23), Jesús tenía como treinta años cuando fué bautizado, él ha debido nacer por el año 749-750 de Roma.

Aquí es donde conviene revelar la interpretación errónea de un gran número de exegetas relativa al décimo quinto año de Tiberio. Este error ha sido el principio de inextricables dificultades en la cronología de la vida de Jesús.

La fecha importante suministrada por San Lucas no podría aplicarse ni al bautismo de Jesús, ni á la inauguración del ministerio de Juan. En efecto, si el Bautista entró en acción, y si Jesús recibió el bautismo el año 15 de Tiberio, ese año, siendo el 792 de Roma, se seguiría que Jesús, quien ha debido nacer necesariamente antes de 750 de Roma, sería de treinta y tres años. ¿Con qué derecho se osaría negar esta afirmación tan neta, y poner al tercer Evangelio en desacuerdo consigo mismo?

La fecha dada por el tercer Evangelio marca en realidad el fin del ministerio público de Jesús, que los sinópticos han tenido cuidado de referir, no á su bautismo, sino al aprisionamiento del Bautista.

A propósito del bautismo de Jesús, se puede preguntar en qué época Juan comenzó á bautizar.

Los Evangelios no nos han dado ninguna fecha formal; porque, así como lo hemos visto, el décimo quinto año de Tiberio, marcado por San Lucas (III, 1, 2), designa á otro acontecimiento.

Ahí no hay nada de sorprendente. Los Evangelistas no escriben la vida de Juan, sino la de Jesús, y ellos no han hablado del primero sino incidentalmente, y en tanto que era necesario para explicar los actos del papel del Mesías.

Sin embargo, es posible llegar á una determinación aproximativa. La narración del bautismo de Jesús manifiesta que Juan bautizaba ya hacía algún tiempo, cuando Jesús llegó á él, al Jordán.

Ahora, Jesús fué bautizado en el curso del año 780; de lo que resulta que la predicación del Bautista no ha podido comenzar sino después de esta fecha; y si se piensa que el uso, entre los Judíos, quería que el hombre hubiese llegado á su trigésimo año antes de ejercer una función pública, resulta que Juan, siendo seis meses mayor que Jesús, ha debido inaugurar su predicación hacia el año 779.

No fué sino un poco más tarde cuando el nuevo Profeta atrajo la atención del Sanhedrín, cuya embajada solemne ha sido descrita por el cuarto Evangelio (I, 19-27).

Cosa digna de notarse, un poco antes que Juan terminara su trigésimo año, 779-780, fué entre los Judíos el año sabático, año santo entre todos, año de reposo, de libertad, de perdón, que se repetía cada siete años. (*Levit*, XXV; *Deut*, XV.) Varios años han sido mencionados en el curso de los siglos por los autores sagrados ó profanos.

Los Macabeos (I, VI, 49, 53) mencionan la del año 150, siguiendo la era de los Seleucides y del año 590, 591 de Roma; Josefo (Antiq. XIII, 8, 1), la de 716, 717; la tradición talmúdica, la de 821, 822.

Todas esas cifras están exactamente separadas por los múltiplos de 7; y como lo observa Wieseler (*Chronologische Synopse* 5, 205) añadiendo 189 años al primer año sabático relatado por el libro de los Macabeos, y disminuyendo 42 años al último indicado por el Talmud, se llega al año sabático del año 779 de Roma.

Sin duda, al principio de este mismo año fué cuando el Bautista escuchó la voz de Dios que le llamaba, y él debió concebir buena

esperanza de rebelarla con éxito al pueblo, más fácil de atraer en un tiempo de reposo en el que las preocupaciones de la tierra cedían á las ideas religiosas.

El bautismo de Jesús tuvo lugar, en todo caso, hacia la mitad de ese año.

Vese que cualquier camino que se siga para llegar á determinar el nacimiento de Cristo, siempre se llega al mismo resultado. Todos los datos concuerdan: el año de la muerte de Herodes, el empadronamiento universal, la estrella de los Magos y, finalmente, el bautismo de Jesús.

II

LA INAUGURACION DEL MINISTERIO PUBLICO DE JESÚS EN GALILEA.

Uno de los puntos más importantes de fijar en la historia evangélica, es la época en la que Juan Bautista, encarcelado por Herodes, desapareció de la escena y dejó á Jesús el puesto libre para su acción mesiánica.

Esta importancia es tal, que los tres primeros Evangelios han hecho partir de ahí su narración paralela de la vida pública de Jesús. Basta, para convencerse, el cotejar los tres pasajes correspondientes de Mat., IV, 12, 17; de Marc., I, 14; de Luc., IV, 14. "Habiendo sabido Jesús," dice San Mateo, "que Juan había sido entregado, se retiró á Galilea." Y San Marcos: "Después que Juan hubo sido entregado, Jesús vino á Galilea, predicando el Evangelio del Reino de Dios." Y San Lucas: "Y Jesús volvió á Galilea con la potestad del Espíritu y se produjo un gran ruido á este respecto en todo el país de los alrededores."

Se notará, sin duda que San Lucas no menciona como los otros Evangelistas, en su mismo versículo, el encarcelamiento de Juan Bautista; pero lo ha referido antes (III, 19, 20), lo que le dispensa de referirle aquí; mientras que san Mateo (XIV, 1, 12) y San Marcos (VI, 14, 29), no llegan á narrar el detalle de ese encarcelamiento, sino después, incidentalmente, con motivo de Herodes el Tetrarca, quien se inquietó por la fama creciente de Jesús.

Si, según los tres sinópticos, la vida pública del Maestro no se inauguró verdaderamente sino en el día en el que Juan Bautista

fué aprisionado, al fijar la fecha de este segundo hecho, nosotros determinaremos la del primero; no hay ninguno que no vea todo el valor de un resultado semejante.

Ahora, según el testimonio de los sinópticos, la prisión de Juan Bautista concuerda con la partida de Jesús para la Galilea. Al saber que el Precursor ha sido entregado, dicen: Jesús deja la Judea y viene á fijarse en Galilea. Si entonces se puede precisar la época de su regreso, al mismo tiempo se tendrá la de la prisión de Juan Bautista.

El cuarto Evangelio, respecto á este punto como sobre otros muchos, nos trae una luz inesperada.

En el capítulo VI, 1, él lleva á Jesús á Galilea, después de un viaje mencionado en el capítulo V, viaje que motivó una fiesta cuyo nombre no está expresado. Esta fiesta es la que importa descubrir, porque los Judíos celebrando sus solemnidades en días fijos, nos podrán determinar por ella el día y el mes, y como ya sabemos que ella precede al 15 de Nisan del año 782 de Roma, ella nos conducirá al año que buscamos.

La exégesis del versículo I del capítulo V de San Juan ha dado lugar á diversos sistemas entre los comentadores.

Los unos, San Ireneo, Ruperto, Jansenio, Toledo, Lucas, Cornelius a Lapide, han visto en la fiesta inominada á la Pascua; los otros, San Crisóstomo, Cirilo, Teofilacto, Eutimio, Maldonado, al Pentecostes; otros, en fin, Kepler, Petau, Lamy Tholuck, Anger, Wieseler, la han interpretado en el sentido de la fiesta de los Purim.

Nosotros adoptamos esta última opinión y ved sobre qué base descansa.

Desde luego, si San Juan hubiera querido designar una de las grandes fiestas judías, la Pascua, el Pentecostes, los Tabernáculos, él la hubiera ciertamente llamado por su nombre. Su Evangelio hace fe. Cuando se trata de la Pascua, él la llama en términos formales τὸ πάσχα.[1] Y él no emplea la expresión ἡ ἑορτή, la Fiesta, sino en el caso en el que el contesto basta para dar á esta expresión vaga su sentido preciso.[2]

El llama igualmente con su nombre propio á la fiesta de los Tabernáculos σκηνοπηγία.[3] Y se sirve igualmente de la expresión ἡ ἑορτή para designarla; y el contesto no permite equivocarse sobre la significación.

1 Juan, II, 23; VI, 4; XI, 55; XII, 1; XIII, 1.
2 Juan, IV, 45, Cf., II, 23; XI, 56; XII, 12.
3 Juan, VII, 2.

Lo que él hace respecto á la Pascua y á la fiesta de los Tabernáculos, lo hubiera hecho sin duda alguna, respecto al Pentecostes, si él hubiera querido mencionarla. Si el texto de San Juan no nos autoriza á ver á una de las grandes fiestas en la fiesta vagamente indicada en el capítulo V, no queda por reconocer sino la fiesta de los Purim.

Por lo demás, un detalle cronológico, incidentalmente suministrado por el Evangelista, en la narración del último viaje de Jesús á través de la Samaria, va á ponernos en vía de la solución buscada. Jesús dijo á sus discípulos: "¿No decís vosotros: Todavía cuatro meses y esta será la cosecha? Ved que yo os digo: "Levantad la vista y ved á los campos; ellos están ya muy blancos para la cosecha." (Juan, IV, 35.) Las palabras "todavía," ἔτι, y ἤδη, "ya," muestran muy claramente que no se trata de una locución proverbial, sino de la simple comprobación del tiempo.

Ahora bien, la cosecha entre los Judíos, empezaba el 16 de Nisan, por la oblación solemne del "Homer," la yerba sagrada; al contar cuatro meses atrás, llegamos al mes de Kisleu, en los años ordinarios, al de Thebet, en los años intercalares; pero el año 782, siendo un año intercalar, somos conducidos al mes de Thebet. La fiesta de la Dedicación había pasado y no quedaba, antes de la Pascua de 782, otra solemnidad judía, sino la fiesta de los Purim, que se celebró ese año el 14 del segundo Adar, un mes antes de la Pascua.

Esta es la fiesta indicada por San Juan en el capítulo V. Y, en efecto, en el capítulo VI, 4, hablando del regreso de Jesús á Galilea, después de su viaje para la fiesta de los Purim, él tiene cuidado de decir: "La Pascua estaba próxima."

Aquellos que quieren á toda costa ver la fiesta de la Pascua en el versículo que examinamos, tropiezan con una inverosimilitud inadmisible. Como Jesús no irá á Jerusalem, sino que permanecerá en Galilea la Pascua próxima, y como, según San Juan (VII, 2), él no regresará á la Judea sino en la fiesta de los Tabernáculos, seguiríase que, durante su vida pública, Jesús había pasado un año y medio sin aparecer en Jerusalem.

La comparación y el paralelismo del cuarto Evangelio y de los tres sinópticos, nos llevan á la misma conclusión.

El viaje de Jesús á Galilea, del que habla Juan en el capítulo VI, 1, corresponde á su regreso á Galilea mencionado por Mateo (IV, 12), Marc. I, 14) y Luc. (IV, 14). Todo el sincronismo de los Evangelios descansa sobre esta concordancia. Si se quiere ver una

Pascua en la fiesta inominada del capítulo V, todo ese sincronismo es destruido. En efecto, como San Juan menciona una segunda Pascua en el capítulo VI, 4, habrá, en ese momento, dos años de la vida pública de Jesús transcurridos, mientras que los sinópticos no cuentan más que uno.

Por el contrario, con la fiesta de los Purim, todo se armoniza. Los sinópticos refieren, después de la llegada de Jesús á Galilea, la historia de las espigas magulladas en manos de los discípulos; lo que supone la aproximación de la Pascua, el mes de Nisan, como San Juan lo dice en estos términos: "La Pascua estaba próxima." (VI, 4.)

En fin, si Jesús murió crucificado un viernes, el 15 de Nisan del año 783, como lo demostraremos, es imposible ver en la fiesta del capítulo V, 1, otra cosa que la fiesta de los Purim.

En efecto, la primera Pascua, de la vida pública de Jesús, mencionada en el capítulo II, 13, debe ser referida al año 781. La segunda, la de 782, ha sido mencionada en el capítulo VI, 4. Entonces, la fiesta á la que se hace alusión en el capítulo V, 1, no puede ser una Pascua; ella no puede ser sino una solemnidad que precedió á la Pascua de 782. Pero el versículo 35 del capítulo IV nos conduce á la fiesta de la Dedicación: y como entre la Dedicación y la Pascua no hay otra fiesta que la de los Purim, es á ella á la que es preciso reconocer bajo la vaga denominación de que se sirvió San Juan.

El cuarto Evangelio observa que esta fiesta cayó en sábado: nuevo detalle que va á confirmar nuestra conclusión. La Pascua del año 782 cayó en lunes, el 18 de Abril; ahora, como la fiesta de los Purim se celebró en ese año intercalar, el 14 de Beadar, basta, para hallar el día de la fiesta, disminuir treinta días del 18 de Abril. Esto nos lleva al 14 de Beadar, á un sábado. Ninguna fiesta, en ese año, cayó en sábado.

Ciertos autores [1] han creído hallar ahí una razón decisiva para descartar la fiesta de los Purim, pretendiendo que ella nunca debía caer en sábado, según las reglas del calendario judío. Este es un error.

Ellos han confundido el antiguo calendario con aquel que fué arreglado más tarde. En éste último, algunas reglas nuevas han sido introducidas bajo la influencia del espíritu farisáico. En virtud

1 Roland, Antig. sacr, IV, 9. De festo Purim.

de esas prescripciones que no remontan más allá del tercero ó del cuarto siglo, ciertas fiestas no podían ser celebradas en ciertos días. La Pascua no debía celebrarse en viernes, por ejemplo. Pero no sucedía así en tiempo de Jesús, y como la Pascua cayó justamente el año en el que fué crucificado, un viernes, la fiesta de los Purim ha podido caer, en el curso de su vida pública, un sábado.

El hecho es tan cierto, que la Mischna dice formalmente que el 14 de Adar ó de Beadar puede ser un sábado; pero que entonces se tendrá cuidado de colocar en otro día la lectura del "Megillah," el rollo sagrado, el libro de Ester.[1]

¿Qué cosa es la fiesta de los Purim?

La fiesta de las Suertes, en hebreo *Pourim* (Esth, IX, 26 y sig.) fué así llamada de la palabra *pour* (suerte), de origen persa. Los Setenta la han traducido por *θρονρα*, y Josefo (Antig., XI, 6, 13) ha guardado esta expresión: *ἡμέρας φρουραίους*.

La palabra griega adoptada por los Setenta, parece derivarse más bien del hebreo, *para* (romper), y de *pour* (pedazo, parte ó lote), que del persa. Esta fiesta había sido instituida para perpetuar el recuerdo de la libertad de los judíos por Esther, bajo Asuero. Ella se celebraba el 14 de Adar, y en los años intercalares, el 14 de Beadar. La víspera, un ayuno severo, al que hasta los niños, desde la edad de trece años, estaban obligados, inauguraba la solemnidad. La víspera todavía, se reunían en las sinagogas, y á la luz de las lámparas, en el momento de la salida de las estrellas, leíase el libro de Esther, el Megillah, el rollo por excelencia, sin omitir nada.

El día mismo de la fiesta, en la mañana, nueva lectura del libro de Esther, precedido de la narración de la derrota de Hamalec. (*Exod*, XVII.)

Después, se regresa á su casa; y el día se pasa en juegos, en festines, regocijos. Las limosnas eran abundantes, á fin de que los pobres pudieran participar de la alegría general.

Los excesos han frecuentemente deshonrado á esta fiesta, que se terminaba en verdaderas bacanales. Los judíos añadían á las diversiones un detalle lúgubre. Levantaban una horca, y colgaban á un hombre de paja que se llamaba Haman, del nombre de aquel que había querido perder á la colonia persa, y terminaban por quemarle, quemando en efigie á su perseguidor.

1 *Tratado*, Megillah.

Tales excesos, y sobre todo el espíritu de venganza que ellos atestiguaban contra los paganos, han sido invocados por ciertos autores como motivos serios que se oponían á que Jesús viniera á Jerusalem en esa época.

Olvídase que esos desórdenes no quitaban nada á esa fiesta de su carácter sagrado del corazón de los verdaderos Israelitas. Ella fué para ellos una fiesta nacional, ella les recordaba uno de los más grandes hechos en los que la misericordia de Dios se había revelado á su pueblo.

¿Por qué el verdadero Salvador de los judíos y del mundo hubiera rehusado festejar la salvación de Israel? ¿Esa solemnidad de las Suertes no era la fiesta de los pobres á quien la liberalidad de los ricos se complacía en nutrir? ¿Por qué el amigo de los pobres no hubiera venido, en esos días en los que aquellos que él prefería se hallaban en la abundancia y en la alegría?

El célebre pasaje de Josefo (Antiq., XVIII, 5, 1, 2), bien interpretado, puede confirmar la fecha que fijamos de la prisión del Bautista. Es verosímil, en efecto, que el austero Profeta no esperó mucho tiempo para fulminar contra el escándalo que dió Herodes Antipas, al repudiar á su mujer legítima, la hija de Aretas, rey de los Arabes, y al casarse con Herodías, la mujer de su hermano Herodes. Ahora bién, al regreso de un viaje á Roma fué cuando Antipas ejecutó su designio de adulterio. Josefo no marca la época de este viaje; pero es fácil determinarla con toda verosimilitud.

Una ocasión favorable se presentó en efecto, en el año 782 de Roma; Livia acababa de morir. La vieja emperatriz había heredado, á la muerte de Salomé, toda la parte que el testamento de Herodes le había dejado, Jamnia, Ardod, Phasael y Archelais. Antipas tenía todo interés en intentar cerca de Tiberio, en este momento, reconquistar algo de esas posesiones que se avecindaban á su tetrarquía. Esta hipótesis correspondería á su carácter utilitario de ese viaje rápido que Josefo ha expresado muy claramente al decir que Antipas regresó después de haber negociado en Roma los negocios que allí le habían llevado.[1]

Tácito (Ann., V, 1) dice formalmente que Livia murió bajo el consulado de los dos Gemmi. Ellos entraron al cargo en Enero de 782. Si la Emperatriz murió al principio del año, el viaje de Antipas hubiera podido efectuarse de Enero á Marzo; y su regreso, que él ha debido precipitar á fin de acudir á sus nupcias adúlteras; coin-

1 *διαπραξάμενος ἐν τῇ Ρώμῃ ἃ ἧλθε πράξων.*

cidiría con la aproximación de la fiesta de los Purim, cuando Juan-Bautista, sobre las dos riberas del Jordan, en la Judea y también en la Persa que era del dominio de Antipas, continuaba su misión de justicia, de penitencia, estigmatizando á los culpables, aun cuando ellos estaban de soberanos, como convenía al enviado de Aquel que juzga, sin expresión á los pequeños y á los grandes.

El estudio comparativo del cuarto Evangelio y de los tres sinópticos nos conduce á la misma conclusión. En 781 de Roma, Jesús ya verificó su primera Pascua, después de su bautismo,—esa Pascua en la que los Judíos le decían: "Hace cuarenta y seis años que se trabaja en este Templo, y tú pretendes reedificarle en tres días." (II, 19.) Juan está aún vivo en esta época, como lo prueba el versículo 1 del capítulo IV. Hacia los primeros meses de 782, en el viaje de Jesús á Jerusalem para la fiesta de los Purim, en Febrero, Jesús habla de él como de un desaparecido: "Fué," dijo, "una lámpara ardiente y brillante, y vosotros habéis querido, vosotros también un instante, regocijaros con su claridad." (V, 35.) Entonces, hacia el fin de 781 ó en los primeros días de 782, fué cuando Juan fué encarcelado y decapitado, y esto fué poco después que Jesús se retiró á Galilea.

III

EL AÑO DE LA MUERTE DE JESÚS.

Para llegar á determinar el año de la muerte de Jesús, es preciso:

1.° Comprobar que él fué crucificado un viernes.

2.° Probar que ese viernes fué el mismo día de la Pascua, el 15 de Nisan.

Demostrado esto, no hay más que consultar el cuadro astronómico y el calendario judío, y buscar, hacia el fin del gobierno de Poncio Pilatos, el año en el que la Pascua cayó un viernes. Ese año será sellado con la muerte de Jesús.

Ahora, que Jesús fué crucificado un viernes, los Evangelistas lo dicen expresamente.

San Lucas (XXIII, 54), después de haber hablado de la sepultura de Jesús que siguió inmediatamente á su muerte, marca el día y la hora: "Y el día," dice, "fué un viernes," παρασκευή, y "el sábado resplandecía." El día que seguía á la Paraseeve ó el viernes, y durante el cual las mujeres presentes á la sepultura de Jesús, se abs-

tenían del trabajo del embalsamamiento, aun cuando ellas hubieran preparado los aromas y la myrra; — este día es llamado por San Lucas un Sábado (XXIII, 56). Y en fin, al día siguiente en el que las mujeres van al sepulcro, llevando los aromas preparados la víspera, es llamado el primer día de los sábados, πρώτῃ τῶν σαββάτων.

San Marcos llama también un viernes el día de la muerte de Jesús, y á fin de que no se confunda la Paraseeve ó el viernes con la víspera de la Pascua, dice formalmente: "Como eso fué un viernes, día que precede al sábado," ἐπεὶν παρασκευή, ὅ ἐστιν προσάββατον (XV). El "sábado pasado," διαγενομένου τοῦ σαββάτου; es decir, la tarde del sábado, las mujeres compraron sus aromas para la unción de Jesús, y este es el primer día después del sábado, τῇ μιᾷ σαββάτων, cuando ellas llegan al sepulcro (XVI, 1, 2). San Mateo hablando del día que siguió á la muerte de Jesús, le caracteriza en estos términos, que no dejan sombra de duda: aquel que está después del viernes ó la Paraseeve, ἥτις ἐστὶ μετὰ τὴν παρασκευήν (XXVII, 62).

Los tres sinópticos están, pues, unánimes: resta consultar al cuarto Evangelio. Ahora bien, su testimonio es plenamente concordante. En efecto, leemos en el capítulo XIX, 42: "Y porque era un viernes," estando próximo el sepulcro, ellos depositaron en él á Jesús; y en el mismo capítulo, versículo 31: Ahora, los Judíos, "porque era un viernes," de temor que los cuerpos no permaneciesen en la cruz, "el sábado" (porque era grande, este día del sábado), suplicaron á Pilatos..... Al día siguiente del sábado, muy de mañana, antes de la aurora, María Magdalena vino al sepulcro,— este día siguiente es todavía muy expresamente llamado por San Juan (XX), con el mismo nombre que los demás Evangelistas, el primer día del sábado, τῇ δὲ μιᾷ σαββάτων.

No se puede pedir un acuerdo más perfecto entre los cuatro documentos evangélicos que el que está demostrado por estos textos.

La conclusión se impone: Jesús murió un viernes.

El segundo punto por establecer, es que Jesús fué crucificado el 15 de Nisan.

Esto brota del hecho mismo que él murió en un viernes el día de la Pascua, y del hecho que, la víspera, él comió el Cordero Pascual, según la ley judía, con sus discípulos. Toda la cuestión es saber lo que era ese festín: fué él, sí ó no, el festín Pascual tal como los Judíos le debían celebrar? En el caso afirmativo, como esa comida debía tener lugar el 14 en la noche, es cierto que Jesús ha sido crucificado el día siguiente, el mismo día de la fiesta, el 15.

Ahora, si interrogamos á los tres primeros Evangelios, es evidente que cada uno de ellos habla de la última comida de Jesús como de la Pascua judía: Era el primer día de los Azymos, dice San Mateo, τῇ δὲ πρώτῃ τῶν ἀζύμων (XXVI, 17). San Marcos agrega un rasgo más preciso: Fué el primer día de los Azymos, cuando se inmolaba la Pascua, ὅτε τὸ πάσχα ἔθυον (XIV, 12). San Lucas expresa distintamente el carácter legal y obligatorio de ese festín, en el día de los Azymos, "en el que dice era necesario inmolar la Pascua." ἐν ᾗ ἔδει θύεσθαι τὸ πάσχα (XXII, 7.)

Textos tan precisos no permiten sostener que ahí se trata de una comida ordinaria. Los Evangelistas hablan del festín legal que debía celebrarse el 14 de Nisan.

Algunos exegetas han querido debilitar el testimonio del cuarto Evangelio, poniendo á San Juan en desacuerdo consigo mismo. En el capítulo XIX, 14, en efecto, hablando del juicio de Pilatos, dice: "Ahora, fué una Parasceve de la Pascua."

En lugar de interpretar en el sentido del viernes, día de la Pascua, esta expresión que, en otras circunstancias, podía marcar la víspera de la Pascua, ellos han escogido este último sentido, tratando vanamente de probar que la filología no permite aceptar otra. Y sin embargo, Ignacio (*Epist á los Filip.* XIII), hablando de una Pascua que cae el Domingo, ¿no la llama ἁβάββατον τοῦ πάσχα?

Sócrates (Hist. eccles. V, 22), hablando de un sábado que concuerda con una fiesta, no dice: ἁβάββατον τῇ ἑορτῇ.

La filología no podría pues ser invocada en favor de la interpretación del παρασκευὴ τοῦ πάσχα en el sentido de la preparación de la Pascua; y por otra parte, es de una sana crítica no poner á un autor en contradicción consigo mismo, á menos que razones decisivas, invencibles nos obliguen á ello.

Aquellos que han invocado contra los Evangelios sinópticos y su tan formal testimonio á la autoridad del cuarto Evangelio para defender la tesis que Jesús había celebrado la Cena el 13 de Nisan y había muerto el 14, el mismo día de la Pascua legal de los Judíos, han olvidado los grandes debates relativos á la celebración de la Pascua de los que ha estado lleno el segundo siglo. Los obispos del Asia Menor, Policarpo á su cabeza ¿qué sostenían? Que Jesús había comido la Pascua el 14 y que él había muerto el 15. Ahora bien, ¿en qué autoridad se fundaban, sino fué en la del mismo Juan y la de los demás apóstoles?

¿Cómo, entonces, es posible dar al cuarto Evangelio la interpretación que contradeciría á la enseñanza de los tres primeros, ó que la obligaría, para evitar una oposición manifiesta, á torturar por una exégesis arbitraria el texto tan preciso de los sinópticos?

No hay en San Juan más que dos pasajes que han servido para la confusión y sobre los cuales se han apoyado los defensores de la opinión que coloca en el 13 de Nisan la última Cena, y en el 14 la muerte de Jesús.

El primer pasaje (XIX, 14) es aquel en que Juan dice que en el momento de la condenación de Jesús por Pilatos, era la "Parasceve de Pascua." Ahora ya hemos visto que esa expresión podía igualmente significar, bajo el punto de vista filológico, el "Viernes Pascual," y "la víspera de la Pascua;" pero que, por el contexto, ella significaba el "Viernes" día de la Pascua.

El segundo pasaje (XVIII, 28): Era la mañana, y los Judíos no entraron al pretorio por temor de mancharse, y á fin de comer la Pascua, ἵνα φάγωσι τὸ πάσχα. Entonces, el día en el que Jesús fué condenado por Pilatos y entregado á muerte era la víspera de la Pascua, el 14 de Nisan.

La conclusión sería decisiva, si la expresión "comer la Pascua," debiera limitarse al festín legal del 14 de Nisan; pero, lo mismo que la palabra Pascua, no significa desde luego la noche del 14 de Nisan, y expresó más tarde, como lo demuestran Josefo y los Talmudistas, el día entero, desde el 14 por la noche hasta el 15 por la noche, y hasta los siete días consagrados á esta solemnidad, y en particular el 14 por la noche, el 15, el 16 y el 21; igualmente comer la Pascua no significaba solamente: comer el Cordero pascual, sino aun las víctimas voluntarias, la "Chagiga," como las llama el Talmud: víctimas que los piadosos Israelitas, según la Ley de Moisés (Deut., XVI, 16; Exod., XXIII, 15; XXXIV, 20), ofrecían en multitud los días de fiesta, y principalmente en la mañana del 15 de Nisan.

Entendido en este último sentido, que concuerda por lo demás con la manera de la que habla siempre San Juan de la Pascua (Juan, II, 13, 23; VI, 4; XI, 55; XIII, 1), no se ve por qué ella autorizaría á dar al cuarto Evangelio una interpretación que se alejaría de la sencilla y concordante narración de los tres primeros.[1]

1 Importa observar también que aun dando á la expresión *comer la Pascua* su sentido estricto, nuestra conclusión permanece íntegra.

La afluencia extraordinaria de los peregrinos no permitía á todos los Judíos presentes en Jerusalem comer la Pascua en el mismo día: los extranjeros, como Jesús, celebraban el festín pascual el 14 y los Hieros..limitanos tenían el derecho de celebrarla el 15.

El año de la muerte de Jesús debe ser fijado en el año 783 de Roma y el año 30 de la era cristiana.

La astronomía lo demuestra.

En efecto, Jesús fué crucificado un viernes; todos los Evangelistas están de acuerdo sobre este punto y la tradición universal nunca ha variado (Mat., XXVII, 1, 62; Marc., XV, 42; Luc., XIII, 54; Juan, XIX, 31, 42); ese viernes fué el día mismo de la Pascua (Juan, XIX, 14), y por consiguiente el 15 de Nisan. Es preciso concluir que Jesús murió en el año mismo en el que la Pascua cayó en viernes. Ahora, las tablas astronómicas que marcan las revoluciones de la luna del año 29 al año 33, fechas extremas á las que se puede referir la muerte de Jesús, prueban que el año 30 es el único en el que la Pascua cayó en viernes. El 15 de Nisan, ese año correspondió al 7 de Abril. Entonces, Jesús fué crucificado el 7 de Abril del año 783 de Roma y del año 30 de la era cristiana.

FIJACION probable del 15 de Nisan, para los años 28-36 de la Era Cristiana.[1]

AÑOS De J. C.	DIA De la Nueva Luna	DIA en el que ella se hace visible.	EL 15 DE NISAN.	
28	15 marz. 2ʰ 16 m.	16 marzo.	30 marzo.	martes.
	13 abril, 4ʰ 10 s.	15 abril.	29 abril.	jueves.
29	2 abril, 7ʰ 42 s.	4 abril.	18 abril.	lunes.
30	22 marzo, 8ʰ 8 s.	24 marzo.	7 abril.	viernes.
31	12 marz. 12ʰ 56 m.	13 marzo.	27 marzo.	martes.
	10 abril, 2ʰ 0 s.	12 abril.	28 abril.	jueves.
32	29 marz. 10ʰ 57 s.	31 marzo.	14 abril.	lunes.
33	19 marz. 1ʰ 16 s.	21 marzo.	4 abril.	sabado.
	17 abril. 9ʰ 30 s.	19 abril.	3 mayo.	domingo.
34	9 marz. 9ʰ 2 m.	11 marzo.	25 marzo.	jueves.
	7 abril, 6ʰ 42 s.	9 abril.	23 abril.	viérnes.
35	28 marz. 6ʰ 19 m.	30 marzo.	13 abril.	miércoles.
36	16 marz. 5ʰ 53 s.	18 marzo.	1° abril.	domingo.
	15 abril. 5ʰ 15 m.	16 abril.	30 abril.	lunes.

Además de los Evangelios, dos historiadores,—el uno judío, Josefo; el otro pagano, Tácito,—mencionan con una pluma rápida la

1 Verm, Astronomische Beitrage zur genaherten Bestimmung des Gebutts und Todesjahres Jun, in Bengels Archiv.

muerte de Jesús, y la colocan bajo el gobierno de Poncio Pilato y el imperio de Tiberio.

Hablando de los cristianos sobre los que Nerón, por una mentira inicua y una horrible calumnia, se descargó del crimen imperial del incendio de Roma, y á quienes entregó á los tormentos más refinados, Tácito dice que su nombre vulgar de cristianos les venía de "Cristo," condenado al patíbulo bajo el imperio de Tiberio por el procurador Poncio Pilato.[1]

"En el tiempo, dice Josefo,—en el famoso pasaje que la crítica supone interpelado por una mano cristiana, pero que ella no tiene el derecho de desechar en conjunto,—en el tiempo en el que Pilatos gobernaba la Judea estaba Jesús. Denunciado por los primeros de entre nosotros, fué condenado á la cruz por Pilatos. "Ἤδοξε.... γαλαῦδω ἐνδίξαντι τῶν πρωτῶν ἀνδρῶν παρ᾽ ἡμῖν ὑπὸ σταυρῶ ἐπιτιμήσαντος Πιλάτω (Antig. XVIII, 3).

Ahora, habiendo Pilatos gobernado la Judea del año 26 al año 36, es bien claro que en la misma época marcada por los Evangelistas, es preciso fijar la muerte de Jesús. Paganos, Judíos y cristianos, todos los testimonios concuerdan.

1 ....quos per flagitia invisos vulgus "christianos" apellabat. Auctor nominis ejus "Christus," Tiberio imperante, per procuratorem Pontium Pilatum, supplicio affectus erat (Ann. XV, 45.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE B.

EL MATRIMONIO ENTRE LOS JUDÍOS EN TIEMPO DE JESÚS.

El matrimonio entre los Judíos, estaba esencialmente constituido por dos actos: el contrato, la promesa ó los esponsales y la recepción de la esposa en la casa del esposo. (Kelim,, c. 2, hal. 8.)

Los esponsales duraban un año entero. Ellos tenían un carácter definitivo. (Maimon., in Aschot, c. 1.) La joven que faltaba á su promesa era lapidada como una mujer adúltera. La ceremonia no era sin grandeza: las dos familias se reunían con algunos testigos; el esposo entregaba á la esposa ó á su padre un anillo de oro ó algún objeto de precio ó un simple escrito por el que se obligaba á desposarse; en seguida decia: Ved, por este anillo, tú me estás consagrada, según la Ley de Moisés y de Israel.

Terminados los esponsales, se celebraban las bodas ó la recepción de la esposa en la casa del esposo. Los parientes de la joven la llevaban á la casa de su marido. Algunas veces el mismo esposo venía por ella. El padre y la madre la bendecian. Ella salía perfumada, ataviada, coronada. (Sotah, fol. 49, I.) Sus amigos, con la lámpara en la mano, la rodeaban y la acompañaban, agitando sobre su cabeza largas ramas de mirto. El esposo caminaba, con los cabellos desatados, el rostro velado. Una alegría ardiente estallaba bajo sus pasos; los cantos mezclados al ruido de los tamboriles y de otros instrumentos, les escoltaban hasta la cámara nupcial.

La fiesta, siguiendo una costumbre antigua, duraba siete días. (Jud., XIV, 12.)

Por esto se ve que es preciso entender por la palabra "desposata," esposa, de la que se sirven San Mateo, I, 18, y San Luc., I, 27, y por la expresión "noli timere," etc., de San Mateo, I, 18. En el primer caso, los Evangelistas hablan de los esponsales, que ligaban absolutamente á los esposos, y en el segundo caso, San Mateo hace alución á la "introducción" ó "recepción" de María en la casa de José.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE C.

LAS DOS GENEALOGIAS DE JESUS (MAT., I, 1-17; LUC, III, 23-38).

No creo que exista un pueblo que posea en el mismo grado que los Judíos el culto de la raza y de la sangre.

Por Abraham, ellos forman una raza aparte en el mundo semítico; por Jacob y sus doce hijos, ellos se fraccionan en doce tribus, pero sin perjuicio de la unidad de origen.

Como ellos se atienen á la pureza de su descendencia abrahámica, ellos son celosos de la integridad de la sangre de su tribu. Para mejor guardarla, no solamente el hijo de Abraham jamás se casa con pagana, sino que el Israelita piadoso no contrae ninguna alianza fuera de su tribu.

Si millares de años no han destruido ese pueblo, si él subsiste todavía en medio de las naciones diversas en donde él está dispersado hace tantos siglos, él lo debe mucho á su religión de sangre. Sobre está adhesión indestructible es sobre la que está fundada su costumbre de levantar las tablas genealógicas estableciendo el estado civil de todo Israelita.

Divididos en doce tribus, después de la muerte de Jacob, ellos han mantenido con fidelidad esa distinción en la unidad de su raza.

Al regreso del destierro de Babilonia, la tribu de Judá eclipsa á las demás, y llega á ser, por decirlo así, el pueblo judío ó judeano; las genealogías entonces, en vez de erigirse por tribus, se establecen por familias. Pero, sea por medio de las antiguas tablas genealógicas, sea por los escritos privados, sea por la tradición oral, las familias conservan el recuerdo de las tribus de quien descienden.

Por causa de las esperanzas mesiánicas, las familias salidas de la tribu de Judá guardan exactamente con un cuidado religioso sus tablas genealógicas.

Sucede lo mismo con la tribu de Levi. Aun cuando ella no sea de territorio determinado, aun cuando ella fué diseminada á través de todas las demás, en las ciudades reservadas, el sacerdocio de la que ella era hereditaria le da tanto más brillo en el medio palestino, que él ha heredado todo el prestigio de la dignidad real destruida. Es preciso leer en Josefo (*Contr. Apion*, I, 7) con qué vigilancia las familias sacerdotales conservaban sus títulos, y les hacían establecer, en el momento del matrimonio, cuando se trata de escoger una mujer al descendiente de Levi. Ella debía ser de raza sacerdotal, como su marido, y su descendencia probada ante testigos, y sobre los actos públicos.

En cuanto á las demás tribus, un grave interés económico, sin hablar de los recuerdos históricos y de una filiación que á menudo no era sin honor, les hacía un deber de velar por su estado civil.

Según el derecho judáico, las tierras pertenecían á las familias, y debían permanecer en las familias. Probar su filiación, era, al mismo tiempo, establecer su propiedad y su derecho hereditario.

Por tanto, cualesquiera perturbación que haya arrojado el destierro de Babilonia en el estado civil de los Hebreos,—sea orgullo de raza, sea interés doméstico, sea religión,—las familias, en general, han sabido mantener sus alianzas, y probar por sus árboles genealógicos, la pureza de la sangre y la integridad de la tribu.

Todo Judío se sabía de tal casa, de tal familia, de tal tribu, de tal sangre. Los Palestinianos podían justificar por los archivos guardados en el Templo; y los dispersados llevaban consigo sus tablas genealógicas, como un título de honor y verdaderos papeles de familia.

Estas cuantas observaciones bastan al historiador para aceptar como documentos serios, aun cuando sea imposible actualmente, por falta de informes contradictorios, comprobar en detalle su exactitud, las dos genealogías davídicas de Jesús. (Mat., I, 1; Luc., III, 2.) Evidentemente los dos Evangelistas deben de estar en medida de probar lo que ellos habían escrito, y ellos no podían inducir en error á un público tan celoso de su propia descendencia.

A primera vista, las dos genealogías de Jesús, consignadas en el primer Evangelio, se presentan con una fisonomía muy marcada.

La de Mateo es descendente. Ella parte de Abraham y llega hasta José, el esposo de María. Jesús allí es llamado Hijo de David, con la intención manifiesta de caracterizar por Abraham, el jefe de la raza israelita, su descendencia nacional, y por David, el gran Rey, su descendencia real. Ella es esencialmente teocrática y corresponde así, al caracter general del primer Evangelio, cuyo fin es establecer en toda circunstancia la mesianidad de Jesús.

¿De dónde viene esta lista de antepasados? Evidentemente del estado civil de los judíos. ¿Quién la sacó y quién la levantó? Tal vez el autor del Evangelio; pero si la tomó de algún autor desconocido, no por eso ha dejado de darle su propio toque.

En el versículo 16, él tiene cuidado de notar que José es el esposo de María, de quien nació Jesús, y así descarta, respecto de Cristo, la paternidad de José, á fin de armonizar su genealogía con el génesis milagroso de Jesús que él relatará más tarde.

El agrega diversos nombres de mujeres ilustres, principalmente de cuatro pecadoras, aun cuando los registros oficiales de los judíos no los admitan: Thamar, la incestuosa, Rachab, la cortesana, Bethsabee, la adultera, Ruth la Moabita.

Siguiendo la costumbre, él descompone la serie total en tres partes de catorce nombres cada una: de Abraham á David, de David al destierro, del destierro á Jesús. Para tener ese número simbólico, el Evangelio ha suprimido, en la serie de los abuelos, varios nombres; y para hallarle en los que él guarda, es preciso contar á David en la primera y la segunda parte, añadir en la tercera los nombres de María y de Jesús, ó bien excluir á Jesús y á María, y repetir dos veces el término común en dos series succesivas. Los antiguos preferían contar de esta manera y dividir sus genealogías en divisiones iguales, para ayudar la memoria.

La genealogía de San Lucas, por el contrario es ascendente. Ella se eleva de Jesús y de José por David y Abraham hasta Adam, y hasta á Dios quién ha hecho de una sola sangre, ἐξ ἑνὸς αἵματος, á todas las razas humanas habitando en la tierra. (Act., XVII, 26.) Ella remonta á David, por la rama real de los Isaídes, pero por la línea de Nathan, hijo mayor del gran Rey. Entre Nathan y Jesús, no se hallan sino dos nombres semejantes á los que Mateo menciona, de su parte, entre Salomón y Jose: Salathiel y Zorobabel. La fórmula para expresar la unión de los ascendientes es más vaga, más indeterminada que la de Mateo. El uno se contenta con el artículo τοῦ, en el genitivo, traducido por el "qui fuit" de la Vulgata; el otro emplea el "genuit."

En su nomenclatura, el autor sigue á los Setenta. La incorrección de la ortografía y la alteración de los nombres hebreos son el indicio cierto de que esta lista está formada en un círculo judío (helenista). La idea de hacer remontar á Jesús hasta Adam, da á esta genealogía un carácter universalista que concuerda bien con el Evangelio al que ella pertenece, y con el mismo Mesías, cuya misión es la de salvar a todos los hombres.

La diversidad fundamental de las dos tablas genealógicas ha sido, desde los primeros tiempos, el objeto de controversias sin fin.

¿Cuál es el valor de esas dos piezas? ¿La una no contradice á la otra? Si la primera es exacta, ¿cómo lo será la segunda? O inversamente: si la segunda es justa, ¿la primera no será engañosa?

Los padres, los doctores, los exegetas cristianos, jamás han vacilado en aceptar á la una y á la otra, con el mismo título; y todos han tratado de resolver el problema delicado de su concordancia.

Dos sistemas principales han sido adoptados: el uno, partiendo de la hipótesis de que las dos genealogías son de José; la otra, de la hipótesis que la primera es de José, la segunda de María.

En el primer sistema, se ha tratado de explicar las divergencias, apoyándose en el Levirato.[1] (Deut, V, 10. cf. Marc., XII, 19.)

Se sabe, en efecto, que esa ley mosáica obligaba á un hermano á casarse con la viuda de un hermano, muerto sin hijos, de tal manera que el mayor de los hijos que naciesen de esta unión nueva, heredaría los bienes y el nombre del difunto. El derecho ó el deber de casarse podía transmitirse á un pariente más remoto.

En virtud de esta prescripción, un hombre podía tener dos padres: un padre según la naturaleza y un padre legal, y por consiguiente, dos genealogías: la una según la naturaleza, la otra según la legalidad.

La genealogía levantada por Mateo es la genealogía natural de José quien tiene por padre verdadero á Jacob; la genealogía levantada por Lucas es la genealogía legal de José quien por la ley del Levirato, tiene por padre á Heli. Partiendo de Jacob y de Heli, las dos genealogías siguen una línea diferente hasta Zorobabel y Salathiel. Este último, en virtud de la ley (levirática) dió á José dos padres: el uno según la Ley, Jechonias; el otro según la natu-

1 Obligación que imponía la Ley de Moisés al hermano de un difunto, de casarse con la viuda. Viene del latín *levir* cuñado.

raleza, Nérí; y las dos genealogías vuelven á partir, para unirse de nuevo en David, por Salomón y por Nathan.

En la hipótesis de que una de las genealogías, la de Mateo, es de José, mientras que la otra, la de Lucas, es de María, las diferencias no existen: son dos árboles esencialmente diversos; y el problema de su armonía está más que resuelto, el está suprimido.

La única dificultad, en esta última hipótesis, es la de explicar cómo José es llamado hijo de Heli, "τοῦ Ἡλί." Basta leer el texto con un paréntesis que permite referir el "τοῦ Ἡλί" no á José, sino á Jesús, de quien él es el abuelo.

Estos dos sistemas así entendidos, suscitan en mi opinión, varias objeciones graves.

En el primero, preguntaré en qué una genealogía legal ó natural puede importar á Jesús, puesto que José no es su padre. Ella no probará sino una cosa, esto es, que José siendo el esposo de María, él es el padre legal de Jesús, y, por consiguiente, sus derechos legítimos al trono de David pasan á Jesús.

Muy bien: pero en este caso, una de las genealogías llega á ser inútil, y yo preguntaría si la que subsiste corresponde al fin de los Evangelistas. ¿Acaso para establecer el derecho al trono de David es por lo que han escrito? ¿Y qué importaba á Jesús esta herencia que él no quería, puesto que su Reino no era de este mundo?

En el segundo, se puede hacer á la genealogía de José la misma objeción, y en cuanto á la de María, ella tiene el inconveniente de ser una anomalía con respecto á las costumbres judías que no conocían genealogía para las mujeres.

Los críticos racionalistas modernos los más moderados [1] han concluido por renunciar á una concordancia que ellos estiman imposible, y que no se puede obtener sino por medio de expedientes arbitrarios. Ellos no ven en las dos tablas sino dos genealogías diferentes del mismo José, genealogías que se han formado en dos medios diversos, por medio de documentos diversos: lo que basta para explicar sus oposiciones. Ellos, por lo demás, no podían interesar sino á los Judeo-cristianos, de donde han salido los dos documentos. Ellas tienden una y otra á establecer que Jesús de Nazareth descendió en línea recta, legítima y naturalmente, de

1 Véase á Renan. Histoire evangelique, Paris, 1876.

padre á hijo, de David, y realizó así, en su persona, una de las tesis fundamentales de la teología mesiánica de los Judeo-cristianos. (Véase la Enciclopedia de las ciencias religiosas, art. Genealogía.)

Pero para los cristianos que creen en la concepción milagrosa de Jesús, esas genealogías carecen de valor, en el sentido natural de la palabra; y si los Evangelistas han conservado esos documentos, su único móvil ha sido conservar el privilegio que el nombre de "Hijo de David," generalmente empleado, en el primer siglo, para designar al Mesías podía dar á Jesús.

Las genealogías, bajo su pluma, pierden su valor natural y no conservan sino un valor legal; porque Jesús, no es, según ellos, el padre de Jesús, en el sentido propio de la palabra, él no es sino el padre legal, como esposo de María, su madre.

Una sencilla observación basta para arruinar esta tesis ¿por qué Jesús no podría ser, por su madre, de la verdadera sangre de David? Y si un estrecho parentesco entre José y María, como lo atestigua la tradición universal, daba los mismos abuelos á uno y otro, ¿por qué una genealogía de José no podría ser, al mismo tiempo, la de María y de Jesús?

Yo voy más lejos. ¿Por qué no ver en las dos genealogías dos árboles diferentes? el uno remontando, por vía de filiación natural de José á David, por Jacob; la otra, por vía de filiación legal, de José á David, por Heli, padre de la Virgen y padre legal de José?

Antes de establecer este ensayo de conciliación fundado sobre estas bases, es preciso establecer la fuerza de esos dos documentos Evangélicos.

No es admisible que los Evangelistas, preocupados como lo estaban de la mesianidad de Jesús, hayan renunciado á establecerla sobre sus bases esenciales.

Ahora, una de las condiciones del Mesías más distintamente formuladas por los profetas, y universalmente reconocidas, tanto entre la multitud como entre los letrados, fué su descendencia davídica, nótese bien, su descendencia carnal, "ex semine David," y no solamente su descendencia legal.

El Cristo debía ser más que el heredero legal del gran Rey, él debía ser materialmente de su sangre, lo mismo que de la sangre de Abraham. Yo no creo que sea posible poner esto en duda.

Es evidente que para comprobar la "filiación natural" de Jesús respecto á David, que los dos Evangelistas han dado las tablas genealógicas de Jesús.

Si Jesús fuese hijo de José, las dos genealogías de Mateo y de Lucas irían derecho al fin; pero por el testimonio de uno y otro Evangelista, Jesús no se une á la humanidad sino por María, su madre, y por lo mismo hay lugar de preguntarse cuál podría ser el valor demostrativo de esas dos listas de antepasados, bajo el punto de vista de la descendencia davídica de Jesús.

Se está obligado á convenir, en todo rigor de exégesis, que las dos genealogías son, en efecto, una y otra, las genealogías davídicas de Jesús, por José, su padre putativo. Todas las genealogías judías se hacen por los abuelos masculinos, y nada sería menos verosímil de admitir que, levantando las genealogías judías, el Evangelista palestiniano, Mateo, y el Evangelista helénico, Lucas, hayan violado así los usos de la nación de quien ellos tomaban, por lo demás, sus dos tablas.

Sin embargo, y reconociendo este hecho, me parece fácil establecer que las dos genealogías van al fin y prueban realmente la filiación davídica de Jesús.

En efecto, si se admite entre María y José un parentesco estrecho, de tal modo que ellos fuesen de la misma familia y de la misma casa, como la tradición universal siempre lo ha reconocido;[1] si se hace de José el hermano ó el sobrino de Ana, madre de María, siguiendo la opinión de Cornelio á Lapide, es evidente que los abuelos de José, los de María y de Jesús son los mismos; de modo que, aunque José no está para nada en el génesis de Jesús, levantar la lista de sus padres, como lo ha hecho Mateo, es al mismo tiempo, levantar la lista de los padres de María y de Jesús. Jacob, padre de José y de Ana, sería el abuelo de María y el abuelo de Cristo.

¿Qué objeción sería puede levantarse contra esta hipótesis cuyo único error, si ella lo tiene, sería determinar, sin testimonio expreso, el grado de parentesco de María y de José?

Pero entonces, ¿cómo explicar la genealogía de Lucas, y su diferencia con la de Mateo?

Si, conforme á éste, José tiene por padre á Jacob, ¿cómo, según aquel, es Heli?

La respuesta nos parece sencilla.

Basta preguntarse lo que fué Heli. Ahora, como se puede establecer por varios pasajes de las Escrituras, Heli, es por apócope, Heliakim, y Heliakim, sinónimo de Joaquín, Joaquín, según la universal y constante tradición, fué el padre de María y el suegro de José. Al casarse la hija de Heli, José se convertía en el heredero legal y el hijo de Heli; de suerte que San Lucas, al formar para este último su lista genealógica, en realidad ha dado los ascendientes paternos de María y de Jesús. La fórmula vaga τοῦ, en griego, "qui fuit," según la traducción de la Vulgata, empleada por San Lucas para expresar las relaciones de sus ascendientes, desde José hasta á Adam, y hasta el mismo Dios, es susceptible, por causa misma de su indeterminación, de tres sentidos diversos; ella indica una relación legal de José á Heli, una filiación natural entre los otros, una relación de criatura de Adam á Dios.

Las dos genealogías contienen así, la doble serie de ascendientes maternos y paternos de Jesús, por Jacob. Jesús desciende de David por los reyes Isaídes y por Salomón; por Heli, desciende de David, por la rama más obscura de Natham. Las dos ramas no están juntas sino en Abraham, en David y finalmente en Jesús y María, porque es difícil creer en la identidad de Salathiel de Mateo y de Lucas: el uno siendo de la familia salmoniana, y el otro de la de Nathan; y sería inútil, por lo mismo, invocar para explicar cómo ese personaje aparecía en las dos genealogías, la ley del Levirato, cierta en sí misma, pero siempre arbitraria en sus aplicaciones.

Sin embargo, si se quiere admitir la identidad, á pesar de la dificultad que suscita esa hipótesis, por razón del pasaje del I Chron., III, 19, es preciso hacer intervenir la ley del Levirato. La rama salmoniana se extingue en Jechonías; y Neri, de la rama nathánica, le suscita un heredero que es Salathiel. En la genealogía de Mateo, Salathiel es hijo de Jechonías, su padre legal y en la de Lucas, él es hijo de Neri, su padre por la naturaleza. Salathiel engendró á Zorobabel, cuyo hijo mayor Abiud, continúa la línea nathánica.

He aquí dos esquemas[1] que facilitarán la inteligencia del sistema de acuerdo de las dos genealogías, fundadas en el parentesco de María y de José.

En el primero, José es supuesto el tío de María y el hermano de Ana.

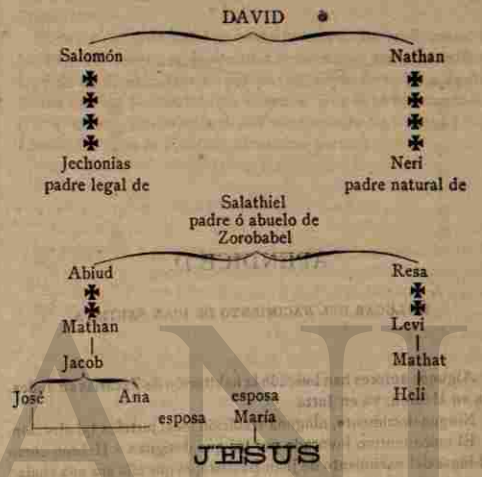
1 Iren., lib. III, c. XVIII; Tertull, Contr., Jud.; August, in N. T., in St; Contra Faust, I, XXIII.—Jerónimo, Coment in Mat.; Ambros., I, III, in Luc.; Damasceno, etc., etc.

1 *Esquema*, entre los antiguos nombre genérico de todas las figuras y formas.



En el segundo, José es supuesto el primo de María y el sobrino de Ana.





El sistema de concordancia que acabamos de exponer nos parece corresponder plenamente al propósito de los Evangelistas, escapar á las dificultades que suscitan los otros sistemas y resumir lo que ellos pueden tener de cierto.

La descendencia real, carnal, de la familia davídica está no solamente establecida, ella está mostrada superabundantemente por las dos genealogías que nos hacen conocer los ascendientes maternos y paternos de Jesús.

Las dos listas de abuelos están formadas apoyándose en José, lo que sostiene justamente el primer sistema y lo que corresponde á las costumbres judías; pero, en la una, José no es introducido sino como el Hijo legal de Helí, abuelo materno de Jesús y en la otra, como hijo por la naturaleza de Jacob, abuelo paterno de Jesús.

Bajo este título se puede decir que la una es la genealogía natural de José, la otra su genealogía legal; pero que la una y la otra son la genealogía natural y legal, á la vez de María y de Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE D.

EL LUGAR DEL NACIMIENTO DE JUAN BAUTISTA.

Algunos autores han buscado la habitación de Zacarías en Judea, ya en Hébron, ya en Jutta.

Ningún documento, ninguna tradición local justifica tal elección.

El único motivo invocado por los que designan á Hébron como el lugar del nacimiento de Juan Bautista, es que ella era una ciudad sacerdotal. Pero la tribu de Judá poseía ocho ciudades sacerdotales: ¿por qué preferir á Hébron á las otras siete?

Además, nada prueba que en la época de Zacarías, los sacerdotes estuvieran obligados á habitar en una ciudad sacerdotal. Muchos estaban fijados en Jerusalem, y otros en los alrededores. Heli habitaba en Silo; Samuel, Ramathain-Sophim; Mathathias, Modina, Simón Macabeo, Gaza. Ninguna de estas ciudades fué ni sacerdotal ni levítica.

Reland me parece el primero quien designa á Jutta como la ciudad de residencia de Zacarías. El texto de San Lucas se opone á ello. Ningún manuscrito trae ese nombre, y la ausencia del artículo en el texto griego, *εἰς πόλιν Ἰουδά*, no permite ver allí á una ciudad determinada. El Evangelista dice: en "una ciudad," él no dice: en "la" ciudad.

La tradición que coloca á la familia de Zacarías en Ain-Karim es anterior á las Cruzadas. Ella remonta hasta el igúmeno Daniel (1113).

Ahora, Daniel había sido informado por un viejo monge de la

Laura de San Sabás, cuyo testimonio es anterior á la venida de las Cruzadas.

El deber del historiador es tener cuenta de las tradiciones, sobre todo en Oriente, en donde ellas se conservan tan religiosamente, y de no desecharlas sino por un testimonio formal. La de Ain-Karim no está desmentida por ninguno. Ella debe ser mantenida. (Cf. V. Guerin, *Description de la Palestine.—Judea* t. I, p. 83.—Tr. Lievin. *Guide de la Palestine*, deuxiéme partie.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE E.

LA PISCINA PROBATICA.

Esta piscina maravillosa, de la que habla San Juan, en ninguna parte está mencionada entre los escritores judíos. Es difícil identificarla con aquella que Josefo (*De bell. Jud.*, VI) llama el estanque de Salomón, en el cual se lavaban las víctimas antes de ofrecerlas en el Templo.

Algunos autores modernos, reconociendo que el versículo 4, en el que el carácter milagroso de las aguas es marcado, falta en los más antiguos manuscritos, y principalmente en el Codex Sinaiticus, Vaticanus, en el de Efhren, de Cambridge, en la versión siriaca Cureton, y en la versión copta del tercer siglo, no han vacilado en considerarle como una glosa que se había introducido en la Vulgata, la Peschito y el Codex alejandrino.

La autenticidad de este texto puesto en sospecha, ellos no han vacilado en ver en la piscina sino un simple manantial thermal intermitente. Esta interpretación tiene poca importancia bajo el punto de vista doctrinal, pero ella tiene el error de tocar la integridad de la Vulgata, y de estar en oposición con la mayor parte de los antiguos padres, quienes no han vacilado en ver en la piscina de Bethesda á un prodigio.

En cuanto á la situación que ella ocupaba, hoy parece fuera de duda que es preciso buscarla á algunos metros N. O. de la Iglesia de Santa-Anna. Las excavaciones notables de M. Mauss, arquitecto francés, han descubierto á la piscina misma, sepultada en los escombros á más de ocho metros de profundidad. El séptimo siglo, San Antonio la visitó; y en el undécimo, Bongars la designa muy claramente en el lugar que señalamos.

APENDICE F.

AUTENTICIDAD DE LA SITUACIÓN DE CAPHARNAUM, SOBRE LAS RUINAS DE TELL-HOUM.

La autenticidad de Capharnaum parece definitivamente establecida. Ella tiene, al menos, todas las pruebas y todas las verosimilitudes que se puedan desear para estas cuestiones de arqueología palestiniana, en la que el defecto de inscripciones no permite la evidencia absoluta, y por decirlo así, material.

El primer indicio de que las ruinas de Tell-Houm bien son la antigua Capharnaum, está en el parentesco de los nombres. Caphar, pequeña ciudad ó aldea, ha sido reemplazada por la palabra árabe Tell, colina cubierta de ruinas. Nahum, por una reducción de la que se halla más de un ejemplo, ha perdido su primera sílaba y se ha convertido en Houm.

Una segunda indicación nos es suministrada por Eusebio (*Onomasticon*, en la palabra *Korazim.*) El se expresa así: "Aldea de Galilea que Cristo maldijo; ella está á doce millas de Capharnaum."

San Jerónimo corrigió el evidente error de Eusebio ó de sus copistas, reemplazando "doce" por "dos." Korazim es ciertamente ese montón de ruinas llamado hoy Kharbet-Kerazet: ahora, la distancia que le separa de Tell-Houm es justamente de doce millas, como lo afirma San Jerónimo.

La maldición de Jesús respecto á Capharnaum: "Y tú, Capharnaum, ¿siempre te elevas hasta el cielo?" nos lleva á la misma conclusión. Jesús, como lo observa M. V. Guerin,[1] hace una alusión evidente á la belleza de la pequeña ciudad, belleza de la que ella

1 Cf. Victor Guerin, Description de la Palestine, 3e partie: Galilée, t. I.

se jactaba y que ella debía menos, sin duda, á las moradas de sus habitantes que á algunos de sus monumentos públicos, á su puerta, á su bella fuente y á su magnífica sinagoga, cuyos restos sorprenden todavía por su grandeza y su magnificencia. Ahora, de todas las ruinas que se pueden estudiar á orillas del lago, las de Tell-Houm son las únicas en las que se detiene la mirada y encuentra las huellas de algún edificio espléndido.

Josefo habla de la pequeña ciudad de Capharnaum (Vita § 72), á donde él fué transportado, herido, después de un combate contra las tropas del rey Agrippa. Evidentemente, él debió ser depositado en el primer lugar más allá del río en donde se hallaban los médicos; ahora, sobre la orilla occidental del lago, la primera localidad de alguna importancia fué necesariamente Capharnaum, hoy Tell-Houm.

El testimonio de los más antiguos peregrinos, Antonino el Mártir en el siglo sexto, Arculfo en el séptimo, el igúmeno sagaz Daniel en el duodécimo, confirman nuestra conclusión. San Wilebaldo, en el octavo, es el único que contradice á sus antecesores y á los que llegaron después de él; pero él está en oposición formal con San Jerónimo, quien afirma expresamente que Korazin estaba á dos millas de Capharnaum, y que, por consiguiente, viniendo de Tiberiades, la primera ciudad que se encontraba, no era, como el peregrino lo afirma, Capharnaum, sino Bethsaida.

APENDICE G.

LAS DOS VISITAS Á NAZARETH.

A pesar de algunos rasgos de semejanza, y principalmente: 1° la expresión de sorpresa: ¿No es este el hijo de José? 2.° la palabra del capítulo V, 23, quien supone una residencia anterior en Capharnaum, no podríamos confundir, como la mayor parte de los críticos modernos, la narración de San Lucas y las dos narraciones paralelas de San Mateo y de San Marcos. Jesús hizo dos viajes á Nazareth, el primero, referido por San Lucas; el segundo, por San Mateo y San Marcos.

Las diferencias son patentes é irreductibles.

1.° La primera visita tuvo lugar al principio del ministerio galileo, según el testimonio formal del Evangelista quien tuvo cuidado de ordenar los hechos según su expresión formal; la segunda se renueva después de una permanencia de algunas semanas en Capharnaum.

2.° La primera tiene un carácter violento y se termina por la expulsión de Jesús, acompañada de amenazas y de tentativa de homicidio en su persona; la segunda tiene un carácter del todo pacífico.

3.° La narración detallada, dramática, conmoviendo á San Lucas, no permite dudar de la exactitud del hecho. Por lo demás, la nueva tentativa de Jesús sobre Nazareth nada tiene que no sea muy verosímil. Se comprende que él quiso vencer la incredulidad de la ciudad en donde él había sido alimentado, y que él había contado, en último lugar, sobre la gloria de la que la Galilea entera le cubrió, para imponer silencio á las preocupaciones de sus conciudadanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE H.

SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES.[1]

Esta nueva multiplicación de los panes ha sido puesta en duda por la crítica racionalista. ¿Por qué? El fenómeno milagroso, es idéntico, en substancia, con el que los cuatro Evangelios refieren, pero todos los detalles diferencian: el lugar, las circunstancias anteriores y subsecuentes del hecho, el número de los convidados, los panes, las cestas. Pretender que la tradición se había obscurecido y que, para conciliar la divergencia de los detalles, dos Evangelistas hayan, con propósito deliberado, duplicado el fenómeno, es un expediente sin valor. Por lo demás, las palabras en las que Jesús invoca las dos multiplicaciones no dejan ninguna duda respecto á su realidad; y sería inadmisible que San Mateo y San Marcos las hayan puesto en la boca del Maestro para justificar su narración.

1 Mat., XVI, 5 y sig.; Marc., VIII, 4 y sig.; Cf., Mat., XIV, 16 y sig.; Marc., VI, 38 y sig.; Juan, VI.

APENDICE I.

EL PAÍS DE DALMANUTHA.

Nada queda de esta localidad. Ella estaba situada, verosímilmente, no lejos de Medjdel, á la extremidad meridional del llano de Gennesar. Según ciertos autores, Dalmanutha no designaba quizá sino al distrito al que pertenecía Magdala ó Magedan, como Ephrata designaba á aquel á quien pertenecía Bethlehem, aunque ninguna ciudad jamás haya llevado el nombre de Dalmanutha ó de Ephrata. En cuanto á "Magedan," ó según algunos manuscritos, "Magaidan" ó "Magdala," había error en situarle sobre la ribera oriental del lago. Eusebio, en su *Onomasticon*, cita, en efecto, una tierra de "Magaidan," cerca de "Geraza" ó "Kersa;" pero este pasaje prueba solamente que existió en este lugar, en la época de Eusebio, otra "Magedan" ó "Migdal," distinta de aquella en la que Jesús abordó después de la segunda multiplicación de los panes. (V. Guerin, *Description de la Palestine.*—Galilee, t. I.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE J.

GERGESA Y GADARA.

San Jerónimo *(De locis Hebraicis)* confundió á Gergesa ó Kersa y á Gadara. Estas dos ciudades son, según el testimonio de Josefo *(Bell. Jud.* V, 3), absolutamente distintas, aunque su territorio fuese limítrofe. La ciudad á cuyo dominio vino Jesús es evidentemente Gergesa y no Gadara, situada á tres horas del lago, en las montañas que forman el valle de Hiéromax. Esta es, además, la opinión de Orígenes, quien la afirma en nombre de una antigua tradición. Eusebio y San Jerónimo la refieren, y añaden que, en su tiempo, se mostraba como teatro del prodigio operado por Jesús, á una montaña dominando al lago, cerca de "Kersa."

APENDICE K.

EL POSEIDO DE KERSA.

Las diferencias de la narración de San Mateo á las de San Marcos y de San Lucas, han sido notadas desde los primeros siglos. San Mateo menciona dos poseídos: San Marcos y San Lucas no hablan sino de uno solo; de aquel, sin duda, observan San Agustín, Theophylacto y Eutimio, que fué el más temible y el más famoso. Esta es la primera diferencia. San Mateo no releva sino el hecho de la irrupción de los demonios en la piara de puercos á quienes precipitan al mar, en donde pereció: San Marcos y San Lucas ponen en relieve la curación prodigiosa del endemoniado que se decía Legión. Esta es la segunda diferencia. Ni la una ni la otra podrían ser innovadas contra el valor histórico de la narración. Ellos no prueban sino la libertad legítima de los escritores sagrados en su manera de considerar y de referir los hechos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE L.

AUTENTICIDAD DEL LUGAR DE LA TRANSFIGURACION EN EL THABOR.

La tradición que designa al Thabor como lugar auténtico de la Transfiguración, remonta al cuarto siglo. Ella tiene por representantes, en esa época, á San Cirilo y á San Eusebio de Cesarea. San Jerónimo al fin del mismo siglo la confirma. La autenticidad, por lo mismo, no sufre dificultad. San Jerónimo hubiera ciertamente disipado las dudas si hubieran existido; y si él hubiera participado de ellas, su testimonio no se hubiera revelado en términos tan afirmativos.

En su Epístola XLVI á Marcella, refiere un proyecto de viaje á la "Montaña Santa," y dijo: "Pergimus ad Itabyrium et Tabernacula Salvatoris." En su epitafio de Santa Paula (Epístola LXXXVI) dice de ella: "Scandebat montem Thabor in quo transfiguratus est Dominus." Los tabernáculos á los que hace alusión San Jerónimo son las tres iglesias que había hecho edificar Santa Elena en el Thabor, por el año 327, según el historiador Nicéforo Callista, (Historia eccles., I, VIII, XXX).

Antonino el mártir, en el siglo diez y seis, los menciona (Itiner., VI), atestiguando así á la tradición anterior.

En el séptimo, Adamanus señala, además, un gran convento (Adam., *ex Arculpho. De locis sanctis).*

En el octavo, San Willibaldo habla del mismo monasterio y de una iglesia consagrada á Jesús, á Moisés y á Elías.

Los testimonios en favor de la tradición se continúan sin interrupción durante el tiempo de las Cruzadas; y ni las revoluciones, ni las guerras, ni el tiempo, á pesar de todas las ruinas acumuladas, han logrado hacer perder al Thabor la gloria de la que está coronado.

Las objeciones que se han suscitado contra la opinión tradicional que sitúa en el Thabor la Transfiguración, son las siguientes:

1º Los documentos no mencionan el viaje que hubiera llevado á Jesús á los alrededores de Cesarea de Filipo en plena Galilea: lo que ciertamente hubieran hecho si el viaje hubiera tenido lugar.

El argumento nada tiene de decisivo. El supone que los sinópticos han indicado claramente, todos los cambios de Jesús. Ahora, su estudio atento prueba que él no es nada. Muchos, diré, aun la mayor parte de las escenas referidas por ellos, están sin indicación precisa de tiempo y de lugar. Jesús pudo, sin dificultad, en seis días, dirigirse de "incógnito," con sus discípulos, á las regiones del Norte de la tetrarquía de Filipo, al Thabor, á través de la Galilea, atravesando el país al Oeste del Jordán.

2º Otra objeción se funda sobre el estado del Thabor, cuya cima no estaba solitaria, puesto que allí se ve una fortaleza y una aldea. El viajero americano Robinson quien, en sus investigaciones bíblicas, formuló esta dificultad, no prueba sino que en el tiempo de Jesús la cima de la montaña fué verdaderamente habitada. Según el testimonio de Josefo, no es sino bajo su gobierno, en las últimas guerras de los Judíos contra los Romanos, que el Itabyrion hubiera sido fortificado. (Bell., Jud., II, 20, 6; IV, I, 8.)

La opinión que ha querido dar á una de las cimas del Hermon la gloria de haber sido escogida por Jesús para lugar de su Transfiguración, no tiene en su favor sino la hipótesis arbitraria de algunos autores modernos. No se encuentra la menor huella antes del fin del siglo décimoctavo.

En semejantes materias, la novedad, que no se autoriza en ningún documento antiguo, es siempre sospechosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE M.

LOS DOS TEXTOS DEL "PATER."

La comparación de los dos textos de la oración de Jesús (Mat. VI, 9-13, y Luc., XI, 2-4) hace resaltar su identidad esencial.

El texto del primer Evangelio no es sino el desarrollo, la exposición del texto del tercero. San Lucas, dice: "Padre." San Mateo añade el atributo: "Que estás en los cielos." San Marcos dice: "Santificado sea tu nombre, venga á nos tu Reino." San Mateo explica el medio de esta santificación y del advenimiento de este Reino; "Que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo."

San Lucas, según algunos manuscritos, dice solamente: "No nos dejes caer en la tentación." San Mateo agrega el complemento del pensamiento: "Líbranos del Malo," de aquel cuyo espíritu nos conduce al mal. En fin, según diversos Codex, San Mateo sólo ha añadido la doxología: "Amén."

Nos parece vano buscar el origen de la divergencia material de los dos textos, después de haber probado su absoluta conformidad de pensamiento.

APENDICE N.

LA PARTIDA DE LA GALILEA.

La partida de la Galilea ha sido cuidadosamente marcada por los cuatro Evangelios (Juan, VII, 1; Mat., XIX; Marc., X, 1; Luc., IX, 51).

La identidad del hecho señalado por San Mateo, San Marcos y San Lucas no es dudosa. Basta, para convencerse, observar que los tres sinópticos le colocan según las mismas circunstancias y los mismos discursos referidos por ellos.

¿Se puede negar que la partida señalada por Juan (VII, 1) sea la misma que señalan los tres primeros Evangelios? No lo creo. Para establecer una diferencia, sería preciso admitir que después del viaje para la fiesta de las Cabañuelas, referida por San Juan, Jesús hubiera vuelto á Galilea; ahora, ese regreso no está mencionado. El cuarto Evangelio tomó un cuidado tal en marcar las diversas translaciones de Jesús, que si él hubiera vuelto á Galilea, él lo hubiera dicho.

Así, los cuatro documentos, según nuestra hipótesis, concuerdan para informarnos exactamente respecto á la partida de Jesús: fecha importante en su carrera, porque ella corresponde á la inauguración de un período nuevo de su apostolado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE O.

LA MUJER ADULTERA.

La narración de la mujer adúltera (Juan, VII, 45; VIII. 11) ha sido el objeto de grandes debates críticos.

El origen primero de esas discusiones proviene de un hecho único en la historia del texto del Nuevo Testamento; á saber: la omisión de la narración (VII, 45; VIII, 11), en un gran número de manuscritos griegos de los más autorizados.

El Sinaítico, el Alejandrino, el de Ephrem, el Real, etc., del cuarto al noveno siglo, no la traen. La Peschito del siglo doce y dos de los mejores manuscritos de la Itala la omiten; el Versellensis del cuarto y el Brixiensis del sexto, los manuscritos *L* y *Δ* dejan el pasaje en blanco. Otros y principalmente el Sangermanensis del séptimo y el Vaticanus del décimo, la marcan con rasgos de duda. Hay más; entre los manuscritos que la contienen, su lugar varía: uno la transcribe después del cap. VII, v. 36, de San Juan; otros la relegan al fin del Evangelio; algunos la adhieren al Evangelio de San Lucas, y la interpolan después del cap. XXI.

A este hecho extraordinario, conviene agregar el silencio de algunos Padres respecto á esta narración, que parece haber sido totalmente ignorada de Tertuliano, de San Cipriano, de Orígenes y de San Crisóstomo.

En verdad, desde el segundo siglo, las armonías de los Evangelios de Tatiano y la concordancia de Ammonius, al principio del tercer siglo, prueban que el pasaje formaba realmente parte del Nuevo Testamento. Las *Constituciones apostólicas* (XXIV, 1), desde el tercer siglo, atestiguan, ellas también, la presencia del pasaje en el Nuevo Testamento. Los principales manuscritos de la Itala, del cuarto al undécimo, la Vulgata, la traducción siriaca,

de Jerusalem del quinto, el Codex de Beze, el Boorel del noveno, el Harleiano, etc., y más de trescientos manuscritos, según el testimonio de Tirschendorf, le relatan tal como le leemos hoy; y los Padres del cuarto, San Gerónimo, San Ambrosio y San Agustín, sostienen resueltamente la autenticidad, el cual jamás, en la Iglesia, ha sido puesto en duda.

Si el pasaje es reconocido por auténtico, ¿de dónde viene su omisión? y si no lo es, ¿de dónde viene la interpolación?

La omisión puede explicarse y justificarse. La interpolación no se explica ni se justifica. Sin invocar la autoridad y la tradición de la Iglesia, quien guarda como un tesoro sagrado el libro en el que los hechos y proezas de Jesús han sido consignados, el solo estudio del hecho discutido prueba la omisión y excluye la interpolación. La misericordia de Jesús para con la mujer adúltera, como lo observa finalmente San Agustín, ha podido inquietar á los hombres de poca fe, ó más bien suministrar un pretexto de ataque á los enemigos de la verdadera fe. Ellos temen, sin duda, que la indulgencia del Maestro autorizará el desorden y la impunidad de sus mujeres. (De conjug. adult., I, II, VII). Y ellos han quitado de sus manuscritos ese rasgo de bondad hacia la adúltera, como si Aquel que decía: "No peques más," pudiera animar al mal.

Dos causas absolutamente contrarias explican la fortuna singular de este pasaje: por una parte, el montanismo,[1] con su severidad moral exagerada; por la otra, la relajación de las costumbres, en la época de Constantino, en el momento en el que los paganos en masa, abrazando la fe, llevaban á la Iglesia sus costumbres voluptuosas. (Cf. Salviano, *De gubernat. Dei*, II, 8 y VI). La narración de la mujer adúltera chocó á la falsa austeridad de los montanistas, y ella pareció ser un pretexto á los espíritus ligeros prestos á abusar de la indulgencia. Vese de esta manera cómo, desde el segundo y tercer siglo, en plena influencia montanista, algunas Iglesias juzgaron prudente omitir la narración en las lecturas públicas. Se le marcó primero con una señal en el libro litúrgico, ó del todo se le omitió. Existen todavía los manuscritos griegos que atestiguan este uso.

Una vez establecida la supresión, ella llegó á ser una regla en los Codex griegos, latinos y ciriacos del cuarto al octavo siglo.

1 Secta fundada por el heresiarca Montanus, que floreció en Frigia (Asia Menor) el año 2º de nuestra era. Esta secta pretendía regenerar la Iglesia y establecer una ley más perfecta.

Si la omisión se explica así y se excusa por motivos plausibles, la interpolación no podría sostenerse.

¿Quién inventó esa narración de un carácter tan audaz? ¿quién imaginó ese rasgo en el que la sabiduría le disputa á la santidad, y la bondad á la justicia, en el que el alma de Jesús se reveló con semejante plenitud? ¿Cómo se hubiera acogido sin protesta en un tiempo en el que los cristianos vivían de la lectura de los Evangelios? Que se cite la menor reclamación. Y sin embargo, no había uno que no fuera más propio para levantarles.

Los Padres, quienes le leían en sus ejemplares, tenían pena en hacer la lectura al pueblo, ¿y había un acuerdo común para introducirlo fraudulentamente en el Nuevo Testamento, para hacer la lectura y el comentario?

Semejantes imposibilidades cortan la cuestión. Si la narración de la mujer adúltera ha sido así tratada, es porque ella se hallaba en los manuscritos antiguos, y si ella se hallaba en los manuscritos antiguos, es porque ella tenía un origen apostólico.

La fe de la Iglesia católica respecto á este punto es formal. Ella tiene, como se ve, en su favor, las razones decisivas de una crítica imparcial.

Ciertos autores, al admitir la autenticidad apostólica de la narración, se han preguntado si San Juan fué el autor.

La crítica protestante, principalmente, se ha esforzado en demostrar que ella no tenía el sello juanino, ni en el estilo, ni en el carácter moral.

Se han realzado ciertas expresiones, que en ninguna parte son empleadas por San Juan, y principalmente la palabra *ἄγλυς*, y la presencia de los Escribas, *γραμματεῖς*, que no se halla por lo demás en ninguna parte en el cuarto Evangelio.

Pero, en revancha, otras expresiones, son plenamente juaninas, como lo observa Ebrard. (*Wissrenschaftliche Kritik*, ad h. t.)

El *πάλιν* del 11 está colocado antes de el *γὰρ πάλιν*, 2 y 8; el *οὐδὲ οὐδὲ εἶπεν*, v. 5; el *τοῦτο δὲ εἶπον κατηκολουθηκότες αὐτόν*, v. 6. (Comp. XII, 6.)

No se puede, pues, legítimamente inducir de esos indicios contradictorios.

Los que se apoyan sobre el carácter moral de la anecdota, pretendiendo que tales narraciones son extrañas al culto Evangélico, olvidan que el hecho referido tiene también un carácter histórico que ayuda á comprender la situación de Jesús, en esos días animados en los que su enseñanza suscita tan violentos odios. Ahora, es propio de San Juan notar con un rasgo preciso, en medio mismo de

los discursos del Maestro, los incidentes que los interrumpen y los provocan ó explican la extensión.

Por lo demás, entre los mismos protestantes, un gran número no vacila en pronunciarse claramente en favor de la tradición católica. Cf. Michaelis, Lauge, Ebrard, Wieseler, Schultz, y Berger de Xivriy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE P.

EXEGESIS DEL τὴν ἀρχὴν (JUAN VIII. 25).

La exégesis ha seguido dos direcciones diferentes en la interpretación de este pasaje. Estas dos direcciones han sido determinadas por la manera de entender el τὴν ἀρχὴν. Los padres latinos, en general, y á su cabeza San Ambrosio y San Agustín, lo han tomado en el sentido trascendental; y la respuesta de Jesús, á pesar de las variantes, vuelve siempre á este: "Yo soy desde el principio, yo que os hablo, ó lo que yo os declaro." Esta es una afirmación de su divinidad.

Los griegos, y San Crisóstomo en particular, comprenden el τὴν ἀρχὴν en el sentido relativo, como un simple adverbio de un uso frecuente en griego, con la proposición κατά subentendida; y la respuesta de Jesús puede traducirse así: "Yo soy absolutamente, ó antes de todas las cosas, lo que yo os declaro."

La divergencia de las dos interpretaciones, importa poco en realidad. La afirmación de la divinidad mesiánica de Jesús sale de la una como de la otra: expresamente, es cierto, de la primera, implícitamente de la segunda.

Al recordar á sus interlocutores todo lo que él había afirmado solemnemente de él, desde el día en el que él se había manifestado á ellos, él se daba de nuevo como la luz del mundo, la roca de donde brotó el agua viva, el pan descendido del cielo para dar la vida al mundo, funciones todas de un orden divino que no dejan ninguna duda respecto á su naturaleza. Bajo el punto de vista gramatical del texto original, es justo sostener que la segunda interpretación es más satisfactoria. Los menores detalles de la frase están explicados naturalmente, como lo observa muy bien J. Godet, *Comment sur l'Evangile selon Saint Jean*, ad h. l.: Τὴν ἀρχὴν—absolutamente ; ὅτι—lo que, καὶ—también, λαλῶ ὑμῖν—yo os anuncio.

APENDICE Q.

LOS CIEGOS DE JERICO.

El hecho de los tres ciegos curados en Jericó, en la época del paso de Jesús por esa ciudad, está atestiguado por los tres primeros Evangelios. Comparando su narración, se sorprende uno á la vez y desde luego, de varias divergencias y de algunas semejanzas.

La semejanza aproxima las tres narraciones (Mat., XX, 29, 34; Marc., X, 46-42; Luc., XVIII, 35, 43), por la substancia misma del fenómeno referido, por la paridad y la identidad de algunos detalles. Los ciegos están sentados sobre el borde del camino; ellos oyen pasar á una multitud, y ellos saben que es Jesús el Nazareno; ellos prorrumpen en la misma exclamación; Jesús se detiene, les llama y les hace venir; él les dirige la misma pregunta; ellos le dan la misma respuesta; ellos son igualmente curados.

Las diferencias no son menos frecuentes: ellas separan muy distintamente á las tres narraciones. Según San Mateo y San Marcos, la curación tuvo lugar á la salida de Jericó; según San Lucas, á la entrada. Según San Mateo, hubo dos ciegos curados, mientras que San Marcos y San Lucas no hablan sino de uno solo.

Las semejanzas han determinado no solamente á los partidarios de la crítica negativa, sino á los comentadores ortodoxos, á no ver sino un solo y mismo hecho en las tres narraciones; y por lo tanto, estos últimos se han hallado en la necesidad de conciliar las divergencias. La crítica hostil á la inspiración de los documentos evangélicos no veía en las oposiciones señaladas entre los tres narradores sino una prueba manifiesta de la incertidumbre de los recuerdos relativos á esta circunstancia de la vida de Jesús; y ella ha tenido un placer malicioso en comprobar la pena que se daban los exegetas ortodoxos para salir de ese mal paso.

Es preciso confesar que al admitir un solo hecho, estos exegetas se han metido en un atolladero y se han hecho imposible la conciliación.

Ellos han podido todavía explicar razonablemente la divergencia entre San Mateo y San Marcos, respecto al número de ciegos; San Marcos, según ellos, ha nombrado al único conocido, Bartimeo, y ha despreciado al otro; San Mateo, al nombrar á los dos, no ha realizado ninguna particularidad.

Pero ninguna interpretación verosímil llegará á identificar la narración de San Lucas, diciendo que el ciego ha sido curado antes de que Jesús entrara á Jericó, y la narración de San Mateo y de San Marcos, diciendo que Bartimeo ó los dos ciegos han sido curados cuando Jesús partió.

Imaginar que ahí había dos ciudades, la antigua y la nueva, y que el milagro se verificó cuando Jesús abandonaba á la una y entraba en la otra, excede á los límites de la hipótesis permitida. Hablar de la longitud del cortejo que precedía á Jesús, y admitir que el ciego, que comenzó á gritar en el momento en el que la cabeza del cortejo entraba á Jericó, no fué curado sino cuando el cortejo salía de la ciudad, esto es abusar de los textos.

En nuestra opinión, esta diferencia es irreductible; pero las semejanzas se explican. Esta es la razón por la que creemos en dos hechos distintos, referidos el primero por San Lucas, el segundo por San Marcos y San Mateo. (Cf. San Agustín, *de Consensu Evang.* I, II, LXV; *Quæst. Evangel.*, I, II, q. 48; Beda, *Act.*, I, 1; Toynard, *Harm. evang.*). La curación de que habla San Lucas tuvo lugar cuando Jesús entró á Jericó, y la de los otros dos, cuando Jesús la dejó.

La semejanza de la narración de San Lucas y de San Mateo no pueden ser una razón seria para negar la diversidad de los dos hechos. Lejos de ser inverosímil, ella nos parece por el contrario muy natural. Ella no sorprenderá sino á los que ignoran las costumbres orientales, á los que no han visto á los ciegos á la entrada y á la salida de las ciudades.

Aquel que fué curado á la llegada de Jesús y que San Lucas no nombra, ha debido provocar por su ejemplo á otros enfermos como él; y sabiendo que la exclamación: Jesús, "hijo de David," había sido agradable al Profeta, les han impulsado sobre el paso del cortejo, cuando el Profeta partió.

Jesús obró respecto á los segundos como respecto al primero; siendo la misma la confianza en los unos como en los otros, el beneficio fué el mismo.

APENDICE R.

LAS DOS UNCIONES.

Nosotros distinguimos con San Agustín *(De consensu Evangel., I, II)*, la unción hecha por la pecadora y referida por San Lucas, de la verificada más tarde por la misma mujer en Bethania, referida por San Mateo, cap. XXVII, San Marcos, cap. XIV y San Juan, cap. XII.

El carácter fundamental de las dos escenas nos obliga á ello, en despecho de la conformidad de varios rasgos de detalle.

La primera tuvo lugar en Galilea, mucho tiempo antes que la otra, que pasó en Bethania, cerca de Jerusalem, seis días antes de la última Pascua de Jesús. La primera, en la que la mujer es una pecadora, es una escena de arrepentimiento y de perdón; la segunda, una escena misteriosa, en la que la misma mujer, hecha ya la amiga de Jesús, no piensa sino en honrarle y amarle. Las palabras dichas por Jesús, con motivo de la primera, son muy significativas y muy distintas de aquellas dichas con motivo de la segunda, para que se pueda referirlos á una sola unción.

Ammonius Saccas, en su *Armonía*, es el primer escritor eclesiástico que fundió en una las narraciones de los cuatro Evangelios en donde se trata de la unción.

El fué seguido por Eusebio y por otros muchos autores. En el siglo dieziocho, Huet, Wossius y Grotius le apoyaron. Esta opinión, á pesar de las razones aducidas por Grotius, no nos parece defendible.

APENDICE S.

EL SALMO CX.

El alcance mesiánico del Salmo CX ha sido fuertemente combatido; era preciso adherirse á él, por la vieja interpretación talmúdica y por la exégesis racionalista moderno.

En lugar de ver en ese canto nacional inspirado la pintura atrevida del Mesías,—ese Señor de David, sentado á la derecha de Dios, sobre el mismo trono de Jehovah y participando de su potestad, partiendo de Sión con el cetro real, conquistando al mundo, juzgando á las naciones, asociando para esta conquista á un ejército de sacerdotes revestidos con sus ornamentos sacerdotales, y al mismo sacerdote tanto como Rey, como el antiguo Melquisedec, —los talmudistas y la crítica vanamente han tratado de ver en ello á un personaje humano, sin poder designarle, desde Melquisedec mismo hasta Ezequías y Jonathás, el hermano del Macabeo Judas.

Ninguno de esos rasgos podría convenir á un hombre. Las audacias de la poesía no justifican semejante adopción.

Un solo heroe los puede sostener, aquel mismo que se ha reconocido solemnemente en la visión profética de David, y quien, en pleno Templo, ante sus adversarios reunidos, tomó sobre él toda la grandeza del Mesías.

Su doctrina divina se halla allí fuertemente condensada. ¿El no afirmó sin cesar que toda potestad le había sido dada, que él juzgaría al mundo, á las doce tribus de Israel, que todo lo atraería á él, que humillado y vencido primero, bebiendo el agua del torrente, entraría después á la gloria y levantaría alto la cabeza?

APENDICE T.

LA IDENTIDAD DE MARÍA-MAGDALENA, DE MARÍA DE BETHANIA, HERMANA DE MARTA Y DE LA PECADORA DE QUIEN HABLA SAN LUCAS.

Esta cuestión ha suscitado las más ardientes controversias, en Francia principalmente, y en dos épocas: al principio del siglo diez y seis y hacia el fin del diez y siete.

El año 1516, Santiago Lefevre de Etaples publicó su *María-Magdalena*, esforzándose en establecer: 1.° que María, hermana de Marta, María-Magdalena y la pecadora no nombrada por San Lucas son tres personas diferentes; 2.° que la Iglesia las confundía erróneamente en su liturgia.

El invocó en pro de su tesis á la autoridad de Orígenes, de San Crisóstomo, interpretó en ese sentido á San Ambrosio y á San Jerónimo, y acusó á San Gregorio el Grande, á Beda y á San Bernardo, partidarios de la identidad, de haber comprendido mal al Evangelio. El texto sagrado le parecía apoyar la distinción: él halló inverosímil, inadmisible, referir á una misma persona caracteres tan distintos que los que el Evangelio atribuye á María-Magdalena, á la pecadora y á María de Bethania.

El libro de Santiago Lefevre hizo gran ruido y suscitó una oposición violenta. Dos años después de su publicación, el célebre Juan Fischer, obispo de Rochester, el restaurador de la ciencia, de la teología y de la filosofía en las universidades de Inglaterra, le refutó victoriosamente, en su libro *De unica Magdalena*. El Dominicano español, Baltazar Sorcco sostuvo la misma tesis, en una obra aparecida en Alemania, bajo el título: *De triplice Magdalena*.

En 1521, la facultad de Teología de París decretó, en una asamblea plena, que la opinión de San Gregorio respecto á la identidad

de María-Magdalena, de la hermana de Marta y de la pecadora de San Lucas, debía de ser abrazada y seguida como conforme al Evangelio, á los santos doctores y á la liturgia y que no se debían tolerar las obras escritas en un sentido contrario.

El decreto fué recibido por todas partes, y la controversia suscitada por Santiago Lefevre se adormeció.

Sin embargo, en 1636, la Sorbona renovó la defensa, á propósito de una disertación de Estius, canciller de la Universidad de Douai, el primero de los doctores belgas que adoptó la distinción. La autoridad de este teólogo, el arte con el que presentó su tesis, la libertad que le fué dejada por la autoridad romana á quien él la había sometido, tuvieron cierta influencia. Louvet, quien había emprendido la defensa de Santiago Lefevre, fué aprobado por el síndico de la facultad de París; y á partir de este momento, aunque la Facultad en cuerpo, jamás hubo revocado su antigua opinión, ella toleró que se escribiese contra la unidad, y aun que se sostuvieran tesis para combatirla.

Hacia el fin del siglo diez y siete, el debate volvió á empezar. El se adhería al movimiento que arrastraba á los mejores espíritus, los Bollandus, los Mabillon, los Reinart y otros, al trabajo de revisión crítica de los monumentos de la antigüedad. Se examinaban de más cerca los hechos de la historia eclesiástica, los ritos y los usos, se depuraban los manuscritos y las ediciones de París. Algunos prelados siguieron el movimiento y no vacilaron ante el examen severo de sus libros de liturgia.

Hardouin de Perefixe, arzobispo de París, quiso dar á su diócesis un breviario irreprochable á la vista de la sana crítica. Esta fué la ocasión que enardeció la controversia sobre la distinción entre María, hermana de Marta, María-Magdalena y la pecadora de la que habla San Lucas, de las tres Marías, como entonces se decía.

En 1680, bajo la administración de M. de Harlay, arzobispo de París, apareció un breviario revisado. El oficio de Santa María-Magdalena, suponiendo á María-Magdalena distinta de María, hermana de Marta y de la pecadora, no aplicó á la primera sino los pasajes en la que ella es llamada con este nombre, es decir, aquellos en los que se ha hablado de su posesión, de su generosidad para con el Señor, de su presencia en el Calvario, de sus expediciones al sepulcro.

El breviario nuevo fué atacado y principalmente en el oficio de Santa Magdalena, por un escrito intitulado: "Observaciones sobre el nuevo Breviario," como introduciendo en el oficio divino una opi-

nión que la Sorbona había censurado. El fué defendido por Claudio Chastelain, canónigo y presidente de la comisión de la revisión en la obra: "Respuesta á las Observaciones." El sabio canónigo se movió mucho para arrastrar á su opinión á los nuevos contrincadores de Bollandus, Papebroc á la cabeza y los Benedictinos franceses, Mabillon y otros. El lo logró.

Un segundo oficio apareció. La distinción de las tres Marías daba un paso decisivo. El nuevo breviario contenía una fiesta particular, fijada en el 19 de Febrero, para Santa María de Bethania, hermana de Marta. Chastelain fué el autor de este oficio, y la nueva fiesta fué celebrada en París, la vez primera, en el año 1698.

El Padre Sellier, en su sabio comentario respecto al martirologio de Usnard, atacó la nueva fiesta con argumentos tales que los liturgistas de París debieron suprimirla. Se la reunió á la de San Lázaro y de Santa Marta; pero la distinción de María-Magdalena y de María, subsistió. El impulso estaba dado.

Los nuevos oficios se multiplicaron y se esparcieron, la distinción de las tres Marías se acreditó; y la distinción de Fray Calmet en su favor contribuyó, como el breviario de M. de Noailles, á formar la opinión general.

La cuestión, tan calurosamente debatida, ¿puede ser cortada? Nosotros lo creemos, y en el sentido de la unidad es como debe serlo.

El trabajo tan concienzudo de M. Faillon *(Monuments inedits sur les apôtres de Provence, etc.)*, que tratamos de resumir, nos parece decisivo.

Cuando se estudian los cuatro Evangelios, se descubre (Luc., VII, 37):

1° Una pecadora innominada que entra á una sala de festín, á la casa de un Fariseo, llamado Simón, se inclina á los pies de Jesús, les riega con sus lágrimas, les cubre con sus besos, les enjuga con sus cabellos y les unge de perfume.

2° Una mujer de nombre María-Magdalena, de la que habían salido siete demonios y quien, por seguir á Jesús, pone sus bienes á su servicio.

Esa misma María-Magdalena se halla en el Calvario con las santas mujeres (Mat., XXVII, 56; Marc., XV, 40; Luc., XXIV, 10; Juan, XIX, 25); en la sepultura de Jesús (Mat., XXVII, 61) Ella lleva al sepulcro perfumes (Mat., XXVII, 1; Marc., XVI, 1, 2; Juan, XX, 1, 11). Ella ve, la primera, á Jesús, sin reconocerle primero.... Jesús la habla, y sus ojos se abren (Juan, XX, 14, 17). Ella anuncia á los discípulos la resurrección del Maestro. (Juan, XX, 18).

3° Una mujer llamada María, hermana de Marta, que da la hospitalidad á Jesús (Luc., X, 39), quien tenía un hermano llamado Lázaro, de la aldea de Bethania (Juan, XI, 1, 45), que derramó un perfume de nardo puro sobre la cabeza y los piés de Jesús, en la casa de Simón el leproso, en Bethania.

El problema de la unidad de estas tres mujeres puede formularse así:

1° ¿La pecadora de Lucas es idéntica con María, hermana de Marta?

2° ¿María, hermana de Marta, que es la pecadora de Lucas, es idéntica con María-Magdalena?

¿Si estas dos cuestiones son resueltas afirmativamente, la unidad quedará establecida?

Consultemos á los Evangelios.

San Juan, en el capítulo XI, 2, queriendo distinguir por un rasgo característico á María de Bethania, hermana de Marta, dice de ella: "Esta fué esa mujer que derramó sobre el Maestro un perfume y quien enjugó sus piés con sus cabellos."

San Juan no podía ignorar el hecho referido por San Lucas de la pecadora que cumplió para con Jesús ese acto mismo. Si, pues, él caracteriza por esto á la hermana de Marta, es porque en efecto, fué ella á quien San Lucas no había nombrado y quien había dado á Jesús esa muestra extraordinaria de veneración y de amor.

Los partidarios de la distinción de dos mujeres han pretendido que San Juan, en su versículo, hacía una alusión anticipada á la unción que debía tener lugar más tarde; pero al interpretar así al Evangelio, ellos quitan al signo de San Juan todo su valor, y María ya no tiene ya nada que la distinga, puesto que otra mujer—la pecadora de San Lucas,—ha verificado el mismo acto.

Cuando se lee atentamente el capítulo XX de San Juan en donde se trata de María-Magdalena, se ve que el Evangelista la llama indiferentemente María y María-Magdalena, lo que parece indicar que María-Magdalena no era sino un nombre diferente de la mujer llamada María, hermana de Marta.

En fin, comprendo todos los detalles referidos en los documentos evangélicos, relativos á la pecadora, á María de Bethania y á María-Magdalena, se ve que ellos se fundan armoniosamente en la unidad de un mismo tipo. De estos rasgos esparcidos, fragmen-

tarios, brota una naturaleza que, en todo caso, aparece plenamente concordante con ella misma, alma ardiente, sincera, solícita, demostrativa, llena de celo, de fe y de ternura. Este es el ideal de las convertidas.

Si interrogamos á la tradición de los doctores: 1° sobre la identidad de la pecadora de Lucas y de María de Bethania; 2° sobre la identidad de María-Magdalena y de María, hermana de Marta, ella aparece con todos los caracteres que garantizan la verdad en esa clase de materias: antigua, universal y perpetua, entre los Griegos como entre los Latinos.

Desde el segundo siglo se halla: á San Clemente de Alejandría (Pedagog., I, II, VIII).

A Ammonius Saccas (Harmonie).

En el tercer siglo, á Tertuliano (De pudicitia, II).

En el cuarto, á Eusebio de Cesarea (*Canon Evang.*, trad. por San Jerónimo); San Efren (t. III, p, 390, 409 y sig., ed., Migne); á San Basilio (De vera virginitate, núm. 52); Apolinario, obispo de Laodicea; Teodoro de Mopsueste (*Comment. in Evang.*; cf. Histoire de Dom Cellier, t. X, 495); San Ambrosio (In Lucam, t, I; De pœnit., I, II, VII).

En el quinto siglo, San Jerónimo (t. III, p. 1253, *Præfat, in Osee;* San Agustín (*Consensu Evang*).

En todos los siglos siguientes, la opinión profesada por el gran doctor está consagrada primero por San Gregorio, en el sexto, y seguida por todos los Padres y doctores de la Iglesia Latina; en el séptimo por Isidoro de Sevilla y el Venerable Beda; en el octavo por el Anónimo de los Santos Lugares en Palestina; en el noveno, por Raban Maur; en el décimo, por Odon de Cluny; en el undécimo, por San Pedro Damiano y San Anselmo de Cantorbéry; en el duodécimo, por Hugo de San Victor y San Bernardo; en el trigésimo, décimocuarto y décimoquinto, por San Buenaventura y Santo Tomás, Hugo de Saint-Cher y San Antonio de Padua, Dionisio el Cartujo, San Vicente Ferrer y Gerson.

La liturgia romana, que se puede ver con justa razón como la expresión de la doctrina, ha consagrado en sus oficios y en sus himnos la fe constante de los Padres y de la tradición en la unidad de persona de María-Magdalena, de la pecadora y de la hermana de Marta. Los partidarios de la distinción, como Dom Calmet, en sus disertaciones sobre las tres Marías, y Baillet en sus Vidas de los Santos, están obligados á convenir.

Es de admirarse que en el siglo diez y siete, los espíritus eminentes hayan podido dividirse sobre un punto tan fuertemente establecido en la opinión de los doctores, de la Santa Sede, y en la creencia de los fieles. Esta aberración no se explica sino por la atracción de una crítica que se ejercitaba en sus primeras investigaciones y que mal se defendió contra su ardor juvenil. Pero el tiempo todo lo calma, y un examen imparcial ha restablecido la verdad, restituyendo, á fuerza de ciencia y de conciencia, el tipo evangélico de Magdalena, tal como se dibuja en el Evangelio y en las otras que, de siglo en siglo, le han comentado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APENDICE U.

SITUACION DE EMMAUS.

La situación de la villa de Emmaus es, en este mismo momento, el objeto de controversias ardientes.

Una tradición, que remontaría á los Cruzados, está por Koubeibeh. Una opinión reciente está por Amoas.

Koubeibeh está situada en las montañas de Judea, al norte y á sesenta estadios, sea 10,800 metros, de Jerusalem, sobre una de las rutas que conducen de la metrópoli judía á Cesarea.

Amoas se encuentra al norte y á ciento sesenta estadios, sea 26,000 metros, de Jerusalem, sobre el camino carretero de la metrópoli á Cesarea y á Ascalon, cerca de la antigua Nicópolis, y al pie de los montes judeanos.

La opinión que defiende á Koubeibeh invoca sobre todo, á la distancia mencionada por San Lucas y valuada por él en sesenta estadios. La opinión que defiende á Amoas tiene por ella los testimonios más formales de los autores antiguos.

Eusebio, metropolitano de Emmaus-Nicópolis, dice claramente, en su *Onomasticon:* "Emmaus, patria de Cleofas, de la que habla el Evangelista San Lucas, es actualmente Nicópolis, ciudad noble de Palestina."

La antigua Nicópolis fué construida en la primera mitad del tercer siglo, bajo Heliogábalo, en el sitio mismo que ocupó Emmaus.

San Gerónimo, reproduciendo á Eusebio, escribe: "Emmaus, patria de Cleofas, de quien habla San Lucas, es actualmente Nicópolis, ciudad noble de Palestina."

En sus comentarios sobre Daniel, él da sobre Emmaus una indicación topográfica preciosa: "Cerca de Nicópolis, en otro tiempo

llamada Emmaus..... en donde comienzan á elevarse las montañas de Judea.

Este rasgo que conviene perfectamente á Amoas, no puede ser aplicado á Koubeibeh.

Un testimonio más decisivo es traído de lo que él escribió sobre el itinerario de la peregrinación de Santa Paula: "Volviendo á tomar el mismo camino (Jaffa, Ramleh, Lydda), ella llegó á Nicópolis, antes llamada Emmaus, en donde el Señor fué reconocido por la fracción del pan, y de la casa de Cleofas se hizo una iglesia. Partiendo de allí, ella subió á Bethoron inferior y superior, saludando á la derecha á Ascalon y Gabaon."

Resulta claramente de este itinerario que Emmaus se hallaba situada entre Lydda y Ramleh, al noroeste, y Bethoron, Ascalon y los montes de Judea, al nor-noroeste. Lo que se adopta exactamente á Amoas.

Sozomeno, en el quinto siglo, nacido en Gaza, en donde fué educado, habla así en su *Historia eclesiástica:*

"Ahí existe una ciudad de Palestina llamada hoy Nicópolis. Se hace mención, en el libro divino de los Evangelios, como de una villa (porque eso era entonces) que él designa bajo el nombre de Emmaus. Pero los romanos, hechos dueños de Jerusalem y vencedores de los judíos, llamaron á esta localidad Nicópolis, en recuerdo del gran triunfo que ellos acababan de tener. Delante de esta ciudad, cerca de la encrucijada de tres caminos, en donde Cristo, después de su resurrección, caminando con Cleofas, fingió ir más lejos, existe una fuente muy saludable.

"Refiérese, en efecto, que el Salvador, hallándose con sus discípulos, se separó un día de la ruta, para ir á lavar sus pies en esa fuente, cuya agua, partiendo de ese momento, adquirió la virtud de curar las enfermedades."

A los autores cristianos, no es inútil añadir ese pasaje notable del Talmud *(Schewiith,* fol. 38, IV): "A Bethhorom ad Emmounta est montanum: ab Emmounte ad Lyddam, planities; é Lydda ad mare convallis." La indicación se adopta exactamente á Amoas-Nicópolis.

Todos los autores, sin interrupción, desde San Willebaldo, en el siglo diez y ocho, hasta Guillermo de Tyro (I, VII, XXIV), identifican el Emmaus del Evangelio con Nicópolis y conservan, por respeto al texto de la Vulgata, la cifra de sesenta estadios.

En ello hay una contradicción. De Jerusalem á Nicópolis la dis-

tancia es de 26 á 28,000 metros, en cifras redondas ciento sesenta estadios.

La versión original de la Vulgata, ¿es errónea?

Ciertos Codex, y principalmente el Sinaítico, traen la cifra de ciento sesenta, que casi corresponde á la distancia deseada: ¿debe preferirse á la Vulgata?

La fe y el culto inteligente de las Escrituras no pueden estar encadenados á una cifra; y, en presencia de los testimonios que tanto prueban de los autores antiguos en favor de Amoas, no se puede vacilar. (Cf. V. *Guerin, Description de la Palestine; Judée*, t. I; y el sabio folleto de M. J. B. Guillemont, *Emmaus-Nicópolis*; Lighlfoot, *Horæ hebraicæ et talmud*).

APENDICE V.

TABLA DE LOS HECHOS DE LA VIDA DE JESUS, SEGUN EL ORDEN CRONOLOGICO, CON REMISIÓN Á LOS EVANGELIOS Y Á LA OBRA.

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS.				La obra.
	Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	
					Tom. I. Págs.
Año de Roma 748-748, 8 ó 6 años antes de la Era vulgar.					
El empadronamiento de Quirino	.....	.....	II, 1-3	.....	Apén. A.
OCTUBRE.					
Concepción de Juan Bautista	.....	.....	I, 5-25	.....	129
Año de Roma 747-749, 7 ó 5 años antes de la Era vulgar.					
MARZO.					
Concepción de Jesús	.....	.....	I, 26-38	.....	121-125
Visita de María á Isabel	.....	.....	I, 39-55	.....	127-129
JUNIO.					
Regreso de María á Nazareth	.....	.....	I, 56	.....	133
Nacimiento y circuncisión de Juan	.....	.....	I, 57-79	.....	129-132
Matrimonio de José y de María	.....	.....	.....	.....	134-135
DICIEMBRE.					
Nacimiento de Jesús en Bethlehem	I, 18-25	.....	II, 1-7	.....	137-141
Los Pastores en el pesebre	.....	.....	II, 8-20	.....	141-143
La circuncisión de Jesús y la presentación al Templo	.....	.....	II, 21-24	.....	143-144
El anciano Simón y Ana la profetiza	.....	.....	II, 25-38.	.....	144-146
Regreso de la Santa Familia á Nazareth	.....	.....	II, 39	.....	147
Viaje á Bethlehem	.....	.....	.....	.....	147-148
Los Magos á los piés de Jesús	II, 1-12	.....	.....	.....	148-150
Muerte de los Inocen-					

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancia es de 26 á 28,000 metros, en cifras redondas ciento sesenta estadios.

La versión original de la Vulgata, ¿es errónea?

Ciertos Codex, y principalmente el Sinaítico, traen la cifra de ciento sesenta, que casi corresponde á la distancia deseada: ¿debe preferirse á la Vulgata?

La fe y el culto inteligente de las Escrituras no pueden estar encadenados á una cifra; y, en presencia de los testimonios que tanto prueban de los autores antiguos en favor de Amoas, no se puede vacilar. (Cf. V. *Guerin, Description de la Palestine; Judée*, t. I; y el sabio folleto de M. J. B. Guillemont, *Emmaus-Nicópolis*; Lighlfoot, *Horæ hebraicæ et talmud*).

APENDICE V.

TABLA DE LOS HECHOS DE LA VIDA DE JESUS, SEGUN EL ORDEN CRONOLOGICO, CON REMISIÓN Á LOS EVANGELIOS Y Á LA OBRA.

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS.				La obra.
	Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	
					Tom. I. Págs.
Año de Roma 748-748, 8 ó 6 años antes de la Era vulgar.					
El empadronamiento de Quirino	.....	.....	II, 1-3	.....	Apén. A.
OCTUBRE.					
Concepción de Juan Bautista	.....	.....	I, 5-25	.....	129
Año de Roma 747-749, 7 ó 5 años antes de la Era vulgar.					
MARZO.					
Concepción de Jesús	.....	.....	I, 26-38	.....	121-125
Visita de María á Isabel	.....	.....	I, 39-55	.....	127-129
JUNIO.					
Regreso de María á Nazareth	.....	.....	I, 56	.....	133
Nacimiento y circuncisión de Juan	.....	.....	I, 57-79	.....	129-132
Matrimonio de José y de María	.....	.....	.....	.....	134-135
DICIEMBRE.					
Nacimiento de Jesús en Bethlehem	I, 18-25	.....	II, 1-7	.....	137-141
Los Pastores en el pesebre	.....	.....	II, 8-20	.....	141-143
La circuncisión de Jesús y la presentación al Templo	.....	.....	II, 21-24	.....	143-144
El anciano Simón y Ana la profetiza	.....	.....	II, 25-38.	.....	144-146
Regreso de la Santa Familia á Nazareth	.....	.....	II, 39	.....	147
Viaje á Bethlehem	.....	.....	.....	.....	147-148
Los Magos á los piés de Jesús	II, 1-12	.....	.....	.....	148-150
Muerte de los Inocen-					

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra. Tom. I. Págs.
tes y huida de Jesús á Egipto	II, 13-18				151-153
Año de Roma 752, 3 años antes de la Era vulgar.					
Regreso de Egipto á Nazareth	II, 19-23				154-155
La adolescencia de Jesús			II, 40-52		167-168
Año 7, Era vulgar.					
Un hecho del duodécimo año			II, 42-50		178-182
25-26, Era vulgar.					
Advenimiento de Juan Bautista	III, 1-12	I, 28	III, 1-20		201-240
27, Era vulgar.					
El bautismo de Jesús en el Jordán	III, 13-17	I, 9-11	III, 21-23		240-245
Las genealogías de Jesús	I, 1-18		III, 23-38	I, 1-14	Apen. C.
Testimonio de Juan en favor de Jesús	III, 11-12	I, 7-8	III, 16-17	I, 15-28	237-240
La tentación de Jesús en el desierto	IV, 1-11	I, 12-13	IV, 1-13		246-268
Vuelta de Jesús al Jordán; Juan y Jesús				I, 29-34	270-272
Primera vocación de Andrés, de Juan, de Simón y de Felipe				I, 35-51	273-279
Regreso á Galilea: bodas de Caná				II, 1-11	280-282
Residencia rápida en Capharnaum				I, 12	284
28, Era vulgar.					
La primera Pascua de la vida pública				II, 13	286-290
La expulsión de los vendedores				II, 14-18	290-293
Predicción y milagros				II, 19-25	293-295
La plática con Nicodemus				III, 1-21	295-301
Evangelización de los campos de Judea				III, 22-24	301-302
Discusión de los judíos y de los discípulos de Juan respecto á la purificación				III, 25	302-303

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra. Tomo I. Págs.
Ultimo testimonio de Juan á sus discípulos respecto á Jesús				III, 26-36	304-306
NOVIEMBRE DICIEMBRE					
Regreso á Galilea por la Samaria				IV, 1-4	306
Jesús y la Samaritana en el pozo de Jacob				IV, 5-42	307-318
En Caná: el oficial de Herodes -- Antipas llega de Capharnaum á pedir á Jesús la curación de su hijo				IV, 43-54	320-323
FEBRERO.					
Segundo viaje á Jerusalem para la fiesta de los Purim				V, 1	323
Curación del paralítico en la piscina de Bethesda				V, 2-17	324-327
Jesús afirma que él es igual á Dios				V, 17-32	328-342
Prisión de Juan Bautista	IV, 12	I, 14-18	IV, 14-15		343-344
Jesús se retira á Galilea	XIV, 2	IV, 14	III, 19-20		343-344
Jesús en la sinagoga de Nazareth	IV, 13		IV, 15-30		368-371
Jesús expulsado de Nazareth va á fijarse á Capharnaum	IV, 13-17	I, 21-22	IV, 31-32		372-375
Nueva vocación de Pedro y de Andrés, de Santiago y de Juan, á orillas del lago; la pesca milagrosa	VIII, 18-22	I, 16-20	V, 1-11		377-379
Entrada á Capharnaum; curación del poseído de la sinagoga		I, 23-28	IV, 33-37		380-395
El detalle de una jornada de Jesús, curación de la suegra de Pedro	VIII, 14-17	I, 29-37	IV, 38-44		395-396
Excursiones apostólicas en los alrededores de Capharnaum		I, 38-39			397
La curación de un leproso	VIII, 1-4	I, 40-45	V, 12-16		398-401

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tomo I. Págs.
Regreso á Capharnaum		II, 1			493
Curación del paralítico á quien Jesús perdona sus pecados, con gran escándalo de los Fariseos	IX, 1-8	II, 2-12	II, 17-26		494-495
Jesús va á lo largo del lago, y llama al publicano Mateo quien le hace un festín	IX, 9-10	II, 14-15	V, 27-29		495-498
Hostilidad de los Fariseos y de los discípulos de Juan contra Jesús y sus discípulos, á propósito del festín de Mateo	IX, 11-18	II, 16-28	V, 30-39		498-499
Curación de la hija de Jairo, de la hemorrágica, de dos ciegos y de un mudo	IX, 18-34		VIII, 41-56		499-413
Escándalo de los Fariseos al ver á los discípulos de Jesús arrancar y triturar en sus manos las espigas el día de sabado	XII, 1-8		VI, 1-5		411-412
Jesús cura al hombre de la mano seca	XII, 9-21	III, 1-6	VI, 6-11		413
Jesús se retira á la montaña y escoge á sus doce apóstoles		III, 7-19	VI, 12-19		415-417
El sermón de la montaña	IV, VII		VI, 20-49		418-438
Jesús vuelve á Capharnaum y cura al sirviente del centurión	VIII, 5-13		VII, 1-10		439-441
Jesús en Naim: resucita á la hija de la viuda			VII, 11-17		441-443
Juan, preso, envía á dos de sus discípulos á Jesús; la respuesta de Jesús	XI, 2-19		VI, 18-35		443-449
El festín en la casa de Simón, y la pecadora á los pies de Jesús			VI, 36-50		450-456
La evangelización popular de la Galilea y las parábolas del Reino de Dios	XIII, 1-53	IV, 1-34	VIII, 1-18		457-473

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tom. I. Págs.
La oposición y la suprema injuria de los Fariseos contra Jesús	XII, 24-45	III, 20-30			474-479
La verdadera familia de Jesús	XII, 46-50	II, 30-35	VIII, 19-21		479
Jesús atraviesa el lago y calma la tempestad	VIII, 18-27	IV, 35-40	VIII, 22-25		480-482
Los endemoniados del país de Gerasa	VIII, 28-34	V, 1-20	VIII, 26-39		482-486
Vuelta á Capharnaum y nueva tentativa respecto á Nazareth		VI, 1-6			490-501
Instrucción y misión de los Doce	X, 1-42	LI, 7-13	IX, 1-6		490-501
La muerte de Juan Bautista	XIV, 1-12	VI, 14-29	IX, 7-9		502-506

29. Era vulgar.

Segunda Pascua de Jesús; él no va á celebrarla á Jerusalem.

MAYO.

Regreso de los Doce á Capharnaum; Jesús los lleva más allá del lago, al desierto de Bethsaida	XIV, 13	VI, 30-31	IX, 10		506
La multiplicación de los panes en el desierto	XIV, 14-23	VI, 32-45	IX, 11-17	VI, 1-15	507-516
La tempestad en el lago	XIV, 23-36	VI, 45-56		VI, 16-24	516-518
Desenlace de la crisis mesiánica en Galilea				VI, 25-60	518-529
Jesús abandonado por el pueblo y por un gran número de sus discípulos, pregunta á los Doce si ellos quieren abandonarle				VI, 61-72	529-532
Primer anatema contra Bethsaida, Korazaim y Capharnaum	XI, 20-23				534
Jesús da gracias á su Padre y llama á él todo lo que sufre	XI, 23-30				535-538

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra, Tom. I. Págs.
ABRIL.—MAYO.					
En la víspera de partir para las fronteras de Tyro y de Sidón, Jesús discute con los Fariseos respecto á la verdadera pureza	XV, 1-20	VII, 1-23			539-541
Partida para las fronteras de Fenicia	XV, 21	VII, 23			541
Jesús y la Cananea	XV, 22-28	VII, 24-30			542-543
Regreso al lago á través de la Decápolis		VII, 31			543-545
Curación de un sordo-mudo		VII, 32-37			545
Nueva multiplicación de los panes	XV, 29-39	VIII, 1-9			545-546
En el país de Dalmanutha, los Fariseos piden á Jesús una señal en el cielo	XVI, 1-5	VIII, 10-21			547-549
Jesús atraviesa el lago, llevando á sus discípulos á Bethsaida, y les pone en guardia contra la levadura de los Fariseos	XVI, 6-12				549-550
Curación de un ciego-mudo en Bethsaida	IX, 32-34	VIII, 22-26			550-552
Jesús parte para Cesarea de Filipo	XVI, 13	VIII, 27			553
JULIO.—AGOSTO.					
Pedro confiesa la filiación divina de Jesús, y Jesús le constituye la piedra de su Iglesia	XVI, 13-20	VIII, 27-30	IX, 18-21		553-559
Jesús profetiza por la primera vez su pasión futura	XVI, 21-28	VIII, 31-39	IX, 22-27		560-563
La transfiguración de Jesús sobre el Thabor	XVII, 1-8	IX, 1-7	IX, 28-36		563-570
Descendimiento del Thabor; conversación de Jesús con sus discípulos respecto al verdadero Elías	XVII, 9-13	IX, 8-12			571
Curación del niño lunático	XVII, 14-20	IX, 13-28	IX, 38-43		573-574

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra, Tom. I. Págs.
Nueva predicción de Jesús respecto á su muerte	XVII, 21-22	IX, 29-31	IX, 44-45		575
SEPTIEMBRE.					
Regreso á Capharnaum; el pago del tributo	XVII, 23-26				576
Discusión de los discípulos sobre el primado en el Reino; últimas lecciones de Jesús antes de dejar la Galilea: la oveja perdida; el perdón, carácter del Reino de Dios.	XVIII, 1-35	IX, 32-40	IX, 46-50		577-584
OCTUBRE.					Tom. II.
Partida de la Galilea para Jerusalem				VII, 2-10	7-10
Los Samaritanos rehusan la hospitalidad á los discípulos de Jesús			IX, 51-56		10
En camino: condiciones morales para seguir á Jesús como discípulo	VIII, 19-22		IX, 57-62		11
Misión é instrucción de los setenta y dos discípulos			X, 1-16		12-13
En el camino de Jericó á Jerusalem, un Escriba interroga á Jesús respecto á la vida eterna			X, 25-37		14-17
Jesús recibe en Bethania la hospitalidad de Marta			X, 38-42		17-18
En el monte de los Olivos, Jesús enseña á uno de los suyos la verdadera oración			XI, 1-13		19-20
Llegada de Jesús á Jerusalem; su asistencia á la fiesta de los Cabañuelas				VII, 14	22
Discusión de la multitud respecto á Jesús				VII, 12-15	24
Enseñanzas de Jesús bajo los pórticos del Templo; su filia-					

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas. Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tom. II. Págs.
ción divina, y la divinidad de su función mesiánica				VII, 15-31	25-34
Llamamiento de Jesús á la multitud				VII, 32-39	36-37
Reunión del Sanhedrín inquieto de la acción de Jesús sobre la multitud; valerosa actitud de Nicodemus				VII, 40-53	37-39
Jesús y la mujer adúltera				VIII, 1-11	39-41 Apén. O
Nuevas enseñanzas de Jesús: él se dice la luz del mundo				VIII, 12	42-43
Valor del testimonio que Jesús da de sí mismo				VIII, 13-20	44-48
Jesús atestigua de nuevo su mesianismo y su divinidad en pleno templo, á la faz de los doctores y de los fariseos				VIII, 21-59	49-62
Jesús, amenazado de ser lapidado, abandona el Templo y cura al ciego de nacimiento: embarazo de los Fariseos				IX, 1-41	63-72
Jesús pasa el Jordán y se retira á Perea					73
Regreso de los setenta y dos discípulos; su alegría y la alegría del Maestro			X, 17-24		74-77
Nuevas luchas con los Fariseos. A propósito de un exorcismo se acusa á Jesús de exorcizar en nombre de Belzebú, y se le pide aún una señal en el cielo			XI, 24-36		77-83
Mientras que habla, Jesús es aclamado por una mujer del pueblo			XI, 27-28		79-80
La comida en la casa de un Fariseo: Jesús anatematiza á los Fariseos y Escribas, y conforta á sus discípulos			XI, 37-54		83-87

Las fechas. Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tom. II. Págs.
Jesús rehusa cortar una diferencia á propósito de herencia, y peca ve á los suyos contra la avaricia. Parábola del rico satisfecho; consejos de abnegación, de confianza, de vigilancia			XII, 13-53		86-91
Nuevos llamamientos al pueblo			XII, 54-57		92
La noticia del asesinato de los Galileos por orden de Pilatos			XIII, 1-5		93-94
La parábola de la higuera estéril			XIII, 6-9		94
Curación de la mujer encorvada			XIII, 10-17		95-96
Respuesta de Jesús respecto al pequeño número de los salvados			XIII, 22-30		97-100
Los Fariseos aconsejan astutamente á Jesús huir á la Perea, porque Herodes quiere matarle			XIII, 31-33		100
20 DICIEMBRE.					
Jesús vuelve á Jerusalem para la fiesta de la Dedicación				X, 22-23	100-101
Jesús, bajo los pórticos, rodeado de los Fariseos y estrechado á decir si él es el Cristo				X, 24-29	102-105
Jesús se declara uno con el Padre; los Judíos quieren lapidarle porque él se ha hecho igual á Dios				X, 30-39	105-106
Jesús se retira de nuevo más allá del Jordán, reprochando á Jerusalem su obstinación, y profetizando su ruina. Residencia en Perea			XIII, 34	X, 40-42	109
Nuevos conflictos en Perea con los Fariseos: curación del hidrópico un día de					

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tom. II Págs.
stinado, durante un festín	.....	.....	XIV, 1-6	.....	110-112
Parábola de los invitados al festín nupcial	.....	.....	XIV, 7-24	.....	112-116
A qué precio se conquista el Reino de Dios	.....	.....	XIII, 25-35	.....	112
La oveja y la dracma perdidas	.....	.....	XV, 1-10	.....	117-118
El hijo pródigo	.....	.....	XV, 11-32	.....	118-121
El mayordomo infiel	.....	.....	XVI, 1-13	.....	121-122
Jesús confunde á los Fariseos que se burlan de su doctrina respecto al desprendimiento	.....	.....	XVI, 14-17	.....	123-124
La doctrina de Jesús respecto al matrimonio, su oposición con la de los doctores	XIX, 3-12	.....	XVI, 18	.....	125-127
El mendigo Lázaro	.....	.....	XVI, 19-31	.....	127-129
Enseñanza de Jesús á sus discípulos: vigilancia y firmeza, dulzura, confianza y humildad	.....	.....	XVII, 1-10	.....	130-131
Jesús vuelve á pasar el Jordán y regresa á Judea, á Bethania: la resurrección de Lázaro	.....	.....	.....	XI, 1-46	132-137
El Sanhedrín se reune en Jerusalem y delibera respecto á las medidas que se han de tomar contra Jesús. La muerte está resuelta	.....	.....	.....	XI, 47-53	137-143
Jesús se retira á Ephrem y se oculta de los Judíos	.....	.....	.....	XI, 54	144-145
En la aproximación de la Pascua, Jesús deja á Ephrem, atraviesa la Samaria, desciende al valle del Jordán dirigiéndose por una vuelta á Jerusalem	.....	.....	XVII, 11	.....	146
En el camino, encuentra á diez leprosos á quienes cura	.....	.....	XVII, 11-19	.....	146-148
¿Cuándo llega el Reino de Dios? Respuesta á los Fariseos escépticos	.....	.....	XVII, 20-37	.....	148-151
Nuevos consejos de oración, de fidelidad: parábola del juez inicuo	.....	.....	XVIII, 1-8	.....	152
El Fariseo y el Publicano: lección de humildad	.....	.....	XVIII, 9-14	.....	153
Dejad que los niños se lleguen á mí	XIX, 13-15	X, 13-16	XVIII, 15-17	.....	154
El camino y la entrada de la vida eterna	XIX, 16-27	X, 16-27	XVIII, 18-28	.....	155-158
El ciento por uno prometido á los discípulos que todo lo han abandonado	XIX, 27-30	X, 28-31	XVIII, 28-30	.....	158-160
Los obreros de la viña	XX, 1-16	.....	.....	.....	160-161
Al acercarse á Jericó, Jesús predijo de nuevo á los Doce su pasión, su muerte, su resurrección	XX, 17-19	X, 32-34	XVIII, 31-34	.....	162-163
Los hijos del Zebedeo y su madre piden á Jesús los primeros lugares en el Reino	XX, 20-28	X, 35-45	.....	.....	164
Jesús entra á Jericó y cura á un ciego	.....	.....	XVIII, 35-43	.....	165-166
Jesús pide á Zaqueo la hospitalidad	.....	.....	XIX, 1-10	.....	166-167
Parábola del príncipe enviado al país lejano á tomar posesión de su Reinado	XXV, 14-30	.....	XIX, 11-27	.....	169-170
Curación de dos ciegos á la salida de Jericó	XX, 29-34	X, 45-52	.....	.....	170-171
La grande y última semana: 2 de Abril del año 30.					
En Bethania, en la casa de Simón el leproso: el festín y la unción de Magdalena	XXVI, 6-13	XIV, 3-9	.....	XII, 1-11	171-174
La entrada triunfal de Jesús á Jerusalem	XXI, 1-11	XI, 1-10	XIX, 28-40	XII, 12-19	177-189
A las puertas de la					

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra. Tom. II. Págs.
ciudad, él llora por ella, profetiza su ruina			XIX, 41-44		180-181
Jesús va al templo, inspecciona todo y entra en la noche á Bethania	XI, 11				182-184
3 ABRIL.					
Vuelta de Jesús de Betlania á Jerusalem con los Doce; la higuera maldita		XII, 12-14			183-184
Jesús arroja por segunda vez á los vendedores del Templo	XXI, 12-14	XI, 15-19	XIX, 45-48		184-186
El Hosanna de los niños	XXI, 15-16				186
En la noche, regreso á Bethania, y al dia siguiente regreso á Jerusalem. La higuera seca y maldita	XXI, 17-22	XI, 20-26			187-190
4 ABRIL.					
Jesús baja los pórticos del Templo, es interpelado por los pontífices y los doctores, respecto al derecho que él se arroga	XXI, 23-27	XI, 27-33	XX, 1-8		191-195
La parábola de los dos hijos enviados á la viña	XXI, 28-32				195-196
La parábola de la viña plantada por el padre de familia	XXI, 33-31	XII, 1-11	XX, 9-18		196-198
Exasperación y maquinaciones pérfidas de los Fariseos.	XXI, 45	XII, 12-13	XX, 19		199
Sus cuestiones capciosas: 1º El tributo á César	XXII, 15-22	XII, 13-17	XX, 20-26		199-202
2º Los Saduceos y la resurrección	XXII, 23-31	XII, 18-27	XX, 27-30		203-204
3º El primero de los mandamientos	XXII, 34-40	XII, 28-34			204-205
Cuestionable Jesús á los doctores: ¿Cómo el Mesías llamado por David su Señor, puede ser su hijo?	XXII, 41-47	XII, 35-37	XX, 41-44		206-209
Anatemas de Jesús					

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra. Tom. II Págs.
contra los Escribas y los Fariseos	XXIII, 1-139	XII, 1-40			209-213
El denario de la viuda		XII, 41-44	XII, 1-4		213
Jesús y los paganos piden á Felipe ver al Maestro: grandes palabras de Jesús				XII, 20-36	214-219
El se retira para siempre del Templo y se oculta de los Judíos				XII, 36	219
5 ABRIL.					
Habiendo dejado al Templo, sentado en el monte de los Olivos, en su faldas, Jesús profetiza la ruina del Templo de Jerusalem y del mundo	XXIV	XXIII, 1-27	XXI, 5-36		220-237
La parábola de las diez vírgenes	XXV, 1-13				237-239
El juicio final	XXV, 31-46				239-241
La incredulidad y la impenitencia final de los Judíos				XII, 37-50	242-263
La traición de Judas; él va á ofrecer á los grandes sacerdotes del Sanhedrin vender á su Maestro	XXVI, 14-16	XIV, 10-11	XXII, 3-6		264-268
Tercera y última Pascua de la vida pública.					
6 ABRIL.					
Jesús envía de Bethania á Jerusalem á Pedro y á Juan á preparar la Pascua	XXVI, 17-19	XIV, 12-16	XXII, 7-13		269-272
La cena	XXVI, 21-30	XIV, 17-25	XXII, 14-20		272-280
¡Ay del traidor!	XXVI, 24	XIV, 21	XXII, 21-22		280-281
Jesús lava los pies á sus discípulos				XIII, 2-20	281-282
Jesús revela el traidor á Juan y á Pedro				XIII, 21-29	284
Judas sale; Jesús resuelto á entregarse, glorifica á su Padre				XIII, 30-32	285

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra. Tom. II. Págs.
Las últimas voluntades de Jesús. El supremo mandamiento á sus discípulos				XIII, 34-35	286-288
La presunción de Pedro: Jesús le profetiza su negación			XXII, 31-34	XIII, 36-38	288-290
Las dos espadas			XXII, 35-38		291
Las moradas en la casa del Padre: Jesús va á preparar el lugar á sus discípulos				XIV, 1-4	291
Jesús es la vía, la verdad y la vida				XIV, 6	291-292
Quien ve á Jesús ve al Padre				XIV, 7-11	293-295
La oración en nombre de Jesús y la fidelidad				XIV, 12-15	295-296
El Paráclito				XIV, 16-26	296-297
La paz divina que Jesús da				XIV, 27-29	297-300
Jesús después del canto del Hallel, abandona el Cenáculo con los Once y se dirige hacia Gethsemaní	XXVI, 30	XIV, 26	XXII, 39	XIV, 30-31	301
Jesús es la verdadera vid, sus discípulos son las ramas, y el Padre el viñador				XV, 1-8	302
El Padre ama á Jesús, y Jesús ama á sus discípulos: ley universal de la caridad				XV, 9-27	303-307
Jesús anuncia á sus discípulos lo que tendrán que sufrir de las autoridades y les precave contra los escándalos de semejante persecución				XIV, 1-5	307
Jesús consuela á sus discípulos de las tristezas de su partida y les habla del Paráclito y de su regreso á ellos por el Espíritu				XVI, 5-33	308-313
La oración sacerdotal					

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra. Tomo II Págs.
de Jesús á orillas del Cedrón				XVII	314-318
Jesús franquea el Cedrón y entra en el jardín de Gethsemaní				XVIII, 1-2	319
Jesús profetiza á sus discípulos que ellos le abandonarán: nueva presunción de Pedro; nuevo anuncio de su negación	XXVI, 31-35	XIV, 27-31			319-320
La oración y la agonía de Jesús	XXVI, 36-46	XIV, 32-42	XXII, 40-46		320-324
El beso de Judás; el arresto de Jesús	XXVI, 47-56	XIV, 43-52	XXII, 47-53	XVIII, 2-9	325-327
Jesús ordena á Pedro meter la espada á su vaina				XVIII, 10-11	325-327
Jesús encadenado es llevado al palacio de Henán				XVIII, 13	328
Interrogatorio de Jesús, ante Kaifás, el gran sacerdote; la triple negación de Pedro; Jesús interpelado solamente por Kaifás, se declara Hijo de Dios, igual á Dios	XXVI, 57-75	XIV, 53-72	XXII, 54-65	XVIII, 14-27	328-336
Comparecencia de Jesús ante el Sanhedrín, reunido en asamblea plena: estrechado por el gran concejo, él se declara Hijo de Dios	XXVII, 1	XV, 1	XXII, 66-71 XXIII, 1		336
Judas lleva al Sanhedrín los treinta denarios y se ahorca de desesperación	XXVII, 3-10				337-338
Jesús es llevado al Pretorio, ante Pilatos: interrogatorio y condenación	XXVII, 11-31	XV, 2-19	XXIII, 2-25	XVIII, 28-40 XIX, 1-16	336-349
El camino del Calvario; Jesús encuentra á Simón de Cirene á quien se obliga á llevar la cruz del Maestro	XXVII, 31-33	XV, 20-22	XXIII, 2-26	XIX, 16-17	350-353
Jesús habla á las hi-					

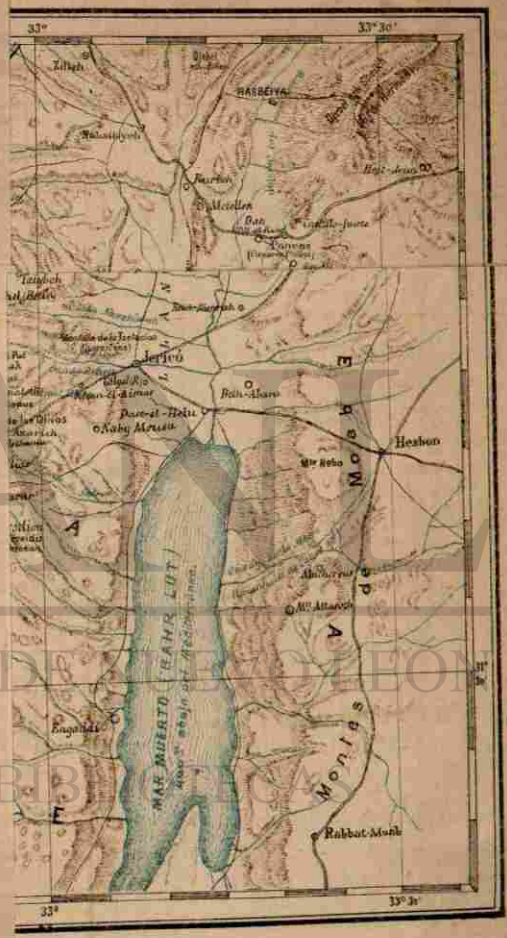
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tomo II. Págs.
jas de Jerusalem que lloran por él...	.....	.....	XXIII, 27-31	.....	353
Jesús entre dos ladrones	.....	XV, 27	XXIII, 32	.....	354
7 ABRIL.					
Jesús es crucificado; él ora por sus verdugos.....	XXVII, 35	XV, 23-28	XXIII, 33-34	XIX, 18-22	354-355
Los verdugos se dividen sus vestidos ...	XXVII, 34-36	XV, 24	XXIII, 34	XIX, 23-24	356
Jesús es insultado sobre la cruz.....	XXVII, 39-44	XV, 29-32	XXIII, 35-41	.....	356-357
Jesús promete el paraíso al buen ladrón.....	.....	.....	XXIII, 42-43	.....	358
Jesús da á Juan por hijo á María, y á María por madre á Juan	.....	.....	.....	XIX, 25-27	358
El clamor de angustia de Jesús.....	XXVII, 46-47	XV, 35	.....	.....	359
¡Tengo sed!.....	XXVII, 49	XV, 36	.....	XIX, 28-29	360
Jesús exclama: ¡Todo está consumado! y al decir á su Padre: En tus manos encomiendo á mi espíritu, lanza un gran grito, inclina la cabeza y muere.	XXVII, 50	XV, 37	XXIII, 46	XIX, 30	361
Señales aterradoras en la naturaleza..	XXVII, 51-53	XV, 33-38	XXIII, 44-45	.....	361-362
El Centurión se da golpes de pecho...	XXVII, 54	XV, 39	XXIII, 47-48	.....	362
La lanzada.....	.....	.....	.....	XIX, 31-37	363-364
José de Arimathea pide á Pilatos el cuerpo de Jesús: él le hace con Nicodemus los deberes fúnebres, y después de haberle embalsamado, le sepulta cerca del Calvario, en un sepulcro nuevo	XXVII, 55-61	XV, 42-47	XXIII, 49-53	XIX, 38-42	364-365
Los Pontífices y los Fariseos sellan el sepulcro y en él apostan á sus esbirros.....	XXVII, 62-66	.....	.....	.....	366
8 ABRIL.					
Las santas mujeres					

Las fechas.-Los hechos.	LOS DOCUMENTOS. Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	La obra.
					Tom. II. Págs.
vuelven de Bethania al Golgotha, llevando aromas para terminar el embalsamamiento de su Señor.....	XXVIII, 1	XVI, 1-4	XXIV, 1-3	.....	367-368
Magdalena, no encontrando al cuerpo del Señor, va á advertir á los apóstoles; Pedro y Juan acuden y ven el sepulcro vacío.....	.....	.....	.....	XX, 1-10	368
Jesús aparece á Magdalena, quien va á anunciarle á los Once.....	.....	.....	.....	XX, 11-18	369-370
Un ángel aparece á las santas mujeres y les anuncia que Jesús resucitó.....	.....	.....	XXIV, 4-9	.....	371
Ellas van á advertir á los Once, que rehusan creer. Jesús se manifiesta á ellos..	.....	.....	XXIV, 10-11	.....	372-373
Los Pontífices y el Sanhedrin esparcen la fábula del robo del cuerpo de Jesús por sus discípulos.....	XXVIII 11-15	.....	.....	.....	373-374
Jesús aparece á los dos discípulos de Emmaus.....	.....	XVI, 12-13	XXIV, 13-32	.....	374-376
Jesús se manifiesta á Pedro.....	.....	.....	XXIV, 34	.....	376
El se manifiesta á los Once reunidos en Jerusalem y les comunica al Espíritu Santo con el poder de perdonar los pecados	.....	.....	XXIV, 33-43	XX, 19-23	377-378
Ocho días después, él les aparece todavía y triunfa de la incredulidad de Tomás, quien estaba ausente en la primera manifestación.....	.....	.....	.....	XX, 24-30	379-382
Los discípulos, en virtud de la orden transmitida por las santas mujeres en nombre del Señor, se van á Galilea ..	XXVIII, 16	.....	.....	.....	382-383

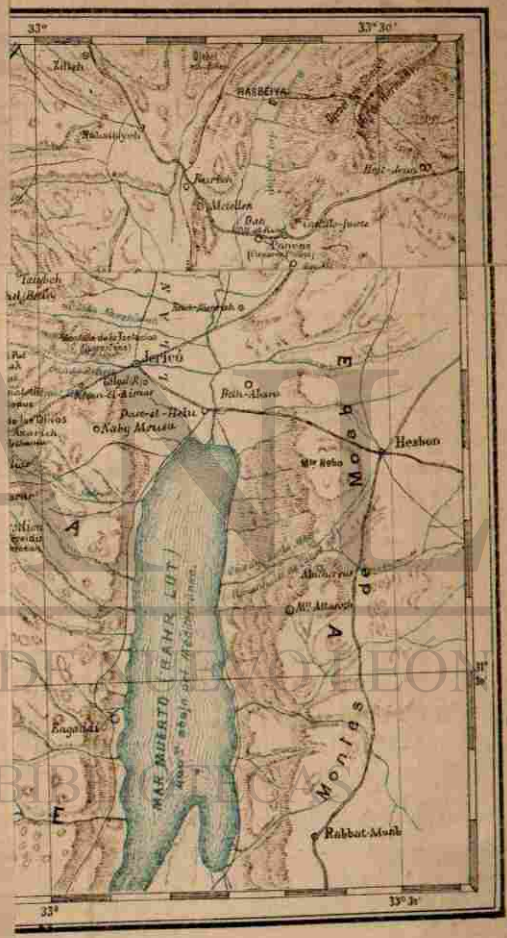
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas. Los hechos.	LOS DOCUMENTOS.				la obra.
	Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	Tom. II. Págs.
Jesús aparece á algunos de los Once, á orillas del lago de Tiberiades				XXI, 1-14	383-385
Jesús pregunta tres veces á Pedro si le ama, y le da, rehabilitándole, la función de Pastor de la Iglesia, de los corderos y de las ovejas				XXI, 15-19	385
El discípulo muy amado y Pedro				XXI, 20-23	385-386
Nueva y última aparición de Jesús en Galilea, en una montaña	XXVIII 16-20				386-388
Los discípulos regresan á Jerusalem, y mientras que los Once están en la mesa, Jesús aparece en medio de ellos		XIV, 14-20	XXIV, 44-49		388-389
MAYO.					
Jesús conduce á sus discípulos á Bethania, al noreste de los Olivos. Su última palabra y su ascensión al cielo			XXIV, 50-53		389-390

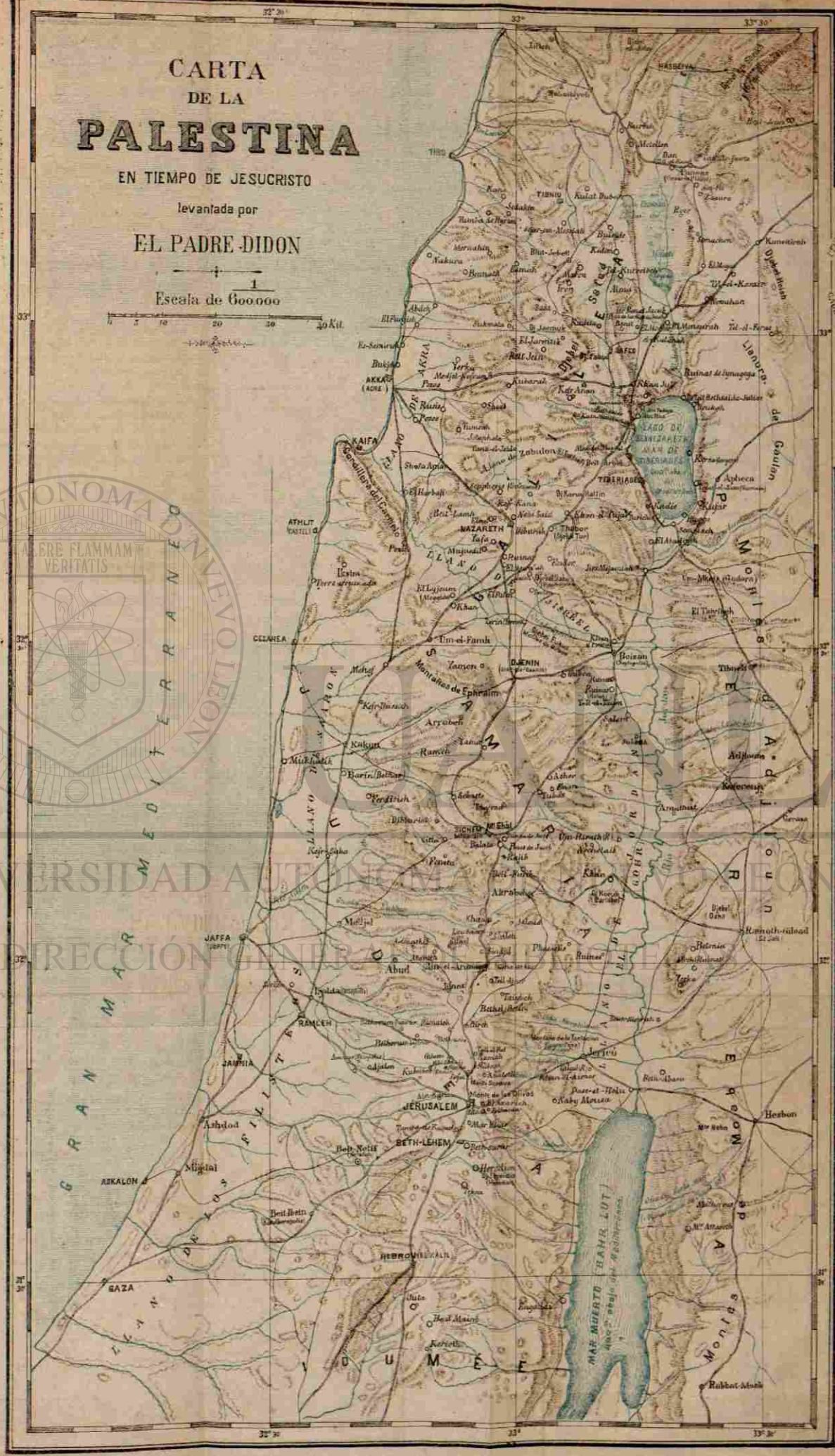


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fechas. Los hechos.	LOS DOCUMENTOS.				la obra.
	Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	Tom. II. Págs.
Jesús aparece á algunos de los Once, á orillas del lago de Tiberiades				XXI, 1-14	383-385
Jesús pregunta tres veces á Pedro si le ama, y le da, rehabilitándole, la función de Pastor de la Iglesia, de los corderos y de las ovejas				XXI, 15-19	385
El discípulo muy amado y Pedro				XXI, 20-23	385-386
Nueva y última aparición de Jesús en Galilea, en una montaña	XXVIII 16-20				386-388
Los discípulos regresan á Jerusalem, y mientras que los Once están en la mesa, Jesús aparece en medio de ellos		XIV, 14-20	XXIV, 44-49		388-389
MAYO.					
Jesús conduce á sus discípulos á Bethania, al noreste de los Olivos. Su última palabra y su ascensión al cielo			XXIV, 50-53		389-390



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


CARTA
DE LA
PALESTINA
EN TIEMPO DE JESUCRISTO
levantada por
EL PADRE DIDON
Escala de 1/600.000
0 5 10 20 30 40 Kil.
GRAN MAR MEDITERRANEO
LLANO DE ACRA
LLANO DE SARON
LLANO DE FILISTEA
LLANO DE GAZA
DESIERTO DE JUDEA
MONTAÑAS DE JUDEA
MONTAÑAS DE EFRAIM
MONTAÑAS DE SAMARIA
MONTAÑAS DE GALILEA
LLANO DE ESDRELON
VALLE DEL JORDAN
LAGO DE GENESARETH
MAR MUERTO
IDUMÉE
AKKA
KAIFA
NAZARETH
CESAREA
JAFFA
RAMLEH
JERUSALEM
BETH-LEHEM
HEBRON
ASKALON
GAZA
JERICHO
BETHSAIDA
CAPHARNAUM
TIBERIADES
SAMARIA
SICHEM
BETHEL
HERMON
Montes de Moab

TABLA

DE LAS

MATERIAS DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO CUARTO.

LAS GRANDES LUCHAS EN JERUSALEM.

		Pág.
Capítulo	I.—La partida de la Galilea	7
,,	II.—Jesús en la fiesta de las Cabañuelas, en el año 29	25
,,	III.—Nuevos testimonios mesiánicos de Jesús	49
,,	IV.—El milagro del ciego de nacimiento	63
,,	V.—Primer retiro de Jesús á Perea	73
,,	VI.—Ultima tentativa respecto á Jerusalem	96
,,	VII.—Nuevo retiro de Jesús más allá del Jordán	110
,,	VIII.—La resurrección de Lázaro	133
,,	IX.—El último viaje á Jerusalem	147
,,	X.—Fin del viaje: de Jericó á Bethania	162

LIBRO QUINTO.

MUERTE DE JESÚS Y MÁS ALLÁ.

Capítulo	I.—La entrada triunfal á Jerusalem	177
,,	II.—Ultimos conflictos en el Templo	191
,,	III.—Ultimos anatemas contra los Fariseos	206
,,	IV.—Ruina futura de Jerusalem y del Templo.—Fin de los tiempos	220
,,	V.—Fiasco final de Jesús.—Sus causas	242
,,	VI.—Ultima Pascua.—La gran institución de Jesús	269
,,	VII.—Las últimas palabras	286

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

Capítulo VIII.—Del cenáculo á Gethsemaní..... 301
,, IX.—La oración de Jesús.—Su agonía.—Su arresto..... 314
,, X.—Sentencia de Jesús..... 328
,, XI.—La muerte de Jesús.—Su sepultura..... 350
,, XII.—Jesús resucitado..... 366

APENDICES.

A.—La cronología general de Jesús..... 393
B.—El matrimonio entre los Judíos en los tiempos de Jesús..... 426
C.—Las dos genealogías de Jesús..... 428
D.—El lugar del nacimiento de Juan Bautista..... 438
E.—La piscina probática..... 440
F.—Autenticidad de la situación de Capharnaum sobre las ruinas de Tell-Houm..... 441
G.—Las dos visitas á Nazareth..... 443
H.—Segunda multiplicación de los panes..... 444
I.—El país de Dalmanutha..... 445
J.—Gergesa y Gadara..... 446
K.—El poseído de Kersa..... 447
L.—Autenticidad del lugar de la transfiguración en el Thabor..... 448
M.—Los dos textos del "Pater."..... 450
N.—La partida de la Galilea..... 451
O.—La mujer adúltera..... 452
P.—La exégesis del "πρωΐ ἐνάρχῃν"..... 456
Q.—Los ciegos de Jericó..... 458
R.—Las dos unciones..... 460
S.—El Salmo CX..... 461
T.—La identidad de María-Magdalena, de María de Bethania, hermana de Marta, y de la pecadora de quien habla San Lucas. 462
U.—Situación de Emmaus..... 468
V.—Tabla cronológica de los hechos de Jesús..... 471

CARTAS.

I.—La Palestina en tiempo de Jesús.
II.—Jerusalem y sus alrededores.
III.—Plan de Jerusalem en tiempo de Jesús.
IV.—Croquis del Templo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

